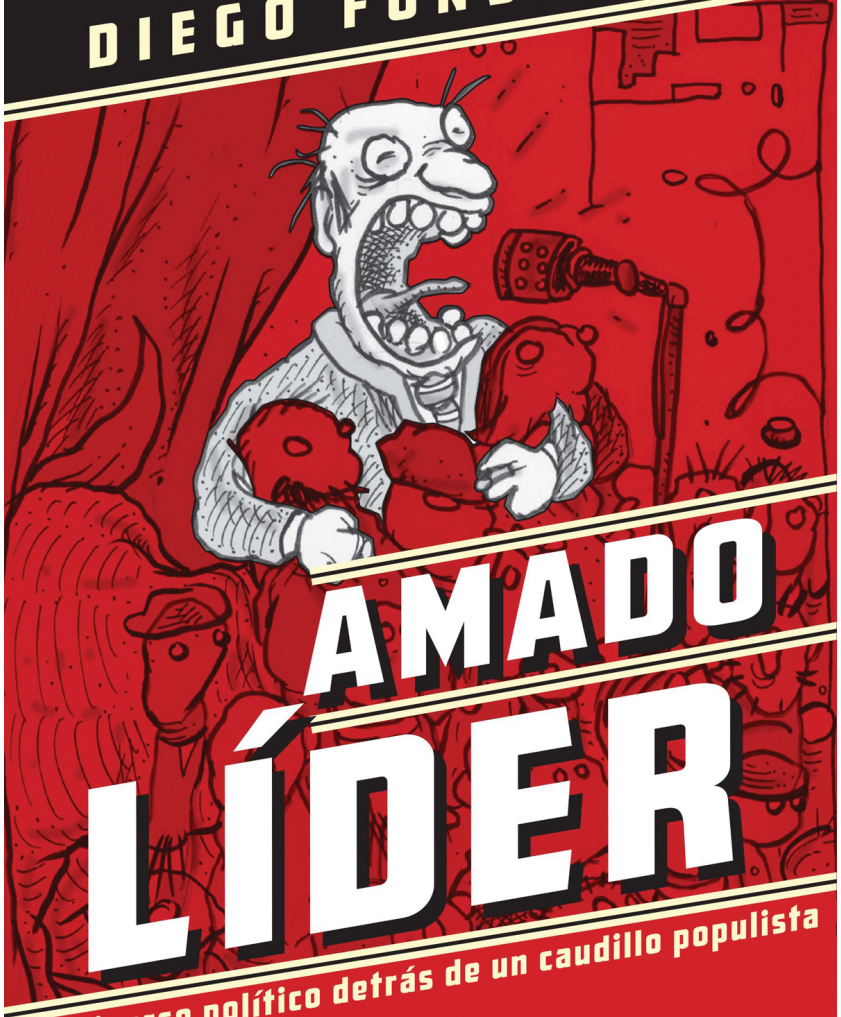
DIEGO FONSECA



AMADO LÍDER

El universo político detrás de un caudillo populista

HarperCollins

DIEGO FONSECA

AMADO LÍDER

El universo político detrás de un caudillo populista

HarperCollins*México*

HarperCollins*México*

© 2021, HarperCollins México, S. A. de C. V.
Publicado por HarperCollins México
Insurgentes Sur No. 730, 2º piso,
03100, Ciudad de México.

© Diego Fonseca, 2021.
D. R. © HarperCollins México, 2021.

Caricatura de portada: José Ignacio Solórzano «Jis».
Diseño de forros: Ana Paula Dávila.
Diseño de interiores: Ricardo Gallardo Sánchez.

Todos los derechos están reservados, conforme a la Ley Federal del Derecho de Autor y los tratados internacionales suscritos por México. Está prohibida su reproducción total o parcial en cualquier forma o medio, incluidos los mecánicos o digitales, sin autorización expresa del titular del derecho de autor.

Todos los comentarios, ideas, opiniones, apuntes, documentos, información, descripciones y expresiones que aparecen en esta obra corresponden al autor y no son responsabilidad de la editorial ni representan necesariamente su punto de vista.

ISBN: 978-607-562-089-3

Edición Epub Octubre 2021 9786075620909

Primera edición: noviembre de 2021.

Impreso en México

Information about External Hyperlinks in this ebook

Please note that the endnotes and footnotes in this ebook may contain hyperlinks to external websites as part of bibliographic citations. These hyperlinks have not been activated by the publisher, who cannot verify the accuracy of these links beyond the date of publication

A Mila y Matteo.

¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte, para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones que desgarran las entrañas de un noble pueblo!

—Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*.

Somos gratamente los otros.

—Jorge Luis Borges, *Epílogo a las Obras Completas*

Índice

Cubrir
Página del titulo
Derechos de autor

1: Glosa: Síganme

2: Crisis de Representación: La marea roja

3: Personalismos: El asalto de los *outsiders*

4: La Nación: Países de plastilina

5: Pueblo y Caudillo: Papá, quiérenos

6: La fe de las Masas: Amo, señor, mesías, rey

7: Lenguaje y Propaganda: The Happening, Leonard Cohen y la Rusia de Churchill

8: La Mitificación: Hubo un tiempo en que fui hermoso

9: Sujetos Políticos: El movimiento es permanente

10: Realidad Alernativa: Yo tengo otros datos

11: Redes y Medios: Señor presidente, cállese

12: Hegemonías: Algunos hombres sólo quieren ver el mundo arder

13: Ellos, Nosotros, Los Otros: Blancos en un velorio liberal

14: Autoritarismo: El centro no puede sostenerse

15: Ciudadanía: Conoce a tu vecino

16: Futuros: El clavo de Alejandro Magno

Coda: Futuro imperfecto

Notas
Agradecimientos
Índice onomástico

1 · GLOSA

Síganme

Cuando la fe de las masas favorece al mesianismo populista, la democracia debe prepararse para el autoritarismo y los fanáticos.

Están pasando demasiadas cosas raras para que todo pueda seguir tan normal. Desconfío de tu cara de informado y de tu instinto de supervivencia.

—**Charly García**, «Bancate ese defecto».

Yo no había cumplido 19 años cuando tuve mi bautismo de pueblo. Me había ido a estudiar a Córdoba, una ciudad con algo más de un millón de habitantes y una universidad de prosapia. Venía de una ciudad aun más pequeña —quince mil personas, muchos inmigrantes piamonteses, fábricas de tractores y camiones, vacas lecheras, un mar de campo, chicas— y de una familia donde la política se discutía como el fútbol, en bandos y a los gritos.

Mi padre había sido candidato a diputado por una fuerza de centroizquierda, que sintetizaba bien la dualidad prototípica argentina: era el Partido Intransigente, cuyo nombre podía asustar, pero en realidad tenía una enorme flexibilidad para negociar contradiciéndose. Me caía bien el PI: un partido clasemediero, fresco y activo, repleto de jóvenes, muchos de los cuales, como yo, habían entrado a la política en la adolescencia, con el regreso de la democracia y la elección de Raúl Alfonsín como presidente. (El partido de Alfonsín también sintetizaba a la Argentina: era la Unión Cívica Radical, que era cívica pero nada radical.)

Era 1989 y el PI había entrado en una alianza indiscreta con el peronismo. Para mí, que coqueteaba con los intransigentes, era algo incomprensible. En mi familia había muchos radicales-no-radicales, pocos intransigentes-que-transigen y algunos peronistas, los únicos

que eran lo que realmente decían ser: amantes del partido de Juan Domingo Perón. Mi tío Omar Cavallo era el más peronista de todos. Con el Gordo, como le decíamos, no discutías: lo querías y ya. No había razón que pudiese trepanar esa coraza de piamontés mezclado con lombardo. Iba a la guerra. Mi abuela Irma no entendía muy bien cómo su hijo mediano le había «salido así». Ella era demócrata, en un país en el que los demócratas no lo son completamente, sino más bien cristianos o de derecha. La *nonna*, *Madonna virgina*, iba a misa seguido. Y no entendía al Gordo.

Tampoco yo. Mi relación con el peronismo era folclórica. Por entonces no tenía una comprensión acabada de su paso por la historia argentina, más allá de los comentarios de barra de fútbol familiar. Mi abuela Blanca recordaba cuando el peronismo la obligó a usar un lazo negro para simbolizar el luto nacional por la muerte de Evita, y el tío Omar podía caerte encima con un recitado de méritos populares del General: trabajo, casas, educación, mejores salarios, sindicatos. Y joderse a la Iglesia Católica, algo que sólo decía cuando la *nonna* Irma no andaba cerca.

Pero ahora, en 1989, yo tenía un grupo de amigos que militaban en el PI y querían llevarme a esa *non sancta* unión con el peronismo. Yo me resistía y ellos —mitad en broma y buena parte en serio— me acusaban de «gorila», el más clásico insulto para un no-peronista. Mi respuesta era también clásica: estoy lleno de pelos, no me jodan, pasen de largo, adiós. Al final me afiliaría al PI antes de la elección, pero haría trampa: el día de la votación, aunque estaba registrado como fiscal de la alianza, el *ape instinct* tiró más, así que entré al cuarto oscuro y voté por Izquierda Unida. Y, como corresponde a todo partido de izquierda que se precie de serlo, perdimos y ganó el peronismo, porque, en Argentina, gane o pierda, siempre gana al peronismo.

El evento que decidió mi afiliación al PI, sin embargo, fue un conmovedor episodio de la liturgia del partido del General. Carlos Menem era el candidato de la alianza liderada por el *peronísimo* Partido Justicialista. Menem era una aberración para esos tiempos. Una corriente renovadora procuraba empujar al peronismo hacia posiciones de centro, casi socialdemócratas. Estaba formada por intelectuales, dirigentes de las clases medias y profesionales. Menem, que era abogado pero ejercía de peronista, había quedado fuera de la renovación. Había gobernado una provincia pobrísima, La Rioja, que tiene la espalda apoyada contra los Andes y un

desierto tan bello como traicionero. Sus actos eran multitudinarios. La renovación del partido era adorada en las universidades y por los medios; a Menem lo amaban los pobres y los laburantes. Por entonces se decía que El Turco, como le conocían, hacía campaña en una ambulancia que recogía a todos los heridos por la renovación peronista: los viejos sindicalistas corporativistas, duros y chabacanos; los peronistas conservadores, nacionalistas rancios; la lacra expulsada por el ala biempensante del partido.

Con esa ambulancia, Menem barrería el país y luego la elección interna, para pasar más tarde a toda velocidad por las elecciones generales, quedándose con una mayoría significativa. Su campaña tenía entonces dos propuestas y un eslogan. Las propuestas consistían en una indefinida 'revolución productiva' —que llegaría con él una vez electo— y un también impreciso 'salariazo', que todo el mundo asumía como un brutal incremento de los ingresos de las familias más pobres, pero sobre el cual Menem no decía mucho. El eslogan era, esencialmente, populismo de manual: «Síganme, no los voy a defraudar». Un mesías convocando a la fe del devoto.

Y eso fue lo que vi en ese mitin antes de afiliarme. Era una tarde a mitad de semana. El peronismo y el PI habían organizado un encuentro con Menem como orador frente al edificio central de la Ciudad Universitaria, una mole racionalista a la que se accedía por tres calles. El lugar se llenó de gente desde temprano. Venían en una cantidad imprecisa de buses formando una mancha humana que subía desde el centro de la ciudad y de los barrios de la clase media afectada por la crisis y de las villas miseria de los pobres. Horas antes del mitin, la Ciudad Universitaria estaba inundada por el humo y el aroma de chorizos asados, y el bumbumbún inagotable de los bombos peronistas. Mi escuela de comunicación ocupaba el primer edificio en el acceso a la Ciudad Universitaria. En un tiempo más oscuro, durante la dictadura militar de los años '70, era la dependencia de la policía que controlaba a los estudiantes, pero ahora la casona parecía una puerta de acceso al parque de árboles gordos donde se distribuían las facultades. En varias ocasiones vi circular a señoras con niños y adolescentes, que entraban a curiosear y a preguntar por el camino que debía seguirse hacia el acto.

Un rato después estaba yo también en la concentración esperando la llegada del candidato. Fui a regañadientes: no confiaba en Menem —nadie en mi familia, excluido, claro, el tío

Omar— y me sentía incómodo. Aquello era un torbellino de gente cantando, riendo, chicos corriendo por acá y por allá, veinteañeros bebiendo vino barato con descaro —la universidad prohibía tomar alcohol en su predio— y una bullanguería inagotable que combinaba los bombos con una música incesante escupida por una pared de altavoces que habría asombrado a Metallica. Debías gritar para hablar con la persona que estaba a tu lado. No me gustan demasiado las multitudes si no se puede hablar.

Las facultades cercanas, como Ciencias Económicas o Medicina, poco afectas al peronismo, habían cerrado sus puertas. Toda la explanada frente al pabellón central se había convertido en un estacionamiento humano confundido con el humo del carbón y el ruido. Un amigo del PI vino a entusiasmarme, pues me veía receloso. «Gorilita, mirá qué bueno: esto es pueblo». Mi amigo, un tipo listo, había crecido en una villa y era uno de los líderes de la Juventud Intransigente —lo juro, se llamaba así— en la universidad. Se burló de mi un buen rato y lo mandé a pasear; me dejó entre risas. «Pueblo, gorilita».

Mientras charlábamos, una familia enorme se instaló a nuestro lado. No sé de dónde, pero se habían agenciado unos cajones de manzanas donde sentarse y una dotación de choripanes para aguantar la espera o una hambruna prolongada. El jefe de familia era retacón, oscuro y altivo portador de un estómago de rinoceronte. La mujer era algo más delgada y bajita. Sus hijos, un ejército llamativo: altos, bajos, gorditos, delgadísimos y de todas las edades. Y, con ellos, la abuela: una señora pequeñísima y desdentada, de pelo cano y un vestido gris con flores. La abuela se sentó a mi lado en su cajón de manzanas, y me sonrió.

Menem llegó tarde y no recuerdo qué dijo o hizo más allá de mencionar aquello de ‘revolución productiva’, ‘salariazo’ y «síganme, no los voy a defraudar». El discurso era interrumpido a cada instante por el *tempo* guerrero de los bombos y el aplauso y el griterío de la gente. La familia a mi lado se unía a los festejos de cuando en cuando, con un entusiasmo contenido o un desinterés real, no lo sé.

Pero el espectáculo en general era fervoroso y resultaba imposible abstraerse de él. En el aire había una electricidad y una sobrecarga que mareaban. Se confundían brazos y puños alzados, banderas flameantes, gargantas enrojecidas, saltos de tribuna futbolera. Ocurría allí ese misterioso compás melódico en el cual un

orador enhebra frases anticipadas por la audiencia, de tal modo que ambos —el público y su líder— se trenzan químicamente y se dejan ir, uno llevando el tempo, los otros esperando el advenimiento del clímax, hasta que el orador concluye elevando la voz y los demás, debajo, desatan un frenesí que sólo puede estar gobernado por alguna forma de la magia.

Yo igual me sentía ajeno. No quería pertenecer. Buscaba *leer* a *la masa*. Entender qué me decía este grupo de mujeres, aquellos hombres, esas tres adolescentes con una bandera argentina sobre los hombros. En ese extravío estaba cuando empecé a sentir que me tironeaban de la camiseta por la espalda. Giré y vi a la anciana sobre el cajón de manzanas, que me llamaba hacia ella. Me agaché pero no entendí bien qué decía. Volví a inclinarme.

—¿Le gusta? —me preguntó.

Quise salir del paso tratando de ser honesto.

—Oh, sí, sí, el clima es formidable.

La señora sonrió con las encías, y volvió a llamarme hacia ella.

—No, Carlos. Si le gusta Carlos.

Carlos. Llamaba a Menem por su nombre. Abrí la boca y quise decir algo pero no me salió mucho. En cambio, pude ver su cara lastrada de arrugas, reseca, los ojos pequeños y negros hundidos y la sonrisa, una sonrisa ancha y franca de puro labio que, adiviné entonces y sigo adivinando ahora, estaba llena de esperanza.

—Por supuesto —respondí—, por supuesto que sí.

Mentí, pero no importaba. La señora asintió con la cabeza y me dio dos palmadas en la espalda antes de cerrar.

—Nuestro presidente, hijo.

Fue todo, pero aun conservo la imagen de aquella mujer en ese instante decisivo. Unos días después yo me afiliaría al PI, votaría contra Menem en las presidenciales y perdería mi primera elección como adulto, inaugurando así una racha que se ha mantenido casi siempre derrotista a lo largo de tres décadas.

Menem gobernaría Argentina durante dos periodos, tras conseguir una reforma constitucional que le permitió la reelección. Su 'revolución productiva' se traduciría en algo que el peronismo jamás había visto: una veloz apertura económica y la aplicación de políticas neoliberales. Menem privatizó bancos, decenas de empresas estatales, la petrolera YPF, el sistema de pensiones, la aerolínea de bandera, la compañía telefónica, la construcción y el mantenimiento de las rutas. Vendió los trenes del Estado desafiando

a los poderosos sindicatos peronistas —«Ramal que para, ramal que cierra», les dijo, y los cerró—, abrió la economía a los inversores internacionales y les permitió repatriar utilidades sin límites. El 'salariazo' fue hijo de una convertibilidad monetaria que emparejó el peso argentino uno a uno con el dólar, una moneda fuerte que permitió a las clases medias viajar al extranjero y comprarse casas y autos, y suponer que así sería siempre mientras él, Menem, estuviera vivo.

Nada del ideario supuesto de Perón estaba en el menemismo, y sin embargo seguía siendo peronismo. Durante buena parte de su gobierno, Menem resolvió una paradoja impecable vinculada a la brecha de credibilidad de un peronista actuando como neoliberal: los mismos trabajadores que quedaban desempleados con las reformas, votaron no una sino dos veces la continuidad de las medidas y del gobierno que los desempleaban. Su administración acabaría plagada de denuncias por corrupción y malversación de fondos y Argentina concluiría la década endeudada hasta las nubes y con el desempleo montado en un elevador. La convertibilidad monetaria acumuló tanta presión que finalmente estalló con una gran devaluación y la declaración del mayor impago histórico de una deuda soberana.

Pero en aquel momento, ante la anciana, Menem significaba esperanza. Argentina vivía una crisis inflacionaria que devoraría al gobierno de Alfonsín, a quien no le sirvió encarcelar a los jerarcas de la dictadura militar y a cientos de militares por violaciones a los derechos humanos, un evento único en el siglo. El país se incendiaba, el peronismo disfrutaba hasta el paroxismo en la oposición, y Alfonsín debió irse antes de concluir su mandato. Con su 'revolución productiva' y su 'salariazo', Menem nos ofrecía a los argentinos, y a la anciana del vestido floreado, una utopía. Venía a salvarnos. «Síganme, no los voy a defraudar».

Aquel acto en la universidad, aquel momento con aquella señora antes del gobierno de Menem, constituyeron mi primera experiencia con Amado Líder. Desde entonces he vivido muchas otras, siempre con los eventos desenvolviéndose como una suerte de letanía reiterada: un salvador que promete, observadores incrédulos y almas jodidas que deciden creer porque ya no queda nada más en pie para sostenerlas.

CÓMO ATRAPAR UNA ANGUILA

En los últimos treinta años el populismo regresó a América Latina, a la vuelta del siglo comenzó a cosechar adeptos en Europa, y —cuando las almas blandas nos regocijábamos por una presidencia novedosa como la de Barack Obama— apareció Donald Trump en los Estados Unidos. Taquicardia global.

Como si se hubieran cansado de todo, millones de personas han (re)descubierto —la Historia se repite, todos saben eso— que son capaces de herir al *establishment* votando a personajes impensados. *Outsiders* en algunos casos, viejos hombres de partido o miembros de las élites. Todos hermanados por una conexión íntima y fervorosa con los deseos de votantes airados, dispuestos a aceptar una retórica unívoca, de izquierda o de derecha, que apela a El Pueblo.

Amado Líder procura observar esos fenómenos, entender su génesis y preguntarse por las condiciones que hacen posible el surgimiento de tales liderazgos, así como sus posibilidades de perpetuación. Asimismo, incluye una serie de aproximaciones a algunos tratamientos democráticos posibles para el populismo.*

Los consensos para conformar a millones de individuos son trabajosos y nunca dejan conformes a todos. La idea de que *algo falla* puede calar pronto en sociedades en crisis que han intentado creer una y otra vez a sus dirigentes sólo para encontrarse con que, a menudo, las respuestas son insatisfactorias. En esas instancias —en todas las instancias— el trabajo es arduo: le cabe a la democracia, siempre, hacer el esfuerzo de justificarse. El atractivo del autoritarismo es eterno. La fuerza, parece, es intuitiva.

El populismo no es un fenómeno reciente en las democracias representativas. Desde fines del siglo XIX, líderes populistas han conseguido sintonizar con el descontento popular hablándole a la frustración, el deseo insatisfecho, la ansiedad y la expectativa generalizada de revancha contra la clase política por la cual votaron en el pasado. Atraídos por el discurso populista, millones de ciudadanos se han vuelto en contra de los partidos que dijeron defender sus ideales, de los funcionarios responsables de darles respuestas y de los presidentes que olvidaron sus promesas o fueron incapaces de asegurarlas.

El siglo XXI ha abierto sus puertas y brazos a Amado Líder. Un estudio de *The Guardian* y Team Populism —un grupo que realiza análisis del lenguaje— mostró que el número de líderes populistas se duplicó en 40 países desde el año 2000. Las marcas y rasgos del

discurso populista han sido adoptados gradualmente por un número significativo de los 140 presidentes y primeros ministros incluidos en la muestra. A la cabeza de la lista hay tres latinoamericanos: los venezolanos Hugo Chávez y Nicolás Maduro, y el boliviano Evo Morales. El turco Ercep Tayyip Erdoğan es el primer europeo.[1]

Comprender al populismo se ha convertido en una misión tan fascinante como hallar vida en Marte. No sólo por su recurrencia, parecida a la de nuestros tropiezos amorosos —sabemos que *no debemos ir ahí*, porque hemos estado ya y salimos escaldados, pero *vamos igual*—, sino por la laxitud de su frontera semántica y la porosidad de la superficie política que comprende.

Conceptualmente, el populismo es una anguila escurridiza. Un chicle, masa fresca. El filósofo político holandés Cas Mudde define al movimiento populista como «una respuesta democrática antiliberal al liberalismo antidemocrático», así como las dictaduras y golpes militares serían las reacciones antidemocráticas y antiliberales. Es un rechazo del pluralismo, dice Jan-Werner Müller en *What Is Populism?*; «una palabra de goma», escribe Pierre Rosanvallon en *El siglo del populismo*:

> Término paradójico, también, pues tiene casi siempre una connotación peyorativa y negativa pese a derivar de aquello que funda positivamente la vida democrática. Es, a la vez, una palabra encubridora, pues adosa una etiqueta única a todo un conjunto de mutaciones políticas contemporáneas cuya complejidad y resortes profundos deberíamos poder distinguir. ¿Es correcto, por ejemplo, usar una misma expresión para calificar la Venezuela de [Hugo] Chávez, la Hungría de [Viktor] Orbán y las Filipinas de [Rodrigo] Duterte, para no mencionar la figura de Trump? ¿Tiene sentido colocar en una misma cesta a los españoles de [Unidas] Podemos, la Francia Insumisa de Jean-Luc Mélenchon y los partidarios de Marine Le Pen, Matteo Salvini o Nigel Farage?[2]

Las dudas de Rosanvallon revelan que el populismo ni siquiera se expresa siempre del mismo modo. Diferentes contextos producen diferentes populismos. Los hay duros o polarizados, así como ligeros. Factores políticos, sociales, económicos y culturales afectan su emergencia y tipología. Quizás ni debiéramos llamarlo así, pero ¿entonces, qué? ¿Demagogia? ¿Y luego distinguimos distintas formas de demagogia: autoritaria, *soft*, de derecha, neoliberal, de izquierda, tecnócrata, socialdemócrata, nacionalista. . .? Es un

término complicado, claro. Varias de las personas con las que hablé durante estos años tenían resistencias a emplearlo, y muchas correctamente diferenciaban entre «actos» populistas y comportamientos más integrales. Pero está claro que no es lo mismo Lula que Trump o Boris Johnson que CFK o Chávez y Bukele o AMLO y Trump —*no, wait*. . . «A mí me da un poco de no sé qué cuando dicen "populismo", me incomoda», me dice desde Madrid por WhatsApp el escritor Martín Caparrós, y sigue:

> Es como una palabra fácil que se usa como arma arrojadiza para descalificar a cualquiera que no nos parezca bien. Y me incomoda más cuando la denominación puede incluir tanto a Trump como a Evo y Bolsonaro y Chávez: no es operativa. No termina de designar nada en la medida en que designa demasiadas cosas y no similares entre sí. El que dice 'tal es populista' se para en un banquito, extiende la mano y descalifica. Y cuando veo esa descalificación, me dan ganas de ser populista, pero luego se me pasa.

La teórica política inglesa Margaret Canovan asumió la complejidad de la definición, rindiéndose llanamente a la dimensión del problema: no se pueden reducir todos los casos de populismo, decía, a una definición sola o a una sola esencia, común a todos los usos del término. «Si uno debe creer a los zoólogos, este mundo aparece muy distinto para los miembros de las diferentes especies animales», escribe en *«People», Politicians and Populism*.[3] «Las flores ocultan patrones y marcadores que sólo son visibles para los insectos; los perros habitan un mundo que apesta con aromas seductores [. . .] Algo bastante similar también ocurre con los animales políticos».

Todo movimiento populista presenta, en mayor o menor grado, un conjunto de condiciones. Es indispensable poseer un caudillo carismático —Amado Líder— que, más allá de pertenecer a un partido tradicional o provenir de la periferia política, construya su feligresía como un movimiento, dando así suficiente margen para que coexistan activistas con agendas específicas y hasta competitivas, y a sí mismo para elegir qué ideas privilegiar y cuáles subalternizar. *Il condottiero* reestructura la relación de las personas con los representantes desvalijando el aparato político, pues Amado Líder ordena la vida pública alrededor de su voluntad, demandando atención permanente con tanta frecuencia y fruición que termina concentrando toda la energía sobre sí mismo para luego proyectarla

a la sociedad como un vergel milagrero.*

El populismo surge en tiempos de crisis representativa de parlamentos y gobiernos, con las referencias políticas tradicionales agotadas o bajo un descrédito superlativo. Los partidos son incapaces de contener el disgusto social. La sociedad es proclive a fracturarse alrededor de asuntos que —en otras circunstancias— habrían sido resueltos a través de compromisos y consensos.[4] Amado Líder medra en esas brechas con un discurso beligerante que atribuye los grandes problemas nacionales a la acción de las élites políticas y económicas, a la globalización y a los extranjeros, en muchas ocasiones con razón. Para Amado Líder, todos ellos se han enriquecido o acumularon poder aprovechándose de la decente clase trabajadora que él defiende.[5]

Atención: ricos y pobres importan, y mucho. Las sociedades con enormes brechas de desigualdad son proclives a encontrar soluciones populistas: si esas brechas existen es porque nadie ha sido capaz de reducirlas a niveles tolerables para el conjunto de los ciudadanos. La acumulación de fracasos de la oferta política tradicional es una invitación al hartazgo. No toma tiempo para que una sociedad fastidiada decida patear el tablero y erigir a Amado Líder como el factótum de su revancha. Cuanto más musculosas las clases medias, menores los riesgos de exaltación del caudillo extemporáneo. Las clases medias son humedales que regulan la temperatura política y evitan la inundación de la furia. Pero no es una verdad grabada en piedra: si los clasemedieros observan que los ricos viven en otro universo y encuentran obsceno o delirante ese estado de cosas, también pueden sumarse a la revuelta. No hay vacuna que erradique; sólo tratamiento.

El caudillo no busca acuerdos, sino la exacerbación de los ánimos para presentar los problemas en términos apocalípticos, y ofrecerse como su único salvador. Lo hará, por supuesto, con vehemencia, incendiando la llanura. El lenguaje es crucial para el populismo, pues además de constituir una forma de gobernar y de hacer política, es un aparato retórico vivo. Amado Líder debe crear una realidad paralela a aquella que se percibe naturalmente, seleccionando con pinzas de relojero hechos e ideas de la vida cotidiana que descontextualiza y organiza en un nuevo marco conceptual donde él mismo define los términos en que esa realidad debe ser diagnosticada y abordada.

El populismo niega la evidencia empírica, por lo que rechaza el

discurso experto, la legitimidad del periodismo y el método científico. Todo puede ser puesto en duda porque la realidad es asunto de opinión, de relatos en competencia y nunca de hechos. Amado Líder crea un mundo a su medida e inyecta verdades alternativas apoyadas presuntamente en el sentido común y la experiencia ordinaria de las personas, editando así elementos de la *real realidad* e introduciéndolos en relatos no necesariamente verdaderos pero sí verosímiles. Todo es objeto de fabricación, manipulación e invención y lo que no coincida con la visión de Amado Líder será señalado con el dedo: *fake news*. La única verdad es la realidad, decía Juan Domingo Perón: la que él dictaba.[6]

Amparado por su condición de creador de ese mundo alternativo, nuestro caudillo ejecutará como dios y señor. El mandamás populista demandará tomar decisiones privilegiando su relación directa —apostólica— con El Pueblo, copando o minando los sistemas de representación. La morosidad, muchas veces la estulticia y en ocasiones su inoperatividad le servirán de excusa para evitar a las legislaturas y gobernar a golpe de decretos y órdenes ejecutivas. Las presidencias que perseguían acuerdos de gobernabilidad serán acusadas de ineficientes, reemplazadas ahora por un Poder Ejecutivo que se presentará como pragmático y transformador.

El régimen exigirá la lealtad incondicional de todos los funcionarios, incluidos jueces, militares, legisladores y burócratas del Estado. El discurso independiente de los medios será censurado o perseguido, se atribuirá a la intelectualidad un valor negativo, y la ciencia acabará controlada y reemplazada por el conocimiento mundano —y soberano— del hombre común. La oposición que no se ajuste a los nuevos designios perderá su condición de adversario para verse convertida en enemigo. Un fiero nacionalismo, verticalista, quizás étnico y muy probablemente nativista, colocará en el casillero de los traidores a la patria, bastardos ilegítimos, a quienes duden.

Amado Líder defenderá el regreso a un mundo ideal donde la nación refulgía: la mitificación del pasado será el nuevo futuro; el presente, un éxodo duro pero iluminador hacia el destino manifiesto. La nación perdida o discapacitada por la acción de las élites y de sus cómplices deberá actualizarse. El caudillo moldea su armadura sobre el yunque de valores tradicionales, que entran en inmediato proceso de recuperación, una fantasía axiológica que

define qué fue y qué debe volver a ser la patria. Los procesos de construcción de la nación —incluidos los de los nacionalismos ultras, como el fascismo— emplean el sistema educativo para glorificar un pasado mítico, elevando los logros de sus héroes y oscureciendo cualquier perspectiva histórica que contradiga esos méritos.[7]

El populismo es una forma de gobernar y organizar la representatividad política y la sociedad, no un sistema de creencias. En la práctica, busca reemplazar los sistemas de balances de la democracia con mecanismos en apariencia más directos de gestión gubernamental. Esos mecanismos pueden incluir referendos masivos y otras formas de democracia participativa, pero sobre todo descansan en la relación directa con Amado Líder, quien descarta o burla la acción de organismos de representación y control. En los regímenes populistas hay una ampliación del presidencialismo a través de la democracia plebiscitaria, que debilita y somete a los demás poderes del Estado. La experiencia muestra que, en efecto, puede haber mecanismos más directos de representación, pero no con el propósito que expresan nominalmente; su objetivo inconfeso es la transferencia de poder hacia líderes personalistas más o menos autoritarios.

Así sea un mecanismo de gestión, el populismo no carece de ideología, pues toda acción política es un esfuerzo concertado para organizar acciones alrededor de un conjunto de ideas, jamás un constructo natural o mágico. John B. Judis, en *The Populist Explosion*, distingue dos grandes vertientes. El populismo de izquierda, que expresa un antagonismo vertical, con las clases medias y los más pobres procurando desplazar a élites que concentran una buena porción de la riqueza. Su plan es reemplazar el sistema político por hegemonías controladas por Amado Líder y su movimiento y transformar el sistema económico en alguna tropicalización bizarra de estatismo rentista escasamente competitivo y malamente redistributivo.

El populismo de derecha, en tanto, se monta en nombre de la ciudadanía contra el *establishment*, al que acusan de hacer mimos a alguna minoría ajena al estilo de vida de la mayor parte de los habitantes de la nación. En las últimas décadas, esas minorías han incluido en distintas regiones del mundo a los inmigrantes latinos y subsaharianos, al movimiento Black Lives Matter, a los refugiados sirios y afganos, a los musulmanes e incluso al feminismo.

Victimizados, los populistas de derecha sostienen que esos grupos buscan subvertir un orden que consideran dado y estable y reemplazarlo con un plan disruptivo de la identidad nacional, concebida como una herencia inmutable transmitida desde la fundación de la patria.

Y un detalle adicional, igualmente importante: no hay sociedad inmune a la demagogia, al veneno autoritario y a la contaminación perversa de los autócratas populistas. Escribía en 2018 Matthew Goodwin, coautor de *National Populism: The Revolt Against Liberal Democracy*:

> Cuando comencé a trabajar en el [nacionalismo populista] a fines de la década de 1990, una especie de ley no escrita decía que había cuatro democracias que nunca sucumbirían. Eran Suecia y los Países Bajos, porque eran históricamente liberales, el Reino Unido por sus sólidas instituciones políticas y su cultura cívica, y Alemania, por el estigma dejado por los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial.
>
> Pero avance rápido sólo veinte años, y cada uno de esos países ha experimentado una gran rebelión populista. Pim Fortuyn y luego Geert Wilders en los Países Bajos. Los demócratas de Suecia, que recientemente alcanzaron una nueva cuota récord de votos. Alternativa para Alemania, AfD, que tiene más de 90 escaños en el Bundestag y en 15 de los 16 parlamentos estatales. Y en el Reino Unido, Nigel Farage y el UKIP forzaron un referéndum sobre la membresía británica en la UE que votó a favor del Brexit. A veces olvidamos lo rápido que pueden ocurrir cambios radicales en la política.[8]

El relativo amorfismo del *sentir* populista permite que casi cualquier generalización sobre el movimiento pueda ser derrotada con un contraejemplo. Esa laxitud —junto a su existencia real, política— demanda lidiar con el término provistos de la actitud de un entomólogo curioso. Es difícil colocarle fronteras, incluso un centro. Es un animal vivo, una quimera de colores variados en cada país. Una especie diversa. «No podemos deshacernos de él», dice Canovan en *Populism*, y aunque habla de la maleabilidad del concepto parece que hablase de su vivencia.[9] El sentido común de la idea de Donovan es ineludible: el término es tan difícil de manejar como difícil encontrarle una solución política.

Tres grandes campos ideológicos, recuerda Canovan, componen la tradición política de Occidente —conservadores, socialistas y liberales—, pero debe reconocerse hoy un cuarto término, que no alude a un sistema coherente de ideas como en las otras vertientes

del espectro, y cuyo concepto clave no convive fácilmente con los de 'nación', 'clase' e 'individuo' que constituyen el *ethos* de ese trío histórico. Ese concepto clave es el de 'pueblo', una idea cuya realidad es siempre abstracta, y sus límites, difusos. Un segmento mítico de la población general, diría Mudde, una «comunidad imaginaria».[10]

'El Pueblo' es empleado para designar un abanico de agentes. Los clásicos griegos y romanos concebían un triple uso para la figura: 'pueblo' designaba a los miembros del *polity* aristotélico; a la gente común; y a la nación en términos culturales. Hoy, El Pueblo es una entidad tan políticamente inasible que puede ser materia política —y sobre todo, una comunidad moral— aun en estado gaseoso.

Hay un punto central en el valor de El Pueblo como actor político o simple actor de reparto: su incidencia, real o presunta. En la concepción de participación popular acuñada por Jean-Jacques Rousseau en *El contrato social,* la participación activa del pueblo constituye a El Pueblo como tal. Es real, su participación en el diseño del poder es efectiva, no testimonial. En el populismo esa acción es secundaria: el pueblo es un actor político reconocible sólo si milita por y para el caudillo. En el primer caso, las personas deben actuar para hacer oír su voz, mientras que en el segundo Amado Líder interpreta una «sustancia simbólica»[11] de lo que es el pueblo y moviliza a las masas, pero con la salvedad de que no las quiere activamente movilizadas ni siempre.

«Hay una interesante contradicción ahí», me dijo Martín Caparrós un martes de agosto de 2021. «En nombre del gobierno de El Pueblo, lo que se les ocurre es el gobierno de sí mismos». Amplía en *Ñamérica*, su recorrido por el continente americano:

> [. . .] curiosamente, aquellos movimientos se basaron —se basan— en una desconfianza extrema por el pueblo. Sus jefes creen que sus pueblos no pueden gobernarse y que debe haber un líder que los guíe, que los lleve. Y que ese hombre fuerte – muy pocas veces una mujer fuerte– es alguien excepcional que debe mantenerse al frente; no un representante sino un conductor, un redentor, una figura más o menos sobrehumana. Alguien que no está ahí porque es como todos los demás sino porque es distinto de todos los demás, un elegido, un carismático. Alguien que, por su existencia, sirve para consolidar el principio de autoridad, de diferencia.
>
> Por eso sus líderes, tan decisivos, terminan por caer en la tentación

de sí mismos: «Es ese momento en que miran alrededor, miles de cabecitas allá abajo, y piensan pobres, qué sería de todos ellos si no estuviera yo. O, incluso: qué habría sido de todos ellos si yo no hubiese estado. O, si acaso: qué será de todos ellos cuando yo ya no esté. O quizá piensen ay, qué duro ser el único que. O tal vez, quién sabe: ¿por qué será que solo yo lo puedo? Lo cierto es que, piensen lo que piensen, creen que el estado —de las cosas, de los cambios, de su ¿revolución?— es ellos y que sin ellos nada. Entonces, se contradicen en lo más hondo y ceden —gozosamente ceden— a la tentación de sí mismos», escribí hace unos años por puro ignorante: porque no había leído a una de sus teóricas de base, la peronista belga Chantal Mouffe, que lo recomendaba: «Para crear una voluntad colectiva a partir de demandas heterogéneas se necesita un personaje que pueda representar la unidad. Así, es evidente que no puede haber movimiento populista sin líder». La idea de que las personas comparten un movimiento porque quieren lo mismo debe ser anticuada; lo importante es compartir un jefe o una jefa que puedan darte esa impresión —y creen esa unidad que nada más justifica.[12]

La dependencia de la voz del caudillo es y debe ser absoluta. No funcionaría de otro modo: Amado Líder decide qué significa ser El Pueblo, quiénes lo componen y, sobre todo, quiénes quedan fuera, ya que el populismo es un ejercicio jerárquico de exclusión, no una construcción horizontal e incluyente. El Pueblo es una figura totémica, un dios luminoso que flota siempre en el discurso del poder populista. En El Pueblo —en dios— radica la verdad, reserva de bondad y sabiduría. La extraordinaria gnosis telúrica. El absoluto.

Pero El Pueblo es una entidad política abstracta, sólo seres concretos pueden darle forma. Sólo existe en tanto que es hijo de la imaginación humana. Dado que Amado Líder posee la potestad de definir su sentido y sus límites —de hacerlo *existir*— es él, en definitiva, quien asume todas las funciones posibles para dar vida a la masa organizada; es el apóstol que construyó el credo, el sumo sacerdote que lo institucionaliza y el mesías que debe realizar la salvación. Si sólo Amado Líder entiende a El Pueblo, entonces sólo Amado Líder es capaz de hablar con dios. Todavía más: si sólo él puede definir a El Pueblo —es decir, a ese ente divino fuente de toda verdad y amor— no puede ser otro que Amado Líder el verdadero dios. No hay religión sin dios, ni dios sin hombres que lo creen. No hay populismo sin Amado Líder. Robespierre tenía claro el fin del razonamiento: El Pueblo era él.

Amado Líder refiere a esa vaga figura de El Pueblo al que dice representar, en su lucha contra el mal: contra las élites y sus normas e instituciones; contra la organización económica y la distribución y ejercicio del poder que han impuesto injustamente. Pero como El Pueblo no existe, como no es un actor político real sino una absracción —como la sociedad civil, la patria o la nación, pues no hay sujeto colectivo concreto—, cualquiera puede apropiarse del término y definirlo. Por eso al imaginario voluble de lo que constituye a El Pueblo pueden reclamarlo, en sentido laxo, Adolf Hitler, Andrés Manuel López Obrador, Marine Le Pen y Joe Biden, Neymar o una actriz de telenovelas. «No existe un pueblo que habla sino alguien —algunos, muchos, una minoría o una mayoría— que utiliza el nombre del pueblo para bien o para mal, o lo emplea "en vano" o lo banaliza», escribe José María Perceval en *El populismo: cómo las multitudes han sido temidas, manipuladas y seducidas*.

> Y este personaje o grupo que habla en nombre del pueblo tiene intereses como tal colectivo, no como pueblo evidentemente, a menos que creamos en el dios bíblico y su pueblo elegido, base de todos los fundamentalismos y nacionalismos radicales. La débil línea invisible que separa la necesaria agrupación de los humanos y su utilización por gestores concretos de esa misma agrupación es la base del populismo.[13]

¿NADA NUEVO BAJO EL SOL?

En el continente americano, la lista de populistas y neopopulistas, autócratas y autoritarios no precisa una clase de Historia para hallar referencias inmediatas. Hugo Chávez y su mandadero, Nicolás Maduro; Alberto Fujimori y su hija Keiko; Daniel Ortega, Andrés Manuel López Obrador, Evo Morales; Carlos Menem y Fernando Collor de Mello: los peruanos Alan García, Ollanta Humala, Alejandro Toledo y el más novedoso Pedro Castillo; Alfonso Portillo en Guatemala, el hondureño Manuel Zelaya; los salvadoreños Antonio Saca, Mauricio Funes y Nayib Bukele, convertido en presidente circunstancial de Twitter con filial en El Salvador[14]; el matrimonio-del-poder entre Néstor Kirchner y Cristina Fernández más su presidente controlado, Alberto Fernández; Abdalá Bucaram, León Febres Cordero, Rafael Correa —todos en Ecuador —; el *grande maese* colombiano Álvaro Uribe Vélez, el brasileño Jair Bolsonaro.

Aunque la región es un nido de populismos, curiosamente,

varios de los primeros síntomas del movimiento en la costa occidental del Océano Atlántico se registran en Estados Unidos, la nación que simboliza su opuesto —el credo de la democracia liberal. A fines del siglo XIX se dieron experiencias de base, profundamente horizontales, con vasto apoyo popular y agendas progresistas que discutían desde horarios de trabajo a representación sindical o participación en las ganancias de las empresas. Sus líderes tuvieron olfato para entender los márgenes de la negociación política sin despreciar las reglas de la democracia representativa: sacudían el polvo de las mesas con sus discusiones, iban a elecciones y, si perdían, aceptaban los resultados. A algunos podríamos imaginarlos casi como antecedentes históricos de Bernie Sanders: demócratas con enorme *appealing* popular, que jugaban con las normas que el sistema les ponía enfrente.

La experiencia populista de América Latina, en cambio, ha sido volcánica. Una buena parte de los procesos regionales modernos tiene un componente hegemónico o autoritario y, en ocasiones, totalitario. La democracia electoral ha sido el camino de acceso o legitimación del poder del Amado Líder prototípico, una herramienta formal que ha facilitado la erección de proyectos personalistas con una clara aspiración de permanencia.

A grandes rasgos, el populismo latinoamericano reconoce tres grandes olas. La primera se extendió entre la Gran Depresión de 1929 y finales de los años ‘60 del siglo XX y comprende a los gobiernos corporativos que obtuvieron la adhesión de migrantes rurales e inmigrantes extranjeros apiñados y maltratados en las ciudades. Fueron años de industrialización, con masas obreras crecientes pero sin representación, en naciones donde urgía la implementación de políticas sociales masivas en materia de educación, salud, vivienda, crédito o pensiones. Los populistas totémicos de América Latina vivieron en estos años: José María Velasco Ibarra en Ecuador, Juan Domingo Perón en Argentina, Getúlio Vargas en Brasil.* Los tres articularon por primera vez el artificio lingüístico-político de El Pueblo, una suerte de comunidad amplia que incluía a trabajadores y jornaleros, con un decidido y potente lenguaje nacionalista. Ya entonces El Pueblo era una especie de virtud que merecía a un campeón que hablase por él. Enfrente se hallaban las élites y las oligarquías — muy reales y verdaderamente explotadoras—, es decir, los adversarios locales que trabajaban ayuntados al imperialismo para destruir a la

patria.[15]

El discurso nacionalista de esta primera época no pasará a la siguiente ola —la del neopopulismo de los años '90— pero sí el método: cercanía a El Pueblo, llaneza discursiva, enemigos claros. Menem en Argentina, Collor de Mello en Brasil, Fujimori en el Perú y Bucaram en Ecuador son símbolos notorios del fenómeno: neoliberal, libremercadista y con suficiente inserción popular.** Llegaron al poder cuestionando a los gobiernos y a las élites que hundieron a sus países en las crisis de la Década Perdida —la de los años '80—, llamando a El Pueblo a confiar en sus planes, que tenían la peculiaridad de no estar nunca completamente definidos. Una vez en el poder, cada Amado Líder *neopop* acordó ajustes estabilizadores con el Fondo Monetario Internacional para acabar con inflaciones elevadas, privatizó las empresas públicas y abrió la economía a la inversión internacional masiva. La élite que aquellos neopopulistas cuestionaron estaba constituida por los antiguos defensores del Estado fuerte, que ellos eventualmente reducirían y desmontarían. El Pueblo era, otra vez, un actor pasivo: debía dejar en manos de sus nuevos líderes la salvación nacional y la restitución de su dignidad.[16]

Hugo Chávez ganó las elecciones de 1998 en Venezuela y disparó la tercera ola, americanista y antiimperialista, basada en una reinterpretación del nacionalismo y en varios casos con una significativa influencia de misticismos religiosos. La ola seguía activa ya iniciada la tercera década del siglo XXI, con gobiernos prolongados o con intención de permanecer. La mayoría de esos procesos ha sido ubicada en la izquierda —los menos, en la derecha —, pero sus prácticas políticas son más cercanas al nacionalismo hegemonista o autoritario, pues más allá de la supuesta adscripción ideológica que exhiban superficialmente, han asumido, según la ocasión, métodos y manierismos fascistas, de la izquierda estalinista y de la derecha militarista.

El Pueblo de la tercera ola está compuesto por los excluidos y los discriminados, si bien sus líderes suelen discriminar ellos mismos a diversos grupos o a restringir derechos, como en los casos de las mujeres que demandan el aborto terapéutico legal, y de los colectivos LGTBIQ+. La élite populista del siglo XXI es variada, pero proviene de una mezcla de actores políticos y económicos, inmersos en circunstancias históricas específicas. Entre estos elementos se cuentan el aparato de partidos que les precedió; los

grandes grupos económicos locales conocidos comúnmente como 'el empresariado' o 'la oligarquía'; las corporaciones internacionales y los rezagos de la Guerra Fría (el ominoso imperialismo y el atemorizante comunismo).

En esta tercera ola son claramente visibles dos populismos modélicos, el hegemónico y, al decir del especialista Steven Levitsky, el «autoritarismo competitivo».[17] El primero procura construir un bloque dominante con una nueva burguesía que desplace a las alianzas políticas, económicas e intelectuales que le antecedieron mientras crea un sistema de partidos menos competitivos que legitiman la retórica presuntamente pluralista del régimen. El segundo desplaza a la oposición a un espacio marginal, inhabilitando toda posibilidad de disputa política. Ambos son populismos electoralmente democráticos, pero mientras el primero puede tolerar las derrotas como parte de las tensiones entre el bloque dominante y los opositores, el segundo ejecuta prácticas autoritarias contra la disidencia y deriva claramente hacia la autocracia o la dictadura.[18]

Nuestros países han sido atravesados, casi sin excepción, por movimientos populistas asociados a una figura carismática, el Amado Líder. Las ocurrencias de los caudillos, expresadas en liturgias y rituales casi bíblicos, han contribuido a erosionar nuestras democracias imperfectas mediante comportamientos sectarios, xenófobos y abiertamente machistas. ¿Violentos? Simbólica y prácticamente. ¿Resentidos? Todos. Loris Zanatta, profesor de historia latinoamericana en la Università di Bologna y uno de los más dedicados estudiosos del populismo regional, dice:

> Los populismos hispanoamericanos son [. . .] unanimistas: un pueblo, una nación, un líder. Toleran la división de poderes y el sistema multipartidista si es necesario, pero los pisotean cada vez que pueden, como lo demuestran en semanas recientes López Obrador en México[19] y Nayib Bukele en El Salvador. Son jerárquicos, el orden se crea de arriba abajo, del sacerdote a los fieles o del presidente a sus seguidores. Y corporativos: todos deben ser parte de algo, familia o partido, clan o sindicato, el grupo trasciende al individuo. Su modelo es el Estado confesional que castiga a los herejes y catequiza al pueblo. «Dios está con nosotros» y «nosotros seguimos su plan», predicaba Hugo Chávez por cadena nacional mientras se apoderaba del Estado pieza a pieza, desde el poder judicial hasta las Fuerzas Armadas. Pronto esta fórmula sería repetida por sus imitadores[20].

Antes que una crisis de generación espontánea, la emergencia de Amado Líder es producto de una confluencia de fenómenos que se concatenan progresivamente ante los ojos del sistema político e intelectual. La crisis por acumulación suma presión de manera imperceptible, como las placas tectónicas, o de manera visible y gradual, como la nieve cuando se acumula y cae en avalancha. En ocasiones, esa progresiva conformación del *animal populista* ha sido subestimada como una aberración o una expresión desde los márgenes del sistema y, por lo tanto, lumpen y de riesgo controlable.

Dicen Andrea Kendall-Taylor y Erica Frantz en su ensayo de 2016 «How Democracies Fall Apart» que la *autoritarización*, entendida como el desmantelamiento de las normas y prácticas democráticas por parte de líderes elegidos democráticamente, es el nuevo camino preferido para desmoronar sistemas representativos. Según su trabajo, en la segunda mitad del siglo XX, el 64 por ciento de las democracias del mundo cayó por golpes de Estado, pero entre 2000 y 2010, el martillo del autoritarismo populista estuvo detrás del 40 por ciento de los derrumbes. Si las tendencias persisten, escriben, la *autoritarización* «pronto se convertirá en el camino más común hacia la autocracia».

> Aún más desalentador, la naturaleza lenta y gradual del retroceso democrático impulsado por los populistas es difícil de contrarrestar. Debido a que es sutil e incremental, no hay un momento único que desencadene una resistencia generalizada o cree un punto focal alrededor del cual pueda unirse una oposición. Y en los casos en los que surgen críticas vocales, los líderes populistas pueden fácilmente enmarcarlos como «quintacolumnistas», «agentes del *establishment*» u otros provocadores que buscan desestabilizar el sistema. La erosión democrática fragmentada, por lo tanto, generalmente provoca sólo una resistencia fragmentada.[21]

Detrás del populismo hay una mirada condescendiente y pedante del *establishment* hacia sus cultores y, sobre todo, hacia el hombre común: hay burocracias y castas preparadas para gestionar el Estado y, ¿de repente, esta *chusma* quiere tomar asuntos demasiado serios en sus manos? La mirada es clasista en parte, pero también descansa en el abuso del discurso meritocrático. La verdad es más compleja que esa despectiva mirada por encima del hombro: sí, los especialistas son imprescindibles y sí, también, la *chusma* está hasta

la garganta de que no le presten atención. Congeniar ambos aspectos requiere de la magia del carisma, la utopía y la confianza —y la lista de necesidades, por supuesto, no concluye allí.

La masa, la *chusma*. Por más estrambótica que sea su apariencia, un ancla se mantiene firme en el fondo del mar político: no hay populistas ni autoritarios ni demagogos ni autócratas sin masa, y no hay masa sin individuos que no hayan descreído progresiva y fatalmente de los partidos y de sus representantes, así como de la capacidad de la democracia para gobernar la vida de la comunidad.

Es un reacomodamiento donde los partidos y el Estado perdieron la capacidad de representar. Ante esa pérdida, los individuos toman el espacio público para *presentarse y re-presentarse*, activos y soberanos, sin sentirse constreñidos por alguna estructura civil o partidaria. Mientras la democracia representativa liberal es impersonal, el populismo siempre es corpóreo: se materializa en el ágora, la calle, la protesta. Contrapone la gestión sensual de la política a la gestión profesional del Estado. El frío de la impersonalidad de las instituciones públicas se enfrenta al cachondeo sensible del cuerpo de las masas rozándose en las movilizaciones.

Escribía Elias Canetti en *Masa y poder*:

> Nada teme más el hombre que ser tocado por lo desconocido. Desea saber quién es el que le agarra; le quiere reconocer o, al menos, poder clasificar. El hombre elude siempre el contacto con lo extraño. [. . .]
>
> Todas las distancias que el hombre ha creado a su alrededor han surgido de este temor a ser tocado. Uno se encierra en casas a las que nadie debe entrar y sólo dentro de ellas se siente medianamente seguro. [. . .]
>
> Esta aversión al contacto no nos abandona tampoco cuando nos mezclamos entre la gente. La manera de movernos en la calle, entre muchos hombres, en restaurantes, en ferrocarriles y autobuses, está dictada por este temor. [. . .]
>
> Sólo inmerso en la masa puede el hombre redimirse de este temor al contacto. Se trata de la única situación en la que este temor se convierte en su contrario. Es esta *densa* masa la que se necesita para ello, cuando un cuerpo se estrecha contra otro cuerpo, densa también en su constitución anímica, es decir, cuando no se presta atención a quién es el que le «estrecha» a uno. Así, una vez que uno se ha abandonado a la masa no teme su contacto. En este caso ideal todos son iguales entre sí. Ninguna diferencia cuenta, ni siquiera la de los sexos. [. . .] Esta inversión del temor a ser tocado forma parte de la masa. El

> alivio que se propaga dentro de ella (y que será tratado en otro contexto) alcanza una proporción notoriamente elevada en su densidad máxima.[22]

En la teoría pero también en la práctica, la relación entre el ciudadano y el Estado debiera ser una interacción positiva: el Estado toma decisiones que representan los requerimientos de sus dirigidos. Pero teoría y práctica suelen rechazarse mutuamente. Con excepciones, los partidos latinoamericanos no han cumplido a cabalidad su rol de facilitadores e intermediarios entre la ciudadanía y las instituciones de ejecución y deliberación. Con frecuencia ha sucedido que los gobiernos forjan mediaciones descendentes, «ya sea bajo la forma del corporativismo de Estado o a través de prácticas de clientelismo y políticas de patronazgo», dice Jo-Marie Burt, una académica de George Mason University especializada en violencia política y derechos humanos en América Latina.[23]

Nuestra región, según Zanatta, es la Meca del populismo. Ni Europa ni Asia ni África —prolífica en dictaduras— han entregado tanta variedad de gobiernos caudillistas como América Latina, generadora de un *ecce homo* tras otro, como si fueran líneas de producción tropicalizadas con el propósito de entregar el modelo adecuado a cada gusto local. En los últimos veinte años, una decena de países han exhibido al menos 15 gobiernos populistas; consideradas las últimas tres décadas, el número supera los 20.

Las razones derivan de la inestabilidad magmática de la región. Cada capítulo de populismo latinoamericano ha emergido de una combinación de fragmentación social, desintegración cultural y desestabilización moral. La modernidad —maldito racionalismo— desestructuró las redes identitarias y culturales construidas trabajosamente tras las independencias nacionales del siglo XIX. Durante el siglo pasado y en más de una ocasión, ni los diferentes Estados, ni las iglesias ni los partidos han podido encauzar los ánimos caldeados de las masas. La nueva revolución digital e internet han modificado y acelerado los procesos de cambio del siglo XXI, amplificando la onda expansiva de las sucesivas transformaciones macroeconómicas, sociales, políticas y culturales. En nuestros países, donde nos adeudamos aun instituciones sólidas y una cultura democrática ajena al clientelismo, ese impacto parece haber favorecido significativamente a la experiencia populista.

Zanatta, *again*:

> Así se entienden los ciclos históricos de América Latina. Un rebote populista sigue a cada era cosmopolita y secular. Así fue con Lázaro Cárdenas en México, Getúlio Vargas en Brasil y Juan Domingo Perón en Argentina después de la era liberal, así con la Revolución cubana y sus émulos después de la ola democrática de posguerra, así desde el fin del Consenso de Washington a nuestros días. A la sociedad abierta y laica, el peronismo opuso el telurismo de la tradición católica; el chavismo, el de los caudillos rurales; el indigenismo boliviano, el etnocentrismo. El populismo no es un ave de paso en América Latina sino un actor protagonista, aunque cambie de nombre y forma[24].

COMO AGUA POR LAS GRIETAS

Un movimiento populista en ascenso es señal de que el sistema ha sido incapaz de resolver las tensiones, al menos porque sus partidos tradicionales no contienen ya a las voces disidentes, ni articulan la agitación y la confusión provocadas por las crisis.

A la vez que señala un problema, el populismo puede agudizarlo, pues sus movimientos son efectivos desde la oposición, pero inhábiles cuando acceden al gobierno. Son *outsiders* que no trabajan con consensos ni compromisos, pues lo suyo es medrar mediante la exacerbación de las tensiones. Y no buscan acuerdos porque necesitan el campo político limpio como *tabula rasa*: Amado Líder quiere el poder para refundar la nación.[25]

No son tiempos sencillos. Occidente está en declive y Estados Unidos, su líder cultural, es una maquinaria oxidada pintada de cuando en cuando a un costo creciente que no puede ocultar por completo la herrumbre. El mundo observa los desafíos de la siempre expansionista Rusia, sostenida por la autocracia de Vladimir Putin. Como él, otros gobiernos autoritarios actúan con desparpajo y a la luz del día contra sus opositores y adversarios sin temor a las reprimendas y sanciones de Occidente, que sólo parecen ser efectivas con naciones pequeñas y no alineadas. China se consolida como la nueva súper potencia del mundo multipolar —fue el segundo inversor global en 2018— y sus colocaciones financieras, que son crecientes en América Latina en especial en petróleo y minería, ya han creado relaciones desafiantes para los países receptores de crédito.[26] Venezuela es el principal receptor de fondos chinos por volumen y per cápita, seguido de Ecuador. China

es, además, el principal socio comercial de Brasil y también un fuerte inversor en Argentina.*

Los Estados han quedado superados por la velocidad y autonomía con que circula el capital financiero, y el poder determinante de numerosas corporaciones globales —el valor de mercado de Apple en 2019 era superior al PIB de Brasil, la mayor economía latinoamericana.27 Particularmente en los países en vías de desarrollo, la capacidad de los gobiernos para establecer condiciones razonables a la inversión internacional estará cada vez más en entredicho. La incidencia de una región como América Latina en el juego geopolítico es reducida. El mundo nos ha prestado atención, sobre todo, cuando nos metimos en problemas. En condiciones de estabilidad, somos un niño pequeño en la mesa. Habla y es tolerado, pero las decisiones son de los mayores.

Europa lo sabe ya y América Latina lo verá con claridad en no más de dos décadas: no se podrán pagar pensiones en el futuro mediato y, antes de eso, veremos a los hospitales colapsar; las infraestructuras dependerán crecientemente del auxilio de benefactores y las cuentas fiscales requerirán flexibilidad, maquillaje, privatización o mecenas para sobrevivir. Ya hoy una sección de los presupuestos de ciencia está sostenida por la filantropía privada —que tiene una predecible agenda propia— y es probable que la fracción de la torta se amplíe sobre todo en proyectos de investigaciones aplicadas.

La ficción de que las arcas públicas aún pueden ocuparse de las demandas de todos los ciudadanos potenciará contradicciones ya existentes, y creará otras. La brecha norte-sur reconoce hoy ya disputas interiores en el norte-norte.28 Legislaturas de estados republicanos de Estados Unidos han aprobado normas que contradicen el espíritu progresista de sus pares demócratas en materia de derechos de minorías, mientras que algunos de esos gobiernos conservadores litigan contra disposiciones del gobierno federal en asuntos de salud reproductiva, medio ambiente, matriz energética y derechos electorales. En Europa, por ejemplo, fue notoria en 2020 la resistencia del gobierno de Holanda a que la UE emitiera bonos de deuda colectiva como pedían varias naciones mediterráneas para sortear la crisis económica producida por el coronavirus.29 El conflicto Cataluña-España ha mostrado las divergencias entre el gobierno central y el comunitario, alimentando la grieta entre los militantes de ambos nacionalismos,

unos porque aseguran ser un motor económico indispensable de la nación española y los otros porque se dicen cansados de subsidiarlos.

Si esas disputas ya han alimentado proyectos nacionalistas alternativos, la profundización de la brecha norte-sur será pasto reseco para el fuego xenófobo y el racismo. Hacia 2019, el neopopulista Matteo Salvini se resistía a seguir tomando refugiados subsaharianos que llegaban en balsas a la isla de Lampedusa bajo el argumento de que Europa había condenado a Italia a asumir una función que no le correspondía. La derecha griega ganó muchos puntos electorales durante los años en que el país fue un área de acceso a la Europa continental para decenas de miles de familias sirias que escapaban de las masacres de Hafez al-Assad. Las migraciones masivas no se detendrán. El regreso del Talibán a Afganistán tras la derrota de Estados Unidos y sus aliados producirá una nueva crisis de refugiados. El cambio climático obligará a nuevas marchas hacia países con mayor seguridad alimentaria. Las persecuciones políticas y religiosas seguirán siendo significativas justo cuando las naciones desarrolladas de Occidente no tienen ya capacidad para atender a sus ciudadanos y las demandas del mundo multipolar.

La sensación de catástrofe se acrecienta con la ansiedad. El mar de datos macroeconómicos suele traducirse a la microeconomía bajo la noción de la confianza del consumidor. La gente cree en las cifras difundidas o, para bien o para mal, desarrolla una percepción distorsionada de su impacto. La idea de inseguridad adquiere cuerpo si se alientan ciertas creencias: la de que las ciudades sufren más violencia por el arribo de extranjeros pobres; la de que esas personas obtienen empleos que de otra forma serían de connacionales; y la de que millares de extraños se resisten a integrarse en la cultura nacional. De hecho, numerosos procesos populistas —como el Brexit o la presidencia de Trump— se han sostenido en la aceptación de falsedades presentadas como hechos o en la magnificación de ciertos problemas. Todas las derechas han hecho de los musulmanes sujeto de ese miedo; Trump empleó el terror a las maras y fantaseó con la inseguridad y violencia que llevaban a las ciudades estadounidenses los migrantes centroamericanos.

Pero muchas vivencias son tan realistas como se sienten. La deslocalización laboral benefició las cuentas de las empresas que

trasladaron producción al extranjero mientras produce bolsones de trabajadores desempleados y sin entrenamiento adecuado para regresar a un mercado que demanda nuevas habilidades. Llamativamente, incluso los graduados universitarios que invirtieron en su educación, no obtienen buenos trabajos o ninguno pues la competencia es elevada y en muchas economías no parece haber suficiente demanda para tanta oferta capacitada. La productividad global no ha dejado de crecer en los últimos treinta años, pero los salarios no se acoplaron a ese ritmo. Los jóvenes trabajan más que sus padres para acceder más tarde a una casa más cara. Y aunque la indigencia en general ha disminuido, las élites de millonarios y billonarios captan más riqueza relativa que el resto de la sociedad.

El mundo cambia a gran velocidad y las dirigencias políticas y económicas aun sufren para comprender ya no cómo adelantarse a la transformación sino mínimamente ponerse a una distancia razonable a fin de acompañarla con medidas sostenibles. Es todo muy rápido y atomizado; un cambio aquí genera una reacción en cadena sobre un número de variables en apariencia inmanejables por allá. Pero ni el desempleo ni el hambre, ni la sensación de vivir sin redes pueden esperar a que las mejores mentes de nuestro tiempo diseñen las estrategias adecuadas. Y si las personas *sienten o creen* que el *establishment* dirigente lleva tiempo emparchando o excusándose, el túnel puede empezar a mostrar al fondo la luz de Amado Líder.

El caudillo populista está listo para aprovechar esos escenarios en los cuales las fuerzas políticas no son capaces de articular estrategias de largo plazo y enfocan sus batallas en el cortoplacismo electoral. Es triste que la fábula de nuestra época resulte en una progresiva —¿e irreversible?— dilución de la convivencia civilizada. Triste que no hayamos aprendido suficiente de las catástrofes políticas y humanas del pasado. Bolsonaro, AMLO, Bukele, Pedro Castillo, Trump y los demás han encarnado al mismo tiempo casualidad y causalidad: otra estación en la derrota progresiva que se infligen las clases políticas a sí mismas y, con ellas, también a las democracias representativas.

Todo Amado Líder es una supuración de la incapacidad de dirigentes e instituciones para estar a la altura de la Historia, y de la percepción que tienen grandes sectores de la sociedad de que tanto partidos como instituciones están capturados en general por

camarillas profesionales de cortesanos, cínicos y demagogos.

El descrédito se cuela como agua por las grietas que nuestros representantes no reparan, renuentes a relacionarse con las personas, sordos ante los reclamos, ciegos frente a las evidencias. Nuestras sociedades tienen más información y, por ende, están mejor preparadas para cuestionar lo que antes parecían constructos naturales. A menudo por eso la clase política ha perdido la capacidad para convencernos de que la nación —ese invento de subjetividades, himnos, banderas y canonjías que funcionó por un par de siglos— todavía puede mantenernos a todos tirando hacia el mismo lado. Ante la ausencia de mandos y líderes institucionales dignos de crédito, cada vez pesa más la roca sobre la espalda: es arduo el ascenso de la cuesta para convencer a las personas de que el sacrificio presente permitirá tener un país mejor.

Al pie de esa montaña, Amado Líder merodea un redil gigantesco y desamparado, da igual si como lobo o como macho cabrío.

PÓLVORA BAJO LA ALFOMBRA

Por la izquierda y por la derecha, Amado Líder es un riesgo vivo. Muchos suelen defender su existencia bajo la afirmación intercambiable de que peor nos ha ido con 'los otros', paraguas bajo el cual caben liberales, neoliberales, tecnócratas, centristas y, claro, dictadores. No hay contraargumento: un dictador es fatal —y eso es suficiente para considerarlo la peor escoria— y el neoliberalismo ingresó capitales y oportunidades en los años '90, cuando se abrieron las economías regionales, pero no redujo la desigualdad en general. Anoten este detalle: la mayoría de las naciones, incluidas las latinoamericanas, suelen tener más estabilidad cuando gobiernan los moderados.

No pocos populismos acaban en gestas violentas y con una corte de líderes acusados pública o judicialmente por corrupción y abuso de poder. Su herencia suele ser un país menos sostenible que aquel que encontraron. La mayoría de las experiencias del populismo rentista, por ejemplo, generan dificultades financieras a los Estados y suelen ampliar las brechas entre pobres y ricos a largo plazo, aun cuando parezcan —sin conseguirlo necesariamente— reducirlas a corto. Un modelo de subsidios permanentes sin un sector privado competitivo capaz de crear empleo, convierte al Estado en el

proveedor de renta: la perpetuación de los esquemas asistencialistas durante los mandatos de Amado Líder suele derivar en clientelismo, no agrega valor y debilita el erario público, el cual deja de financiar proyectos que habrían sido más rentables económica y socialmente para todos los habitantes.

El gasto público populista no es inversión social sino quema de dinero a fondo perdido cuando se orienta hacia el proselitismo y no hacia la preparación de millones de personas para el mercado de trabajo o para la empresa individual o colectiva. Al cabo, las administraciones públicas acaban con severos déficits operativos, y las deudas crecientes del sector público jaquean las acciones dadivosas *per se,* cuando no son revertidas por los ajustes que implementan los gobiernos —algunos de ellos neopopulistas de derecha— que les suceden.

Sin embargo, aunque la evidencia de sus costos y errores sea sólida, resulta complicado enfrentar al populismo una vez que se ha puesto de pie. No sabemos bien cómo pararnos ante Amado Líder, porque el reclamo de su electorado suele ser legítimo, y su satisfacción debiera ser prioritaria.

En la primera década del siglo XXI, América Latina experimentó un crecimiento único en su historia independiente.[30] La clase media duplicó su tamaño cuando más de 73 millones de personas dejaron de ser pobres. Setenta millones de mujeres ingresaron al mercado laboral. Millones de personas accedieron a cobertura sanitaria, infraestructuras y servicios de salud. Pero, aunque la clase media pasó a representar un tercio de la población de la región entre 2002 y 2012, esa expansión está lejos de resolver los problemas. La desigualdad se está ampliando en el mundo y también en la región, pues los ricos toman más porciones de la torta incluso cuando la economía global crece. Según la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), la distancia entre ricos y pobres en los 38 países con los mayores PIB del planeta se amplió en el periodo inmediatamente posterior a la crisis financiera de 2007-08 a niveles jamás vistos en 30 años. La brecha entre los ricos y los más pobres de las naciones más equitativas, como Alemania o Suecia, pasó de 5-1 a 6-1.*

Me dice por Zoom el politólogo chileno Patricio Navia, profesor de estudios liberales en New York University:

> La desigualdad siempre alimenta al populismo. El populismo busca

> representar la voz de los descamisados de la patria y sólo tiene éxito cuando hay niveles elevados de desigualdad. Cuando la eficacia interna de la democracia incorpora a las clases medias, no hay percepción de que el sistema no trabaja para ellos. Si no creamos sociedades menos desiguales, la región seguirá viviendo sus cien años de soledad. El populismo es síntoma de un problema y ese problema es la desigualdad.

La fragilidad de los Estados para crear redes de contención financiera e inyectar recursos que reactivasen la economía produjo resultados pavorosos durante la pandemia. El PIB regional por la COVID-19 se contrajo casi un 8 por ciento, según la CEPAL, devolviendo a la pobreza a 22 millones de latinoamericanos y a la extrema pobreza a otros ocho millones. Para 2021, eso significaba que el 46,2 por ciento de los habitantes de la región era pobre o indigente. En el lenguaje alambicado de los economistas, la CEPAL ha dicho que sólo en 2020, unos 59 millones de latinoamericanos que un año antes eran clasemedieros «experimentaron un proceso de movilidad económica descendente».[31]

Las democracias liberales sufren una contradicción estructural: promueven libertades individuales bajo la idea de que somos todos iguales ante la ley, pero el sistema es inherentemente injusto porque no somos todos iguales ante la economía. Es difícil para una persona saberse sujeto de derechos, pero no sujeto económico; que pueda decir cuanto quiera y elegir teóricamente lo que quiera como su vecino rico, sin conseguir aquello que ha elegido porque —básicamente— no tiene acceso siquiera a una fracción de su renta. Libertad para quién y para hacer qué, se preguntaba Lenin. La tensión entre el plano axiológico —debemos ser iguales— y la realidad cotidiana —no lo somos— permanece como el nudo de Gordio. La distancia entre billonarios, millonarios, clases medias, pobres y jodidos es desoladora. Ya no es que nuestras democracias tengan un problema para reducir la brecha de sociedades de dos velocidades sino que están en dificultades para achicar un mundo interconectado con un número mayor de velocidades.

Hay más. Uno de los fenómenos de fines del siglo XX y comienzos del XXI fue la aceptación de la victoria conservadora en la reorganización económica —y más aun, cultural— del mundo. La revolución de Ronald Reagan y Margaret Thatcher legitimó e impulsó la globalización financiera y el neoliberalismo, promoviendo la apertura de fronteras económicas. Tuvo a su favor que las tecnologías facilitaban la circulación del capital, tendencia

que se incrementó cuando internet comenzó a llegar a los hogares en la mayor parte del planeta entre 1996 y 1997. Pero también construyó la idea de la primacía del individuo: quien se esfuerza, puede lograrlo.

No vivimos en un mundo socialdemócrata sino neoliberal. Bill Clinton y Tony Blair —nada casual que hayan sido presidentes de Estados Unidos e Inglaterra, como Ronnie y Maggie— asumieron esa victoria como imposible de revertir. Los flujos financieros penetraron en buena parte del mundo occidental y fluyeron hacia el mundo en desarrollo. Tanto así que América Latina volvió a la democracia mayoritariamente en los años '90, cuando se agotó la Guerra Fría y el capitalismo, ahora neoliberal, reclamó su victoria global. Desafiar ese constructo hubiera puesto a nuestros líderes en una posición perdedora.

En su atractivo ensayo «From Progressive Neoliberalism to Trump—and Beyond»,[32] Nancy Fraser le pone nombre a esa nueva corriente: el «neoliberalismo progresista». Una corriente que aceptó la herencia económica del neoliberalismo de los años '80, combinándola con políticas progresistas de reconocimiento de la diversidad y de las identidades, tales como el multiculturalismo, el ambientalismo, el empoderamiento femenino, y los derechos LGTBIQ+. Dice Fraser:

> A pesar de lo sesgada que estaba, esta política de reconocimiento sirvió para seducir a las principales corrientes de los movimientos sociales progresistas [para moverse] hacia el nuevo bloque hegemónico. Ciertamente, no todas las feministas, antirracistas, multiculturalistas, y demás fueron ganadas para la causa neoliberal progresista. Pero aquellas que lo estaban, sea a sabiendas o no, constituían el segmento más grande y visible de sus respectivos movimientos, mientras que los que se resistían estaban confinados a los márgenes. Los progresistas del bloque neoliberal-progresista eran, sin duda, los socios menores, mucho menos poderosos que sus aliados en Wall Street, Hollywood y Silicon Valley. Sin embargo, contribuyeron con algo esencial a esta peligrosa relación: carisma, un «nuevo espíritu del capitalismo». Exudando un aura de emancipación, este nuevo «espíritu» cargó la actividad económica neoliberal con un escalofrío de excitación. Ahora asociado con lo progresista y lo liberador, lo cosmopolita y lo moralmente avanzado, lo lúgubre de repente se volvió emocionante. Gracias en gran parte a este espíritu, las políticas que fomentaron una vasta redistribución ascendente de la riqueza y los ingresos adquirieron la pátina de la legitimidad.[33]

Se acumularon problemas. Por un lado, la apertura económica favoreció una globalización que restó peso a los Estados nacionales, trasladándolo al capital deslocalizado y convirtió al mundo en casi un mercado único, desplazando trabajos e introduciendo incertidumbre en las personas y en los países respecto de su futuro. Al mismo tiempo, la ocupación de espacios por las nuevas minorías empoderadas transmitió una idea de peligro —la de un enemigo amenazante— a otras formas de identidad como la clase, la masculinidad y la blancura racial.

Los cambios de los años '90 también introdujeron el factor meritocrático, la idea de que las personas deben progresar según sus méritos. Es una buena idea —¿quién no quiere ser reconocido por su esfuerzo y capacidad?—, pero opera sobre un sustrato social torcido: no todos tenemos acceso a las mismas oportunidades y, con puntos de partida distintos, cuando la chance se presenta no todos son capaces de atraparla. La meritocracia supuso enviar a millones de personas a una posición desventajosa: nunca serían suficientemente buenos porque no tienen las habilidades imprescindibles para moverse en este nuevo mundo.

Hoy es el gran mantra del siglo XXI, defendida por la academia progresista, sus movimientos y la izquierda liberal. En la superficie, tiene sentido que cada quien se esfuerce y sea reconocido por su tarea, pero en el fondo crea una nueva escala de velocidad para democracias y economías que ya tienen demasiadas. La clase media va a las universidades y aumenta sus posibilidades de saltar al vagón del cambio; los pobres terminan la secundaria —si lo hacen —, y quedan fuera: no tienen mérito, no fueron capaces.

En una conversación que mantuvo con el historiador Yuval Noah Harari, el filósofo político Michael J. Sandel planteó la idea de la meritocracia como un factor que ha podido generar resentimiento.[34] Su libro *The Tyranny of Merit. What's Become of the Common Good?* reconoce la expansión del populismo como un efecto posible del triunfo del mérito como fenómeno de ordenación social. Según Sandel, detrás de la meritocracia está el sentimiento de humillación de la clase trabajadora, particularmente en los Estados Unidos:

> En el núcleo del problema está una división entre ganadores y perdedores que se ha profundizado en las últimas décadas. Es algo que ha contaminado la política y nos ha distanciado. Se explica en parte por las crecientes desigualdades, por culpa de la globalización. Pero el

> problema no es solo la desigualdad económica. Tiene que ver con un cambio de actitud con respecto al éxito. Los que acabaron en la cima comenzaron a creer que su éxito les correspondía solo a ellos, una medida de su propio mérito, y que los que fracasaron eran culpables ellos mismos de su situación. Esta manera de pensar sobre el éxito representa un ideal meritocrático, basado en lo siguiente: si las oportunidades son iguales, los vencedores se merecerán su éxito. Aunque esto puede ser inspirador, la retórica de que uno puede conseguir lo que quiera si lo intenta puede ser también contraproducente. Hay un lado oscuro de la meritocracia. Porque genera *hubris* o arrogancia en los vencedores. Y provoca una sensación de humillación en los que se han quedado atrás. Una de las fuentes más potentes de la reacción populista contra las élites es la sensación de que esas élites miran por encima del hombro a los demás.[35]

Década tras década, hemos dejado la basura bajo la alfombra del sistema, marginando a quienes eran incapaces de subirse a los cambios. Renovábamos la promesa de que en un futuro más o menos próximo la riqueza también llegaría a ellos. Muchos formaban y forman parte de esa amplia franja de los marginados: pobres, indigentes, ancianos, hombres y mujeres de mediana edad, jóvenes sin perspectivas. Cada vez que fue necesario, postergamos un poco más el cumplimiento de esa promesa. Y mientras acumulamos basura debajo de la alfombra, no imaginamos que los jodidos no estaban dispuestos a quedarse al margen —aceptando simplemente su destino— sino que patearían las sillas en cuanto encontraran a alguien que los animara a hacerlo. No eran basura, supimos entonces. Cuando Amado Líder levantó la alfombra, encontró pólvora.

Ahora las democracias representativas enfrentan la bronca, desazón, corrosión y hartazgo de los cagados. ¿Qué hay para ellos? Pocas respuestas sustentables en el repertorio de la política tradicional, y numerosas promesas mágicas de los nigromantes del *qualunquismo*. El marco es explosivo: caída en desgracia de los sistemas representativos; crisis de los partidos políticos; emergencia de las redes sociales como herramientas de expresión, organización y disrupción; mercados electorales atacados por la manipulación tecnológica y la ruptura de las correas de transmisión ciudadanos/representantes y gestión de la agenda pública. Brechas económicas y técnicas dentro de las naciones y entre las naciones. Dos o tres categorías de pobres, varias de clases medias, y ¿una de ricos? Descrédito, desconfianza. Una desigualdad obscena —va otra vez:

una desigualdad obscena-obscena-obscena-obscena.

El engrudo social se reseca, y se fractura.

La frustración de las sociedades, que durante décadas toleraron aberraciones, traiciones y desdén de sus representantes, ha tomado un camino atemorizante y complejo, al punto en que golpea hoy a las puertas del sistema. Como en un clásico del terror, la manifestación final aun es indiscernible, aunque el desarrollo actual de numerosas experiencias hace presumir desenlaces dolorosos y siniestros. El fin de la paciencia impulsa soluciones instantáneas y fantásticas, divisiones que —si no resquebrajan o revientan— adelgazan al mínimo cualquier proyecto común. Millones demandan reivindicaciones a diario en las ágoras digitales y esperan que esas soluciones lleguen con sus dirigentes a la cabeza —o con la cabeza de sus dirigentes.

«El foco en Amado Líder a menudo entrampa la discusión», me dijo a mediados de 2021 el sociólogo estudioso del populismo Cristóbal Rovira Kaltwasser, profesor de la Universidad Diego Portales, en Santiago de Chile. «Cuando se enfoca en él dejamos de lado que no es sólo tema de oferta sino, sobre todo, de demanda: hay una porción de la sociedad que observa la realidad a través de los lentes del populismo».

No son tiempos sencillos. El mundo ha encadenado crisis determinantes en poco tiempo. El 11 de septiembre de 2001; la debacle económico-financiera desatada por las hipotecas tóxicas en 2007-08; el magnicidio sirio y el arribo de cientos de miles de refugiados a Europa en 2015; la pandemia del coronavirus de 2020-21. Cuatro eventos que cualquier profeta hubiera leído como anticipos de un apocalipsis y a los que deben sumarse las crisis particulares de cada nación.*

Podremos vivir en un país pero ahora sabemos del mundo en tiempo real. Demasiada carga psicológica Y, otra vez, Amado Líder mira ese escenario de pavor con regocijo. Cuanto peor, mejor, piensa, y acerca la mecha encendida en dirección a la alfombra. *I am the Wrath of God, who else is with me?*

2 · CRISIS DE REPRESENTACIÓN

La marea roja

Hemos perdido contacto con la Tierra,
camaradas: alguien decidirá por nosotros el
destino de este vuelo.

No sé adónde vamos desde aquí. ¿Es America un Estado y una sociedad fallidos?
—**Paul Krugman**, «Our Unknown Country», *The New York Times*.

Creo que no nos quedamos ciegos, creo que estamos ciegos, ciegos que ven, ciegos que, viendo, no ven.
—**José Saramago**, «Ensayo sobre la ceguera».

Una semana después de las elecciones presidenciales de 2016 en los Estados Unidos, volví a casa en Arizona desde Sudamérica. En la escala intermedia en Texas tomé el Skylink, el pequeño tren de altura que conecta las terminales del aeropuerto de Dallas-Fort Worth. En el habitáculo viajaba un grupo de diez o doce personas. La madrugada era apacible y fresca y mi viaje había sido ordinario, pero yo estaba inquieto. Mi cabeza era un embrollo. Donald J. Trump había sido elegido presidente.

Cientos de veces he visto a mis compañeros de viaje y no he hecho más que preguntarme lo de costumbre. Cuál tendría hijos, quién dormiría menos o más que yo, a cuál le sacaba ventaja porque lucía más viejo que yo cuando, suponía, debía ser más joven. Pero ahora era distinto. Las elecciones me habían enjaulado el ánimo y no podía pensar en mi regreso a los Estados Unidos como algo normal. Finalmente, volvía por primera vez desde que la mitad de los votantes resolvieran soltar a The Kraken dándole la presidencia a Trump. Así que ahora miraba a mis compañeros de viaje en el Skylink con una ansiedad silenciosa: los *juzgaba* sin

conocerlos, con un golpe de vista. Trataba de dimensionar —¿paranoico, prejuicioso?— qué lugar ocupaban en las dos veredas en que se habían dividido los Estados Unidos.

El pasaje estaba compuesto por una selección amplia de gentes, todas medio adormiladas. Un gringo enorme en los cuarenta, cara cuadrada y pelo rasurado, barrigón pero todavía no al punto de que la grasa ocultase sus músculos. Un jovencito moreno, pantalones *baggy* y zapatillas Nike Air Max bailando suavemente al compás de la música que le dictaban los auriculares del teléfono. Un señor indio de la India, envuelto en traje de negocios, que jamás despegó los anteojos del iPad. Dos trabajadores del aeropuerto con el uniforme del *tarmac* de American Airlines: latinos, ruidosos. Una mujer mayor, fantasmalmente blanca, con un enorme café en su regazo, su silla de ruedas guiada por otra señora, ora asiática. Un negro gigantesco vestido de *rapper*, los ojos como dos puntos únicos de luz. Tres o cuatro tipos tan anodinos que costaba distinguirlos del grupo general.

Mientras miraba uno a uno comencé a preguntarme quién de ellos podría haber votado a Trump. Cuál daba el perfil, quién escapaba a la categoría.

Fruncí la frente cuando me descubrí en esa situación. Me sentía como un personaje de una historia de espías en la Berlín de la Segunda Guerra tratando de separar aliados de enemigos, quién colaboraba con los nazis y quién pasaba discretamente por una persona normal cuando era un miembro encubierto de la resistencia. Era una situación incómoda, y muy torpe. Un solo hecho, la votación que ponía al hombre menos indicado al frente de la Casa Blanca, había trastocado mi comportamiento. Medía a las personas por una suposición, las juzgaba sin mayores elementos, y desde entonces condenaba toda posibilidad de relación —y me condenaba a mí mismo— sobre la base del pre-juicio. Un hijo de puta, un miedoso, cagón.

Soy una persona inteligente —eso dice mamá— pero no soy ajeno a los mecanismos del miedo y la paranoia, capaces de corroer los acuerdos mínimos de una sociedad. Y sentía que ese tipo de persona no era yo, sino una construida por las circunstancias, empujada a la sospecha por un aire negro que había comenzado a bajar y a ocupar con sigilo el espacio donde respiramos, comemos, reímos y cogemos. (Pensé en *La peste* de Camus. Años después, pensaría en otro cliché: la pandemia de un bicho invisible.)

Al bajar del Skylink ya había tomado mi decisión: los votantes de Hillary ganaban 7 a 4. Uno de los latinos, decidí, había elegido a Trump.

Mamá: a veces la inteligencia se va como el viento.

¿QUIERES NADAR EN BARRO LÍQUIDO?

El día de la elección de Trump estaba en Argentina y aun no sé si eso fue una fortuna o una condena. Pasaba unos días junto a mis padres pero no estaba cerca de mi hijo y su madre, entonces mi pareja. Tuve la extraña sensación de que habían declarado una guerra mientras yo estaba en el extranjero, que perdíamos cada combate, que la destrucción avanzaba cada día cientos de kilómetros en todas las direcciones, y que no podía hacer mucho. Pasé toda la noche de la elección en mi MacBook actualizando el navegador, calculando promedios electorales en cada estado, revisando Five Thirty Eight, Real Clear Politics, el *Times* y el *Post*, CNN, Fox News. (¿Dónde está Nate Silver cuando se lo necesita?) Estaba obsesionado por los votos pendientes de contar en las grandes ciudades de Pennsylvania, Michigan y Wisconsin, y que parecían escurrirse de la mano de Hillary. Quería hallarlos yo mismo o, al menos, enterarme pronto de la calamidad: quería una certeza. Calma, sosiego: que las columnas del mundo conocido no se hundieran en un Egeo ardiente. Acabé a las cinco de la mañana del día siguiente, ya con nuevo jefe proclamado —*Donald J. Trump, 45th President of the United States of America*—, agotado como si hubiera sostenido el mundo sobre mis espaldas.

El primer día de *President elect Trump* desperté con la sensación de nadar en el barro líquido de una pesadilla, al segundo lo hice con el deseo de estar metido en una, porque tal vez sería más confortable que el futuro. Luego siguió una expectativa vigilante. Los anuncios lentos del nuevo gobierno, las definiciones que escaseaban, los nombres que se barajaban azarosamente para ocupar los cargos del gabinete. Administraba las noticias como quien escucha partes de guerra que relatan cómo la ciudad era cercada, cómo nuestras fuerzas caían y cómo el adversario llamaba a deponer cualquier resistencia, porque iniciaba su dominio *ahora*.

No voy a obviar la metáfora bélica ni puedo ocultar que, una y otra vez, me encontré pensando el ascenso de Trump como el ascenso de Adolf Hitler. La elección de 2016, escribí entonces, fue

> un parteaguas histórico por el riesgo político de Trump para la democracia americana y las relaciones globales pero también lo es a nivel humano, porque ya nadie se mira como parte de una misma sociedad. La elección de Trump ha roto la cohesión. Y yo me siento bajo sospecha y pongo a los demás bajo sospecha.[1]

Nada había cambiado aun, pero cuando mi avión tocó tierra en Texas a mi regreso, enfrenté al trámite de migraciones con los músculos de la cara hechos de roca basal. Los oficiales de Migraciones y Aduanas eran todo lo simpático que pueden ser los oficiales de Migraciones y Aduanas a las cinco de la mañana, pero yo miré a quien selló mi pasaporte tenso, esperando una reacción a mi condición de ítalo-argentino residente en los Estados Unidos, de *spic*, de extraño. El tipo fue amable, también el agente de aduanas —un sesentón gigante de voz trémula—, que bromeó porque la aerolínea dejó mi maleta en Sudamérica pero, al menos, me trajo a mí, «de regreso a casa».

Y yo:

> Tengo miedo ante una situación inmanejable y su sordidez inherente, su violencia contenida, me sobrepasa a menudo y acabo con la sensación de haber sido secuestrado por fuerzas más poderosas que mi propia razón. He escrito estas palabras con la idea de encontrar algún orden pero con la casi firme certeza de que no sé si alguna vez lo hallaré. Estoy atravesado por mil ideas que se arremolinan y me tienen en el aire, yendo de aquí por allá sin ninguna claridad.[2]

¿Qué pasó?

¿En qué momento nos barrió la marea roja tóxica de Trump? Recuerdo los rostros de John King y Wolf Blitzer en CNN mientras mostraban la caída de cada estado clave en manos del Partido Republicano. Exhibían una mezcla de incredulidad y negación. Como si la renuencia a aceptar la realidad fuera nuestra última baza antes de despertar frente al anuncio del fin del mundo.

¿Qué pasó?

¿Por qué fallamos en verlo? ¿Cuán grande fue nuestra ceguera? ¿En qué momento dejamos que las encuestas se convirtieran en la realidad, en cuál decidimos que la probabilidad de voto era el voto realizado y, por lo tanto, dejamos de ir a *poner el voto* porque, por supuesto, cómo iba a ganarle *ese tipo* a Hillary? Tanto deseamos que ese monstruo político cayera al final —ese émulo a escala de una pesadilla neofascista—, tanto nos convencimos a nosotros mismos

de que la sociedad estadounidense no se permitiría tamaña derrota, que no vimos que eran nuestras propias ideas, nuestras aspiraciones y deseos los que nos impedían enfrentar lo obvio. Donald Trump ganaba en los estados clave con una campaña que, para más de media humanidad, era un ejercicio de bajezas oprobiosas. Pero Donald Trump ganaba porque *así lo quería* una cantidad suficiente de gente.

¿Qué pasó? ¿Por qué perdimos una elección decisiva no ya para un país, sino para la humanidad?

LA TOXINA DE LA DEGRADACIÓN

Los científicos denominan al fenómeno «floración de algas nocivas» pero la prensa y los habitantes del mar las conocen por un nombre más práctico y decidor, «marea roja».[3] La razón es simple —es lo que ven, el mar se vuelve carmesí— pero el símbolo es todavía más potente: rojo es sangre, crimen, muerte. ¿Los soviéticos y, vaya, el Partido Republicano? Toxicidad. Ay.

La marea roja ocurre cuando algas microscópicas presentes en los mares y lagos crecen descontroladas y comienzan a producir una toxina que compromete la salud de los animales y de las personas. Los peces mueren y ya no es seguro para nosotros comer pulpos, almejas, langostas o cangrejos. Según los expertos, las toxinas también hacen irrespirable el aire donde se desata la crisis.

Los científicos monitorean y estudian las mareas rojas desde hace décadas para detectar y prevenir sus floraciones, a fin de alertar tempranamente a las comunidades, permitiéndoles planear y manejar sus consecuencias. Un reporte del National Ocean Service de los Estados Unidos, sugiere que las mareas rojas podrían estar en ascenso en ambas costas del país, un motivo de preocupación. Además de dañar la salud de las personas y del ambiente, perjudican también a las economías locales y regionales.

A veces deseo que las ciencias sociales sean tan científicamente previsibles y maleables. Ese dato, aquel otro, este experimento, y *pum:* señores, hemos resuelto la demagogia. Mezclamos A con B, una pizca de C, y *pum*, se redujo a anécdota la brecha entre ricos y pobres; todos felices. Suficiente cine: las mareas rojas políticas —los movimientos tóxicos— no son fácilmente controlables y tampoco es sencillo identificar correlación y causación en la mezcla de causas que las generan. El mar teñido o miles de peces muertos son un

indicio de una condición subyacente, pero en la arena política y social los fenómenos a veces no se disciernen a simple vista, y tampoco prevemos con certeza matemática cuándo habrán de presentarse. En el mejor de los casos, vemos signos y señales que algo significan, pero incluso entonces toma tiempo entender su sentido.

Amado Líder es consecuencia de procesos de degradación —de representatividad, de confianza, de desigualdad, de acceso a oportunidades, y sigue la lista— y causa y actor de otros —el de la destrucción de la democracia liberal y un proyecto mancomunado de nación. Una marea roja visible en muchas naciones, tóxica, debilitante y en no pocas ocasiones, mortal.

Una condición necesaria para la emergencia de las mareas rojas políticas, es la crisis de representatividad de los partidos y de las instituciones del sistema de poder y administración pública, un lugar común en la teoría política, cultural y filosófica desde fines del siglo XX.*

Como sucede a menudo cuando se procura definir al populismo, cómo y cuándo un sistema de partidos —o la democracia liberal— deja de ser representativo es una cuestión sujeta a debate, pues el asunto entraña diversas causas y argumentos. Hay un punto en común: los populistas tienen espacio allí donde los ciudadanos *sienten* que sus políticos les han fallado en asuntos tales como la economía y la probidad en sus funciones; la reducción de la corrupción; la inmigración; la inserción de sus países en el mundo; el amoldamiento a los avances tecnológicos; el cambio social, y la comprensión de sus necesidades. Perciben que sus representantes no responden ni son responsables ante su ansiedad por la pérdida de estatus económico y cultural. Quieren un cambio y lo quieren pronto, pues *creen* que han esperado demasiado.

Los debates sobre las crisis de la representación política convencional tienden a centrarse en las instituciones y, en general, en su capacidad de transmitir la discusión doméstica hacia las organizaciones multilaterales. No es extraño oír, en una letanía ascendente, que los partidos políticos no funcionan, que los Congresos nacionales no funcionan, que las burocracias estatales no funcionan, que los gobiernos no funcionan, y que es hora también de que la institución de las Naciones Unidas sea revisada porque tampoco funciona. Para muchos, de hecho, ningún organismo multilateral funciona. Ni el Fondo Monetario Internacional, ni el

Banco Mundial, ni la Organización de Estados Americanos, la OEA. Incluso, pandemia de por medio, ni la Organización Mundial de la Salud. En el extremo del descrédito, nada funciona. *Que se vayan todos*.

El nihilismo expandido —que estira una visión derrotista de un fenómeno local a situaciones más diversas y amplias— nos pone en aprietos a todos. Para empezar, pone en crisis las capacidades de la democracia para gestionar las demandas públicas curiosamente empleando una de las principales capacidades de la democracia, la libre expresión. Y los medios y, sobre todo, las redes, se hinchan de descontento. Uno rabioso, activo, movilizado. Y ahí es cuando descubrimos que no es que los nihilistas sólo descreen: militan el descreimiento.

No hay país donde una porción significativa de la población sea ajena a la idea de que son corruptos, en mayor o menor grado, un número determinante de sus dirigentes, representantes y funcionarios —y los empresarios y algunos lideres sociales, los intelectuales: el *establishment*, en sentido amplio. Los abusos por acumulación hacia la confianza del público violan la relación de representación entre el votante y su alcalde, diputado o senador, el gobernador o el presidente de la república. Y en sociedades interconectadas como las actuales, el efecto simpático hacia las crisis ajenas incrementa la percepción de crisis propia.

[·]

La crisis de representatividad, decía.

Cientos de miles de personas van a la bancarrota en los Estados Unidos hundidos por deudas de salud criminales, pero sus representantes no son capaces de enfrentar a la industria para reorientar las capacidades hacia un sistema sanitario público justo y de bajo costo. En América Latina, millones de personas sufren el desempleo atados a la dádiva perversa del clientelismo político mientras sus gobernantes entran a la función pública con autos maltrechos y la abandonan como propietarios de mansiones y cuentas bancarias gordas. No es inusual ver que el grueso de la población debe cargar con los ajustes necesarios para encarrilar la economía, pero los ricos no pagan su parte y esquivan las cargas tributarias. Y ha sido ciertamente indignante para muchísimas personas atestiguar cómo los grandes bancos reciben ayudas

billonarias al tiempo que premian a sus CEO con bonos de varias decenas de millones de dólares en plena crisis.

Opera aquí un efecto de agregación —múltiples datos son descontextualizados y asumidos como conexos— favorecido por la saturación informativa y, claro, la percepción selectiva. Y opera también un factor crucial, la creencia, la subjetividad personal al observar un fenómeno. Otro ejemplo. Cuando miles de personas escapaban de Siria e intentaban cruzar el Mediterráneo, las imágenes de la isla griega de Lesbos se mezclaban con las de la represión brutal de la policía húngara, con las de niños y adultos marroquíes cruzando hacia Ceuta, y con las de los barcos de la Armada italiana rescatando personas de las aguas. Ahora bien, no procesamos la información con dedicación similar; ningún individuo es capaz de prestar una atención balanceada a todos los temas, domina en profundidad el conjunto de su consumo informativo o posee la memoria condenatoria del Funes borgeano. De manera que, a simple vista, la multiplicación de historias suponía una cosa: Europa en crisis. No la crisis local frente a una costa italiana, no el conflicto particular en la frontera africana de España: Europa en crisis. Ese efecto de saturación se dio en Hungría con el populista autoritario Viktor Orbán: no se trataba de un país de destino para refugiados sirios —que, si algo deseaban, era llegar a las naciones estables de norte europeo—, pero el partido Ley y Justicia del líder húngaro basó buena parte de su discurso ultranacionalista —con el que ganó la presidencia— en el rechazo a los *refugiados musulmanes*.

¿Hay crisis? Claro que hay crisis, y diversas. Pero también hay una exageración de las crisis por agregación. Ansiosos, creamos pastiches políticos.

HERMÈS, PATROCINADOR OFICIAL DE SU FUNCIONARIO

Amado Líder tiene más posibilidades de crecer cuando, además de las injusticias percibidas como diferencias de acceso a la riqueza, millones de personas *sienten* que quienes teóricamente deberían trabajar por ellas trabajan en realidad para sí mismos, o resultan funcionales para mantener la brecha entre los ricos y los menos beneficiados. Esto es, que quienes dirigen un sistema padecido por millones se ocupan de mantener esa injusticia.

Dice el especialista en populismo Carlos de la Torre, citando en

parte al historiador José Álvarez Junco:

> El populismo entendió la democracia como la ocupación de espacios públicos de los cuales los pobres y los no blancos estaban excluidos, más que como el respeto a las normas e instituciones de la democracia liberal. A diferencia de las formas de participación liberal que buscan «implementar un sistema basado en la institucionalización de la participación popular y el imperio de la ley», las formas populistas se basan en una incorporación estética o litúrgica, más que institucional.[4]

Es un problema de arrastre. El politólogo griego Georges Contogeorgis escribió en 2017 que la democracia clásica de Atenas perdió su capacidad de legitimarse por una crisis de representación: cuando dejó de ser una asamblea de ciudadanos y se volvió crecientemente un proyecto representativo, «lo cual es por su composición, si no por su definición, una institución oligárquica distinta de la participación directa» en la *polity* aristotélica.[5] En su famoso, breve y brillante discurso tras la batalla de Gettysburg, donde los estados del norte ganaron la guerra a los estados esclavistas del sur de los Estados Unidos, Abraham Lincoln enunció el mantra que aun define al *representativismo:* el gobierno de la gente, por la gente y para la gente. El conflicto central que plantean los populismos es que tal integración —*de* la gente, *por* la gente y *para* la gente— ya no es percibida como una experiencia real precisamente por *la gente*. «A pesar de toda la retórica democrática, la democracia liberal es un compromiso complejo de democracia popular y elitismo liberal, que por lo tanto es sólo parcialmente democrático», escribió el politólogo holandés Cass Mudde.[6]

Un ciudadano opera en la *polis* cuando elige un representante para las diversas formas de deliberación y ejecución —congresos locales, nacionales, alcaldías e intendencias, gubernaturas, presidencias—, pero su acto democrático puede terminar allí mismo. Puede votar y volver a casa, desentendiéndose de los demás asuntos del día. Quien se compromete en la discusión activa de *policies* es un grupo menor de personas de la sociedad, dice el economista Robert G. Picard; una fracción mayor participa sólo en los temas que le interesan —por ejemplo, se movilizan por el medio ambiente, los derechos igualitarios, el aborto y más—, pero la inmensa mayoría delega en sus representantes su derecho a decidir.

Si la gente descree que el sistema funcione —porque sirve a las élites o porque no observa resultados que le favorezcan— tomará

distancia de manera progresiva. Una de las formas iniciales de esa crisis de desentendimiento es la abstención electoral, como la planteada por Saramago en *Ensayo sobre la lucidez*. Expresa una distancia entre los intereses del electorado y los de la dirigencia y los partidos, y es grave: el electorado no confía en los candidatos *así sean muchos*. El sistema está en problemas. En la novela, las personas se abstienen de votar por otros individuos y eligen el voto en blanco en señal de protesta.

Fuera de la ficción, la ceguera *saramaguiana* tiene consecuencias reales. En 2011, en Bello, una ciudad de medio millón de habitantes en el norte de Colombia, el voto en blanco ganó la elección municipal a un candidato único —conservador— que llevaba unos años al frente de la alcaldía.[7] El voto en blanco también había ganado ocho años antes en Susa, una pequeña localidad de Cundinamarca, cuando un político —igualmente conservador— lo pidió para rechazar un fallo judicial que le prohibía candidatearse a alcalde. Su reemplazante en los nuevos comicios, su propia mujer, fue derrotada.[8]

Cincuenta años antes de *Ensayo sobre la lucidez*, Argentina experimentó un desencanto similar cuando la Revolución Libertadora llamó a elecciones en 1957. La Libertadora fue una junta militar que derrocó a Perón en 1955, durante el tercer año de su segundo mandato, e instauró una dictadura provisional con el único objeto de proscribir al movimiento peronista y a su jefe. Los generales derogaron la Constitución reformada por Perón en 1949, restituyeron la primera carta nacional de 1853 y prohibieron la participación del peronismo en las elecciones. Perón, un zorro astutísimo, llamó a sus seguidores a votar en blanco, y el voto inútil *ganó* la elección por 9.000 sufragios.*

El gran dilema de la representatividad es cerrar la brecha entre la demanda y la oferta de participación política. Esa brecha nunca es igual a cero. Se ha ampliado en estas décadas y puesto en riesgo el vínculo entre representante y representado, debilitado desde el momento en que se redujo la identidad o identificación —diría el francés Bernard Manin— entre elegido y elector.

De hecho, desde finales de los años ‘60, la brecha pareció ampliarse por una consecuencia indeseada —aunque previsible— del mayor acceso a la información: la sociedad aprendió a discutir la utilidad de los partidos. El Mayo Francés de 1968, la Primavera de Praga, Woodstock, los movimientos antibelicistas, feministas y

por los derechos de los negros en los Estados Unidos, fueron una demostración pragmática de que la sociedad civil podía operar por fuera de los estructuras partidarias organizándose a sí misma. Desde entonces el *movimientismo* se estructura a menudo alrededor de un tema específico, lo que confiere una identidad clara a sus activistas; esa identificación produce a su vez cohesión y poder social.

Cuanto más enfocados y orgánicos resultan, los movimientos pueden forzar al sistema a reformarse o, al menos, a prestarles atención. Esos movimientos de derechos civiles cambiaron a toda una generación e influyeron en las siguientes —allí está la 'tercera ola' democrática de los años '70 y los hijos de la caída del Muro de Berlín y el desmoronamiento soviético—; generaciones más o menos combativas, más o menos nihilistas, pero todas crecientemente inorgánicas y, más que antiautoritarias, anti-autoridad. El movimiento identitario del siglo XXI es tributario de los movimientos sesenteros.

Quizás debiera también agregar que es hijo putativo de otras ideas: el posmodernismo de Jean-François Lyotard, Jacques Derrida, Michel Foucault y, en alguna medida, Martin Heidegger. La teoría derridista de deconstrucción literaria —en todo texto se expresan los valores, historia y prejuicios del autor— fue llevada a todos los ámbitos, concibiendo hasta la sexualidad, la religión o la economía como «textos» producidos por autores socialmente condicionados. Eso puso en la mesa la noción de la verdad: si todo es construido o representado, entonces los hechos no existen y toda nuestra experiencia de vida es asunto de interpretaciones. «El acercamiento posmoderno es aquel en el que todo es cuestionado y poco es tomado en su valor nominal», escribe Lee McIntyre en *Post Truth*. «No hay respuesta correcta, sólo narrativas».[9]

El segundo planteo es foucaultiano: si la sociedad es construida por el lenguaje, pero éste es socialmente producido por relaciones de poder y dominancia, entonces todo conocimiento no es más que una afirmación de autoridad. «Como no hay tal cosa como la "verdad", cualquiera que reclame "saber" algo sólo está tratando de oprimirnos, no educarnos», dice McIntyre. Una enorme legión de populistas y autoritarios de derecha —allí está Steve Bannon— asumió los postulados del posmodernismo y los lanzó contra la sociedad y el sistema político: la *posverdad* domina hoy el escenario, poniendo en dudas todo.

Una crisis de representatividad es la afirmación profunda de una

ausencia de legitimidad. En palabras más simples, si el público cree que aquello que está no le sirve, buscará algo más, distinto, y no necesariamente reformar lo existente. La percepción de los políticos como una casta no es errónea, y constituye más bien un subproducto inevitable de la creciente complejidad de vivir en sociedades interrelacionadas. Cuanto más interdependiente es el mundo, más necesario resulta preparar burocracias especializadas para atender con inteligencia y eficiencia los nuevos desafíos. Pero mayor especialización implica también mayor abstracción, y a mayor distancia objetiva, crecerá la brecha subjetiva: los políticos dejarán de ser como nosotros y se convertirán en una élite. No es necesariamente malo, por supuesto. La gran mayoría de la dirigencia y la burocracia de Francia surge de la École Nationale d'Administration fundada por Charles de Gaulle para profesionalizar la gestión del Estado. Mientras la sociedad perciba que esos tecnócratas hacen su trabajo, que vistan Hermès no será mayor problema. El asunto se vuelve crítico cuando los votantes sólo ven Hermès y no el trabajo.

En ese momento, la condición 'oligárquica' de los representantes —son, al cabo, una minoría con una vida distinta a la de sus representados— deja de estar sublimada y se hace intolerable. Esto es, la brecha, siempre presente, amplía su visibilidad y su profundidad simbólica, y la condición estructural de la democracia representativa —que una élite gobierna en nombre de las mayorías — pierde capacidad de auto legitimación. En los márgenes, Amado Líder se frota las manos.

Hay, por supuesto, factores adicionales, pues los procesos sociales son multicausales. Esa mayor complejidad de la vida —y la distancia de los políticos con sus electores— están en relación directa con la expansión de los Estados; con el mayor volumen y sofisticación de las economías; con el desplazamiento de la política de la calle al terreno simbólico de los medios; y con la pérdida de peso de las decisiones tomadas por los Estados-nación ante el avance de la globalización.

Miren a los gobiernos de sus países. Su habilidad para tomar decisiones autónomas se ha reducido pues cada nación debe sopesar cuánto inciden sus políticas domésticas en su integración global y, a la vez, aprender a lidiar con las consecuencias indeseadas de ese mundo interconectado en la realidad nacional. La crisis de 1998, por ejemplo, tuvo epicentro en Rusia, pero impactó en América

Latina porque los inversores globales abandonaron los mercados emergentes y se refugiaron en activos más seguros de las naciones desarrolladas. La crisis hipotecaria de 2007-08 en Estados Unidos golpeó a todo el mundo. Un virus que brota en China en condiciones opacas, desata una pandemia global que en meses desmorona la economía del planeta. Es imposible escapar.

Las élites nacionales enfrentan retos trascendentes. La globalización impone a todos los Estados el dilema de qué hacer con su *establishment* económica, es decir con un factor de poder capaz de cabildear su propia posición eficazmente para obtener leyes favorables durante cierto tiempo. No hay presidente que quiera lidiar con capitanes de la industria capaces de condicionar cualquier política social que consideren dañina, directa o indirectamente, para la estabilidad macroeconómica y para sus propios negocios. Los gobiernos de la Concertación chilena y los de Fernando Henrique Cardoso, Lula da Silva y Dilma Rousseff en Brasil encontraron una solución parcial a la trampa: la de proveer condiciones para que los grandes grupos económicos de sus países se internacionalicen, *multilatinicen* y globalicen. Cuanto menor peso específico tenga el mercado doméstico en sus negocios, menor será su interés en dirimir la política interior del país.

Pero este tipo de decisiones jamás es sencilla. ¿Han visto cómo el chavismo ha atacado a la oligarquía de Venezuela, cómo el kirchnerismo ha cuestionado a los grandes empresarios argentinos, o cómo lo ha hecho AMLO con los neoliberales y conservadores de México? Puesto que son populismos conflictivos, cada uno de ellos genera una brutal contradicción, de la cual debe encargarse: si se libran de las élites locales y no producen una burguesía de reemplazo, grandes grupos multinacionales del extranjero buscarán ocupar ese espacio porque aunque sus países sean secundarios siguen siendo naciones con millones de consumidores que necesitan productos y servicios. El plan de soberanía nacional de muchos populismos resultará entonces propicio para un reemplazo de burguesías y bloques hegemónicos locales (mis enemigos desplazados por mis propios empresarios). Provocará también una crisis productiva y de inversión (porque la antigua burguesía se repliega desconfiada y la populista no es capaz de reemplazarla en el mismo tiempo con idéntica o mayor eficiencia, o nunca). Y promoverá asimismo la consolidación de las brechas norte-sur, en tanto que que los inversores internacionales deciden aprovechar el

vacío. El reemplazo de esos grupos por nuevos empresarios afines al régimen ha provocado ya casos significativos de corrupción en naciones como Argentina, Venezuela o Nicaragua, y más recientemente una creciente desconfianza sobre las decisiones económico-financieras de López Obrador.*

VACÍO, NIHILISMO, CINISMO —Y REVUELTA

La crisis de representatividad de la oferta —los partidos no encuentran el discurso que acomode a los públicos— va asociada a la crisis de representatividad de la demanda —el ciudadano crítico no halla espacios de contención. Un elector disconforme no necesariamente se quedará en un partido, aunque este compita ante peores opciones; es posible que opte por volverse sonoramente verbal, sumándose a las multitudes descreídas y sub-representadas en movilizaciones y en la tribuna de las redes sociales.

Al perder capacidad para gestionar el descontento, los partidos reducen sus habilidades para gestionar sus crisis por el desplazamiento de sus relaciones de la base a la superestructura. El francés Bernard Manin dice que las funciones representativas han ido evolucionado desde los «notables» —las primeras élites políticas — a los *hommes d'écareil* —los cuadros del aparato partidario— y de allí a las más recientes «élites político-mediáticas», que operan casi puramente en el terreno simbólico de la circulación de ideas, con los medios, no la calle, como centro. Son más *aparatchik* que organizaciones de base.

La política se ha rendido a la primacía de la imagen como contenido central de la comunicación. Cuando la intermediación desplaza al contacto personal, ese vínculo frecuente que construye la confianza —intercambio, diálogo— desaparece. El puente debe ser restituido pero, debido a la distancia, los códigos de comunicación se rompen: el actor político ya no conoce cómo actúa, conversa e interactúa su público. La necesidad de atraer la atención da pie al show y al espectáculo porque asumen que la TV, los medios en general y, crecientemente, las redes sociales, dictan los códigos.

Todos los políticos lo saben y los más notables procuran asociar sus éxitos a una campaña de medios seria, presidenciable. En la medida de lo posible, sostenida en un programa claro. Obama lo hizo ante John McCain y Mitt Romney rehuyendo la baja política;

Hillary trató de proyectar una imagen de estadista para contrastar las bravuconadas y la ignorancia de Trump. Joe Biden también enfocó su respuesta al Agente Naranja en ofrecer líneas programáticas al electorado. Los que menos propuestas tienen suelen apelar más a la espectacularidad de los golpes de efecto y el significante vacío de los eslóganes. Son buena materia televisiva y carne de *clickbait*.

En ambos casos, así el método sea distinto, el propósito es el mismo, conseguir la atención de la gente. Un político que entiende de homeostasis institucional intentará evitar cuanto pueda el riesgo de una baja participación electoral: la apatía y el *qualunquismo*, la crispación y el cinismo crean espirales nocivas que se retroalimentan.

Si la capacidad de comunicar se agota —porque quien escuchaba ya no quiere hacerlo—, todo argumento regresa, en silencio o cuestionado. Confundidos y frustrados, los partidos ven cómo el *engagement* no acaba por darse. Enfrentan un problema capital: que la ciudadanía dispone de mayor información, que la consume en mayor grado, y que está más preparada por lo tanto para entender los procesos políticos. Esa mayor conciencia y conocimiento no implica un vínculo más profundo con los representantes. En 2016, los politólogos Robert Rohrschneider y Stephen Whitefield publicaron un estudio sobre cómo los gobiernos de Europa occidental y oriental habían respondido —desde la crisis financiera de 2007— a los cambios que la opinión pública de cada país experimentaba en relación a la pertenencia a la Unión Europea. Encontraron que países del Este como Hungría y Polonia habían sido más eficientes para manejar el euroescepticismo creciente, pues sus gobiernos ultranacionalistas representaban el *sign o' the times*.

> Esencialmente, los partidos mayoritarios [de Europa Occidental] han optado por no cambiar sus posiciones sobre la integración europea para tener en cuenta los cambios en la opinión pública. Por lo tanto, han dejado una importante apertura representacional para que las asuman partidos anti integración extremistas.[10]

Cuando los partidos tradicionales son incapaces de conducir o reconducir el debate —liderar y representar—, otros ocupan su espacio. La política no opera en el vacío de poder: el vacío succiona la política como un agujero negro. Ante ciudadanos que ya no confían en sus dirigentes, y escépticos además sobre las

instituciones que deben representarlos, el proceso democrático reduce su capacidad para dialogar con la sociedad; se deslegitima sin una participación amplia y consistente. Y toda vez que la apatía se expresa en las elecciones con un número decreciente de votantes, aumentan al mismo tiempo las posibilidades de que un candidato antipolítico y antisistema acabe en el poder. Los populismos probaron repetidamente que los electores enojados con las élites comparten una sólida identificación *movimientista* y suelen tener disciplina electoral.

Las crisis generalizadas de los partidos producen fenómenos tan contradictorios que parecen escapados de un cuento. En las elecciones presidenciales del Perú en 2021, por ejemplo, ocurrieron extraños razonamientos defensivos. Primero, miles de peruanos —entre ellos el icono del liberalismo latinoamericano, Mario Vargas Llosa— fueron capaces de tragarse el autoritarismo de Alberto Fujimori y apoyar la candidatura de su hija Keiko, bajo investigación judicial por múltiples actos de corrupción, para evitar que ganara el maestro izquierdista Pedro Castillo, filochavista y con pocas luces políticas. Ese voto decía que preferían la probada experiencia autoritaria del fujimorismo, que la posible experiencia autoritaria del poschavismo.

Castillo, en tanto, recibió numerosos votos incluso en Lima, donde las encuestas no le daban grandes posibilidades. Lima es el centro autorreferencial del Perú, y se cuenta a sí misma la historia que desea del presente, pasado y futuro del país. Castillo representó el voto de millones de jodidos contra el centralismo, el racismo, la segregación y la exclusión. Su elección es heredera de diversos fracasos, pues desde los años ‘90 los partidos peruanos quedaron desarmados por sus propias corruptelas, así como por la incompetencia y la arrogancia de sus clases dirigentes. Los más pobres buscaron por tercera vez encontrar un candidato que los representara, luego de las presidencias fallidas de otras figuras identitarias, como Alejandro Toledo y Ollanta Humala, un *cholo* y un mestizo en una sociedad históricamente dominada por la élite blanca. La victoria de Castillo significó por una parte la nueva reacción de los electores contra la exclusión histórica; por la otra, el riesgo latente de una gran crisis económica como resultado de abrazar la escuela venezolana del socialismo del siglo XXI. Castillo es una enorme incógnita, un hombre sin grandes dotes de líder ni experiencia en la gestión pública, que ni siquiera tiene su propia

bancada parlamentaria, pues depende del peso político de la vieja troika de izquierda. Su discurso parece nacido de un panfleto de los años '70: socialmente oscuro, económicamente demodé, políticamente agresivo. Pero él fue la elección: entre dos trampas, el Perú optó por la que aun no probó.

El mismo fin de semana de junio de 2021 —al tiempo en que transcurrían las presidenciales peruanas—, México elegía legisladores, gobernadores y alcaldes en otro escenario de aparente desquicio. A fin de evitar una victoria que diera al presidente López Obrador los congresistas necesarios para forzar una reforma constitucional, y encaminarse así a su reelección (un temor por demás extendido entre analistas locales e internacionales), miles de votantes liberales y de izquierda dieron su apoyo a una alianza estrambótica entre la derecha del PAN, el autocrático PRI y el centroizquierdista y traumado PRD. Del otro lado, cientos de miles de pobres eligieron a los candidatos y aliados de AMLO, el único hombre en quien confían. Va otra vez: progresistas votando por la derecha y masas de trabajadores y pobres —su público objetivo— apoyando a un nacionalista conservador.* *Sign o' the times*.

Si el sistema representativo no es capaz de depurarse para recuperar el favor de las masas, las personas elegirán a alguien que hable por ellos mientras patean las vallas partidarias, y hasta la misma estabilidad de ese sistema. Todo es puesto en duda; todo entra en riesgo. No irán ya a través de las estructuras jerárquicas de los partidos, que mueven las discusiones nivel por nivel hasta las cúpulas. Tampoco a través de los Congresos repletos de representantes. Una masa agotada de escuchar *durante décadas* que la clase política trabaja para ella, buscará una línea directa con alguien, un individuo, que le haga *sentir* que trabaja para ella.

Por eso en estados de cinismo y nihilismo agudos, Amado Líder brilla: porque el populismo es la negación de la democracia representativa bajo la idea de que caudillo y ciudadanos se entienden en la misma mesa. Hablan el mismo lenguaje, emplean los mismos códigos. El gran valor de ese caudillo es la idea de la cercanía identitaria. Amado Líder tiene un par de pasos de ventaja frente a las élites y las clases medias cosmopolitas empeñadas en transmitir e interpretar los códigos de la modernidad; Amado Líder sabe que encarna los valores culturales de la tradición, y conoce el enorme poder que deriva de ellos. Entre ese caudillo que es capaz de expresar lo cotidiano, y la abstracción propuesta por los demás

—que implica dejar de ser quien soy y reconfigurarme para un mundo que no elegí—, las masas se sentirán más cercanas a Amado Líder, así sea un sujeto primitivo, grosero, cruel o misógino.

Para cualquier adepto, Amado Líder está en diálogo directo con El Pueblo. *Es* El Pueblo, *lo encarna*. Como sostiene Jan-Werner Müller,

> A menudo se puede ver que los populistas afirman representar el bien común tal como lo desea la gente. En un examen más detenido, resulta que lo que importa para los populistas es menos el producto de un proceso genuino de formación de la voluntad o un bien común que cualquiera con sentido común puede deducir que una representación simbólica de la 'gente real' de la que luego se deduce la política correcta. Esto hace que la posición política de un populista sea inmune a la refutación empírica. Los populistas siempre pueden enfrentar la 'gente real' o la 'mayoría silenciosa' a los representantes electos y al resultado oficial de una votación.[11]

En tiempos de híperindividualismo y discurso identitario, donde la tecnología permite que me exprese a diario en el café abierto de Twitter, en el mercado popular de Facebook y en mi propio canal de TV en YouTube, que las personas sientan que ya no son necesarios varios niveles de representación burocrática sino uno —mi Amado Líder— es sangre fresca para un lobo hambriento.

El populismo puede ser, a la vez, un reflejo tanto de una crisis de legitimación del sistema como una manifestación de las limitaciones propias de la democracia representativa, donde «el pueblo no delibera ni gobierna sino a través de sus representantes».* La exclusión que sienten gruesos sectores de la población busca siempre maneras de hacerse visible.

Los movimientos sociales de hace décadas proveyeron la enseñanza de que no es indispensable mantener el debate dentro de las organizaciones sino que la discusión de los grandes temas puede ser activada por la propia sociedad civil, al margen de los partidos y las instituciones. Esa misma disponibilidad y acceso al conocimiento ha hecho a los ciudadanos más escépticos. La desconexión es significativa con los canales tradicionales. Los políticos ya no están bañados por un aura de impenetrabilidad y respeto; ese escudo se ha roto. Han debido (o todavía deben aprender) a mantener la altura, pues, quieran o no, son arrastrados cada vez más a discusiones en el llano, con barro y mierda.

UNA CARCAJADA —Y UNA PAUSA MUY LARGA

En 1774, el filósofo y economista Edmund Burke, un irlandés católico inflamable y polemista, contradictorio y fascinante cerebro del conservadurismo del siglo XIX, dio un discurso a sus pares sobre el rol de un MP, un *Member of the Parliament* británico:

> Señores, debe ser la felicidad y la gloria de un representante vivir en la más estricta unión, la correspondencia más cercana y la comunicación más transparente con sus electores. Sus deseos deberían tener un gran peso para él; sus opiniones, alto respeto; sus negocios, atención continua. Es su deber sacrificar su reposo, sus placeres y satisfacciones por los de ellos; y sobre todo, siempre y en todos los casos, preferir sus intereses al suyo. Pero su opinión imparcial, su juicio maduro, su conciencia iluminada, no debería sacrificarla a ustedes, a ningún hombre ni a ningún grupo de hombres vivos. Él no obtiene esto de vuestro placer; no, ni de la Ley o la Constitución. Son un crédito de la Providencia, de cuyo abuso es profundamente responsable. Su representante les debe, no sólo su industria sino también su juicio; y les traiciona, en lugar de servirles, si los sacrifica a vuestra opinión.

Burke era un puritano, y estaba lejos de ser un demócrata. Era un monárquico militante y un fiero promotor de una suerte de geniocracia aristocrática, por lo tanto desarrolló una resistencia aristotélica hacia la Revolución Francesa, pues creía que el gobierno del pueblo y para el pueblo era una mera ocurrencia.*

Taxativo, creía en la sabiduría que traen la experiencia y la vejez, y sostenía que todo gobierno necesita de una inteligencia pocas veces presente en el hombre de la calle —*Ain't you sweet, Desmond? Cancel him!*—; que si se permitía votar a la gente común, su pasión y su rabia serían rápidamente aprovechadas por los demagogos. (Cof-cof.) Un gobierno cooptado por personalismos con el apoyo de las masas, creía Burke, permitiría el surgimiento de una «tiranía de las mayorías» —John Stuart Mill suponía lo mismo— que gobernaría sin atender a los intereses de las minorías. (Cof-cof, *again*.)

Estamos lejos de la idea de la geniocracia aristocrática —por fortuna— y nuestras democracias son saludablemente variadas, y por lo tanto saludablemente conflictivas. La homogeneidad propuesta por Burke no duró mucho tiempo. Dos años después de su discurso, en 1776, las colonias británicas en América declararon la independencia de su majestad, y emprendieron el camino hacia la

construcción de la mayor democracia liberal del mundo. Y aunque no tengo claro que a Burke eso le haya enfriado el té, la Historia mostró que, en menos de un siglo, el influjo de la democracia representativa obligó a las monarquías a renovarse, so pena de perecer.

Con todo, ese fragmento del discurso de Burke tiene una fuerza medular para una democracia, pues expresa una defensa vehemente del vínculo indestructible —diría incluso sagrado— que debiera existir entre un votante y su representante.** Cuando esa relación institucionalizada falla, es normal que la desconfianza comience a filtrar por la grieta. Y todos sabemos que nuestras abuelas tenían razón: construir confianza toma toda la vida; destruirla, un minuto.

Ahora el candado parece roto y, para una buena porción de los escépticos, demasiados políticos dan la impresión de legislar y gobernar en nombre de sus propios intereses, o al menos postergando las exigencias de la sociedad mientras priorizan su propia supervivencia electoral. Es posible ver el enojo con las dirigencias en medio planeta, de tal forma que la acción de los buenos representantes resulta imperceptible en el balance general. El efecto de acumulación podría llevar a creer que prácticamente hacia donde miremos —excluidos los nórdicos, dirá el mantra— tenemos *las peores dirigencias* de la Historia.

Edmund Burke pedía una ética del servicio público, y en muchas de nuestras naciones su reclamo sería correspondido con la mirada condescendiente que se da a los ingenuos y a los niños. Sucede en parte que nuestras representaciones son paternalistas: una vez electo, el balance de poder pone el fiel del lado del elegido. La relación con el poder es asimétrica, siempre lo fue y será, pero esa condición no determinar que puedan acortarse las distancias. Nuestras sociedades carecen de mecanismos eficientes de control del trabajo de sus representantes, *mientras* estos legislan o gestionan. En la mayoría de los países de la región debemos esperar hasta las elecciones intermedias para cambiar cargos electivos. Las revocaciones de mandato presidenciales existen sólo en Venezuela, Bolivia, Ecuador y México, pero los especialistas sostienen que sus convocatorias establecen requisitos demasiado exigentes. Tanto así, que los dos referendos de remoción presidencial —contra Chávez en 2004 y Evo en 2008— actuaron en realidad como mecanismos de legitimación de ambos presidentes.12

Si no podemos castigar fácilmente las transgresiones, los

incentivos para la transparencia son bajos. Un diputado execrable puede esconderse detrás de una posición que le permita ser reelegido más tarde porque nadie, excepto sus jefes políticos o las cámaras, lo removerán. Y dependiendo de sus habilidades y trucos, podría incluso obtener los votos necesarios mediante arreglos espurios con grupos de interés, cambiar de partido u obtener un salvoconducto nada despreciable, como un ministerio del Ejecutivo o una posición diplomática.

Las condiciones de sostenibilidad del sistema —dar cuatro o seis años a un legislador o a un presidente para que realicen su trabajo — pueden correr en contra de las necesidades de aplicar correctivos a los chicos malos en situaciones de extrema ansiedad social. Una solución posible es introducir mecanismos de democracia directa de manera más generalizada en la región —Colombia, Perú, Argentina y Panamá los tienen a escala sub-nacional—, pero la factura técnica de esos instrumentos, así como la voluntad política que los impulsa, deberán estar alineados con el respeto hacia las demandas ciudadanas, y eso no sucede siempre.[13]

En 1999 Venezuela reformó su Constitución bajo el gobierno de Hugo Chávez, e incluyó la posibilidad de que los ciudadanos auditen las finanzas públicas y sometan a revocación cualquier cargo electivo del gobierno central. Según la Constitución chavista, durante la segunda mitad de un mandato bastaría el voto de castigo del 20 por ciento del electorado para que un referendo permitiese retirar a un mal representante. Es una buena idea, pero tiene truco: hay muy pocos días para reunir las firmas.* En la práctica —como el Burke que promovía al representante devoto, mientras se negaba a la democracia representativa—, la Constitución es letra muerta en Venezuela mientras el chavismo controle los resortes jurídicos y políticos. El gobierno de Chávez, de hecho, empleó los referendos de la Constitución para fortalecer su proyecto militarista, reduciendo o eliminando la capacidad política y legal de otros actores para introducir cambios en la Revolución Bolivariana.

La reforma venezolana tiene otros tonos amargos pues demuestra que una dirigencia más ocupada en mantenerse en el poder que en servir, puede debilitar la democracia valiéndose de herramientas útiles para la fiscalización ciudadana. El daño entonces es doble; primero porque los dirigentes pervierten su labor como representantes, y luego porque montan un mecanismo tramposo de democracia directa que usan en su beneficio. Sin

embargo, hay ocasiones en que la ciudadanía no queda excluida de la cosa pública por sus funcionarios, o por el mal diseño o funcionamiento del sistema, sino porque el código de valores en que se sustenta la relación de representantes y representados se corrompe, ya sea por la disciplina partidaria, ya sea por la razón de Estado, o por el simple egoísmo o arrogancia de los actores políticos.

En un interesante reportaje sobre el funcionamiento de las legislaturas titulado «What Calling Congress Achieves» y publicado en la revista *The New Yorker*, la periodista Kathryn Schulz analizó en 2017 la sinuosa relación entre seguir los lineamientos de los representados —el voto inicial requerido por Burke— y, de alguna manera, votar contra ellos porque es lo correcto.

Schulz cuenta el caso del congresista republicano Jo Bonner. Bonner era representante por Alabama, un estado pobre y conservador del sur de los Estados Unidos. Durante la crisis especulativa de las hipotecas tóxicas de 2007-08, sus electores y él mismo se oponían a ayudar a los bancos estadounidenses comprándoles deuda hipotecaria por miles de millones de dólares. Sin embargo, después de escuchar al jefe de la Reserva Federal, a otros expertos y al Consejo de Asesores Económicos del presidente George W. Bush, Bonner decidió apoyar el rescate pues —sostuvo— entendió que, de no salvar a los bancos, la economía se hundiría. Como Bonner, otros legisladores republicanos y demócratas han votado en ocasiones de manera distinta a lo que sus electores indicaban, guiados por una mezcla más o menos (des)balanceada de cálculo político y adscripción ideológica.

Gobernar nunca es fácil. Equivale a dirigir una máquina pesada y tosca capaz de mover grandes cosas así como de producir destrozos involuntarios. La mayor parte de las comunicaciones de las personas con el Congreso estadounidense, sigue Schulz, entran en dos categorías: los «servicios» que un ciudadano solicita a una agencia federal, para lo cual necesita el apoyo de su senador o representante —por ejemplo, la obtención de asilo para un pariente en peligro, o la resolución de un problema administrativo ante el Seguro Social—; y las que podríamos denominar «demandas», es decir cuando alguien llama para hacer un reclamo político y espera que su legislador actúe en consecuencia para sancionar, digamos, leyes medioambientales, antimonopolios, sanciones y más. «Es algo curioso que los estadounidenses creamos que no se hace nada en el

Congreso y, simultáneamente, tengamos fe en que esta estrategia funciona», escribió Schulz. Y lo hacen, dice, «en un número sorprendente de casos».

Esto es, un senador puede ser receptivo a la promoción de cambios menores, como otorgar mayor financiamiento para el tratamiento de una enfermedad infantil rara, dice, y esto no es un asunto desdeñable porque «tales solicitudes constituyen la mayoría de las planteadas por los electores»; * pero será menos proclive a escuchar a sus votantes en cuestiones de enorme carga programática, como el control de armas, la inmigración, el aborto, los programas sociales o el cambio climático. Un panel de expertos —y más aun uno de cabilderos— influirán probablemente más en un representante que miles de llamadas de ciudadanos a la hora de votar esas leyes.

Dice Schulz, sin ingenuidad:

> Ese tipo de cambio de política no es imposible y no tiene precedentes, pero es extremadamente raro. Cuando les pregunté a miembros anteriores y actuales y a personal de alto nivel del Congreso si la opinión de los constituyentes importaba, todos enfatizaron que es absolutamente cierto. Pero cuando pedí que nombraran un momento en el que un legislador hubiera cambiado su voto sobre la base de esa información, obtuve, en todos los casos, una carcajada, y luego una pausa muy larga.14

¿A quién representa quien representa?

ESQUELETOS EN LOS SÓTANOS DE LA DEMOCRACIA

Sólo uno de los personajes del *Ensayo sobre la ceguera* de José Saramago mantiene el sentido de la vista intacto: la mujer de un médico. Todos los demás caen presos de una blancura que se extiende pronto por todo el país, que es Portugal y no es. Los dirigentes, desesperados e incapaces ante la emergencia de ese fenómeno desconocido, improvisan medidas y terminan por abusar de la población. Sin futuro *a la vista*, la gente pierde el sentido de la solidaridad.

En la novela, Saramago exhibe una nación desbordada y violenta, donde predominan la salvación individual y la rapiña. Incapaces de reconocerse, las personas ni siquiera se nombran. La esperanza radica en ese individuo con ojos vivos, la mujer del

médico, único ser humano capaz de guiar al conjunto. «Es hoy cuando tengo la responsabilidad», dice ella, «de tener ojos cuando los otros los han perdido».

Unos años después de *Ensayo sobre la ceguera*, el Nobel regresó al temor distópico en *Ensayo sobre la lucidez*. La novela comienza así:

> Ahora, ya saben lo que les espera. Les contaré una historia. Es un día lluvioso de elecciones en un país pequeño —que puede ser mi país, pero también podría ser el suyo—. Y debido a la lluvia, hasta las cuatro de la tarde nadie fue a las urnas. Pero luego cesó la lluvia y la gente acudió a votar. Y cuando contaron los votos, tres cuartas partes de las personas habían votado en blanco. El gobierno y la oposición estaban, simplemente, paralizados. Porque ya se sabe qué hacer con las protestas; se sabe a quién arrestar, con quién negociar. Pero ¿qué hacer con las personas que votaron en blanco? Así que el gobierno decidió llamar a elecciones otra vez. Y esta vez, incluso un número mayor, el 83 por ciento de las personas, votaron en blanco. Básicamente fueron a las urnas a decir que no tenían a nadie por quién votar.

Saramago es hijo putativo de Cervantes: su ficción dialoga directamente con la realidad. Ambos *ensayos* son novelas políticas sobre el desmoronamiento humanista y la irresponsabilidad de quienes debieran proveer ideas, serenidad y liderazgo, pero, en cambio, emplean el poder para —como en *Lucidez*—, buscar chivos expiatorios a quienes achacar el desastre y culparlos por el descrédito que ellos mismos se ganaron entre la población.

Cuando Saramago presentó su libro en Lisboa y en Oporto, a mediados de los años ’90, abrió una polémica. Portugal ha construido consensos de manera más o menos sistemática en las últimas décadas, pero durante más de treinta años estuvo bajo la égida del Estado Novo, un proceso de nacionalismo autoritario encabezado por António de Oliveira Salazar. Al salir del Estado Novo, los políticos portugueses tuvieron mucho cuidado de no tensar las frágiles relaciones sociales producidas por el salazarismo. Un lenguaje de cortesía, sensibilidad y concordia se hizo omnipresente y permaneció. Incluso hoy, aun en los grandes enfrentamientos, los portugueses parecen tener claro que deben convivir en las mismas abigarradas ciudades de un país arrinconado a lo largo de una estrecha lengua de tierra que está siempre a punto de caerse al Atlántico. La baja conflictividad del país es referencial. De manera que algunos críticos acusaron a Saramago de escupir una

amargura infundada sobre la nación democrática donde creían vivir. Agitar temores y rencores de manera innecesaria. El anciano —«cuanto más viejo, más libre y cuanto más libre, más radical», decía— les contestó impasible que la demagogia siempre se ve mejor en el ojo ajeno y que los sótanos de las democracias también rebosan de esqueletos.

Quien no ve y quien no piensa pronto puede hallarse envuelto en decisiones destructivas. Vivimos en sociedades organizadas donde los partidos deben interpretar y transmitir las ideas de grupos con cierta afinidad ideológica, adscribiéndolas a unas siglas y banderas bajo la forma de un paquete de propuestas. La capacidad de organizar la pasión y las ideas ha obsesionado a los hombres de Estado a través de los siglos. En *La república* y *La política*, Platón y Aristóteles ya reconocían las facciones que buscaban dominar la vida pública de la Grecia clásica. Los partidos modernos, en su forma embrionaria, surgieron con la creación del Partido Demócrata en los Estados Unidos, y el de los *tories* en Inglaterra, ambos conformados alrededor de 1830.* Hasta entonces, en sociedades caracterizadas por una bajísima participación política —asociada mayormente a las élites urbanas—, cualquier individuo podía ganar una elección inscribiendo su nombre y organizando una buena red de apoyos, camarillas y voceadores callejeros. Era un mundo corto.

Desde aquellas primeras formaciones, los partidos han sido el canal de expresión de las opiniones políticas, porque proveían de un punto de encuentro a manifestaciones sociales que precisaban de unidad y de orden.* En general —y en teoría—, es aceptado que la existencia de los partidos permite que los políticos mejor preparados y más atractivos para el electorado acaben dirigiendo una nación a través de una selección competitiva. Esa competencia normalmente elimina opciones perjudiciales para el conjunto.

Con todo, los partidos siempre han sido imperfectos. Aun en naciones con democracias de larga data, una facción triunfante puede ahogar a una minoría ideológica o eyectarla de la organización o de la política en general. El ciudadano común, incluso en las selecciones internas y primarias de una formación, puede quedarse también sin voz.

Avanzado el siglo XX, y a medida que la política se profesionalizó y los asuntos de Estado se volvieron más complejos, con relaciones internacionales más dinámicas y variadas, los partidos se volvieron máquinas de producción de cuadros. Si en un

principio cualquier individuo con un megáfono podía conseguir votos para ser congresista, la necesidad de atender una realidad más diversa distanció al político de la calle donde transitaba la sociedad civil. También lo hizo subjetivamente: hoy es más común percibir a los partidos como parte de una superestructura lejana, fría, más en contacto con otros factores de poder —como las grandes empresas — que con el votante de a pie. Máquinas de selección de líderes —por seguir a Max Weber— o espacios para la micropolítica donde el choque de personalidades y el número de votos cuenta más que el debate razonado.

Esa distancia abona la idea, acertada en muchas ocasiones, de que los políticos sólo vuelven a tocar la puerta de las familias cuando están muy urgidos por sus votos. Entonces unos señores y unas señoras bien peinados y de dientes arreglados, vestidos con ropas que podrían pagar más de un salario de sus electores, se ven cara a cara con votantes a quienes desconocen y para los cuales son celebridades que ven por TV. Como un actor, pero con poder.

La brecha entre representante y representados no es una ficción, como tampoco lo es la beligerancia y la discordia crecientes entre las fuerzas políticas, alimentadas por fracturas ideológicas tan profundas que pueden antojarse como insuperables. Cuando esos enfrentamientos se observan desde la perspectiva del ciudadano, no de los actores políticos, el espectáculo contribuye a reducir aún más la ya de por sí débil confianza en gobiernos y partidos. Es tal la distancia que la sociedad suele percibir respecto de la clase política que la tendencia a generalizar supera el esfuerzo de separar paja y trigo. Ergo, *todos* son malos. El hartazgo se cuece a fuego lento.

[·]

Durante su presidencia, Barack Obama debió enfrentar bloqueos permanentes en el Congreso, producto de la resistencia del Partido Republicano a apoyar algunas transformaciones más o menos radicales de política interior, una de ellas la reforma al sistema de seguros de salud, conocido como Obamacare. Las tensiones existentes durante esas y otras discusiones se reprodujeron en la vida pública; los seguidores demócratas se enfadaban por lo que consideraban un sabotaje caprichoso mientras que los votantes republicanos aplaudían la sistemática labor obstructiva de los suyos porque la suponían una defensa de su estilo de vida.

Inevitablemente, cuando esas batallas son percibidas como porfías, contribuyen a erosionar la creencia en el funcionamiento de las instituciones. No cuesta al ciudadano medio ver en la TV a legisladores exasperados que hacen de cada disputa un espectáculo. Ese teatro, que en no pocas ocasiones llega al *ad hominem*, crea un ambiente de conflicto que se transmite por los medios, internet y las redes. El ciudadano medio no lee particularismos: apenas si se informa. Y lo que ve allí *es lo que es*.

En los Estados Unidos, esa disputa retórica —en el fondo, ideológica— es alimentada por los *talk shows* y las cadenas de televisión propagandística y una grilla de medios digitales extremistas, pero también, aunque en menor medida, por la TV tradicional. Si la población no tiene (o no busca) mecanismos para contrastar y matizar esos montajes o si tan sólo busca confirmarlos, el escenario de una democracia de baja calidad se sedimenta a diario. Por extensión, también acaba cuestionada la calidad y habilidad de los políticos para actuar como se espera de quienes tienen en sus manos la operación y el destino de una nación.

Nada de eso era nuevo ya en los Estados Unidos de 2010, ni tenía visos de dejar de existir a corto plazo, sino todo lo contrario. En aquel año, el escritor George Packer construyó este retrato en medio de varias sesiones del Comité de Seguridad Nacional del Senado estadounidense:

> En general, cuando los senadores dan discursos en la sala, sus colegas no andan por ahí y los dos o tres que podrían estar presentes no están escuchando. Bromean con sus asistentes o envían por correo electrónico ideas de Twitter a sus secretarios de prensa, o están viendo por primera vez el discurso que están a punto de dar ante las ocho cámaras robóticas que realizan cualquier transmisión en vivo de C-SPAN 2. El presidente del Senado —los novatos del partido mayoritario toman turnos rotativos de una hora con la intención de introducirlos en las costumbres de la institución— se sienta en su silla en el estrado escaneando su BlackBerry o leyendo un artículo del *Times* sobre el Senado. Michael Bennet, un demócrata de Colorado en su primer año, dijo: «Siéntate y míranos durante siete días, sólo mira el piso. ¿Sabes qué verás que pasa? Nada. Cuando estoy en la silla, me siento ahí pensando. Me pregunto ¿qué están haciendo en China en este momento?».[15]

Ni los periodistas están allí, dice Packer, sino que pasan el tiempo en las salas de trabajo esperando que las pantallas de TV les avisen

si algo importante sucede en el piso de la Cámara. Quienes prestan atención son los estenógrafos —porque es su trabajo— y no deja de ser una metáfora intensa que los únicos otros atentos a las palabras de una persona sean los ojos de los robots. He asistido a sesiones de cámaras legislativas en Argentina, en México, en Guatemala y en Venezuela, y la imagen se repite: suelen estar semivacías, hay quien duerme o habla por teléfono, pocos escuchan y las conversaciones en las bancadas se escuchan como ríos sonoros.

Una llamativa fracción de los legisladores participa de ese juego de simulaciones. Ya sean sesiones ordinarias o extraordinarias, quienes hablan en el Congreso lo hacen menos para la tribuna que para la TV. Su discurso repta fuera de las paredes: es para la gente que no está, para esos millones de individuos que deben ser representados. Pero pronto sucede el efecto indeseado: la gente no escucha. Sólo los especialistas legislativos ven los canales de sesiones, si existen en el país. Rara vez el público les presta atención, a menos que las cadenas de televisión anuncien los debates como una suerte de show: batallas, altisonancias, gritos, escándalo. Eso atrae al público, sin duda, pero la exposición de imágenes de lo que sucede en el piso puede resultar desalentadora. No es serio que nadie escuche a nadie y que los intercambios sean con frecuencia una colección de interpelaciones y amonestaciones mutuas que pueden llegar a los insultos.

Por supuesto, las grandes decisiones no se cocinan en las cámaras sino más allá de los micrófonos. De cualquier modo, el sentido teatral —al igual que el lenguaje— tiene importancia. De no ser así nadie prepararía discursos, ni se vestiría o peinaría de tal forma que la televisión pueda mostrarlo *electoralmente* atractivo. La mujer del César, dice el dicho. Por supuesto, no hay legislador que no desee algunos minutos de fama virtual, con palabras heroicas de histórico brillo, y está bien que así sea. Pero, en la cotidianidad, la imagen que las personas se construyen de una legislatura es la que Packer retrataba: allí nadie parece tener interés en escuchar a nadie. O peor: en hacer algo.

Decía Packer de los senadores republicanos de aquel 2010 —y el tono resuena más de una década después: «Al igual que los banqueros de inversión en Wall Street, los senadores de estos días dirigen gran parte de su energía creativa hacia la manipulación de reglas arcanas y lagunas, logrando éxitos a corto plazo a la vez que magnifican la amplia disfunción de su institución».[16]

La crisis de representatividad podría resumirse groseramente en esta frase: los partidos vivieron demasiado tiempo de promesas incumplidas,* desperdiciando y malogrando su condición de instrumentos únicos para canalizar descontentos orgánicos en las democracias. Como en las cámaras y ante las cámaras: sordos, desatentos, ausentes.

3 · PERSONALISMOS

El asalto de los *outsiders*

La política se llena de extraños votados por los ciudadanos porque los políticos se han vuelto extraños para esos ciudadanos.

Nadie conoce el sistema mejor que yo.
—**Donald J. Trump**, abril de 2016.

En junio de 2021, Perú eligió nuevo presidente en la segunda vuelta de unas elecciones que tuvieron como contendientes a la derechista Keiko Fujimori y al candidato de izquierda Pedro Castillo. Fue un enfrentamiento entre un *outsider* y la hija *institucionalizada* de otro, Alberto Fujimori. O visto de otro modo, entre un *outsider externo* y una *outsider interna*.

El trasfondo era complejo pues la confianza de la sociedad peruana en el sistema político se ha desmoronado tras décadas de degradación. En los últimos diez años la justicia peruana encarceló a cinco ex presidentes por corrupción, y el Congreso obligó a renunciar a un sexto. Uno de ellos, el icónico Alan García —un político más grande que su portentosa estatura física, que era menor que su ego— se suicidó acorralado por la investigación.[1]

La elección acabó en un disputadísimo recuento. Castillo aventajó a Fujimori por menos de 45.000 votos sobre un total de casi 18 millones. Keiko lanzó una agresiva campaña para desconocer el resultado, denunció fraudes y pidió un recuento. Algunos de sus partidarios reclamaron la realización de una nueva elección y hasta llamaron a un golpe preventivo. La propia Keiko quiso movilizar a sus seguidores para defender la presunta victoria, un eco de la demanda de Trump con su marcha al Capitolio. Finalmente aceptó el resultado del recuento —abierto durante algunas semanas— poco después de que el Departamento de los

Estado de Estados Unidos zanjara la disputa al calificar las elecciones peruanas de «modelo de democracia».[2]

El Perú ha vivido atrapado en una sociedad fracturada económica, social y racialmente. Durante la bonanza económica de los primeros años '90 y la década inicial del siglo XXI, el dinero fluyó a las principales ciudades, pero no llegó en la misma proporción a las zonas rurales o a la Amazonía. Pero aunque la bonanza económica actuó como un espejismo que disimuló tensiones latentes, jamás hubo una percepción clara de menor desigualdad. Al cabo, los electores buscaron a Castillo para reparar las injusticias económicas y los oprobios de raza y de clase.

¿Era preciso el *outsider* populista para dar vuelta un sistema venal? «En realidad», me dice el escritor peruano Santiago Roncagliolo, «el reclamo del siglo XXI ha sido que los peruanos no somos suficientemente populistas». Roncagliolo, un novelista premiado e hijo de diplomático que vive desde 2006 en Barcelona, se refiere a la crisis del Perú como otro ejemplo de malos resultados del neopopulismo. Todo neopopulista, en esencia, procura generar una conexión personal con las masas mientras persigue, transparentemente o no, políticas neoliberales. La experiencia fue común en América Latina en los años '90, con la liberalización económica que supuso el Consenso de Washington de norte a sur de la región. Me dijo Roncagliolo:

> La gente votó por [Humberto] Toledo, que se vendió como el cholo hijo de campesinos que había llegado lejos y presentaba su vida como modelo y juraba que, con él, el pueblo no pasaría hambre. Fracasó. Luego, votaron a Ollanta [Humala], chavista, y fracasó. Volvieron a elegir a Alan [García] para recuperar el populismo del APRA de los años '80: no funcionó. ¿Qué sucedía? Que en la segunda vuelta electoral, todos ellos habían sido cooptados por el *establishment*. Se habían parado muy cerca de los neoliberales que pedían estabilidad y libre mercado. Pero lo gracioso es que, cuando en verdad eligieron a un tecnócrata financiero perfecto, como era PPK [Pedro Pablo Kuczynski], el gobierno se deshizo.

Condicionado por el contexto económico, cada uno de esos gobiernos debió correrse al centro o a la centroderecha para sostenerse políticamente. Es en extremo complejo para los países periféricos ensayar modelos económicos distintos al dominante, pues desde los años '90 el neoliberalismo estableció el marco para

el comercio y los intercambios financieros globales. Si los partidos no se atreven a desafiar esos encuadramientos, un *outsider* puede hacerlo. Carece de lazos sistémicos y su incentivo es acabar con el pasado para diseñar el futuro a su gusto. Lo hizo en su momento el extraño Fujimori, el padre de Keiko, y muy probablemente lo intente Castillo tras ganar la elección en 2021.

Man vs System nunca es una pelea equilibrada. Poco tiempo después de las elecciones, hablé con Alberto Vergara, un politólogo peruano al que conocí en Harvard University, en Boston. Cuando le pedí graficar el escenario de Castillo, se rio e hizo una mueca resignada. Hablamos por Zoom; él desde Lima, yo en Miami. En América Latina nos hemos decepcionado *demasiadas* veces, y de tanto explicarnos por qué nuestros candidatos fallan el escepticismo nos ha curtido la piel. Tener un PhD en Frustración & Pesimismo Lúcido te hace poner en duda cada nueva propuesta salvadora. «Castillo es un líquido», me dijo Vergara. «Tomará la forma del recipiente que lo contenga».

Como presidente electo, el maestro rural Pedro Castillo depende de los votos de Perú Libre, el partido que lo hizo candidato. El líder de Perú Libre es Vladimir Cerrón, un neurocirujano que fue gobernador en Junín, en el centro del país, antes de intentar nacionalizar su proyecto. Cerrón no es muy carismático —y fue condenado por corrupción cuando gobernó— pero ha sabido operar políticamente. Con Castillo como candidato reunió a toda la izquierda peruana y logró una significativa aunque no decisiva presencia en el Congreso.

Cerrón no tiene dudas al describir su organización: Perú Libre es «un partido de izquierda socialista-marxista-leninista-mariateguista».[3] El fundador de Perú Libre se formó siguiendo los lineamientos de la Revolución Cubana —allí estudió su carrera de medicina— y ha encontrado el modelo de gestión en la experiencia bolivariana. En 2019, tras un viaje a Caracas pagado por el gobierno de Maduro, Cerrón fue a la TV peruana y dijo que Venezuela es una democracia con «una pobreza envidiable porque tienen una educación totalmente gratuita, una medicina totalmente gratuita, [y] no se paga la electricidad».[4]

Antes de las elecciones, Castillo no hizo nada para reducir su perfil de *outsider*, y mucho por ejemplificar su volubilidad líquida. Primero dio señales de su cercanía con Evo Morales, contentando al capataz Cerrón. Durante la campaña electoral, hizo saber que

planeaba para el Perú un modelo de Estado populista donde desaparecerían instituciones como la Defensoría del Pueblo o el Tribunal Constitucional, pero que su gobierno realizaría estatizaciones y nacionalizaciones.

Tras ser elegido, procuró bajar el tono: ahora rechazaba el comunismo y anunció que sería él, y no Cerrón, quien lideraría tanto Perú Libre como el gobierno. Sin embargo, volvió a tensar la cuerda cuando asumió anunciando que convocaría una asamblea constituyente,[5] tal como hicieron Chávez, Correa y Evo, y comenzó a asustar a los alérgicos mercados internacionales.[6] Luego nombró un primer ministro marxista que defiende a Sendero Luminoso y, como se demoró en nombrar como jefe de la economía a un economista moderado de izquierda, los inversores se pusieron nerviosos y el sol peruano perdió valor hasta que Pedro Francke fue designado.[7] «Nuestro gabinete pertenece al pueblo», dijo Castillo al asumir. «Responde al pueblo».[8]

Los *outsiders* tienen la capacidad de sacudir todo el sistema político, pues nadie en él posee relaciones con el recién llegado. Pueden saber algo sobre sus ideas a través de las declaraciones que hace, pero poco o nada sobre su comportamiento o su voluntad de negociar y de comprometerse, cruciales en el sistema democrático. Castillo era un desconocido para la mayoría de los limeños, y ciertamente no parecía preocupante para el conservadurismo cuando comenzaba la campaña, pues Perú Libre había ocupado una posición secundaria en las elecciones precedentes. Nadie le prestaba demasiada atención hasta que comenzó a ocupar espacios que nadie esperaba que llenase. ¿Por qué? El problema crítico del Perú es que el sistema de partidos está desarticulado y el país, me dijo Vergara, «no tiene centro político», en el que puedan confluir las posiciones más extremistas para aligerar tensiones.

> La democracia sólo funciona si la gente está comprometida con la legalidad. Si se acaba ese compromiso, difícil que la ley sobreviva y que puedas hacer que un político se comporte dentro de los parámetros del sistema. Y el peligro fundamental hoy es el desgobierno como prolongación de lo que ya tuvimos: dos congresos, cinco presidentes, un intento autoritario de días. Son tiempos de sospecha que se convierte en miedo y cuando eso sucede El Otro es una manada amenazante.

El problema viene de lejos. Jo-Marie Burt, la académica de George Mason, escribió en un ensayo sobre violencia política y

autoritarismo en el Perú que los dos partidos centrales de los años '80, el APRA de Alan García e Izquierda Unida, fueron una oportunidad para representar mejor a los peruanos más pobres, pero el fracaso en la resolución de la crisis económica —así como numerosos casos de corrupción— drenaron sus capacidades y derrumbaron los puentes entre el Estado y la sociedad. Burt sostiene que el colapso de los partidos en los años '80, incluidos los de la derecha, provocó el repliegue de la política organizada, y ese vacío —«esa "tierra de nadie"»— fue ocupado por políticos «independientes» que «con frecuencia actuaban contrariamente a las reglas de juego democráticas».[9]

Fue allí donde entró en juego Alberto Fujimori y su *tsunami* autoritario redefinió el paisaje político del Perú futuro. Hace treinta años, el descrédito de la dirigencia era tal que el país decidió probar suerte con un *outsider* del que nadie sabía demasiado. Ingeniero parco y nada amable, durante la campaña electoral de 1990, Fujimori era una incógnita. No hablaba demasiado y nadie sabía muy bien qué haría. Tenía un aura de impermeabilidad que proyectaba cierta seriedad agresiva. Así fuese un *nikkei* criado en el Perú, su origen japonés lo asociaba a eficiencia, disciplina y éxito y, en tiempos de desconfianza generalizada, llegaba a la política con una idea que articulaba a los descontentos: estaba en contra de todos. Y no defraudó: apenas se hizo candidato, Fujimori repitió a diestra y siniestra que los políticos peruanos eran unos charlatanes y definió a la democracia como «palabrería». [10]

Fujimori arrasó en las elecciones de 1990. Al empezar su mandato, el Congreso estaba en manos del opositor APRA y del Frente Democrático, el partido del futuro Premio Nobel Mario Vargas Llosa. Como esa circunstancia limitaba su operación, en abril de 1992 Fujimori dio un autogolpe respaldado por los militares. Clausuró la legislatura, purgó los tribunales y proscribió a la oposición.

Unos meses después, en septiembre del mismo año, el Perú sorprendió al mundo cuando comandos antiterroristas del Ejército detuvieron en Lima a Abimael Guzmán, el líder de Sendero Luminoso. La guerrilla maoísta llevaba años activa en el Perú, y para el momento de la detención de Guzmán —conocido como 'Presidente Gonzalo'—, tenía presencia aun en la mayoría de los 24 departamentos del país, y se había declarado en «equilibrio estratégico» con las fuerzas armadas, sugiriendo que su poderío

militar era tal que podría mantener el asedio al Estado por años. Por entonces, un tercio de la nación y la mitad de la población peruana estaban bajo protección militar y Sendero había recuperado agresividad. Tras la detención de Guzmán —que tenía en su poder vasta información de inteligencia—, el maoísmo mantuvo la actividad pero ya no volvió a desafiar la estrategia contrainsurgente desarrollada por los militares durante los gobiernos de Fernando Belaúnde, García y el propio Fujimori. Con Guzmán preso, Sendero se desintegró en cuestión de meses.

Fujimori se encontró de repente con un apoyo popular desbordante. El cierre del Congreso, percibido como una caterva de corruptos, le otorgó un respaldo que la captura de Guzmán catapultó a los cielos. Entre uno y otro suceso, llamó a una convención para reformar la Constitución en 1993 e introducir la cláusula de reelección. Los peruanos sintieron que por primera vez en años el país podía aferrarse a algún orden y dieron a Fujimori todo el crédito para buscar un nuevo mandato.

La economía dio el impulso definitivo. Fujimori implementó un programa de recortes para detener la hiperinflación heredada del primer gobierno de Alan García y, alineado al Consenso de Washington, abrió la economía de par en par, relajó las condiciones para el ingreso y salida de capitales, privatizó empresas públicas y redujo impuestos. Al promediar su mandato, el Perú comenzó a ser requerido por muchas compañías, deseosas de tomar parte en la explotación de la riqueza minera de los Andes y de las tierras amazónicas. En 1994, el país creció al 13 por ciento, la tasa más alta del mundo.

La caída de Guzmán y los resultados económicos propiciaron que las élites apoyaran a Fujimori, quien dio libertad a los militares para resolver cualquier resistencia armada a su gobierno.

Fujimori fue un neopopulista autoritario, y en este punto no se alejó de la historia del populismo fundacional peruano: fue un dictador como antes lo habían sido Manuel Odría en los años ‘40 y Juan Velasco Alvarado en los ‘70. No tuvo reparos en ordenar violaciones brutales a los derechos humanos, incluida la esterilización masiva de miles de mujeres durante cuatro años. En 1996 aprobó la recuperación militar de la residencia del embajador japonés en Lima, que había sido tomada durante varias semanas por un comando guerrillero. Los militares rescataron a más de cien rehenes y en el proceso ejecutaron a varios guerrilleros. Fujimori

recibió otra vez el apoyo de la sociedad.

El proceso se acabaría tras la reelección. La economía ya no tenía tanta fuerza y la oposición había encontrado una posibilidad uniendo el rechazo al presidente. Para el año 2000 Fujimori fue forzado a renunciar mientras le llovían denuncias por corrupción y abusos de poder. Se exilió en Japón, pero una orden de captura internacional permitió detenerlo durante un viaje a Chile. Fujimori fue extraditado a Lima y acabó en prisión, sentenciado hasta 2034, cuando cumpliría 96 años de vida.

Sin el padre a mano, Keiko se ha dedicado a extender la dinastía familiar. La hija de Fujimori cultiva el mismo fervor de *Alberto-san*; en más de una ocasión ha dicho que el modo de resolver la crisis de seguridad es aplicando «mano dura», como cuando su padre acabó con la guerrilla. El fujimorismo evolucionó de una manera no siempre usual en los *outsiders*: hoy es una fuerza central del entramado político del Perú. «Treinta años después», dice Roncagliolo, «el apellido Fujimori es el *establishment* y el partido más sólido: los demás partidos son vientres de alquiler para cada caudillo que necesite una fuerza registrada».

¿Por qué Fujimori es crucial? Porque su accionar ha sido una carga de profundidad para el sistema de partidos peruano, que jamás se recuperó de su paso por el gobierno. Tras la experiencia fujimorista, el partido de Vargas Llosa se desmoronó tanto o más que el histórico APRA. Sin anclas tradicionales, la atomización y fragmentación pulverizaron el sistema. A lo largo de tres décadas, la política se convirtió en un negocio, con una abundancia de partidos franquicia que podían ser copados para promover candidatos a medida de un grupo de interés. Los procesos políticos y judiciales contra los expresidentes —únicos en América Latina— podrían sugerir que las instituciones funcionan para castigar la corrupción, pero sólo parecen haber contribuido a elevar la desconfianza de la población en su clase política. Izquierdistas, pseudo humanistas, indigenistas y tecnócratas, unos tras otros, fracasaron para satisfacer las demandas sociales.

Por eso las elecciones de 2021 se discutieron entre dos extremos del populismo, la derecha cavernícola de Keiko y el bolivarianismo empobrecedor de Castillo. No el mejor escenario, sino el único factible entonces: el sistema no tenía mejores opciones que ofrecer a sus ciudadanos.

«En el Perú no tuvimos el representante paradigmático del populismo», escribe Vergara en su ensayo *Ni amnésicos ni irracionales. Las elecciones peruanas de 2006 en perspectiva histórica*. Allí sostiene la noción de un populismo desmembrado que ha dominado la política del país desde los años '30 del siglo XX. «No tuvimos *un* populista pero sí varios líderes que recogían algunas de las características del populismo»:

> Si el populismo latinoamericano prometía el desarrollo del Estado como puntal productivo, la comunión nacional y una democracia directa y no liberal de aires populacheros, nadie podrá decir que no hayamos tenido todo eso. Pero no lo tuvimos aglomerado en un solo personaje y en un solo periodo. Hemos conocido este estilo confiado en la legitimidad y descreído de la legalidad, fundado en el desempeño, en las encuestas como plebiscito cotidiano. Este estilo es recurrente, aunque los líderes que lo encarnen sean pasajeros. El estilo sobrevive a sus manifestaciones temporales con su vocación primariamente democrática y su aversión a los controles institucionales. Este estilo es, lamentablemente, una oferta política y una demanda social —¿el huevo o la gallina?—, una dinámica infinita sin paciencia hacia las instituciones y una voluntad desmedida por solucionar los problemas con un golpe de puño sobre la mesa.[11]

Entre las coincidencias de Fujimori y sucesores —incluidos Toledo y Ollanta Humala— están haber trabajado con un ojo puesto en restringir el déficit fiscal —cuya expansión suele emplearse para reducir momentáneamente la desigualdad— y no haber contado con partidos sólidos detrás, sino movimientos electorales personalistas de baja institucionalización.

El Perú ha desintegrado a sus partidos tradicionales. Tras la caída de Fujimori y la revelación de los *vladivideos* —en los cuales Vladimiro Montesinos, el jefe del servicio de inteligencia de Fujimori, se grabó pagando sobornos a decenas de políticos—, creció notablemente la demanda de cambios profundos, entre ellos la erradicación de la corrupción. «Pero desde 2001 y hasta 2021, salvo Francisco Sagasti, *todos* los líderes están investigados por corrupción», me escribió la periodista de investigación Pao Ugaz por WhatsApp. «Mira a Keiko: investigada por lavado de activos, piden 30 años de cárcel para ella y 34 cómplices».

El estado de remezón constante hace que una masa informe de

votantes, sin partido definido, se organice cada cinco años bajo otra convocatoria antifujimorista, dice Ugaz. «Lo hicieron en 2011, en 2016 y en 2021, y todos han salido a la calle a marchar para que no gane Keiko: familiares de víctimas del gobierno de su padre, estudiantes, viejos estudiantes, dirigentes, el centro, la derecha y la izquierda», escribe. «En 2021, los empresas de medios de comunicación y el empresariado estaban abocados a que gane ella y ya no había rubores, como si Vladimiro Montesinos estuviera repartiendo dinero como en sus mejores días».

La desarticulación de los partidos —la ausencia de centro— favorece las aventuras. Por eso, poco tiempo antes de las elecciones, Keiko y Castillo debieron firmar una Proclama Ciudadana de doce puntos para comprometerse a ser demócratas: nadie les creía que fueran a ser gobernantes centrados sino disparates extremos y, por tal, peligrosos. Es un símbolo inquietante: los dos candidatos a la presidencia debían *garantizarle* a la ciudadanía que respetarían la ley. ¿Hay espacio para caer más bajo? Keiko y Castillo son escalones que ya están bajo el agua. Keiko porque no puede esconderse de la Justicia ni de la tradición autoritaria, y Castillo porque ha proclamado su respeto por el chavismo.

Nadie creía demasiado en esos compromisos firmados, y la promesa no salió bien. El mismo día de la firma, el congresista Guillermo Bermejo, del partido de Castillo, dio a entender que su populismo se inscribe en la línea autoritaria de la Revolución Bolivariana. «Si tomamos el poder no lo vamos a dejar», se le oye decir en un audio filtrado a la prensa. «Con todo el respeto que se merecen ustedes y sus pelotudeces democráticas, nuestra idea es quedarnos para instaurar un proceso revolucionario».[12]

Durante la campaña electoral, Keiko recibió el sorpresivo y reiterado apoyo de los Vargas Llosa, del hijo Álvaro y del padre Mario, fiero opositor de Alberto Fujimori cuando era el hombre fuerte de Perú. Como sabía que debía domesticar a una loba, papá Vargas Llosa le exigió a Keiko que se comprometiese con la democracia para darle su respaldo. El Nobel le tenía mayor temor al ignoto Castillo que a una versión Fujimori 2.0. Para media humanidad, el reclamo de Vargas Llosa sonó como pedirle a un pirómano que tenga al lado un vaso de agua antes de encender el lanzallamas. «Vargas Llosa es un síntoma de todo lo que ha funcionado mal», dice Roncagliolo. «El icono liberal ha llamado a votar a un chavista [Humala], a un aprista [García] y a Keiko».

El temor de los conservadores peruanos tiene sentido. El votante de Castillo es un peruano que ha sido marginado hasta reducirlo a mero dato estadístico, un exudado humano de la desigualdad estructural. Ese peruano —mestizo o indígena, rara vez blanco— se siente utilizado por las élites criollas en cada elección, pues le prometen el cielo para luego ignorar su oferta —y al destinatario— tras el recuento de votos. Al orden liberal se le escapó una pata importante del Perú, me dijo Vergara: la ruralidad. Castillo es el canal de expresión de miles de personas que habitan zonas donde el Estado no pone el pie, regiones donde muchas empresas explotan brutalmente los recursos naturales y donde manda el blanco y el morocho obedece.

El periodista Joseph Zarate documentó en el libro *Guerras del interior* varias de esas disputas que generan tensión social, así como severos riesgos ambientales. En la mayoría de los sitios donde existen grandes explotaciones mineras, hay también enormes paquetes de votos para Castillo. «No hay que olvidar esta profunda identificación personalista con él, un hombre religioso que encierra una trinidad significativa», dice Vergara. «Es un maestro rural, es un líder sindical y es un rondero».*

Una gran porción del voto invisible para Castillo es producto de la negación consciente de la *indiada* peruana, pobres expulsados de esa sociedad fracturada que menciona Vergara. No los registran las encuestas ni CNN y, como me explicó un empresario pesquero, «es un ejército barato política y económicamente que ha estado siempre allí para ser usado por quien necesite recursos electorales o mano de obra». En sus paseos por San Isidro, un barrio de la clase alta de Lima, Vergara me dijo que vio a tenderos tapiando sus vidrieras con tablones de madera tras la derrota de Keiko Fujimori:

> En las clases altas de Lima sienten que está llegando un ejército invasor en el que cabalgan Juan Santos Atahualpa, Túpac Amaru, Haya de la Torre, Abimael Guzmán, Alan García joven, Velasco. . . Todos los fantasmas históricos secundados por una muchedumbre incomprensible de, como diría la mujer de Sebastián Piñera, «alienígenas».13

Castillo recibió una marea de votos de peruanos que quieren algo que a Lima le parece una locura, pero que no lo es para ellos, me dice Roncagliolo, porque «están hartos». Halló en Castillo una ¿última? oportunidad que puede poner fin al consenso económico iniciado en los años ‘90, treinta años durante los cuales los políticos

llegaron con agendas populistas pero gobernaron con la chequera neoliberal. Castillo es un *outsider* real, distinto al menos en apariencia a Toledo, que era *cholo*, sí, pero educado en Stanford University y empleado en el Banco Mundial. La identificación se presupone sólida si el maestro presidente da lo que prometió a sus votantes.

Con todo, la disputa es por el poder, no por la verdad. O por la convivencia, pues el triunfo de cualquier bando habría definido un país distinto. «Si triunfa el populismo, cualquiera sea, es porque en el Perú no hay Estado», dice Roncagliolo. «Mucha gente cree que los populismos les dieron algo: los de derecha, estabilidad económica; los de izquierda, derechos sociales». El problema es que no conviven. «No digo que uno funcione mejor que el otro, sino que cada quien va por su objetivo a saco, y destruyen todo lo demás».

«IT'S, LIKE, INCREDIBLE»

En 1860, Abraham Lincoln ganó la presidencia de los Estados Unidos, enfatizando su pasado como trabajador de ferrocarriles. La historia era simple: cuando joven, Lincoln trabajó junto a su primo en el tendido de líneas ferroviarias. Eran operarios que plantaban una cuña de acero en un durmiente de madera para dividirlo en dos. Los llamaban *railsplitters* y Lincoln utilizó esa experiencia juvenil para su campaña presidencial, presentándose como un hombre común, uno más del pueblo, aun cuando llevaba diez años en política y un par de décadas como abogado. En las primarias del Partido Republicano, su comité de campaña colgaba una banderola sobre dos rieles de madera: «Abraham Lincoln, el candidato ferroviario a la presidencia».[14]

Lincoln hizo de *outsider insider*, y le funcionó.[15] Su propósito era vencer a un candidato republicano tradicional. Para ello, lo recomendable era seguir la consabida fórmula del tipo sencillo, la del hombre que jamás perdió sus raíces. Las personas votan normalmente por alguien que *sienten* cercano. Ha funcionado cientos de veces. Decenas de millones votaron por Trump, un multimillonario, porque *sentían* que hablaba con la misma sencillez y brutalidad con la que se habla en las calles, en los bares, el campo y, claro, en los *locker rooms*. En medio de un muestrario de políticos profesionales, el bicho raro destaca.

Jugar al *outsider* no es igual que serlo. Muchos líderes, como el

peruano Castillo, el guatemalteco Jimmy Morales —un humorista de TV—, Nayib Bukele, incluso Chávez, Obama o el mismo Trump, no tenían un pasado político prolongado o significativo, cuando tocaron el cielo con la yema de los dedos. Eran *outsider outsiders*, completos foráneos. (Bukele, AMLO y Correa son *outsiders insiders*, pues tenían carrera en partidos.)* Esa ausencia de historia los hacía pasar como independientes, inorgánicos, candidatos con cierto aire pragmático y ejecutivo, quizá invulnerables al perfume corruptor del poder. No pertenecían a las élites que gobernaron por décadas, ciertamente, por lo que no despedían el aroma incómodo de sus miasmas. Todos ellos advirtieron que presentarse como candidatos ajenos al *establishment* les otorgaba ventajas; se les podría reprochar inexperiencia, pero no deber favores.

A los ojos de sus votantes, Trump no vivió de sus impuestos, como sus electores sienten que lo hacen muchos políticos profesionales. Es una ilusión perfecta: Trump *es* miembro de las élites y vive indirectamente de los impuestos pagados por otros —otros deben cubrir el déficit por los beneficios fiscales que él obtiene para sus emprendimientos—, y aunque todo eso es visible, nadie quiere verlo. Trump alardea de sus millones —*«I am rich, very rich»*— e incluso se ufanó en un debate con Hillary Clinton de cómo eludió pagar impuestos —*«I'm smart»*—, pero sus votantes *no quieren* verlo.

La ausencia de compromiso es atractiva por proyección: he ahí un individuo que puede actuar siguiendo su libre arbitrio, sin someter sus decisiones a veto alguno. Amado Líder como símbolo de la libertad total. Ajeno a los grupos de presión, sin ataduras con los partidos. Puede entreverse allí a un revolucionario que accede al poder por la puerta del voto masivo para tomar decisiones de manera práctica.** Lo que cualquiera sueña: hay un problema, he aquí la solución. Pim-pam-púm.

Alberto Fujimori se los dijo a los peruanos en palabras sencillas: él prometía resolver problemas con un sistema «más eficiente».16 Trump lo afirmaba: «Yo solo puedo con esto». AMLO terminó con la corrupción con un solo anuncio: «Les guste o no les guste, lo quieran o no lo quieran, se acabó».17 Por un tiempo, Fujimori cumplió —se deshizo de la guerrilla, niveló la economía—, pero el *trade off* fue brutal, pues a cambio de esa tranquilidad reclamó para sí la suma del poder público. Trump pidió la lealtad de todos —consiguió las del Congreso, el Partido Republicano y su base, pero

no la de las fuerzas armadas y los jueces— y nos ha quedado la semiplena certeza de que empujaría todo lo posible hasta doblegar incluso a esos poderes en una hipotética reelección. AMLO tapa el sol con un dedo: la corrupción y los desfalcos continuaron en México bajo su gobierno, pero si él dice que no, es no. «Aquí lo importante es que ya se acabó la robadera», insistió a mediados de 2021.[18]

El hombre extraño al aparato político oficial sabe que puede decir cuanto desee para conseguir el favor popular. No tiene límites y puede corregir todo el tiempo con base en el ensayo y el error, ya que tiene el perdón anticipado de su público, que lo considera uno de los suyos. Toma uno o varios elementos de la vida política a los que nadie presta atención y los trae al centro de la escena presentándolos como cruciales, sin que esto signifique que no lo sean con frecuencia. Suelen hacer todo esto con argumentos radicales, que les permiten dirigir la conversación hacia un terreno —el de los absolutos— donde los políticos convencionales se sienten más incómodos, dada su propensión a matizar y a presentarse como ecuánimes.

Carlos Menem era gobernador de una provincia menor cuando se postuló a la presidencia de Argentina en 1988 con el *motto* «Síganme, no los voy a defraudar». Se trataba de un marginal, cercano a la vieja guardia de la derecha nacionalista del Partido Justicialista, un caudillo del interior famoso por salir en las revistas con mujeres pulposas. Estaba excluido del ala progresista del peronismo —que empezaba a mover al partido hacia cierta racionalidad socialdemócrata— y era la preferida de los intelectuales, de la prensa y de la academia. Esa ala progresista gozaba también de la simpatía del todavía presidente Raúl Alfonsín, que aun perteneciendo al partido rival buscaba tender puentes hacia el peronismo para fundar una entelequia que se conocería como el Tercer Movimiento Histórico.*

Menem hizo campaña buscando aliados entre aquellos desplazados por el ala progresista en todo el país. Quería ganar y, para hacerlo, debía disputarles al partido y al sistema desde la periferia, con un discurso que prometiese una utopía reafirmadora. Puesto que Argentina atravesaba por una de sus recurrentes crisis inflacionarias, Menem ofreció sus ambiguas promesas de ‘revolución productiva’ y ‘salariazo’, ganó en 1989 y gobernó Argentina como neopopulista por diez años.

El mismo tipo de ejemplo —ideas grandilocuentes sin mucho detalle, grandes promesas increíbles— se reproduce en cada movimiento populista. Trump acertó con la idea de *drain the swamp* porque es palpable el sentimiento de que Washington DC está repleto de *political insiders*, cabilderos, burócratas y cortesanos del poder. Nadie aceptó o validó su planteamiento, porque admitirlo era reconocerse parte del pantano, un suicidio político. El truco funcionó asociado a otra condición capital para el éxito de un *outsider*: su ligereza relativa, en comparación con el peso del sistema. Los partidos políticos tradicionales son estructuras elefantiásicas, demasiado rígidas para responder a las demandas de cambios urgentes, mientras que el *outsider* puede moverse velozmente entre los temas. Está ahí para hacer lo que todo indeseable hace: molestar. Un tábano en la oreja del Estado.[19]

Los programas de los populismos telemáticos suelen ser incoherentes e incompletos. Muchos de ellos carecen de la más mínima comprensión de los *nuances* involucrados en la gestión del Estado, porque sus líderes no necesitan expresarse con claridad. Más bien suelen carecer de definiciones elaboradas. Lanzan eslóganes y consignas. Trump prometía MAGA y *America First* pero no ofrecía mayor precisión sobre sus políticas públicas. AMLO bautizó a su gobierno como la Cuarta Transformación y eso bastó: dio a entender que todo cambiaría, y una buena proporción del electorado mexicano pareció estar satisfecha con esa gruesa definición de *todo*.

He aquí otro ejemplo de liviandad marginal, el Tea Party. El Tea Party fue el antecedente inmediato a Trump en el ejercicio de la irresponsabilidad apetecible —al cabo, muchos creen medias verdades y falsedades flagrantes. Fue una confederación de *outsiders* que desniveló la política estadounidense durante la presidencia de Obama, con tanta fuerza, que pavimentó el camino para la emergencia arrasadora de Trump. El Tea Party Movement pretendía rememorar a los colonos que en 1773, tres años antes de la independencia de la Corona británica, destruyeron un cargamento de té en Boston como protesta contra el Acta del Té. El Acta permitía a la British East India Company, una compañía del reino, vender la hierba importada de China en las colonias americanas sin pagar los impuestos que sí debían abonar los súbditos locales.

El Tea Party moderno se aglutinó a partir de varias protestas contra el gobierno de Obama, en particular el lanzamiento de su

reforma de salud —Obamacare—, que compararon con una imposición socialista. A medida que pasó el tiempo, el movimiento promovió una agenda libertaria que reclamó la reducción del Estado, recortes significativos de impuestos, y la contracción de la deuda y el déficit públicos. Los *tea partiers* comenzaron a promover candidatos propios para cargos locales y estatales atrayendo la inmediata atención del Partido Republicano, necesitado de cargas de profundidad contra la popularidad inicial de Obama.[20]

Sarah Palin, la exgobernadora de Alaska célebre por sus dislates —y quien acompañase a John McCain en la fórmula republicana de 2008—, fue una de las primeras figuras conservadoras que abrazó al movimiento como un reformador del GOP. Palin era marginal en la estructura republicana e incomodar a los barones del partido le daba aire para hacer crecer su figura. Pronto fue aceptada como una de las voceras de la derecha más rebelde en cuanto el movimiento empezó a diluirse y sus figuras se instalaron poco a poco en las filas del GOP.*

El Tea Party era un grupo altisonante que reunía el activismo y los afectos de personalidades diversas como Michelle Bachman, una representante republicana que decía deber su banca a un llamado de Dios; los vociferantes y repelentes presentadores de radio Glenn Beck, Rush Limbaugh y Sean Hannity; el senador Ted Cruz y los billonarios libertarios Charles y David Koch. La clase política —incluidos algunos jefes del Partido Republicano—, la prensa y los intelectuales trataron al movimiento con desprecio. Lo vieron, equivocadamente, como una agrupación superficial sin conexión con la vida del electorado. Les daban el trato de «neo-Klansmen», vinculándolos al racista Ku Klux Klan, y les endilgaban el mote de «montañeses», sugiriendo que no eran más que marginales ignorantes.** Pocos detectaron que, en realidad, el Tea Party no era una vertiente menor, un escurrimiento, sino que la napa subterránea de la política estadounidense estaba llena de votantes frustrados que modificarían la escena de los años por venir. «Estos no son los habituales manifestantes semiprofesionales que asisten a marchas contra la guerra y a favor de los sindicatos: son personas con trabajos reales», escribió el analista político Glenn H. Reynolds, un conservador independiente, apenas surgió el movimiento. «La mayoría nunca ha asistido a una marcha de protesta antes: representan un tipo de energía que nuestra política no ha visto últimamente, y una afluencia de nuevos activistas».[21]

En 2015, Trump, poseedor de un olfato afinado para la destrucción —no es elogio—, dedicó un momento de su campaña a cantarle loas al movimiento. «La gente del Tea Party es increíble», dijo en un acto en Nashville, Tennessee. «Son personas que trabajan duro y aman el país y son golpeadas todo el tiempo por los medios». Lo que nadie veía entonces era que el proceso tenía, en verdad, raíces y abono suficientes y que el cultivo florecería en las primarias del GOP en 2015 y en las presidenciales contra Hillary Clinton de 2016. Durante esos años asistí a mítines de Trump en Atlanta, Phoenix y Prescott en Arizona —más de 7.000 personas se reunieron en cada uno— y también en Orlando, donde unos diez mil simpatizantes llenaron el campus de la University of Central Florida. Aun entonces la mayor parte de los medios se enfocaba en los candidatos tradicionales, pero los periodistas que cubrían a Trump no podían salir de su asombro: tenía una multitud de seguidores y podía sentirse una electricidad inhabitual en la política estadounidense. Ese *feeling* no era extraño para mí: lo había observado en el proselitismo caliente de América Latina durante décadas.

Las reuniones de Hillary estaban diseñadas para grupos menores con la idea de que los votantes estuvieran más cerca de su candidata. Como Trump, Bernie Sanders movilizaba también mucha energía —en marzo de 2016, en Phoenix, reunió tanta o más gente que el Agente Naranja un tiempo después. Los actos masivos de Sanders eran un jubileo con mucha presencia de estudiantes, familias jóvenes y ese inocultable americano/a post-hippie cuyo rostro transmite la idea de que conoce el nirvana. Las masas de Trump, en cambio, transmitían el hervor de quien ha decidido ir al combate por la patria. En ellas había enojo, determinación, mucho músculo y camionetas gigantes, y la satisfacción de los que se miran a los ojos y saben que tienen algo bueno y grande entre manos.

Años después escribiría en *The New York Times* refiriéndome al fervor que producen los *chicos malos* del populismo:

> Sería fácil acusar a los seguidores de esos líderes de ignorantes. Yo lo he pensado en momentos de enojo: ¿qué está mal con *esta gente*? Quiero ensayar una razón, y es posible que sea la misma que alimenta sus propias elecciones: todos apetecemos repuestas en un mundo que ya cambiaba demasiado rápido cuando nos cayó encima la pandemia y desestructuró uno de nuestros últimos relatos, la omnipotencia humana: con toda nuestra ciencia y técnica, no hemos sido capaces de controlar

el ataque de un organismo minúsculo. ¿Qué queda cuando todo fracasa y no se ve un futuro claro? Creer en quien ofrece soluciones tranquilizadoras.

El amor que millones profesan por los líderes populistas no puede ser explicado sin ciertos macro fondos. El fin de los grandes relatos que explicaban la realidad nos dejó con una globalización que no da respuestas amables a las necesidades de todos. Las religiones sufren la tensión de una época donde la racionalidad puso en crisis las respuestas absolutas. El cambio tecnológico nos ha hecho vulnerables: el mercado laboral es incierto, incluso para los más formados. Nunca se detiene la saturación informativa, nadamos en el río de incertidumbre de las redes sociales. Nada es estable.[22]

[·]

Cuando la sociedad pierde la confianza en sus políticos, el truco queda al descubierto. Aquello que antes era tolerado ahora es rechazado de plano. Las explicaciones elaboradas del pasado suenan a excusas, subterfugios, liso engaño. Nos empelota creer que esos políticos trivializan el mundo, simplificando problemas complejos con promesas y mentiras consoladoras. Pero es curioso, porque Trump, Jair Bolsonaro, Maduro, Alberto Fernández —y antes el matrimonio Kirchner—, Nayib Bukele, AMLO y otros ofrecen algo parecido: un discurso de ideas digeribles que parecen nacer del sentido común —¿quién puede oponerse a un aumento de salarios? —, con enemigos identificables y soluciones apetecibles. Millones los siguen con devoción casi incondicional. ¿La distinción? No son parte de *lo mismo*, no son *percibidos* como parte de una troika que ya ha llevado al hartazgo a una buena porción de los ciudadanos. Los sienten parte de la tribu. Su tribu.

La democracia está asentada sobre pilares de dialécticas subóptimas. No hemos sabido entender que quien se harta puede hacerla volar por los aires, entregando la magistratura a un señor que no pasaría la prueba del ácido, pero al que, simple y llanamente, *le creen*. No es un fenómeno único ni nuevo, está extendido, es preocupante y, para más, seguirá existiendo. En 2018, Monmouth University decidió medir las preferencias políticas de los estadounidenses y encontró que el 52 por ciento de ellos prefería a un *outsider* antes que a un *insider*, y en la medida de lo posible con experiencia.[23]

Me dice Claudio Lomnitz, profesor de antropología en Columbia

University, en una charla por Zoom desde New York:

> Hay un momento en que las malas cosas no se pegan en ciertos políticos. Un amigo me lo decía sobre George W. Bush, que tenía limitaciones intelectuales y un pasado complicado con el alcohol: «Hay sangre en el mar pero no hay tiburones alrededor». La gracia no es que estén libres de pecado sino someterse a un proceso de sublimación donde todos saben que estamos en un nivel bajo pero algo les sucedió, hay un momento de luz, y de repente esos que estaban allí, ahora ascienden. AMLO lo dice a su modo: «Yo ya no me pertenezco».

Trump lo representó como pocos. Dos semanas antes del *caucus* de Iowa, durante las primeras republicanas de 2016, dijo: «Podría pararme en medio de la Quinta Avenida y disparar a alguien, y no perdería un votante, ¿ok?» No necesitó disparar a nadie: lo dijo, terminó segundo en Iowa, ganó luego la nominación y, finalmente, la presidencia. Las audiencias lo amaban, le toleraban todo. *«It's, like, incredible»*.[24]

Rememorando en parte aquel episodio del pistolero impune, escribí:

> Estos presidentes-padres hablan a pulsiones primarias compartidas y activan miedos atávicos. Fabrican crisis que sólo ellos, claro, pueden resolver. Pero el problema tiene otra parte: los críticos también sucumbimos al simplismo. Nos ocupamos de las formas porque creemos que expresan el fondo de algún modo. En ocasiones tomamos una distancia que esconde prejuicios. Y vemos en hombres y mujeres que se aferran a la fe una masa indivisa y homogénea, muy distante de la realidad. Ese error de diagnóstico hace fracasar la construcción de soluciones.[25]

CIRCO RISIBLE, VODEVIL PELIGROSO

Hace un tiempo, en Twitter, una lotería colombiana convocó a comprar billetes para su sorteo estelar. El premio era una rareza: dos horas de motel gratis con una *escort* previamente pagada, además de —por si hicieran falta— tres preservativos gratis. El *flyer* circulaba entre bromas y algunos enfados. Tal vez no sea normal, pero tampoco resulta extraño. Si sonaba a chiste menor es porque se antojaba como algo nada inverosímil. ¿Por qué habría de serlo, si nos hemos acostumbrado a ver cosas peores?

Los seres humanos nos acomodamos al absurdo tanto como al

enviciamiento o el atropello. Joan Didion cuenta en *The White Album* que «nadie se sorprendió» en su grupo familiar cuando se enteraron del asesinato de Sharon Tate y otras cuatro personas en 1969 a manos de la secta de Charles Manson. La farándula de Hollywood vivía una época voraz y perturbadora, y todos parecían comprender que ese tipo de cosas *podrían* suceder en un ambiente así. Quien haya sintonizado las imágenes de Afganistán en los días de la salida de los aliados habrá visto cómo la gente pasa junto a cadáveres reventados a balazos por el Talibán *como si nada*. Lo han visto antes: recuperan una imagen del pasado, cierta cotidianidad. Ante tres muertos hinchados en el piso, uno sigue de largo. Ya experimentó eso, es una actualización del pasado; eso; nada nuevo bajo el sol. La vida sigue. Con tiempo suficiente —y en Afganistán iban cinco décadas de guerras para cuando la victoria del integrismo islámico—, normalizamos casi todo.

Sucede en política. Hay partidos, por ejemplo, que reaccionan ante la degradación de su atractivo electoral con una desesperación impúdica, que bien podría competir con la lotería colombiana del motel y los preservativos. Rifan sus candidaturas, convierten al gobierno en un motel barato y a los votantes en putas desechables. Muchos de sus miembros ven esa degradación como si fuese natural, como un cadáver afgano o un crimen de Manson. Si todo colapsa, toman sus cosas y rumbean a otro destino político que les permita seguir en carrera. ¿Vocación de servicio social? Puede que haya alguna, pero seguro sí hay instinto de supervivencia personal.

La transformación de la política en un espectáculo ha desarrapado a los políticos y arrojado la discusión al espacio hueco del eslogan. Alejada de las batallas programáticas, la selección de los mejores candidatos en los partidos abandona el debate sobre proyectos para orientarse a la promoción de quien luzca mejor. Los partidos cada vez representan menos porque cada vez importan menos. Si alguien cree que el vaciamiento de la política, la trivialidad discursiva, la antipolítica y el populismo no van de la mano, que compre la lotería colombiana. Seguro gana.

De todos modos, como siempre conservamos la sorpresa, es inevitable que nos hagamos preguntas cruciales. ¿Cómo es posible, por ejemplo, que sujetos menores ganen candidaturas si los partidos tienen mecanismos de contención para frenar lo indeseable o peligroso? Bueno, la idea de la existencia de un ‘mercado electoral’ implica la aceptación de la política como un espacio de ‘venta’ de

ideas y personas. Quien acepta esa lógica —y lo hace la mayoría—, entiende que sus ideas son 'productos', y un producto debe ser apetecible. Cuanto más permanezca en el '*top of the mind*' de las personas, más intención de voto; a mayor cantidad de voto, más 'participación de mercado'; y cuanto más se gane, mayor posibilidad de tener una 'posición hegemónica' —y, en el caso de los más ambiciosos, un 'monopolio' político.*

Si hay 'competencia' por los 'consumidores', tiene sentido que los partidos quieran tener candidatos apetecibles para el 'gusto masivo'. Por eso muchos reducen sus mecanismos de contención y apuestan al riesgo; se relajan a fin de buscar figuras reconocidas. Los *outsiders* lanzados a la política suelen tener hoy millones de seguidores: no es necesario invertir para darlos a conocer. Trump era malo en mercadeo político, dijo uno de sus asesores a Carol Leonnig y Philip Rucker, los autores de *I Alone Can Fix It*, el retrato íntimo del último año de la presidencia del Agente Naranja, pero era grandioso para promocionar ideas, crear marcas y hacer llegar los mensajes.26 El aporte del *outsider* es su fama y cierta frescura que, si cuela como coló Trump, desacomoda el tablero y entrega la inestimable fortuna de fijar la agenda. Todo eso, presumiblemente, habrá de traducirse en votos.

Por otro lado, la dinámica del *outsider* capaz de capturar un movimiento para sí expresa bien el estado de los partidos: ya pueden entregar las banderas porque creen que necesitan más el poder para mantenerse en la disputa. Se han degradado a la vez que vaciado de adherentes, quedándose solamente con algunos militantes, ya porque son fanáticos convencidos o porque están empeñados en hacer una carrera política. En el Perú es común hablar de 'partidos franquicia' que rentan su nombre a cambio de prebendas a quien tenga chances de disputar el poder. Bukele, en El Salvador, fue hombre del izquierdista FMLN hasta que descubrió que le era más rentable ser su propio candidato, así que rentó para su candidatura a GANA, un partido de la derecha católica. El Partido Verde, en México, es un claro ejemplo de empresa-política: inclina sus preferencias hacia quien le provea mayores beneficios.

Y algo más: hay un cambio en las formas en que las personas se relacionan entre sí, y por ende también con la política y con sus formas discursivas. El Salvador, de hecho, fue uno de las últimos mercados electorales de la región donde todavía en elecciones recientes era visible una discusión programática entre las dos

fuerzas tradicionales en pugna, ARENA y el FMLN. Hoy, el país es un ejemplo de cómo el colapso de un modelo de discusión de propuestas —¿es el fin de la antigua política?— es sustituido por uno nuevo, basado en el mercadeo, el maridaje entre publicidad y propaganda, y el uso de las redes sociales —¿la nueva política? En la lógica del mercado, una estrategia de promoción más competitiva vende mejor un producto —Nayib Bukele— que otra estrategia sostenida en discursos no tan apetecidos ya por el 'consumidor electoral'.

[·]

El salvadoreño es un caso atendible —y novedoso— sobre el colapso de formas políticas que dominaron los años finales del siglo XX y una probable transición hacia experiencias más propias del XXI. En 2009, ARENA perdió la elección con la izquierda del FMLN por primera vez tras veinte años de presidencias derechistas. El partido llegó desgastado a los comicios luego de colocar en la presidencia a Antonio Saca, su primera apuesta neopopulista en lo que iba del siglo. El gobierno de Saca se agotó como una administración de promesas con poca acción. ARENA fue incapaz de generar un recambio a su presidente. Lo mismo le sucedería al FMLN tras la elección del nuevo presidente, Mauricio Funes, otro populista, que dejó el gobierno en 2014 envuelto en un escándalo severo de corrupción.

Ambos partidos entraban a la segunda década del siglo con los motores desinflados. La elección del sucesor de Funes sería otra vez para el FMLN, que llevó a la presidencia a Salvador Sánchez Cerén. «Esa fue una elección entre dos partidos muertos y candidatos cadáveres», me dijo José Luis Sanz, exeditor del periódico *El Faro*, desde su casa de Washington. Sánchez Cerén tendría una gestión anodina que nada más reveló el mal estado de forma de todo el sistema político: la derecha ni siquiera fue capaz de aprovechar su evidente anemia para recuperar el poder.

El agotamiento y el vacío habían creado condiciones para un asalto. Entonces apareció Bukele, el populista *outsider insider* capaz de sacudir al sistema. Hasta su llegada, los presidentes salvadoreños eran un instrumento de los partidos, que presentaban plataformas programáticas. Los votantes salvadoreños tenían disciplina partidaria: el bipartidismo estructuraba el espacio político a uno y

otro lado de las veredas ideológicas. La inexistencia de reelección, además, obligaba a las organizaciones a preparar cuadros capaces de competir abiertamente en ese ambiente bipartidista, que reduce los espacios para la comisión de errores, pues quien falla entrega sus chances al otro, no a un grupo de candidatos. Por ende, resultaba normal que la disputa política fuera programática, y que hubiera coherencia y continuidad entre legislaturas y presidencias. En El Salvador, como en pocas naciones de la región, hasta bien entrado el siglo XXI, entonces, aun se discutían proyectos político-ideológicos y se votaban programas de gobierno antes que a un caudillo. «Cuando Saca quiso imponer su candidato en ARENA», cuenta Sanz, «el partido se lo impidió, y era el presidente».

Pero esa aparente estabilidad sistémica era superficial. Debajo, las voluntades de los ciudadanos estaban desgastadas con una alternancia que no daba respuestas a reclamos postergados.* Bukele tuvo el olfato y agilidad para capitalizar la insatisfacción, y arrasó en las elecciones.

Las rupturas presentes en el caso salvadoreño no representan un caso único en Centroamérica: el populismo o los desmoronamientos de antiguas hegemonías han tocado el timbre en cuanta puerta hallaron. Según el especialista Ronald Sáenz, los partidos con élites de mayor corte populista «han adquirido un cupo importante» en el istmo.[27] Honduras, por ejemplo, jamás se recuperó del golpe al populista Manuel Zelaya y tras eso ha transitado hacia la dispersión electoral y la atomización partidaria, polarizando a la ciudadanía. Guatemala, donde la entente empresarial-militar ha sabido controlar el poder desde el fin de las dictaduras de los años ’80-’90, vivió tanto el arribo de un populista* como la aparición de una inquieta endeblez política, con experimentos crecientes, un resquebrajamiento del poder tradicional a los ojos de la opinión pública y una sociedad civil más activa que nunca. Finalmente, Costa Rica rompió su bipartidismo tradicional en los años ‘90 y, aunque aun se mantiene la discusión programática, en 2018 el Partido Restauración Nacional —neopentecostal y conservador, con un pastor, Fabricio Alvarado, por candidato— ganó la primera vuelta electoral con un discurso populista de derecha.[28]

El hartazgo con la política distante ha hecho que los ciudadanos elijan escuchar a la anti-política. Si esa oferta electoral está ahí es porque alguien ha sospechado —¿con lamentable certeza?— que la fama y la explotación de la espectacularidad pueden sumar votos *sin*

necesidad de poner al frente un programa de gobierno sino que bastan una colección de eslóganes y atributos deseables asociados a su imagen.

López Obrador, por ejemplo, es un *outsider insider* que aprovechó el desgaste de los partidos. Vivió de y en la política tradicional como priista en su juventud y miembro del PRD en su primera madurez hasta que eligió crear un movimiento propio para llegar a la presidencia. La gente creyó en los atributos personales hechos visibles por su campaña —honestidad y humildad—, su determinación —después de acusar que le robasen la presidencia en 2006, caminó todo el país para construir su base electoral— y sus promesas de gran transformación —sobre las que nunca dio demasiado detalle, como muchos otros líderes populistas.**

Los modos de AMLO sólo abrieron la puerta a más. La emergencia de un nuevo circo de *outsiders* como alternativa a la omnipotencia del presidente de México y a una oposición sospechosa de casi todo, prefigurará un futuro de horrores para el país, escribí en *The New York Times*. «El nihilismo está creando un circo risible, un vodevil peligroso»:

> Suele suceder: cuando la oferta electoral tradicional defrauda sin cesar, las sociedades se corren al margen —AMLO era el *outsider* de origen sistémico— y puede que se lo salten si esa respuesta tampoco satisface. Entonces brota el *freak show* [. . .] Poco se discute de ideas. La conversación gira alrededor de la oferta estrambótica y febril, estéril para el debate pero productiva para la política espectáculo.29

LOS INCENDIOS SUBTERRÁNEOS DE LAS TABLAS DE DAIMIEL

Tiempo atrás leí sobre un fenómeno en Las Tablas de Daimiel, un parque protegido a dos horas al sur de Madrid. Las Tablas es una turbera: su suelo está compuesto por gran cantidad de materia orgánica. Escondida bajo la superficie, con poquísima humedad y altas temperaturas, la turba puede entrar espontáneamente en combustión sin que el calor se disipe, pues no se encuentra al aire libre. Como la turbera está interconectada los bomberos pueden apagar un incendio y vérselas al poco tiempo con otro mayor emergiendo algo más allá.30

El surgimiento del populismo tiene cierta similitud con este fenómeno, más allá de su proximidad con la inquietante palabra *turba*. Los dirigentes saben que hay condiciones de riesgo pues la

temperatura social, para seguir el símil, es elevada. Nadie puede ver bien dónde o cuándo sucederá con precisión el incendio, porque en muchas ocasiones las señales no son claras o la presión se acumula de manera subterránea, de manera que indiferencia y negligencia pueden prevalecer hasta que es demasiado tarde; las alertas recién saltan cuando la turba ya es puro fuego. Para más, cuando creen haberlo controlado, los bomberos políticos no advierten que sólo han actuado sobre las consecuencias. Las causas de la crisis siguen latentes, sumergidas otra vez, esperando por nuevas condiciones favorables para volver a encenderse.

Decía Umberto Eco en 1995, durante una conferencia en New York donde celebraban un nuevo aniversario de la liberación de Europa del fascismo:

> [. . .] aun pudiéndose derribar los regímenes políticos, y criticar y quitar legitimidad a las ideologías, detrás de un régimen y su ideología hay una manera de pensar y sentir, una serie de hábitos culturales, una nebulosa de instintos oscuros y pulsiones insondables. [. . .]
>
> Ionesco dijo una vez que «sólo cuentan las palabras, lo demás son habladurías». Las costumbres lingüísticas son a menudo síntomas importantes de sentimientos sin expresar.

En los días malos, cuando se suceden fenómenos populistas —primero en un país, luego en otro, como esos inevitables incendios—, recuerdo la historia de Las Tablas de Daimiel. Rara vez el populismo asoma con calma; su paso es siempre masivo, se manifiesta con estridencia cuando es visible y, una vez que ha iniciado la marcha, toma el centro de la escena velozmente hasta cubrir toda la llanura política. Quema.

Si uno se deja ganar por el temor —un incendio, como una revolución, acaba con muchos edificios materiales y simbólicos— puede sucumbir a la pesadumbre. La calma es precisa sobre todo cuando no hay soluciones claras. Hace un tiempo, sobre el cierre de este libro, me invitaron a conversar sobre ecosistemas totalitarios y autoritarios en CNN. El tono de voz del presentador, Camilo Egaña, daba a entender cierta desolación: no parecía haber dado con respuestas tranquilizadoras después de haber intentado ordenar ideas alrededor de la emergencia populista. «¿Dónde encontramos certidumbre, si parece que autócratas, fanáticos y extremistas van siempre un paso por delante?», me preguntó.

La inquietud es extendida, y con razón. Un gobernante gobierna

para todos, pero Amado Líder crea para su tribu; los demás, que se acomoden. Esta sola enunciación —tribalización en el siglo XXI— expone el tamaño del retroceso en la calidad del discurso y en las prácticas políticas de las democracias modernas.* Dividir para reinar. Banalizar la conversación pública. Derruir códigos, exacerbar el tono. No diálogo: gritos. No consenso: piromanía. Si los otros lo cuestionan, el líder no une ni calma: incendia. No busca discusión y argumentos; ofrece provocación, agravio y reyerta: explosión. No hay propuesta democrática porque no hay propuesta política: todo se reduce a Amado Líder.

¿Acaso no son barrabravas *soft* con poder político? ¿Cínicos elegidos, un contrasentido que le cuesta a la democracia? Karl Popper iluminó esa paradoja: la tolerancia debe permitir la existencia de los intolerantes, pero por hacerlo, pone en riesgo la existencia de la democracia misma, pues los soliviantados usarán la libertad que les da el sistema para producir su implosión. Si dejamos avanzar esto, mejor huyamos porque la victoria de la intolerancia es impiadosa. La derecha populista de Polonia lo ha demostrado declarando «zona libre de ideología LGTB» unos 100 pueblos que representan un tercio del país.[31]

¿Cómo decir alto y claro que romper la sociedad en mitades y crear un Ellos y un Nosotros nunca es buena idea? (¿Acaso no fue dicho ya? ¿Acaso se escucha?) ¿Cómo convivimos con esos hombres —sobre todo eso: hombres— que se precipitan cuando deben mantener la calma en tiempos de crisis? ¿No eran el Amado Líder que seguro de todo se ofrecía para guiarnos en la penumbra de la incertidumbre? ¿Cómo, si vemos que tienen menos capacidades, temple y conocimiento que un burócrata mal formado?

Los populismos incrementaron la variedad de la representatividad en numerosos países —los parlamentos tienen un número de mujeres y representantes de minorías culturales y raciales que no existían antes de la emergencia del movimiento, como ha sucedido en Perú o Bolivia—, pero también introdujeron una serie de desafíos. Que en ocasiones haya sobre-representación de un grupo social puede hasta ser un caso de justicia histórica —porque por décadas permanecieron sub-representados—, pero, en última instancia sus mandatos podrían no ser representativos. Por caso, puede que el populismo traiga más mujeres, pero esa representación no tiene relación directa con la defensa de los derechos de las mujeres. Y no es la primera vez que sucede que

dirigentes sociales respetados tienen alta sintonía con un gobierno y olvidan o traicionan sus propias luchas.

¿Un ejemplo? Recuerden a las Madres de Plaza de Mayo en Argentina. Fueron una organización valiente de mujeres que arriesgaron sus propias vidas ante la dictadura militar de los años '70 para pedir explicaciones por el paradero de sus hijos, desaparecidos por las fuerzas armadas. Las Madres se convirtieron en un símbolo internacional de coraje, respetado en todo el mundo. Cuando la gira de Amnesty Internacional tocó tierra en Argentina, Sting las hizo subir al escenario para que todo un estadio —y luego, un planeta— les rindiese un merecidísimo homenaje. Pero las disputas intestinas acabaron lastrando el movimiento, dañando la calidad de su simbolismo. Hebe de Bonafini, una de sus fundadoras y líder histórica, abrazó con vehemencia al gobierno de la familia Kirchner y las Madres terminaron involucradas en oscuros episodios de manejo de dinero en planes de vivienda que nada tenían que ver con su misión original.

Otra dificultad crucial suele darse cuando, con el movimiento, llegan también nombramientos en las burocracias públicas de personas con escasa o nula preparación para desempeñar funciones técnicas más o menos críticas.[32] La administración de Trump, por ejemplo, jamás cubrió vacantes y recambios de personal en numerosas oficinas, dañando la operación del gobierno federal. En contraste, en los 20 años que mediaron entre los gobiernos peronistas de Néstor Kirchner y el de Alberto Fernández, con el interregno opositor de Mauricio Macri, Argentina duplicó el número de ministerios, llevó de 43 a 110 las secretarías y de 58 a 170 sus subsecretarías de Estado.[33] Según el investigador Oscar Oszlak, la plantilla de empleados públicos superaría los tres millones de personas, un ejército que lastra recursos como si fuera una mega agencia de empleo.*

No conquistan los mejores, me dijo una amiga hace un tiempo, sino los convencidos de su propia importancia. Se refería a ex parejas. Y sin embargo.

EL HOMBRE MEDIO SE AGOTA

El *outsider* es un fenómeno presente en todas las naciones. Color de Mello fue un *outsider* en Brasil, Fujimori en Perú, Correa en Ecuador. AMLO lo fue en México al abandonar el sistema tripartito

de partidos y crear su movimiento callejero y provincial, visitando pueblo tras pueblo. Bukele es ajeno al bipartidismo de la derecha de ARENA y la izquierda del FMLN en El Salvador. El guatemalteco Jimmy Morales era un cómico de televisión, Chávez un militar, Bolsonaro otro. Trump manejaba una corporación de casinos y hoteles y su *reality show*, 'The Apprentice'.

De todos, Trump es la noticia más severa, por su proximidad y peso específico. Tras la presidencia de Obama, la expectativa del mundo moderado era la continuidad del centrismo con Hillary, pero llegó el Kraken y, aunque casi nadie esperaba verlo ganador, que asomase la cabeza no era improbable. Durante más de una década, el *establishment* político de Estados Unidos ha estado sometido a la presión de candidatos alternativos como una banda que irrumpe sin invitación en la fiesta de un club selecto, tan cómodo con su familiar membresía que no ha puesto vigilantes en las puertas.

No están solos, no es la primera vez que sucede, y sucederá otra vez. En 2008 Obama era un novato sin alcurnia partidaria, un casi don nadie de Chicago con apenas dos años como senador y poco más en una modesta posición de organizador comunitario.** Sin embargo, aquel *outsider* se metió como una cuña donde no estaba planeado que entrase tirando de un discurso que mezclaba emotividad y racionalidad. Lo mismo hizo el Tea Party —aunque sin la parte de la *racionalidad racional*, digamos—, reventando la escena como un grupo de asalto y convirtiéndose pronto en la vanguardia esotérica del Partido Republicano tras minar con acciones de guerrilla los restos de su debilitada arquitectura moral.*

Trump, el Tea Party, Obama o Bernie Sanders no son apariciones inesperadas, en cualquier caso: los *outsiders* son parte de la tradición política de los Estados Unidos. Fue en este país donde nació el populismo moderno en su versión más institucional. Se trataba de hombres y mujeres que movilizaron a la gente y sometieron a elecciones una agenda heterodoxa para la comodidad del centro político; de activistas que, ante la derrota, aceptaron el voto popular, y en la victoria intentaron promover acuerdos —otra vez, claro, hasta Trump.

En 1882, una alianza de granjeros del sur y del oeste de Estados Unidos unió esfuerzos con los Knights of Labor, una vasta organización de trabajadores que proponía jornadas de ocho horas, pero que no conseguía interlocutores en el poder. Algunos miembros de la alianza pretendían introducir reformas para la

elección de senadores con voto secreto; la nacionalización de los caminos; una reforma fiscal gradualista, y la posibilidad de contar con subsidios gubernamentales para almacenar granos en tiempos de precios bajos. La nacionalización de los caminos era su respuesta al monopolio ejercido por los ferrocarriles, que elevaban los precios del transporte de cosechas y animales a voluntad. Mientras, las alianzas de base —que derivaron en la creación de cooperativas agrícolas— intentaban poner un coto a la fijación del precio de los granos, practicada unilateralmente por los *traders* de las grandes ciudades.[34] En alguna medida, su propuesta era más socialdemócrata que socialista, pero en cualquier caso levantó las cejas del bipartidismo.[35]

El Partido Republicano calificó las demandas de granjeros y trabajadores de 'moralismo utópico', y les dio la espalda. También muchos dirigentes demócratas de los estados del sur —antiguamente esclavistas, siempre racistas y conservadores— evitaron cualquier apoyo inicial. Cuando los líderes de las alianzas populistas entendieron que no les prestarían atención —algunos sugirieron que ya entonces republicanos y demócratas estaban «en las garras de la plutocracia»—, decidieron actuar y crearon el People's Party, el Partido del Pueblo. Durante su breve existencia, la organización consiguió el primer mérito de todo movimiento populista: obligar al *establishment* a escucharlo, para luego incorporar sus reclamos en la agenda pública. La otra demostración crucial es aun relevante hoy: los movimientos populistas crecen porque las élites minimizan su importancia e impacto.

El People's Party quería una reforma del capitalismo —no su abolición— y asumió la agenda de sus alianzas de base llevándola a todos los estados que pudo. Uno de los oradores principales de su primera convención fue Ignatius Donnelly, un ex congresista republicano y —llamativamente— ex cabildero de los ferrocarriles. Donnelly dijo entonces: «Queremos restituir el gobierno de la República a las manos de la gente común, con cuya clase se originó». El movimiento proponía ampliar las atribuciones del gobierno frente a la preponderancia del proyecto libremercadista de fines de siglo para acabar con «la opresión, la injusticia y la pobreza».*

Tras perder las elecciones de 1892, People's Party se evaporó en los siguientes dos años, abrumado por la fuerza del bipartidismo, pero dejó plantada la semilla populista, como una cigarra que

aguarda el momento preciso para salir al mundo. De hecho, las ideas populistas de nacionalizar algunas empresas, instrumentar una mayor regulación que evitase la influencia de los millonarios en las elecciones y la legislación o reducir la desigualdad económica, acabarían empujando a Franklin Delano Roosevelt a lanzar el New Deal.

FDR no llegó al New Deal por pura convicción, sino por una buena dosis de cálculo político. La Gran Depresión de 1929 expulsó a los republicanos del gobierno y dejó a los demócratas la responsabilidad de cargar con la piedra volcánica de un país devastado. Roosevelt inició su administración con recortes severos al presupuesto —había heredado una deuda enorme de los republicanos— y reformó la banca. El empleo comenzó a crecer con el apoyo oficial, pero, ocupado como estaba en enfrentar los aspectos macroeconómicos de la crisis, Roosevelt no puso el combate a la desigualdad entre sus prioridades. El tiempo le demostraría que aquella fue una mala idea.

Fue entonces que apareció en la Historia un tal Huey Long. Mientras gobernó Louisiana, Long creó caminos, escuelas y hospitales, y otorgó exenciones fiscales a los pobres a la vez que subió los impuestos a las extractoras de crudo. Su leyenda de gobernante popular corrió de estado en estado, ilusionando a miles de personas sin trabajo ni futuro, víctimas anónimas de la especulación financiera que había ocasionado el *crack* de 1929, que Long cuestionaba sin cesar. Con su nombre en ascenso, Huey Long lanzó su campaña presidencial para combatir «el poder del dinero» de las grandes petroleras, herederas de buena parte de las prácticas de los *robber barons* de mediados del siglo XIX. Una porción de su feligresía comenzó a organizarse en escuelas e iglesias, donde no pocos pastores, apropiadamente, comulgaban con su sermón.

FDR veía con impaciencia el recorrido de Long, que llegó a crecer al punto de amenazar la reelección largamente trabajada por el presidente. De inmediato, comenzó a empujar a los demócratas a abrazar la causa de El Pueblo de Huey Long hasta apropiarse de ella. El aparato demócrata era nacional y llevaba décadas aceitado en la batalla cuerpo a cuerpo con los republicanos, de manera que Huey Long pronto se vio cercado. En 1935, el Congreso con mayoría demócrata aprobó el segundo New Deal, que esta vez sí se ocupó de la desigualdad económica, incluyendo compensaciones por desempleo, pensiones para los ancianos y una reforma fiscal que

incrementaba las cargas impositivas a los grandes capitales y a las herencias. Long sería asesinado ese mismo año y Roosevelt acabaría reelecto en 1936. En su campaña, perló sus discursos con reivindicaciones del «hombre medio americano» y reproches a los «monárquicos de la economía».

El populismo de Long mostró su inmenso valor en la oposición política, un recurso eficaz para agitar y movilizar discusiones necesarias sobre el *status quo* que las élites no emprenden a menos que las inquiete la percepción de un riesgo inminente. El candidato presidencial George Wallace retomaría la retórica populista en 1960 apoyado por una mezcla más compleja de seguidores que el exgobernador de Louisiana.* Wallace era un demócrata *rooseveltiano* del sur que había crecido en una familia blanca segregacionista. En la carrera de 1958 para dirigir Alabama llevó un discurso integracionista, pero perdió contra un candidato apoyado por el Ku Klux Klan. Aquella derrota, parece, cambió sus convicciones porque poco tiempo después Wallace se haría visible por una novedosa oposición a la integración racial, que enmarcaba como una defensa del hombre medio —blanco— frente a las imposiciones de los burócratas de Washington, tal como haría Trump casi seis décadas después.

Para 1968 —tras haber ampliado el gasto en educación, caminos, seguridad social y agricultura en su natal Alabama—, Wallace había amasado el apoyo de una populosa mezcla de seguidores de izquierda y de derecha. De acuerdo a Judis en *The Populist Explosion*, aquellos hombres y mujeres eran parte de lo que cierta sociología definía como MARs, *Middle American Radicals*, miembros de la clase media que creían que los políticos favorecían a los ricos y a los pobres mientras los descuidaban a ellos.** Según el sociólogo Donald Warren, autor del concepto, los MARs representaban una cuarta parte del electorado americano de entonces, eran mayoritariamente hombres con secundaria terminada, ingresos medio-bajos y se empleaban como trabajadores medianamente calificados o vendedores de comercio.[36]

Escribe Judis:

> Al igual que Wallace, siguieron siendo liberales del New Deal en muchos puntos de vista, pero no en asuntos relacionados con la raza o el orden público. En estos casos, rechazaron rotundamente las políticas de asistencia social, transporte y acción afirmativa. Habían iniciado el camino político de demócrata a independiente a republicano.[37]

Ustedes conocen la cantinela —la historia se repite como etcétera-etcétera-etcétera—: esa composición y discurso serían capitales en el ideario de la derecha radical que apoyaría al Tea Party en 2009 y a Donald Trump en 2016 y 2020.

UNA SOGA AL CUELLO

Obama, Trump, Sanders y el Tea Party —agreguemos a Alexandria Ocasio-Cortez— tienen similitudes: conectan emocionalmente con el público, sus discursos generan una intensa identificación. Han conseguido la aceptación de personas cansadas del trato distante de los políticos profesionales, expresado en un desdén por sus experiencias de vida. Quienes votaron por estos *outsiders* pueden advertir, con diferencias de ángulo o de grado, que el poder necesita sacudones. (Y no les falta razón.) Cada uno de ellos simboliza una mirada sin compromisos con la vieja política. Todos parecen, suenan, y en ocasiones son, francos y cercanos, y por eso los votan. Son uno de nosotros.

Cuando las personas no encuentran caminos, al igual que el agua, terminan por hallar otras rutas para seguir adelante. Si los enojos son significativos, los resultados suelen ser reveladores. En mayo de 2021, un candidato municipal del partido de López Obrador fue secuestrado por indígenas de Chiapas y sometido a un simulacro de ahorcamiento en el que literalmente le pusieron una soga al cuello. La imagen se reprodujo por las redes sociales y no era ni un montaje ni un aspaviento: mostraba a un hombre blanco en estado de pánico, insultado y recriminado por un grupo de comuneros tzotziles. Lo acusaban de incumplir su palabra y sólo le quitaron la soga cuando se comprometió a pagarles 15.000 dólares en concepto de multa popular.

Ese político estaba desesperado porque entendía que aquel acto bien podría no ser una pose para obtener prebendas, pues México no es ajeno a los crímenes disfrazados de justicia colectiva por mano propia. El contexto no contribuía a su tranquilidad: en esos días, diversos reportes hablaban de más de 80 candidatos asesinados en todo México durante la campaña electoral.

El episodio del candidato también retrataba algo más: una desconfianza tan severa hacia el Estado y los partidos —encarnados en él— que los indígenas dieron a entender que tomarían la justicia en sus manos asumiendo aquella extorsión como una suerte de

resarcimiento por décadas de desatención.

Hay áreas de México donde, en términos identitarios, el autorreconocimiento como miembro de una etnia es más importante que la presunta pertenencia a la nación. El episodio de Chiapas lo exhibió a su modo: hay gente abandonada e invisibilizada por los dirigentes de tal forma que cuando esos representantes pretenden expresar o simular preocupación se encuentran con horcas simbólicas —o reales.

En muchos países, cantidades ingentes de personas no parecen estar acongojadas por las potenciales consecuencias de cargar violentamente contra los partidos si con ello consiguen informar su descontento. ¿Que esas decisiones ponen en riesgo el futuro del sistema democrático, de la economía y de la nación? Es un modo de verlo, pero también es cierto que si esto sucede, si están explotando los enojos, es porque la clase política pavimentó el camino hacia su cadalso. Cuando los ciudadanos exploran opciones políticas *fringe* con tanta aparente naturalidad y despreocupación —como si en vez de elegir candidatos estuvieran probando marcas de mermeladas en el supermercado—* *esa* expresión dimensiona la calidad de la democracia construida.[38]

¿Qué necesita del otro lado el resentimiento, la necesidad de revancha? El hombre indicado, ansioso de poder.

4 · LA NACIÓN

Países de plastilina

Si el nombre es arquetipo de la cosa, ¿está toda la nación en la idea de nación?

What ish my nation? Ish a villain, and a bastard and a knave, and a rascal.
What ish my nation? Who talks of my nation?
—**William Shakespeare**, *Henry V*.

Entre 2001 y 2006 viajé a Caracas una o dos veces al año. Escribía en *América Economía*, una revista internacional y seguía dos grandes temas de Venezuela, petróleo y política. O tal vez debiera decir *los* dos grandes temas de Venezuela. En cada viaje hablaba con líderes de la oposición, ex ministros de gobiernos anteriores a Hugo Chávez, empresarios, activistas opositores y también algunos adeptos de la Revolución Bolivariana. A través de la revista, pedí varias entrevistas al presidente, pero las puertas de Miraflores nunca se abrieron; aun así, algún miembro del gobierno accedió a conversar conmigo de manera confidencial. En una ocasión, debí viajar a una finca a unos cien kilómetros de Caracas y cambiar tres veces de auto con paradas en una gasolinera y en una tienda sólo para hablar con un ministro. En todas aquellas visitas a Venezuela lo más común era reunirme con directivos y con antiguos funcionarios de PDVSA, la petrolera que ha sido el motor del país. Incluso me abrieron las puertas de la presidencia de la compañía. PDVSA era el Estado dentro del Estado.

Caracas cambiaba a paso acelerado incluso en los primeros años de Chávez. Cerca de mi hotel, en un edificio de siete u ocho pisos a medio terminar, habían comenzado los preparativos de lo que sería, decían, la primera granja urbana en altura, un proyecto del chavismo para conceder aparente independencia alimentaria a los

venezolanos más pobres. La ciudad aun no mostraba la decrepitud y decadencia que la llevarían a la postración en la década siguiente. La desesperación no se notaba en las calles. Había cierto júbilo, no la derrota dibujada en las caras. En los hoteles todavía veías cientos de turistas y viajeros de negocios que bebían ron y whisky con chicas repletas de curvas como si fuera otro día más en sus vidas. No es cliché: Caracas era entonces, o quizás siempre lo fue y lo sea ahora mismo, fervorosa y altisonante, decidida a ponerle el cuerpo a todo.

El poder de Chávez se veía en todas partes, pero la oposición todavía creía que podía torcer su destino. Había temor, pero no agobio y el oprobio no mostraba aun visos de permanencia. Al cabo, las experiencias políticas precedentes al chavismo alentaban a creer que Venezuela podría vivir con un populismo democrático en lugar del pasado distante donde los caudillos mandaban como patrones de hacienda. Muchos alertaban ya la derrota autoritaria de Chávez; muchos se reafirmaban en que ese camino no duraría muchos años más.

Es posible que el origen del proceso que llevó al chavismo a gobernar Venezuela, esté en el golpe que acabó con la presidencia del general Marcos Pérez Jiménez, golpista a su vez en 1948 y gobernante de facto desde 1950. Pérez Jiménez fue un dictador de época: combo de gran infraestructura y vivienda con represión y tortura. Tras él, Venezuela ingresó en una suerte de populismo consensuado con alternancia entre Acción Democrática (Adeco) y COPEI, los principales partidos. Ambos sabían escuchar al empresariado, gozaron por algún tiempo de precios petroleros elevados, y pudieron distribuir la renta entre los venezolanos más pobres, que eran muchos. Como Adeco y COPEI eran populismos institucionales, prohibieron las reelecciones para evitar que un caudillo —una figura habitual en la mayor parte de la historia venezolana— pudiera agenciarse el poder por demasiado tiempo. Creían que la alternancia, apoyada por un Estado que permitiera la actividad empresarial en la industria y los servicios, podría incorporar masivamente a los trabajadores a una economía moderna.[1]

En los años ‘70 el país pareció acercarse a la realización de esa idea. Fueron los años de la ‘Venezuela saudí’: petróleo a buen precio para financiar una economía ávida de consumo, como si el crudo fuera agua y la nación un animal sediento. La población urbana

crecía y las ciudades veían cómo aumentaban también las redes de servicios básicos. La educación pública facilitaba la movilidad social alineada a la economía del oro negro. Este proceso se agotó con el advenimiento de la llamada Década Perdida, que hundió a América Latina en deudas cíclicas, financiadas curiosamente por el excedente de capital que las naciones petroleras colocaban en el mercado internacional. Venezuela inició los años '80 con el precio del crudo deprimido y viéndose en el espejo: no había conseguido diversificar su economía aprovechando la curva ascendente y se había endeudado con fruición. Ricos, clases medias y pobres vieron que la enorme teta petrolera no producía ahora la renta suficiente para todos. Los venezolanos mejor posicionados supieron capturar más de aquella que quedaba, ampliaron la brecha con los más pobres, y la conflictiva sociedad latinoamericana alzó otra vez su cabeza por encima del sueño de populismo conciliatorio entre Adeco y COPEI.

Lo que ocurrió entonces fue una crisis de expectativa: todos habían crecido con el mito de la riqueza subterránea —la 'maldición de la renta petrolera'— presuntamente capaz de pagar una vida de bienestar; sin embargo, cuando el desastre se presentó, el deseo de progreso individual se estrelló contra arcas fiscales exhaustas. La salida fue clásica: deuda. Cuando ya no fue posible acceder a fondos internacionales a bajo costo y la crisis se multiplicó, lo que devino fue otro clásico: devaluaciones que afectaron la capacidad adquisitiva, una mayor presión fiscal sobre las clases medias, y ajustes a los subsidios, pensiones y salarios de los más pobres. Los intentos por recomponer la crisis no funcionaron y durante años Venezuela se desesperó.

Carlos Andrés Pérez regresaría al poder apoyado por el buen recuerdo de su primer gobierno y convencido de que podría salvar al país. Pero las medidas liberales que impulsó no resultaron. Las condiciones que crearon la 'Venezuela saudí' ya no estaban allí. El dinero era escaso y el prospecto malo. En 1989 estalló el 'Caracazo' —una protesta multitudinaria reprimida con cuanto el gobierno tuvo a mano— y Pérez libró dos intentos de golpes de Estado, pero fue destituido finalmente acusado de apropiarse unos tres millones de dólares de los fondos reservados de la presidencia. Si el fin de Pérez Jiménez pudo marcar el inicio de la deriva hacia el chavismo, el 'Caracazo' fue el avistamiento de tierra: nada del pasado quedó en pie.

En el año 2013, escribía el periodista Boris Muñoz en el capítulo venezolano del libro *Crecer a golpes*:

> El efecto bola de nieve prueba que el 'Caracazo' es el emblema de una súbita transición. Mientras más avanzaba la onda expansiva del 27-F más edificios y mitos cayeron. El primero fue el complejo de superioridad de una nación segura de su avance hacia la democracia social [. . .] Siguió la arquitectura del sistema democrático liberal y representativo, que consumaría su demolición diez años después. Finalmente, cayó también el mito de la sociedad armónica: la brecha social era inocultable y se expandía, pero también la brecha entre los gobernantes y los gobernados. [. . .]
>
> En cierto modo, el 27 de febrero de 1989 nos devolvió como nación a un caos primordial, despertando ancianos rencores y añoranzas de redención, orden y jerarquía. Esas evocaciones fueron astutamente leídas por quien llevaba mucho tiempo agazapado, preparándose para ser el protagonista principal de las dos próximas décadas: Hugo Chávez.[2]

La incipiente Revolución Bolivariana encontró a Venezuela con más de la mitad de su población empobrecida y cargó la cuenta de la crisis a los partidos del viejo populismo. Una victoria abultada dio a Chávez el capital político suficiente como para sentirse avalado a iniciar una progresiva acumulación de poder que acabó de cuajo con los intentos previos de modernización política del país. Con el comandante, Venezuela se reencontraba con su historia remota: aquella donde los caudillos condujeron a la nación desde su independencia en 1830 hasta el golpe a Pérez Jiménez.[3] Un hombre fuerte, entrador y popular como pocos.

[·]

En una de mis primeras visitas a Caracas, una amiga me hizo llegar algunas grabaciones de 'Aló, Presidente', el programa radial con el que, cada domingo, Chávez descojonaba y unía a sus seguidores mientras enervaba a la oposición. Me los pasó con una media sonrisa divertida —Chávez era un diablo carismático— y la otra media resignada: ese era el presidente que tenían, y no le gustaba nada. Los escuché. Chávez peroraba incesantemente de todo, cumpliendo el rol de Amado Líder, concentrando la atención sobre él para definir primero que nadie cómo ha de ser ese universo llamado Venezuela. En una ocasión, se enredó hablando de

sexualidad femenina —«¿las trompas de quién?»—; en otra dio recetas para tratar el catarro. Hablaba de la cantidad de lluvia, del precio de la arepa, de obras faraónicas, de petróleo, de Bolívar y su amigo Fidel y de béisbol. Lo mismo cantaba joropo llanero que narraba la historia de una diarrea épica. ¿Acaso no fue en una de esas emisiones que lo oí cantar en Miraflores con Julio Iglesias y —siéntense— el premier chino Jiang Zemin?

Cuando no se las daba de hombre normal, Chávez resaltaba eficazmente el simbolismo de la presidencia. Buena parte de los audios —al menos los que recibí y otros que pude escuchar en Caracas— incluían la transmisión radiofónica de órdenes a sus ministros, en vivo, sobre las políticas a seguir, como un rey despachando en tiempo real y delante de todo sus súbditos. El otro acto reiterado eran los saludos que enviaba a tal o cual pueblo perdido de Venezuela, seguidos a menudo por una anécdota acontecida durante alguna visita que había realizado a ese lugar o la promesa de un nuevo encuentro que los vecinos celebrarían.*

En ese mismo viaje, mi amiga me invitó a una cena en el Chacao, en el departamento de la viuda de un empresario. Hubo cocteles, canapés y meseros ubicuos con whisky y ron en abundancia. Éramos una veintena de personas, la mayoría en los cincuenta, casi el mismo número de hombres y mujeres, todos con caras descansadas, bien vividos. La reunión incluía la discusión privada de un sondeo reciente que presentaría en persona el autor, uno de los principales encuestadores del país. Los resultados eran lapidarios: el apoyo a Chávez crecía en escenarios moderados y se mantenía en situaciones de crisis. El *scotch* y el 1796 de Santa Teresa habían corrido, pero daba igual: las exclamaciones de «no puede ser» y de «dios mío» hubieran surgido igualmente.

En cierto momento, una de las participantes me preguntó qué opinaba de la situación venezolana. Hablábamos ella, otra persona y yo, y percibí cómo de pronto se hacía el silencio y las miradas giraban en mi dirección. Era el periodista internacional, un ave siempre llamativa. Improvisé una salida —eran mis primeros viajes, no quería arriesgar proyecciones—, pero dije que, por lo que había visto y sabido, no me parecía que el país estuviese en camino de resolver sus problemas, y que los resultados de las encuestas parecían reflejar lo que yo escuchaba en los puestos del mercado. Terminé con una frase como esta: veía una fractura profunda y a nadie, en ninguna de sus veredas, buscando el punto más próximo

entre ambos lados para cerrarla. Cada bando parecía esperar que el otro cediera o se hundiese. Si en el camino Venezuela quedaba paralítica, todos estaban listos para culpar al de enfrente.

Algunos asintieron, otros cabecearon, en pocos segundos las voces volvieron a su volumen —el fervor altisonante— y yo me fui quedando solo. Dejé la fiesta pocos minutos después. Jamás volvieron a invitarme a otra.

No planteaba una equivalencia moral entre ambos bandos, le dije después a mi amiga, pero me había costado encontrar autocrítica en la oposición. Venezuela estaba partida y el cañón que la atravesaba siguió ampliándose y profundizándose hasta hacer casi imposible ver el otro lado del despeñadero. Era una nación ya rota en 2001, 2003, 2006 y esa fractura se había agudizado aun más para 2010, 2015 y los años posteriores. Dentro y fuera del país, en la diáspora, estaba claro que ambos grupos veían dos países muy distintos. La nación que alguna vez habían compartido no existía más. El diseño era excluyente. Unos sentían que, por fin, tenían un país para ellos; los otros, que les habían arrebatado y desaparecido el que conocían.

En ese proceso disruptivo —en el fracaso de la idea de nación, de la ficción por la cual todos abrazamos un pasado común y aspiramos a construir colectivamente un futuro mejor—, Chávez, el más poderoso Amado Líder de América Latina de fines del siglo XX y comienzos del XXI, consolidó su plan: un país creado por él, donde cabía su movimiento pero no los demás.

Cuando una nación se desmorona, antes de que regrese la democracia el terreno pertenece a los hombres fuertes.

MÁS NUNCA VOLVERÁ ESA GENTE POR AQUÍ

Amado Líder obtiene su autoridad presentándose como un campeón de El Pueblo. Perón lo decía de esta forma: «Yo llevo en mis oídos la más maravillosa música, que, para mí, es la palabra del pueblo argentino». No obstante, sus proyectos son sectarios: redefinen la idea de nación dejando fuera de ella a una porción de la población. El argumento es que hacen justicia histórica al poner en el centro de la escena a las mayorías excluidas por los que ahora han sido desplazados. No hay aceptación de la diversidad, sólo revanchas entre bandos: Los Otros nos jodieron, es tiempo de que Nosotros devolvamos el guante.

Los populistas autoritarios acumulan poder para forzar una reinterpretación de la Historia y del presente. Para ellos, el juego democrático no es un ejercicio de negociación sino de imposición. Se cubren con referendos y una pátina de democracia electoralista, pero no ejercitan la democracia. De hecho, incluso esos mecanismos de democracia directa no pretenden iniciar el empoderamiento de la sociedad civil construyendo opinión pública desde abajo y horizontalmente hasta llegar al referendo: son imposiciones desde el poder. Intentos de confirmar lo que ya Amado Líder tiene en mente y sólo necesita que la masa apruebe bajo la ficción de que El Pueblo ha tomado la decisión.*

Toda cosmovisión que no sea parte de *su* mayoría —de El Pueblo, cuyos miembros sólo ellos designan— queda fuera. El Pueblo y luego la nación deben ser puros. No pueden coexistir con elementos reaccionarios, pensadores neoliberales, clases medias o la derecha en sentido amplio —o bien la izquierda, dependiendo de qué populista gobierne. Han de ser doblegados, purgados, sometidos. Dado que la necesidad de control es total, incluso los reformistas y moderados que comulgan con su proyecto pero tienen diferencias públicas tampoco serán parte de la nueva nación: no son suficientemente leales. Pensar por uno mismo —pensar, ser uno— no es bien visto por Amado Líder.

El carácter dogmático y sectario del proceso pronto transmite la idea de que no hay nación posible. Que ha dejado de ser factible cualquier proyecto mancomunado donde se acepte sin más que la existencia de contradicciones y conflictos son esenciales a la vida política —a la vida. No se cumple, así, un postulado básico de la democracia: que la convivencia en la *polis* no es otra cosa que un ejercicio de entendimiento entre diferentes. Se establece de plano que sólo hay lugar para una —y nada más que una— comprensión del mundo y la patria. Y sólo un discurso permitido: el de Amado Líder.

Chávez comenzó su presidencia en 1999 como vocero de El Pueblo ante el *establishment* del viejo régimen, la Cuarta República venezolana. Insistió en señalar que sus predecesores representaban un pasado clientelar indeseable que, durante décadas, había excluido a la mayoría de los venezolanos de los beneficios de la renta petrolera. Desde entonces mantuvo en la mira de la Revolución Bolivariana a la oligarquía y al pasado inmediato —verbigracia, el siglo XX venezolano—, a los cuales jamás se debería

volver. Cuando murió, Nicolás Maduro renovó el compromiso con aquella grieta de manera tanática. «La oposición debe entender que la revolución va a continuar, es irreversible y deben aprender a convivir con la revolución y a dejarse gobernar por la revolución, tiene que aprender la derecha a dejarse gobernar democráticamente», advirtió en 2016, cuando se vio obligado a aceptar algunas mesas de diálogo tras ser derrotado en las elecciones legislativas. «Más nunca volverá esa gente por aquí, ni por las buenas ni por las malas vendrán más nunca a Miraflores, ni con los votos ni con las balas entrarán más nunca».

La fractura propuesta por el chavismo es común a todo populismo, que pretende una refundación de la nación rompiendo con el pasado narrado por las instituciones y su plétora de símbolos e historias. Es menester acabar con lo instituido para instituir su reemplazo: relato mata relato. En la lógica de Amado Líder, se reemplaza así un proyecto nacional que tenía errores —y exclusiones, sobre todo en materia de derechos civiles y económicos — con otro nuevo que nace asumiéndose sin rubor como excluyente en la práctica y en ocasiones incluyente en el discurso. Es una nación sólo para El Pueblo.

Dice el investigador Carlos de la Torre:

> El mito de la revolución crea la esperanza de que el paraíso se construya en la Tierra y que ponga fin a la opresión y a los sufrimientos del pueblo, considerado como un sujeto liberador. El pueblo ha sufrido, es puro y no ha sido corrompido por los vicios importados por la globalización, el individualismo y el mercado. La historia no termina sino que recién empieza, pues estos líderes recogen las luchas del pueblo y sus próceres y por fin llevarán al pueblo a la redención y al reinado de Dios en la Tierra.[4]

Todo país, dice el historiador especializado en América Latina Nicolas Shumway, se construye alrededor de «ficciones orientadoras», creaciones artificiales y literarias que facilitan un mito originario, una identidad colectiva, un destino compartido:[5]

> Una ficción que me parece muy necesaria es la ficción de pueblo mismo. El pueblo es una de las grandes invenciones del liberalismo. Nadie ha visto al pueblo. Yo no puedo andar por la calle y decir «Hola, pueblo, ¿cómo estás?» El pueblo no existe. Pero por otra parte, la idea de pueblo, la abstracción de pueblo es muy necesaria. Y yo a veces digo que el pueblo no existe pero es muy necesario. Y es necesario

> precisamente porque la idea de pueblo es lo que da la base de la autoridad de todos los gobiernos democráticos, liberales y republicanos. Así que esa es una ficción necesaria. Es una ficción que orienta, pero al mismo tiempo es una ficción.[6]

Con la sustitución de los mitos fundacionales por otros nuevos, el concepto mismo de El Pueblo pierde su estructura y queda fracturada la idea de nación. La ficción colectiva no se sostiene ya porque no se comparte una misma mirada sobre el pasado. Si ese pueblo presente no tiene sentimientos comunes en torno al relato histórico, es imposible que coincida en una visión conjunta —una identidad— para el presente y para el futuro. No hay nación por delante: hay una tribu nacionalizada.

Cuando Maduro declaró solemnemente que la oposición no entrará a Miraflores así los votos le concedan ese derecho, no sólo rompió con la democracia representativa liberal —que es, ante todo, un marco jurídico— sino con la nación como sentimiento colectivo. Como no son El Pueblo, los Otros no pueden gobernar Venezuela. Maduro reemplazó la nación con una abstracción nueva, la revolución: sólo puede ser El Pueblo de Venezuela quien crea en esa metafísica, diseñada a la medida de quien ha tomado el poder.

Una nación rota presenta un cuerpo social desarticulado y desmembrado. Venezuela tiene más de seis millones de exiliados y refugiados desperdigados por América Latina, Estados Unidos y Europa. Es el mayor éxodo ciudadano en todo el continente. Una enorme proporción de esas personas observan desde la distancia cómo su país se disuelve cual pan en el agua. No pueden hacer mucho. Si vuelven, ya saben que no son nación ni pueblo: no son venezolanos. Son, como en alguna medida lo es el gobierno de Juan Guaidó, apátridas.*

Cada uno de ellos vive su propia idealización de la Venezuela recordada. La real, es potestad del chavismo. El mito de Hugo Chávez es ahora el mito originario de la Venezuela actual. La nación es la construcción imaginaria de Amado Líder, y en su ausencia —como en un papado o en una monarquía—, sus intérpretes y sucesores la usufructúan.

USA, EL PALACIO DE INVIERNO DEL GOP

La culpa no es del chancho: todo monstruo tiene un creador.

El nacionalismo excluyente es político, no un fenómeno natural de manifestación más o menos espontánea como un hoyo en el suelo. En sí, como el agujero, comparte metáfora de origen —su visibilidad es el resultado de años en la factoría—, pero la distancia entre las ciencias físicas y las sociales hace de uno un hecho independiente de la voluntad humana y, del otro, un producto específico de esa voluntad.

Los populismos que dicen abrazar la izquierda hacen suya la idea del nacionalismo excluyente demandando cierta soberanía nacional como propia y constitutiva de su grupo y planteando el antagonismo en términos de una oposición entre miembros y no miembros, la élite versus El Pueblo. Es decir, los poderosos contra los desprotegidos. Lo que queda entre ambos —eso suele ser la clase media y los independientes— no tiene cabida en la construcción de la nación ideológica. La dicotomía binaria obliga a tomar posición, y esa dimensión es esencialmente excluyente: o se está con El Pueblo o se está con la élite. No hay terceras opciones, grises, balances, mixturas, sincretismos ni consensos. A su modo, ambos, las élites y El Pueblo, están en una guerra santa donde el cuerpo social de los no-incluidos es un campo de batalla a conquistar. O exterminar.

Escribí unos meses antes de las elecciones presidenciales de 2016, en los Estados Unidos:

> Unas palabras de precaución antes de que el terror nos gane: tengan muy presente a Donald Trump, pero más a su creador. Trump es el secundario que se robó el show, el orate de ideas despreciables que el Partido Republicano dejó crecer suponiendo que mantendría controlados a los votantes descontentos. Pero los Frankenstein no suelen resultar chicos lindos. Trump, un experimento fallido para sus mismos creadores, arrastró el debate político de las primarias presidenciales de Estados Unidos a una cloaca de oscurantismo, brutalidad y desprecio perfecta para la voracidad maníaca de la TV y Twitter. Ahora va, como otros, por todo.
>
> La Bestia ha puesto al Partido Republicano en una disquisición ardiente en la que él tiene mucho por ganar y el GOP demasiado por perder. Ahora que es el único candidato a quedarse con la nominación republicana, el GOP tiene que decidir la derrota que defina su futuro: va con Trump y se provincializa como un partido de hombres blancos enojados sin voluntad de entender el mundo a través de la razón o, tras la convención, se parte para dar nacimiento a una fuerza oscura a la derecha de todo mientras lo que queda del viejo partido de Abraham

Lincoln acepta reducirse a representar a poco más del veinte por ciento de estadounidenses confundidos que todavía no saben qué camión los arrolló. El GOP debe decidir qué derrota le augura peor futuro.

La estrategia del candidato Trump es escapar hacia adelante hasta que asuma el presidente Trump. Donald J. Trump, Egotist-in-Chief, construirá un puente con su nombre y le imprimirá su estilo al Partido Republicano hasta que los mismos republicanos se sacudan la mugre ideológica. Hay quien dice que Mike Pence está allí para eso, para mantener a Mr. President en la línea de lo políticamente tolerable para el GOP, que es largamente menos tolerable para una buena porción del mundo civilizado. Pence es el último intento del Partido Republicano por no acabar en la miasma política. Porque, sí, Trump es horrible, pero el monstruo de Mary Shelley también fue el hijo de alguien y ese es el GOP, el padre de La Bestia, principal responsable de su propio retroceso político al medioevo.[7]

El GOP no se partió, se convirtió en el ejecutor del desmoronamiento de la democracia liberal en los Estados Unidos y —tras perder Trump la reelección con Joe Biden— pasó a depender del ardor que su Frankenstein mantiene en el imaginario del electorado republicano. Casi la mitad de los votantes conservadores creían a mediados de 2021 que Trump era el presidente legítimo, y que la elección le fue robada por los demócratas y el *Deep State*. Con ese estado de cosas, el jefe de la bancada republicana en el Senado, Mitch McConnell —la más clara encarnación *flesh & bone* del senador Palpatine—, le bajó el pulgar a una comisión bipartidista para investigar el asalto al Capitolio de enero de 2021. Como si fuese un soldado fascista, Palpatine McConnell privilegió el partido a la república.

Destruir una nación necesita de un plan y también de traidores y el proceso puede ser asumido por sus ejecutores como una causa justa. Desde Richard Nixon, el GOP está en un proceso de decadencia intelectual que progresivamente restringe sus capacidades democráticas y las de los Estados Unidos. Su mayor momento de gloria desde los años ‘80 fue protagonizado por Ronald Reagan, un galán que sabía actuar su ignorancia. Reagan fue la cara visible de la revolución conservadora cuando el Partido Republicano instauró reformas estructurales en el Estado y en la economía mientras el movimiento conocido como la Mayoría Moral —de la derecha cristiana— llevaba su credo a las instituciones y a las legislaturas. Si algo alimenta la percepción estrambótica que el GOP tiene del mundo, es un sistemáticamente renovado desprecio

por la razón, así como un clericalismo y antisecularismo en apariencia incombustibles. Es con ese espíritu que pretende rediseñar el futuro de la nación. Deberá borrar cuanto haya escrito Abraham Lincoln en los orígenes del partido. O deberá reinterpretarlo. O, quién sabe, quizá repudiarlo.

[·]

Una nación es una construcción subjetiva: no hay razón que nos obligue a creer en héroes comunes o incluso en su potencial existencia. Creer es una acto de fe y la fe es difícil de eliminar de la ecuación política, pues nuestras naciones —más allá de sus instituciones seculares— están influidas o dominadas por cierta moral religiosa. Sólo Argentina y Costa Rica han hecho legalmente expresa la profesión del catolicismo como fe oficial de la nación, pero abundan los ejemplos de presidentes —desde Chile hasta México pasando por El Salvador o Ecuador— que han hecho público sus credos, todo esto sin contar los lazos significativos que existen entre las iglesias y los Estados.*

El GOP ha estado embarcado en una misión religiosa por el alma de la nación estadounidense. El movimiento de la Mayoría Moral, nacido por iniciativa de algunos pastores bautistas del sur de los Estados Unidos, se propuso entre los años '70 y '80 instalar una agresiva agenda conservadora.** La Mayoría Moral se opuso a los derechos de los homosexuales y al aborto, defendió la familia patriarcal y atacó a los medios que promovían una sociedad secular. Sus pastores recorrieron los Estados Unidos bajo el lema «*I Love America*» procurando unir el proselitismo religioso con el político. Apoyaron velozmente la candidatura de Ronald Reagan, y él respondió nombrando al director ejecutivo del movimiento como su asesor espiritual. Con el reaganismo en el poder, la Mayoría Moral encontró el camino para impulsar una mayor confesionalidad, incluida la implementación de rezos en las escuelas públicas.8

La Mayoría Moral se disolvió una vez que la campaña de reelección de Reagan tomó sus principales ideas, pero el espíritu de los pastores cristianos jamás abandonó al GOP. La misión evangelizadora del Partido Republicano no consiste sólo en ganar la próxima elección, sino —sobre todo— el alma de El Pueblo. Se trata siempre de redefinir qué son y qué deben ser los Estados Unidos desde una perspectiva muy distinta a la que tienen la mayoría de

los estadounidenses o el Partido Demócrata, según la cual hay que aprender a convivir, aun en la discordia. El objetivo republicano es tomar el control y obligar a los demás a vivir con ellos. Muchos de sus seguidores saben que el GOP defiende *by the letter* que su idea de nación es la única posible.

La revolución conservadora motorizada por Reagan hace más de 40 años no es pueril. Libertarios, cristianos y conservadores mantienen una guerra santa contra el liberalismo para redefinir la moral de los Estados Unidos. Creen en una nación donde cada individuo debe ser el único responsable de su vida, sin que el Estado intervenga ni siquiera para comprar hisopos. Junto al dinero e influencias cristianos, la financiación libertaria ha sido importante tanto para la subsistencia competitiva del GOP como para los propios donantes, pues es una verdad a gritos que la *filantropía política* demanda atención a cambio.

Sus practicantes más ricos —incluidos los más visibles, los billonarios hermanos Charles y David Koch— financian desde 1980 los Super PAC de centenares de candidatos republicanos: es casi medio siglo pagando por bancas que defiendan su concepción del país. Cuenta la periodista de investigación Jane Mayer en el libro *Dark Money* que, al menos durante las últimas dos décadas, los Koch y un selecto grupo de billonarios han *invertido* en candidatos, universidades y centros de estudios para imponer la agenda neoconservadora con una transformación profunda del contrato social. En la práctica, el objetivo es conseguir reducciones de impuestos para los ricos y las corporaciones y achicar el tamaño y funciones del Estado, incluyendo la eliminación o el debilitamiento de legislaciones que regulan a los grandes capitales.

En el fondo, es una discusión filosófica. Focalizar en los derechos de las mujeres, de las minorías raciales y de inmigrantes o las legislaciones ambientales implica poner en discusión derechos individuales y colectivos, el entretejido mismo de la sociedad y la concepción de la matriz productiva del país. Tallar los Estados Unidos de los próximos cincuenta años.

[·]

El escritor George Packer dice que los Estados Unidos enfrentaron tres crisis que fracturaron a la nación. La pandemia fue la tercera.

El virus llegó y encontró un país con graves condiciones subyacentes y

las explotó sin piedad. Los males crónicos —una clase política corrupta, una burocracia esclerótica, una economía despiadada, un público dividido y distraído— no habían sido tratados durante años. Habíamos aprendido a vivir, incómodos, con los síntomas. Se necesitó la escala y la intimidad de una pandemia para exponer su gravedad, para sorprender a los estadounidenses con el reconocimiento de que estamos en la categoría de alto riesgo.

Trump vio la crisis casi en su totalidad en términos personales y políticos. Temiendo por su reelección, declaró la pandemia del coronavirus una guerra y él mismo un presidente en tiempo de guerra. Pero el líder que recuerda es el mariscal Philippe Pétain, el general francés que, en 1940, firmó un armisticio con Alemania después de su derrota de las defensas francesas, y luego formó el régimen pronazi de Vichy. Como Pétain, Trump colaboró con el invasor y abandonó su país a un desastre prolongado. Y, como Francia en 1940, los Estados Unidos en 2020 se ha sorprendido a sí mismo con un colapso que es más grande y más profundo que un líder miserable. Alguna autopsia futura de la pandemia podría llamarse *Strange Defeat*, en honor al estudio del historiador y luchador de la Resistencia Marc Bloch sobre la caída de Francia. A pesar de los innumerables ejemplos de valentía y sacrificio individuales en los Estados Unidos, el fracaso es nacional. Y debería forzar una pregunta que la mayoría de los estadounidenses nunca han tenido que hacerse: ¿confiamos en nuestros líderes y en los demás lo suficiente como para convocar una respuesta colectiva a una amenaza mortal? ¿Seguimos siendo capaces de autogobernarnos? [9]

La primera crisis nacional, dice Packer, fue el 11 de septiembre de 2001, y exhibió ante el mundo la vulnerabilidad de los Estados Unidos: un ataque dentro de su territorio, la casa violada como símbolo. Sin embargo, nadie en la *America* rural vio en New York a la ciudad liberal y cosmopolita que rechazarían en los 2020, sino una urbe de su propio país mancillada y eso cohesionó a la sociedad bajo la suposición de que compartían valores. «Los bomberos de Indiana condujeron 800 millas para ayudar en el esfuerzo de rescate en Ground Zero», escribe Packer. «Nuestro reflejo cívico fue llorar y movilizarnos juntos».

La segunda crisis corroyó hasta el hueso. Fue la hipotecaria, en 2007-08. El desastre financiero obligó a los partidos Republicano y Demócrata a rescatar a la banca que creó la bomba, y quedaron expuestos en el proceso. Ningún banquero acabó preso, pero muchos ciudadanos perdieron sus casas, ahorros y retiros. ¿La vulnerabilidad nacional del 9/11 se expandía ahora a la ansiedad personal? Atacado primero el país por un enemigo exterior, ¿los

ciudadanos eran ahora abandonados por los partidos para proteger a corporaciones *too big to fail?* ¿Por qué los políticos actuaban como si fueran un enemigo interior? Packer:

> Esta segunda crisis abrió una brecha profunda entre los estadounidenses: entre las clases altas y bajas, los republicanos y los demócratas, la población metropolitana y rural, los nativos y los inmigrantes, los estadounidenses de a pie y sus líderes. Los lazos sociales habían estado sometidos a una tensión creciente durante varias décadas y ahora comenzaron a romperse. Las reformas de los años de Obama, por importantes que fueran —en el ámbito de la salud, la regulación financiera, la energía verde— sólo tuvieron efectos paliativos. La larga recuperación de la última década enriqueció a corporaciones e inversores, adormeció a los profesionales y dejó a la clase trabajadora más atrás. El efecto duradero de la recesión fue aumentar la polarización y desacreditar a la autoridad, especialmente a la del gobierno. Ambas partes tardaron en comprender cuánta credibilidad habían perdido. La política que se avecinaba era populista. Su presagio no fue Barack Obama sino Sarah Palin, la absurda candidata a la vicepresidencia que no estaba preparada y que despreciaba la experiencia y se deleitaba con la celebridad. Ella fue la Juan Bautista de Donald Trump.[10]

La idea del enemigo interior y la traición es un síntoma de la crisis de nación: los que debían ser mis connacionales actúan como invasores. Steve Bannon, asesor de Trump durante la campaña electoral de 2016 y en el tramo inicial de su presidencia, creía que los Estados Unidos cambiarían a través de una guerra cultural total.[11] Bannon fue un banquero de inversión que trabajó en sus treinta en Goldman Sachs, pero en sus años maduros se definía —sin sarcasmo— como un leninista: para él, había que incendiar el edificio del viejo sistema democrático hasta los cimientos y construir otra nación sobre la tierra aun caliente. Trump lo despidió del gobierno en 2017 y, desde entonces, Bannon intentó exportar su visión del conflicto político a Europa con escaso éxito. Sin embargo, los brochazos gruesos de su ideario siguen en el trumpismo, el GOP y la ultraderecha. El asalto al Capitolio debió producirle una sonrisa de satisfacción: eran sus bolcheviques tomando el Palacio de Invierno de Petrogrado.

Escribí por aquellos años:

> No hay otro mariscal de la derrota de la razón republicana que el

> partido que dice representarla. [. . .] El GOP ha dejado de criar estadistas para amamantar cowboys, la epítome del individuo incapaz de ajustarse al mundo. Ahora les quedó como candidato uno que es un buscador de oro. [. . .] No hay político republicano que no se defina como hombre de acción, como si no serlo y pensar demasiado fuera asunto peligroso. La idea de que la voluntad y la fe son superiores a cualquier elaborado plan intelectual los lleva a concebir la realidad como un adversario que puede ser modificado a base de determinación.
>
> Los jefes del partido están preocupados porque la retórica de Trump arrincona su arrastre electoral, pero ellos le dieron la llave de la casa. El GOP puso en riesgo su supervivencia al atarse a un mercado electoral tan corto como los hombres blancos de escasa formación, una porción de la población más vieja y pobre y los súper millonarios que les soplan ideas interesadas. Trump fue el traje a medida para ese público. Ahora el discurso del sectarismo recorre libre Estados Unidos. El GOP actúa como un cruzado que debe salvar a la nación de aberraciones como el reclamo de las mujeres a decidir sobre su cuerpo o la solidaridad humanamente necesaria con migrantes que escapan de la miseria. Este Partido Republicano, como está, es un peligro para Estados Unidos, para la democracia y el equilibrio internacional, porque, como un desquiciado atorado de anfetaminas, es antes un peligro para sí mismo.[12]

En el republicanismo pos *neo-con*,* etnia y raza son cruciales para definir la nación y su arquetipo de ciudadanos. El populismo nacionalista está en relación directa con la etnia y se opone a un concepto cívico de nacionalidad, más abierto. En un trabajo sobre la identidad nacional y el populismo en Alemania, investigadores de la Universidad de Bern observaron que las concepciones cívicas y étnicas de la nacionalidad pueden alinearse con el populismo, sin embargo las personas con mayores niveles de educación —o aquellas con una evaluación más positiva de la marcha de la economía y quienes poseen una concepción cívica de la nación— tienden a distanciarse del movimiento. Quienes aceptan la concepción étnica de la nacionalidad la abrazan sin más, sean ricos o pobres.[13]

Ese fenómeno es omnipresente en los Estados Unidos, en particular desde la avanzada de la Mayoría Moral. El populismo etno-nacionalista —en este caso, blanco y europeísta— ha tenido una expresión muy visible durante los últimos veinte años. Dos de sus manifestaciones: las leyes estatales de restricción de votos y la práctica del *gerrymandering*, es decir la manipulación de los límites

físicos de los distritos electorales para favorecer a un grupo político. Ambas parecen meras trampas administrativas, pero su concepción es sectaria, sustancialmente antidemocrática: persigue la entronización de un grupo político bajo la idea de que por sí solo representa mejor que todos el alma de un país y, por tal, se cree con derecho a realizar cualquier maniobra para ocupar y mantener el poder.

El *gerrymandering* tomó su nombre de Elbridge Gerry, un gobernador de Massachusetts que en 1812 modificó los distritos electorales para beneficiar a su partido, compuesto entonces por los republicanos que seguían a Thomas Jefferson. La prensa publicó una caricatura de los distritos retocados cuya forma se asemejaba a una salamandra (*salamander*) y el uso terminó por asociar al animal con Gerry en un término único —'Gerry-mander'— que pasó a designar el fraude distrital. En aquella elección, gracias a que dieron más peso a unas áreas que a otras, los partidarios de Jefferson comandados por la salamandra Gerry obtuvieron el 49 por ciento de los votos pero se quedaron con 29 de las 40 bancas del senado estatal.

La modificación distrital, en su extremo, equivale a una elección amañada, ha dicho la *justice* Elena Kagan, miembro de la minoría liberal de la Corte Suprema de Justicia de los Estados Unidos. La historia refleja que el *gerrymandering* creció cuando acabó la esclavitud y los hombres negros pudieron votar —las mujeres no tuvieron derechos electorales hasta 1920—, en especial en los estados más racistas del sur del país. En 1882, por ejemplo, South Carolina aprobó una ley conocida como «la boa constrictora», que concentraba en un solo distrito a la mayoritaria población negra del distrito, garantizando así que los blancos obtuvieran la mayoría en todos los demás circuitos electorales. Otros estados aplicaban tácticas igualmente restrictivas, incluidas las de exigir a los ciudadanos negros, largamente pobres y sin educación, que presentaran pruebas de alfabetización, que acreditaran el pago de impuestos electorales o que demostrasen la posesión de una propiedad.[14] Como sostenía un legislador de Virginia en aquellos años, el plan consistía en privar de sus derechos civiles «a cuanto *negro* pudiera» y evitar hacer lo mismo con «la menor cantidad posible de blancos».[15]

Mucho tiempo después —en 1960—, un fallo de la Corte Suprema obligó a que todos los distritos electorales fueran

diseñados con base en una población similar, que reflejase la moderna diversidad del país. El problema implícito era que —entre los comienzos del siglo XX y esa década— las legislaturas estatales no habían reconfigurado sus áreas electorales, de tal forma que los circuitos no reflejaban la significativa incorporación de los inmigrantes europeos ni los grandes desplazamientos de la población negra fuera de los estados racistas del sur. Aquella falta de actualización en los distritos otorgaba un peso desproporcionado a las zonas rurales blancas. Cinco años más tarde, en 1965, el Congreso sancionaría el Acta de Derechos Electorales que protegería a los votantes afroamericanos.

El *gerrymandering* ha crecido notoriamente en la última década. Hacia 2020 estaba presente en algunos estados gobernados por demócratas pero era largamente empleado en una vasta muestra de estados republicanos. Al menos hasta 2019, Michigan, Ohio, Texas, North Carolina y Pennsylvania tenían distritos arreglados que favorecían groseramente a los candidatos conservadores. Maryland e Illinois, habitualmente demócratas, también entraban en esa cuenta. Por lo que se refiere a estados como Wisconsin, en 2011 la legislatura rediseñó los distritos de tal manera que para 2018 —aun cuando los demócratas ganaron todos los cargos principales de esa entidad—, los republicanos mantuvieron la supermayoría en el Congreso estatal. (Wisconsin es un *swing state* que suele definir elecciones presidenciales.)*

En junio de 2019 la Corte Suprema, con mayoría conservadora, resolvió desentenderse del *gerrymandering*. La Corte analizó un caso en North Carolina, orquestado por republicanos, y otro en Maryland, bajo decisión demócrata. El voto mayoritario consideró la modificación distrital como un tema político que debía ser resuelto por los funcionarios electos de cada estado. Desde entonces, ha sido la sociedad civil la que ha conseguido modificar procesos de reconfiguración distrital. La jueza Kagan llamó la atención sobre el hecho de que el voto mayoritario de la Corte generaba un profundo desafío a la democracia. Las nuevas tecnologías permiten utilizar datos granulares para diseñar múltiples escenarios de votación, y los funcionarios aviesos pueden elegir el más conveniente a su partido.

> Los arreglos distritales solo empeorarán [. . .] a medida que pase el tiempo, a medida que los datos se vuelvan cada vez más detallados y

> las técnicas de análisis continúen mejorando. Lo que era posible con papel y bolígrafo, o incluso con Windows 95, no pone a la luz de la vela (¿o una bombilla LED?) lo que será posible con desarrollos como el aprendizaje automático. Y en algún lugar de este camino, «nosotros, el pueblo», ya no somos soberanos.[16]

Si el *gerrymandering* ha afectado sensiblemente al voto demócrata en general, y al de la comunidad afroamericana en particular, nuevas restricciones electorales presumiblemente favorecerán también a los candidatos blancos conservadores. Entre las elecciones presidenciales de 2020 y mediados de 2021, 17 estados habían introducido leyes que complicaban el ejercicio del voto para numerosas personas.* Muchas de esas leyes reducen la posibilidad de registrar el voto por correo —método crucial durante la pandemia y largamente empleado por los ancianos— o el envío automático de boletas para participar en la siguiente elección. Todas las normas han sido aprobadas en estados controlados por el Partido Republicano, que tenía bajo su mando las dos cámaras de 30 legislaturas estatales —en el país hay 50 estados— y que defendían el triunfo de Trump en las elecciones de 2020.[17]

La reconfiguración de distritos y las restricciones electorales han sido usadas para asegurarse sobrerrepresentación legislativa y victorias en cargos ejecutivos.** Una mayor presencia en los congresos, además de las posiciones ejecutivas, favorece la introducción de agendas que no reflejan necesariamente la composición o los valores de la sociedad. La exclusión de ciertos tipos de votantes, sobre todo de minorías raciales o culturales, supone que hay ciudadanos de primera y de segunda categoría, y en los Estados Unidos de las últimas dos décadas quienes no están afiliados al Partido Republicano ocupan el asiento trasero: votan, pero, aunque lo hagan masivamente, pueden perder porque el sistema ha sido descompuesto para dar mayor peso a los defensores —blancos— de ciertas ideas, con raza y etnia por delante.[18]

Puesto que la crisis de representatividad aumenta las posibilidades de éxito de un Amado Líder, el desmantelamiento de la nación con artilugios antidemocráticos, guerras cultural-religiosas y cabildeo para favorecer a los privilegiados, pone a las sociedades en una situación de orfandad. La disputa de fondo presenta a un relato antidemocrático procurando reemplazar a otro —democrático, pero con enormes fallas y fracasos.

El cambio, por supuesto, no es automático. En sociedades donde

la grieta es significativa —abonada por un lado o por ambos— esos cambios no han cristalizado. Y quien dirime ese aparente vacío es quien ocupa el poder. Un líder democrático intentará convocar a una conversación colectiva; uno autoritario impondrá su criterio.

En 2018, en un ensayo en el periódico *The Guardian,* Matthew Goodwin, el autor de *National Populism: The Revolt Against Liberal Democracy*, escribió:

> ¿Qué está pasando realmente? El populismo nacionalista gira en torno a cuatro cambios sociales profundamente arraigados [. . .] Primero, hay altos niveles de desconfianza política exacerbados por líderes populistas que se pintan a sí mismos y a sus seguidores como víctimas de un sistema político que se ha vuelto menos representativo para grupos clave. En segundo lugar, muchas personas tienen fuertes y arraigados temores sobre la destrucción percibida de las culturas, formas de vida y valores nacionales, en medio de tasas de inmigración y cambio étnico rápidas y sin precedentes. Junto a esta desconfianza y miedo están las ansiedades relacionadas con la privación y la pérdida de empleos e ingresos, junto con una fuerte sensación de que ellos y su grupo étnico y social se están quedando atrás en relación a otros.[19]

La ruptura del espíritu de una nación común tiene raíces profundas y su origen es reactivo. El nacionalismo populista actual no tiene por único padre menos crecimiento o desempleo. Está también asociado a cierta inseguridad existencial. Dejar de ser quienes creemos que somos. Más valores que recursos.

La confluencia de un mundo abierto y cierto cosmopolitismo, las ofertas —y los problemas— de la globalización, el avance de minorías y una mayor secularidad erizaron la piel de una multiplicidad de colectivos que creían ser parte de otra nación. Una estable y segura, reconocible. Hombres mayores, hombres blancos, devotos, libertarios y ultraderechistas, pero también jóvenes atemorizados por un presente donde la velocidad de los cambios y la saturación informativa no permiten encontrar certezas para el futuro.

El cambio más profundo, dice el investigador Hanspeter Kries, se da entre dos visiones en conflicto que han creado un nuevo *clivaje* político: ciudadanos que prefieren naciones más abiertas y otros que favorecen algún tipo de clausura y proteccionismo, y ambos fenómenos pueden expresarse tanto en términos económicos como culturales.[20]

Desde 2016, he pasado más y más tiempo en España por cuestiones familiares. Seguí con atención el *rush* emocional del Procès que alcanzó su paroxismo en el plebiscito del primero de octubre de 2017. Dos nacionalismos resecos enfrentados: el catalán, autopromocionado como un movimiento romántico, y el español, enervado por la bilis de la derecha posfranquista.

La puja es un claro ejemplo de una crisis de identidad: qué nación, si tal cosa es posible, puede mantener unidos a catalanes y a españoles; qué modelo de nación puede ofrecer España a sus múltiples comunidades identitarias; qué país será capaz de construir un independentismo *català* montado en un subidón emocional mal liderado. Uno debiera convencerse: si en una democracia lo que se quiere es escuchar al pueblo, tendríamos que observar cómo los populistas se entienden con él, pero no actuar/gobernar como ellos; y si lo que se quiere es construir una nación, será mejor no prestar atención a los nacionalistas. Menos cuando se llenan la boca con la febrícula de la tribuna futbolera.

El proceso que precedió y sucedió al referendo independentista tuvo la gracia de una comedia de enredos, aunque con el agravante de que el mal chiste era un evento político-histórico del que participaban millones de personas. Nadie en Madrid ni en Barcelona parecía saber o al menos comunicar bien qué hacía, tropezando a un lado y a otro de las franjas identitarias, enrabietando la conversación como dos divorciados que discuten el reparto de los bienes, las visitas a la niña y quién se queda con el perro.

Aun recuerdo los días del referendo con incredulidad. ¿Cómo se pudo llegar a esa conjunción de estulticia e improvisación a *ambos lados* de la brecha nacionalista? El gobierno español de Mariano Rajoy llegó al extremo de enviar a las escuelas catalanas donde se votaba a agentes antidisturbios que lanzaron escaleras abajo y golpearon a ancianas y mujeres mayores.[21] Es imborrable la imagen de una decena de policías que recorrían pasillos y aulas de una escuela de Barcelona buscando padrones y urnas del referéndum del 1-O. Hicieron estallar vidrios, tumbaron artefactos, reventaron puertas de alambre, de vidrio y de madera, y cuando parecía que no quedaba nada por romper —sin haber encontrado nada—, enfilaron frustrados por los pasillos preguntándose qué pudo fallar. «¡¿Dónde están las putas urnas, hostia?!», protestó uno de ellos.

Las urnas como realidad y como símbolo fueron el disparador de un año de pasmo en la política española, donde pasó, literalmente, de todo. Si Rajoy fue la estulticia, Carles Puigdemont, el entonces presidente de la Generalitat, representó la improvisación. El independentismo se montó en una ola emocional, y empujó la disputa a tal punto que su propio plebiscito lo colocó frente a un abismo: así lo ganasen, como sucedió, ninguna república seria estaba dispuesta a reconocer a la nación catalana. Medio mundo tenía claridad de que allí nacía algo muerto, y que ese cadáver era la República Independiente del Procès, R.I.P.

Pero allí estuvo Puigdemont el 11 de octubre de 2017, en el Parlament, trajeado y envuelto de pompa, para declarar la independencia. Sólo que, en un giro tragicómico, el acto validó lo que todos creían: Cataluña no podía ser más que RIP. Un parto prematuro sin latidos. El ridículo fue mayúsculo: apenas declaró la independencia, Puigdemont la suspendió. De inmediato. La República de Cataluña duró 37 segundos, tal vez la secesión más breve de la Historia. RIP.[22] Tras eso, Rajoy tomó el control de la Generalitat, Puigdemont se fugó en el maletero de un auto a Waterloo —vaya símbolo— y una veintena de líderes catalanes fue enviada a prisión.[23]

La ópera bufa coprotagonizada por Rajoy y los dirigentes del Procès concluyó uno de sus capítulos centrales con la salida del presidente del PP del gobierno español.[24] La nueva administración del socialista Pedro Sánchez —quien dio espada a Rajoy— comenzó un *blitzkrieg* de relaciones públicas al abrir una carpeta de ofertas que acabó con las noches borrascosas del PP. Sánchez retomó conversaciones clausuradas por su antecesor, devolvió al *govern* catalán el manejo de las finanzas y de la Generalitat y prometió dinero. Cada vez que existió la posibilidad de un choque, la convocatoria a ender puentes del presidente del PSOE resonó como un gran gesto de Estado entre los suyos —y como una enorme maniobra demagógica para la derecha. En 2021, finalmente, Sánchez ofreció el indulto a los presos catalanes, y la derecha empezó a trabajar en su destitución.

El cambio de aires en el gobierno español no tuvo un correlato en Cataluña, al menos no todo lo deseable. El catalanismo se dividió. Con los líderes que funcionaban como contrapeso en la prisión, todo cuanto quedó de visible en el Procès fue el flequillo *beatle* de Carles Puigdemont. Desde su autoexilio en Waterloo,

Puigdemont operó para quedarse con el liderazgo del independentismo, escorando la balanza ideológica hacia la derecha a través de un movimiento nacionalista —la Crida— que pivoteó sobre él y sólo sobre él.[25] Manejó el *govern català* a control remoto, mientras su sucesor —Quim Torra— actuaba antes como su asistente administrativo y megáfono personal que como presidente real de la Generalitat.[26] La izquierda independentista estaba descabezada, el empresariado volvió a hacer negocios y los ciudadanos —miles, cientos de miles— siguieron pinchando lacitos amarillos y juntando dinero para sus mártires. Pero el Procès quedó ahogado, pataleando en su propio lodo.

Nada pasó, o al menos no lo que se suponía que debía suceder si el independentismo fuera todo lo poderoso que dice ser —esto es, que la nación catalana es tan sólida como para discutir de tú a tú con España y ganarse merecidamente la separación. En 2020, en las elecciones de la comunidad, la izquierda dialoguista de ERC se convirtió en el nuevo ganador de la disputa interna del independentismo raspado y acordó formar gobierno con la derecha de Puigdemont entre tironeos y desconfianzas crecientes.

Puigdemont encara un nacionalismo unilateral e irracional, de dientes expuestos. La concentración de un movimiento en el expresidente de la Generalitat es dañina. Es un populismo de maneras moderadas pero profundidad nativista que ve en Cataluña a una sociedad superior a las demás autonomías ibéricas. Por una parte, bajo la figura del líder único que pretendió ser, el napoleonismo de Puigdemont ahoga el *democratismo* que se le suponía a un proceso con millones de personas movilizadas. Por otro, no tiene proyecto visible más allá de declarar la independencia y agitar las manos de felicidad.

El quinto *beatle* de Girona no tiene la visión de un estadista, sino la cortedad de miras de un alcalde del interior al que empujaron de repente a la pista central de la Historia, le gustó y sueña con quedarse: Puigdemont no ha sido capaz de conjurar una sola propuesta política que le permita resolver la discusión con España más allá de la confrontación. El Puigdemont post-1-O es un disco rayado del Puigdemont pre-1-O.[27] Su máxima aspiración —un razonable sueño imposible— era un unicornio político al que nadie prestó atención: que la Unión Europea mediase entre España y Cataluña para garantizar un plebiscito definitivo. A la UE no le interesa. Tiene suficiente con el vidrioso equilibrio de 27 naciones

como para dar aire a cualquier nacionalismo separatista.[28] Si escucha a los catalanes, los italianos del norte pedirán la siguiente cita.

El camino más razonable para la crisis de las naciones en España, es esperar a que nuevos dirigentes sean capaces de usar el propagandeado sentido común catalán —el *seny*— para lograr mayor autonomía mientras ayudan a mejorar la federalización republicana. El líder de ERC, Oriol Junqueras, una especie de obispo-filósofo astuto metido a político —tan culto como dispuesto a los sacrificios propios de los héroes románticos— parece entender esta suerte. ERC ha sido proclive a conversar con el gobierno español, y aunque juega de cuando en cuando con la reivindicación de la independencia, ya sabe que nada de eso sucederá. Es una izquierda pragmática que entiende que debe dejar pasar el tiempo y salvar la cara después de la improvisación vergonzosa con que impulsaron la independencia efímera de la RIP *català*. Una vez que pasen algunas décadas, tal vez vuelvan a abrirse «las putas urnas» y quizás entonces sea sin fantasmas de ilegitimidad política, sin dirigentes improvisados y sin policías que las secuestren.

¿Por qué es importante Cataluña para una discusión sobre Amado Líder? Porque la discusión de nación versus nación —Cataluña versus España— sólo ha sido completamente útil para el peor jugador posible: la ultraderecha nacionalista, un populismo de gente muy enojada que cree en un solo tipo de país, el de la España de una sola divisa y orden bajo un rey en pleno siglo XXI.

UN CAMIÓN DE GASOLINA JUNTO A UNA HOGUERA

España se había tomado a broma el discurso alucinado y teatral de Vox, confiada en que era inmune a los populismos de derecha que crecían en Europa bajo la presunción de que un partido —el PP— *institucionalizaba* todo el discurso conservador del país. Pero Vox salió con el pecho hinchado de las elecciones de 2018, cuando Pedro Sánchez llegó al gobierno. Los seguidores de Santiago Abascal, su líder, recorrieron las calles de Madrid con la bandera española llamando a recuperar la patria y asumiendo para sí las preocupaciones legítimas de la mayoría, como el miedo al presente y la incertidumbre por el futuro.

Al comenzar 2021, Vox se convirtió en la cuarta fuerza del Parlament catalán tras las elecciones autonómicas. Esa presencia

elevaría la tensión de un país ya de por sí hipertenso por el coronavirus, la crisis económica y las disputas nacionalistas. Vox vive del choque y nada bueno ha de salir de su cruce con el independentismo cuando la coyuntura exige moverse de los extremismos al centro de la mesa. «Ultras e independentistas catalanes juntos darán buenos titulares y tuits», escribí en aquellos días, «pero para la vida política española equivalen a un camión de gasolina estacionado encima de una hoguera».[29]

La emergencia de Vox llegó en un momento de crispación para un país con una dirigencia política muy joven, torpemente ambiciosa y en apariencia inhábil para distinguir entre contradicciones primarias y secundarias. Los líderes del PSOE, Unidas Podemos, el PP y el cadavérico Ciudadanos apenas rebasan los cuarenta años y esos jóvenes con tan poca historia —llegaron al liderazgo por el repliegue de la generación precedente— tienen en sus manos un país con demasiadas tensiones. Vox también es joven —Abascal, su líder, cumplió 45 años en 2021— y, por lo mismo, está sujeto a las generales de la ley: ha expuesto una ambición fiera en los escasos años de existencia de su partido, fundado en 2013.

«Hay tres similitudes entre Vox y otros procesos de la ultraderecha europea: es un nacionalismo autoritario, xenófobo y anti islámico», me dijo Ignacio Escolar, fundador de *Eldiario.es*. «Pero también hay tres distinciones: a diferencia del Frente Nacional, AfD o la Lega Norte, es católico, es neoliberal y, finalmente, es una derecha centralista —los alemanes no discuten el centralismo federal— porque es una reacción extrema a Cataluña».

El mayor foco de interés de la ultraderecha española es restituir la idea de la España grande. El catalanismo es lo mejor que le puede pasar a Vox. Abascal propone a España una nación de españoles, sin conflictos que discutan su integridad. En tiempos de crisis sobre el futuro, aferrarse a la nación —volver a casa— suena razonable para millones de personas en todo el mundo. Es un tentador dibujo en blanco y negro, efectivo por simplista.

La derecha ha señalado que el problema del nacionalismo catalán sólo puede ser resuelto con más nacionalismo español y que ella, y no la izquierda, es la única fuerza capaz de mantener al país indiviso bajo su dios y su rey. El PP demanda cuanto pide Vox —que también quiere menos migrantes— pero con un tono civilizado frente al perfil ominoso de la formación de Abascal, tan xenófoba y racista que Trump aplaudiría.

Vox propone un nacionalismo ultramontano que añora una edad de oro donde todo era mejor: la España del franquismo, con los moros y los negros en África y no en la Castellana, y los conflictos republicanos e identitarios resueltos de manera expedita con la cárcel. A mediados de 2021, como para despejar cualquier duda sobre sus afinidades, Abascal, viajó a Budapest para reunirse con el autócrata Viktor Orbán, uno de los más duros ultraderechistas de Europa, y a quien dijo admirar y con quien comparte el rechazo hacia el «progresismo» de Bruselas: «Su gobierno hace frente con éxito al globalismo con medidas que Vox quiere impulsar en España», elogió Abascal. «Defensa de soberanías y fronteras, políticas de familia, respeto a las raíces culturales».[30]

Es exagerado suponer que, por el bien de su España unívoca, Vox proponga salir a cazar independentistas —o migrantes y refugiados, quisiera creer—, pero su discurso no es concesivo. El partido de Abascal habla de una «invasión» migratoria, de yihadistas entrando a España en pateras[31] y de violencia social y contra las mujeres españolas por parte de extranjeros musulmanes. Abascal ha pedido que la Seguridad Social cobre a los migrantes sin papeles si acaban en un hospital enfermos de Covid-19.[32] Alguno de sus legisladores ha llegado a decir que casi la mitad de los extranjeros que llegan indocumentados a España vienen infectados con coronavirus.[33] El paralelo es siniestro: el nazismo solía acusar a los judíos de ser una «peste» portadora de enfermedades.

Las tensiones nacionalistas que insufla Vox —y a la que en varias ocasiones se han sumado PP y Ciudadanos— encajan con la creciente política del miedo practicada por los populismos nacionalistas. En numerosos países el nativismo afirma tener la clave para la recuperación de naciones bajo una crisis de identidad supuesta o real, ordenando la convivencia con los otros bajo el mandato de la uniformidad —un imposible— y tratando de expulsar a quienes consideran cultural, intelectual o racialmente inferiores —es, otra vez, el manual del nacionalsocialismo.

España no escapa al fenómeno. En una de sus campañas, Abascal aparece en un video cabalgando por las mesetas del país como un cruzado, llamando a empezar la «reconquista» nacional con una elección local en Andalucía. La referencia es obvia: compara a los actuales migrantes y refugiados del norte africano con los árabes que dominaron la península ibérica por 800 años.[34] El video es de 2018 y por entonces algunos medios periodísticos sostuvieron que

Abascal, un ex político del PP, se había disfrazado «de Aragorn» en una acción «delirante». Era para reír, pero, tres años después, Aragorn probó que era de temer.

España bailará en una gelatina institucional por un buen tiempo. Pasó del bipartidismo de mediados de los años '70 a un pluralismo de arenas movedizas donde las lealtades se cambian como calzoncillos. La elección que le dio la presidencia a Sánchez se resolvió entre dos partidos del siglo XX —PSOE y PP, institucionales y lentos— y tres movimientos políticos del XXI nacidos de la TV y las redes sociales —Unidas Podemos, Ciudadanos y Vox—, todos ellos más veloces y flexibles, y por ello con menos deudas con la Historia.

No hay manual de navegación para un escenario tan fluido. Menos cuando la polarización ahonda la incertidumbre de una nación vuelta un collage de autonomías pre-nacionales pegoteadas por la siempre bamboleante ficción del destino común. Ese escenario fragmentario, donde la gestión del Estado ya era de cefalea —entre 2015 y 2016 España estuvo casi un año sin gobierno —,[35] se complicó con la aparición de los lobos sueltos de Vox, que no quieren diálogo alguno con ninguna comunidad que no se someta a su Dios y la monarquía.[36]

La gestión del país se presenta ahora bajo la forma de una disputa plural, más parecida a un gran lío de voces y peleas barriales entre candidatos muy jóvenes que a un debate entre adultos. La izquierda experimenta como siempre sus clásicas y risibles rencillas de purismos y egos;[37] la derecha compite para ver quién se envuelve mejor en la bandera,[38] y el independentismo catalán está traumado por sus propias disputas.[39]

Vox goza con ese mareo. Puesto que no duda, dado que ofrece una mitología sin aristas, tiene todo el atractivo de una roca ideológica para el sentimiento nacionalista: intransigente, ordenado y castrense.[40] Su discurso identitario simplifica. La lengua de Vox es acotada, directa, propone un modo de reconocerse —la España indivisible— que puede tomarse como un asidero en medio de tanto cambio. Es tosca y con garrote, pero también clara y determinada. Masculina: papá rugiendo en la mesa del domingo.

Cuando el verbo empuja a los partidos institucionales a jugar en los márgenes del discurso, la estabilidad del ajedrez político se hace más endeble y los ciudadanos se atemorizan (más). El triunfo del PP en las elecciones de la Comunidad de Madrid —en 2021—

convenció a la derecha de que podría desplazar al socialismo en la primera oportunidad electoral. En todo caso, un gobierno del PP no podrá evitar concesiones costosas a los ultras de Vox, dada la fragmentación, y sin dudas elevará la tensión con Cataluña y hervirá la sangre de nacionalistas y populistas autoritarios.

CACEROLAS DE LIBERTAD-LIBERTAD-LIBERTAD

En España son las derechas y no las izquierdas las que más tensan el arco nacionalista: el PP y Vox desde Madrid, pero también la formación de Puigdemont en Barcelona. Unidas Podemos, socia del gobierno de Sánchez, emprendió un camino hacia la minoría, de acompañamiento, un rincón de penitencia donde ya ni siquiera quedó Ciudadanos, deshilachado. De todas estas organizaciones, Vox es el perro bravo. Nadie sabe bien cuánto mide —¿representa la España fascista un 11, 13, 20 por ciento o, quizá, un tercio del electorado?— pero es evidente que tocó una fibra del nervio doméstico y el nacionalismo ha regresado animado para mantener su llama encendida. El ingreso del partido de Abascal a Cataluña era la última prueba necesaria.

Esa derecha terca no es nueva ni es inocua. Vox es el resultado de la España profunda y oscura del pos-franquismo irresuelto, un debate central jamás realizado. Y no sólo eso: también es resultado de las enormes dificultades de los partidos de la Constitución del ’78 para dar respuestas a un país culturalmente diverso. Con todo, su crecimiento ha ayudado a centrar una parte de la discusión política. Sus propuestas de desmantelamiento del Estado de bienestar y de los derechos de las minorías, por ejemplo, remodelaron el arco político. Ya en más de una ocasión el PP y Ciudadanos han votado con el PSOE y Unidas Podemos para rechazar proyectos de ley de Abascal & Co.

No hay miedo ni culpa en el nacionalismo populista de la derecha extrema, que se pasea orgullosa de cara al sol. Seguirá así: como en los Estados Unidos, hoy es *cool* asumirse un cavernícola antifeminista, un soldado antiinmigración y un racista sin bozal. La nueva derecha populista cree que sus reclamos son legítimos y que el resto del arco político los margina. Sus practicantes se hacen fuertes en la victimización. Hay una épica, y quieren recuperar lo que, creen, es suyo por derecho natural.

En mayo de 2020, con la pandemia en ascenso, decenas de

vecinos salieron a las calles del acomodado barrio de Salamanca, en Madrid, a golpear cacerolas al grito de «libertad-libertad-libertad». Otro grupo estacionó sus autos en una avenida obedeciendo a una convocatoria de Vox para reclamar la renuncia de Sánchez por su pésimo control del coronavirus.[41] Casi simultáneamente, una piña de jóvenes recorrió la ciudad con banderas de España y vestidos con camisetas pardas, reclamando a voz en cuello que la patria es de quienes «pelean por ella». (Se organizaban por Twitter, que suspendió su cuenta, @SoyResistenciaE.) El acto más pintoresco ocurrió en Santander, en el norte español: un hombre recorrió las calles en el asiento trasero de un Mercedes descapotable conducido por su chofer mientras gritaba por un megáfono «gobierno dimisión, gobierno dimisión». [42]

Escribí sobre aquello en *The New York Times*:

> Esta imagen retrata de cuerpo entero a la peor derecha española desde el retorno de la democracia, la más banal y peligrosa. La ultraderecha ha salido a las calles de España —uno de los países más afectados por la pandemia— a reclamar libertad sobre los cadáveres de miles de muertos por el virus, y ha advertido que este es sólo el inicio.[43] Es mejor prestar atención; a menudo consiguen más de lo que se espera.
>
> Los manifestantes de Salamanca protestan como protestaría cualquier persona en una situación crítica. ¿Quién no quisiera ir a trabajar, salir, ver familiares? ¿Quién no viajar? Todos deseamos alguna forma de normalidad.
>
> Es un reclamo válido, pero su validez es limitada. Y en la crisis que atraviesa y atravesará España, la vocinglería acomodada está en la tercera lista. Duele enumerar el incendio que se viene: caída del PIB, desempleo récord, pobreza en alza, marginación y exclusión crecientes [. . .].
>
> Otro cuento se narra cuando esas protestas —aceptables aun siendo insolidarias— son promovidas, copadas o cooptadas por una organización política con vocación de poder. En este contexto y tratándose de Vox, la protesta es un acto de oportunismo radical.[44]

Hasta ese ensayo, había publicado varios textos sobre Vox, y recibía nada más que el enojo y los insultos de algunos de sus seguidores en Twitter, pero esta vez cargaron directamente Abascal y uno de sus segundos, Iván Espinosa de los Monteros. Seleccionaron mi foto de algún texto en un periódico español, la pegaron a sus tuits y me acusaron de «peronista», «podemita», «indepe catalán» y «argentino». Debajo de sus tuits, lo obvio: una retahíla

antimigrante, repulsa ideológica, insultos. (Aunque ser argentino es filosóficamente complicado —*trust me*—, el propósito de la crítica era obviamente matar al mensajero señalándolo, primero, como *extranjero* y, luego, como un execrable bolchevique antiespañol.)

Abascal y Espinosa de los Monteros —imitados por un batallón de seguidores— se ufanaban públicamente de su xenofobia. No criticaron mi texto —sólo a mí— y quizás ni leyeron que su propia actitud revelaba cuánto más riesgosos son los nacionalismos y los populismos autoritarios para las naciones. Mi caso no fue único: es usual que Vox ataque a los periodistas y los medios acusándolos de traicionar al país, tal como Trump hacía en los Estados Unidos. En esa columna del *Times* decía:

> La activación de la protesta por la derecha opera sobre los miedos, deseos y necesidades de una población asustada [. . .] Actúan sobre el hartazgo del encierro y el apuro de no perder más ahorros, trabajos o tiempo.
>
> Pero el reclamo político poco tiene que ver con la crisis: es una batalla por el poder y dominio del relato ante la opinión pública. Encubre sus intereses reales bajo demandas razonables. La derecha española hoy propagandea que su país está en manos de comunistas y chavistas. En el colmo de la alucinación, suponen el confinamiento pandémico como un arresto domiciliario en un gulag sanitarista.
>
> El reclamo de «libertad, libertad, libertad» y el pedido de dimisión del gobierno se acoplan. En el discurso de las derechas extremistas siempre hay una invasión en proceso y un enemigo claro. Lo hicieron los nazis —el «virus» eran, sobre todo, los judíos—, las dictaduras sudamericanas de los '70 y '80 —el «virus», los socialistas— y lo flamean Trump y los nacionalismos nativistas hoy —el «virus» es *el otro*. El tronco es común: recuperar la nación —lo que ellos creen que es la nación, siempre un concepto restringido— de los que la pervierten, dañan. La enferman.
>
> Es fácil tomarse a broma eso, porque suena y es absurdo. Pero nunca desprecien a un alienado.
>
> Esta nueva derecha es antipolítica y ama atacar desde los márgenes. Se presenta como víctima de persecuciones y opresión y la defensora de los derechos más privados de las personas. Un hilo invisible une a los manifestantes vitaminados por Vox con los tipos armados[45] que ocupan parlamentos locales en los Estados Unidos: todos demandan *business as usual*. El mundo conocido, la realidad manejable. Pero apelan a un discurso libertario que, en medio de una pandemia, es un ataque al bienestar común.
>
> Vox apuesta al incendio. Su discurso no es construir: primero

destruye, después instaura. Un virus antidemocrático. No corrige la plana de Sánchez para mejorar; su plan es derruir su gobierno hasta hacerlo caer y recuperar una normalidad de privilegios de casta. *Business as usual.* Un señor embanderado en un convertible con chofer.[46]

CÓMO PERDER EL CENTRO —Y LA CABEZA

Los nacionalismos afincan su acción en la emocionalidad, no en la razón. La radicalización es irracional y en España esa rabia ha sacudido a todo el arco político. A fin de retener simpatizantes que se le escapaban por el extremo de ese arco, por un buen tiempo entre 2018 y 2020, el PP escoró su discurso hasta convertirlo en una plétora de insultos y acusaciones. Ciudadanos, una organización nacida para ocupar el centro liberal, siguió la deriva intelectual de su fundador, Albert Rivera, y se subió al mismo bus: demagogia y enojo.

En 2021 Pablo Iglesias abandonó su silla como vicepresidente de Sánchez y la conducción de Unidas Podemos para competir por el gobierno de la capital española, y perdió. No fue el primero de los nuevos líderes meteóricos que debió descabalgar después de ver sus ambiciones —más que eso: los errores que el deseo desmedido y extemporáneo inducían— desvanecidas como un gas en el aire.

Un tiempo antes, Rivera, el líder de Ciudadanos, había mostrado que la Historia se repite y que —como el *qualunquismo* italiano del siglo XX— la demagogia no tiene otro recurso que escapar hacia adelante, pues apenas modifica el rumbo para acomodarse a la discusión gris de la política convencional (que demanda compromisos más que *principismo*) pierde el favor de aquellos defraudados a los que, vaya, prometía no defraudar. Porque, ¿qué es lo que más alimenta la desazón, tratándose de un líder que dice interpretar la voluntad de la gente como nadie? Que se parezca a lo que dice aborrecer. Que incumpla sus promesas, que se tuerza cuando debe ser recto como un empalado, que negocie tanto que acabe por verse incoherente y contradictorio. Lábil. Ciudadanos cambió tantas veces de ropa en tan poco tiempo, tanto intentó parecerse al PP, que el electorado decidió volver a votar al original en vez de a la copia.

Escribí en «Ciudadanos, o cómo hundirse sin estilo»:

> En algún momento, frente al espejo, Albert Rivera ha de haber

ensayado un discurso presidencial, viéndose a sí mismo como la versión española de Emmanuel Macron, vestido de una pátina inmejorable de *sigloveintiunismo*. Quizás lo imaginó: el chico de Granollers, la ciudad catalana donde sus padres tenían una tienda de comidas preparadas, erigido en el nuevo líder de España.

Pero entonces llegó 2019 y el espejo le está devolviendo una imagen tortuosa. [. . .] Ciudadanos, su partido, ha sido incapaz de adueñarse de nada: ni de la derecha —todavía abrazada al PP— ni del nacionalismo españolista —casado con la ultra de Vox— ni, como había prometido, del centro político.

Después de un ascenso meteórico —de 49.000 votos en 2006 a 4,5 millones en 2019—, Ciudadanos acabó 2021 en estado de desaparición, batallando para alcanzar el mínimo en Madrid. ¿Qué pasó? La incoherencia ideológica de Rivera —la figura del partido, más allá de ser un espacio colegiado— hundieron toda posibilidad de permanencia.[47]

El viraje de Rivera al extremo retrató a una organización esquizofrénica. Una mala señal para España, y para otras naciones: el centro no debiera ser una posición ideológica repelente, pues a los países —y a la idea de nación— les va mejor con la moderación. Hay más por ganar allí que con los discursos extremistas. Un partido liberal moderno, o uno de centroderecha inteligente, es un contrapeso sistémico sano para la izquierda, para la centroizquierda, y para Vox.[48]

Ciudadanos estaba destinado a ser un facilitador de consensos desde el centro, como el PP debiera ser la aspiradora de votos de la derecha y el misionero disciplinario de los ultras*. Un articulador racional e institucionalista, capaz de oficiar de pasarela y puente entre el nacionalismo populista de la derecha y los nacionalismos comunitarios. España podría llegar a consensos menos traumáticos con un centroderecha racional que con la derecha enojada del PP y la rabiosa de Vox. Pero Rivera arrastró al partido y lo hizo rehén de su híper pragmatismo. En pocos años pasó de un europeísmo de centro y liberal a una suerte de socialdemocracia equidistante del PSOE y el PP para acabar finalmente doblando todo el volante hacia la derecha.

¿El resultado de las mudanzas del líder? El partido que debía ocupar el centro liberal, que debía absorber a los conservadores moderados y a los socialdemócratas defraudados del PSOE, se convirtió en un guiso intragable, metido en acuerdos de rapiña para dirigir algunas ciudades y pueblos. Ya no era capaz de sintetizar la

necesidad crucial de España, una nación capaz de hablar con todos, entre todos, desde el centro político. Escribí:

> ¿Qué pasó? Pasó el deseo. Y pasó demasiado rápido. En estos días las carreras políticas se construyen a golpe de tuits, con ascensos fulgurantes y veloces y desgastes igualmente tormentosos. Tras los presidentes Aznar, José Luis Rodríguez Zapatero y Rajoy, el recambio político en España abrió la puerta al kínder[49]: la nueva camada de líderes —Pablo Casado, Inés Arrimadas, Iglesias, Irene Montero, Iñigo Errejón, Sánchez— es jovencísima. Y muy ambiciosa. Tanto que parece indisimuladamente sedienta de llegar a la cumbre demasiado pronto.
>
> De esa misma hornada es Rivera, quien por acumular poder ha cambiado de traje ideológico cada semana. El chico cubrió todo el arco político que en los tiempos lentos del siglo XX podía tomar toda una vida a cualquier dirigente: socialdemócrata catalán al inicio de su carrera, liberal europeísta a mitad de camino, rancio derechista en el ocaso. Todo en década y media y 39 años de vida.[50]

Las expectativas defraudadas se pagan. Cuando Inés Arrimadas heredó el partido de Rivera, Ciudadanos ya no tenía mucho por hacer. No podía hacer política —salirse del corrimiento hacia la derecha pero. . . ¿a dónde?—; no le quedaba nada más que esperar un absurdo milagro. Cogobernaba o discutía sobre política en la misma mesa del PP y de Vox, pero llevaba el cepo en la calle y a la vista de todos. Sus dirigentes empezaron a abandonar la organización apenas Rivera tomó el taxi; algunos, incluso, la boicotearon. Cuento corto: el PP recuperó algo del caudal electoral con la evaporación de Ciudadanos, pero la gran ganadora fue la ultraderecha nacionalista de Vox.

El populismo nacionalista está ahora en el centro de la discusión, pues se entromete por la boca de Vox —y la necesidad del PP de mantenerse como dueño de la voz de la derecha— en cualquier conversación que España deba llevar adelante. Europa, pandemia, autonomías, gasto público, indultos, justicia, Cataluña, monarquía, Franco y franquismo, refugiados y migrantes, Estado de bienestar, feminismo y minorías, ajuste o inversión pública, crisis.

Vox seguirá tirando de ese concepto extraño y aceitoso de la *identidad nacional*. Las comunidades de naciones como España son como puentes colgando sobre el vacío. El paso en cada uno de ellos afecta el equilibrio del conjunto. Como es natural en todo proyecto populista, Vox obligará al conflicto con los distintos. Su lucha contra Cataluña, los migrantes y los refugiados africanos es su lucha

por lo que Abascal & Co creen que es el alma de España. Por reponer un pasado idealizado bajo la forma de una sola nación bajo su dios y su rey. Una nación con identidad.

NO HAY NADA DE INGLÉS EN SER INGLÉS

No existían identidades nacionales antes de la modernidad —antes de la construcción de los Estados-nación— pero vivimos envueltos en el debate de la identidad nacional, como si ser españoles, colombianos, argentinos, nigerianos, mexicanos o rusos estuviera inscrito en nuestros genes y no constituyera una construcción política y cultural con sólo 400 años de existencia. No había república en Holanda antes del 1600, ni hubo nada 'inglés' sobre las islas británicas hasta el fin de la guerra civil en 1651. Los Estados Unidos surgieron como tales en 1776, y la Revolución Francesa fue coetánea de aquel nacimiento. Haití se constituyó en la primera nación de la América Latina y del Caribe cuando se separó de Francia en 1804. El país más joven de nuestro continente es Panamá, por lo que ser panameño significa asumir una existencia de apenas poco más de cien años.

¿Qué es, el cabo, tener una identidad nacional? ¿Cómo un movimiento o un líder pueden reclamar poseer la esencia del *ser nacional,* cuando una nación es un acuerdo subjetivo y cambiante? Sí, una nacionalidad puede sentirse como real. Se vive íntima e intensamente durante las catástrofes y las guerras o cuando se luce la selección nacional o un compatriota: creemos que el mundo nos mira a través de él, lo sentimos parte de nosotros, nos *representa*. La afinidad por la nación o la militancia por las causas nacionales suponen que tenemos una conexión emocional con las ideas de patria, territorio, país. «Pero ninguno de estos son indicadores fiables de la existencia de una entidad duradera, continua, estable y monolítica llamada "identidad nacional"», escribe Siniša Malešević en «The Chimera of National Identity».[51]

En todo caso, las ideas de identidad nacional y de nación expresan continuidades ideológicas. Italia no fue Italia hasta que ciudades-Estado como Florencia derivaron primero en regiones culturales y políticas que más tarde aceptaron integrarse alrededor de un solo núcleo identitario. En ellas, como en otras formas pre-nacionales, existían factores que confluyeron y que tuvieron continuidad. Las relaciones de sangre en los clanes, los mitos de

linaje, los cánones religiosos, las misiones evangelizadoras, el derecho divino de los reyes, la concordancia tribal, todas las mitologías clásicas que unían a hombres y mujeres bajo la creencia en un panteón de dioses o en un dios, por ejemplo, fueron parte de las primeras naciones en los siglos XVII y XVIII. «Hay un grado sustancial de continuidad entre el mundo premoderno y el moderno pero no es una continuidad biológica ni cultural», dice Malešević en *Nation-States and Nationalisms: Organization, Ideology and Solidarity*. «En cambio, en el corazón de este proceso hay una continuidad organizacional e indirectamente ideológica».

Es la organización burocrática de una sociedad la que permite que haya cambios sociales visibles en cuanto a desarrollo, crecimiento económico y transformación política. Las burocracias, en el sentido weberiano, han constituido la forma más eficaz de gestionar la vida de numerosas personas. La burocracia administrativa del Estado, por ejemplo, nos permite acumular experiencia sistematizada, reglas y normas, profesionalismo, experiencia y conocimiento, así como la idea de un orden jerárquico no personalista. Todo líder populista que desee desafiar la idea de nación tendrá que desmantelar primero esas burocracias que constituyen su armazón institucional, así como al ejército de hormigas que mantiene funcionando al Estado. Trump lo intentó desarticulando, cerrando o desfinanciando divisiones completas del gobierno de los Estados Unidos, y AMLO ha querido hacerlo con los organismos de supervisión del Estado. Chávez, Maduro, Castro u Ortega son ejemplos de esa transformación destructiva y creativa a la vez: parieron Estados nuevos, ordenados conforme a la idea de nación que querían proyectar.

No hay organización institucional sin ideología, pues no hay acto humano donde no esté implícita una creencia. Toda nación expresa una cosmovisión articulándola a través del Estado, que es a la vez el instrumento coercitivo para *convencer* a los ciudadanos de la necesidad de obediencia a la patria. La construcción de la identidad nacional tiene en el Estado su principal promotor: los habitantes de un país *deben* ser formados en sus escuelas, obedecer a normas concretas y aceptar el control de los poderes represivos y punitivos institucionalizados, desde las policías hasta los ejércitos, pasando por los jueces de paz y los grandes tribunales. Pero también hay un rol institucional en la justificación normativa. «En el mundo pre-moderno, las organizaciones sociales se basaban en la

mitología, la religión o doctrinas imperiales que les permitían justificar su existencia y movilizar cierto grado de apoyo popular», dice Malešević. Así, los monarcas absolutistas fundaban su poder en la transmisión directa de la potestad divina, mientras que las organizaciones basadas en clanes lo hacían mediante la sucesión del mando por criterios de sangre o familia.

La legitimación del poder de las naciones-Estado está sostenida por los postulados de la igualdad de los ciudadanos ante la ley y la soberanía popular que la burocratización se ocupó de justificar y aplicar normativamente. Este trabajoso y prolongado proceso creó, al cabo, ciudadanos y patriotas. La idea de pertenencia a un país es nuestro pan diario. Crecemos con eso.

Suma Malešević:

> Aunque todos los nacionalismos dependen del funcionamiento de las organizaciones sociales y conllevan un grado sustancial de saber hacer ideológico, el éxito final de esta ideología siempre ha dependido de su capacidad para penetrar en las bases. Aunque las ideologías nacionalistas se dirigen a millones de personas y articulan visiones para países enteros, la resonancia de su mensaje sigue dependiendo de su capacidad para penetrar en el microuniverso de la familia, los amigos, los amantes, los vecinos, los pares y la propia localidad. Dado que la mayoría de los seres humanos encuentran una sensación de comodidad, seguridad y satisfacción en grupos pequeños y cara a cara en lugar de en organizaciones anónimas a gran escala, el objetivo central de cualquier discurso nacionalista es combinar con éxito lo nacional con lo local, lo macro con lo micro y lo organizacional con lo personal.[52]

La nacionalidad es una forma de solidaridad —menor que la de la vecindad, dirá Tzvetan Todorov—; es una expresión significativa. Hemos sido educados para sentir afecto a ciertas banderas, himnos e ideas de lo que es ser parte del mismo país. Mete un gol Messi y lo grito, así yo no viva en Argentina desde el año 2000 y él lleve casi dos tercios de su existencia fuera de Rosario.

5 · PUEBLO Y CAUDILLO

Papá, quiérenos

Amado Líder es un hombre de mil atributos para sociedades en crisis y maltratadas al extremo de la infantilización.

Quien se dedica a la conducción debe ser profundamente humanista: el conductor siempre trabaja para los demás, jamás para él.
—Juan Domingo Perón.

El día siguiente a la elección de Trump en 2016, leí en el periódico digital *El Español* un texto donde el filósofo Santiago Gerchunoff recupera la oda «En agradecimiento», de Charles Bukowski, uno de los últimos poetas pendencieros.[1] Hank echa una loa a «la más vilipendiada de las especies humanas», el hombre blanco americano, a quien se critica, insulta y ningunea sin que, asegura, el tipo proteste. Y no protesta, dicen los liberales del poema y duda Bukoswski, porque ese hombre tiene la sartén por el mango.

Sin más preámbulo, Hank y su cerdo salvaje:

Aquí va para
el hombre blanco americano,
el hazmerreír de las *sitcoms*,
el payaso,
el bruto,
el perro,
el cerdo salvaje,
el puerco,
el sexista.
el gordo cervecero
que los mira a todos
hacia abajo
y no dice

nada,
enciende un nuevo
cigarro,
se mueve en su
silla y
sonríe.
Por el
héroe
olvidado:
el hombre
blanco
americano.
Ahora,
adelante:
ódienme.

Debiéramos tomar más en serio a Bukowski. En las elecciones que abrieron las puertas de la Casa Blanca a un fascista, nosotros ofrecíamos razón, planes, *policy*. Trump ofrecía a ese panzón descerebrado torpe cerdo machista del hombre blanco americano una batalla por pelear. *Lessons vs rapport.*

Nosotros enfriábamos la discusión para civilizar el tono. Trump lo recalentaba con llamados a la emoción, bromas guarras de escuela secundaria, paparruchadas de bar y charlas de vestidor sobre mujeres bellas —charlas *realistas* de vestidor sobre mujeres bellas.

Trump le hablaba al oído a los Chinaskis echados en el sofá de Bukowski. Nosotros estábamos en un pub con una IPA, felizmente rodeados de hipsters y de todo el *biempensantismo*. Buscando el *chill out*, nos pasaron por encima con un *monster truck*.

Trump demostró que las campañas electorales funcionan con *oneliners* y show. Cuando en los debates de 2016 Hillary detallaba proyectos con acierto y aplomo, siempre *on the money*, el contraste del otro lado —sin importar si se trataba de empleo, política exterior, humanidad hacia las personas en problemas o educación— era pasmoso. Trump daba vergüenza ajena. O mejor, y más apropiadamente: Trump *nos* daba vergüenza ajena *a los liberales.*

Escribí en «Niño Donald, siéntese y aprenda» tras el primer debate presidencial:

> Trump fue un irresponsable en sentido estricto: jamás tuvo un papel juicioso [. . .] Trump fue menos infantil, hormonal y propenso a las

> bravatas que durante los debates del GOP y aún menos que en campaña, cuando nadie puede rebatirle, pero el hombre que proclama que instaurará la ley y el orden se encontró durante todo el debate con que la ley y el orden eran encarnadas por la firmeza y calma de Clinton. Trump no sabe nunca de qué habla y Clinton sabe demasiado bien qué se juega en la Casa Blanca: «Donald», le dijo una vez Hillary, «tú vives en tu propia realidad».[2]

Clinton sabía demasiado y perdió. El *locker room dirty talker* fue presidente de una de las naciones más poderosas del planeta. IPA con hipsters, amigos: sigamos así para perder más. Los *monster trucks* nos dejarán hechos papilla.

PATEAR EN EL PISO AL RACIONALISMO

¿Han visto esas películas donde un personaje ojeroso rebobina y escucha una y otra vez, enfermo de obsesión, unas palabras que ahora le resultan reveladoras pero que antes le pasaron desapercibidas?

Pues aquí está. Den 'play': *Donald-Trump-vive-en-su-propia-realidad.*

Y no: Donald nos demostró que nosotros vivíamos en nuestra propia realidad electoral, no él. En 2016, Donald tenía el pulso de la realidad. Donald vivía en la realidad correcta. Perdió pero ganó. Tuvo menos votos, pero más electores. Perdió en donde se esperaba y ganó donde no: el Rust Belt, los territorios donde el panzón descerebrado torpe cerdo machista del hombre blanco americano mira desde el sofá cómo le tiran encima camiones de basura haciendo pesas con el remoto en una mano y la cerveza en la otra.

Donald conectaba con las personas, que escondían su determinación a votarlo avergonzadas de la retahíla de desprecio que caía sobre el hombre por su —indiscutible— ignorancia para todo lo que no fuese su propia vida.

Rapport vs Lessons. Amado Líder.

El tipo que decía ser el más listo —el tipo que desprecia al Estado y no le paga impuestos dirigiría el Estado que debe recaudarlos: dadle al loco el manejo del psiquiátrico— era el listo indicado para sus votantes. Amado Líder ganó.

Donald-vive-en-su-propia-realidad se convirtió en la realidad correcta. Para los votantes clave en los estados clave —los que le dieron a Trump el colegio electoral—, esa realidad era conveniente.

La que querían creer. El Trump horrendo no era tan horrendo, parece, como sus deseos de que algo cambie, como sea, con quien sea —pero no con los que ya han estado demasiado tiempo al frente.

Trump se jactaba de que los medios *don't get it*. Nosotros creíamos que sí: era —es— un exudado de la sinrazón, una vergüenza dickensiana, «agitador de toda calma imprescindible, levantisco irresponsable, incapaz con ganas, burro graduado, maloliente, pedante, pomposo mal vestido, calvo pretencioso, tahúr, aventurero, cowboy con pelo de muñeca, llano, rey de sí mismo, el prospecto más sombrío de Occidente, hórrido y fiero, cultivo repugnante de insensibilidad, siniestra aglomeración de cabellos, espeluznante expresión de mi género, ejemplo indudable de poco hombre, transpiración anal».[3]

Vivimos tiempos turbulentos. La política de los sentimientos patea en el piso al racionalismo. Podemos explicar mil veces qué está mal y dará igual: mientras un elector *sienta* que es representado —incluso por medio del caos y la brutalidad—, su amor permanecerá con el líder idealizado.

Dice Ivan Krastev, uno de los pensadores europeos sobre sistemas políticos más citados:

> La polarización política ha convertido a la República de los Ciudadanos en una República de Fans. Mientras que para un ciudadano liberal la disposición a señalar y corregir los errores de su propio partido es un signo de la más alta lealtad, la lealtad de los fanáticos es celosa, irreflexiva e inquebrantable. Los fanáticos cautivados, con sus facultades críticas apagadas, son fundamentales para la comprensión de los populistas de la política como un juego de lealtad: sus vítores reflejan su sentido de pertenencia. Confiar-pero-verificar es reemplazado por adoración ruidosa. Los que se niegan a aplaudir son traidores. Cualquier declaración de hecho toma la forma de declaración de pertenencia.
>
> En la República de los Fans cualquier derrota electoral es injusta (la conspiración de alguien), y cualquier crítica al propio partido es una traición. Incluso mientras están en el gobierno, los populistas prefieren verse a sí mismos como una minoría perseguida. Su sueño es ser vistos como una víctima y poder actuar como un villano.[4]

[·]

Hay límites a la fe ciega, y a esas fronteras las dibujan colectivos e

individuos que cuestionan, que reclaman derechos y cuentas claras cuando desde el poder se les pide —u ordena— silencio, obediencia, lealtad o pleitesía. La mejor inteligencia, decía Susan Sontag, tiene naturaleza crítica, dialéctica, escéptica y compleja.

En 2020, 74 millones de personas votaron por Donald Trump después de cuatro años de Donald Trump siendo Donald Trump. Casi la mitad de los ciudadanos que fueron a las urnas el 3 de noviembre. Si votaron por *eso* para vociferar su cabreo con el *statu quo,* es innegable que se activaron como ciudadanos. Y no una, sino dos veces.

Sin duda hay una verdad incómoda detrás: si las masas aman a esos líderes es porque todo lo demás que debía funcionar, falló. Partidos, burocracias, políticos, organizaciones intermedias, instituciones. Legislaturas, el Ejecutivo, el *establishment*, los activistas. Nadie hizo bien cuanto debía hacer. No hoy, no ayer: durante décadas. El fracaso del aparato de partidos para gestionar la demanda social prohijó a Trump como a Bukele, a Evo como a Correa, a Chávez como a AMLO como a Pedro Castillo y siguen las firmas.

Las identidades políticas son cruciales para comprender el comportamiento de las personas cuando votan. Dice el cientista político peruano Carlos Meléndez Guerrero, investigador del Instituto de Investigación en Ciencias Sociales de la Universidad Diego Portales, en Santiago de Chile, que quien elige un partido define cierta lealtad: al votar por él, no votaría por otros. La idea de la identidad política ha tenido poca atención en el estudio del populismo, aun cuando, dice Meléndez Guerrero, «el populismo sólo puede prosperar cuando existe una identidad política antisistema» que denota «una repulsión emocional y racional hacia todos los partidos».[5]

A Amado Líder, hemos dicho, lo parieron las contradicciones de nuestras sociedades y los fracasos de un sistema político que parece haber ensanchado la brecha de la desigualdad y olvidado la agenda social que prometía jubilaciones justas, salarios dignos, salud pública y empleos. El resultado ha sido un enojo pragmático y existencial a la vez. «Dar derechos no significa nada si la gente no puede participar también del sistema económico», dice el historiador Shumway.[6]

VENCEREMOS —SIN QUE SE CORRA EL RÍMEL

De algún modo, sin buen futuro a la vista, querer acabar con todo es una reacción muy humana. Impotente, irracional y brusca: intrínsecamente humana. Nadie los quiere para sí, pero todos hemos atravesado malos momentos y actuado del modo menos aconsejable.

Ahora lleven al extremo esa idea: imaginen a miles, millones, atosigados de impotencia, desconfiados de las promesas reiteradas que rara vez se materializan — o que en el mejor de los casos lo hacen a destiempo, cuando ellos ya no tienen fuerza o edad para adaptarse a los cambios—, mírenlos enfrentarse a un miedo atávico que crece en su imaginación —el miedo por desconocimiento—, y piensen cómo esa neblina se encaja en el cerebro hasta proyectar una pantalla traslúcida frente a los ojos.

Amado Líder es hijo del desasosiego. Alguien dejó de representar a millones, y algo —una nación— dejó de contenerlos. Ante crisis significativas —y eso incluye la *sucesión de crisis*—, los ciudadanos pierden confianza en la capacidad de sus líderes para resolver los problemas, y no creen que el país en el que viven sea el país que se merecen. El escepticismo no siempre deriva en el surgimiento de líderes populistas, autoritarios y autócratas, por supuesto, pero los demagogos consumados olfatean cuando las personas creen que se han agotado todas las opciones usuales, y que el futuro, para ser factible, necesita un sacudón en el presente. Ya. *Orita.*

Se ha dicho: Amado Líder surge cuando se desmorona la creencia en ese proyecto compartido llamado nación, cuando se debilita la capacidad de los individuos para confiar en que, juntos, dirigentes y ciudadanos, pueden entregarse a esfuerzos combinados para mantener un proyecto colectivo que incluya diferentes ideologías, culturas y formas de vida. Amado Líder provee seguridad en la incertidumbre: reduce la complejidad del mundo a una expresión comprensible para individuos superados por la circunstancia. Es un recurso simplificador, infantil de tan simple: un hombre —o mujer— que sea capaz de aglutinar *en sí* las respuestas a todo.

El Mesías, un Salvador.

El proyecto gana tracción cuando se ofrece como una apuesta democrática. Los populismos modernos participan de la democracia electoral y se someten con frecuencia a referendos y al juicio de las urnas, mas reniegan a menudo del ejercicio democrático posterior una vez que se trepan al sillón presidencial. Son simulaciones,

maquillaje electoralista, en no pocos casos cubriendo una gestión autoritaria.

El principio rector que articula al movimiento de Amado Líder es la confianza —la fe— en la sabiduría del jefe. Sus organizaciones son verticalistas y jerárquicas. Reconocen en el patriarca —incluso cuando es una mujer: suele masculizarse— la encarnación de la sabiduría para resolver la crisis de identidad del país, la nación o la tribu.

Esa relación ascendente —la masa deja en el líder las decisiones del conjunto— requiere sublimar la individualidad, concentrándola en la figura del jefe, al menos parcialmente. Para eso, Amado Líder debe presentarse como un hombre de El Pueblo. Debe ser *uno de Nosotros*. Así no comparta ni clase ni educación ni relaciones, el artificio tiene que igualarlo al hombre de la calle. El lenguaje actúa como un arma: la pantalla perfecta para ocultar la realidad y crear el relato de reemplazo.

Cristina Fernández decía en 2021, al defender la compra de vacunas a Rusia y China por parte del gobierno argentino:

> Esto no es ideología. Néstor y yo de vacaciones a Moscú o a Beijing no nos fuimos nunca. ¿Saben dónde íbamos? A Nueva York y a Orlando. Sí, a Disney. Néstor disfrutaba como un chico Disney World. Lo que pasa es que nunca confundimos nuestros gustos y preferencias personales con los intereses nacionales, como hacen otros. Aunque me guste Nueva York yo sé cómo tengo que defender los intereses de la República Argentina.[7]

Brillante, y todo dicho sin que se corra el rímel.

He aquí otro breve ejercicio discursivo. PDVSA ha sido la caja fiscal de Venezuela, a cuyo banco central nutre de petrodólares, y hasta la Revolución Bolivariana compitió por el liderazgo latinoamericano con la brasileña Petrobrás y con la mexicana Pemex. Tras años de deterioro, que incluyeron paros y el despido de 20.000 empleados, así como severos problemas operativos, administrativos y logísticos, PDVSA pasó a ocupar el tercer puesto entre las empresas petroleras de la región. En junio de 2021, Tareck el-Aissami, el ministro del petróleo de Maduro, lanzó un breve video proselitista que prometía regresarla a posiciones notorias en el mundo:

> A toda la clase trabajadora de la gran PDVSA: llegó la hora de la

> Venezuela potencia. Contamos contigo, querido compatriota, querido hermano de clase, querido trabajador, querida trabajadora. Vamos a rescatar y a colocar a PDVSA en la vanguardia, donde siempre ha estado y donde siempre estará. PDVSA, la gran industria, la PDVSA potencia. Venceremos.

Si en CFK el discurso es una justificación cínica, en el mensaje de el-Aissami habitan los rasgos propios de los discursos de orden, distintivos de las revoluciones y las dictaduras militares: la nación siempre está arribando a un momento clave, un punto de inflexión en el que se harán cosas importantes —«llegó la hora de la Venezuela potencia». Hay una promesa a cumplir —«vamos a rescatar» a PDVSA— que se renueva siempre pues rara vez se materializa. Como si no fuera responsable, el discurso populista descontextualiza la crisis y la coloca fuera de su tiempo, ya sea mediante una acusación directa o apelando a una construcción tácita —todo el discurso de el-Aissami supone que *alguien* dañó a la empresa *antes*. Jamás está ausente la invocación del otro subjetivado, del destinatario emocional del discurso: «Contamos contigo, querido compatriota, querido hermano de clase, querido trabajador, querida trabajadora». Y no falta la apuesta —como Trump en sus discursos de MAGA— del regreso al pasado mítico: «Vamos a rescatar y a colocar a PDVSA en la vanguardia, donde siempre ha estado y donde siempre estará. PDVSA, la gran industria, la PDVSA potencia. Venceremos».[8]

Amado Líder debe realzar las cualidades del ciudadano medio, presentándolo como la esencia de la nación. Para eso, adoptará su discurso o sus formas. Se mostrará intolerante, prejuicioso o brutal —porque las personas tenemos momentos de intolerancia, prejuicio y brutalidad. Será amable, simpático, querendón —otra vez, como cualquiera. El artificio también ha de presentar a un hombre que *dice lo que piensa*, ajeno a las cortapisas y al discurso formal y cuidadoso de los políticos profesionales. Porque dice las cosas como son, porque es un hombre como nosotros, porque, por lo tanto, tiene nuestros mismos tropiezos, las fallas de Amado Líder serán percibidas como auténticas, mientras que los esfuerzos y el comportamiento de sus opositores acabarán señalados como artificiosos e hipócritas.

Aunque el caudillo sea deshonesto —no es quien dice ser, no vive como El Pueblo—, la resistencia a los políticos del *establishment* será siempre mayor. Todo actor que participa de la trama

democrática sabe que el ejercicio de la política demanda subterfugios y estrategias indirectas para equilibrar la consecución de sus propios objetivos sin generar enemigos demasiado poderosos en el camino. Pero el demagogo que rompe con la hipocresía se presenta como el campeón de los excluidos: es un campeón de las verdades reveladas y el dueño de la honestidad.

Decía Perón: «Para conducir a un pueblo la primera condición es que uno haya salido del pueblo, que sienta y piense como el pueblo». Y luego: «Quien se dedica a la conducción debe ser profundamente humanista: el conductor siempre trabaja para los demás, jamás para él». Al ser el vocero de los olvidados, Amado Líder debe atacar cualquier expresión del *establishment*, pues aunque formase parte de él, será visto en todo caso como el traidor de una clase expoliadora. Esa autenticidad aparente es necesaria para su segundo paso: tras descalificar a los operadores tradicionales de la política y de la economía, debe profundizar la división, a la vez que se ofrece como el único reparador posible del conflicto.

[·]

El peligro está a la vista, pero a veces es difícil percibirlo porque en la cotidianidad, mientras se expresa, no tenemos distancia de los hechos. La degradación es progresiva, tanto en el discurso como en la práctica. En ocasiones, aquellos que podrían intentar detenerla menosprecian el poder de la aplanadora populista. En otras, parece producto de una fuerza tan inasible como inevitable. Es como le sucede la rana en el agua caliente, que —al hervir poco a poco— no se da cuenta del peligro hasta que la muerte la alcanza.

Los partidos tradicionales y el establishment suelen ser lentos para reaccionar ante la velocidad de los fenómenos de masas. Amado Líder a menudo es un *one man party*, factótum e inspirador de movimientos que giran alrededor de su figura. Los demagogos más hábiles han sabido aprovechar su intrínseca condición mesiánica para hacer valer sus pretensiones.

Platón sabía que la democracia —ya en su imperfecta génesis griega— reunía las condiciones de libertad suficientes para que un demagogo listo las aprovechara y tomase el poder. Los hombres, sabemos desde el griego, buscan un líder fuerte antes que autogobernarse. Y así es: Amado Líder llega al poder mediante esa misma democracia que pronto destruirá.

El razonamiento es clásico. Una democracia auténtica crea los fundamentos de su autodestrucción, pues al facilitar el debate de ideas, fertiliza el terreno para que también prospere un futuro autócrata. La libre discusión es un escenario con el *spotlight* dispuesto en el lugar preciso para que actúe el demagogo: desde allí puede repartir filípicas e invectivas que corroan un sistema desgastado. «Quedará como una de las mejores bromas de la democracia, que les haya dado a sus enemigos mortales los medios por los cuales fue destruida», dijo alguna vez Joseph Goebbels, el ministro de propaganda del nazismo.

Nuestras democracias tienen otro problema adicional: son injustas. La inequidad y las brechas de acceso a la riqueza crean sociedades de múltiples velocidades. Los que poseen más recursos tienen también mayores posibilidades de aprovechar las oportunidades en comparación con las familias menos favorecidas. Y en general, quienes viven una vida relativamente cómoda asocian el buen pasar al esfuerzo personal —real en la mayor parte de las ocasiones— sin advertir su posición relativa de privilegio sobre los más pobres. A la inversa, los pobres sienten que los demás tienen chances que ellos jamás poseerán. Desigualdades explosivas esperando un fósforo en la mecha.

No es inusual que en las revueltas los más jodidos acaben asaltando los barrios de las clases medias y no las casas de los más ricos. Y no es sólo porque los barrios adinerados estén protegidos por vallados y guardias, y los de las familias clasemedieras tengan libre acceso; es porque son quienes están inmediatamente encima de ellos en la escala social: representan el pie más cercano sobre sus cabezas.

Cuando las expectativas e ilusiones de la mayoría no encuentran correas de transmisión, ni agentes políticos capaces de solucionar sus problemas, es sólo cuestión de tiempo para que deriven hacia el nihilismo o hacia el apoyo de alternativas antisistémicas. En buena medida, todo Amado Líder es un revolucionario que desmonta porciones del *establishment* democrático y también un conservador que alimenta su poder construyendo alianzas hegemónicas que instauren un nuevo orden perdurable.

En lo posible, aspira a una nueva nación con él como padre fundador. Los populismos autoritarios más longevos —las revoluciones cubana, bolivariana y sandinista— reinventaron el *ethos* de sus países con nuevos símbolos y mitos fundacionales.

Siempre es posible que eso suceda en otras sociedades. Activen su imaginación: llegan al National Mall de Washington, y pueden ver a un lado el obelisco, por allí el Capitolio, más allá el majestuoso Monumento a Lincoln, y rodeado de verde, en el centro de la explanada pública, una fastuosa estatua de doce, quince o veinte metros de Donald J. Trump. Dorada. Quince dólares la entrada: pagas por tu nueva patria. Pudo pasar y —*hello, Clarice*— aun puede.

SI UN LEÓN PUDIERA HABLAR

«La totalidad de los animales y una aplastante mayoría de los hombres viven sin sentir nunca la menor necesidad de justificación», escribe Michel Houellebecq en *Sumisión*. «Viven porque viven y eso es todo, así es como razonan; luego supongo que mueren porque mueren, y con eso, a sus ojos, acaba el análisis».

Tendemos a racionalizar todo, claro. Somos liberales: el mundo ha de avanzar por la senda de la ciencia y de las ideas, la filosofía y el whisky (*single malt, neat*); la historia jamás acabará. Pero es posible que esa misma racionalización contamine nuestros análisis, que pongamos demasiado de deseo personal donde debiera haber análisis descarnado. El voto a Trump pudo estar marcado por cuestiones prosaicas tanto en 2016 como en 2020. Trump fue un presidente y un candidato sin políticas: sólo tuvo anuncios. Una vez que rascas la superficie, te das cuenta de que ninguna de sus ideas tenía más de dos centímetros de profundidad. Quien ponía la masa cerebral no era el presidente. Eran el GOP y los —no escupan— intelectuales de la Casa Blanca.

En su mito, Casandra es una pitonisa que anuncia las fatalidades sólo para ver que los hombres, o no la entienden, o la ignoran. La fatalidad liberal estaba allí pero sólo nosotros, los liberales, no la vimos. Trump hizo campaña en 2016 en pueblos chicos de Wisconsin y Michigan e iba a Pennsylvania, donde estaba cantado —cerrado con candado y con la llave revoleada lejos— que ganaría Hillary. Esos eran territorios de *blue collars* demócratas, ya que representan el norte y el oeste del país, no Texas, no Alabama y no el suroeste. ¿Qué tan listo podía ser un tipo que viajaba adonde el pescado estaba vendido? (Por supuesto, Trump ganó allí.)

El efecto túnel es peligroso porque elimina el contexto y la perspectiva, y los liberales fuimos al matadero caminando como

caballos con anteojeras. Mientras las ciudades *daban bien* para Hillary, Trump subía a su ambulancia una armada de desdentados y heridos en los pueblos rurales que nadie más quería recorrer. Biden debió esforzarse para recuperar cada uno de esos estados. Esto suele suceder cuando menosprecias a John People, y John People te pega un hostiazo que recordarás toda tu vida.

Pero he allí el punto: John People no importó por un buen tiempo. Sólo a los *junkies* ideológicamente comprometidos, así como a los liberales, les interesan las cuestiones de fondo, ¿verdad? *Big politics*, eso. La interpretación de paradigmas, la arqueología de la Historia, oficiar de antropólogos de tanto que llegamos al *micromanagement*. El detalle del detalle del detalle. Jerarquizamos, catalogamos, anotamos. Pronunciamos teorías, las llevamos a las universidades, convencemos a una nueva generación de jóvenes profesionales de qué es lo correcto, nos vamos a beber todos felices.

Y no.

Como suele suceder, detrás del cortinado hay otra vida. El grueso de la población de nuestras naciones tiene como actividades principales el trabajo, el consumo y la vida social social y familiar. No tienen interés por las grandes cuestiones más allá de si esas grandes cuestiones, de algún modo concreto, afectan su realidad próxima. ¿Información, debate? *What is that for, why should I?* Basta tener lo mínimo para creer que uno no se pierde los grandes hechos. Para tomar decisiones importantes están los profesionales. Para eso elegimos congresistas, gobernadores, presidente cada cuatro, cinco, seis años.

En los pueblos mineros de West Virginia, en las fábricas de Michigan y en las siderúrgicas de Pennsylvania querían trabajos, no debates sobre la propiedad del *woke movement*. Quieren, ahora mismo, pagar la renta a fin de mes y las cuentas del médico, no ocuparse de los derechos de los perros. En esas ciudades —situadas al filo de la resignación— el cambio climático es un asunto filosóficamente lejano así se manifieste cotidiamente a simple vista. La vida se decide *pay check after pay check*. ¿Quién tiene para comprar un Tesla? Si Trump ofrecía trabajo, bienvenido sea. Si Hillary ofrecía un mundo sostenible, *sorry madam,* ¿eso paga la cuota escolar? Cuando un minero del carbón votó por Trump fue porque ofreció, directa y simplemente, *a bunch of jobs*. Cuando Hillary prometió nuevas regulaciones contra industrias sucias para reducir el impacto del cambio climático y favorecer una matriz

energética renovable, la traducción fue simple: *not a lot of jobs*.

La defensa del medio ambiente es un lujo de gente con la vida resulta, no para quien tiene deudas, niños, un futuro no muy promisorio, está enfermo o demasiado viejo, y su educación ya era apenas básica para la economía del siglo XX cuando le tocó enfrentar el pelotazo del XXI. El mundo puede ir para otro lado, claro, pero para quien vive en la ansiedad y camina sobre una cuerda delgada, el mundo sigue yendo para donde fue siempre. Trabajo, no medio ambiente. Plata en el bolsillo, no palabras de oenegé.

En las elecciones que le dieron el triunfo a Trump, y también en las subsiguientes, cuando Biden impidió su reelección, se jugaron dos paradigmas de nación; dos modelos que no parecen dispuestos a propósito para el diálogo. Hoy los demócratas tienen más miedo a que los republicanos destruyan el país a que lo hagan Rusia o China. El sentimiento es idéntico en el campamento vecino.

«Si un león pudiera hablar», escribió el filósofo Ludwig van Wittgenstein, «no lo entenderíamos». La máquina lingüística —la manera en que construimos el mundo, el filtro ideológico con el que lo miramos— es imperfecta, y solo es capaz de definir a través de mecanismos de exclusión e inclusión conceptual. «Esto nos deja con la pregunta: si un león pudiera hablar, probablemente podríamos entenderlo», planteó Peter Budiansky. «Él ya no sería un león; o, tal vez, su mente ya no sería la de un león». [9]

Bien: mientras el mundo nos pasa por encima, algunos se pusieron a aprender lionés. Entre *talkers* y *doers*, el hacedor gana: nadie aguanta demasiado tiempo un discurso moralista. A los toros se los agarra por los cuernos, no con un digesto de la Escuela de Frankfurt. Hay que salir a la calle y hacer *algo*. Ensuciarse en el barro de las contradicciones. Menos charla, más acción. Aprendes de la praxis en la práctica. No recuperas una nación —o la mera idea de comunidad— empujando a los que te caen mal hacia el barranco o poniendo a los mugrientos bajo la alfombra. Tendrás que vivir con ellos, dialogar con los sensatos, tolerarte con los necios —también serás visto así— y, por supuesto, perseguir, enjuiciar y encarcelar a los hijos de puta violentos.

Es, al cabo, hacer política. Dice Mark Lilla, en *The Once and Future Liberal*:

> Si deseas recuperar el país de la derecha y lograr un cambio duradero

> para las personas que te importan, es hora de descender del púlpito. Y una vez que desciendas, aprende a escuchar e imaginar. Necesitas visitar, aunque sólo sea con tu mente, lugares donde no existe wi-fi, el café es malo y tendrás que desear publicar una foto de tu cena en Instagram. Y donde comerás con personas que dan gracias genuinas por esa cena en una oración. No los menosprecies [. . .] Así como no pensarías en descartar las creencias de otra cultura como mera ignorancia, no atribuyas automáticamente lo que estás escuchando a la máquina mediática de la derecha (por repugnante y corruptora que sea). Trata de escuchar qué hay detrás de las falsas afirmaciones y mira si puedes usarlo para establecer una conexión. La política democrática se trata de persuasión, no de autoexpresión. *Estoy aquí, soy marica* nunca provocará más que una palmada en la cabeza o echar los ojos hacia atrás. Acepta que nunca estarás de acuerdo con la gente en todo —al cabo, eso es lo que se espera de una democracia.[10]

En el campamento vecino, entre aquellos que han vivido bajo un modelo de país —de economía, de ideología, de nación— que se evapora, el escenario no precisa demasiadas explicaciones. Ellos enfrentaban de manera pragmática una situación que los liberales biempensantes —adoradores de las estrategias sostenibles— no contemplamos: muchos no toleraban la prepotencia, el sexismo y la estupidez ignorante de Trump, pero lo votaron porque ofrecía ideas simples y reconocibles. Un mundo comprensible. Trabajos para quienes carecen de ellos; dinero para blindar fronteras que algunos creen necesario amurallar; prohibiciones para extranjeros que se suponen peligrosos; matrimonios entre hombres y mujeres, y no de John con John —más cuando no saben si John es realmente John y no Rachel.

GRAB THE SHOVEL

Dice bien Lilla que «vamos a la política con el país que tenemos, no con el país que desearíamos tener». [11] La derecha suele reconocer un problema y toma las armas por él —es una metáfora, *pípol*—; la izquierda, en cambio, suele hacer una condena moral del país que no es como debiera ser, y entra en el debate político envuelta en ese *deber ser* , en lugar de asumir que lo que ves es lo que hay, y que tendrás que trabajar con eso. *Life is tough, kiddo. Grab the shovel.* La izquierda, que se presume cerca de los pobres, critica desde la altura de un púlpito. Es *posmo* y livianita. La derecha no le teme a

su propia mugre. Y esa es la esencia de la *realpolitik*: la practicidad por sobre la moral. Vas a la política con el país que tienes no con el que deseas tener.

We failed, liberals. Miserably.

Nuestro desajuste de percepción costó, tal vez, los próximos veinte o treinta años —toda una generación— de cambios sociales en los Estados Unidos. ¿Sucederá lo mismo en México? ¿Qué costos adicionales traerá el populismo kirchnerista a las crisis recurrentes de Argentina? ¿Podrán desactivar a tiempo en Brasil la dinamita que el autoritarismo de Bolsonaro inyectó en una nación en tensión racial y social?[12]

Voté en Estados Unidos, por primera vez, cuando Hillary *debía* ganarle a Trump. Liberales como somos, nuestra convicción entonces era que *debía importar* la indecencia de Trump, la ignorancia de Trump, la brutalidad y la violencia de Trump. Pero ese discurso se movía sobre la epidermis, no en el tejido subcutáneo de las decisiones personales. Millones de ciudadanos prefirieron obviar todo eso. Esto no es lo correcto, pero ¿acaso lo correcto es siempre determinante?

Pongamos, por ejemplo, que hablamos sucio. *There is dirty talk everywhere. We know that, right*? Los esposos, los amigos, las familias en sus reuniones de Navidad, los que sexteamos. Hay realismo sucio en cada esquina de la vida, pero uno no espera ese comportamiento en un candidato presidencial. Hay una carga moral distinta cuando se trata de la función pública. Recuerden a Anthony Weiner —el demócrata que se entretenía enviando fotos de su pene a algunas mujeres— o a los senadores republicanos afectos a los encuentros escabrosos en las sombras. Recuerden, para poner un ejemplo notable, el *impeachment* a Bill Clinton.

El realismo sucio de Trump se respira en las ciudades chicas de Estados Unidos, en sus pequeños pueblos rurales y en los extramuros de las capitales podridas del Rust Belt; en los bares del medio oeste, en las tardes lentas de las planicies del centro y en los hediondos campos petroleros de Texas. La gente habla sucio, piensa chancho, hace cosas raras. El realismo autoritario se respira en Brasil porque, de lo contrario, Bolsonaro no sería presidente. El realismo clientelar, nepotista y corrupto es indiscutible en Argentina. Es también realismo duro, crudo y sucio el que millones de mexicanos no teman poner en riesgo a sus instituciones democráticas mientras sientan que López Obrador les habla a ellos y

trabaja para ellos o —cuando menos— que no trabaja para Los Otros. Y eso ya es mucho decir en un país que ha estado dominado por élites clasistas y racistas.

Hay dos grandes componentes en la construcción de un líder mesiánico, me dijo una noche desde Ciudad de México la académica Flavia Freidenberg, investigadora del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM: el simbólico y el material. «Durante cierto tiempo hice investigación en la Isla Trinitaria, al sur de Guayaquil, una zona muy pobre y olvidada por los políticos», cuenta. «Eran los tiempos de Rafael Correa y allí la gente estaba con él más allá de cualquier cosa. Una persona me lo dijo: "Por primera vez nos miran". La gente encuentra en el líder carismático algo que los demás no les han dado: les dan dignidad».

El componente material es más tangible: dinero. Los populismos llevan a niveles más amplios la distribución de recursos, de manera clientelar o no. Durante tres años, entre 2018 y 2021, de cara a las elecciones, el gobierno de AMLO repartió fondos públicos masivamente entre los más pobres del país, donde residía la base electoral del presidente. De repente, personas que no recibían nada del Estado pasaron a tener dinero contante de uno, dos o cuatro planes de asistencia pública. En Argentina, un exfuncionario público pro-peronista me contó que la hija de su empleada doméstica recibe en subsidios directos del gobierno de Alberto Fernández casi la misma cantidad que gana la madre cuidando niños. Unas semanas después, otro exfuncionario —esta vez un macrista— me dijo lo mismo. «Es muy difícil romper ese vínculo».

En México sucede algo similar. AMLO destruyó la política social previa, como los programas Oportunidades o el Seguro Popular, ambos focalizados, con padrón de beneficiarios y reglas de operación, y los sustituyó por programas de reparto de efectivo para jóvenes, el campo o los pensionados. «El resultado es menor bienestar de la población, sin que se haya convertido en votos», me dijo el economista Macario Schettino. «Es decir, se demuestra que regresar a políticas asistencialistas no funciona, ni en reducir pobreza ni en comprar votos».

Los equivocados fuimos nosotros, sí-sí: nuestras aspiraciones de un mundo mejor, limpio y aromático, se estrellaron contra las manos callosas de ignotos operarios industriales; contra la mugre de tipos que deben olfatear petróleo a pie de trépano, o absorber el olor a bosta de los establos, la grasa que penetra las narices en las

pollerías y en los mataderos. Del pobre de toda pobreza que vive de una arepa o de una simple pupusa en una banquina de un barrio desangelado. Del que ha aprendido a comer con menos de un dólar diario, como el chico que vio caer los vagones de la Línea 12 del Metro en la Ciudad de México. La vida real es más dura fuera de las ciudades de edificios altos y de nuestras oficinas de graduados universitarios con temperatura regulada y asientos ergonómicos.

Quiero decir: Trump dijo *grab her by the pussy* y todos protestamos porque estaba y está mal, pero —vamos— fuera de una competencia electoral, fuera de los micrófonos y las luces, *grab her by the pussy* es más que una excepción. Es usual. Y el 'fifís' de AMLO es agresivo y nada constructivo, pero da igual. Metafóricamente, el realismo sucio, amoral o inmoral, machista o *border* tiene una normalidad ganada. Puede que no suceda en nuestros clubes chic, pero vayan a un vestuario de fútbol, a una cena de amigos de secundaria, a los bares de los márgenes y no tanto. ¿Cómo eso iba a ser un problema para los electores de Trump? ¿Por qué ha de ser el autoritarismo de mi Amado Líder —Bolsonaro, AMLO, Maduro, Ortega & Co— un problema para mí, que quiero votarlo porque «por primera vez nos miran» si es a Los Otros a quienes vamos a cagar?

Problema es para nosotros, liberales contenidos por convicción o por temor al castigo social. Pero no lo fue —caramba— para más de la mitad de las mujeres blancas que votaron por Trump, para más de la mitad de los pobres que votaron por AMLO[13] o para la enorme minoría de blancos que elevó a Bolsonaro en Brasil.[14]

Durante cuatro años, Trump espantó a la sensibilidad liberal. ¿Recuerdan cuando imitó, en plan burlesco, a un periodista discapacitado? ¿Y cuando acusó de animadversión a un juez de origen mexicano precisamente por eso, por su origen mexicano —y la gente, concluiremos, le creyó? ¿Cómo fue que no tuvo más que desdén para las familias puertorriqueñas que soportaron un terrible huracán? ¿Y su maltrato en el pasado, en campaña, hacia una Miss Universo latina a la que consideró poco más que un cerdo, y a quien llamó *Miss Housekeeping*? Todo eso fue tolerable para sus votantes, lo mismo que cuando insultó a una periodista inquisitiva, quien —dijo— tenía demasiada sangre saliendo por su cuerpo, en alusión a un presunto cambio de humor durante la menstruación. O cuando dijo que Haití y otros países rotos eran *shitholes*. O cuando despreció a sus aliados en Europa, y pidió dinero a cambio de protección —

badabim badaboom, Tony Soprano.

Fue bruto, incivilizado. *Para nosotros.* Para otros muchos, las mujeres cambian de humor cuando tienen la menstruación, y la suya era una broma *on the spot*; el periodista discapacitado no era sino un debilucho y el chiste tampoco era gran cosa; los puertorriqueños, unos latinos vividores de los impuestos del *good old White American Man* de Hank Bukoswki. Y esas mujeres feas, pues, bueno, pues, son feas: tampoco ellos saldrían con ellas.

Escribí en julio de 2016, tras la Convención Nacional Demócrata que nominó a Hillary:

> Fue caluroso en Filadelfia y fue fervoroso y fue, sobre todo, histórico. Hillary Clinton es ahora la primera mujer que puede suceder al primer presidente negro de Estados Unidos, y ese es mi lado sano del caleidoscopio del inicio de este largo cuento. El malo, el desacomodado, me muestra que en este mismo país casi la mitad de la población puede mirarse al espejo cada mañana, besar a sus hijos con todo el amor que uno puede y, con una sonrisa beatífica, acabar votando a Donald Trump.[15]

Lo hicieron en 2016 y repitieron en 2020. Trump perdió la reelección con Biden por siete millones de votos. El 51 por ciento de los estadounidenses votaron por el Partido Demócrata. Y aun así, pese a cuatro años de degradación moral y ética, el 3 de noviembre de 2020 Trump ganó todo el centro del país, de sur a norte, Florida, Alaska y las Carolinas. Casi todas las planicies fueron para él, y por supuesto, Texas y —excluido Georgia— todos los viejos estados racistas del sur. Setenta-y-cuatro-millones-de-personas eligieron votar por un tipo deleznable que durante cuatro años superó la definición de ese calificativo. Setenta-y-cuatro-millones-de-personas. ¿Es mucho? Lo es, y es peor: en 2016, Trump recibió 63 millones de votos, once millones menos que en 2020. Tras cuatro años de estulticia y prevaricación, Trump recibió más votos que nunca.

Y lo votaron libremente, sin que nadie les pusiera pistolas en la frente. Porque quisieron. Porque era *su* Amado Líder.

En uno de los episodios del final de la temporada de «Parks and Recreation», Leslie Knope, la concejala interpretada por Amy Poehler, debe enfrentar a su némesis, Jeremy Jamms, el dentista del pueblo, para renovar su puesto. Knope propone entonces añadir flúor al agua potable de Pawnee, su pueblo, pero Jamms —que se opone— le ofrece resistencia mediante una campaña brutal, aliado

con la compañía local de refrescos. «Yo tengo de mi lado hechos, ciencia y razón, y todo lo que él hace es sembrar el terror. . .», dice Knope a su asistente. «Oh, Dios. . . ¡va a ganar!»

Donald-vive-en-su-propia-realidad resultó ser *Liberales-ustedes-vivenen-su-propia-realidad.*

EL ZORRO ERA ZORRO

Amado Líder promete ser distinto a sus antecesores y levantar al país. Recuperarlo. Tomarlo de este mal presente y lanzarlo hacia un futuro en reversa, porque el espejo en que se mira está en el pasado, en el mito fundador, la idealización de una nación que ya no existe —o que nunca existió. Para conseguirlo demanda a la ciudadanía una renuncia crítica: declamar una fe indiscutible en su razón. Si algo debe primar en un plan mesiánico es la verdad incorruptible del líder. A vos me entrego, oh mi Señor.

Escribí sobre los parecidos entre Trump y López Obrador cuando ambos todavía compartían la magistratura:

> En el traje a la medida que el mesiánico construye, el mundo ha de ajustarse a su visión. La palabra del Amado Líder es final porque debe ser única. Así, porque él lo dice, se acaba una guerra contra el Estado islámico y otra contra el narcotráfico. Antes de sus presidencias, todo —no algo, no mucho, no poco— era malo; con ellos, todo será mejor. El peor acuerdo de la historia con Irán; Pemex nunca había perdido tanto. Amistades peligrosas con líderes autoritarios; amnistías personales para corruptos mayores. El menor desempleo de la historia; el fin de la violencia. Pagarán por aprovecharse de América; dejaremos de importar petróleo.[16]

Un Amado Líder comparte discurso y maneras mesiánicas con otro Amado Líder. Si, como decía Juan Domingo Perón —el oráculo del *movimientismo*—, para un peronista no hay nada mejor que otro peronista, pues para un populista nada cae tan bien como un compinche. Lo sugirió AMLO poco después de asumir la presidencia: a él, Trump no lo había tratado mal. No dijo 'a México': fue *a él* a quien no maltrató. Trump opera igual: los acuerdos con Corea del Norte no son entre una nación oscura y los Estados Unidos sino entre «Kim» y él. La nación, reducida a un individuo.

Toda crítica es un ataque personal para Amado Líder. La lealtad que apetece para su misión redentora es la lealtad personal, *a él*: no

hay movimiento mesiánico que no gire en torno a su jefe. Si Amado Líder ve que su pueblo se desvía, lo corregirá primero como un padre. Si se resiste a seguir su señal, montará en cólera, ahora como un padre colérico. Obediencia y verticalismo —no la contradicción que puede mejorarnos— son condiciones *sine qua non* de su proyecto. El culto a la personalidad es inagotable: siempre demanda más. Heroína mesiánica.

Amado Líder dice querer cambiar las reglas para beneficiar a las mayorías, pero construye hegemonías que, a corto o largo plazo, mellan las capacidades del sistema democrático, ergo, de las mayorías. Mucha gente bienintencionada cuestiona *sottovoce* las malas artes de sus líderes —porque saben que tienen el poder de acabar con su carrera— pero le dan su voto de confianza, aunque sea evidente que el caudillo es una aspiradora de poder. Es un gobierno joven, dicen, está aprendiendo.

Hay también millones de biempensantes que creen que un grupo de personas con buenas ideas y cercanía a la intimidad del jefe puede torcer el timón del líder, pues lo asumen malaconsejado. Durante los primeros tres años del gobierno de AMLO, una corte de justificadores e intérpretes se citaban entre sí y se felicitaban a sí mismos por su convicción para defender al líder infalible. Siempre vieron las críticas como ataques al jefe; muchos jugaron el ajedrez para acercarse y obtener el deseado tiempo íntimo. Cientos de voluntaristas creen que pueden hacer cambiar de ideas al caudillo divino sin querer notar que el tipo llegó donde está porque cree en un destino manifiesto.

El *entrismo* tiene un rosario de fracasos, uno de los más sonados —y fatales— en Argentina. Juan Domingo Perón fue un caudillo militarista, un fascista listo, un orador hábil y un todavía más astuto lector de los demás. Convencido como estaba de sí, diestro para las artimañas, Perón jamás dejó de decidir como Perón. Siempre fue un hombre de sí mismo y nadie más que él tenía autoridad sobre sí, ni siquiera El Pueblo del que decía ser soldado. Una vez elegido presidente por primera vez, en 1946, tras haber demostrado que las masas le respondían con una obediencia mística, dijo:

> Le hemos dado al pueblo argentino la oportunidad de elegir, en las elecciones más libres y honestas de la historia argentina, entre nosotros y nuestros adversarios. El pueblo nos ha elegido, por lo tanto ese dilema está solucionado. En Argentina, se hace lo que decidimos.[17]

En 1974, tras el regreso a Argentina de su exilio español, Perón quiso conmemorar otro aniversario de su primer discurso por el Día del Trabajo. La Plaza de Mayo, frente a la casa de gobierno, estaba repleta. La derecha y la izquierda peronistas —los Montoneros— creían, cada uno a su modo, que podían dominar la escena. Los Montoneros, en particular, parecían más determinados. Y lo eran porque creían que todas las señales para la conversión definitiva del jefe estaban allí: durante su larga permanencia en España, Perón había recibido a 'sus' militantes de izquierda en su casa de Puerta de Hierro en Madrid y les había infundido entusiasmo. Pero Perón recibía a todos los sectores del movimiento en el exilio, simplemente porque estaba en el exilio. Ahora que regresaba al poder, el zorro era zorro, Perón era Perón. Y elegía él a quién ungir, sin ánimo de escuchar a nadie más que a su intuición.

De manera que cuando las columnas de la futura guerrilla nacionalista argentina comenzaron a impacientarlo con sus cantos desde la Plaza de Mayo, Perón miró hacia abajo desde el balcón de la Casa Rosada, y enfureció. «Estos estúpidos que gritan», les dijo, «algunos imberbes», pretenden adueñarse de la historia de su movimiento. La izquierda, enojada por el desplante del jefe, frustrada con el hombre al que creían tener de su lado, abandonó la Plaza en masa. Poco tiempo después, ya con la crisis interior desatada y con la mujer de Perón —María Estela Martínez— a cargo de una presidencia inclinada hacia la ultraderecha, Montoneros ingresaría en la clandestinidad de la lucha armada. Tras el golpe militar de 1976, la dictadura pondría a los antiguos estúpidos e imberbes que gritaban entre sus objetivos prioritarios. Cientos de sus militantes y combatientes fueron torturados, desparecidos o asesinados por el terrorismo de Estado autorizado por el propio gobierno peronista y profundizado por la dictadura. Aun así, décadas después de la expulsión de la «juventud maravillosa» de Montoneros, muchos de sus militantes defendían que no había sido Perón sino 'el entorno' el causante de la crisis en Plaza de Mayo.

Amado Líder no vive confundido: hace lo que cree. Podrá haber teatro e impostación para llegar al poder, pero una vez allí, si tiene tintes autoritarios, los mostrará. Si cree que su razón manda —'se hace porque se hace'— no será por clarividencia de estadista —que explica, duda, replantea— sino por la intuición o la testarudez de un convencido que no acepta contraargumentos. La pose es necesaria para seducir, pero en las decisiones reales del poder se ve

quién es quién.

El seguidismo hacia los líderes populistas justifica la operación de caudillismos dañinos, que no dudan en saltarse los sistemas de representación y debilitar la democracia: Amado Líder habla con, por y para la masa, pero actúa para él. Luego, la razón del jefe se iguala con la razón de Estado. Amado Líder no dialoga: impone. No construye: destruye o procura destruir la institucionalidad democrática para montar encima su edificio de favores.

Cuando un líder personalista o una facción autoritaria toman el poder, reemplazan a funcionarios de carrera por soldados afectos, a jueces probos por abogados adictos, y a comandantes y generales de carrera por militares de rangos inferiores que juren lealtad a Amado Líder. «El punto de todo esto no es hacer que el gobierno opere mejor», dice Anne Applebaum en *Twilight of Democracy: The Seductive Lure of Authoritarianism*, un análisis de las formas de construcción del populismo y autoritarismo en Europa. «El punto es hacerlo más parcializado, las cortes más flexibles, más agradecidas con el partido».[18]

Trump nos demostró que no hay un Donald Trump electoral y un Donald Trump gubernamental. Son el mismo. Tenemos memoria corta, porque no fue el primero en recurrir a la campaña permanente para gobernar. Perón, el arquetipo del populista latinoamericano, fue un ávido visitador de pueblos, fábricas y escuelas, que inauguraba cada vez que podía, y solía reunirse en los sindicatos con miles de trabajadores. Trump vivía en campaña porque el proselitismo permanente infla el ánimo social y permite a Amado Líder olfatear las feromonas de la masa. AMLO, igualmente, ha prolongado su campaña ya desde la presidencia, enviando mensajes a la oposición y a los medios en sus viajes de turismo gastronómico por todo México. Chávez efectuaba al menos un acto multitudinario al mes. CFK tenía palcos diseñados para que brillara con todas las luces.

¿Cuándo dejaremos de ser seguidores de líderes carismáticos y empezaremos a ser ciudadanos? Querer que le vaya bien a un presidente, desde Nayib Bukele hasta Andrés Manuel López Obrador, no debiera implicar la renuncia a exigirle que haga bien su trabajo. ¿O sí?

UNA CARCAJADA —Y UNA PAUSA MUY LARGA

Miles, millones de personas han abrazado la fe y se golpean el pecho de amor y de orgullo cuando ven a Jair Bolsonaro, Bukele, Evo, AMLO, Cristina Fernández. Y aun a los decaídos Maduro y Ortega, a Correa y a Fujimori padre, a Álvaro Uribe.

Son creyentes.

Votan por demagogos descarados y gobiernos abiertamente autocráticos o autoritarios —en ocasiones de vocación totalitaria— que fracturan a las naciones, recortan sus derechos y proponen soluciones milagrosas —y por lo mismo imposibles.[19] Lo hacen porque, finalmente, han conseguido ser escuchados. No importa si son candidatos misóginos, xenófobos y racistas; mentirosos y corruptos; sectarios y violentos. Cuán caudillos sean no entra en la ecuación por el lado negativo sino por el favorable. El enojo y la frustración acumuladas de esos creyentes encontró al fin una justificación: alguien hará algo por ellos.

La calidad democrática de nuestros países no ha mejorado con los mesianismos. En nombre de una entelequia que llaman El Pueblo —y que sólo existe en tanto les rinda culto—, muchos líderes de los últimos treinta años han destruido instituciones, gobiernos, economías y futuros. Trabajaron para convertir a los ciudadanos en devotos.

Todo mesianismo saca provecho de la fe de las masas para perpetuar su credo personalista, sin importarle el daño que produzca a la democracia. ¿Para qué la división de poderes si es más práctico cuando uno solo decide? «Síganme, no los voy a defraudar», reclamaba el argentino Menem en los años ‘90. «Créanme», pedía Trump, «porque soy vuestra voz».[20] Si no votaron por mí, no tienen el mismo derecho a criticarme, sugirió AMLO apenas comenzaron los cuestionamientos. Dios me pidió paciencia, apostoló Bukele, cuando en 2020 se metió en la Asamblea legislativa de El Salvador con ganas de mandar a todos al carajo y gobernar según su voluntad y, por supuesto, la del Altísimo.[21]

¿Será que hay que tirar de la misma cuerda? WhatsApp y Twitter han ayudado a millones en el mundo a ganar las calles para exigir resultados y cambios. Funciona. En la Guatemala de 2015, miles de ciudadanos exigieron la renuncia del presidente Otto Pérez Molina y de la vicepresidenta Roxana Baldetti, ambos por corrupción. En Argentina, las mujeres llenaron plazas para reclamar por sus derechos reproductivos y así forzar un cambio en la legislación sobre el aborto. En Bolivia, miles salieron a pedirle a

Evo que dejara de joder, que ya basta de perpetuarse en el poder estirando a su gusto la interpretación de la Constitución. En México —donde se ha demandado durante años el fin de los feminicidios— agrupaciones feministas lograron desnudar la demagogia de López Obrador —«el presidente más feminista de la historia»—[22] cuando decidió cercar el Palacio Nacional con planchas metálicas de más de dos metros de altura, para que las chicas indignadas no le pintaran las paredes.

[·]

Tener una agenda que intente mejorar el desempeño de los gobiernos anteriores es necesaria, claro. Pero no es un cheque en blanco. Por el contrario, debe ser una invitación al debate y a la crítica, tanto de las diatribas de la derecha tradicional como de los morterazos liberales, progresistas y de izquierda. No se trata del palo gratuito, sino de la discusión argumentada y de la demanda razonable. Pero también despiadadas, sí: al gobierno de *los mejores* no se le debería tolerar la mediocridad.

Pero un líder mesiánico, incluso si no es autoritario, necesita control. Reducir las voces disidentes al mínimo; que el único faro sea su visión del mundo. Para ello precisa no sólo manejar el discurso sino el imaginario completo. Requiere que la masa le crea y lo ame, reduciendo su independencia racional. Son buenos para crear enemigos donde sólo hay adversarios.

En situaciones de crisis, las personas pueden conectar de manera incondicional con un líder agresivo. La Historia está atiborrada de ejemplos: Perón, Benito Mussolini, Hitler; Lenin en su momento. En ocasiones, Amado Líder contará con que sus ciudadanos le profesen un amor irracional, como niños necesitados de papá. En momentos de duda e incertidumbre, quien parezca llegar con soluciones significativas —tanto más si son prontas— tendrá oídos.

Hace un tiempo hablaba con un consultor político español en Madrid, que ha trabajado con el Partido Popular y tenía vínculos profesionales —«de respeto mutuo»— con el independentismo catalán. Le pedí que me resumiera cómo se da un proceso de razonamiento, a su juicio, ante un Amado Líder. El reto era complejo, dijo, porque se presta a la caricaturización, pero aceptó. La apuesta era que pudiera lograrlo en un minuto. Esto dijo en 56 segundos:

> Las personas buscan que las cosas funcionen. Vivimos en sociedades saturadas de estímulos, plagadas de propuestas de satisfacción inmediata. Cuando una persona ve que llamando por teléfono a una empresa consigue atención, pero debe esperar horas o días o meses para ser atendido en un hospital público, crea un juicio de valor negativo sobre la gestión del Estado. Cuando intercambia ideas con sus pares —amigos, familia, conocidos: el grupo de influencia—, la retroalimentación refuerza las percepciones negativas. La tribalización de las redes sociales permite que esos enojados se organicen pronto, y pronto actúen en la vida pública. No es de traslación mecánica ni inmediata sino un fenómeno de acumulación y decantación. Cuando al fin esas personas encuentran alguien que comparte su enojo —porque el fondo del asunto es un enojo pragmático con los fallos del sistema— puede que se carguen primero a los viejos líderes, luego a los partidos y finalmente al sistema. ¿Este señor dice que hay dinero para mis hijos a fin de mes porque joderá a todos los poderosos y los privilegiados que «me han robado»? *Fuck democracy*.

La promesa de protección que realiza Amado Líder es pegamento afectivo. Quien cree, ve a su líder más poderoso e inteligente —y tal vez hasta más guapo/a. A los ojos del devoto, es el único capaz de una hazaña redentora que nos regrese el orgullo perdido o nos eleve al lugar que nos merecemos. Ante las críticas, los amantes ofrecerán su apoyo al jefe; el beneficio de la duda siempre será para su imagen idealizada.

En ocasiones extremas, la percepción de la realidad estará tan distorsionada que el caudillo alcanzará una dimensión mítica, suprahumana. En El Salvador ha sucedido que, durante la campaña de vacunación por el coronavirus, la gente ha agradecido la inoculación «a Dios y al presidente Bukele».

Cuando nos enamoramos del líder, transferimos al presente una relación del pasado: buscamos a un padre, a una figura de autoridad que nos cuide y que resuelva por nosotros aquellos problemas que nos resultan insoportables. Si ese padre cumple, el pacto de amor se mantiene y refuerza. Podremos articular mil explicaciones brillantes y descubrir la rueda al juzgar, como hemos hecho, a Trump, a Chávez o a AMLO y a CFK, pero mientras sus seguidores perciban que sus expectativas se cumplen, mantendrán su apoyo incondicional de una manera que nos parecerá irracional.

El problema es que Amado Líder no expresa amor sincero: la masa es útil para él en tanto provee y legitima su poder. Sirve para perpetuar su credo —el plan inicial de todo Amado Líder es

quedarse en el poder o colocar a un eunuco obediente. Es un engaño, un Ponzi político perpetrado, a menudo, por un estafador serial. El líder autocrático establece su relación con las masas seduciéndolas, luego tratando de llevarlas adonde quiere. Ni empatía ni igualdad: dominio de patriarca. Hay un mandamás, generalmente un jefazo y en ocasiones una jefaza —hola, Cristina— a quien el pueblo se somete, *voluntariamente*. En su discurso del 6 de enero de 2021, Trump fue el patriarca de una masa adolescente: si quieren ser adultos, les dio a entender, recuperen el país. Tomar el Capitolio era la forma de conseguir el amor de papá.

Recuerda Simonetta Falasca-Zamponi en *Fascist Spectacle* que una vez le preguntaron a Benito Mussolini si un dictador podía ser amado. «Sí», dijo. «Cuando la masa es al mismo tiempo temerosa de él: la masa ama a los hombres fuertes. La masa es femenina».

EL FIERECILLO DOMADO

Amado Líder nunca es débil. Es, siempre, un machazo. Un hombre de mil atributos.

Falo enhiesto, masculinidad indudable. Il Duce: vean esas imágenes de barbilla alta, pechito inflado. Hitler: actuando eufórico y con teatralidad militar, rodeado de marcialidad clásica. Los rusos: Stalin, Lenin, Brezhnev —con bañador y pelo en pecho— y el borracho de Yeltsin. Los *memes* del súper cosaco Vladimir Putin montando caballos, y osos, y Migs, todo a pelo. Trump estirando el cuello para tomar aire, desfogado, brutalmente diezmado por el coronavirus —saludando, al final, con venia militar a su helicóptero presidencial, que despega después de regresarlo del hospital donde lo internaron al hogar, la Casa Blanca: *Mission accomplished.*

No soy feminista —o quizás debiera decir que no comprendo la estupidez incendiaria—, pero tengo claro que el macho es, por definición, dominante, impositivo. Autoritario. Y si lo dejan, también abusador.

El populismo está hipermasculinizado y en las *macho politics* la virilidad debe ser siempre demostrada, porque —*hi, Sigmund*— está continuamente en duda. Amado Líder está obligado a probar su potencia sexual y su fortaleza, ante sí mismo y ante los demás hombres. Conquistar a mujeres que otros hombres apetecen realza la figura ganadora del seductor. «Las mujeres se transforman en un tipo de moneda que los hombres usan para mejorar su rango en la

escala social de la virilidad», dice Michael S. Kimmel en «Masculinity as Homophobia».[23]

Trump es un caso consumado de la conversión de la mujer en objeto, y de las *macho politics* sin culpa. Ha maltratado a decenas de ellas y ha sido acusado de abuso y violencia sexual —la escritora E. Jean Carroll representó el caso más significativo, pues llegó hasta un juicio por violación al comienzo de 2021.[24] Trump mismo se ha vanagloriado de su acoso —«puedes hacer lo que quieras porque eres famoso»— y ha intentado escapar de pleitos legales mediante acuerdos extrajudiciales con varias denunciantes.[25] Sus mítines son una celebración del *winner*. En sus discursos, los débiles siempre pierden y él siempre gana. Sus ataques a la corrección política constituyen, en sí, una reivindicación del macho: hacer y decir lo que quiera. Con Trump no hay dudas: quien manda, tiene pene.* Y lo tiene que tener muy grande, mis amores.

Políticamente, Trump ha actuado de manera similar, es decir, como un abusador. Cuando ha elegido mujeres para su gobierno, la inmensa mayoría carecía de las capacidades profesionales para el cargo, pero eran el tipo de *bombshell* que él prefiere: estaban allí para su regodeo. Trump considera a la mitad de los Estados Unidos —sus mujeres— como un mero depósito de carne. Hembras. A nadie escapa que, si no tuviera costos, mantendría un harén a su alrededor. La mujer es subsidiaria. Su esposa Melania es —y se lo ha hecho sentir— un apósito incómodo.

Todo eso fue tolerable para sus votantes tanto como cuando insultó a Megyn Kelly, una periodista inquisitiva que, decía, tenía demasiada sangre saliendo de su cuerpo porque quizás menstruaba.[26] Escribieron entonces los investigadores Pablo Piccato y Federico Finchelstein:

> La actitud de Trump hacia Kelly, y luego hacia Hillary Clinton, delata un aspecto profundamente político pero a menudo oculto de ese machismo: si todas las mujeres son inferiores, las que hablan y responden son una ofensa contra la naturaleza y una amenaza para los hombres. Esta perspectiva concuerda exactamente con las ideologías populistas y fascistas que, identificando a la oposición política como enemiga de la nación, ven a las mujeres como el primer y más visible objetivo. Dado que el enemigo del líder es un enemigo del pueblo, las mujeres pueden y deben ser atacadas sin preocuparse por sus derechos. Silenciar a las mujeres es el primer paso en el proyecto autoritario para silenciar el desacuerdo. El proyecto siempre ha fracasado

> eventualmente, pero no antes de infligir un daño profundo.[27]

Trump no ha sido el único en cultivar esa huerta, por supuesto. Antes, durante y después de su presidencia, el argentino Menem se exhibía con actrices despampanantes y mantenía disputas públicas con su mujer defendiendo que sus «resbalones» extramatrimoniales no eran gran cosa sino que no escapaban del «promedio». En plena pandemia, López Obrador dijo:

> La gente quiere cambiar el papel de las mujeres y esa es una de las causas justas del feminismo, pero la tradición en México es que las hijas son las que más se preocupan por los padres. Los hombres somos más despegados.[28]

Rafael Correa alguna vez llamó «gordita horrorosa» a una periodista, y eso fue apenas un breve instante falto de inspiración. Tras la fiesta de navidades de 2011, encaró la resaca con este comentario en su programa sabatino 'Enlace Ciudadano':

> Yo no sé si la equidad de género mejora la democracia, lo que sí es seguro es que ha mejorado la farra impresionantemente; ha mejorado el buen vivir porque. . . ¡se armó una farra! [. . .] ¡Qué asambleístas que tenemos! Guapísimas, ¿ah? ¡Eh, Corcho!, hay que aumentarles el sueldo, porque no tuvieron plata para comprar suficiente tela y todas con unas minifaldas. . . ¡Dios mío! Yo ni me fijo en esas cosas, me contaron. Me contaron que unas piernas y unas minifaldas impresionantes. ¡Guapísimas las asambleístas![29]

A Hugo Chávez aun se le recuerda por avisar por radio a su mujer que se preparase para tener sexo por la noche tanto como por su *relajada* vida amorosa y por, alguna vez, salirse de escuadra pidiendo un «Viagra político» en América Latina. El periodista Juan José Aznarez reveló algunas de las infidencias del jefe de seguridad de Chávez y celestino principal, Luis Pineda Castellano, en *El País*:

> «Señorita, el comandante quiere hablarle más tarde, luego de esta actividad. Aquí tiene mi número de teléfono. ¿Cómo se llama usted? Llámeme para mandarla a buscar». El éxito del ventajista burlador era tanto que «sin temor a exagerar, de diez mujeres escogidas, ocho contestaban». Apalabrada la cita, el celestino reservaba dos habitaciones contiguas: «Escoltaba la dama a mi habitación, salía y la dejaba sola esperando. Cuando todo estaba despejado, él entraba y yo me quedaba esperando en la suite que había alquilado para él».[30]

No es que un presidente deba renunciar al sexo y abrazar el celibato, por supuesto. Se trata de la comprensión del sexo —o el género— como un espacio de poder de dominio exclusivo del hombre. El poder ha sido históricamente masculino y en América Latina, donde predomina el machismo, esa masculinidad se ha expresado de manera abierta, sin temor a sanciones y como un símbolo de la fuerza política que se detenta. El predecesor de Correa, el también populista Abdalá Bucaram, se jactaba de tener los «huevos más gruesos» que su competidor de entonces, León Febres Cordero, un miembro de la élite ecuatoriana. Bucaram gustaba de exhibir su apetito erótico porque creía que el cachondeo y la impronta de macho brioso sumaba a su causa —no se equivocaba. Bucaram bailaba en sus actos multitudinarios mientras alzaba la falda de su candidata a vicepresidenta —Rosalía Arteaga — para mostrar que tenía «buenas changas» ante el aplauso entusiasta de sus seguidores.*

Buracam es revelador porque en esa anécdota se expresan dos fenómenos: la reivindicación del macho popular dominante y, a la par o producto de ello, la feminización del *establishment*. Por un lado, Bucaram simbolizaba el poder de El Pueblo ante una élite —Febres— débil: uno es machísimo y guarro; el otro, por delicado, debía ser puto. Por el otro, la interacción seductora de Bucaram con Arteaga, una profesional de clase alta, representaba una fantasía de la sexualidad popular: la del hombre tosco y feo que conquista a una mujer refinada.[31] Otra vez, El Pueblo se monta —animalmente, *naturalmente*— a las élites. Según Carlos de la Torre en *Un solo toque: Populismo y cultura política en Ecuador*, un mar de rumores comenzó a circular tras aquel acto de la minifalda sobre la vida sexual de Arteaga que la convertían en una mujer de moral discutible. El trasfondo es que la posesión del macho prostituye el honor de una mujer que no es su pareja: Arteaga dejó de ser madre y una profesional ante los ojos de muchos ecuatorianos para ser colocada en un espacio de abyección, pues rompía los roles tradicionales de la sociedad machista:

> La dicotomía virgen-puta regula la vida de las mujeres manteniéndolas dentro de la esfera privada y bajo el control sexual de sus padres, maridos o hermanos. Cuando las mujeres rompen con esos estereotipos que regulan las esferas de las relaciones sociales y, por ejemplo, entran en la vida política son consideradas putas.[32]

Los planes de igualdad de género han sido configurados de manera disímil en América Latina. Los populismos de derecha, dice la politóloga María Esperanza Casullo, reivindican ser pro-mujer pero para las mujeres de su propia comunidad, sesgando el alcance de su mirada feminista. Los de izquierda, en tanto, tienen una visión «maternalista» que baña a la mujer de virtuosismo moral basado en su rol de madre y el sacrificio de amor y renuncia a la vez que les concede roles en el desarrollo económico y el liderazgo. En ambos casos, dice Casullo, hay «ambigüedad».[33]

El populismo no tiene al feminismo entre sus prioridades, como si los derechos de la mujer no fueran suficientemente centrales para entrar dentro de las fronteras de El Pueblo. Por eso, las leyes de aborto en la región fueron logros del feminismo que jamás pasaron primero por los movimientos populistas.

Hay ciertos rasgos comunes: Correa, Evo, Chávez, Maduro, Bukele, Uribe o AMLO son misóginos y paternalistas. Si logran articular un relato en el discurso, su práctica política lo desmiente. Incluso CFK mantuvo distancia con el movimiento abortista argentino —curiosamente, Mauricio Macri, desde la derecha, tuvo una posición más abierta al dar libertad a sus legisladores para que voten según su conciencia. «El populismo latinoamericano está centrado en la figura de un superhombre que una y otra vez centra su discurso en su hombría y su masculinidad tóxica», dice Freidenberg, de la UNAM.

Fuera de América Latina, Silvio Berlusconi fue otro ejemplo medular de hipermasculinización, misoginia, sexismo y machismo abierto. Berlusconi ha hecho del populismo en Italia una escuela extendida de la que es director, maestro y alumno aplicado: su llegada al poder, en los años ’90, marcó el retorno de la ultraderecha al gobierno de una nación europea, para más concediendo espacio en el gabinete a políticos de la fascista Lega Nord. La ideología de *Berlusca* no ha sido otra que la perpetuación de su señorío político y económico atendiendo a cada coyuntura en particular, sin importar que el socio fueran los fascistas del Piemonte, la Lombardía y el Veneto, Tony Blair o Muammar al-Gaddafi. Empujar la ley hasta casi su punto de quiebre es un comportamiento deportivo: si Berlusconi fue por demasiado tiempo *Il Cavaliere,* ha sido sólo porque Italia todavía era bastante republicana como para llamarlo *L’Imperatore*. Escribí sobre él:

En su determinación de gozar una eterna juventud, Berlusconi fue el primero en garantizar a la mujer un lugar en la política italiana: arriba o debajo de los hombres. Otros le imitarían, pero sin su encanto de estafador amoroso. *Il Cavaliere* siempre recomendó a las jóvenes mirar la billetera del candidato antes de noviar. Cuando se lanzó a la arena, hizo de las listas de su partido una carnicería: carne joven para el placer de los albañiles y los *tifosi*. Sus *velini* fueron el negocio proteico más vital de la penosa política italiana.

Por supuesto, no hay emperador que calle el descontento social ni a un harén de por vida. Berlusconi debía caer por el hartazgo social, por los desmanejos financieros y por una crisis densa como un sargazo, pero se fue por el barranco político por su apego a la entrepierna femenina. Su comportamiento de chulo consumado acabó fisurando los ánimos por izquierda y derecha, por supuesto, pero cuanto acabó con la paciencia social fue cuando su esposa y amantes de palacio le sacaron los colores en una telenovela de vejámenes públicos.

El divorcio popular llegó después de que su esposa lo acusara en los medios de mantener relaciones —encamarse, vamos— con Noemi Letizia, una burbujeante napolitana de dieciocho años que lo llamaba, con toda candidez, «Papi». Berlusconi organizó la fiesta por la mayoría de edad de la chica, a la que colmaba de regalos, como si no hubiera nada malo. Y para él no lo había: Berlusca nada más actuaba según su *modus vivendi*. *Dolce far* niente que la vida es corta, *caro*. Eso también incluía relajarse largas horas en fiestas con decenas de jovencitas en su Villa Certosa, en Cerdeña. Allí el fotógrafo Antonello Zappadu pescó al exprimer ministro checo Mirek Topolanek tomando sol en pelotas rodeado de mujeres, y con el honor del caballero de pene flácido al sol se vino a pique también la red que patrocinaba a Papi.[34]

El populismo manifiesta la sexualidad en política y lo hace siguiendo los patrones culturales dominantes. El líder es el padre de la nación y proyecta la autoridad política y legal. No hay Amado Líder que no pretenda demostrar su fortaleza física y, con ello, su virilidad. La imagen de Trump posando en los balcones de la Casa Blanca, tras regresar de su urgente internación por coronavirus, sugiere que el hombre fuerte puede con todo, incluso cuando su enfermedad ha sido públicamente expuesta. Trump mismo disfrutaba contar que, mientras él enfrentaba la pandemia, Biden se encontraba en un sótano familiar, protegiéndose. En la lógica de las *macho politics*, él era el hombre y Biden un maricón.

El populismo defiende a la familia tradicional como parte de la tradición societaria de la nación. Esa familia es el punto de partida del ‘Nosotros’ de la nación; en ella se instruyen los valores

primarios y se refuerzan los que el Estado institucionaliza a través de la escuela. El liberalismo y el cosmopolitismo, en cambio, aceptan otros modos de relación además de la familia convencional, y reconocen la importancia de esas alternativas de sociabilidad. Esos otros modos de relación postulan que la mujer debe tener independencia para decidir sobre su vida, y que esa capacidad de elección implica la posibilidad de no desear ser madre.

La mayoría de los populismos latinoamericanos que se consideran a sí mismos progresistas ha resistido la aprobación de leyes de facilitación del aborto. Esta resistencia —implícita o explícita— revela que los gobiernos no consideran que la interrupción del embarazo sea un derecho de las mujeres. Tras negarse a apoyar el aborto por años, CFK finalmente votó a favor de la ley aprobada por el Congreso argentino durante el mandato de Alberto Fernández.* En 2013, Correa llegó a amenazar con renunciar a la presidencia —todo un ejemplo de centralidad masculina— si la Asamblea Nacional del Ecuador despenalizaba el aborto.35 Tras más de 20 años de Revolución Bolivariana, la interrupción del embarazo sigue siendo ilegal en Venezuela. Y Nayib Bukele, que formó parte de un partido de izquierda, el FMLN, le dijo al rapero Residente que, según sus creencias, el aborto era un «genocidio».36

El líder autoritario tiene una relación ambivalente con la feminidad: eleva la figura de la madre, pero menosprecia a la mujer. La madre es crucial, especialmente, en el fascismo. Es respetada y venerada y puesta en un altar: deshistorizada —no ahistórica, porque ocupa un lugar en la narrativa de la patria—, despolitizada, un objeto de culto, pura. La madre es la reproductora seminal de la nación y, como tal, garantiza la propagación de la raza, la tradición y la etnia. Es, claro, una persona subordinada: debe abrir las piernas para recibir el semen de un patriota —esa es su función sexual, no el goce— y preparar a la próxima generación de miembros de El Pueblo. Esa y no otra es su función social. Gregor Strasser, el precursor de Joseph Goebbels como propagandista nazi, decía que, mientras para el hombre el destino de mandato patriótico era servir como soldado, «la más profunda y valiosa forma de participación para la mujer es la maternidad». En el Tercer Reich, de hecho, era extendida la creencia de que el *dogma de inequidad* entre los sexos era tan inmutable como el que existía entre las razas.37 En Argentina, escribió el historiador Federico

Finchelstein, Perón había destacado «el deber cívico central de las mujeres como madres, cuya tarea era educar a los hombres». Y agregó:

> El control de la sexualidad de las mujeres está estrechamente vinculado al control del espacio nacional y la transgresión de fronteras simbólicas y físicas. El papel de las mujeres en la reproducción de la nación y la defensa de sus valores las convierte también en objeto de sospecha y vigilancia: «nuestras» mujeres pueden ser seducidas por ese peligroso otro masculino o rechazar sus roles apropiados al no reproducirse o hacerlo voluntariamente con el otro; las mujeres del «otro» amenazan el equilibrio demográfico al aumentar su propio número.[38]

La tarea de preservación de la patria es étnica, y por ello es especialmente reiterada —en el discurso de los populismos de ultraderecha— la preocupación por denunciar agresiones y violaciones a mujeres nacionales por parte de extranjeros. El hombre percibido como El Otro es permanentemente demonizado y ubicado en un espacio lombrosiano de condena cuasi eugenésica. Se trata de depredadores hipersexualizados de las mujeres de El Pueblo, de hombres débiles e incapaces que no pudieron sostener a sus mujeres en sus tierras de origen. Esa actitud no es contextual sino determinista: la violencia sexual *es parte intrínseca de Los Otros, está en Ellos.*

La violación de *una de las nuestras* es percibida por el populismo nativista como un hecho trágico que se ubica más allá del ataque a la persona: reside en el riesgo de que se mezclen sangres y razas. De que dejemos de ser Nosotros, tal como somos: si no puros, al menos no mezclados con seres menores.

Los casos de violencia doméstica o de violencia machista en las familias nacionales están comenzando a ser considerados como expresión de la cultura propia recién en estos tiempos gracias a las denuncias permanentes del feminismo y las mujeres en general. No obstante, la respuesta a estas denuncias con frecuencia evade la responsabilidad interna, argumentando que, si uno de Nosotros golpea o viola, es un caso individual de comportamiento desafortunado. Ni sedimentación cultural ni determinismo genético: es un ciudadano que ha tenido *un mal momento.* En contraposición, cuando la violencia doméstica ocurre en el hogar de Los Otros, la acusación es siempre eugenésica: ¿qué esperar de ellos si, otra vez, *son así?*

El Otro es siempre culpable, y el hombre de El Pueblo debe enfrentar su intromisión para defender a sus mujeres y a la nación. Trump lo puso en blanco y negro cuando lanzó su campaña electoral en 2016:

> Cuando México envía a su gente, no envía lo mejor. No te envían a ti, no te están enviando a ti. Están enviando personas que tienen muchos problemas y nos traen esos problemas a nosotros. Traen drogas. Están trayendo crimen. Son violadores. Y algunos, supongo, son buenas personas.[39]

Hasta bien entrado el siglo XX, en el sur de los Estados Unidos era común linchar a hombres negros después de acusarlos de violar a mujeres blancas. Los políticos de la región empleaban la imagen del violador negro para sacar réditos políticos. Según el relato histórico, las personas conmocionadas acabaron por creer los rumores alimentados sin cesar sobre la existencia de una marea de violadores negros en el sur del país. Ante la visión de aquel horror, no tomó tiempo para que justificasen los linchamientos populares, sumarios y sin juicio. «Eso daría sentido racional al miedo y la ansiedad que sentían sobre la potencial pérdida de estatus asociada con aceptar a sus conciudadanos negros como iguales», escribe Jason Stanley en *How Fascism Works*.[40]

La paranoia de la ansiedad sexual no tiene épocas: los temores se reproducen en el presente tanto como se reinventa el fascismo. Los nuevos *negros violadores* son los centroamericanos y los mexicanos indocumentados en los Estados Unidos como los sirios, afganos, musulmanes y otros refugiados lo son en Europa. En España, los partidarios de Vox han difundido repetidamente un bulo sobre una pandilla de menores musulmanes que habría violado a una adolescente de 14 años en Manresa, Barcelona, en 2016. Aunque la policía demostró que los autores del ataque fueron tres adultos españoles, tres cubanos y un argentino, y aunque estos datos son públicos, los *trolls* de la ultraderecha no retrocedieron: cambiaron de culpable y la emprendieron contra el feminismo. «Como era de esperar, las feministas no se han manifestado contra esta manada», escribió un usuario de *Caso Aislado*, un medio ultranacionalista.[41] «Pese a la gravedad de los hechos, los colectivos feministas no han convocado ningún tipo de manifestación, algo que sí hicieron con La Manada de Sanfermines», en alusión a varios hombres españoles, incluido un policía, que violaron a una joven en

estado de ebriedad durante las fiestas taurinas de Pamplona.*

La exacerbación del macho-bien-macho está en directa relación con el cuestionamiento creciente a los roles tradicionales de género. El miedo a la pérdida del estatus masculino es visible en la misoginia de Amado Líder. En 2016, Matteo Salvini señaló ante su público a una muñeca inflable en un palco, y dijo que era «la doble» de Laura Boldrini, la entonces presidenta socialdemócrata de la Cámara de Diputados italiana. Cuando era diputado, Bolsonaro llegó a decirle a la legisladora del PT Maria do Rosário que no la violaría porque «no se lo merece», y de inmediato la empujó poniéndole la mano en el pecho. Una vez que la mujer se retiró presa de los nervios, Bolsonaro le gritó desde el pasillo: «Llora ahora, llora».42 (Más de tres millones de mujeres con el hashtag #EleNao y una marcha multitudinaria en São Paulo y Rio de Janeiro no detuvieron su triunfo electoral: había demasiados hombres que creían en su retórica.)43

El populismo de machos, por supuesto, no cesará mientras su práctica siga viva y sin castigo evidente y ejemplificador. El movimiento #MeToo enfrentó de inmediato al gobierno de Trump, con una multitudinaria marcha de mujeres. Para cualquier dirigente debió suponer una vergüenza pública, pero no para Trump y los suyos, que han corrido la línea de la tolerancia. La respuesta masculina en el poder no fue retroceder sino contraatacar. Lindsay Graham, un senador republicano muy cercano a Trump, defendió la posición antifeminista del gobierno: «Soy un hombre blanco soltero de Carolina del Sur, y me dijeron que debería callarme», dijo. «Pero no me callaré».

ENTRAR Y SALIR

En su ensayo *Por qué nos creemos los cuentos*, el filósofo Pablo Maurette toma el relato «La continuidad de los parques» —de Julio Cortázar— para ilustrar la manera en que nos compenetramos con la ficción. Entramos y salimos de los relatos de manera consciente; nos dejamos poseer por su universo irreal y vivimos *dentro* de su lógica, pero no estamos alienados: tenemos claro que eso es una representación, una construcción a veces hija del mundo onírico, y cuando salimos de él sabemos que hemos regresado a la realidad desde aquel universo fabricado.

Escribe Maurette:

> La permeabilidad es la característica principal de los múltiples ámbitos de realidad que los seres humanos somos capaces de frecuentar. Toda cultura es anfibia al habitar al menos dos dimensiones. La primera es el mundo percibido con los sentidos, el mundo conmensurable que compartimos en comunidad [. . .] La otra puede ser el mundo espiritual, habitado por los muertos y por los dioses [. . .] Estos ámbitos, como las categorías que estructuran el lenguaje y el entendimiento están lo suficientemente bien demarcados como para que podamos distinguirlos entre sí. Pero, a la vez, las fronteras que los separan son porosas. Esto los vuelve permeables y nos permite pasar de uno a otro. Sobre todo, esto hace posible que nos percatemos de que nunca estamos completamente en uno o en el otro, pues esa misma permeabilidad resulta en un tráfico constante y una contaminación perenne entre ellos.[44]

Entrar y salir de la fantasía como un acto consecuente. En *Death of Truth*, la crítica literaria Michiko Katutami recuerda que Jorge Luis Borges se valió de una sociedad secreta de astrónomos, biólogos, ingenieros, metafísicos y hasta pintores, moralistas y geómetras, para dar forma a Tlön, el paneta ficticio de su incomparable «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius»:

> Borges trazó un paralelo directo entre el poder de las ficciones sobre Tlön para insinuarse en la conciencia humana y el poder de las ideologías políticas mortales basadas en mentiras para infectar naciones enteras; ambos, sugirió, proporcionan narrativas internamente consistentes que atraen a personas que tienen hambre de entender el mundo.[45]

Un procedimiento similar, como un acto consecuente, opera en nuestra relación con el discurso no-real de la demagogia. Hace un tiempo, el historiador Timothy Snyder aseguró que los autoritarios de hoy no piden a sus seguidores que crean *The Big Lie*, como demandaba el Partido Nazi —es decir, una sumisión total, cotidiana, al partido y al líder— sino que les basta con que crean una *Medium Lie*. «Los polarizadores movimientos políticos de la Europa del siglo XXI demandan mucho menos de sus seguidores», escribió la periodista Anne Applebaum al recordar a Snyder.[46] «No abrazan una ideología en toda regla, por lo que no necesitan violencia o una policía del terror».

> Todos ellos animan a sus seguidores a comprometerse, al menos parte del tiempo, con una realidad alternativa. En ocasiones, esa realidad

> alternativa se ha desarrollado orgánicamente; más a menudo, está cuidadosamente formulada con la ayuda de técnicas modernas de mercadeo, segmentación de audiencias y campañas en medios sociales.[47]

La creencia en La Gran Mentira estaciona en el casillero de la alienación, pero La Mentira Mediana encaja en el de la compenetración: entras a esa ficción, pero sales. Te compenetras mientras participas del efecto envolvente del discurso demagógico, pero luego puedes regresar a la vida regular a cortar el césped y ver deportes en la TV. Puedes desactivarte.

Parece obvio entender que no somos todo el tiempo lo mismo y que, a menos que vivamos absortos en el fanatismo, nos movemos alternativamente entre las múltiples expresiones de nuestra personalidad. La mayor parte de los seguidores de Trump u Ortega, o de López Obrador y Bolsonaro, tienen trabajos, amigos con los cuales reír, hijos que cuidar y educar, además de sus pasiones, las compras en el supermercado, la preocupación de una próstata agrandada o de la menopausia. Esto es, buena parte de las horas del día son seres humanos comunes y corrientes. Vecinos.

La mayor parte de las personas no participa en política sino que pone en manos de los representantes profesionales la solución de sus problemas. Como el grueso de los habitantes de un país, también el seguidor de Amado Líder vota y vuelve a casa. A menos que haga de la militancia activa una tarea cotidiana, sólo se *ciudadaniza* cuando discute o participa de cuestiones políticas. Por lo demás, hay series en Netflix, pañales que comprar, un Messi crepuscular que ver.

Amado Líder no ve a su masa de seguidores compuesta por seres humanos distintos y autónomos, individualmente soberanos, sino como un colectivo único al que pide confianza y compromiso, y al cual gobierna a través de su entusiasmo. Su control requiere una vertiente mística. La subjetividad ha de empañar la claridad de la conciencia colectiva del sujeto político para volverlo devoto. «Créanme», pedía Trump en la campaña de 2016 cuando le pedían definiciones. «Créanme».

Ese hombre de masas es violencia en potencia, simbólica o prácticamente. Pero es un error creer que esa feligresía —hola, Hillary— es un hato de imbéciles. Las masas, fervorosas o frívolas, no responden todo el tiempo y sólo a la promesa de amor del líder. Cada seguidor de Bolsonaro o de AMLO o de CFK, va de suyo

decirlo, tiene una psique, así momentáneamente se entregue a los efectos de un encantamiento parcial. El factor crítico de la adhesión suele ser el tiempo: las personas siguen a los jefazos si esos jefazos demuestran que pueden llevarlos a donde les prometieron, en la medida de lo posible, *pronto*. Pero hay un factor de quiebre, siempre: hijos no comen carisma; las promesas presidenciales no pagan la renta. Cuando hay alguna fisura notable, la figura del líder queda en entredicho: se humaniza. Su reemplazo es factible. Amado Líder es amado y es líder si da resultados. Toda relación acaba cuando las personas comparan y cuestionan. Como canta Andrés Calamaro —poeta fértil de la canción popular, según el escritor Santiago Llach—, no se puede vivir del amor.

Punto crucial, entonces: si este señor y aquella señora, si esta mamá y aquel divorciado, si este estudiante-obrero-buscavidas-pymempresario y demás están allí, con ellos, con Él, es porque todo lo demás que debía funcionar, falló. Partidos, burocracias, políticos, organizaciones intermedias.

[·]

El *up yours vote* reúne a los cínicos y a los nihilistas, por la derecha o por la izquierda. No busca acuerdos; le sientan las peleas de bar. No es un voto útil y desganado sino un voto asesino: quiere *que se vayan todos*. Busca destruir el orden establecido, darle vuelta, cambiarlo por completo. Hacerlo estallar y poner otro en su lugar, como si fuera un mueble de Ikea. Tantas veces empujado hacia los márgenes, el devoto de Amado Líder quiere el centro de la escena. Es hora. Su hora.

Trump y Bukele tienen en común el fracaso del aparato de partidos para gestionar la demanda social. Chávez, igual. Y AMLO. Cuando las sociedades se hartan y se enojan, castigan en consecuencia y pueden dinamitar a los partidos y, en ocasiones, al sistema. El votante nihilista no salva los jarrones mientras incendia la casa.

Los mesiánicos saben explotar esas ansias en su relación dialéctica con las masas, pero deben mantener el amor entregando soluciones pronto, manteniendo sus promesas para aquello que no pueden cumplir con rapidez, y culpando al pasado y a las élites por todo lo que sea imposible de resolver. El mito narcisista del líder carismático debe mantener su aura súperhumana —el mejor de

todos nosotros— para que las masas lo amen.

Debe ser dios siempre. En público, en el baño, en la cama.

6 · LA FE DE LAS MASAS

Amo, señor, mesías, rey

Populismo en el siglo XXI: no convences con argumentos a quien mira a la luna esperando que un ángel baje a salvarlo.

Juro por Dios, por la patria y sobre los Santos Evangelios desempeñar con lealtad y patriotismo el cargo de presidenta de la nación, y observar y hacer observar, en lo que de mí dependa, la Constitución de la Nación Argentina. Si así no lo hiciera, que Dios, la Patria y Él me lo demanden.

—Juramento presidencial de **Cristina Fernández de Kirchner**, 2011.

En junio de 2020, en plena pandemia, el escritor carioca João Paulo Cuenca publicó en Twitter:

> El brasileño solo será libre cuando el último Bolsonaro sea colgado de las entrañas del último pastor de la Iglesia Universal.[1]

El tuit parafraseaba un aforismo atribuido indistintamente a Diderot, François-Marie Voltaire y Jean Meslier —*Et des boyaux du dernier prêtre serrons le cou du dernier roi*, «y con las entrañas del último sacerdote apretemos el cuello del último rey».

La frase original proviene de los tiempos de la separación entre Iglesia y Estado en el caliente y jacobino siglo XVIII francés, pero cuando Cuenca la expuso en el Brasil del autoritario Bolsonaro —¿un monarca absoluto?— no todos entendieron su paráfrasis.

Cuenca era colaborador de la cadena alemana Deutsche Welle, que tras el tuit canceló de inmediato su contrato alegando que había violado sus códigos deontológicos pues entendía que el texto incitaba al odio y a la violencia.[2] Eduardo Bolsonaro, el hijo menor del presidente Jair Bolsonaro, felicitó a la cadena, como si les hubiera hecho un favor. «Todavía hay esperanza en algunos

segmentos de los medios que pretenden hacer un trabajo ético y mínimamente respetuoso», tuiteó.[3]

Miles de personas, incluidos intelectuales y artistas, defendieron a Cuenca, pero no sirvió de mucho: la victimización hizo mejor su trabajo y el escritor fue devorado por una avanzada censora. Bolsonaro hijo avisó que estaba en contacto con sus abogados para pedir el procesamiento de Cuenca, pero sus amenazas —directamente desde el poder— fueron superadas pronto. A poco de que el tuit de se multiplicase con miles de reproducciones, la Iglesia Universal del Reino de Dios también dijo sentirse ofendida por la sátira y, de la nada, decenas de sus pastores comenzaron a presentar demandas contra Cuenca en pueblos repartidos por toda la geografía brasileña. Para octubre de 2020, el escritor enfrentaba más de ochenta procesos en la Justicia, desde el norte hasta el sur del país. Era una sentencia escrita de antemano, pues en muchos de esos procesos Cuenca estaba obligado a presentarse en persona a defender su posición, de tal modo que debía afrontar múltiples litigios con un elevado costo económico. Y eso sin considerar el riesgo implícito de abandonar la cuarentena para asistir a los tribunales en medio una pandemia en extremo crítica en Brasil.

Cuando Cuenca dio *send* a su tuit se metió con Bolsonaro pero, sobre todo, con una organización más poderosa que cualquier político: la religión institucionalizada. La Iglesia Universal del Reino de Dios tiene presencia en más de 90 países, y es la más opulenta organización neopentecostal de Brasil, donde ha mantenido lazos cercanos con buena parte de la clase política. Muchos miembros del Congreso son sus seguidores o profesan alguna otra religión evangélica. La Iglesia cultivó vínculos con los gobiernos del PT durante catorce años, pero antes del final de su mandato se distanció de Lula y llamó a apoyar masivamente su *impeachment*. Sin embargo, en 2010, los *universales* llamaron a votar por Dilma Rousseff a través del periódico institucional que reparten en sus 50.000 templos brasileños.[4] Electa Dilma, la relación con el Planalto fue también muy próxima. Marcelo Crivella, el sobrino del líder universal Edir Macedo, fue ministro de pesca y agricultura de Dilma. La presidenta incluso participó en la inauguración del Templo de Salomão, la sede central de la fe, en São Paulo.

La Iglesia Universal tomó un camino aun más decidido con Bolsonaro, con cuyo discurso libertario se identifica con menos conflicto que con el PT o la socialdemocracia. El credo de Macedo y

sus seguidores, como el de casi todas las comunidades evangélicas, considera la riqueza material como un don divino, y anima al individuo a hacerse su lugar en el mundo empujando su individualidad y sin temor a la codicia —equivalente a la iniciativa personal— pues tiene la vigilancia y el beneplácito de dios en la tarea. En el gobierno de Bolsonaro, la Iglesia Universal halló un vehículo ideal para combatir el matrimonio igualitario, al feminismo y las leyes de despenalización del aborto, ideas con las que comulga el presidente.

El vínculo ha sido tan estrecho que Bolsonaro fue ungido en el Templo de Salomão después de someterse al bautismo con el que lanzó su campaña presidencial en el mismísimo río Jordán, donde Juan El Bautista limpió del pecado original a Jesús.[5] Y no sólo eso: en 2020, Crivella, el sobrino del líder Macedo y aliado personal de Bolsonaro, fue a prisión bajo sospecha de corrupción, pero un año más tarde Bolsonaro le ofreció ser su embajador en Sudáfrica.[6] Macedo —quien ha sido investigado por tráfico de drogas, evasión y lavado de dinero— incluso recibió un pasaporte diplomático del gobierno.[7] Cuando la Justicia resolvió anularlo, Bolsonaro respondió que se lo mantendría, «y punto».

La Iglesia Universal de Brasil desea eliminar la educación secular inspirada por el reconocido pedagogo Paulo Freire e introducir la formación religiosa en todo el sistema de enseñanza pública; Bolsonaro ha favorecido esa idea.[8] Tal vez no exista un espacio donde mejor se haya expresado esta alianza con las pentecostales que el *Ministério* da *Mulher*, da *Família* e dos Direitos Humanos, a cargo de Damares Alves, una pastora, abogada y polemista dedicada al dogma evangélico. En 2018, Damares dijo que se había acabado el tiempo de la política: «Ahora es tiempo de que la iglesia gobierne el país».[9]

En mayor o menor medida, el fenómeno de la interrelación política/evangelismo se repite en toda la región como en el pasado tuvo su prolongado *momentum* —y aun tiene— la Iglesia Católica.[10] Las religiones siempre han supuesto un recurso apetecible para la operación política de los partidos y para el Estado, y viceversa. Las iglesias son la institución más confiable de América Latina, y un político quiere estar cerca de cuanto pueda transferirle atributos positivos.* Las iglesias se benefician de la cercanía al poder para combatir la secularización y obtener beneficios económicos.

Si bien la clase política tradicional tiene relaciones estables con

las religiones institucionalizadas, los líderes populistas del siglo XXI han asociado significativamente su discurso a las homilías de la fe. Los dirigentes tradicionales han aprendido a navegar entre declaraciones ambiguas y de compromiso, pero el populista —como el pastor o el sacerdote— predica creencias absolutas.

Todo partido político en campaña hace promesas de redención y asume un tono de religiosidad, pero eso no convierte a sus actores en populistas. Los populismos mesiánicos *son* religiones políticas, con un intercambio dinámico y directo entre el caudillo carismático y sus seguidores. El líder ofrece al mismo tiempo un relato, unos rituales y una liturgia a una comunidad moralmente construida alrededor de la idea de que ese caudillo posee una misión redentora, implícita en el rescate del alma de la nación de las manos de sus enemigos.[11]

En Nicaragua, Daniel Ortega y su esposa Rosario Murillo —seguidora de Sai Baba como Nicolás Maduro— abandonaron hace tiempo a la Iglesia Católica, que ha mantenido una relación tensa, cuando no mala, con el sandinismo. En 2018, con el fortalecimiento del autoritarismo orteguista, los curas jesuitas nicaragüenses protegieron en sus parroquias y residencias a centenares de manifestantes perseguidos por las fuerzas policiales y paramilitares del sandinismo.[12] El gobierno de Ortega llegó a cercar los edificios de la Universidad Católica. Un sacerdote me contó en Managua un sueño recurrente: despertaba en medio de la noche sobresaltado por la puerta de su cuarto hecha añicos a patadas por una partida de soldados que de inmediato lo arrastraba a prisión. El propio Ortega ha calificado a los curas de «golpistas» y algunos de ellos temían terminar sus vidas en una fosa.[13] (Al mismo tiempo que ataca a algunos curas, Ortega mantiene una firme alianza con el cardenal Miguel Obando y Bravo, un antiguo enemigo del sandinismo en los años ‘70, que en el regreso del exguerrillero al poder pasó a bendecir en persona los actos presidenciales.)[14]

Nicaragua y el sandinismo tienen una marcada impronta religiosa. El país posee una de las mayores feligresías de América Latina, y en la vieja guerrilla coincidieron por igual nacionalistas, marxistas y católicos. Uno de los mayores poetas de Nicaragua, el sacerdote Ernesto Cardenal, fue comandante del FSLN en los años ‘70.[15] Ortega ha ido desplazándose desde el catolicismo hacia un discurso más evangélico en busca del voto de los pobres y de legitimación social y política, todo ello a medida que endureció su

gobierno hasta convertir al país en una nación autocrática. (Cardenal se alejó del FSLN cuando percibió que no había allí nada de su Teología de la Liberación, sino mero mesianismo parasitario.)

La prédica evangélica favorable al dinero y contraria a los derechos humanos —Ortega se ha declarado abiertamente opositor al aborto y al matrimonio homosexual—[16] ha coincidido en ocasiones con los intereses de la Iglesia Católica. Es entonces cuando ambos mundos —el del dinero y el de la religión— se alinean con el gobierno. En 2007, el sandinismo prohibió la práctica del aborto. En 2011, médicos de Managua se negaron a practicarlo a una niña de doce años —con un embarazo avanzado producto de una violación— y, cuando la pequeña parió, Ortega y Murillo fueron al hospital a tomarse fotos con el niño. «Milagro y signo de dios», dijo Murillo.

EL AMOR HEROICO

Dios, dioses.

Fe y política tienen púlpitos comunes.

En su libro *El pueblo soy yo*, el historiador mexicano Enrique Krauze dice que fue crucial para su carrera el trabajo de otro historiador, el estadounidense Richard McGee Morse, autor de *El espejo de Próspero*, su primera aproximación a las ideas políticas liminares de Iberoamérica y la América anglo. Como Schumway con sus ficciones orientadoras, Morse encontró en las herencias de las premisas culturales de España e Inglaterra vectores que marcaron la historia de la región desde las guerras de la independencia hasta el siglo XX.

Morse sostiene que la lógica política latinoamericana combina de manera creativa una visión tomista del Estado con la figura del caudillo maquiavélico y que esos mecanismos, orientados a sostener una dominación legítima, conspiran contra el fortalecimiento de la democracia liberal. En esa intrahistoria *unamunista*, nuestros pueblos crecieron adorando semidioses humanos capaces de prometer todo y crear un solo milagro: su perpetuación simbólica.

El Estado tomista español aceptaba la diversidad y la incorporaba a sí mismo porque toda persona, siguiendo a Santo Tomás, es digna al poseer a Dios en sí. En la colonia, todo habitante pre-español era aceptado como parte de la heterogeneidad humana pero sólo si no contradecía al cristianismo y, por ende, al Estado-

gobierno-monarca. Si Santo Tomás se aferraba al pasado, Maquiavelo constituía las amarras sueltas hacia el futuro: no creía, como el santo, que el hombre fuera bueno. Su construcción ideológica estaba moldeada por la razón y la pragmática, ambas eminentemente humanas y nada divinas. Maquiavelo daría elementos a cada príncipe latinoamericano, los caudillos. Santo Tomás, a la esencialidad divina de su poder.

Basado en esa conjunción, Morse postuló una serie de premisas comunes a los gobiernos de la región: la creencia en una cierta naturalidad del mundo; el desdén tanto por la ley escrita como por las normas electorales y la tolerancia con la ilegalidad, ambas ideas sostenidas por cierta concepción naturalista de la legitimidad —me lo merezco más allá de lo que diga la autoridad o la norma—; el rechazo a los partidos y las prácticas democráticas o la alternancia en el poder; entrega devota al líder; el mantenimiento del derecho a ser insurrecto si el caudillo no respeta la equidad del pacto con su pueblo —el agravio debe ser corregido, con la revolución o con un golpe, para devolver el orden natural—; el carisma moralista, nada ideológico; la apelación al orden constitucional para institucionalizar el poder formalizando el carisma; centralizar la acción política en el gobierno, que se vuelve la cabeza de la idea de una nación corporativista. «No era una prescripción para la tiranía», escribe Krauze. «Era un diseño de hondas raíces históricas dotado de una racionalidad ética y social, inspirado en un concepto cristiano del Estado como dador y organizador del bien común».*

Las alusiones trascendentales no escapan a la política, lo que hace particularmente interesante la relación entre populismo y religión. Dice Daniel Coyne, editor de Religión y Sociedad Global en la London School of Economics:

> Así como algunas de las cosas más importantes en la vida de una persona no son racionales —sea el amor, la religión, la apreciación del arte, la suerte de tu equipo de fútbol, la espiritualidad—, también esta realidad será una parte ineludible de nuestro discurso político. Al cooptar a la religión y fusionarla con un nacionalismo estrecho que construye enemigos monolíticos, los movimientos populistas conectan con éxito en esta corriente trascendental de la vida. Su visión es pura, sin las manchas de la aburrida verbosidad de políticas serias y alcanzables.17

La sacralización transmite a la política su carácter trascendental, de

manera que abandona el mundo burocrático para hacerse potencialmente revolucionaria. Deja el territorio mundano de la administración pública y transforma la gestión de la *res publica* en un proceso creativo, por el cual es posible fundar un nuevo mundo: el cambio total. Dado que el populismo está asociado a la figura de Amado Líder, la condición carismática del caudillo unifica las ideas de política y de religión en la formación de un universo distinto, y aun de la creación de una nueva humanidad —como hizo la Revolución Cubana con el 'hombre nuevo' socialista, o AMLO a su modo con El Pueblo 'bueno'. Esta reconfiguración del mundo y de la vida conducida por Amado Líder pivota sobre mitos, rituales, liturgias y símbolos que galvanizan la solidaridad interna del grupo y dotan de sentido existencial a los individuos y a las colectividades.

La modernidad, con su apuesta ilustrada, profundizó el proceso de racionalización de esto que llamamos nuestra existencia. Los Estados modernos no están pensados para que los dirija una tribu sobre la base de sus elecciones personalísimas, sino como un sistema impersonal de decisiones que debieran ser supervisadas sin sesgo o favoritismo. El símbolo es la estatua de la Justicia: vendada, para evitar interés, con una balanza para el equilibrio y la espada para el castigo.

Con particular énfasis en la segunda mitad del siglo XX, la razón también se metió con la religión, que fue desmitificada por la ciencia como la tribu acabó degradada por las organizaciones burocráticas. Claro, la religión no ha muerto —aun fumamos opio —, sino que organizó su contraataque durante décadas. La secularización ha sido siempre desafiada por el mesianismo político, que pretende llenar de sentido el vacío de la razón, dotar de espiritualidad a la política, retirarla de la mera gestión técnica y devolverla al espacio de las misiones redentoras. Raymond Aron hablaba de los milenaristas que operaban con creencias absolutas para conseguir sociedades ideales y que llenaron el siglo XX con el fascismo, el nazismo y el comunismo; es decir, las tres grandes cosmovisiones, relatos y religiones políticas de los últimos cien años, aun significativas en la configuración de numerosas propuestas del siglo XXI.*

La idea del militante no es diferente de la construcción del devoto. He estado allí. Tras las elecciones de 1989 en Argentina, durante siete años participé políticamente, más de la mitad de ellos

como activista en la universidad. Mi experiencia es absolutamente menor —*«I am significant! (Screamed the dust speck.)»*—,[18] pero estuvo cruzada por la creencia profunda en la pertenencia a un movimiento transformador, ora mesiánico, que quería revolucionar el estado de cosas. Pasábamos días sin dormir; gastábamos noches pintando paredes y pegando carteles atentos a la aparición de la policía; viajábamos miles de kilómetros a congresos aburridos y agotadores; ayudábamos en barrios pobres, usábamos nuestros ahorros para apoyar a nuestra organización, convivíamos con decenas de desconocidos por tanto tiempo que con el paso de los meses y los años acabábamos creando amistades perdurables. Nos hacíamos hermanos en la lucha.

Éramos diáconos, seminaristas.

El nivel de compromiso de las militancias milenaristas no exhibe diferencias significativas con la devoción religiosa. Ambas quieren transformar las conciencias y las condiciones de la vida real; ambas se postulan como salvadoras, solidarias y comunitarias. Quieren hacer el mundo mejor, según el filtro de la filosofía que abrazan. Asumen el carácter inviolable del dogma, así como ciertos mitos —el de El Pueblo, en nuestro caso. Al cabo, el activismo acaba por absorber la sacralidad que solemos atribuir a la esfera religiosa. En aquellos años de militancia, conocí varios activistas católicos: no éramos tan distintos. Los seculares creíamos en el poder del hombre organizado, ellos en su Dios. No de manera científica: era una elección.

Cuando murió Fidel Castro escribí una elegía que fue, a mi modo, una manera de clausurar un debate con mi activismo juvenil en la izquierda, en la *idea de* la revolución y en mi relación más personal con el populismo:

> He vivido la mayor parte de mi vida en un tironeo con Castro y la Revolución. Mi yo romántico era desinformado porque para eso es el amor heroico, para enterrarse hasta los huevos y las tetas sin pensar demasiado. Mi yo racional empezó a entender demasiado pronto que uno puede querer hasta el capricho, pero si frente a uno no hay sino un gran engaño, es mejor romper lanzas, desmigajar el corazón y tomarse el buque a otra parte. Es enfermizo: ese amor primario, piensa uno, podría haber sido distinto *si*. Y entonces la revolución se convierte en un ejercicio de verbos en condicional y sus héroes en una esfinge que precisa de demasiados contextos y de la voz oficial de los sacerdotes para ser comprendida a cabalidad.[19]

La sacralización de la política, decía Jean-Pierre Sironneau, quien ha trabajado sobre las religiones políticas y el Estado, es una metamorfosis moderna de lo religioso y sagrado.[20] Hoy esa sacralización —medular en una religión política— es especialmente visible en los autoritarismos y en los totalitarismos, y perceptible también, por semejanza, en los populismos.[21] Por su carácter binario y por la oposición sistemática entre élite y Pueblo, el populismo puede apreciarse como reivindicando una causa sagrada ante intereses profanos, cuando en cambio es una asalto a la razón secular.

Resulta tentador subsumir el análisis del populismo a la condición de una simple fe, una religión institucionalizada o una secta. La sola idea de un Amado Líder mesiánico que demanda lealtad a sus verdades indiscutibles empuja el proceso populista al terreno de lo místico. El historiador estadounidense Richard Hofstadter decía que en su país los analistas secularizaban una visión tomada de la religión, emparentando la política con las categorías e imaginería del cristianismo. La noción de combatir 'el mal' desde 'el bien' —Nixon, Reagan, Bush padre e hijo y Trump enunciaban los conflictos bajo esa dicotomía— separa a la política de su escenario habitual y la introduce en el terreno de lo extraordinario, en un mundo maniqueo y sin matices donde se contraponen versiones absolutas de la verdad y la mentira: una moralidad religiosa.

José Pedro Zúquete, especialista en modernismo, populismo y fascismo en la Universidade de Lisboa, reconoce en el populismo referencias al imaginario, a los matices y a los significados cuasi religiosos. Es generalizada, por ejemplo, la creencia en su carácter salvador, pues implica un viaje político 'redentor' a un futuro merecido —una suerte de 'tierra prometida'— involucrándose en una 'cruzada' para evitar que la nación caiga en un 'apocalipsis'. Zúquete menciona otro factor distintivo: «el recurso a la metáfora y a la parábola religiosa ubica al populismo como una forma "baja" de política», frente a la retórica racionalista y secular de la 'alta' política asociada a las élites. «La invocación de lo religioso no es sólo una forma de distinción sino también de transgresión contra las formas establecidas de comportamiento político dominante», dice Zúquete.[22]

Amado Líder desdeña los hechos; su retórica está preñada de imágenes, invocaciones, mistificaciones y mitificaciones, exigencias

de lealtad y creencia, todo bajo formas discursivas simples, llanas, capaces de ser comprendidas con facilidad. Son alocuciones para conmover, como en discurso religioso: demandan un activo involucramiento emocional. Si las religiones promueven a un dios, los populismos piden creer en revoluciones y en refundaciones, otras metafísicas. Un pueblo elegido con una misión a la vez liberadora y restauradora, ambas demandantes de la instrumentación de una cosmogonía totalizadora. Y esa misión precisa de un mesías y de profetas que puedan resolver las dudas de sus devotos.

No se trata de una invocación vana: la fusión teológico-política es constitutiva de muchas naciones, y no es para nada ajena a los proyectos latinoamericanos o a su madre política, España. El jesuita granadino Francisco Suárez, una mente prolífica en la teología como el ensayo político en el cruce de los siglos XVI y XVII, colocó los cimientos filosóficos de la corona española que dirigiría América, armonizando dos ideas: la voluntad colectiva y la potestad ejecutiva del príncipe. Suárez concebía al Estado como un corpus «místico» que responde a la ley natural, esto es, a la obediencia a Dios —un dios— por encima de las voluntades individuales. Suárez decía que el pueblo, la colectividad, era el reservorio natural de la soberanía provista por Dios, pero que la cedía de manera absoluta a una autoridad, el monarca. «Esta enajenación del poder en la tradición neotomista es total, indivisa, indelegable y de difícil revocación», afirma Krauze en *El pueblo soy yo*.[23]

UN PROYECTO EUCARÍSTICO

El corresponsal de guerra William Shirer escribió «The Rice and Fall of the Third Reich» en la misma línea de sus «Berlin Diaries»; ambos textos intentan dar cuenta de la construcción del enorme aparato para lavar las conciencias, abducir la razón y —nada menos— organizar la política criminal del Estado nacional-socialista alemán. En «Berlin Diaries», Shirer cuenta que, cuando Adolf Hitler se aproximaba al escenario donde arengaría a sus seguidores, por los altavoces sonaba la Badenweiler March, señal de su arribo inminente. La multitud, hasta entonces en éxtasis nervioso, reconocía la canción y y estallaba. Gigantescos reflectores recorrían el escenario detrás de la figura del Führer. Ya en escena, Hitler se sentaba al centro, rodeado por un grupo de disciplinados militares,

todos en actitud marcial. En un encuentro en particular —el mitin de Nuremberg de 1934—, Rudolf Hess leyó, uno por uno, los nombres de decenas de mártires del régimen mientras en el fondo se desplegaba la Blutfahne, la bandera con la esvástica convertida en símbolo del fallido golpe de Estado de 1923 en el Beer Hall Putsch de Munich. Escribió Shirer:

> La reunión inaugural de esta mañana en el Luitpold Hall en las afueras de Nuremberg fue más que un espectáculo magnífico; tenía algo del misticismo y el fervor religioso de una misa de Pascua o Navidad en una gran catedral gótica [. . .] En tal atmósfera, no es de extrañar, entonces, que cada palabra que soltó Hitler pareciera una Palabra inspirada desde lo alto. La facultad crítica del hombre, o al menos la del alemán, desaparece en esos momentos, y cada mentira pronunciada se acepta como una verdad absoluta.[24]

El nazismo era sistema político, ideología y fe. El fascismo de Mussolini, igual. ¿Han visto esos aplausos de personas en estado de trance, por fervor o terror, que vitorean al borde del soponcio a Kim Jong-un, las sonrisas talladas en el rostro, pues no vaya a ser que Amado Líder sospeche? Fascismos, totalitarismos y populismos no diferencian entre política y religión. Hay una intencionada e ineludible producción de símbolos que hacen referencia al caudillo: los rostros de los líderes empotrados en enormes imágenes de la vía pública; las estatuas evocativas; sus nombres en plazas, escuelas, aeropuertos, metros y estaciones de buses, clubes, barrios y carreteras —todos territorios de convivencia, uso y tránsito de El Pueblo; banderas, elegías y canciones, documentales, películas. Decenas de rituales y liturgias montadas y ensayadas con detalle. Cada elemento de la política de Amado Líder ha de evocar la superioridad fundamental de su clarividencia. ‘Amado Líder’, ‘caudillo’ y ‘mesías’ son intercambiables, todos elementos de una ‘religión política’.

La idea de la religión política nos acompaña de forma inquietante desde las posguerras. El fascismo y los nazis han sido auscultados bajo esa luz, pero también la dictadura familiar norcoreana, el inefable cepo del Partido Comunista de China, la derecha neonazi, la nativista estadounidense y, en el extremo, ISIS, Al-Qaeda o el Talibán. Entran también en esta lista, aunque no en esos extremos, los movimientos integristas cristianos y el populismo latinoamericano encabezado por Perón, Fidel y Chávez, los líderes

más *exitosos* del siglo XX en la región.

La batalla contra la secularización son las Cruzadas de la religión política. Tendemos a pensar en el mundo secular como aquel separado del involucramiento cotidiano en una institución religiosa, un espacio distanciado de las liturgias subjetivas, donde la racionalidad debiera dominar cada acto. Pero, tal como sucede en la religión, la política no es ajena —muy al contrario— a la liturgia y a la ritualidad, a la construcción de una cosmovisión trascendente que supera al individuo ni a martirologios sostenidos por la defensa irrestricta de valores.[25] Una sociedad secular en su relación con la fe religiosa no es necesariamente secular (o racional) respecto de una fe política. La religión política sacraliza la actividad política convirtiendo al activista en militante de la fe y al seguidor en devoto. Cruza una frontera simbólica detrás de la cual queda el ciudadano y por delante está el fanático. «Muchos jóvenes que se creen muy secularizados porque no van a misa ni bautizan a sus hijos, en su actuación política tienen una visión totalmente sacralizada», dice Zanatta, el especialista en populismos latinoamericanos. «Son los fanáticos religiosos de hoy; el fundamentalismo de hoy es de tipo político, viven la política como religión».[26]

> En la sociedad moderna, la secularización no ha producido una separación definitiva entre las esferas de la religión y la política. Con el desarrollo de la política de masas, los límites entre estas dos esferas se han confundido a menudo, y en estas ocasiones la política ha asumido su propia dimensión religiosa. Al mismo tiempo que este proceso de secularización tanto dentro del Estado como de la sociedad, también ha habido una «sacralización de la política» que alcanzó su punto más alto en los movimientos totalitarios del siglo XX.[27]

Todo líder populista construye una espiritualidad que lo ubica en el centro del pensamiento trascendente, propio o asumido. Los rumores sobre el afecto de Chávez por la santería cubana cubren toda Venezuela. Una leyenda urbana dice que, en sus días finales, un grupo de santeras cubanas intentó curarlo del cáncer que los médicos de La Habana eran incapaces de sanar. El misticismo de Chávez habría aumentado en esas horas definitivas. Maduro, su sucesor, no se ha quedado atrás. En 2005, visitó a Sai Baba en presunta búsqueda de la paz espiritual. Un ex jefe de inteligencia y contrainteligencia militar del chavismo afirmó que Maduro gastó

medio millón de dólares en imaginería santera para decorar los pasillos y un altar en Miraflores cuando ya ocupaba la presidencia.[28]

La fe nunca es un asunto menor entre quienes dicen querer cambiar el mundo, porque es una herramienta de control. Los estudiosos de la religión señalan que los populismos, en sus más variadas formas, han empleado el discurso religioso en su favor. Los símbolos del cristianismo son resignificados en otros nuevos, construidos a partir de nociones como la clase, el nativismo o la raza.

El filósofo Aron advirtió —durante la Segunda Guerra Mundial — que los estados totalitarios de entonces, sobre todo los comunistas y los fascistas, estaban creando cosmogonías absolutas, similares a las de las religiones clásicas, como el primer cristianismo. En *L'homme contre les tyrans*, Aron afirmaba que los nazis dieron una respuesta integral al problema que sucede a la acción de convencer a las personas: mantenerlas en el rulo de la alienación.[29] A través a la ritualización, la construcción de una mitología y de un discurso público con temas y símbolos recurrentes, como exhibían los «Berlin Diaries» de Shirer, el nazismo asoció la racionalidad de los sistemas burocráticos al poder de la fe. Sistematizó y planificó la efectividad del discurso subjetivo con técnicas de propaganda asombrosas, el poder moralmente punitivo que otorga poseer un líder indiscutible y la acción represiva del Estado.

La religión política provee estabilidad. Si la nación está en crisis, el nacionalismo debe salvarla. Si la fe está en crisis, un credo firme, fundamental, ha de rescatarla de sus cenizas. La religión política es un Fénix que combina el ADN de ambos campos, pues constituye un intento de apropiarse del cosmos religioso, una ritualización de procesos propios de la política institucional y de las burocracias. Si la estabilidad está amenazada, una nueva fe con capacidad de mancomunar a grupos distintos puede ser la respuesta a la secularización y a la liberalidad que *niegan* nuestras tradiciones. Un nuevo fanatismo colectivo, diría Aron, puede haber nacido.[30]

No toda la 'civilidad religiosa' acaba en religión política, por supuesto. El historiador italiano Emilio Gentile, uno de los más reconocidos estudiosos del fascismo, distingue entre dos religiones seculares. Una 'religión civil', común en sociedades de gestión secular de la cosa pública, es el patriotismo estadounidense. Hay

sacralización de símbolos, una bandera ritualizada, una creencia única —el excepcionalismo— y una misión, ser los cruzados de la democracia occidental. Pero nada de eso niega, dice Gentile, las libertades individuales y el pluralismo político. Esto es una religión civil: un culto dirigido haca ciertos valores colectivos por parte de individuos que en todo momento pueden elegir.

La 'religión política' *hardcore* es más reconocible en la Unión Soviética, en el fascismo italiano y en el Reich nazi, así como en Cuba. No hay allí espacio para la pluralidad de ideas y sí una búsqueda consecuente de la unicidad, de la homogeneidad y de la monopolización de las creencias. Esos Estados demandaban fidelidad a las personas, y podían aplicar escarnio, persecución, prisión —y, en no pocos, la muerte— a los resistentes, los herejes y los apóstatas. Toda religión política sacraliza la identidad, y algunas subsumen al individuo en la entidad colectiva: la raza en el nazismo, la clase en el comunismo, la nación en el fascismo. Las personas, en todo caso, están obligadas, por la nueva moralidad, a actuar en beneficio del cuerpo colectivo. La individualidad se diluye; se acorrala a la liberalidad.

Todos son fenómenos complejos, dice Gentile, no un conjunto de prejuicios impuestos a individuos alelados. Hay un proyecto utópico en Amado Líder, en virtud del cual mucha gente cree realmente que él es especial y su misión, redentora: hay un enviado, un mesías y un Reino de los Cielos. Hay, claro, la experimentación de una misión común —de otro modo, un proyecto eucarístico. Sigue Gentile:

> A las personas que vivían en regímenes fascistas de entreguerras o que se sentían atraídas por los movimientos fascistas no se les lavaba el cerebro. La fe que tenían los líderes y la sociedad en general era simbiótica: muchos eran verdaderos creyentes y estaban comprometidos en una «revolución antropológica», un experimento en curso para crear un nuevo tipo de sociedad.[31]

PARE DE SUFRIR

Ya no recuerdo si fue durante la campaña electoral de 2018, o en uno de sus mítines de proselitismo turístico-gastronómico cuando ocupaba ya la presidencia, pero sí tengo presente la escena: primero un hombre, luego varios, se acercan y rodean en apretado círculo a Andrés Manuel López Obrador. Están de pie, en la calle; pasan autos

más allá y se filtra el sonido de la ciudad, vibrante. El video está tomado en contrapicado, como si un ojo elevado observase todo. El primer hombre apoya una mano sobre el hombro de AMLO, todos bajan la cabeza, incluido Andrés Manuel. Comienza una oración a algún dios.

Fue intenso y fue, de algún modo, *a Brazilian moment*. He convivido con los pastores evangélicos mucho tiempo como periodista. En mi juventud, viajé varias veces a Brasil, donde la oración colectiva que pide piedad o protección para quien la recibe solía repetirse en la televisión y en cada templo de la masiva Iglesia Universal del Reino de Dios. No tardé en ver lo mismo en Argentina. Al comenzar la década de los '90, los evangélicos del Club 700 comenzaron a comprar salas de cines y teatros cerrados, los remodelaban y abrían sus puertas de tal manera que se podía orar hasta en la calle. Los pastores neopentecostales también tenían sus programas de televisión en espacios comprados a las cadenas durante las horas muertas de la medianoche. «Pare de sufrir», pedía uno a diario.

A comienzos de 1994 viajé por un tiempo a México. Una radio de Buenos Aires me había encomendado cubrir el levantamiento zapatista, así que desde la capital me embarqué en una van maltrecha con varios periodistas internacionales —un alemán, varios canadienses, dos ingleses— hacia Chiapas. Sólo dos —canadienses ambos— llegaron a su destino. Los demás bajamos de la van a medida que nos quedábamos sin dinero para pagar el peaje de retenes militares y policiales que nos pedían, joven, *de favor*, una colaboración. Yo fui el tercero en caer; debí regresar a la Ciudad de México desde Oaxaca.

En el camino vi con sorpresa algo que asocié al rezo por AMLO. En un momento del viaje, en un pueblo impreciso situado a unos kilómetros al norte de Oaxaca, el conductor detuvo la camioneta para cargar combustible y nosotros bajamos a estirar las piernas. Fui a una tienda cerca de la gasolinera a comprar agua, y cuando salí me encontré con un hombre, dos mujeres mayores y un niño que compartían el mismo tipo de comunión que habían ofrecido los evangelistas a AMLO. La mujer más anciana estaba el centro, el hombre hablaba con una mano sobre su hombro y todos asentían con la cabeza gacha. No era un rezo católico.

Unas semanas más tarde, de regreso en la Ciudad de México, me reuní con Emilio Álvarez Icaza, por entonces ya un reconocido

activista de derechos humanos al frente del Centro Nacional de Comunicación Social, el Cencos. Como no tenía dinero, Álvarez Icaza me cedió un cuarto en las oficinas del Cencos en la calle Medellín de la Colonia Roma mientras esperaba una transferencia desde Argentina para alegrar mis finanzas. Aprovechamos para conversar largo sobre México —la doble disrupción del alzamiento del EZLN y la firma del TLCAN cambiarían al país por completo en poco tiempo— y en medio de la charla le conté sobre el episodio en Oaxaca.

Él no estaba sorprendido: el evangelismo avanzaba en México. El papa Juan Pablo II había realizado su tercera visita al país unos meses antes, en agosto de 2013, con la misión de reforzar la presencia de la Iglesia Católica en su mayor mercado regional. Brasil tiene un número mayor de devotos —unos 170 millones—, pero también posee más población, y la insistencia del Papa viajero por misionar en México (lo visitó cinco veces) radicaba en que más del 80 por ciento de sus habitantes profesan el catolicismo. Y que al norte de su frontera están los Estados Unidos, la usina evangélica.

Eso estaba empezando a cambiar, me dijo Álvarez Icaza. Los evangelistas habían iniciado su avanzada sobre América Latina en la década de 1960, aunque sin mucha tracción. A partir de los años ‘90 su presión evangelizadora fue mayor, en cierta medida como resultado del tránsito de las dictaduras de los años ‘80 hacia la democracia, así como por una mayor facilidad para viajar producto tanto de fronteras más abiertas como de una mejor y menos costosa logística aerocomercial. Hasta entonces yo solía divertirme escuchando la leyenda de cómo los evangelistas sobrevolaban regiones de México, Centro y Sudamérica con pequeñas avionetas —alquiladas a fumigadores que operaban desde aeropuertos secundarios— para lanzar radios portátiles con la frecuencia fija en sus emisoras. Real o no, semejante aventura ya no era necesaria: la gente pronto se mostró abierta a oír nuevas cosas, incluida la noción liberadora de que no es preciso sufrir un calvario en vida para alcanzar el cielo. Que el hombre puede y debe forjar su destino y, si en el camino hace mucho dinero, debe sentirse pleno pues agradará a los suyos, a Dios, a sus pastores, y a sí mismo.

El rezo callejero por la salud de AMLO tenía otras razones de ser. López Obrador llegó al gobierno en 2018 con alianzas variopintas, que incluyeron al marxista —y financieramente pragmático— Partido de los Trabajadores; a la agencia de subasta

de votos llamada Partido Verde y, *hosanna*, también a los integristas evangélicos del Partido Encuentro Solidario. Aquellos lazos se harían explícitos y profundizarían poco tiempo más tarde. En 2019, ya en el gobierno, AMLO recibió en su despacho del Palacio Nacional a una veintena de dirigentes de la confederación de iglesias evangélicas quienes solicitaron su ayuda para cambiar una ley que prohíbe a las congregaciones religiosas acceder a frecuencias de radio y TV. El líder de la confederación revelaría que ese mismo año rezó con AMLO en el Palacio —según la revista *Expansión*, «en el mismo sitio donde está el Recinto de Homenaje a Benito Juárez, quien impulsó la separación entre Iglesia y Estado»—, y «a solas y en público» en otros espacios. «El presidente no se avergüenza de tener una vida espiritual», dijo el pastor.[32]

La declaración más explícita de AMLO sobre su cercanía con el evangelismo ocurrió dos días antes de las elecciones de 2021 en las que se renovarían el Congreso y un buen número de gobernadores, alcaldes y legisladores locales. En plena veda electoral, López Obrador aprovechó su 'mañanera' y puso fin a las especulaciones sobre los contornos precisos de su fe: «Yo soy cristiano y quiero aclararlo: hay en la iglesia evangélica una denominación cristiana, pero mi cristianismo, lo que yo practico, tiene que ver con Jesucristo».[33] Esto es, cristiano y católico, ninguno y ambos a la vez, sincretismo católico-evangelista.

En 2006, cuando AMLO era ya una figura nacional poderosa, definía su fe como «católico, profundamente cristiano, porque me apasiona la vida y obra de Jesús», perseguido —decía—, espiado por los poderosos y crucificado al final. El historiador liberal Enrique Krauze escribió en 2006 un retrato sobre AMLO, titulado «El mesías tropical»:

> López Obrador no era cristiano porque admirara la doctrina de amor de los Evangelios, porque creyera en el perdón, la misericordia, la «paz en la tierra a los hombres de buena voluntad». Él era «fundamentalmente cristiano» porque admiraba a Jesús en la justa medida en que la vida de Jesús se parecía a la suya propia: comprometida con los pobres hasta ser perseguido por los poderosos. La doble referencia a «su época» y «su tiempo» implicaba necesariamente la referencia tácita a nuestra época y a nuestro tiempo, donde otro rebelde, oriundo no de Belén sino de Tepetitán, había sido perseguido y espiado por los poderosos, y estuvo a punto de ser crucificado en el calvario del desafuero. No había sombra de cinismo en esta declaración: había candor, el candor de un

> líder mesiánico que, para serlo cabalmente, y para convocar la fe, tiene que ser el primero en creer en su propio llamado. No se cree Jesús, pero sí algo parecido.[34]

Tabasco, donde nació López Obrador, es también su espacio de formación moral. Dice Krauze que el vacío que dejó la Iglesia Católica en ese estado del Golfo de México —recién comenzó a hacerse notar institucionalmente a fines del siglo XIX— fue ocupado por el secularismo. Un humanismo laico, afirma en el retrato: «Una fe agresiva y militante». Sin el tránsito de la Ilustración, refiere, lo que surgió entre los líderes tabasqueños que inspiraron a AMLO fue una suerte de «religión invertida» e iconoclasta.

Krauze afirmaba que la religiosidad de López Obrador puede reunir las condiciones de esa iconoclasia local: «puritana, dogmática, autoritaria, proclive al odio y, sobre todas las cosas, redentorista». Escribe:

> Hacia mediados de 2004, el tema del liderazgo religioso comenzó a aparecer explícitamente en las entrevistas de López Obrador. Él no buscaba el poder, sino la oportunidad de servir al prójimo. Su desapego de los bienes terrenales, su pureza, no eran sólo virtudes personales sino argumentos de autoridad política indisputable, pruebas de que él tenía la razón, que sus adversarios estaban equivocados o actuaban de mala fe. Para entonces ya se refería a su persona en términos inconfundiblemente mesiánicos: yo estoy convocando a un movimiento de conciencia, un movimiento espiritual, mucha gente que me ve, gente humilde, lo que me dice es que está orando [. . .] Yo soy muy demócrata y muy místico, estoy en manos de la gente.[35]

EL ÚLTIMO REY JESUITA

El mesías populista tiene una misión divina. Como el caudillo no acepta autoridad humana por encima de la suya, su inspiración sólo puede ser abstracta: ha de venir de algún tipo de dios, otro demiurgo.

Cuando cayó en mis manos el libro *Fidel Castro, el último rey católico*, me tomé la frente. Afirmé —sí-sí, pero claro que sí, cómo no—, como cuando nos revelan una verdad que estuvo siempre frente a nosotros pero jamás vimos: Castro como rey católico era una perfecta epifanía, la definición más acabada de Fidel, el revolucionario, y Castro, el tirano. El título del texto de Loris Zanatta resume el valor de las ideas bien elaboradas, una teoría:

ayuda a poner orden en los revueltos pensamientos ajenos, y a aclarar el limo turbio de las ideas en proceso.

Castro nunca dejó de ser el estudiante que los jesuitas formaron.* Zanatta sugiere que el gran acierto de Fidel para lograr engañar a todos fue afirmarse como un revolucionario marxista cuando en el fondo era, moralmente, un jesuita. Esa conjunción ha mantenido en vilo a medio mundo —incluidos los soviéticos, que jamás comprendieron su materialismo dialéctico tropical— hasta que Zanatta puso una noción al lado de la otra, y le agregó la condición final, la de *rey*.

Un autócrata es un monarca. Un tirano también. Un populista pretende serlo. Fidel sintetizaba política y religión en sí mismo. Por eso, cuando el Papa Francisco lo visitó en 2015 unos meses antes de su muerte, los intercambios de regalos eran documentos religiosos de enorme carga política.36 Francisco regaló a Castro las meditaciones conocidas como *Evangelios molestos*; sus encíclicas personales «Evangelii Gaudium» y «Laudato Si»; un libro humorístico del cura turinés Alessandro Pronzato; y los sermones grabados de Armando Llorente, un jesuita español que tuvo como discípulo adolescente al futuro dueño de Cuba. Fidel, enorme propagandista de sí mismo, retribuyó con *Fidel y la religión*, la extensa conversación que tuvo con Frei Betto, el teólogo de la Liberación, en 1985.

Que aquel diálogo con Betto llevase un título autorreferencial sintetizaba la visión de Castro de su lugar en el mundo —él, absoluto, en el centro, por encima de un sacerdote—, del mismo modo que el texto y los audios del cura Llorente que le regaló el Papa incluían un mensaje adicional. Llorente fue expulsado de la isla por la Revolución Cubana en 1961 —verbigracia, por Castro— y acabó exiliado en Miami. Poco tiempo antes de morir, el sacerdote quiso reunirse con Fidel para recordar sus años mozos, reír de sus travesuras y absolverlo de sus pecados. Llorente y el Papa parecían entender el trasfondo: un sacerdote absuelve si cree que el pecador puede entender su yerro. Esto es, es o ha sido un hombre religioso.

Escribe Zanatta:

> No es extraño que el monarca comunista del siglo XX sea heredero ideal de los monarcas católicos del pasado: creció en una isla que fue España durante siglos, en un ambiente familiar y social hispánico y católico. Tampoco lo es su reacción despectiva a la difusión, en Cuba y América Latina, de los valores y prácticas del liberalismo anglosajón y

> protestante: el nacionalismo católico, antiliberal y anticapitalista, es un trazo común de la entera tradición populista latinoamericana, en la cual Fidel se inscribe a pleno título.[37]

Católico fue Fidel y espiritual fue Chávez. Católico fue el sandinismo —con su poeta mayor, el cura Cardenal— como mesiánico es el orteguismo. Cristiano es AMLO y católicos son CFK y Alberto Fernández. Católico es también Rafael Correa, o fingió serlo, para ganarle en segunda vuelta la elección al devotísimo magnate bananero Álvaro Noboa, autodenominado 'El mensajero de Dios'.[38] Católicos fueron Belaunde Terry, Velasco, los regidores venezolanos y los autócratas hondureños. Religiosamente poderosos fueron Juan y Eva Perón. Maduro se autodefinió al buscar la espiritualidad profunda en la India. Nayib Bukele rezó en Tel Aviv, dijo haber hablado con Dios y, vaya, que Dios le respondió. Bolsonaro tiene a ministros evangélicos en puestos clave de su gobierno y se ha ungido con ellos. Víktor Orbán tiene a la iglesia consigo, y son católicos dogmáticos los líderes de Vox, los nacionalistas polacos y los neofascistas italianos, desde Matteo Salvini hasta Georgia Meloni.[39] ¿El People's Party? Su marco referencial fue el protestantismo evangélico, el cual postula que Dios ha dado derechos inalienables a los estadounidenses, expresados en la Constitución.[40] Trump nunca fue nada pero dijo que «no hay nada como Dios», blandió la Biblia contra los manifestantes que lo repudiaron en Washington y usó más terminología religiosa que ningún otro presidente estadounidense en cien años.[41]

El *trade off* es una construcción mutua de cosmogonías absolutas que inicialmente requiere gestos transaccionales: mis fieles, tu elección; tu gobierno, mis negocios. Rachel Nolan, una historiadora especializada en América Latina, escribió sobre la estrecha relación de las iglesias evangélicas con los mandatarios guatemaltecos:

> Los evangélicos de Centroamérica no tienen una bancada parlamentaria como en Brasil, ni un partido político que sea explícitamente propio, pero su voto definitivamente ayudó a elegir a Jimmy Morales como presidente de Guatemala. Desde que los evangélicos se volvieron un grupo de interés, es común que cada nuevo presidente celebre uno de sus primeros grandes discursos en algún templo de la fe. Una de las primeras apariciones públicas del comediante como jefe de la nación fue en [la Iglesia de] La Fraternidad. Como [el también pastor

> evangélico] Harold Caballeros, [su líder] Cash Luna también cultiva conexiones políticas y comerciales significativas. Cuando era presidente Otto Pérez Molina, el predecesor de Morales, fue a la inauguración de la iglesia de Cash. «Gracias, pastor», le dijo allí, «por darnos el ejemplo a los guatemaltecos de las cosas que se pueden hacer cuando hay fe».[42]

En el fondo, la discusión es milenarista. La emergencia del Tea Party —predecesora de Trump e hija de la Mayoría Moral conservadora de los años '70— ayuda a entender la importancia de la religión* en la reformulación de las naciones bajo conducción del populismo, sobre todo en países donde las iglesias neopentecostales tienen inserción.[43] Un gobierno grande, en la visión conservadora, es opresivo. Para los miembros del Tea Party, que tuvieron el apoyo inmediato de las iglesias evangélicas, ese Estado enorme contradice la moral bíblica, pues favorece el ascenso de las minorías y oprime a las mayorías. La opresión de las instituciones del poder está condenada en la Biblia, si se la lee de manera literal, y la limitación del gobierno debiera ser parte de la defensa de la libertad y la felicidad, principios dados por Dios e instituidos como valores fundamentales en los Estados Unidos. En la lectura de los movimientos de derecha, sostiene el *tea partier* Jonathan Wakefield en *Saving America: A Christian Perspective of the Tea Party Movement*, el Estado esclaviza a los contribuyentes, sus hijos y sus nietos, a través del gasto público elevado, pues obliga al pago de impuestos para financiar deuda:

> La enseñanza del Nuevo Testamento, del Evangelio de Mateo, de que «ningún hombre puede servir a dos señores», que el *Teavangelicalism* ve como una elección entre el gobierno bajo un rey terrenal y el gobierno bajo el único Dios Verdadero, es una fuerza impulsora detrás de mucho activismo evangélico [. . .] Como consecuencia, los horizontes políticos evangélicos son grandes: las narrativas internas a menudo afirman que el objetivo es restaurar a Estados Unidos a sus raíces judeocristianas, lo que hace que su activismo político se oriente hacia una reforma más amplia de la sociedad, en lugar de pequeños cambios cosméticos incapaces de revertir el declive de Estados Unidos.[44]

En los Estados Unidos, la derecha cristiana ventiló la idea de que el apocalipsis estaba próximo cuando Obama llegó a la presidencia, y reincidió ante la posible victoria de Biden sobre Trump. La noción del juicio final es crucial para las iglesias, en particular para las evangélicas, pero también lo es para el populismo, que siempre ve

la integridad de la nación bajo alguna amenaza. Su discurso habitual remueve las aguas insistiendo en la decadencia de la cultura, en la depravación moral y en un libertinaje irreverente que ha facilitado la 'mezcla de razas'. Algunos especialistas están convencidos de que una buena parte de la comunidad evangélica estadounidense cree que el país está, en efecto, perdido. Cuando Hillary disputaba la presidencia, los *talk show hosts* de las radios inflaron el aire con tonos apocalípticos. Un pastor survivalista llamó incluso a prepararse para «una guerra nuclear» si Trump perdía en 2016.[45]

Una *fe* política es una fe religiosa y, por lo tanto, determinista y determinante, absoluta e indiscutible. Se cree en el movimiento, se vive por su líder. Fidel Castro entendió eso como pocos, e hizo del Partido Comunista cubano una iglesia con poder de policía. El joven Fidel fue formado por jesuitas comunitaristas, quienes le enseñaron que la evangelización es capital para salvar al hombre de sus pecados. El Castro adulto concibió a la revolución desde una herencia católica dualista, que incluía las nociones de una espada institucional disciplinaria y del verbo como una herramienta para construir cosmogonías. Fidel inventó la idea del 'hombre nuevo' socialista con afán evangelizador, a fin de atraer hacia los principios revolucionarios a millones de individuos. Conquistado ese objetivo, exportó la revolución armada —la espada religiosa— para doblegar y colonizar las resistencias. Acción, intelecto y disciplina estaban en el método jesuita, y pasaron a él. Sus discursos —que duraban una vida— eran sermones de conversión que se reiteraban como se reiteran los salmos desde el púlpito: hasta que la piedra de las convicciones disidentes es horadada por el Verbo de La Verdad. ¿Prometió Castro a Cuba una dictadura del proletariado racionalista y secular? Jamás. Fidel dijo a los cubanos, sin que le temblara la voz, que con la Revolución iban a «vivir el paraíso».

Zanatta, *for Christ sake*:

> Los pilares éticos y materiales del antiliberalismo castrista son aquellos de la cristiandad hispánica. El primero es la fusión entre política y religión: tarea del Estado, para Fidel Castro, es convertir a los ciudadanos a la única verdadera fe, a la ideología del régimen, a través de una catequesis capilar; el Estado es el primer apóstol. El segundo pilar es la impermeabilidad al pluralismo: nación y pueblo son para él organismos vivientes, cuyo estado natural es la unanimidad y la armonía; incluyen a todos y a todos asignan funciones pero el disenso y

el conflicto son patologías que los minan: hay por lo tanto que extirparlos. El tercer pilar es el corporativismo: la sociedad castrista, como aquella cristiana de la colonia, está formada por cuerpos, las organizaciones de masas en las cuales está encuadrado cada cubano; el individuo sólo tiene los derechos que le confiere la pertenencia a un cuerpo, de otro modo queda excluido. Es un orden social donde el individuo está sometido a la colectividad sobre la cual vela la Iglesia, o sea el partido, garante de la ortodoxia y la unidad y la fe. Y sobre ello el rey, Castro, investido de los poderes temporales y espirituales.[46]

DIOS HA VUELTO

Paso a paso, a lo largo de tres décadas, América Latina se ha vuelto ese mejunje de absurdos y patetismos coloridos, que por un rato nos saca media sonrisa y dos segundos después nos deja incrédulos, resignados o abochornados. Cuando Jeanine Añez asumió como presidenta interina de Bolivia tras la eyección de Evo Morales, entró al Palacio Quemado, la sede del gobierno, con una Biblia en la mano: con toda solemnidad, anunció que Dios volvía a gobernar y que se acababan los «cultos a la personalidad».[47]

Pocos días después y unos kilómetros al norte, Nayib Bukele ocupó la Asamblea legislativa salvadoreña rodeado de militares armados y se sentó a orar entre lágrimas, como un Cristo maniatado por la crueldad de los hombres que dañaban a su rebaño, pidiéndole a su Señor que lo iluminase para, claro, ser el salvador de El Salvador. Y en el Perú, cuando el recuento de votos parecía darle la victoria a Pedro Castillo, Keiko Fujimori se subió a un estrado ante sus seguidores y miró —sin mucha convicción, convengamos— al cielo: «Señor, tú que pones y quitas reyes», dijo, «te pedimos que nos ayudes a llenar los corazones, las conciencias de todas las personas que nos pueden ayudar a guiar un mejor futuro para todos los peruanos».[48] ¿Ah?

Parecía ajeno, ocupado en otros menesteres, pero de un tiempo a esta parte Dios ha ganado un lugar imposible para semejante entidad abstracta en el laicismo de la gestión pública. Un Dios presunto que ha aupado a líderes narcisistas, tan imbuidos de sí que actúan como si algún espíritu (santo) les hubiera tocado realmente el hombro para que rescaten a sus naciones de cualquier peligro, real o ficticio. Millones de personas les creen, hemos dicho, y a tal punto que han hecho de la política la mejor herramienta para gestionar el conflicto, algo parecido a una misa abierta dominada

por nuevos testamentos redactados a la medida del jefe.

Es, en sí, una posición maniquea que se retroalimenta con el populismo. Pero no el maniqueísmo del uso coloquial, cuando queremos graficar el radicalismo de una mirada que borronea los matices, sino aquel singular y cosmogónico: el maniqueísmo como construcción religiosa, aquel que dividía el mundo en dos espacios conflictivos, la Luz y la Oscuridad, y que se asemejan a la dicotomía populista de El Pueblo y la élite, lo bueno y lo malo.[49] Perón lo puso casi en términos de resurrección en su discurso del 17 de octubre de 1945, llamado el Día de la Lealtad por la liturgia peronista, cuando habló desde los balcones de la Casa Rosada a una multitud congregada en la Plaza de Mayo*:

> Muchas veces he asistido a reuniones de trabajadores. Siempre he sentido una enorme satisfacción, pero desde hoy sentiré un verdadero orgullo de argentino porque interpreto este movimiento colectivo como el renacimiento de una conciencia de los trabajadores, de una conciencia de los trabajadores que es lo único que puede hacer grande e inmortal a la patria.[50]

Un líder carismático es un problema, pero uno con millones de seguidores representa potencialmente una rebelión que puede quemarlo todo. Una nueva camada de fantasmas recorre América Latina haciendo sonar las trompetas de una salvación fanática: el *sheik* Bukele tribalista; la derecha boliviana —y Evo, cuando gobernaba como semidiós reencarnado—; Jimmy Morales y los pentecostales de Guatemala; Nicolás Maduro y la iglesia chavista de Venezuela; Bolsonaro sostenido por los evangélicos; Cristina Fernández y el catecismo peronista de Argentina; la pareja del autócrata Ortega y su esposa telepredicadora Rosario Murillo; Andrés Manuel López Obrador envuelto en su ininteligible credo de abrazos y no balazos. Sin que hayamos agotado la lista, esos hombres y mujeres han conseguido convertir la política en un asunto cuasi-religioso, y han motivado así a millones de personas a seguirlos de manera incondicional durante años, sacudiendo primero los procesos electorales y —una vez en el gobierno— buscando someter a su deseo las débiles, mal gobernadas y manchadas democracias representativas de la región.

Un político telepredicador no llega lejos sin una parroquia multitudinaria, de manera que Amado Líder y Amado Pueblo van de la mano: el narcisista precisa tanto de la masa como la masa

requiere de un padre que la cuide. Esa interrelación representa hoy un problema de difícil solución para las democracias formales, intervenidas por el entretenimiento político, el asambleísmo líquido de las redes sociales y las capacidades organizativas de los revolucionarios de WhatsApp. En una relación de mutuas necesidades directas, la democracia liberal será el tercero en discordia.

MI *NONNA* IRMA Y EL MESÍAS

Fui criado católico. Comunión a los ocho, confirmación a los dieciséis. Misa de once cada domingo —o los sábados a las siete de la tarde si, ya adolescente, planeaba acostarme en la madrugada. Fui monaguillo, acólito turiferario y ceroferario. Caminé a la diestra del padre Lorenzo Mensa, el cura piamontés de mi pueblo; serví su vino para la eucaristía —un mosto dulzón, supe, mojando el índice a escondidas. Repartí ostias —«El cuerpo de cristo»— a los once años, y alguna vez vestí —o soñé vestir o quise hacerlo, quién sabe ya— esa delicada pieza de fieltro blanco, el alba. A una orden mía, cuando sonaba la campana, toda la feligresía se arrodillaba para rezar. El cura Mensa me controlaba de reojo, desconfiado y fiero, aunque a veces asentía, y supongo que por su intermedio asentía el dios en el que yo debía creer. En el momento de las escrituras, un devoto subía al atrio a leer y nosotros, los monaguillos, corríamos para llegar antes a la silla y sentarnos junto al padrecito. ¿Era asunto de notoriedad? ¿Acaso creíamos que Dios bajaba a la Tierra a través del sacerdote y nuestra proximidad nos hacía los segundos en importancia, adláteres favorecidos? En todo caso, desde arriba del púlpito de madera dominábamos la nave central de la parroquia de Nuestra Señora del Rosario en un diminuto pueblo de inmigrantes perdido en la vasta pampa argentina. Nos sentíamos parte de algo más grande, sé hoy, que ese edificio frío de revoque calizo, más grande que la congregación que nos cobijaba, más grande que aquella llanura.

Dejé la iglesia pero antes dejé toda fe. Mi abuela Irma —hija de lombardos, católica porque-qué-otra-cosa-hay-que-ser— me preguntó una vez por qué lo había hecho. Creo que pelábamos una gallina a la que unos minutos antes ella había retorcido el pescuezo con un desapasionamiento atemorizante. No sé bien qué le respondí, pero quedó satisfecha. Nunca más volvió a sacar el tema.

Mi abuela moriría muchos años después, poco a poco, día a día, con más de nueve décadas caminadas. Mientras su vida se secaba y su cuerpo se achicaba llevó en el centro del pecho una cruz de plata encerada. Yo vivía en la Ciudad de México cuando mi madre me llamó para informarme de su muerte. Lloré, porque la *nonna* era otra parte de la infancia que se cerraba, ajena a mi dominio. Y creo que entonces supe por qué había dejado todo aquello de la fe, y me hubiera gustado decírselo. Es que no había nada allí, abuela. Nada.

A nadie más que a mí importa esto, pero si escribo estas letras es porque he vivido para perseguir explicaciones. Soy agnóstico, no ateo. No creo en la existencia de un dios, pero acepto que no sabemos todo. Y cuando no me divierto provocando a mis amigos creyentes, me siento a escuchar a los más inteligentes, los que mantienen la fe después de someterla al filtro implacable de la razón.

Hace un tiempo conversé con Alexander Morea-van Berkum —un teólogo colombiano radicado en Amsterdam— que ha colaborado con las Naciones y Unidas y con la Corte Penal Internacional, en casos de trauma y de tratos crueles derivados de la actuación de los gobiernos en El Salvador, Cuba y otros países en conflicto. Morea-van Berkum mira los mesianismos desde una perspectiva teológica. Una noche helada, después de que hubo acostado a su hijo, le pedí que habláramos de los hombres que se creen dios.

El mesianismo es una sombra que trasladamos desde la religión hasta la política, dijo Morea-van Berkum: parece imposible librarnos de las influencias religiosas, una y otra vez transportadas como apariciones antiquísimas, mezclándose con el espacio de la acción y de la razón políticas como espíritus sombríos. El mesianismo es una idea política en sí misma: ante la necesidad de recuperar la nación o de crearla, ponemos la misión en las manos de un hombre que no es del todo profeta, ni sacerdote, ni rey, ni rebelde.

El mesías es una mescolanza de esas cuatro funciones tradicionales en las teocracias clásicas, de donde emergió la figura del redentor. Allí, el profeta fungía como un divulgador popular; el rey representaba la figura militar; el sacerdote, el consejo; y al rebelde le tocaba desafiar al orden establecido. Funcionaban en armónica tensión dando forma al orden institucional antiguo hasta las revoluciones apocalípticas del siglo VI antes de Cristo, que

inauguraron la lectura finalista del mundo en la tradición judía por la vía de los manuscritos.

Al igual que hoy —porque los heredamos—, los textos apocalípticos mostraban la impotencia humana ante la existencia de fenómenos que iban más allá de su comprensión. Leo en *The Apocalyptic Imagination*, una mirada a cómo la fe provee 'soluciones' durante los momentos de ansiedad:

> La forma de los apocalipsis implica un marco narrativo que describe las maneras de [manifestarse] la revelación. Los principales medios de una revelación son las visiones y los viajes a otros mundos, complementados con discursos o diálogos y, en ocasiones, con un libro celestial. El elemento constante es la presencia de un ángel que interpreta la visión o sirve de guía en el viaje al otro mundo. Esta figura indica que la revelación no es inteligible sin ayuda sobrenatural. Está fuera de este mundo. En todos los apocalipsis judíos, el receptor humano es una figura venerable de un pasado lejano.[51]

El escenario apocalíptico supone la necesidad del mesías. Morea-van Berkum me dice que la figura del mesías no habría sido tan exitosa de no ser por el impacto literario de la posibilidad de un fin del mundo. «Con el apocalipsis nació una pasión: cuando hizo ebullición, las personas de los mercados, de la vida común, tenían en su mente la idea juguetona de que un mesías podía poner fin a los malos imperios», dice. «Seiscientos años después esto se afirma en la figura de Jesús».

Para que Jesús fuera el Hijo de Dios, antes tuvieron que existir profetas que durante 300 años mantuvieron la tensión y la expectativa en torno a la hecatombe y al hombre que podía detenerla. Eran teorías literarias, fantasiosas, profundamente conspiradoras. Cada una cumplía una doble función: profundizar el temor en el apocalipsis como un hecho próximo, e inducir la aceptación del mesías como el salvador necesario. «Como hoy, quien se tomaba en serio esas teorías, perdía», dice Morea-van Berkum. «Y quien jugaba con ellas, ganaba, y gana».

La figura del mesías salvador no era peyorativa. La ruptura que producía su aparición aliviaba la decepción del pueblo, porque estaba anunciado que vendría a salvarnos a nosotros —el pueblo elegido— evidenciando los juegos retóricos del status quo, y dando a todos una respuesta verdadera a los problemas. La ansiedad, que debilita o anula nuestra expectativa por un futuro mejor, se disolvía

con la aparición del salvador, un ser superior, todopoderoso, capaz de sostener nuestra angustia y acabar con los miedos como un buen padre.

La mirada actual sobre el mesías es distinta. Decepciona, porque sólo pretende salvar a un grupo que debe rendirle obediencia ciega. En los países donde el mesías moderno es una figura central de la conversación pública, su debate genera un enorme volumen de narrativas escabrosas. Medios como *Breitbart* en los Estados Unidos han sido portavoces deontológicos del finalismo dentro de la derecha americana, pero igualmente funcionales han resultado plataformas como Gab, Parler o Rumble. Grupos como los Proud Boys han llevado hasta las calles la defensa de Trump, su mesías, y la expansión del espíritu temerario no se ha detenido. En septiembre de 2020, una nueva milicia de conspiranoicos —los 1st Amendment Praetorians, integrada por exmilitares, policías y exmiembros de la comunidad de inteligencia—, comenzó a ofrecer seguridad en encuentros «religiosos y patrióticos» de la ultraderecha, uno de ellos, en Dallas, Texas, titulado 'Por Dios y el País: Rodeo Patriota'.[52] En su mundo alternativo, asumen el rol del rebelde ante los poderes constituidos del rey (hoy, Biden), los sacerdotes (el *establishment*) y los falsos profetas (el Partido Demócrata, los medios, la intelectualidad liberal). Son un pueblo elegido por un falso mesías. Una secta.

Me dice Morea van-Berkum:

> El mesías repartía el pan, un signo populista. De manera que el hombre político que promete el pan para todos sabe que ahí hay un sentido latente que significa desde hace siglos. Hay un punto crítico aquí en la posición de la mirada. El motor del acto de repartir el pan, o compartir la cena, por ejemplo, no es ganar adeptos. Quien participa del reparto y la comunión, participa de una forma funcional de la vida. No hay estrellas ni grandes nombres; se reparte el pan y se comparten los alimentos y el vino de manera voluntaria, desinteresadamente. Hay alegría porque hay consenso: hemos remado las diversas aguas y hemos llegado a un acuerdo. El populista, en cambio, pervierte el símbolo: en su reparto del pan no hay alegría colectiva sino usufructo personal.

Mi *nonna* Irma hubiera enviado a esos tipos a limpiarle el gallinero y a confesarse con el temible Mensa.

USTED VAYA CON LOS TEÓRICOS

En julio de 2016, poco antes de la Convención Nacional Demócrata, Newt Gingrich —uno de los explicadores oficiales de Trump— se sentó con CNN a discutir las estadísticas sobre crimen en los Estados Unidos. Gingrich llevaba tiempo batiendo el parche del crimen acá y del crimen allá. Trump sacudía la pandereta: había «carnicerías» —que sólo él veía— en varias ciudades del país. La presentadora recordó a Gingrich que el número de crímenes mostraba una tendencia a la baja, pero el explicador defendió su idea de que, en realidad, las personas se *sienten* más amenazadas. «Lo que yo digo es igualmente verdadero», dijo con la misma porfía de su jefe político. «Yo voy con lo que la gente siente; usted vaya con los teóricos».

Escribió Marina Hyde en *The Guardian*:

> Lo que pasa con los líderes de las sectas, por lo general, es que son hombres carismáticos, capaces de persuadir a la gente de la sabiduría de cosas que no van en su mejor interés. Simplemente, no hay ningún defecto moral que pueda colocarse frente a sus seguidores que no haga que esos mismos seguidores disculpen al líder apasionadamente o lo amen más por ello.[53]

Gingrich es un sofista pero tenía razón: Trump ha demostrado que la realidad puede ser una ficción, que sólo precisa de la fe de sus seguidores para convertirse en verdadera. Gabriel García Márquez definió al realismo mágico como un hecho rigurosamente cierto que parece fantástico. La campaña y el gobierno de Trump funcionaron al revés. Cuatro años al revés: su 'magia realista' consistía y consiste en fantasías que parecen ciertas a ojos de sus creyentes. Tal vez por eso las frases que Trump más reiteró fueron llamados a la fe. «Confíen en mí»[54].

Como si alguna vez hubiera leído a Kant, Amado Líder crea la realidad con su palabra, una realidad turbia. En su doctrina no hay revelación sino ocultamiento, y mucha manipulación. Predomina la forma sobre el fondo. Escribí antes de la elección de 2016:

> La campaña de Trump es un ejercicio de credulidad carismática, una estafa masiva. Está dirigida a las emociones de sus creyentes, no a la razón. Por eso cada vez que la prensa y Hillary Clinton procuran comprender la lógica de su juego de timo, Trump se ríe en sus caras: *«They still don't get it»*. [. . .] Es un proyecto mesiánico donde el líder todo lo sabe y no se discute. «No me pidan que les diga cómo los llevaré allí», dijo en un mitin. «Nada más déjenme llevarlos».

> Y el engaño funciona. Al decir de Gingrich, los seguidores *sienten* a Trump y él sabe cómo hablarles: simple, al nervio y a la sangre.

Es común en América Latina afirmar que nuestros dirigentes pueden hacer de cada nación un lugar más iconoclasta que Macondo, pero Trump ha demostrado que también hay caudillos en la 5ta Avenida de Manhattan. «Los gringos nos han ganado», me dijo Alberto Trejos, el ministro de Costa Rica que negoció el último tratado de libre comercio latinoamericano con los Estados Unidos. «En *Cien años de soledad*, García Márquez inventó diecisiete Aurelianos Buendía con una cruz de ceniza en la frente, pero Trump supera toda ridiculez».

Si la ausencia de razón puede ser audaz, el delirio suele ser fatal. «Yo soy su voz», dijo Trump en la Convención Republicana, ante el rugido de la masa.[55] «Yo solo puedo arreglarlo. Yo solo puedo restaurar la ley y el orden».[56]

Yoni Appelbaum lo contaba así en *The Atlantic*, la revista cofundada por Ralph Waldo Emerson en 1857:

> Cuando Trump dijo: «Yo soy su voz», los delegados en la sala de la convención rugieron con su aprobación [. . .] La multitud salpicó su discurso con cánticos de «USA!» y «¡Enciérrala!» y «¡Construye el muro!» y «¡Trump!» Abucheó bajo indicación y vitoreó cuando la incitaron. De hecho, parecía irritarse, ansiosa por convertir un discurso hecho para la televisión en una manifestación interactiva, frustrada por la determinación de Trump de mantenerse dentro del guion. No todos los delegados vitorearon; algunos se sentaron rígidamente en sus asientos. Pero no había duda de que la gran mayoría en la sala estaba unida detrás de Trump y dispuesta a confiar en él.
>
> El aspecto más sorprendente del discurso no fue el discurso, a pesar de que su tono a menudo se desviaba de la línea, de enfático a estridente. No fueron las políticas específicas que esbozó, largos detalles de su discurso. Fue el extraordinario espectáculo de un hombre de pie en un podio, elevado por encima de la multitud circundante, diciéndoles a los millones de estadounidenses que estaban observando que él, solo, podía resolver sus problemas.
>
> Y la multitud vitoreó.[57]

LA MARIPOSA DE LA MATANZA Y EL PAJARITO *CHUFÍ-CHUFÍ*

En algún punto, estadounidenses y latinoamericanos no somos tan distintos: todos fallamos, muy humanamente.

Mientras en América Latina los nacionalismos de izquierda y Bolsonaro movilizan a los crédulos con una pasión patriótica sobreactuada —una cierta fe—, en los Estados Unidos, todavía una sociedad puritana, la credulidad religiosa es consustancial a la política. La Constitución misma postula que los hombres son iguales porque «el Creador» lo dispuso, así que en tiempos desesperados la sociedad estadounidense suele ver a su presidente como un superhombre capaz de salvar la integridad nacional. Sin ir muy lejos, Oprah Winfrey, sacerdotisa de la iglesia catódica, llamó a Barack Obama *'The One'*.[58]

Hay seis imágenes clave en el líder carismático, dice el modernista Zúquete: una es el líder como *profeta*, adelantado a su tiempo y clarividente, elogiado por revelar verdades difíciles y desacreditar las mentiras del poder; otra es la figura del *arquetipo moral*, un hombre ejemplar cuya historia de vida es relatada para atrapar a la feligresía; el *mártir*, tan estoico y atribulado que puede sacrificar su salud y la vida por la causa; el líder como representante de *El Pueblo*, es una imagen que sintetiza y expresa al hombre común, con quien tiene un vínculo directo; ese mismo caudillo opera también como encarnación del *partido*, pues no solamente lo ha fundado, sino que lo personifica y dicta su credo. Finalmente, Amado Líder es el *misionero* tras la meta de la redención nacional. Personajes como Perón y Chávez atravesaron todas esas etapas, incluida la cárcel.[59] Otros, como López Obrador, debieron 'predicar en el desierto' antes de ocupar la primera magistratura.

Como en los libros religiosos, el movimiento construye relatos humanos y épicos sobre el caudillo destinados a elevar su figura hasta una dimensión divina. La narración que Amado Líder hace de sí mismo es siempre épica, y suele incluir el momento de un 'llamado' que no pudo ser desoído. Cabe también un instante de iluminación, como el de Cristo en el desierto, que expondrá con carácter epifánico la misión a desarrollar. Amado Líder asumirá cada una de esas acciones, desde su elección especial a la entrega diaria por El Pueblo, imbuido de 'humildad'. López Obrador sintió la llamada misional en Tabasco, cuando comenzó a trabajar con las comunidades indígenas. Chávez —quien decía que «los verdaderos soldados estamos hechos para el sacrificio»— entendió su histórico destino cuando acabó en la cárcel tras el golpe de Estado de 2002: «No quiero nada más para mí que estar con los sueños y esperanzas

de mi pueblo, y el inmenso compromiso que ahora siento sobre mis hombros».[60]

América Latina tiene una larga tradición de líderes portadores de verdades reveladas. La Argentina cumplió en 2021 setenta y cinco años marcada por una fe política, el peronismo, que parece inagotable. Desde el primer gobierno de Juan Domingo Perón, en 1946, su movimiento se erigió como una fuerza mística que resistió persecuciones y que ha perdurado hasta el día de hoy estirando sus fronteras ideológicas. Muertos Perón y Evita, su primera mujer, ambos se volvieron figuras de culto. Mitos. Evita es la santa de El Pueblo. Al cadáver de Perón —cual monarca, cual cruzado, cual Cristo pagano; cual diablo y brujo— lo vejaron.*

Algo similar sucedió en la última reencarnación peronista, el kirchnerismo. Néstor Kirchner cumplió con la lógica del antes/después del populismo. Antes de llegar la Casa Rosada en Buenos Aires era un gobernador menor, eternamente afincado en su feudo de la Patagonia. Pero siendo nadie, acabó quedándose con todo, como el hijo del carpintero nazareno. La asunción de la presidencia argentina por Néstor Kirchner, en 2003, ocurrió en un contexto de eclosión política y vacío de poder. Antes de él, se habían sucedido cinco presidentes en quince días, todos expulsados como consecuencia del caldeado ambiente que prevalecía en el país. La furia argentina que precedió al kirchnerismo fue sintomática. Apocalíptica. Tiempo antes, Fernando de la Rúa había debido renunciar a la mitad de su presidencia, incapaz de gestionar el conflicto, abandonado a su suerte por una alianza debilitada y un peronismo que miró hacia otro lado cuando la institucionalidad temblaba.**

Los cinco presidentes que sucedieron a De la Rúa tomaron el gobierno sin que los partidos respaldaran abiertamente sus medidas para abandonar la convertibilidad cambiaria, lastrados por el temor a pagar el costo político de una crisis que avanzaba como un rodillo. El símbolo del vacío eran miles de personas impacientes golpeando cacerolas al grito de «Que se vayan todos», el canto que inauguró el nihilismo regional en el siglo XXI.

Kirchner llegó como un candidato aupado por el peronismo de la provincia de Buenos Aires, el más fuerte del país. Fue una elección extraña y atomizada, con siete candidatos presidenciales. Menem, que compitió por tercera vez, ganó la primera vuelta electoral, pero renunció a competir en la segunda cuando entendió que sería

derrotado por la suma de votos opositores. Kirchner, segundo en la compulsa, se quedó entonces con la presidencia pero nadie aseguraba que fuera el hombre fuerte clásico de la religión peronista, pues su poder territorial era exiguo, apenas tenía el respaldo de poco más del 20 por ciento del electorado y su padrino político y valedor —el jefe del peronismo bonaerense, Eduardo Duhalde— era considerado un maestro de la política sibilina. Sin embargo, Néstor Kirchner ganó espacio progresivamente e inauguró una nueva etapa en el peronismo junto a su mujer, Cristina Fernández, CFK.

Cuando murió, en 2010, sus sucesores montaron en torno a su figura una religión de consumo rápido: bautizaron calles y escuelas con su nombre y hablaron de él como si fuese un ánima presente. CFK comenzó a referirse a su marido muerto como 'Él', siempre con un tono de grandiosidad. Si bien su traje de moderno luto era de diseñador, Cristina Fernández vistió de negro durante años, proyectando la imagen de una viuda doliente por la ausencia de un hombre magnánimo, por lo demás una pasión conocida entre los argentinos, parte de la liturgia católica tradicional oriunda de la herencia hispano-italiana.

El ascenso de Néstor Kirchner al panteón peronista fue veloz. Ahora aparece en las estampas junto al General y a Evita. CFK se encargó de mitificarlo como un alma omnipresente, mágica y tierna. Un día de diciembre de 2019, Cristina dijo en la plaza San Justo del distrito de La Matanza, que una mariposa la acompañó desde el coche hasta el palco en el que debía dar un discurso:

> Cuando llegué, una mariposa, la única que vimos, venía volando como rodeándome y me acompañó hasta el asiento. No me había dado cuenta, que hoy era el Día del la Virgen de Guadalupe. Yo creo mucho en las señales; todo tiene que ver con todo. ¿Saben la leyenda de la mariposa? En las mariposas anida el espíritu de un combatiente o guerrero. Y entrando en La Matanza, el lugar al que a Él le encantaba venir, sentí que en esa mariposa Él también me estaba acompañando.[61]

El símbolo de la transmigración del alma refiere al ascenso de Jesús, resucitado al tercer día de muerto, para posarse a la diestra de Dios como un alma eterna. Incapaz de resucitar, Amado Líder debe manifestarse a sus apóstoles tras su muerte, reencarnándose en un nuevo símbolo. El mismo símil fue útil para Nicolás Maduro, quien tenía la obligación y la necesidad de garantizar la ascensión

de la figura de Chávez a la categoría de ánima, ángel y espíritu. Al cierre de la campaña electoral del 2013, Maduro apareció con un sombrero de paja coronado por un pajarito. El ave tenía una razón de ser: era Chávez. (En la liturgia católica, sabemos, el Espíritu Santo es un ave.) Contaba un extasiado Maduro:

> Entré a una capilla chiquitica de madera, como a las ocho de la mañana, ocho y media. Solo. Estaba orando y recordándolo. Hay una foto grande de Él ahí, una estatuilla de José Gregorio Hernández y un Cristo. Y de repente entró un pajarito chiquitico, y me dio tres vueltas acá arriba: *chucuchuchú-chucuchuchú-chucuchuchú*. Se paró en una viga de madera y empezó a silbar: *chufí-chufí*. Un silbido bonito. Y yo me le quedé viendo y también le silbé, pues: *chufui-chufui-chufui*. El pajarito me miró raro, silbó un ratico, me dio una vuelta y se fue. Y yo sentí el espíritu de Él. Como dándonos una bendición, diciéndonos: «Hoy arranca la batalla. Vayan a la victoria».[62]

Otro pajarillo volvió a aparecerse a Maduro el día en que Chávez habría cumplido sesenta años. Mediante su pajarero gorjeo, le informó que el Comandante estaba «feliz y lleno de amor de la lealtad de su pueblo».[63] El pajarito se fue volando como vino, Maduro partió un gigantesco pastel de cumpleaños que representaba el llano venezolano donde nació Chávez, y descubrió una estatua de Amado Líder pagada por la petrolera rusa Rosneft, una compañía dirigida por un socio de Vladimir Putin.

NOS FUERON DADAS POR DIOS

La egolatría de Amado Líder no reconoce límite. Los valores son secundarios: para el autócrata las ideas son barro para modelar a su gusto. Pide que no crean en ellas sino en lo que él dice de ellas, pues él sintetiza la sabiduría, como rey o dios. Él es el mensaje.

De la tentación mesiánica sabían también los Padres Fundadores de los Estados Unidos cuando decidieron eliminar la figura del derecho divino de los reyes en la Constitución. «Virtud o moralidad son resortes necesarios del gobierno popular», escribía George Washington al dejar el siglo XVIII.

Ni virtud ni moralidad habitaron —habitan o habitarán— la confesión de Trump. La gente votó a su favor en 2016 y en 2020 con las vísceras, la verga, el cheque del próximo mes, dios de su lado, la vagina, la tradición y la familia, la avidez, el deseo, el fusil

de asalto en el closet y el cráneo caliente. No es que no piensen: es que pensaron en quitarse de encima a los políticos profesionales que viven en el mundo burocrático de Washington, bien pagados por sus impuestos. No pensaron demasiado en las consecuencias de las ideas —no propiamente políticas— de Trump, pero eso habla también de que el estado de cosas no dio para más: si no pensaron no fue porque no supieran o fueran incapaces. Existe la posibilidad de que simplemente no les importasen las consecuencias de su elección, porque estaban —ante todo— *demasiado* enfadados.

Cuando la devoción cruza la calle hacia el fanatismo, dios tiene todo permitido. Trump habló el lenguaje de la calle y del *locker room,* del hombre de las reuniones de amigos, del tipo común que no sabe nada de política pero que ha hecho dinero y no tiene compromisos. Le perdonaron todo. No debía favores, era un *outsider*. Él lo dijo: es un *doer*, los demás son *talkers*. Dios creó el mundo, nosotros lo comentamos. Dios hizo, Donald hace. ¿Y a quién no le gusta que las cosas se hagan? ¿Quién podría negarse a que un *winner* nos haga ganar a todos haciendo America grande otra vez? El dios chabacano que fue Trump habló directo al corazón de otros *doers.* Un lenguaje que lo alineaba con los no-políticos —su elección identitaria, el *qualunquista*—, construido con gramáticas heterodoxas, prejuicioso antes que sabio, extrovertido más que razonable. Pero al punto. Sonaba franco, porque ¿quién sería capaz de impostar la estulticia? Trump jugaba al dios terrenal de conversación descuidada que habla como hablaría en privado, en un ámbito de confianza, en un confesionario de chicos malos.[64]

Escribí en «La república bananera de Donald Trump»:

> Aunque puede ser divertido comparar a Trump con un subproducto alucinado del tercer mundo, es menos confortable asumir que el hombre es fogoneado por millones de estadounidenses que piensan como él. Trump no surgió de la mente de un humorista sudamericano: aventurero, inmoral, macho, ignorante, racista y xenófobo, es un arquetipo del poder blanco que parecía acorralado —o barrido bajo la alfombra— hasta que encontró en la televisión el dictadorcillo adecuado. Una buena proporción de esos votantes son conocidos por todos: en cada una de nuestras sociedades hay un grupo de ciudadanos —¿la décima parte, un quinto, el cuarto, el treinta y tres coma treinta y tres punto tres por ciento?— que avala proyectos autoritarios.[65]

Trump —verbigracia, todo Amado Líder— es un falso dios cuya

idolatría se antoja como inevitable para sus devotos. En un viaje al norte de Arizona, tiempo después de las elecciones de medio término de 2018, en el bucólico pueblo de Prescott —rodeado de pinares y granjas de frutas— visité un *gun show*, una feria donde más de dos mil personas probaban, regateaban y compraban armas cortas y largas como si fueran ganado o vacaciones. En el acceso a la feria estaba la parafernalia pro-Trump, una tienda con decenas de *t-shirts*, buzos, *sweaters* y gorras con la inscripción 'Trump 2020' en rojo, con la bandera de USA, con el rostro del Agente Naranja y el hashtag #MAGA, todo mezclado con camisetas adornadas con inscripciones militantes llenas de picardía, a la venta de a dos por US$10. 'Dos cosas que todo americano debe aprender a usar. Ninguna te la enseñan en la escuela', decía una de esas leyendas, ilustrada con una pistola y una biblia. *'Dems Dream is Venezuela's Reality'*, gozaba otra; y luego esta, con la silueta de una enorme metralleta envuelta por la bandera de Estados Unidos: *'Freedom isn't free'*.[66]

Pero era adentro donde estaba el furor. Conté así una de esas escenas:

> —Este es uno de los mejores lugares para apoyar al presidente —me dice Sally, una mujer en los cincuenta, entrenadora de tiro en el norte de Arizona—. *It's Trump's world!* ¿Quieres firmar?
>
> Sally me extiende una planilla: «Firma para apoyar la defensa de la Segunda Enmienda». Sally está en el stand de la campaña Trump 2020, en el centro del campo de juego del Findlay Center. En cada *gun show* hay al menos un stand que inscribe votantes —nombre, apellido, datos de contacto— para que voten por el presidente en las elecciones del 3 de noviembre. Me excuso con Sally, miento, digo que no voto (aunque soy ciudadano) sólo para seguir la charla. Sally dice que debemos defender la Segunda Enmienda —y que Trump es el indicado «porque ningún socialista lo hará»— de todo peligro y cambia la planilla por una hoja A4 con el título 'Trump Victory' y un pedido escrito debajo: «Por favor, compártelo con tu familia. Recorran cada enmienda y piensen cuidadosamente por qué fueron incorporadas a la Constitución. Imaginen el caos en países donde no hay una guía como esta para sus ciudadanos y gobierno». Debajo, cubriendo toda la página, están las 27 enmiendas a la Constitución. Sally toma un bolígrafo y marca las diez primeras.
>
> —Estas nos fueron dadas por Dios —dice con un tono amoroso de laica consagrada.[67]

Biden entendió eso mejor que Hillary: Average Joe podía hablar como *an Irish guy* de un modo que Hillary —aburrida, larga, explicativa, *mujer y señorona*, maestrita, petulante con un tipo como Trump—, no podía hacerlo. Hillary daba peroratas de balances geopolíticos, compromisos con aliados globales, equilibrios, consensos, acuerdos: todo eso toma tiempo, todo eso no da resultados ahora mismo. Biden entendió que Bill, ex soldador en Michigan, comprendería mejor un *Will you shut up, man* dirigido a Trump. Hillary tenía ideas complejas que requerían explicación —la razón—; Trump, dos o tres ideas fáciles de digerir dichas en un lenguaje poco complicado. Y las repetía siempre, y no gastaba demasiadas palabras. *Fast food* político. Y era divertido. Y era nuevo, y ella no. Y era hombre, y ella no. Y es tramposo, pero ya nos había confesado que lo era, y *who cares*. *The Donald was a very earthly God* hasta que, en efecto, Biden —católico practicante— bajó al ídolo de barro a la Tierra. Cuando el electorado comparó, la fachada del falso dios se resquebrajó.

EL RECETARIO DEL DIABLO

En América Latina sabemos cómo es dejar en manos de caudillos incontrolables el destino colectivo. El líder es profético. Alrededor de la figura monolítica del líder se construye la aldea adoratriz. El Pueblo elegido es la reserva de la pureza. El populismo se alimenta de todos los elementos de la religión antigua, incluido su paroxismo apocalíptico y, por supuesto, la infalibilidad de Amado Líder. Ese populismo es esencialmente monoteísta. Sólo hay un mesías y a su favor nos debemos.

Dice Loris Zanatta:

> El sueño de los populismos hispanoamericanos, lo más frecuente, es restaurar el Reino de Dios en la Tierra. Evocan el milenarismo del Antiguo Testamento[68]. Su pueblo mítico es el buen pueblo fiel, su enemigo el mismo que destruyó la cristiandad: el liberalismo, hijo de la Reforma. De ahí el odio hacia Estados Unidos liberal y protestante: «enemigo eterno», según Castro; «sin alma», para Eva Perón.[69]

Chávez abrevaba en ese ideario. Ernesto Cardenal visitó al mandatario venezolano tiempo después de abandonar al sandinismo, hastiado de Ortega; encontró en el Comandante alguien más en quien confiar. Cardenal, cura como su hermano, un jesuita,

dijo haber visto en el nuevo dueño de Venezuela una voz cristiana confiable. No le tomaría tiempo convertirse en un panegirista voluntario de Chávez como ya lo era de Fidel.

El nacionalismo de Chávez proviene de su lectura de Bolívar, mientras que su socialismo —el Socialismo del Siglo XXI— abrevó en una democracia con participación popular y un modelo económico que no es sino estatalismo rentista. Pero esa es la edificación formal. Como otros líderes populistas latinoamericanos, Chávez es, con mucho, hijo del catolicismo español, donde el líder es monárquico.

Cardenal contaba que el Comandante le confió que su diferencia sustancial con Fidel —en términos de fe— era que Castro afirmaba serlo desde una perspectiva social, mientras que él lo era también en términos religiosos, «aunque un poco menos». Cardenal explicó a su modo cómo para Chávez la fe era más sagrada que la ley:

> Yo les podría decir a los dos lo que dice el P. Mario de Oliveira de Portugal: que a Dios no le interesa la religión, sino la política. (Y en esto no hace sino copiar a los profetas). En cuanto a religión, la jerarquía católica está en contra del proceso revolucionario junto con los empresarios y la oligarquía, y es tan mala como la de Nicaragua o peor, para decirlo mejor. Acorde con su extracción popular Chávez mantiene la fe sencilla de las clases humildes venezolanas. Dice que la Constitución es casi sagrada, porque el único libro sagrado es la Biblia.[70]

Las invocaciones religiosas habitaban el discurso florido de Chávez, que sabía bien que implantar a Dios en sus homilías revolucionarias alimentaba su propia figura mítica, alinéandolo históricamente con la figura tutelar de Bolívar. En diferentes momentos de su vida pública, Chávez se refirió a Cristo como el luchador de los desvalidos, de los pobres y de los desamparados. Lo llamó también el «primer socialista de nuestra era», un hombre «más radical que cualquiera de nosotros», un rebelde que al enfrentarse a Roma no pudo ser otra cosa, claro, que antiimperialista.[71] «El reino de Cristo es el reino del amor, la paz, la justicia, la solidaridad, la hermandad, el reino del socialismo», dijo cuando lo reeligieron en 2006. «Este es el reino del futuro de Venezuela».

En otras palabras: la revolución será inmortal como el Cristo; Venezuela, la tierra prometida del pueblo de dios.

¿Por qué era tan importante la retórica religiosa en Chávez?

Porque somos hijos de ese sedimento cultural. Cualquier metáfora que active la memoria de la fe en la que creció la gran mayoría de los latinoamericanos ilustra el mundo de inmediato, en especial las afirmaciones reduccionistas, antagónicas y binarias. En 2006, en un discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, Chávez coqueteó con las cámaras de televisión con una satisfacción de niño, alardeando con su manejo de la pausa y la ampulosidad. Dijo que el diablo había estado allí un día antes que él, en referencia al presidente George W. Bush, de los Estados Unidos. Se persignó y, teatralmente, alzó las manos unidas, mirando al cielo y luego a su alrededor: «Huele a azufre todavía». George W. Bush, dijo Chávez, vino a las Naciones Unidas a vendernos sus fórmulas imperiales. «Si hubiera una película de Hitchcock, yo le propondría el título: "El recetario del diablo"».72

Esta y otras afirmaciones definen la batalla milenarista del chavismo contra el imperialismo y el capitalismo en tanto que una guerra santa contra el mal. Chávez gustaba de citar a Juan Pablo II para cuestionar la injusticia inherente al capital. Su Revolución Bolivariana, como proyecto político, y el Socialismo del Siglo XXI, como marco ideológico, eran intrínsecamente religiosos. Su búsqueda era total y duraría hasta el final de los tiempos, pues representaba la consumación del ideal católico: un mundo mejor a partir de la entrega devota a la idea de un dios y su credo. La Revolución, refiere Zúquete, se prolongará hasta que «el reino anunciado por Cristo se vuelva realidad: el reino de la igualdad, el reino de la justicia».73

Años después, la oposición a la Revolución Bolivariana calificaría la herencia de Chávez como diabólica, pero los seguidores del Comandante transformarían su muerte en el acto mismo de su santificación, al punto que a poco de fallecer se multiplicaron los altares domésticos donde se lo idolatra junto a Jesús, Bolívar y la Virgen María.74 «El legado de Chávez ha tomado una incandescencia religiosa en Venezuela», informó la agencia de noticias Associated Press un tiempo después de su muerte:

> Los rosarios adornados con el rostro de Chávez, los santuarios y las imágenes que lo representan con una cruz cristiana se han convertido en algo común. Los seguidores a menudo dicen que creen que Chávez tenía una misión divina.75

La nota final de la santificación la proporcionó una legisladora

chavista, María Uribe, quien modificó el Padre Nuestro para conmemorar con la grandiosidad pertinente a Amado Líder. La Iglesia Católica venezolana protestó —un ultraje, dijeron obispos y cardenales—, pero Maduro les respondió elevando la discusión mística: «nuevos inquisidores», les dijo, asumiendo para el chavismo un carácter reformista y redentor *dentro mismo* del cristianismo.

Dice la Oración del Delegado leída por la diputada Uribe en un acto de formación del chavismo:

> Chávez nuestro que estás en el cielo, en la tierra, en el mar y en nosotros, los y las delegadas, santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu legado para llevarlo a los pueblos de aquí y de allá. Danos hoy tu luz para que nos guíe cada día. No nos dejes caer en la tentación del capitalismo, mas líbranos de la maldad de la oligarquía, como el delito del contrabando, porque de nosotros y nosotras es la patria, la paz y la vida. Por los siglos de los siglos, amén. Viva Chávez.[76]

NI GERANIOS, NI LEOPARDOS

En muchos niveles parecemos navegar sobre aguas desconocidas, sin brújula y con el cielo encapotado. No hay Cruz del Sur ni lucero del norte que sirvan de referencia. Si hemos olvidado las experiencias del siglo XX, si no podemos recordar las categorías que, al menos, nos permitirían establecer algunos marcos teóricos desde los cuales pensar(nos), pues entonces navegamos al garete. Descontemos el naufragio.

Trump es un síntoma, al igual que AMLO y Bolsonaro. Chávez fue otro trágico síntoma, una anticipación del futuro de esas ficciones orientadoras que ya no se sostienen. Nuestras democracias representativas han fallado, por mucho, durante décadas. Las masas enojadas de los nacionalismos, así como los proponentes de líderes autoritarios han votado y siguen votando en *contra* de todo aquello. ¿Todo se soluciona con más democracia? Sí, pero hoy no, nos dicen. El disparador de los levantamientos electorales o sociales es la pérdida de fe en el sistema. Las jerarquías y autoridades —las instituciones— son construidas y habitadas por hombres y mujeres: esas autoridades, esos hombres y mujeres, están en entredicho. Los partidos políticos como canales de institucionalización del debate público —como mecanismos de pasteurización del *thanatos* político violento— no contienen ya la discusión como pudieron hacerlo desde el siglo XIX y hasta fines del XX.

Un hombre impropio puede operar electoralmente con ventaja hasta siendo un proyecto fallido de valores universales sólo porque todo lo demás no funcionó. O más bien: porque millones de votantes encontraron en él una referencia creíble para lo que *sienten*: enojo, fastidio. Ansiedad. Hartazgo de promesas que jamás se concretan, o que tardan tanto en materializarse que, para cuando llegan, bueno, ya da lo mismo. *Screw it.* Teman al líder, entonces, pero tengan especial cuidado con la feligresía desbordada. Los monstruos existen, decía Primo Levi, pero son muy pocos como para ser realmente peligrosos; más lo son los hombres comunes, los funcionarios listos para creer y actuar sin hacer preguntas.

En los actos de fe propios de las religiones y de las organizaciones fanáticas, las fallas del líder se subliman —es decir, se perdonan— bajo la creencia compensatoria de que posee cualidades superiores. Mientras a esos hombres no se les vean las costuras de falsos mesías, estarán blindados por la fe del devoto. AMLO se rio de la portada de un periódico que retrataba la continuidad de los asesinatos del crimen organizado en México —«¡Ahí están las masacres»!—, y nada pasó. El manejo de la pandemia por parte de su gobierno dejó al menos un cuarto de millón de personas muertas —hay cálculos que duplican el número de víctimas— y aun así su partido logró cuatro de cada diez votos en las elecciones legislativas de 2021. Bolsonaro dijo que brasileño que no aguante el coronavirus no es suficientemente hombre, y se lo celebraron. Después de abandonar su gobierno, la mano derecha de Boris Johnson —*again*, la mano derecha, el tipo que mejor lo conoce— aseguró a los cuatro vientos que el tipo es inepto e incapaz, pero ¿acaso se movieron las encuestas en su contra?* Trump fue capaz de decir públicamente que podría dispararle a alguien en la Quinta Avenida —mi madre—, y que no perdería un solo voto por eso, y no los perdió. Y fue capaz de decir también que John McCain era un *loser* porque se dejó apresar en Vietnam —tu madre— y, sí, ya sabemos, votaron por él.

Millones eligieron votar a Amado Líder y millones votarán a cada nuevo Amado Líder que haga *clic* con el *sentimiento* popular del momento. Estos votantes no son geranios, no son guepardos, no son amebas: son, también, *sapiens*. Monos avanzados, como usted y como yo, diferentes al resto del reino animal por su capacidad intelectiva. Y esos animales inteligentes decidieron ignorar alertas, alarmas y banderas rojas sobre los caudillos, del mismo modo que

nosotros nos resistimos a entender su enojo y su desesperación. Eligieron a Amado Líder por una o pocas razones, pero todas suficientemente significativas para superar claramente a los argumentos que deslegitimaban o pretendían deslegitimar a su héroe. Al cabo, sólo es necesaria una razón cualquiera, no millones, para tomar una decisión. Cuando votas a Amado Líder legitimas el discurso de Amado Líder.

¿Por qué suceden estas cosas? ¿Cómo es posible? Jason Brennan tiene una respuesta atendible en *Against Democracy*: estamos bien informados y somos racionales respecto de las leyes de tráfico, porque somos conductores y sabemos que, si no las seguimos, las consecuencias pueden ser desastrosas: matar o morir, un accidente severo o, en el mejor de los casos, menor, pero que puede costarnos pues involucra al seguro —y entonces nos duele la vejiga sensible del bolsillo. En este y otros puntos que involucran decisiones perceptibles de vida o muerte, la irracionalidad está penalizada. Pero, ¿elecciones?

> [La gente] tiende a ser ignorante e irracional en materia política. Quizás es porque, cuando se trata de votar, el conocimiento y la racionalidad no pagan, mientras que la ignorancia y la irracionalidad quedan impunes. Si *nosotros*, el electorado, somos malos en política, si nos permitimos las fantasías y los engaños, o ignoramos las pruebas, la gente muere. Peleamos guerras innecesarias. Implementamos malas políticas que perpetúan la pobreza. Regulamos en exceso las drogas o regulamos insuficientemente la contaminación por carbono. Pero el problema es que nosotros, el electorado en su conjunto, no elegimos si ser informados o ser racionales en política. Los individuos deciden por sí mismos a la luz de sus incentivos individuales.[77]

Y en demasiadas ocasiones la ignorancia es, sencillamente, brutal. En 2013, el investigador Ilya Somin publicó *Democracy and Political Ignorance*, un trabajo que resume su disquisición sobre la calidad del electorado de los Estados Unidos.[78] Somin no edulcoró sus hallazgos: el 35 por ciento de los votantes estadounidenses, escribió, «no sabe nada». «La gran profundidad de la ignorancia de la mayoría de los votantes individuales es impactante para muchos observadores que no están familiarizados con la investigación», amplió.

La evidencia empírica puede ser lapidaria. Sólo la prensa se basta para dar cuenta de la destrucción de la capacidad individual

de lectura del mundo. En 2021, la revista *Newsweek* encuestó a los estadounidenses para saber qué tanto sabían de ser *Americans*: el 73 por ciento desconocía por qué Estados Unidos estuvo en la Guerra Fría y tres de cada diez fueron incapaces de decir el nombre del vicepresidente. Los encuestadores hicieron también esta pregunta: ¿contra quién peleamos en la Segunda Guerra Mundial? El 40 por ciento de los estadounidenses no supo decirlo. (Alemania, Japón e Italia.)*

En contraste, en 2008 el *European Journal of Communication* evaluó el conocimiento en asuntos internacionales que tenían ciudadanos de Gran Bretaña, Dinamarca y Finlandia y comparó los resultados con sus pares de los Estados Unidos. «Los europeos nos apalearon», escribe Andrew Romano en *Time*. «El 68 por ciento de los daneses, el 75 por ciento de los británicos y el 76 por ciento de los finlandeses pudieron, por ejemplo, identificar a los talibanes, pero sólo el 58 por ciento de los estadounidenses logró hacer lo mismo, a pesar de que hemos liderado la carga en Afganistán». Sigue Romano:

> No nos malinterpretes: la ignorancia cívica no es nada nuevo. Durante el tiempo que han existido, los estadounidenses han estado malinterpretando los *checks and balances* e identificando erróneamente a sus senadores. Y han lamentado el filisteísmo de sus pares desde que se comenzaron a publicar estas desalentadoras encuestas en la época de Harry Truman. (Por cierto, era presidente). Según un estudio de Michael X. Delli Carpini, decano de la Escuela de Comunicación Annenberg, los cambios anuales en el conocimiento cívico desde la Segunda Guerra Mundial han promediado «un poco menos del 1 por ciento». Pero el mundo ha cambiado. Y, desafortunadamente, se está volviendo cada vez más inhóspito para los ignorantes poco curiosos, como nosotros.79

Elegir es un acto de responsabilidad, no hay más que eso. Tomas la decisión, y lidias con sus consecuencias. Claro que no acaba allí, porque, cuando esa decisión es la elección del jefe de una nación, haces objeto de esas consecuencias incluso a quienes no votaron como tú. Si eres ignorante, no pagas tú: tu salvador puede ser una condena para los demás.

No es que conduces un auto y simplemente te accidentas; estrellas una república.

LA MISA POPULAR

En 2020, el presidente de El Salvador, Nayib Bukele, convocó a miles de personas a rodear la Asamblea Legislativa para forzar a sus miembros a aprobarle un préstamo. Luego declaró que la gente convocada por él mismo le pidió una insurrección, y que detuvo todo porque —sentado en una banca que no era suya, mientras oraba en silencio— Dios le pidió paciencia. Otra vez: Dios-le-pidió-paciencia. Parece anecdótico, tal vez no lo sea, pues el trasfondo es canónico: Dios ordenó a un hijo suyo que detuviese su espada vengadora, después de que ese hijo —un elegido, un pastor, un mesías— hablase *directamente* con él.

Como todo populista, Bukele viene a la Tierra a encarnar la lucha del Bien contra el Mal. Y ese mundo de blancos y negros sus seguidores no tienen opción: si van con el líder son blancos; todo lo demás no admite matices: es oscuro e irrelevante y debe ser eliminado porque mancha. ¿Que varios de los aliados y funcionarios de Bukele han sido incluidos por el Departamento de Estado de Biden en su Lista de Actores Corruptos y Antidemocráticos?[80] Da igual: todos saben que 'el imperio' es el diablo. ¿Que el presidente vació la Justicia expulsando con una reforma legal a los jueces de mayor trayectoria para llenar los tribunales salvadoreños con sus adeptos? Da igual: la justicia de Amado Líder es justicia popular.

Nayib sabe, Nayib salva.

En la concepción de los autócratas, la masa no es racional, de manera que debe ser gobernada por el entusiasmo. Su control requiere misticismo. La subjetividad ha de cubrir toda la conciencia colectiva. Debe operar como una religión: suspender el juicio crítico, creer en el profeta y en el mesías que anuncian o resuelven un presente apocalíptico. Desindividualizarse para ser parte del credo. Asumirse, orgulloso. Funciona, y mucho. Una vez que los opositores empezaron a denigrar a los seguidores de Bukele como '#nayiblievers', los mismos votantes del presidente salvadoreño tomaron el *hashtag* de Twitter y se lo apropiaron. «Nayibliever por convicción y cansancio», decía uno. Como en aquella religión perseguida por Roma.

El momento de la consumación del amor de Amado Líder con El Pueblo es el ritual, la liturgia de la misa popular: los mítines masivos. Un gigantesco teatro de posesión espiritual al aire libre, al decir del antropólogo venezolano Rafael Sánchez, de la Universidad

de Amsterdam.[81] Yo presencié el fervor entregado de los devotos por Menem, Chávez, López Obrador, Trump y Evo. Hay dramaturgia, seducción, arrullo, excitación. Los actos de masas son enormes templos paganos, una ritualización que incluye actos de unción: Amado Líder es el responsable de la homilía final, la oración que nos enviará a casa satisfechos de haber dado con el redentor de la nación. Escribía Vargas Llosa en *El pez en el agua*, sus memorias:

> El buen orador político latinoamericano está más cerca de un torero o de un cantante de rock que de un conferencista o un profesor: su comunicación con el público pasa por el instinto, la emoción, el sentimiento, antes que por la inteligencia.[82]

Como en un templo, el montaje es tan crucial como el discurso. Allí pesan los símbolos, que inspiran cuando son incorporados al ritual pues se vuelven tangibles. Su sentido transmite al líder y socializa el credo. Si la parroquia tiene rituales precisos —cuándo orar, cuándo cantar, el momento de la comunión y del silencio— también los posee el acto masivo de Amado Líder: nadie puede competir con su presencia, que tiene reservado siempre el centro de la escena. Mensaje y metamensaje van siempre alineados y la carga simbólica debe ser precisamente estudiaba. El sacerdote viste siempre el alba blanca bajo la casulla del oficio parroquial y va de sotana negra —para recordar al Cristo muerto— en la vida diaria. CFK vistió de riguroso luto elegante un buen tiempo tras la muerte de Néstor Kirchner hasta que comenzó a subir a escena en blancos impecables, níveos y hasta alguna vez bailó para su feligresía: un renacimiento.

La iconografía del peronismo siempre incluye a Perón y Evita, sus santos patronos, retratados en imágenes enormes —imperiales o vaticanas—, visibles para todos, como súper humanos o dioses. Perón sonríe a boca ancha, Eva es más púdica; el General mira a El Pueblo en esas imágenes, Eva al más allá, al futuro. En ocasiones se miran entre sí, en otras ambos miran juntos a la distancia: jamás se dan la espalda. Como símbolos oficiales de la Cuarta Transformación, AMLO emplea un panteón de hombres que desea ver idolatrados por sus benefactores: Lázaro Cárdenas, Miguel Hidalgo, José María Morelos, Francisco Madero y Benito Juárez lucen serios y egregios en banderolas y telones y, por tanto, son indiscutibles, condición que debiera ser transferida a AMLO. En Nicaragua, Ortega equipara la enseña del FSLN a la bandera del

país: ambas están presente, una junto a la otra, en total equivalencia, en todos los actos oficiales: el sandinismo es la iglesia del Estado. Fidel es el Juan Pablo II de Cuba, el misionero absoluto. Y Chávez, un predicador: hay pinturas del comandante rodeado de niños a los que expone las palmas abiertas, sonriente como Jesús. En los actos, Trump apenas admitía una figura humana trascendente (la suya), que sólo podrá ir acompañada de la bandera de los Estados Unidos.

Cuando la misa popular y las demás liturgias populistas actualizan símbolos del pasado, pretenden que esa asociación con el presente se traduzca en fusión, borrando las distancias. Esto es, que esa descontextualización, idealización y representación se realicen a través de Amado Líder como el heredero que ha de cuidar a la patria. La mímesis es crucial: Amado Líder debe congeniar con los bronces y estatuas y nosotros, su audiencia, su masa, hemos de adoptar, por consiguiente, el imaginario de ambos. «Serás como el Che», ordenaba el mantra revolucionario cubano en un mandato mimético: todo revolucionario ha de estar a la altura de la misión antes asumida por sus héroes.

El chavismo, una de las más eficaces religiones políticas de América Latina, actualizaba permanentemente la imagen y el símbolo de Bolívar como el dios vigilante que tenía en Hugo Chávez a su hijo predilecto, enviado al mundo para redimir a los hombres y a la Tierra Santa, su Venezuela. Chávez visitaba en persona los espacios clave de la historiografía bolivariana en actos litúrgicos acompañados por multitudes que parecían moverse en procesión a la Meca. El Comandante jamás abandonó a Bolívar, inteligente, porque en él radicaba su legitimidad simbólica: era Simón reencarnado. En los actos masivos donde el Comandante traducía su interpretación de la Historia, la masa enamorada comulgaba: le era transferido el símbolo de su dios bolivariano por la vía del Mesías Llanero de Sabaneta. Una mutabilidad incesante, según el antropólogo Sánchez. «Un discípulo a la altura de su maestro, Perón», me dice Martín Caparrós.

Escribe Zúquete:

> El ritualismo da visibilidad a los valores inmateriales que están en el centro del vínculo carismático y que transforman la comunidad de seguidores en una comunidad moral, unida por sentimientos de amor, hermandad, idealismo y rectitud. A través de la ritualización se experimenta esta comunidad moral. Ayuda a fomentar un sentido de

> colectividad como pueblo elegido y juega un papel crucial en la legitimación de sus dimensiones soteriológicas.[83]

La capacidad de movilización de la fe suele ser subestimada por la intelectualidad liberal, como si creer fuera un fenómeno menor. Algo que sólo sucede a los inocentes como mi hija de tres años, que supone que es en verdad el perro Tracker de Paw Patrol quien habla con ella, y no yo cuando la llamo desde alguna ciudad remota, sosteniendo el muñeco de silicona frente a la cámara. El recurso es reiterado, pero efectivo: la fe mueve montañas.

Un pastor juvenil, Tyler Etheridge, participó del asalto al Capitolio del 6 de enero de 2021. Graduado del Charis Bible College en Woodland Park —un pequeño municipio de Colorado—, Etheridge viajó hasta Washington, donde solía atender una parroquia, para participar en el mitin de Trump contra la asunción de Biden. Luego marchó con otros miles al Capitolio. El pastor subió a la red de ultraderecha Parlor un video de sí mismo dentro del edificio legislativo ya violentado, diciendo —como si la culpa le pesara— que estaba allí «sólo observando» y que él no era «parte de esto». Por 'esto' se refería al asalto violento, del que, claro, era parte.

Etheridge dijo que tomó la decisión de viajar por su fe en los dichos de algunos «profetas» que insistían en que Trump sería reelecto. Uno de esos profetas es Lance Wallnau, que se anuncia como «uno de los tres líderes evangelistas que predijo la presidencia de Donald Trump».[84] Wallnau es socio del predicador de TV Andrew Wommack, fundador del Charis Bible College, donde estudió Etheridge. Wommack se autodenomina «sanador de fe» y se ha hecho millonario con el movimiento cristiano. Según él, los liberales son unos chiflados poseídos por el diablo.[85]

Los actos de Etheridge, iluminado por pastores y la voz del Verbo, entroncan con la concepción del nacionalismo cristiano de que la existencia misma de los Estados Unidos es un acto divino. Cuando esa creencia medular se ve amenazada, sus protectores se movilizan. «Mucho de lo visto en la manifestación del nacionalismo cristiano en el Capitolio, se basó en una comprensión específica de lo que era el proyecto estadounidense», ha dicho el especialista en nacionalismo cristiano John Fea. «Si crees que la fundación [de la nación] fue un evento cristiano, lucharás como el infierno para restaurarla».[86]

El rechazo al cambio cultural en los Estados Unidos está liderado por las iglesias del cristianismo nacionalista, que encontraron en Trump y en el Partido Republicano que lo sostuvo voceros dispuestos a transmitir los miedos al cambio económico y social que afectan a las familias blancas menos favorecidas, inseguras ante la perspectiva de encarar un mundo más complejo, a las familias blancas más ricas, que no desean la expansión de agendas sociales que darán mayor poder al Estado, y a los individuos que tienen serias dificultades para lidiar con valores que entran en conflicto con sus existencias.

Un Amado Líder como Trump debía acabar con ese fatalismo existencial. Con él, el apocalipsis en camino se había topado con un obstáculo mayor: el salvador había llegado, el redentor asomaba. Aleluya. Había esperanza en una vida mejor para quien creyese. Lo decía Mateo, 18:3: «En verdad os digo que si no se convierten y se hacen como niños, no entrarán en el reino de los cielos».

Los devotos cristianos veían y ven en los dirigentes conservadores la posibilidad cierta de nivelar su mundo con el favor del gobierno. Y no dudaron en dejar sus vidas en manos del mesías: si creemos, papá-bueno proveerá; seamos niños, entreguémonos. La derrota de Trump ante Biden los lanzó a la orfandad. Los pastores han tenido que contener la desmoralización de sus parroquias, pero todos saben que la caída es menor. El ángel volverá a levantarse, sea Trump u otro. Cuatro años del Agente Naranja prueban que el discurso más conservador puede ser revolucionario y conquistar el poder. El GOP trabaja en los instrumentos legales para acumular los votos necesarios que permitan al partido seguir poniendo presidentes —monstruosos— aun cuando pierda las elecciones masivamente.

Los devotos cristianos —como un militante convencido— ya probaron el sabor de la victoria. Todo proyecto populista triunfador, aun tras la derrota, sabe que puede intentar el eterno retorno si cada nuevo Amado Líder es mejor que el anterior. Millones esperan por él. Por otro enviado. Con ansia, convicción.

¿Fue Anatole France quien sentenció que jamás se da tanto como cuando se da esperanza?

7 · LENGUAJE Y PROPAGANDA

The Happening, Leonard Cohen y la Rusia de Churchill

Lo que ves no es lo que crees que ves.

El lenguaje político está diseñado para hacer que las mentiras suenen veraces, el asesinato respetable y dar una apariencia de solidez al viento.
—**George Orwell**, *Politics and the English Language*, 1946.

Pregúntenme lo que quieran, que hoy estoy cargado de tigre.
—**Álvaro Uribe Vélez**, expresidente de Colombia.

Esto, lector, no será breve. M Night Shyamalan es un cineasta pendular, autor de ciertas brillanteces y de ciertas mediocridades memorables. En 2008, Shyamalan lanzó 'The Happening', una de esas extrañezas del segundo grupo. 'The Happening' comienza con una serie de suicidios masivos en New York, en apariencia inducidos por una neurotoxina lanzada por bioterroristas. Cuando la crisis se les manifiesta, los protagonistas de la película, Mark Wahlberg y Zooey Deschannel —un maestro de ciencias de escuela secundaria y su esposa— escapan de la ciudad al campo, donde creen que estarán seguros. La tensión es alimentada por la caída progresiva de algunas urbes —Boston y Philadelphia además de la Gran Manzana— en una psicosis suicida sin que sepamos bien qué es lo que está acabando con la civilización. En su fuga, la pareja Wahlberg/Deschannel encuentra a un padre desesperado —quien les deja encargada a su niña antes de suicidarse él también— y luego a un horticultor, quien parece tener la respuesta a la crisis. No es bioterrorismo, dice el hombre: las plantas están contaminando el aire de manera coordinada, induciendo a las personas a matarse en

venganza por las malas decisiones que ha tomado la humanidad al llevar a la naturaleza lejos del Edén que alguna vez fue.

Wahlberg —el maestro de ciencias— escucha al horticultor, y poco después tiene una revelación adicional: las plantas atacan a quienes se mueven en grupos numerosos. De manera que se separa de cualquier contingente y se encamina, con su mujer y la niña, a la casa de una anciana. Por supuesto, termina mal —a esta altura, uno habría hecho bien si apagaba la tele—, pues la señora sufre alucinaciónes y se suicida al día siguiente al abandonar la caa y, sorpresa, contraer la toxina. Entonces el maestro cambia de teoría: las plantas ya no atacan a las masas; ahora matarán a cuanto ser humano les sea posible.

La trama, que viene desmoronándose sin remedio, encuentra una salida fácil cuando marido y mujer deciden aceptar la posibilidad de la muerte, y abandonan desesperanzados su refugio sólo para descubrir, carajo, que nada pasa. Hemos visto toda la película para presenciar lo previsible: Mark Wahlberg y Zooey Deschannel son inmunes a la toxina —y a la buena actuación, pero ese es otro tema.

Veloz conclusión: un tiempo después, la epidemia cesa, Wahlberg y su mujer adoptan a la niña huérfana y la película se mete en un todavía más previsible tramo final, con un *wrap up* donde un científico dice en la tele que, cuidado, la peste es el anuncio de una catástrofe ecológica. Nadie le cree, claro, porque el episodio con que MN Shyamalan nos arruinó dos horas de vida se restringió a algunos estados de la costa atlántica, y no cubrió a todos los Estados Unidos ni, por supuesto, al mundo. Aún más, la mujer de Wahlberg está embarazada —felicitaciones, Zooey—, así que ambos sonríen de puro amor. Todo queda listo para el cierre meloso, pero, vamos, esto es MN Shyamalan, quien siempre tiene un *twist* que rompe el sopor con alguna previsibilidad: unos segundos antes de los créditos, las toxinas empiezan a inducir nuevos suicidios, ahora en el multicolor Jardin des Tuileries de París.

Larga sesión de bostezos y vamos a lo importante: la crítica destrozó 'The Happening'. Rotten Tomatoes le dio cuatro puntos sobre diez. Al brillante Stephen King le gustó —y uno debiera callar tras eso—, pero sólo porque entiende que MN Shyamalan es un buen constructor del miedo. (Y King mismo tiene novelas intratables.) Sin embargo, el consenso generalizado fue que la

película fue un fiasco. Ese 2008, mientras el mundo caía de rodillas por la crisis financiera, MN Shyamalan fue nominado al antipremio Golden Raspberry como director y guionista, Walhberg como peor actor y 'The Happening' como la película menos admirable.

MN Shyamalan venía de dirigir dos malas películas, 'The Village' y 'Lady in The Water', y necesitaba levantar cabeza con 'The Happening', después de sorprender a la crítica con una sucesión de buenos títulos —'Six Sense', por cuyo guion y dirección fue nominado al Oscar— además de 'Unbreakable' y 'Signs'. No lo consiguió. 'The Happening' es una obvia, confusa y absurda producción, con una trama predecible y actuaciones vergonzosas, como si nadie, ni los actores ni su creador, hubieran creído jamás en ella.

Sin embargo, hay algo en su factura menor que la hace atractiva. Como muchas películas malas, no pude dejar de verla hasta el final. De hecho, la vi tres veces. El miedo y el morbo consumen pero en 'The Happening' había algo más: la necesidad de encontrar una respuesta que me satisficiera, de creer que *esto no podía ser todo*, que un desastre no podía desplegarse con tanta facilidad ante mis ojos cuando detrás de él había mucha gente inteligente que uno supone conocedora de su *métier*.

Había un solo hecho, confirmado una y otra vez, que me generaba espanto y atracción: el movimiento de las plantas cuando decidían matar. Las copas de los árboles ondulando con la brisa, los pastos altos lamidos por un viento sibilante, unos y otros conversando sigilosamente en un lenguaje inescrutable para nosotros, espectadores de nuestro destino sellado. Ese evidente plan criminal era tan incomprensible —porque su lenguaje nos era ajeno — que podía exhibirse a simple vista sin que la humanidad pudiera hacer nada, incapaces de dar con una respuesta.

La idea de la incapacidad para resolver un problema evidente, de la imposibilidad de hacer frente una crisis que ocurre frente a nuestros ojos, es angustiosa y puede resultar paralizante. El desconcierto acaba adueñándose de tu voluntad. Una aberración: cuanto sucede es axiomático e inequívoco, y sabemos que acabará con el mundo que conocemos. Y sin embargo, aunque estamos ahí, no podemos detenerlo. Está más allá de nosotros. Sólo queda la resignación: que sea lo que deba ser.

He pensado en 'The Happening' a menudo, mientras veo a naciones en diversos continentes sucumbir a la figura mágica de

Amado Líder: un contagio masivo y silencioso, visible pero indescifrable. Es magnética —y otra vez, morbosa— la contemplación de esa suerte de suicidios colectivos que cometen, en masa, millones de personas cuando escuchan la flauta sublime de un demagogo o de un hombre fuerte. Nada parece entrometerse entre las toxinas de Amado Líder y la voluntad capturada —o delegada por propia voluntad— de sus seguidores.

'The Happening' es un símil. Sociedades que se dejan llevar por el encanto del carisma, entregadas a una suerte de hechizo incomprensible. En buena medida, quien sobrevive o resiste al canto venenoso actúa como el maestro de ciencias Walhberg y su mujer Deschannel: primero, procura no contaminarse; luego, busca una explicación para aquello que no entiende, pues el proceso avanza, inexorable, contagiando a toda conciencia que no sea inmune. Las resistencias parecen dejar un resquicio para la decisión de los cobardes o de los estrategas —escapar o reagruparse y defenderse— para no caer en el conformismo derrotista de lo inevitable.

Millones danzan al compás de Amado Líder, encantador aun en la violencia, convencidos de que su aparición y su dominio son irreductibles. Al comienzo, el movimiento es difícil de descifrar, como si miles de personas normales —vecinos, amigos, colegas, familia, el verdulero— cayeran en un trance colectivo instantáneo e irrompible. ¿Cómo es posible que la normalidad pueda desarmarse en tan poco tiempo y, en apariencia, de una manera tan sencilla?

No estamos preparados para los cambios significativos ni inmediatos, pero —ocupados en dotar de lógica a cada suceso diario — también tendemos a negar la sucesión progresiva de señales e índices que acumulan presión como placas geológicas bajo nuestros pies hasta que liberan finalmente su poder destructor. O quizás tampoco sabemos decodificar el diálogo desplegándose ante nuestros ojos como en 'The Happening', porque *no lo entendemos*, porque no hemos *prestado atención* o no lo hicimos *a tiempo*. Y, si alguien lo advierte, es posible que su alerta temprana nos resulte tremendista —un delirante, otro alarmista— pues solemos creer que los hechos aberrantes no suceden en nuestras casas y, si lo hacen, es posible que los anestesiemos hasta normalizarnos, y anestesiarnos.

Al grano: cuando la toxina populista se libera, su expansión puede ser incontestable. Quienes caen ante ella pierden la perspectiva del mundo del cual formaban parte. Hay una fractura

en el espacio-tiempo, y se revela un nuevo universo: no mueren sus cuerpos políticos sino sus vínculos sociales, las relaciones que antes poseían se corrompen, desaparece la cercanía necesaria para alcanzar los consensos que facilitan esas transigencias chiclosas, grises y a medio camino de la democracia. (*Life*, pípol.)

Claro, hay límites para el símil. No existe la entrega *ad aeternum*. El diálogo entre Amado Líder y sus fieles es condicional: pervivirá en tanto el líder represente y traduzca el deseo ajeno, mientras su poder de seducción sea incomparable. Es decir, mientras el universo retórico que ha creado sea compartido por sus seguidores, y mientras sea el primer enunciador —quien define la realidad y el mundo— y los demás *tengan fe* en su ficción. (Henry Oberlander, un astuto estafador que durante veinte años burló a la policía británica mientras producía un fraude financiero tras otro, sostenía que cualquiera puede ser engañado mientras desee algo. Cuanto mayor sea la distancia entre lo que somos realmente y lo que deseamos ser, mayor será el precio que estaremos dispuestos a pagar para alcanzar esa meta. Incluso, mintiéndonos.)

En sociedades abiertas, la alienación no alcanza a intoxicar el cuerpo como una enfermedad centenaria. Hasta los más fervorosos mayordomos —en especial los más fervorosos mayordomos— en algún momento dan la espalda al jefe.

Cuando, voluntariamente o no, los miembros de un culto encuentran un resquicio para dudar, comienza a quedar claro que el poder encantador de Amado Líder tiene fecha de expiración. El lenguaje —obra suprema de todo encantador de audiencias— ya no es capaz de engatusar a la razón. Si la capacidad de seducción se agota, a Amado Líder sólo le será factible mantener el control pasando de la oratoria demagógica a apretar el puño sobre el cuello ajeno o, cuando menos, a mantener viva la sombra ominosa de que tiene la capacidad de hacer daño.

En todo esto, algo de ‘The Happening’ mantiene validez: nuestra incomprensión. Wahlberg y Deschannel reorganizan su vida cuando la amenaza deja de ser tal, porque comprueban que se agotó el poder local del miedo. Quizás sus recursos no eran suficientes para sostenerse en el tiempo, tal vez falló algo en la correa de transmisión discursiva de la toxina. Pero lo importante es que las personas pueden volver a elegir su destino. Lo que era malo, nos dan a entender, *pierde* y se va. Y la salida del centro de atención nos hace suponer su dilución*: back to normal.*

Por eso, cuando alguien advierte que la toxicidad inicial es apenas el anticipo de una crisis mayor, la mayoría desoye al experto: han sufrido tanto que ahora desean la paz. Cierran los oídos a los avisos macabros, se concentran en la cotidianidad y —como sucedió antes de la emergencia de la variante Delta del coronavirus— quieren *volver a la normalidad.* En ese punto, la crisis se desata en otro territorio que tampoco estaba preparado para enfrentarla, posiblemente convencido de su propia excepcionalidad.

EL PRIMER ENUNCIADOR

Amado Líder y las masas poseen un entendimiento inescrutable que opera más allá de la lógica, en el terreno de la psicología de masas, en un universo que incluye confianza y encantamiento. Una relación imposible de reproducir artificialmente. Un lenguaje extraño que se cuela como la brisa en el pasto de MN Shyamalan, tóxico para quien lo desconoce.

El hombre que podría haber protagonizado la más estúpida comedia sobre la presidencia de los Estados Unidos, protagonizó en cambio un peligroso drama de la vida real, que se prolongó durante cuatro años antes de extinguirse, pero que muta en la actualidad fuera del poder, inspirando a otros en otros territorios, como las plantas de 'The Happening'.

El día de su asunción, el 20 de enero de 2017, Donald J. Trump oficializó su determinación autocrática. Le bastó primero activar la paranoia durante la campaña electoral; mantener después la amenaza de decisiones excluyentes y discriminatorias en la transición, y finalmente lanzar a su primer secretario de prensa, Sean Spicer, a disputar la verdad con mentiras. La aparición de Spicer ante la prensa el mismo día de la asunción y los primeros tuits de Trump fueron la proclamación oficial de *The Big Lie*, un arquetipo de ficción que permanecería durante los cuatro años de gobierno.

Una gran mentira, aprendimos con los totalitarismos, es una fabricación tan grande que no puede ser otra cosa que verdad. Al decir del historiador Timothy Snyder, autor de *On Tyranny: Twenty Lessons from the Twentieth Century*, esa fabulación descomunal es un riesgo supremo porque cambia la realidad: «para creerla, la gente debe descreer de sus sentidos, desconfiar de los demás ciudadanos, y vivir en un mundo de fe».[1] Una Gran Mentira deshace una

sociedad al dividir a sus ciudadanos en creyentes y no creyentes; precisa de la mentalidad conspiradora porque el perpetrador requiere aliados; destruye la democracia, y trae violencia.

Escribí:

> Spicer salió al atril de la Casa Blanca a ordenar a los periodistas qué publicar y a amenazar con sanciones por difundir hechos que difieran de la versión oficial de la historia. Las diferencias entre cuantas personas asistieron a la jura de Trump —comparadas con los millones movilizados por la Marcha de las Mujeres el mismo día— parece un hecho banal. Pero incluso en los detalles menores se observa la calidad del ADN pluralista de un gobierno.
>
> El tono de Spicer fue duro, antipático y agresivo. Como en una administración autoritaria —piensen en Rusia, en las dictaduras, en algunos tiranuelos—, despachó la orden, tomó sus papeles y abandonó la sala sin responder una sola pregunta. En otro lugar de la ciudad, ante los agentes de la CIA, su presidente anunciaba que se encontraba librando una guerra contra los medios. Luego entraría a Twitter, primero para cuestionar que miles se movilicen después de una elección —como si la democracia se remitiera a votar y luego irse a casa para que los mandantes hagan cuanto deseen sin dar razones— y luego para asegurar que, por supuesto, él respeta el disenso.[2]

El lingüista George Lakoff pensaba que palabras y discursos crean «encuadres» para justificar acciones. El lenguaje manufactura la realidad, que no podemos comunicar sin antes nombrarla. Cada encuadre presupone una serie de estrategias discursivas, temas y tropos que hemos ido incorporando de manera consciente o inconsciente a través del aprendizaje múltiple que nos dejan las interacciones importantes, desde el aula hasta el trabajo, pasando por los amigos, la pareja o la familia, entre otros. Según Lakoff, el modo en que los asuntos son estructurados, descritos y presentados —esto es, *encuadrados*— afecta al público de una manera más poderosa que la lógica.[3]

Mentira, falsedades y miedo suelen estar asociadas en los populismos, en los regímenes autocráticos y autoritarios y en los totalitarismos. Son parte del lenguaje cotidiano: deben empujar una narrativa ficticia con la fuerza de diez mil mastodontes para desplazar —hasta suplantarla— a la realidad visible y vivible. Como sucede con toda creencia, las nociones del discurso populista se introyectan con el aprendizaje escolar, la propaganda oficial, el universo comunicacional —desde los medios hasta las redes sociales

— y los espacios institucionales.

Escribió la periodista alemana Annette Dittert en *Blätter*:

> En todo caso, las mentiras reales son sólo una parte del problema; el problema más importante es la difuminación de la verdad detrás de la mierda, como dedujo el filósofo estadounidense Harry Frankfurt ya en la década de los '80. Si mientes, debes saber la verdad y vigilar los hechos como tu sistema de referencia. De esa manera, la verdad conserva su validez. El mentiroso, por otro lado —y Frankfurt creía que esto era clave—, es indiferente a la verdad; simplemente se toma libertades con la verdad y con los hechos. No le interesa la «realidad». Solo está interesado en hacer que sus afirmaciones se mantengan. Manipula todo para adaptarlo a su causa, para ocultar el hecho de que no está tramando nada bueno. Oscurece los hechos como puntos de referencia y, al hacerlo, socava la cultura política de una democracia que depende de la distinción entre lo verdadero y lo falso.[4]

Por eso, si el lenguaje es el modo en que construimos la realidad, entonces las palabras de Amado Líder modelan sin inocencia la cosmovisión de sus orkos. El lenguaje no actúa en el vacío; es producto de nuestras prácticas.

Leyó la enorme Toni Morrison en su discurso de aceptación del Nobel en el invierno de 1993:

> El lenguaje opresivo hace más que representar la violencia: es violencia; hace más que representar los límites del conocimiento: lo limita. [. . .] Es el lenguaje que chupa sangre y se ajusta la bota fascista bajo miriñaques de respetabilidad y patriotismo a medida que avanza implacablemente hacia el último y más oscuro lugar de la mente.[5]

Como presidente de los Estados Unidos, Trump creó y propagó el miedo, y el miedo inyectado desde el poder es tortura. Cuando la verdad queda por el suelo, nadie sabe muy bien dónde está parado. A la parálisis le suceden la angustia y el desmoronamiento psicológico. Las personas dejan de pensar con calma y su realidad cotidiana colapsa ante las amenazas. Los oportunistas con poder aprovechan la incertidumbre para encerrar a los demás en la burbuja.

No hay inocencia. Cuando Trump lanzó su *'America First'*, recuperó un discurso de los años '30 del siglo XX. Aquel discurso era anti-internacionalista y abanderó la amplia resistencia a que los Estados Unidos intervinieran en la Segunda Guerra Mundial. El

llamado Emergency Committee to Defend America First articuló la oposición a financiar a quienes luchaban contra la Alemania nazi. El historiador Snyder sostiene que el *'America First'* de Trump idealiza aquel *'America First'* de los años '30, considerándolo un período virtuoso durante el cual el país quería vivir aislado del mundo. Trump lo recuperó oponiéndose a la globalización y a mantener tropas en Irak y en Afganistán, a la vez que rechazó el arribo de inmigrantes indocumentados y cuestionó a sus aliados por no financiar responsablemente a la OTAN:

> No soy aislacionista, pero soy *America First*. Me gusta la expresión. Soy *America First*. Hemos sido irrespetados, burlados y estafados durante muchos años por personas que eran más inteligentes, más astutas y más duras. Éramos el gran matón, pero no fuimos guiados inteligentemente. Éramos el gran matón estúpido y todos nos estafaron sistemáticamente. Desde China hasta Japón, Corea del Sur y Oriente Medio, muchos estados de Oriente Medio. Por ejemplo, protegimos a Arabia Saudita y no recibimos un reembolso adecuado por cada centavo que gastamos, cuando están sentados en billones de dólares.6

Tal como sucedió en los años '30, también hoy una parte del sentimiento de amenaza económica y el temor a la exclusión social pueden atribuirse al internacionalismo asociado a la globalización, que además introduce un elemento disruptivo sobre la identificación personal: la exposición al cosmopolitismo entra en intersección con la cultura local, y quien no esté dispuesto al cambio verá esos intercambios como fricciones innecesarias y peligrosas. Trump ha explotado esas debilidades. El discurso del miedo y la capacidad de destrucción, decía Theodor W. Adorno, son las fuentes emocionales del fascismo. Trump no necesitaba levantar muros en la frontera, pues su muro de temor sólo precisaba del discurso —la palabra, el universo simbólico— para hundir sus cimientos. Los muros inmateriales perduran mucho tiempo en las raíces de la cultura.

Escribí en 2016, sobre el Agente Naranja apenas elegido presidente:

> Creo, hoy, que [Trump] siempre supo que su discurso calaba en una vasta conjunción de personas identificadas con distintos aspectos de quien es y proyecta. Su misoginia podría espantar a algunos hombres y algunas mujeres más o menos moderados, pero más de la mitad de las mujeres blancas no le sacaron el cuerpo: es más que posible que, para

> ellas, esas mujeres que fueron *grabbed by the pussy* fueran tontas y sin carácter, algo que ellas mismas, firmes y sólidas compañeras de sus hombres, batalladoras de insulto y armas tomar, no son.[7]

La conexión inicial con el caudillo es subjetiva. Atrapa. Amado Líder tiene la capacidad de tocar un nervio, una sinapsis, una hormona que los demás traducimos como 'dice lo que El Pueblo quiere oír'.

El caudillo puede contradecirse y negar la contradicción, y salir airoso porque el discurso populista rara vez tiene restricciones de coherencia. Hoy puede decir rojo y mañana dirá azul —o sostendrá, con cara de póker, que jamás, pero jamás, dijo rojo, o azul. Lo que haya hecho no será lo que parece sino algo distinto; si algo sale bien, será magnífico; si sale mal, la culpa es de alguien más. El demiurgo podrá reinventar el universo siempre que no se le exijan a él las reglas de la consistencia que existen para los demás.

La ambigüedad funciona también, pues cumple una rara función democrática: la de convocar a sus seguidores, implícitamente, para que completen por sí mismos los vacíos de sentido, llenándolos con interpretaciones nacidas de sus expectativas y de su necesidad de dar significado a lo que ocurre. En el discurso del jefe se proyectan los sentidos de la parroquia. La necesidad humana de completar los vacíos semánticos construye asimismo identificación y pertenencia entre líder y seguidor, porque, finalmente, los adeptos *intervienen* el discurso del líder, estirando sus posibilidades hermenéuticas incluso más allá de la lógica, hasta que sus palabras encajen con el deseo personal.

Pero eso, claro, es una forma de ficción, útil y práctica. Amado Líder es el primer enunciador y dejará que cada quien crea lo que quiera de sus imprecisiones, vaguedades y lagunas, hasta que él deba cerrar el significado si acaso la necesidad lo reclama. Pero en ocasiones ni eso es esperable. La presidencia de Trump careció de la tranquilidad de los procesos previsibles y a nivel discursivo su factótum apeló de manera sistemática a evitar definiciones cerradas. Tiene sentido: el cierre semántico compromete. Una vez fijado el significado de lo que se desea decir, es preciso actuar en consecuencia pues ha quedado establecida una intención. Amado Líder no quiere quedar preso de las palabras sino usarlas para la seducción y el engaño. Siempre ha de tener una puerta abierta para escapar, y el sentido preciso las cierra a todas.

Trump lanzaba palabras como monedas al aire —un día funcionaban como cara, al otro como cruz— para mantenerse en el centro, y borraba con el codo lo que su mano había escrito unas horas antes. El pensamiento trumpiano era y es una ensalada amorfa de ideas oportunistas, donde incluso las afirmaciones más aberrantes están sujetas a negociación. Si eligió un camino de aberraciones políticas con el GOP no es porque Trump tenga ideología —no la tiene— sino porque esa oferta discursiva le fue útil. Todo Amado Líder cambia de ideas como de calzones. En el engaño hay método, no improvisación. Hay propósito, no casualidad.

El uso de las palabras como herramientas de confusión —los 'hechos alternativos', la mentira, la *posverdad*, las verdades mejoradas— es intrínseco al asalto discursivo contra la democracia representativa. Las palabras jamás son inocentes. El lenguaje actúa como un plebiscito informal, decía el lingüista Geoff Nunber, donde cada término supone un voto oral por un punto de vista particular. *Grab her by the pussy* y *nasty woman* exponen una visión del poder y del mundo, ambas misóginas. «México nos envía violadores y criminales» establece otro marco: nuestra nación está bajo ataque por un país que nos inunda de criminales. «Yo solo puedo lograrlo»: soy el mesías.

No puedes tener un debate con quien reniega de los hechos y la honestidad intelectual. Todo desacuerdo político debería derivar del supuesto de que operamos sobre la misma realidad fáctica, pero esa posibilidad está amenazada cuando el orden empírico es puesto en duda, y despojado de su estatus epistémico.[8] Hannah Arendt postuló en *The Origins of Totalitarianism* tras observar el rol de la propaganda, la mentira y la fabricación en la Alemania nazi y la Rusia soviética: «En un mundo incomprensible en constante cambio, las masas habían llegado al punto en que, al mismo tiempo, creerían todo y nada, pensarían que todo era posible y que nada era verdad».[9]

El discurso radical no es casual o extemporáneo. En los Estados Unidos, los elementos del ecosistema totalitario están presentes de manera creciente. El tradicionalismo, el evangelismo milenarista, un nacionalismo rácano; el Estado cooptado por Corporate America, derechos civiles y sociales en entredicho;* medios bajo control corporativo; un Congreso dispuesto a negar la ley para justificar a su líder, sindicatos disminuidos; manipulación abierta; sexismo,

xenofobia y racismo en renacimiento; una obsesión enfermiza por la cultura de la seguridad; exaltación de la violencia y del hombre fuerte. Las partículas de una enorme «tormenta de arena», al decir de Arendt, encontraron un catalizador en Trump.

Privado Trump de la presidencia, sin embargo, no se acaba el trumpismo como actitud ante la política, pues la rabia ya ha sido transmitida y mutará aun sin el perro presente. Confrontar el discurso del expresidente de los Estados Unidos como promotor de la violencia discursiva —antesala de la violencia política— excede a cada grupo social. Se trata de un imperativo general.

Mientras se articula una respuesta más firme en el tiempo —una de carácter político, que supere el triunfo de Biden y permita encadenar victorias en gobernaciones, legislaturas estatales y el Congreso federal. Mientras esa mayor racionalidad democrática se articula, la sociedad civil deberá ofrecer una sólida resistencia testimonial a la degradación del discurso y la práctica política. Calles, medios, redes. Organizaciones. Convertir el enojo en movilización debiera ser una primera decisión. El estado de asamblea nacional, entendido como una conversación activa e inteligente para superar los años negros de una plutocracia autoritaria, debe traducirse en hechos políticos.

El silencio es una mentira cuando la verdad es sustituida por ese silencio, decía el poeta soviético Yevgeny Yevtushenko. El imperio del miedo precisa de la mentira y de ese silencio, dos territorios conocidos para Mr. President #45. No debiéramos entrar dócilmente, otra vez, en esa noche.

LA PALABRA REDUCIDA

Ludwig Wittgenstein, uno de los más célebres lingüistas de la Historia, afirmaba que el lenguaje moldea la realidad: crea el mundo. Cuanto decimos establece el marco y los significados primarios. Y lo que se dice desde el poder tiene mayor valor definitorio, pues la autoridad es prescriptiva y punitiva. Dice qué debe ser, y qué sucederá si ese *frame* es violado.

El teórico más citado por el nuevo populismo latinoamericano, Ernesto Laclau, sostenía junto a su esposa —Chantal Mouffe— que la política es prefigurada —no quiero usar ‘determinada’— por el lenguaje.[10] Y como el lenguaje es una convención —el significado dado a un significante, esto es, a los sonidos y caracteres que

construyen palabras y signos es producto de un acuerdo que fija las ideas—, los sentidos cambian con el tiempo. Si la Historia es interpretada como una batalla entre relatos —entre textos, en sentido amplio—, entonces determinar el alcance de un término equivale a una victoria táctica en el campo de batalla de las narrativas en conflicto. (La victoria estratégica es, por supuesto, el triunfo del relato: que la Historia sea contada en *nuestros* términos.) Por tal razón, los significantes que flotan libremente constituyen el terreno de una disputa política.* Quien controla su significado, controla el relato del momento. 'Encuadra' el sentido coyuntural o histórico. George Orwell lo tenía claro en *1984*: quien domina el vocabulario posee el dominio ideológico de la sociedad.

'Pueblo' es uno de esos términos cuyo significado tiene fronteras móviles dependiendo de quién lo usufructúe. El Pueblo, en sí, no existe más que como invención e inversión emocional donde cada uno de nosotros deposita lo que cree que debe existir adentro del cascarón del significante. Como El Pueblo tiene límites semánticos volubles según quién lo posea, necesitamos acuerdos: una comunidad puede entenderse sólo si un término tiene un sentido estable para la mayoría. Si designamos las mismas cosas con las mismas palabras y coincidimos en el sentido de lo designado. Que la 'democracia' no es un mueble, por ejemplo.

Bien, dado que las palabras son cruciales para las relaciones, la calidad del lenguaje es esencial para la arquitectura política. Cuando se degrada el discurso, se descompone el trato y la sociedad observa que sus dirigentes entienden la cosa pública como un asunto menor; en el extremo, un intercambio arrabalero entre energúmenos o ignorantes. El insulto es un límite bajo, por ejemplo, pero la buena noticia es que no hay límite alto: la riqueza de la conversación amplía el universo del mundo definible. El diálogo mejora.**

Por eso polifonía y pluralidad son imprescindibles —son el correlato lingüístico de la diversidad cultural, racial y demás— para edificar una democracia sana. Y por eso el planteo *laclauliano* para llenar el vaso del significante es cuestionable: Laclau —y luego de él los líderes populistas que lo adoptan— entiende las relaciones en términos inherentemente conflictivos y, por lo tanto, busca soluciones pasadas en la exacerbación de las contradicciones. Pero la aceptación del conflicto no implica, de manera determinista, que la resolución no pueda darse a través de un acercamiento

progresivo de posiciones. He ahí algún punto distintivo entre la revolución populista —cambiar todo de una vez— y el gradualismo socialdemócrata —cambiar todo en el tiempo.

Y he ahí una cuña decisiva: si el populismo es revolucionario y desea cambiar todo, tiene que transformar los términos de la conversación. Redefinir qué significa todo, incluida la 'democracia'.* Y ahí el conflicto se exacerba: cambiar el sentido del mundo implica controlar qué y cómo se dice. Como en el diseño orwelliano de *1984*, diseñar un 'discurso único'. Cuando hay discurso único, hay problemas: hay un camino pavimentado hacia la autocracia o la dictadura. Todos saben de Venezuela. Todos saben de Rusia. Piensen en Trump, en Erdoğan, en Lukashenko en Bielorrusia, en el húngaro Orbán y en los polacos de Ley y Justicia. Las diferencias entre izquierda y derecha se vuelven exiguas cuando se trata de método: imposición y palos. Silenciar el disenso. Los autócratas populistas intentan, en ocasiones con mucha más inteligencia, dominar la producción discursiva para reescribir la realidad.

Dos académicas de la Universidad Nacional de Bulgaria, Daniela Koch-Kozhuharova y Kalina Ishpekova-Bratanova, estudiaron durante cierto tiempo los discursos de Trump y de Maduro. Nadie podría imaginar cercanía alguna entre el millonario constructor y el chofer, uno en la ultraderecha cavernícola y el otro en un socialismo bananero, pero los parecidos resultaron más que casuales: sus dispositivos lingüísticos y sus estrategias discursivas tienen «fuertes similitudes». Trump y Maduro usan un discurso anti *establishment*, un vocabulario «sencillo y vulgar», así como modismos aun más interesantes: su versión de la verdad está reforzada por el uso de verbos altamente modales, tales como *debemos* y *haremos*. Hay un comando que ordena el mundo bajo el liderazgo único, y una promesa permanente para mantener viva la creencia. Es un discurso apostólico: demanda creencia, postergación del individuo, atención al apóstol o al mesías.

Amado Líder no suele sugerir o persuadir, no tiene interés en discutir o dialogar para conseguir acuerdos; prefiere el monólogo y, dentro de él, el atajo del argumento absoluto y la retórica imperativa. Si vivimos en sociedades más o menos apáticas hacia la actividad política diaria —suele ser nuestra normalidad—, es probable que la mayor parte del discurso político que consumamos provenga de los actores políticos en sí, los profesionales de la

actividad. Y si el mensaje de los principales emisores no es discutido por más voces —más allá de que el receptor sea siempre un sujeto activo que mantiene relaciones de aceptación, disputa y transacción con los discursos ajenos, sobre todo los hegemónicos—, entonces la discusión pública se empobrece, porque las voces que resuenan —el lenguaje que se habla, los temas que se conversan, los significados que se legitiman— son escasas. Las voces del poder ocupan el centro de la escena dejando a las mayorías en los márgenes. (Y todos sabemos que cuando alguien activa a la 'mayoría silenciosa' es posible que veamos ascender olas altísimas incluso donde no hay mar.)

[·]

La palabra ha sido reducida. La política está mediatizada desde la TV hasta las redes, y en ella prevalece el símbolo —cuyo sentido es complejo de anclar— y la imagen. Un líder debe saber exponer su rostro, su cuerpo, su voz, sus ideas. Las manos pequeñas de Donald Trump fueron objeto de discusión en el contexto de su construcción política, al igual que la artificialidad de su cabello, la longitud de sus corbatas, su bronceado caroténico y —por supuesto— su infertilidad oratoria y su fertilidad denigratoria.

Dado que todo político sabe que debe transmitir su imagen a través de canales electrónicos, los especialistas en comunicación dedican cada vez más tiempo a construir una 'política de la personalidad'. Que haya sustancia, pero que, sobre todo, se vea bien. Se trata de saber qué decir, cómo decirlo, y cuándo; de elegir acertadamente el traje para imprimir formalidad, y la camisa más adecuada para la cercanía y el *hands on*. ¿Anteojos oscuros o vista limpia?; ¿qué tono, qué temas y qué enfoque funcionan mejor en la ciudad A y en el pueblo H?

Del mismo modo que la democracia crea sus monstruos —populistas y tiranos— y el lenguaje sus palabras malditas —la indeterminación permanente—, acudir a los medios y a las redes para distribuir el discurso también genera sus propios inconvenientes. Hoy casi todas las clases dirigentes de casi todos los países tienen problemas de legitimidad. Como se convirtieron en productos, son mirados como tales. Intercambiados y desechados cual mercancía de anaquel.

El filósofo Michael Sandel dice que tras la revolución

conservadora en Occidente hemos pasado de economías de mercado a sociedades de mercado, de tal modo que no es ya la política sino una mano invisible la que organiza la economía, la sociedad y la vida personal. El lenguaje político se ha subordinado al mercadeo. Los partidos están cada vez más atentos a entender cuáles son los temas que inciden mayormente en la opinión pública; lo programático queda condicionado a la volatilidad del cambio de percepción de un grupo X electoralmente importante en una coyuntura Y. Puesto que quieren triunfar y deben competir cada cual con su relato, han de saber promocionarse. *Venderse* —el término define el espíritu de época. La palabra se mercantiliza por tan solo unos segundos de atención. ¿Qué estrategia puede delinearse más allá de su epidermis en un *spot*, si el *sound bite* debe durar treinta segundos? Los incentivos no son buenos para ir al tajo y en profundidad: la atención del consumidor es velozmente bombardeada por otros estímulos; hay que retenerlo con lo básico. Hagamos revoluciones con eslóganes, como debe ser. ¿Plataforma de gobierno? ¿Acaso vives en 1980?

La pobreza derivada de estas operaciones es palpable. Los programas partidarios se han reducido a *flyers* de consumo veloz, dípticos y trípticos con veinte títulos y dos líneas por apartado. Tremenda paradoja: el vacío crece hasta ocupar el espacio de la sustancia. Los estrategas de relaciones públicas preparan muletillas para que sus políticos las regurgiten incesantemente, de tal forma que los tuiteros las retuiteen y los periodistas las retransmitan convertidas en titulares y las personas las *consuman* y en lo posible recuerden hasta el siguiente golpe de efecto. Todo ha de circular con octanos. Calentar el ambiente. Es política de carbohidratos, *oneliners* de calorías vacías. Para pensar con calma habrá tiempo cuando nos retiremos.

El psicoanalista Paul Verhaeghe sostiene que somos animales psicológicos en tensión: por un lado procuramos construir lazos sociales, y compartimos gregariamente nuestra existencia; por el otro, también queremos acumular de manera egoísta, y mantener nuestra individualidad. La tendencia que prevalece construye los rasgos más significativos de nuestra identidad y reaccionamos a los estímulos desde ese tronco. Verhaeghe ha sostenido que, dada la primacía del mercado, nuestra identidad psicológica desde hace décadas es ‘neoliberal’, una forma de darwinismo.

Ahora bien, esa tensión entre el animal gregario y el lobo

solitario no puede mantenerse todo el tiempo, fluctúa. Cuando un político se nos presenta como un sujeto que busca activamente que votemos por él, que nos fijemos en él actuando de manera racional, puede disparar reacciones negativas de un público que no tolera ese comportamiento tan frío y profesional porque espera guiños más personales. Lo opuesto podría suceder entre ciertos electores que demandan secularismo o discurso técnico: es probable que al dirigente dicharachero y populista le vaya mal con esos ciudadanos.

¿Es posible que hoy tengamos mayor interés en escuchar —no mucho, que el tiempo apremia— a un político que *no suene* racional? Está claro que vivimos en la era de la autonarración —yo yo yo yo yo yo yo yo— y en la búsqueda de atención, pero ¿son tiempos de tal subjetividad insaciable que somos capaces de elegir a un sujeto espectacular y menor por sobre uno inteligente pero apelmazante?

EL EUFEMISMO COMO RAZÓN DE ESTADO

En 2013 edité *Crecer a golpes*, un libro donde trece autores observaban los cuarenta años que separaban a América Latina del golpe de Estado que derrocó a Salvador Allende en Chile. Mario Jursich, un brillante editor de Valledupar que es además un entrenado lector, escribió el capítulo sobre Colombia. Jursich enfocó la historia en torno a la gramática del poder: cómo se ha construido una leyenda urbana alrededor del buen español hablado en su país, y cómo es que —a partir de esa creencia— los líderes colombianos tejieron un vínculo a veces afectado y otras afectivo con la literatura.

Jursich enfocó su texto en las peripecias lingüísticas del presidente Julio César Turbay, quien lideró Colombia entre 1978 y 1982, entre las presidencias de Alfonso López Michelsen y Belisario Betancur. Turbay dirigió un gobierno duro que facilitó a los militares la realización de detenciones, torturas y desapariciones forzadas bajo la figura del llamado ‘Estado de seguridad’ contra la guerrilla. Asimismo, rompió con la tradición de las élites colombianas de mostrar algún vínculo entre la presidencia y las letras: no estaban en el centro de sus apetencias. Además de alcanzar celebridad porque Gabriel García Márquez decidió exiliarse en México durante su administración muscular, Turbay se doctoró en las medias lenguas. Escribe Jursich:

> Turbay rompe la tradición del presidente poeta no sólo porque cambia los requisitos imaginarios para ocupar el cargo en Colombia, sino porque quiso y se vio obligado a *convertir los eufemismos en el estilo literario del Estado*. Es el primer presidente colombiano que lo hace de manera consciente y de paso entroniza una tradición que pretende, como temía George Orwell, hacer que las mentiras parezcan verdades y el asesinato una acción digna de encomio.[11]

Sobre el final de su ensayo, Jursich rescata a un doble rupturista —gramatical y político—, el neopopulista Álvaro Uribe Vélez, el responsable de elevar el eufemismo cultivado por Turbay a la categoría de «razón de Estado».[12] Entre 2002 y 2010, durante los dos mandatos de Uribe, Colombia experimentó una subversión lingüística capitaneada desde el gobierno para redefinir cómo se contaba el país. La presidencia calificó a la insurgencia guerrillera como «terroristas» y comenzó a llamar a las confrontaciones entre militares e insurgentes «hechos aislados», en un intento de restar impacto a las avanzadas irregulares sobre las ciudades. A su vez, las bandas paramilitares fueron tratadas con un estatuto político que había sido negado a guerrilla de las FARC: las bautizaron como «autodefensas» y tenían una cercanía significativa al gobierno y al propio presidente Uribe.[13] Denominaciones como «derecho internacional humanitario» fueron borradas del léxico oficial. Un exfuncionario me contó que en la Cancillería tachaban las menciones al «conflicto armado» de los memos, sobreponiéndole la expresión «amenaza terrorista». Y no pasarían muchos años para que las masacres de civiles fueran redefinidas como «homicidios colectivos».

A nivel internacional Uribe quedaría asociado, sobre todo, a dos definiciones: la del «Estado de Opinión» y la de «falsos positivos». El «Estado de opinión» suena democrático: sugiere que la sociedad puede hacer oír su voz todo el tiempo. Se presenta como una propuesta de horizontalidad política, una aparente forma de representatividad absoluta: un gobernante toma decisiones según lo que indiquen los sondeos de audiencia, pues el Estado, se suponía, comenzaría a realizar encuestas frecuentes para determinar temas de interés y pedir a la gente que le ayude a decidir cómo resolverlos. A priori, es la consagración de una forma de democracia directa más frecuente que el referendo, la herramienta totémica del populismo. En 2009, Uribe lo justificó con propaganda afectiva:

> El Estado de Opinión no es democracia plebiscitaria pero sí es equilibrio entre la participación y la representación; no es manipulación pero sí es coraje para orientar sobre temas de gran controversia; es respeto a la opinión expresada y derecho para que la opinión silenciosa se exprese; no es imposición por la fuerza ni claudicación ante la fuerza contraria; es garantía de la libertad de prensa y de su contrapeso, que es la libertad del ciudadano y del Gobierno frente a los medios de comunicación.[14]

El concepto era engañoso. Uribe planteaba el «Estado de Opinión» como una superación del estado de derecho, convirtiendo la ley en un mero dispositivo político; otorgaba al presidente la posibilidad de tomar decisiones políticas y legales, eligiendo discrecionalmente los temas susceptibles de ser sometidos a consulta para esquivar los controles institucionales del Congreso y disputar las resoluciones de las cortes. «Estado de Opinión es la muralla que ataja el desbordamiento de cualquier poder», insistía Uribe. «El equilibrio entre el obligatorio cumplimiento de las sentencias de los jueces y la libertad de controvertirlas, y la fuente del principio de debate a las decisiones legislativas sin penalizarlas».

Uribe también jugaba con las palabras en la denominación «falsos positivos»; se refería a civiles asesinados por soldados en acciones represivas. Las fuerzas armadas presentaban a esas personas como combatientes guerrilleros caídos en combate, con el propósito de inflar tanto los resultados de sus campañas como la amenaza de las FARC. La justicia consideró esa práctica como un «macrocrimen», y estimó que hubo más de 5.000 asesinatos entre 1988 y 2014 —con picos críticos durante 2006 y 2008, bajo el gobierno de Uribe.[15]

MCPOPULISMO Y *POPULIST-COLA*

El populismo es parte definitiva de nuestra época, con altas y bajas, retracciones y avances. Tal vez sea como una Coca-Cola o una hamburguesa McDonald's: cortas la sed y el hambre por un rato, pero al tiempo el cuerpo se resiente y la acumulación dañará tu salud. Pero, ¿acaso estábamos sanos antes? Que esto sea jodido no valida el mundo precedente, las formas políticas de representación y gestión de la cosa pública —y el proyecto, *señoros*, el proyecto. Cas Mudde lo ha afirmado desde hace tiempo: hay un *populist zeitgeist*.[16] El discurso de Amado Líder recorre las llanuras políticas

de Occidente como un fantasma. Es el siglo del populismo, da con el mazo Rosanvallon.

Cuando un populista se eleva, la democracia liberal se lleva las manos a la cabeza. Los analistas analizan, los críticos critican, los que apuntan con el dedo reafirman que ellos, claro, ya habían apuntado con el dedo. Pero, para cuando eso sucede, suele ser tarde. La toxina ya ha recorrido demasiado tiempo y espacio contagiando individuos, familias y cuerpos políticos. Amado Líder está en todas partes. Su discurso impregna la realidad, define la agenda. Escribí en «La república bananera de Donald Trump»:

> En 1985, el cómico argentino Alberto Olmedo lanzó en su show de televisión un nuevo personaje, el Yeneral González, dictador de una república bananera llamada Costa Pobre. El Yeneral González tenía un humor chabacano y callejero tan cómico como patético. Era un payaso enfundado en un uniforme fucsia remendado hasta el trasero y rematado con una gorra de portero de la Quinta Avenida. Cruzada sobre el pecho, como banda presidencial, llevaba una cinta mortuoria: «Tus amigos».
>
> El Yeneral González mentía con tanta simpatía que todos reíamos porque nos gustaba el engaño cómplice. Embaucaba, robaba, seducía, trataba a las mujeres como carne sin cerebro mientras repetía, cínico, que El Pueblo no agradecía sus sacrificios. Daba imagen de duro, decía, pero tenía el corazón noble. Era un santo, un mártir que haría todo por salvar a la patria del desastre. «Soy el protector de los humildes», repetía el Yeneral. «El Pueblo me ama».
>
> [. . .] Nada es humorístico en Donald Trump. Alberto Olmedo saltaba de tema en tema para abrir nuevas situaciones y provocaba la sensibilidad social con su humor de —sí— *locker room*, pero Trump no postula para protagonista de un show cómico. [. . .]
>
> Yo he reído con el Yeneral González: retrataba un universo que podía reconocer en la calle. Trump me atemoriza porque he visto esa película antes. Yo quiero aburrirme en un debate, no sobresaltarme cuando alguien que debe proveer cordura apenas escupe insensatez. [. . .]
>
> Cuando Carlos Menem presidió Argentina antes del inicio del siglo, su populismo de *reality show* fue gracioso al inicio, pero su voraz acumulación de poder y desprecio por la institucionalidad empujaron al país en que crecí a una crisis corrosiva que perdura. Menem, como Trump, era experto en promesas vacías, pero mientras el presidente argentino fue un espejo tragicómico del Yeneral González, el candidato republicano no es gracioso en su empeño por hacer de los Estados Unidos una república bananera. [. . .]

> Trump ha arrastrado el debate político a una miasma tan hedionda que apenas diez segundos de humanidad parecen alentadores, pues nos resulta inconcebible aceptar que tanta estupidez y brutalidad conformen tan baja estatura moral en un hombre que puede ser el más poderoso de la Tierra.
>
> Me resultó conmovedor retornar a YouTube al terminar el debate para recordar al Yeneral González. Entré en el episodio donde despedía —sorprendentemente, con honorabilidad— al emisario del Fondo Monetario Internacional que le había negado un crédito justo cuando el pueblo de Costa Pobre se sublevaba en su contra. «Sé cuándo me toca perder», dijo el Yeneral. Un minuto después hacía volar al emisario con una carga de dinamita.[17]

El lenguaje modela, hemos visto. Las palabras que elegimos describen, circunscriben lo que vemos. Nuestros sentidos dicen. Contrariamente a la suposición de que hay una lógica determinante y omnipotente que designa el mundo independientemente de lo que observamos, Wittgenstein argumentó que el mundo es lo que hacemos de él. Es imposible hablar sin decir. Hasta en la pretendida ausencia de intenciones hay significado. Significan tanto la voluntad como el acto involuntario. Si nuestro lenguaje es amplio, el mundo que describimos será ancho. Umberto Eco lo decía de otro modo: tenemos una sola vida, pero la literatura nos permite vivir otras mil vidas distintas.

Cuando un tecnócrata emplea terminología que parece escupida por un ordenador, está describiendo el mundo con distancia impersonal. Mientras Álvaro Uribe empujaba la instalación del diccionario del eufemismo estaba esculpiendo en Colombia un edificio político donde la Historia oficial se escribiría con las ambigüedades elegidas por el gobierno para moderar los errores propios o resaltar los ajenos. Moldear las conciencias es una tarea ingente y diaria en la que el demagogo se aplica de por vida. Cuando Amado Líder se apega al discurso subjetivo lo hace para que todos puedan entender un universo reducido a las emociones. Su humor, su chabacanería o su calidez son mecanismos para definir relaciones.

El ecuatoriano Bucaram construía un show alrededor de sí mismo que incluía coplas, bailes, actuaciones del grupo Los Iracundos y las suyas propias. Bucaram ritualizaba sus actos, escribe Carlos de la Torre, incluyendo formas lingüísticas que lo ponían en contacto con el público. Él mismo era parte del mensaje, si no el

mensaje en sí: su personaje transmitía tanto como las palabras, porque era el modo en que definía su relación con El Pueblo. Alguna vez se burló de sus competidores entonando la canción infantil «Mantantero Lirulá» —el lenguaje agresivo es parte de la construcción política—; en otras ocasiones, él mismo infantilizaba el tono, porque lo aproximaba a modos populares:

> No voy a caer en la provocación porque el pueblo me coge en las calles y me dice Abdalá tranquilito, Abdalá, tranquilo, ñaño, así como estás bonito, suavecito, no te pongas loco, tienes que estar tranquilo, verdad [. . .] El pueblo quiere que esté tranquilo y me porte bien y me voy a portar bien, okey, me porto bonito, *chí*; *chí* está bien *achí*, *chí* está bien *achí*, *achí* me voy a portar.[18]

La construcción de historias es crucial en la definición del mundo desde que somos niños. Llámese *storytelling* o narrativa, pretendemos explicar lo que creemos verdadero (lo sea o no) a partir de la descripción, y la riqueza de esa descripción traza para nosotros los menores o mayores límites de ese mundo. El mundo de Trump, por ejemplo, era simple, tosco, breve; carecía de la sofisticación y de la profundidad conceptual que aportaba la duda sistémica de Obama, por ejemplo. Mas Trump también elegía compararse con ese mundo, porque la sofisticación quedaba así asociada a la élite. Él era el *locker room talk*, y su simpleza establecía su pertenencia a El Pueblo, al hombre común.

El líder profético, padre putativo de los regímenes autoritarios, debe ser interpretado, y en esa opacidad reside su fuerza. Hitler alentaba un discurso de odio que luego las SS —sin que él lo pidiera — ejecutaban en las calles contra judíos, gitanos, homosexuales: Los Otros. El Führer no decía *todo*; no daba órdenes directas la mayor parte del tiempo. Inducía, *llevaba a creer*. Creaba enemigos y adversarios que presuntamente pondrían en riesgo la seguridad de la nación y la vida de sus ciudadanos. Esos hombres no eran verdaderos alemanes, eran extranjeros o gentes extrañas, anormales que no profesaban sus mismas creencias, como la fe en el ser, o la aspiración de una misma religión nacional. El temor que infundía el aparato del nacional-socialismo nublaba el entendimiento de muchos alemanes. El Estado era una usina de producción de un discurso; no había espacios para disensos y críticas significativas. La angustia de verse en una crisis terminal, para la que ningún padre de familia tenía solución, preparó la búsqueda de soluciones prontas

y determinantes, presentadas en su momento como parte de una salvación bondadosa.

El lenguaje es una herramienta lábil en cualquier mano. Sirve tanto al arte como al hombre determinado en la destrucción. El lenguaje precede y sucede al acto y su praxis, en política, ha de proveer siempre alguna forma de legitimación. La represión institucional suele ser el último recurso para quien tiene vocación de permanencia. Antes, todo gobernante, incluidos los populistas autoritarios y hasta los tiranos, procuran mantener una imagen de nación democrática. El recurso más usual de los autoritarios es cooptar a los disidentes a la vez que generan mecanismos de legitimación para adeptos, independientes y dubitativos. Uno de esos mecanismos son los partidos cáscara, pequeñas organizaciones controladas o no por el gobierno, que trabajan como sus aliados en regímenes clientelares o aceptan participar en algunas elecciones de manera testimonial. No es una transferencia de poder, sino una simulación de participación política con individuos seleccionados que facilitan la pátina de legitimidad que el régimen necesita[19]. Una de las funciones de esos partidos es la de emplear el lenguaje como *decoy*, un mecanismo de legitimación indirecta, contribuyendo así a disfrazar el autoritarismo del régimen con su presencia.

En esta operación sistemática de engaño y simulación, Amado Líder inundará la agenda pública de lenguaje democrático para sostener la fachada. Es una ilusión, por supuesto, y funciona especialmente bien en regímenes cuya hegemonía no está en riesgo. Soner Cagaptay, autor de la biografía *The New Sultan: Erdoğan and the Crisis of Modern Turkey*, sostiene que un solo hombre hábil y convencido de su misión puede tener efectos extraordinarios en un país:

> Erdoğan era como un maestro del *doner kebab*. Nos atrajo, y luego trabajó de manera constante y metódica, tomando algunas pequeñas rebanadas de la democracia turca por vez, eliminando una capa de Turquía liberal y secular cada vez que pudo.[20]

Por mucho tiempo, Chávez empleó una táctica similar con la oposición desmantelada: convocaba a elecciones y, con enorme respaldo popular, arrasaba ante alianzas o partidos desprestigiados. Bukele aprovechó que ARENA y el FMLN están moralmente diezmados para justificar una acumulación de poder que presenta

como resultado de un gobierno democrático apoyado por las masas.

El pluralismo ilusorio está sostenido por una inflación del discurso democrático: los partidos de los regímenes más abiertos y competitivos rara vez hablan de las cualidades democráticas de sus sociedades porque se palpan. Nadie precisa mencionar lo evidente y normalizado. Son aquellas naciones donde la representatividad y la pluralidad están amenazadas por el poder personalista o corporativo donde 'democracia' se vuelve una palabra dulce en boca de Amado Líder. Donde el lenguaje 'democrático' hiere a la democracia.[21]

La comunicación más eficaz se basa en el aprovechamiento cabal de todos los medios de persuasión disponibles, en un contexto favorable para su empleo. Aristóteles ya postulaba en *La retórica* que era preciso leer las audiencias y sus *emociones*. Por la izquierda y por la derecha —desde Trump hasta AMLO, desde Nigel Farage y Boris Johnson hasta los independentistas catalanes, desde Vox hasta Marine Le Pen—, los líderes han aprendido a comunicarse poniendo un ojo en sus audiencias para entender qué registro reditúa mejor. Si el público demanda razón y no show, un populista debería esforzarse. Pero cuando se habla de que algo cambia el 'humor' de una sociedad, está claro que la demanda subjetiva es dominante.

SEXO CON LA CÁMARA

Amado Líder suele presentarse como un tipo franco que dice lo que piensa sin importar las consecuencias. Suena bien: uno espera transparencia de un dirigente serio y comprometido. Los políticos tradicionales participan de un mundo de relaciones complejas que condicionan la sinceridad. Los funcionarios de un gobierno no siempre pueden hacer público todo lo que saben pues, por ejemplo, demasiados detalles podrían afectar el resultado de negociaciones de alto nivel. Amado Líder, en cambio, viene de los márgenes y puede izar cualquier bandera. Será franco en temas tales como corrupción, internacionalismo, pobreza y riqueza, feminismo, medio ambiente, migración. Para todo tiene una opinión, incluso cuando no la tiene. *He'll speak his mind.* Si sabe leer el humor del público, bromeará, esquivará tomar posición en temas que le resulten perjudiciales y, en otros, irá por todo. Incluso puede provocar con aberraciones y promover hostilidades innecesarias y, aun así, salirse con la suya. Trump, AMLO, Maduro, Bukele, CFK han tenido

decenas de exabruptos y afirmaciones excéntricas, y ahí estuvieron o están.

Los éxitos políticos logrados, no sólo en el aspecto electoral, sino también en la configuración de la agenda política, hacen insoslayable al líder populista. Desdeñar al populismo en bloque es mala política. Hay enseñanzas en sus triunfos. El margen ha ocupado el centro, por ejemplo, porque el extremismo movió ese centro hacia los costados. Movilizar tras grandes ideas —utopías— no es mala idea: insufla confianza, ordena las ideas, da razones para levantarse a sociedades lastimadas. La lista es amplia.

Una lección clave que dejan los caudillos es que la racionalidad, por sí sola, no produce éxitos políticos por mucho que especulemos con su probabilidad. Es una perogrullada, pero el error se reitera: el aburrimiento técnico no crea utopías. Ya sea retórico o sofístico, el lenguaje que apela a emociones y valores latentes es una herramienta poderosa. Vino, vio y venció: viviremos con él.

Parecer cercano a la gente 'corriente' y representar sus preocupaciones contra una élite privilegiada y distante, es importante para todo dirigente y determinante para Amado Líder. 'Ser ordinario', es decir, conocer al pueblo y ser sensible a sus demandas, es un recurso eficaz.[22] Pero si a la vulgaridad la procura un político tradicional, difícilmente tendrá resultado: la pose queda expuesta. Cuando el vulgar viene de los márgenes —ergo, del *vulgo* —, opera cierta identificación: nosotros, ciudadanos menores, estamos en los márgenes, y este viene *desde fuera* como uno más. Los bárbaros tomando Roma: es uno de los nuestros.

Pero no lo es. Bukele no es un chico cualquiera: su familia es acomodada. Trump es multimillonario, pero los camioneros de North Dakota lo adoraban. CFK fue política toda su vida y sus ropas de diseñador no encajan en la Villa 31 de Buenos Aires —pero podría visitar la Villa 31 y salir de allí en andas, a puro amor. Esto es, todos sabemos, incluso sus votantes, que el demagogo no es igual a nosotros, pero lo aceptamos porque *asume nuestro rencor* y lo lanza contra aquellos que son nuestros enemigos. En Argentina, por ejemplo, un candidato peronista que no se embarre lingüística, gestual y realmente con el pueblo no será aceptado con facilidad. Así no provenga de los barrios más populares, el lenguaje arrabalero es una marca de estilo que expone a un líder como genuinamente popular.

La idea de victimización es igualmente positiva. El tecnócrata es

distante, profesional, *fifí*, cogotudo, cuico y *finoli*. En Amado Líder todo es drama y telenovela. El atractivo emocional, la dramatización y el coloquialismo son claves para el actor populista; si al público le gusta que camine por el *plateau* de TV y que converse con un camarógrafo informalmente en medio de un debate, el populista lo hará. No hay formas en la nueva forma; la informalidad es la nueva formalidad, y la contradicción es una suerte de nueva lógica. Mientras el tecnócrata está empalado en su silla, Amado Líder tiene sexo con la cámara.

El método que funciona, como en los negocios, de inmediato es objeto de imitación y reproducción. En los debates de 2014 en el Reino Unido no hubo candidato que no jugara emocionalmente; todos buscaban conflicto y bronca, no consensos. Pero así sus triunfos sean producto de meras actuaciones, sólo los ganadores serán percibidos como originales. Cuando Trump triunfó, otros políticos republicanos, como Ted Cruz o Marco Rubio, incorporaron parcialmente su estilo provocador, pero no funcionó: la impostura era evidente.

En 2003, el sociólogo holandés Dick Pels decía que el populismo ha producido una «revolución de estilo» en la política[23], en la medida en que todo — las formas «de hablar, actuar, mirar, exhibir y manejar las cosas»— así como el aparato simbólico que resulta de ello fusiona de inmediato materia y manera, mensaje y mensajero, argumento y ritual. [24]

De acuerdo. Ahora, esa revolución no puede detenerse. Como un producto en el mercado, debe renovarse y sorprender. O dicho de otro modo, escribe el especialista en comunicación política Michael Higgins,

> [. . .] el discurso populista es un esfuerzo táctico, y para mantener su persuasión tiene que seguir siendo antipolítico en contextos donde gran parte del discurso político dominante está adoptando formas de retórica populista previamente exitosas. Por lo tanto, el «estilo» populista no puede ser más que flexible y dinámico en términos de su relación con otros discursos políticos en evolución, de manera que identificarlo como un conjunto de características centrales —en el sentido de precisar un «estilo» populista definitivo— es inevitablemente problemático. [25]

Mutar, como el lenguaje mismo, un animal vivo. Feroz.

PATRIA Y DIGNIDAD

En su edición de la última semana de mayo de 2021, el semanario liberal inglés *The Economist* publicó en su portada una fotografía de Andrés Manuel López Obrador mirando hacia un punto suspendido en el vacío. Bajo su torso, como si emergieran de su pecho, se aprecia una formación militar con armas largas; a los lados, una vieja refinería de Pemex echando humo y una grúa delgada, casi débil, que simboliza los cuestionados proyectos de infraestructura del presidente, el Tren Maya y el nuevo aeropuerto internacional de México. *The Economist* llamaba a los mexicanos a considerar seriamente no votar por AMLO en las elecciones intermedias de junio bajo la prevención de que el país profundizaría su raquitismo político y económico. El título fue «Mexico's False Messiah».

Decía:

> En un mundo plagado de populistas autoritarios, el presidente de México de alguna manera ha escapado del centro de atención. Los liberales condenan furiosamente la erosión de las normas democráticas bajo Viktor Orbán de Hungría, Narendra Modi de India y Jair Bolsonaro de Brasil, pero apenas notan a Andrés Manuel López Obrador. Esto se debe en parte a que carece de algunos de los vicios de sus pares populistas. No se burla de los homosexuales, no golpea a los musulmanes ni incita a sus seguidores a quemar el Amazonas. Para su crédito, habla en voz alta y a menudo en nombre de los que no tienen dinero en México, y no es personalmente corrupto. Sin embargo, es un peligro para la democracia mexicana.[26]

The Economist recordaba que AMLO jugaba con la democracia al tomar decisiones cruciales amparándose en referendos poco representativos, que luego presenta como pruebas de legitimación formal de sus proyectos pues habían sido, claro, sancionados por El Pueblo. El presidente de México decía trabajar para ese mismo pueblo en una transformación democrática sin precedentes, pero ha roto puentes con los miembros de la oposición, a los que considera «ladrones y traidores», miembros de una élite que, dice, es responsable de todos los problemas del país.

Portada y texto desataron un escándalo. López Obrador llamó a *The Economist* «mentirosos antiéticos». Miembros de su gobierno protestaron públicamente, y funcionarios y legisladores afectos escribieron tuits indignados a los editores de la revista, como si fueran suscriptores enojados por un ejemplar perdido en vez de

políticos profesionales que saben convivir con la prensa independiente. El canciller Marcelo Ebrard escribió una carta dirigida a la publicación, tal vez pensando que *The Economist* era un gobierno extranjero que había cometido una agresión diplomática. Y el jefe del Sistema Público de Radiodifusión del Estado, un ex periodista, recuperó una publicación de la revista de principios del siglo XX para acusarla de apoyar al general que asesinó al presidente Francisco I. Madero.[27] *The Economist* nunca hizo eso, pero Jenaro Villamil decidió que la *posverdad* es una buena arma en estos tiempos —cuatro años atrás, Villamil había rescatado el trabajo de la revista porque «le tunde más» al priista Enrique Peña Nieto.[28]

Las usinas de ataque a los críticos que rodean al gobierno de AMLO intentaron tanto controlar el daño como desviar la atención y, claro, revertir el golpe. Una publicación panegirista que hace coro al presidente, *El Soberano*, copió el diseño de la portada de *The Economist*, pero rodeó a AMLO de militares gallardos con tanques, una planta de Pemex en plena producción y una imagen de la vacunación contra la pandemia.[29] En Twitter, cuestionó a *The Economist* como «facilitador» de gobiernos conservadores: «No será la última vez, pero el obradorismo estará listo siempre para defender a la Cuarta Transformación».[30] El título de su portada: «Patria y Dignidad. El Gran Caudillo».

[·]

La propaganda, per se, puede definirse como el uso engañoso de la información para apoyar a una causa o dañar a otras. La propaganda política se vale de ideales universales para unir a las personas detrás de proyectos reprobables. Y mientras algunos administradores públicos asumen que su trabajo es trabajar con rectitud e informar sin confundir a la población, otros basan su comunicación en un uso abusivo de los instrumentos de difusión del Estado, que pertenecen a todos, para fortalecer su posición en el mercado político.

En *The Origins of Totalitarianism*, su obra más comentada, Hannah Arendt se detiene en la efectividad de la propaganda en la sociedad de masas:

> [Las personas] No creen en nada visible, en la realidad de su propia experiencia; no confían en sus ojos y oídos sino sólo en su imaginación,

> que puede ser atrapada por cualquier cosa que sea a la vez universal y consistente en sí misma. Lo que convence a las masas no son los hechos, ni siquiera los hechos inventados, sino sólo la coherencia del sistema del que presuntamente forman parte. La repetición, algo sobrevalorada en importancia debido a la creencia común en la capacidad inferior de las masas para captar y recordar, es importante sólo porque les convence de la coherencia en el tiempo.[31]

Un amigo que enseña en el MIT me hizo llegar hace unos años un estudio sobre la propaganda escrito por Max J. Skidmore, un académico que estudió la construcción de las ideas políticas de los Estados Unidos. Skidmore dedica a la propaganda un espacio de *Populism and Its Perils: Language and Politics*. Cuenta allí que el célebre Arthur Lippman —autor de *Public Opinion*, un libro imprescindible del siglo XX sobre medios y audiencias— así como Edward Bernays —sobrino de Sigmund Freud emigrado a Estados Unidos, autor a su vez de otro clásico de la literatura política, *Propaganda*—, formaron parte del Comité de Información Pública del presidente Woodrow Willson durante la Primera Guerra Mundial. Ambos emplearon allí sus conocimientos en psicología social y —en el caso de Bernays— su comprensión de la 'ingeniería del consentimiento', es decir del empleo de técnicas psicológicas para manipular deliberadamente a la sociedad.

Los conocimientos de Lippman y Bernays fueron clave para la construcción de la propaganda de posguerra en los Estados Unidos. Durante la Segunda Guerra, los empresarios estadounidenses se preocuparon por posibles conflictos con sus trabajadores —debían trabajar más horas, no en las mejores condiciones y tampoco con los salarios más decentes—, así que lanzaron campañas propagandísticas en la radio y los medios gráficos para disipar la tensión. Skidmore cita a la experta Wendy Wall, quien estudió las técnicas de propaganda en la construcción del *American Way of Life*:

> Crearon un «trípode de la libertad» que incorporó objetivos loables como las libertades civiles, la democracia representativa, la libertad religiosa y la oposición al racismo mientras se concentraban en objetivos políticos como el anticomunismo y, sobre todo, «libertad económica». Para hacerlo, bebieron profundamente del pozo de la cultura popular estadounidense y, en las décadas de 1940 y 1950, reclutaron incluso a Superman, quien se convirtió en el portavoz de «Truth, Justice, and the American Way» [el eslogan del superhéroe], mientras intentaban hacer retroceder las reformas del New Deal [que

garantizaban prestaciones sociales y derechos laborales a los trabajadores].[32]

La campaña consiguió que, en algunos niveles, ciertos líderes políticos comenzaran a defender la «libre empresa» como «un factor primordial en la Revolución Americana, quizás un principio clave de la Constitución», proponiéndola incluso como una suerte de don legado por el cristianismo. Pero, decía Wall, esto fue un exitoso invento propagandístico: el término *libre empresa* apenas existía antes de 1935.

CÓMO CARGAR EL DISCURSO

Poco antes de la Segunda Guerra Mundial, un grupo de científicos sociales creó en New York el Instituto de Análisis de Propaganda (API, por sus siglas en inglés), a fin de facilitar a los ciudadanos una lectura más clara sobre las estrategias que siguen las instituciones en su afán de modelar la opinión pública. El API no sólo estudió los métodos para modificar las actitudes de las personas, sino que intentó enseñarlos en las escuelas como una forma de ayudar a toda una generación a, bueno, no tragarse el cuento.

Patriotismo y antipatriotismo son palabras que significan poco y mucho a la vez; quien procura transformar a una sociedad siempre las tiene a mano. Por eso cargar el lenguaje—*weaponize* es más gráfico— no es un acto de ingenuidad: la intención de toda propaganda es torcer voluntades. El crítico cultural George Steiner decía que los lenguajes tienen dentro de sí —como la democracia con los demagogos— los gérmenes de su propia disolución. *Cargando* las palabras jugamos con fuego, pues en algún momento dejamos de entendernos.[33]

Es por eso que la API procuró advertir a los estadounidenses que el lenguaje puede convertirse fácilmente en un caballo de Troya, ya sea de manera voluntaria o involuntaria. A fines de los años ‘30, identificó siete «dispositivos» usuales en el discurso propagandístico que con el tiempo se han ido depurando[34].

Zambúllanse:

Transferencia. El propagandista asocia dos conceptos no relacionados para buscar una reacción. Por ejemplo, un evento histórico de prestigio es alineado con las acciones propias: AMLO llama a su gobierno la Cuarta Transformación, para igualar así su

presunta y anticipada gloria a la guerra de independencia de España, al movimiento de reforma del siglo XIX, y a la revolución mexicana de principios del XX.[35] Oponerse a la Cuarta Transformación presupone oponerse a las tres precedentes: ser antipatriota.

Bandwagon o *el carro del triunfador.* ¿Quién no quiere pertenecer a una etapa o a un movimiento glorioso, quién querrá ser dejado atrás cuando la gloria toque a nuestra gran nación? Amado Líder promoverá el anhelo de las personas por ser parte de algo grande, una situación y un escenario donde otros ya están. Trump lo hacía con *Make America Great Again*: «Se van a cansar de ganar».

Palabras vacías. No hay nada grande en 'MAGA'. Tampoco lo había en la 'revolución productiva' o en el 'salariazo' de Menem en la Argentina de 1990. ¿Lo hay en la 'Cuarta Transformación'? La vaguedad crea un paraguas semiótico, una ambigüedad tal que permite a su creador dar sentido a cada término según su necesidad. Todo lo que Amado Líder quiera puede ser apretujado para que encaje en el escudo semántico de un eslogan.

Generalizaciones brillantes. Amado Líder generalizará para crear reacciones favorables o desfavorables a algo o a alguien; es así como AMLO puede agrupar a todos los opositores calificándolos de «neoliberales», «conservadores» y refiriéndose a ellos como «la derecha». De manera similar, Trump tachaba de «izquierda radical» al Partido Demócrata, Ortega acusa a su oposición de ser una nueva avanzada «del Imperio» y Abascal ve «chavismo» y «tiranía» en el gobierno del socialista Pedro Sánchez.

Palabras cargadas. El insulto es una práctica usual, ya clásica. No es necesario que sea un epíteto compartido por todos —'hijo de puta', pongamos—; le basta con proveer una connotación suficientemente negativa en un contexto y ante un público determinados. Bolsonaro, por ejemplo, habla de «comunistas». López Obrador tiene sus «fifís». Trump era una máquina de producir motes para adversarios y aliados: 'Sleepy' Joe Biden, 'Crooked' Hillary, 'Low Energy' Jeb Bush, 'Little Marco' Rubio, 'Crazy' Bernie Sanders, y al menos otros 130 más.[36]

Aspiracionalidad/Snob appeal. La técnica del populismo procura convencer al público de que cierto tipo de ideas o de acciones otorgan un estatus dignificante y superior. Hay una enorme carga moralizante en algunos gobiernos, según los cuales las élites le han hecho *mal* a su país, mientras que ser parte de El Pueblo 'bueno' es

sinónimo de integridad. El historiador Michael Kazin lo expone así en *The Populist Persuasion*: el populismo es un idioma donde los hablantes conciben a la gente común «como una asamblea noble que no está limitada estrictamente por clases; ven a sus oponentes de élite como egoístas y antidemocráticos; y buscan movilizar a los primeros contra los segundos».[37]

Cardstacking/Apilar cartas. Una sucesión de falsedades y falacias puede crear la idea de que ciertas ideas o personas son esencialmente malas. Es un modo de hacer *cherry picking*, la elección interesada de detalles para sostener un argumento, oscureciendo o resaltando atributos. Trump caracterizó el gobierno de Obama, por ejemplo, como un periodo de degradación donde los aliados de los Estados Unidos sacaban ventaja, los enemigos se burlaban, los migrantes invadían al país y las élites se aprovechaban de la buena fe de los ciudadanos estadounidenses.

Testimonios. Es una práctica habitual que los propagandistas busquen el apoyo de figuras populares, que compartan y transmitan su confianza en el mensaje del líder o del caudillo. Los ejemplos abundan. El kirchnerismo ha contado con respaldo de estrellas de la TV y del cine argentinos. Bolsonaro emplea sin cesar a futbolistas famosos de Brasil como Ronaldinho, Kaká, Rivaldo o Felipe Melo.[38] Trump solía usar testimonios con propósitos negativos, como cuando encendía a sus seguidores cuestionando al *quarterback* Colin Kaepernick por hincar una rodilla durante el himno.

Hombre del pueblo. Los nazis eran expertos en propagar sus mensajes de superioridad, resaltando al mismo tiempo el valor de las personas comunes siempre que fuesen alemanes de raza aria. AMLO ensalza también la *sencillez popular,* en contraposición a la abstracción de los intelectuales y de los científicos, con los cuales se ha enfrentado más de una vez y a quienes culpa de mantener una relación cortesana con el poder en el pasado inmediato. El presidente de México ha dicho que sólo un reducido grupo de intelectuales se ha mantenido cerca de su gobierno, mientras que «el resto» fue «cooptado» por sus adversarios a través de becas y contratos. «¿Qué pasa ahora?», se preguntó en una 'mañanera'. «Que todo ese grupo, en vez de contribuir, ayudar a la transformación para desterrar de México el mal que más aqueja, el mal de la corrupción, en vez de eso, se aferran a defender a ese régimen corrupto».[39] Trump empleaba el mismo recurso al separar a los ciudadanos comunes —los *good folks*— de las élites de

Washington, compuestas por «ladrones». El dispositivo tiene un solo objetivo: mostrar que Amado Líder comparte las ideas de El Pueblo, de la gente. A esa identidad se contraponen élites e intelectuales, rebuscados y retorcidos, distantes y egoístas.

BILLETERA-MATA-CIENTÍFICO

Hay ciertos puntos donde el lenguaje y la propaganda confluyen con el fundamentalismo religioso; a saber, en la literalidad y en el anti-intelectualismo. Al menos desde el primer gobierno de Reagan en los años '80, en los Estados Unidos ha habido esfuerzos concertados de algunos grandes grupos económicos para financiar organizaciones anticientíficas y antidemocráticas.

La literalidad está asociada a la fuerza de movimientos religiosos fundamentalistas, que defienden la idea de que la Biblia debe ser leída como si cada evento plasmado en ella fuera real. La corriente se llama armonización, y asume que las contradicciones e inconsistencias de la Biblia no son tales: Dios dictó el libro y no puede estar equivocado. Si alguien encuentra un motivo de duda en la palabra divina, entonces no es la doctrina el problema sino la persona, incapaz de entender al dios. Algo simular sucede con los defensores de la Segunda Enmienda de la Constitución estadounidense. La referencia que hace a la legalidad de crear milicias para defender al país, es leída literalmente por los activistas pro-posesión de armas, pasando por alto el contexto de su escritura histórica, es decir, que la enmienda fue redactada cuando el país se hallaba en un proceso de formación y combatía por definir sus límites. Ambas defensas son encaradas con agresividad y dogmatismo.

El discurso armonizador ha permeado en el Partido Republicano, se ha introducido también en las congregaciones pentecostales, y ha incorporado incluso a algunos académicos y funcionarios, dispuestos a defenderlo en contra de la ciencia y de toda racionalidad. Hacia 2017, los congresos de al menos ocho estados de los Estados Unidos —incluidos Texas y Florida— consideraban leyes que darían protección a los profesores que decidieran presentar el creacionismo como una teoría científica.[40]

En *Dark Money*, la periodista Jane Mayer cuenta cómo los hermanos David y Charles Koch —dos libertarios cuya fortuna personal, combinada, sumaba 100.000 millones de dólares en 2020

— construyeron durante décadas una red de organizaciones e institutos conservadores bajo fachadas filantrópicas para minar hasta la más ingenua política progresista. En 1976, dice Mayer, Charles Koch promovió una convocatoria libertaria que debía usar «todas las técnicas moderas de ventas y motivación» para desmoronar el andamiaje regulador del Estado y liberar a los ricos de la 'pesada carga' de tener que pagar más impuestos.* Cuando Bill Clinton llegó a la presidencia, el modelo de falsas organizaciones filantrópico-educativas de Koch —sostenidas por financistas que podían mantenerse en la sombra— ya era empleado por una buena parte de las grandes empresas del país. «Un movimiento de populismo falso fabricado en secreto por patrocinadores corporativos», escribe Mayer, «no de base sino de *astroturf*», el modelo de enmascarar fondos de agendas corporativas como recursos de personas comunes.[41]

La negación de la ciencia es cosa seria. Enseñar a los niños que está científicamente probado que Dios creó a la primera mujer a partir de la costilla del primer hombre, es un paso más hacia la sustitución de la razón por la propaganda. Cuando eso sucede, además, en posiciones y cargos importantes, todo un sistema puede entrar en crisis. En 2015 el congresista republicano Lamar Smith, de Texas, recibió el Flat Earth Award de la Flat Earth Foundation, un premio burlesco otorgado por activistas medioambientales a aquellas personas destacadas por no dar crédito a la influencia humana en el cambio climático; una postura —la de Smith— que lo ha enfrentado a los científicos de la National Oceanic and Atmospheric Administration. La ironía: Smith era entonces el *chair* de la Comisión de Ciencia, Espacio y Tecnología de la Cámara de Representantes.[42]

Dice Skidmore, el experto en construcción de las ideas políticas en los Estados Unidos:

> Si un gran número de personas están capacitadas para descartar la contradicción lógica dentro de su religión como si no fuera importante, es posible que piensen de manera similar cuando se ocupan de la economía, la política u otros fenómenos en el mundo secular. Esto es especialmente cierto en los Estados Unidos, donde el poder de los fundamentalistas se ha convertido en una fuerza importante en uno de sus dos principales partidos políticos.[43]

El anti-intelectualismo adquiere, entonces, una posición de

autoridad políticamente legitimada. La idea de que cualquiera puede opinar de lo que sea ha llevado a la igualación de los protagonistas en el debate público, el cual termina otorgando el mismo valor a investigadores especializados en temas de vacunación o de calentamiento global que a polemistas *antivaxxers* y negacionistas climáticos.

Es curioso: la ignorancia dicta qué es sensato, sabio y válido en pie de igualdad con los conocedores. Se hace menoscabo de los expertos, de la academia y de los intelectuales cuyo conocimiento especializado es reducido al de un coro de voces pueriles. El ataque al conocimiento —como cuando se califica a los expertos de ególatras y elitistas— erosiona la calidad del debate público y pretende bajar el nivel de la discusión argumental al barro de una pelea sucia y barriobajera. Si nadie tiene autoridad, entonces, cualquiera puede tenerla.

El discurso igualitarista, que corre como fuego sobre pasto seco en los Estados Unidos, traslada la igualdad política —un hombre un voto— a la falsa idea de que todas las opiniones tienen la misma validez. El granjero Jim, de Idaho, defenderá su derecho a discutir con un verdadero epidemiólogo porque ha aprendido mucho sobre coronavirus pasándose las tardes en Google y con los PDF que envían sus amigos del grupo de WhatsApp.

En 2017, Tom Nichols publicó el libro *The Death of Expertise,* donde retrata el problema que han supuesto las redes y la saturación informativa: ahora todos se sienten expertos en todo, gracias a Doctor Google, y son lingüistas informales y politólogos de mesa familiar por leer *The Conversation*. Esta es la sociedad con mayor acceso a la información en la historia humana, pero es, a la vez, la que menos sabe. Un mundo de visiones panorámicas y recortes informativos nos permite construir un collage que provee de cierta tranquilidad: estamos un poco en todo, reyes de la generalidad. Hoy tuiteo sobre Covid-19, mañana sobre Israel y la Franja de Gaza, y el lunes espero 200 *likes* por decir algo provocador acerca de Harry & Meghan.

Escribe Nichols:

> La muerte de la experiencia no es sólo el rechazo al conocimiento existente. Es fundamentalmente un rechazo a la ciencia y la racionalidad desapasionada, que son los cimientos de la civilización moderna. Es una señal, como describió una vez el crítico de arte Robert Hughes en los Estados Unidos de fines del siglo XX, de «una política

> obsesionada con las terapias y llena de desconfianza hacia la política formal», crónicamente «escéptica de la autoridad» y «presa de la superstición». Hemos cerrado el círculo: desde una época premoderna en la cual la sabiduría popular llenaba lagunas inevitables en el conocimiento humano, a un período de rápido desarrollo basado en gran medida en la especialización y la experiencia, y ahora a un mundo postindustrial orientado a la información en el que todos los ciudadanos se creen expertos en todo.[44]

La lógica populista que da al hombre común —como en el caso de los *qualunquisti*— la primacía en la construcción de la verdad, debe por lo tanto creer que el mismo conocimiento consuetudinario puede resolver los problemas más críticos —o acaso revelar que no son tan graves sino apenas un filamento de la-alienación-que-induce-el-sistema, cariño. Las teorías conspirativas se basan en un principio similar: una élite en el poder crea ficciones para justificar su dominación sobre John People y nos las embucha a través de los medios, las escuelas o los libros. Hameleers, el especialista de University of Amsterdam, ha hallado que las personas con actitudes populistas más manifiestas prefieren la cobertura de noticias que citan a ciudadanos comunes en lugar de expertos, y confía más en estas personas cuando describen sus propias experiencias y sentimientos sobre situaciones específicas. «El cultivo populista de la realidad prioriza el encuadre episódico y de conflicto para interpretar los problemas», dice, «de modo que se confíe más en la evidencia anecdótica que en la evidencia empírica, que está relacionada con alguna construcción distante, "fabricada" y elitista de la veracidad».[45]

HABLA PARA QUE LO ENTIENDA UN NIÑO

Amado Líder precisa devaluar la realidad para hacerla manejable. Reducir al maniqueísmo el universo de contradicciones y conflictos de la vida social, económica y política. Un lenguaje público pobre afecta la calidad de la democracia. No hay espacio para la cientificidad o el pensamiento abstracto. La complejidad terminológica es un sinsentido político; para moverse con comodidad entre El Pueblo, Amado Líder no puede hablar como un académico. Sintetiza, simplifica, percude. Un vocabulario público nutritivo genera una polisemia incontrolable, riesgosa para los predicadores del discurso único. Hitler lo expuso así en *Main Kampf*:

> Toda propaganda debiera ser popular y debiera adaptar su nivel intelectual a la habilidad receptiva del menos intelectual de aquellos a los que se desea dirigirla [. . .] La capacidad receptiva de las masas es muy limitada y su comprensión pequeña; por otro lado, tienen un gran poder de olvido. Siendo así, toda propaganda eficaz debe limitarse a muy pocos puntos que deben manifestarse en forma de consignas.[46]

Los mecanismos clásicos de la propaganda siguen vigentes para la manipulación masiva. Apelar a la emoción; evitar las ideas abstractas difíciles de aprehender; elegir pocas y reiterarlas de manera estereotipada para facilitar su apropiación y recuerdo. Jamás permitas que la audiencia se enfríe, dale siempre tu lado del argumento y nunca des espacio a una alternativa. Jamás concedas que puede haber algo bueno en tus adversarios. Elige un enemigo y estereotípalo, conviértelo en el centro de loa males, difámalo de manera continua.

Goebbels, el cerebro de la propaganda nazi, trabajaba en una guerra psicológica total que no debía dejar resquicios. Sus recursos son reconocibles hoy en campañas públicas de numerosos gobiernos, oficial u oficiosamente. Los jefes de la propaganda investigan la opinión pública para detectar sus temores y ansiedades, y pulsar así los nervios indicados. Un solo centro de propaganda les asegurará siempre la mayor eficiencia, pues tendrá el control del discurso. Plantar temas para que el adversario —o el enemigo de Amado Líder— saque las conclusiones deseadas, ocultar asuntos de los que no se desea divulgación o debate. Usar el material de la oposición para desacreditarla. Atacar antes y mejor que los demás, planificando con cuidado el lanzamiento, mantenimiento y fin del acto propagandístico.[47]

La bastardización del discurso en manos de Amado Líder no es monofocal: afecta a todo el sistema político. Lo sabe hasta un maestro de primaria: la mala condición nivela hacia abajo. Hace unos años, los investigadores Duncan McDonnell, en Griffith University, y Stefano Ondelli, en la Università di Trieste, analizaron al menos 100.000 palabras de los discursos de Trump, Matteo Salvini, Nigel Farage y Marine Le Pen para determinar cuán pobre era su lenguaje. Compararon a Trump con Hillary, a Le Pen con Emmanuel Macron, y a los demás con los líderes de centroizquierda y centroderecha vigentes en 2015 y 2016. El resultado: no había demasiada diferencia entre populistas e institucionalistas. Los discursos de Trump eran comprensibles para un niño de 12 años; los

de Hillary, para uno de 13. Salvini casi ni se diferenció de Matteo Renzi y Angelino Alfano; en Inglaterra, Farage fue más elaborado que los institucionalistas; y en Francia, Le Pen tenía conceptos más abstractos que Macron, formado en la Ecole Nationale d'Aministration, la famosa factoría de dirigentes del Estado.

¿Qué sucedía? Es posible, dicen McDonnell y Ondelli, que los candidatos no-populistas decidieran acercar su retórica a los populistas para no desentonar con el 'humor' público. Y que mientras los candidatos tradicionales trataban de reducir la complejidad de sus discursos, los populistas decidieran sonar más naturales.

En todo caso, los investigadores dejan una lectura inquietante para quienes piensan que la chabacanería es exclusiva del votante populista:

> Quizás la respuesta es que a muchos de nosotros nos gusta pensar que los populistas de derecha hablan como estudiantes de cuarto grado y que sus «deplorables» partidarios lo aplauden. Se ajusta a nuestros prejuicios creer que los populistas como Trump tienen éxito porque entregan cínicamente su mensaje en un lenguaje mucho más simple que los políticos dominantes como Biden [. . .] a pesar de esta idea conveniente e incluso reconfortante, la realidad es mucho más compleja.[48]

ES PURA IRA

Durante toda su presidencia, Trump siguió con los mítines multitudinarios como si aun estuviara en campaña. Esas reuniones eran tan efectivas para su proselitismo que hubiera sido un error suspenderlas, pues el Agente Naranja no gobernaba, vivía en la exaltación de sí. «Le gusta la gratificación instantánea y la adulación que proveen las muchedumbres entusiastas», decía *The New York Times* poco después de iniciar su gobierno.[49]

Amado Líder adora el calor de las masas, dado que —narcisista al fin— está hambriento de aprobación. Sus actos públicos están destinados a que la masa le agradezca y admire. El placer onanista es visible en sus ojos. Vive en la canonjía. Cuando el caudillo *otorga* un derecho reclamado por El Pueblo, no cejará hasta que la audiencia bese sus manos; Amado Líder convierte lo que debe ser su trabajo —producir soluciones— en una merced de soberanía papal. Pretende que todos coman de su mano. Trump lapidaba en sus

asambleas a los ministros que en su opinión no cumplían con su trabajo. Con eso fortalecía su figura de hombre fuerte que actúa por determinación propia al margen de cualquier ley humana. Chris Christie, Ted Cruz, Marco Rubio, cada personaje derrotado que besó sus anillos, fue humillado más tarde por Trump. La lealtad es unidireccional. Oh, Amado Líder, eres nuestro sol, te debemos la vida.

La construcción del discurso único demanda la negación del individuo: el edificio intelectual de cada ciudadano que participa en la res-pública nutre el conflicto, comunica, conversa y desarma. La realidad hecha a la medida del Amado Líder no puede existir en la polisemia de las conversaciones múltiples y significativas, todas fuera de su control. El marco de toda realidad ha de ser definido siempre por el caudillo, El Primer Enunciador, Creador del Mundo. Paralizar al individuo, volverlo dócil, llevarlo como parte de la manada en una dirección concreta, es incompatible con la pluralidad. Dar razón, crear ciencia o literatura, regodearse en el soliloquio y en el monólogo, así como expandirse en la polémica, no están autorizados.

A mediados de 2021, ocurrió un episodio demostrativo de la necesidad de control discursivo. Marx Arriaga, un funcionario de segundo rango a cargo de la división que publica materiales educativos en la Secretaría de Educación Pública de México, dio una enrevesada conferencia a maestros normalistas bajo el título «Formación de docentes lectores en la escuela normal». En la conferencia, Arriaga defendió su visión de qué lector es legítimo. Primero cuestionó que, antes de la pandemia, «el valor como herramienta de transformación social» de la lectura «se desdibujara ante su carácter estético» y que se la considerase importante porque «divertía». Arriaga dijo que la «infantilización» que producía esa aproximación era necesaria para que se mantengan productivos los sistemas de consumo y que, para tener crecimiento sostenido, el mercado requería de «un ciudadano sumiso». Y siguió: «Los medios, el mercado, requieren sujetos dóciles, sujetos que puedan ser manipulados por medio de las noticias falsas, de las redes sociales».[50]

Arriaga estaba afectado porque durante la cuarentena de 2020 la ciudadanía no se abandonó «a la reflexión». Y, con un tufo a Beijing 1966-1976, dijo:

> Considero, desde el plano del análisis ideológico, que la cuarentena fue un tiempo perdido. Como sociedad, hubiera sido grandioso que la política pública mundial solicitara que en las cuarentenas los ciudadanos utilizaran aquel tiempo para reflexionar sobre su lugar en el sistema.[51]

Sobre el final de su exposición y procurando esconderlas entre condicionalidades, Arriaga lanzaría las palabras que lo condenarían públicamente:

> En la medida en que se asume este ejercicio [la lectura] como algo que fomenta las relaciones sociales y en donde no se trata de un acto individualista de goce, sino un análisis profundo sobre las semejanzas y diferencias con los demás y el entorno que rodea a las comunidades, se estará formando a sujetos críticos que busquen la emancipación de los pueblos.[52]

El mayor periódico de México, *El Universal*, reprodujo fragmentos de la conferencia bajo el título «Leer por goce, acto de consumo capitalista».[53] Las críticas llovieron sobre Arriaga, quien intentó defenderse subiendo a su cuenta de Twitter el texto de la charla. Su propósito final era desnudar la mala intención de los medios, pero sólo consiguió amplificar los cuestionamientos. La transcripción reafirma que Arriaga sólo considera válida la lectura con fines políticos y desprecia el goce estético que, sugiere, reproduce individuos acríticos y fortalece la explotación capitalista.[54]

Cientos de escritores, periodistas e intelectuales cuestionaron su dogmatismo, propio de un funcionario de un gobierno autoritario, donde sólo ciertas visiones son permitidas.* Pero nada sucedió. Arriaga no sólo no fue reconvenido sino que recibió el respaldo de diversos patrocinadores de López Obrador, que cerraron filas y cuestionaron a los críticos como si actuasen en un complot.

La diatriba de Arriaga empacada como discurso es una somera pero reveladora expresión de la voluntad de construcción del discurso único: Amado Líder fija los límites de lo que es posible decir. El discurso sólo admite una carga simbólica —la imaginada por el caudillo— como definitoria de la realidad, y un tono específico: el de las emociones que inundan la palabra del demagogo. (Arriaga reivindicaba las emociones, de hecho, pero sólo si la sensibilidad está al servicio de la causa.)* En los cultos no hay espacio para controvertir la voluntad del profeta o el sumo sacerdote: la autoridad de la que emana el Verbo es absoluta y, por

transitividad, inviste a La Palabra de su poder. Se acepta, se calla, se obedece. La única imagen impecable, la de su Honrosa Majestad. Todos habrán de trabajar para él. Haremos lo que diga, como lo diga.

Esa realidad —en ocasiones basada en la exacerbación de los miedos: al presente y el futuro, a Los Otros, al distinto— deja a la sociedad en un estado de alarma e indefensión. Cuando Trump hablaba de ciudades sometidas a una «carnicería» de violencia, buscaba instalar en la discusión un *ethos* reconocible: el de las numerosas urbes de los Estados Unidos que, en los años '70 y '80 —desde Chicago a Detroit, pasando por New York o por el *downtown* de Washington— exhibían barrios enteros capturados por grupos marginales, distribuidores de drogas y pequeños mafiosos. Trump procuraba que cierto electorado recuperase esas imágenes de temor, sólo que ahora en vez de *junkies* serían los latinos de la MS-13 y, ya en el gobierno, los militantes de Black Lives Matter.

El miedo y las pasiones son cruciales, pues se trata de que las masas no tengan tiempo ni espacio para razonar con calma. La escritora Herta Müller, Nobel de Literatura, creció como parte de la minoría germano parlante de suabos del Danubio, en Rumania, y esa doble condición le permitió observar un mundo opresivo: el país estaba cerrado sobre sí mismo y Müller y su familia vivían en un ambiente de ostracismo. En ese clima de gran asilamiento, «el miedo se multiplica como las bacterias en una placa Petri», pues el sistema crea enemigos internos y externos para justificar sus medidas. El miedo es tan complicado como la libertad, dice Müller, y el miedo organizado es peor porque ocupa todo el espacio. La Nobel recuerda a esos funcionarios a cargo de producir y asegurar el miedo —los hombres banales de Arendt, los comunes de Levi—, «tipos con trajes sórdidos pero manos limpias» que recorrían las ciudades «intolerablemente tontos, sin educación, groseros».[55]

Más cerca, Steve Bannon, el ex *talking head* de Trump, definió los elementos clave del discurso que le dio la presidencia a su jefe, en una charla con la agencia Reuters: «Fuimos elegidos con *Drain the swamp, Lock her up, Build the wall*. . . Esto fue pura ira. Ira y miedo es lo que lleva a la gente a votar».[56]

Como el de Trump —y algunas otras decenas de gobernantes populistas—, el gobierno de AMLO es una organización propagandística que gira alrededor de la necesidad presidencial. Según algunos estudios, el presidente de México miente o engaña

mucho más que Trump y en mucho menos tiempo: ochenta veces al día contra unas cuarenta del Agente Naranja.[57] «La mentira en esa escala tiene que ser una estrategia o, incluso, una postura ante el mundo: decir solamente lo que convenga a la "causa"», escribió el novelista mexicano Antonio Ortuño. «Que la verdad recoja sus dientes del suelo después».[58]

AMLO emplea su show matinal, las 'mañaneras', para imponer la agenda del día a los periódicos, radios y televisoras. El show pivotea sobre él. Sus pausas de caracol para dar con un término o producir un efecto son el factor cosmético. En el fondo, es la selección de temas —qué dice y qué no— lo que determina el corpus de lo debatible. López Obrador tiene tópicos recurrentes, necesarios para establecer un marco. 'Las élites', 'el neoliberalismo', los 'conservadores' por un lado y, temáticamente, la 'corrupción' y su trabajo por El Pueblo son los tropos preferidos.

Como muchos otros gobiernos, también la Cuarta Transformación emplea las instituciones oficiales de información para hacer propaganda, confundiendo los límites entre Estado y facción. La agencia pública de noticias está en manos de una experiodista incondicional del presidente. Los reportes de prensa de las instituciones públicas mezclan información con opinión y pleitesía. Los funcionarios pasan de la notificación de los hechos a la glorificación del programa oficial o del presidente. El universo se complementa con una claque diversa de comentócratas y justificadores intelectuales de mayor o menor nivel en medios afines al gobierno y en las redes sociales.

El presidente completa el cuadro. Desde 2006, cuando perdió una elección presidencial por algunas décimas, AMLO ha recorrido México de extremo a extremo. Visitó pueblos y villas olvidadas por Dios, como un apóstol. Volvió a hacerlo en la campaña electoral que le dio la presidencia, y siguió realizando nutridos mítines durante la peor etapa de la pandemia, en cada mes de su gobierno. Los tours de gastronomía proselitista —López Obrador se exhibe en pequeñas fondas comiendo platillos locales— son la escenografía que valida la cercanía de Amado Líder con El Pueblo: el presidente come *con y como* nosotros. *Es como nosotros*; jamás nos ha abandonado, *no como otros*.

Lázaro Cárdenas, uno de los héroes políticos de AMLO, colocó la propaganda en el centro de la acción de gobierno. Era un general autoritario y con calle, listo e intuitivo, y entendió pronto que para

construir el México que quería debía unificar y transmitir su idea de qué nación era aquella a la que llamaba nación. AMLO intenta imitar ese aprendizaje, aunque Cárdenas entendió que construir 'lo mexicano' implicaba una tarea que debía incluir a los medios, a la educación y al arte. Todos debían operar como creadores de identidad. Y comprendió también que esa propaganda debía realizarse dentro y fuera de México. «Cárdenas empleaba la propaganda como los gobiernos totalitarios de la era dorada de esa práctica, el nazismo, el fascismo y la Unión Soviética», me dijo vía Zoom la historiadora mexicana Veka Duncan. El presidente de México fue especialmente activo en el uso de la radio, el cine y el arte gráfico.

Sigue Duncan:

> Los artistas de la época fueron los creadores de la imagen del cardenismo, pero donde Cárdenas sobresalió fue en el empleo de la radio como punta de lanza de la educación patriótica. En el terreno simbólico le permite estar presente en el hogar de todos los mexicanos. Los ciudadanos podían reunirse a oír al presidente en su casa, y esa presencia radial explica el cariño de la gente por Cárdenas: estaba ahí. La 'mañanera' de AMLO tiene un propósito similar: él da las noticias. Al igual que Cárdenas anuncia la expropiación petrolera antes que los periódicos, López Obrador establece la agenda del día.

Describir el mundo y definirlo entrega la narrativa a su creador, quien tiene así la llave de la factoría lingüística: el primer enunciador aprieta el gatillo del Big Bang semántico. Un factor importante es conseguir, poco a poco, un cambio en las referencias sociales. Si la gente adopta el discurso y emplea el lenguaje de Amado Líder, habrá una reconfiguración conceptual.

Un ejemplo por oposición: durante mucho tiempo en los Estados Unidos se habló de migrantes 'ilegales'. Los activistas conservadores aun emplean el calificativo, pero un esfuerzo significativo de organizaciones de derechos humanos y académicos consiguió convencer a buena parte de los medios y de la dirigencia moderada de que, si se habla de las personas que ingresan al país sin los papeles adecuados, migrantes 'indocumentados' es la construcción precisa. Se trata de la oposición entre el sentido común versus una *loaded word*: los actos de las personas son ilegales, no las personas en sí. Llamar migrantes 'ilegales' a quienes están 'indocumentados' convierte a esas personas en violadores de la ley *en esencia*, porque

no refiere a la circunstancia sino a una condición inmanente. Por eso, si alguien viola la ley, debe ser castigado. Y cuando un grupo es *esencialmente* un violador, el carácter transitivo del estigma pasa a designar a su comunidad, etnia o cultura de pertenencia. Marginados culturalmente, negados legalmente y abolidos humanamente, esos habitantes de la nación pueden ser excluidos o segregados sin remordimiento.

No es un asunto secundario. La retórica populista cambia los hechos de los asuntos sociales en metáforas de ruptura. La diferencia entre migrante 'ilegal' e 'indocumentado' es menor para el hablante, porque no está pensando en la propiedad semántica del término, pero es significativa para el colectivo porque reproduce una decisión política contraria a sus derechos inalienables como persona.[59] En el plano de la disputa contra la intelectualidad, cuando Amado Líder acusa a los científicos de tener *una agenda*, apunta a destruir el trabajo objetivo sometiéndolo a las mismas condiciones de producción que el discurso político: si la ciencia dice lo que dice es porque tiene algo que ganar, de manera que sus trabajos merecen ser evaluados políticamente, no científicamente.

Allí radica una victoria de las formas populistas en el lenguaje: dar nuevo sentido a las palabras y a las ideas, crear nuevas metáforas y símbolos que descolocan nuestro conocimiento del mundo. Lo que significaba A ya no significa A. Nuevas metáforas, crean nuevos sentidos políticos: el ciudadano debe aprender a pensar distinto. Y quien decide y legitima qué es distinto es Amado Líder.

Las victorias semánticas son victorias políticas. Las sociedades aceptan las ficciones orientadoras de Amado Líder por largo tiempo. Años, décadas. Un fabulador serial como Carlos Menem —que se reía con picardía cuando lo pescaban in fraganti— pudo gobernar Argentina por diez años y ser reelecto gobernador o senador por otros treinta. Silvio Berlusconi fue primer ministro de cuatro gobiernos italianos durante casi dos décadas. Trump ha mentido toda su vida, y con sus engaños mantuvo una organización millonaria y la presidencia de la nación más poderosa del planeta. ¿Alguien recuerda cuánto tiempo lleva engañando a los rusos Vladimir Putin, a todo esto? ¿Y cuántos tuvo a Cataluña en sus manos el sibilino Jordi Pujol? ¿Y a Galicia el escurridizo Manuel Fraga Iribarne?

LA MENTIRA NECESITA DE TI

Nayib Bukele, el presidente de El Salvador, proviene del ambiente publicitario. Toda su vida política ha estado marcada por el cincelado de mensajes y el manejo de la oportunidad y de su relación con las audiencias. La leyenda dice que Bukele creció políticamente gracias a su hábil gestión de Facebook y Twitter, y es posible que haya en eso buena parte de verdad. Sin embargo, su vida política no lo habría llevado a la presidencia si el FMLN —el partido con el que compitió inicialmente por un cargo— no hubiera estado urgido de líderes cuando aquel chico de treinta años buscó ganar su primer puesto ejecutivo. «Siempre tuvo una estrategia de largo plazo», me dice Sanz, el exeditor de *El Faro*.

Bukele siempre procuró tener presencia en los medios globales, porque entendía cómo la legitimidad internacional jugaba en El Salvador. Medios independientes y dirigentes del FMLN *compraron* la imagen moderna y fresca, necesaria. Bukele ya dirigía San Salvador, cuando su fama como representante de la nueva forma de gobernar de la izquierda se había extendido. Él mismo la alimentaba con una permanente y cuidada exposición: impecable en los actos públicos, jeans y gorra invertida, acompañado por su familia en la vida social.

Cuando se fue del FMLN —al que abandonó como un anfitrión parasitado reseco— y se lanzó imparable hacia la presidencia, Bukele tenía construida una audiencia propia a fuerza de PR y seducción. Twitter, TV, radio, publicidad callejera. El boca-a-boca. Miles de grupos independientes y espontáneos en WhatsApp. El *nuevo* Bukele estaba en todos lados mientras la vieja casta política salvadoreña se atragantaba viendo 'The Manchurian Candidate' para entender qué la había atropellado. El chico era fresco, veloz, dinámico y no tenía ningún pudor a la hora de provocar e irritar. Tomaba la iniciativa para crear la agenda, redirigía la atención para evitar los temas sobre los que no quería definirse. Los demás sufrían para descifrar su próximo movimiento.

La profesión enseñó a Bukele que la saturación de mensajes multiplataforma jamás es desdeñable. Es un aprendizaje extendido: muchas veces el hombre es el relato, más que la narrativa en sí. La historia personal puede vender mejor que diez discursos elaborados. El apego, la llaneza, la ilusión de cercanía. El ejercicio de la propaganda, un eminente montaje de engaño, debe ser ubicuo y

permanente.

Las ‘mañaneras’ de AMLO concitan mucha atención, pero están destinadas a un público específico: los medios urbanos y los consumidores de redes sociales. El gobierno de México emplea la TV y, sobre todo, la radio, para llegar a sus públicos directos más lejos y por más tiempo. La radio aun es el medio más influyente de México. Se escucha hasta donde apenas hay electricidad; se enciende en las largas horas de atasco del tránsito en el gran mercado electoral de la capital.

Las prácticas de propaganda impregnan nuestra vida diaria. Los gobiernos ya no ocultan su uso intencionado de los medios públicos que pagan todos los contribuyentes para el proselitismo sectario y la exclusión de las oposiciones. Sobran ejemplos. El kirchnerismo tenía en Argentina periódicos adictos e intelectuales propensos a mirar para otro lado cuando sus funcionarios cometían tropelías; en algún momento construyó alianzas más o menos informales con los principales conglomerados de medios, pero cuando rompió los acuerdos se ocupó de obstaculizar su operación, por ejemplo, entorpeciendo la adquisición de papel para periódicos.[60] También empleaba el sistema de radio y TV del Estado para hacer propaganda abierta sobre su gobierno. Y llegó a *nacionalizar* la televisación de los partidos de fútbol, pagándole a la Asociación del Fútbol Argentino millones de dólares, a fin de que le otorgase los derechos de transmisión y poder distribuir así —gratuitamente— los torneos principales entre 2009 y 2017, todo ello con el objeto de ganarse el favor del público.[61] Rosario Murillo, la esposa y VP de Daniel Ortega, tiene cobertura diaria por parte de la prensa oficial, y en cada acto está rodeada de cámaras y fotógrafos que deben retratarla. Bukele ha creado su propio noticiero en El Salvador para contrarrestar a la prensa crítica, una especie de mini Russia Today. Chávez practicaba la saturación comunicacional como pocos. La Revolución Bolivariana operaba con un mecanismo de pinzas, restringiendo la libertad de prensa, radio y TV de medios críticos tanto como abusando de la prerrogativa presidencial de dirigirse al país por la cadena nacional de radio y TV. Los bolivarianos también financiaban la compra de medios opositores por parte de empresarios amigos, perseguían a periodistas y restringían los insumos para la prensa gráfica.

Globos de ensayo, cortinas de humo, engaños, trucos: el control del discurso debe favorecer siempre al régimen. Ante una crisis,

Trump lanzaba un vituperio y la prensa iba tras la finta como un perro persigue la pelota que su dueño le lanza lejos para que no joda. Los medios amplifican. Pavlovianos, reaccionamos como el engañador espera y desea. De inmediato, él lo celebra. Incluso la chabacanería y la indignación, la destrucción de la vergüenza propia son recursos útiles si con ello se consiguen resultados que paguen el costo de esa degradación: apoyos, adulación, votos. ¿Candidatos que cantan y bailan en las calles sin temor a hacer el ridículo, candidatas que prometen tetas para todas? Ganar —y mantenerse— demanda información y/o manipulación. Y accedemos a ambas.

Y todo lo anterior, por una sola razón: la mentira es un canvas social, nunca un ejercicio solitario del perpetrador. Todos ejecutamos algunos trazos, participamos en la pintura. La mentira es un acto cooperativo: necesita de un mentiroso y de alguien que acepte el engaño. Amado Líder no gana presidencias en el vacío sino que se las entregan quienes deciden creerle. Pamela Meyer, una experta estadounidense en lenguaje, sostiene que el engaño sólo tiene poder cuando uno o varios lo incluyen en su sistema de creencias, validándolo aun cuando tengan dudas. Mentimos y aceptamos mentiras por altruismo —para ayudar a alguien—; porque necesitamos aceptación social y una sensación de pertenencia—; y también por interés personal, o para evitar conflictos.[62] Y mientras todos podemos vivir cómodamente con mentiras blancas, a sabiendas de que lo son, los costos del engaño político pueden ser dramáticos cuando hemos sido sus participantes involuntarios. «Puede costar billones de dólares», dice Meyer en una TED Talk. «Las mentiras pueden traicionar a nuestro país, comprometer nuestra seguridad, minar la democracia, pueden provocar la muerte de aquellos que nos defienden».[63]

Mientras el engaño sea consentido, Amado Líder tendrá facilidades para gobernar nuestras voluntades. Pero el hechizo puede romperse —el pacto de amor o de aceptación de aquella ilusión— cuando el público comience a mirarlo a la luz de otros. Cuando eso sucede, aquel que era único ve su fortaleza granítica volverse progresivamente arenosa ante la competencia. Su verdad puede que no sea tan verdadera. El halo de la propaganda, la magia amorosa de la seducción, se ha acabado.

UN CAMPO DE BATALLA

En octubre de 1939, poco menos de dos años antes de que la Alemania nazi invadiera Rusia en el verano, Winston Churchill —entonces primer ministro del Reino Unido— tomó la palabra en una emisión de la BBC y lanzó una frase que quedó registrada como un *trademark* de la incógnita. «No puedo predecir las acciones de Rusia», dijo. «Es un acertijo envuelto en un misterio dentro de un enigma».

Churchill se refería a la incapacidad de determinar el interés nacional soviético en relación con los nazis, interés que para él era clave a la hora de detener a Hitler en su avance por Europa. Como Churchill nunca pudo descifrar a Stalin, desde ese momento Rusia se volvió un estado canallesco.

Es curioso cómo la Historia persiste en su reiterado recurso de la tragedia y de la farsa. El apego de un Amado Líder por la opacidad, por el juego sibilino y por la indefinición acerca de actores y acciones cuestionables, actualiza la frase de Churchill. Un Amado Líder, y no es una metáfora, es a su modo un remedo de esa Rusia canalla.

AMLO, por ejemplo, coquetea con la dualidad, juega al gato y al ratón, a las escondidas; dice medias verdades, oculta sus cartas, trampea y miente con escuela goebbeliana. Trump ha dicho que uno jamás debe anticipar sus planes, toda una definición de filosofía.[64] («Si lo dices lo suficiente, lo suficientemente fuerte, lo suficiente a menudo, la gente comenzará a creerlo», dijo en un acto tras salir de la presidencia.)[65] Ortega gusta del secreto y de la conspiración. Perón adoraba jugar al ajedrez por la izquierda y por la derecha, dejando que cada quien creyera lo que necesitaba para emplearlo en su beneficio. Menem y Fujimori jamás dieron un solo detalle sobre cuál sería su comportamiento en sus sendas campañas presidenciales. «Bukele tiene todo planeado y sobre eso se reserva un amplio margen para improvisar», me dijo Sanz, de *El Faro*.

Amado Líder vive con cartas de póker en el bolsillo del saco. Un populista no sólo habla a su público sino que considera a todos los públicos posibles en su discurso. La especulación es permanente, cuasi paranoica. Ha de anticipar a todos, no sólo a uno y no demostrar demasiado —a menos que el engaño incluya esa maniobra.

Más de una vez he pensado que Trump empleaba las palabras para ocultar sus intenciones verdaderas, no para expresarlas. Que operaba un gran teatro bufo y perverso con una intuición

entrenada. Que medía (mide) el escenario a cada provocación, nada más para saber si —llegado el caso— puede moverse hacia ese extremo con poca o ninguna resistencia, o si debe detenerse a medio camino. Trump gusta del póker en el que puede ser a la vez el *croupier*, el jugador y el dueño de las cartas: control absoluto de la situación. Si te atacan, dobla la apuesta.

George Orwell creía también algo semejante: que el lenguaje político, dice en *Politics and the English Language*, está diseñado para esconder la verdad antes que para expresarla, y que por ello recaía en vaguedades o en el franco sinsentido. «El gran enemigo del lenguaje claro es la falta de sinceridad», escribió. «Cuando hay una brecha entre los objetivos reales y declarados de uno, uno se vuelve instintivamente hacia palabras largas y modismos agotados, como una sepia chorreando tinta». Orwell además estaba convencido de que la pobreza lingüística y la mala prosa estaban en directa relación con las ideologías reaccionarias:

> En nuestro tiempo, el discurso y la escritura políticos son en gran parte la defensa de lo indefendible. Cosas como la continuación del dominio británico en la India, las purgas y deportaciones rusas, el lanzamiento de bombas atómicas sobre Japón, de hecho pueden defenderse, pero sólo con argumentos que son demasiado brutales para que la mayoría de la gente los enfrente, y que no cuadran con los objetivos profesados de los partidos políticos. Por lo tanto, el lenguaje político tiene que consistir en gran parte en eufemismo, ruegos y vaguedades nebulosas. Los pueblos indefensos son bombardeados desde el aire, los habitantes expulsados al campo, el ganado ametrallado, las chozas incendiadas con balas incendiarias: esto se llama *pacificación*. Millones de campesinos son despojados de sus granjas y enviados a caminar por los caminos sin más de lo que pueden transportar: esto se llama *transferencia de población* o *rectificación de fronteras*. Las personas son encarceladas durante años sin juicio, o disparadas en la nuca o enviadas a morir de escorbuto en los campamentos madereros del Ártico: esto se llama *eliminación de elementos poco fiables*. Esta fraseología es necesaria si uno quiere nombrar cosas sin invocar imágenes mentales de ellas.[66]

Todo político hace de los símbolos y del lenguaje un campo de batalla. El hiperbolismo es crucial, tanto como el eufemismo y la indefinición intencional. En su exposición abundan los efectos estéticos y las apelaciones a la emoción y a la actuación. Deja que sus subordinados se involucren en guerras contumaces de palacio sólo para ganarse el favor de acceder a su oreja. Alienta a unos,

luego a otros. Un recurso que saben emplear quienes trabajan para tener el acceso a una figura central, algo habitual entre cardenales y obispos vaticanos, cortesanos y políticos ambiciosos. Luego está el círculo áulico, la familia —su núcleo de confianza. El corazón de Bolsonaro decide a través de sus hijos, y Bukele se apoya en sus hermanos —los Bukele son una familia que siempre trabajó para su familia, al igual que los Trump. Un clan.

El comportamiento de Trump —él por encima de todos— remite a los zares y a los emperadores, a los absolutistas que medían el mundo con una escala de valores propia, distinta de aquella dictada por las tradiciones humanistas. Trump dejaba que sus asesores actuaran, y se apropiaba de sus aciertos: los errores eran ajenos. La línea siempre es vertical y unidireccional: los beneficios subirán hacia Amado Líder; las sanciones caerán gravitacionalmente sobre la cabeza de quien falló. Todo caudillo que se precie de serlo, sabe que debe hacer sentir a los demás que tratan con un jefe absoluto. Interviene para subir y bajar pulgares, corregir, comisionar el pago de culpas, administrar perdones, otorgar bendiciones a discreción.

EL RECUERDO DE EMERSON

¿Qué es un Amado Líder? Quizás ese *Churchillian enigma* encuentre carne en Donald Rumsfeld cuando era secretario de Defensa de los Estados Unidos. Dijo en diciembre de 2002:

> Hay conocimientos conocidos. Hay cosas que sabemos que sabemos. Y hay incógnitas conocidas. Es decir, hay cosas que ahora sabemos que no sabemos. Pero también hay incógnitas desconocidas: cosas que no sabemos que no sabemos.[67]

Más que otros políticos, Amado Líder necesita ocultar sus verdaderas intenciones buena parte del tiempo. La propaganda permite enmascarar los objetivos de los movimientos políticos bajo la fachada de la defensa y promoción de ideales aceptables para las mayorías. Maquilla los objetivos cuestionables y los expone como íntegros y virtuosos. Las palabras sirven tanto para exhibir como para encubrir. La guerra contra el Eje del Mal en Irak sólo pretendía instaurar la democracia en la vieja Mesopotamia, decía oficialmente el gobierno de George W. Bush; por supuesto, jamás pretendió tener control de un territorio rico en gas y petróleo.

Amado Líder debe conseguir que la reconstrucción del presente

y del pasado produzca una suerte de amnesia colectiva. La discusión pública debe preparar el campo de la conversación; la escuela, inducir el nuevo orden en la mente de los niños. La prensa ha de machacar con los temas, las ideas, las acciones de su plan. Los intelectuales proveerán materia gris.

El acto de propaganda debe poner en duda el presente construido. Todo pasado, en especial el inmediato, es corrupto pues nos arrojó a la mala circunstancia que obligó a Amado Líder a dejar su vida para entregarse a la salvación de la patria. Y es *inherentemente* corrupto: no son los actos de los individuos que lo produjeron sino *la esencia* misma de esos individuos. Amado Líder demeritará a todos los actores políticos. Si violaron la ley no es porque cometiesen un error, es que los enemigos de la nación están cableados para jodernos, como en el cuento del escorpión sobre la rana. Está en su ADN matar a traición.

Desmoronar es clave. El autoritarismo debe barrer con la herencia. Creará una sociedad flamante —chévere, Hugo— para un Hombre Nuevo —qué hacés, Che— tras un proceso de transformación —órale, Andrés Manuel— que debe reducir a escombros el mundo existente —*howyadoin' Donnie*. El socialismo realmente existente —verbigracia el comunismo soviético, chino, coreano y cubano— decía proceder según la lógica del materialismo científico, un diseño racional de la dictadura proletaria entendida como el fin de la Historia. El nazismo tenía su visión eugenésica, a la manera en que la tenía el fascismo con la teoría de Lombroso. En todos los casos, lo que no era *correcto* debía ser eliminado para dejar sobre la faz de la Tierra a El Pueblo, la raza y la clase elegida.

Por eso la oposición no será jamás un sujeto de derecho político en las autocracias *wannabe*, sino un inconveniente. En 2021, AMLO puso al frente de un departamento orwelliano a una joven periodista para que se ocupe de desmentir las publicaciones de los medios, a los que, como Trump, considera sus adversarios en la disputa por el poder. Bautizado 'Las mentiras de la semana', el espacio ocupa unos minutos de las conferencias 'mañaneras' del presidente. Llegado el momento, López Obrador cede su podio a Ana Elizabeth García Vilchis, que cuestiona a los medios a los que su jefe considera «corruptos, rastreros e integristas».[68]

'Las mentiras de la semana' es improvisado, menor, más propio de una mala presentación de trabajo grupal en los primeros años de la universidad que el producto de funcionarios serios que actúan en

nombre del gobierno del segundo país más importante de América Latina. En una ocasión, García Vilchis dijo que discutir con los críticos mexicanos de Twitter era «irrelevante», pues sólo participa en la red «el 10 % de la población», y llevó a que los críticos del gobierno se preguntaran para qué la Cuarta Transformación malgasta recursos en una minoría que no cuenta. El comentario acabó por develar, por si fuera necesario, que 'Las mentiras de la semana' es un espacio de propaganda, concebido para censurar y negar el valor de cualquier crítica, sin importar su peso o calidad.

AMLO no ha sido el único en jugar a la negación de las protestas. Un ministro del gobierno de Alberto Fernández criticó a los jueces que fallaron a favor de reiniciar clases presenciales durante la pandemia a mediados de 2021, pidiéndoles que renunciaran a sus cargos y armaran un partido si querían discutir políticas públicas con el Poder Ejecutivo. La frase recordó al enunciado original, expresado en 2008 por la entonces presidenta argentina Cristina Fernández, también contra sus críticos:

> [. . .] aquellos ciudadanos que están en desacuerdo con esas políticas porque creen afectados sus intereses, pueden recurrir a la Justicia, pero si además quieren cambiar el modelo económico de país lo que deben hacer es organizar un partido político, presentarse a elecciones, y ganarlas.[69]

[·]

Como toda religión, el populismo es un acto lingüístico. La realidad del populismo es meramente discursiva: una ficción modelada por su creador. Una narrativa. Más que relato, novela. Más que política, fe. El acto de oratoria se vuelve crucial. Chávez y Fidel construían ese mundo desenvolviendo *monólogos de evangelización* que duraban horas. El orteguismo emplea en su apoyo las invocaciones religiosas. De Cristina Fernández se dice que es una oradora singular, capaz de una improvisación superlativa. Con toda intención vicaria, sus devotos la asemejan en verba a Evita. Tan grande parece ser su capacidad, que en Argentina enseñan comunicación efectiva a ejecutivos de negocios con videos de CFK.[70]

(*Flashback:* algo de esa intensidad oratoria había en Lyndon Johnson. La Historia registra a JFK como el campeón de los derechos civiles de los afroamericanos en Estados Unidos, pero

Johnson cumplió un papel tan o más importante: convencerlo de que debía hacer lo correcto. Johnson fue persistente en su paciencia con Kennedy, mientras el presidente dudaba y evitaba reunirse con él para discutir las protestas contra el maltrato policiaco a los negros. Cuando finalmente le abrió la puerta del Despacho Oval, Johnson expuso sus argumentos con la convicción de un «verdadero creyente». La legislación, le dijo, es sólo una parte de la respuesta a la cuestión de los derechos civiles. «Los negros sienten y sospechan que sólo estamos haciendo lo que tenemos que hacer [para mantener su voto] [. . .] Lo que los negros realmente buscan es fuerza moral y estar seguros de que estamos de su lado [. . .] y hasta que reciban esa seguridad, a menos que se diga de manera dramática y convincente, no van a prestar mucha atención a las órdenes ejecutivas y a las recomendaciones legislativas [. . .]».[71] Buena parte de la administración de JFK trataba a Johnson como un viejo gagá del sur. Le decían *'Rustic Rufus'*. Eso cambió tras su discurso privado; Kennedy comenzó a tomarlo como un asesor central de su administración. Arthur Schlesinger Jr., el intelectual e historiador especialista en JFK, que estaba presente en aquellas reuniones, vio en Johnson a un pastor sureño. Ante la razonabilidad intelectual de Kennedy, este hombre evangélico, elocuente, totalmente emotivo, consiguió los cambios. Lo decía ya Emerson: no convences a nadie con razones.)

[·]

Amado Líder adora el acto del discurso. El baño de masas es sólo parte del asunto; el discurso reviste un carácter crucial, pues es un monólogo: una puesta en escena personal. Quien sube a una tarima o a un escenario juega con su vanidad; pide 'mírenme'. Y en el caso del caudillo populista pide además 'créanme, adórenme, obedezcan'. El acto del discurso —la puesta en escena y su texto en sentido amplio— es un diseño para que cada palabra y gesto sean inscritos en la Historia. Su valor es, en sí, litúrgico: el discurso político es el sermón de la iglesia. Toda la atención se centra en el contador de la historia. Sus pausas y gestos, la entonación, la selección de palabras —lo excluido, que es tan significativo como lo expresado.

La idea de que la Historia es una competencia de relatos es miel para los *performers*. Si ya no hay hechos sino mera interpretación, el

campo de batalla político se reduce a operadores que articulen la narrativa más convincente. La verdad deja de existir; el filósofo es reemplazado por el *spin doctor*. Por eso las *fake news* están tan asociadas a los desestabilizadores de la convivencia colectiva y personal; buscan destruir la realidad compartida —el presente, la Historia, la posibilidad de futuro— y reemplazarla con una ficción diseñada por ellos para su propia satisfacción. Un relato de dominio exclusivo. Las *fake news* son como las bombas de racimo: aunque persigan un objetivo concreto —como dañar a un opositor o a un contendiente determinado— su daño colateral es masivo. Su misma carga tóxica y mortal debe herir a otros, tanto como a aquel que mantiene en concreto una disputa con Amado Líder. Y en el caso de la audiencia, la herida debe afectar su percepción de la realidad. Se trata de que dejen de ver lo que ven, y de que abandonen, así sea parcial y momentáneamente, el dictado de los sentidos. Decía Obama en Alemania, en 2016, menos de dos semanas después de la elección de Trump: «Si no somos serios sobre los hechos y sobre lo que es verdad y lo que no lo es, si no podemos diferenciar entre los argumentos serios y la propaganda, entonces tendremos problemas».[72]

Lo sabemos: Amado Líder radicalizará las percepciones. Su discurso nada en la emoción. Se regodea en la violencia simbólica. Cuando sea cuestionado por su agresividad, dirá que es una víctima, que obstruyen su derecho a expresarse con libertad, que es objeto de una campaña de desprestigio. Denunciará: me atacan porque las élites, *el sistema*, saben que hablo con la verdad. En 2021, Trump decidió que demandaría a Facebook, Twitter y Google por violar la Primera Enmienda al excluirlo de sus redes.[73] Su demanda carecía de fundamento legal, pues la libertad de expresión sólo puede ser quebrantada por un actor gubernamental, no por uno privado; sin embargo sabía bien que el trasfondo de ese acto no era jurídico, sino propagandístico y monetario. Trump quería agitar a sus bases aduciendo una persecución más, que entroncaría con la presunta usurpación de su triunfo y con el acoso judicial sobre sus empresas, y que serviría asimismo para —en la más rácana de sus prácticas— pedir a sus seguidores que aportasen dinero para pagarle la defensa. Políticamente, para el futuro del trumpismo, se trata de la continuidad del mito originario: el hombre que antes, durante y después de su gobierno sufrió el ataque de las élites por intentar recuperar la nación para El Pueblo.

Todo esto es alienación, momentánea o definitiva. Cuanto más radical sea la separación del discurso común, mayor será la adscripción emocional a su figura, y más rápida la renuncia de sus seguidores a fundar su pensamiento en el sistema de valores que antes compartían con los demás. Mayor será también la dependencia de Amado Líder, pues su personaje se convierte en la fuente de la que emana la autoridad. El argumento es desplazado y reemplazado por la voz mesiánica. La propaganda crea el ambiente, el relato/discurso, los términos del intercambio. «Las clases secularizadas tildan a los líderes populistas de demagogos», dice Loris Zanatta. «Las masas populares los creen santos».[74]

Consumir mala información no termina cuando se obtiene la degradación intelectual de un individuo: la mierda produce política. Las personas hacen cosas cuando creen que algo es verdadero, así sea demostradamente falso. Eligen presidentes, quieren derrocar presidentes. Golpean a otros. Toman la justicia en sus manos. La manipulación con información falsa, mentiras de diseño perfecto, *fake news* y *deep fakes*, engaños, *posverdad*, errores e invenciones puede producir furia colectiva. Recuerden: Enero 6, 2021, Washington, Capitolio.

> Cambios en el periodismo, como el mayor acceso a internet y la educación universitaria, han tenido un inesperado efecto corrosivo en la relación entre los legos y los expertos. En vez de hacer a la gente más informada, mucho de lo que sucede en las noticias de este siglo a menudo deja a las personas comunes, y a veces a los expertos, incluso más confundidos y malhumorados [. . .] Cuando la respuesta de una persona común a un experto es «lo leí en el periódico» o «lo vi en las noticias» puede que no signifique demasiado. (. . .) Muy probablemente esa respuesta significa «vi algo de una fuente que me gusta y me dijo algo que quería escuchar».[75]

[·]

Gingrich en CNN, *al'ight:* no importan los hechos, importan las percepciones. «Lo que yo digo es igualmente verdadero». «Yo voy con lo que la gente siente; usted vaya con los teóricos».

Todo político intenta llevar el debate a su territorio —todos lo procuramos: discusiones de pareja y divorcios, ¿recuerdan?—, pero Amado Líder intenta que su semilla sea la única sobreviviente en el campo arado. Por eso Trump buscaba bajar la calidad del discurso:

el terreno de la provocación era su arena. Degradar al otro, matar al mensajero. El *ad hominem* se vuelve la piedra arrojadiza más usual. Jamás discutir el argumento sino la calidad de su emisor: si anulas moralmente a tu enemigo, anulas su argumento *para siempre*, porque el pasado o el presente vicioso de quien objeta en tu contra condiciona todo su discurso. Muerto el mensajero —acabado El Otro—, sólo queda una voz: el discurso único que emana del poder.

El valor ritual de la propaganda incluye dotar de capacidades sobrenaturales, implícita o explícitamente, al nuevo hombre fuerte de la nación; sólo Amado Líder, aun en sus pecadillos, puede dotar de integridad a la nación. Cuanto toque recuperará el decoro que le fue sustraído por los traidores. El discurso interesado de sus usinas informativas cuestionará a todas las instituciones del Estado, señalándolas como partícipes en la discapacidad de la república. Los jueces y todo el sistema judicial; los legisladores y todos los parlamentos; todo político y, de ser necesario —porque en general las necesitan de su lado—, también todas las jerarquías militares. Cada crítico, cada funcionario honesto y cada burócrata aplicado será reemplazado por un soldado del régimen. La ley no será ya asunto de razón, sino de la voluntad de un individuo.

Toda duda, la ajena y la propia, es peligrosa. A fines de los años ‘80 Argentina fue sacudida por un par de intentos de golpes de Estado, producto del rechazo de algunos sectores de las fuerzas armadas hacia las investigaciones y juicios por violaciones a los derechos humanos. En una de esas asonadas, el líder de un regimiento, un teniente coronel llamado Aldo Rico, lanzó una frase impecable para definir su determinación: «La duda es una jactancia de los intelectuales». Incapaz de detener los apremios judiciales, Rico abandonaría el ejército y acabaría años después como un político mediano con un partido propio de ultraderecha, el Movimiento por la Dignidad y la Independencia. Con él se integraría al sistema como congresista, alcalde de una ciudad mediana e, incluso, constituyente. Su diatriba pomposa, emitida con una sonrisa entre sarcástica y nerviosa, postulaba la columna vertebral del ideario de Amado Líder: gustan presentarse como hombres de acción.

La duda es subversiva, y por eso el discurso es motivante y propende a la acción. *Pensar* abre espacio a las preguntas. Todo cuestionamiento es proverbial: dinamita certezas. La vocación anti-intelectual de Amado Líder no permite la incertidumbre. Amado

Líder debe proyectar una determinación pétrea ante las masas; el hombre fuerte no puede exhibir fragilidad. La propaganda le proveerá de argumentos que justifiquen las medidas extraordinarias que acrecienten aún más su poder; encubrirá con justificaciones sus actos violentos.

HOMBRES QUE SE PRECIPITAN

Cuando en 2021 AMLO cuestionó al poeta Gabriel Zaid —un lúcido lector de la vida de México que llamó a votar contra sus candidatos en las elecciones intermedias de ese país—, hizo más que considerarlo un «sabiondo»: eligió un lado. AMLO siempre ha defendido que la verdad reside en El Pueblo.*

En algún punto, nada nuevo bajo el sol, así sea lamentable. El manejo de la pandemia es otro ejemplo que divide significativamente a populistas de, si se me permite, menos-populistas y no-populistas. Diversos gobiernos cometieron errores groseros en el manejo inicial de la crisis. El español, por ejemplo, se desentendió de las alertas y permitió y alentó una marcha multitudinaria durante el Día de la Mujer.[76] Era marzo de 2020 y el virus avanzaba silenciosamente por todo el país. Pocos meses después, España superaba a Italia como el país con los peores indicadores de contagios y muertos per cápita. Le tomaría todo un año al gobierno de Pedro Sánchez intentar reconducir el proceso, y aun así no fue capaz —ni lo será— de reparar su error inicial.

Pero mientras muchos gobiernos repensaron su primera laxitud, otros mantuvieron la displicencia en relación al virus por mucho tiempo. La lista incluye, sin agotarla, a los Estados Unidos, México, Brasil, Argentina, Venezuela y el Reino Unido. Que esos gobiernos estuvieran dirigidos por populistas confirma el estado de cosas: la ciencia fue un elemento capital para que los dirigentes pudieran tomar las mejores decisiones, pero en el populismo el discurso de los expertos fue y es denostado con frecuencia.

Escribí «El desastre del líder intuitivo» en junio de 2020, con la pandemia en su pico en buena parte del planeta:[77]

> Está en boca de todos: varios de los países que mejor manejaron la crisis del coronavirus tienen mujeres al frente. Taiwán, Nueva Zelanda, Alemania, Finlandia, Noruega, Dinamarca y Hong Kong. No sé si hay correlación de género,[78] pero sí sé que hay un punto en común: en

todos estos casos, la estrategia ha sido más ciencia y menos intuición.

Ahora miren a gobiernos donde pavonea la pose de gran jefazo. Mientras países como Corea y Nueva Zelanda[79] lanzaron confinamientos inmediatos e instrumentaron decenas de miles de pruebas, el presidente de Brasil, Jair Bolsonaro, (aun) menosprecia la crisis, pierde a dos ministros de Salud[80] y convierte al país en una fosa abierta.[81] Noruega, Dinamarca y Finlandia [. . .] aplican protocolos claros que siguen hasta sus jefes de Estado: el presidente de Estados Unidos [. . .] suelta cuanto pase por su cabeza de epidemiólogo informal.[82] Y mientras en Taiwán o Alemania varias de las figuras prominentes del gobierno son científicos [. . .], en México un científico está a cargo de las respuestas públicas a la crisis pero el jefe de Estado, Andrés Manuel López Obrador, hace lo que quiere y reabre el país sin haber aplanado la curva de infecciones.[83]

La línea que divide las aguas: los países que respondieron con una inmediata y sólida estrategia sanitaria y científica libran la crisis mejor que aquellos donde dominó la intuición.[84]

Ante una crisis, el liderazgo político debe ceder protagonismo al conocimiento especializado. Los presidentes van a la guerra que diseñan sus generales. Por lo mismo, no tratas una pandemia sin científicos al frente.[85]

[. . .] Un presidente sin esos conocimientos debe guiarse por el sentido común. La mayor parte de las naciones ha optado por un mix variable de asesoría técnica y liderazgo político.[86] Por supuesto, algunos países y regiones fallaron, pero el fracaso ha sido desmoralizador donde la gestión del Estado giró alrededor de la improvisación y el desdén.[87]

Buena parte de los políticos de nuestra era pertenecen a una generación fogueada al calor de las discusiones de los años ‘60. Formados en batallas del siglo pasado, envueltos en paradigmas de otras épocas, no parecen preparados para la complejidad del siglo XXI.[88] Operan con ideas fijas, esclerosadas por el tiempo. Su marco conceptual pertenece a la Guerra Fría. Trump escupe aislacionismo y nativismo en una época de intercambios culturales y económicos globales. Bolsonaro hunde a Brasil en el lodo del fascismo. AMLO: nacionalismo industrialista, besos y mítines multitudinarios durante la pandemia, y recortes presupuestarios brutales* en el sistema universitario y científico *en plena crisis*.[89]

Un presidente es un símbolo.[90] Cuando hombres como Trump, Bolsonaro o AMLO ignoran el consejo profesional y se exhibieron o exhiben sin tapabocas, estrechan manos y reparten abrazos, sugieren que están por encima de la inteligencia médica, y que son

tal vez inmunes a las enfermedades que afectan a los hombres comunes.** Es una impostación: si han de ser salvadores de El Pueblo no pueden exhibir flaqueza.[91] Resistirán todo y, si han de caer, tendrá que ser a lo grande. El poder demanda exhibición, sobre todo cuando se construye sobre la base del culto al líder. Trump se paseó en automóvil cuando aun estaba enfermo de Covid-19 y —con tal de demostrar su entereza— posó para las cámaras al salir del tratamiento urgente al que lo sometieron los médicos de la Casa Blanca. Respiraba con dificultad pero debía demostrar que podía con todo, incluyendo al virus, la ciencia, su edad y, sobre todo, la percepción colectiva.[92]

[·]

El gobierno de la ignorancia está sostenido por una fe desmedida en la intuición del líder, a la vez que por un menosprecio del conocimiento técnico. La crisis del coronavirus dejó en los huesos a Occidente, en especial a sus reyes desnudos.[93] Un líder tiene la inteligencia de construir equipos cuyo éxito fortalece y viste a la administración. Un líder no es unificador de masas de nueve a doce y epidemiólogo improvisado por la tarde-noche. Se prepara para gobernar, o el desgobierno le cae encima.[94]

Escribí:

> Podemos votarlos una vez —arrojen sus piedras, seres de luz—, pero si con las evidencias los reelegimos, no hay excusa: la bola recae sobre nosotros. Hemos sido incapaces de empoderar o crear alternativas mejores. Es el problema de la deserción social de la cosa pública: se postulan quienes desean el poder y eso a menudo nos deja solo con la opción del mal menor. Y esa es una salida degradante, porque supone que somos capaces de tolerar y aceptar que baje otra vez el umbral de calidad.[95]

¿Qué clase de líder es ese Amado Líder, que sólo ve el mundo con sus propios ojos? Un hombre en general bastante común, con ambiciones poco comunes, protegido por un aparato de implantación sensorial que oculta sus fallas y, sobre todo, derriba toda amenaza en contra suya. Ha de ser más listo que todos.

Desarmar ese artilugio —una tarea que la propaganda pretende evitar— desarticularía también su poder.

En *Selected Poetry*, que reúne el trabajo de Leonard Cohen entre

1956 y 1968, uno puede hallar este poema, *All There is to Know About Adolph Eichmann*:

EYES:	*Medium*
HAIR:	*Medium*
WEIGHT:	*Medium*
HEIGHT:	*Medium*
DISTINGUISHING FEATURES	*None*
NUMBER OF FINGERS:	*Ten*
NUMBER OF TOES	*Ten*
INTELLIGENCE	*Medium*

What did you expect?
Talons?
Oversize incisors?
Green saliva?
Madness?

8 · LA MITIFICACIÓN

Hubo un tiempo en que fui hermoso

Cómo construir política sobre falacias:
todo tiempo pasado fue mejor; pobres pero honrados;
el buen salvaje; la pureza del campo.

¡Vencimos! ¡Somos libres!
¡Jamás volveremos a ser esclavos!
—**Rosario Murillo**, vicepresidenta de Nicaragua, 2019.

Benito Juárez es un bronce impoluto: suave, fresco, siempre impasible. La historiografía oficial mexicana ha hecho un esfuerzo mancomunado para mantenerlo limpio. Juárez fue un liberal distinto al que presenta Andrés Manuel López Obrador. Sus gobiernos no fueron paridos por acuerdos bondadosos. Para su cuarto periodo, las fuerzas del juarismo andaban a los balazos por las calles con los seguidores de Porfirio Díaz. Juárez torció el brazo a los gobernadores para conseguir una de sus reelecciones y —aunque es difícil que alguien defienda la idea en público— en privado es usual que cualquier contertulio mexicano, más o menos informado, acepte que la sombra de un fraude acompaña al gran Benito.

Pero con Juárez nadie se mete en México. El Benemérito no se toca. Jamás se equivocó, y si lo hizo, fue adrede —porque quería y porque lo necesitaba, porque era parte de un gran plan ajeno a la comprensión de cualquier mortal— o quizá porque fue un error convenientemente minimizado. Juárez fue elevado al panteón nacional, donde, como sucede con los héroes, lo pasteurizaron para preservarlo más impoluto que una virgen vestal. No tuvo sexo, no hacía pis ni caca: un ángel. Más pulcro y sano, difícil.

La limpieza del busto de Juárez fue tarea de Luis Echeverría, el mayor intento populista dentro del PRI en el último medio siglo. En

1972, durante el sexenio de Echeverría, se cumplía el centenario de la muerte del benemérito. En esos tiempos, la TV había caído en la telenovela histórica, me recuerda el historiador Arno Burkholder, y 'El carruaje' sería la expresión de la visión oficial de Juárez cuajada por Telesistema Mexicano, la predecesora de Televisa.* «Ese Juárez es de piedra, no se despeina, mira siempre igual», dice Burkholder. «Pase lo que pase, su firmeza es impasible, se sostiene: Juárez puede con lo que sea».

López Obrador presenció el gobierno de Echeverría como adolescente, y consumió también esa figura del Juárez virginal y divino, retocado a conveniencia por la necesidad presidencial de Echeverría, y asumida por las élites, con su previsible obediencia oficial. AMLO también aprenderá del mundo con el propio Echeverría, cuyo gobierno se presentó como rupturista: un Estado consolidado que quería ser soberano, con un partido fuerte que resiste la presión externa y solventa las batallas internas. Un nacionalismo de sangre pura en un país aislado. Echeverría convive con Estados Unidos aunque no quiera a los gringos, apuesta por la no intervención, se cierra.

AMLO mira, aprende: ve cómo un gobierno decide reescribir a un héroe de un país orgulloso de vivir para sí mismo. Un remedo y una ficción insostenibles —mas, sin embargo, útiles. Constructoras de nación.

AMLO vio, y aprendió.

LA INVENCIÓN DE LA HISTORIA

Cuando la sociedad mira el espejo del pasado durante un régimen populista, debe ver distorsionada la simbología construida durante décadas por las élites y, por contrapartida, con el mismo espejo, vería con nitidez el nuevo relato elaborado por Amado Líder. El caudillo está 'del lado correcto de la Historia'; el resto, distorsiona.

Los movimientos populistas se construyen sobre una idea mítica del pasado ante una crisis de valores en el presente: una ficción construida con el ADN de una fantasía. Se trata de imponer la creencia de que hace mucho tiempo la nación fue un proyecto uniforme y puro, el cual pervive de algún modo en la transmisión de sus tradiciones y costumbres. El acento mítico alimenta la nostalgia, una condición necesaria para que la ficción triunfe sobre las evidencias de la vida cotidiana.

Decía Peter Brown, el renombrado historiador británico de la Grecia y Roma clásicas:

> Si estás constantemente mirando una imagen falsa del pasado, buscando el reflejo de tu propia imagen, sólo te llevará por el camino del racismo, del oscurantismo. De la xenofobia.[1]

Amado Líder convencerá a sus seguidores de que son hijos de un proyecto excepcional. Una nación predestinada. Y que ese sino está articulado por una fe singular, en combinación con las magníficas condiciones naturales del país, y la sabiduría sobrenatural de los prohombres fundadores de esa tierra sagrada que el pueblo elegido habita. La Historia idealizada revela la nueva vía hacia el camino correcto, que corrige ese *path* extraviado durante décadas de malos dirigentes y pésimas políticas.

Hay una enorme fuerza en las ideas capaces de sublimar a miles de voluntades sometiéndolas al influjo de su magia abstracta. Cuando una idea está viva, eres feliz de ser parte de ella. De trabajar, de luchar y comprometerte. Agotas los días, pasas noches enteras sin dormir. Abandonas a aquellos que más necesitan de ti —postergas parejas, hijos: tu familia próxima— y te entregas con devoción a gente que no conoces demasiado. De algún modo, como sucede con todo amor enfermizo, te enajenas. Pero cuando esa idea muere, la alienación no se desvanece y es reemplazada automáticamente por una paz necesaria.

En rigor, el activista se queda solo. Huérfano, sin nada a qué pertenecer —y eso es complicado para la psique humana, pues todos servimos a algún amo, abstracto o concreto.

Decía George Orwell en «Notes on Nationalism»:

> El nacionalista no sólo no desaprueba las atrocidades cometidas por su propio bando, sino que tiene una notable capacidad para ni siquiera oír hablar de ellas. Durante seis años, los admiradores ingleses de Hitler se las ingeniaron para no enterarse de la existencia de Dachau y Buchenwald. Y aquellos que son más ruidosos al denunciar los campos de concentración alemanes a menudo desconocen, o muy vagamente, que también hay campos de concentración en Rusia. Grandes acontecimientos como la hambruna de Ucrania de 1933, que implicó la muerte de millones de personas, han escapado a la atención de la mayoría de los rusófilos ingleses. Muchos ingleses no han oído casi nada sobre el exterminio de judíos alemanes y polacos durante la presente guerra. Su propio antisemitismo ha hecho que este vasto

> crimen rebote en su conciencia. En el pensamiento nacionalista hay hechos verdaderos y falsos, conocidos y desconocidos. Un hecho conocido puede ser tan insoportable que habitualmente se lo deja a un lado y no se le permite entrar en procesos lógicos, o por otro lado puede entrar en todos los cálculos y, sin embargo, nunca ser admitido como un hecho, ni siquiera en la propia mente.[2]

No hay país que no tenga una visión de sí mismo sostenida por una fantasía originaria, tan improbable como irrefutable, puesto que pertenece al terreno del mito. Esas construcciones literarias —relatos, narrativas— dan a los individuos un *sentimiento* de nación, de pertenencia a algo que los trasciende.[3] Grosso modo, hay dos formas de definir esa ficción: con una mitología integradora de la sociedad compleja en la que se vive, o con una excluyente.

La reinvención del pasado es reprogramación. Desplazar la verdad, limar los codos, convertir en bronces a hombres comunes que fungieron de patriotas; la elaboración legendaria, épica y pomposa, del origen glorioso. Todo debe ser revisado, reconfigurado, dotado de un nuevo sentido, o de uno más acorde a la realidad que se quiere hacer prevalecer. Revisionismo a la medida.

Los mecanismos de extinción del pasado demandan la negación, el oscurecimiento y el ocultamiento —finalmente, la reescritura— de los pecados de la nación y de sus próceres. El futuro, promete Amado Líder, reside en el pasado. Este presente que nos toca es producto de la derrota de nuestras clases dirigentes, que muy probablemente —dirá— complotaron con los enemigos de la nación para postrarnos. La elevación fantasiosa de la importancia del propio país es crucial, a fin de que el presente sea percibido por la mentalidad conspiradora como el resultado de un plan macabro, concebido y ejecutado por los enemigos de El Pueblo.

Escribió Ernesto Cardenal:

> Chávez ha retomado el sueño de Bolívar. Lo que él pretende no es sólo venerar una figura que todos sus predecesores han venerado sino continuar con la obra histórica y política que no completó, y hacer que el Libertador no sea sólo un mito sino una realidad actual. Chávez luchó arduamente en la Asamblea Nacional, ante una fuerte oposición, hasta lograr cambiarle el nombre al país haciendo que se llamara República Bolivariana. No fue un capricho ni una extravagancia como se ha publicitado, ni mucho menos una banalidad. Ese cambio llevaba una intención oculta, decía en lenguaje cifrado que en Venezuela se

reanudaba el sueño de la unificación de América Latina.[4]

Eliminar los ruidos de la antigüedad, que interrumpen el nuevo poema fundacional, permite rediseñar la nación controlando, al menos, la producción de su metáfora. Cada circunstancia tenebrosa del pasado deberá ser minimizada: nuestro racismo no fue tan racista, y los crímenes de Estado se debieron a la turbulencia del momento, no a un déficit de humanismo en nuestros próceres. Las canalladas verdaderamente inocultables pueden ser justificadas mediante una eficaz reinterpretación de sus razones. Los hechos que constituirán los hitos de la nación recuperada serán debidamente seleccionados, pulidos, y su nueva brillantez apropiadamente exhibida. Si la catástrofe como recurso es necesaria para reafirmar la devoción del pueblo, no habrá nación que haya atravesado desastres más desgarradores que la nuestra. «Lo que distingue a los populistas nacionalistas es que nunca se disculpan por nada de lo que su nación haya hecho en su historia», dice Ivan Krastev. «Actuar como un villano sin perder el derecho moral a sentirse víctima es el concepto característico del populismo nacionalista».[5]

¿Enemigos? Se inventarán los que sean necesarios, convenientemente estereotipados para facilitar su venta y consumo entre las masas. El adversario será siempre oscuro, interesado y falaz. Los indecisos, traidores. Por menor que haya sido, toda batalla que reafirme la identidad del 'ser nacional' será elevada a la categoría de gesta. Ante una actualidad degradante, Amado Líder, sus sacerdotes, intelectuales y magos insuflarán la morriña del pasado. La añoranza ha de exudar un relato inevitable e inolvidable. Fuimos mejores, y es por ello que debemos recuperar esa satisfacción singular: mirar al mundo desde arriba.

La subestimación del yerro y del dolo es esencial a la operación de blanqueamiento histórico de los padres de la patria. Si fueron altos, serán más altos; si sus genes eran blancos, lucirán magníficamente rubios y con ojos celestes. Si tuvieron la mala fortuna de ser paridos en algún tono oscuro, el revisionismo les encontrará méritos y valores que limpien la inconveniente mancha racial.* Justificamos a las personas similares, cercanas a nosotros, pero no tenemos la misma consideración con aquellos a quienes conocemos menos. Nuestros héroes serán bien intencionados hasta cuando yerren; Los Otros —nuestros enemigos— hacen maldades porque son genéticamente malos.[6] La nueva ficción purificará la

casta, hará invencibles a aquellos prohombres, virtuosas a sus mujeres.**

Un populista no puede ser o representar solamente continuidad. Todo lo anterior es preámbulo: la recuperación de una línea heráldica que inevitablemente conducía a su aparición como reencarnación de los padres fundadores. El nuevo mundo debe comenzar en y con Amado Líder. Allí radica su misión mesiánica ante el apocalipsis de la nación.

Por eso AMLO *decide* que su gobierno es la Cuarta Transformación de México, mucho antes de que la Historia misma juzgue sus acciones y méritos. Necesita distinguirla de cualquier gobierno convencional de los últimos cien años. AMLO quiere refundar México y ya ha encargado que bruñan su bronce para colocarlo junto a las estatuas de Juárez e Hidalgo. Por eso Daniel Ortega encarcela y persigue a quien se le oponga: sólo puede existir una versión de la Historia, escrita por estas manos, este sudor, esta verga. Por eso Chávez recupera a un Bolívar del siglo XIX para el XXI: para hacer colapsar el presente con un pasado *weaponized*. Por eso el kirchnerismo retoma también la leyenda de Perón y Evita: necesita de los mitos fundadores para equipararse con ellos, presentarse como su heredero y, en las circunstancias correctas, desecharlos.

La muerte santifica al líder. Así haya sido un fallecimiento por una enfermedad común, el proceso que marca el final de la vida del caudillo es traducido por la propaganda oficial como un calvario, o como un ejercicio redentor, necesario para incorporar a Amado Líder al mito originario de la patria. Néstor Kirchner aparece ahora en la simbología peronista junto a Perón y Evita, de la misma forma en que Chávez está en los murales y altares de toda Venezuela, junto a Bolívar y Cristo. Ambos actualizaron el pasado idealizado, y en su refundación se ganaron el derecho a ocupar una silla en el panteón de los honorables. Escribe el antropólogo Sánchez:

> Aun cuando pudiera parecer paradójico, un signo seguro de esta presurosa retirada han sido los extremos hiperbólicos a los cuales el régimen chavista ha llevado el culto a Bolívar como culto oficial del Estado venezolano desde que Chávez asumió el poder, con los funcionarios políticos del régimen a menudo mostrándose en mítines y otros eventos oficiales patéticamente empequeñecidos por las figuras monstruosamente agigantadas de Bolívar y de otros héroes republicanos presidiendo desde el trasfondo. Quizás la expresión más flagrante de

> esta retirada de lo teológico-político lo proporcionen las vallas publicitarias con los «ojos de Chávez» que el régimen diseminó por toda Venezuela a lo largo de autopistas, en escalinatas públicas y otras vías importantes a raíz de la desaparición física del mandatario. Evocando una aparición sobrenatural, en estas vallas los ojos del mandatario extrañamente figuran por sí solos enmarcados dentro de un rectángulo a su vez encerrado dentro de un segundo rectángulo y con la firma del mandatario a menudo estampada debajo de la representación.[7]

Sin duda, AMLO abriga la expectativa de su propia impronta iconográfica junto a las de los otros héroes nacionales. También CFK y Ortega. En vida, se rendirán al amor de El Pueblo y lo aceptarán con toda humildad. Amado Líder trabaja día y noche para vestir las ropas blancas del profeta, para ser descorporeizado y desprovisto de toda carnalidad: para acabar elevado a la categoría de espíritu. Un icono religioso.

El más reciente experimento populista —Nayib Bukele— ha escondido tras su fama de chico *cool* las formas evidentes de un autócrata latinoamericano clásico: quiere todo el poder y quiere que le besen los anillos. Bukele es demasiado joven aun, pero esa condición no impide que sea ya un ícono en el panteón *pop* de los héroes modernos; la imagen que lo muestra rezando en la Asamblea Nacional mientras apunta al cielo con sus manos, está estampada en miles de camisetas a la venta en los mercados populares de San Salvador.

«No es que hayamos prescindido de la memoria histórica: hemos reducido nuestra capacidad de interponernos y criticar las falsas memorias históricas», ha dicho Brown, el historiador inglés. «Retorcer la historia es aun peor que olvidarla. Lo peligroso son las medias memorias que utilizan los políticos para avivar el resentimiento y los miedos».[8]

Bukele lo está haciendo a su modo tomando distancia con la Historia política del país: los acuerdos de paz firmados en 1992 para terminar con la guerra, dijo, son «una farsa», una negociación «entre dos cúpulas». Más de 75.000 personas murieron en El Salvador en los años ‘80, pero Bukele ha sostenido que el pacto promovido por Naciones Unidas no fue útil: «¿Qué beneficios le trajo al pueblo salvadoreño?»[9]

Así lo contó el periodista Ioan Grillo:

> Bukele se presentó como la verdadera voz del pueblo en contra de una

élite corrupta que dominaba la política después de la guerra. Describió a su partido como un partido joven, libre de ideologías, favorable a las empresas y, a pesar de ello, protector de los pobres.

A través de su discurso, Bukele reescribió el recuento de la historia de su país y su argumento de que no hubo una verdadera paz caló hondo entre muchos habitantes de los barrios que han sufrido la mayor parte de la delincuencia y la violencia de las pandillas en los años transcurridos desde el tratado. «Para nosotros nunca existió esta paz que dijeron ellos», afirmó Jaime Montoya, un trabajador de la construcción de 40 años del barrio pobre de La Campanera, en las afueras de la capital.[10]

TODO TIEMPO PASADO —BUENO, YA SABEN QUÉ

Andrés Manuel López Obrador cita a menudo como referencias políticas al general Lázaro Cárdenas y a Benito Juárez. Cárdenas, más paternalista, realizó una amplia reforma agraria; distribuyó tierras por el equivalente a casi 9 por ciento del territorio de México y con ello un millón de familias campesinas e indígenas pudieron iniciarse en cultivos propios de subsistencia.[11] La banca de desarrollo otorgó créditos subsidiados para que esos campesinos —y sus organizaciones ejidales— se desarrollen. Juárez, en cambio, fue un político liberal y, según AMLO, es su figura señera, el hombre a quien más respeta. AMLO copió su idea de austeridad republicana pero, mientras durante los años del juarismo México se dio una moderna Constitución liberal, en la Cuarta Transformación la división de poderes ha estado siempre en entredicho, y medio México supone que el obradorismo olfatea a la carta magna para hincarle el diente.

AMLO cita a Juárez y Cárdenas recortando y resemantizando su experiencia histórica. Durante la pandemia, las 'mañaneras' del presidente tuvieron como fondo carteles gubernamentales de la campaña #QuédateEnCasa ilustrados con los rostros de Cárdenas, Hidalgo, Morelos, Madero y Juárez, al centro, portando la bandera.

Esa es la más clara aproximación a lo que suelen ser las recuperaciones políticas del pasado: una copia. «AMLO es un gran caricaturista», me dice el poeta y académico mexicano Aurelio Asiain desde Kyoto, donde vive. «Todo es en blanco y negro: los empresarios son unos gordos codiciosos, el pobre tiene el pantalón raído y la mano extendida». Los próceres, en esa aproximación, son figuras de culto. Humanistas perfectos, desprovistos de los errores

que nos hacen humanos. Trazos impecables. No tienen dobleces, jamás engañaron a quienes confiaron en ellos, nunca abandonaron a sus hijos. Intocables. Inhumanos. Sacros. Santos.

En 2019, año de Emiliano Zapata —'el caudillo del Sur'—, AMLO recorrió México repartiendo becas para los estudiantes y apoyos para los campesinos. En esas reuniones insistió en que los héroes mexicanos serían «ejemplo» para los «servidores públicos» de la Cuarta Transformación. Su gobierno no repetiría el «periodo neoliberal» cuando, decía, se promovió el olvido de la historia y las fechas patrias se convirtieron en «puentes para vacacionar». Con él, las tres transformaciones de México tendrían importancia. Nadie sabe muy bien qué podría significar que en el siglo XXI las fechas patrias no se empleen para el descanso de los trabajadores, pero AMLO pareciera sugerir que tendrían que incluir algún tipo de liturgia monacal, una suerte de retiro reflexivo e introspectivo.*

Dijo López Obrador en una visita al estado de Morelos:

> Recordar a Zapata es recordar nuestra historia, el no olvidar de dónde venimos para saber a hacia dónde vamos [. . .] La memoria histórica va a estar siempre presente, siempre va a tener su lugar especial en la Cuarta Transformación. [. . .] Es la política verdadera, la auténtica, conocer qué hicieron los dirigentes de nuestra nación en momentos decisivos, qué hicieron también y, sobre todo, nuestros antepasados, qué hizo el pueblo para enfrentar tiranías, para luchar por las libertades, por la justicia, por la democracia, por la soberanía.12

La revisita de AMLO al panteón mexicano —como la que hace el peronismo de la leyenda de Evita y Perón— procura introducir nostalgia, imprescindible para la idealización y mitificación del pasado. En la psique de todo Amado Líder, en efecto, perdura la falacia de que «todo tiempo pasado fue mejor», pues del presente se han apropiado los chicos malos.

Es una concepción infantil, políticamente absurda: en términos generales, ese pasado remoto admirado fue más peligroso que el presente desmoralizado en que vivimos. Si fue justo, lo fue para pocos, pues la mayoría de nuestras poblaciones vivían y morían en la escasez y la negación. En el siglo de nuestras independencias, enfermedades prevenibles diezmaban poblaciones; la educación era inaccesible para la mayoría; la desnutrición y la mortalidad infantil cubrían nuestras naciones. En 1930, setenta años después del gobierno de Juárez, una mujer mexicana vivía 34 años; un hombre,

33.[13] La movilidad social era imposible pues el mundo estaba dividido en clases con cercos delimitados. El único modo de ascender era individualmente. ¿Colectivamente? Sólo mediante una revolución. Los tiempos que añora AMLO no eran justos. Eran épocas de cambio donde se sacudían estamentos sociales, pero las mayorías no la pasaban nada bien.

Aun así, el truco funciona. Y funciona porque recrea —o crea— una mística. Toda nación surge con un relato mitificador atado a una promesa de futuro. Yo crecí en Argentina, con el repiqueteo constante de dos grandes ideas: que éramos el granero del mundo, y que —al menos hasta la Segunda Guerra Mundial— nuestra economía fue una de las diez mayores del planeta. Ambas afirmaciones son parcialmente verdaderas, pero al momento del fanfarroneo chauvinista nadie contextualizará nada. Al contrario, dirá, con orgullo, que viene de un país que *fue* grande —y por ende, que puede *recuperar* esa vida. Sí, Argentina fue un gran proveedor de granos, pero después no afianzó su industrialización; y sí, fue una de las diez mayores economías hasta la Gran Depresión de 1929.[14] Hoy es una nación mediana que causa pena por sus tumbos y tropiezos.

Pero una buena parte de la Argentina vive con esos (y otros) mitos. Otra parte igualmente significativa —y aunque no son las únicas, quizás sea la mayor—, abraza el mito de Perón y Evita como salvadores de la clase trabajadora y gestores de una redistribución democrática. Quienes defienden esta idea — al igual que otras reinvenciones del peronismo— actúan como AMLO con sus héroes, cuando recorta la Historia para que encaje en su marco referencial.

Dice Anne Applebaum:

> Los nostálgicos restauradores no sólo miran fotografías antiguas y reconstruyen historias familiares. Son hacedores de mitos y arquitectos, constructores de monumentos y fundadores de proyectos políticos nacionalistas. [. . .] No les interesa un pasado matizado, en un mundo en el que los grandes líderes eran hombres imperfectos, en el que las famosas victorias militares tenían efectos secundarios letales. No reconocen que el pasado pudo haber tenido sus inconvenientes.[15]

En la retórica nacionalista siempre hay una teoría conspiradora, responsable de nuestro presente lastimoso. La gran nación que fuimos, por ejemplo, fue puesta de rodillas por traidores y entregadores que trabajaban para aviesos intereses internacionales.

Aunque no quepa duda de que, por ejemplo, el FMI y el Banco Mundial han cometido groseros errores, para el nacionalismo argentino son *siempre* culpables.

La idea de una nación orgullosa de sí misma, que no se mete con nadie y que por lo tanto debe ser dejada en paz por el mundo exterior, choca en estos días con las fuerzas globalizadoras y con el cosmopolitismo liberal. Sin ir más lejos, el aislacionismo de AMLO, expresado en su defensa de la no intervención de una país en los asuntos de otras naciones —y de estas con respecto a México— es una suerte de defensa de la pureza nacional.*

La mitificación es imprescindible para dotar de fuerza a las ideas que van a formar una nación, pero presenta un inconveniente: no hay ya ninguna nación que formar. En todo caso, las economías y los sistemas políticos deberían ser reformados, pero una refundación suena exagerada, innecesaria y quizá peligrosa. Las naciones ya existen. Necesitan mejoras, cambios. Mo-der-niza-ción. Pero Amado Líder sólo puede ver el futuro por el catalejo mocho del pasado. Es muy difícil considerar progresistas a movimientos populistas que pretenden *restaurar* o *conservar*. ¿Acaso nombrar Movimiento de Regeneración Nacional tiene alguna connotación semántica progresista en la Re de MoReNa que no comprendemos?

Sin embargo, la tentación de teletransportar el pasado hacia el presente —«*Beam me up, Scotty!*»— es enorme. Son mitos muy poderosos. Me dice Lomnitz, el antropólogo de Columbia University:

> No sabemos muy bien por qué funciona esa fantasía. Esa mitificación monta una historia sobre los libros de texto y los planos urbanos, donde todos reconocemos a esas figuras icónicas del manual en el nombre de cierta calle. Son parte de una mitología conocida, pero también hay mucha confusión sobre esa Historia hecha de bronces. Hay estudiantes universitarios que ni siquiera saben en qué siglo sucedieron ciertos hitos de una historia nacional. De manera que no entiendo que el éxito de estas retóricas sea porque todo el mundo entiendan qué hicieron Benito Juárez o Juan Domingo Perón: la gente, en general, no tiene la más remota idea. Se recortan las figuras icónicas que son susceptibles de ser movilizadas en términos de concatenaciones y luego se apela a cierto agravio al que se le otorga un linaje, esa raigambre se proyecta hacia el futuro y el movimiento se convierte en vanguardia en lugar de ser un llanto común.

Nuestras naciones no fueron paisajes suizos con música clásica en el

fondo en ningún momento de la Historia, comenzando con los procesos de colonización, siguiendo con las guerras de independencia y más tarde con la organización de los Estados nacionales. Fueron tiempos sufridos, sucios y dolorosos, porque crear un país no es montar un planeta en Minecraft desde una *game chair*. Décadas y décadas ha, los mitos funcionaban, pero hoy el afán por recuperarlos no puede ser sino un intento por reavivar presuntas tradiciones. Como no hubo edén de aguas claras en el siglo XIX latinoamericano, tampoco existió el cuento de hadas y guerreros que narra Amado Líder. Nuestros héroes fueron personas normales que debieron tomar decisiones de vida y muerte en situaciones extraordinarias.*

La porfía de los populismos nacionalistas por imponer cierta uniformidad nacional es igualmente insostenible; si alguna vez existió esa unanimidad, duró poco tiempo. Puede que le llamaran 'tiempos de paz' pero solían consistir más en momentos históricos donde los individuos se disciplinaban ante la evidencia del poder dominante —físicamente dañino— de una facción.**

La mera existencia de sociedades con millones de habitantes conspira igualmente contra la noción de homogeneidad. Tal vez hubo un momento así cuando las sociedades eran pastoriles, clánicas o tribales. Pero ¿recuperar ese estilo de vida? Parece inverosímil. El ruralismo primitivo era de supervivencia. Es difícil creer que un individuo de 2022 o de 2040 quiera abandonar las comodidades propias de su siglo para envolverse de primitivismo agrícola. La gente moría como moscas entonces. Y no había Netflix.

Todas esas ideas de la patria olvidada están detrás de uno los más interesantes factores que hacen posible el populismo: el 'ser nacional' se mueve en un espacio y un tiempo incorruptibles. Este ámbito no es otro que el del campo, el interior, las comunidades originarias. Aquello llamado 'lo ancestral'. Un territorio cultural alejado del ruido y del cambio continuo de las ciudades, incontaminado y, en apariencia, reservorio jamás profanado de nuestras herencias. El populismo supone que, en esa premodernidad, en ese tiempo abstracto y mágico, todos éramos iguales y felices.

EL BUEN SALVAJE

En Argentina, hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX, hubo

un enorme esfuerzo educativo por privilegiar la enseñanza patriótica. Durante mucho tiempo, las élites no habían prestado demasiada atención a la poesía gauchesca, pero alrededor del 1890 surgió una creciente validación de los poemas del campo. El «Martín Fierro» y «El payador» fueron recuperadas como potentes odas al campo y al apego por la tierra, dos cualidades que pronto se constituyeron en elementos imprescindibles de 'lo argentino'. Había una razón para que se reivindicase al gaucho como 'fuente autóctona de identidad', y es que en aquellos años comenzó la enorme migración europea de polacos, alemanes, franceses y, sobre todo, italianos. En menos de treinta años esos migrantes duplicarían la población de Argentina y las ciudades se llenarían de extranjeros pobres que no hablaban español y con costumbres muy distintas a las practicadas por los criollos, mayoritariamente descendientes de españoles. Sus experiencias serían intensas y extendidas e introducirían cambios —y por lo tanto, roces— en la vida cotidiana. Los italianos, por ejemplo, darían forma al *cocoliche*,[16] un dialecto sincrético nacido durante el intento de asimilación al introducir modismos y regionalismos de su país de origen en el español hablado por los argentinos.*

Las veloces transformaciones dispararon la preocupación de quienes veían que el mundo conocido y fácil de navegar ya no era tan sencillo. La relectura del gaucho implicó casi su reinvención: Martín Fierro, protagonista del poema de Miguel Hernández, era un fugitivo de la justicia; un paria e hijo bastardo de un español; un sobreviviente del campo que robaba y mataba animales para comer y que, cuando llegaba a la ciudad, se entreveraba en peleas orilleras en bares de mala muerte. Ese personaje —con su turbiedad debidamente reinterpretada— debía ser la nueva esencia de la nación, ante la avalancha invasora con otros códigos y comportamientos.[17] La tradición debía ser reconstruida y reclamada para defenderse de la disolución nacional, cultural y moral.

Como Hernández estaba muerto, otro poeta leyó bien la coyuntura, y cosechó el nuevo territorio cultural que se abría adelante. Ultranacionalista, Leopoldo Lugones fue invitado a llevar «El payador» a los salones más reservados de Buenos Aires, y por supuesto ante el presidente. Fue elevado así a la categoría de intelectual —orgánico— del nacionalismo argentino: el poeta, como autor, daba forma a la esencia de la nación y de sus hombres. Los indios y los *tanos*, que Lugones excluía de su mirada, estaban fuera

del foco revisionista.

¿Qué resulta tan tentador en la recuperación de la idea de lo primitivo y de lo tradicional? ¿Qué es lo que hace que el populismo encuentre posibilidades de arraigo en las clases obreras urbanas, y en muchos habitantes del campo, a los que considera esencialmente buenos? ¿Por qué esa creencia en la pureza de lo simple? AMLO lo afirmó a su modo cuando pidió «no estigmatizar» a las comunidades indígenas que —en pleno siglo XXI— siguen vendiendo a sus niñas para el matrimonio. Dijo que eran «usos y costumbres» ancestrales, cuestionables, sí, pero «no generalizadas» y que «se dan desgraciadamente en todas las clases sociales». Y aseguró que esas comunidades eran una gran reserva de «valores culturales, morales y espirituales».[18]

En 2916 y 2020 Trump ganó en el campo, donde el mundo se ve con ojos distintos a los citadinos.* El cosmopolitismo es asunto inherente a las *polis*, que por algo las lleva en el nombre. En el campo el mundo es más recio y acotado. Pensamos eso a menudo: retornar a la naturaleza para que nos salve de los infinitos subterfugios y de las insoportables capas de realidad que impone la vida citadina. La pureza de lo inmutable versus la corrupción de la mutación permanente.

¿Es así? En realidad, el campo es brutal y se expresa con una naturalidad sugestiva y sórdida. En el campo hay trabajo en el día y descanso en la noche, no como sucede en la vida urbana, donde lo que hay es una sofisticada vida diurna —entre inversiones especulativas que pueden cambiar tu vida en minutos— y martinis por la noche. Esa aparente *simpleza* es también tosca y horrenda de muchas formas, por abyecta y agresiva. En el campo hay utilitarismo como en cualquier ciudad, y flojera, y también intolerancia e ignorancia, y egoísmo y avidez, y codicia. Si no hay buen salvaje tampoco hay virtud elevada en el campesino, *per se*. Esa peregrina idea progresista de que los pobres y los obreros y los campesinos son reservorio de alguna cualidad superior —porque la gente común es más *auténtica*— es ingenua.

He vivido en el campo y conozco los límites correosos de su universo. Cuando un extraño llega a una ciudad pequeña es como una mosca en la sopa; se vuelve singular, es señalado, se habla de él a sus espaldas. Pronto se construye en torno a él una mitología del raro y distinto basada en rumores y pequeños retazos informativos, ajenos al recién llegado en virtud de la distancia insidiosa del

chisme.

Ahora imaginen por un instante a esos mexicanos y salvadoreños marrones entrando al bar blanco del pueblo, después de trabajar en los campos de alfalfa de Peoria, Illinois. O pensemos que caminan por la misma acera, o que compran en el mismo supermercado que provee de mercancías a un viejo operador de grúa en Wamsutter, Wyoming. Y piensen ahora cómo esos extraños —que llegaron siendo pocos— empiezan a aumentar en número y se hacen más visibles, primero en las calles del centro de la ciudad, luego en tu supermercado de siempre, y más tarde en la escuela de tu hija. Y ya no están solos, además: tienen mujeres y tienen hijos, se reproducen.

Ahora supongan que ustedes se quedan sin trabajo, o que la ciudad se afea y que alguien —un ser moralmente subnormal— dice que todo es por culpa de esos individuos marrones que no nacieron ni crecieron en la misma tierra que nosotros. Hagan crecer ese *loop*, y zambúllanse poco a poco en la intolerancia. Vean Fox News, participen de una iglesia presbiteriana de pastores blancos como ustedes. Sintonicen 'The Apprentice' por la noche para descansar, porque, vamos, leer cansa y NBC es liberal. Descubran —*Ma', come here, look at this*— que el señor de 'The Apprentice', ese millonario insensible al fracaso y que te dice la verdad sin sedantes, se lanzará a presidente. *Look, ma', come here*. Véanlo bajar por la escalera mecánica y minutos después decir que México envía a su peor gente —criminales, *rapists*, narcos. Y escúchenlo prometer que los sacará a todos de esta tierra y que ustedes, buenos americanos, tendrán su trabajo de regreso. *Ma', oh my! Look at this guy, ma'!*

Esa aparente liviandad de quienes viven en el campo no es producto de un condicionamiento genético. Tal vez no sean sofisticados como sus compatriotas urbanos, pero, vamos, no nacen estúpidos. (Nada más decirlo suena condescendiente.) Seguro que la pobreza material puede influir en la pobreza intelectual, y viceversa. Pero ser blanco, pobre y campesino no es la esencia de los males de los Estados Unidos, ni de ninguna otra nación. Ser blanco es una condición genética y nadie es culpable por su ADN; por lo que se refiere las otras dos, ruralidad y pobreza, son marcadores socioeconómicos, producto de condiciones de producción y distribución. Un liberal honesto debiera comprender eso: la ignorancia es asunto de voluntad, sí, pero en ocasiones esa voluntad ya motivada no permite escapar a las condiciones en que

se da la vida.

La falta de acceso a una educación moderna constituye un drama profundo en muchas naciones, especialmente cuando se trata de las comunidades pobres. «En una era que ha puesto la identidad en el centro de la vida política, esa vida (rural) no es algo que cuente», escribe Adam Theron-Lee Rensch. «Muy a menudo, la clase liberal no la ve como una identidad positiva que valga respeto o entendimiento, sino que desecha sus políticas como reaccionaria y militante o ridiculiza brutalmente sus visiones como ignorantes o repugnantes».[19]

Un episodio de intolerancia y clasismo sucedió en junio de 2021, en México, cuando se renovó el Congreso nacional y se eligieron gobernadores, alcaldes y legislaturas estatales. Morena —el partido de López Obrador— mantuvo su mayoría legislativa, pero no alcanzó los representantes necesarios para el lanzamiento de una profetizada reforma constitucional que habría hundido a la oposición durante la mitad faltante de su sexenio. El clima se enrareció todavía más, y la grieta entre AMLOvers y anti-AMLO se profundizó. Algunos personajes críticos del gobierno, así como algunos miembros de la oposición, llegaron a denigrar a los votantes más pobres, en su afán por evitar que el presidente consiguiera una elección histórica. Eduardo Caccia, un consultor empresarial, escribió una columna en el periódico más importante de México simulando *slang* callejero. La dirigió a un presunto trabajador; le pedía votar contra AMLO:

> ¿Te digo lo más cabrón? El Presidente ha espantado el dinero de México. Tenemos menos empresas y menos chamba. Él y sus diputados no se dan cuenta de que viven del dinero que les pagas tú, con tus impuestos, del dinero que paga tu patrón con los impuestos de la empresa. Por eso, mi buen, el día de la votación piénsale bien por quién vas a votar, si por quien apoya que tengas chamba o por quien reparte dinero que no ha ganado.[20]

El texto era una exposición de paternalismo y parecía imposible no ver en él a Caccia con una mano sobre el hombro del tipo que le sirve el café en sus charlas corporativas. El *establishment* mexicano no vive en el mismo México que las clases medias y bajas, sino en un país ubicado en alguna nube a varios kilómetros por encima de los barrios cercados de las colinas de Santa Fe. De hecho, dirigentes empresariales aplaudieron en Twitter el texto del neurolingüista por

enseñar a «codificar el mensaje» para los trabajadores.[21]

Los despropósitos no acabaron allí ni fueron exclusivos del empresariado. Tras las elecciones, la jefa de gobierno de la Ciudad de México, Claudia Sheinbaum, culpó de la derrota de Morena en la capital a una presunta «campaña de desprestigio», esquivando así cualquier atisbo de autocrítica por la manera en que gestionó los grandes problemas de una de las urbes más pobladas del mundo. CDMX se vio severamente afectada por la crisis sanitaria y económica de la pandemia, y golpeada además —poco tiempo antes de la elección— por el derrumbe de la Línea 12 del Metro, construida años atrás por gobiernos aliados de AMLO. Casi al mismo tiempo, la secretaria general de Morena, Clitali Hernández, sostuvo que «un gran sector del pueblo de México está blindado de mentiras, noticias falsas, compra de voto y provocación de miedo» y que el revés electoral en la Ciudad de México había sido un grave error del partido, pues «le fallamos a @Claudiashein y a @lopezobrador_«, como si los políticos morenistas se debieran a sus jefes y no a varios millones de habitantes.[22]

La oposición tampoco se mostró mejor. Al día siguiente de las elecciones circularon en Twitter dos imágenes perturbadoras. Algunas fueron redistribuidas por personalidades con cierta influencia social, que no parecieron entender el clasismo implícito de las ilustraciones. En una de las imágenes, el mapa de la ciudad aparecía dividido en dos sectores: sobre el área occidental de la metrópoli, ganada por la alianza electoral de centro-derecha, se leía «Los que pagan impuestos». Sobre el sector oriental se leía, retenido mayoritariamente por Morena, se leía: «Los que reciben subsidios».[23] En cuanto a la segunda gráfica, una gruesa línea dividía a la ciudad, como si remedase al muro de Berlín, que separaba al oeste occidental y moderno del este soviético, gris y atrasado.

Ese tipo de lecturas prejuiciosas alimentan aun más las fracturas entre el votante contrariado que se queda en el sistema —aun teniendo que votar a desgano por candidatos horripilantes, solo para evitar que se consoliden proyectos peligrosos— y el otro que actúa desde fuera, cansado de ser negado o marginado.

Los cambios políticos no son un acto de magia ni una revelación divina. Cuando el Tea Party emergió, fue capaz de echar raíces tanto en las ciudades como en los pueblos rurales. La medievalización del Partido Republicano de los Estados Unidos ha

alimentado la radicalización del discurso. El primitivismo de sus dirigentes y su adscripción a la fe antes que a la razón, encuentra suficiente caldo de cultivo. El país más poderoso del mundo exhibe uno de los peores resultados educativos entre las naciones desarrolladas. Sus jóvenes son, comparativamente, menos cultos —o más ignorantes— en ciencia, literatura, matemáticas e historia, que sus pares en otras partes del planeta. La religiosidad de los americanos puede estar desvaneciéndose, decía The Pew Center,[24] pero tan cerca como en 2014 todavía cuatro de cada diez estadounidenses creía que dios había creado la Tierra apenas diez mil años atrás.[25] La traducción asusta: personas adultas con creencias propias de niños de seis años estaban, en buena medida, entre aquellos que eligieron al hombre que comandó durante cuatro años nerviosos los ejércitos más poderosos de la civilización.

«No somos una sociedad de ángeles», escribió Leon Wieseltier.[26]

PASAR PÁGINA

Dijo Benito Mussolini en el Congreso Fascista de Nápoles de 1922, ante 60.000 personas:

> Hemos creado nuestro mito. El mito es una fe, una pasión. No es necesario que sea una realidad [. . .] Nuestro mito es la nación, nuestro mito es la grandeza de la nación. Y a este mito, a esta grandeza, que queremos traducir en una realidad total, subordinamos todo.[27]

Los movimientos populistas beben de un manantial similar. No son necesariamente de raigambre fascista, pero emplean sus métodos y —como en el fascismo— se apoyan en el pasado como categoría mítica. Y si ese pasado es sólido —y por ende rígido— como basamento de la nación, reactualizarlo es *lo correcto*. Finalmente, cuando tal relato es leído desde el poder reinventado, idealizado y mitificado, los hechos dejan de existir y lo que queda es una sola idea de la Historia.

La recuperación del pasado es siempre descontextualizada: el heroísmo sólo es reproducible como copia o remedo. No están presentes ni los actores ni las condiciones que los produjeron y, quizás, tampoco sus ideologías. La idea de convocar cierto espíritu o esencia de esas personas y de sus actos —dos aproximaciones de elevada religiosidad— pone en el centro de la escena un fenómeno complejo, la llamada ‘memoria histórica’.

Dice David Rieff:

> La mayoría de las personas decentes todavía respaldan el célebre dicho de George Santayana: «Aquellos que no pueden recordar el pasado están condenados a repetirlo». La consecuencia de esto es que el recuerdo como una especie de moralidad se ha convertido en una de las devociones más inexpugnables de la época. Hoy en día, la mayoría de las sociedades veneran el imperativo de recordar. Se nos ha enseñado a creer que recordar el pasado y su corolario, la memorialización de la memoria histórica colectiva, se ha convertido en una de las obligaciones morales más elevadas de la humanidad.
>
> Pero, ¿qué pasa si esto está mal, si no siempre, al menos parte del tiempo? ¿Qué pasaría si la memoria histórica colectiva, tal como la emplean realmente las comunidades y las naciones, hubiera conducido con demasiada frecuencia a la guerra en lugar de la paz, al rencor y el resentimiento en lugar de la reconciliación, y a la determinación de vengarse de los daños, tanto reales como imaginarios, en lugar de comprometerse con el arduo trabajo del perdón?[28]

En 2011, Rieff escribió un provocador ensayo, *Against Remembrance*, que discutía la necesidad individual y colectiva de mantener vivo el pasado con el uso político de la historia bajo la consigna de mantener viva la memoria histórica. En una charla que mantuvimos hace un par de años —Rieff soportaba un verano tórrido en su departamento de New York mientras esperaba la fecha de un viaje a Buenos Aires, donde trabajaba en un libro sobre Argentina—, volvió sobre la idea de desactivar el usufructo de las necesidades personales.

Todos necesitamos recodar, me dijo, y la necesidad de pertenencia nos hace pensar en el pasado común, sobre todo en momentos de dificultad. El problema es que la memoria histórica —de la que han abusado todos los regímenes y orientaciones políticas — no sólo no respeta el pasado, sino que partidos, gobiernos, Estados, e incluso instituciones de la sociedad civil, suelen tener motivos poco inocentes para explotarla en su beneficio.

Un tiempo antes de nuestra charla, Rieff había publicado otro ensayo en *The Guardian* sobre el uso de la memoria y la necesidad del olvido. Allí recordaba el caso de Juana de Arco, la heroína francesa del siglo XV, un símbolo disputado por la izquierda —que la consideraba una víctima de la iglesia, que la condenó a la hoguera— y también por la derecha, que veía en ella a la salvadora de la nación frente a los invasores ingleses. Cuando fue canonizada

por Roma, la izquierda perdió la discusión y la derecha se apropió de la *Pucelle d'Orléans*. Tanto el catolicismo conservador como, ahora, el Frente Nacional lepeniano, la han convertido en su santa. Y a tal grado, que el FN celebra el día de Santa Juana el primero de mayo, es decir la misma fecha en que la izquierda recuerda el día del trabajador.

«Estos esfuerzos por apropiarse del pasado distorsionan la historia», me dijo Rieff. Hoy Juana de Arco es también un símbolo de lucha contra la invasión, pero con un sentido muy distinto; si durante su vida luchó contra el ejército de un monarquía poderosa, ahora representa el rechazo de la nación francesa a la migración musulmana. Se convirtió en un arma de propaganda ideológico-electoral del nacionalismo. Escribe Rieff:

> La memoria, por muy importante que sea el papel que pueda desempeñar en la vida de los grupos, y las exigencias morales y éticas a las que responda, conlleva riesgos que a veces también tienen un carácter existencial [. . .] Durante las guerras o las crisis sociales y políticas, el peligro no es lo que el historiador estadounidense Yosef Hayim Yerushalmi llamó el «terror de olvidar», sino más bien el terror de recordar demasiado bien, con demasiada viveza.[29]

Los populismos actuales no tienen la intención de cerrar la tubería de la memoria. Por el contrario, promueven un flujo constante de remembranzas en torno a algunos episodios del pasado que son convenientes para su discurso y cuyo sentido fijan deliberadamente. Cuando se dan esos episodios críticos que involucran guerras y crisis, me decía Rieff, es posible que olvidar resulte perjudicial para la conservación de tal pasado, pero el recuerdo es más dañino para el presente de las personas. «La memoria colectiva puede estar condenando a las personas a sentir el dolor de sus heridas históricas y la amargura de sus agravios históricos», me dijo, «y en estas circunstancias creo que lo razonable no es inducir el deber de recordar sino el derecho a olvidar».

9 · SUJETOS POLÍTICOS

El movimiento es permanente

¿Para qué crear un partido si la voluntad de Amado Líder nos permite hoy ser tirios y mañana troyanos?

No hay que esperar las leyes, hay que seguir trabajando con decisiones políticas, y si nos demandan de inconstitucionalidad nuestros decretos supremos, será el pueblo quien juzgue.
—**Evo Morales**, expresidente de Bolivia.

Andrés Manuel López Obrador ha vivido en la ruptura casi toda su vida.

AMLO se ha autonombrado hijo del cardenismo, reivindicando así la figura del general Lázaro Cárdenas, un líder nacionalista autoritario y paternalista, tan convencido como él de que cuanto hacía era para bien de El Pueblo. El presidente Luis Echeverría le mostraría a AMLO que gastar en los pobres cuanto fuese necesario y disputar la hegemonía a los ricos eran parte del mismo camino.

Las diferencias podían existir entre Cárdenas y su émulo Echeverría, pero la figura del padre fuerte se mantenía en ambos. Adscrito a la izquierda cardenista del PRI, AMLO mantendría el enfrentamiento con la derecha priista a lo largo de sus años formativos.

Las resistencias juveniles tallaron tanto la personalidad del tabasqueño que esas diferencias aun persisten bajo una forma precisa: los herederos de aquellos tecnócratas que ascendieron en las filas del partido al comenzar los años ‘80 impulsaron el México actual. El modelo económico de los neoliberales del PRI reducía el aparato estatal, apoyaba a la iniciativa privada, abría a México hacia la economía mundial, y apostaba por las clases medias urbanas. Su debut tuvo una dualidad significativa: mientras se

firmaba el Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte, el TLCAN, la resistencia de la izquierda —simbólica y romántica— se materializaba en el alzamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, el EZLN, en Chiapas.

AMLO estuvo fuera de ambos procesos, como la mayor parte del arco político que no era priista o adherente activo del zapatismo, pero ya había elegido su camino. El primer resquicio entre el PRI-nacionalista y el PRI-aperturista sucedería en 1984, cuando el partido comenzó a dividirse entre modernistas y tradicionalistas. El presidente Miguel de la Madrid —primero en aplicar las políticas neoliberales en el país— se diferenciaba cada vez más del autoritarismo tradicional de Echeverría y del priismo corporativista de los años '70 del que AMLO había bebido en sus años juveniles. A fines de la década del '80, cuando el partido escoraba definitivamente hacia el globalismo que encarnaría Carlos Salinas de Gortari con el TLCAN, Cuauhtémoc Cárdenas lideró la fuga de la izquierda priista para formar el Partido de la Revolución Democrática, el PRD. AMLO seguiría a Cárdenas en la antesala de la elección de 1988 una vez que sus amigos le convencieron de que en el PRI ya no habría oportunidades para nacionalistas como él. Salinas de Gortari le arrebataría la victoria a Cárdenas ese año y López Obrador alimentaría desde entonces la idea de que el *establishment* siempre gana con fraude —así en 2006 él no perdiera con el PRI sino con el PAN.

Morena sería la conclusión natural de la desinstitucionalización de López Obrador y su conversión en *one-man-party*: un movimiento diseñado por él y cuya filosofía parece indisoluble del líder. AMLO ha estructurado a Morena de modo tal que hasta las alianzas deben contar con su aprobación. Y ha llevado esa lógica hasta su debut en el gobierno federal, aplicando la microgestión del cuentapropista que crea y dirige su negocio. No hay en Morena más Amado Líder que AMLO. Todos sus cuadros le rinden obediencia y pleitesía pública, mientras esperan que su dedo los unja como posibles reemplazantes al concluir su mandato. Y eso sólo si López Obrador decide que necesita a alguien que no sea él para llevar adelante el proyecto que creó.

Sería extraño que suceda. Amado Líder no suele crear partidos. Los partidos adscriben a una ideología determinada y definen plataformas concretas. Las ideas se discuten en marcos asamblearios más o menos amplios y luego los acuerdos ascienden por la

pirámide jerárquica donde reciben nuevo modelado. Hay estructuras colegiadas, mecanismos formales de representación de corrientes internas, carreras políticas. Los movimientos, por definición, no tienen fronteras inamovibles y, en la mayor parte de los casos, tampoco ideologías fijas. La mutación y la flexibilidad naturales a un movimiento son indispensables para que Amado Líder pueda recostarse, según su necesidad, en el margen izquierdo o en el derecho del espectro ideológico. El movimiento, en sí, es el caudillo y sus ideas.

El recurso de afirmarse como el vocero de un grupo castigado de la sociedad está en el manual de operaciones de todo movimiento populista. AMLO pretende ser el representante de los trabajadores y de los pobres mexicanos, como en su momento lo hicieron Chávez en Venezuela y, sobre todo, Perón en Argentina. De hecho, el peronismo es un PhD para todo aspirante populista. Es un movimiento y a la vez el proyecto populista más estable de América Latina, capaz de disputar el poder aun ochenta años después de su creación. Sólo el PRI tuvo en la región una capacidad similar de permanencia, pero hizo valer su institucionalidad con el control ininterrumpido del Estado durante 71 años.

El peronismo ha atravesado varias etapas, algunas particularmente exigentes. Fue perseguido y proscrito por los militares en los años ‘50, y el propio Perón fue empujado al exilio, como muchos de sus seguidores. Decenas de sus cuadros y miles de militantes fueron asesinados en varios momentos del siglo XX, sobre todo durante los infames años ‘70 de la dictadura militar. Tras la muerte de Perón, el partido enfrentó momentos en los cuales parecía al borde de la desarticulación y de la diáspora, sólo para emerger nuevamente reconvertido en un animal distinto pero con la genética populista intacta. En los peores años de la crisis argentina de comienzos de siglo, entre 2001 y 2005, cuando más cercano estaba de la desintegración, el peronismo se sacudió todas las dudas y resurgió como la fuerza política más poderosa del país con el matrimonio Kirchner jugando a convertirse en los nuevos Perón-Evita modelo siglo XXI.

El peronismo se considera a sí mismo el representante ‘natural’ de los trabajadores argentinos, su principal cliente político, aunque no siempre haya desarrollado políticas que los protegieran. Su fundador dio derechos laborales por primera vez a millones de operarios y jornaleros maltratados durante décadas. En muy pocas

ocasiones le ha sido esquivo el voto de los más pobres y, cuando eso sucedió —como con Raúl Alfonsín en 1983, Fernando de la Rúa en 1998 y Mauricio Macri en 2015— fue porque acumulaba un profundo desgaste y no había sido capaz de generar candidaturas atractivas. En al menos dos de esos casos —con Alfonsín y Macri—, las derrotas del peronismo llegaron en parte porque sus competidores comprendieron, y parcialmente adquirieron, un estilo más cercano al populismo, cuya cultura política está profundamente enraizada en Argentina: sencillez, carisma, discursos simples, alguna utopía.

Perón hizo girar al peronismo alrededor de su figura durante décadas. Era el caudillo y el padre. Su primer acierto fue concebir al peronismo como un movimiento. Un movimiento, por definición, ha de ser lábil, absorbente, adaptativo. Bajo esa idea, Perón incluyó dentro de su organización, a la que llamó el Movimiento Nacional Justicialista, a todos los estamentos posibles de la vida política argentina. Para empezar, estuvieron los sindicatos —que se convertirían con el tiempo en factores de poder político y económico importantes, pues controlarían una parte importante del sistema de salud del país—[1] pero también asociaciones barriales, agrupaciones universitarias y de estudiantes secundarios, gremios empresariales, militancias juveniles.* La formación reticular otorgó presencia al peronismo en todos los niveles de gobierno.

Cada uno de esos grupos compite con determinación por el liderazgo del movimiento sin abandonar la estructura si pierde. La disciplina del peronismo es férrea y verticalista. Un dicho interno dice que «nadie saca los pies del plato». Todo el peronismo se encolumna detrás del jefe, como en una alianza de clanes. Manda quien domina al conjunto, pues tiene poder territorial o votos. La frase prototípica del peronismo es «el que gana gobierna, el que pierde acompaña». Y el jefe conduce mientras demuestre que puede mantener el poder, pues el bloque hegemónico que lo sostiene es siempre inestable, y quienes hoy son sus aliados —oh clásica Roma — pueden ser quienes mañana lo apuñalen por la espalda. Todos entienden esa lógica y viven dentro de ella. Nadie se queja en el peronismo de que no sabe dónde se mete.**

La relación del peronismo con la clase obrera es indiscutible. Si sus dirigentes no provienen de allí, saben simular su pertenencia. En *Peronism and Anti-Peronism*, el investigador Pierre Ostiguy sostiene que, como en pocas naciones, en Argentina los marcadores

socioculturales se han vuelto marcadores de pertenencia política. Hay una división marcada por formas lingüísticas o actitudinales, por ejemplo, entre las clases más y menos cultivadas. En el recorte grueso, el peronismo en Argentina es de *los negros y los grasas,* mientras que las demás instancias políticas no-peronistas incluyen como marcadores a los que han estudiado y tienen una posición económica más o menos relajada: grosso modo, *los garcas*.*** En otro nivel existe también la disputa entre el localismo como una forma del nacionalismo y 'la Argentina europea' como expresión cosmopolita.2

La identidad es crucial en el imaginario peronista. Un candidato no-peronista será visto como un *fake* si aparece por una villa miseria para comer un asado con los líderes locales —a menos que lo inviten. Pero Carlos Menem se paseaba con vedettes pulposas, corría en el campeonato mundial de rally y jugaba al fútbol con estrellas retiradas, y nadie veía en él nada extraño. Tampoco le reprochaban su gusto por las ropas extravagantes y costosas. Cuando fue presidente, se paseó en una Ferrari Testarossa. La oposición lo destrozó; sus seguidores lo amaron: Menem hacía lo que ellos harían en su lugar. Hacer ostentación de lo vulgar e indebido o exhibir un lado barriobajero, no suele restar votos en el peronismo, sino todo lo contrario. «En Chile, el componente populista se penaliza», me dijo la politóloga Casullo, «pero Argentina tiene una cultura política en la que necesitas un componente populista».

La identificación con las clases obreras es uno de los mejores trucos de prestidigitación del peronismo. En los años '90, cuando Menem llegó al poder tras derrotar a la centroizquierda en las internas partidarias, su discurso electoral parecía peronismo clásico: su 'revolución productiva' presuponía una recuperación de la industria nacional y el 'salariazo' daba a entender que habría aumentos masivos de sueldos. Era populismo de libro. Pero apenas asumió el cargo votado por una gran mayoría, Menem devino neopopulista. Abrazó el Consenso de Washington, modificó las leyes laborales y —para contener la inflación— dolarizó la economía. La 'revolución productiva' no fue tal, pues el ajuste dolarizador encareció la producción local; el 'salariazo' implicó una quita neta inicial del valor de los ingresos al modificarse la paridad cambiaria. Menem mantuvo la convertibilidad peso-dólar durante los diez años de su doble mandato y favoreció la estabilidad económica

domesticando en el camino al peronismo tradicional y corporativista. La clase alta encontró un presidente folclórico y extravagante pero que —al menos— les daba lo que los economistas de la vieja oligarquía pedían a gritos, es decir un país abierto al mundo. (Tan felices estaban, que el principal partido conservador se abrazó con el menemismo hasta la carnalidad.)

¿Y qué pasó con los obreros? Aunque el desempleo se elevó, siguieron con Menem. Porque era, claro, peronista. Los sindicatos se dividieron entre pro y antimenemistas pero el partido no dudó en alinearse masivamente con el presidente; los disidentes no fueron importantes al principio y los más determinados abandonaron la formación. Fue esa identificación sustancial — *Carlitos es peronista*— la que permitió a Menem realizar un ajuste y llevar adelante políticas que ningún otro peronista osó. Es una verdad a gritos en la política argentina, que el peronismo puede aplicar medidas impopulares que a otros gobiernos —como los de Alfonsín o De la Rúa— les habría costado la permanencia.

La cercanía del peronismo con la sociedad —su trabajo de base, aunque con enormes tropiezos, se ha mantenido desde Perón— ha facilitado al partido su legitimación social. No hay movimiento populista en América Latina más efectivo para disciplinar a su gente, ya sea por correspondencia ideológica o porque lo manda el jefe y —en consecuencia— también el partido. El peronismo tiene todavía hoy, en el siglo XXI, la capacidad de escalar las demandas desde la base hasta la cúspide a una velocidad más o menos admirable. Es más asambleísta que otras organizaciones, pero también es una máquina verticalista eficaz una vez que su confederación de líderes tomó una decisión.

Desde Perón, el peronismo empleó como vasos comunicantes con su público las llamadas ‘unidades básicas’, pequeños centros partidarios asentados en cada ciudad y pueblo de Argentina. Las unidades básicas perdieron algo de su peso original con los años, pero la capacidad del peronismo para tender redes con su electorado aun es llamativa. En los años ‘70, numerosos sacerdotes tercermundistas se aproximaron a los barrios peronistas. En este siglo, organizaciones juveniles con mucho dinero detrás —como La Cámpora, creada por el hijo de los expresidentes Kirchner— ha sido un oído más del partido en el campo y un brazo ejecutor de su política. El aumento del número de pobres en Argentina, producto de las recurrentes crisis económicas de las que el peronismo ha sido

corresponsable, le han proporcionado un amplio campo de acción.*

La inserción basista y, sobre todo, la disciplina interna facilitan la perdurabilidad de un movimiento.3 La ausencia de fronteras ideológicas —el peronismo ha contenido dentro de sí tanto a la ultra izquierda como a la ultraderecha— se ha acotado políticamente con la verticalidad orgánica. Además del movimiento, Perón creó el Partido Justicialista como brazo político electoral y el espacio donde se realiza esa verticalidad. Así, el movimiento puede mantener la efervescencia social pero el partido la centra una vez que debe activarse políticamente.

El peronismo es un animal vivo, feroz y voraz. John William Cook, un intelectual izquierdista de los años '70, decía que era «el hecho maldito del país burgués»: le sobró lo 'del país burgués', pues el peronismo es *el* 'hecho maldito' argentino. Una fuerza que parece inmarcesible e inagotable, capaz de generar mil cabezas de Hidra, camuflarse como un camaleón en cada corriente ideológica, y perder la cola a voluntad para recrear otra apenas vea que el peligro ha pasado. En un país de supervivientes como Argentina, no hay mejor especie adaptativa que el peronismo, y esta es una enseñanza atendible para otras naciones.

Tras la crisis económica de principios del siglo XX —causada por el fin de la convertibilidad— los partidos no-peronistas se fragmentaron de tal modo que les fue imposible disputar el poder real con el peronismo si no era a través de alianzas. En cambio, el peronismo superó la crisis de disgregación y volvió a tomar el control de la política. El kirchnerismo le dio nueva vida y disciplina orgánica, ahora bajo la forma de un martillo de nacionalismo pseudo-izquierdista y autoritario que dejó atrás el neoliberalismo de los años '90.4

Un factor más: como pocas organizaciones, el peronismo entiende que la política es, también, un espacio de competencia económica. Todas sus instancias —sindicatos, agrupaciones varias, gobernadores, intendentes o congresistas— saben qué es hacer *política American Express:* pertenecer tiene sus privilegios. El peronismo siempre ha sido un distribuidor clientelar de dinero, y una parte del beneficio que obtiene el dirigente intermedio —quien se mantiene «con los pies en el plato»— es el de manejar cuantiosas sumas de fondos públicos para ayuda social.

Verticalismo, clientelismo, culto al líder. Diseminación y extensión territorial. Laxitud ideológica, pero con un pie en los barrios populares: debes saber vender los cambios para que la gente te acompañe. Disciplina orgánica. Caudillismo permanente, poder híper-presidencialista. Cultura de la mitificación e idealización del pasado. Capacidad de construir representación, ejecución autoritaria de la autoridad. Identificación discursiva y cultural con sus audiencias. Corrupción y discurso social. Una fe y un cerebro pragmático. Herencia fascista, competitividad interna y externa, destino hegemonista.

¿Es el peronismo inagotable?

La anécdota refiere que Perón preparaba en 1972 su regreso al país, desde su exilio en Madrid, cuando un periodista le pidió que describiese el escenario político argentino. Perón, que moriría poco tiempo más tarde, dijo que en Argentina había un tercio de radicales o liberales, la misma cantidad de conservadores y otro tanto de socialistas. Entonces el entrevistador le hizo notar que no había mencionado a los peronistas. Perón, risueño, cerró: «Peronistas somos todos».

«El peronismo no es bueno ni es malo», decía Jorge Luis Borges. «Es incorregible».

EL CAUDILLO MONTÓ SU PROPIA PYME

Si hay una identificación real entre líder y base social, Lula, Pedro Castillo y Evo Morales son los presidentes más cercanos a ella.* Lula fue el primer presidente identificado como trabajador en un país de envergadura. Evo Morales, un líder indigenista y cocalero, encabezó el más vasto gobierno etno-populista de América Latina. Castillo es lo más próximo que puede haber a Evo, otro líder surgido directamente de un movimiento de masas.**

Evo logró aglutinar en una alianza multiétnica a los mestizos urbanos desencantados, a partidos tradicionales y a la masiva comunidad indígena de Bolivia mediante una promesa de Estado de bienestar amplio. Su discurso fue reivindicativo y confrontó a las élites blancas y mestizas que durante décadas mantuvieron a las mayorías en el subdesarrollo. «Nuestros pueblos y naciones indígenas son la reserva moral de la humanidad», decía Evo, y el mensaje calaba tanto en la base como en las alturas del país.5

En sus primeros mandatos, Evo consiguió notables resultados. La

economía creció empujada por el precio de los *commodities* en la primera mitad del siglo y el gasto público del Estado apoyó esa tendencia. Escuelas, hospitales e infraestructuras llegaron a barrios donde antes no había agua potable. Medida bajo cualquier estándar, Morales consiguió reducir la extrema pobreza del 36 al 17 por ciento de la población. En 2010, el Banco Mundial elevó la categoría de Bolivia de país de bajos ingresos a bajo-medios.[6] Producto de la presidencia de uno de los suyos y/o de su nuevo estatus, la base electoral de Evo se hizo políticamente más activa para defender el espacio y los derechos adquiridos.

Evo y Rafael Correa —el otro presidente afecto a hacer notar su aprecio por los indígenas, al punto de que ambos vestían siempre camisas con guardas andinas—, aprovecharon como pocos el *momentum* económico latinoamericano. Ambos crearon redes sociales para los más pobres; promovieron legislaciones para amas de casa, empleadas domésticas y jubilados; elevaron los salarios mínimos. La educación recibió apoyos de una magnitud desconocida en sus países durante los cincuenta años que les precedieron.

La tentación mesiánica también los igualó. Tras la crisis de 2007-08, al retroceder los precios de las materias primas —y acuciados por necesidades de caja—, Correa y Evo aprobaron proyectos de infraestructura que terminaron por dañar las seguridades de su base electoral. En 2013, Ecuador garantizó derechos de explotación petrolera en el Parque Nacional Yasuni, en la Amazonía poblada por las tribus Taromenane y Tagaeri. Mientras, el gobierno boliviano comenzó en 2017 las obras de una carretera transamazónica por el Territorio Isiboro Sécure. Las comunidades que vivían allí protestaron esas decisiones, pero se dieron cuenta de que no querían escucharlos. Estos incidentes dañaron la relación.*

A medida que se asentaban en el poder, Correa y Evo tomaron distancia de muchos electores confiados en que su estadía en el gobierno apalancaba sus capacidades para imponer decisiones. El punto de inflexión llegó cuando algunos aliados comenzaron a ver que el viejo amigo se consideraba más importante que el proyecto político que decía encarnar. La palabra que torció la mirada de muchos: reelección.

Es algo habitual: un mesiánico cree que encara una transformación única, pero revolucionar las estructuras demanda

tiempo, y Amado Líder siente la comezón de querer estirar su estadía en el poder más allá de lo que la ley le permite. Si no lo hace él mismo, procurará acomodar las cargas para desplazar a la oposición, negándole la posibilidad de ser competitiva electoralmente para facilitar la permanencia de su propio movimiento.

Pero delegar en otros no es igual que dirigir uno mismo: ningún Amado Líder desea abandonar su lugar como arquitecto de una nación que él mismo ha diseñado. Evo y Correa invirtieron en las secciones más fieles de su base política —transformando un plan razonable de inclusión en un negocio personal— para conseguir votos que les permitieran modificar las constituciones de Bolivia y Ecuador. Ambos se sintieron indispensables y maniobraron para conseguir sucesivas reelecciones.

Evo lo intentó de todos los modos posibles. En 2009 impulsó una reforma constitucional que permitiría a los presidentes bolivianos servir durante dos mandatos consecutivos, pero en 2016 —cuando llegaba al fin de su último periodo— promovió un referéndum para prolongar su estadía, sin fecha de partida. Perdió,[7] pero la Corte Suprema de Justicia, afecta a su movimiento, falló —literalmente falló— que establecer límites perjudicaba sus derechos humanos. En 2019, Evo se postuló contra el liberal Carlos Mesa en una elección que los observadores calificaron de fraudulenta. El recuento de votos se congeló por 24 horas; tras reanudarse, Evo pasó a ganar una elección que hasta entonces perdía. Los militares lo sacaron del poder unos meses después, en apoyo a un golpe civil.[8]

Correa, en tanto, gobernó Ecuador durante diez años, en medio de procesos turbulentos. Su llegada al poder suponía frescura —era percibido como un tecnócrata educado y honesto— tras una sucesión de gobiernos vinculados a las élites y una seguidilla de fracasos: antes de él, Abdalá Bucaram fue cesado por el Congreso, la gestión de Jamil Mahuad acabó en un golpe de Estado en el año 2000, y Lucio Gutiérrez fue removido mediante el procedimiento de *impeachment*. Durante tres mandatos consecutivos, Correa generó algunas importantes reformas sociales, necesarias y celebradas. El incremento sustantivo del ingreso mínimo y la protección social para miles de personas que trabajaban en condiciones de explotación decimonónica, por ejemplo, fueron históricas. Como resultado, el coeficiente de Gini, que mide la desigualdad, cayó de 53,4 en 2006 a 44,7 en 2017, un logro que nadie en América Latina

había igualado en cuarenta años.

No obstante, *El Mashi Rafael* hizo lo posible por cubrir el expediente personalista. Correa mantuvo una permanente beligerancia con los medios de comunicación y comenzó a distanciarse de sus bases indígenas al dar la espalda a las legislaciones ambientales que su propio gobierno había impulsado para favorecer a negocios de explotación minera en los Andes y de recursos forestales en la Amazonía. Los movimientos no eran gratuitos. Las inversiones apoyadas por Correa debían producir ingresos que permitieran capear la caída del precio del crudo y la reducción de las inversiones. Las manifestaciones indígenas se hicieron fuertes. Correa incluso sufrió un golpe de Estado fallido, tras una protesta policial durante la cual fue apresado y mantenido como rehén por los uniformados.

Tras su expulsión del gobierno, Evo se asiló en México protegido por AMLO y apoyó a su delfín Luis Arce en las votaciones de 2020, que su partido ganó. Correa no tuvo la misma suerte. En 2015 impulsó una reforma para aprobar la reelección presidencial indefinida, pero no se presentó a elecciones.[9] Ganó su vice, Lenin Moreno, quien pronto tomó distancia de Correa y ambos alimentaron sus disputas durante los años siguientes, como si Ecuador fuera su propiedad privada. En 2021, tras bramar y amenazar a la oposición y a los medios sin descanso, un atribulado y enojoso Correa promovió a un nuevo candidato, derrotado por el derechista Guillermo Lasso.

Tras su paso por el poder, todo Amado Líder es puesto bajo una enorme lupa: ¿será capaz de sobrevivir su proyecto sin él o quedará subsumido a su exclusiva voluntad? Evo y Correa han vivido experiencias disímiles con sus movimientos. Correa ha diluido parcialmente su poder después de que Lenin probó que podía traicionarlo sin sufrir consecuencias mayores. En cambio, el MAS aun rinde una obediencia al hombre que durante décadas militó para obtener un triunfo. Ambos comparten la estructura clásica del populismo latinoamericano: movimientos articulados alrededor de la voluntad más o menos flamígera y más o menos voluble de sus líderes.

El control del movimiento facilita la ruptura que debe provocar Amado Líder. Los procesos en los movimientos populistas suelen ser verticales, pero están acompañados de una ficción participativa. En efecto, las demandas son escuchadas, pero los instrumentadores de

esas demandas son elegidos por una cúpula cercana al caudillo. Como si fuese una operación tribal, sólo algunos miembros con suficiente poder territorial pueden negociar su ascenso hasta espacios de poder más significativos dentro del movimiento. Sin embargo, jamás podrían competir entre sí como sucede en un partido convencional, pues el futuro de su carrera depende sobre todo de la decisión del líder, no de cuerpos colegiados.

El movimiento es la Pyme de Amado Líder. Aunque discursivamente se referirá a él y a su público con pronombres colectivos como 'Nosotros' y 'nuestro', la articulación de la estructura, los candidatos, las propuestas y el discurso depende de la decisión individual del caudillo. El carisma es suyo; el movimiento, por lo tanto, también.

Hay, sin embargo, populismos que estructuran su acción. Más allá del peronismo, la Revolución Cubana, el chavismo y, en menor medida, el sandinismo constituyen ejemplos significativos de organizaciones que perduraron por décadas. Los tres mantienen en la base una apertura similar a los movimientos, pero su estructura es más propia de organizaciones militarizadas. Una diferencia quizás sustantiva es que los tres son, además, populismos programáticos y tienen —como en los casos del peronismo y del PRI — el tiempo a su favor. Es inevitable que la prolongada lucha política, o el poder ejercido durante décadas, deriven en la edificación de cierta institucionalidad alrededor de Amado Líder.[10]

Pero, en el fondo, el populismo ha de evitar cristalizaciones si desea mantenerse vivo, pues las demandas sociales mutan. Hay una contradicción visible que todos deben sortear: si el populismo en efecto resuelve los problemas de las clases populares, es deseable por otra parte que los procesos de crecimiento económico, desarrollo y redistribución independicen de la tutela del Estado a los pobres una vez que se han convertido en clases medias. El ejemplo brasileño allí es sintomático: Fernando Henrique Cardoso, Lula y Dilma no se inscriben en la experiencia eminentemente populista, porque sus gobiernos fueron socialdemocracias institucionalistas. Cuando las nuevas clases medias crecieron, el partido de FHC y el PT de Lula y Dilma debieron gestionar el conflicto que introducían los antiguos pobres y sus nuevas necesidades. No sucede eso en los populismos clásicos ni ha sucedido con la 'ola rosa' del siglo XXI. El peronismo es esencialmente clientelista, y las revoluciones latinoamericanas han

controlado o reprimido la liberalidad de los colectivos que mejoraron su situación y quisieron tomar decisiones sin la aprobación de Amado Líder.

¿Es el movimiento entonces una buena idea? Sin duda. La gran capacidad democrática de los populismos institucionalistas se funda en la movilización de agendas colectivas negadas o subalternadas por las élites. El populismo personalista también agita el discurso de la protección de los más pobres y de los excluidos, pero antepone la figura del caudillo como catalizador del proceso. En el primer caso, el movimiento conduce a nuevas y mejores formas de representatividad, pues sus participantes entienden que tanto sus libertades como sus elecciones son respetadas. En el segundo, refuerza el paternalismo.

Los populismos más adaptativos —el PRI, el peronismo— han asumido su condición de tiburones políticos: incluso dormidos se mantienen activos, so pena de morir.

10 · REALIDAD ALTERNATIVA

Yo tengo otros datos

Cómo el líder manufactura un universo paralelo donde rige con sus propias reglas —y crea La Verdad.

Los revolucionarios nos caracterizamos por nuestra objetividad y optimismo.
—**Nicolás Maduro**, presidente de la República Bolivariana de Venezuela, 2016.

Las ceremonias de asunción de un mandato presidencial son ejercicios simbólicos antes que prácticos. Gestos y palabras ocupan el centro de la escena; nuestras propias percepciones agigantan el significado de un cierto movimiento de manos, ese silencio, aquella mirada. El discurso de Donald J. Trump en su Inauguration Day de enero de 2017 no escapó a la polisemia previsible de un momento así: por lo dicho, por lo visto y por lo insinuado. Sus símbolos avisaron que, finalmente, el invierno había llegado. Y a la vista de los sucesos, no sólo no concluyó con la salida del Agente Naranja de la presidencia, sino que prepara una nueva tormenta en los grupos de WhatsApp.[1]

Una leyenda urbana argentina dice que, a principios del siglo XX, funcionarios del gobierno preparaban un periódico con buenas noticias para el presidente Hipólito Irigoyen. Le llamaban *El Diario de Irigoyen*. La idea era mostrar que el presidente vivía en un mundo aparte, tal vez alelado, poseído, incapaz de entender qué sucedía en la cotidianidad de los ciudadanos. Quienes inventaron esa realidad alternativa eran, en realidad, los golpistas que derrocarían a Irigoyen. El diario del presidente fue una fabulación necesaria para preparar el golpe de Estado.

En su discurso inaugural, Trump invirtió el gesto: él escribió su

propia realidad, creó su propio periódico. Fue un ejercicio de ficción para ensamblar la ficción con la que gobernaría cuatro años. En enero de 2017, Trump oficializó de manera agria pero ordenada su visión de campaña: los Estados Unidos no irían al mundo, se encerrarían sobre sí mismos y ordenarían al planeta que pidiese audiencia antes de abrirle la puerta.

El discurso de Trump no proclamó la unidad nacional, o una identidad común basada en las raíces democráticas y la Constitución americana, porque a Trump jamás le interesaron cuestiones tan mundanas como la ley o la calidad de vida de nadie. Las fuentes de su discurso fueron el presente y el pasado; a partir de ellos reescribió su propuesta para los siguientes cuatro años. Si los populismos reinterpretan la Historia para idealizar y mitificar las tradiciones y los mitos fundadores, también readaptan los sucesos inmediatos para justificar su existencia.

Trump creó una crisis funcional a partir de la idea de que los Estados Unidos eran el hazmerreír del mundo porque combatían en guerras que no eran suyas y defendían regiones del planeta sin recibir un pago acorde. Y mientras sus soldados eran enviados a salvar a otros, decía, se desarticulaba el viejo entramado social de su propio país. El hombre blanco perdía centralidad como proveedor, aquella nación donde los descendientes de europeos habían gobernado estaba bajo el asedio de hordas de personas marrones, pequeñitas y feas que ni siquiera hablaban inglés. Nuestros políticos, insistía el Agente Naranja, prefieren pelear batallas ajenas que dar la guerra por sus ciudadanos. Las insegvridades personales de Trump —jamás fue aceptado por el *establishment* como el tipo exitoso que él decía ser— inflamaban su deseo de ver arder a las élites.

Con la crisis expuesta, Trump se presentó como el salvador imprescindible para refundar la patria. Dijo Trump que su ceremonia tenía «un significado muy especial» porque

> hoy no estamos simplemente transfiriendo poder de una administración a otra, o de un partido a otro, sino que estamos transfiriendo poder desde Washington, DC y devolvérselo a ustedes, el pueblo. .
>
> Durante demasiado tiempo, un pequeño grupo en la capital de nuestra nación ha cosechado las recompensas del gobierno, mientras que la gente ha asumido el costo. Washington floreció, pero la gente no compartió su riqueza. Los políticos prosperaron, pero los trabajos se fueron y las fábricas cerraron. El *establishment* se protegió a sí mismo,

> pero no a los ciudadanos de nuestro país. Sus victorias no han sido vuestras victorias. Sus triunfos no han sido vuestros triunfos, y mientras ellos celebraron en la capital de nuestra nación, hubo poco que celebrar para las familias que batallan en toda nuestra tierra. Todo eso cambia, comenzando aquí y ahora, porque este momento es su momento, les pertenece. Pertenece a todos los reunidos aquí hoy, y a todos los que miran, en todos los Estados Unidos. Este es vuestro día. Esta es vuestra celebración, y este, los Estados Unidos de América, es vuestro país.
>
> Lo que realmente importa no es qué partido controla nuestro gobierno, sino si nuestro gobierno está controlado por el pueblo. El 20 de enero de 2017 será recordado como el día en que el pueblo volvió a ser gobernante de esta nación. [. . .] Viniste por decenas de millones para formar parte de un movimiento histórico, como el mundo nunca antes había visto. En el centro de este movimiento hay una convicción crucial, que una nación existe para servir a sus ciudadanos. [. . .]
>
> Lucharé por ustedes con cada aliento de mi cuerpo y nunca jamás los defraudaré. Los Estados Unidos comenzarán a ganar de nuevo, a ganar como nunca antes.[2]

Cuatro años más tarde, el 6 de enero de 2021, Trump dio la puntada final a la sublevación que debía restituirlo en el poder usurpado por Joe Biden: si quieren recuperar a la nación, les dijo a las masas reunidas cerca del Capitolio, El Pueblo tendrá que luchar por ella.

Dicho y reiterado: un caudillo es un ser mesiánico que se cree imbuido de una visión única y superior. Hugo Chávez decía que él no era él, sino toda una nación. Eva Perón sentía en el alma la ternura cálida de El Pueblo del cual formaba parte, al cual arengaba, y al que, por supuesto, se debía. Nayib Bukele es intérprete de Dios para los salvadoreños. AMLO es el abuelo protector de los desdentados. Trump, en el limbo populista, se asumía como el conductor de un movimiento del cual era líder, pero cuya voluntad política final residiría en el ánimo popular. *Bullshit.*

Es siempre así en los eventos históricos, cuando el protocolo se diseña para enfatizar al máximo cada significado; cuando los gestos habituales adquieren desmesurada importancia. Con Barack Obama, en 2009, el National Mall rugía en una fiesta masiva. Con Trump, en cambio, los estallidos de ánimo se extraviaban. Hacía frío en 2017, sí, pero lo verdaderamente gélido era el clima humano. En la inauguración de Trump había menos gente que nunca y, quizás, más policías que siempre. La salva de cañonazos que saludó al

presidente sonó violenta y la imagen del podium contrastó con la multirracialidad de los Estados Unidos que el Agente Naranja debía liderar: los funcionarios eran blancos, el coro era blanco, la cantante era blanca. Ivanka vestía al tono. Una curiosa blancura triste y sombría, un desánimo.

La juramentación de Trump fue una formalidad monocorde, pero el método del caudillo estuvo allí, aun en ausencia del fervor. Trump fue ungido, fue rey, génesis. «Vamos a estar protegidos por Dios», prometió, como si Dios mismo se lo hubiera asegurado. Los discursos de los caudillos como Trump aseguran un futuro grandioso bajo su tutela, un punto inaugural en la historia que comienza barriendo el pasado. Luego, la reescritura de la historia y el relato del futuro no precisan evidencias ni razón: serán diseñados por la inteligencia y sensibilidad augustas del líder y seguidos por la adulación de sus cultores.

Recuerden. «Carnicería americana», dijo. Pandillas y criminales asolando ciudades. Fronteras vulneradas, dijo. Países que roban empresas y extranjeros que quitan puestos de trabajo. «Devastación», dijo. Su *'America First'* blindaría al país y todo —todo: desde los impuestos hasta el comercio, desde las relaciones internacionales hasta la migración— estaría bajo el paraguas proteccionista que debía hacer grande otra vez a la nación. «Una nueva visión gobernará esta tierra desde hoy», dijo, «y será sólo América Primero».

[·]

La presidencia de Trump no tuvo la tranquilidad de los procesos previsibles, pues su oportunismo fue asunto de interés, no de principios. «Abriguen la posibilidad de que se desdiga, reformule, cambie todo, vuelva a empezar con tal de que él pueda autopreservarse como ganador», escribí alguna vez, y así fue. Empujar la realidad para que haga lo que deseo; no amoldarme a los hechos, torcerlos para que digan lo que quiero. Tal el camino que va del caudillo al autócrata.

> Trump no está contenido por la ideología y su idea de que la vida es lastimosamente transaccional acentúa el peligro de su imprevisibilidad, un caudillo que no acepta mayor control que su voluntad. Trump ha puesto el 20 de enero de 2017 como punto inaugural de su era. El pasado sólo existirá bajo la forma que invente su narrativa. He crecido

con eso; todo latinoamericano ha crecido con eso: autócratas, tiranuelos, dictadorcillos, bestias egomaníacas. Refundadores. Ninguno ha funcionado y el costo de su inspiración divina lo pagaron sus naciones y, sobre todo, aquellos de quienes decían ser la voz.[3]

YO TENGO UNA TEORÍA

En cuatro años como presidente de los Estados Unidos, publicó *The Washington Post*, Donald Trump dijo 30.573 mentiras, falsedades y medias verdades: «sin precedentes» en la historia política del país. Casi 500 veces repitió que había construido la economía más poderosa del mundo y en 650 ocasiones se vanaglorió de haber dado a los veteranos de guerra y a las fuerzas armadas un trato incomparable.[4] Ninguna de esas afirmaciones se apega a la realidad.*

Trump fue un productor de alucinaciones para consumo de distraídos. Dijo que el padre de Ted Cruz ayudó a asesinar a John F. Kennedy. Dijo que Obama no había nacido en los Estados Unidos y que su gobierno ordenó poner micrófonos ocultos en su Trump Tower de New York para espiarlo. Dio rienda suelta a la idea de que George Soros financiaba la caravana de migrantes centroamericanos. Sostuvo que el Partido Demócrata destruyó discos duros de Hillary Clinton «con lejía» para evitar que se conozcan sus contenidos. Que cientos de musulmanes celebraron con bailes los atentados del 11/9 a kilómetros de las Torres desmoronadas. Que Biden complotó con Ucrania para acabar con su reelección. Que el cambio climático es una farsa, que las vacunas producen autismo, que los molinos de energía eólica generan cáncer. Trump dijo —dice— que los demócratas y el *Deep State* —toda una conspiración en sí misma: agentes coordinados en las sombras que gobiernan realmente el país— le robaron la reelección. Que. . .

El lenguaje como herramienta y la propaganda como estrategia tienen un propósito siniestro: la manipulación de la conciencia colectiva. Hechos alternativos y una historia paralela a la oficial son sólo parte del entramado. Como el propósito es dominar el relato, los movimientos autoritarios combaten el discurso independiente y arrinconan las disidencias con sobrecargas morales. Es habitual que se presenten como perseguidos por el *establishment* o se asuman como objetivos de un oscuro complot de estructuras culturales

cristalizadas.

Esa realidad paralela pronto abandona el campo de la fantasía. Amado Líder pretenderá que el mundo ficticio desplace a la enseñanza precedente —que llamará oligárquica, pequeñoburguesa, neoliberal o reaccionaria, según la orientación ideológica de su movimiento— o reclamará, cuanto menos, que comparta el espacio de cátedra. Los mitos pronto asumirán categoría de hechos contrastados en la nueva ficción orientadora. La glorificación del relato demagógico es fundamental para reescribir la historia y redefinir el sistema político.

[·]

Andrés Manuel López Obrador ha procurado a diario construir esa realidad controlable, flanqueado por los retratos dibujados de Juárez y de un cuarteto de próceres. Los bronces están ahí mirándonos *a nosotros*. La simbología afirma, establece: desde el pasado juzgan el presente. AMLO habla y las imágenes permanecen impertérritas tras sus hombros, severas, inconmovibles. Un periodista cuestiona, y los próceres se fijan en él, adustos.

Con esa custodia del pasado, AMLO inventa el día a día. Sus 'mañaneras' son un montaje para que los medios y la tuitósfera muerdan la carnada y corran detrás de sus dichos. Meses y años perdidos detrás de proposiciones menores que terminan por crear la idea de que el presidente está allí para ablandar a la terca realidad. Al cabo, la costumbre hace efecto y las definiciones peligrosas se cuelan como otra patraña menor.

Luego, en sus actos y ante la prensa, AMLO desgrana su peculiar sentido de la Historia. No es un lector profundo pero sí un propagandista esmerado. Habla de Juárez y de Cárdenas sin recordar a Juárez y a Cárdenas: pone en sus bocas sus propias ideas. Los toma prestados para instalar la idea del nuevo orden. Amado Líder interpreta, resalta y enuncia, y sus palabras serán el nuevo relato historiográfico. No importan los hechos, sino su opinión sobre los hechos, reales o presuntos. El símbolo, otra vez: AMLO tuerce, recrea, inventa ante la imagen de los fundadores de México, que *lo ven* hacer, arrastrados desde la muerte a una actuación sin derecho a protesta. Están ahí para adornar la creación de Amado Líder. Legitiman en silencio, prostituidos.

Dinamitar el sentido de la realidad produce disfuncionalidad,

angustia, frustración. La desconfianza gana terreno pues no sabemos quién dice la verdad. Si Amado Líder logra transmitir la idea de crisis que él mismo crea o agiganta, el círculo vicioso se completa con su aparición en escena como el único hombre equipado para resolverla. Su persona es el *spotlight*. Ya no las ideas, un individuo es el origen y fin de la política.

La telaraña de mentiras, omisiones, medias verdades y fabricaciones no superan la prueba del archivo, pero la experiencia prueba que documentar cada patraña no afecta la credibilidad de su perpetrador. Una mentira debe montarse sobre otra para mantener en pie la arquitectura del engaño y obliga a su factótum a vivir en una continua fabricación. La verdad se desvanece como posibilidad. En la ficción, el único dios es el demiurgo y si nosotros entramos con candidez en esa noche la borrachera será prolongada. Cada hilo envuelve y seda. Ese dios tiene potestad sobre aquello que ha creado a la medida de su vocación: un mundo de teorías conspirativas cuyo propósito es denigrar a quien le combata, embrollar a los crédulos en un circuito de ilusión creciente, fortalecer el estado de paranoia.

Las teorías conspirativas son la red de seguridad del mundo paralelo creado por Amado Líder: ponen bajo sospecha a cualquier actor que las cuestione. Aunque son desdeñadas a menudo por sus críticos, las conspiraciones imaginarias importan, pues las personas las convierten en acciones y en hechos políticos. Esas teorías pueden disminuir la fe en las instituciones y en el gobierno, generar desconfianza en la ciencia y en el conocimiento comprobado, y hasta inspirar violencia.

Creerse un cuento autoindulgente o donde participen ominosos agentes de las profundidades —o dragones, si sirviesen, o ya que estamos, marcianos— es tan antiguo como la acumulación de poder. Pero ya no habitamos tribus pastoriles, sino organizaciones interrelacionadas a varios niveles y con creciente complejidad. Si una teoría conspirativa desmorona la gestión profesional del Estado, no acaba con el cacique de una tribu; hoy pone en riesgo la economía, la administración de justicia y hasta el aparato represivo.

La proliferación de realidades paralelas reconoce un denominador: los gobiernos perdieron la capacidad de dictar las historias que las sociedades se cuentan a sí mismas, dice Martin Gurri, un exagente de la CIA que ha hecho carrera escribiendo sobre la industria de medios y la arquitectura política de los Estados

Unidos. Cuando se pierde la capacidad de monopolizar el cuento —pregúntenles a los maestros de sus hijos cómo lidian con críos educados por Doctor Google—, se abren las puertas de un salón enorme: ahora se trata de contarse la historia uno mismo.

[·]

Una teoría conspirativa es un cuento de suspenso con una trama siniestra desarrollada en secreto por un grupo poderoso que busca algún tipo de objetivo malévolo para beneficiarse, y perjudicarnos. La atracción de la teoría conspirativa descansa en el narcisismo: quien participa de ella se siente imbuido de un conocimiento al que tienen acceso pocas personas. El creyente se transforma en un ser espontáneamente ilustrado, dueño de la verdad-verdadera de las cosas. Es una sensación vigorizante: uno de los pocos seres humanos capaces de ver el mundo *tal como es*.[5]

Esas explicaciones oscuras resuelven tres motivaciones psicológicas: epistémicas, existenciales y sociales. Por un lado, queremos saber la verdad de los fenómenos; luego, nos interesa tener seguridad y certeza sobre el mundo que nos rodea; finalmente, queremos sentir también que encajamos en el grupo o la sociedad.

Las teorías conspirativas son especialmente eficaces en momentos de gran inseguridad personal y colectiva, cuando no poseemos suficientes herramientas para entender la complejidad del mundo que se desenvuelve frente a nosotros. Necesitan un enemigo como factótum del mal o como chivo expiatorio. Florecen allí donde el miedo y la irracionalidad han plantado su semilla, en sociedades fracturadas donde la baja confianza interpersonal y la pérdida de acuerdo sobre el proyecto común son significativos. Cuanto más difundidas, más alarma crean y su objeto —inducir al miedo, preparar el camino para un redentor— se cumple.

La sensación de riesgo existencial se resuelve cuando creemos recuperar un buen margen de control y autonomía sobre los sucesos o ideas que nos provocaron incertidumbre y ansiedad. Todo gracias a que el pensamiento conspirativo nos ha dado una respuesta: eso que parece tan complejo tiene en realidad una explicación sencilla que ordena mi mundo, y la estabilidad recuperada me provee tranquilidad. En las explicaciones finalistas de las teorías conspirativas no hay espacio para el azar —todo debe tener una

respuesta. Cómo se concatenen los lazos lógicos de esas respuestas otorga mayor o menor grado de verosimilitud al bulo.[6]

La certeza proporciona poder, entonces, cuando el mundo colapsa: mi grupo de pertenencia sabe algo que el resto de la sociedad no ha sido capaz de desentrañar aun. Políticamente, esa aparente claridad conceptual puede ser movilizadora. Una explicación simple a problemas complejos nos puede *activar* socialmente: saber otorga poder y, cubierto de él, un individuo puede sentir la motivación de militar por su nueva idea adquirida.

Para que una teoría conspirativa sea eficaz, el lenguaje debe dejar de ser herramienta de diálogo y convertirse en arma de ataque. Debe lograr que no exista posibilidad de acuerdo sobre el mundo, si no es *sobre* la aceptación y adopción de la realidad paralela propuesta. Hay una inversión psicológica llamativa: el alineado por la ficción cree que los escépticos son quienes toman sin chistar las píldoras de control del sistema, ovejas de matadero.* La verdad, ubicada en este contexto al mismo nivel que una ilusión o una mentira, se demerita; adquiere el valor de lo extravagante, ridículo, falso y malintencionado. Pierde todo su poder: es *otro relato más*, susceptible de ser falsado con cualquier ocurrencia peregrina.

La destrucción del ajedrez basado en valores como la información y la opinión sustentada es determinante para los movimientos hegemonistas.[7] El acto disruptivo se propone desarticular el intercambio de ideas basado en el reconocimiento intelectual y respeto mutuo de los interlocutores. Al final de este proceso, quienes piensan distinto no tienen los mismos derechos que quienes creen. La realidad paralela, por definición, excluye y necesita cancelar a sus críticos para volverse democráticamente socializada.

Una vez que esos críticos son cancelados, acusados de pensar de modo distinto al discurso de Amado Líder, las teorías maniqueas se instalan como verdades. El universo esotérico de Amado Líder reemplaza a la realidad, y se puede acusar a la oposición de tener intereses perversos, a las empresas por expoliar a la patria, a las instituciones por perpetuar un sistema injusto, a los medios por mentirosos y a las organizaciones de la sociedad civil de tener agendas financiadas por agentes extranjeros. La caza de brujas queda a un paso.

Una encuesta realizada en 25 países, poco antes del estallido de

la pandemia, encontró que las personas con sólidas visiones populistas eran dos veces más proclives a creer que gobiernos y farmacéuticas ocultaban adrede los efectos nocivos de las vacunas, que el cambio climático es una farsa, y que la administración de George W. Bush favoreció la ejecución de los atentados terroristas contra las Torres Gemelas. Casi la mitad de ellos creía, también, que hay un «grupo de gente que controla sucesos y dirige el mundo».[8]

DISPUESTOS A CREER EN TODO

Un mundo ficticio no puede ser elaborado con los hechos oficiales. Para ser real, ha de tener su propia lógica. «Cuando *yo* elijo una palabra sólo significa lo que *yo* quiero que signifique, ni más ni menos», le dice Humpty Dumpty a Alicia en *Through the Looking-Glass.* Amado Líder seleccionará datos y hechos que le permitan validar una teoría verosímil. Es una acción maquiavélica. El debate público es imposible cuando no hay acuerdo sobre qué es la realidad, pues una o más partes de la discusión no sostiene ya opiniones propias, sino que ha decidido vivir según sus propios hechos. Lo que tienes frente a ti es relativismo en grado absoluto: si los hechos son opinables, entonces también es discutible el experto y el científico, y cualquier estabilidad semántica. Sin acuerdo, no hay realidad discernible. La fabulación y la mentira se hacen realistas al ser presentadas como una opinión.[9]

Una sociedad desencantada con los hechos establecidos —con lo que ve, por decirlo de algún modo— pronto discutirá la entidad de los conocedores y especialistas que explican esos hechos. Cuando se deja de creer en Dios, decía G. K. Chesterton, no es que ya no se crea en nada: la gente está dispuesta a creer en todo.

Allí es cuando las mentiras acaban por corroer toda posibilidad de conversación. Y sin conversación, no hay diálogo, sin diálogo no hay consensos y sin ellos, sociedad. Una sociedad fracturada da paso a una nación rota: el campo arrasado que desea un autócrata. ¿Cómo debates sobre política con un fabulador? ¿Cómo debates *algo* con un fabulador?

Amado Líder propugna que hechos y opiniones son múltiples, y que la verdad institucionalizada es sólo *una forma* de la verdad, y que puede ser desafiada. Pero no es un desafío para mejorar la calidad de lo verdadero: es un asalto para destruirlo. No es un acto de provocación intelectual sino una acción violenta encubierta por

el discurso.

Un crack: relativismo inoculado con el virus de la desconfianza. Quien sostiene esa idea es como quien anda con una antorcha por una papelería. El autócrata potencial crea el ambiente para que fabulaciones de fumata sean aceptables —asume esa lógica— porque reflejan una opinión. Trump reiteraba a menudo que «mucha gente» le decía o pedía algo, pero jamás identificaba a ninguno de sus interlocutores: la 'demanda popular' hecha a un presidente servía para introducir y legitimar el virus de una lengua corruptora. Cuando López Obrador ataja las evidencias diciendo que él tiene «otros datos», desmorona cualquier discusión pública porque, al igual que Trump, inestabiliza las reglas del debate —y horada la seriedad de su rol— dando validez a afirmaciones que jamás sustenta. Si la verdad experimentada por los demás es desmontada por un presidente con su información alternativa, pues entonces la verdad legitimada será la del poder, porque puede ser institucionalizada. Se acaba la democracia: el poder dicta.

Escribía Catherine Fieschi, autora de *Populocracy: The Tyranny of Authenticity and the Rise of Populism*, sobre las mentiras sin filtro de los populistas europeos:

> La línea desafiante, que se encuentra en la mayoría de los manifiestos de los partidos populistas, solía ser: «Sólo decimos lo que todos piensan». Lo que para la extrema derecha es una forma codificada de decir: no nos gustan los inmigrantes, no nos gustan las personas que se ven diferentes, se visten de manera diferente, hablan de manera diferente. El objetivo es trazar una línea clara entre los supuestos instintos de sentido común de la gente común y las costumbres altisonantes de las élites. Pero a medida que se ha extendido el alcance de sus ambiciones y su dominio de la política y el poder, los populistas han escalado a mentir absoluta y rutinariamente. Para ser claros, no se trata de la extrema derecha o la extrema izquierda, sino que, como populistas, estos políticos recurren a mentiras descaradas.[10]

El entramado del discurso populista —la visión conspirativa de la vida que quiere revelar a las masas una verdad ocultada por las élites; la denegación de la verdad propia de la ciencia, de los expertos, de la prensa y de toda forma de exposición empírica de los hechos; la creación de una *ficción realista*; el apego a las *fake news*— está siempre destinado a la manipulación y a la fabricación de un mundo ajustado a la necesidad del poder.

Populistas de izquierda y de derecha navegan ese mar de conspiraciones sin prurito aparente. Los de derecha creen que las élites están coludidas con los intelectuales y con los partidos del sistema para reemplazar a la población nativa por inmigrantes y para cambiar la idea legítima del 'ser nacional' por una suerte de cosmopolitismo antinatural. En la izquierda más paranoica es común reducir la riqueza de toda la vida a la política; luego, la política es entendida como un acuerdo entre los más ricos —la banca, el uno por ciento, las transnacionales— con la dirigencia nacional para expoliar a los trabajadores y vaciar al país de sus riquezas. Esto es, nuestra vida es una mierda.

No hay fenómeno de la realidad que no sea objetado por Amado Líder como un subproducto de alguna conspiración, o como la manufactura de una mentira destinada a la dominación de El Pueblo.[11] Las feministas están manejadas por los conservadores, decía AMLO. Ortega denunció a los curas jesuitas como si fueran organizadores de las marchas contra su gobierno; el salvadoreño Bukele ha hecho de la prensa independiente una camarilla que debe ser ajusticiada —¿por ahora?— verbalmente. El gobierno de Trump negaba la responsabilidad humana en el cambio climático, de manera que desmontó acciones de protección medioambiental, liberó concesiones de explotación petrolera en áreas protegidas, y redujo los controles sobre industrias contaminantes como la química —en todas ellas hay grandes donantes del Partido Republicano. Las crisis argentinas son normalmente achacadas al FMI y al Banco Mundial —dos villanos clásicos en el país—, con Estados Unidos como el tercer malvado.*

El maniqueísmo conspirativo que crea la realidad paralela siempre incluye un ser malvado, forastero o elitista, que amenaza la integridad de la nación y, sobre todo, a El Pueblo de Amado Líder.[12] Esos oscuros seres han vivido beneficiándose del estado de cosas. El argumento tiene un peso significativo, pues en muchas naciones es verdad: los ricos han conseguido apropiarse de más recursos que la inmensa mayoría de la sociedad, en especial durante las crisis, como sucedió en 2007-08 con la explosión financiera de las hipotecas tóxicas. Aun está fresco el recuerdo de cómo los políticos debieron salvar a las grandes empresas por el riesgo sistémico que entrañaba su colapso —*too big to fail,* Bush y Obama sostuvieron a las industrias automotriz y financiera con miles de millones de dólares. Esas imágenes son indelebles. En la mentalidad

populista, no importan las razones y los contextos, sino el sentido de absoluta moralidad. Lo hicieron, y ya.

El desmoronamiento del orden establecido, por obra de la retórica populista, demanda que cada parte del *establishment* sea cuestionada. La traición de las élites —dice esa narrativa— es completa, orquestada y orgánica. El populismo de izquierda arenga con que el poder ha institucionalizado el plan perverso de los ricos en contra de los pobres, y que ese proyecto ha sido legitimado por la academia, argumentado por intelectuales becados y difundido por la prensa a cambio de dinero y pertenencia a los círculos exclusivos. En el populismo de la derecha, las élites y sus partidos han desplazado las tradiciones y costumbres auténticamente nacionales para favorecer una sociedad de valores degradados donde el ciudadano nativo pierde sus derechos a favor de extranjeros y minorías.

Es un enorme conjuro para falsificar la realidad y socializarla a través de todas las instituciones posibles, escuela incluida. Por eso los creacionistas pretenden que se enseñe como ciencia la ocurrencia de que el mundo fue creado por un dios. Por eso todos los autócratas populistas atacan a medios, académicos e instituciones. «Jefes de la inteligencia neoliberal», dijo López Obrador de Héctor Aguilar Camín y Krauze.[13] Y luego a *The Economist*, con un despliegue de nacionalismo y xenofobia, chauvinismo y enemistad cuando la revista cuestionó su proyecto en la portada:

> [. . .] es normal, están muy molestos quienes apoyaron durante mucho tiempo el modelo neoliberal [. . .] estas revistas o periódicos del extranjero se dedicaron a aplaudir las políticas neoliberales, están a favor de las privatizaciones y siempre guardaron silencio ante la corrupción y se dedicaban nada más a elogiar a los políticos corruptos de México.[14]

La dicotomía Nosotros/Ellos requiere una realidad binaria donde El Pueblo y Amado Líder disputan la hegemonía a los malos. Es una batalla moral de la honestidad versus la mentira, de los elegidos contra los réprobos. No hay en la gnosis política populista vocación de discusión para superar las contradicciones —incluso cuando todos reconocemos los roles de muchas élites en la perpetuación de modelos antidemocráticos y excluyentes— sino vocación de destrucción. *Burning down the house* está detrás de la ficción

populista: destruir todo y emprender la reconstrucción según La Verdad de Amado Líder. No una sociedad más justa sino una suerte de teocracia terrenal donde *Da Man* es Dios.

Por supuesto, la realidad elaborada por Amado Líder en su tránsito por el llano como profeta se expande una vez nombrado mesías en el poder. Y, nuevamente, el caudillo no dejará el poder porque su único plan es quedarse a vivir en él: la Creación necesita de su Dios; cuando la manejan los hombres, la cagan. Es una fuerza política que trabaja contra el *establishment* desde la oposición, pero que sigue siendo opositor una vez que se vuelve *establishment*.* Amado Líder jamás se preparó para gobernar, sino para vivir de la crítica. Existía cómodo en la oposición señalando —el índice siempre enhiesto— qué estaba mal, señores; ahora que es gobierno no sabe bien qué hacer allí, salvo seguir levantando el índice para señalar a los demás que esto sigue mal porque estaba mal, señores.

Poco cambia: Amado Líder protestaba antes contra los gobiernos que fracasaron, ahora también protesta contra los gobiernos que fracasaron. Jamás asume responsabilidad por sus propios errores. Siempre hay un complot que inhabilita las buenas acciones del presente y permite escudarse en las malas acciones del pasado. Siempre operan malvados en la sombra y es preciso recordarlo a menudo: tenemos una resistencia jamás vista, señores. Podría ser gracioso, pero es peligroso.

Decía en 2015, Cristina Fernández, entonces presidenta de Argentina por segunda vez consecutiva:

> Cuando te atacan los que solamente les interesa sus propios intereses, cuando te atacan los que callaron los crímenes de la dictadura, cuando te atacan los que se han llenado de plata a costa de los jubilados, cuando te atacan los que no pueden explicar por qué tienen fondos en paraísos fiscales y por qué los jueces que tienen denuncias no hacen nada, cuando te atacan todos esos, es porque saben que no te pueden manejar [. . .] La única condena que me apenaría sería la de la Historia y la del pueblo.15

[·]

Aunque es factible adscribir a Amado Líder a alguna corriente ideológica, todo populista es esencialmente un pragmático. Dado que el populismo es en sí un mecanismo de gestión de la cosa pública que pone al líder en el centro de la escena, la flexibilidad

camaleónica es crucial para mantener la apariencia de populista honesto y coherente, que no traiciona sus principios cuando llega —en especial cuando llega— al poder.

El populismo es mucho más eficiente en el papel de opositor que en el de gobierno, pues actúa mejor como transmisor de demandas que como su gestor. Recuerdo a menudo el 'teorema de Baglini', llamado así en Argentina en homenaje al dirigente socialista Raúl Baglini, de quien se refiere que alguna vez dijo algo como esto: a mayor distancia del poder, más altas las banderas de las reivindicaciones; a mayor cercanía del poder, más rápido se las guarda con antipolillas. La actualización populista sería: a mayor distancia, mentiras más exageradas; a mayor cercanía, crece el número de mentiras. Lo que permanece constante es que siempre se miente, y a lo grande.

Claro, eso tiene sus problemas. Sucede que, una vez en el poder, confrontado con la realidad del mundo y las tensiones internas de la nación, la realidad manufacturada por Amado Líder empieza a exhibir sus costuras. Allí es cuando debe ajustar el foco, escapar y encontrar nuevos chivos expiatorios. Un ejemplo de una biblioteca bien equipada: durante la campaña electoral de 2016, Trump apuntaba sistemáticamente al Partido Demócrata y a las élites de Washington —*«Drain the swamp!»*—; ya en la Casa Blanca trasladó su crítica hacia los medios —*«Fake news media»*— y, más tarde, ya en camino a la reelección, a los *hard left Dems*, a China por la pandemia, a los médicos de su gobierno por no aprobarle drogas contra el virus a su pedido, y sigue la lista.

(La construcción de la telenovela populista incluye también a Amado Líder. El caudillo carismático dirá que es lo mejor que pudo pasarle a la nación, y una vez en la presidencia —tras la comprobación de que es mucho más malo de lo que habíamos supuesto— se encargará de hacernos notar que ahora deberemos lidiar con él porque es demasiado grande y peligroso. Es el eterno problema de habitar las ficciones que nos inventamos: tarde o temprano nos estallan en la cara y no sabemos muy bien cómo salir de ellas.)

El populista es un desvergonzado y no se arrepiente de sus mentiras, que de hecho exhibe como gesto de carácter. Trump repetía una enseñanza de uno de sus formadores: jamás aceptes nada, jamás reconozcas un error. La mentira es un recurso más para llegar al poder, porque las palabras son piezas acomodaticias en un

gran juego. Las cortinas de humo son una herramienta común del líder populista. Ante un escándalo —miren a Trump, a AMLO, a otros—, un subterfugio distrae la atención con facilidad: demasiada prensa muerde fácil el hueso, urgida de escándalo; las redes sociales adoran un buen incendio. Una tras otra se suman las realidades a un universo de planos tan intrincado con el tiempo que nadie sabe ya muy bien qué es real.

[·]

Un político responsable debiera aceptar sus errores, pero para un populista eso es convertirse en Gaylord Focker, el personaje de Ben Stiller en 'Meet The Parents': un perdedor orgulloso de aceptarse como segundo. Amado Líder jamás se ocupa de la virtud, sólo del éxito. El hombre es un cascarón vacío. Su biblioteca de valores está despoblada.

La Covid-19 demostró cómo los caudillos populistas son incapaces de lidiar con la realidad pues carecen de nociones reales de empatía y humanidad. Un virus no es un ser humano, no puede ser engañado ni convencido de nada. Un virus actúa para lo que está programado, no duda. La pandemia se metió en la vida cotidiana y descentró a los líderes populistas. La mayoría de los gobernantes de Occidente falló en su aproximación inicial a la pandemia, pero una vez que los epidemiólogos dieron un paso adelante, las respuestas comenzaron a alinearse.

Aunque no —faltaba más— en los países con caudillos al frente. Trump contradijo sistemáticamente al responsable de su gobierno del manejo de la pandemia. López Obrador negó durante meses que el coronavirus fuera una enfermedad severa. Bolsonaro y Johnson también lo menospreciaron. El premier británico apenas hizo cambios significativos en la estrategia contra el virus recién después de que él mismo lo contrajo. Desconocemos qué sucede en Nicaragua, Venezuela o Cuba, pues sus gobiernos, que creen que la transparencia es un valor menor, mantienen cercos informativos. Argentina se convirtió, con el paso del tiempo, en una de las naciones más afectadas por la Covid-19; su proceso de vacunación fue lento y su gobierno, incapaz e inocultablemente desdeñoso. Sólo Nayib Bukele pareció actuar con la rapidez ausente en los demás.

En las naciones populistas, los jefes políticos demandan obediencia a sus funcionarios técnicos. Por eso no es inusual que los

fallos se acumulen: Amado Líder privilegia la dinámica política a cualquier otra realidad. Escribí sobre Hugo López-Gatell, el zar del coronavirus en México, y su jefe López Obrador:

> [. . .] como todo mesiánico, López Obrador se piensa para las grandes cuestiones. Para lo operativo, lo técnico, lo burocrático, tenía a su sucedáneo, López-Gatell. Un mesiánico piensa en la refundación de una nación, no en las terapias intensivas de un hospital. Se desvive por la construcción de una nueva ficción orientadora que supere el pasado, no por el nivel de vacunación. Entiende la política como un juego de suma cero: algunos habrán de caer –morir– para que los elegidos sobrevivamos. Como todo Amado Líder, AMLO piensa en su bronce bruñido y alineado junto a los otros bronces de los padres fundadores de la república, jamás en las necrológicas de la próxima familia que pierda a un padre o a una hija. Para esas minucias están los servidores. El problema, claro, es cuando los servidores no sirven porque renunciaron a su rol y decidieron aplicarse al *sijefismo*.
>
> Cuando López-Gatell se hizo mandadero de AMLO, desertó de la sociedad y debió montarse en el rol del perro cancerbero que exhibe dientes y fierezas: ya no debía explicar nada, ahora debía enfrentarse a los críticos. La técnica era innecesaria; la demagogia podría ocupar más espacio en la verba. Todo funcionario público aprende en un país desarrollado que debe apegarse a un manual de gestión de crisis para evitar producir nerviosismo, inquietud o pánico. En esos manuales es relevante una indicación: jamás pierda la compostura, los modales y la paciencia. Explique, explique, explique.
>
> López-Gatell se hartó del López-Gatell funcionarial. Se exasperó. Cuando ya pasaba la curva de la mitad de 2020, a la vez que sus ojeras se estiraban hacia el centro de los pómulos, el humor de López-Gatell se agrió y su condescendencia e irritabilidad comenzaron a hacerse visibles. ¿Iba a las vespertinas contrariado, sin voluntad? Debiera haber renunciado. Pero se quedó. Y ya no explicaba, ahora sermoneaba. Ya no toleraba preguntas, ahora miraba desde arriba a los inquisidores. Sus explicaciones se hicieron crecientemente paternalistas, del tipo padre cansado: les estoy haciendo el favor de decirles, así que cierren la pinche jeta, tomen nota y publiquen.[16]

¿Qué tiene de especial un virus para un populista? Que Amado Líder está constreñido por una crisis que no reacciona a su magia retórica. Dice Krastev en *Is It Tomorrow Yet? Paradoxes of the Pandemic*:

> Los líderes políticos en general prefieren «enemigos» que pueden rendirse incondicionalmente a «amenazas» anónimas que se manejan en

> el tiempo. Los aspirantes a dictadores, en particular, encuentran más gratificante hacerse pasar por «decisores» que hacer el arduo trabajo que se requiere de los «solucionadores de problemas». Lo primero les permite jactarse del unilateralismo de «yo solo puedo resolverlo», mientras que lo segundo les exige cooperar con los demás, admitir sus errores y dedicar el tiempo necesario a dominar situaciones complejas y cambiantes. Las acrobacias llamativas de los hombres de acción deben dar paso a esfuerzos lentos y laboriosos de profesionales anónimos.[17]

Un demagogo precisa controlar el escenario, por eso Trump decretó que el virus desaparecería «como por milagro» en poco tiempo y AMLO y Bolsonaro lo redujeron a una gripe más. Ambos querían volver a una realidad manejable, esa donde ellos dictan el paso, no un maldito bicho. Necesitaban la comodidad del teatro propio.

La pandemia también obligó a los caudillos, que odian compararse en pérdida, a verse en el espejo de otros mandatarios. La crisis puso al sistema global de medios a evaluar, datos en mano, el desempeño de las acciones de los gobiernos. Las comparaciones son odiosas, pero lo son aun más para la grandiosidad incontestable de Amado Líder, siempre ocupado por minimizar o bloquear cualquier crítica. Uno tras otro, los jefes populistas tuvieron los peores resultados en gestión sanitaria.

La pandemia es un ejemplo de las dificultades que enfrenta el populismo cuando es confrontado por realidades difícilmente manipulables. Cuando un virus ataca es difícil decir que hay malos a quienes achacar culpas. No hay una disputa moral, no hay un malvado humano al que destruir.

En la realidad alternativa no hay racionalidad sobre la gestión de lo público, pues qué es prioritario y qué no descansa exclusivamente en la voluntad de Amado Líder.* Durante la pandemia, cuando México esperaba un plan, tuvo un púlpito; y cuando necesitaba un estadista, llegó un mesías con un decálogo. No es metáfora: en junio de 2020, el gobierno de López Obrador publicó diez medidas para combatir al virus, que por entonces ya exhibía un elevado impacto, y que terminaría convirtiendo a México no solamente en una de las diez naciones más afectadas, sino en una de las que peor respondió al problema en todo el mundo.[18]

El decálogo estaba construido por alguien que parece carecer de comprensión cabal sobre cuanto sucede frente a sus ojos. El primer punto convocaba a acatar las recomendaciones gubernamentales

«con independencia, criterio y responsabilidad» para evitar el contagio, como si cada ciudadano debiera someter a un debate inagotable las órdenes de la autoridad sanitaria durante una crisis de salud pública. ¿Cómo un gobierno que debe imponer orden sanitario y, por ende, necesita obediencia llama a la ciudadanía a acatar sus órdenes «con independencia»? ¿Qué gobierno llama a la población a actuar contra sus propias medidas? Uno que, desde la máxima jefatura desdeña la seriedad del problema. AMLO sólo usó mascarilla cuando lo obligó la aerolínea que lo llevaría a los Estados Unidos a visitar a Trump. Por lo demás, besos y abrazos, y desdén.

Tres de los puntos del decálogo presidencial llamaban a actuar con optimismo, renunciar al egoísmo y la individualidad y separarse de «lo material». López Obrador también consideró que era urgente recomendar a las personas bajar de peso, abandonar la comida chatarra y vivir con calma y sin angustias, «es decir, sin eso que ahora se conoce como estrés». «Defendamos el derecho a gozar del cielo, del sol, del aire puro», sentenciaba el presidente de México mientras sus ciudadanos vivían encerrados en sus casas bajo una cuarentena severa.

Antes del final, a alguien se le ocurrió que era razonable un llamado a eliminar actitudes racistas, clasistas y sexistas durante una pandemia y a cuidar a los ancianos «porque nada sustituye al amor». Y luego, en el cierre:

> Tengas o no una religión, seas creyente o no, busca un camino de espiritualidad, un ideal, una utopía, un sueño, un propósito en la vida, algo que te fortalezca en lo interno, en tu autoestima, y que te mantenga activo, entusiasmado, alegre, luchando, trabajando y amando a los seres queridos, al prójimo, a la naturaleza y a la patria.[19]

El documento fue distribuido directamente por la Presidencia de México en momentos en que el país acumulaba 27.000 muertes por el coronavirus, y estaba en el camino criminal que le llevaría a sumar medio millón de fallecidos a mediados de 2021.

Escribí entonces:

> El presidente de México, Andrés Manuel López Obrador, parece cada vez más empeñado en crearse un mundo a medida sin relación dialéctica con los dramas nacionales. El país no deja de sumar enfermos y muertos mientras el presidente publica como mensaje oficial de salida del coronavirus diez puntos de generalidades, moralina, pseudoecologismo banal y desopilante cantinela *new age*. O en el

gobierno de México no hay estrategias claras o el cinismo es rampante. Ninguna de las dos augura buen futuro.[20]

DR. TRUMP Y NUESTRAS GAFAS MAL PUESTAS

Trump creía que el Covid-19 podía ser eliminado con hidroxicloroquina, una solución rechazada por los propios expertos de su gobierno. También se preguntaba por qué no era posible inyectar desinfectante, o introducir una luz ultravioleta, «o nada más una luz muy potente» en el cuerpo.[21] El presidente de los Estados Unidos sonaba como esos señores que repiten como verdad revelada lo que acaban de leer en la *People* de la sala de espera del odontólogo.

¿Cuánto tiempo puede durar tanta improvisación? ¿Cuánto puede sobrevivir un gobierno que se sostiene en ficciones, promesas y subterfugios? La respuesta sencilla es: tanto tiempo como los votantes lo toleren, y determinar ese lapso no es fácil. Trump perdió su reelección pero, aun tras su bochornoso gobierno, recibió casi la mitad de los votos. El peronismo ha entrado y salido del poder durante 75 años, y líderes como la desgastada CFK aun mantienen respaldos suficientes para disputar una elección reñida si participan varios candidatos. Muchos votaron una y otra vez por Berlusconi en Italia. El apoyo a López Obrador era alto hacia la mitad de su mandato. En contraste, la suerte de Bolsonaro parecía cantada cuando el nombre de Lula da Silva volvió a sonar como presidenciable, una vez que la Justicia brasileña desechó las denuncias en su contra por corrupción. Nicolás Maduro es un *zombie* político, y parece claro que Daniel Ortega no duraría un periodo más si hubiera elecciones realmente libres en Nicaragua.

Es posible que estemos intentando analizar el *momentum* del amorío Amado Líder/El Pueblo con las gafas mal puestas. En las democracias liberales la sociedad parte del supuesto de que los políticos honrarán lo que prometen, o pagarán su incumplimiento en las urnas. «Con un escrutinio de los medios cada vez más detenido y el alcance cada vez mayor de las redes sociales, se ha exigido a los políticos una correlación aún más profunda entre el yo privado y el público», escribe Catherine Fieschi. «Tienen que ser fieles a sí mismos, no solo fieles a su palabra».[22]

Pero ese precepto no aplica para Amado Líder: él puede mentir abiertamente, una y otra vez, y le será perdonado, porque la

mentira es parte del arsenal válido que *el campeón de El Pueblo* puede necesitar para derrumbar un sistema injusto. Amado Líder es la ira de Dios corporizada, y sus devotos quienes clamaron al cielo por el envío de tal venganza. Mientras el caudillo mantenga el salvoconducto con los suyos —una suerte de conjura contra el valor de la verdad convencional, apoyada en el pensamiento mágico— obtendrá el perdón, pues para sus votantes seguirá siendo más *auténtico* que cualquier político tradicional. Ya sea que mienta, engañe o le dispare a alguien en la Quinta Avenida.

Por eso la realidad ficcional y las teorías conspirativas deben ser miradas tanto bajo el prisma de la oferta como de la demanda. Importa tanto qué oculta y resalta la teoría como la forma en que el bulo es percibido, pues el mundo mágico de Amado Líder es un asunto de percepción y de creencia. Del deseo de creer. De fe, no de lógica. La mentira funciona en tanto alguien la abrace.[23]

Si esa realidad debe persistir, tiene que ser defendida, especialmente de aquellos que pueden refutarla. Este es el terreno donde se juega la credibilidad de los medios y de los expertos. Para mantener la concordancia cognitiva, Amado Líder debe conseguir que la gente descrea de la prensa, de los intelectuales y de la ciencia, acusándolos reiteradamente de poseer agendas maniqueas y antinacionales. No importa si le creen a él; su primera victoria es haber arrastrado a los mecanismos convencionales de contraloría institucional o social al mismo terreno donde él chapotea.

Asumir una fabricación ajena como un proyecto propio es una elección personalísima. Si en las redes sociales seguimos a quienes piensan parecido a nosotros, esa tribalización no es distinta en la vida real —pues el yo-digital es parte del yo-real. Nayib Bukele, por ejemplo, tiene un ejército de seguidores —muchísimos jóvenes— librando en internet batallas en su nombre, como si en vez de un político fuera uno de sus *gamers* favoritos. Y algo de eso hay: la identificación Amado Líder/El Pueblo implica sentirse parte de la misma pandilla. Ponerse la camiseta.

Hoy pareciera que vivimos en una selva frondosa de conspiraciones, teorías oscuras, *fake news* y posverdad. Es difícil saber si existen más ahora que en el pasado —nuevas no son, ciertamente— pero sí está claro que son más visibles, porque circulan más. De hecho, internet y las redes sociales, que han ampliado nuestra vida social, también han ensanchado el espacio de lo político. Y si hay un lugar donde las ‘verdades alternativas’

pueden expandirse sin control, ese espacio es la virtualidad.

Lanzadas las redes, seguro hay pesca.

11 · REDES Y MEDIOS

Señor presidente, cállese

El canal directo con las audiencias traumatiza a los partidos políticos. Las redes descentran a los medios y convierten a Amado Líder en enunciador, editor y Jano bifronte: produce *fake news* y actúa de *fact checker*.

I use Social Media not because I like to, but because it is the only way to fight a VERY dishonest and unfair «press,» now often referred to as Fake News Media. Phony and non-existent «sources» are being used more often than ever. Many stories & reports a pure fiction!

—**@realDonaldTrump**, 2017.

En un magnífico ensayo en *The New York Times*, Nate Sloan y Charlie Harding muestran que somos animales de costumbres, pero muy afectos a los cambios que nos conmueven y agradan. El ensayo es sobre música.[1]

En «The Culture Warped Pop, for Good», Sloan y Harding señalan cómo desde los años '60 del siglo XX la música pop se ha reproducido recurriendo a una estructura repetitiva, es decir, una fórmula: el verso-coro. «El verso establece la escena», escriben, «el pre-coro construye la tensión y el coro alcanza el clímax». Luego el ciclo reinicia. «Es la divertida —aunque levemente predecible— montaña rusa en la que hemos estado montados por décadas».[2]

Esta base compuesta por estructura, clímax y reiteración ha pretendido con éxito meternos dentro de una historia o de un ritmo para hacernos reír o llorar, o suspirar o bailar. Un hit es una emoción tan profunda que se queda con nosotros por décadas. Y aunque es afecto y efecto en la superficie, en el fondo parece una notación de lógica matemática: 1 (verso) + 2 (pre-coro o puente o

transición) › 3 (coro), y luego › 1 + 2 › 3 al menos un par de veces más, (1 + 2 › 3) *2.

Sloan y Harding abren su texto recordando la canción 'You Make Me Feel Like (A Natural Woman)', dominada arriba y abajo por la voz extraterrestre de Aretha Franklin. Es imposible no rendirse a su encanto; Aretha sabía cantar lo que necesitábamos escuchar, incluso si no sabíamos que lo necesitábamos.

La industria discográfica descubrió que el formato era un virus necesario, se apropió de él y puso a sus productores a reproducirlos. (O tal vez los productores independientes lo hicieron por cuenta propia, ya que *era lo que todos querían*.) Sloan y Harding citan un estudio en el cual el teórico musical Jay Summach constató que, para fines de los años '60, cuatro de cada diez hits usaban la estructura verso-coro. Para el final de los años '80, eran ocho de cada diez.*

Verso-coro fue una fórmula próspera. La industria y los artistas vivieron bien de ella durante décadas; los consumidores sabíamos qué esperar. Pero esa previsibilidad trajo consigo problemas: en demasiadas ocasiones, la fórmula predominaba sobre la calidad. Al cabo, parasitada por miles de malas canciones, el modelo se desgastó.

Internet produjo el cambio. Pasados los primeros diez años del siglo XXI, dicen Sloan y Harding, «la mezcla de cambio generacional, la creatividad generada por la digitalización de la producción musical y la dilución de la estructura de arriba-hacia-abajo de la industria, junto con la fragmentación de los medios y las adaptaciones a la economía del *streaming*, deformaron las estructuras de las canciones». Ahora, por fuera de la radio, las canciones son «memes de cinco segundos, bandas sonoras de TikTok de 12 segundos, anuncios de 30 segundos e himnos de clubes de dos minutos y medio».

Sloan y Harding revisaron los Top-40 entre 2010 y 2020 y encontraron que la revolución ocurría delante de nuestros ojos sin que la viéramos. Los autores tomaron la hipnótica 'Bad Guy', de Billie Eilish, para contarnos cómo la transformación se cuela en el día a día como aire sin que lo procesemos racionalmente.

Según los autores, la canción «muestra algunos de los valores que normalmente asociamos con el pop». Y exhiben a continuación cómo los decibeles alcanzan los picos habituales de las canciones con las que crecimos y vivimos, melodías que planean, frases

recurrentes fáciles de cantar, «todo envuelto en un clímax que se repite constantemente y que encaja perfectamente entre los versos». Pero, continúan, el coro es otra historia: las rimas se hacen simples y la voz y los arreglos suenan a susurros de confidencia. Un productor tradicional hubiera mandado al diablo a Billie Eilish. ¿Dónde está el volcán que hace estallar todo en el coro? ¿Dónde está nuestro *All you need is love/ All you need is love/ All you need is love, love/Love is all you need*? ¿Dónde reconocemos el símil a *¿Qué otra cosa puedo hacer?/ Si no olvido, moriré/ y otro crimen quedará,/ otro crimen quedará/ sin resolver*? ¿Cómo te atreves a cantarlo como si estuvieras confesándote, *niña*?

Pero los productores —el establishment— ya no son el punto nodal de la música. Importan, pero sus roles han sido subvertidos y atacados desde múltiples flancos por decenas de productores *indie* y músicos que experimentan en sus estudios caseros y con *apps*. Con tecnologías de producción muy avanzadas a precio accesible, el pop se ha vuelto terreno de prueba, ensayo y explosión. Una maravilla. 'Bad Guy' es un buen ejemplo del nuevo estado de cosas. Billie Eilish ganó el premio a la Canción del Año en los Grammy por ese susurro de combate que grabó en el cuarto de su hermano Finneas.

Sloan y Harding ponen un ejemplo más de esa guerrilla que desmorona hoy las formas en que una industria construyó sus modelos de acumulación: Bad Bunny. El éxito del puertorriqueño, dicen, es «un testamento de que la música pop no sólo está cambiando sino que sus bordes culturales se están ensanchando». Y Bad Bunny es todo lo que no es el *establishment* musical del pop: latino, de *Puelto Lico* —un estado negado en los Estados Unidos— con una música nacida en la marginalidad negra, rechazada igualmente por el pop, los *rockstars* y los ejecutivos. Un músico que para colmo de males usa con fruición el Autotune y los *vocoders* —un sacrilegio en el rock, aunque poco menos en el pop—, un artilugio electrónico que salva la voz de los peores cantantes a fin de que parezcan algo más decentes que Enrique Iglesias.

Pero también hay otros cambios: las canciones, que en el pop duraban un promedio de 3'30», se han vuelto más breves —alrededor de dos minutos— y se producen y liberan con mayor frecuencia y en formatos individuales, no necesariamente en álbumes de diez o doce temas, como era el modelo de *longplay* y CDs que compramos durante décadas. ¿Qué dice esto? Menor duración permite retener mejor la atención dispersa de los

consumidores *online* —todos nosotros—, que saltamos de un tema a otro como pulgas. Asimismo, lanzamientos individuales ayudan a dosificar la producción y a atraer esa misma atención dispersa mediante nuevos 'anzuelos' cada cierto tiempo.

El coro ha sido herido de muerte y, con él, un modo de ser construido a partir de una estructura global basada en la replicación de sinergias —reducir costos de producción, y generar éxitos con mayor rapidez. Sloan y Harding citan a Emily Warren —una compositora de canciones que trabaja para otras nuevas estrellas como Dua Lipa y Khalid—, quien afirma que los nuevos autores han sacudido los formatos de composición. Las antiguas canciones de estructuras rígidas ahora son composiciones fluidas.

Los nuevos músicos, dice Warren, ya no hablan del coro sino del 'anzuelo', y Sloan y Harding sostienen que ese cambio lingüístico —noten que todo cambio lingüístico *expresa* un cambio socio-cultural — sugiere «un cambio en la función social de la música»:

> El mismo término «coro» implica un canto colectivo, mientras que el anzuelo está diseñado para atrapar a los oyentes y hacerlos regresar a escuchar una y otra vez, un método intrigante que sirve a la economía del *streaming*.[3]

La economía del *streaming* involucra una competencia incesante para conseguir que las personas consuman de manera recurrente un producto que deben distinguir entre múltiples formas de atención y/o distracción. Por eso necesitas que el 'anzuelo', el 'gancho' —el *hook*— pesque todo el tiempo. Como sucede con las series de TV —que dieron paso al mundo del *streaming*— empiezan con un anzuelo, cuelgan anzuelos en el medio y nos ponen el último *cliffhanger* para que nos enganchemos a la próxima emisión —o canción o sesión. El anzuelo siempre está y debe estar, porque el consumidor debe permanecer con nosotros. No me abandones, quédate conmigo: te daré lo que necesitas.*

¿Suena musicalmente encantador? ¿Un anzuelo no sirve acaso para atrapar a un pez, incluso al más grande y resistente, y tenerlo allí, vivo, hasta que se canse, se rinda, y me lo pueda comer? ¿No suena musicalmente encantador?

Y de otro modo, ¿no suena políticamente conocido? Porque, si hemos cambiado el modo en que producimos y vivimos la música, ¿por qué no hemos de cambiar otra de las formas de la experiencia humana, como es crear y vivir la política? ¿Acaso el movimientismo

populista no socava estructuras escleróticas del *establishment* democrático? ¿Acaso sus formas no se articulan desde fuera hacia adentro o, para seguir el ejemplo musical, desarticulan la estructura desde-arriba-hacia-abajo? ¿Acaso muchas de sus prácticas —como la idea de horizontalidad en las bases, o la transmisión veloz de demandas de abajo hacia arriba— no son ejercicios saludables para el diálogo y la representación políticas?**

El populismo es 'Bad Guy': otra estructura en el discurso —el formato de la canción—, ganchos permanentes para atrapar las emociones y crear necesidad de volver una y otra vez al canto gregoriano de Amado Líder. Y un uso incesante de las redes que, claro, ha desestructurado a los partidos (la industria discográfica de la democracia representativa). Amado Líder es un productor independiente: crea su mundo —sus canciones sin verso-coro— a gusto y las entrega directamente a sus seguidores. El populismo se llevó la música a otra parte.

La obra del artista alemán Hito Steyeri se desarrolla en la intersección entre imagen, medios y tecnología. Escribió en «Technology Has Destroyed Reality»:

> Las nuevas élites en muchos países occidentales ya no son cosmopolitas y globalistas, sino aislacionistas e identitarias. Antes se suponía que la tecnología debía conectarse y mediar. El mundo en línea parecía una visión Disney del multiculturalismo, promoviendo la tolerancia estéril desde arriba. Ahora la tecnología divide y fragmenta; identifica y clasifica a las personas.4

VESTIDO (Y MAQUILLADO) PARA MATAR

Conocí a Nayib Bukele en mayo de 2016. Bukele era el alcalde de San Salvador, cargo al que llegó después de dirigir Nuevo Cuscatlán, un enclave de siete mil personas al suroeste de la capital salvadoreña. En Nuevo Cuscatlán, Bukele se hizo notar porque, tras ganar su elección con 3.800 votos —apenas 300 más que el otro candidato—, convocó a sus seguidores a salir a las calles para desafiar un fallo judicial. Los medios le dieron intensa cobertura y el país —aliados, opositores— puso su atención en él. ¿Qué hacía este niño actuando con plan propio? Tres años después, Bukele sería electo alcalde de la capital. Su estrella fulguraba.

Cuando lo conocí, Bukele tenía 34 años y era tema habitual de conversación en El Salvador. Estaba anunciado para participar en

una mesa sobre violencia en el Foro Centroamericano de Periodismo, ForoCAP; un día antes, Bukele promocionó su presencia en Twitter: «Para los que puedan ir, creo que va a estar interesante». El ForoCAP es organizado por el periódico digital *El Faro*, uno de los medios mejor producidos de América Latina, que tenía a Bukele en alta estima. Por entonces, Nayib —como todos le llaman en corto— asomaba como un tipo fresco e inteligente, necesario para modernizar al FMLN, el partido con el que la guerrilla de izquierda se había insertado en la vida política salvadoreña tras los acuerdos de paz de 1992.

Bukele llegó sobre la hora y entró al salón por un costado del recinto, repleto con unas doscientas personas. El público giró para verlo y los responsables de *El Faro* se pusieron de pie a saludarlo con sonrisas. Yo estaba en el sector de la audiencia por el que Nayib entró; pasó justo a mi despidiendo un aroma a perfume fresco, pero no fue lo que más me llamó la atención. Nayib Bukele es un muchacho de estatura mediana, lleva siempre el pelo negrísimo peinado hacia atrás con gel y la barba cortada con destreza. Ya entonces usaba camisa blanca sin corbata, y un traje oscuro tocado con el delicado detalle de un pañuelo en el bolsillo del pecho. Elegante e informal a la vez, suficiente para destacar. Pero lo más interesante, y que atrajo mi atención, estaba en su rostro: iba maquillado.

Nayib Bukele siempre ha sido consciente de que un político necesita hacerse notar. Se dedicó a la publicidad durante años antes de volcarse a la política, donde ha sido tan exitoso que en menos de una década llegó a la presidencia de El Salvador respaldado por una mayoría aplastante que ha desarmado por completo a la oposición del FMLN y de ARENA, los partidos que por la izquierda y por la derecha gobernaron el país durante treinta años.

Aquella vez en el Foro, ocupó la silla central del panel, con un editor de *El Faro* a su derecha y un analista internacional y un historiador a la izquierda. Bukele mantuvo la espalda erguida casi todo el tiempo, la sonrisa medida y la mirada dirigida siempre a alguien para conectar. Cuando comenzó la charla respondió con frases breves —como tuits—, pero a medida que avanzó la conversación, más relajado, comenzó a desgranar una anécdota tras otra, como el viejo amigo que regresa de un viaje por el mundo y nos enamora con sus aventuras.

En la superficie, esa simpleza le ha servido: no hay proyecto de

autócrata populista latinoamericano que luzca más lozano y moderno que Nayib Bukele.

[·]

«El Salvador es un país que no se siente querido, pero saca esperanza todo el tiempo quién sabe de dónde», me dijo desde Washington una tarde del verano de 2021 el periodista José Luis Sanz, exdirector de *El Faro*. «Se ha enamorado de un presidente que dice quererlo y se siente, él mismo, el más querido de todos».

Bukele tomó el terreno populista que antes habían abonado dos presidentes en las antípodas ideológicas, Antonio Saca y Mauricio Funes, pero en la misma página de la ambición personal. Saca, que gobernó entre 2004 y 2009 por ARENA, era un político campechano amante de tener tiempos largos al micrófono para desplegarse en una panoplia de promesas y el pedido permanente de elogios. Su sucesor, Funes, tenía habilidad para comunicar, pero era demasiado displicente y soberbio —quizás por eso. Durante su carrera como periodista, Funes ganó el premio Maria Moors Cabot de la Universidad de Columbia —por promover la libertad de prensa—, pero ya como presidente se enfrentó a los medios.*

Lo que los diferenciaba era el carné —Saca era de derecha, Funes de izquierda—, pero lo que los unía era más poderoso: se creían con derecho a más que el resto. Por eso Saca y Funes fueron juzgados por corrupción tras dejar la presidencia. El primero acabó condenado a diez años de prisión; el segundo se fugó a Nicaragua —Ortega le dio asilo—, acusado de desviar más de 300 millones de dólares del erario. Dos proyectos de país disímiles, la misma pasión personal por las cuentas bancarias gordas. Que sean populistas sólo hace más grave lo que otros crápulas ya hacen —porque al menos los otros no dicen ser voceros de los pobres mientras se joden el dinero que debe servir para atender a esos pobres.

Un tercer elemento necesario para la emergencia de Bukele fue el tecnócrata conservador Francisco Flores, predecesor de Saca. Flores también hizo profesión de fe con y contra los medios. Primero los usó para acusar a la oposición y a la Justicia de proteger a los pandilleros de la MS-13 y «dejar a un lado a las víctimas» y luego se distanció casi por completo de la prensa, eligiendo selectivamente con cuándo, cómo y con quién hablar.[5]

El cuarto elemento estaba algo más atrás: José Napoleón Duarte,

un político astuto, vibrante comunicador —ganó concursos de oratoria en inglés mientras estudiaba ingeniería en Notre Dame University— y dueño de un carisma arrasador. Duarte gobernó dos veces El Salvador, en la primera ocasión como cabeza del contragolpe cívico-militar de 1980, y a continuación elegido como presidente en 1984. Miles de personas lo esperaron en el aeropuerto a su regreso del exilio venezolano para encabezar la junta; el país atravesaba una crisis económica profunda, a la que no ayudaban los combates incesantes entre la ultraderecha militar y la guerrilla. La capacidad para conectar con las personas en medio del desastre hizo pervivir como un canto nacional el *motto* de sus seguidores: 'Con Duarte aunque no me harte'.6

Bukele tiene atributos que recuerdan a sus predecesores en el poder: el carisma de Duarte, el desdén de Flores, la soberbia de Funes, el gusto de Saca por dominar la conversación. Pero, a la vez, posee una habilidad que los demás no manejaban con idéntica destreza: su entendimiento intuitivo de los símbolos y de la necesidad de emplear la comunicación de masas a cada instante.

De cuanto Amado Líder ha gobernado en la región desde 1990, Bukele es quien mejor entiende el nuevo ambiente líquido de la política digital. «Hasta él, los presidentes eran un instrumento del partido porque, en un país fragmentado en un bloque de izquierda y otro de derecha, para el votante lo importante era la bandera», me dijo Sanz. «El país estaba listo para un Bukele, porque las experiencias fallidas de los gobiernos dejaron vacía la institucionalidad de los proyectos políticos de la posguerra: esto era una casa esperando ser habitada».

El FMLN se extravió con Flores y con su sucesor, el intrascendente Salvador Sánchez Cerén, pero ARENA tampoco fue capaz de producir una oferta atractiva. Para las elecciones de 2019, las maquinarias del bipartidismo habían dejado de funcionar. Ese año, Bukele se convirtió en presidente de El Salvador tras ganar una elección improbable. Consiguió el 53 por ciento de los votos tirando de su formidable carisma, compitiendo bajo el cascarón vacío de un partido menor —GANA—, una formación de ultraderecha cuya personería 'alquiló' tras ser expulsado del FMLN.

Poco más de un año después, ya en la presidencia, validaría su capacidad arrolladora. En las elecciones para renovar la Asamblea legislativa, a inicios de 2021, Nuevas Ideas, el partido que Bukele creó tras abandonar también a GANA, obtuvo el 66 por ciento de

los votos: 56 de 84 bancas, la mayoría absoluta.

El *millennial* que presidía desde Twitter tenía ahora una nación para él.

[·]

Bukele es un *performer*. En 2018 viajó a Israel y rezó y lloró ante el Muro de los Lamentos. Muchos vieron allí un gran gesto por parte de un descendiente de palestinos. Poco tiempo antes de aquel viaje a Jerusalén, participó en la Asamblea General de las Naciones Unidas y se tomó una selfie en el estrado. La foto de un sonriente presidente *millennial* enamoró a la prensa del mundo. ¿Acaso no queremos renovación, frescura, 'nuevas ideas'?

Hubo más: en ese viaje de 2019, Bukele expuso la distancia con la que muchas personas —en especial, los más jóvenes— observan hoy la política pre-digital. La ONU realiza su Asamblea General con la liturgia de la posguerra, con los representantes de todos los países viajando a New York, a fin de que las naciones del mundo puedan dialogar una vez al año. Esa mecánica es producto de un mundo donde apenas había teléfonos, mucho menos Zoom y los viajes en avión no eran tan comunes. Bukele sostuvo que el formato de la Asamblea era «obsoleto», y tiene razón. En 2020, cuando la reunión fue celebrada a distancia por la pandemia, su brecha generacional con la 'adultocracia' que dirige los grandes organismos fue todavía más tajante:

> Este año [la Asamblea General] se ha vuelto tan irrelevante que ni siquiera se ha discutido su irrelevancia. Para la gran mayoría de la población mundial es casi como si no existiera. La mayoría de la gente no solo no verá estos discursos, sino que, o ni siquiera se acuerda que esta Asamblea existe, o, dependiendo de su edad, nunca supo que existió.[7]

La crítica de Bukele tenía una dirección: los modos políticos del siglo XX no pueden replicarse en el siglo XXI sin considerar si mantienen su pertinencia. Si este es el siglo de los ciudadanos, no de las instituciones, entonces organizaciones como la ONU tendrán que aprender a dialogar de manera más frecuente, directa, simple y eficiente. No pueden ser la RAE de las naciones del mundo.

Bukele adora Twitter. Tiene la capacidad para convertir cada movimiento y palabra en un acto comunicacional. En cierta ocasión

se entrevistó con Residente, el cantante de Calle 13: estallido tuitero. Su pose orando en la Asamblea salvadoreña estaba diseñada para promover su confesión posterior —que Dios le pidió *directamente* que actuase con calma. También hizo hablar al mundo con una fotografía de casi un centenar de mareros sentados uno detrás de otro, con las cabezas gachas y las manos esposadas a la espalda, en una prisión salvadoreña, una especie de coreografía morbosa que tenía el único fin de testimoniar que, apenas llegado al cargo, había un nuevo *sheriff* en el pueblo al que no lo atemorizan los pandilleros.

La consigna: que hablen. Que vean. El foco siempre sobre uno: uno es el mensaje.

En otra ocasión, apenas electo, Bukele se paseó en un Ferrari a gran velocidad, como un jovencito recargado de adrenalina deseoso de conducir el auto de sus sueños. El *show off* fue repudiado por toda la clase política salvadoreña, pero su tuit obtuvo todavía más pulgares alzados entre los miles que festejaron la audacia. «Den la bienvenida a la nueva estrella de la política virtual, Nayib Bukele, el *millennial* que oficia de presidente de El Salvador dentro y fuera de Twitter», escribí poco después:

> En un lapso de semanas, Bukele anunció en redes sociales trivialidades tanto su jet lag y el tatuaje de henna de su esposa como sus críticas a la oposición o una defensa de su veto a una reforma legislativa. Desde su misma cuenta [de Twitter], Bukele ordenó aislar a dos presos, remover a un funcionario, a otro y a un tercero, y exigió al ministro de Hacienda que pida dinero a la Asamblea para comprar uniformes nuevos a la policía y el ejército. Ah, y por su fuera poco, dijo que es el presidente más *cool* del mundo.[8]

Bukele es parte de una creciente ola de líderes que gobierna empleando Twitter como oficina de prensa personal, pero sin cometer la ingenuidad de sacar los pies de la política real. En la vida virtual construyen poder simbólico; en la real, el real, y ambos se retroalimentan. Bukele cimentó su breve y presurosa carrera floreándose con frecuentes actos de propaganda, escalando y utilizando la maquinaria propagandística del FMLN para consolidar su estrategia personal más allá del partido. La prensa veía en él a un joven vital, aceptable, con una voluntad singular para ensayar ideas distintas. «Estaba muy atento a la legitimidad externa», me dijo un empresario salvadoreño. «Era el nuevo espíritu que podía alargar la

fantástica historia que todos querían contar del FMLN: una izquierda renovada capaz de ser moderna. Y todos nos fuimos con la finta».

La combinación de política real y virtual es bien conocida por los megacomunicadores populistas. Además de llevarla a cabo en decenas de actos públicos y discursos en cadena nacional, cuando presidía Argentina, Cristina Fernández se empleaba a fondo en diatribas contra sus opositores a través de su cuenta de Twitter. Evo Morales se refugió allí tras verse obligado a dejar Bolivia. Nicolás Maduro convirtió su *handle* en un motor de propaganda de un país ficticio, la Venezuela bolivariana donde todo es perfecto. (Si hubiera conocido Twitter a tiempo, Chávez habría sido una estrella aun más rutilante que en su radioteatro 'Aló, Presidente'.) El presidente de Brasil, Jair Bolsonaro, combina todo en la red: ataques para degradar a la oposición, anuncios de gobierno, grandilocuencia personal y un nacionalismo de macho.[9]

Ese camino, por supuesto, puede tener pedregullo. «Hashtag #PresidentesParenUnPoco» escribí en *The New York Times*:

> Los ciudadanos pedimos a nuestros gobernantes que respondan por sus decisiones, pero gobernar a través de las redes sociales o con monólogos subidos a YouTube —como las conferencias matutinas del mexicano Andrés Manuel López Obrador—, no estaba en los planes de los redactores de nuestras constituciones. Hay algo jodidamente complejo en los presidentes que usan Twitter y Facebook como canal de gobierno: sus cuentas esquivan a las instituciones y a cualquier mecanismo de control tradicional de las democracias y ponen al líder en contacto directo con las masas. Sin intermediarios, dicen y hacen lo que quieren. Y esta no es la mejor noticia para la gobernabilidad, especialmente en América Latina, una región con democracias en consolidación o, incluso, tambaleantes.[10]

DEL CAFÉ DE LA ESQUINA A WHATSAPP

A lo largo del siglo XVIII, la política dominó la escena sin demasiadas voces alternativas fuera de los espacios institucionales. Los primeros medios de comunicación de aquella época fueron una extensión del debate político: partisanos, confesionales y decididamente subjetivos. La emergencia de los medios masivos —en el siglo XIX— introdujo un elemento de control no institucional: las empresas de prensa tenían mayor o menor independencia

editorial de sus propietarios y cada vez estaban más formalmente alejadas de los partidos. El periodismo profesional independiente es un fenómeno propio del siglo XX, inmensamente benéfico para la democracia, pues se separó de la adscripción a ideologías orgánicamente asociadas a un partido, a una empresa o a una institución.

Durante el siglo pasado, los medios intermediaron entre las élites y la ciudadanía. Tenían el cuasi monopolio de la distribución del discurso público y administraban y curaban la agenda de lo dicho y publicable. Cuando el mundo era analógico, tenía sentido emplear el canal de los medios. Para un político, resultaba eficaz convocar a una conferencia de prensa para, en un solo acto, distribuir sus proclamas a decenas de periódicos, radios y canales de TV que los harían llegar a millones de personas. La sinergia era positiva también para las empresas: una sola página de publicidad pagada en los medios principales de un país permitía dar a conocer los productos en un número significativo de hogares distribuidos por todo el territorio. La voz pública era, en gran medida, la voz publicada.

En la era de los medios de comunicación masiva —que coincide casi enteramente con el siglo XX hasta el lanzamiento comercial de internet a mediados de los años '90— la política se hizo crecientemente telemática: de la calle pasamos al plató. Los medios han tenido un espacio significativo como escenografía y canal de la política con esa masificación. La primera elección 'mediática' tuvo lugar en 1960, con los cuatro debates televisados entre Richard Nixon y John Fitzgerald Kennedy por la presidencia de Estados Unidos.[11] Nixon llegó sin preparación argumental ni de modo decisivo, estética. El primer debate fue determinante. El republicano no quiso que lo maquillaran, usó un traje gris —aplanado por la TV en blanco y negro— y sudó ante la cámara, incómodo; transmitía una imagen a veces débil y otras irritable. Kennedy, en cambio, apareció bronceado, aceptó el maquillaje y vistió un traje oscuro que resaltó su figura; entendió bien que la cámara era algo más que una cámara: una ventana que conectaba a un candidato con un ciudadano atento en el sofá de su hogar.[12] Después de aquel debate inaugural, Nixon no fue capaz de revertir su mala imagen, muy a pesar de sus intentos.

Los partidos han desplegado sus estrategias en los medios durante décadas, y lo siguen haciendo, aun cuando internet ha

adquirido un papel cada vez más preponderante. En los debates para la presidencia de España en 2019, los candidatos llegaron en forma —los de la izquierda y los de la derecha— con el afán de vender una apariencia atractiva. Cada uno apeló a sus *catchphrases* o eligió con cuidado a sus contrincantes con el objetivo de atraer la atención sobre sí mismo. El líder de Ciudadanos, Albert Rivera, por ejemplo, recurrió a la parafernalia, su marca de estilo.

En el pasado analógico —tal vez coincidente con el periodo entre los notables y los cuadros políticos—, las personas participaban de asambleas presenciales, que podían ser sucedidas por una protesta callejera. Los partidos podían leer ese escenario previamente, con margen suficiente para organizar luego una manifestación, que siempre tomaba su tiempo. El radio de acción de los intercambios —cuántos individuos podían interactuar en un mitin, y a cuántos se podía llegar después mediante el boca a boca o el correo— era acotado; la simultaneidad no era factible. Una llamada telefónica era una llamada telefónica, no un mensaje instantáneo por Telegram en un grupo de 200.000 personas.

El desarrollo tecnológico ha transformado el espacio en el que opera el enojo —porque ha alterado toda la experiencia vital de las personas y las sociedades. La retroalimentación es continua. Twitter, Facebook o YouTube están abiertas 24/7 en todo el mundo y con bajísimas barreras de entrada. Con la mediatización primero y la digitalización de las relaciones luego, el desacuerdo, la oposición y la crítica pueden mostrarse de manera espontánea y masiva en cuestión de horas.

Internet desintermedió a los medios. La red los desenredó, poniéndolos fuera del circuito de transmisión que controlaban, y facilitó el contacto entre aquellos que necesitaban de intermediarios para hacerse oír. El político que antes llamaba a conferencia de prensa hoy puede distribuir contenido en un abanico de plataformas bajo control de sus equipos. Los *newsrooms*, las redacciones de los medios, han perdido el control de la producción social del discurso publicable que tuvieron durante el siglo XX. El nuevo público tiene demandas que condicionan la operación de los medios, y cuentan con ofertas múltiples para hallar lo que buscan si no les responden satisfactoriamente. Las audiencias ya no son cabritos de matadero.

¡FOSFO, FOSFO!

En 2019 nació en México el partido Redes Sociales Progresistas. Su nombre remite a sus dos afinidades: campañas virtuales y una supuesta filiación al centroizquierda. RSP fue señalado como una pantalla para el regreso subrepticio a la política de la exjefa del sindicato de maestros de México, la poderosa Elba Esther Gordillo.[13] 'La Maestra' —como se le conoce popularmente— había sido enviada a prisión en 2013 por lavado de dinero y delincuencia organizada pero fue liberada después de que los fiscales no pudieron probar su culpabilidad.[14]

En las elecciones intermedias de 2021, RSP fue un ejemplo de cómo las malas formas de la acción política pueden disfrazarse con ropajes modernos. Presumía ser liberal y ajeno a las prácticas del pasado, al punto de que pedía a los votantes de sus primarias que eligiesen a sus candidatos a través de una aplicación —Mi Apoyo RSP— instalada en sus *smartphones*.[15] Además, apostaba con osadía: en San Luis Potosí y Zacatecas promovió como candidatas a gobernadoras a dos mujeres transgénero. También contribuyó también a la sección grotesca y felliniana de las elecciones mexicanas postulando a Rocío Pino, una pulposa modelo de OnlyFans, apodada La Grosera. Sin propuesta política, La Grosera sacó ventaja de lo que tenía: aparecía en toda su propaganda reventando la imagen con sus tetas, convirtiendo el pecho en oferta electoral. En caso de ser elegida —prometió— haría que las mujeres pudieran ponerse implantes de silicona, pagadas por la seguridad social.*

RSP no alcanzó los votos suficientes para mantener su registro electoral, pero otros personajes del nuevo show electoral mexicano obtuvieron bastante más. Samuel García, un muchacho con más dinero que ideas, ganó la gubernatura del poderoso estado industrial de Nuevo León, en el norte del país. Reemplazó así a otro *insider outsider*, Jaime Rodríguez Calderón, El Bronco, un exalcalde que había abandonado al PRI cuando observó la debacle del viejo partido-Estado y compitió por el cargo como independiente. García no tenía mucho que ofrecer salvo la habilidad de su audaz pareja, Mariana Rodríguez Cantú, una *influencer* de Instagram creadora de una marca de cosméticos y con numerosos seguidores en varias plataformas digitales.

El matrimonio Rodríguez Cantú-García importa. Durante la campaña, ella movilizó a miles de jóvenes hacia su partido —Movimiento Ciudadano— creando un *reality show* donde exhibía la

vida con García. El segmento, similar en filosofía a 'Keep It Up With The Kardashians' o 'The D'Amelio Show' pero con mucho menos presupuesto, confiaba en que la notoriedad de la pareja convirtiera su día a día en un inductor del voto. Todo se reducía a producir videos mundanos; nada de propuestas, pura exhibición. En una ocasión, se ve a García caerse de una patineta y en otra caer al piso otra vez tras fallar al patear una pelota de fútbol. En una tercera oportunidad, García contó cómo debía ganarse la mesada 'sufriendo' por tener que acompañar a su padre a jugar al golf los sábados por la mañana, después de una noche de juerga. La pareja, que todo el tiempo parecía dar a entender que su negocio era la notoriedad, montó además un video de campaña con varias estrellas del rock y de la música norteña, ya veteranas pero todavía reconocidas. En otra ocasión, mientras García enumeraba los pueblos que había visitado durante la campaña, Rodríguez Cantú decidió ignorarlo y giró la cámara hacia sus tenis de un rojo furioso. «Fosfo, fosfo», los describió.

Medio México habló de ellos. Los Rodríguez Cantú-García sabían en qué juego estaban y ese no era el debate programático del futuro del mayor estado industrial de México: era hacerse más conocidos y queribles por el gran público para ganar. Gobernar sería algo que pensarían más tarde. Mientras, para quedarse con el triunfo, toda su comunicación debía tender a ser viral: llegar más rápido, más alto, más lejos. Por lo tanto, cada segmento de video debía ser empaquetado para consumo y retransmisión inmediata. Espontaneidad, brevedad y, si hay algo que parezca políticamente denso, presentarlo con naturalidad campechana: cada consumidor debía sentir que los Rodríguez Cantú-García eran como ellos.

La intuición le dictaba a Mariana Rodríguez Cantú que los seguidores normalizarían sus comportamientos porque se identificarían con la pareja. Una vez, mientras transmitía para su cuenta de casi dos millones de seguidores en Instagram, García se enfadó con ella por el encuadre del video: «¡Que bajes la pierna! ¡No andes enseñando la pierna! Me casé contigo pa' mí, no pa' que andes enseñando». Rodríguez Cantú se disculpó: «Perdón». Un mar de críticas cubrió a García —en especial del movimiento feminista —, pero no importó: su figura seguía acumulando más favores que cuestionamientos.

En Instagram —el mercado de origen de Rodríguez Cantú— es donde mejor se aprecia el narcicismo orientado al consumo público.

La pareja se exhibe en videos y fotografías vistiendo de manera impecable, posando en sus viajes, actuando los rituales políticos. Rodríguez Cantú tanto vendía su marca de indumentaria como a su marido: todos productos.

El exhibicionismo es un signo de época: la vida personal ocupa el centro de un show personal constante del que participamos todos y en cuyo consumo y crítica nos moldeamos. La performance tiene cada vez más centralidad como acto social y político. Los videos de 'Mariana Rodríguez de García' —como se presenta en Instagram— no son distintos a los videos que cualquier joven puede ver en los canales de YouTube de Mr. Beast; o a los de la pequeña Maliya Kabs cantando 'Bidi Bidi Bom Bom' de Selena sin saber una palabra de español; o a la visión de Nathan Apodaca recorriendo una calle en su *skate* mientras actúa en TikTok una refrescante mímica del 'Dreams' de Fleetwood Mac. Gente común mostrando vidas comunes.

Funciona. A los 33 años, Samuel García fue elegido gobernador de Nuevo León. Muchos de sus votantes decían estar cansados de la caterva de políticos tradicionales. El *establishment* dio a García la oportunidad soñada por un *outsider*. Miembro reciente de las élites —su papá hizo carrera como abogado y fiscalista viniendo de una familia pobre—, no provenía del riñón del poder político. De hecho, la sociedad de Nuevo León castigó al *establishment* político como antes lo hizo votando a su predecesor, El Bronco. La principal amenaza de García, Clara Luz Flores —candidata del partido de AMLO— fue exhibida durante la campaña en un video mientras conversaba en privado con Keith Raniere, el líder de la secta NXIVM, de significativa inserción entre las clases acomodadas de México.[16] Flores primero negó y luego admitió, desafiante, que sí conocía a Raniere, sentenciado a 120 años de prisión por tráfico sexual entre otros crímenes.[17] Su derrota fue leída como otra derrota más de la vieja clase política. «En México, una *influencer* ayuda a su marido a ganar una gobernación estatal», tituló el servicio en inglés de The Associated Press.[18]

CÓMO CREAR QUALUNQUISMO

Las innovaciones técnicas siempre han producido transformaciones económicas, políticas, sociales y culturales. El mundo lleva siete décadas continuas de aceleración e intercambios simbólicos y

materiales tras las sucesivas expansiones de la telefonía, la radio, la TV abierta y por cable, internet, la telefonía móvil y las redes sociales.* Las redes han facilitado tanto la aparición espontánea de solidaridades globales como la propagación del votante nihilista, así como en el pasado otras formas de comunicación favorecieron la apatía en contextos de agotamiento social con el *establishment*, incluyendo a los partidos y a otras estructuras formales del sistema.

Hoy las redes concentran buena parte de la discusión de la polis. Facebook es el viejo mercado de la plaza donde se reúnen la mayor cantidad de vecinos; a Twitter fueron a parar periodistas, intelectuales y profesionales: un café universitario. Instagram vende la imagen personal: ¿una disco, quizás? Por lo que toca a WhatsApp y a Telegram, proveen a sus usuarios de una sinergia instantánea que antes no ofrecieron el teléfono, la TV o Skype: voz, fotografía, videos, llamadas en grupo, grupos de discusión. *Feedback* inmediato. Un centro de comunicaciones en la palma de la mano.

Los múltiples cambios en la forma en que consumimos, compartimos y gestionamos información afectan toda nuestra vida y, por supuesto, inciden en las capacidades de los partidos para llevar la voz de la gente. Una movilización para pedir X-cosa se organiza y activa por WhatsApp a la velocidad de 12 parsecs del Millennium Falcon, mientras que la solicitud de una cita con el representante fulano, a quien queremos presentar esa misma X-cosa, dormirá meses en una mesa de entradas con una pila de documentos manchados de Coca-Cola y grasa de hamburguesas. Fue tan poderoso el movimiento de indignados del 15-M —miles y miles de jóvenes desperdigados por las principales ciudades de España entre 2011 y 2012— que los partidos quedaron rebasados, incapaces de captarlos. Allí estuvo el germen de Unidas Podemos, que literalmente se propuso acabar con el bipartidismo español —lo dice su manifiesto fundacional— y se convirtió en una fuerza de impacto en las elecciones de 2015 al Parlamento Europeo. En 2019, a sólo cinco años de su surgimiento, la agrupación había puesto a su líder, Pablo Iglesias, en la vicepresidencia de España.

Fast food politics, *tweet politics*: rápido, pronto, consumible, digerible, y a otra cosa. Por eso los nuevos partidos son más movimientos que estructuras partidarias al uso: necesitan flexibilidad en un mundo de intercambios y modificaciones frecuentes. La rigidez cruje. El electorado es fluido y cada vez menos partidos pueden reclamarle lealtad. Hasta nueve millones de

personas que votaron para reelegir a Obama en 2012 lo hicieron por Trump en 2016 —«Pista: tiene que ver con raza», publicó el medio digital *Vox*[19]. Del mismo modo, un significativo número de ciudadanos que durante dos décadas votaron por populismos más o menos institucionalistas en la Ciudad de México, le dieron la espalda a López Obrador en las elecciones intermedias de 2021 y otorgaron su favor a la alianza del PRI-PAN-PRD.*

Hoy vivimos una riquísima conversación pública en las redes —bar sin barra, asamblea sin moderadores— que, por las condiciones propias de las plataformas, carece de un centro convencional. La charla, como el conflicto, se mueve. Introducirse en el río crecido de Twitter o Facebook es como estar dentro de un espacio donde confluyen varios mundos simultáneamente. La sensación de confusión es gráfica: vemos pasar un incesante volumen de datos, interacciones, sucesos. Como si fuésemos Max Cohen, el matemático teórico de 'Pi', la película de Darren Aronofsky, el mundo se nos revela como un carrusel confuso de cifras y fórmulas y dígitos y procesos que flotan a nuestro alrededor mientras nosotros permanecemos paralizados en el centro de un vacío blanco.**

Claro, es muy difícil, si no imposible, dirigir cualquier cosa en un estado de asamblea y confusión permanente. Sea un club de fútbol, una familia o un país. En la discusión perpetua —incluidos el griterío y la alharaca—, nada se concreta, el intercambio es enérgico, vivaz. Y aunque pueda ser interesante explorar nuevas ideas, en algún momento es preciso llegar a acuerdos, y para eso es precisa alguna pausa.*** No hay mucha posibilidad de diálogo cuando la conversación es inaudible y los que debieran oficiar de curadores —los representantes de los partidos— no son confiables.

El enojo siempre busca un camino. Las candidaturas más o menos espontáneas —incluidas las *freaks*— son buenas para visibilizar y dar forma al hartazgo del momento, pero no necesariamente resultan eficaces para resolver la gestión de la cosa pública. Candidatos milagreros siempre hubo; hoy son más porque la crisis de representatividad se ha extendido, y son también más visibles porque la posibilidad que tiene cualquiera para hacerse oír es mucho mayor. Este es el resultado: el hombre común, el *qualunque*, rompe con la intermediación: se ofrece él mismo a presentarse, ya no ser representado.

El llamado de atención no es circunstancial: las redes han transformado la discusión pública y la gestión de la política. Trump,

el mismo Obama con sus equipos, los movimientos mexicanos; Vox y la ultraderecha española. El feminismo. La Primavera Árabe fue otro producto de los intercambios digitales. Unidas Podemos no es nada ajena a ellos; el macrismo argentino. Nayib Bukele. Y por supuesto, operaciones de engaño masivo para condicionar o dirigir los votos, como el empleo de millones de perfiles psicográficos de Facebook por parte de la compañía Cambridge Analytica a favor de Trump en las elecciones de 2016 y en al menos otra media docena de procesos electorales en el mundo, incluido el Brexit británico.

El reino digital es vasto y su potencial aun parece amplio para lo sublime y lo perverso. Cuando las redes sociales son útiles para salvar vidas es inevitable agradecer su existencia, pero el átomo que nos mantiene vivos también puede producir devastación. El uso oscuro de las plataformas digitales es notorio porque siempre es más fácil destruir que crear. Las campañas sucias que existían en el mundo analógico se sofisticaron con las nuevas tecnologías, que también amplían su potencial para el daño. Más rápido, más alto, más lejos.

Como Amado Líder se plantea desarticular el sistema, no es inusual que se aplique a los usos nocivos de la tecnología. Ha sucedido y sucederá, pues el quid de la cuestión no radica en la herramienta sino su uso: qué decides hacer en la vida está alineado con tus valores. Si alguien quiere jugar sucio, el arsenal de mugre disponible en el mundo pre-redes se ha ampliado en el universo de las redes. Si en el pasado se lanzaban rumores, hoy se crean *conversaciones* y *temas* —muchos de ellos, *fake news*. Si antes los partidos tenían espías y topos, ahora se interviene en intercambios reales entre usuarios y grupos con cuentas fantasmas.

Las redes proveen aceleración y distribución a escala mundial para las malas artes que un grupo antes apenas podía ejecutar a nivel local debido a sus limitaciones técnicas. Compañías tecnológicas contratadas por movimientos o partidos con el afán de ensuciar la escena pública, crean cientos o miles de usuarios de «alta actividad» —*bots*— que introducen mensajes distorsionadores como antes se activaban difusores de información sucia. En el escándalo de Watergate, el Partido Republicano envió 'plomeros' a robar información a la sede del Partido Demócrata: hoy hay *phishing* pero a veces ni siquiera es necesario, pues ya regalamos detalles de nuestras vidas si leemos un periódico en línea, compramos en Amazon o comentamos en Facebook.

Capturar información no es tan complejo y usarla para favorecer malas ideas tiene hoy más posibilidades que nunca. Durante las elecciones españolas de 2019, fueron creados millones de tuits a favor de Vox y contra la migración islámica. Otros *bots* en otras ocasiones han intervenido a favor de Maduro, Bolsonaro o Trump.

El objetivo es tan sofisticado como crear y apuntalar falsas narrativas a través de plataformas múltiples, de manera cruzada, a fin de dejar poco espacio de decisión independiente a un elector. Machacar, seleccionar y realzar hechos favorables, ocultar los negativos y privilegiar mensajes que emocionen. Miedo, enojo e ira, frustración revolventes. Odios. Un cóctel oscuro. La guerra psicológica tiene mucho por ganar en el mundo digital. Pero el problema no radica en la herramienta: un martillo sirve para clavar un clavo o romper una cabeza. Quién y para qué lo usa es el asunto.

El medio ayuda, claro, pero lo central es, siempre, el mensaje.

[·]

Italia, fines de la Segunda Guerra Mundial. En Roma vive el periodista Guglielmo Giannini, que está un poco harto de los partidos y crea un semanario, *L'Uomo Qualunque* —El Hombre Cualquiera— para dar a conocer su frustración. Era un periódico de lenguaje llano y directo, vulgar y procaz, y fue un éxito: conectó con miles de personas hartas como Giannini. *L'Uomo Qualunque* llegó a vender casi un millón de ejemplares y en poco tiempo dio un paso hacia la política con el Frente del Hombre Cualquiera, su movimiento.

La formación no tenía programa más allá de algunas proclamas absolutas: la desaparición del Estado como actor económico, impuestos bajísimos, el rechazo a los sindicatos tanto como a los empresarios. Todos eran ladrones, abusivos o corruptos, decía. Su ideología era un guiso donde convivían fascistas y libertarios anti-Estado, pero empatizaba con los inconformes a partir del enorme descrédito que tenían los partidos y los políticos tradicionales entre la población. Giannini mismo abogaba por una suerte de libertad absoluta cercana al anarquismo, pero no tenía demasiado amor por la izquierda, y de hecho odiaba a los comunistas. Por él, el *qualunquismo* comenzó a designar a un tipo de apatía política extrema. Su eslogan era un canto al nihilismo: *'Abasso tutti!'*. 'Abajo todos'. Que se vayan todos.

Cuento corto: los *qualunquisti* se convirtieron en la quinta fuerza en las elecciones generales de 1946 —las primeras tras la guerra y el *fascio* de Benito Mussolini— después de pelearse con la patronal y la coalición de gobierno formada por el PC, los socialistas y los demócrata cristianos. Pero entonces vino la debacle: eligiendo a su bloque en la incipiente Guerra Fría por consejo de los Estados Unidos, la Democracia Cristina decidió sacar de la coalición al PC y al socialismo, y golpeó la puerta de Giannini. El líder del *qualunquismo* olió una oportunidad única, y aceptó. Fue su fin. En menos de un año, sus votantes abandonaron el movimiento indignados por la traición de Giannini —*hai fatto un patto con il nemico, stronzo*— y los cuadros *qualunquisti* se colocaron en otras formaciones, incluido el recientemente formado Movimento Sociale Italiano, los neofascistas precursores de la Lega Nord.[20] La polilla se había acercado demasiado al fuego.*

El *qualunquismo* hizo de un medio popular su altavoz como La Grosera, El Tinieblas y Samuel García lo hicieron con las redes. En el pasado analógico, un vecino disgustado iba a desahogarse al bar con sus amigos, o a una asamblea partidaria, y volvía a casa a la espera de que alguien, en el mejor de los casos, llamase a una protesta pública. Internet, decía Umberto Eco, dio una audiencia al idiota del pueblo, y diríase que también al vecino enojado. Hoy, esa persona cabreada puede protestar a diario en Twitter, Facebook, Twitch, Instagram y, si tiene canal, en YouTube. Si se organiza, Telegram le permitirá incluso actuar, movilizarse con otros, en grupo. Hacerse ciudadano, politizarse. Fantástico. Y peligroso.

UN AUTO ANTIGUO EN UNA AUTOPISTA DE ALTA VELOCIDAD

La desintermediación ilustra la desinstitucionalización: gobierno yo, *tu presidente,* directamente.

Amado Líder adora el fin de la democracia representativa y ama todavía más su cuenta personal en las redes sociales, su dominio telemático. Trump fue el primer presidente de Twitter, Bukele su digno sucesor. Chávez fue el rey de la radio. CFK, dicen, una oradora brillante que gustaba tanto perorar en los actos masivos como en la TV pública. Y ni hablar de Fidel Castro, propietario de una radionovela y una telenovela oral, ‘Mi mirada sobre Cuba, la única posible, en cuatro horas y treinta y seis minutos’.

Hay un gran truco en las redes y en la comunicación electrónica.

Pasamos tanto tiempo expuestos allí a un bombardeo constante que no parece extraño equiparar a un presidente verboso con la democracia real y efectiva. Porque, claro, ese que está allí, *tuiteándome a mí*, es un mandatario que *ejecuta*; decide y exhibe en *tiempo real y a la vista* de todos, no en un cuarto cerrado, que es donde —lo sabemos todos, don Roberto, doña Chita— cualquier político cuece entuertos. ¿Qué otra cosa es un Poder Legislativo sino un salón al que sólo entran los elegidos, donde se debate y se habla con otros charlatanes, que devengan salarios que ya quisiera usted, don José? ¿Y qué es la Justicia, Ursulita querida, sino una muchacha ciega y abusada: no ve, ergo no juzga, ergo la violan todos. Sólo vale quien hace, quien ejecuta, quien decide: el señor presidente, el ejecutivo. El que despacha en Twitter.

El espectáculo demagógico que aparenta ser un ejercicio de democracia directa —un mandatario que habla al pueblo sin nadie que cribe, edite, cure— se devora a la democracia representativa. Y lo más preocupante: la pirotecnia efectista del tuit destruye la debida rendición de cuentas. La ficción de transparencia —porque *está ahí*, *lo veo* tuitear— desplaza a la transparencia.

Las redes sociales han puesto en entredicho a los sistemas de intermediación con su promesa de conexión personal.[21] El truco psicológico funciona. Nayib, Maduro y Cristina te hablan a ti. Trump cargaba de adrenalina a los orkos de QAnon, a los socios de la Asociación Nacional del Rifle y a los alucinados que tomaron al pie de la letra sus diatribas. La necesidad de satisfacción inmediata —propia de nuestra era— se ha casado con las demandas postergadas de nuestras sociedades, ejemplarmente las de una mayor igualdad e inclusión. Frustración ciudadana, erosión institucional y personalismo abonan una mezcla explosiva.

El populismo virtual hace política real. La muy documentada experiencia de Trump en Twitter es el ejemplo más proteico de los riesgos que enfrenta el sistema democrático, incluso en una nación de sólidos e históricos controles como los Estados Unidos. Trump no dudaba en manchar la honra de las instituciones y profundizar —aun más— la crisis de los partidos políticos y de las democracias representativas.[22] Que uno encuentre al individuo a cargo de la investidura presidencial peleándose en el patio de la escuela puede resultar simpático una vez. Sería una canita al aire, un instante de distensión. Pero saltarse los mecanismos protocolares e institucionales como método para tomar medidas sin supervisión no

favorece la gobernabilidad; la previsibilidad institucional no debiera ser reemplazada por el humor de un individuo.[23]

Maduro, Bolsonaro y Bukele —la supuesta izquierda, la ultraderecha, y lo que sea que represente Nayib entre ambas o en los márgenes— han seguido el manual de uso de Trump. Cuando era presidente, el Agente Naranja despidió funcionarios por Twitter, al igual que Bukele; anunció una batalla de aranceles con China, al modo en que AMLO usa sus 'mañaneras' para promocionar obras de infraestructura; amenazó también con barrer a Corea del Norte, Irán y a los terroristas del Estado Islámico, recordando las peleas de Maduro con los Estados Unidos; y maltrató a decenas de personas comunes, opositores y gobiernos aliados —hay dinero para quien encuentre a un líder populista que *no* haya hecho lo mismo.*

Tenemos un problema. Las instituciones de la democracia representativa provienen del siglo XVIII, cuando era preciso organizar un sistema de toma de decisiones que llevase las voces de naciones enteras, en plena organización, hacia un centro político. Son escalonadas —la voz popular, dice la letra, va de las bases a los representantes en el congreso y los gobiernos electos—, y por lo tanto, morosas. Sus resultados, la mayoría de las veces, no son los mejores. Pero, hasta hoy, la democracia tuitera tampoco ha probado serlo. Menos cuando Amado Líder hace de ella un gobierno de uno con varios, un flujo donde las instituciones desaparecen y son reemplazadas por el vínculo directo del caudillo y su base.

TE INVITO A MI MULTIMEDIOS PERSONAL

Hoy cada cuenta de Twitter es una voz; sus propietarios, emisores sin editores, filtros o censores más allá del autocontrol. Todos sabemos en qué se ha convertido quien además tiene cuenta en Facebook, sube sus historias y fotos a Instagram, se abrió un espacio en Twitch y Clubhouse, dialoga por WhatsApp o Telegram o Signal, se exhibe en TikTok —y antes en Snapchat— y tiene su cuenta personal en YouTube: es un vocero de sí mismo. De manera que, ¿le funciona la representación tradicional a quien es capaz de presentarse a sí mismo, de tener una voz propia sin interventores?

La ficción del intercambio directo —sigo a este famoso, le escribo un tuit, por gracia del diablo me responde, ¡lo he logrado!— alimenta el descentramiento. La producción de contenidos se ha disparado, del mismo modo en que lo ha hecho la ciudadanización,

al menos en su fase activista. Si cada usuario de Twitter o Facebook o Instagram o WhatsApp tiene una voz, esa voz está nutrida de opiniones. La ideología se libera de los corsés institucionales —y, por ende, del debate— y se vuelve un asunto personal; cada quien crea su propia tribuna: el monólogo reemplaza a la discusión. Cuando en el camino encuentro otras voces coincidentes, basta comenzar con algunos intercambios y validarnos recíprocamente para dar el segundo paso, es decir la organización de grupos en las redes. Los sistemas de mensajería instantánea* metieron octanos a la conversación pública y al activismo. Y eso incluye a los militantes del nihilismo.

La mayor parte del tiempo los votantes permanecen en un estado de pasividad crítica. No hay movilizaciones, pero discuten, debaten y cuestionan en interacciones públicas o privadas sostenidas por las redes sociales y por los WhatsApp del mundo mundial. No somos lechugas y patatas y la capacidad crítica de las personas es siempre sorprendente. Gente-en-su-casa no debiera traducirse como pasividad acrítica sino como movilización-en-potencia. La capacidad de análisis no es un *switch* lobotómico que desconectamos apenas vemos al Kun Agüero y Messi hablar con Ibai en Twitch.

La asamblea partidaria se ha desestructurado, pero la participación en la conversación pública es más intensa que nunca. Desordenada, atomizada, pero viva. En el mundo analógico nos desplazábamos hasta las plazas, clubes y estadios a participar de asambleas presenciales; hoy no hay necesidad de ir a ningún lado, porque el altavoz está en cada una de las cuentas que administro desde el baño del departamento en el Android.

A los medios y a las autoridades les cuesta aun entender cómo moverse en un espacio donde todos hablan, donde el control es difícil de alcanzar porque hay demasiados blancos móviles, donde nadie está cerca físicamente. No es una asamblea en un espacio cerrado, no es una familia sentada ante la tele: es una polifonía pulverizada y ubicua, inasible, geográficamente indeterminada. No puedes atrapar el aire apretando el puño.

Y eso lleva a errar en la lectura del escenario. Nadie creyó en las oportunidades de Obama en las primarias de 2008. La prensa y los expertos miraban las elecciones como un fenómeno previsible, pulsando las fuentes tradicionales y retroalimentándose de las experiencias pasadas. Nadie creyó en las oportunidades Trump, de

quien todos nos burlamos, porque supusimos que la sociedad actuaba de manera razonable, y que cualquier lógica que no se plegase a nuestras expectativas era aberrante. Ambos combinaron redes y trabajo de hormiga en las bases.

En *The Revolt of The Public and the Crisis of Authority in the New Millennium*, Martin Gurri dice que las rebeliones hablan de un *establishment* —que incluye a toda una pléyade de intelectuales— que ha perdido el control del relato. Gurri, exanalista de medios de la CIA, anticipó el paisaje de hiperdesintermediación actual. Con la llegada de internet, la información explotó y, con ambas combinadas, la inestabilidad política se hizo normal. La gente estaba descontenta y la reacción oficial era negar ese descontento —porque no era políticamente correcto, porque era fascista, ultra— como una forma de alienación. Lo era, lo es, pero toda alienación crea política. Más aun: cuando son masivas, las alienaciones crean enormes, brutales, violentas transformaciones de la conciencia colectiva, de la Historia, del presente y, claro, del futuro.[24]

¿Una ventaja que aun mantienen las élites? El enojo no está organizado, o sería peor. Dice Gurri:

> [Las élites] habrían perdido completamente el control del mundo si el público en rebelión tuviera un programa claro, una organización o un liderazgo. Si fueran más como los bolcheviques y menos como QAnon, se habrían apoderado del edificio del Capitolio. Empezarían a aprobar leyes. Derrocarían al régimen. Pero lo que tenemos es esta colisión entre un público que está en «modo repudio» y estas élites que han perdido el control hasta el punto de que ya no pueden levantarnos con estas promesas utópicas porque nadie se las cree, pero siguen actuando como élites *zombies* en instituciones *zombies*. Todavía tienen poder. Todavía pueden llevarnos a la guerra. Todavía pueden echarnos a la policía y la policía podría dispararnos, pero no tienen autoridad ni legitimidad. Están dando tumbos como *zombies*.[25]

Nuestro mundo presenta, como nunca, las condiciones ideales para una alienación masiva, efectiva y eficiente. La fragmentación de la producción informativa, y el peso de los algoritmos en la selección de bienes de consumo, hace que cada persona pueda diseñarse cámaras de eco más o menos cerradas al vacío, de tal forma que sólo se alimente de datos que refuercen sus teorías. *Unabombers* digitales, discípulos de Thoreau que no han leído a Thoreau.

No es mecanicista ni determinista, pero si sólo escuchamos una

campana nuestra visión del mundo resulta sesgada. La confirmación autoproducida de las propias expectativas no produce ciudadanía: alimenta fanatismos. Seleccionamos y aceptamos información que nos asegura nuestro lugar en el mundo. La identidad elegida.

Escribe Michael Hameleers en «We Are Right, They Are Wrong: The Antagonistic Relationship Between Populism and Discourses of (Un)truthfulness»:

> El panorama actual de los medios se caracteriza por una alta elección, fragmentación y opciones de exposición selectiva impulsadas por algoritmos. Como consecuencia clave de estos avances tecnológicos, la información que reciben las personas está impulsada en gran medida por el sesgo de confirmación, ya que las personas tienden a seleccionar y aceptar sin crítica información que reafirme sus puntos de vista existentes, mientras que evitan o cuestionan la información que no está en línea con sus ideologías, identidades o actitudes problemáticas [. . .] Estos procesos no son necesariamente racionales o conscientes. Las personas tienden a evitar la disonancia cognitiva [. . .] al seleccionar y procesar información. La información incongruente genera incomodidad y, en consecuencia, es más probable que se evite o se contradiga. La información congruente, por el contrario, asegura una autoimagen positiva y consistente y es más probable que sea abordada y aceptada sin crítica.[26]

La verdad es un asunto de confianza, tanto como creer una mentira. En los tiempos de la *posverdad*, ya no sabemos quién habla con la boca llena de razón pues los proveedores de certeza —las instituciones en las que creíamos— ya no la proveen. De manera que ingresamos en un mundo de incertidumbre e inestabilidad sensorial.

En *Antifragile: Things That Gain from Disorder*, Nassim Nicholas Taleb discute la diferencia entre *ruido* y *señal* informativas, que son pertinentes para este escenario. Al consumir información, dice Taleb, queremos obtener más señal y menos ruido, pero esta es una ilusión cognitiva, pues sucede lo inverso. Cuando se obtiene demasiada información es preciso reaccionar con la calma de un tipo que podría ser comandante militar o padrino de la mafia —frialdad y análisis, cálculo—, no como un sujeto que al primer dato extraño se sobresalta. Ese neurótico es el individuo promedio de nuestros días: alguien que reacciona al ruido, a la información aleatoria, en vez de hacerlo con aquella que es relevante.[27]

Los datos abundan por la conectividad expandida. Cuando se los

consume en exceso, son tóxicos, y la situación se agrava porque —por simple cálculo probabilístico— aumenta la proporción de datos inútiles y falsos a medida que incorporamos mayor información. El exceso de información puede provocar fallos, ya que gran parte de ella podría ser ruido, no señal. La microinformación conduce entonces a la microgestión. La saturación de datos neurotiza y estresa, no optimiza nuestras elecciones, porque reaccionamos de manera exagerada al ruido, dice Taleb.[28] No somos capaces de separar la paja del trigo.

Al vivir hiperconectados, aumenta nuestra propensión a sufrir estrés por exceso de información irrelevante, una saturación que acaba por confundir nuestro proceso cognitivo. Demasiada información produce un efecto narcótico, y empieza a ser difícil para el cerebro discernir entre verdad y truco, señal y ruido.

Amado Líder no lo sabe necesariamente, pero nuestra tendencia a evitar de manera inconsciente toda disonancia cognitiva opera a favor del caudillo cuando conecta sus teorías con el descrédito de la clase política, de los medios y de los intelectuales. Quien abraza una teoría conspirativa —o quien cree en algo más allá de toda razón— procura desechar la información que desafíe su creencia por incongruente y contradictoria. Y podrá hacerlo negando la existencia de esos desafíos o produciendo un contraargumento.

Un *influencer* desatado, un *youtuber* o una organización conspirativa como OAN o QAnon pueden operar con entera libertad en el universo digital. Sin verificación de datos ni curaduría informativa, la red es pasto seco para la proliferación de ideas incendiarias. Ruido sobre ruido. El sentido de pertenencia a un grupo —incluido a uno de WhatsApp o Telegram— actúa a favor de la asunción de la realidad alternativa y de los discursos faltos de veracidad.

Hameleers, otra vez:

> Este entorno de información, y ese procesamiento sesgado por parte de los ciudadanos, puede facilitar la difusión de ideas populistas en la sociedad. En una era donde la veracidad de los hechos es menos influyente que la información que tranquiliza las cámaras de eco o las identidades ideológicas existentes, y en un entorno de información digital donde los comunicadores no profesionales pueden expresarse sin la interferencia de los guardianes periodísticos que verifican declaraciones o fuentes, los sentimientos libres y populistas no sólo pueden llegar a la audiencia de formas cada vez más generalizadas, sino

que también pueden tener un fuerte impacto en las creencias y decisiones políticas de las personas cuando reafirman las esperanzas y los temores que están experimentando.[29]

[·]

Toda abuela es una filósofa natural y politóloga de huerta. Mi *nonna* Irma repetía este dicho cuando observaba una situación que podría haberse evitado: se junta el hambre con las ganas de comer. Las redes son un fascinante mercado transaccional para todo tipo de ideas, pero parecen diseñadas ex profeso para el universo *border*. Al esquivar los medios tradicionales que muy convenientemente considera usinas de mentiras, Amado Líder puede emitir sus fantasías sin control, pues en una organización profesional de comunicación hay editores y verificadores de información. Es decir, intermediarios que podrían perjudicar el flujo directo de sus invectivas. No hay mejor opción: los votantes populistas, dice Nayla Fawzi en *Untrustworthy News and The Media as «Enemy of The People»?*, creen, en efecto, que la prensa miente a la sociedad.[30] «En la cosmovisión populista, los medios de comunicación son percibidos como parte de una élite distante que descuida los intereses de los ciudadanos».

Por supuesto, el viejo mundo no ha muerto. De hecho, suena extraño llamar viejo mundo a la TV o a la radio, cuando cada vez hay más consumo televisivo y los *podcasts* se reproducen como hongos tras la lluvia Aún hay condiciones estructurales que favorecen consumos institucionalizados. En América Latina, por ejemplo, menos de la mitad de la población tiene acceso a internet y, entre las personas con conectividad, no todas participan por igual de las redes sociales.*

Radio y TV todavía revisten una importancia capital, porque están allí donde las nuevas tecnologías no tienen un consumo elevado. Las ‘mañaneras’ de AMLO aun permiten fijar la agenda pública, al igual que lo hicieron las coberturas en vivo de CNN y de Fox News durante los mítines presidenciales de Trump. La radio, en tanto, es un canal fundamental de divulgación pública en las grandes ciudades, donde el tráfico y el *commuting* obligan a pasar horas y horas en coches, buses y metros.

Hay fenómenos interesantes a medio camino entre ambos mundos, el viejo y el nuevo. Mientras vivíamos en el mundo analógico, nuestros contactos eran mayoritariamente presenciales.

Nos veíamos en las escuelas, en los clubes o en una asociación. En la calle. El teléfono de casa y, con menos frecuencia, la relación epistolar constituían la mayoría de nuestra comunicación virtual. Las redes sociales crearon un mercado de intercambios intermedios, donde no es necesario moverse de casa para tener la sensación de que estamos, verdaderamente, sosteniendo un diálogo. No ver al otro personalmente no nos parece ya un problema: hemos aprendido a interactuar virtualmente en muy pocos años, sobre todo con el confinamiento obligado de la pandemia. En apariencia, esas redes han resultado más efectivas que los viejos medios —me resisto a decir 'determinantes'— para moldear percepciones. En ese pasado no tan pasado, un medio emitía sus mensajes y nosotros debíamos buscar a nuestros amigos y colegas para discutirlos. Ahora cualquiera produce contenidos y su debate es instantáneo en Facebook, Twitter y en el grupo de WhatsApp dominado por tía Julieta.

El siglo XXI modela un nuevo actor político que los partidos —instituciones del siglo XIX— no descifran con facilidad. Internet y las redes facilitan la salida del enojo y la disconformidad tanto como las buenas ideas. Sus controles —laxos y lentos— hacen posible para cualquiera revolear allí verdades y ficciones, el Verbo de dios y el del diablo. En las redes, las personas encontraron un medio para decir lo que piensan sin que ninguna autoridad —partidaria, institucional, política o moral— condicione su comportamiento. Es el reino de los *trolls*, el espacio de Trump Nation, los #Nayiblievers y #AMLOvers; allí el Agente Naranja fue elegido primer Presidente de Twitter, y Twitter se convirtió en el primer partido global con candidatos espontáneos y heterodoxos.

Las elecciones suelen ser procesos con resultados relativamente pronosticables. En un buen número de comicios sabemos con elevada probabilidad el nombre de los ganadores a semanas o días de la emisión del voto. Los candidatos se preocupan por contentar a los distintos electorados. Eso incluye actuar a favor o en contra del *establishment*, dependiendo de su adscripción ideológica y, claro, de su sentido de la oportunidad. Hay una previsibilidad significativa en esos procesos donde los contendientes llegan al final del camino, diciendo y haciendo lo que cada grupo de interés espera de ellos. La alquimia y el enamoramiento, el carisma y la pertinencia del discurso juegan su rol, claro, y por eso es fácil ubicar a los candidatos. Este en la casilla izquierda, aquellos en la derecha; este

con chances de ganar porque encaja en el centro —o en el extremo al que se haya movido el electorado—; este perderá porque agita demasiado —o porque no. El proceso es una danza o, como dirían algunos, un camino guionado y controlado. No agitar las aguas suele ser un factor crucial para ganar. O solía.[31]

Las redes sociales y los servicios de mensajería instantánea removieron ese estado de cosas, cuando dieron a la gente el control sobre la emisión y gestión de sus discursos. Cualquier político puede ser brutalmente humillado en Twitter. Los grupos de WhatsApp que refuerzan la fe en un candidato, mientras desguazan la vida de sus contrincantes, se cuentan por cientos de miles —¿millones?— en cada elección y en cada país. Nada más hay que pensar en este escenario dinámico: un incesante intercambio entre decenas o cientos de personas, conversando sobre temas similares, más o menos fuera de la luz pública. Miles más repartiendo sarcasmo e ironía, destruyendo la honra — muchas veces con razón— y exponiendo su incredulidad sobre cientos de dirigentes en las redes de Mark Zuckerberg y Jack Dorsey. Una vez liberadas las potencialidades de la opinión, no tardarán en asomar los desmerecimientos de tal líder por farsante, de aquel por mentiroso, de este otro por corrupto, y del de más allá por su ineptitud galáctica.

Escribió el periodista Matt Taibi en su *substack*:

> [. . .] en Iowa ese verano [de las primarias de 2015], un candidato republicano «elegible» tras otro, desde Jeb Bush hasta Scott Walker y Marco Rubio, fracasaron en sus apariciones públicas, fustigados como farsantes en las redes sociales. Walker, el favorito de las apuestas entre los reporteros, vio su campaña desinflada cuando su estratega digital, Liz Muir, comenzó a twittear sus verdaderos sentimientos sobre Iowa (incluido el clásico #agsubsidies #ethanol #brainless).[32]
>
> Había pasado semanas recorriendo el estado en busca de una sola pieza de evidencia de que la sabiduría convencional todavía tenía poder de predicción en la política republicana, pero no encontré ninguna. Ahora, aquí estaba [Chris] Christie, reducido de ser elogiado en una historia de portada de *Time* como el favorito, el «chico que ama a su madre y lo va a lograr», a no ser nadie en absoluto, un payaso parado solo en un parque. Darme cuenta de que ya nadie tenía el control del programa de campaña fue discordante incluso para mí, un crítico del antiguo ritual de vigilancia de los partidos.[33]

¿Pueden recuperar centralidad los partidos y los medios? Dicen que

a la radio le tomó 38 años alcanzar sus primeros 50 millones de usuarios, trece a la televisión, cuatro a internet y sólo 37 días a Angry Birds. Hay un debate alrededor de la certeza de las cifras,[34] pero es secundario: el descentramiento de los medios ha revelado un escenario efervescente, atractivo y caótico. Los medios propios de las redes sociales son cada vez más elegidos por los usuarios para recibir la información que quieren, las llamadas *networked news*. Esas *networked news* alimentan el riesgo de caer en el sensacionalismo y en el *clickbait* movidas por la urgencia de mantener el interés del público. Acaban siendo más vulnerables a la manipulación de un consumo condicionado, y sufren mayor presión para mostrar análisis y mediciones sólidas si desean mantener el apoyo crecientemente esquivo de los anunciantes. «Estamos viviendo un veloz cambio en la forma en que la gente transmite y recibe información política, exactamente el tipo de revolución de la comunicación que ha tenido profundas consecuencias políticas en el pasado», escribe Anne Applebaum en *Twilight of Democracy*:

> Los viejos periódicos y emisoras crearon la posibilidad de una única conversación nacional. En muchas democracias avanzadas ahora no hay un debate común, y mucho menos una narrativa común. La gente siempre ha tenido opiniones diferentes. Ahora tienen hechos diferentes.[35]

¿QUIÉN TELEVISA AHORA LA MIGRACIÓN DEL ÑU?

Conocemos la historia, de arriba abajo, porque fue un fracaso público y mundial. La mayoría de los medios serios, de los Estados Unidos y del mundo, practicaron un ejercicio de periodismo democrático: durante meses que se volvieron años, y a fin de revelar la peligrosa impropiedad de su candidatura presidencial, denunciaron la indecencia y la intolerancia manifiestas de Donald Trump. *The New York Times*, *The Washington Post*, CNN y decenas de otras organizaciones continuaron con ese esfuerzo durante su presidencia, correctamente apreciada como un riesgo para la democracia, como un problema serio para las relaciones internacionales del país, y como un verdadero peligro para la convivencia.

Trump acusó a los medios de tener una oscura agenda en su contra, de mentir y de hacer todo cuanto fuera posible para acabar

con él. Mientras tanto, usó la TV a manera de Twitter, primero para mentir y expandir su candidatura y luego para legitimar a su gobierno. Cuando al principio el Partido Republicano le quitó algo de apoyo, una heterodoxa operación de base —las iglesias evangélicas, que lo sostuvieron monolíticamente hasta casi el final — aportó estructura de campo. Trump prometió que drenaría el pantano de Washington pero en cambio convirtió a los Estados Unidos en una cloaca.

Lo pondré en una línea: no crean en el poder omnímodo de los medios. Esa leyenda no es realista.

Ninguna de las historias sobre Trump —cada una de sus muestras de indecencia y deshonestidad— fue un montaje. Sin embargo, la verdad perdió en las urnas, aun cuando estuvo sostenida por las mayores organizaciones de prensa del mayor mercado periodístico del planeta. El mismo criterio puede aplicarse a Bolsonaro, Boris Johnson, López Obrador, Duterte, CFK, Evo, Orbán, Maduro, Salvini o Bukele. Cuanto digan los medios no definirá el sentido del voto popular, sobre todo si los devotos de Amado Líder tienen mecanismos alternativos para defenderse.

¿Una razón? Los medios no cambian conductas instantáneamente, por una suerte de impacto espontáneo, sino que refuerzan concepciones preexistentes, fortaleciendo la migración de aquellas que ya están en proceso de transformación y solidificando las creencias ya establecidas. Los cambios actitudinales e ideológicos aun dependen de la interacción humana, no de la mágica suposición de que una caja de TV o un papel de periódico inducirán mis comportamientos. Creemos en nuestros pares, en nuestros líderes de opinión, en algunos prescriptores y en toda persona que consideremos *depositaria de confianza*. Sus palabras y actos influyen más en nosotros que una lectura de *El País* o un monólogo de Anderson Cooper.

La interacción entre medios y audiencias ha sido objeto de estudio sistemático desde hace más de medio siglo.[36] La teoría de la comunicación es una disciplina canónica. Suponer que la mera emisión de un mensaje puede inducir a una persona a cambiar inmediatamente de ideas sugiere que el lector, el televidente o el oyente son sujetos pasivos, incapaces de diferenciar lo real de lo ficticio, la verdad de la mentira. Que tal persona no es nada más que un objeto, una caja vacía que podemos llenar con la más peregrina ocurrencia. Un tipo fofo que se babea en el sofá con una

mano en el remoto y la otra en las palomitas. Más bien, las personas sostienen relaciones de negociación y conflicto con sus consumos culturales, resistencia y aceptación, disputa, apropiación y, sobre todo, transformación. Cuanto es percibido, es modificado por los filtros ideológicos y culturales de un receptor en extremo activo.

La psicología social ha intentado responder a esos intercambios e informado sobre sus hallazgos. Por supuesto: todas las personas buscamos información que tienda a reforzar nuestras creencias, y rechazamos aquellas ideas que entran en conflicto con la visión del mundo que elegimos. Es normal, un mecanismo de nuestro imperfecto cerebro para protegernos. En general, la teoría del refuerzo comunicativo postula que seleccionamos y discriminamos a partir de la información disponible y que orientamos nuestra percepción al contenido de esos datos y opiniones que confirman nuestras cosmogonías, cambiando según el caso el sentido de algunos estímulos, y minimizando las contradicciones para acomodarlas convenientemente a nuestro marco de creencias.

Un activista o un forofo del Real Madrid, del Cruz Azul, del Deportivo Cali o de Boca Juniors, han hecho una enorme inversión emocional en su elección, y pierden por ello la habilidad de juzgar la realidad con objetividad. Pero esta no es una pérdida absoluta ni permanente, sino circunstancial. Ante el mismo evento, un hincha del Madrid verá un penal donde uno del Betis —pobre— verá una mano absolutamente casual. Los fanatismos políticos operan de forma similar. Es la apropiación subjetiva, no el argumento racional, lo que define nuestra pertenencia a un grupo o a un movimiento, a un partido o a una idea.

Es muy difícil para cualquier individuo vivir en el conflicto permanente, de manera que tendemos a reducir la disonancia para hacernos llevadera la existencia.*

Antes de la internet recurríamos a quienes estaban cerca nuestro para encontrar personas con ideas afines. Los más veteranos —o sea, los nacidos hasta los años ‘70 del siglo XX— disponíamos de un poco más: un par de periódicos de cobertura nacional, la o las emisoras de radio de la ciudad, dos o tres canales de TV nacionales; revistas mensuales, la suscripción al *Reader’s Digest* de la abuela; libros y librerías, biblioteca en el barrio. Nuestros grupos de pertenencia eran pocos porque el mundo de entonces no era precisamente amplio. Pero la tecnología siempre ensancha el campo de nuestra percepción.

La TV por cable permitió pasar del *broadcasting* de la TV abierta —pensada para conformar a una variedad enorme de públicos— al *narrowcasting* de los canales de nicho. ESPN surgió con un solo canal, en 2021 eran ocho. Discovery Channel tiene veinte: cuando era sólo una señal, yo veía allí 'Shark Week' y la migración del ñu por las planicies del Maasai Mara.*

Internet expandió la oferta hasta el punto de que cada quien puede organizarla a su gusto; es posible encontrar emisores que se ajusten casi exactamente a nuestra visión de las cosas. La red hizo que la decisión sobre qué consumir esté cada vez más del lado del público que del productor de contenidos, quien debe esforzarse para anticipar los gustos de audiencias volátiles.

La selección de información puede ser mucho más especializada e individualizada en internet, debido a su virtual infinitud de contenidos. Pero esa posibilidad que tenemos de elegir con tanta especificidad puede también reducir la riqueza de concepciones divergentes, haciendo que las personas elijan ambientes seguros donde refuerzan sus creencias a diario y sin riesgo. Puestos en ese terreno, la híper segmentación —que también incluye elegir informarse en la *deep web* o abonarse a las teorías conspirativas— nos separa de la realidad y, en no pocas ocasiones, puede también alienarnos.

Cuando enfrenta visiones contrapuestas, una persona puede optar por la percepción selectiva, eligiendo sólo aquello que confirme sus prejuicios. Es una decisión subjetiva: no importa qué digan los hechos, elijo creer lo increíble. Lo sabía Jorge Luis Borges, en su *Arte poética*:

> A mi entender, lo sugerido es mucho más efectivo que lo explícito. Quizá la mente humana tenga tendencia a negar las afirmaciones. Recuerden que Emerson decía que los razonamientos no convencen a nadie. No convencen a nadie porque son presentados como razonamientos. Entonces los consideramos, los sopesamos, les damos la vuelta y decidimos en su contra. Pero cuando algo sólo es dicho o —mejor todavía— sugerido, nuestra imaginación lo acoge con una especie de hospitalidad. Estamos dispuestos a aceptarlo.

A QUIÉN QUIERES CONVENCER

Ideología, simple partidismo y fanatismo son filtros en la mente del votante.[37] La percepción selectiva siempre opera a través del tamiz.

Puede ser que muchos no tengan demasiados acuerdos con AMLO o Maduro o CFK, pero sí los tienen en algún aspecto de su oferta, lo cual los lleva a preferirlos en comparación con otros candidatos. Fue lo que sucedió con el apoyo que Vargas Llosa dio a Keiko Fujimori; con el voto anti-AMLO que optó por la alianza esperpéntica del PRI-PAN-PRD en 2021; o con los progresistas ecuatorianos, que tragaron clavos al votar por Guillermo Lasso, un hombre del Opus Dei, en contra de Andrés Arauz, el candidato apoyado por Rafael Correa.

Esto es, el votante convierte una determinada posición del líder en una posición suya, personal, y defiende esa idea otorgándole más peso específico que otras que le resultan cuestionables.[38] La aproximación a Amado Líder incluye también los comportamientos usuales del voto selectivo por un candidato democrático. Es posible que la gente elija a Bukele porque comparte un fragmento —o apenas un filamento— de su filiación ideológica. Puede ser que algunos electores apoyen a un candidato aunque desconozcan qué piensa de un tema específico.* O puede que haya presión social para que adopte una posición que lo lance de lleno a la contradicción.**

Anne Applebaum recuerda que, como en muchos procesos, separar lo personal y lo político puede ser vano,*** como sucedió con el escritor Jacek Trzynadel, un defensor público del estalinismo en Polonia que en privado expresaba dudas sobre su posición. En un momento, recuerda Applebaum, Trzynadel arengaba al público en un acto universitario en Wroclaw cuando de repente lo invadió el pánico. Se dijo a sí mismo que estaba tratando de convertir a los demás a los gritos, pero en realidad intentaba convencerse a sí mismo.[39]

Los conversos a una fe deben demostrar su valía para ser aceptados, y es probable que muchos adeptos a los líderes autoritarios tengan un mar de dudas y resistencias pero hayan sido superados por la presión de sus grupos de pertenencia. «Tienes que gritar si lo que quieres es convencerte a ti mismo y a los demás», escribe Applebaum. «Tienes que exagerar tus sentimientos si los vas a hacer creíbles».

El último mecanismo detrás de la teoría del reforzamiento tiene que ver con la retención. En pocas palabras, recordamos sólo aquello que hace *match* con nuestra posición. El día a día es un desperdicio destinado al olvido, sugiere Barrie Gunter en *The Cognitive Impact on Television News*,[40] al extremo de que, cuando

recordamos ciertas noticias un tiempo después, la gran mayoría apenas tenemos una comprensión confusa de los detalles específicos que vimos, escuchamos o leímos. En el caso de la información y de la propaganda políticas, será más fácil retener los detalles cuando el argumento defienda opiniones preexistentes de quien las recibe. Por el contrario, la información que amenaza tales creencias se olvidará o perderá más fácilmente.

La TV, la radio y la internet tienen distintos impactos cognitivos. Tras el debate Nixon-Kennedy, los encuestadores entrevistaron a personas que vieron la discusión por TV y la mayoría señaló como ganador a JFK; en cambio, quienes lo siguieron por la radio dijeron que fue un empate, o *sintieron* que Nixon fue el triunfador.[41] La TV puede transmitir hechos, pero también impresiones u opiniones más subjetivas, que involucran emocionalmente a los espectadores a un nivel visceral. Las redes inducen, ante todo, conexiones emocionales. La insistencia de Trump en la «salvaje izquierda demócrata»; la de AMLO con los «los neoliberales»; o la de Correa y Chávez respecto a «los oligarcas» jamás es inocente: buscan activar a un público proclive a creerlo. Su opuesto —Trump es un *wannabe dictator*; los demás, aspirantes a autócratas o autócratas consumados —, también.

El *framing*, esto es, la manera en que se presenta un tema —expuesto por Daniel Kahneman en sus estudios de psicología experimental— contribuye a modelar el pensamiento de las personas independientemente del medio de transmisión.[42]

EL OTRO-VIRTUAL ES EL OTRO-REAL

Vivimos en sociedades donde predomina el efecto de la TV por cable amplificada. Hasta que la TV de paga entró a nuestras vidas, el mundo era bastante pequeño. Sabíamos qué ocurría afuera por los periódicos, pero las noticias llegaban a nuestra mesa varios días después de que sucedían. La TV por cable nos dio la posibilidad de consumir más noticias y programas internacionales: el mundo se ensanchaba, en vivo, ante nuestros ojos.

Si la TV por cable incorporó segmentos de la cultura internacional a nuestra vida, la internet expandió el consumo; ahora experimentamos en tiempo real y a toda velocidad lo que sucede en el mundo en el *timeline* de Twitter y el muro de Facebook. Las redes además ampliaron el circuito de interacción simple y de

comunicación profunda entre pares. Si en el mundo analógico ese diálogo estaba circunscripto a reuniones sociales con presencia física, como el café —la TV y la radio apenas permitían interacciones en tiempo real, cuando acaso un oyente o televidente tenía la fortuna de ser seleccionado por los productores para hacer oír su voz—, hoy el intercambio es simultáneo. Apenas un otro dice algo, yo puedo responderle al instante; la función fática de la comunicación, que permite mantener abierto el diálogo, está activa de manera permanente —en el peor de los casos, en suspenso circunstancial, pero jamás cerrada.* La circulación se acrecienta y la posibilidad de influirnos mutuamente se ha acelerado. Esa conversación sucede todo el tiempo, cada hora y sin importar en qué lugar estemos.

En un estudio de 2014 efectuado con expertos de Cornell University y University of California, Facebook filtró los *feeds* de 689.000 usuarios —los enlaces que otros suben, sus videos, fotos, comentarios— para analizar sus conductas.[43] Un estudio limitó la exposición de los usuarios a comentarios positivos de sus amigos, pero no consiguió que la gente amplíe sus propios comentarios positivos. Sin embargo, cuando numerosos usuarios fueron sometidos a contenido emocional negativo, todo cambió: las emociones de los amigos en las redes sociales tenían influencia en el humor propio. Fue, escribieron los investigadores, «la primera evidencia experimental de contagio emocional a escala masiva vía redes sociales».[44]

La «transmisión de cólera», como la definió Clay Johnson —uno de los creadores de la campaña digital de Barack Obama en las presidenciales de 2008— había sido investigada por científicos en laboratorios, a fin de determinar si el contagio emocional transmitía emociones positivas y negativas entre las personas, y cómo lo hacía. El estudio de campo en la vida real dio señales alarmantes. Como lo describieron los investigadores,

> Demostramos, a través de un experimento masivo en Facebook, que los estados emocionales se pueden transferir a otros a través del contagio, lo que lleva a las personas a experimentar las mismas emociones de manera inconsciente. Proporcionamos evidencia experimental de que el contagio emocional ocurre sin interacción directa entre las personas (la exposición a un amigo que exprese una emoción es suficiente) y en ausencia total de señales no verbales.[45]

Hasta la realización de estos estudios, el consenso entre los expertos era que la interacción entre pares, en especial cara-a-cara, presencial, *física*, era un factor importante en el cambio actitudinal. El estudio sobre Facebook parece demostrar que el efecto de verosimilitud a partir de intercambios electrónicos frecuentes produce, en rigor, *vida real.*

Los cambios de comportamiento en el intercambio virtual reproducen las reacciones actitudinales en los intercambios cara-a-cara. Vemos los *posts* de nuestros amigos y, como los conocemos, *sabemos* que son ellos. El otro-virtual *es* el otro-real. «Este trabajo también sugiere que, a diferencia de las suposiciones predominantes, la interacción en persona y las señales no verbales no son estrictamente necesarias para el contagio emocional», escriben los investigadores. «La observación de las experiencias positivas de los demás constituye una experiencia positiva para las personas».[46]

Y hay quizás una razón adicional: no sólo sabemos que nuestros amigos son nuestros amigos porque suenan como tales sino que podemos comprobarlo al verlos. Una condición que la tecnología debió resolver, a fin de que la verosimilitud funcione como tal, es que el contenido provisto sea lo más parecido —dado que no idéntico— a la vida real. Cuando nos conectábamos a la internet por *dial up* —hubo una prehistoria, *centennials*—, los enlaces eran precarios, inestables. Los videos se pixelaban, el sonido se distorsionaba o interrumpía formando lagunas de silencio. La comunicación se caía con frecuencia. Cualquier persona sabía que estaba en una conversación virtual, porque en la vida real ese tipo de interrupciones no es común. El desarrollo de la tecnología digital mejoró el proceso, hasta hacer semejantes una charlas por Skype con otra en Starbucks. Las imágenes en HD y el audio en estéreo transmitidos por señales de banda ancha son muy estables. La comunicación deja de *parecer*, y se hace efectiva. Cuando la pandemia obligó al mundo a recluirse, la práctica diaria acabó de incorporar a Zoom en nuestra vida. Normalizó la práctica de ver a los abuelos de tus hijos, a tus hijos, padres y amigos por una pantalla de cristal líquido como si, en realidad, habláramos de ventana a ventana entre edificios. Las súper pantallas de TV incluso ofrecen la imagen del cuerpo humano a tamaño real.

Las plataformas de medios sociales también han hecho las cosas más cercanas, saboreables, juguetonas e informativas para facilitar

la participación. El inversionista en tecnología Chamath Palihapitiya es ya una celebridad entre quienes discuten el poder cuasi omnímodo que parecen desplegar las redes sociales. A fines de 2017, Palihapitiya protagonizó un acto de mea culpa ante un auditorio de la Stanford Graduate School of Business.[47] Antes y después de las elecciones de 2016, más de 10 millones de estadounidenses accedieron a una serie de avisos con discursos agresivos que habrían sido desplegados por granjas rusas de *bots*.[48] El impacto fue significativo. «Los circuitos de retroalimentación a corto plazo que hemos creado están destruyendo el funcionamiento de la sociedad impulsados por la dopamina. No hay discurso civilizado, cooperación: desinformación, falsedad», dijo. «Es un problema global que erosiona cómo las personas se comportan entre sí».[49]

Apenas días antes de la exposición de Palihapitiya, Sean Parker —ex presidente de Facebook y fundador de Napster— exhibió cartas similares; la dopamina, esa sustancia química que dispara los circuitos de placer en el cerebro, estaba en el centro del diseño de las redes sociales. Facebook, dijo, nació con la premisa de consumir la mayor parte del tiempo y la atención de la gente de la manera más eficiente:

> Eso significa que teníamos que darte un poco de dopamina de vez en cuando porque a alguien le gustó o comentó una foto o una publicación o lo que sea. Es un ciclo de retroalimentación de validación social. Estás explotando una vulnerabilidad en la psicología humana. [Nosotros] entendimos esto, conscientemente, y lo hicimos de todos modos.[50]

Los algoritmos están diseñados para actuar, permítanme el cachetazo, como adictivas rayas de cocaína. El uso permanente de las redes genera formas de dependencia, pues la segregación de dopamina es constante mientras buscamos aprobación a través de *likes*, retuits, seguidores o comentarios. La necesidad de reconocimiento se sacia con la satisfacción inmediata, pero pronto nuestro cerebro demanda otra dosis. Los algoritmos, que capturan nuestras búsquedas, orientan luego nuestros próximos pasos. Al final, reducen el campo de lo real a las emociones: acabamos retroalimentando un campo sensorial estrecho. Cocaína conocida.

Cuanto más tiempo pasamos en las redes, más ansiosos nos ponemos. El enojo puede ser diario, corrosivo. Furia y miedo se activan con la paranoia. Cuanto menos estabilidad, más liquidez y

fragilidad. Más ansiedad. Del mismo modo en que hace años incorporamos la NBA de Jordan —a través del primer ESPN— a nuestra vida como adolescentes, ahora somos ciudadanos abiertos al mundo. Incorporamos a nuestra experiencia inmediata también el desastre de la línea 12 del metro de la Ciudad de México; los asesinatos de las fuerzas de seguridad colombianas; las diatribas de Trump o el récord de vacunaciones de Biden. Y hablamos de eso horas y horas en las redes con nuestros seguidores y amigos, profundizando en grupos de WhatsApp y fortaleciendo algunas ideas en conversaciones personales.

Dice el artista Steyeri:

> Las pocas plataformas que efectivamente son dueñas de la esfera de la comunicación digital operan sin controles y contrapesos serios, o incluso sin competencia básica para un mercado abierto. Sus algoritmos son propietarios y desconocidos. Hay pocas alternativas, si las hay [. . .] El resultado es un ciclo interminable de noticias rotas y porciones de verdad estiradas y reutilizadas hasta la saciedad porque en la era de la estupidez artificial la verdad se negocia por popularidad y alcance.[51]

Si antes la experiencia en la calle era parte de nuestra vida normal, nuestra existencia psicológica y física ahora incluye horas —y con frecuencia, muchas— de intercambio e interacción digital. Esa conversación suma, recrea, da elementos formativos, modela la comprensión, el juicio y el pre-juicio. En términos políticos, solemos poner el ojo en los riesgos más que en los beneficios potenciales de tales interacciones. Decía Pahihapitiya sobre la inmersión de la gente en las redes:

> Seleccionamos nuestras vidas en torno a este sentido percibido de perfección, porque somos recompensados con estas señales a corto plazo: corazones, me gusta, pulgares arriba. Combinamos eso con valor y lo combinamos con la verdad, y en cambio lo que realmente es, es falso, popularidad frágil que es a corto plazo y te deja aún más vacío y vacío antes de que lo hicieras. No te das cuenta, pero estás siendo programado.[52]

UN VIDRIO EN UN PIE DESNUDO

La respuesta del *establishment* democrático a las redes —desde los partidos hasta el Estado, pasando por los medios de comunicación— ha sido titubeante y torpe. Descolocada y reactiva, escandalizada,

incapaz todavía de entender qué o quién corrió la alfombra. Aunque las redes van en camino de cumplir las dos décadas de existencia —Facebook fue fundada en 2004, Twitter dos años después y WhatsApp en 2009— y la internet está cerca de ser treintañera, los partidos, en particular, sufren una lentitud artrítica para reacomodarse. Todavía les cuesta comprender qué ha sucedido, y cuando acaso cierta dosis de normalidad parece estar de regreso —con alguna elección que reincorpora el centro de decisiones al aparato tradicional de representación—, los intentos por aprender de los remezones e incorporar cambios para anticipar fututos sucesos, quedan en experimentos menores, casi nunca transformacionales.

Las autoridades desconocen cómo gestionar esa hidra de siete trillones de cabezas tras la cual, en ocasiones, se ocultan concienzudos esfuerzos de desestabilización patrocinados o pagados por fuerzas políticas opositoras o gobiernos adversarios. En las redes cualquiera dice lo que quiere, de manera anónima y con tanta distancia de los hechos y de las personas que parece que fuese todo ficción. Algo así como las imágenes de la primera Guerra del Golfo: los misiles de la Operación Tormenta del Desierto cubrían el cielo nocturno de Irak con destellos de colores, una especie de videojuego, más que disparos mortales. Pero todo tiene consecuencias reales.

Allí se pueden elevar o dañar reputaciones, ayudar a golpear—o a sostener— a un gobierno. Aunque tengan diferencias significativas en sus proyectos, los *trolls* y los *gamers*, los nacionalistas blancos y los neonazis, la *alt-right* o los activistas por los 'derechos de los hombres' —*whatever that means*— comparten tácticas de operación. Piratean la atención (*attention hacking*) usando las redes mediante *memes* y *bots*, y luego tratan de conseguir la réplica legitimadora de periodistas, blogueros, prescriptores sociales o políticos, celebridades e *influencers* para que difundan sus contenidos. Explotan el deseo de rebelión juvenil y la tensión que genera la corrección política, para introducir con pretensión irónica pensamientos sectarios, misóginos o abiertamente racistas.* «Reddit, Twitter y Facebook se han convertido los medios perfectos para la ironía, la parodia y los *memes* cínicos», dice Applebaum. «Una generación de jóvenes ahora trata las elecciones como una oportunidad para mostrar su desdén por la democracia votando gente que ni siquiera finge tener una visión política».[53]

Los levantamientos populares sostenidos en la organización telemática, por ejemplo, se estructuran y reaccionan a alta velocidad y pueden adueñarse del *momentum* político generando expectativas que luego no se cumplen. Sus participantes carecen de aquello que sí poseen los partidos, incluidos (o en especial) los más esclerotizados: organización. La ausencia de estructura convierte a esas reacciones en explosiones espontáneas, accidentes peligrosos. Pueden neutralizar o derrocar gobiernos pero son obviamente incapaces de gestionar uno. La rebelión nihilista es capaz de acabar con una monarquía o asaltar diez Bastillas pero una vez dentro del palacio no sabrán bien dónde están las llaves. Son presa fácil de los oportunistas.

Sucedió con la Primavera Árabe. En los primeros meses de 2010, hubo protestas masivas en Libia, Egipto, Bahrein, Yemen, Túnez, Siria, Argelia, Omán, Kuwait, Jordania, Líbano y Marruecos. La mayoría acabó en episodios de violencia. En el proceso, cayeron los gobiernos de Muammar Gaddafi, Hosni Mubarak, Zine el-Abidine Ben Ali y Ali Abdullah Saleh. Occidente celebró las movilizaciones, y hubo festejos porque, decían, se abría el camino hacia una mayor democratización empujada por los jóvenes y por algunos políticos liberales.[54] Pero nada de eso ocurrió. Los autócratas de algunos Estados, como el sirio Bashar al-Asad, fortalecieron sus aparatos de seguridad y lanzaron cacerías y crímenes en masa. La promesa democrática terminó en otros países —como Egipto— en una teocracia militarista. Algunos líderes traicionaron el mandato democrático de los movilizados apenas llegaron al poder.

No es que no fuera previsible; el uso de las redes sociales favoreció la organización de las protestas, pero tras ellas no había ninguna capacidad para disputar poder. Los manifestantes eran eso —manifestantes—, no organizaciones preparadas para dirigir gobiernos. Fue un triunfo de la voluntad facilitado por las redes y una derrota de la política inducida por las redes: demasiada gente creyó que salir a las calles rápido gracias a SMS y mensajes grupales equivalía a ser capaces de cambiar el estado de cosas para siempre.[55]

Las redes y sistemas de mensajería son excelentes facilitadores, pero son herramientas, no un plan. Sin estructuración política —sin pasar de la manifestación espasmódica al movimiento y luego al partido—, los cambios no cuajan. La autoridad y la gestión de la representación está en crisis y seguirá así hasta que los partidos —o

las estructuras o formas que los sustituyan— sean capaces de direccionar la voluntad de las masas. Las instituciones están en crisis, mientras que la confianza de los ciudadanos en sí mismos es ahora abierta, y más activa.

Applebaum:

> Hoy en día, no es necesario formar un movimiento callejero para atraer a los de predisposición autoritaria. Se puede construir uno en un edificio de oficinas, sentado frente a una computadora. Puedes probar los mensajes y medir la respuesta. Puedes configurar campañas publicitarias dirigidas. Puedes crear grupos de fanáticos en WhatsApp o Telegram. Puedes elegir los temas del pasado que se ajustan a la actualidad y adaptarlos a audiencias particulares. Puedes inventar memes, crear videos, evocar eslóganes diseñados para apelar precisamente al miedo y la ira causados por esta masiva ola de cacofonía internacional. Incluso tú mismo puedes iniciar la cacofonía y crear el caos sabiendo muy bien que algunas personas se asustarán.[56]

[·]

Dicho y reiterado: la intermediación no reemplaza a los actores directos. Brexit fue una expresión de la mayoría silenciosa —los *left behind*—[57] al igual que el 'No' a los acuerdos de paz en Colombia o la elección de Trump. Los expertos explicaron, los periodistas contaron, las razones se expusieron. Pero millones de personas —mayorías y grandes minorías de 51,9 o 50,2 o 47,5 por ciento— desoyeron a los medios y reaccionaron más de acuerdo con sus motivaciones que con clarividencia intelectual. Quien está enojado actúa primero; luego piensa.

En Colombia, el ex presidente Álvaro Uribe alimentó el enojo anti-paz. En el Brexit, Boris Johnson alimentó el enojo anti-europeo. Trump, se sabe, es la ® de muchos enojos. No importó la verdad para sus votantes: Uribe, Johnson y Trump mintieron con descaro y, aunque fueron confrontados con los hechos, como si a nadie importase, arriaron con las victorias.

Si has engañado a tu pareja alguna vez, si robaste algo, si hablaste a las espaldas de un amigo y el remordimiento te comió los sesos y decidiste confesar todo, ya sabes lo que sigue: la verdad nunca es popular. La verdad es dolorosa, jodida, una soberana mierda. No hay nada espectacular en los hechos. Mirar estadísticas reveladoras no te la pone dura —ni moja, chicas— como el porno de tu amante. La verdad tiene codos. Jamás la perfección de un

cuento o una mentira ensayada; la realidad es imperfecta, tiene granos de sebo en la cara, pedos hediondos. La verdad es un problema porque intranquiliza, te arruina la tarde con el Sauvignon Blanc en la reposera mirando caer el sol mientras el Egeo lame ese talco blanco llamado arena que te mereciste toda la vida. La verdad tiene filo, jamás es dulce. Es una ortiga. Un vidrio entrando en el pie desnudo. ¿Quién quiere oír una verdad si una buena ficción entra como una cucharada de Nutella al paladar?

EL FIN DE LA *SAUDADE*

Nuestra vida de individuos es siempre privada, incluso en sociedad. Somos sujetos sociales en tanto estamos en relación con otros individuos. El taxista, el chofer del bus, el verdulero, el embolsador del supermercado; quien limpia la casa, la maestra, el portero del edificio, el repartidor de Amazon, el tipo del gas, el cajero de BBVA, la vendedora de la tienda de ropa. Todos esos contactos se dan en su mayoría cara-a-cara o uno-a-uno. Y cuando no es así, la relación entre nosotros como consumidores y las empresas que nos venden mercancías o proveen servicios, sigue siendo cercana, aun en la intermediación. Entramos a Amazon, hallamos en segundos el libro que buscamos, damos clic, se realiza el cobro directo a nuestra tarjeta y, pum, en dos o tres días está en la puerta de casa. Hasta los prestadores privados de servicios públicos —cuando funcionan bien, y cada vez más este es el caso— resuelven con eficiencia nuestras necesidades: proveen luz o gas, debitan en nuestra cuenta bancaria. Las colas se reducen al mínimo, las esperas se pulverizan. Pragmatismo: necesitamos algo, alguien cubre la demanda pronto. A buen precio y con bajo riesgo. Pero.

Pero: cuando ese individuo —nosotros— entra en relación con el Estado y sus agentes, ay, mecagoendiós: las burocracias todavía son un mar de papelería y documentación innecesaria, horas perdidas —productividad, dinero, tiempo que podría ser empleado en los afectos, o en dormir. El malgasto de vida vivible en las administraciones públicas se replica en los partidos y los organismos de representación política. El sistema asambleario con el que suelen o solían tomar decisiones los partidos demandaba que las personas se movilizaran desde sus hogares hasta la sede de la organización, y que consumiesen horas allí en discusiones —a veces pastosas, estériles— para decidir en conjunto. Hecho todo lo

anterior, luego debían confiar en que unos señores representasen la voz colectiva a través de los distintos niveles del partido, de las legislaturas y de las oficinas gubernamentales y consiguieran que se apruebe la decisión votada. Eso, claro, si esos señores no traicionaban antes el mandato de sus bases.

El sistema representativo funcionaba bien cuando las personas no tenían canales de fácil uso y largo alcance para hacerse oír. Pero hoy, ya sabemos, cada quien es su propio *publisher*, con un megáfono en Twitter, el periódico personal en Facebook y el estudio de fotografía en Instagram. Cuando la voz personal entra en el aparato de representación puede sonar distorsionada y oírse —si es oída— tarde. Escalar las diferentes instancias de un partido para mover un proyecto, u obtener consensos en una cámara para tratar de convertir cierta idea en una norma, demanda tiempo y compromisos.

La digitalización de la vida cambió todos los contextos. Desde la creación de agendas políticas hasta la comunicación interpersonal, y desde el empobrecimiento de la nostalgia —*saudade tem fim?* Skype y Zoom están aquí— hasta el amor y el sexo.

> Así como el teatro nos enseña que la realidad que vemos era un teatro, la red nos dice que la realidad visible es una red en la que caemos y un velo y un tejido que tapa y trasluce otra realidad. La red nos muestra que todo está interconectado, que lo que percibimos como realidad material también es una trama de circuitos, que el tiempo no corre en una sola dirección y que nada se acaba cuando parece que se acaba. Ahora podemos romper con alguien y seguir viendo su vida durante el resto de la vida, lo cual hace que romper no tenga ya el significado que tenía antes, y que todo estado de una relación sea evidentemente parcial y provisional.[58]

Nada se detiene. La alta velocidad de los flujos de información y comunicación transmite la sensación de que existen o pueden existir relaciones próximas —y horizontales— entre ciudadanos y representantes. ¿Seis grados de separación? Un clic. *Follow*, y ya. Sin embargo, va otra vez: dependemos de instrumentos como los partidos políticos, esa idea del siglo XIX que todavía utiliza herramientas del XX para enfrentar los desafíos del XXI.

La democracia ha crecido, sin duda, pero también han crecido los temores. Muchos ciudadanos se sienten desajustados ante los cambios del mundo. Las naciones ya no son naciones; ahora son

piezas en un complejo juego global de posiciones. Los gobiernos no pueden tomar decisiones a la ligera, aunque los populistas lo hacen. Trump, AMLO, el kirchnerismo, Orbán y Daniel Ortega, Chávez y Maduro decidieron practicar alguna forma de insularidad, amparados en ciertas creencias acendradas de que deben salvar a sus naciones de un oscuro y omnipresente monstruo global. El especialista en comunicación Néstor García Canclini escribió en *Ciudadanos reemplazados por algoritmos* que el apoyo a las democracias no alcanzaba a la mitad de los ciudadanos de América Latina en 2018, pero la adhesión al autoritarismo había crecido a dos tercios de la población en algunos países desde el tercio que representaba en 1995.[59]

El mundo es más democrático, si por eso entendemos que hay elecciones en más países, pero también el miedo se socializa. Las participaciones electorales se reducen y la apatía crece en elecciones regulares. Aun tenemos a favor que las sociedades parecen reaccionar para defender la democracia corriendo a votar masivamente cuando ciertos proyectos autoritarios se presentan como lobos jadeantes a la puerta de las urnas. Pero los Orbán, Erdoğan, Ortega, Duterte, Trump o Bolsonaro prueban que no siempre es así; en muchas ocasiones, las sociedades se movilizan para votar y no botar a esos líderes. Una sola letra encierra dos destinos opuestos.

Los partidos tradicionales pierden afiliados, y la apatía puede echar raíces. Mientras tanto los movimientos populistas, impulsados por veloces *blitzkrieg* telemáticas, compiten electoralmente y desestabilizan los procesos. Cambian todo. Las formas de organización y financiación. Conectan con la gente a través de un discurso expresivamente llano y directo, como si fueran nietos del *qualunquismo* de la posguerra italiana.

PIENSE OTRA VEZ: NO ES MAGIA NEGRA

Los expertos en redes saben que, una vez difundido un rumor con la idea de provocar un daño, las reacciones tempranas son claves. Pero aun cuando el problema se atienda pronto, la condición atomizada de las redes no restituye la reputación. Boris Johnson convenció a Inglaterra de las maldades de la UE; Uribe a muchos colombianos del horror del ‘Sí’ a la paz; y Trump a millones de seguidores acerca de una crisis terminal inexistente.

De hecho, hay una clara relación entre el populismo y las políticas de desinformación, dice Hameleers, de University of Amsterdam:

> La desinformación se define por sus intenciones políticas; los actores que comunican historias *fact-free* o inventadas lo hacen para cambiar o interrumpir el orden establecido [. . .] Los actores populistas atribuyen culpa a las verdades y el conocimiento establecidos para deslegitimar el status quo y [. . .] crear un impulso para visiones del mundo alternativas que cultivan el centrismo de las personas [. . .] Al hacerlo, pueden contribuir a incrementar el relativismo hacia el conocimiento establecido y las fuentes expertas. Este relativismo puede [. . .] socavar la confianza en las autoridades o en las fuentes oficiales de información. A modo de ejemplo, los actores populistas de derecha de todo el mundo expresaron desconfianza en la OMS y otras fuentes de conocimiento experto durante el brote de coronavirus en 2020. Para que las intervenciones propuestas por el gobierno tengan éxito, es importante que los ciudadanos confíen en la información fáctica sobre la situación pandémica.[60]

Al final, suele suceder que para cuando aparece la resistencia al discurso desinformativo es demasiado tarde y los bulos han ganado ya los corazones de las personas. El uso de la palabra 'corazones' no es baladí. Quien combate la desinformación lo hace armado de ideas, razones, explicaciones, argumentos mientras del otro lado hay una producción deliberada para generar conmoción. La razón obliga a procesar información dotándola de sentido en contextos precisos. Elaborar una explicación toma tiempo. En cambio, las emociones son primitivas e inmediatas y su expresión recorre más velozmente las redes que el discurso cartesiano, el cual requiere de una paciencia analógica que la velocidad de internet no posee.*

Volvamos a Donald Trump, el eyectado presidente vitalicio de ese mundo donde los grupos de choque se llaman *trolls* —o son de verdad y andan por las calles— y el Ministerio de Desinformación reboza de *bots*. Esto es una primera reflexión, todavía un brochazo abierto: Twitter funciona para las clases urbanas y para los más jóvenes, pero ¿funcionó también para los mayores en las ciudades y en el campo? Trump fue un catalizador eficaz para el enojo de los hombres y de las mujeres blancas de las ciudades con menos educación. Lo dicho: gente harta de promesas que no se cumplen; y de los políticos que cada cuatro años bajan de las alturas olímpicas de Washington a pedir sus votos; y del *establishment* que cuida sus

privilegios cortesanos; y de Corporate America, que se forra con el trabajo de miles de trabajadores aplicados como ellos. ¿Fueron las redes un factor clave ahí? ¿O, como en el campo, lo fueron las iglesias evangélicas, las reuniones comunitarias y bíblicas del domingo?

Trump arrasó —arrasó: fue devastador— en las comunidades rurales de los Estados Unidos, donde predominan los votantes blancos y también los más ancianos. Donde, generacionalmente, el hombre predomina sobre la mujer. Donde dios pesa más que el Estado y el Estado es un peleador liviano frente a la idea del *self-made-man* y el pionerismo. Y donde hay menos pasaportes —es un hecho— para conocer el mundo; una realidad más acotada, estable y menos sometida a la inestabilidad del cambio.

Universalismo *versus* nación.

La ciudad cosmopolita contra el nacionalismo pobretón. Nada nuevo en el horizonte; una de las disputas más comunes de la modernidad —lo urbano ante lo rural y provincial— encuentra brasa tibia en el fogón populista. Más de la mitad de la población mundial vive hoy en ciudades y la tendencia aumenta, pero esa mudanza hacia las urbes desde el medio rural no es suave. La urbanización, dice Henri Lefebvre en su superlativa *The Urban Revolution*,[61] tiende a ser violenta y desigual, y no sólo presenta conflictos urbanos internos—centro versus extramuros, ricos contra pobres— sino entre ciudades del mundo civilizado en oposición a las del menos desarrollado, así como entre la urbe y el campo.

Theodor W. Adorno mira la oposición entre lo citadino y lo rural con otros ojos; para Adorno lo que identifica al campo es una relación social familiar, donde se celebra la autenticidad y la falta de diferencia, mientras que la ciudad constituye su opuesto. La ciudad rompe con el ciclo de la tradición pues la sociedad burguesa, dice Adorno, quiere borrar los dogmas históricos e imponer la racionalidad del desarrollo. Ese conflicto corta el circuito de transmisión de las costumbres. La tradición es el territorio en que domina «la existencia pre-dada, irreflexiva y vinculante de las formas sociales: la actualidad del pasado». Por su parte, el racionalismo urbano es irreverente, y juzga el universo de la habitabilidad —y de las relaciones— no por su valor afectivo, sino por su eficacia. Para Adorno, la autoridad en sí y la inmediatez o la herencia son enemigos de las formas de vida burguesas.

> Los valores tradicionales derivan su autoridad del respeto por el pasado que, en última instancia, se basa en algún criterio distinto de la eficiencia. Así lo demuestra la figura del anciano, encarnación viva del pasado en la sociedad burguesa. La sociedad burguesa carece de los recursos evaluativos para fundamentar nuestro deber o el respeto que se le debe a los ancianos. Si bien podemos intentar una explicación racionalizada de la práctica tradicional de respetar a los mayores, citando la autoridad epistémica de la experiencia de vida o el endeudamiento social de los jóvenes con sus antiguos cuidadores, esta explicación no puede capturar ni este sentido de respeto ni el fenómeno del respeto en general. La naturaleza opaca del respeto, que se resiste a cualquier explicación instrumental completa, es irracional desde la perspectiva de la racionalidad burguesa.[62]

El campo representa lo viejo, por eso tiende a ser conservador. La ciudad muta todo el tiempo, y su destino ha de ser liberal. Los Estados Unidos tienen sus ciudades más dinámicas en las costas, donde están el mar y sus puertos, espacios de arribo y de migración; en cambio sus pueblos más pequeños ocupan las planicies y el corazón del país. Esa distribución geográfica es también una distribución cultural; en Alemania, asimismo, el campo representa el «territorio de crianza» de la antipolítica y de la ultraderecha.[63] La oposición está siempre allí: abrazar el cambio abriéndose a los océanos y a los aeropuertos, o protegerse de él en casa, con el cerco blanco bordeando un jardín donde suena el carrillón de Ma' Josephine.

El mundo es más simple —no es una crítica— cuanto menos se conoce de él. El Brexit de Boris Johnson ganó entre las personas de mayor edad, entre las que tienen menos formación y trabajos más propios del capitalismo industrial del siglo XX, y entre aquellos que viven en ciudades mucho más pequeñas que Londres o Manchester. AMLO arrasó entre los pobres de México, al igual que Néstor Kirchner, CFK y Alberto Fernández en Argentina. Podemos apelar también al ejemplo de Evo en Bolivia, o mirar a Castillo hoy en día, que llegó a la segunda vuelta electoral reuniendo votos a manos llenas en las zonas más castigadas del Perú, donde el Estado es una entelequia. ¿Recuerdan a Chávez? Una aspiradora de votos populares, muy populares, tremendamente populares.

En el caso de Trump, los medios —porque este es el punto básico, inicial— no fueron tan determinantes. Fox News hace tiempo que dejó de hacer periodismo; su negocio es el

entretenimiento informativo, y allí Trump halló un primer canal para llevar su imaginario cuasi religioso a cada pequeña ciudad y pueblo rural. Para el momento en que Fox comenzó a tomar distancia de sus bravatas, chistecillos y barbaridades —y se alineó con los barones republicanos, previsibles, parte de la misma troika institucional—, Trump ya tenía a 10 millones de seguidores en Twitter y a las demás cadenas reproduciendo su inagotable retahíla de provocaciones al establishment: carne para quien quisiera saborear. Se fue del gobierno con más de 80 millones de personas colgadas de su *handle* —yo incluido.

Trump, el *outsider*, encontró cobijo en las publicaciones de ultraderecha.* Más tarde, cuando su candidatura se hizo oficial, el miedo superó a la burla y no hubo medio liberal que no buscase socavar su línea de flotación, poniendo al desnudo su moral indefendible, su abierta indecencia, su petulancia ignorante e incapaz. Pasado el tiempo, incluso medios republicanos llamaron a votar por Hillary Clinton. Finalmente, Fox News regresó con Trump. Le bastó una razón: su público lo adoraba, y ese público es el que Ruppert Murdoch vende a los anunciantes para que patrocinen sus espacios.

Pero incluso en ese caso, Fox News no hace magia negra; si el discurso y el comportamiento de Trump fueron aceptados por casi la mitad de los votantes fue porque esa mitad concuerda, parcial o totalmente, con sus ideas y propuestas. Los medios no crearon esas audiencias; les ofrecieron una persona arquetípica que podía satisfacerlas en varios niveles: un *self-made-man*, con deseo de reconocimiento y determinación para joderse al fisco —y salir bien librado. Un fanfarrón quizá, el ignorante más grande que pudo nunca dirigir la Casa Blanca, pero uno que sabe hacer dinero sin que le toquen el trasero.

No, no es el medio: es, siempre, el mensaje. Y es la acción política concreta: Twitter no gana una elección por más incendiario que sea el discurso. La ganan los individuos que se activan en la vida real. Organizados.

[·]

La victoria de Amado Líder no es una derrota de los medios; es una derrota de quienes creen que los medios son omnímodos manipuladores, que tratan el cerebro de las personas como *tabulas*

rasas que pueden atiborrarse de contenido tendencioso. Suponen a los consumidores de información como monos lobotomizados, incapaces de cualquier razón, dóciles de arriar. Si fuese así, si los medios fueran el monstruo omnipotente, hubiera ganado Hillary y Trump sería basura bajo una alfombra nueva. Si fuese así, Bolsonaro no presidiría Brasil. El Brexit jamás habría sucedido. O el 'No' a la paz colombiana. Ni CFK ni Alberto Fernández ni Evo ni Correa ni, en su momento, Lula. El chavismo sería historia desde hace años.

No. Los medios periodísticos (liberales o conservadores) podrán suponer que informan a todos, pero su información no es procesada por todas las personas ni de la misma manera por quienes en efecto la consumen. El *uso* determinará su significado. Un texto de *The New York Times* sobre la crueldad sociópata de Trump confirmará en sus creencias a los progresistas, pero será una patraña —una pieza más de una sucia campaña— para aquellos que descreen de la prensa liberal, propia de las grandes capitales.

No. Hay un mundo distinto allá afuera. Las redes aportan intercambios virtuales que simulan los diálogos de la vida real, y dado que son ubicuas y dinámicas —y sus barreras de entrada pueden ser superadas hasta por una hormiga coja— facilitan una brutal circulación intelectual, admirable o deleznable, en las pantallas primero y luego en los cafés de las ciudades, en los pueblos del campo, en los barrios de los ricos y en las favelas y *trailers* de los cagados de todo.

Bienvenidos a la auto-representación informal.

La disponibilidad de noticias e información libres en todas partes, lo que se llama *ambient news*, suele resolver las necesidades de la gran mayoría de la gente. Twitter como una mesa de café y Facebook como una plaza en donde discutimos nuestras impresiones con amigos, conocidos y seguidores. Enojos y frustraciones, tu *fed up*, mi *up yours*, sus 'a dar por culo'; las ganas de dar una lección a representantes que no representan, líderes de paja, vendedores de humo.

El enojo siempre halla su canal, por mutación o por desafuero. Brexit. 'No' en Colombia. Trump. AMLO. Bolsonaro. Fujimori y Menem, 1990. Chávez en 1999. AMLO 2006 (casi) y AMLO 2018 (sí). Vox *parla català*, 2021. Pedro Castillo o, casi, Keiko. El hijo de dios Nayib Bukele. La suma ha de seguir, y seguirá: *Populism is the sign o' the times*.

La prensa no sabe —no sabemos— muy bien cómo manejar las nuevas opiniones públicas. En el pasado, estaba en nuestras páginas; la opinión pública era la opinión publicada, la que *realmente* existía. La mayoría silenciosa —esa entelequia que a veces se vuelve corpórea— ha demostrado que una masiva, desoída, encabronada opinión no-pública encontró sus propios modos de hacerse visible, y articula voceros más allá de las legitimaciones de la civilización intele ctual y política. Parece que nosotros no sabemos verla bien, pero hay vida más allá de nuestras narices retocadas.

Y no son marcianos. Son seres de fe, y ese —ay— es un animal jodido.

12 · HEGEMONÍAS

Algunos hombres sólo quieren ver el mundo arder

¿El último recurso es la violencia? En el populismo es uno más, desde el principio.

As you know, madness is like gravity. . .
All it takes is a little push.
—The Joker, *The Dark Knight.*

La escena ocurre en el sótano híper tecnologizado y límpido de Bruce Wayne. Es 'The Dark Knight', tal vez la mejor peli de la serie sobre Batman, dirigida por Chris Nolan y con el inconmensurable Heath Ledger como The Joker:

Alfred Pennyworth: Con todo respeto, *master* Wayne, tal vez este sea un hombre al que tampoco comprenda del todo. Hace mucho tiempo estuve en Birmania. Mis amigos y yo trabajábamos para el gobierno local. Intentaban comprar la lealtad de los líderes tribales sobornándolos con piedras preciosas, pero sus caravanas estaban siendo atacadas en un bosque al norte de Rangún por un bandido. Entonces, fuimos a buscar las piedras, pero en seis meses nunca conocimos a nadie que comerciara con él. Un día, vi a un niño jugando con un rubí del tamaño de una mandarina. El bandido los había estado tirando.

Bruce Wayne: Entonces, ¿por qué robarlos?

Alfred Pennyworth: Porque pensó que era un buen juego. Porque algunos hombres no buscan nada lógico, como dinero. No se pueden comprar, intimidar, razonar o negociar con ellos. Algunos hombres sólo quieren ver el mundo arder.

Algunos hombres sólo quieren ver el mundo arder, es cierto, pero otros quieren incendiar el mundo conocido e inventarse su propia

Arcadia. Una donde ellos rijan, como amos y señores decoradores.

No hay proyecto populista que no pretenda la acumulación de poder en la figura de Amado Líder.* En algunos casos, con la pretensión de la suma del poder público, como lo intentó Alberto Fujimori en el Perú. En otros, con el copamiento efectivo de espacios institucionales como los tribunales federales —lo practicaron el menemismo, el kirchnerismo, Trump[1] y Daniel Ortega, entre otros— o en los malogrados intentos de Jair Bolsonaro. En otros, con la destrucción sistemática de las instituciones para instalar una autocracia con respaldo constitucional —saludos a Venezuela y a Nicaragua, que Cuba ya pasó esa posta hace décadas.

Todo esto sucede a simple vista, sin que por las calles corran tanquetas militares ni a medianoche se asalten los hogares de los disidentes. A diferencia de los golpes de Estado o de las revoluciones, los autoritarismos suelen construirse progresivamente con acciones que tienen la apariencia de pequeños desvíos, casi errores menores de interpretación de la norma, o como atajos que se juzgan comprensibles y hasta necesarios, pero que recién con el paso del tiempo acaban expuestos —tal vez cuando ya es tarde— como manifestaciones de un proceso más oscuro.

La prensa puede decir cosas, la gente aun vota y Twitter está abierto para la defensa o la reprobación pública de alguien o de algo, todo lo cual podría indicar que estamos ante una sociedad democrática. Sin embargo, la construcción de la hegemonía autoritaria puede darse aun con esos elementos en juego, al menos nominalmente. Venezuela ha tenido elecciones presidenciales, legislativas y hasta referendos en donde la ciudadanía vota abiertamente; las redes sociales no están bloqueadas y la oposición habla alto. Pero, ¿es posible negar el afán de sus gobernantes por perpetuarse en el poder, el encarcelamiento de sus críticos, o la intimidación de luchadores sociales? El MAS de Evo, el peronismo de CFK, el crecientemente autocrático Bukele: todos tigres con manchas visibles. ¿Son los ataques de AMLO a la oposición, a quien ha acusado casi de traición a la patria, *excesos* de un demócrata? ¿Representan los insultos de Rafael Correa a la sociedad civil un exabrupto ocasional?

Dicen Max Fischer y Amanda Taub sobre dos décadas de chavismo en su ensayo «How Does Populism Turn Authoritarian»:

> Venezuela exhibe el peor resultado de un gobierno populista, en el que las instituciones han quedado tan paralizadas que el crimen es desenfrenado, la corrupción es casi universal y la calidad de vida se ha derrumbado. Pero esas consecuencias son obvias sólo después de que han hecho su daño.[2]

Y este era AMLO, según el historiador Enrique Krauze, quince años *antes* de llegar a la presidencia:

> Lo inquietante no es su ideología: la opinión liberal en México podría ver con naturalidad y con buenos ojos la llegada al poder de una izquierda democrática, responsable y moderna, como ocurrió en Brasil y Chile. Tampoco preocupa demasiado su programa: da la espalda a las ineludibles realidades del mundo globalizado e incluye planes extravagantes e irrealizables, pero contiene también ideas innovadoras, socialmente necesarias. Lo que preocupa de López Obrador es López Obrador. No representa a la izquierda moderna que, a mi juicio, sería la alternativa ideal frente a un PAN ultramontano, sin autoridad política, y un PRI anquilosado, sin autoridad moral. Representa a la izquierda autoritaria.[3]

[·]

El populismo tiene una píldora envenenada; en principio, amplía al menos nominalmente el campo de acción política, pues acerca a masas excluidas a la conversación pública, empoderándolas —horror de *palabro*— de forma parcial. Sin embargo, al mismo tiempo corrompe los mecanismos institucionales de participación y regulación del poder para someterlos a la voluntad del líder. La participación política se hace así efectiva *en tanto* esta se desarrolle dentro de los límites fijados por la voluntad del jefe, y *en tanto* el sistema haga lo que el caudillo desee. Y la justicia y la ley sólo serán legítimas si tienen correlación directa con el pensamiento de Amado Líder.

Cuando Chávez asumió en 1999, juró de esta manera:

> Juro ante Dios, ante la patria y ante mi pueblo, sobre esta moribunda Constitución, que haré cumplir e impulsaré las transformaciones democráticas necesarias para que la República nueva tenga una Carta Magna adecuada a los tiempos.[4]

A priori, es un discurso loable: un presidente detecta que hay una normativa básica desactualizada —«moribunda» es peor, porque es

inútil— que necesita un cambio para ser «adecuada» a los nuevos tiempos. El problema es que no hay acción sin contexto, y las condiciones coyunturales de Venezuela importaban tanto como el actor que asumía la necesidad de impulsar esas «transformaciones democráticas necesarias». El empuje hegemónico de Chávez estaba detrás de cada intención expresada en el juramento.

La reforma que ordenó se propuso acabar con la Constitución «moribunda» convirtiéndola en un proyecto a medida, con la reelección indefinida como *feature* central.[5] A la vez, su desaparición supondría terminar con «el infortunado sistema político» asociado a la Carta desde hacía cuatro décadas.

Esta no era una eliminación nominal sino total, metafísica y práctica. Por un lado, Chávez se proponía que deje de existir la letra que representaba el orden jurídico-institucional precedente.* Por el otro, en la práctica, el proyecto de dominio incluía arrinconar a la oposición hasta hacerla intrascendente. No desaparecerla, sino mantenerla bajo respiración artificial para que actúe como legitimador de los presuntos valores democráticos del régimen. Pero ese plan desapareció de la mente de Chávez apenas quisieron desplazarlo ilegalmente con el golpe de Estado de 2002.

Desde entonces, la refundación de la república —un mantra habitual del populismo, sea de izquierda o derecha— incluyó el desmantelamiento de la república institucional y la res-pública del ágora social a plena luz del día.[6] Un par de años después del golpe fallido, Chávez copó el Tribunal Supremo de Justicia de Venezuela, que abdicó «de su papel como contralor del accionar arbitrario del Estado y garante de los derechos fundamentales».[7] El desmantelamiento de la democracia liberal venezolana continuó con la creación de sindicatos adictos (no pudo dominar a los gremios tradicionales) para controlar la conflictividad social; el manejo de los recursos productivos—sobre todo, de la imperial PDVSA—; y, finalmente, la persecución de los opositores políticos y de los líderes de la sociedad civil, quienes en ocasiones acabaron en prisión sin más razón que la de torear al régimen.

La vocación hegemónica es congénita al populismo. No puede ser menos si se llena la boca con ‘refundar’ una nación: debe tirar todo abajo, debe negar cuanto pueda y le tocará los órganos sexuales a una multitud de individuos y organizaciones. Sí: si el populismo va a hacer lo que el populismo debe, entonces nada debe quedar en su sitio.

Desmantelar enérgicamente toda resistencia al dogma y controlar los resortes del poder, tanto los políticos como los igualmente cruciales espacios económicos, producirá una temporada severa de urticarias. ¿Pluralismo? Buen chiste.

Cuando en 2002 los trabajadores de PDVSA iniciaron una huelga en protesta por la intervención del gobierno —en una empresa hasta entonces organizada con escalas meritocráticas—, Chávez ordenó el despido de 18.000 empleados y ejecutivos de puestos clave y prohibió las movilizaciones.[8] Cada una de las decisiones valió su peso en crudo: la Revolución Bolivariana no podía dejar que el vellocino venezolano tuviera una gestión profesionalizada independiente de sus necesidades políticas. Dado el peso de PDVSA en la economía del país, la visión hegemónica de Chávez jamás permitiría la existencia de un Estado dentro de su Estado sin que él controle las llaves de los cofres.*

Venezuela no salió bien, pero el chavismo sigue vivo gracias al *take over* de su presidente pues no hay hegemonía que se sostenga sin incidencia directa sobre los medios de producción y la organización política. La Revolución ha vivido del petróleo como un *robber baron*.

Electoralmente hablando, Venezuela ha experimentado el proceso más efectivo —y nocivo— de reforma política estructural: en dos décadas el país pasó de la democracia liberal a una autocracia personalista dominante. Cuba lo hizo también, pero lejos de la vía democrática, a través de una revolución que mutó en una dictadura perenne. El priismo, por su parte, mantuvo su hegemonía en México instrumentalizando un sistema homeostático de partido-Estado. Tomó décadas a la oposición dar con una ventana abierta al triunfo por sobre el aparato autoritario de ese oxímoron llamado Partido Revolucionario Institucional.**

Muerto Fidel, desahuciado el PRI, sólo el chavismo y el peronismo parecen tener la cadencia sensual de convocar el amor popular invocando el nombre de sus líderes espirituales. Chávez comprendió, como antes Perón, que el mantenimiento del proyecto populista requiere de un adecuado aunque siempre inestable balance entre consenso y coerción bajo la égida de un líder carismático. Ambos han apostado a construir culturas políticas más que regímenes eminentemente represivos a priori. En la línea de Joseph S. Nye, peronismo y chavismo comprenden que se obtienen mejores resultados con seducción, carisma y propaganda que con el

palo de abollar ideologías, Mafalda dixit. El poder se maximiza, decía Nye siguiendo a Gramsci, si se ofrece a El Pueblo una cultura, ideología e instituciones caras a sus afectos.[9] Es difícil discutir hoy la inexistencia de una cultura peronista o una chavista.

El chavismo, el peronismo y Fidel —no la Revolución— han sido los hegemonistas más implacables y efectivos de América Latina.* Militar, astuto y *street smart* como el General, Chávez es el alumno más aventajado de Perón, a su vez el más acabado constructor de un movimiento populista, capaz de superar la prueba de la ausencia de un fundador absorbente y mil obstáculos en el camino. El peronismo ha sobrevivido a su líder reconvirtiéndose según la necesidad de la época mientras mantiene la figura santificada del caudillo omnipotente como tótem, centro y destino de la liturgia popular.**

Detengámonos allí. ¿Qué hay en el peronismo para mantenerse en forma con siete décadas sobre el cuerpo? Flexibilidad y astucia mezcladas con otra decena de atributos políticos activos, incluida una sed insaciable por el poder y una inteligencia muy práctica para hacerse con él.

El peronismo instrumentó en Argentina un modelo hegemónico capaz de ganar la voluntad del electorado en múltiples ocasiones desde 1945, pese a ser perseguido por las dictaduras militares y derrotado en las urnas, en ocasiones al punto de que su desaparición ya estaba escrita en las lápidas.

Fuera del poder, el peronismo ha resistido todo. La disputa de Perón llamando al voto en blanco durante la persecución de los militares de la Revolución Libertadora de 1955; la infatigable y destructiva oposición sindical a los gobiernos desarrollistas de Arturo Frondizi y Arturo Illia en los años ‘60, y la obra de desgaste sobre el socialdemócrata Raúl Alfonsín en la década del ‘80; y la decidida apuesta a generar un vacío de poder en la administración de Fernando de la Rúa, fueron demostraciones de combatividad defensiva, dizque, protagonizadas por El Pueblo.

Tras cada uno de esos gobiernos, con mayores o menores capacidades e ideas, el peronismo volvió al poder renovando su vocación de control. En el campeonato futbolístico del populismo, Perón y sus intérpretes bajaron de los barcos y son pentacampeones.

Parece ser que la clave de su permanencia es haberse mantenido dentro de los márgenes de la democracia electoral, en vez de profundizar su *flavour flair* inicialmente fascista. El peronismo es el

único movimiento de la región con raíces de varias generaciones entre los más pobres, con quienes, más allá de su uso del clientelismo, ha elaborado un imaginario popular. La base social del peronismo edificó un edificio cultural a partir de los residuos discursivos de Perón y de Evita que renovó en el siglo XXI con la promesa combativa pseudoizquierdista del kirchnerismo.

El arco histórico dibujado entre 1945 y 2010 no es metafórico: cuando la biología terminaba con los últimos herederos del primer peronismo, el kirchnerismo inyectó al movimiento una nueva generación de activistas jóvenes que debiera proveerle sangre y cuadros para los siguientes veinte años.* Como el Partido Republicano en los Estados Unidos, el peronismo tiene un piso electoral equivalente a un tercio de la población argentina *aun* en sus peores momentos. Y si puede construir desde sus cenizas es porque siempre están tibias.

La construcción de hegemonía es siempre dinámica. El peronismo entendió eso intuitivamente. Si pierde el poder, se reagrupa, lanza de inmediato una carnicería interna, reemplaza a sus jefes caídos, se baña, toma los bombos y sale a perseguir otro nuevo —eterno— retorno. La voracidad interior del peronismo —los gatos que se reproducen mientras los demás creen oír peleas, al decir de Perón— tiene su correlato en la sociedad. El peronismo no defrauda al clan: es una organización que lucha por el poder con una determinación feral. Su capacidad para disputar agresivamente desde la contrahegemonía no ha sido igualada en la región. En Argentina no es ningún secreto que es difícil gobernar con el peronismo en el poder, pero tanto más cuando no lo tiene.

¿En qué reside su capital desestabilizador una vez fuera del gobierno? Es variado. Los sindicatos peronistas han logrado mantener o reorganizar su poder a lo largo de las décadas. Por un lado, el partido favoreció la caída del gobierno de Raúl Alfonsín en 1989, en medio de saqueos a supermercados y tiendas por la incontrolable crisis hiperinflacionaria; por otro lado, sus gremios y el mismo partido desactivaron toda protesta social durante años, mientras Carlos Menem —uno de los suyos— gobernó Argentina. El partido se fagocitó dejando que, uno tras otro, cinco presidentes entraran y abandonaran la Casa Rosada tras la debacle cambiaria de 2001, pero impidió al mismo tiempo que cualquier no-peronista se aproximara siquiera a la presidencia.

Finalmente, instauró un régimen de fractura política con el

kirchnerismo —la llamada 'grieta'—, que desde el centro mismo del poder dividió en dos al país. El peronismo asumió estas posiciones a conciencia; jugó sus cartas a sabiendas de que cada una de ellas introducía un riesgo sistémico y de que hundía en la crisis a miles de argentinos.* En su lógica, en la búsqueda del poder, vale todo.

PARA LINKEDIN: PRESIDENTE Y ENCUESTADOR

Uno de los intentos más notables para transformar una democracia liberal en una hacienda personal —con fachada de legalidad— ocurrió hacia el final de los diez años de mandato de Álvaro Uribe Vélez en Colombia: el 'Estado de Opinión'. La propuesta que Uribe presentó para superar el Estado de derecho demandaba abandonar ciertas formas de la democracia liberal para incurrir en un ejercicio plenamente populista: en el 'Estado de Opinión', el gobierno tomaría sus decisiones siguiendo el criterio de las mayorías, que sería expresado —no en el Congreso o a través de los mecanismos regulares de representación sino— en encuestas y sondeos. Esto es, el ordenamiento jurídico sería relegado por las *creencias* coyunturales de las personas.10

De boca de Uribe en una cena en honor al entonces príncipe de Asturias, futuro Felipe VI, durante su visita a Bogotá en 2009:

> Diría que Colombia está ahora en la fase superior del Estado de Derecho, que es el Estado de Opinión. Aquí las leyes no las determina el presidente de turno. Difícilmente las mayorías del Congreso. Todas son sometidas a un riguroso escrutinio popular, y finalmente, a un riguroso escrutinio constitucional. El equilibrio entre la democracia participativa y la democracia representativa ha logrado que la opinión pública, en creciente actividad, sea el factor determinante del producto legislativo. Es una democracia de opinión en la determinación del contenido de las leyes.11

Uribe ensayaba la teoría a partir de su experiencia personal. Durante su gobierno instrumentó los llamados 'consejos comunitarios', que lo llevaron a viajar casi todos los sábados a distintas localidades del interior de Colombia para reunirse con los vecinos y dirimir de forma presencial los conflictos locales. El ejercicio de la micropolítica es un clásico populista, que Uribe manejaba con habilidad inigualable. Pocos como él se adentraban entre la multitud al punto de encararse persona a persona con algún

crítico desencajado. «Uribe sabía llegar a la gente y, sobre todo, hacía algo que los demás pocas veces hacían: iba con ellos», me dijo David Martínez Osorio, un especialista en derecho penal humanitario que ha estudiado su gobierno. «Hay una imagen muy efectiva de él en esos años: monta un caballo de paso fino colombiano sosteniendo un tinto, que no se le cae nunca. Es *el* hombre».

El carácter de Uribe estaba en directa contradicción con el físico de Uribe, un hombre pequeño que más parecía un farmacéutico resfriado que se acaba de levantar de la siesta que el presidente feroz que tomó a Colombia por la mano mientras le daba *tough love.*[12] Uribe cultivó una doble presencia: por un lado la del hombre educado como abogado; por el otro, la del caudillo capaz de entender al pueblo del interior colombiano negado sistemáticamente por la burguesía capitalina. «Como presidente, Uribe siempre fue candidato a presidente», me dijo por WhatsApp la escritora colombiana Carolina Sanín. «Vivió en campaña buscando el afecto y la aprobación de la gente». Y agregó:

> Él conoce Colombia como nadie. Esa búsqueda por hacer un gobierno directo, esa demostración de estar en el territorio, físicamente, así no sea él parte del pueblo, lo acerca a la gente. Uribe mantiene vivo ese deseo propio de seguir estando en el gobierno aun cuando ya no preside, buscando ser visto, sentar presencia. En tiempos de virtualidad casi absoluta, la presencia física adquiere un sentido más urgente, y enigmático.

Álvaro Uribe Vélez nació en una familia acomodada de ganaderos de Antioquia. Se hizo abogado y creció políticamente en el interior del país con una mirada crítica de la hegemonía palaciega de Bogotá. Cuando llegó a la presidencia, apoyado en su discurso de enfrentamiento con las élites capitalinas, aprovechó el descontento con los gobiernos precedentes y logró unir a las distintas provincias alrededor de su imagen.[13] Lo que siguió fue la aplicación de la *firma d'autore* del populismo: reemplazó la preeminencia cachaca con su completo dominio.

El contraste ofrecido por Uribe fue llamativo y produjo una ruptura simbólica. Los gobernantes colombianos del pasado —como retrató Jursich en su ensayo— eran más propensos a la tertulia intelectual en la capital que a trotar con poncho y sombrero por los pueblos de los valles y de las montañas o a sacar el pecho a la

guerrilla acercándose a los paramilitares.

Sanín me dice que, al menos durante las últimas décadas del siglo XX, Colombia no tuvo la disposición de entregarse a un hombre fuerte. La gente cercana a Uribe tampoco reunía características de macho dominante —y por lo mismo no competía con su figura patriarcal. Juan Manuel Santos, el exministro de Defensa y sucesor de Uribe, es un hombre tranquilo y mesurado, arquetípicamente cercano a los dirigentes-poetas del pasado. «Nuestros presidentes eran hombres débiles: *clubmen* como Santos, ancianos cansados como Virgilio Barco, medio afeminados como Belisario Betancur, el gordito chistoso de Ernesto Samper o un fanfarrón como Andrés Pastrana», me cuenta Sanín. «Uribe representó un clic en el deseo reprimido porque el padre no estaba representado, y entonces Colombia se dio cuenta de que, claro, sí, quería un padre».

De hecho, en la diada consenso/coerción del hegemonismo, Uribe fue más propenso a ser un vaquero que un amante. El autoritarismo fue dominante durante sus dos mandatos, en los que polarizó con sus adversarios, empujó a los límites a la oposición y favoreció la salida militar a la crisis política con la guerrilla con despliegues frecuentes de apoyo a las fuerzas armadas.[14] El consenso hegemonista fue suplantado por el personalismo carismático abierto con su público, con quienes el presidente se mostraba afable, entrador y llano.[15] Su plan del Estado de Opinión fue popular entre los colombianos y, de resultar, hubiera sido tutelar para la relación directa Amado Líder/El Pueblo y para intentar construir una religión política con Uribe al centro.

No había en Uribe intenciones de fortalecer la institucionalidad de Colombia sino de subsumir la institucionalidad a sus objetivos. En Uribe, la democracia era personal: suya.[16] El presidente entendía a Colombia como una hacienda a administrar y supo que, para mantener su legado, debía construir una cultura política alimentada por una presencia comunicacional permanente. Sus elevadas cuotas de popularidad le permitieron romper con la tradición de un solo mandato presidencial no reelegible, desplazar a sus competidores políticos y construir una proyecto transversal —que superó al Partido Liberal, su formación original— ceñido a la visión de un hombre —él—, que hundió la tradición bipartidista colombiana. El rodillo uribista fue impasible.

Uribe no cubrió el expediente del presidente-poeta a cabalidad

—conocía sus poemas, pero no era un tertuliano wildeano—, pero se ocupó por coquetear entre el idealismo y el materialismo, una mezcla que encastraba con las expectativas de un país que apreciaba la estabilidad y el progreso económicos tras décadas de conflicto interno.*

Ya fuera de la presidencia, la fuerza simbólica de Uribe todavía está presente en el electorado: un líder resuelto, determinante, sin miedos que estiró su poder a la digitación de agendas y nombres. Uribe demostró que era capaz de producir sensibles golpes de efecto y aun más significativos golpes políticos cuando fue electo senador con el mayor volumen de votos de la Historia tras ocho años de presidencia, cuando colocó a Juan Manuel Santos en su reemplazo —y lo enfrentó, y derrotó, con una fiereza sanguínea cuando su exvicepresidente apostó por los procesos de paz—, y cuando le sirvió la victoria a Iván Duque.

Tan profundo ha sido el rodillo que, como sucede en Venezuela con Chávez o en Argentina con el peronismo, Colombia aun discute desde dentro de la hegemonía cultural del uribismo, sea para superarla o extenderla.** Uribe convenció a una buena porción del país de que sus intereses eran los intereses de todos los colombianos —comenzando por su celo securitizador— y que el país no necesita más ideología que el sentido común —cuyo alcance él definió y su delfín Duque profundizó. Helo ahí: un jefazo al que, aun encima de un caballo al paso no se le vuelca ni una gota de café.

EL DERECHO ES MÍO

Un rasgo común entre los líderes populistas —apenas sienten que su proyecto enfrenta algún desafío, ni tan siquiera una amenaza: escamotear o impedir el ejercicio de las libertades civiles de protesta, expresión y organización, una característica que los emparenta con los autoritarismos tradicionales.

En marzo de 2021, López Obrador asumió con disgusto que el feminismo marchara masivamente hasta su Palacio Nacional para protestar contra los permanentes asesinatos de mujeres en México. Así que el presidente ordenó cercar el edificio con planchas de acero de más de dos metros de altura y alertó a la policía para dispersar la protesta llegado el momento. Como es incapaz de controlar al feminismo, AMLO las confrontó: tas mujeres mexicanas, dijo tras la manifestación, enojoso y herido, eran instrumentos del

conservadurismo.[17]

Algo similar sucede con la integridad institucional: para el populismo, la concepción liberal de 'entidades estatales independientes' de la voluntad del caudillo es un contrasentido. En su lógica, un liderazgo transformador debe tener las manos libres para cambiar el presente y el futuro, y para ello no necesita controles y balances sino la lealtad de legisladores, jueces, funcionarios y militares. Un hegemonista se propondría tomar el control de esas instituciones por la vía del copamiento, pero debe considerar también la posibilidad de negarles entidad socavando su legitimidad. López Obrador ha sido activo en esos frentes que, como en el caso de las mujeres, lo llevaron a enfrentarse con quienes no desean obedecerle.

Cuando, en 2021, el Instituto Nacional Electoral negó la candidatura para gobernar el estado de Guerrero a Félix Salgado Macedonio,* AMLO desafió a las autoridades. Si el INE no le daba lo que quería, sugirió que tal vez fuera hora de que la ciudadanía, y no los responsables electorales, decidieran si Macedonio podía competir. «Sería muy sencillo, ahora que hay sistemas de *call center*, que hoy y mañana, como una empresa especializada, cierren encuesta en Guerrero y les preguntaran a todos: ¿quieres que participe este candidato o no? ¿Se le acepta el registro o no?», dijo.[18]

Álvaro Uribe habría mirado con una mezcla de envidia y admiración que su Estado de Opinión tuviera un seguidor en AMLO. No son tan distintos: uno y otro comparten la filosofía de absoluta libertad para el caudillo que ama a y trabaja por El Pueblo. En ambos casos, el desafío a la institucionalidad liberal no es casual. Mientras Uribe empujó hasta último minuto su plan del Estado de Opinión, desde 2003, cuando todavía dirigía la Ciudad de México, AMLO resistía las decisiones judiciales que obligaban a su administración a pagar por la expropiación de un terreno. Su justificación expresó su ideario íntimo:

> Ley que no es justa no sirve. La ley es para el hombre, no el hombre para la ley. Una ley que no imparte justicia no tiene sentido [. . .] La Corte no puede estar por encima de la soberanía del pueblo. La jurisprudencia tiene que ver, precisamente, con el sentimiento popular. O sea que si una ley no recoge el sentir de la gente, no puede tener una función eficaz.[19]

Populistas como AMLO, Uribe, Maduro o CFK —la lista es extensa y casi no tiene excluidos— creen que el Estado de derecho de la democracia liberal es un espacio de guerra jurídica —*lawfare*— donde la política ha sido reemplazada por el uso intencionado de las leyes. Y puesto que el ordenamiento jurídico es previo a su emergencia, Amado Líder impulsa su desconocimiento, ya que la letra de la ley expresaría el pensamiento de las burguesías históricamente dominantes.

Cristina Fernández, por caso, ha hecho un uso activo del término para defenderse de las investigaciones por enriquecimiento ilícito abiertas por fiscales federales contra ella y varios funcionarios de su administración. Las acusaciones son serias y pretenden poner en duda la independencia y seriedad del Poder Judicial. Según CFK, hasta la Corte Suprema argentina se ha involucrado en la persecución judicial de dirigentes peronistas con el fin de destruir sus carreras políticas.[20]

Cuando a inicios de 2021, la vicepresidenta presentó su alegato ante una cámara federal en una causa por asociación ilícita, los funcionarios del gobierno argentino atacaron a coro el proceso judicial. La mayoría vio en la actuación de fiscales y jueces un entramado corrupto para aniquilar al peronismo* mientras, acusaron, garantizan la impunidad de sus opositores.[21]

La concepción hegemónica del poder supone que sucedan cosas así: Amado Líder no puede permitirse una Justicia no-populista y, sobre todo, una que actúe con una visión del mundo que no se ajuste a sus designios. De manera que debe procurar someterla.

El arco de ataques al sistema judicial es amplio e históricamente nutrido. Los caminos para desarticular la manera en que se dicta justicia incluyen la desarticulación funcional de los organismos, modificaciones legales a sus estatutos operativos, el peligroso y costoso cierre de sus actividades y, sin agotar, el camino de la presión social o el reemplazo de funcionarios. Uribe tenía activistas que presionaban por su Estado de Opinión como CFK contaba con militantes que le hacían la vida imposible con escraches a los jueces y fiscales que la investigaban por delitos financieros. Trump, por su lado, creía que la élite progresista había sido demasiado concesiva con ciertos derechos, y había que acabar con eso. Si no era por la ley, debía ser habilitando el activismo amenazante en las calles. Bukele decidió en 2021 que todo miembro del Poder Judicial con más de sesenta años de edad debía retirarse —lo que implica que

toda una escuela judicial precedente al presidente *millennial* dejará de tener incidencia en la interpretación de la ley. En los años '90, Carlos Menem pobló los juzgados federales argentinos con jueces y fiscales adictos a su gobierno y amplió el número de miembros de la Corte Suprema para asegurarse una mayoría favorable.*[22]

Quizás alguien crea que sacándose de encima a jueces independientes, leyes incómodas o personas que piensan distinto le hace un favor al sistema porque consigue eficiencias, pero el hilo que separa la voluntad colectiva de *la única* voluntad con derecho es muy delicado. Las democracias occidentales operan con división de poderes para evitar la imposición de una función sobre otra, en especial de líderes carismáticos de vocación napoleónica.

Las avanzadas sobre el Poder Judicial son graves pues es el único de los tres donde los funcionarios no son elegidos por el voto popular y perduran en el puesto por décadas. Deseoso del control, Amado Líder no aceptará tener jueces heredados de otros momentos históricos y propondrá sus propios jueces para que mantengan su cosmovisión cuando él ya no esté.

La presión contra la independencia judicial es desembozada y creciente. Jair Bolsonaro protagonizó uno de los más inquietantes episodios hacia finales de 2021. La Corte Suprema había ordenado el arresto de aliados del presidente brasileño que promovían actos de violencia en las redes sociales e inició investigaciones sobre el mismo Bolsonaro, quien, como Trump, denunció que el sistema electrónico de votos del país estaba arreglado para producir un fraude en su contra.[23] Bolsonaro montó en cólera, convocó a una movilización y cargó contra los jueces. Rodeado de militantes evangélicos, avisó en las calles de São Paulo que está dispuesto a desconocer al tribunal superior de Brasil en pos de su supervivencia política. «¡Sólo Dios me sacará de Brasília!», amenazó. «¡Jamás me enviarán a prisión!»[24]

Brasil iniciaba entonces el largo camino hacia las elecciones generales de octubre de 2022 con un Bolsonaro desafiado por un manejo sanitario criminal de la pandemia, una crisis económica paralizante para los más pobres, creciente vulnerabilidad social y el renovado ascenso de Lula da Silva en las encuestas.

Con su ataque, Bolsonaro reavivó el recuerdo de Trump también en campaña, cuando más de una vez dudó en reconocer los resultados de una posible derrota electoral. En otro acto en Brasília, Bolsonaro avisó cómo piensa en verdad un líder autoritario que se

disfraza de salvador nacional: «O el jefe de este poder [judicial] se pone en fila o este poder puede sufrir lo que no queremos».[25]

CERILLOS SOBRE UN MUNDO PERFECTO (O CASI)

The New York Times escribió sobre Hitler por primera vez en 1922, cuando Bigotito llevaba apenas un año como cabeza del Partido Nacional Socialista alemán. El texto restaba peso a las acusaciones de xenofobia y racismo que comenzaban a crecer en torno a su discurso.

El diario republicó el texto en 2015, cuatro meses antes de que Donald Trump lanzase su campaña presidencial señalando a los migrantes indocumentados mexicanos como una peste. Los párrafos centrales del artículo de 1922 refieren lo siguiente:

> Varias fuentes confiables y bien informadas confirmaron la idea de que el antisemitismo de Hitler no era tan genuino o violento como sonaba, y que sólo estaba usando la propaganda antisemita como un cebo para atrapar a masas de seguidores y mantenerlos entusiasmados, entusiastas y en línea para el momento en que su organización estuviera perfeccionada y lo suficientemente poderosa como para ser empleada eficazmente con fines políticos.
>
> Un político sofisticado atribuyó a Hitler una peculiar habilidad política para acentuar el antisemitismo, diciendo: «No se puede esperar que las masas entiendan o aprecien sus objetivos más finos. Debes alimentar a las masas con bocados o ideas más crudas, como el antisemitismo. Sería políticamente incorrecto decirles la verdad sobre dónde realmente los estás guiando».[26]

Tras la elección de 2016, la prensa estadounidense creía que Trump, como antes el Reich, entraría en razón. Que no decía lo que realmente pensaba sino lo que necesitaba para ganar. O que, si no era así, la *realpolitik* se impondría y le haría entrar en razón. Había una relativa confianza de que el Partido Republicano no dejaría que Trump tomase decisiones perjudiciales para el futuro de la fuerza. Que tal vez —*tal vez*— su racismo «no era tan genuino o violento como sonaba», que se trataba de propaganda «como un cebo para atrapar a masas de seguidores y mantenerlos», que blablablá. No hay segundas oportunidades para una primera impresión, reza el dicho.

Yo, también, en ocasiones me esforcé por creer que Trump no

tenía las uñas afiladas que mostraba. Es una reacción casi natural de supervivencia: si Trump llevaba a cabo su minuciosa cosmogonía del odio, esta nación se parecería a la nación distópica de la novela de Philip K. Dick —*The Man in The High Castle*— donde la Alemania nazi gana la guerra y convierte a los Estados Unidos en una sucursal de sus crímenes contra la humanidad.

Aun no sé si mi deseo de que Trump no fuera quien es se debió a un optimismo institucionalista indestructible o a una también irremediable estupidez. Los intelectuales, académicos, periodistas y políticos alemanes de la década de 1930 vivieron su propia ceguera autoinfligida ante Hitler —y, otra vez, no temo a la comparación.

Por supuesto, Trump no es Hitler, pero la analogía mantiene utilidad. Definitivamente, no era el republicano que las almas bellas deseaban, como fue el caso también —por un buen tiempo— de los intelectuales que esperaban que Hitler entrase en razón. En 2021, tras perder la elección, Trump volvió a la carga con denuncias de fraude electoral, empujó a sus seguidores a avanzar sobre el Capitolio e insistió en el desconocimiento del triunfo de Joe Biden. Que no fuera Bigotito, claro, no implicaba que careciera de un plan fascista defendido por supremacistas blancos en las calles y las redes.

Los líderes populistas, escribe el historiador especializado en fascismo Federico Finchelstein, respetan la verdad emanada de las urnas, así luego manipulen la convivencia democrática. Pero no es el caso de Trump: como otros fascistas, él niega la calidad de cualquier elección que no gane.

> Estas diferencias importan hoy en día, ya que Trump y otros niegan la legitimidad electoral de sus oponentes. Líderes como Jair Bolsonaro en Brasil, Benjamin Netanyahu en Israel y Keiko Fujimori en Perú están utilizando falsedades sobre el engaño sistémico para crear una realidad alternativa donde puedan gobernar, ahora o en el futuro, sin procedimientos democráticos. Bolsonaro dijo [. . .] que no aceptaría los resultados de las elecciones del país en 2022 a menos que se cambiara el sistema de votación para incluir boletas de papel, y luego repitió sus falsas afirmaciones de que las elecciones podrían no ser «limpias». Bolsonaro incluso amenazó con no realizarlas en absoluto.[27]

Con Trump, al igual que con Hitler en 1922, no había impostura: son lo que exhibían. Pero la esperanza era otra, claro, y eso sucedía y sucede porque somos parte del sistema que queremos preservar.

¿Quién se empeñaría en derrumbar un estado de cosas que indudablemente necesita mejoras, pero que va en general por el camino correcto? Cambiar, sí, es parte del juego político, y es esperable que de un gobierno del signo A al signo B se den grandes reformas. Pero, ¿volar todo, Donald?

Por supuesto, ese es el punto de vista de quienes creemos en la democracia representativa como modelo, más allá de sus fallas. En los Estados Unidos y durante la presidencia de Trump, esta posición era compartida por las élites y las clases medias liberales —los paréntesis de las costas—, pero no necesariamente acompañada por el interior profundo. Numerosos votantes de Trump estaban fuera de ese mundo equilibrado, deseado o vivido por los biempensantes. Más aun, la distancia era activamente alimentada: mientras unos creíamos en el cosmopolitismo, en los derechos universales de los ciudadanos del mundo y en los unicornios que habitan el patio de casa, la derecha nacionalista se apropiaba de los símbolos y de las narrativas localistas, y con ello de la idea de qué debe ser nación —como Bigotito en 1933.

A los liberales nos cuesta entender cómo alguien podría echar un cerillo a un mundo de promesas sanas, y dedicarse a contemplar la quemazón sin inmutarse.[28] No fue el caso de los republicanos de Trump, determinados a acabar con toda diferencia. «El Partido Republicano demuestra todos los días que odia a los demócratas más que a la democracia», escribió el politólogo Seth Masket en 2016.[29] Si pudiera barrer a El Otro como se quita la nieve del pórtico de casa para que deje de estorbar —ya el calor natural acabará por diluirla—, el GOP trumpiano repartiría palas marca MAGA a domicilio.

[·]

Dice Michael Sandel sobre el fracaso político del progresismo en los Estados Unidos:

> Los partidos de izquierda adoptaron el proyecto de la derecha y ofrecieron una justificación meritocrática de la desigualdad, lo que hizo que esa desigualdad fuera aún más irritante. Convirtieron la desigualdad de renta y riqueza en desigualdad de honor y estima. Uno de los temas principales en *The Tyranny of Merites* que te pierdes mucho si sólo te centras en el aspecto económico. Tenemos que poner el foco también en la economía de la estima. En las últimas décadas, se ha

> erosionado la dignidad y el reconocimiento del trabajo. Es la política de la humillación, que realmente tiene que ver con el reconocimiento, el honor y la estima.[30]

Fair enough: los intelectuales liberales debiéramos asumir con franqueza las sucesivas derrotas a las que el neoliberalismo sometió a la democracia. El *push back* de las derechas es agresivo y desenfadado y tiene sentido como respuesta defensiva: ven bajo ataque el proyecto hegemónico construido desde Ronald Reagan y la Mayoría Silenciosa, y lo defenderán.

Cuando Barack Obama introdujo mejoras sociales y económicas en sus dos administraciones —todas las nuevas leyes para minorías o medio ambiente—, todos aplaudimos los resultados, así no fueran absolutamente satisfactorio. Pero ese *todos* es tramposo, porque sólo designa a quienes creíamos en la escala de valores del liberalismo. De manera que, cuando el Congreso o el gobierno sancionaron y decretaron las nuevas medidas, *una porción* de la sociedad se sintió comprendida.

La idea de *una porción* de la sociedad es crucial: el liberalismo estadounidense supuso que todos querían, como ellos querían, que las mujeres pudieran decidir sobre su cuerpo, los gays tuvieran la libertad de casarse, los estudiantes transgéneros pudieran ser vistos como son y que la economía abandonase los combustibles fósiles para crear industrias más limpias. Pero no fue del todo así. *Otra porción* de la sociedad, de hecho, no creía —ni cree— que las mujeres deban tener el derecho de abortar, que el matrimonio pueda incluir chico-chico y chica-chica, que una mujer con pene se sienta mujer o que Texas deba dejar de perforar el planeta para seguir extrayéndole el petróleo.*

No entendimos que esa concepción —correcta, biempensante— del mundo que impulsaba el liberalismo no se asentaba sobre las formas de un Estado de bienestar sino sobre la espalda de una economía neoliberal con millones y millones de personas conformes con su individualismo, sus matrimonios chica-chico, sus autos rugientes, la vulva y el pene donde dios decidió que van.

No entendimos que pensar de ese modo —correctamente, bien— podría ser visto como un acto elitista. Los votantes de Trump fueron una buena medida de ese conflicto: el liberalismo fue demasiado vanguardista para la mitad de los Estados Unidos y, al serlo, se plantó sola sobre el casillero ideal para Amado Líder. Trump lo

explotó en 2016 con maestría, presentando a esa América liberal como un proyecto sectario y antiestadounidense.

No entendimos que el triunfo de Obama no modificaba el contexto —el neoliberalismo vigente desde los años '80. Si, como dice Sandel, la izquierda —y esto incluye a Obama y, parcialmente, al progresismo europeo— aceptó el marco neoliberal, fue porque las condiciones subyacentes eran demasiado poderosas: el neoliberalismo *es* hegemónico, lo ha sido por décadas y, de no mediar suficiente inteligencia, puede que lo sea por los años por venir. Que un presidente progresista, llamado Obama o Juan Pérez, arribe con la agenda soñada por el centro y la izquierda no convierte al país donde actúe en un paraíso de las buenas ideas. Nada más lo convierte en un presidente progresista nadando en un enorme tanque neoliberal. (Y adivinen qué condiciona más a quién.)*

Trump fue, a la vez, el último manotazo de ahogado del hombre blanco americano temeroso de su lugar en el mundo como el pisotón brutal y poderoso del fundamentalismo religioso y el libertarianismo económico, todos aunados para defender la hegemonía neoliberal reaganiana. No vimos —ni estamos viendo— que el proyecto populista de Trump es una redefinición del bloque hegemónico en el poder. El neoliberalismo construyó hegemonía en los Estados Unidos en la línea de la filosofía de Laclau y Mouffe: liderazgo intelectual y moral en una unión indisoluble que superó la alianza de clases. Economistas libertarios, moral neopentecostal y una base de blancos pobres dispuestos a defender hasta la insurrección su estilo de vida. Una hegemonía expansiva que reunió, por un lado, la hegemonía como práctica política —que elabora, o destruye, coaliciones discursivas— y, por el otro, la hegemonía como gobernanza —esto es, su actuación desde el gobierno para mantener normas, regímenes y prácticas creadas por la acción política.[31]

ALGO ESTÁ ROTO

Parte de la grandeza de un estadista estriba en la atención de algunas minucias de enorme importancia sobre cuya comisión no es seguro que tenga claridad. Casi todos los pasos decisivos de nuestras vidas, decía W. G. Sebald, son producto de ajustes internos de los que apenas somos conscientes. Las grandes transformaciones

reconocen un método similar. Incluso las revoluciones, reconocidas por el hito del estallido, se dan poco a poco, a partir de gestos imperceptibles para las mayorías.

Por eso no debiera sorprendernos que, tras más de un siglo de construcción democrática moderna, hayamos empezado otra centuria con demasiados gobernantes incapaces de entender o de aceptar las reglas de juego; seguro que algo está roto en ellos, y también en sus votantes. Y sin embargo, el sistema, así de grande e inasible como suena, compuesto por todos sus actores —partidos, dirigentes, ONGs, activistas y más— no ha tenido la capacidad sebaldiana de atender a tiempo esa sucesión de pequeños detalles que deciden todo, imperceptibles.

Está claro que el populismo es una reacción natural contra cualidades antidemocráticas que las personas observan en las instituciones liberales de la democracia. Es injusta cualquier sociedad donde, nominalmente, todos poseemos los mismos derechos y somos iguales ante la ley, pero en la vida real esos derechos e igualdades son letra muerta pues las oportunidades de acceso son inequitativas. Derechos teóricos sin beneficios reales es un contrasentido, y en el espíritu de cualquier populista —como de cualquier demócrata— está corregir esa injusticia.

Dirigir un país o liderar un proceso demanda inteligencia y tolerancia. La primera es crucial, pues no hay tolerancia sin conocimiento. Votar por promesas dulces y soluciones de polvos mágicos es un contrasentido; no hay tal cosa como un mundo simple. Debiéramos saber eso. ¿Nos negamos a entenderlo? ¿Preferimos mantenernos en la creencia del líder milagrero, del doctor de pócimas fantásticas, a causa del agobio y de la frustración? ¿Es, quizá, infantilismo? ¿Nos hemos vuelto más intolerantes o más tontos? ¿Somos menos capaces de lidiar con la complejidad porque nos montamos, con gusto y determinación, a la placentera existencia que desea ser provista, siempre, de satisfacción inmediata?

¿Quién entiende, de cerca, con el oído pegado al suelo, la marcha de los agotados? La mayor complicación de la política nacional e internacional asociada a la globalización rompió el enlace de los partidos con una *representatividad próxima* con los ciudadanos. La democracia liberal presupone la existencia de burocracias impersonales para asegurar un trato justo, pues se trata de que los amigos del poder no saquen ventaja, mas eso no sucede

en muchas —demasiadas— naciones.

Ahora bien, esa despersonalización debiera ser propia del aparato administrativo del Estado. Es comprensible, pero los partidos políticos y sus dirigentes también se han superestructuralizado siguiendo las demandas de un mundo con más partes móviles a las que atender. ¿Cuándo fue la última vez que un senador se sentó a conversar con los vecinos de su ciudad?

La distancia ha tenido efectos nocivos adicionales: muchos dirigentes se incorporaron a la política cuando la superestructura partidaria ya había despegado del planeta Tierra y creen que la profesionalización es, inmanentemente, un asunto de jerarquía. Ellos dirigen, la ciudadanía sigue. No escuchan sino que pretenden ser obedecidos. La mala política parece haberse acostumbrado a vivir en un Senado romano dentro del siglo XXI: sólo cierta gente puede ingresar. Los demás miramos desde fuera.

En 2009, los politólogos Peter Mair y Richard Katz publicaron su tesis sobre la 'cartelización de la política' —preciso concepto— en la que, sin mucha vuelta, argumentan que los partidos principales han tenido demasiado tiempo para construir barreras de entrada a nuevos partidos, evitando así una competencia real por el ofrecimiento —como pediría Burke— de mejores servicios a los ciudadanos. Las leyes de financiamiento de la política en los Estados Unidos, por ejemplo, son un ejemplo de cartelización: en cada elección se requieren más decenas de millones de dólares para competir. El gasto total durante la elección presidencial de 2020 fue de US$ 14.000 millones, más del doble de la campaña de 2016 y el equivalente a un cuarto del PIB anual de Honduras o de El Salvador.[32]

La instrumentalización de un *status quo* reactivo al cambio contribuyó lo suyo. La expectativa de los participantes del rondo político es que todo nuevo candidato electoral diga lo que se espera de él.[33] Tanto para diferenciarse como para mantenerse en carrera, sin hacer olas que lo saquen de la competencia demasiado pronto. La inversión de recursos en una candidatura es tan vasta que ni el más radicalizado de los miembros de la campaña desea ver al jefe fuera por decir o hacer algo inapropiado.

El problema de que cada quien ocupe un lugar es que, al cabo de un tiempo, esa dinámica pasteuriza el discurso y la acción política y la oferta de candidatos parece una competencia de marcas de avena, todas aparentemente sanas pero ninguna demasiado distinta

a la otra. Por eso figuras como Bernie Sanders, Alexandria Ocasio-Cortez, Trump u Obama, se hicieron atractivas: eran nuevos, nada adocenados, aportaron frescura y —potencial o realmente, para bien o para mal— abrieron las posibilidades del abanico de la representación.*

La democracia es alambicada porque debe dar espacio a una multiplicidad de voces. El conflicto se gestiona para llevarlo a un área de estacionamiento donde sea posible llegar a acuerdos sin acabar todos atropellados, y esto porque la premisa democrática es que los agentes intenten acomodar y encastrar cuotas de poder según sus capacidades competitivas.[34] Si todo sale bien, el acomodamiento debiera reducir las tensiones y liberar los gases acumulados por unas válvulas de escape llamadas 'elecciones generales', 'elecciones intermedias', 'Congreso' y 'debate público'.

Pero, claro, eso presupone que todos los jugadores están alineados en el sostenimiento del sistema *como es* y que compiten para tener el poder y mejorarlo. El problema se plantea cuando al menos uno de ellos dice 'un momento, yo ya no quiero jugar esto: yo lo que quiero es acabar con el estado de cosas'. Cuando Amado Líder asoma, el equilibrio siempre endeble del sistema se fragiliza más y de repente. La polifonía y la competencia se acaban, los objetivos comunes dejan de ser tan comunes. El caudillo entra al área de estacionamiento con un *monster truck*, y arrolla con todo.

Amado Líder prefiere el rumor monótono de su discurso único, el altavoz personal y el silencio del espectador al intercambio de pareceres. La paz de los cementerios, siempre que en las tumbas vivan la muerte eterna las ideas ajenas. Al caudillo —sobre todo al de vocación autoritaria— le sería más fácil no tener que andar por la vida obligado a respetar elecciones. Pero, claro, está muy mal visto sacárselas de encima. Todavía.

EL DOMINIO AUTORITARIO

Detalles imperceptibles se cuecen delante de nuestros ojos, decía, hasta que la evidencia nos ciega.

Apenas comenzado el mandato de Donald Trump, el sociólogo Larry Diamond —miembro de la Hoover Institution, un *think tank* conservador en Stanford University— sostenía que por primera vez desde el inicio de la llamada 'tercera ola' de democratización mundial en los años '70, las políticas antiliberales podrían triunfar

en las democracias occidentales. Según Diamond, tres tendencias confluían para construir ese escenario negativo. Primero, signos crecientes de recesión o malestar democrático en Europa y en los Estados Unidos; segundo, una erosión o mal funcionamiento general en casi todos los regímenes:

> En años recientes, también hemos visto declives en la calidad o estabilidad de la democracia en democracias liberales menos arraigadas (por ejemplo, Sudáfrica, Botswana, Mongolia y Brasil); el colapso de democracias electorales prominentes (antiliberales), como Tailandia, Turquía y Bangladesh; decadencia o vulnerabilidad creciente en otras democracias electorales (Filipinas, Indonesia, quizás México); el aplastamiento del pluralismo y la competitividad en regímenes «autoritarios competitivos», desde Venezuela hasta Uganda y Camboya; el fracaso de todos los levantamientos políticos de la Primavera Árabe excepto Túnez; el estancamiento de la transición en Birmania hacia un régimen autoritario competitivo cada vez más antiliberal y dominado por los militares; y la intensificación del autoritarismo en regímenes ya muy autoritarios como Rusia, China, Egipto e Irán.
>
> Esto lleva a la tercera tendencia reciente: el poder relativamente creciente de Rusia y especialmente de China y la creciente tendencia de los autócratas en todo el mundo a identificarse con estas poderosas autocracias y citarlas como modelos. Incluso si el público en estos otros países no lo está comprando, o está más resentido con el neoimperialismo chino de lo que generalmente se dice, China y Rusia, a través de su proyección cada vez más ingeniosa y multidimensional del poder blando, y las élites gobernantes autoritarias en varios países africanos, asiáticos y poscomunistas están haciendo correr la voz de que la democracia está pasada de moda, que conduce al caos y al estancamiento y que el poder concentrado es el camino al progreso. Esta contranarrativa ideológica está luchando poderosamente para dar a luz a un nuevo *zeitgeist* global autoritario. Es muy importante apreciar este contexto global cambiante, porque es una respuesta a la pregunta que hago aquí, ¿cuándo se convierte el populismo en una amenaza para la democracia? Es «cuando existe un clima internacional permisivo para que lo haga». [35]

¿Existe ese clima internacional? Existe. Como si fuese un barco navegando por un mar ancho, América Latina comenzó a gravitar hacia la figura de los carismas peligrosos. Encima del barco —en nuestros países, en la vida diaria— apenas si se siente el cambio de timón: es esa transformación, la de los detalles imperceptibles, que pasa desapercibida. Pero desde fuera sí se ve: la vista aérea muestra

cómo el buque va dejando una estela tras de sí que indica el cambio de rumbo. ¿Vamos hacia sociedades de dientes apretados?

Vamos, al menos por ahora, hacia proyectos de creciente presencia personalista. Y cuando se trata de experiencias populistas, de preocupante concentración del poder en el presidencialismo, un inevitable retroceso democrático. La gota horada la piedra hasta que al final la rompe, y si Amado Líder, sistemáticamente, doblega la resistencia ciudadana a su ánimo prevaricador, le será más sencillo conducir el barco hacia el destino manifiesto que —dice— él puede garantizar a El Pueblo. Sólo necesitamos unas pocas cosas para que su seducción blanda nos ponga en la meta: confiar en él, dejarlo hacer, serle leal, callar. Obedecer, pues él —más que nadie nunca— sabe.

El encanto del autoritarismo nos ha acompañado toda la Historia. La democracia es un motor complejo con fallas diarias y cuyo funcionamiento preciso demanda un PhD en mecánica social que nadie posee. Es más fácil, nos dirán, dejar de lado un invento demodé, que quizás funcionó en otros momentos del derrotero humano, pero no hoy cuando el mundo —tan veloz, vea, tan difícil — demanda respuestas veloces. Un CEO como presidente, un líder en vez de doscientos legisladores. Una visión preclara. El poder concentrado, dicen los autócratas, es limpio y claro: uno decide por todos, todos descansamos en él.

¿Acaso no es tentadora, dice Diamond, la eficiencia superficial de los autoritarismos? ¿Acaso no nos sorprenden China con su transformación brutal en pocas décadas, Rusia con su orden de soldado disciplinado? Amado Líder promete esa unicidad maravillosa e iluminada: él puede con todo. Para eso, nada más, debemos darle las llaves del barco. Él hará que el Poder Legislativo obedezca como un apéndice *sijefista* disciplinado; él hará que el Judicial no entorpezca sino que actúe como brazo de legitimación legal de los cambios necesarios. Y, por fuera, rodeando, nuestro caudillo nos presentará una *intelligentzia* afín de intelectuales y medios actuando de necesarios propagandistas y exégetas.*

Los habitantes de la región son conscientes del encanto del hombre fuerte. No sólo por el aval que han dado en el pasado a las dictaduras y a los gobiernos autoritarios sino porque esa querencia sigue vigente. A mediados de 2021, la encuestadora Ipsos MORI relevó a 19.000 adultos de 25 países del planeta y encontró que la mayoría cree que el sistema político y económico de sus naciones

no funciona. Los sentimientos nativistas y anti-élites y el ánimo a favor del populismo eran generalizados: la mayoría descreía del interés de los partidos tradicionales por la vida del *uomo qualunque* y estaba a favor de «un líder fuerte» que recuperara al país de las élites aun a costa de «romper la ley». ¿Por qué nos importa en América Latina? Porque somos los campeones de la desazón y la búsqueda de soluciones exprés, aun a costa de todo: de la muestra de 25 países, las cuatro naciones que respaldan con más vehemencia un retorno a los tipos duros son Colombia, Perú, Brasil y Chile. Las tres primeras atraviesan o atravesaron profundos procesos populistas; Chile estalló tras el desgaste de la religión opuesta, la tecnocracia. «El sentimiento populista está fuertemente correlacionado con la creencia de que el sistema está roto», dicen los investigadores.[36]

Apostar por los hegemonismos salvadores es una señal terminal: queremos que alguien, quien sea, haga algo con nuestros líos, y ya. Entregarse a un hombre fuerte es firmar la resignación final; ya no queremos luchar más. Y los proyectos hegemónicos por coacción, donde manda el macho, implican siempre violencia explícita, física. Cuando es por consenso, la dominación es más sutil, blanda. Y duradera. Resignación y ansiedad nos entregan de manos atadas a Amado Líder.

13 · ELLOS, NOSOTROS, LOS OTROS

Blancos en un velorio liberal

Por qué fracturar la sociedad es crucial para un proyecto autoritario.

He said «Will you give me your loss and your sorrow?»
I nodded my head, as I lay on the bed
«If I show you the roses, will you follow?»
—**Nick Cave & The Bad Seeds**, *Where the Wild Roses Grow.*

Y, otra vez, 2016; marca, hito, fractura. Escribí entonces:[1]

> ¿Quiénes vociferaban «*Lock her up! Lock her up!*» como posesos? Los hombres. ¿Quiénes se paseaban como machos encabritados golpeando a otros, amenazando a otros, empujando a otros? Los hombres blancos. ¿Quiénes estaban a su lado o dos pasos atrás para sostener esa rabia? Sus mujeres.
>
> Según las estadísticas finales, Trump ganó por una combinación de factores liderados por raza y género con el sustrato de la marginación de una economía más tecnificada y el miedo —inducido efectivamente por Trump— al cambio y al futuro. Trump fue votado de manera indiscutible por los blancos, en particular hombres sin educación del Medio Oeste y más de la mitad de las mujeres. Mientras muchos veíamos ilógico o raro que Trump viajase a estados con larga tradición demócrata, él trabajaba allí la voluntad de esos grupos con devoción de iluminado. Trump se benefició también porque Hillary Clinton, aunque se quedó con casi la totalidad del voto negro y dos tercios del latino, obtuvo menos votos que Barack Obama en condados clave de estados pendulares.[2]
>
> Los blancos no querían demasiado a Hillary y respondieron con agrado al mensaje proteccionista de Trump. El *gap* de género fue el mayor en seis décadas. El número de votantes obreros —un segmento que ya no parece darle su confianza como antes a los demócratas— favoreció de manera elevada al Partido Republicano. Los hombres blancos votaron a Trump en un número largamente mayor a los votos

recibidos por Mitt Romney cuando desafió la reelección de Obama: Hillary, al cabo, una mujer, provocó un enorme rechazo de los menos formados. En muchos habló el orgullo masculino —varias encuestas hablaban de cómo los republicanos sentían que el país se había *feminizado*—, pero el *macho* también se expresó en el género femenino: en *Quartz*, afirman que el triunfo de Trump entre las mujeres blancas (otra vez, sobre todo las que tienen poca educación) llegó porque muchas aún consideran que los hombres son sus salvadores.[3]

La elección se resolvió por una suma de factores perfectamente racionales —que esa razón no sea la nuestra no los convierte en irracionales, *per se*— sin comportamientos colectivos cruzados por una *raison d'être*. ¿Por qué un millonario captó a muchos de los más pobres? «Un elemento poco conocido de la brecha [cultural de clase] es que la clase blanca trabajadora resiente a los profesionales, pero admira a los ricos», dice Joan C. Williams en *Harvard Business Review*.[4]

Nosotros, Los Otros.

Dos mundos, dos mundos distintos, dos mundos distintos que no se hablan: los Estados Unidos eran —son— un país polarizado y en brusca tensión. Un tiempo antes de las elecciones de 2016, una encuesta de Pew Research decía que muy pocos simpatizantes de Hillary y Trump tenían amigos cercanos en el otro lado de la fuerza.[5] Los que menos reconocían amistades *along the lines* eran los más jóvenes y los afroamericanos. Por supuesto, el fenómeno es un correlato de la profunda división que marca al país. Ambos grupos ven a la sociedad, a la cultura, a la economía y al modelo de nación de manera muy distinta, y parece difícil un diálogo que encuentre un terreno común, especialmente tras la profundización de la grieta en la última década.

[·]

Recuerdo a menudo la apertura de *Twilight of Democracy* como recuerdo la apertura de una de las varias 'Terminator': aquí hay un día soleado con gente alegre; en un parpadeo, todos serán cenizas. *Shit happens.*

En las primeras páginas de *Twilight* no está el humanoide Arnold Schwarzenegger metiéndonos en la distopía sino personas muy humanas preparándose para ella. Su autora, Anne Applebaum, cuenta cómo el 31 de diciembre de 1999 festejaron el fin del siglo XX y el comienzo del XXI en la casa rural que habían comprado ella y su marido en Chiobelin, en el noroeste de Polonia. Unos cien

invitados bebieron, cantaron, bailaron y rieron con espíritu juvenil. Polonia se veía bien, firme, había dejado atrás los años infames de la Cortina de Hierro, y ahora se le sumaba la esperanza propia del cambio de siglo. En la fiesta se había reunido una comunidad amplia y amistosa. Había políticos, intelectuales, diplomáticos de la centroderecha y de la centroizquierda, liberales e independientes.

Veinte años después, la mitad de los asistentes no se hablaba con la otra mitad. El mundo había cambiado: el populismo —otro tipo de Terminator— se había hecho presente con toda su determinación y Polonia no era ciertamente ajena a él. En la nueva postal del futuro, algunos de los participantes de la fiesta se habían plegado en cuerpo y alma a Ley y Justicia, el movimiento neo-nacionalista de ultraderecha que gobernaba a los gritos denunciando que el país era objeto de una conspiración.

Ley y Justicia estaba dispuesta a todo: disciplinar a intelectuales, cerrar medios, forjar una alianza de hierro —el hierro, esa cosa tan presente en el Este— con la iglesia, esa cosa tan presente en todas partes.

En ese mundo rabioso, Ley Justicia acusaba a los musulmanes (casi inexistentes en el país), a los judíos y a los homosexuales de ser parte de las desgracias de la nación. Es curioso cómo somos: los nazis, que barrieron con Polonia, hacían lo mismo que estos polacos que ahora iban a barrer también con Polonia.

El país que dos décadas atrás descorchaba Chablis mientras se gustaba con la Unión Europea era ahora un manicomio político. Hasta periodistas cultos e inteligentes que en el pasado habían disfrutado del placer diletante, cuenta Applebaum, ladraban como nuevos voceros de la extrema derecha y cobraban un salario por ventilar teorías conspirativas en periódicos populares.

No sabemos vivir solos. Somos gregarios. El impulso de elegir un bando es inherente a nuestra especie. Los grupos nos dan seguridad, protección, la sensación de calma propia de la afinidad. Integrados en ellos podemos lidiar con nuestro miedo a lo desconocido, cultivar la vanidad. Es inevitable que, aupados quizás por la grandeza de ese grupo, nos creamos en algún punto mejores que los demás. Que veamos al mundo como si fuéramos miembros de la barrabrava de un club de fútbol.

Nada nuevo, en verdad. De muchos modos, la historia de la humanidad está construida alrededor de un Nosotros bien atadito y querendón que de cuando en cuando entra en colisión con un Ellos

que nuestro Nosotros atadito y querendón ve con recelo.

Ser parte de un grupo otorga poder, y por el poder uno, tan humano, puede hacer más de una cochinada. Las Guerras Púnicas no fueron un paseo jovial sino una disputa de territorios y culturas. Roma no se blindó contra los llamados bárbaros nada más para proteger su arquitectura. Unos reyes de una meseta reseca le pagaron barquitos a un genovés equivocado y acá estamos nosotros y allá fue el oro. Esa cosa que llamamos Occidente se peleó con otra cosa que llamamos Oriente. Hubo un tal Stalin de bigote señorón, un tal Mao que dio un salto adelante y se cargó a millones mientras un pie se despegaba del suelo y el otro tocaba tierra. Y hubo un tal Hitler, Adolf, ex pintor, excursionista europeo, amigo del gatillo fácil y los gases potentes. Hemos vivido, hemos amado y hemos masacrado a millones. Todo, caramba, por el bendito gregarismo y su exageración ególatra, el Nosotros que le quiere partir la crisma al Ellos.

Hay al menos dos grandes teorías psicológicas detrás del Nosotros/Ellos. Por un lado, un grupo puede percibirse en competencia directa con otro por la apropiación de un recurso escaso. Pongamos, trabajo. Dos ejemplos: Trump y Neil Farage, el líder del Brexit, sostenían que los migrantes dejaban sin empleo a estadounidenses y británicos. En ambos casos, raza, etnia y nacionalidad participaban del cóctel de la jodienda. Trump, Donald, el señor de abuelo alemán, rubísimo, llegó a decir en algún momento que él prefería tener migrantes noruegos golpeando las puertas del país, en vez de *esos* que, *pardon my French*, venían de «países de mierda».[6]

Por otro lado, está ese asuntito llamado *identidad*, importante para la autoestima y la realización personales y tan significativa para construir una nación como para tirarla abajo. Todos nos sentimos orgullosos de pertenecer a ciertos grupos que consideramos dotados de atributos únicos. Cuanto más cerrado es el grupo, mayor es el interés por mantener su identidad protegida de los demás. Pasó con los ahora orgullosos miembros del Ley y Justicia polaco que antes reían con Applebaum, y pasa con los Proud Boys, un grupo de extrema derecha que apoyó a Trump y es lo más parecido a una secta de centuriones. [7] Los Proud Boys están felices de ser quienes son, una banda de machos con los huevos tamaño sandía, tanto que no permiten mujeres entre sus miembros, y para ellos está bien, y si no, al diablo.*

En el universo populista hay siempre dos mundos en conflicto y un juicio de valor asociado. Unos son buenos, los otros malos. El Nosotros jamás falla, porque me/nos incluye. A veces, el Ellos —Los Otros— puede tener algo bueno, pero sólo a veces.

La disputa más visible del Nosotros/Ellos sucedió, por supuesto, en el más visible de los países, los Estados Unidos. Y con Donald Trump como personaje estelar. Trump encarnó el Nosotros populista; todos los demás que no formamos parte de El Pueblo trumpiano fuimos los Ellos desechables, Los Otros funestos.*

A grandes rasgos, la dicotomía de pertenencia a El Pueblo —Nosotros— y las élites —Los Otros— integra otros binarismos. Nación/Cosmopolitismo. Rural/Urbano. Bravos/Snowflakes. Patriota/Traidor. Y más. Esa dimensión binaria, ya sabemos, es esencial al proyecto populista: sirve tanto a su glorificación como a su victimización, y justifica las medidas de reparación que Amado Líder debe tomar a favor del Nosotros y en contra, claro, de Los Otros.

Los pares binarios instaurados por Amado Líder crearon una grieta cultural, económica, social y política. En 2016, Hillary y los demócratas tuvieron éxito en las metrópolis donde la globalización y las economías más modernas, vinculadas a los servicios, tienen lazos con el mundo e intercambios culturales variados. Trump y los republicanos se hicieron fuertes en los pueblos y ciudades menores del interior, menos diverso y tolerante, más aferrado a las formas tradicionales —industriales, agrícolas— de producción. La división se mantuvo, a grandes rasgos, en las elecciones de 2020.

Las ciudades, por su dinamismo, están pobladas por habitantes más jóvenes, dispuestos a tomar riesgos; son, con más determinación, azules. El interior del país, mayoritariamente rojo, está ocupado por los más viejos, que quieren previsibilidad —¿quién no, después de los cuarentas, cincuentas?—, tienen aversión al cambio y, dada su menor expectativa de vida, necesitan más asistencia del Estado que en las costas urbanizadas. La mayoría del país del centro es *red* profundo; los demócratas viven afincados en la Costa Oeste, así como en ciertas zonas del suroeste y del noroeste del país, entre la frontera con Canadá al norte y Virginia al sur.**

Hay también una crisis de clase entre el Nosotros y el Ellos. Según la socióloga canadiense Michèle Lamont, los campesinos

blancos y los obreros pobres se consideran en la misma liga que los ricos, ya que todos *producen* riqueza, crean y arman cosas; en cambio los profesionales —*esos* clasemedieros universitarios y urbanos— son de algún modo parásitos: no usan las manos.[8]

Lamont entrevistó a 150 obreros —negros y blancos, de Estados Unidos y de Francia— y los comparó con clasemedieros en ambos países. Sus preguntas abiertas requerían que los trabajadores describieran a personas semejantes y diferentes a ellos, que contaran de aquellas que les gustaban y de las que no, y que hablaran también de esas respecto de las cuales se sentían superiores o inferiores. El trabajo mostró un patrón complejo de juicios y valores. Por ejemplo, los trabajadores idealizaban a los ricos, que están lejos, pero despreciaban a los profesionales, quienes les dan las órdenes. Hillary simbolizaba la arrogancia de esa elite profesional, con su discurso bien aprendido y de palabras raras; Trump tiene todo el dinero del planeta, pero habla y se comporta como un camionero borracho en un bar. Una es mujer; el otro es el hombre más grande que hay. No es extraño ver dónde se depositarían las preferencias entre la política de vocabulario enroscado y el *straight talker showman*.

De algún modo, Trump es más parecido al americano promedio real que lo que los liberales esperarían. La mirada liberal es académica. Tiene el método y las características correctas, pero no deja de ser el producto de una investigación, una construcción de laboratorio. El liberal tiende a pensar en el *deber ser* de ese hombre mundano. Pero no deja de verlo como un objeto: su distancia es a la vez intelectual y física. No se juntan por una Michelob Ultra. Trump tampoco iría a beber con un operario de Ford en Avon Lake, Ohio, pero tampoco lo necesita: ellos lo ven a él en la TV. Es millonario, ha hecho lo que quiso. Trump puede ir al bar y beber agua e igual lo aceptarán. Él encontró bajo la alfombra al hombre real, lo miró y entendió qué era lo que ese hombre podía querer. Se lo dio a diario por la TV y por Twitter, y pasó luego con su ambulancia abierta para subir a todos. Trump no pensaba en el deber ser; estaba cómodo con el *como son*.

Trump es clasista, sin dudas, pero también el liberalismo tiene plétoras de fruncidos. Nadie gusta de los moralizadores y menos cuando delante hay quien se la pasa corriendo la alfombra para mostrar una buena parte de los problemas que todos sabemos que existen. Entre la *political correctness* y el deslenguamiento

desenfrenado, perdimos nosotros.*

Y tal vez haya más, mucho más. (Como al principio, la anguila resbalosa del populismo siempre encuentra huecos para escurrirse y aparecer de otro modo en otro lado.) Dice John B. Judis que no existe una definición clara de qué es El Pueblo y qué el *establishment*, pues no hay ideología común para uno o para otro, y lo que un día es aceptado por Amado Líder como parte del pueblo —pongamos, la clase media— mañana puede ser denostado. «Los referentes exactos de "El Pueblo" y "la élite" no definen al populismo», dice Judis. «Lo que lo define es el conflicto entre ambos».9

Y al conflicto le sirve el drama implícito en un Nosotros/Ellos.

[·]

Nos encanta odiar.

No es que seamos malos, es sólo que somos humanos. Un interesante trabajo de la académica en comportamiento político Liliana Mason10 afirma que la polarización existente en los Estados Unidos reconoce sus raíces en las identidades sociales que creamos. Cuanto más fuertes nos sentimos sobre nuestra identidad —el rol familiar, la ocupación o estudios que tenemos, las creencias y preferencias o la posición social, entre múltiples otras—, más antagonismo creamos hacia grupos con los que tenemos poco que ver. Nos encanta odiar y odiamos más a los que no son como nosotros.

La pertenencia a un grupo social más grande —digamos, la nación— ha quedado opacada por identidades menores. Esto es, todos podemos ser mexicanos o argentinos o colombianos o gringos o chilenos, pero la distancia con esa construcción subjetiva —la nacionalidad— es mayor que con otras identidades más próximas. Se es antes gay, porque es intrínsecamente personal, que mexicano, que lo es menos. Un *cuico* chileno preferirá a otro *cuico* chileno que a un *guaso* chileno. Y todos saben que los argentinos somos los mejores del mundo, pero los argentinos hinchas de Boca lo somos más.

La idea dominante es que la construcción de microidentidades híper segmentadas ha afectado nuestra incorporación a grupos más amplios. La microidentidad o la pertenencia a un grupo con el que tengo mayores coincidencias entraña menos riesgo para mi

seguridad emocional que lanzarme a abrazar identidades más anchas y, por lo tanto, más conflictivas. Los efectos polarizadores de las divisiones sociales acaban por montar una cada vez más ancha Línea Maginot en el suelo social.*

La pertenencia al grupo —Nosotros— está sobrecargada en estos días pues incluye, de manera inmanente, el desprecio por otros grupos —Ellos, Los Otros. Esa sobrecarga no es usual: la construcción de nuestras sociedades —desde el barrio a la nación— está sostenida por la gestión consensual del conflicto y las estrategias colaborativas entre distintos. Pero hoy mandan las tribus y la pertenencia grupal va de la mano con la aceleración del conflicto intergrupal. El resultado es que el centro político se contrae y se ensanchan los márgenes, más radicalizados.

¿Qué subyace al conflicto? Pues resulta que no es la ideología:11 sino que la discordia está alimentada por los afectos.* La explicación más plausible, sugiere un grupo de investigadores en comportamiento político de Stanford University y University of Pennsylvania, es que «el mero acto de identificarse con un partido político es suficiente para desencadenar evaluaciones negativas de la oposición y la exposición a campañas prolongadas en los medios sólo refuerza estas predisposiciones». Antes de la aparición de Trump, Shanto Iyengar, Gaurav Sood e Yphtach Lelkes, comprobaron que, mutuamente, demócratas y republicanos se sienten a disgusto con el otro partido y, más aun, imputan rasgos negativos a sus adherentes —no ya a la dirigencia: a los votantes comunes, personas como ellos.

Si Amado Líder emerge, entonces, es porque las condiciones de fractura social están llamando para que un sujeto como Trump, AMLO, Bukele o CFK levanten la barbilla y pidan aplausos. «La polarización afectiva ha permeado los juicios sobre las relaciones interpersonales, supera la polarización basada en otras divisiones sociales prominentes», dicen Sood y Lelkes. «La evidencia es inequívoca: en términos de afecto, los estadounidenses están polarizados a lo largo de las líneas partidarias».

En su libro *Uncivil Agreement*, Mason retoma algunos de esos estudios sobre estereotipos grupales en los Estados Unidos. Dice, por ejemplo, que el nivel de visiones negativas entre republicanos y demócratas ha crecido un 50 por ciento en el medio siglo comprendido entre 1960 y 2010. Cada uno ve al otro partido como más extremista que el suyo mientras observa a su propio grupo

como una organización que no es, claro, para nada extremista.

Un trabajo de Pew Research en 2016 mostró por primera vez en el siglo que demócratas y republicanos se ven con muy malos ojos, tanto que ya no son capaces de convivir cerca de manera normal.[12] Tres años después, en 2019, el escenario era peor. Los más partisanos prefieren vivir en un barrio con gente similar a ellos y el nivel de radicalismo he elevado la temperatura hasta condicionar la acción política de los partidos.[13] Según Mason, sube por las estructuras partidarias desde las bases hasta los jefes y las cúpulas deben tomar nota de él pues les va su vida política en ello. En los Estados Unidos pre-Trump, los partidarios más radicales ya penalizaban a los líderes que cruzaban líneas para parlamentar con sus adversarios. En los Estados Unidos *durante* Trump la visión se había extremado más: como la culpa de todos los problemas radica en Los Otros, comprometerse con ellos equivalía, bueno, a traicionar al partido, al líder y a la patria.

Escribe Mason:

> La elección de Trump es la culminación de un proceso por el cual el electorado estadounidense se ha dividido en profundidad a lo largo de las líneas partidarias. A medida que los partidos se han distanciado racial, religiosa y socialmente, ha crecido un nuevo tipo de discordia social. La creciente división política ha permitido que se rompan las normas políticas, públicas, electorales y nacionales con poca o ninguna consecuencia. Las normas de respeto racial, religioso y cultural se han deteriorado. Las batallas partidistas han ayudado a organizar la desconfianza de los estadounidenses hacia «el otro» bajo formas políticamente poderosas.
>
> En este entorno político, un candidato que levante la bandera de «nosotros contra ellos» y «ganar versus perder» tiene casi garantizado que aprovechará una corriente de resentimiento e ira vigente a través de líneas raciales, religiosas y culturales recientemente divididas con claridad en cada partido.[14]

La polarización social se sostiene en los mismos impulsos que sostienen los prejuicios raciales y religiosos: se enrosca en las emociones, jamás en la razón. Nunca es imparcial. La ira ocupa demasiado lugar. Y nuestra autopercepción explica una buena parte del problema: miramos menos a los otros y dedicamos demasiado tiempo a definirnos a nosotros mismos. Somos como adolescentes teniendo una conversación con nuestra propia —embelesadora— imagen en el espejo.

Una vez producida la fractura es difícil que el calor se reduzca a corto plazo. La fricción tiene buena parte de inercia detrás y necesita tiempo para ceder. Mientras a uno y otro lado del Nosotros/Ellos haya más voluntad de pelea que de entendimiento —es obvio— no habrá arreglo. La vida política se asemeja ahora a una disputa entre dos campamentos de escuela de verano y quien asuma el rol de monitor y pretenda intervenir para reducir la escala del conflicto probablemente salga de allí destruido. Quien ha estado en una pelea sabrá leer el momento adecuado para entrar a separar y romperla en vez de convertirse en un mártir innecesario que pone la cara para que se la abollen al pedir paz cuando la adrenalina todavía demanda guerra.

Difícilmente haya cooperación, solidaridad, compromiso y desacuerdo razonado con un mayor aislamiento en los fuertes de cada partido. Y a una mayor polarización, menos voluntad social de asumir compromisos con Los Otros.[15] Por eso en escenarios de divisionismo, es preciso que ciertos *brokers* actúen con determinación para construir puentes. Cuando asumió, Joe Biden tomó el rol esperado: en vez de echar más gasolina sobre un bosque ardiente, dijo que llegaba para curar heridas.

Serán necesarios más actos similares de figuras públicas con ascendencia en la vida política para romper el candado de la autoprotección identitaria. En el extremo de la identificación con sus grupos, sugiere Mason, los votantes ya no piensan independientemente, no están abiertos a alternativas.[16] «Si ves al gobierno del otro partido como una amenaza real para la nación, como lo hace un porcentaje cada vez mayor de estadounidenses», escribió Masket, «estás dispuesto a aceptar muchísimo mal comportamiento para mantener a tu gente a cargo».[17]

YO A USTED LO ODIO, PERO LO NECESITO

Siempre hace falta un enemigo.

Escribió Umberto Eco sobre el asunto en *Construir al enemigo*:

> Tener un enemigo es importante no sólo para definir nuestra identidad, sino también para procurarnos un obstáculo con respecto al cual medir nuestro sistema de valores y mostrar, al encararlo, nuestra valía. Por eso, cuando el enemigo no existe, es preciso construirlo.[18]

A lo largo de la producción de *Amado Líder* —una tarea que inicié

en 2016, con la elección de Trump— dialogué con politólogos y políticos, sociólogos y dirigentes sociales, preocupados por la idea de que el mundo estuviera ingresando en una fase de etnonacionalismos, populismos nativistas y personalismos autoritarios. En el curso de esas charlas tomé notas de algunas afirmaciones, relativas a la idea de la construcción del enemigo. Funcionan como marco adecuado en este momento.

Transcribo:

› Un presidente no es un político en campaña buscando votos; gobierna para todos. La insistencia en el mitin proselitista, ya en el ejercicio de la función para la que fue elegido, no compone la gestión del Estado sino la gestión personal: Amado Líder nos gobierna para sí mismo.

› Sin espacios intermedios, no hay terceras opciones. La duda es sancionada. La orden es tomar partido. Tribalizar. Una vereda o la otra; en medio, un océano seco, sobrevolado por cuervos. Nadie puede vivir allí, nadie debe vivir allí. Quien pretenda independencia de criterio morirá de inanición. En la fractura entre Nosotros y Los Otros, la realidad se reduce a un solo plano: este lado o aquel otro. A los tibios, dicen que dijo un tal Dios, los vomitaré de mi boca. Hay Corea del Norte y Corea del Sur; las grietas no aceptan la equidistancia de Corea del Centro.

› Pierde la democracia, por supuesto. Y no lo digo como un slogan *naïf*; la censura hace rodar a la oposición, y si el Nosotros acaba con Los Otros no hay democracia posible. Todo ejercicio democrático tórnase vano, *mibién*, porque desaparece el diferente. Unos imponen, los otros han de resistir. Mala cosa el tironeo. No hay mesas para el consenso porque ya ni siquiera está habilitado el disenso, esa contradicción que es siempre el punto de partida para recomenzar, si acaso el diálogo se ha ahogado. ¿La imposición de una voz? El adiós a cualquier ejercicio plural. Quien dialoga no provoca.

› Autoritarismo. Camino pavimentado a la autocracia electoral. Venezuela, Nicaragua. Rusia. Piensen en Orbán, Trump, Erdoğan. Ahora, el ñiñato de El Salvador. Las diferencias entre izquierda y derecha se vuelven exiguas cuando se trata de método: imposición y control, exclusión y violación del Estado de derecho.

› Construir al enemigo, matar al mensajero: tensar. La lista es ominosa. En Venezuela, el chavismo durante y después de Chávez ha ahogado a la prensa no-chavista.[19] En Argentina, un excanciller

publica un libro donde revolea esta teoría conspiratoria: la prensa y la Justicia participan de una *entente* facciosa para acabar con los líderes populistas —*en toda* América Latina. En Nicaragua, acorralan e intimidan a los escasos medios críticos al régimen. En Estados Unidos, Donald Trump desacreditó a la prensa liberal durante cuatro años, mientras difundió con ciega determinación a medios propagandísticos y falsarios como Fox News, OANN, Newsmax o *Breitbart*.[20] En Brasil, el presidente Bolsonaro dice que los medios son ruines porque hablan mal de él. En México, Andrés Manuel López Obrador monta una oficina orwelliana de verificación de textos periodísticos —y los verifica mal. En El Salvador, Nayib Bukele convirtió en su enemigo público a pequeños y bravos periódicos independientes; su gobierno llegó al extremo de expulsar del país a uno de sus editores con la excusa de que no acreditó ante migraciones que fuese reportero —Daniel Lizárraga, el editor, es un periodista mexicano premiado.[21]

› Construir al enemigo, matar al mensajero: tensar. Muchos políticos prefieren hacer del periodismo un partido. 'No *me* dejan en paz. *Me* atacan, no *me* entienden'. Equiparan al periodismo con militancia política, proselitismo anti-yo. Si el periodismo debe postular militancias abiertas ha de ser contra la inequidad y la injusticia, por ejemplo. Contra el abuso, por el equilibrio de poderes, los derechos humanos. Ocuparse de las mayorías *y* de las minorías. ¿Quién puede enemistarse con lo correcto?

› Construir el enemigo, matar al mensajero: tensar. Una fracción de la sociedad de masas equiparará crítica con traición. El ciudadano de predisposición autoritaria creerá en la uniformidad como una verdad religiosa. Si los cuestionamientos le disgustan, Amado Líder no verá qué hizo mal pues ya sabe qué está mal: el cuestionamiento. Si el mensaje es malo, no se debate el mensaje: se acaba con el mensajero, y se acaba el mensaje.

› La muy obvia condición humana de construir un mundo de representaciones según un punto de vista —una ideología, un credo, una cultura, mil prejuicios— es negada por el autócrata: independencia de criterio equivale a peligro. Ante la ausencia de uniformidad y de obediencia —ante la diferencia— señalará traidores y sus seguidores aplaudirán.*

› Amado Líder gusta de anunciar soluciones rápidas y dar golpes sobre la mesa. Padre dominante. Manifestación extemporánea de la cultura fracasada del macho incuestionable. El populismo

autoritario, de izquierda o derecha, es un manotazo de ahogado, aunque no uno cualquiera: uno violento, institucionalmente riesgoso.

GOTAS Y TSUNAMIS

Hay un momento en que Los Otros resultan torpemente funcionales al Nosotros de Amado Líder, y es cuando confirman que jamás entendieron sus lugares de privilegio y protestan de manera extemporánea con el desconocimiento supino del paño social propio de quien vive —elitista al fin— doscientos metros por encima de la realidad.

Hace tiempo que las discusiones políticas han dejado el terreno de los argumentos para convertirse en un torneo de exaltados. Provee más descalificar al otro y conseguir la frase que dé pie a un titular o a un tuit porque el fondo de la discusión no es el intercambio de ideas sino la victoria retórica. El destino del debate ha migrado a la provocación actoral, no a la confrontación de ideas. Dos se encuentran para reñir, cada uno con un ojo en la reacción de la platea, nunca en cuánto la profundidad del argumento ajeno puede contribuir, incluso al afectarlo, a mejorar el propio.[22]

Frena —el autodenominado Frente Nacional Anti-AMLO, en México— es un ejemplo de lo antedicho. Su líder, Gilberto Lozano —un histrión de derechas con una notoria inclinación por el melodrama, afecto a la perorata, la sobreactuación articulada y el golpe de efecto—, sugirió en 2020 que México caminaba hacia una dictadura comunista, así que denunció a López Obrador por traición a la patria.[23] No hay discurso de conciliación detrás de ese tipo de acusaciones: hay provocación. Unos esperan que una reacción agresiva al otro lado de la grieta confirme que jamás estuvieron equivocados.

En septiembre de 2020, mientras la pandemia azotaba a México, los seguidores de Frena montaron un campamento que permaneció largos días semivacío en el Centro Histórico de la capital para reclamar la salida de López Obrador de la presidencia.[24] Muchos medios hallaron la retahíla hiperbólica de Lozano lo suficientemente atractiva como para darle páginas y éter. En las redes, quienes adoran ver el fuego del incendio, se frotaron las manos con la provocación. El espectáculo del escándalo estaba servido.

Crispada y sin propuestas, Frena es una oposición dañina. El tipo de derecha soliviantada que conviene a AMLO: un enemigo claro. Carne de cañón. Un movimiento hipercalórico y espontáneo, sin mayor plan que alcanzar los titulares de los periódicos o 12.345 retuits, algo que le funciona muy bien a Amado Líder, pues le permite construir una imagen clara, recortable y reconocible de la oposición. Frena es sencillamente estereotípica: ultramontana, ultraderechista, intolerante y clasista. El eslogan de Lozano es «Solos somos una gota, unidos somos un tsunami». Nadie entre los suyos reparó que un tsunami es un fenómeno que destruye, no uno que edifica. Y en realidad, no importa: su único plan es tirar abajo lo que está mal.

«Frena y López Obrador se benefician mutuamente de la polarización mientras la calidad democrática, en constante entredicho en México, se deteriora», escribí. Su método no se aparta de

> [. . .] la clásica aglomeración de personas enervadas que, por derecha o por izquierda, han encontrado más espacio político en Twitter, WhatsApp y YouTube que en los partidos. Como muchos otros fenómenos similares, Frena es un signo de época: practica la política del subjetivismo identitario, el desafuero como método y la intolerancia como bandera. Es oposición por hartazgo. No quieren proponer: desean quejarse, y ya. Y, por lo mismo, necesitan un enemigo vivo contra quien medirse, uno que mantenga la sangre hirviente.[25]

López Obrador se frota las manos con la fruición ajena; lo reubica al centro, lo hace reconocerse importante. La torpeza de un discurso exasperado es perfecta para que Amado Líder revolee su retórica abundante en chivos expiatorios y adversarios convertidos en enemigos ultrapoderosos. La derecha —o la izquierda— troglodita siempre le tendrán la cena servida y a punto al caudillo: mírenlos, *eso son*, esa es la oposición, el pasado que no nos deja transformar la nación.

También es el paraguas perfecto para colocar debajo a todo crítico. López Obrador ya llamaba ‘fifís’ o ‘conservadores’ a sus examinadores hasta que la ultraderecha le entregó la profecía autocumplida: empresarios y parte de la clase media y alta elevando la nariz por el olor del país. Primero fue Frena, luego los senadores del PAN, ampliando el campo de batalla cuando se reunieron con Santiago Abascal en Ciudad de México para denunciar el avance del

comunismo.* De manual: las oposiciones desaforadas siempre son útiles para que Amado Líder inyecte miedo, fatalismo, peligros sobredimensionados que amalgamen a sus seguidores.

En la arquitectura de El Otro, Amado Líder tiene también un lugar para los intermediarios que no trabajan a su favor. La academia, por ejemplo; o los artistas. La ciencia y el discurso de los expertos, además; los organismos independientes, las ONG; los extranjeros que, por distancia y desconocimiento, argumentará, son incapaces de apreciar el bien que hace por su nación.*26 Y, por supuesto, la prensa, el adversario-enemigo. Los ataques al periodismo son usuales entre los líderes populistas pues la prensa todavía es el *middleman* que produce y distribuye el mayor volumen de discurso articulado. Aun con el avance de la digitalización, la internet y las redes sociales, una buena proporción de la población todavía depende de la radio, la TV y el periodismo gráfico para hacerse una idea del mundo. Y los gobiernos populistas y autocráticos necesitan controlar las usinas de producción social de sentido.

Hay una condición estructural en el rol de la prensa que es imposible de obviar: el periodismo es un actor de la sociedad civil. La 'prensa' es un sector amplio y diverso, sin un cuerpo orgánico que lo articule; no tiene el propósito de tomar el control del Estado, ni actúa de manera coordinada o complotada con otros protagonistas para componer la agenda. Los editores de los medios no se reúnen en un cuarto a media luz tapado de humo a decidir el destino de un presidente. Eso da bien en las películas, pero no es la vida real.

Ahora bien la 'prensa', en sí, suele ser empleada como sinónimo de «empresas periodísticas», aunque no sean lo mismo. El periodismo produce contenidos por fuera de los medios tradicionales e inclusive dentro del mercado de medios tradicionales no suele existir una visión homogénea sobre las dinámicas políticas. Los medios compiten entre sí y es común que posean diferencias editoriales significativas o incluso —cuando son cercanas— que presenten matices importantes entre uno y otro. Más aun, dentro mismo de un medio los periodistas mantienen su propia independencia. En el Perú, durante las elecciones presidenciales de 2021, el grupo de medios asociados a *El Comercio* —el diario más importante del país— tomó posición a favor de Keiko Fujimori, de probada tradición autoritaria. Un número significativo de sus

periodistas cuestionó púbicamente a la directiva.

Pero es habitual que los líderes políticos menos entrenados o más nocivos pretendan ubicar a la prensa en el espacio de los adversarios político. Es funcional, permite crear un enemigo más. A ninguna persona le gusta oír críticas sistemáticas sobre sus actos, pero un presidente —o un político— no es un individuo privado desprovisto de poder. Es la representación del poder y ha sido seleccionado por los ciudadanos de un país para manejar un juguete muy caro llamado Estado y una conjunción de afectos comunes llamada nación o patria. Por el bien común, esa persona, ese individuo público, *debe* ser cuestionado. Y la prensa es una de las herramientas que posee la sociedad civil para canalizar sus voces. La prensa informa lo que sucede y periodistas y analistas y expertos —en general, individuos públicos miembros de la sociedad civil: civiles— analizan y opinan. Si un presidente no puede lidiar con la mirada crítica sobre su trabajo, pues entonces tiene un problema.

Y Amado Líder, en efecto, tiene un problema. Mientras la oposición política persigue la conquista del poder, la prensa no busca ocupar ese espacio. Su tarea suele ser la fiscalización civil, no jurídica o político-partidaria. Su persecución, entonces, es una acción directa contra la población.

Amado Líder coloca a la prensa en el casillero de las organizaciones políticas porque le es útil: si la prensa es un actor interesado —si es un opositor más—, entonces El Pueblo no debe confiar en ella porque cuanto hace es avieso, y su propósito no es informar o analizar u opinar sino destruir a Amado Líder. En la lógica del autócrata, el periodismo siempre trabaja para el enemigo, jamás para la nación. Trump lo expuso ya al inicio de su mandato con una claridad meridiana y desembozada: «Son el enemigo del pueblo».[27]

Escribí por entonces:

> El ataque de Trump a los medios es trascendente porque erosiona las reglas democráticas de convivencia. Una prensa libre, a disgusto de los gobernantes, es esencial para la salud del debate político y la transparencia de la gestión pública. La prensa, en su tradición más liberal y en un plano filosófico, es un mecanismo de control de las desviaciones del sistema. Socavar al periodismo libre es, en sí, un ataque a la democracia.[28]

Controlar a la prensa es determinante para Amado Líder, pues

implica contener a los radicales libres que exponen su esencia autoritaria. El esfuerzo por conseguirlo está extendido, incluso más que los intentos por dominar a los jueces. En 2019, Paul Kenny —un académico de la Australian Catholic University— publicó un estudio sobre la relación entre 86 gobiernos populistas y los medios de comunicación durante los 34 años que van de 1980 a 2014. Kenny afirma que los líderes populistas no tienen interés por asegurar la supervivencia de sus partidos más allá de su propia vida política personal. Por lo tanto, la preservación de la autonomía de instituciones como la prensa —que limitan la autoridad gubernamental— escapa por completo a sus preocupaciones. Si cuanto les importa es la conservación y acrecentamiento de su propio poder personal, tienen, por lo tanto, más incentivos para erosionar la libertad de trabajo de los periodistas:

> Si bien las manifestaciones masivas continúan siendo un medio importante por el cual los líderes carismáticos se conectan con los partidarios, también dependen en gran medida de los medios de comunicación para transmitir su mensaje y movilizar a los votantes directamente. El control de los medios de comunicación es, por tanto, un objetivo central de los populistas en comparación con otros tipos de líderes políticos, que pueden depender de la membresía del partido, de densas organizaciones de la sociedad civil o de vínculos clientelistas mediados por una red de intermediarios del partido para movilizar a sus partidarios.[29]

Los gobiernos democráticos que aceptan los roles institucionales debaten con los intelectuales pero no pretenden controlarlos ni acorralarlos. En cambio, los gobiernos de pulsión autoritaria y hegemónica se obsesionan con destruir la función vigilante de los medios. Tanto acosan a los periodistas y críticos como censuran y cierran medios de comunicación como procuran lanzar o apoyar medios privados simpatizantes.* Complementariamente, emplean los medios que son propiedad del Estado para realizar propaganda gubernamental, infringiendo la noción de que las organizaciones públicas debieran mantener neutralidad e imparcialidad en la coyuntura política.

Aunque tenía un canal directo con sus seguidores en Twitter, Trump se lanzó a una «guerra con los medios» sin cuartel, diaria y recargada de adjetivos, no porque descrea de la importancia de la prensa sino porque le resulta intolerable el periodismo que se resiste

a su grandiosidad. El vitriolismo contra periodistas y medios es también usual en López Obrador, Maduro, Bolsonaro, Bukele y Ortega. El kirchnerismo, por ejemplo, ha mantenido una disputa de 16 años con los mayores conglomerados de medios de Argentina, los grupos *Clarín* y *La Nación*. Su visión de los medios es eminentemente política: desde Néstor Kirchner a CFK a Alberto Fernández, los tres presidentes argentinos creen que el periodismo es un actor político empeñado en producir inestabilidad institucional.* En 2015, CFK calificó como «destituyente» a una movilización masiva como el acto de presentación «del Partido Judicial». Ese partido, dijo, se articula con «los poderes económicos concentrados y fundamentalmente con el aparato mediático monopólico, intentando desestabilizar al Poder Ejecutivo y desconociendo las decisiones del Legislativo».[30]

La persecución a la prensa es sólo parte de un entendimiento filosóficamente oscuro de la libertad democrática, pues quien comienza por anular a los críticos pretenderá luego que las voces que se expresen sólo sean laudatorias. La propensión de muchos gobiernos a cancelar la libertad de expresión es el paso siguiente a la anulación del periodismo. Ya sucede, y a una escala significativa: sólo en 2019 hubo 213 bloqueos de internet en un total de 33 países, en buena medida durante la realización de elecciones y protestas. ¿Casualidad? Tal vez no: 2.500 millones de esas personas viven en 40 naciones donde gobiernan líderes con discurso populista.[31]

CUIDADO CON EL PERRO

Camina a la cucha: el nacionalismo radical siempre está con los dientes listos para morder a quien golpee a la puerta de modo inconveniente. Es parte del nervio hegemonista vivir en alerta ante cualquier acción que, según Amado Líder, ponga en riesgo a El Pueblo. Todo debe estar bajo el control identitario, nada fuera de él. Perón definió para la posteridad hasta dónde llegan las credenciales plurales del populismo: «Dentro del movimiento todo; fuera del movimiento, nada».

El proyecto populista sólo funciona induciendo colectivamente la creencia psicótica de estar bajo el asedio de una multitud de enemigos. Cuando esa idea cristaliza, la potencialidad de la deriva autoritaria se hace aun más clara: la idea de la patria atacada o

disminuida por sus enemigos tiene un vínculo neurológico con las políticas de securitización. En la doctrina de securitización, un actor social se convence de que cierto tema representa una amenaza existencial para la supervivencia de su identidad —llámese lenguaje, etnia, cultura o religión— y, por ende, se cree con derecho legítimo a adoptar medidas extraordinarias para afrontarlo, violencia incluida.[32]

Viví mi infancia en una dictadura que era, en sí, un enorme aparato securitizador. Las cúpulas militares que en 1976 derrocaron al gobierno peronista con un golpe de Estado gobernaron Argentina bajo el nombre de Proceso de Reorganización Nacional. Los generales dijeron que 'el Proceso', como se le conocía informalmente, «no tenía plazos sino objetivos», un modo de hacerle saber a la sociedad que se acomodara a la idea de que los militares estarían a cargo hasta que juzgaran que habían concluido su misión. Y eso significaba, como anticipó el primer dictador de las Juntas, Jorge Rafael Videla, cerrar «definitivamente» un capítulo de la historia, asumiendo el rol «imperativo» de las fuerzas armadas de «salvaguardar los altos ideales de la nación» contra el ataque de la «guerrilla apátrida».[33] Los militares consideraban a «la subversión» marxista como un «fenómeno global»[34] y, por lo tanto, requería una estrategia correlativamente global de lucha «en todos los campos», desde el militar hasta el político, y desde el económico hasta el cultural.*

Ejecutado con mayor o menor violencia, el principio básico de la idea securitizadora se reproduce en todos los procesos del populismo autoritario: un enemigo —Ellos, Los Otros— trabaja activamente para acabar con Nosotros —El Pueblo, la nación de Amado Líder. Trump identificó primero esa amenaza hacia *sus* Estados Unidos en los migrantes mexicanos y centroamericanos y luego la amplió sucesivamente a las élites de Washington a la prensa, al progresismo estadounidense, a los musulmanes, a la izquierda del Partido Demócrata y, finalmente, al Partido Demócrata en su totalidad. Vox la encontró en los migrantes subsaharianos que llegan a España. Orbán —al igual que la ultraderecha alemana— en los refugiados y en el islam. Los apólogos de Brexit, en los trabajadores del Este europeo que, decían, robaban el trabajo de los ciudadanos británicos. Daniel Ortega, Chávez, los Castro y Maduro la vieron en 'el Imperio'; el peronismo en 'la oligarquía'; AMLO en 'el neoliberalismo', y sigue el

baile.

En el fondo, la invención del enemigo procura subsumir a la sociedad en un estado de ansiedad permanente para lograr que la mayoría silenciosa, atemorizada, ceda su autonomía al líder para que él —único ser capaz de entender los temores y angustias de El Pueblo— convierta en política de gobierno el fomento del miedo y su aparente combate. Funciona, y es tan paralizante como desmoralizador y destructivo. «Las emociones de miedo o inseguridad no siempre obedecen a consideraciones racionales», dice Amin Maalouf, escribiendo sobre los temores horrendos que pueden cruzar a una "tribu" que se percibe bajo riesgo. «Pueden ser exageradas o incluso paranoicas; pero una vez que toda la población tiene miedo, nos enfrentamos a la realidad del miedo más que a la realidad de la amenaza».[35]

Cuando Trump acusaba al *establishment* de privilegiar los intereses de los poderosos, arrastrando al país «a guerras en el extranjero que nos han dejado menos seguros», estaba definiendo el corazón de su doctrina de seguridad: replegarse del mundo y militarizar las fronteras del país. Convertir a los Estados Unidos en un gigantesco castillo medieval amparado por los fosos de los océanos Atlántico y Pacífico, un «bello muro» en la frontera sur y el aburrimiento canadiense en el norte. La doctrina trumpiana de securitización jamás articuló otro plan de defensa que no fuese simplemente militarizar la frontera con México para detener al 'enemigo externo' y, cuando crecieron las tensiones internas hacia su gobierno, desplegar a las fuerzas de seguridad para reprimir las manifestaciones callejeras del 'enemigo interno', en general, estudiantes y jóvenes negros.[36]

Las doctrinas de securitización tienen un abundante componente militarista y se manifiestan sin ambages en los proyectos políticos fascistas y totalitarios. La Historia del siglo XX tiene suficiente letra —y sangre— derramada sobre la URSS, Mao, Hitler y Mussolini, todos casos donde el abuso estuvo sostenido con el concurso formal de las fuerzas armadas. No ha dejado de ocurrir, por supuesto, y no sólo en las naciones que sufrieron dictaduras militares. Las revoluciones en Cuba, Nicaragua y Venezuela han integrado a los militares a su proyecto político, de manera que el aparato institucional del gobierno tiene a la seguridad del Estado en el corazón de su actuación. Como los modelos autoritarios sólo se sostienen mientras mantengan bajo control las amenazas, sus líderes

reprimen de inmediato con violencia y cárcel toda crítica incómoda más o menos masiva.

Trump, quien alentaba un proyecto fascista para los Estados Unidos, intentó durante todo su mandato que las fuerzas armadas respondieran a sus caprichos. En *I Alone Can Fix It*, un libro sobre los últimos días de su gobierno, los periodistas Carol D. Leonnig y Philip Rucker cuentan que al secretario de Defensa, Mark T. Esper estaba preocupado por lo que Trump «podría intentar hacer con los militares» si no era reelegido. Esper —un republicano de paladar negro que tuvo tensiones con el presidente— había dicho a sus asesores que quería una elección limpia, pues estaba convencido de que Trump llamaría a las tropas y las lanzaría a las calles a la primera y ligerísima evidencia de error o fallo en el recuento de votos.*

El Agente Naranja es el más peligroso —y activo— ejemplo de instrumentalización de una organización fascista competitiva en Occidente. Después de lanzar el asalto al Capitolio en enero de 2021, ha mantenido su falso reclamo de presidente desplazado por un arreglo espurio. En uno de sus primeros discursos públicos después de perder su silla en la Casa Blanca, Trump cargó contra el presidente Joe Biden porque, dijo, está «destruyendo nuestra nación» y ha «violado» su mandato constitucional. Trump ya había dado a entender que sería «reinstalado» en el gobierno porque —retomaba ahora en Ohio— «la elección estaba arreglada» como «en Corea del Norte»:

> Los demócratas y sus aliados en Big Tech y en los medios de noticias falsas hicieron todo lo posible para negar nuestra victoria y retrasar el recuento hasta que pudieran averiguar cuántos votos se necesitaban para arrastrar a Joe Biden a la línea de meta, ya lo saben. Ahora censuran, ocultan y difaman.37

Si 'The Apprentice' colocó al Trump de 2016, la permanencia en la conversación pública con mítines, mercadeo uno-a-uno y cobertura de medios busca posicionar a Amado Líder para un retorno triunfal. En las calles de Estados Unidos ya se venden camisetas, banderas, *stickers* y gorras de 'Trump 2024' y los conductores de los *talk shows* de la extrema derecha no dejan de anunciar que el hijo pródigo será reivindicado. «No hay trumpismo sin Trump», me dice desde su casa en Connecticut el historiador Mark Healey. «Quizás funcione a nivel subnacional, pero ningún candidato del GOP proyecta los atributos

y los no-atributos de Trump en una campaña presidencial: el GOP lo necesita y él necesita el poder».

El ensayista argentino-chileno Ariel Dorfman decía a mediados de 2021 que la experiencia de Juan Domingo Perón podría ser iluminadora sobre el camino del Agente Naranja:

> Tras ser derrocado como presidente, Perón buscó refugio en Madrid (Franco era un anfitrión amable), y en lugar de retirarse tranquilamente, siguió determinando desde lejos el destino de su tierra natal manteniendo un control hipnótico sobre millones de sus seguidores de la clase trabajadora, antes de volver triunfalmente a gobernar Argentina a la edad de setenta y ocho años. Es un modelo escalofriante que Trump debe emular mientras reflexiona sobre sus próximos movimientos en su exilio en Florida o incluso desde el extranjero [. . .] También como Perón, que todavía tiene a su país esclavo casi cincuenta años después de su muerte, Trump podría seguir influyendo en nuestra tierra vulnerable y en peligro. O tal vez se esté gestando una encarnación peor y más peligrosa de su persona y sus políticas en este momento. Independientemente de lo que traigan los próximos años, no debemos olvidar las últimas palabras concisas de Trump como presidente, antes de volar a su Elba-en-Florida: «Volveremos de alguna forma».[38]

INCENDIAR LOS PUENTES

La construcción del enemigo nunca es pacífica; pacífico es asumir al que piensa distinto como un adversario político. Una vez convertido en enemigo, El Otro deja de ser considerado un sujeto con derechos, incluido el del debate; debe ser anulado porque representa una seria amenaza para la nación, la patria y el Estado. La propaganda procurará desacreditar todo discurso disidente o exagerará su presunta peligrosidad.

Es difícil no imaginar un camino hacia el autoritarismo cuando el populismo propone un cosmos de confrontación y enemistad —esto es, de violencia simbólica— del que se asume su víctima. El caudillo se sentirá obligado a la defensa activa ante el asalto de los conspiradores. La política de la confrontación mantiene siempre en vela la posibilidad de la agresión. Si Los Otros son enemigos, el incentivo final es a acabarlos, al menos simbólicamente.

La necropolítica no está presente en todos los movimientos al mismo nivel, pero todos los populismos contienen narrativas de martirio, lucha, combate y fractura social. Allí están el chavismo, el

sandinismo, el peronismo y, crecientemente, el obradorismo mexicano. Y en tonos también autoritarios desde la ultraderecha, Bolsonaro y Trump.

Amado Líder reclamará el sacrificio de la población, que no necesariamente implica vestirse de soldados, pero sí incluye una convocatoria al reiterado recurso de 'la lucha'. El kirchnerismo ha sido un practicante consuetudinario del 'luchismo'. Mientras presidió Argentina, por ejemplo, CFK convocó de manera frecuente «a luchar» contra los intereses poderosos del presente y a recuperar el «espíritu de lucha» de los tiempos de la guerrilla. El peronismo —en especial el heredero de los años '70, como se asume el kirchnerismo— vive en un combate permanente alimentado por la idea del conflicto como motor político.

Este es el nuevo Trump, según David Frum, un analista político conservador, autor de *Trumpocalypse: Restoring American Democracy*:[39]

> ¿Cómo llamaremos a este futuro? A lo largo de los años de Trump, parecía sensato evitar las comparaciones con los peores pasajes de la historia. Repetí una y otra vez una advertencia contra el uso demasiado fácil de la palabra con F, *fascismo*: «Hay muchas paradas en la línea del tren antes de llegar a la estación de Hitler».
>
> Históricamente, dos rasgos han diferenciado el fascismo de estilo europeo de las más localistas tradiciones estadounidenses de antiliberalismo: el desprecio por la legalidad y el culto a la violencia. El trumpismo de la era presidencial operó al menos a través de las formas de la ley. El trumpismo de la era presidencial glorificó el poder militar, no los ataques de turbas a las instituciones gubernamentales. Después de la presidencia, esas inhibiciones pasadas se están disolviendo rápidamente. La conversión de Ashli Babbitt en mártir, una especie de Horst Wessel estadounidense, expresa la transformación. Hasta 2020, Trump había respaldado la fuerza letal contra los infractores de la ley: «Cuando comienza el saqueo, comienza el tiroteo», tuiteó el 29 de mayo de 2020. Babbitt también violó la ley, pero no para robar un televisor. Fue asesinada cuando intentaba alterar el orden constitucional para evitar la formalización de los resultados de una elección democrática.
>
> Si un movimiento lo suficientemente grande está de acuerdo con Trump en que Babbitt fue «maravillosa», si repiten que la multitud de posibles secuestradores de Nancy Pelosi y linchadores de Mike Pence fue «genial», entonces estamos dejando atrás el sistema estadounidense de competencia política democrática por un nuevo paisaje en el que el poder lo determina el revólver.*

La retórica de odio, confrontación, exclusión y dominación no lleva a consensos sino a una agresividad creciente. La combinación de la construcción del enemigo y el discurso de la securitización tienen un ejemplo claro en Nicaragua, que junto a Cuba y Venezuela evidencian la deriva fascista de las revoluciones teocrático-socialistas de América Latina.

Amparado por el recuerdo romántico de la Revolución Sandinista, Ortega diseñó su regreso al poder en 2007, no ya como un comandante católico-marxista sino como un converso premoderno. Ya no ataca al capital, sino que lo coopta para su beneficio.[40] Ortega capturó al país para sí y, junto a su esposa poeta, Rosario Murillo, montó en una de las naciones más desatendidas del mundo una operación orwelliana ribeteada con un discurso de invocación evangélica.[41]

Hacia 2021, Nicaragua era una sociedad anónima personal donde los militantes sandinistas actuaban como Stasi informal de la familia Ortega-Murillo. El viejo guerrillero y su mujer controlaban los aparatos que legislan, juzgan y castigan y eran dueños de las llaves de la derrapada economía nicaragüense. Les respondían la Policía, el Ejército, la Asamblea Nacional y la Corte Suprema. Los tribunales inferiores, la fiscalía y la contraloría estaban pobladas con sus seguidores.[42] Empresarios otrora enemigos del FSLN comen hoy tanto de la mano de Ortega que hasta defienden sus políticas.[43] Lo único que le queda a Ortega para demostrar que es el dueño absoluto de Nicaragua es ponerle su propio nombre al país.

La crisis generada por el plan securitizador sandinista tiene la dimensión de una hipoteca generacional para Nicaragua porque, aunque Ortega deje el poder mañana, el Estado-dentro-del-Estado montado por el FSLN seguiría enquistado si los socios del presidente mantienen puestos clave en el Congreso, el sistema judicial y las fuerzas de seguridad.[44] Sucede que incluso fuera del poder Ortega puede seguir siendo el poder. La inteligencia sandinista —capacitada por la Stasi alemana— ha tenido éxito en conseguir que la sociedad desconfíe y se vigile a sí misma. En Nicaragua nadie actúa con libertad, pues todos sospechan que cualquier vecino puede ser el enemigo. Es el sueño dorado de un dictador: parálisis colectiva por internalización de la paranoia.

Libre de cualquier control —el mundo ha estado preocupado primero por Trump y más tarde por la pandemia—, Ortega ha ordenado una represión sistemática, a tal punto violenta que

incluye crímenes a la luz del día. El antiguo revolucionario convertido en dictador se ha empleado a fondo para hacer valer su autoridad omnímoda. Cultor de la necropolítica de principio a fin, justificó la represión de 2018 a los estudiantes aduciendo que su nación estaba bajo el ataque de agentes del imperialismo.

En el manual autocrático, el desmerecimiento de los otros incluye reducirlos a sujetos políticos insinceros. Y como muchos otros jefes populistas, Ortega ha transformado los artefactos de propaganda en usinas que colocan públicamente a sus críticos en el papel de hipócritas. Deslegitimar voces e instituciones contrarias es central para el proceso de desmantelamiento de la democracia y la construcción del edificio autoritario que lo reemplazará.

De hecho, esa es la fase final de la conversión del populismo orteguista en una autocracia familiar. En 2016, la Corte Suprema de Justicia y las autoridades electorales descabezaron a la oposición, Ortega ganó las elecciones en compañía de Murillo y ambos dejaron de disimular sus intenciones.[45] Desde 2020 detiene a líderes disidentes, a periodistas y a miembros de la sociedad civil acusándolos de corrupciones varias y de ser «traidores a la patria» financiados por «potencias extranjeras».[46] Figuras reconocidas como Carlos Fernando y Cristiana Chamorro —un periodista renombrado y una opositora al sandinismo, ambos hijos de la expresidenta Violeta Chamarro— fueron empujados al destierro o la cárcel.[47] Cuando aun no concluía 2021, la Justicia acusó al escritor Sergio Ramírez de incitar «al odio y la violencia»[48] y amenazó con detenerlo de inmediato apenas regresase al país.*

El manual con el que Ortega asumió el manejo absoluto de una república tiene inevitables condimentos locales pero es de factura global. Amado Líder escandaliza, fragmenta y provoca inestabilidad. Incendia puentes. Quien critica, conspira contra su orden establecido. La persecución es un credo.

Todo caudillo populista —y Ortega no ha sido menos que eso— dibuja el campo discursivo como un campo de batalla. Sólo le falta llamar a no tener piedad con Los Otros.** Si hay una víctima esa es El Pueblo. Por eso Amado Líder jamás ataca: golpea en defensa propia.***

Al final, producto de la fractura infligida, las sociedades se encharcan en un lodazal, en una bullanga donde ya nadie oye nada. Cuando eso sucede, los ánimos crispados empujan la estabilidad institucional hacia los límites y Amado Líder se siente con la

autoridad definitiva para acabar con las diferencias. Sucedió en Nicaragua con Ramírez y los Chamorro y en los Estados Unidos con Trump y la prensa: sean traidores a la patria o enemigos del pueblo, no acuerdas con quienes te hunden.

MÁS QUE HOMBRES EN «CAMMO»

El riesgo de violencia en los movimientos populistas ha estado presente en las experiencias de derecha e izquierda. En 2013, Human Rights Watch emitió un informe de 133 páginas resumiendo la experiencia de 14 años de gobierno de Hugo Chávez. Apenas al empezar su mandato, la policía de Chávez asesinó a 300 personas que participaban en protestas masivas contra el aumento de las tarifas del transporte público. Periodistas, representantes de la sociedad civil, defensores de derechos humanos y otros activistas políticos acabaron en prisión en los años siguientes del régimen.[49]

Nicolás Maduro profundizó la represión tras la muerte de Chávez. Investigadores de Naciones Unidas documentaron violencia «sistemática», con torturas y asesinatos arbitrarios, entre 2014 y 2020.[50] No fueron actos aislados: «Estos delitos fueron coordinados y cometidos de conformidad con las políticas de Estado, con el conocimiento o apoyo directo de los mandos y altos funcionarios del gobierno», dice el reporte. Maduro y sus ministros principales no sólo estaban enterados de los crímenes sino que ordenaron y coordinaron las operaciones.[51]

En abril de 2018, cuando Nicaragua fue escenario de varias protestas masivas, el gobierno de Daniel Ortega puso en marcha una de las más brutales represiones policíaco-militares de los últimos 30 años en el país. Más de 320 nicaragüenses fueron asesinados, otros 2.000 acabaron heridos y hubo cientos de detenidos torturados con picanas eléctricas, asfixia y golpizas. Decenas de mujeres fueron violadas. El gobierno de Ortega liberó a casi 500 presos políticos en 2019, pero no dejó de provocar a la sociedad civil. Ese mismo año el Congreso aprobó una ley contra «agentes extranjeros», que lo facultó para detener por tiempo indefinido a opositores políticos, periodistas y miembros de la sociedad civil. Le continuó una ley mordaza que persigue desde entonces a quien publique información «falsa» o «distorsionada» que provoque «ansiedad, angustia o miedo».[52] El gobierno de Ortega ahora determina cuál es la información que, en cada caso, constituye un delito.

¿Qué se necesita para desatar la furia entre habitantes de una misma nación? Individuos y grupos en muchas sociedades conviven con divisiones significativas sin episodios extendidos de violencia. Serbios y croatas, sunnis y shias, hutus y tutsis mantuvieron tensiones durante décadas antes de que las fricciones dieran pie a guerras y masacres.[53] Argentina lleva décadas conviviendo en la dicotomía peronismo/antiperonismo sin que se presente un solo episodio devastador de violencia civil. ¿Qué produce entonces el siguiente paso? Un solo actor: un líder dispuesto a echar gasolina sobre las llamas, alentando a la violencia a grupos que —hasta ese momento— mantenían la animosidad sin atreverse a asaltar la casa del otro.[54] En la guerra de la ex Yugoslavia, los conservadores liderados por Slobodan Milošević presentaron a los serbios como víctimas de una campaña de exterminio, situación que requería la intervención inmediata para garantizar «la supervivencia del pueblo».*

Trump sistemáticamente expuso que la condición que debía recuperar su *America* para ser *great again* era regresar a la centralidad perdida del hombre blanco, amenazado por el empoderamiento de las minorías, la migración multirracial, los derechos de los negros y la determinación feminista. Siempre animó a sus seguidores a defender la mitificación del mundo en que crecieron como un modo de garantizar la supervivencia del *American life style*.

> Hay una franja de los Estados Unidos que siente que está perdiendo el control que solía tener sobre el poder, por lo que busca recuperarlo, y si no puede tenerlo, quiere quemar la casa. Fuimos testigos de ambas cosas a la vez: un gobierno que busca debilitar los derechos de las mujeres y las minorías raciales, excluir a los inmigrantes y castigar a los pobres y la clase trabajadora (incluidos muchos partidarios de Trump) mientras socava la legitimidad del proceso democrático mismo. La casa ha estado en llamas durante cuatro años, y muchos de los llamados populistas ahora preferirían verla incendiada antes que perder ante un hombre liberal blanco y una mujer negra.[55]

En esa defensa de la tradición supuesta, Trump glorificó la violencia. El presidente jamás condenó abiertamente los actos violentos, criminales y antidemocráticos de sus seguidores confesos *casi en ningún momento* de su gestión, y en las pocas ocasiones en que lo hizo fue una reconvención forzada. Cuando en abril de 2020

docenas de hombres armados entraron a la sala de debates de la legislatura de Michigan, Trump pidió al gobernador que escuchara su reclamo de flexibilizar las restricciones a las reuniones durante la pandemia.[56] De inmediato, animó a otros activistas a «liberar» los estados de Minnesota y Virginia. «Son muy buenas personas, pero están enojadas», tuiteó. «¡Quieren que les devuelvan la vida, de manera segura! Véalos, hábleles, haga un trato».[57]

La retórica violenta es inseparable de represión, cooptación y crimen. Y por supuesto, de exhibición. Cientos de manifestantes marchan armados a las reuniones de MAGA. Se mueven vestidos con uniformes militares, a veces portan banderas supremacistas y muchos están asociados o simpatizan con organizaciones conspiranoicas. En al menos dos *rallies* de Trump a los que asistí en Phoenix, hombres jóvenes y adultos vestidos con uniformes camuflados se paseaban por el centro de la ciudad con pistolas a la cintura y fusiles semiautomáticos cruzados sobre el pecho. En un momento, organizaron el tráfico como si fueran policías.

La violencia sugerida por esos hombres armados, es, claro, simbólica: quien lleva un arma sin usarla está diciendo que podría hacerlo y que mantengamos distancia. Es intimidatorio. Los líderes que, como Trump, no condenan ni controlan esos comportamientos limítrofes facilitan su repetición. Los Estados Unidos de Vladimir Trump han tenido numerosos episodios con individuos que entienden que las prácticas políticas del presidente son un llamado a defender la patria como los bravos que habitaron antes su territorio.

La movilización del necropopulista es siempre de 'vida o muerte' e implica el compromiso de dar la vida para salvar a la patria de sus enemigos internos y externos. Varios criminales pro-Trump —como Patrick Crusius, asesino de 23 personas en un Walmart de El Paso, o Robert G. Bowers, quien mató a 11 miembros de una sinagoga en Pittsburgh— representaban bien la ansiedad y la violencia contenida de quienes se sienten avasallados por fuerzas inmanejables.*[58]

El asalto al Capitolio fue otra manifestación de necropolítica y el mayor episodio de violencia política populista en la Historia de los Estados Unidos. Trump demandó a la multitud que defienda el voto por MAGA y que se sacrifique por la patria. Los azuzó reclamando que «no recuperarían» el país que querían para ellos «con debilidad». «Tienen que mostrar fortaleza», les dijo antes del asalto.

Unos minutos más tarde, la turba avanzó llenando el aire con sus gritos:*«Fight for Trump! Fight for Trump!»*.[59]

Como si fuera un profeta apocalíptico, el líder populista siempre demandará que El Pueblo se inmole para alcanzar su destino manifiesto de grandeza. Los devotos de Amado Líder ofrecen sus vidas a la causa, se movilizan como mártires, son capaces de enfrentarse a la ley y están dispuestos a combatir a sus enemigos.[60]

Cada uno de esos aspectos estuvo en la insurrección del 6 de enero de 2021. Las milicias blancas de Proud Boys, Three Percenters —un grupo parapolicíaco anti-gobierno—, los conspiranoicos de QAnon, los ultraderechistas que reclutan policías y militares en Oath Keepers, los etnonacionalistas xenófobos de VDARE y otros grupos atropellaron y golpearon a los policías que debían defender el acceso en el Capitolio y, una vez dentro, 'recomendaron' a otros oficiales que mejor se hicieran a un lado. Actuaban al margen de la ley obedeciendo a su líder, y sólo eso importaba.[61] Todos ellos reclamaban libertad absoluta y desafiaban las potestades del gobierno federal sobre sus derechos personalísimos. En su lógica, si las instituciones no hacían su trabajo, ellos deberían hacerlo, tal como Trump les reclamó una hora antes, pues es deber de los patriotas salvar a la nación.*

Trump en los Estados Unidos, así como Chávez y Maduro en Venezuela u Ortega en Nicaragua y los Castro cubanos, prueban que la violencia es un sello particular del populismo autoritario. El salto del populismo hegemónico al autoritario y violento depende de la lectura de la amenaza que haga Amado Líder. Al sostener la idea de una amenaza existencial a la cultura, religión, raza o nación que somos, la narrativa de la securitización populista empuja a desplazar a Los Otros que no son parte de El Pueblo elegido mediante la confrontación, y la confrontación incrementa el riesgo de la explosión violenta, social o institucional.

El asalto al Capitolio fue apenas un episodio. La ultraderecha estadounidense ha seguido organizándose tras la salida de Trump de la Casa Blanca y el populismo incendiario del expresidente representa tal peligro que el FBI investiga a varios grupos violentos que lo apoyan. Que no exista una 'razón' populista sino una 'emocionalidad' populista —pues la búsqueda permanente es la reacción subjetiva de las masas— facilita que los ciudadanos internalicen la presunta amenaza a la seguridad del grupo y reaccionen sin demasiada provocación. Los asaltantes al Capitolio

asumieron la fantasía trumpiana como real.

No hace falta más que *creer* para que el miedo apriete un gatillo, asalte un gobierno, linche personas.

AL AMIGO, TODO

En el campeonato Nosotros/Ellos ha de jugarse la vida, porque nadie quiere perder. Y para eso siempre es necesario que el equipo propio esté preparado para darlo todo —curiosamente incluso la vida misma. Militar como era, Perón, el más famoso creador de aforismos populistas, tuvo claro desde siempre la necesidad de mantener a la tropa disciplinada. De modo que se prodigó en eslóganes para que sus muchachos tuvieran claro que no se entra en la disputa sin tener la espalda cubierta. «Para un peronista no puede haber nada mejor que otro peronista», decía entonces. Y también: «Por cada uno de los nuestros que caiga, caerán cinco de los de ellos». Y, por si faltase algo más: «Al amigo, todo; al enemigo, ni justicia».

Una porción de los seguidores de los líderes personalistas están aferrados a un dogma, pero no son la mayoría. De hecho, el núcleo duro de dogmáticos suele ser una minoría —ruidosa, claro. Aunque ha crecido en los últimos años, la ultraderecha europea no deja de ser una fuerza electoral pequeña, por ejemplo.[62] La base conservadora representa apenas algo más de un cuarto de los votantes de Estados Unidos.[63] Pero dentro de todos esos simpatizantes, los devotos son un grupo menor —y los fanáticos una fracción de ese espacio.

El reforzamiento de los lazos de pertenencia a un grupo demanda ciertas formas de ritualización y juego, y todo movimiento político puede tener buena vida si desarrolla una nutrida infantería estable de militantes y un número menor de personas que boye en los márgenes, satélites afectivos que participan de la vida partidaria en ocasiones que los motivan. Pero a quien Amado Líder adora es a aquel que sea capaz de todo por su jefe. El polarizado, el fanático.*

En una oportunidad di con un atractivo ensayo de Dan Stone, un profesor de economía del comportamiento en Bowdoin College, en Maine, titulado «Your Political Counterparts Are Not Moral Monsters».[64] Stone habla allí de algunos estudios sobre comportamiento económico realizados en los Estados Unidos entre 2016 y el fin de la administración de Donald Trump, en 2020. Esto

es, en plena polarización política.

En uno de ellos, efectuado mientras se acercaba a su fin la campaña electoral entre Hillary y Trump, los psicólogos Ben Tappin y Ryan McKay pusieron a jugar a 1.000 personas en grupos de tres demócratas y tres republicanos que debían tomar las mejores decisiones económicas posibles. Cada persona tenían tres opciones: la del autointerés (ganar $5 sin que los otros en el grupo ganen nada), la intermedia (todos sus copartidarios ganarían $2.50) y la del interés colectivo ($2.50 para las seis personas del grupo, demócratas y republicanos). Los resultados mostraron que los participantes eligieron de manera casi idéntica: casi 60 por ciento optó por la solución de interés colectivo y menos del 30 por ciento por el autointerés. Fue, de algún modo, un triunfo pro-social, escribe Stone.

¿Cuál era el punto? Cuando Tappin y McKay sondearon con los participantes notaron que, a uno y otro lado de las banderas ideológicas, había comportamientos también similares tanto al interior del grupo identitario como con los miembros del otro grupo. Los republicanos, por ejemplo, creían que otros republicanos tomarían mayoritariamente decisiones de interés colectivo pero suponían que los demócratas serían menos proclives a hacerlo. Los demócratas pensaban igual, pero al revés: ellos eran los realmente colaborativos, los republicanos siempre fueron unos patéticos egoístas. Esto es, el Nosotros se consideraba moralmente superior a Los Otros, a quienes percibían con una carga valórica menor. Y también notaron algo más: aquellos que estaban más polarizados políticamente, eran mucho más prejuiciosos con sus contrapartes ideológicas y tomaban decisiones colectivas para beneficiar a su grupo todavía más decididas. Eran los fanáticos.

Nuevamente: la política se ha vuelto territorio de afectos más que razones. Y por eso no conversamos con quien piensa distinto: no pensamos en términos de conveniencia societaria sino de la ofensa personal o grupal. El conflicto es siempre difícil de manejar y los humanos somos buenos para evitarlo y negarlo; confrontarlo es más complejo. En cuanto alguien elige mal, lo ubicamos en la casilla de los equivocados. Nuestras sociedades están profundamente divididas, como si cada calle tuviera una línea de ‘no pasar’ que debe ser obedecida por unos y otros. ¿Alguien se arriesga a pensar distinto?

Escribe Ezra Klein en el entretenido *Why We’re Polarized?*:

> Vivir en una ciudad, ser progresista, comprar una camiseta en [un supermercado de productos orgánicos] Trader Joe's y aventurarse en la meditación zen puede que no tenga mucho que ver en términos de política pública, pero refuerza una identidad insular y esa identidad es política, o al menos se politiza fácilmente [. . .] Conforme nuestras muchas identidades se convierten en una sola megaidentidad política, estas cuestiones viscerales y emocionales van aumentando y con ellas nuestra disposición a hacer cualquier cosa para asegurar que nuestro grupo gana.[65]

El problema se agiganta porque no hay sociedad que sobreviva dándose trompadas. Jamás tendremos una sociedad exitosa si primero no aprendemos a convivir con los codos que nos separan. Por eso los discursos de unificación son importantes: nos sacan de la zona de confort, obligan al diálogo con roces. Pinchar burbujas es crucial. Papá no es nuestra salvación: somos nosotros.[66]

Claro, no es fácil dejar de ser niños con futuros atemorizantes. En tiempos de subjetividades profundas, quizás precisemos una revelación pragmática pero ilusionante capaz de reconstruir una ficción orientadora colectiva. Biden parece querer encarnar eso en los Estados Unidos: en vez de confrontar y ampliar brechas, unificar. México, Brasil, El Salvador y los países con presidentes-padres necesitarán alternativas similares. Porque al final, los populismos que infantilizan a los ciudadanos revientan y dejan un boquete difícil de restaurar para las democracias.

AGÍTESE HASTA HACER DE ÉL UNA MASA

El movimiento de Andrés Manuel López Obrador gobernó la Ciudad de México por más de dos décadas sin conceder jamás una derrota. Pero en las elecciones de junio de 2021, Morena fue incapaz de contener el descontento acumulado por el desmanejo de la pandemia, la dejadez del gobierno capitalino y el cinismo del presidente. Todo México sabía que las urnas de 2021 reflejarían un plebiscito directo sobre la Cuarta Transformación y su jefe y, aunque Morena obtuvo una sólida primera minoría en todo el país, la derrota en la capital provocó una severa hemorragia al orgullo de AMLO. A la primera oportunidad que tuvo, el presidente responsabilizó a quienes consideraba los perpetradores del varapalo, la clase media.[67] «Aquí es donde se recibió el mayor bombardeo de mentiras y muchos compraron esas mentiras,

muchos», dijo en una 'mañanera'. «Y con esa manipulación [en] la capital de la república, que siempre había estado a la vanguardia, ahora hubo un avance hacia el conservadurismo».[68]

Desengañado como un marido que llora la deslealtad de quien hasta entonces suponía su eterna compañera, el presidente siguió luego en un monólogo confuso y adolorido:

> Todos sabíamos de la corrupción, hasta la gente más humilde. Pero quien fue el que internalizó mejor el hecho de que había corrupción y quien lo sintió más en estos dos años y medio, quien lo percibió mejor, pues fue la gente que nunca recibía nada. Porque no se los tomaba en cuenta, porque se les daba la espalda. De repente, empiezan a recibir dinero del presupuesto, que es dinero del pueblo, dinero de ellos, y empiezan a darse cuenta de que otro México es posible. Y ahí sí, por más guerra sucia que hubo, no pudieron. Ese es el cambio de mentalidad al que apostamos. Esa es la revolución de las conciencias. Pero como integrante de clase media-media, media-alta, incluso con licenciatura, con maestría, con doctorado. . . está muy difícil de convencer [sic]. [A] Ese lector del *Reforma* es para decirle siga usted su camino, va usted muy bien, porque es una actitud aspiracionista [sic], es triunfar a toda costa, salir adelante. Muy egoísta.[69]

Nuevamente: Amado Líder necesita que el Nosotros sea sólido para competir contra Los Otros, o su derrotero peligra. Cuando la polarización es pronunciada, el caudillo populista sabe que millones de ciudadanos le darán su afecto personal a la vez que escupirán odio e ira en el otro campamento. Y es en esas instancias en que los seguidores más comprometidos con el régimen resultan determinantes, pues recargan de sentido la mochila de valores del grupo. Un fanático asumirá el discurso securitizador de preservación del grupo como un cruzado.

Y cuanto más *reconocible* sea el enemigo que ataca nuestro estilo de vida, cuanto más *visible* sean sus actores, mayor será el interés de Amado Líder por *proteger* a los suyos, tal como haría un padre.

La securitización populista postula la protección de cierta pureza de El Pueblo de la amenaza de una cierta corrupción. El antagonismo Nosotros/Ellos se articula siempre a través del binomio El Pueblo/Élites, y se monta sobre definiciones morales, subjetivas. Más que una gnoseología, se trata de un credo: posee certeza política pero carece de toda veracidad científica. Hay un 'virtuosismo natural' en el Nosotros-Pueblo, que contrasta con la falta de autenticidad y esa suerte de 'maldad genética' que

identificaría al Ellos-Élite. Es la batalla entre un dios puro y un diablo violador.

En la filosofía de Amado Líder, las élites han mentido a la mayoría silenciosa para promover una teoría de la dominación que ahora debe ser desnudada y combatida por las masas honestas de El Pueblo que avanzan bajo el halo divino del cacique. El miedo renovado —y jamás resuelto— actualiza la necesidad de ser protegidos por su caudillo. Trump, CFK, AMLO, Chávez & Co. han hecho de ese temor un canto de guerra de empleo cotidiano.

Escribe José María Perceval, en el interesante *El populismo. Cómo las multitudes han sido temidas, manipuladas y seducidas*:

> Los sujetos colectivos, unificados, el «todos son uno», permiten estrategias de exclusión (los otros) y de cohesión (los nuestros), de agrupación (nosotros) y de agresión (ellos). Son por tanto manejables tanto para acciones positivas como para otras de extrema violencia. Son necesarios en cualquier empresa (corporación, localidad, cultura) y son el elemento más fácil de manejar para conducir grupos enteros a la catástrofe colectiva (porque como colectivo se pensaron). La emoción de sentirse parte de un pueblo unido no impide razonar que ese pueblo no existe fuera de los manifestantes que gritan «el pueblo unido jamás será vencido».[70]

La división Nosotros/Ellos se expande cuando la democracia fracasa. La dicotomía prueba cómo las ficciones lingüísticas pueden construir realidades políticas tangibles que —dependiendo de las intenciones de los hablantes— tienen consecuencias positivas o negativas. Cuando la ficción orientadora es un Nosotros muy inclusivo es factible observar una nación cohesiva tan segura de su potencial que se abre al mundo. Con todos sus conflictos identitarios, las naciones francamente receptoras de migración durante los siglos XIX y XX son un ejemplo de esa apertura. En cambio, cuando esa ficción se basa en un Nosotros/Ellos, exclusivo y —por lo tanto— excluyente, emerge un cuerpo reactivo e insular, como los populismos y autoritarismos que pretenden dirigir el siglo XXI.

Este es un punto importante: ser parte de un grupo puede ser una espada de doble filo. El Nosotros/Ellos expresa el conflicto inherente al proceso histórico —los eternos Boca-River del subdesarrollo, los Barça-Madrid de los países fifís— pero el Nosotros incluyente muestra que la humanidad progresa a través de

organizaciones donde hay una visión y una misión, valores y creencias, objetivos y metas compartidas. Empresas, no en el sentido Coca-Cola, sino como proyectos más o menos aventureros. Todas nuestras experiencias colectivas implican la gestión de un equipo, desde una escuela hasta una empresa, pasando por las fuerzas armadas, las burocracias o el fútbol, o la búsqueda de una vacuna contra el coronavirus. Amado Líder puede arrogarse el poder absoluto pero no será nadie sin seguidores, adláteres y subalternos. Incluso Cristiano Ronaldo necesita compañeros.

La búsqueda de la vacuna contra la Covid-19 expuso cómo operan esos grupos hacia adentro —todo Nosotros precisa de colaboración y *coopetencia*, la competencia en cooperación—, a la vez que demostró cómo lo hacen hacia afuera, pues el peleón entre Pfizer, Moderna, Johnson & Johnson y los productores chinos fue la madre de todas las batallas por el último Eldorado: quien tuviera la vacuna primero y/o quien la tuviera mejor, habrá probado tenerla más grande que todos. Nos acordaremos de ese ganador por décadas, y él se acordará de los Nosotros y los Ellos —de todos— porque nuestros brazos habrán forrado las cuentas bancarias a varias generaciones de sus accionistas. Allí, decía, el Nosotros/Ellos fue un Nosotros/Ellos "débil" que actuó como un motor impulsor de un cambio positivo. Construir un adversario en competencia mejora al colectivo. Hay cohesión e identidad y un enfoque grupal para ser más eficientes. Pregunten a los dos más grandes vacunadores del siglo XXI —un tal Messi, un tal CR7— cómo es eso de mejorar porque hay un tocahuevos contemporáneo que no te deja tranquilo ni un domingo.

Cuando la polarización crece, los atributos negativos del Nosotros se hacen nocivos, por supuesto: Los Otros comienzan a ser observados como un agente externo innecesario, agresivo y menor. En septiembre de 2021, después de viajar a México para que también allí la mala prensa le crea que no es un xenófobo, Santiago Abascal volvió a España, se puso de pie en las Cortes y demostró lo que todos saben y la mala prensa se manduca sin agua —que, claro, es un xenófobo. En un discurso inusualmente franco ante sus colegas parlamentarios, el líder de Vox se quitó el cordero muerto de los hombros y mostró los dientes: el gobierno español, dijo, era «un traidor» de todo lo que hace de España algo sólido —nación, Justicia, rey— por permitir que los migrantes magrebíes sigan entrando al país. Así cerró su diatriba:

> [En el gobierno socialista] Son capaces de todo con tal de no reconocer la estrecha relación que hay entre la seguridad de los españoles y el efecto llamada y la política de puertas abiertas de la que son responsables [. . .] Quieren amordazar a los españoles mientras están con los enemigos de los españoles, que son los que asaltan nuestras fronteras, nos quieren llevan a la ruina, dividir el país y sembrar el pánico en las calles.[71]

En esas setenta y un palabras de Abascal hay toda una definición ideológica y de políticas de Estado del populismo de derecha. El Nosotros/Ellos expresado sin guardarse nada. La noción de que las élites traicionan a la nación colaborando con minorías —como migrantes y musulmanes— para destruir el tejido cultural de la patria y perjudicar a El Pueblo. La xenofobia, el racismo y el clasismo que sustentan sociedades y mundos con dos calidades de ciudadanía. El temor a El Otro, que puede destruir los beneficios logrados, mezclarse con Nosotros, cruzarse. El azuzamiento del riesgo de violencia que reduce al otro a la animalidad. Y el reclamo securitizador implícito de cerrar fronteras para que 'el enemigo' no siga poniendo en riesgo la esencia del 'ser nacional'.

Abascal habló en la cámara ante la mirada del presidente del gobierno español, pero sus palabras iban dirigidas a la tribuna de la sociedad civil —al español medio que lee y ve y oye la prensa— antes que a Pedro Sánchez. Amado Líder sabe operar sobre los deseos de pertenencia y de exclusividad y Abascal estaba pinchando con la punta de un cuchillo cada uno de esos nervios. Sabe que pone a hervir el enojo de sus seguidores abriendo conscientemente la puerta para que, por un lado, alguien en algún lugar y en algún momento encuentre un episodio ilegal protagonizado por un magrebí y, por otro, que alguien en algún lugar y en algún momento asalte a un migrante*

Abascal juega con el desgarramiento interno de los nacionalistas españoles que sienten que ni los extranjeros ni los catalanes ni el gobierno respetan a su país. En el extremo —y es un extremo al que se arriba con una facilidad siniestra— la disputa Nosotros/Ellos concluye en intercambios violentos e instaura una cultura de la negación de Los Otros. A Abascal no le importa: el ensanchamiento de las grietas es el campo donde cosecha a gusto. Nosotros/Ellos es el mantra perfecto para los amantes del autoritarismo.

Que no suene exagerado: la negación de Los Otros, en procesos extremistas, ha llevado a desastres. Hitler, Mao, Lenin y Stalin

sabían esto en sus huesos cuando persiguieron minorías y ordenaron masacres y genocidios. En el extremo, no es sólo que el aparato del Estado se ocupe de *poner en su sitio* a Los Otros: también debe trabajar para fortalecer la unicidad del pensamiento colectivo para que el Nosotros se blinde contra las acciones de ese enemigo distinto. Cuando el fanático sea necesario, Amado Líder llevará la identificación grupal hasta el paroxismo. En boca del Führer:

> La masa es como un animal que obedece a sus instintos. Para ella, la lógica y el razonamiento no cuentan. Si acerté al desatar el movimiento nacional más poderoso de todos los tiempos se debe a que nunca actué en contradicción con la psicología de las multitudes ni choqué con la sensibilidad de las masas. Esa sensibilidad puede ser primitiva pero tiene el carácter permanente e irresistible de una fuerza natural. Cuando la multitud atraviese una dura experiencia, como durante la época de las tarjetas de pan y la inflación [en 1923], no la olvidará jamás. La masa tiene un aparato sensorial e intelectual muy simple. Cuanto no alcanza a catalogar la llena de desasosiego [. . .] Se me ha reprochado que fanatizo a la multitud y la llevo a un estado extático. El consejo de los psicólogos sutiles prescribe que debe apaciguarse a las masas y mantenerlas en estado de apatía letárgica. No, señores: debe hacerse exactamente lo opuesto. Sólo gano a la multitud cuando la arranco de su apatía. La masa sólo es manejable cuando está fanatizada [. . .] Si me presentara ante ella con argumentos razonables, no me comprendería, pero cuando despierto sentimientos que le convienen, sigue de inmediato la orden que le doy. En una asamblea de masas apenas hay sitio para el pensamiento [. . .] Agito al pueblo hasta hacer de él una masa.[72]

EL PROGRESISMO REAGANIANO

En su trabajo «From Progressive Neoliberalism to Trump—and Beyond», Nancy Fraser no sólo nos regala la acertada calificación del «progresismo neoliberal» —adorables y atinados 'progres neolibs': todos nosotros—[73] sino que dedica un tiempo a marear la paloma del tan atractivo como tironeado concepto de la 'hegemonía gramsciana'. Antonio Gramsci, un tipo que parecía filósofo y lo era, propuso la idea del bloque hegemónico como una coalición de diversas fuerzas e instituciones sociales bajo el dominio de una clase social.* La hegemonía, per se, es un ejercicio de tironeo: el bloque que manda vive en una relación de constante contradicción y negociación —no disruptiva— con las clases dominadas, a las que

convence por consenso u obliga por coacción a aceptar la *naturalidad* de su liderazgo. La ruptura de esas clases con las élites sólo puede darse con la construcción de un bloque contrahegemónico.

Por supuesto, cuando se pone un poco de agua con algo de aceite, no se puede pretender que ambas mezclen bien, de manera que la boda 'progresismo + neoliberalismo' empezó a acumular las tensiones propias de esos matrimonios apresurados donde los novios se dan cuenta de que no se conocen demasiado bien cuando ya tienen un par de hijos, un perro por el que pelear y una hipoteca llamada casa.

Los problemas, entonces: por un lado, la apertura económica favoreció una globalización que restó peso a los Estados nacionales, trasladándolo al capital internacional, y convirtiendo al mundo casi en un mercado único, desplazando trabajos e introduciendo incertidumbre en la vida de las personas, tanto en relación a su futuro personal como al de su país. Los Estados gobernados por los 'progres neolibs' descubrieron entonces que era muy difícil tomar decisiones de políticas pública desde gobiernos que tenían cada vez menos autonomía para dirigir las economías de sus naciones.

A su vez, como para sumar problemas adicionales, la gente tampoco estaba lista para aceptar tan fácilmente el revolcón entre una economía creada por conservadores y una nueva sociedad empujada por liberales. Así, la ocupación de más espacios por parte de las minorías empoderadas por los 'progres neolibs' transmitió una idea de peligro —la del enemigo que amenaza— a otras formas de identidad que ya estaban allí viviendo su vida con la *naturalidad* hegemónica de toda la vida: las clases, la masculinidad y la blancura racial.

Y entonces el aceite se puso rancio y el agua se echó a perder. Al decir del poema de Bukowski, el pobre-hombre-blanco estadounidense pronto se encontró con que su mundo ya no era su mundo: la autenticidad étnica, los beneficios económicos y la aprobación social ahora eran para todos menos para ellos, que habían vivido acostumbrados a tenerlos o a deslomarse para conseguirlos. La idea de privación de derechos económicos, políticos y culturales se hizo carne.

Ahora bien, el problema que debieron enfrentar los 'progres neolibs' es que, vaya, no había un solo frasco de agua + aceite, sino alacenas repletas. Pronto, al pobre-hombre-blanco bukowskiano

desplazado se le empezaron a sumar los evangélicos y los católicos enfadados con los matrimonios gays y el aborto; los pequeños comerciantes que debían cerrar porque los Walmart del mundo mundial se los tragaban a pura escala; los industriales que no podían contra el *made in China*; los habitantes de los pueblos del interior profundo, hartos del esnobismo citadino; la ultraderecha, los nacionalistas blancos, los libertarios, los neonazis. . .

Demos entonces la bienvenida a la reacción contra el bloque hegemónico donde convivían, malamente y en tensión, los 'progres neolibs': Donald Trump y su bloque contrahegemónico. Una idea de nación bajo amenaza existencial, una élite poderosa como enemigo interno, hordas de migrantes marrones fungiendo de diablo externo, una masa devota profundamente blanca y religiosamente contenida bajo la extraña cruz evangelista. China, deslocalización industrial, rescate de grandes bancos y empresas. Políticos que renuevan y renuevan y renuevan mandatos mientras Main Street Joe pierde y pierde y pierde empleos cada vez más precarios. Un relato de miedo y de enojo esperando por el dueño de un megáfono, vamos.

Trump tenía ese megáfono en su fama de 'The Apprentice'. Y cuando se lanzó a patear el tablero, articuló la idea de que Washington y las élites progresistas ponían en riesgo la seguridad militar, económica y cultural, abrazando ideas anti-estadounidenses y anti-cristianas, corruptas y viles. Eran tiempos de «carnicería», recuerden, y de un mundo que «se ríe en la cara» de los Estados Unidos: tiempos de medidas urgentes y excepcionales para salvar el alma americana. Y Trump y sus votantes decidieron que era el momento de cambiar quién conducía qué. Que ya había sido suficiente de los 'progres neolibs' como los Clinton o *that-black-guy*. Que el pobre-hombre-blanco y la corte de desplazados del interior y los adoradores de Oh-mi-Señor-Dios-Todopoderoso debían tomar el control de una nación que se les estaba escapando de las manos.

«Tenemos que ayudar a nuestro país», dijo Trump en un evento en Colorado Springs, cuando todavía nadie daba demasiado por él. «O ganamos esta elección o lo perdemos. Bajo mi administración, será *America First*».[74]

Entonces, 2016 y Casa Blanca.

HAS DE TENER A EL PUEBLO LISTO

La decisión de depositar en El Pueblo toda virtud produce

exclusión; todos los demás miembros de la sociedad que Amado Líder no incluya en su Arca de Noé están condenados al desierto y a la zarza. No hay justicia para Los Otros cuando el caudillo define los límites de la pertenencia. Es un ejercicio esencialmente conflictivo, donde se reemplazan los privilegios de una élite por los de una mayoría que —sólo por ser una masa autodefinida como 'buena'— margina o amenaza a otras minorías. Desde ese lugar, la democracia jamás se realiza. Más bien, nace un personalismo autocrático.

Debiéramos asumir con cuidado las voluntades totalizadoras pues van en contra del proceso de construcción de toda la historia humana. Lo dice de este modo Tzvetan Todorov en *The Fear of Barbarians*:

> Cada individuo es multicultural; las culturas no son islas monolíticas sino llanuras aluviales entrecruzadas. La identidad individual surge del encuentro de múltiples identidades colectivas dentro de una misma persona; cada una de nuestras diversas afiliaciones contribuye a la formación de la criatura única que somos. Los seres humanos no son todos similares o completamente diferentes; todos son plurales en sí mismos y comparten sus rasgos constitutivos con grupos muy variados, combinándolos de forma individual. La convivencia de diferentes tipos de pertenencia dentro de cada uno de nosotros no causa en general ningún problema, y esto, a su vez, debe despertar admiración: como un malabarista, mantenemos en el aire todas las bolas de nuestra identidad a la vez, con la mayor facilidad.[75]

El antagonismo hacia ese enemigo común convierte en secundarias, por el momento, las contradicciones que existen entre los múltiples miembros de El Pueblo. (La ascendencia de Amado Líder sobre el grupo es otra.) De cualquier modo, la *pax* no dura eternamente. Como el Nosotros/Ellos es simbólicamente violento, el populismo no escapa al criterio del amigo/enemigo de Carl Schmitt ni a una visión guerrera de la política. En esa lógica, una identidad está en batalla permanente con otras diferentes y sólo establecería relaciones de alianza con aquellas con las que posea una homogeneidad relativa. Schmitt sostiene en su ensayo *Teología política* que esa visión de la soberanía política, que no está vinculada de manera imperativa con el nacionalismo, supone una mirada personalista y teísta —es decir, cristiana— de la vida.[76]

Por eso, puede parecer casi natural que Amado Líder encare su

negación de Los Otros como una guerra santa. Parte, claro, de una concepción mesiánica. Y todo mesías debe, por defecto, defender a su nación de la amenaza de la extinción.

Amado Líder jamás buscará consensos con El Otro sino reducirlo, pero ahí no concluye el proceso pues toda guerra santa debe durar para siempre. Por lo tanto, antes o inmediatamente después de eliminar a un enemigo, el caudillo populista creará uno nuevo. Trump lo hizo: en la campaña electoral de 2016 funcionaba bien atacar a las élites de Washington como el enemigo interno y a los migrantes como el externo. Pero una vez que el Agente Naranja llegó a la Casa Blanca —por lo tanto, se convirtió en parte de las 'élites de Washington'—, los medios de comunicación ascendieron como su bestia interna y China se convirtió en el monstruo exterior.

La identidad nacionalista, como la populista, jamás puede abandonar la tensión antagonista exterior: somos esto, debemos cuidarnos de aquellos. Eso convierte la existencia del Estado en asunto de supervivencia. Introducir esta complejidad en la psique colectiva no parece tan difícil, pues somos educados en la pertenencia a grupos; en este caso, a la nación, esa ficción basada en la sugerencia de que hay un Nosotros diferenciado.

La enseñanza escolar de la Historia ya prefigura que nuestros prohombres debieron enfrentar antagonismos internos y eventos externos, que *habrían podido contaminar* la definición de aquello que seríamos. Toda historia escrita por los ganadores expondrá a Los Otros como una facción reprobable: la identificación negativa es tan importante como la positiva en tiempos de conflicto. Puede resultar extemporáneo y absurdo para muchos que López Obrador reclamase en 2019 al rey de España —y al Papa Francisco— que pidiesen «perdón» por la conquista y evangelización de México, pero el gesto no iba destinado tanto al Vaticano y a la Corona como a los devotos de Morena; es una reafirmación del grupo de pertenencia. Nosotros somos las víctimas y, aun 500 años después, los descendientes de los victimarios han de pagar. Otra vez: la guerra santa es eterna.[77]

Por supuesto que hay formas de construir identidad sin recurrir al enfrentamiento del *tanathos*, pero la teoría de la seguridad de El Pueblo necesita de la alteridad amenazante. La moralidad de la definición del Nosotros combativo requiere de políticas de miedo, urgencia y decisiones extraordinarias. El peligro excepcional que enfrenta la nación —Trump siempre hablaba de las peores circunstancias «jamás vistas en la Historia»— debe tenernos

permanentemente alerta. Armados para el combate primero ideológicamente —simbólicamente— y, de ser necesario, física, prácticamente. No hay revolución ni confrontación internacional en la era moderna que no beba de esa identidad de trasfondo guerrero en la que hay una ofensa al Nosotros —¿recuerdan la Guerra Fría entre Occidente y el bloque soviético?*

Siempre servirá a Amado Líder acusar a la élite de socavar el bienestar nacional usando el poder político y económico para enriquecerse, corromper, practicar el nepotismo y el capitalismo de amigos. También le será útil acusarla de vulnerar la soberanía nacional, asociándose o sometiéndose a fuerzas extranjeras como cipayos, entreguistas o colaboracionistas. La campaña del Brexit acusaba a los gobiernos británicos de rifar la grandeza de la Rubia Albión al mantener una pertenencia perdidosa a la Unión Europea. Cristina Kirchner equiparaba a su contendiente Mauricio Macri con la ultraderecha militar argentina de los años '70 y con las políticas neoliberales de los '90, desarrolladas —curiosamente— por un hombre de su propio partido.

El punto es tener a El Pueblo listo, pues tarde o temprano 'Los Otros atacarán'. Amado Líder protegerá entonces a esa sección de la sociedad que definió como proba, y a cambio de darle seguridad exigirá lealtad de por vida. Será su voz tanto como su escudo. General y soldado. Pero también teórico y narrador: la guerra simbólica del populismo demandará un arsenal de dispositivos discursivos. Según Thorsten Wojczewski —un especialista en seguridad internacional del King's College London— la retórica de combate incluirá dramatización y alarmismo para «evocar y mantener el sentido de amenaza existencial a la gente»; simplificaciones y búsqueda de chivos expiatorios, útiles para culpar al *establishment* y a Los Otros de poner en riesgo a El Pueblo; y una propagación del estado de emergencia para justificar las acciones excepcionales que deberá tomar Amado Líder con su espada salvadora.78

EL ENEMIGO INTERIOR

¿Cómo era el dicho? ¿Nunca interrumpas a tu enemigo cuando se equivoca? En determinado momento del ciclo histórico, lo único que necesita un populista hecho y derecho para ganar el favor del Pueblo es que quienes gobiernan sigan gobernando. Una vez que

consigue instalar la idea de las élites traidoras en una sociedad hasta el cuello de cortapisas, le costará poco presentar cada decisión del gobierno como parte de un «sistema corrupto» que favorece a los mismos de siempre.

La práctica de la simplificación es radical, por supuesto, y útil; el adversario debe ser caricaturizado y —aun cuando sean muchos y con matices entre sí— siempre será mejor colocarlos a todos en la misma bolsa, y etiquetarlos como el enemigo. Cuela.

Hombres como Trump, AMLO o Bukele consiguieron presentar las voces de sus adversarios como una expresión homogénea, aun cuando se trata de diferentes grupos en tensión, algunos en disputa real por el poder y otro apenas expresiones de la sociedad civil. Trump unificó a los 'Fake News Media' con los 'Radical Dems'. AMLO tiene a los 'fifís', 'neoliberales' y 'conservadores' —todos en el mismo pasillo del estereotipo: egoístas de nariz parada— junto a intelectuales y medios que tuvieron relaciones con gestiones previas. Bukele logró una victoria mayor: logró poner a la izquierda y la derecha salvadoreñas, el FMLN y ARENA, que han vivido enfrentados, como parte de un mismo bloque elitista, las «dos cúpulas».

Todos caben dentro de ese enemigo externo que puede ser culpado de cualquier agravio. Es inevitable que ese corte bruto en el espacio político no cree una esperable contrahegemonía al bloque contrahegemónico que se convirtió en —disculpen el trabalenguas — hegemónico. Lo que es posible esperar resulta obvio: si AMLO, Trump, Bukele y los demás crearon un enemigo existencial para convertirse en Amado Líder, todo cuanto quede bajo la misma etiqueta será objeto de rechazo y humillación. Creyentes en la democracia liberal, luchadores sociales, críticos independientes y élites forman parte de un guiso indiviso e indigesto: el enemigo interior.

En su primer tuit tras reunirse con Barack Obama como presidente electo, Donald Trump escribió:

> Acabamos de tener una muy abierta y exitosa elección presidencial. Ahora manifestantes profesionales, incitados por los medios, están protestando. ¡Muy injusto!

Muchos en la prensa liberal —yo incluido— chillamos con aquel tuit. Que ya es presidente y nunca fue un niño indefenso. Que no es serio. *Man up*. Y está bien, es lo correcto: ese tipo de

comportamiento no debiera ser tolerado. Es un acto de hipocresía de un hombre caprichoso e inmaduro. Sobre todo, porque en 2012 —poco después de la reelección de Obama—, Trump llamó a medio mundo conservador a enojarse y avanzar sobre la capital.

Tuiteó entonces:

> No podemos dejar que esto pase. Debiéramos marchar a Washington y detener esta farsa. ¡Nuestra nación está totalmente dividida.

Y cuatro minutos después:

> ¡Vamos a pelear como el diablo y a parar esta gran repugnante injusticia! El mundo se ríe de nosotros.

Dos de nuestros mayores errores es no haber tomado a Trump 1) en serio y 2) a tiempo. Ese comportamiento sin bozal es uno de los méritos de los líderes populistas: cuanto dicen es tan aberrante que tendemos a creer que son una broma o una *boutade*. Pero en realidad hablan en serio: cada provocación es una boya para medir la profundidad de las aguas. Así que mientras nosotros decidimos si es chiste o estupidez, Amado Líder lleva días o meses de ventaja formando la conciencia colectiva de su tribu.

En 2016 —2017 y 2018 y 2019 y 20 y así—, Trump no se quejaba *sólo* porque es caprichoso, temperamental y descontrolado. Estaba calentando el ambiente, una y otra vez. Tensando los nervios de sus chicos malos. Sus tuit tenían destinatarios directos —sus votantes— e indirectos en el resto, incluidos nosotros. A unos los animaba a boca suelta; a los demás nos escandalizaba.*

Cuando Trump decía que los medios alentaban las protestas contra su gobierno, estaba informando a sus devotos que la «campaña sucia» de la prensa se mantendría durante su presidencia: iba moldeando la imagen del enemigo en la psique colectiva con una obsesión incansable. En paralelo, cuando comentaristas como Charles M. Blow pedían que lo considerasen *parte de la resistencia* —porque respetaba la institución presidencial pero no a su poseedor —, no costó nada a los seguidores de Trump suponer una avanzada de desobediencia civil liberal, peligrosa para la salud de su presidente. (A Blow le llovió una andanada de insultos en las redes sociales.)[79] Y cuando Rudy Giuliani —quien mucho antes de ser abogado personal de Trump, se candidateaba como su procurador general— decía que los protestantes eran «niños malcriados», y

«profesionales» que «exageran sus miedos», daba a entender desde los primeros días del gobierno cuál sería el tono de Mr. MAGA: cero piedad con los *liberal snowflakes* que no son parte de The American People.[80]

Trump se ganó a su público dándole el drama de una serie de TV pero desde la Casa Blanca vía Twitter. El país entero comía *popcorn* con cada tuit: el presidente construía la trama de un desastre a diario, en vivo y en público. Todos veíamos la enorme mancha ominosa de orkos afilando los dientes, esperando el día del juicio final en que Amado Líder los lanzara a las calles.

Así se va construyendo el clima: enemigos claros, confrontación, *tempo*. Cerrar la válvula del diálogo. Expulsar a los otros de la pertenencia nacional. Señalar con el dedo. Recargar los ánimos.

Recargar los ánimos.

Recargarlos.

Recargar.

El camino a la violencia se ensancha.

Escribí en 2016, apenas elegido Trump —y años después me sorprendo y asusto:

> Durante la campaña, Trump mostró nostalgia por los viejos tiempos en que si un opositor se metía en una linda reunión de buenos muchachos podía salir de allí en camilla o trompeado. Luego hizo la vista gorda cuando en sus actos o fuera de ellos, supremacistas blancos y nativistas insultaban y discriminaban a negros y latinos. Jamás se opuso a que su propia gente, a viva voz, amedrentase a la prensa en los mismos mítines —por el contrario, la estigmatizó asfaltando el camino para esas reacciones.
>
> El mensaje para los seguidores, entonces, es: prepárense. Trump, nuestro hombre, ganó: ¿ahora estos liberales perfumados no reconocerán su mandato? ¿Acaso nuestra elección es de segunda categoría para que cuestionen a nuestro presidente electo ya antes de asumir? *The President will be under siege*.
>
> Si las palabras dicen, cuando Trump pidió que quienes amedrentan a las minorías se detengan, se mostró «triste» por los hechos, que redujo a «una o dos instancias», pero en ningún momento calificó a los agresores como personas violentas y descolocadas. Sí, en cambio, dijo que las protestas en su contra habían sido construidas gradual y sistemáticamente —*«I think it's built up»*— por los medios.
>
> Dos modos de ver, dos motivaciones distintas, dos posibles reacciones institucionales: apañamiento para los agresores sin correa del riñón propio, acusaciones de maquinación y conspiración para los

opositores. Como creó enemigos exteriores —migrantes indocumentados, China, México— con el cual amalgamar los miedos a los otros y a un mundo complejo, Trump está creando ahora un enemigo interior —los liberales, la juventud reactiva, los medios— que justifique un Estado de dientes apretados.[81]

ODIOS, OH-DIOS

Apuntes en mi anotador. Título: «Odios, oh-dios». Fecha: mayo de 2018.

En un margen escribí: «¿En dos años, peor?»

En el cuerpo:

› El que odia cree que el objeto de su odio es injusto con él. Pasa con los tipos golpeadores que revientan minas y pasa con los tipos golpeadores que revientan países enteros. Pero el problema del odio es que puede ser inagotable y escalable. Si ese ser injusto para el odiador corrige el comportamiento desviado y dice querer al hijo de puta, el hijo de puta no dejará de odiar: querrá más.

› No se odia un hecho; se odia sistemáticamente. Trump no cree que un latino o mil latinos han hecho algo malo hace un par de años: cree que *los latinos* se están follando a los Estados Unidos desde hace décadas. ¿Su discurso sobre el mundo? «Se ríen de nosotros». El odiador como víctima de un animal *genéticamente* criminal.

› El odio deshumaniza. Niega entidad a Los Otros. Obliga a que justifiquen su existencia. Hijos de puta. Les demandan que pidan perdón *por ser*, disculparse por cumplir con la expectativa ajena. *Sí, bwana, Mombutu obedecerá, amo.* Hijos de la chingada, también. La persona extraditada de sí misma.

› El odio desvanece la capacidad del ser humano para ser humano. No hay compasión.

› ¿Cómo se puede construir en un agujero, de qué manera hay acuerdos cuando entre dos hay un tajo? Odiamos al otro por ser quien es, no por lo que hace. (Da igual si cambia, ya fue odiado/está odiado/seguirá odiado. Lo lleva en la piel. Es su perfume.)

› El mensaje del odio tiene como destinatario principal al grupo que lo profesa; el odio es especialmente importante para sus practicantes. Disciplina: «Somos todos parte del mismo equipo, amigos, todos odiamos a los mismos miserables». El odio tranquiliza; ayuda a confirmar tu creencia en una justicia

compatible con tu visión del mundo. Mensaje del odio intragrupo: «Nosotros, los que somos iguales, vamos por ustedes».

› Historia reciente: los Estados Unidos eligieron como presidente a un hombre con demasiado rencor, y ese hombre con demasiado rencor se los cobrará. Como un monarca absoluto, Trump convirtió sus revanchas personales en políticas públicas, porque eso hace Amado Líder: proyecta su resentimiento al conjunto, politiza la revancha personal.

> El sociópata utiliza nuestros códigos en su beneficio (Bill Eddy, *Why We Elect Narcisists and Sociopaths—And How We Can Stop!*»).
>
> El sociópata no se detiene por las barreras morales. Juega con ellas. (Eddy.)
>
> Simula obedecerlas mientras aprovecha sus lagunas para empujar su agenda.
>
> El Otro no existe, es todo sobre él. Él-él-él. (Recalcati, Massimo.)
>
> Trump denunciaría la hipocresía —que nos mantiene juntos— y glorificaría el culto a decir las cosas como son. (Hay suficientes imbéciles en nuestras naciones, que adoran a los pateadores de tableros.)

› El odio es el fenómeno afectivo más destructivo de la naturaleza humana. El odio es una pasión (Recalcati, *Hate as a Passion of Being*). La presidencia de Trump —la práctica política de Trump— fue un ejercicio emocional. ¿AMLO? ¿Bolsonaro? ¿Ortega, Maduro, la familia Kirchner? ¿Álvaro Uribe, Bukele, *El Mashi* Correa? *You name it. Hate as a passion of being!*

› Las formas —una mera racionalización— no tienen lugar en la arena de las confrontaciones de Amado Líder. Cuanto más espontáneo, mejor. Cuanto más brutal, más original. *Natural*. El «me ofende» como línea de defensa. La infantilización, el berrinche. Está bien enojarse, señores: el presidente ha normalizado la ira. Porque El Pueblo está enojado.

› Esa filosofía no tiene positivos: no construye base social por méritos. Método de acumulación, la intolerancia. No hay racionalidad en la amalgama que une a los admiradores de Amado Líder —un seguidor piensa; el *seguidismo*, en cambio, es un acto de fe—: se regodean en la enemistad contra algo y alguien.

› «Trump destruye», escribí alguna vez. «Su apellido lleva la T del *tanathos*».

› ¿Qué odia Trump? Todo cuanto no entre en el delgado túnel de

su visión. Se ensaña con los débiles, con los enfermos, con las gordas. Desprecia con cada célula de su cuerpo a los pobres, a los miserables y a los feos, todos expulsados —*You are fired!*— del Universo-Donald-J.-Trump. En cambio, puede tolerar a un negro o un árabe si son ricos; no son nórdicos pero *al menos* tienen dinero, el blanqueador más efectivo del mercado. Le venderá sin dudar un piso en Trump Tower a un centroamericano millonario, marrón como el Nesquik. Y también será *feminista alla Donnie*: le dará un espacio de alto poder a toda mujer espectacular que le guste.

› Trump ve un subhumano en un pobre y un subhumano apestado en un migrante pobre. Nadie se animó demasiado a llamarlo nazi —quizá por el peso de esa palabra— *pero*.

Pero.

Y sin embargo,

pero.

› El supremacismo blanco, hijo del privilegio, es un motor a punto producto del odio social trumpiano.

› Se arman, y matan, porque temen que una invasión oscura les llene el culo —la cuestión de la sodomización masculina es llamativa en los xenófobos.[82] Vacían un fusil de asalto en un supermercado de Texas para detener el cruce racial entre blanco/as y latino/as. Entran metiendo bala en una sinagoga porque recuerdan la cantinela de *la octava letra del alfabeto:* el judío es plaga. «Sólo quiero matar judíos», dijo el asesino en masa de la sinagoga de Pittsburg.[83] *Sólo quiero matar judíos*. Y en la Casa Blanca el nazi-que-suena-a-nazi-pero-no-puede-ser-llamado-nazi-porque-*is-too-big-of-a-word, non parla niente.* Caminan por las calles de una vieja ciudad segregada proclamando que nadie podrá con el Gran Hombre Blanco: «Los judíos no nos reemplazarán», gritaban los neonazis trumpianos de Charlottesville.[84] Si alguien se opone, no es complicado comprar un AR-15 y resolver el diferendo.

› Trump fue (y es) el último manotazo de ahogado de ese Gran Hombre Blanco, que no es otro que el pobre-hombre-blanco del viejo Hank. Desplazado por las mujeres, por otros que trabajan por menos dinero y producen igual, por las minorías, por los chinos, por el capital —por la productividad, el costo-beneficio, las sinergias—, por el siguiente estudiante de *communitiy college*, desplazado por todos, ese patriota ama una idea del privilegio, le dirán/emos los liberales. Y el tipo querrá partirnos la cabeza. Trump medra en su hueco moral; después de la osadía liberal de llevar al *mezclado*

Obama a la Casa Blanca, *America* será grande sólo si sigue en manos de un descendiente de europeos. Ario y de apellido alemán, para más INRI.

› La idea enfervoriza a la base. La fractura social, cultural, racial y económica es más visible con Trump porque él impulsa su exposición. Los *deplorables* ya no hablan a escondidas. Ha habido marchas ruidosas con camisas negras y pardas, simbología filonazi, del Klan en varias ciudades principales de los Estados Unidos. Los grupos parapoliciales y paramilitares que se presentan como civiles crecen como si nacieran de esporas. Los orkos muestran sus dientes en público sin temer represalias, babean sus proclamas de bárbaros frente a la TV, se ufanan en 8chan, se organizan en WhatsApp.

› Trump facilitó las excusas a hombres menores y esos energúmenos quedaron activados tras su marcha. Mr. President jamás invitó a pensar: primero invitó a sentir, después invitó a actuar. El fanático es un alienado y elegirá los hechos que validen su teoría, así la realidad se empeñe en demostrarle que está equivocado. Da igual: vives en el mundo que te crees, nadie te convencerá de lo contrario. La insurrección que asaltó el Capitolio en enero de 2021 expresaba ese influjo.

› Lo que es desconsolador es que este tipo pudiera hacer todo a la luz del día. Tan fácil. Ganó las primarias con un discurso de odio. Ganó la presidencial con un discurso de odio. Presidió con un discurso de odio. Los demócratas ganaron la elección intermedia, pero él no corrigió: más odio.*

› Cuándo concluya la división, no lo sabemos. La ultraderecha se organizará cada vez mejor. Una apostasía real toma generaciones. Y jamás elimina la inquina. La arrinconas, reduces, marginas. Pero el animal respirará siempre, jadeante, a la espera de que le suelten la correa una vez más. Las ideas nunca se realizan por completo. A veces se retraen, hibernan como algunas bestias. Esperan el momento oportuno para reaparecer. Miden su tiempo. Mientras, nosotros las creemos desaparecidas, tal vez superadas, definitivamente idas. Nos relajamos, y ahí está.

A POR ELLOS

Es preciso analizar las dinámicas de poder en una sociedad para entender sus reclamos de victimismo. Nacionalismos que dicen trabajar por la igualdad —el peronismo o el kirchnerismo en

Argentina, el sandinismo en Nicaragua, el chavismo en Venezuela— pueden tornarse rápidamente opresivos si no se presta atención a los cambios de poder.

> [Los populismos] cortan los peldaños de la movilidad social cultivando la prisión identitaria donde domina el conformismo tribal. Un organismo cerrado, autárquico e indiferenciado, así es su pueblo, «el gran señor» de López Obrador, el dueño de «justicia y amor» de las veinte verdades peronistas. Los pobres tendrán así que estar orgullosos de su pobreza, garantía de moralidad e identidad. Ascender a clase media, una clase «colonial», sería traicionar el pueblo. La clase media, encerrada en una tribu excluyente, es, a su vez, la custodia de la virtud: la del *cidadão de bem* de Bolsonaro, por ejemplo.[85]

La disidencia es hereje porque Amado Líder *sintetiza* y *actualiza* la idea de patria, una construcción idealizada —ya sabemos—, afincada en tiempos remotos, donde heroicidad y probidad, creemos y nos han enseñado, eran la norma. La pureza se lleva a las patadas con las diferencias, el cosmopolitismo y la modernidad, símbolos de un politeísmo ajeno a la tradición de *una* nación, que es siempre monoteísta. Por eso el pasado es una biblia que debe sentar las bases del 'ser nacional'; esas enseñanzas constituyen un corpus rígido de concepciones asumidas como naturales, que provienen por ello de Dios, y que deben ser asumidas como inmutables e indudables. Y deben ser santificadas, veneradas.

En ese contexto, la naturaleza, la tierra y el espacio rural adquieren un carácter beatífico: allí, en el campo, en ese mundo *detenido*, sobrevive y respira paciente la fortaleza de la nación que ha permanecido incorrupta, jamás tocada por la putrefacción citadina. En el campo es innecesario, inútil y *snob* el artificio moderno. La patria es ascética porque es la del hombre que se sacrifica y permanece estable. El héroe que trabaja diariamente la tierra —nuestra tierra—, y también el héroe de bronce de nuestras independencias.*

Como en todo discurso religioso, Amado Líder tiene un costado apocalíptico, uno redentor y uno profético. El país está en ruinas, atacado por salvajes, amenazado en todas sus fronteras. Pero hay un hombre capaz de dar solución a la degradación, devolvernos a las glorias pasadas. Para eso, necesita poder total y obediencia. Si no se siguen sus designios, el desastre será inminente. La duda es traición.

Trump apeló a cada uno de esos elementos para convencer a los

estadounidenses de que sólo él podría hacer realidad su proyecto. Insistió en el asedio de las hordas de inmigrantes y criminales como si la frontera sur fuera Roma o Flandes, y convenció al nacionalista promedio de que el mundo vivía a expensas de los estadounidenses, como resultado de las políticas entreguistas de sus predecesores. Ese apocalipsis podría ser corregido por él, puesto que la suya era la voz de todos. *Make America Trumpian Again.*

Les dijo:

> He visitado a los trabajadores industriales despedidos y las comunidades aplastadas por nuestros horribles e injustos acuerdos comerciales. Estos son los hombres y mujeres olvidados de nuestro país. Gente que trabaja duro pero que ya no tiene voz. Yo soy su voz. He abrazado a madres llorando que han perdido a sus hijos porque nuestros políticos anteponen sus agendas personales al bien nacional. No tengo paciencia para la injusticia, no tolero la incompetencia del gobierno, no siento simpatía por los líderes que fallan a sus ciudadanos.[86]

Durante su mandato, cuando la crisis inventada por él ya lo tenía como el enviado de Dios que salvaría a la raza americana, la profecía en efecto se realizó. La oposición demócrata, convertida en un hervidero de izquierdistas, complotaba con Silicon Valley y el *Deep State* para tirar abajo su revolución. El desastre anticipado no era su responsabilidad de mal gestor sino el resultado de tener las manos atadas por los *crooks* del *swamp*.

LA FORTALEZA DEL PATRIOTA

Nosotros, Ellos.

Y él.

El líder populista, decíamos, es el canal indiscutible para movilizar las demandas de un público marginado. Trump simbolizó esta suerte a modo de manual, cuando aceptó la nominación como presidente del Partido Republicano en la convención de julio de 2016. «Yo soy su voz», dijo.

> Cuando personas inocentes sufren, porque nuestro sistema político carece de la voluntad, el coraje o la decencia básica para hacer cumplir nuestras leyes, o peor aún, se ha vendido a algún cabildero corporativo por dinero en efectivo, no puedo mirar para otro lado.[87]

La voz de El Pueblo, por supuesto, es otra ficción: Amado Líder es un jerarca; él la crea e instrumenta. Los líderes autoritarios creen en la construcción natural del poder. La vida es un escenario donde las jerarquías se edifican y, sobre todo, se mantienen y transfieren por herencia. La familia Trump es un buen ejemplo de esa mecánica, tanto en su actividad política —encarnada por la prepotencia acosadora del padre— como en la correa de transmisión que alimenta sus negocios, desde el patriarca hasta los hijos.

Poder y dominación están en el ADN de Amado Líder. Tendemos a organizarnos jerárquicamente, pero eso es muy distinto a asumir las jerarquías como naturales y eternas, que es la aspiración del mandamás autoritario. Las monarquías absolutas creían en el determinismo divino: un rey nace para tal, elegido por Dios. No hay nada inmutable en las leyes de organización de nuestras sociedades; estructuras y relaciones cambian con el tiempo. El presupuesto de igualdad y equidad al que deben ajustarse las democracias de nuestros días era impensable en la Francia de Luis XIV o en Florencia y las demás ciudades-estado de la península italiana.

Esa concepción de la sociedad esconde otro prejuicio: en la mirada del clasista, hay quienes merecen vivir mejor y quienes no. Los miembros de la tribu son personas de pleno derecho. No todos los habitantes de la Grecia clásica eran ciudadanos —los esclavos no votaban porque no tenían derechos, así hubieran nacido en la polis— y en los regímenes teocráticos de nuestros días las mujeres son un ser vivo apenas superior, evolutivamente, a un perro. Vox quería cobrarles la atención médica a los subsaharianos durante la pandemia; AMLO trata a los centroamericanos como carne de octava.

Ser otro —ser distinto— es un riesgo en sociedades polarizadas alrededor del jerarca autoritario. La derecha española ha logrado crear una fervorosa claque de jóvenes y adultos que no temen vociferar contra los africanos porque: a) llegan a un país que no es el suyo, y b) no son como ellos —y eso quiere decir, básicamente, que son negros y, tal vez, musulmanes. Trump lo hizo de diversas maneras. Allí estuvo el trato humillante que dio a Puerto Rico —cuyos habitantes son ciudadanos estadounidenses— tras el paso del huracán María en 2017. Primero dio a entender que Washington ya le había dado demasiado a la isla mientras que «todo lo que hacen sus políticos locales es quejarse», y querer «que les den todo hecho». «Son tremendamente incompetentes», dijo en Twitter, «gastan el

dinero de manera tonta o corrupta y sólo toman de los Estados Unidos». Luego visitó la isla y, en una imagen patética, lanzó rollos de papel a un grupo de familias: les estaba diciendo que mantengan la distancia, que *no se crucen*, como si fueran contagiosas de algo —pobreza, tercermundismo, mala-piel, genes perdedores.*

La dicotomía del Nosotros/Ellos fue siempre explícita y franca con Trump. En naciones donde se valora el emprendedorismo y el individualismo, muchas fracciones de sus clases medias y altas suelen cuestionar el incremento en el gasto social para las familias más pobres. Hay una soterrada hostilidad hacia aquellos que reciben asistencia pública. En Argentina, he escuchado centenas de veces esa diatriba contra los más pobres: 'esos negros de mierda no quieren laburar'. Trump explotó el mismo sentimiento contra los receptores de ayudas del gobierno estadounidense. Que la evidencia haya demostrado que la mayoría de las personas que reciben asistencia pública sean blancos no modificó la percepción pública. En el imaginario colectivo quizá exista la creencia de que son negros o inmigrantes o, por supuesto, puertorriqueños*.

Raza, género y riqueza son categorías caras a Amado Líder. El caudillo proyecta su condición al conjunto. Suele ser hombre, blanco o mestizo, y probablemente hoy no es pobre, así lo fuese tiempo atrás. El presidente argentino Alberto Fernández expuso esa filosofía involuntariamente cuando, durante la visita de Pedro Sánchez, su par español, dijo que él era europeísta porque «los mexicanos salieron de los indios, los brasileros de la selva, pero los argentinos de los barcos».

Macho cabrío de cornamenta sin par, Amado Líder no tolera a los débiles. El ciudadano de la patria de Amado Líder es un trabajador aplicado que no flaquea. O mejor: que *no puede* flaquear. Al decir de los militares argentinos, el arquetipo del patriota es «esforzado y honesto». Tal ciudadano internaliza la ley y el orden y obedece, no desafía el *status quo*. Su contrapunto dicotómico —esos abominables— son, siempre, perezosos pobres o marginales, gente incapaz de levantarse por sí misma, improductiva. Viven en los márgenes, así que la ley debe *ponerlos en línea*.

La caracterización tiene un rol funcional: el flojo adolece de la fortaleza del patriota, así que en una sociedad estratificada donde no hay movilidad simbólica, ocupará la base de la pirámide económica, y moral. La contraparte es la entronización del ciudadano ideal —el hombre y la mujer arquetípicos que comulgan

con la ostia de Amado Líder— al tope de la jerarquía. No tomará tiempo para que esa pareja deseable acabe retratada en estatuas y propaganda. Soviéticos, nazis y fascistas hacían un culto del hombre y la mujer ideales.

Fortaleza y debilidad son un par dicotómico crucial, entonces, en el discurso de superioridad moral del populismo. (El darwinismo social admite un solo proveedor mayor, el patriarca, Amado Líder, dadivoso con los suyos.) El miedo a la debilidad es particularmente extendido en naciones que han mitificado sus pasados de manera gloriosa, dice Jason Stanley en *How Fascism Works*; los imperios en declinación son más susceptibles al fascismo por vivir la pérdida de su estatus histórico:

> Los imperios legitiman sus empresas coloniales mediante un mito de su propio excepcionalismo. En el curso del declive, la población es fácilmente llevada a un sentido de humillación nacional que puede movilizarse en la política fascista para servir a varios propósitos.[88]

Cuando esa pérdida es presentada de una manera apropiada —exacerbando la sensación de derrota—, la necesidad de jerarquía se vuelve imperiosa y el colectivo intenta recuperar su aparente espacio perdido atacando: se declara una víctima. En general, esa victimización es una respuesta a un cambio de orden producto de que colectivos ubicados en una posición inferior —mujeres, indígenas, negros, pobres de toda pobreza— adquieren nuevo protagonismo.

Una parte significativa de la defensa de Trump ha descansado en los hombres, genéricamente hablando. Numerosos grupos de defensa de sus derechos —el National Congress for Men o MALE, Men Achieving Liberty and Equality, y otros— trabajan bajo la premisa de que están siendo segregados y excluidos por el feminismo.

El nacionalismo blanco se volvió significativamente visible en los Estados Unidos durante la presidencia de Trump. Esos nacionalismos esconden una respuesta reaccionaria y regresiva a las nuevas demandas. Dice Stanley:

> En el centro del fascismo está la lealtad a la tribu, la identidad étnica, la religión, la tradición o, en una palabra, la *nación*. Pero, en marcado contraste con una versión de nacionalismo con la igualdad como objetivo, el nacionalismo fascista repudia el ideal del liberalismo

> democrático; es nacionalismo al servicio de la dominación, con el objetivo de preservar, mantener u obtener una posición en la cima de una jerarquía de poder y estatus.[89]

Si esa jerarquía no se mantiene por el avance de grupos considerados menores en la escala social del macho —mujeres, negros, judíos, latinos y más—, el pobre-hombre-blanco actuará su exclusión vocalmente. Su victimismo proviene de una mitificación profundamente masculina de un pasado jerárquico y estable que creó expectativas irracionales en millones de hombres. En su psique, ellos serían el sostén de sus familias generación tras generación. Esa estabilidad ha sido completamente socavada por sociedades que pretenden eliminar la estratificación por género y raza.

Ese hombre ansioso buscará legítimamente calmar su aflicción. Amado Líder aprovecha la fragilidad psicológica de los individuos desorientados y —manipulándolos— les da bríos para que realicen sus fantasías de revancha y dominación. El caudillo es la usina de la que emana la energía de la tribu, inicio y destino de su devoción y autoridad soberana.

Crear un enemigo es necesario para la psique de esos hombres —sobre todo, en masa— y también para los intereses de Amado Líder. A mediados de 2021, Mark McCloskey, un millonario de Missouri, anunció que sería candidato al Senado de ese estado.[90] ¿Su argumento político? Simplemente que un día salió al portal de su enorme casa en los suburbios junto a su esposa empuñando algunas armas porque vio pasar por la calle una protesta por la justicia racial. Las fotos del matrimonio, vestido como para tomar un velero en media hora mientras portaban un AR-15, recorrieron el mundo. «Dios vino a llamar a mi puerta disfrazado de una turba enojada», le dijo McCloskey a Tucker Carlson, un incendiario comentarista de la cadena Fox News. «Realmente me despertó». Y luego:

> La gente en este país está enferma y cansada de la cultura de la cancelación y del veneno de la teoría racial crítica, y de la gran mentira del racismo sistémico, todo apoyado por una turba violenta [. . .] Si no nos ponemos de pie ahora y lo recuperamos, perderemos este país.*

Trump había usado palabras similares en un acto proselitista durante la campaña de 2016 y reiteraría un combo de ideas parecido cuando incitó a la turba a violentar el Capitolio. En el arco

temporal unido por esos dos momentos, el odio se volvió la moneda más frecuente en la polarización que produjo, ahondó y aprovechó Amado Líder.

El odio no precisa de nada especial —y de nadie en particular— para ser producido o reproducido. Bastan razones mínimas y un afecto severamente lastimado. Escribió Primo Levi que las ideas proclamadas por los nazis no fueron siempre las mismas, pero sí fueron en general aberrantes, o absurdas, o crueles. «Y sin embargo», dice, «fueron aclamados con hosannas y miles de fieles los siguieron hasta la muerte».[91] La banalidad de ese odio es tal, dirá Arendt, que un hombre común es capaz de las peores abyecciones.

14 · AUTORITARISMO

El centro no puede sostenerse

No necesitas a un tirano ni a un autócrata odiosos cuando el populismo garantiza una vía alternativa a la violencia dentro de la democracia.

La gente siempre tiene algún campeón que pone encima suyo y alimenta hacia la grandeza [. . .] Ésta y ninguna otra es la raíz de la cual surge un tirano.

—**Platón**, *La República, VIII.*

Leo, a menudo, la alegoría finalista y desesperanzada de W.B. Yeats:

Dando vueltas y vueltas en un giro cada vez mayor
el halcón no puede oír al cetrero;
las cosas se desmoronan; el centro no puede sostenerse;
la mera anarquía se desata sobre el mundo,
la marea ensangrentada se desata y en todas partes
se ahoga la ceremonia de la inocencia;
los mejores carecen de toda convicción, mientras que los peores
están llenos de apasionada intensidad.
Seguramente alguna revelación está cerca;
seguramente la segunda venida está cerca.
¡La segunda venida! Apenas salen esas palabras
cuando una vasta imagen del *Spiritus Mundi*
me turba la vista: en algún lugar de las arenas del desierto
una forma con cuerpo de león y cabeza de hombre,
la mirada en blanco y despiadada como el sol,
mueve sus muslos lentos, mientras que a su alrededor
se tambalean las sombras de los indignados pájaros del desierto.
La oscuridad vuelve a caer; pero ahora sé
que veinte siglos de sueño pétreo
fueron convertidos en pesadilla por una cuna mecedora,

¿y qué bestia áspera, cuya hora por fin ha llegado,
se arrastra hacia Belén para nacer?

Para bien o mal, las palabras pueden decir cuanto queramos, torciéndolas y aislándolas de su sentido original. Me sucede con 'The Second Coming', que me dispara múltiples evocaciones, según el contexto.

El poema de Yeats nos introduce al fin de una época y de una épica. La pesadilla está situada en cierto escenario apocalíptico donde una humanidad descontrolada sucumbe a la violencia y a la anarquía. La civilización va a colapsar, dice Yeats, y no hay nada que podamos hacer porque dos grandes fenómenos nos atrapan: «los mejores carecen de toda convicción, mientras los peores/ están repletos de apasionada intensidad». Todo se desmorona, sigue, y lanza uno de los versos más decidores: «el centro no puede sostenerse».

Yeats escribió 'The Second Coming' poco antes de concluir la Primera Guerra Mundial. El poeta, Nobel de Literatura en 1923, vivió apegado a su patria, a la vida política de Irlanda y a su herencia, así que la experiencia de la guerra traumatizó su mirada. Yeats entraba a los cincuenta años cuando el asesinato del archiduque Franz Ferdinand encendía la mecha entre el Imperio Austro-Húngaro, Serbia, Rusia y Alemania, y ya caminaba la madurez del medio siglo de vida cuando convirtió en letra el vacío.

El mundo que se desangra en 'The Second Coming' no tiene el final redentor por el que oran los creyentes. Yeats, católico, sugiere la idea de que no será un nuevo cristo quien abra los cielos y descienda para bendecir a los probos y abrir la tierra bajo los pies de los íncubos. Una humanidad capaz de generar guerras descomunales, con millones de muertos, sólo puede ser diabólica: la segunda venida tendrá por protagonista a La Bestia, un ser sulfuroso con cabeza humana y cuerpo de león —«una mirada en blanco y despiadada como el sol»—, un leotauro ante cuya simple emergencia caen de los cielos los pájaros. «¿Qué bestia áspera, cuya hora por fin ha llegado,/ se arrastra hacia Belén para nacer?», concluye el poeta.

Yeats da a entender que la idea de progreso es falsa, una ilusión de dos mil años que acaba con el cetrero —la humanidad— incapaz de controlar el estado de cosas —el halcón que desoye— al final de la Historia —el giro trascendente. Una espiral de desastres se cierne

sobre quienes supimos entrenar a la naturaleza y civilizar al lobo. No hay inocencia posible —reducida a mera ceremonia por el espíritu quebrado del irlandés—; toda salida ha quedado reducida al avance irredento de los bárbaros. Los versos finales de la primera estrofa son descorazonadores; los buenos no poseen la convicción —la fe— de los malos, cuya moral laxa los predispone a todo.

El poema descansa en el Libro de las Revelaciones, el Apocalipsis, último segmento del Nuevo Testamento católico. Cristo bajaría a la Tierra por segunda vez cuando la humanidad hubiera alcanzado el fin de su Historia, plagada de guerras, odio, hambre y destrucción. Un nihilismo rampante habría arrasado con las almas de los nobles, y los pocos que aun poseyesen algo bueno en su corazón serían borrados por la procacidad del mal. Sólo el cristo podría salvar a los buenos, señalándolos con el dedo para elevarlos con él a su morada en el cielo.

El poema está preñado de moralidad. La bondad y la maldad han sido ya superadas por una orgía del descontento; no hay institución, sistema ni ley sino la simple voluntad del individuo, libre de tomar para sí lo que encuentre. Ya no hay bien común sino libertad absoluta. La sociedad ha acabado. *Every man by himself*. Ni Cristo nos salva.

Yeats parece sugerir que hemos hecho lo suficiente para llegar a este estado de cosas, al extremo de despertar a una bestia que tomará el sitio de Belén, símbolo del nacimiento de cierta esperanza para los cristianos. Su surgimiento en estos tiempos estará marcado por la degradación definitiva. El bruto animal es, además, ominoso: la fuerza de un cuerpo salvaje con el cerebro humano. Se antoja indestructible, fiero en la razón y acerado de fuerza. La ambigua configuración del monstruo no supone espacio próspero para el hombre: ¿la racionalidad humana controla a la bestia, o refina y conduce su brutalidad, mejorándola; el animal domina la única moral accesible, menor ante la vastedad de su cuerpo salvaje? Hemos despertado a una bestia que es, en parte, hija directa de la naturaleza y de la lógica humana.

He visto 'The Second Coming' como una metáfora de la degradación del planeta: la naturaleza, lo salvaje, prevalecerá sobre una civilización que lo consumió todo, lo material y lo simbólico. Y, de manera más acotada, como un símbolo de decisiones que, bajo el supuesto de hacernos mejores, acaban empujándonos hacia un destino aciago. En política, por ejemplo, he visto al monstruo como

masas que se han desaforado, hartas de ser los peones del juego del poder, ahora resueltamente rebeldes, tomando las calles a la espera de que su *master* nazca o despierte. Amado Líder es esa bestia bruta de cabeza humana, un extraño minotauro vengador que acabará con el mundo que creímos seguro.

UN ORANGUTÁN EN LA PRESIDENCIA

Algunas reacciones violentas del populismo provienen de la crisis generalizada de expectativas, combinada con la incapacidad del Estado para controlar y redirigir la frustración de las personas a través de las acciones o —al menos, aunque más mísero— de la propaganda. La ausencia de resultados y el abuso de poder quiebran los amoríos; la oposición se cuela en esas grietas, alimentando las críticas al régimen. Como Amado Líder gobierna *per se* y rara vez es contradicho por sus subordinados, el alcance de la violencia depende de su lectura del escenario, así como de la determinación de su respuesta. Si el proceso populista entra en una fase de riesgo, habrá un ajuste cuyo grado de violencia estará en relación directa con la inseguridad que perciba Amado Líder para su proyecto o para su persona, no para la sociedad.

La violencia liberada por el gobierno colombiano de Iván Duque —empleado presidencial del neopopulista Álvaro Uribe— obedeció al intento de extinguir una protesta social que fue más allá de las críticas a su reforma fiscal. La persecución, represión, encarcelamiento y torturas practicadas por el régimen de Ortega están relacionadas con su deseo de mantener un control indiscutible sobre el proceso político nicaragüense. En el caso de AMLO, si bien no ha empleado la represión con extrema violencia contra los mexicanos —salvo los roces con las manifestaciones feministas—, ha desplegado una Guardia Nacional militarizada para detener el cruce de los migrantes centroamericanos por la frontera sur del país, pues su percepción del conflicto proviene de los extranjeros. Allí, hasta los agentes civiles cargaban como guardia de infantería. En un video con largo recorrido por todo el mundo se ve a un agente migratorio intentar patear la cabeza de un hombre caído y a otros tironear y empujar a un papá que llevaba en sus brazos a su hijo desesperado de miedo.

La violencia social es resultado de factores estructurales, como una crisis económica, que terminan debilitando a las instituciones o

a la figura misma de Amado Líder. Nunca es espontánea, sino el producto de 'pasos incrementales'. Cuando la violencia es institucional, la progresión de las decisiones puede colocar a un gobierno en el carril del autoritarismo incluso sin que lo desee. Y ese cambio no implica sacar el *palito de abollar ideologías* para reprimir a la oposición; es incluso más sutil. Thomas Pepinsky, un especialista en gobernabilidad de Cornell University, sostiene que, en ocasiones, «si corroes los sistemas de orden parlamentario para conseguir que se hagan las cosas, podrías socavar las instituciones que los sostienen».[1]

El padre y dueño político de Iván Duque, el *larger-than-life* Álvaro Uribe, ha comprendido su carácter central en la política de Colombia, de hecho, a costa de las instituciones. Como todo buen caudillo, Uribe gobernó mirándose al espejo y ya fuera del poder se llevó el espejo consigo: no quiere reemplazos sino ejecutores obedientes de lo que él se repita ante su propia imagen. Centro Democrático, el partido que creó, ha olido siempre a Uribe. «En Colombia se ha uribizado la política y el debate», me dijo David Martínez Osorio el especialista en derecho penal humanitario.

Duque es la mejor manifestación de continuidad de la centralidad populista de Uribe. Conocí a Duque en Washington, cuando yo trabajaba como consultor del Banco Interamericano de Desarrollo. Duque había conseguido alguna notoriedad en el BID promoviendo el concepto de la 'economía naranja', es decir, cómo impulsar una nueva fase de desarrollo creando valor a partir de la creatividad, al estilo del mercado publicitario o, de manera más expansiva, Silicon Valley.[2] Nos cruzamos en un par de reuniones a alguna distancia. Con su rostro de perpetuo adolescente, Duque proyectaba una imagen tranquila, quizás blanda. No se le adivinaba carisma alguno, y tenía todas las condiciones para seguir una carrera institucional. Era disciplinado y cuidadoso para moverse en las aguas traslúcidas de las burocracias. Así que fue una sorpresa cuando decidió abandonar Washington para regresar a Colombia como candidato a la presidencia. Todavía más cuando ganó la elección. ¿Podría Duque con su país y, sobre todo, con el hombre que había definido el tamaño del cuadrilátero desde el año 2000? «Es demasiado joven y no ha vivido Colombia desde dentro», me dijo un alto ejecutivo del BID durante una comida en el Old Ebbit, el restaurante de cabilderos de Washington ubicado a tres minutos del banco y a dos de la Casa Blanca. «Duque era un buen prospecto

para ganar espacio en la diplomacia multilateral poco a poco, pero, bueno. . . la juventud a veces traiciona a la razón».

Duque tenía 41 años cuando ganó la presidencia de Colombia. Apenas había pasado unos años por la legislatura nacional antes de volar a Washington, y carecía de cualquier poder territorial en la política del país. Duque parece un paquete sorpresa enviado a domicilio por Avianca, pero el paquete venía con mensaje: 'entregar a Álvaro Uribe'. El caudillo inamovible fue el dueño de los votos de la presidencia nominal de Duque, crecida en el raquitismo bajo su sombra permanente. «Duque será el único expresidente con un jefe», escribió un consultor de Colombia Risk Analysis.[3]

La 'economía naranja' jamás despegó. La presidencia de Duque encalló desde el inicio, cercada por la comprensión de la debilidad inherente del ocupante de la Casa de Nariño. Era como si todos fueran a ver al presidente para cumplir con las formas y asegurarse de que Duque llevaría el mensaje a su patrón Uribe. La instrumentación de los acuerdos de paz fue ineficaz, por ejemplo. Firmados durante el gobierno de Santos y con la oposición desaforada de Uribe, Duque fue incapaz de escapar al ojo controlador de su jefe. La crisis económica y la pandemia redujeron el margen de maniobra del gobierno 'naranja' y el resurgimiento de los conflictos rurales terminaron restándole la poca iniciativa que poseía.

Finalmente —en la que sería su postal global—, durante varios meses de 2020 y 2021 el gobierno de Duque respondió con violencia excesiva a los miles de manifestantes que llenaron las calles de Bogotá, y de las principales ciudades de Colombia, en protesta contra su reforma impositiva. La sobreactuación de Duque bien pudo ser el último intento de un hombre por dejar una marca propia en su gobierno, pero, claro, no fue el mejor: confundió autoridad con autoritarismo.

Por supuesto, Uribe no fue responsable de nada —todo Amado Líder sabe que los costos los deben pagar los subalternos, jamás él. La respuesta extraoficial del uribismo a las acusaciones por violaciones a los derechos humanos —incluidas ejecuciones parapoliciales en las calles— ha sido culpar al enemigo: como en las protestas de Chile, echaron a correr la especie de que activistas profesionales del chavismo habían infiltrado las marchas. Al cabo de un mes de movilizaciones, el ejército, la policía y grupos civiles armados habían asesinado a 50 colombianos.[4]

La represión de Estado es una tradición en Colombia.* Hasta los presidentes literatos resolvieron con palos, cárcel y balas lo que no pudieron resolver con educación. En 1977, el paro cívico-campesino —la movilización más impactante desde el Bogotazo de 1948, también resuelto con violencia— acabó con 33 muertos y miles de heridos, tras la represión ordenada por el gobierno de Alfonso López Michelsen. Crisis económica y promesas incumplidas por el gobierno de Santos estuvieron también detrás del paro nacional agrario de 2013, cuando murieron cerca de una decena de personas y otras 500 acabaron detenidas en medio de denuncias de torturas y desapariciones.5

¿Razones? En *El orangután con sacoleva*, el colombiano Francisco Gutiérrez Sanín recorre cien años de violencia y represión antidemocrática en el país, una ruta que comienza en 1910 y concluye en 2010, con la gestión de Uribe, «la que probablemente haya sido la presidencia más popular de nuestra historia».6 Allí hay un Estado incapaz de asegurar un marco pacífico de resolución de conflictos, porque él mismo es un Estado en conflicto; una entidad débil, que así como pretende instaurar civilidad y participación democrática, puede dirigir sus fusiles hacia el pecho de sus ciudadanos en un santiamén.7 Esto es, el Estado colombiano es un orangután violento que un día dispara a mansalva y al siguiente viste una levita para invitar al diálogo.*

Si la guerra es la continuidad de la diplomacia por otros medios, para Uribe, Iván Duque fue la continuidad de la política por otros uribes. Ni la oposición a los acuerdos de paz durante su gobierno, ni el uso sistemático de la violencia contra la guerrilla y los civiles, ni su directa participación en la creación de grupos paramilitares durante los años ‘90, dejaron fuera de la política al orangután con sacoleva. Tampoco lo expulsó de ella la condena de la Corte Suprema por esas relaciones non sanctas, pues un presidente que patrocina a grupos de la muerte no es un asunto ligero.8 La Justicia detuvo el intento de Uribe de ir por una tercera reelección —un camino transitado por Evo, Ortega y Chávez—, pero no extrajo de su cuerpo el deseo de perpetuación. Mientras le sea posible, Álvaro Uribe luchará por promover —y conducir— a los nuevos presidentes de Colombia.

Duque fue un experimento fallido. Como Perón en su época —y al decir de Ariel Dorfman, como Trump pretendería ahora—, Uribe se ve como el centro que sostiene a la política colombiana. Si él

está, cree, el sistema pervive; si lo excluyen, se desmorona. Uribe posee el sentido de propiedad absoluta usual en un caudillo populista. Es perfectamente normal, entonces, que el país esté dividido por su figura; el gran poder residual de un líder carismático hace girar el universo a su alrededor, incluso cuando él ya no está presente. Que su invocación provoque tanto respeto, como devoción y miedo.

Uribe, como tantos otros, ya tiene su busto en un salón personalista. Nada nuevo en el reino de cualquier Amado Líder.

¿EL ENANO FASCISTA ES REAL?

Pánico.

Como si, de repente, estuvieras en tu casa y las puertas del edificio se abrieran en un solo movimiento y entrasen tipos con botas altas y uniformes oscuros a paso de masacre. Un ejército de ocupación en tu domicilio, tu casa, el edificio, quitando y sacando gente de sus comedores, alineándola en los pasillos, ladrando órdenes. Que ya no se podrá hacer esto, que ya no se podrá tener lo otro.

El temor exagerado es paralizante; el absoluto, distópico. Nuestro cerebro lo sabe, así que nos juega trucos: ante la perspectiva del terror, busca normalizar el riesgo. La necesidad de supervivencia empuja a pasteurizar el peligro. Vemos con preocupación, por ejemplo, que unos señores enojados y muy antisistema hablen de la destrucción del *status quo*, pero, como somos parte de una sociedad más o menos razonable, de inmediato procuramos —nuestro cerebro procura— convencernos de que, hombre, no, nadie en su sano juicio puede querer acabar con las mínimas estabilidades que hemos conseguido.

Somos animales, sí, pero del tipo profundamente especulativo. Ante el miedo, nuestros primos más básicos en la pirámide —ese mono, aquel chimpancé—, huyen o atacan. Nosotros, macacos superiores, tenemos una tercera opción: acomodar las expectativas. Más de una vez decimos que la tormenta que se avecina no es tan grave, así que no es necesario guardar las mesas y acabar la fiesta: descorchen otra, diremos, que esos rayos caerán lejos. La felicidad, decía Orwell, sólo puede existir en la aceptación.

«Yo siento pánico», escribí un día después de la elección de Trump, en noviembre de 2016.

> Mi decisión de racionalizar, mi expectativa porque Donald Trump no sea lo que supongo que es, es baja. Recaigo en ella una de cada diez veces; el resto del tiempo tengo los músculos tensos. No vienen buenos tiempos. Trump construirá un universo encima de las cenizas intelectuales de nuestro, Bobbio *dixit*, multiverso. No hay razón para creer que la virtud y la moral empujan a Trump. Alexis de Tocqueville decía que el Experimento Americano basaba su excepcionalismo en la idea de inclusión, no en la tiranía de las mayorías. Trump impondrá su ley, no los consensos. Es, al decir de David Ignatius, el Maquiavelo americano: «Para Maquiavelo, el liderazgo tenía que ver con el ejercicio decisivo del poder, no con la moralidad».[9] La tarea del príncipe era crear un estado fuerte, no necesariamente uno 'bueno'.[10]

El ejército de asalto de Trump quemará los libros, me decía; lo que conocimos debe dejar de existir. El relato de Obama —cuya reelección Trump calificó de «tragedia»— debe ser borrado de la Historia, y aunque eso es un imposible, ese enemigo común a repeler arriaría el tropel de voluntades por un tiempo. La retórica electoral de Trump no dejó dudas; si vio un desastre en la administración Obama, si durante treinta años los políticos no fueron capaces de resolver los problemas, la Revolución Trump —como la denominan sus seguidores, sobre todo los nacionalistas y supremacistas blancos— debía barrer con todo. Lo intentó con toda su energía: desmontó cuanta regulación fue posible, vació cuanto organismo era conflictivo para sus patrocinadores, benefició fiscalmente a los amigos del Partido Republicano; llenó la Corte Suprema de jueces conservadores y cubrió cientos de plazas de juzgados federales con otros tantos. ¿Medio ambiente? *I love oil*. ¿Energía solar? *I love oil*. ¿Aborto para las mujeres? *Oil*.

Las reinvenciones patrióticas suelen fracasar. El intento deja a esas naciones uno o dos escalones por debajo del punto de partida en el que se encontraban antes del despelote mesiánico. La lista es significativa: los Estados Unidos de Vladimir Trump estaban mejor cuando eran los de Estados Unidos de Obama; la Argentina de los Kirchner llegó a Macri en malas condiciones —incluso cuando su punto de partida ya era bajo: la crisis de deuda de 2001—; Nicaragua con Ortega-Murillo. Venezuela con el chavismo: QEPD (1999-¿?) Cuba, por supuesto. La Cuarta Transformación, que debilitó todos los resortes de la competitividad mexicana. Bukele y su peligroso intento de crear base monetaria adicional con las altamente especulativas *bitcoins*.

Esas reinvenciones requieren que la construcción de la hegemonía vaya apareada con algunas (varias) cuotas de autoritarismo, pues no es fácil torcer la dirección del enorme buque que es un país. Son demasiadas personas, cada una con ideas y derechos y libertades. De manera que, si Amado Líder, quiere reinventar el hilo negro de su nación, tendrá que torcer muchas manos. Paranoia y miedo son herramientas eficaces para ese propósito, pues erosionan la confianza en El Otro, el pegamento de las relaciones sociales. Quien se siente atacado deja de tener una vida normal, pasa a existir en el sobresalto y en la expectativa profética de lo peor.

Buena parte de la violencia ocurrida en los Estados Unidos de Vladimir Trump tenía como promotores y ejecutores a jóvenes y hombres de mediana edad. Ahora bien, una persona podría tolerar —incluso normalizar— un proyecto político distópico si le ve fecha de vencimiento cierta. Si el trumpismo, por ejemplo, era un movimiento de ancianos enojados, es fácil suponer el ocaso natural de esa base de apoyo, condicionada por una breve expectativa de vida. (¿Cinco, diez, quince años?) Pero las ideas no mueren, por supuesto, y se convierten en un problema mayor si detrás de ellas se aglutinan nuevas generaciones, *muchaches* entre los veinte y los cuarenta años. Allí el horizonte de perdurabilidad de la distopía puede hacerse difícil de digerir: ¿veinte, treinta años? Podríamos morir antes de que regrese la cordura.

Quien tiene a los niños, tiene el futuro de la Historia a la mano: argamasa para moldear. «Una Juventud Trumpiana, dada la retórica del jefe, no sería ninguna buena noticia para la salud democrática de los Estados Unidos», escribí en 2017. Y eso, en efecto, sucedió. QAnon, el movimiento conspiranoico que apoyaba a Trump, está integrada por hombres y mujeres jóvenes, con techo en la mediana edad. Roseanne Boyland y Ashli Babbitt, dos de las cinco personas muertas en la insurrección, eran seguidoras de QAnon.[11] Los Proud Boys —una verdadera fuerza de choque que gusta referirse a sí misma como 'los chauvinistas de Occidente'— son un club de testosterona pura: sólo hombres, la mayoría en los veintes y treintas.[12]

Amado Líder es un hombre acostumbrado a tomar decisiones sin supervisión ni balances y eso conlleva un riesgo autoritario que se acrecienta cuando el sujeto todopoderoso elige a su corte, pues si un presidente se mide por la vastedad de su intelecto, también es

reconocible por la gente que selecciona para acompañarlo. La presencia de subordinados talentosos es un dolor de cabeza para Amado Líder: en algún momento buscarán su lugar, de manera que es usual que se rodee de obsecuentes, aplaudidores y *sijefitas* sin demasiado talento para lo bueno pero excesivo para lo malo. Trump tenía una colección de ineptos y otra de tipos peligrosos a su alrededor.[13] Steve Bannon, su soplador de ideas por un buen tiempo, era un libertario que deseaba incendiar el sistema. Stephen Miller, un supremacista blanco, estaba a cargo de los lineamientos gruesos de la (anti)política migratoria. Sebastian Gorka, que también asesoraba al presidente, fue señalado por usar una medalla del Vitézi Rend, un grupo húngaro asociado al Reich durante la Segunda Guerra.[14] Tan radicales se han vuelto estos tiempos* que Eliot Cohen —subsecretario del Departamento de Estado durante la gestión de Condoleezza Rice— llamó a otros conservadores a «quedarse lejos» del gobierno de Trump. «Esto va a estar feo», tuiteó.[15]

[·]

La pandemia puede inaugurar un mundo manchado con bloques de naciones autoritarias en este y aquel continente. El miedo favorece las reglas de acero y a los hombres fuertes, el recurso al padre salvador. La crisis de la Covid-19 cerró las fronteras de los estados de la Unión Europea en mayor número, y más rápidamente, que cuando en 2015 asomaron los refugiados sirios en las fronteras mediterráneas. El virus entretiene la idea de Estados que se vuelven sobre sí mismos, *nacionalizando la vida*, para controlar mejor sus economías y la salud, en particular porque han descubierto que es una buena idea tener todos los recursos para manejar una crisis en casa *just in time*.

Un nuevo nacionalismo emergerá de la pandemia, más afincado en la etnia, el nativismo y la clase. El temor a las pestes disciplina; la relación entre nacionalismo y enfermedad es íntima. La primera cuarentena documentada en la Historia de la humanidad fue en Dubrovnik, la actual Croacia, en 1377 y permitió terminar con la propagación de varios brotes surgidos en otros estados cercanos a la entonces República de Ragusa.[16] Los médicos y dirigentes aprendieron allí una elección: encierro es control; salva a los propios, mantiene lejos a *los que traen* la mugre y la muerte.[17]

Durante la experiencia de la Covid-19, China profundizó su respuesta nacionalista con medidas de arriba-abajo, desde el gobierno a toda la ciudadanía, no sólo cerrando el país a cal y canto sino bloqueando cualquier filtración y regulando cada colaboración con Occidente que involucrase proveer información sobre la evolución de la pandemia.[18]

Los nuevos pasaportes sanitarios se montarán encima de los antiguos pasaportes para una nueva criba. Serán tolerados de manera simpática por la mayoría de los ciudadanos —y está bien— pues brindan seguridad adicional de que quien viaja no es portador de enfermedades graves. Pero también serán empleados como zaranda simbólica de indeseables. No será preciso usarlos, su idea funcionará en la psique colectiva: si ya no se toleraban *antes* del coronavirus a los indocumentados, cada migrante irregular que aparezca por las calles será igualado a 'ilegal y apestado'. Los ultranacionalismos europeos del siglo XX crecieron con exclusiones sanitario-políticas de ese tipo; gitanos y judíos eran portadores de 'pestes'.

Tras la pandemia —el nuevo gran monstruo distópico—, los extranjeros no entrarán tan fácilmente a los países, y los habitantes tendrán la esperanza de que se vayan pronto. Si son turistas, dice Ivan Krastev, director del Centre for Liberal Strategies de Sofia, serán tolerados pues todos saben que tienen fecha de partida y, además, traen dinero; si son migrantes, no: no nos hacen ricos y vienen para quedarse.

Ante un nuevo ataque microbiológico los ricos se protegerán mejor y los pobres —tal vez confinados— tendrán que vérselas otra vez con recursos escasos. El nacionalismo económico-sanitarista tendrá otro atributo negativo: también estará marcado por el pánico. Cuando enfrentamos a seres humanos sabemos cómo son, pues los hemos visto y los seguimos viendo, podemos dialogar con ellos, e incluso conocemos las mil formas diferentes en que podemos matarnos. Pero un microorganismo es invisible, inasible, imprevisible. «Los europeos encontrarán más migrantes en sus fronteras en un momento en que cerrarlas no es una expresión de falta de solidaridad sino más bien la versión geopolítica de la 'distancia social'», escribe Krastev en *Is It Tomorrow Yet?* [19]

Pánico, sí. Pánico políticamente útil.

Ante el temor, la mano dura está siempre ahí, preparada para ofrecerse a dar soluciones disciplinarias envuelta en una bandera.

La clase política y los intelectuales a menudo han subestimado las tendencias autoritarias, como si tuvieran un sacerdote interior clamando por dar una oportunidad a los malos para redimirse. *Ya entrará en razón*. Como si tal autoritario fuera un Sagitario y viviera confundido creyendo ser un Géminis por alguna misteriosa combinación de flujos astrológicos. No es así: pato, es pato. Trump fue Trump y AMLO es AMLO. Amado Líder jamás defrauda en algún punto: su tirria es transparente. La periodista y activista rusa Masha Gessen, quien ha seguido de cerca al autócrata Vladimir Putin, escribió con conocimiento de causa que los Estados Unidos debían haber tratado a Trump como a un autócrata, tomar sus declaraciones y actos a *face value*. Escribió Gessen dos días después de que el Agente Naranja fuera elegido presidente:

> Créanle. Quiere decir exactamente lo que quiere decir. Cuando se encuentren pensando, o escuchen a otros reclamar, que está exagerando, esa es nuestra tendencia innata a buscar la racionalización. Las instituciones no los salvarán [. . .] Muchas de esas instituciones están enclaustradas en la cultura política más que en la ley y todas —incluidas las que están consagradas a la ley— dependen de la buena fe de todos los actores para cumplir con su propósito y defender la Constitución.[20]

[·]

Todos tenemos tendencias populistas, pero ¿por qué no se expresan en cada uno de nosotros a menudo, o todo el tiempo o, quizás, nunca? La psicóloga política y economista del comportamiento Karen Stenner habla de la «predisposición autoritaria» en el libro *The Authoritarian Dynamic*, un grueso tomo de disección científica del trato entre humanos. Las personas ingenuas, dice, acaban atraídas por el autoritarismo por su rechazo a la complejidad. La división los apabulla y aleja; la unidad, en cambio, les resulta confortable. La autoridad grupal y la uniformidad están en un equilibrio precario con la autonomía individual y la diversidad. Dice Stenner:

> Gran parte de la intolerancia hacia las diferentes razas, creencias y comportamientos no se debe *principalmente* a factores específicos de dominio ni a la animosidad hacia un objetivo específico (por ejemplo, negros, comunistas, homosexuales, criminales), sino más bien a un deseo fundamental y abrumador de establecer y defender *algún* orden

> colectivo de unidad e igualdad. En resumen, todo el arsenal defensivo se alimenta de la necesidad de identificarnos, glorificarnos, privilegiarnos y recompensarnos a «nosotros», y cualquier creencia y comportamiento que nos haga «nosotros», y de diferenciar, denigrar, desfavorecer y castigar a «ellos» y cualquier creencia y comportamiento que los convierta en «ellos». Siendo así, si un nuevo y aún más diferente «ellos» hace que quienes antes eran «ellos» se parezcan más a «nosotros», entonces esos «ellos» precedentes ya no deberían ser denigrados y castigados, sino que deberían pasar a compartir la gloria y recompensas de ser «nosotros».[21]

Según Stenner, un tercio de los habitantes de cualquier nación cultiva esa predisposición autoritaria, que no constituye necesariamente una personalidad, que tiene un carácter más rígido. Dicha predisposición autoritaria se activa cuando hay una «amenaza normativa» a las concepciones más personales, como las guerras culturales que expresan disconformidad con el consenso mayoritario o el colapso de una figura de autoridad[22].

Mucho más allá de constituir evidencia anecdótica, en naciones fracturadas por las grietas del populismo, miles de vecinos, amigos y hermanos han dejado de hablarse, enfrentados por la fuerza de dos ideas opuestas y por el filo de la lengua del caudillo. Otra vez: destruir toma menos tiempo que construir. La predisposición lleva a las personas autoritarias a alimentar actitudes intolerantes y punitivas en asuntos como la raza, la moralidad, las libertades civiles y el crimen, con tal de conservar la uniformidad. Incapaces de lidiar con esas complejidades, buscan seguridad y confort en la simplificación del mundo.

Stenner, otra vez:

> Los conservadores se sienten más atraídos por el autoritarismo cuando hay una gran variación en la opinión pública y poca confianza en las instituciones sociales y políticas. Pero son notablemente reacios a adoptar posturas autoritarias cuando el conflicto parece estar en niveles manejables y cuando tienen una gran confianza en las instituciones que lo gestionarían. Y definitivamente no estarán «a bordo» de la revolución autoritaria a menos que la incertidumbre y la inestabilidad que promete no parezcan peores que las que enfrentan actualmente.[23]

Anne Applebaum enumera tres transformaciones que generan ansiedad: los grandes cambios demográficos —como la inmigración — reales o percibidos; la reducción de los ingresos propios, o de

nuestro estatus, respecto de otros colectivos; una mayor complejidad de la vida, con numerosos nuevos actores y temas —feminismos, géneros líquidos, calentamiento global, inteligencia artificial, cambios de formas discursivas, y demás—, que introducen ruido argumental en personas que prefieren la vida en una sociedad más tranquila, «todos atados por una sola narrativa».[24]

> El autoritarismo atrae, simplemente, a personas que no pueden tolerar complejidades: no hay nada intrínsecamente «izquierdista» o «derechista» sobre este instinto, en absoluto. Es anti pluralista. Es sospechoso de personas con diferentes ideas. Es alérgico a debates feroces. Es irrelevante de dónde deriven sus políticas, sean marxistas o nacionalistas. Es un marco mental, no un grupo de ideas.[25]

[·]

Hay demasiado en juego. Aun no nos tomamos demasiado en serio las demandas de grupos largamente significativos[26] como las mujeres* y tomó décadas a las organizaciones civiles conseguir que los argumentos a favor de las minorías fueran comprendidos, y me temo que esa es una comprensión aún frágil, no una batalla definitivamente ganada. No estoy seguro de que el conjunto de nuestras sociedades haya asumido que heterosexuales y gays somos iguales, por ejemplo. Me temo que los derechos de las personas musulmanas penden de un hilo y que los latinos no la pasarán nada bien en los Estados Unidos o en Europa, bajo la sospecha de ocupar un lugar que no merecen. Tampoco será fácil para otros desplazados latinoamericanos —hondureños, salvadoreños, venezolanos, guatemaltecos— en naciones de América Latina que enfrentan dificultades. ¿Acaso el aire no se supone más pesado?

Europa ya mostró este camino, varias veces. El nazismo persiguió a gitanos y homosexuales con saña y exterminó a millones de judíos en campos de concentración organizados y ordenados como fábricas de la muerte. Las ‘purgas’ estalinistas en la Unión Soviética forman parte de la memoria del horror de la humanidad: pensar distinto en Madre Rusia aun es hoy objeto de reacción criminal por el Estado. El hilo de la memoria no precisa mucho recorrido: ahí está el envenenamiento del activista por los derechos humanos Aléxei Navalni en el que estuvo involucrado el gobierno de Vladimir Putin. Deportaciones forzadas, masacres, tortura, limpieza racial, esclavitud, terror, asesinatos extrajudiciales y la

deliberada hambruna del Gran Salto Adelante de Mao y el Holodomor ucraniano de 1932 —que costaron la vida a decenas de millones de personas— tampoco son actos menores.* 27

En la etapa de expansión económica que sucedió a la Segunda Guerra Mundial, el Viejo Continente fue generoso con los migrantes pues precisaba mano de obra y sus sociedades no pusieron resistencia al arribo de extranjeros. Suecia tenía entonces una política de fronteras abiertas y cientos de miles de personas llegaron a Holanda, Bélgica, Dinamarca o Gran Bretaña hasta bien entrada la década del '60.** La resistencia comenzó cuando la crisis petrolera de 1973 impactó sobre la demanda de trabajo, y el exceso de mano de obra llevó a que los inmigrantes pasaran a competir por los empleos con los trabajadores nacionales. Muchos jornaleros de África y del Medio Oriente decidieron quedarse en Europa, rechazando las ayudas para regresar a sus países —las perspectivas allí eran lamentables, comparadas con la posibilidad de reunir a sus familias en países como los europeos, mucho más estables aun en medio de la crisis.

Esas familias se reprodujeron a tasas más elevadas que los locales, dice John B. Judis en *The Populist Explosion*, así que comenzaron a hacerse demográficamente visibles en las calles de una manera que no lo eran antes.28 (¿Perciben cómo se eleva la tensión?) Cuando en los años '90 la crisis de refugiados introdujo a más personas en los países desarrollados —y el mercado y los sistemas de ayuda europeos fueron incapaces de absorberlos— muchos debieron hacinarse en los extramuros de grandes ciudades como Marsella, Rotterdam o Copenhague, sobreviviendo con trabajos serviles. La tensión creció. Los Otros ya no sólo competían por trabajo y necesitaban ayuda del Estado; de repente, además, nos afeaban el paisaje.

Un factor extra de la crispación está dado por cómo gestionamos la coexistencia. Excluidas las naciones escandinavas, la mayor parte de nuestras culturas políticas no son consensuales sino conflictivas: ganan unos y los que pierden se vuelven opositores más o menos feroces. Las posibilidades de acuerdo entre líneas —la transversalidad política— son excepcionales. En América Latina, muchos procesos conservadores y todos los procesos populistas se han planteado algún tipo de refundación de la nación, una práctica que implica la eliminación de las herencias conflictivas con la querencia del grupo hegemónico. La fractura inhibe el diálogo, y la

degradación suma otra muesca a la línea de flotación de la democracia liberal. En los Estados Unidos, donde ha habido acuerdos bipartidistas durante décadas, la fractura se ha profundizado en especial desde Trump.[29] Ahora, republicanos y demócratas no comprenden por igual la profundidad de los desafíos:

> Históricamente, cuando surge una gran crisis, el Congreso llega a acuerdos bipartidistas. Las objeciones partidistas se dejan de lado y el trabajo colaborativo crea legislación durante las catástrofes. Sin embargo, estos acuerdos a menudo conducen a divisiones entre demócratas y republicanos una vez que se asienta el polvo. Después de una crisis, la legislación que alguna vez fue aprobada de manera bipartidista ya no es popular entre los legisladores de ambos partidos.[30]

Pánico, sí.

[·]

El trumpismo es sangre fresca para el sistema sanguíneo de los peores ejemplos de la humanidad. La derecha extremista, los nacionalismos fanáticos y el racismo tienen candidatos renovados en Europa. Francia, Austria, Alemania e Italia soportan la presión creciente de una derecha cavernícola. Excluido Bolsonaro en Brasil y los neopopulistas de los '90, los nacionalismos de tendencia autoritaria con discurso de izquierda y prácticas sectarias han tenido larga cabida en América Latina desde el cambio de siglo.

Dice Loris Zanatta:

> El populismo es una marea creciente. Al regreso del kirchnerismo con Alberto Fernández en Argentina[31] y del nacionalismo mexicano de la Cuarta Transformación obradorista, se suma el de Evo Morales en Bolivia a través de su delfín Luis Arce [. . .] El Grupo de Puebla,[32] donde se reúnen los intelectuales de la izquierda populista, tiene viento en popa y les hace guiños a los primos menos presentables del populismo de izquierda: Venezuela, Nicaragua y Cuba.[33]

A ambos lados del espectro ideológico, tanto en el mundo desarrollado como en América Latina, los nacionalismos autoritarios han logrado saltar las barreras autoimpuestas por el dogma —si son nacionalismos han de ser *determinantemente* aislacionistas— y mantienen una conversación con sus pares de la

región. El anti-neoliberalismo y la vocación hegemónica une a casi todos los populismos latinoamericanos asociados al Grupo de Puebla y al Foro de São Paulo.* En Europa comulgan con la oposición a la inmigración, particularmente musulmana; acorralan a las personas LGTBIQ+ y suelen despreciar —«eurócratas»— a las instituciones paneuropeas. La necesidad tiene cara de hereje: la Lega Nord italiana es pro-separatista pero el ultranacionalista Vox en España combate al independentismo catalán, y sin embargo ambas, necesitadas de ganar peso continental como grupo, se han enviado besos en público.**[34]

La tensión no se reducirá. En *Twilight of Democracy*, Applebaum conversa con Rafael Bardaji, un ex asesor del presidente español José María Aznar. Bardaji le dice que, tras el surgimiento de Vox, la polarización política será permanente en España. La savia que recorre el tronco de Vox es miedo y rabia, «y es genuina», escribe Applebaum. «Estamos entrando en un período en el que la política se está convirtiendo en algo diferente [. . .] la guerra por otros medios», dice Bardaji. «No queremos que nos maten, tenemos que sobrevivir. Creo que la política ahora es el ganador se lleva todo».[35]

Esa perspectiva parece bastante generalizada. Escribí antes de la elección de Trump:

> Déjenme ser claro: no hay otros principios que unan el apoyo a los candidatos del GOP que una mezcla de hartazgo, bruta ignorancia o decidida negación de la realidad. No hay una sola medida del gobierno de Barack Obama —ni una— que no merezca la reprobación de estas mentes brillantes. Confundidos ahora, seguirán confundidos luego, pues tampoco hay una sola figura que garantice una salida razonable al atolladero ideológico del Partido Republicano. Y eso es así, en pocas palabras, porque la razón ha sido superada por el fetichismo.
>
> ¿Cómo se desmoviliza ahora a cientos de miles de individuos capaces de actuar como una masa de peligrosa animosidad que quiere ir a la elección con sus dirigentes a la cabeza o con la cabeza de esos dirigentes? ¿Cómo se discute el empoderamiento de quien clama a viva voz por un hombre fuerte? ¿Cómo a quien no acepta una nación multicolor? ¿A quien está cansado, con razón, de un sistema de partidos fallido?
>
> Las democracias no progresan con pensamiento único: las oposiciones nos hacen mejores. Intrigan, presionan, joden. Obligan a discutir ideas. Pero sólo la razón puede poner en la mesa argumentos. La política monstruosa del GOP es testosterona y brujería. El planeta necesita razón, nunca alienados, jamás un Frankenstein en la Casa

Blanca.[36]

Era oscura. *Winter is coming.* Lo sabemos.

OTRO HILO DE ARIADNA

Por repetida, la historia no deja de ser brutal: un día de verano de 2019, un hombre entró a un Walmart en El Paso y mató a veintidós personas con un fusil de asalto. Diecinueve de esos muertos eran latinos, y murieron por una sola razón: el tipo quería matar latinos. *Sólo* latinos.[37]

Fue un crimen de odio: selectivo. El desafuero es pasajero, un acto circunstancial, pero el odio planifica. El asesino masivo de El Paso estaba obsesionado con los matrimonios interraciales y, sobre todo, con el arribo de nuevos migrantes a los Estados Unidos. Escribió en un manifiesto que lanzó minutos antes del crimen: «Ellos son los instigadores, no yo. Yo estoy simplemente defendiendo mi país del reemplazo cultural y étnico que produce esta invasión».[38]

El hijo de puta era casi un niño —poco más de 21 años— pero rebosaba furia y odio. Creía que los latinos, que «odian los valores colectivos» estadounidenses, estaban cometiendo un «genocidio blanco».[39] Así que condujo su auto diez horas a través de los mil kilómetros que separaban su casa en Allen con El Paso, y apretó el gatillo de su AR-15 eligiendo muy bien a quién dispararle.

Desde enero de 2018, los crímenes de odio han crecido en los Estados Unidos, según Pew Research Center, y la violencia urbana tuvo un pico en 2020, el último año de Trump en la Casa Blanca. En enero de 2018, Trump cumplía un año en la presidencia de Estados Unidos como Hater-in-Chief. Para cuando dejó la Casa Blanca, la mayoría de los estadounidenses lo responsabilizaba de haber «empeorado» las relaciones entre blancos, negros, latinos y asiáticos.[40]

Trump infectó la convivencia política estadounidense con su propio virus radical. El asesino de El Paso dijo que su odio precedía al surgimiento de Trump, pero su discurso era similar. Como Trump, hablaba de una invasión, de la infestación de una plaga; protestaba contra el cambio cultural, alababa la herencia blanca europea y santificaba la violencia. Para el fin del gobierno de Trump, esa creencia estaba extendida de una manera liviana o sutil:

la gran mayoría de los republicanos blancos rechazaba la idea de que el racismo estuviera estructuralmente extendido por los Estados Unidos.[41] Más aun, creían que «el mayor problema» del país era que la gente veía discriminación donde no había y no donde, decían, sí había.[42]

Trump se ha lavado las manos siempre que sus provocaciones dispararon reacciones criminales. Ha dicho que no es responsable de que asesinos en masa citen sus palabras cuando deciden matar. No es una actitud novedosa: los fabricantes de odio jamás se responsabilizan de sus patrocinios. El odiador siempre pone la culpa lejos de él. Videojuegos-enfermedad mental-internet. Los medios, según Trump en Twitter, tenían una responsabilidad mayor: «¡La cobertura de noticias tiene que empezar a ser justa, balanceada e imparcial o estos terribles problemas sólo se pondrán peor!».[43]

El hilo de Ariadna de la violencia social y política puede tener su punto de origen en capas muy profundas de la Historia de una nación pero ciertamente concluye, cada vez que hay estallido, en las manos de sus promotores. Trump no incitó con sus propias palabras a los asesinatos en masa, pero sí a la violencia, comenzando por la simbólica; luego, su negativa a condenar a los violentos operó como una anuencia práctica. En la campaña electoral de 2016 trajo el odio desde los márgenes hasta hacerlo *mainstream* y no dejó de escupir su repugnancia ya en la Casa Blanca. Trump es la Gran Madre de 'Alien': ha parido a las bestias.

[·]

Una mañana de la primavera boreal alemana de 2021, el investigador en políticas públicas de Princeton University Karsten Müller, me dijo: «Enormes volúmenes de datos en Twitter muestran que cuando Trump tuiteaba algo derogatorio, por ejemplo contra los musulmanes, inmediatamente comenzaban a producirse no sólo retuits sino todo tipo de contenidos en línea, desde *hashtags* a videos y textos».

Junto a sus colegas Carlo Schwarz, de Warwick University, y Thomas Fujiwara, de Princeton, Müller había estudiado los comportamientos de usuarios de Twitter entre 2016 y 2020. El trabajo, publicado a inicios de 2021, mostró que el contenido «relativamente liberal» de la red contribuyó a reducir el voto republicano en las dos campañas presidenciales de los Estados

Unidos.*

Un tiempo antes, Müller y Schwarz habían publicado otras investigaciones sobre redes y violencia. Entre 2015 y 2016, la canciller Angela Merkel decidió que Alemania reciba alrededor de un millón de refugiados, sobre todo sirios, que escapaban del genocidio desatado por Bashar al-Asad. Poco tiempo después, la prensa registró una sucesión de crímenes violentos contra familias sirias. Pero el problema era más serio. Entre 2015 y 2017, la Fundación Amadeu Antônio —nombrada así en recuerdo de Amadeu Antônio Kiowa, una de las primeras víctimas de la ultraderecha tras la reunificación alemana de 1990— había documentado al menos 3.300 incidentes contra refugiados, incluidos 750 casos de incendios y ataques violentos directos.[44] Muchos de los atacantes eran usuarios intensos de redes sociales. Müller y Schwarz decidieron hurgar entonces en Facebook: ¿podría haber alguna relación entre su uso y los crímenes de odio en Alemania?[45]

La había:

> Mostramos que el sentimiento anti-refugiados en Facebook predice crímenes contra refugiados en municipios similares con un mayor uso de las redes sociales [. . .] Las publicaciones de la derecha en las redes sociales contienen contenido más limitado y más cargado que los informes de noticias. Nuestros resultados sugieren que las redes sociales pueden actuar como un mecanismo de propagación de delitos violentos al permitir la difusión de puntos de vista extremos.[46]

Esto no es fútil. En Alemania, las redes son el espacio de información de una vasta cantidad de jóvenes entre 16 y 25 años, y el fenómeno se replica en casi todo el mundo del mismo modo.[47] En 2018, dos tercios de las personas relevadas en 37 mercados internacionales dijeron recibir su información de madera ‘derivada’, o sea, por las redes. En los Estados Unidos, eso comprende a aproximadamente la mitad de los adultos y en España a dos tercios de los usuarios de internet mayores de 16 años. Un estudio realizado en Chile mostró que durante la pandemia las redes sociales superaron por primera vez a la TV como fuente de consumo informativo. ¿Las preferidas para conocer la agenda política? Las que permiten transmitir información con contactos cercanos y personas con similares valores e ideología.[48]

Cuando se trata del consumo informativo en línea, dos factores

se mencionan como limitantes para nuestra capacidad de entender el mundo, las cámaras de eco (*echo chambers*) y las burbujas de filtración (*filter bubbles*). Ambos encapsulan y segmentan. Los algoritmos seleccionan información con base en los datos que dejamos a través de nuestro comportamiento digital, de manera que quien desee vendernos algo —desde unos zapatos a una idea— pueda seguir esas preferencias.[49] En un caso, por elección propia y/o por efecto de los algoritmos, las redes nos crean cámaras de eco que nos sobreexponen a ideas afines a las nuestras; en otro, el algoritmo puede crear una burbuja de conformidad eliminando la información que nos contraría, como si fuéramos bebés entre algodones, para no lastimarnos al caer.

Pero suponer que sólo cámaras de eco y burbujas de filtración operan sobre nuestros consumos es igualmente determinista. El almacén de estadísticas de uso de las redes sociales puede marear, pero, en términos generales, el usuario promedio pasa 2 a 2:30 horas al día conectado, sobre todo a Facebook y YouTube.[50] Los jóvenes son los usuarios más habituales y con mayor presencia.* Esto quiere decir que, si una persona pasa entre 14 y 16 horas despierto aun emplea la mayor parte de su existencia diaria en vínculos que deben incluir intercambios significativos con individuos de carne y hueso. El contexto importa, y nuestro vínculos cara-a-cara aun siguen siendo importantes para definir nuestra concepción de la vida o la política. Esto es, un enorme volumen de nuestras decisiones sobre qué creer o hacer sucede fuera del espacio virtual.[51]

Los académicos son cuidadosos para no acercar comentarios ligeros que actúen como aceleradores de creencias demoníacas ya instaladas sobre las redes sociales y su vínculo posible, probable o real con la violencia. Y es cierto que la inmensa mayoría de quienes amenazan o sugieren o incluso incitan a la violencia jamás pasan de una declaración altisonante y no atacan a ninguna persona o colectivo. Pero en climas de polarización marcada, grietas y desestructuración del diálogo, personas radicalizadas pueden crear círculos cerrados de comunicación con otros fanáticos y dar el paso indeseado y convertirse en 'terroristas digitalizados'. Según Bharath Ganesh, un investigador del Oxford Internet Institute,

> Las redes y los espacios que crean en línea están totalmente orientados a crear una cultura en la que el odio, la denigración y la

> deshumanización de otras personas se vuelven aceptables. Hacer que este tipo de lenguaje sea creíble realmente se trata de crear una atmósfera en la que se legitime el odio y la violencia contra determinadas comunidades.[52]

A partir de su experiencia en los Estados Unidos y Alemania, Müller cree que es posible aceptar la idea de que las redes sociales pueden afectar las interacciones de la vida real en una variedad de circunstancias.[53] «Hay gente que tiene visiones extremas y consume cosas extremas, y si les das eso, es extremadamente probable que dispare reacciones», me dijo Müller, y remató con esta cereza: «No necesitas muchas personas que crean *deep fakes* o *fake news*: sólo una con un arma».

Sólo una con un arma. Bien, ya sucede. Como arma bastan los puños y los pies —en España ha habido varias golpizas a migrantes subsaharianos—, un cuchillo o fuego —como el que destruyó un enorme refugio para migrantes creado en el este de Berlín.[54] Pero la violencia adquiere otra dimensión cuando esas armas son pistolas o, más aun, rifles semiautomáticos de uso militar, capaces de producir crímenes masivos. En 2021 se cumplieron diez años de la matanza de Utøya, una isla lacustre a pocos kilómetros al noroeste de Oslo donde el terrorista Anders Breivik asesinó a casi 70 personas en un campamento de jóvenes militantes socialdemócratas. Breivik, quien horas antes asesinó a otras ocho personas cuando detonó una bomba en la capital noruega, se considera a sí mismo un nazi-fascista y se había radicalizado en espacios digitales de la ultraderecha, neopaganismo y teorías conspirativas después de iniciarse políticamente con el Partido del Progreso, un grupo populista xenófobo.

Los crímenes de Breivik aun resuenan como ejemplo de radicalización por aislamiento,[55] un fenómeno que las redes sociales pueden favorecer con sus cámaras de eco. Breivik mismo sostenía que su deriva radical en parte era producto de que, al tomar distancia de los demás, nadie corregía sus ideas.[56] El escritor alemán Hans Magnus Enzensberger hablaba del «perdedor radical», el fanático alucinado que se siente llamado a corregir una injusticia volando todos por aires.[57]

El caso Breivik es el más brutal ejemplo de combinación de fanatismo, radicalización digital y violencia, pero no es el único. Los Estados Unidos tienen la primacía en ataques de *lone wolves* de la ultraderecha convertidos en ‘terroristas digitalizados’. Las redes

sociales fueron un medio importante para el asalto armado a la pizzería Comet Ping Pong por parte Edgar Maddison Welch, un empleado de un almacén padre de dos niñas. Según el sitio web de ultraderecha Infowars, Comet era la sede de una red pedófila y de ritos satánicos dirigida por Hillary Clinton.* Welch consumía la teoría conspiradora en una variedad de sitios y redes, incluida Infowars, propiedad del supremacista blanco Alex Jones.[58] Y no fue el único. Un excamionero, Robert Bowers, estuvo detrás del asesinato de once personas en la sinagoga Tree of Life dirigida por la congregación judía ortodoxa Or L'Simcha, en Pittsburg. Días antes de arremeter con un AR-15 y tres pistolas Gñock, Bowers escribió en la red de ultraderecha Gab que una asociación humanitaria «judía» estaba ayudando a los «invasores» de la caravana centroamericana a entrar al país, y a asesinar estadounidenses: «No puedo sentarme y ver cómo matan a mi gente».[59]

QAnon, la red de conspiradores que sostiene que los Estados Unidos —y el mundo— están en manos de una élite pedófila, fue uno de los promotores del asalto al Capitolio y defiende la peregrina idea de que el Partido Demócrata y los servicios de inteligencia estadounidenses robaron la reelección a Donald Trump. QAnon amasó millones de seguidores en los medios sociales hasta que a mediados de 2021 Facebook y Twitter cancelaron decenas de miles de cuentas vinculadas a la red. Tras eso, QAnon dejó de tener exposición pública significativa,[60] pero a mediados de 2021 el FBI advirtió a las autoridades estadonidenses que la red estaría preparando «actos de violencia» en las sombras.[61]

La advertencia no es menor. Joan Donovan, una experta en manipulación y extremismo de Harvard University, dice que desde la asunción de Trump en 2016 y su salida del gobierno en 2021, «la escala» que ha adquirido la desinformación que favorece visiones conspiradoras «ha atraído mucha gente».[62] Las compañías de tecnología han sido incapaces por años —ya no de prever su aparición sino— de detener la propagación de cuentas de extremistas[63] en sus redes —un mismo individuo puede emplear al menos una decena de plataformas distintas y, además y nada menos, relacionarse *offline*—, de manera que las crisis suelen hacerse visibles cuando ya han estallado.

La pandemia de la Covid-19 ha sido el último ejemplo de cómo individuos dispuestos a *burn down the house* pueden actuar

maliciosamente. Un reporte publicado por la revista científica *Nature*, entre otros varios, sostiene que los grupos de diseminación de odio en línea han explotado el multiverso para perfeccionar sus tácticas y reportes maliciosos sobre el virus, expandiéndose a tal velocidad que están «más allá del control de cualquier plataforma individual de redes sociales».[64]

El problema, sin embargo, precede y sucede a las redes, pues las mismas plataformas empleadas por los radicales son útiles para la solidaridad masiva. Las redes son escenario y canal de distribución de ideas. Y los humanos matamos por nuestras creencias, no por un mal tuit.

INSURRECCIÓN

Trump es fascista y, dije alguna vez, un mal aprendiz de proto-zar. Por eso su fallido autogolpe no nació y murió en el asalto al Capitolio: estuvo precedido por múltiples intentos de desconocer y minar los resultados de la elección del 3 de noviembre de 2020 y por una invasiva y sistemática inyección de teorías conspirativas y violencia simbólica. Sus ideas activaron acciones que, hasta entonces, sólo eran potencia. Hay tanto crimen en quien ejecuta como en quien instiga.

Trump respaldó a las legislaturas que modificaron distritos electorales para favorecer a los candidatos republicanos, llamó a sus votantes a votar más de una vez; quiso forzar a funcionarios electorales a que modificaran el resultado en sus estados y llevó sus fraudes inexistentes a la justicia, donde uno tras otros varios jueces echaron por tierra sus planteos, carentes de pruebas o razón.[65] El asalto al Capitolio fue su decisión más brutal: que una turba procure anular el voto de casi 80 millones de personas.

El 6 de enero de 2021, mientras el colegio electoral contaba en el Capitolio los votos para la nominación de Joe Biden como el presidente #46 de Estados Unidos, Trump reunió a una multitud de seguidores en The Ellipse, cerca de la Casa Blanca. En un discurso tenso, los llamó a marchar al Capitolio, a exigir que el colegio «haga lo correcto» y a mostrar «fuerza» para «recuperar nuestro país» porque, dijo, eso no sucedería siendo débiles.[66]

El relato somero de los episodios exhibe cómo, con fuerza explícita, se concretaron actos centrales de la mayor insurrección en los Estados Unidos desde inicios de siglo XX. El asalto revelaría la

futilidad del llamado excepcionalismo estadounidense y la fragilidad de sus instituciones cuando la violencia toma forma. El acto terrorista está además revestido de una gravedad siniestra, no sólo porque fue deliberado y planificado —grupos como los Oath Keepers se entrenaron con anticipación y coordinaron el ataque aplicando logística militar— sino porque fue impulsado por el mismísimo presidente de la república.[67]

El intento de golpe tomó menos de dos horas desde que Trump reclamó a sus seguidores que recuperaran su país y la turba ingresó al edificio. A las 12.30 del mediodía del 6 de enero grupos amplios de manifestantes empezaron a concentrarse frente al Capitolio. A las 12:53 cayó la primera valla de contención en el perímetro del Capitolio. Diecisiete minutos más tarde, a las 13:10, Trump concluyó su discurso en The Ellipse: «Vamos a intentar darles [a los republicanos] el tipo de orgullo y audacia que necesitan para recuperar nuestro país».[68]

A las 13:59, la turba hizo estallar una ventana, una puerta y entró en masa a detener el recuento y la consagración del nuevo presidente.

[·]

Esta (incompleta) cronología de los sucesos del 6 de enero de 2021 revela cómo una turba puede estar a centímetros de acabar con una democracia. Que esa democracia rija en el país más poderoso del mundo debiera alertarnos de los riesgos en sociedades con instituciones más débiles:

Antes del asalto, apiñada en la escalinata que conduce hacia el pórtico del Capitolio, la masa recargada de energía vocifera «Iú-es-éi, Iú-es-éi». Es un grito torvo: un canto guerrero. Un hombre mayor se ha subido a un cadalso de madera que un grupo instaló unos minutos antes; de la viga horizontal que forma la H del cadalso pende una cuerda roja: una horca. «¡Si no arreglan esto. . .!», ruge un tipo en la multitud, «¡lo tomaremos!» Es un pelirrojo de bigotes que ha estado animando a los demás y a sí mismo por un buen rato: «¡Para proteger la Constitución de los Estados Unidos, contra sus enemigos internos y externos».

Segundos después, una barrera colapsa y la marea encuentra un camino al interior del Capitolio.

—¡Vamos, vamos, vamos! —se entusiasman.

—*Fuck you, police!*

La resistencia policial es exigua. Unos pocos oficiales disparan balas de goma desde los andamios montados para la remodelación del edificio; para entonces, los agentes que intentaban mantener el tipo en las escaleras han sido sobrepasados. Eran un par de docenas para una tribu de miles lanzada en carrera. Algunos ruedan arrastrados por los asaltantes, unos cuantos intentan defender (o defenderse) a golpes de varios grandulones, pero la mayoría se repliega a la mayor velocidad que le permiten los estómagos y la edad. (Tiempo después, ante el Congreso, algunos policías se desarmarían en llanto y reclamarían que la multitud fuera llevada a juicio por sediciosa, pero entonces el desorden y la falta de reacción parecía indicar que la autoridad estaba dispuesta a dejarse desautorizar.)

Pocos minutos más tarde, la masa penetraría la ventana de la planta baja. Adentro, oficiales y algunos congresistas bloquean el ingreso a la sala de debates, mientras miembros del Servicio Secreto desenfundan sus pistolas. Todos parecen realmente preocupados; los del Servicio Secreto tienen las piernas abiertas en escuadra, bien clavadas en el piso: están plantados para aguantar el *kickback* de sus armas al disparar.

Cuando la turba avanza para asaltar una puerta interior defendida por policías, una seguidora de Trump —la exsoldado Ashli Babbitt— se desmorona mientras intenta trepar por el hueco del portal ya sin vidrios. Babbitt recibió un balazo en el pecho disparado por un oficial de la Capitol Police. Alguna vez en los meses posteriores Trump se referirá a ella como una mártir.[* 69, 70]

—¿La casa de quién? —grita alguien mientras uno de varios grupos avanza por los pasillos.

Han pasado apenas veinte minutos desde que la multitud rompió el perímetro y ahora miles deambulan por los enormes corredores como turistas embelesados y sin guía.

—¡¡Nuestra!! —responde el grupo.

En un momento, la marea da con media docena de policías que custodia un pasillo. Es un acceso lateral, pero permite llegar pronto a las cámaras y despachos de los legisladores. Un gigante de gorra azul los encara como para demostrar quién manda en ese momento:

—*Stay down, you are outnumbered* —dice el tipo, como si fuera un negociador de rehenes y los malos estuvieran al otro lado— *There is a fucking million of us out there, and we are listening to Trump,*

your boss!

Los policías retroceden lentamente mirándose entre ellos. Es difícil saber si confirman una orden con los gestos o dudan cómo y hacia dónde huir. Alguien más grita:

—¡Déjennos entrar! ¡Somos ciudadanos pacíficos!

Mientras eso sucede, en el primer piso un oficial de la Capitol Police, Eugene Goodman, distrae y desvía a un grupo numeroso lejos de la cámara central del Senado y de las oficinas donde en esos momentos se refugiaban varios congresistas con sus ayudantes. Si en vez de girar a la izquierda detrás de Goodman lo hacían a la derecha, los devotos de Trump habrían encontrado a una decena de personas escondidas tras los escritorios y en los baños de varias oficinas. Goodman sabía que había alguien allí y, con una tranquilidad que parece de acero, arría consigo al grupo como si fuera una manada de ovejas obedientes y tranquilas.*

Los manifestantes llenan poco a poco los pasillos, las explanadas, algunas salas. Portan banderas de la histórica Confederación de estados esclavistas del sur, camisetas con el logo de QAnon, símbolos de grupos neonazis y neo-confederados.[71] Un tipo se pasea dejando que los móviles lo filmen: lleva consigo una enorme bandera del General Lee desplegada de par en par. Camina con parsimonia, como si supiera que nada le sucederá.

Los grupos se dividen y reparten. Unos cuantos recorren las cámaras de las áreas secundarias pateando y golpeando las puertas de los despachos. Unos gritan «¡1776!». Otros repiten a través de altavoces «¡Defiende tu libertad, defiende la Constitución!». El grupo más grande asciende por las escaleras hacia el primer piso.*«Treason! Treason! Treason!»*. Lo gritan una veintena de veces un sinnúmero de gargantas masculinas mientras suben cada escalón sin que nadie lo impida.

Al final, una decena de tipos jóvenes entra a la sala de debates del Capitolio. Un policía joven y gordito acaba de llegar acomodándose los pantalones como quien viene de o está en un apuro. Los observa sin ninguna autoridad, no sabe muy bien qué hacer. En algún momento acumula todo el coraje que puede y con una amabilidad impensada les dice que no debieran estar allí. Un gigante en uniforme camuflado se ha recostado en el piso de la Cámara, contra el estrado central. Habla por teléfono y cuando ve el móvil que lo graba eleva la voz para que se escuche bien. Tiene el tono grave de quien despertó hace pocos minutos —no es una

metáfora, aunque podría serlo. El grandote anuncia que «medio millón» de manifestantes están fuera, y que «cuatro o cinco millones» vienen en camino hacia Washington.

Mientras habla, un grupo menor de treintañeros abre las bancas de los senadores y revisa los papeles que encuentra. Lo hacen con intensidad, con verdadera ocupación, como si supusieran que iban a asaltar el Capitolio y encontrar, casi a la vista de todo el pleno, un plan secreto guardado sin cerrojos junto a un paquete de Altoids en una banca accesible hasta para el personal de limpieza.

La marea va y viene. Tienen el control del piso. Cada uno de esos hombres —por muchos largos minutos no aparece ninguna mujer— sabe que participa de un evento supremo —quizás la revolución de sus vidas—, que recupera algo que siempre debió ser suyo. Nadie piensa en esos momentos en las consecuencias del asalto. Trump saldrá librado: como los bancos y las automotrices, es *too big to fail*. El Partido Republicano lo blindará. Abogados, comentaristas, incluso sus militantes en la calle o en las redes elevarán su voz por él. Pero con cada foto y video que suben a las redes, los alzados estarán facilitando el trabajo futuro del FBI. Decenas de ellos serán detenidos en los meses subsiguientes; casi todos enfrentarán cargos federales por varios años de prisión.

En el salón de debates, el grupo de hombres que levanta las placas de madera de las bancas actúa con más brío. Han hallado algunas impresiones. Quizás sea un memo o un discurso o un proyecto de algo. El hallazgo los entusiasma así que aceleran el ritmo. Remueven cuanto hallan, leen cada folio que les roza los dedos. Cada nota u objeto les impresiona. Hay algo brutal y a la vez afablemente turístico en el comportamiento sorprendido de esos hombres. Los que no acaben detenidos o se arrepientan narrarán este momento singular a sus nietos.

El espíritu es en general rabioso, pero en ocasiones se torna festivo. De repente, desde el grupo de buscadores de tesoros asoma la voz de una mujer: dice haber encontrado el documento que certifica el voto de Ted Cruz contra el recuento de votos en Arizona. Trump ha estado reclamando al estado que revise sus actas. Arizona ha sido republicano por décadas, pero en 2020 Joe Biden lo dio vuelta después de que en 2016 Hillary lo dejase morado.*

—¡Nos van a vender! —le responde un barbón.

Un muchacho lampiño les quita el papel de las manos.

—*This is good* —dice.

—Estoy enojado, estoy enojado —le reviran.

—Él está con nosotros, está con nosotros —dice el muchachito, y parece defender a Ted Cruz.

Más allá, dos jóvenes han abierto una carpeta de trabajo y toman fotos de cada folio que repasan.

—Acá tiene que haber algo que podamos usar en su contra —dice uno, y parece atacar a Ted Cruz.

Ted Cruz es el senador más despreciado de Washington. Los demócratas no soportan su comportamiento ofídico. Los republicanos no soportan algo menor —la voz, quizás—, pero contribuyen a la unanimidad en su contra. Cruz despreció a Trump en las primarias republicanas y Trump lo insultó a él, a su padre y a su mujer. Cuando Trump ganó la candidatura y luego la elección, Cruz bajó la cabeza y se volvió repentinamente trumpiano. Como Trump no olvida los desplantes, lo aceptó como lamebotas y lo humilló cada vez que pudo. Ahora nadie sabe bien qué esperar de él.

—Oh, espera —agrega unos segundos más tarde el ¿anti Ted Cruz? mientras señala un párrafo en una hoja suelta que halló en el cajón de una banca—. Esto es bueno, puede servir.

El policía que anda por allí no ha llegado para felicitarlos como hicieron otros colegas en los pasillos, uno suspendido por tomarse una *selfie* con un golpista, otro por ponerse una gorra roja de MAGA. Sn embargo, tampoco está en plan heroico.

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda lograr que dejen la sala? —les pregunta, como si fueran escolares traviesos.

Nadie le hace caso. El policía se queda por allí, de pie en la sala, sobrepasado, con su mascarilla quirúrgica de color celeste por debajo de la nariz mientras los atacantes se pasean con la cara descubierta.

En un momento alguien le dice que debiera hacer algo:

—Tendrías que detenernos —se burla, o no.

El policía levanta la mano y señala con un dedo al grupo más próximo:

Uno, dos, tres, cuatro, cinco —los cuenta, y vuelve el dedo hacia sí mismo, derrotado—: uno.

Pocos minutos después, aparece Jake Angeli. Angeli, también conocido como ‘QAnon Shaman’, ‘Q Shaman’ y ‘Yellowstone Wolf’, llevaba unos minutos tonteando en los palcos. Ahora ha bajado al plenario y se dirige hacia la silla de Mike Pence, el presidente del

Senado, en la cabecera del atrio. Angeli se hizo famoso por andar semidesnudo con un gorro de piel, como el cantante de Jamiroquai. Cuando el policía gordito lo ve treparse a la silla, tiene un súbito ataque de responsabilidad, se sobresalta e intenta hacerlo razonar. No debiera estar allí, le dice. *This is, like, the sacredest place*. Pero Angeli, que había bajado las escaleras aullando como un lobo como cuando estaba en los palcos, completamente cargado de adrenalina, le contesta sin reparos:

—*Fuckin' a, man.*

Las cámaras de los móviles se vuelven hacia él. Es su momento de gloria.

—Mike Pence es un *fucking* traidor —le dice al policía, sin dejar el atrio.

Toma entonces un folio del escritorio y escribe en mayúsculas:

ES SÓLO ASUNTO DE TIEMPO. *JUSTICE IS COMING!*

Un grupo de hombres se le une.

—¡Jesucristo, invocamos tu nombre, amén! —grita uno.

—¡Amen! —devuelve el grupo, que sigue merodeando por las bancas.

—Esperen, digamos una oración en este lugar sagrado —propone alguien.

Angeli toma el control de la sesión. Agarra un megáfono. Todos se descubren las cabezas. Angeli comienza a orar:

> ¡Gracias padre celestial por agradecernos con esta oportunidad de defender los derechos inalienables que Dios nos ha dado. Gracias padre celestial por ser la inspiración necesaria para estos policías para permitirnos entrar al edificio, para permitirnos ejercer nuestros derechos, para permitirnos enviar un mensaje a todos los tiranos, las comunidades y los globalistas, que esto es nuestra nación, no la de ellos, que no permitiremos que se derrumbe el estilo estadounidense de los Estados Unidos de América!

—*Yes Lord!* —responden los demás, a coro.

> ¡Gracias Dios creador divino, omnisciente, omnipotente y omnipresente por llenar esta cámara con tu luz blanca y amor, tu luz blanca de armonía. Gracias por llenar esta cámara de patriotas que te aman!

—*Yes Lord!*.

¡Y que aman a Cristo!

—*Yes.*

¡Gracias Dios creador divino, omnisciente, omnipotente y omnipresente por bendecir a todos y cada uno de nosotros hoy aquí!

—¡Amén!

¡Gracias por permitir renacer a los Estados Unidos de América. Gracias por permitirnos deshacernos de los comunistas, los globalistas y los traidores dentro de nuestro gobierno! ¡Te amamos y te agradecemos, y oramos en el nombre de Cristo!

—Amén! —gritan todos, y finalmente se desbandan. El policía gordito respira.

LAS BOTAS VIENEN MARCHANDO

Trump intentó, pero jamás consiguió, que las fuerzas armadas de los Estados Unidos le fueran leales. El populismo latinoamericano ha sido más efectivo; hay gobiernos donde la presencia militar es indispensable para el ejercicio del poder, y otros donde su sombra se mueve a tan corta distancia que todos podemos oler allí el pasado redivivo.

Estaba en Washington DC cuando la crisis boliviana. Conversaba con especialistas en desarrollo de América Latina, en un café a tres calles de la Casa Blanca, cuando nuestros teléfonos comenzaron a alertar que algo sucedía en Bolivia. Escribí entonces en «El regreso de los militares» en *The New York Times*:

> El día que el general Williams Kaliman sugirió a Evo Morales que abandone la presidencia de Bolivia hizo más que desplazar a un movimiento ciudadano con un golpe militar: dejó claro que los soldados no se han ido jamás de la sombra del poder en las dos largas décadas del retorno a la democracia en América Latina tras las dictaduras militares.
>
> El caso boliviano ha puesto en la mesa que, cuando fracasan las capacidades políticas de nuestras democracias imperfectas para gestionar los tensos equilibrios del gobierno, en América Latina todavía hay un sector de los ejércitos nacionales que creen tener potestades superiores al dictado constitucional.[72]

Los militares tuvieron roles preponderantes durante las guerras de independencia, y también durante los distintos procesos de formación nacional en América Latina, a lo largo del siglo XIX. Durante el siglo XX participaron directamente en política. Por entonces, grupos significativos de la sociedad civil —y los mismos militares— veían a las fuerzas armadas como la solución para devolver a sus países a cierta idea del orden y a la estabilidad económica. Algunos militares permanecieron en el poder durante décadas: Alfredo Stroessner gobernó Paraguay por 35 años, Augusto Pinochet fue dueño de Chile por 17 y la familia Somoza fue dueña de Nicaragua por cuatro décadas. Para 1977, con excepción de cuatro países, la región estaba enteramente bajo dominio de las dictaduras.[73]

Con el paso del tiempo, las fuerzas armadas perdieron todo respaldo —la resolución de la Guerra Fría fue en parte responsable — y volvieron a los cuarteles. La región volvía a la democracia, el bloque soviético —que había alentado a las guerrillas de izquierda — se desmoronaba y los Estados Unidos se reenfocaban en la geopolítica de Medio Oriente. América Latina dejó de ser un dolor de cabeza para Washington —como había sido habitual durante las décadas de 1970 y 1980— y Washington dejó de serlo para nosotros. En el curso de ese proceso, mientras aprendían a obedecer a las autoridades civiles y a las constituciones, algunas fuerzas armadas se abocaron a misiones de paz en el extranjero. No obstante, el retiro de la intervención doméstica nunca fue completo.

He aquí una razón: Amado Líder. Sea de izquierda o de derecha, todo gobierno sabe que necesita de sus fuerzas armadas. Son parte de la concepción de los Estados-nación y hay que manejar su presencia. Pero Amado Líder es un transformador radical y, se sabe, toda revolución necesita imponer o sugerir fuerza pues, apenas exprese sus deseos, enfrentará enorme resistencia de quienes desean mantener el estado de cosas. Llegado el caso, alguien deberá actuar sobre los descontentos.

El ejemplo boliviano fue el más sonado, pues hasta la crisis de Honduras en 2009, los ejércitos latinoamericanos se habían mantenido dentro del marco institucional.* Pero esa presencia distante en ocasiones se redujo a unos pocos pasos de los poderes ejecutivos.** Fue incómodo, por ejemplo, cuando Sebastián Piñera y Lenin Moreno anunciaron sendos estados de emergencia en 2019 — en respuesta a multitudinarias protestas en Chile y en Ecuador—

rodeados de uniformados.[74] Ese mismo año llamó la atención la presencia de los generales del Estado Mayor peruano flanqueando al presidente peruano Martín Vizcarra mientras denunciaba a la oposición en el Congreso por demandar su renuncia.[75]

En América Latina todos entienden el mensaje que transmite un grupo de generales cerca de un presidente, por eso cuando el movimiento cívico de protesta contra Evo Morales fue superado por un agente con planificación y control territorial —las fuerzas armadas— toda América Latina encendió las luces de alarma. Los generales 'sugirieron' a Evo que renunciara a la presidencia tras su cuarta reelección, pero, a diferencia del pasado —cuando tomaban el gobierno sin intermediarios—, esta vez prefirieron la comodidad de la segunda fila y permanecer como respaldo de un gobierno provisional de la derecha religiosa. La única misión del gobierno de Jeanine Áñez Chávez —convocar a elecciones inmediatas— quedó amenazada durante meses bajo la perspectiva de una democracia tutelada por las fuerzas armadas.[76] Si con Evo Bolivia caminaba a una autocracia electoralista, en la nueva etapa la democracia sólo podría regresar a la sucesión de gobiernos conservadores, cívico-militares, que dominaron entre los años '70 y '80. Las elecciones, convocadas con alguna demora, acabaron por sepultar esa opción.

Sin embargo, la experiencia boliviana acabó por descorrer el velo: el aliento militar está en la nuca de América Latina más de lo que América Latina cree: el tutelaje militar en Bolivia no fue una experiencia aislada sino la expresión de un progresivo reacomodamiento de numerosos gobiernos —populistas, en su mayoría— para colocar a las fuerzas armadas cerca de sus caudillos.

En Cuba, Venezuela y Nicaragua —los casos más visibles de la región— las fuerzas armadas han cogobernado como parte integral de los regímenes castrista, bolivariano y sandinista: su rol es proteger a los líderes de levantamientos populares, y beneficiarse del acceso a las arcas que otorga ser parte de ese proyecto.[77] Al menos hasta 2020, la mitad de los cargos estratégicos en el Brasil de Jair Bolsonaro pertenecía a hombres con formación militar, incluidos el presidente y su vice, Antônio Hamilton Murão.[78] Los militares han ocupado un rol central en el proceso de represión de las manifestaciones populares en Chile, que aún tiene cicatrices de la larga dictadura de Pinochet.* El ejército de Honduras derrocó al gobierno de Zelaya, y es corresponsable de la reducción del país a un Estado casi fallido donde hasta los gobernantes tienen vínculos

con el narcotráfico.[79] Desde el fin de las guerras de los años '80, las fuerzas armadas jamás soltaron el poder real en Guatemala y han sido el aparato final de sustento de los gobiernos de Otto Pérez Molina, Jimmy Morales y Alejandro Giammattei.[80] Los militares salvadoreños tuvieron poder suficiente para promover una amnistía que los eximió de pagar por sus crímenes en la guerra civil y recuperaron un rol central con la presidencia de Nayib Bukele, que los ha elevado a la categoría de guardia pretoriana. En cuanto a Colombia, es indudable: han sido un factor de poder durante el medio siglo que duró el enfrentamiento con las Farc.

Y finalmente, México. Escribí en 2021:[81]

> Con AMLO, las fuerzas armadas se han vuelto omnipresentes en la vida diaria de México. La militarización es mayor, incluso, que cuando el derechista Felipe Calderón declaró su guerra al crimen organizado en 2006 o después de que Enrique Peña Nieto mantuviera ese despliegue durante su mandato.
>
> AMLO comprende que la presencia militar hace fuerte a su gobierno, al menos metiendo el susto en el cuerpo de la oposición y la sociedad civil sobre sus intenciones. No es solo que encontrase en ella un aliado para atacar problemas de policías corruptas o burocracias lentas: el presidente está decidido a cobijar a las fuerzas armadas en su proyecto político. AMLO, un nacionalista autoritario que dice ser de izquierda, habla de los soldados como el pueblo uniformado al igual que Hugo Chávez.[82] Su discurso cala profundo en las familias más pobres, donde suele nutrirse la infantería militar.
>
> AMLO ha encontrado en los militares un respaldo inesperado para realizar acciones de seguridad, resolver logística de oficinas civiles del Estado o apuntalar negocios públicos. Y no es una buena idea tener a una organización vertical y opaca con demasiado poder cerca de un presidente con vocación hegemónica. ¿Acaso unos se están convirtiendo en la guardia pretoriana del otro por ambiciones y necesidades mutuas?
>
> México no ha tenido golpes militares pero sus ejércitos tienen un lugar privilegiado en el ajedrez institucional. En general, actúan en una suerte de limbo. Ejecutan su presupuesto con muchísima autarquía y mínima supervisión legislativa. La justicia rara vez condena a los soldados y altos oficiales que violan la ley, creando un fuero especial cuasi de facto.[83]
>
> AMLO ha virado en su visión de las fuerzas armadas. Después de prometer en campaña que las sacaría de las calles, les otorgó mayor peso político, funcional y económico.[84] Primero creó una Guardia Nacional, civil en el papel pero repleta de soldados; luego les concedió el control de las fronteras y puso un número elevado de exoficiales al

frente de las oficinas migratorias de la mitad del país.

También decidió que los militares realicen tareas administrativas como repartir vacunas o alistar hospitales contra la Covid. Finalmente, les abrió una ventanilla impensada de negocios. Su gobierno otorgó millones de dólares a la Secretaría de Defensa para que construya y administre un aeropuerto en una instalación militar dirigida por militares. Incluso los protegió de sí mismo: los militares no entraron en el recorte draconiano que la Cuarta Transformación del presidente impuso a casi todas las oficinas federales [. . .] La última decisión de AMLO, conceder al ejército las ganancias del Tren Maya, como sucedió en Chile con el cobre, premia a su aliado armado.[85]

Las fuerzas armadas han estado en una —¿incómoda, refufuñante? — expiación, tras varias décadas de obediencia a las instituciones democráticas, que no ha hecho ni hará olvidar su conocida participación criminal en el periodo de las dictaduras. Los estallidos sociales en Bolivia, Chile y Ecuador mostraron que debajo de los guantes todavía hay garras sin limar. Cuando el presidente de Colombia, Iván Duque, ordenó que policías y militares reprimiesen las manifestaciones en 2021, solo activó un gen dormido y decenas de personas murieron en las calles bajo las balas oficiales.[86]

No es una imagen tranquilizadora. Golpes y revoluciones mediante, la presencia militar en la vida cotidiana de América Latina no ha sido, por decir lo menos, saludable.[87] La imagen de hombres uniformados transitando con comodidad de propietarios una casa de gobierno civil hiere el sentido común.

Pero hay más que eso. En América Latina la figura del hombre fuerte ha sido históricamente tentadora y — en combinación con una presencia militar politizada— también trágica.[88] Y tras dos décadas de andadura democrática en el nuevo siglo, el cansancio de la sociedad civil con los malos experimentos políticos parece estar por pasar una dolorosa factura al sistema. El populismo fue la respuesta radical al fallido intento de la tecnocracia por gobernar los países de la región. Pero con el populismo demostrando a diario su fracaso económico y Amado Líder haciendo rechinar los dientes de su intolerancia, la idea de recuperar ‘cierto orden’ parece ganar espacio en la duramadre de ciudadanos frustrados.

En concreto: en 2019, casi el 40 por ciento de los latinoamericanos se decía dispuesto a tolerar un golpe militar ante un elevado nivel de delincuencia o de corrupción. En Perú, seis de cada diez personas aceptaría un golpe para acabar con la

corrupción, y el 42 por ciento de los bolivianos, el 44 de los mexicanos y la mitad de los guatemaltecos lo apoyarían si los generales prometen terminar con el crimen. La tolerancia a golpes ejecutivos —un presidente que cierra el Congreso— ha seguido creciendo, sobre todo entre los hombres, los más pobres, los menos educados y los más jóvenes.[89] Casi el 25 por ciento de los ciudadanos de América Latina aceptaba poner un candado a las legislaturas en 2019: eran *sólo* el 15 por ciento en 2010. «Los militares claramente prefieren mantenerse al margen, pero tampoco son ciegos a la opinión pública», escribieron entonces Frank Mora y Brian Fonseca, dos especialistas en América Latina de Florida International University.[90]

¿Somos capaces de perdonar, o somos proclives a olvidar a cambio de la paz de un cementerio? Aunque la participación militar en los gobiernos ha estado asociada a altos niveles de corrupción, las fuerzas armadas mantienen un elevado nivel de aceptación entre la población latinoamericana:

> Se considera que los soldados tienen integridad, son incorruptibles y están equipados con habilidades y determinación para hacer que las cosas funcionen. Ni los escándalos pasados ni actuales —como, por ejemplo, el llamado caso Milicogate en Chile, donde oficiales del ejército se enriquecieron con un esquema integral de sobornos—, parecen haber afectado esta actitud. Para la mayoría de los ciudadanos latinoamericanos, el ejército sigue siendo una autoridad moral.[91]

Esa percepción positiva es un riesgo porque facilita que, ante nuevas crisis, inestabilidad y una decreciente capacidad de los partidos para resolver los problemas, el pasado regrese con mejor sabor de boca y la ciudadanía justifique las intervenciones militares. No es un asunto menor: la mayoría de los golpes de Estado ocurridos en América Latina tuvo un significativo e inmediato respaldo civil.

Un presidente autoritario con facciones armadas a su cargo es una combinación explosiva. Que un presidente desafíe, atice o amenace a sus rivales políticos rodeándose de charreteras es un símbolo poderoso. No es fácil dialogar con quien tiene arsenales a mano y florea la cercanía de los uniformados en sus actos políticos.

La militarización no es un proceso espontáneo, sino que se construye poco a poco como la normalización de la violencia, pues de eso se trata. Los viejos semiólogos dicen que el signo del humo

indica el incendio próximo, y hoy hay humo. Tanto en Brasil como en Colombia, los gobiernos han permitido que crímenes cometidos por soldados y oficiales se resuelvan en cortes militares, y no en los tribunales de justicia ordinaria. Cuando Jimmy Morales canceló la Comisión Internacional contra la Impunidad en Guatemala (CICIG,) fue evidente el alivio de las fuerzas armadas, pues constituían un objeto recurrente de la investigación, dadas las violaciones a los derechos humanos que practicaron —con mayor o menor sistematicidad— desde los años '80.[92] En 2019, Bukele entró a la Asamblea salvadoreña con soldados y oficiales armados, enviando una señal atemorizante que cimbró a toda Centroamérica. Y mientras Bolsonaro —un nostálgico de la dictadura— celebró en 2021 otro aniversario del golpe del 31 de marzo de 1964, su vicepresidente Murão señaló que un golpe militar podría ser necesario, en situaciones de «anarquía».[93]

El debate pendiente es si esta permanencia militar alrededor de gobiernos de orientación populista es reversible o si, por el contrario, la democracia es apenas un viento primaveral en una región que por doscientos años ha visto a las fuerzas armadas gobernar, cogobernar o amenazar gobiernos civiles. Claudio Lomnitz, el profesor de antropología de Columbia University, me dijo que siente «temor» por el creciente despliegue militar en el gobierno de AMLO. «La territorialidad que no tiene con Morena», dijo, «López Obrador la obtiene con las fuerzas armadas».

Que el presidente lleve a los generales a sus 'mañaneras' o se exhiba con ellos en decenas de actos públicos no es meramente simbólico. De hecho, por obra de la coalición entre la Marina, el Ejército y la Guardia Nacional, la militarización en México es omnipresente. México es, junto con Colombia, donde la presencia militar sigue siendo crucial, la única nación de la región donde las fuerzas armadas incrementaron el reclutamiento de soldados.[94] Pero aun con una infantería más nutrida, Ejército y Marina no han conseguido detener la violencia del crimen organizado, que paradójicamente se ha profundizado: para mediados de 2021, la presidencia de AMLO iba en camino de ser la más violenta de la historia reciente, y sólo llevaba medio término.[95]

Escribían Mora y Fonseca en *Americas Quarterly* en 2019:

> Hoy, muchos ejércitos latinoamericanos continúan buscando un propósito; inseguros de su identidad, su misión y lugar en la sociedad.

> A pesar de las numerosas discusiones y los libros blancos de defensa con respecto a sus misiones potenciales, muchos militares parecen desorientados y, a veces, sus amos civiles no los aprecian del todo.[96]

Ambos autores observan que, excluidos los populismos militaristas, los militares parecen haber asumido una tarea consultiva y en ocasiones operativa, y que esa «mayor responsabilidad» ha «ayudado a las autoridades civiles a campear crisis a corto plazo». Por ejemplo, dicen, proveyendo seguridad o recogiendo la basura de las prisiones de Uruguay, o supervisando proyectos de infraestructura en Perú, o actuando en situaciones de catástrofe como fuerzas de paz internacional. Ambos señalan incluso —entre esas nuevas responsabilidades solidarias— los roles de seguridad interior que asumieron en Centroamérica, Brasil o México.

Un reporte del Real Instituto Elcano, un reputado *think tank* conservador de España, sostiene una tesis similar: los militares latinoamericanos han abandonado las 'doctrinas de seguridad nacional' de los años '70 y '80 —cuando ambicionaban reemplazar a las élites políticas en el gobierno— y han decidido que los conflictos deben ser resueltos por los civiles. Incluso cuando han intervenido, como en Bolivia, Ecuador y Honduras, sostiene el especialista en defensa Román D. Ortiz, su tarea fue apoyar a un lado y replegarse luego a su papel institucional. « Se puede estar de acuerdo o no con la postura escogida en cada caso», dice, «pero resulta difícil no aceptar que su comportamiento fue radicalmente distinto del vivido en los golpes de 50 años atrás».[97]

Pero ¿es sabio tener un lobo por mascota? Dicen Mora y Fonseca:

> En los últimos años se ha desarrollado una correlación inversa entre la capacidad y legitimidad de las instituciones democráticas para satisfacer las expectativas sociopolíticas de la sociedad y el uso de las fuerzas armadas como medida provisional en apoyo de instituciones civiles ineficaces. Esto no significa que el militarismo esté regresando a América Latina, por ahora. Sin embargo, si la gobernabilidad democrática y los líderes civiles elegidos democráticamente continúan sin cumplir con las expectativas de sus ciudadanos, entonces podría dejar la puerta abierta para que los líderes militares arrastren a sus instituciones de regreso al poder durante largos períodos.[98]

La combinación entre Amado Líder y hombres fuertes —y armados — no parece una buena receta para el propósito de lograr una vida

en paz. Es indudable que es imposible hoy eliminar a las fuerzas armadas como poder del Estado —más allá de Costa Rica, nadie más lo ha hecho y han de sobrar las razones, que escapan a este libro—, pero también es innegable que la cultura política y militar de la región seguirán a prueba por varias décadas para demostrar que podemos mantener la discusión civil en el ámbito de la diplomacia intelectual sin necesidad de pedirles a los señores con pistolas y fusiles que echen una mano.

Y es especialmente complejo tener esa claridad de visiones cuando la combinación entre populismo y violencia simbólica —Nosotros/Ellos— también acepta la razón violenta. Las pruebas sobran, desde Cuba, Venezuela y Nicaragua por un lado, hasta Erdoğan o Viktor Orbán por el otro. Detener esos riesgos, tanto como reducir el atractivo de los populismos, es crucial para las libertades colectivas. La receta es sencilla de enunciar, pero no tan fácil de aplicar; nuestros representantes políticos están obligados a hacer su trabajo bien y con transparencia.* Al decir de Edmund Burke, su tarea es llegar a ser los representantes que deben ser. «Los partidos políticos tradicionales deben diferenciarse de manera creíble, ser mucho más receptivos a sus votantes y articular y defender consistentemente las reglas democráticas del juego», dice Anna Grzymala-Busse, una politóloga de Stanford University, coautora con Francis Fukuyama de «Global Populisms and Their Challenges».[99] «Donde los partidos políticos dominantes son fuertes, los populistas tienen muchas menos posibilidades de abrirse camino».

Claro, el asunto central es cómo la política vuelve a ganarse la confianza de millones de ciudadanos que —ante la defección ética, burkeana, de sus líderes— eligieron apoyar a Amado Líder. Y ese es un camino incierto para cuya andadura, claramente, se necesita —ay, *diosanto*— fe.

15 · CIUDADANÍA

Conoce a tu vecino

El populismo no desaparecerá, pero la sociedad civil debe hacerse visible para quitarle brillo.

[. . .] reviví la tremenda conjetura
de Schopenhauer y de Berkeley
que declara que el mundo
es una actividad de la mente
un sueño de las almas.
—**Jorge Luis Borges**, *Amanecer.*

«Vengo a convocar a la unidad», dijo Alberto Fernández en su discurso de asunción como presidente de Argentina en diciembre de 2019.

> Tenemos que suturar demasiadas heridas abiertas en nuestra patria. Apostar a la fractura y a la grieta significa apostar a que esas heridas sigan sangrando. Actuar de ese modo sería lo mismo que empujarnos al abismo.[1]

Desde 2007, cuando asumió como presidenta Cristina Fernández y como jefe de gobierno de Buenos Aires Mauricio Macri, Argentina reactualizó una antinomia entre peronistas y antiperonistas, ahora redefinida en el mercado más global del populismo y la tecnocracia y en el local: kirchnerismo y anti-kirchnerismo. Casi de inmediato, la presidenta se enfrentó con los productores del campo durante meses por las nuevas retenciones que el gobierno quería aplicar a las exportaciones agrícolas. Poco tiempo después impulsaría una ley de medios que acabó por enemistarlo con los principales grupos de comunicación del país.

Aquella confrontación fue el fin para el intento de Néstor Kirchner de crear cierta transversalidad con miembros de la

oposición. Los militantes kirchneristas adoptaron el discurso de la épica de 'El Pueblo bueno' frente a los 'poderes hegemónicos'. Al otro lado, por supuesto, tampoco hubo compasión. Los intentos de diálogo no llegaron demasiado lejos y la sociedad se dividió. CFK comenzó a ser llamada 'la yegua' y a sus seguidores —muchos de ellos pobres, demasiado oscuros para la fina piel del racismo argentino y con familias necesitas de ayudas del Estado—, 'negros choriplaneros'.

Cuando Macri la derrotó en 2015, CFK se negó a traspasarle la banda presidencial en la ceremonia de cambio de mando, anticipando una confrontación tan factual como simbólica. Un tiempo después, la expresidenta escribiría en su autobiografía que creía que la oposición esperaba verla derrotada en público, pero ella no estaba dispuesta a exponerse:

> Muchas veces, después del balotaje, pensé en esa foto que la historia finalmente no tuvo: yo, frente a la Asamblea Legislativa, entregándole los atributos presidenciales a. . . ¡Mauricio Macri! Lo pensaba y se me estrujaba el corazón. Es más, ya había imaginado cómo hacerlo: me sacaba la banda y, junto al bastón, los depositaba suavemente sobre el estrado de la presidencia de la Asamblea, lo saludaba y me retiraba. Todo Cambiemos quería esa foto mía entregándole el mando a Macri porque no era cualquier otro presidente. Era Cristina, era la «yegua», la soberbia, la autoritaria, la populista en un acto de rendición.[2]

El escritor Ernesto Sábato decía que Argentina es un país de opositores. Y las grietas se alimentan desde ambos lados de la fractura. El kirchnerismo forzó la fractura con el resto de la sociedad y el gobierno de Mauricio Macri, que resistió el encanto de la pelea cuchillera por un buen tiempo, finalmente se dejó caer en el terreno de las provocaciones y las afirmaciones determinantes.

El kirchnerismo festejó la derrota de Macri en 2019 como si Fernández-Fernández hubieran recuperado la república de manos de un ejército extranjero. Alberto Fernández prometió resolver la grieta buscando diferenciarse del pasado —había dejado el gobierno de los Kirchner haciendo pública su distancia con varias medidas de CFK—, pero quedó preso de sus propias incapacidades y del enorme poder residual de su vicepresidenta dentro del peronismo. CFK podrá haber asumido como vicepresidenta de Fernández, pero fue ella quien eligió al presidente —como un monarca designa delfín— porque siempre fue ella la dueña real de los votos que lo elegirían.

El resultado ha sido el mantenimiento de cierta división, preanunciado ya en el momento de la emergencia sanitaria por una extensa historia de fracturas. La crisis se presentó temprano, con un presidente asediado hasta de manera simbólica —era visible la incomodidad de Fernández cuando compartía escena con CFK: el presidente parecía vivir pidiendo permiso, siempre pendiente de cuándo su vice le reclamara el micrófono.

Al cabo, CFK le haría notar a Fernández que su presidencia era alquilada.* En septiembre de 2021, la oposición nucleada alrededor del macrismo derrotó al gobierno en las elecciones primarias. Dos meses más tarde, en noviembre de 2021, serían las elecciones de renovación del Congreso —este libro entraba en imprenta entonces —, pero en menos de dos semanas el presidente comprendió cómo opera el vacío de poder en el peronismo. Inmediatamente después de la derrota, decenas de dirigentes del partido alineados con Cristina le reclamaron que agache la cabeza y se incline ante su vice, la dueña del poder real. Lo hizo, y en apenas horas CFK reformó el gobierno de su presidente.[3] ¿Un presidente obedeciendo al vice no es raro? Es Argentina. ¿Suena a ficción? Es Argentina. «La política argentina es más divertida que la tele», tuiteó el escritor mexicano Álvaro Enrigue.[4]

El peronismo es feroz. Su ejercicio del poder es siempre de un maquiavelismo que deja al caído en los huesos. Cuando un líder peronista tiene el poder y lo ejerce nadie duerme tranquilo, porque mañana es su cabeza la que puede rodar si el jefe —o la jefa— cree que es su responsabilidad pagar los costos de algún desastre. En el peronismo todos son fusibles que el líder quemará para subsistir.

El kirchnerismo perdió en casi todo el país después de la impresentable gestión de la pandemia del presidente** que *ella nombró*, pero Cristina Fernández demostró sin guardarse nada a quién le pertenece la Casa Rosada. Horas antes de remodelar el gabinete del presidente como si fuera su mansión, CFK publicó una carta abierta donde explica por qué, si hay un culpable, no es ella sino su delfín, nada menos que el presidente. «Las decisiones en el Poder Ejecutivo argentino siempre las toma el Presidente de la Nación», dijo. Y siguió:

> [. . .] Fui, soy y seré peronista. Por eso pensaba que no podíamos ganar. Y se lo decía no sólo al Presidente. Muchos compañeros y muchas compañeras escucharon mis temores.
>
> El domingo 12 de septiembre de este año el peronismo sufrió una

> derrota electoral en elecciones legislativas sin precedentes. Mientras escribo estas líneas tengo el televisor encendido pero muteado y leo un graph: «Alberto jaqueado por Cristina». No. . . no soy yo. Por más que intenten ocultarlo, es el resultado de la elección y la realidad. [. . .] [5]

Y luego, para que nadie olvide quién gobierna ahora cuando ella es la jefa pero va en el asiento del acompañante y cómo se gobernaba cuando ella era la jefa pero conducía:

> [. . .] He sido Presidenta durante dos períodos consecutivos. En el 2008 nos tocó atravesar la crisis global más grande después de la Gran Depresión del año '30. Soportamos corridas cambiarias permanentes —con muchas menos reservas en el Banco Central que en la actualidad— y el asedio de los Fondos Buitre. Sé que gobernar no es fácil, y la Argentina menos todavía. Hasta he sufrido un vicepresidente declaradamente opositor a nuestro gobierno. Duerman tranquilos los argentinos y las argentinas. . . eso nunca va a suceder conmigo.
>
> [. . .] Cuando tomé la decisión, y lo hago en la primera persona del singular porque fue realmente así, de proponer a Alberto Fernández como candidato a Presidente de todos los argentinos y las argentinas, lo hice con la convicción de que era lo mejor para mi Patria. Sólo le pido al Presidente que honre aquella decisión. . . pero por sobre todas las cosas, tomando sus palabras y convicciones también, lo que es más importante que nada: que honre la voluntad del pueblo argentino.[6]

Al presidente que vino a convocar la unidad, lo desunió su vice. Canibalismo para toda la platea, como si el país fuera un circo romano ávido de sangre. Hay una lección en carne viva ahí sobre los riesgos de Amado Líder: en una crisis de gobierno, las soluciones institucionales suelen ser ordenadas; hay ciertas formas por atender para no incrementar la percepción de riesgo en una sociedad golpeada. En los personalismos, el cuchillo se pasa en público. Es preciso demostrar que el ejercicio del poder es absoluto, que el caudillo manda y los demás obedecen. Un vicepresidente hundiendo en público a su presidente —dioses: léanlo otra vez— mientras nos recuerda que ella lo designó —dioses: léanlo otra vez—sólo puede ser una muestra de salud institucional en una sociedad retorcida. Hay pocos machos más machos que los populistas, donde las cosas se resuelven como malevos en total control de la situación —así el malevo sea mujer. Al cabo, es probable que Enrigue tenga razón: la política argentina es más divertida que la tele. Excepto, claro, para los *argies*.

[·]

Las grietas existen hoy en todas las sociedades populistas de América Latina. Es innegable en Venezuela, donde a primera vista parece irremediable. No es definitiva en Nicaragua, pues la oposición podrá construir por fuera de Ortega si el dictador no prolonga su permanencia. AMLO cava a diario su grieta —a la vez, trinchera— y la oposición es incapaz de replicar ni idéntico fervor ni superior inteligencia. Bukele ha fracturado El Salvador como Correa lo hizo en Ecuador hasta que su ex vicepresidente Lenin Moreno mostró, curiosamente, que las traiciones producen esperanzas y edifican puentes.

Un dogma no se batalla creando otro sino escurriéndose por sus pliegues para inyectarle presión. El método que puede derrotar a Amado Líder no es el *entrismo* a su organización por parte de voluntariosos e iluminados que creen que podrán cambiar sus ideas sino la capacidad de volver vulnerable su lazo con El Pueblo: demostrar que es posible resolver las demandas de una manera menos conflictiva y, sobre todo, sostenible. La magia negra sólo se puede combatir con magia blanca en Harry Potter; en la vida real, nada más el trabajo de largo plazo mejora una crisis. No es lineal, jamás es directo, tiene retrocesos y estancamientos. Y toma mucho tiempo. Se llama Historia, parece ajena a cada persona común, ínfima ante su grandiosidad, pero se hace a diario con gestos en ocasiones de apariencia menor.

¿Cómo se lidia con el populismo? La disputa no es sólo en términos prácticos —políticos— sino simbólicos —ideológicos y culturales: el seguidor populista *también* es parte de la nación y debe ser incorporado a la construcción de una democracia real, con espacio para todos, pues *somos todos* parte del mismo país. Podremos desear ser Noruega, pero somos el lío en que vivimos.

No se puede gobernar sólo para la tribuna propia. «Las experiencias populistas tienden a reproducir los manierismos de los sistemas políticos que les dieron origen», me dijo el historiador Mark Healey un día de verano desde su casa en Connecticut, donde enseña sobre América Latina. «El populismo es parte del proceso político: no se puede extirpar de él y por eso también es preciso romper con la idealización que existe al otro lado».

Las fuerzas democráticas han de convencerse de que el mundo en el que creían vivir no tenía la calidad ética y moral que ellos le

suponían y que las contradicciones que abriga no son secundarias ni distantes sino que eran y son centrales y que seguirán a flor de piel. Si hay Amado Líder es porque un enorme volumen de ciudadanos con reclamos irresueltos por la democracia encontró en cierto personalismo mágico de promesas fáciles un camino para que ellos, esta vez, ocupen el centro de la acción.

De alguna manera, para encontrar soluciones, las fuerzas democráticas deben dejar de aplicar la imaginación populista sobre sí mismas: vivir en el país real, no en el colectivo imaginario que pretenden. El primer paso es reconocer que las sociedades en las que convivimos —es de Perogrullo— son sucias, tienen claroscuros y exhiben violencias explícitas y toleradas. No podemos soñar con una democracia liberal si tenemos deudas de formación democrática. Sin incorporar de manera efectiva al proyecto democrático a los que están fuera del sistema, la aparición de un nuevo Amado Líder más astuto será sólo cuestión de tiempo.

El historiador Nicolas Shumway recordaba un episodio de la Argentina del siglo XIX que ilustra ese desajuste entre el deseo y la realidad. Decía Shumway que los gauchos del campo y los pueblos del interior y las clases bajas de las ciudades fueron ignorados por los hacedores del país tras la independencia de 1816. El gobierno, instalado en Buenos Aires, tenía una relación agresiva con los caudillos repartidos por las provincias del interior. «Los caudillos fueron denunciados como bárbaros, a los que habría que eliminar, en lugar de reconocerlos como líderes naturales a los que habría convenido incluir en alguna especie de gobierno institucional», decía Shumway.

En su libro *La invención de la Argentina*, el historiador planteó las marcas identitarias y ficciones orientadoras del país cuando estaba en plena construcción durante el siglo XIX. La importancia de esas marcas/ficciones fue tan radical que numerosos debates y disputas de la época se incrustarían en el edificio político de la Argentina del siglo XX, incluidos los enfrentamientos entre los nacionalistas —Perón como su barco señero— y los liberales cosmopolitas, muchos de los cuales discutieron y aun discuten al peronismo. Esas disputas maniqueas y polarizadoras se han perpetuado sin que Argentina haya podido encontrar respuestas satisfactorias y estables a lo largo de 200 años.*7

Hacia 1830, el presidente Bernardino Rivadavia, propulsor convencido de las ideas de la Ilustración, ordenó cerrar dos cabildos

que operaban desde hacía casi dos siglos de manera consultiva con la sociedad porque no encajaban con las ideas importadas desde Europa.

Rivadavia también quería un país secular al estilo de las naciones europeas, pero aquella nación era mayormente un territorio vacío con indígenas dispersos por toda la Patagonia y enclaves en el norte y colonias pequeñas que devinieron ciudades en el centro del país, casi todas con una iglesia y un cura o una catedral y un obispo en la plaza central. Rivadavia no leyó *el país que tenía ante sí* sino que leía *el país que quería diseñar*, y la realidad le hizo pagar caro su deseo. La iglesia se resistió a la reforma eclesiástica que le recortaba fuentes de financiamiento al igual que los caudillos populistas del interior. Dice Shumway que la rivadaviana fue una «dogmática ingenuidad política»:

> Si Rivadavia hubiera conocido mejor a su pueblo, habría sido más prudente en el tratamiento del problema religioso. Es cierto que las reformas religiosas fueron menos extremadas que los ataques a los caudillos y los cabildos de hecho, si los caudillos populistas no se hubieran sentido tal presionados en otros frentes, las reformas religiosas probablemente habrían encontrado menos resistencia. Aun así, las maniobras de Rivadavia contra instituciones políticas y religiosa existentes revelaron una y otra vez una fe ingenua en el poder de la Ilustración y poca comprensión de lo que era realmente posible en el país que trataba de gobernar. Al escucharse sólo a sí mismos, los liberales porteños eran tan localistas como los localistas a los que denunciaban. Si los rivadavianos hubieran estado más sintonizados con los sentimientos de [los] populistas [. . .] y menos inclinados a imponer sofisticadas teorías extranjeras, [la etapa llamada] la Feliz Experiencia podría haber sido una experiencia duradera en lugar de la soñada Edad de Oro en la que tanto se embelesan los historiadores simpatizantes.[8]

De manera que no es sólo que el populismo pueda ser antidemocrático: las fuerzas democráticas pueden vivir en una esfera de ensoñaciones donde pesa tanto el país que les dicta su deseo que niegan o desconocen las capacidades reales de la sociedad para transitar hacia ese deseo.*

Esto es, ayer u hoy, tendremos que convivir en una tensión más o menos estable con enormes grupos de la sociedad con los que diferimos de manera sustancial. Pero sólo llegaremos a ese equilibrio inestable si aceptamos que el punto de partida está en los cimientos de la construcción de una nación: debemos convencernos

de que todos queremos y podemos vivir en el mismo país.

UN FRACASO INCLUSIVO

La experiencia populista latinoamericana no arrojó una victoria progresista sino autoritaria y, en general, con significativos retrocesos económicos.

La mayoría de los gobiernos populistas de la región creó cadenas de asistencialismo sin transferencia de capacidades —*know how*— para que los millones de ciudadanos que Amado Líder reclamó como propios pudieran sostenerse, solos o con herramientas cooperativas, por fuera del ciclo de pobreza. Los gobiernos no planearon economías a largo plazo ni tuvieron planes contracíclicos para enfrentar las habituales crisis de decrecimiento o una posible crisis de desarrollo. En términos de libertades democráticas quedaron en deuda: construyeron gestiones clientelares que favorecieron un círculo vicioso de dependencia del Estado o —porque, en el fondo, este es el plan— del caudillo. Nada de qué estar orgullosos.

El ciclo de *commodities* súper valuados permitió que las naciones bajo arbitrio de Amado Líder dispusieran de ingresos excepcionales para lanzar amplios programas de gasto público. Pero cuando los precios se retrajeron tras una década, esas mismas naciones se encontraron con que ya no podían sostener el nivel de gasto.

Las economías de la región ya estaban estancadas antes de la Covid-19, con crecimientos cercanos al uno por ciento en 2018 y a cero el año siguiente. Ese desempeño fue estéril para sostener el gasto social de inicios de década. Entonces la región crecía al cinco por ciento anual y más de 50 millones de personas —una buena porción en Brasil— iniciaron su ingreso a la clase media. Pero el PIB regional se contrajo 8 por ciento en 2020, y la Covid-19 terminó por evaporar los avances conseguidos ya en riesgo por el endeudamiento.*9 Según la CEPAL, la pobreza alcanzó al 33 por ciento de los 660 millones de habitantes de la región el año en que el virus cubrió todo el planeta. Las economías de los países populistas estuvieron entre las más afectadas.10

Nadie puede decir que no sabía o que la realidad no avisa. Los populismos de la 'ola rosa' han visto sus crisis desarrollarse frente a sus ojos, con progresivos desgastes del electorado, señales macroeconómicas de cuidado y, finalmente, una corrupción que fue

bien visibilizada por la prensa. De hecho, si hay dos grandes momentos en la larga década de predominio de los gobiernos populistas —entre 2000 y 2015— esos fueron el salto económico y la Operación Lava Jato, una megacrisis de corrupción producto de los sobornos multimillonarios pagados por la constructora Odebrecht en Brasil y otros países de la región.

En 2018, escribí en «El sueño bolivariano de Odebrecht», introducción a *Perdimos*, un libro sobre corrupción que coproduje con Martín Caparrós:

> Qué fracaso, qué perdedores, qué depresión: a la gran revolución bolivariana de América Latina no la hicieron los prohombres de la izquierda sino un imperio multinacional. Odebrecht unió a los latinoamericanos como ningún jefazo socialista o barbudo montañero. [. . .]
>
> Qué fracaso, qué perdedores, qué depresión: a América Latina no la igualó un ideal noble sino su anverso, la codicia y la roñosería, la ruindad miserable de sus representantes y la dádiva corruptora de algún millonario.
>
> Odebrecht es el Bolívar *fringe* del siglo XXI latinoamericano: unió lo aparentemente distinto que quería estar junto, puso en un mismo paño a naciones que hablan y viven más o menos parecido pero no igual. Las igualó hacia abajo, por abajo. Hizo el día de xenófobos globales y mamarrachos locales: La Gran Nación Latinoamericana tiene por cultura común la corrupción. Si nuestros jefes se portan así, qué quedará para nosotros, sus ciudadanos de a pie. [. . .]
>
> Odebrecht, nuestro Bolívar trucho. No parece un símbolo erróneo. El Che Guevara representó los briosos sesenta, las dictaduras militares fueron el ícono de los setenta, nuestras democracias balbuceantes reclamaron los ochenta. Los noventa tuvieron presidentes neoliberales de trajes brillosos. El inicio del siglo trajo a los revolú y a los reboludos —el dizque socialismo petrolero, los nacionalismos populistas— y su insignia también fue heroica: robaron como la vieja política que decían aborrecer, concentraron poder como las autocracias que decían combatir y excluyeron como los conservadores que decían haber superado.
>
> Odebrecht tenía un plan global de corrupción al más alto nivel. Más de 160 políticos latinoamericanos fueron engrasados con más de 800 millones de dólares. Presidentes como Michel Temer, Lula da Silva, Ollanta Humala, Ricardo Martinelli, Alejandro Toledo, Juan Manuel Santos, Danilo Medina, a nombre propio o por vía de prestanombres, han sido tocados por sospechas o acusaciones en firme de la justicia después de que Marcelo Odebrecht, el CEO de la constructora, abriese la cloaca del dinero sucio. Casi no hay país de América Latina donde

Odebrecht no haya desnudado, a golpe de billetes, la endeblez moral de sus dirigentes.

Que la billetera bolivariana del cemento haya ocurrido en estos tiempos —que haya untado tanto a los viejos políticos como a los nuevos revolú reboludos— no es casualidad ni coincidencia. Las generalizaciones son un camino hacia el error, pero asumiré el riesgo: la catadura moral de la vieja y nueva política parece hidratarse en el mismo sucio cuenco. Más o menos, unos y otros han vivido del Estado, tomándolo por elección o por asalto. Unos conservaron por décadas el poder excluyendo a quienes flameaban discursos nuevos de inclusión y crecimiento equitativo. Pero cuando esos nuevos tuvieron su oportunidad, usaron sus discursos de inclusión y crecimiento equitativo para reproducir en buen grado los comportamientos de sus predecesores: crearon una nueva casta —alguien diría una nueva hegemonía— que buscó perpetuarse en el poder. Coparon las bancas de los Congresos, crearon justicias obedientes, prohijaron bandas de burócratas adictos, financiaron una prensa aplaudidora, alimentaron ejércitos de pobres con dádivas insostenibles —y robaron con cinismo.

No hay gobierno que pueda sostenerse demasiado tiempo sin mantener gorda la víscera más sensible de la población, el bolsillo. Y en los primeros tiempos de este siglo, América Latina gozó de su década más gloriosa en muchos años. Los precios de las materias primas y el petróleo llenaron las arcas públicas. Muchos de nuestros gobiernos aprovecharon el *momentum gloriosum*. Hubo infraestructuras nuevas, inversiones impensadas en educación y ciencia, millones de personas levantaron cabeza hasta vestirse de clasemedieros: la región parecía haber encontrado, al fin, el camino al desarrollo.

Pero bajo la brillantina de las escuelas pintadas a nuevo, de los caminos flamantes y las ciudades con el pelo recién hecho, subsistía la vieja política. Nuestros gobiernos malgastaron recursos únicos, repartieron dinero de manera insostenible y, a la par que decían planear nuestro futuro —y para ello necesitaban nuestro voto, recurrente y a perpetuidad— se quedaban con vueltos suculentos de la caja del Estado y con propinas todavía más generosas de sus nuevos amigos ricos, los Odebrecht del mundo mundial.

Por eso Odebrecht no es sorpresa: medró como y donde ya habían medrado otros. Ya sabíamos de la falibilidad de los funcionarios conservadores, pero nuestros gobernantes progres fueron, también como ellos, humanos al fin. No prohombres sino hombres y mujeres comunes en posiciones demasiado grandes. Débiles, inseguros, pretenciosos. Veleidosos. Bañados en codicia, vestidos para la oportunidad. Hipócritas: inmorales.[11]

A diferencia del pasado, los populismos de este siglo han enfrentado

—con las brutales excepciones de Argentina y Venezuela, que acumulan ambas— más deuda que inflación.

Quienes más apego tuvieron por la disciplina fiscal y un gasto social sostenible pudieron absorber de mejor modo la siguiente retracción de los precios de los *commodities*. Lula en Brasil, José 'Pepe' Mujica y Tabaré Vázquez en Uruguay y Ricardo Lagos y Michelle Bachelet gobernaron más cerca del nuevo centroizquierda —el progresismo neoliberal, los 'progres neolibs'— evitando grandes desequilibrios macroeconómicos.*12

Pero el resto ha atravesado momentos amargos. Con Alberto Fernández, Argentina entró en un nuevo ciclo de deuda e inflación del que no fue capaz de recuperarse durante el hiato de Macri.** Correa llegó al fin de su mandato con exigencias financieras sintomáticas que dejaron a Ecuador en riesgo de colapso macroeconómico con una deuda inflada, en decrecimiento y habiendo usado reservas del Banco Central para comprar deuda pública.

Incluso Bolsonaro, quien primero se apegó a la ortodoxia de mercado del ministro Paulo Guedes, en 2020 abrió el grifo del gasto para paliar la crisis y sostenerse políticamente. AMLO actuó como un neoliberal desde que asumió en 2018. México quedó sometido por la Cuarta Transformación a un ajuste presupuestario draconiano, en medio de una grave retracción de la inversión privada.*** A inicios de 2021, la crisis había agregado otros 10 millones de pobres a un país desequilibrado.13

Venezuela es el caso más sintomático de gasto discrecional, por su degradación veloz y en apariencia incontenible. Para cuando la pandemia llegó, el nivel de desfalco, corrupción e incompetencia de la Revolución Bolivariana no permitieron aprovechar de manera sostenible la ola positiva y el país ingresó en un estado de crisis humanitaria única. El PIB venezolano se contrajo un 26 por ciento en 2020. Ese año, Venezuela habría recibido menos de 400 millones de dólares por exportaciones petroleras frente a 56.000 millones un año antes. El término 'cataclismo' debiera reemplazar al patronímico 'venezolano'. Nicolás Maduro afirmó entonces que el país había perdido «el 99%» de sus ingresos petroleros desde 2015, pero responsabilizó a la «persecución financiera» de los Estados Unidos por la bancarrota y al «sabotaje interno» para destruir la capacidad industrial de PDVSA. «Es un terremoto», dijo.14

Es cierto, es un terremoto, pero autoinducido. Chávez capturó

PDVSA y la convirtió en una empresa ineficiente pero todavía capaz de generar suficiente dinero, merced a sus voluminosas reservas de crudo y a que, para su favor, otros fijan los precios. Esto convirtió a la petrolera en un banco emisor de fondos discrecionales para líderes populistas amigos en Cuba, Ecuador, Argentina o Nicaragua, el más vasto receptor de fortunas a cambio de nada durante casi dos décadas. Pero el valor del crudo tiene momentos de marcada elasticidad —varios de los años pasados— y la posición competitiva del extremadamente pesado petróleo venezolano ha sido incapacitante. Los Estados Unidos han reducido su necesidad de Venezuela por su creciente producción con *fraking* y las ventas agresivas de proveedores como Canadá.[15]

Las medidas proteccionistas de varias naciones no mejoraron la situación de la economía interna ni, artificialmente, la competitividad externa de las empresas. Ni en los países que impusieron controles y restricciones a la actividad económica —el kirchnerismo en Argentina, con diversos mecanismos que fueron desde las retenciones a las exportaciones a un *conondrum* de diversos tipos de cambio—; controles artificiales de precios y subsidios políticos —Argentina, Bolivia, Venezuela y Ecuador—; o la nacionalización de empresas —Bolivia y, otra vez, Argentina.

La promesa populista de redistribución se ha acabado.*

Algunos gobernantes transfirieron la crisis a sus sucesores —como CFK a Macri en Argentina o Correa a Lenin Moreno en Ecuador—; otros ajustaron económica y políticamente, como Venezuela o Nicaragua, o profundizaron y crearon nuevos problemas —AMLO, Bolsonaro. Como resultado de las gestiones populistas, varias naciones han regresado a ciclos de deuda y/o inflación incapacitantes, otras vieron sus reservas colapsar y la mayoría debió recortar los recursos destinados a los más pobres que decían defender en medio de la crisis pandémica, que ha dejado al mundo preguntándose si debe profundizar la globalización o des-globalizar y afirmar alguna forma de nacionalismo económico.

Mientras las potencias centrales definen ese camino, Amado Líder tiene que resolver un dilema aun mayor. El inconveniente de la vocación redistributiva del populismo es, precisamente, que piensa en repartir el *stock* de capital existente. No crea una propuesta sólida de valor capaz de asegurar flujos crecientes de ingresos que sostengan un gasto —*absolutamente necesario*— para incorporar al mercado a millones de pobres e indigentes. El segundo

factor es que su concepción del gasto es irracional, plenamente asistencialista, incapaz de dotar a las familias de capacidades para planear sus propios futuros: confunden, con toda la intención, dispendio con inclusión.

El populismo es una promesa de mejor futuro para resolver un mal pasado pero vive estancado en el presente. Más aun, lanza dinero al aire pero con el propósito de crear nuevas dependencias —de Amado Líder— entre quienes ciertamente necesitan ayudas. Jamás ha sido parte del plan populista, ni en el pasado ni hoy, otorgar a los más pobres herramientas financieras y de gestión personal. Ha sido, siempre, producir un ejército de votantes en 'estado de deuda política' con el caudillo carismático. El populismo, según el economista Dani Rodrik, un especialista en desarrollo, suele producir «políticas insostenibles e irresponsables que a menudo acaban en desastre» y dañan a quienes supuestamente desean ayudar.

Pero no importa: la economía en el populismo es política y, en esa lógica, los gobiernos no se equivocan si toman medidas financieramente insostenibles porque sus acciones son siempre morales: deben corregir un mal. Fallas y retrocesos son achacados a externalidades, por lo general la acción de las élites o a una intervención extranjera contra el proceso liberador, socializador y redistributivo. Sin excepciones, los populistas latinoamericanos han responsabilizado de su propia mala gestión a una extensa lista de actores que incluye —pero no se limita— al imperialismo (Chávez, Maduro, Ortega, en menor medida la familia Kirchner); el FMI y el Banco Mundial (todos los precedentes más Alberto Fernández); el neoliberalismo (AMLO, Néstor Kirchner y CFK, Fernández, Ortega, Correa, el guatemalteco Alfonso Portillo), el comunismo (Uribe, Bolsonaro y, en algún momento, Bukele), las élites o las cúpulas tradicionales o los poderes hegemónicos (Nayib Bukele, todos los demás, menos Bolsonaro).

El problema de las autolimitaciones que se impone Amado Líder abriendo el grifo del gasto para satisfacer una promesa electoral inmediata ni es nueva ni ha sido políticamente inocua. Perón quedó en el imaginario colectivo de generaciones de argentinos por tres años de expansión del gasto —de 1946 a 1948— durante su primer gobierno. *Eso fue todo.* El peronismo bajó las tarifas de luz y gas subió los salarios reales alrededor del 60 por ciento y duplicó todo su gasto público gracias a que la economía argentina se beneficiaba

de altísimos precios de granos y carnes por la demanda de la posguerra.*

¿Cómo financiaba Perón su gasto corriente? Sobre todo, con impuestos sobre la producción. Hacia el fin de su primer mandato, un tercio de los ingresos fiscales provenía de las cargas a las exportaciones cuyo cobro centralizaba un instituto gubernamental creado para reasignar los recursos entre distintas áreas de la economía. Pero —vaya sorpresa— el ciclo favorable de financiamiento del gasto se agotó hacia 1949. Los precios de los productos agrícolas se redujeron a medida que otras economías, como los Estados Unidos, volvían a producir volúmenes de *commodities* significativos tras la salida de la Segunda Guerra, mientras al mismo tiempo la carga impositiva elevada desincentivaba a los productores argentinos y hacía crecer su frustración con Perón. Cuando la inflación, creciente por la gran cantidad de dinero descargada en el mercado interno, superó el 30 por ciento en ese año, Perón debió apelar a lo que jamás quiere un populista: ajustar. El gasto público cayó un 30 por ciento entre 1949 y 1953 y los salarios reales fueron consumidos por la inflación y reducciones de sueldos significativas.

Además de la idea de redistribución y reducción de la pobreza en el frente económico, el populismo está también asociado a la idea de una mayor participación popular incorporando como actores políticos a vastos segmentos de la población que se encuentran en los márgenes.

A simple vista, la experiencia parece positiva. La Revolución Bolivariana creó diversos mecanismos de participación comunitaria bajo la idea de que la toma de decisiones sería horizontal y atendería la voluntad de las mayorías. Los ‘círculos bolivarianos’ nacidos al inicios del gobierno de Hugo Chávez, por ejemplo, ampliaron la militancia de base y fueron importantes para contraponer resistencia popular al golpe de Estado de 2002. Los ‘consejos comunales’ nacidos en los barrios, en tanto, debían discutir proyectos de intervención local y escalarlos como parte de la idea chavista del Estado participativo. Estudios de más de un millar de esos consejos prueban que fueron activos para motorizar ideas sobre urbanismo, servicios públicos e infraestructura barrial. Sin embargo, acabaron mayoritariamente en ilusiones, absorbidos por la aspiradora autoritaria.

Los círculos bolivarianos que operaron entre 2001 y 2004, dice

el analista del populismo Carlos de la Torre, funcionaron de manera clientelar y en obediencia a Chávez.[16] Y los consejos comunales arrojaron experiencias contradictorias, pues algunos estudios rescatan la ampliación de la participación popular a los vecinos menos oídos pero otros hallaron que jamás pudieron movilizar proyectos que no estuvieran sujetos a las decisiones unilaterales y centralizadas del presidente.[17]

En Ecuador, que De la Torre estudió en profundidad en su libro *Tecnopopulismo*, Rafael Correa no promovió la participación local ni apostó a la democracia participativa. Una élite tecnocrática elaboraba las políticas públicas en nombre de El Pueblo, construyendo una falacia burocrática de la llamada 'revolución ciudadana' prometida por *El Mashi Rafael*. El presidente mismo intentó puentear a los dirigentes de las organizaciones indígenas ecuatorianas, con décadas de trabajo comunitario, para conseguir una relación directa con sus miembros. «Un movimiento variado de organizaciones indígenas, de izquierda e intelectuales llevó al poder tanto a Correa como, antes a Abdalá Bucaram, pero esos movimientos no les pertenecían», me dice la economista y periodista Martha Roldós, hija del expresidente Jaime Roldós. «Cuando Correa inicia las persecuciones a los opositores, a los primeros que atacó fueron miembros de la coalición, como indígenas, maestros y ambientalistas; su persecución a la derecha fue más retórica que real».

La experiencia más productiva de relaciones entre un líder populista y organizaciones de base es boliviana, pero otra vez precedió y excedió a su caudillo. El MAS de Evo Morales tiene una prolongada historia de intercambios con los movimientos obreros e indígenas del país, dueños de una dilatada cultura política de discusión comunitaria. Evo siguió las prácticas comunales de debate de políticas con esos movimientos, dice De la Torre, pero cuando intentó imponerse, encontró resistencias. Morales consiguió cooptar a los movimientos indígenas y obreros por un buen tiempo, aunque luego de tenerlos de aliados para la reforma constitucional que le permitió reelegirse, en 2011 vio cómo una fracción se independizaba y marchaba frustrada contra decisiones de su gobierno que perjudicaban a comunidades indígenas de las zonas más desfavorecidas de Bolivia.

La experiencia de inserción en las bases es necesaria para la efectividad proselitista de cualquier movimiento político —y, en

especial, para los populismos—, pero no hace necesariamente mejor la mayor discusión y participación democrática. Buena parte de los populismos latinoamericanos, de hecho, tiene grupos de activistas que trabajan en las bases para activar el sentimiento de lealtad a Amado Líder, no la independencia de criterio de sus miembros.

El peronismo es el más exitoso ejemplo de ese trabajo a pie de calle. Por décadas, sus unidades básicas han sabido mantener la discusión en los barrios populares cerca del tronco del partido, sus sindicatos han montado una operación corporativa poderosa y, finalmente, su inserción en las clases medias y universitarias ha tenido un envión con el kirchnerismo. AMLO, por su parte, tiene a los novedosos Servidores de la Nación.

Pero nada de eso genera política por fuera del movimiento o tiene la intención de producir ciudadanos críticos que Amado Líder esté dispuesto a tolerar. El trabajo de base tiene una misión colectivista, no individual, pero, aun así, no se plantea como mecanismo que facilite la organización y gestión de conflictos *desde* las bases, sino *dentro* del movimiento. Es un mecanismo de consenso inicial que, con el paso del tiempo, se convierte en arma de coacción: el colectivo que defienda los postulados del movimiento sabrá que pertenecer tiene privilegios —como si fuera un 'Mastercard populista'—, pero el que se separe de la línea trazada por Amado Líder perderá toda capacidad de gestión.

No hay mejor muestra del peso coactivo del basismo que la experiencia de los populismos autoritarios. Allí, las organizaciones de base dirigidas desde el movimiento se convirtieron en ramas informales del partido-Estado que ofician como espías y policías informales del régimen. En Cuba aun existen los Comités de Defensa de la Revolución, los CDR, que procuraban resolver las demandas locales como agentes públicos hasta que pasaron a actuar de vigilantes del gobierno. Hijos de los CDR son los Consejos del Poder Ciudadano y los Gabinetes del Poder Ciudadano creados por el gobierno de Daniel Ortega en 2007, redes civiles con apoyo parapolicial que tienen el doble trabajo de ayudar a contener la delincuencia en los barrios como de vigilar a los opositores en cada calle de Nicaragua.[18]

En resumen, el populismo latinoamericano fracasó en los dos ejes capitales que pretendía transformar. Su proyecto económico no ha sido incluyente por insostenible y su propuesta política no es democrática pues la calidad de la participación sólo es positiva en

tanto respalde al régimen.

[·]

No nos libraremos del populismo, y es normal que así sea.

Se quedará con nosotros como los tónicos para hacer crecer el pelo, las operaciones de alargamiento del pene y los memes de gatos. No funcionan más que como ilusión y autoengaño. Quizás es mejor aceptar que no volveremos a ser jóvenes y bellos y que 'Homo Eroticus' es —y no debe ser más que— una película de Lando Buzzanca y no nuestro destino. Las democracias tienen esa medianía de señor casado y medio calvo con pancita que ojea el periódico mientras la señora lee un libro en el sofá: han hecho lo que debían, cumplieron. Pero ya. ¿Pudo ser mejor, amor? Pudo ser. Pero ya hemos criado a los niños. ¿Té o vodka doble, cariño?

No nos libraremos del populismo, y es normal que así sea.

El populismo medra en «las seis promesas incumplidas» de la democracia señaladas por el filósofo italiano Norberto Bobbio en *The Future of Democracy*: el respeto por la soberanía individual —destruido o diluido por los Estados-nación, los gobiernos y otras instituciones intermedias—; la primacía de la representación política sobre la protección de los intereses particulares —cuanto más peso tienen las élites, menos democrático es un proceso—; la derrota de las oligarquías —asociada a la promesa anterior—; el aumento de los espacios de autogobierno —curiosamente, las posibilidades de decisiones autónomas de los individuos se han reducido con el poder creciente de las redes, por ejemplo—; la educación de la ciudadanía —cuando la apatía electoral desemboca en personalismos, hemos fracasado—, y la transparencia de las instituciones, un punto con deudas en muchas naciones.[19]

No nos libraremos, porque está vivo y seguirá vivo. En Cuba, Venezuela y Nicaragua, los intentos por deponerlo exigirán inteligencia e imaginación y, probablemente, una tremenda dosis de flexibilidad moral: son gobiernos mafiosos, y la mafia se blanquea haciendo negocios. En Ecuador y Colombia, sus populismos salieron del gobierno, pero pueden reconvertirse: en Bogotá, con expresiones más extremas —por la derecha— o inéditas —por izquierda—; en Quito, si Correa tiene posibilidades de volver, será un populismo socialmente conservador y, quizás, económicamente ortodoxo que saludará a la distancia a la 'ola rosa' de los años 2000. México, El

Salvador, Brasil, Perú, Bolivia: todos procesos populistas abiertos. ¿Argentina? La cultura populista está tan introyectada como su pasión por el fútbol.

Tenemos que convivir y entender al populismo, en todo caso, para superarlo, pues es también «una verdadera propuesta política, con su coherencia y su fuerza positiva», dice Pierre Rosanvallon, que hemos caracterizado de manera imprecisa y, en muchos casos, inoperante. Ellos no ayudan, claro. La tendencia de demasiados líderes populistas a convertir demandas razonables en biblias, filias y tirrias personalistas hunde el fenómeno de *lo popular* en el *ismo*.

Es preciso entender sus lógicas para dialogar con sus promotores. Como dice Rosanvallon, la experiencia populista debe ser una invitación a «profundizar nuestra comprensión del presente considerando el pasado como un repertorio de posibles abortados, como un laboratorio de experiencias», una manera de entender «el carácter problemático» de la democracia. Nunca hay gobierno perfecto. «La historia de la democracia no tiene nada de lineal; está hecha de conflictos intelectuales permanentes acerca de su definición», escribe el francés.[20] La democracia perfecta es, como Brasil, el país del eterno futuro.

[·]

Por supuesto, embarcarse en una conversación con Amado Líder es complejo y desafiante. Como si lidiáramos con un adulto irresponsable y narcisista que, pleno de la omnipotencia de los invulnerables e inmortales, puede hacer y decir lo que desee porque no hay reglas que lo constriñan. Es un elegido, un creyente en la libertad absoluta —suya y de los demás, pero sólo cuando es bajo su mando—, que siente que el mundo le debe reconocimiento y que él resume las inteligencias más prácticas para hacer la vida mejor a los demás. El líder populista no reconoce límites, su sentido del derecho personal roza la estratósfera y pretende que los demás se acomoden a su voluntad aun a costa de sus propios beneficios —por ejemplo, abrazando una causa que demanda permanente devoción al caudillo.

Hay una ruptura necesaria entre dos universos que friccionan y producen polvo. Populismo y democracia representativa no se llevan bien. En el primero hay una sola verdad, la de El Pueblo, que es soberano, y por lo tanto no permite dudas: si un solo sujeto

político resume la certeza de qué está bien, todo lo demás está excluido: o se subsume a la claridad vanguardista de El Pueblo —que no es otra que la claridad de Amado Líder—, capaz de ver la verdad revelada como ningún actor, o es adversario primero, enemigo después y traidor más tarde. En la democracia vivimos el gobierno del pueblo a través de sus representantes, no de El Pueblo a través de un hombre que se considera esencialmente la encarnación de una construcción etérea. No hay una ficción de gobierno directo —tenemos representantes elegidos, no Amado Líder como voz y correa de transmisión de la voluntad de El Pueblo— sino que se acepta la falibilidad de las decisiones como parte de las reglas de juego. Para eso compiten los partidos, para demostrar que unos u otros pueden, en determinado momento, tener la mejor respuesta posible al estatus quo.

Unos y otros, victoriosos y derrotados, aceptan las limitaciones propias y la coexistencia en competencia con el otro. En democracia somos múltiples voces en pluralidad, no una masa más o menos monolítica que es elevada, esencialmente, a la condición de rectora única de la realidad. Mientras en democracia hay varias disputas sobre la moralidad pública, con Amado Líder sólo hay una verdadera. El populismo se asienta sobre una moral y reclamos simbólicos indiscutibles. Amado Líder decretará que las instituciones no funcionan porque no hacen lo que él dice que deben hacer ni atienden los asuntos que él requiere que atiendan. Si le hacen caso, la institución puede permanecer —con los hombres de Amado Líder, por supuesto, pues nadie más puede llevar adelante su proyecto de representación popular.

La moralidad se elige, por eso el cuento, al final, no es él; es la gente. Nosotros tomamos decisiones: decidimos qué creer, y a no ser que exista un impedimento neurológico, lo hacemos con conciencia del acto.

Me dijo Patricio Navia, el profesor de estudios liberales en New York University:

> No hay democracias que funcionen sin partidos. En las democracias representativas tiene que haber un agente de representación. Mucha gente siente que el candidato independiente es mejor pero cuando lo eliges no tienes cómo pedirle que rinda cuentas. El partido es como una marca: si eliges mal, le pides que rinda cuentas. Si compras una Coca-Cola que no tiene gas, puedes reclamarle a Coca-Cola, pero si tomas agua de la esquina y te intoxicas, no hay con quien hablar. La gente

siente que los partidos no la representan, seguro, pero los partidos no pueden representar todo. Son menús de cinco pesos: tienes lo que hay y no puedes tener todo.

Para poder sostener esa conversación necesitamos recuperar formas de representación amplias y sólidas. Democracias berretas, democracias de 'todo por dos pesos' no ofrecen soluciones de calidad. Ni están a la altura del desarrollo de las ideas humanas ni de las necesidades de decenas de millones de personas, en particular las más jodidas entre las jodidas. Claro, sabemos que nuestros problemas no son sencillos, pero también lo saben los que proponen soluciones de prestidigitadores. Es mayor la responsabilidad de los reformistas, porque deben aceptar los límites de la institucionalidad sobre todo al pensar creativamente. Nihilistas como Amado Líder tienen un campo de orégano delante: todo lo existente les es superfluo y menor, demodé e inútil. *Burning down the house* les cae como anillo al dedo.

Límites: los partidos políticos han perdido capacidad de comprender las dinámicas de sociedades digitalizadas donde la expresión de la voluntad está en la punta de los dedos del siguiente tuit, post en Facebook o mensaje en tu grupo de WhatsApp. Límites: la desintermediación producida por internet y las redes sociales fue el punto final de un proceso de desgaste progresivo de más de cincuenta años. Límites: la sociedad civil comprendió en los años '60 que podía construir movimientos por fuera de los partidos para hacer visibles agendas legítimas —desde el feminismo al medio ambiente a los derechos de minorías y más— y los partidos reaccionaron absorbiendo —institucionalizando— las demandas. Límites: el mundo siguió su marcha y las organizaciones políticas no percibieron a la misma velocidad que el modo de cooptación o captación de agendas *movimientistas* que habían desarrollado se desfasaba con el tiempo. Límites: si la democracia depende de los partidos políticos como herramientas de construcción, pues entonces tenemos un severo inconveniente al encarar un siglo de intercambios simbólicos de alta velocidad, atomización y disgregación de la conversación pública y una sociedad que aprendió a movilizarse por sí misma, y el instrumento de representación de la democracia es una invento, caramba, del siglo XIX.

La lenta desintegración del sistema de partidos, entonces, sólo

puede significar la lenta desintegración de la democracia. La respuesta a ese proceso — como agua que busca cauce— es otorgar la 'representación' a los líderes carismáticos. No es que la gente se niegue a la representación —o, de otro modo, a un sistema de representatividad— sino que busca simplicidad, ejecutividad y sensación de proximidad. *Nothing in between.* No quiere ya sistemas estratificados y lentos donde sus demandas parecen licuarse en cada pasillo antes de llegar al escritorio en el que debieran resolverse — sólo para reiniciar allí otro proceso burocrático. Quieren soluciones veloces. Directas. Amado Líder y El Pueblo se dan amor eterno en las redes sociales: peleamos contra la ilusión de un Tinder político.

TOLERANCIA, SOBRE TODO

Las diferencias que existen entre cada proyecto populista de la región demandan elaborar estrategias distantes, en grado o esencia. Las culturas políticas son distintas; las génesis y particularidades de los movimientos también. Lo que sirva en Buenos Aires no encajará necesariamente en Lima o Ciudad de México. Mientras en Ecuador el populismo ha sido tecnocrático, Nicaragua y Venezuela —en distinto grado y con diferente capacidad monetaria para operar— desplegaron fórmulas autoritarias que devinieron en dictaduras de facto. El populismo boliviano tiene una tradicional base social, indígena y obrera, que excede a Evo —al igual que las organizaciones rurales que apoyaron a Correa.* Morena es personalista y de un nacionalismo restaurativo, conservador. El peronismo, que es también autoritario, tiene una operación sistémica con un aparato aceitado de competencia electoral, cacicazgos regionales cuasi feudales y —a un par de décadas de cumplir un siglo de su nacimiento— suficiente presencia territorial y una nueva generación de militantes jóvenes, sustancial para su futuro. No hay bolsonarismo sin Bolsonaro pero hay militarismo e iglesias evangélicas capaces de producir recambios futuros al populismo de derecha brasileño. Bukele es un mesiánico moderno, dúctil para saber que el discurso requiere de medidas pragmáticas con resultados llamativos, pero su movimiento Nuevas Ideas — creado en 2017— debe atravesar la prueba del tiempo para demostrar una inserción estructurada en los barrios y villas.

Aun con esas diferencias, la mayoría de esos gobiernos opera con herramientas similares. Son híper presidencialistas. Subsumen

la independencia de los poderes del Estado a la lealtad hacia Amado Líder y su movimiento. Limitan y combaten a los medios de comunicación y procuran arrinconar a la oposición —o, en efecto, la arrinconan— en condiciones de incapacidad competitiva. Incentivan el conflicto y el resentimiento —en rigor, modos útiles para destruir. Hay un ejercicio de participación multitudinario pero no democrático, pues incluye a El Pueblo oficial, pero no acepta a la pluralidad de las expresiones sociales. «Sin esta pluralidad, el ideal democrático puede degenerar en formas autocráticas y plebiscitarias de aclamación a un líder construido como la encarnación de la voluntad unitaria del pueblo», escribe Carlos de la Torre.[21] «El populismo es una forma de incorporación política que ha tenido rasgos democratizadores y autoritarios».

Las sociedades no debieran responder al populismo con un no-populismo de tenor similar. Jan-Werner Müller dice algo revelador: la principal razón para el auge del populismo en Europa a partir de los años '80 ha sido el modo en que la UE ha respondido a las crisis: tecnocracia. Populistas versus tecnócratas es la versión futbolística —Boca/River, Barça/Madrid, América/Chivas, y cada quien elige el lado que le jode menos— de la discusión política actual. Ambas se retroalimentan y toda una generación de políticos ha vivido de mantener viva la confrontación. «De una manera curiosa, son espejos», dice J-W Müller. «La tecnocracia sostiene que hay sólo una solución política correcta; el populismo clama que nada más hay una autentica voluntad popular».

Ninguno acepta que haya debate que dar, sostiene J-W Müller, con acierto, y ambos se han vuelto apolíticos, cuando no esencialmente antipolíticos:

> Por tanto, es posible suponer que uno podría allanar el camino para el otro, porque cada uno legitima la creencia de que no hay lugar real para el desacuerdo. Después de todo, cada uno sostiene que sólo hay una solución política correcta y sólo una auténtica voluntad popular, respectivamente.[22]

Las fuerzas democráticas cometerán un error al fortalecer el llamado «problema de los límites», excluyendo al seguidor del populismo del proceso democrático sólo por apoyar, *per se*, un movimiento de fractura y creando un movimiento de reacción que supone oponer la misma fuerza ciega de desplazamiento a los que nos dividen. Hay numerosas razones por las que un votante va

detrás de Trump, AMLO, CFK o Maduro y detectar aquellas que expresan una voluntad democrática es crucial pues presenta oportunidades de interacción con esos ciudadanos. Más aun, parece crucial que oponer a una propuesta de profunda carga simbólica y construcción emocional una sobrecarga de racionalidad tecnocrática es como echar aceite sobre el agua.

Una significativa proporción de los votantes que deciden elecciones no tiene filiación con movimiento alguno, así mantenga alguna proclividad ideológica. Son esos grupos, que suelen variar, grosso modo, entre el 20 y 40 por ciento del electorado en un momento dado, los que definen una presidencia y, con ella, el éxito o posible agonía de un proyecto populista. Y con esos millones de ciudadanos debe trabajar todo proyecto que, primero y tácticamente, pretenda desplazar a Amado Líder de la conducción de una nación. Se trata de ganar el centro. *The center will hold.*

La verdadera respuesta pluralista es la tolerancia. La responsabilidad está siempre del lado de los demócratas; dado que el espíritu populista es polarizador —y el tecnócrata ofrece otra falsa antinomia extrema—, debe trabajar para cerrar la brecha mejorando las condiciones de la coexistencia en términos amplios. Es injusto, parece monacal y puede no pagar, sin embargo, el camino opuesto no resulta opción: no sólo niega los preceptos de la democracia liberal sino que responde a ella con una nueva injustica —la creencia en una moral superior encarnada por un grupo de la sociedad—, que destruye convivencia. La antinomia y la fractura esenciales al populismo, restan. El diálogo como método no es una advocación de ingenuidad hippie, sino una estrategia para mantener abiertos los términos de la conversación hasta más allá de lo usual —un límite difuso que es determinado por el *momentum*— para dar todas las oportunidades posibles de consenso a los participantes hasta el punto en que se deba tomar una decisión.

Los términos de la convivencia no se escriben de una vez y para siempre. Se mueven —tanto como la identificación política que afecta al «problema de los límites»— y deben ser reescritos a menudo. «Los gobiernos que funcionan», me dijo el historiador Healey, «han sido exitosos porque, desde sus lugares, reformatearon su mirada tendiendo puentes al otro lado».

A sus ochenta años, escribió Madeleine Albright, la ex secretaria de Estado de Bill Clinton:

> Debemos reconocer que nuestras divisiones se extienden mucho más allá de asuntos de afiliación política e incluyen religión, raza, género, educación, etnia, orientación sexual y lo urbano versus lo rural. Ante esta realidad, muchos ciudadanos se ven tentados a replegarse más profundamente en sus respectivas identidades de grupo o a insistir piadosamente en que tales categorías son irrelevantes y no deberían importar. Ninguno de los enfoques funciona.
>
> Agravar nuestras diferencias es un camino hacia el desastre; negarlas es otro. En lugar de fantasear con una armonía que está fuera de nuestro alcance, debemos centrarnos en asegurarnos de que nuestros inevitables desacuerdos conduzcan siempre que sea posible a resultados constructivos. La democracia se diseñó para ayudar a tal proceso, basándose en la premisa —severamente probada en los últimos años— de que los votantes en última instancia preferirán constructores a matones y curadores a canallas.[23]

Las fuerzas democráticas se fallarían a sí mismas si participaran del juego de la profecía autocumplida de Amado Líder —las élites trabajan contra nosotros, excluyen a El Pueblo. Por supuesto, no se trata de jugar al ratón ante la boca de un gato listo. La llamada paradoja de la intolerancia construida alrededor de la filosofía de Karl Popper se mantiene incólume: la tolerancia permanente permite a los intolerantes acabar con la sociedad. Decía el filósofo austríaco en *The Open Society and Its Enemies*:

> No quiero decir, por ejemplo, que debamos suprimir siempre la expresión de las filosofías intolerantes; mientras podamos contrarrestarlos con argumentos racionales y mantenerlos controlados por la opinión pública, la supresión sería sumamente imprudente. Pero deberíamos reclamar el derecho a suprimirlos si es necesario, incluso por la fuerza; porque puede resultar fácilmente que no estén preparados para enfrentarse a nosotros en el nivel del argumento racional, sino que comiencen por denunciar todo argumento; pueden prohibir a sus seguidores que escuchen un argumento racional, porque es engañoso, y enseñarles a responder a los argumentos con el uso de sus puños o pistolas.
>
> Por lo tanto, debemos reclamar, en nombre de la tolerancia, el derecho a no tolerar a los intolerantes. Debemos afirmar que cualquier movimiento que predique la intolerancia se sitúa fuera de la ley y debemos considerar la incitación a la intolerancia y la persecución como un delito, de la misma manera que debemos considerar la incitación al asesinato, al secuestro o al resurgimiento de la trata de esclavos como criminal.[24]

Nuestras sociedades han parecido entender, ciertamente, la capacidad elástica de su tolerancia: los fenómenos populistas en la región —incluido el trumpismo en los Estados Unidos— no han recibido respuestas violentas de los procesos políticos que les sucedieron. Más bien, ha sido a la inversa, como expresa el bolsonarismo en Brasil. La intolerancia ha estado también en la vereda de Ortega, López Obrador, Evo o Correa, por mencionar algunos ejemplos preclaros. La 'grieta' ha sido el método usual.

No, la respuesta al problema populista no es la exclusión. No es la persecución ni la proscripción. No es la violencia simbólica de la intolerancia ni la reducción del pluralismo a un acto de presentación de certificados de amplitud democrática. No es la violencia física, por supuesto. Dice Jan-Werner Müller en *What is Populism?* :

> En tanto los populistas permanezcan dentro de la ley —y no inciten a la violencia, por ejemplo—, los otros actores políticos (y los miembros de los medios) están bajo alguna obligación de abordarlos. Cuando ingresan a los parlamentos, representan a los electores; simplemente ignorar a los populistas está destinado a reforzar el sentido de esos electores de que las «élites existentes» los han abandonado o nunca se han preocupado por ellos en primer lugar. Sin embargo, hablar con populistas no es lo mismo que hablar como populistas. Uno puede tomar en serio sus reclamos políticos sin tomarlos al pie de la letra. En particular, no es necesario aceptar las formas en que los populistas enmarcan ciertos problemas.*25

El viejo Umberto Eco postulaba una idea próxima cuando se refería a la tensa relación entre olvido y perdón tras la salida de Italia del fascismo de la Segunda Guerra. Si uno reprime, genera neurosis, escribía. Pero, insistía, si la reconciliación significa compasión y respeto hacia aquellos que combatieron su guerra de buena fe, «perdonar no significa olvidar».26

LA BATALLA LIBERAL: «SHTRONGETUGGEDA» *VERSUS* STARBUCKS-ZEN

El populismo idealiza el pasado, pero olvidar la Historia o no aproximarse a ella con ánimo crítico es igualmente erróneo. Toda sociedad moderna debiera repensar a menudo y (re)construir nuevas referencias políticas, símbolos y relatos sobre las

experiencias nacionales. No con ánimo mitificador, sino con espíritu racional. Sin duda, perderán cuerpo los nacionalismos rabiosos y habrá espacio para una cosmogonía de base universalista.

El populismo ha enseñado a los partidos —que quisieron aprender— que deben prestar atención al electorado y construir política con un oído, una pierna, brazo y ojo en la calle: si desoyen a las masas, las masas acabarán haciéndose oír con un Amado Líder. El mundo que vivimos nos dice mucho de eso.*

Amado Líder es alérgico a la democracia, pero no el discurso de mayor representatividad en el que bebe el populismo. El diagnóstico populista en muchas ocasiones no yerra al identificar problemas. Otra discusión es el objetivo último y el método, en especial de los populismos autoritarios. No puede negarse que Trump expresó severas falencias de la representatividad y la agenda política de los Estados Unidos como Chávez lo fue del consenso democrático venezolano o el peronismo lo es de una enorme proporción de la cultura argentina. Pero hay opciones de populismos que permanecen en el marco de la democracia que han sacudido a la clase política y permitido corregir el camino.

Por eso, quiero regresar a una escena del pasado reciente, donde un populista democrático —hijo de la tradición estadounidense— dio lecciones de qué tipo de dirigencia es posible.

> En la mañana del lunes 25 de julio de 2016, a horas del inicio oficial de la Convención Demócrata en Philadelphia, desayuné con una extrañeza reconfortante. Bebí café, probé un croissant con almendras y degusté el penúltimo ejercicio de convicción política de Bernie Sanders: cuando su gente, reunida para escucharlo, comenzó a abuchear a HRC, Sanders El Honorable, movió la boca como un abuelo un poco cansado de haber agitado tanto al nieto que se le puso levantisco, y cambió el foco. En vez de entrar en un juego de retórica inflamada, sacudió la cabeza y, sin despegar los brazos del estrado, dijo: «Trump». Y cuando segundos después el griterío era un estruendo que reclamaba por él y no por Hillary como candidato demócrata, Sanders elevó la mano y otra vez no vaciló: pidió parar a Trump, *again*.
>
> Diez segundos más tarde, el abuelo adoctrinó de una sola pasada a toda esa rebeldía embroncada y sin fueros: «*Real politics is not necessarily sexy*», dijo, como si luego sólo quedase cerrar el pico, bajar la cabeza y tomar la sopa. La frase es un brillante resumen de madurez y, por supuesto, realismo. Después de tragar clavos de acero durante toda la campaña ninguneado por los barones del Partido, Sanders se sacudió de los hombros la derrota electoral y la caspa y dedicó algún

tiempo a jugar al ajedrez político. Esperó. Y a última hora, cuando ya no quedaba *pundit* sin reclamarle que dejase de fastidiar y concediera la victoria, confirmó su apoyo a Hillary. En medio, sus bases hacían saber al partido que no podrían negarle espacio y calentaban los programas de TV y Twitter mientras Sanders El Honorable dibujaba casillas sobre el mantel y llenaba cada una con un *policy* a negociar con los jefes del Partido Demócrata. En privado, Sanders convirtió su derrota de candidato de primaria en una victoria de estadista.

Pero estábamos en la mañana del lunes 25 y, bajo el calor de *Philly*, las bases de Feel The Bern ya no parecían una banda de *millennials* y hippies de Peace & Love sino el Ejército de Trotsky en proceso de sublevación. Cada vez que Sanders mencionó la necesidad de apoyar a Hillary, la multitud abucheó, chifló, gritó, pidió su nombre y estiró una queja que se balanceó entre el enojo comprensible y el *tantrum* de un niño de tres. En cada una de esas ocasiones, Sanders, que no es un general ni un jerarca, sino un viejo astuto y un buen lector del escenario político, respondió levantando en la palestra los pilotes de cualquier educación socialista: sin necesidad de ser más explícito, ante al fervor jacobino, hizo la mueca cansada de quien ha visto la pataleta antes y pidió no confundir adversario con enemigo. A callar, mocosos.

Hillary y el *establishment* demócrata, a sus ojos y sin dudas, son una contradicción secundaria. Trump y el republicanismo medieval, la primaria. El problema central de su revolución política, les dio a entender, no es HRC, sino todo cuanto Donald Trump y este Partido Republicano representan: ignorancia, divisionismo, exclusión; segregación, racismo, xenofobia, violencia; intolerancia y fanatismo, anti intelectualismo y anti secularismo; dogmas; un mundo de privilegios y exhibicionismo rampante en la cara misma de los cagados de toda fortuna; todas las malas horas del capitalismo más burdo, rapaz, desconsolador e indiferente.

Errar en ver eso, supone Sanders, es falsear las prioridades y empujar a los Estados Unidos —y al mundo— a la incertidumbre en manos de un autócrata anaranjado que se cree por encima de todo y todos, dueño de la soberbia elemental y patotera, vandálica, de un tirano de los trópicos o la tundra rusa. Es democracia versus una versión improvisada del putinismo.

Es comprensible el enojo de la multitud que sigue a Sanders —los ha jodido su propio partido dentro mismo de su propio partido—, pero crecer es doloroso: la batalla es afuera, no adentro. Por eso por la noche, durante su discurso en la Convención, Sanders demostró qué piensa como estadista: puede perder la elección, pero no la disputa ideológica. Después de las palabras impecables de Michelle Obama —el discurso presidencial más inspirador viniendo de quien no compite por nada—, Sanders eligió el camino de la *polity*, de la razón por sobre el

corazón. Anunció, en público, los compromisos de HRC que retoman las principales banderas de Feel The Bern: entre otras, un seguro de salud público, universidades gratuitas, medicamentos asequibles; una reforma migratoria razonable; controlar y restar poder a Wall Street; modificar los estatutos de financiamiento de los partidos políticos para que los millonarios no secuestren el proceso político, con dinero y cabildeo, al 99 por ciento de los ciudadanos.

Es extraño ver a un perdedor tan ganador como Bernie Sanders. Perdió la elección, pero jamás renunció a su proyecto. [. . .] Sanders ha estado cada minuto viendo el futuro: una revolución política que ya ganó la disputa discursiva, hoy debe dar la batalla política en 2020 y la electoral en 2024.[27]

La agenda electoral del Partido Demócrata en 2016, merced a que la incontestable campaña de Sanders hizo inviable su exclusión, fue la más progresista jamás construida en los Estados Unidos desde el New Deal de Franklin D. Roosevelt, más de 85 años atrás. Sanders perdió las elecciones primarias pero condicionó la agenda de HRC para la elección general. Su victoria intelectual podría modelar el Partido Demócrata por décadas. [. . .]

Sanders elevó su discurso a estatura de jefe de Estado antes que de candidato de salida: más argumentos que sensiblería. Ante eso, las cámaras de televisión mostraron escenas extrañas, propias de nuestras sociedades telenoveleras y calenturientas más que de los actos políticos de los Estados Unidos, que son más operaciones de pudor controlado que un desafuero de amores. Cuando subió al estrado, Sanders debió comenzar su discurso tres veces, cada una de ellas sin poder pasar apenas de unas palabras, interrumpido y silenciado por una ovación que no parecía tener intención de detenerse jamás. Decenas de personas —señoras mayores, ancianísimos caballeros, chicas y chicos muy jóvenes— lloraban mostrando sus carteles de Bernie como si fuesen puños en alto, entregadas al último duelo frente al único candidato que combinó emoción con inteligencia en partes sólo imposibles de creer sólo para un animal que tenga grava en lugar de cerebro. La histeria colectiva era palpable, paralizante. Sanders era un *beatle*, el chico más sexy de la clase a los 74 años, Guevara o Springsteen, un Obama judío encorvado con canas como un nido revuelto peinadas para la ocasión y su adorable acento de carnicero de Brigton Beach.

—*Shtrongetuggeda*.

Muchas de esas personas conocen ya de derrotas progresistas. La izquierda estadounidense es un paria que ha debido hablar de socialismo democrático en privado pues vive en un país que sólo tolera a los rojos, si son del Partido Republicano. Los veteranos han dado ya su mejor revuelta, en muchos casos la última, pero los más jóvenes tienen frente a sí un panorama prometedor: un discurso, tiempo, su

> primera derrota para reforzar carácter. En la noche del lunes 25 de julio de 2016, ante su gente, para el mundo y el oído de su candidata presidencial, Bernard Sanders de Brooklyn, senador por Vermont, confirmó de qué madera está hecho un líder. Él calcula cómo avanzar paso a paso inmediatamente después de un tropiezo mientras los demás aún no saben cómo escapar del pantano de la derrota circunstancial. No hay revolución sin compromiso y Sanders El Honorable, que ha construido una carrera indudable, seguirá empujando su joroba hasta que no tenga zapatos ni voz.[28]

Es imprescindible recuperar la esperanza. No habrá posibilidades de ganar al populismo en tanto los demócratas no recreen una utopía que caliente las gónadas y los ovarios de la gente: que vuelvan a creer.[*29]

Dice Mark Lilla, en *The Once and Future Liberal:*

> En una democracia, la única forma de defenderlos de manera significativa [a las minorías y los marginados], y no sólo hacer gestos vacíos de reconocimiento y 'celebración', es ganar elecciones y ejercer el poder a largo plazo, en todos los niveles del gobierno. Y la única forma de lograrlo es tener un mensaje que atraiga a la mayor cantidad de personas posible y las reúna. El liberalismo identitario hace todo lo contrario.[30]

MI IDENTIDAD ES MÍA-MÍA-MÍA

Liberalismo identitario. Vaya asunto.

Hay un riesgo con la política identitaria: la atención a las particularidades puede afectar la disputa por el poder. Cuando batallas contra movimientos de vocación hegemónica, disputas en un campo de batalla ancho, no en uno sembrado de microidentidades. No vas contra Amado Líder armado —como Hillary— de más de una docena de temas que conectan con públicos específicos cuando del otro lado el populismo trabaja con brocha gorda para pintar al mayor número de personas. En 2016, el Partido Republicano puso en la mesa dogmas de fe; Hillary compitió con políticas para cada segmento de su electorado. De un lado había miedo al cambio y Trump les proveyó seguridad de que las cosas serían como antes. Del otro, había una canasta tan amplia de particularismos que resultaba difícil procesarlos; más aun, su implementación demandaba una multitud de transformaciones en materia ambiental, macro y microeconómica, identitaria, educativa,

cultural y seguía la lista. Ganó Hillary —tuvo más votos—, pero a la vez desnudó la distancia entre una nación —las costas más liberales, las grandes ciudades— y otra —el interior profundo, los pueblos pequeños.

Por supuesto, un lector hiperconectado y cosmopolita puede zambullirse en todas estas variables, pero esos son demasiados *talking points* sobre la mesa del café del viejo Bob en Wichita. Microidentificarse en medio de una disputa por el alma de la democracia puede ser contraproducente cuando la necesidad primordial es unir lo diverso en una identidad común a todos —la ciudadanía— frente a un adversario fragmentador. Las diferencias manifiestas poseen tendencias centrífugas mientras que una ciudadanía común nos pone en la misma barca. Es solidario, no identitario.

Lilla cuenta el origen del discurso identitario como un subproducto de las batallas políticas de los años '60 en los Estados Unidos. Por entonces, los luchadores sociales provenían de la clase trabajadora o comunidades del campo y se habían formado en clubes políticos o trabajando en una tienda ganando el salario mínimo: no les contaban el mundo, lo vivían. Sus hijos, en cambio, crecieron en barrios menos integrados y más espaciados, en los suburbios, y fueron a escuelas progresistas que maduraron sus cerebros con ideas de un mundo mejor. Pero a la vez que esos cerebros se volvieron más liberales, también se aislaron de la vida real en una burbuja autoindulgente, distinta y distante de la sociedad conflictiva que debieron asumir y superar sus padres. «Ese mundo se acabó», escribe Lilla:

> Los activistas actuales están formados casi exclusivamente en nuestras universidades y *colleges* tanto como son miembros de profesiones mayormente liberales como el derecho, el periodismo y la educación. La educación política liberal ahora tiene lugar —si es que eso ocurre— en campus que están en gran parte separados social y geográficamente del resto del país, y en particular del tipo de personas [—los obreros—] que alguna vez fueron la base del Partido Demócrata. No es probable que esto cambie. Lo que significa que las perspectivas del liberalismo dependerán en gran medida de lo que suceda en nuestras instituciones de educación superior.[31]

Mirando ese mundo desde los años '70, dice Michiko Kakutani, el historiador Christopher Lasch construirá su tesis de una cultura del

narcisismo que pondera la autogratificación y el hallazgo del balance individual. Lasch veía en el narcicismo una reacción contra el cambio. «En su libro de 1979 *The Culture of Narcissism*», escribe Kakutami, Lasch «argumentó que una cínica "ética de la autopreservación y sobrevivencia física» había afectado a los Estados Unidos, un síntoma de un país lidiando con la derrota en Vietnam, un creciente estado de ánimo pesimista, la cultura de los medios de comunicación centrada en la celebridad y la fama, fuerzas centrífugas que estaban reduciendo el papel que desempeñaban las familias en la transmisión de la cultura».

El triunfo del 'yo' nos ha dejado con una inconfundible plétora de subjetividad: ahora no pensamos, creemos; ahora los conflictos no inciden, los sentimos. El resultado es complicado, dice Kakutani. «Con este abrazo a la subjetividad vino la disminución de la verdad objetiva: la celebración de la opinión sobre el conocimiento, los sentimientos sobre los hechos».[32]

Lilla y Kakutani no están solos. En 1994, David Rieff alertaba sobre un riesgo subyacente del identitarismo, la «fetichización de la diversidad», que es más «un encantamiento, una esperanza piadosa y una construcción despojada de toda fuerza que una realidad» cuyo propósito es reconciliar todas las contradicciones. «Una valla publicitaria en Santa Mónica Boulevard en Los Ángeles encapsulaba muy bien este asunto cuando decía "Dejemos que nuestras diferencias se muestren en nuestros alimentos, no en nuestras actitudes"».[33]

Los nuevos activistas han hecho un esfuerzo significativo por explorar y entender sus propias identidades en ocasiones tras dolorosos procesos de introspección y búsqueda y confrontación con otros, pero también eso pudo retraerlos, no necesariamente de otras identidades, sino de la conflictividad general. Es una curiosa paradoja: son luchadores sociales privados: *Yo peleo este campo, tú aquel, pero no te cruces, porque ni eres género líquido ni vegano ni pro-Pilates.*

El particularismo acaba por crear una visión de túnel y no es nada inusual que los militantes vayan como caballos con anteojeras en un camino recto donde toda mirada lateral es conflictiva, por convicción o porque permitírsela puede implicar una sanción social. Si se parece a ciertas formas del absurdo comisariado político de los marxistas de los años '70, pues, vamos, pato-que-camina-como-pato seguro no es gallina.

La política identitaria está hecha de piel fina, una epidermis de papel de arroz. Cualquier roce genera una urticaria social seguida de una reacción extemporánea donde el 'ofendido' se exaspera en público esperando el inmediato apoyo de su tribu. Y la tribu deberá reaccionar con un respaldo visible, de modo de dejar clara su pertenencia irrenunciable al grupo, pues la duda no es tolerada: la sospecha de disentimiento con la identidad común amerita castigo social, ostracismo incluido. Si alguien no cree aquello que el grupo defiende como verdad única de su identidad, será segregado y posiblemente combatido. Hay algo excesivamente hormonal, tal vez juvenil, definitivamente emocional y, a la vez, preocupante en tanto nervio suelto.

El identitarismo es, en sí, pseudo-política, una suerte de transformación camaleónica que modifica la conciencia de un pequeño grupo de individuos pero rara vez contribuye a una transformación general y beneficiosa para toda la sociedad, pues ante el primer codazo 'el identificadito' antepondrá la protección de su identidad y regresará al capullo. La política identitaria ha convertido cada subgrupo político en una entidad absoluta que reclama la misma —si no más— atención que todas y cada una de las demás identidades, estableciendo una competencia coral que en ocasiones se exhibe como un chillido de mil voces, confuso y aturdidor.

Es una demanda moralista, pueril. La identidad particularista excluye porque demanda un carnet perfecto: has de ser no-blanco, defender la Amazonia, animalista radical, ciclista o peatón —¿un Prius te excluirá?— y, en lo posible, no negar tres veces en público a la buena Greta Thunberg o pecarás de traidor a alguna de tus múltiples microidentidades.

Tienen, sí, un enorme peso simbólico, que en ocasiones no alcanza. Patricio Navia, de New York University, rescata el valor de los símbolos:

> Cuando el hijo gay de una familia rica sale del closet, toda la comunidad gay lo celebra: la inclusión simbólica de algunos en la élite implica un cierto intento por reconocerlos a todos. Las políticas identitarias se potencian con la exclusión. La cuestión simbólica es importante. Los Estados Unidos tienen el mito del Sueño Americano: *Everyone can make it.* Pero América Latina no tiene ese mito. Tenemos exclusiones, y no son simbólicas. Brasil es mitad negro, Venezuela igual, pero la clase política de ambos es históricamente blanca.

> ¿Cuántos líderes negros hay en la Revolución Cubana? En Chile se repiten los apellidos de la élite, que van a los mismos colegios.

[·]

Las luchas de la izquierda por mejores salarios o condiciones de trabajo o el activismo de los movimientos ecologistas por la sostenibilidad ambiental reconocen similitudes con las batallas sociales de los movimientos feministas de los años ‘60-‘90, las demandas de democracia durante las dictaduras latinoamericanas o el movimiento de derechos civiles en los Estados Unidos: son batallas por la ciudadanía, por incluir al conjunto más ancho posible de individuos, grandes asuntos sociales que comprenden a vastas mayorías.

En las décadas de los ‘70 y ‘80 esas disputas comenzaron a angostarse y siguieron haciéndolo hasta hoy, cuando la identificación como ciudadano es secundaria a la pertenencia a un grupo social menor, la identidad.

Metafóricamente, las revoluciones han quedado reducidas a batallas de emos contra punks —y dentro de ellos, sólo los emos de pelo negro y ovovegetarianos contra punks con una cadena entre la nariz y el lóbulo izquierdo y crestas verdes. La sociedad se vuelve una suma de compartimentos y claustros de autoidentificación que deben negociar sus fronteras con otros grupos como si fueran clanes. Si alguien discute un filamento de la identidad ajena puede quedar fuera del círculo de aliados. No hay tolerancia sino aislamiento, una curiosa reinterpretación del *motto* no intervencionista: no me toques, no te toco. Un retroceso bajo la pátina del discurso progresista. El triunfo de la subjetividad.

Lilla, otra vez, en *The Once and Future Liberal*:

> Y entonces la gente comenzó a hablar en lugar de sus identidades personales en términos del homúnculo interno, una cosita única compuesta de partes teñidas por raza, sexo y género. El desafío de JFK ‘¿Qué puedo hacer por mi país?’ —que había inspirado a la generación de principios de los años ‘60— se volvió ininteligible. La única pregunta significativa se convirtió en una profundamente personal: ¿qué me debe mi país en virtud de mi identidad?[34]

Esa aproximación a la vida política no construye política, la destruye. No ciudadaniza, individualiza. La derecha subsume las diferencias a una identidad nacional monolítica; la izquierda crea

múltiples nano-identidades que fetichizan la autoafirmación y la hunden en el campo vacío de la autoayuda. La des-ciudadanización niega el conflicto inmanente y evidente que existe en la diversidad cultural real entre las personas y pretende fundir todas esas resistencias normales de la vida en sociedad en una unicidad donde cualquier contradicción es aplanada o negada. No son colectivos los que entran en conflicto sino individuos en crisis. Y sin embargo, hay materia gris académica que le da una mano de barniz relevante y legitimador a la búsqueda pos-posmoderna del micro-yo.

Todo movimiento político efectivo debe permitir que el individuo se identifique, que el yo sea parte del conjunto, pero deja de ser cuando ese yo es prioritario a la visión de conjunto. La disputa por el poder demanda uniones bastante miserables con gente con la que no irías a tomar un café ni mucho menos invitarías al cumpleaños de tu madre. Pero la vida en sociedad incluye los codos ajenos y las malas caras.

El identitarismo —¿no suena a enfermedad bacterial?— despolitiza porque retira al individuo de la polis y le construye una cómoda y atemperada burbuja de acrílico transparente con vista al mundo mientras una voz profunda le recita 'tú vales, tú eres importante, tú eres único'. Lo convierte en un individuo superado. Y si, por lo tanto, alcanza cierta autoconciencia personal, ¿quién necesita volver a la sociedad cuando el grupo de pares comparte el mismo tipo de sensaciones?

La mirada de la política identitaria es interior, jamás hacia el mundo, que siempre es agresivo con la integridad personal. Es curioso, pero ser distinto implica renunciar a toda diversidad —a la vida real— para conseguir la igualdad con una microtribu que se ufana de sus atributos puros. Por donde se lo mire, no suena muy bien.

Rieff:

> En cierto sentido, este proceso de segmentación, ya sea expresado en la fractura de la 'alta cultura' —como se ha entendido tradicionalmente en universidades e instituciones de arte— en grupos estrechos y autorreferenciales, o la proliferación de canales de televisión, cada uno aparentemente dirigido a una audiencia mucho menor de la que los magnates de la televisión de la era antigua estaban interesados en alcanzar, o la multiplicidad de grupos de afinidad en los que la gente se define a sí misma en términos de haber experimentado algún evento traumático o de estar sujeta a alguna patología del comportamiento, es

menos la característica de un Estado-nación en el sentido tradicional del término que de un mundo.[35]

Necesitamos un liberalismo cívico, social —de brocha gorda. Si cada subgrupo prioriza su esfera de discurso, entonces no hay diálogo ni intersección sino cercos identitarios impenetrables. Todo intento de vulnerarlo será equiparado a una violación de mi integridad. La moralina gana. «El tabú reemplaza al argumento», dice Lilla. «Las proposiciones se vuelven puras o impuras, no verdaderas o falsas».[36]

La única nacionalidad posible que ofrece el *identitarismo* es el *Starbucks-zen*, un ciudadano que alcanza la plenitud y pretende vivir en un universo acolchonado, sin espinas ni vidrios rotos, cómodo consigo mismo y su pequeño grupo de gratificación y respaldo. Microbatalladores, han hecho del 'nosotros' amplio y espinoso un 'yo' algodonado, y a partir de la suma simple de múltiples 'yo' crearon un 'nosotros' compartimentado que está obligado todo el tiempo a pisar con cuidado para no irritar la epidermis ajena.

Es romanticismo rosado. Banal. Compartimenta a tal extremo que no puede sumar en la diversidad. Cada grupo marcha con bandera propia, un evangelio parcial y marginal; todos reproduciendo la pureza ideológica de las izquierdas, incapaces de asumir las contradicciones ajenas como secundarias para enfocarse en disputar poder real en conjunto. *Espejito-espejito, dime quién es más trotskito.*

Recuerdo una marcha de la que participé en Buenos Aires, en los años '90. Era aun demasiado joven y todavía iluso. Aquello era multitudinario: *hard core PC,* maoístas —nadie es perfecto—, radicales argentinos —que por supuesto no son radicales aunque sean *argies*—, demócrata-cristianos —madre de dios—, miembros del Partido Intransigente —que acabó siendo todo lo contrario— y peronistas progresistas —hay, o había—, todos caminando contra el gobierno neopopulista de Carlos Menem. Cantábamos, nos sentíamos parte de una gran historia: le habíamos contado las horas al neoliberalismo perverso de *El Turco, Carlo I de Aniyaco*. Llamaron a la movilización la 'Marcha Federal', porque se suponía que incluía a toda la república. Miles llegamos desde cada esquina del país, cada uno de esos miles con su propio grupo, y cada grupo dentro de un rectángulo acordonado con cintas sostenidas por militantes encargados de, vaya, la seguridad. Juntos, pero no mezclados:

microidentidades perdedoras. La marcha fue en julio de 1994; menos de un año después, Menem era reelegido por la mitad de los argentinos.

La mirada romántica del ciudadano *Starbucks-zen* es subjetividad pura. Una nueva religión, otro evangelismo. La sociedad debe acepar mi yo, mi particularidad. Mi dios es el individuo satisfecho. Son militantes de Instagram que incendian Twitter con proclamas; la medida del éxito se mide por cientos o miles de inmediatos respaldos *fraternitos* o *sororos*. El mantra de profesor de yoga y temazcal en tu hotel de vacaciones de verano. Deepak Chopra *meets* El Che. Autenticidad, espontaneidad, autointerés y autorrealización: integridad del ser. Megacampañas en Twitter y *The 5 Simple Fixes That Will Make You Healthy*. Cada acto es una búsqueda de reafirmación personal y un pedido al éter virtual para ser protegido de las contradicciones de la vida en sociedad, que produce una sobrecarga psicológica que altera la paz interior y daña la homeostasis de la tribu, creyente convencida de que todos debieran vivir sin ser molestados, como si fueran miles de tiernos unicornios trotando por una suave pradera de *My Little Pony* —con wifi.

No ganaremos así.

GROW UP, LITTLE PONY

Recuerdo a menudo un delicioso *gif*: una manifestante jovencísima golpea a un policía con uno de esos fideos de poliuretano que usamos para flotar en las piscinas. La escena puede estar localizada en una ciudad europea o gringa, quizás Seattle. El policía es un Obelix con unos bigotes indiscutibles de vikingo que sobresalen bajo la visera del casco. La manifestante, pequeña y tierna, pega y pega y pega con su fideo plástico sobre la visera del gordo, pero lo hace con extrema liviandad, como si fuera incapaz de agredirlo y apenas pudiera marcar el ritmo de una canción infantil. En un momento, ya harto de tanta incomodidad anecdótica, Obelix se saca de encima el fideo de poliuretano con un manotazo menor, como quien ahuyenta a un mosquito insolente, pero con tan mala fortuna que el flotador de piscinas rebota con su escasísimo peso en el rostro de la manifestante. Crisis terminal: la chica se arrodilla en el piso dando chillidos aterradores como los marranos cuando acaban de cercenarles el cuello. Un compañero —un muchacho pelilargo y delgado— se acerca a consolarla. Obelix no mueve un dedo. El

video no produce solidaridad con la manifestante, sino risa: las maneras inofensivas, la represión inexistente, la sobreactuación del daño. *Starbucks-zen.*

Hay hambre fuera, hay legiones dispuestas a votar por Amado Líder con las gónadas y los ovarios, hay una pérdida creciente de espacios colectivos, las policías reparten palos cada vez con más normalidad —no Obelix, los que andan con *riot gear* como si hubiera una guerra en cada calle—, pero ¿acaso no estamos mejor ahora que somos seis y coincidimos en todo en nuestros pequeños mítines de Zoom, *amigues*?

Más allá de cada elección individual, debemos asumir responsabilidades hacia los demás. Es un trabajo odioso que demanda tiempo, arroja resultados mediocres y agota la paciencia, pero es el único posible. Sólo somos seres humanos en tanto gregarios y sociales. Conviviendo.

La política es aburrida, tediosa y burocrática; es liberadora cuando genera resultados que las burocracias legalizan y las sociedades aprenden a legitimar con el tiempo y mucha mano izquierda. El bienestar común integra al individuo, pero no tiene nada que ver con tus afinidades personalísimas, *Little Pony*.

Si no se organizan los colectivos en pos de objetivos macros, de asuntos sociales amplios —para disputar el poder omnímodo a Amado Líder, por ejemplo—, todas las batallas que quedan son disputas más o menos privatizadas. Cada grupo identitario se asemeja a una membresía del Rotary Club: entran los que tienen carnet y el carnet sólo se consigue tras atravesar una criba muy fina, exclusivista. «La identidad no es el futuro de la izquierda», escribe Lilla. «No es una fuerza hostil hacia el neoliberalismo: la identidad es reaganismo para izquierdistas».[37]

Por Twitter circula un magnífico video de TikTok del actor chileno Cristián Riquelme Croquevielle. El video muestra a un melenudo que continúa como si nada su caminata por el pasillo de su casa aun después de darse con el hombro en el marco de una puerta. En la pantalla se lee ‘Nacidos en 1970’. La escena luego se repite para generar una risa compartida: el mismo actor se choca la puerta, con el hombro y la mira con cara de ‘¿quieres pelea?’ (‘Nacido en 1980’, dice); los nacidos en 1990 se golpean, se duelen un poco y prosiguen la caminata protestando, quizá, por la inconveniencia de esa puerta de estar *justo* ahí. Pero es cuando llegan los nacidos en el siglo XXI que todos sabemos que se desatará

la risa: los pobres chicos se golpean el hombro, caen al piso haciendo un escándalo y, envueltos en un dolor que parece mortal, se detienen, se sacan una selfie posando la congoja y tuitean: «#SoyVictimaDeUnMuro #MuroHater #CasasSinMuro #HaganAlgo».

El video no tiene que ver con los nacidos con el siglo, digo yo, sino con una actitud: la piel-de-papel-de-arroz. Vivir en sociedad es difícil; asumir sus contradicciones, complicado. Pero reconstruir democracias dañadas demanda rasparse la epidermis, meter un parche y seguir. Tu movimiento, *Little Pony*, está bien, pero desbancar a Amado Líder exige estrategias electorales para el conjunto. Ocupar las calles y vociferar en Twitter es apenas el inicio de un largo camino. Organizarse exigirá que muchas de esas elecciones individuales deban pasar de asiento en asiento hacia el final del bus mientras adelante se acomodan las demandas más masivas.

La creencia en la absoluta preponderancia de la persona ha construido sociedades crecientemente individualistas donde el 'yo' —la autoafirmación, *lo personal es político*, las elecciones — parece haberse convertido en un asunto de fe, verdadero ya desde su enunciación. Si una creencia no puede ser sometida a escrutinio y discutida, es un dogma No hay sociedad posible cuando el derecho individual es absoluto: el tironeo en defensa de la quinta desmembra al conjunto; ganan los malos.[38]

En la fragmentación y la política identitaria se pierde la perspectiva general de que las creencias de cada grupo pueden discutirse y balancearse dentro de un colectivo más amplio y poderoso. En esa lógica, cada segmento conserva su jovial singularidad, pero ve disminuido su poder para cambiar las cosas pues es incapaz de postergar el autointerés en beneficio de una mayor necesidad colectiva, una cuya identidad abarcadora es la ciudadanía genérica, compartida. Los hombres, decía Hannah Arendt, son seres condicionados porque todo con lo que entran en contacto se torna de inmediato en una condición de su existencia.[39]

Sin ese espacio común, la posibilidad de Amado Líder gana peso o, si ya actúa, mayor presencia.

NO HAY VACUNA CONTRA EL CARISMA

Esto sonará denso: la creencia generalizada de que algo malo

sucederá acaba por cumplir la profecía pues, al rendirnos progresivamente a lo que parece inevitable, producimos las condiciones para su ocurrencia: nos dejamos ganar por un fenómeno que aun no se ha manifestado completamente, pero que muestra señales convincentes de que lo hará. Esa apatía —o mejor, renuncia consciente— es el complemento del aforismo que Edmund Burke escribiera a su amigo Thomas Mercer: «La única cosa necesaria para que triunfe el mal es que los hombres buenos no hagan nada».

La frase representa una versión breve de un razonamiento político más amplio. Burke creía que mientras los hombres están vinculados pueden fácil y rápidamente comunicar la alarma ante cualquier evento maligno. Comparten consejos y pueden unir energías y fortalezas. Pero si están dispersos y desconcertados, sin orden ni disciplina, el intercambio es incierto; el consejo, complejo, y la resistencia, impracticable. Seguía Burke:

> Donde los hombres no están familiarizados con los principios de los demás, ni tienen experiencia en los talentos de los demás, ni practican en absoluto sus hábitos y disposiciones mutuas mediante esfuerzos conjuntos en los negocios; sin confianza personal, sin amistad, sin interés común, subsistiendo entre ellos; es evidentemente imposible que puedan desempeñar un papel público con uniformidad, perseverancia o eficacia. En relación, el hombre más insignificante, al aumentar el peso del todo, tiene su valor y su utilidad; fuera de esa conexión, los mayores talentos son totalmente inservibles para el público. Ningún hombre que no esté inflamado por la vanagloria en el entusiasmo, puede jactarse de que sus esfuerzos únicos, sin apoyo, inconexos y asistemáticos tienen el poder de derrotar los sutiles designios y las cábalas unidas de ciudadanos ambiciosos. Cuando los hombres malos se combinan, los buenos deben asociarse; de lo contrario caerán, uno a uno, en un sacrificio impío en una lucha despreciable.[40]

En su magnífico *Por qué leer los clásicos*, Italo Calvino convida algunas definiciones personales a modo de guía epistemológica para acercarnos al conocimiento, trashumante y expandido con cada generación. Una de ellas dice que cada relectura de un clásico es una lectura de descubrimiento como la primera. Otra, inmediatamente posterior, sugiere: «La primera lectura de un clásico es, en realidad, una relectura».[41]

Calvino expone dos procesos de lectura como descubrimientos. En el primero —cada relectura es un descubrimiento— postula que

nuestra aproximación a un objeto o una idea cambia con el tiempo. Como en el *heráclito río*, donde no nos bañamos dos veces en las mismas aguas, tampoco leemos dos veces de la misma manera. Nuestra mirada se ha transformado y eso modifica al objeto. La segunda idea se aproxima a toda epifanía, es un *déjà vu* esperando por nosotros: lo que vivimos hoy no es necesariamente nuevo.

Calvino suponía que nuestra primera lectura de un clásico es en realidad una manera de revivir lo que la cultura ya nos ha exhibido de múltiples maneras pues tiene incorporada las enseñanzas de esas ideas al tejido de la transmisión de conocimiento de generación en generación.

Pienso en estas ideas cuando miro fenómenos de rebelión social como el voto nihilista y cabreado: que nos sorprenda hoy —o que sorprenda a ciertos grupos sociales o a ciertas sociedades— no implica novedad. Puede que en algunos países —y es raro que así sea— no hayan existido movimientos nacional-populistas con discursos salpimentados por izquierda o derecha, pero la experiencia humana de múltiples otras naciones los tiene revistos en demasía. El intercambio incesante informa al ciudadano global. Cerca y comunicados somos más, diría Burke.

Pero aun cuando esa experiencia parezca nueva —incluso si mucha gente no se informa de la experiencia ajena— es más que probable que sólo lo sea para mi ignorancia. La Historia suele tener pliegues que olvidamos con facilidad porque nuestra memoria es frágil, nuestros cerebros están saturados y, en no pocas ocasiones, no nos enteramos o decidimos, activa y conscientemente, no recordar.

I hate to bring some bad news —no, I don't— pero todos esos sueños de un mundo mejor alimentados durante la pandemia, por ejemplo, pueden ser vanos. Poco sucederá, y ojalá suceda algo de lo significativo. Yo mismo he pedido —pido— el regreso del Estado de bienestar y la construcción de una ética colaborativa. Pero esas aspiraciones sólo se realizarán si dirigentes locales e internacionales están también alineados con ese mundo posible o la sociedad cree que puede parir esos liderazgos por sí misma.

Pero no: la mayor parte de esas ideas son producto del ánimo de circunstancia, un *boost* de adrenalina que nos empuja a creer que el cambio está al alcance de la mano. Sin ir demasiado lejos en el recuento de la esperanza, ha pasado demasiadas veces y demasiado cerca.

Prueba al canto: Barack Obama. Cuánto entusiasmo, carajo de los carajos. El gran híper mega cambio, ¿no? Ahí estaba, sí-sí: la progresía, la izquierda al poder.

Y no.

No estuvo mal, claro.

No.

Pero tampoco fue todo lo deseado. *Y está bien.*

Obama fue un centro moderado, inteligente, conversador, debatible y debatidor. Un tiempo de discusión de ideas. Y, también, un mal alimento para los liberales: nos hizo creer que todo era posible. Por joder siendo técnico: sobrevaloramos las condiciones objetivas, compañero.

Introducir cambios demanda más que buena voluntad. Requiere organización, disputar el poder sin cejar. Otra vez, la buena gente cerca y comunicada. Con el deseo jamás alcanza. Los discursos ayudan, pero las transformaciones se hacen metiendo las manos en el barro, la nariz en el chiquero y los dedos en los chancros. Sin capacidades para construir alternativas, los chicos malos ocuparán el centro de la escena cuando ellos sí desarrollen capacidades para tomar el control. Sobre todo, de hecho, si ya ocupan el poder.

No debiera sorprendernos, entonces, la emergencia o consolidación de un 'populismo pandémico': Amado Líder montándose sobre la crisis del coronavirus y convirtiéndose en vocero de grupos afectados de manera asimétrica por la Covid-19. Por un tiempo tendimos a creer que el coronavirus era democrático pues podía matar sin distinción de raza o clase. A medida que más supimos, descubrimos las desigualdades escondidas por su invisibilidad. Mata más a los adultos y más a los que tienen antecedentes de problemas de salud, por ejemplo.

Pero no sólo eso: el virus es socialmente discriminador. Los ricos podían esconderse en sus casas o escapar a sus casas de campo a tiempo para mantener distancia con los centros urbanos donde el contacto era mayor. Su riqueza no se vería afectada por uno o dos años de contracción global de la economía —todo lo contrario, quizás. Las clases medias aguantaban lo suyo, la mayoría perforando el colchón para tirar de ahorros si no habían perdido (o por haberlos perdido) sus trabajos. Pero los pobres, ay, los pobres, ahí la jodienda fue Jodienda con J mayúscula. Los más pobres que trabajan en las calles, en cuarentena, no tenían cómo alimentar a los suyos.

¿Más? Los jóvenes. El mundo que los Gen X, los Gen Z y los *boommers* les estamos dejando detrás de nuestra huella de carbono es para que nos escupan en fila por la calle. Y la Covid-19 no se las puso fácil tampoco. «Los *millennials* del sur de Europa habrán sufrido dos grandes crisis [la financiera de 2007-08 y la pandemia del 2020-21] antes de llegar a la mitad de sus treinta años», escribe Ivan Krastev en *Is It Tomorrow Yet?* «El 40 por ciento de los jóvenes italianos y la mitad de los jóvenes españoles no tuvieron un trabajo en la mitad de la década».[42]

Esos jóvenes ya tuvieron disputas con los adultos —los gobernantes lo son— porque quisieron recuperar su vida social acotada por las entradas y salidas de las cuarentenas durante 2020 y, más aun, 2021. Otros no tan jóvenes, en los cuarenta, también se sintieron impelidos a salir a restaurantes, teatros o conciertos; incluso estuvieron dispuestos a tomar riesgos aun con niños en sus casas. Los adultos mayores ven esa brecha intergeneracional con el alma en la garganta: una nieta joven o un hijo adulto que no puede más consigo mismo/a y necesita la disco pueden regresar a casa como portadores asintomáticos. ¿Derecho individual sobre el colectivo en una crisis de salud?

Los Estados son y serán medidos por sus respuestas a la crisis sanitaria y económica. Las naciones más ricas pueden gastar más y mejor y esa asignación de recursos ampliará sus brechas con los Estados más pequeños y menos favorecidos. El fenómeno se dará entre los países desarrollados, pero también y, sobre todo, entre el norte y el sur, en especial América Latina y África. Las naciones habituadas a turistas serán partidarias de abrir sus puertas a visitantes con pasaportes sanitarios, pero serán más reacias a dejar que sus fronteras sean perforadas por refugiados y pobres.

Los gobiernos populistas fracasaron en responder a la crisis sanitaria y, mayoritariamente, fallaron en dar respuestas a la crisis económica.* Las cifras son fríamente dolorosas. México, la nación más grande de la América hispana, atravesó una de las peores estrategias sanitarias y de supervivencia económicas, pues no hubo programa de rescate como en otros países, incluso de América Latina.** Ya en el segundo trimestre de 2021, los bancos mexicanos tuvieron una caída de depósitos y un incremento de retiros pues las familias se han gastado sus ahorros en efectivo.[43] El cierre de negocios es mayor y Ciudad de México, que concentra más del 15 por ciento de la población del país, ha perdido empleos como en los

estados turísticos, todos por encima de la media del país. «¿Conclusión? Tiene razón la economía tradicional», me dice el economista Macario Schettino, «hay que aplicar medidas contracíclicas cuando hay crisis serias».

Un populista en el poder en medio de una crisis puede correr el termostato y migrar hacia el autoritarismo si todos están encerrados, los Congresos inoperantes y la Justicia en receso. ¿Quién tomará las calles para defender qué democracia si el riesgo de perder la vida por un virus es mayor que por una bala militar? Ivan Krastev lo expone de este modo en su mirada del planeta pandémico: podemos tener miedo a infectarnos con una enfermedad mortal, pero es la ansiedad la que se hace política. Esa «difusa, desenfocada, indeterminada creencia sobre el futuro de uno mismo». «Las personas ansiosas están también enfadadas», escribe Krastev, «mientras que las personas atemorizadas no poseen el lujo del enojo, porque están demasiado ocupadas trabajando para sobrevivir».[44]

Los populistas han sido diestros para explotar la rabia y la ansiedad. «Los partidos políticos siguen perdiendo crédito y confianza como instrumentos para la política democrática», me dijo en un correo electrónico el consultor español en comunicación política Antoni Gutiérrez-Rubí. «La democracia empieza a ser irrelevante, por ejemplo, para uno de cada cuatro latinoamericanos a quienes les resulta indiferente que su régimen político sea autoritario o democrático». Sigue:

> Primero desafección, después indiferencia, finalmente ausencia. [. . .] Una democracia fatigada, harta de la política y de los políticos y con baja participación, provocada por la desafección, puede convertirse en apoyo a partidos populistas de extrema derecha, especialmente, que crecen en contextos de democracia fatigada. El problema estriba en que no hay una solución simple frente a esto. Se trata de evitar esa desafección. El populismo ofrece respuestas fáciles y simples. [. . .] Hace falta tejer un relato común, un objetivo al que dirigirse, al que apelar a ir juntos, y cambios reales y tangibles para llegar ahí.

Lo complicado, siempre, es el cansancio. ¿Hasta cuándo remar, para qué? ¿A qué?

Durante la crisis sanitaria, las personas han aparcado el enojo y mirado hacia los dirigentes expertos, pues necesitaban soluciones, pero esa decisión podría distar de ser definitiva. «Cuando termine la

etapa más aguda de la crisis actual y las personas dejen de temer por sus vidas, la ira regresará», dice Krastev.

Es preciso trabajar en reparar el daño, entonces, y pronto. Cuando estamos peor, más necesidad tenemos de aferrarnos a buenas noticias. Y ahora que la crisis pandémica acabó en crisis económica global hemos visto que —adagio chino mediante— hay oportunidades. ¿Por qué no intentar cambiar una economía que se mueve como tren de alta velocidad sin frenos? Si un Estado de bienestar en muletas o silla de ruedas fue capaz de aguantar al borde del colapso la peor crisis sanitaria en un siglo, ¿por qué no relanzarlo con *lo mejor posible*?

No hablo de revoluciones sino de reformas razonables y necesarias. No pienso en sueños descolocados. ¿Recuerdan cuando el neo-hippismo digital creía que la pandemia alumbraría un mundo más sano? Vimos delfines en un puerto de Italia, ciervos bajando de los bosques a las ciudades y pumas en Santiago de Chile. Falso naturalismo Disney. Hubo entusiastas detrás de la idea a, quién sabe, cierto neo-ruralismo.

No, el sistema económico no cambiará hacia la sostenibilidad y la equidad porque hayamos desaparecido unos meses de las calles, los cielos recuperasen el azul y los jabalíes caminasen con sus jabatos por el barrio. La globalización es imperfecta y sus condiciones de reproducción son estructuralmente difíciles de desarmar.

La expectativa razonable es que los gobiernos auxilien a grandes empresas y ellas repaguen con impuestos a mediano y largo plazo. Si hay aumentos de gravámenes para las rentas más altas será preciso controlar al capital global, que vuela hacia refugios más seguros —euro, dólar, yen, el oro si anda de humor— apenas las naciones menos favorecidas se sienten más soberanas y ajustan las alícuotas. Estamos presos de los flujos financieros. Excepto que los gobiernos más poderosos se pongan de acuerdo, nada sucederá. El gobierno de Joe Biden evaluó ejercer mayor presión tributaria sobre las grandes fortunas de los Estados Unidos y durante todo 2021 creció la posibilidad de un impuesto global mínimo a las corporaciones, una idea avalada por 130 de las casi 200 naciones del planeta.[45] Pero, ¿sucederá? Y si sucede, ¿en qué década del siglo?

Mientras, es comprensible que vuelvan los nacionalismos gritones y la rabia contra la banca y los mercados. Razones para el

cabreo hay: los ricos se hicieron más ricos durante la pandemia,* al igual que también ganaron más dinero en la crisis financiera de 2007-08.[46] La globalización y el sistema financiero son malvados estereotípicos, de película, caricaturizables con sencillez. Ese monstruo de mil cabezas actúa como tal, pero señalar con el dedo no lo hace desaparecer —nada más nos resuelve el momento con una pataleta que se reactualizará luego. El aislacionismo de los populismos pre-pandémicos no es la respuesta adecuada a los problemas de diseño de los intercambios internacionales sino que los profundiza. Tampoco lo será el híper nacionalismo sanitario de los populismos pandémicos. Más bien, los autócratas están felices con la idea de des-globalizar más.*

Regreso a Obama: nuestro enamoramiento —por ende, un apasionamiento: irracional— nos hizo suponer que el camino por delante estaba limpio de obstáculos mayores. Es posible que estemos repitiendo el error, confiando demasiado en nuestro deseo y muy poco en las posibilidades realistas de esas expectativas.

En la construcción de la nueva normalidad no podemos volver a sobredimensionar nuestras capacidades y subestimar las resistencias. Necesitamos la duda como método y motor de discusión. Calma, sinceridad, desapasionamiento. Planificación. Otra mirada posible.
No el voluntarismo.

UNA ÉTICA COMÚN

En marzo de 2020, tras regresar de los Estados Unidos, mi hija, su mamá y yo fuimos confinados en Igualada, en el sur-oeste de Cataluña, con toda la ciudad de 50.000 habitantes. Un brote de coronavirus en el hospital local había disparado contagios y muertes en la Cuenca de la Anoia y todo quedó sellado. La policía española custodió los accesos a la ciudad por un tiempo. La vida exterior se redujo a mirar la calle por las ventanas.

Fueron meses difíciles, como todos. Para cuando tuvimos algo de aire, Mila había pasado nueve de sus primeros 24 meses de vida sin contacto con otros niños o sus abuelos, sin paseos prolongados al aire libre o bajo el sol de su parque preferido. Escribí entonces en *The New York Times:*

> El mundo más rico poco hace por reconocer su propio rol en el planeta

que tenemos. En medio una pandemia global, sus naciones cierran sus fronteras unas a otras —práctica y simbólicamente— y no parecen muy dispuestas a echar una mano a quienes peor la pasan. Los Estados Unidos han optado por el aislacionismo patético y la Unión Europea trastabilla para dar respuestas comunes desde que las naciones nórdicas se negaron a emitir bonos solidarios con sus socios mediterráneos más afectados por el virus.

Atacar una pandemia global sin una ética común es miope: si el virus no conoce fronteras, tampoco sus soluciones.

Las naciones más prósperas deben empezar a reconocer que el modelo de producción —la explotación extensiva e intensiva de tierras — es herencia suya y es menester resarcir esa deuda planetaria con mayor generosidad hacia sus ciudadanos y a los países menos aventajados. No debiera ser, otra vez, que los ricos salgan mejor plantados y que los pobres ahuequen.

Para ello se debe recuperar el Estado de bienestar. Lo digo: compromiso mundial: reconstruir los sistemas de salud pública y dotar de más recursos a laboratorios y centros de investigación. Remedando la sugerencia de las autoridades de la Unión Europea sobre el coronavirus, debemos gastar lo que haga falta, incluso en sistemas de alerta temprana de colaboración internacional que permitan predecir brotes con inteligencia artificial. No será fácil pero será peor si no lo intentamos.[47]

[. . .] Demasiados gobiernos están en manos de políticos y no de estadistas —su preocupación es la próxima elección, no la siguiente generación— y muchos de esos gobernantes no están a la altura de este momento crucial. Aislar al mundo rico con muros y atalayas armadas tampoco parece una salida. Rousseau le decía en su carta a Voltaire que había que quedarse en Lisboa, «empeñarse en buscar entre las ruinas, exponiéndose a nuevas sacudidas, porque lo que se deja allí vale más que lo que uno puede llevarse».

Pero para poder habitar lo que habitamos deberemos cambiar. El mundo que tenemos delante demandará preguntarnos sobre los compromisos cívicos, y una ética humanista y global. Nuestras sociedades deberán aprender nuevas disciplinas, solidaridades, compromisos. Si hay una lección de esta pandemia es que debemos cambiar. Y pronto: la naturaleza, ese asesino perfecto, amoral y sistemático, no entiende de excusas.[48]

Cuando releía este texto, entendía su tono fatalista por el contexto que lo indujo, pero aunque pueda sonar absurdo defiendo su tesis central: participación, solidaridad, activismo, compromiso. Sólo la sociedad civil salvará a la sociedad civil. Será preciso llenar los partidos existentes o articular nuevas organizaciones junto a

demócratas experimentados. Los partidos deberán renovar sus mecanismos de debate y transmisión de exigencias públicas, tendrán también que aprender a ser más transparentes —no hay ningún impedimento técnico para ello; si hay opacidad es porque así lo deciden sus líderes; podremos incorporar mecanismos y tecnologías que faciliten el diálogo y la toma de decisiones en los parlamentos.

Tendremos que proveer a la sociedad de la certeza de que su voz puede ser escuchada de múltiples maneras. Tal vez con mecanismos de sanción, censura o revocación prácticos que se activen cada cierto tiempo. Referendos veloces; sistemas de consulta *online*. ¿Por qué no una Alexa que nos informe de cada proyecto a elegir? Ya veremos. Habrá que experimentar. Nada está escrito en piedra. La democracia moderna tiene menos años que las naciones americanas. Los partidos políticos como los conocemos tienen apenas doscientos años. Su forma y fondo, sus métodos y mecanismos de representación no están escritos en piedra.

Las crisis son momentos de transformación, y la pandemia y los extremismos populistas nos han hecho suponer esa especie. Tenemos un sesgo psicológico: confiamos en que las cosas irán bien sin importar qué tan mal estén ahora. Lo necesitamos; es un truco de supervivencia. Sin él, caminaríamos al suicidio colectivo.

Hemos cambiado todo el tiempo. Debemos seguir haciéndolo. Escribí en 2020, cuando la pandemia se hacía cruda y los sistemas sanitarios de medio Occidente colapsaban a pesar del esfuerzo extenuante de miles de las enfermeras y los médicos:[49]

> En las últimas décadas muchos países redujeron los presupuestos sociales y privatizaron servicios, incluidos seguros y prestaciones de salud, una decisión que no puede producir más que un desastre cuando un desastre llamado pandemia llega con las manos llenas de muerte. Ahora el modo de resolver la crisis no será profundizando el desmantelamiento sino rebobinando la película: el Estado de bienestar debe volver a respirar.
>
> El problema es que, para lograrlo, los Estados deben experimentar una transformación tan radical que la sola enunciación la sugiere imposible. Esto es, los ricos deberían pagar una porción mayor de la cuenta, el mundo tendría que crecer más lento, la riqueza debería distribuirse mejor. Es probable que sea más fácil eliminar la Covid-19 de cuajo.
>
> [. . .] El escenario está servido. Hospitales sin capacidad ni tecnología suficiente; personal sanitario desprotegido, mal pagado y

sobrepasado. Miles de ciudadanos sin cobertura de salud. Desabastecimiento de insumos. Redes de contención y protección burocratizadas o necróticas. La reparación debe ser extensa.

Pero debemos ser realistas, el Estado de bienestar que emerja para levantar las ruinas del coronavirus no será millonario. Los gastos necesarios para recuperar infraestructuras obligarán a ampliar los déficit públicos, algo sólo sostenible si también crecen las recaudaciones. No habrán, como pidió España a la Unión Europea, créditos de por vida. Tampoco grandes condonaciones ni suspensión masiva de pagos de deuda. Naciones desarrolladas como las europeas recibirán créditos muy baratos y sus consumidores tendrán algún alivio; las menos desarrolladas —y será otra desventaja en la recuperación— pagarán algo más. Los impuestos excepcionales a los ricos serán locales, nunca generalizados. Necesitaríamos una política financiera global con poder de policía.[50]

Pueden reír (o llorar), claro, pero no debemos dejar de enunciar reclamos: si toda crisis abre el camino del cambio, la pandemia nos ha enfrentado con el espejo. Hay antecedentes de macro cambios que pueden ayudarnos ahora: la Gran Depresión de 1929 y la Segunda Guerra Mundial, ambas crisis tectónicas. Seguros de desempleo y seguridad social estuvieron en la agenda entonces. Estados potentes, que invirtieron y promovieron, que controlaron y tuvieron potestades sobre el gran capital —tiempos extraordinarios, medidas extraordinarias— promovieron una relativa redistribución del ingreso.[51]

[. . .] Tenemos demasiado que perder repitiendo la receta que echó las capacidades públicas al pulmotor. La dirigencia política rara vez arriesga; teme los costos personales de enfrentarse a los factores de poder. Sólo lo harán si encuentran que un actor crucial en el juego de la estabilidad democrática —la sociedad civil— acompaña el proceso masivamente. Los ciudadanos han sido protagonistas fundamentales de la pandemia. Si las inmensas mayorías no aceptaban confinarse, hoy quizás enfrentásemos una acumulación de muertes todavía más devastadora.

Esa obediencia —un gesto de preservación colectiva— requiere cumplir el *quid pro quo*. Los ciudadanos aceptan políticas gubernamentales si están bien pensadas y diseñadas. Y buenas políticas mejoran el funcionamiento de los mercados y elevan los incentivos a cooperar. De regreso, mercados bien diseñados —regulados, supervisados, controlados— empoderan a los gobiernos. El conjunto se hace más responsable. La sostenibilidad es obtenible en el largo plazo si se mantienen los incentivos.

Si la sociedad sostiene la demanda y los gobiernos empujan a los factores de poder a cumplir una parte del trato, tendremos resultados

> más razonables que hacer caer el costo sobre la espalda de los de siempre, en especial las clases medias que financian las redes de contención vía impuestos. [. . .]
>
> La economía del comportamiento sugiere que las personas son capaces de niveles impensados de cooperación y altruismo si la ética que empuja esos comportamientos es compartida y se considera superadora del beneficio personal.[52] Si notan, por ejemplo, que no hay privilegios ni ventajas.
>
> ¿Es posible que los Estados puedan enfrentar los cambios necesarios consiguiendo que la sociedad acepte un nuevo esfuerzo de sangre, sudor y lágrimas. Supongo que lo harían bajo una condición clara: que sus gobiernos privilegien el bien común a la demanda de los grupos de interés. Y que el resultado se vea.
>
> Insisto: es una bala de plata. Difícil prever si los ciudadanos del mundo harán saltar los cristales de los palacios, pero hay suficiente inteligencia para entender que no debes echar gasolina sobre una tea. Ya hay llamados a rearticular el estado de bienestar para salvar la crisis, porque, en verdad, no hay otro modo: los privados tienen un límite para la solidaridad y el altruismo y estos son momentos de gasto social.[53] No hay mejor salida hoy que un Estado más generoso con todos sus ciudadanos.

En el fondo de ese texto yacía una lectura particular: durante la pandemia releí los trabajos de salud pública en Inglaterra que fueron motivados por la Primera Revolución Industrial. Eran tiempos de mucha movilidad. La máquina de vapor ayudaría al surgimiento de los ferrocarriles y posibilitaría la construcción de barcos de larga autonomía. Miles de trabajadores abandonaron los campos para trabajar en las nuevas fábricas de Londres y Manchester. Vivían hacinados en barrios donde las enfermedades y las muertes eran masivas. En 1830, tres médicos —James P. Kay-Shuttleworth, Neil Arnott y Thomas Southwood Smith— fueron comisionados por el Parlamento para investigar porqué los obreros morían como moscas.

Southwood Smith relevó Bethnal Green, el distrito con el mayor número de telares de la ciudad, y demostró lo que para nosotros hoy es una obviedad, pero no entonces: la industrialización había degradado las vertientes, manantiales, arroyos y ríos locales de donde se abastecían de agua para beber los habitantes de poblados y ciudades.* Pero, además de los metales pesados de los telares y las fábricas que desaguaban en los ríos o escurrían hacia las napas, había un mayor volumen de excrementos producidos por las

incontrolables manchas urbanas. El excremento no iba a las cloacas —pues no había— sino a las calles, así que el ambiente era fétido. Las bacterias de la tifoidea y el cólera estaban en las aguas donde jugaban los niños.

El informe de Southwood Smith, un médico que ya había desafiado las creencias del *establishment* sanitarista británico con sus primeras publicaciones sobre contagios sociales, probó que las condiciones de vida eran la causa principal de la propagación de enfermedades, así que recomendó que la corona invirtiese en saneamiento. Unos años después, tras otro reporte, esta vez del sanitarista Edward Chadwick, el Parlamento ordenó construir las primeras cloacas y sistemas de agua potable para los más pobres en Inglaterra.

Southwood Smith no era un jacobino de izquierda: era amigo de John Stuart Mill, uno de los propulsores del utilitarismo. Hoy podría ser visto como un miembro de 'las élites' por cualquier populista. El Parlamento británico que aprobó las obras de saneamiento tampoco estaba tomado por marxistas. Su preocupación era eminentemente capitalista: los enfermos eran obreros que atendían máquinas y, si morían, la productividad caía y los telares dejaban de generar utilidades. Para más, la Corona debía hacerse cargo de sostener a las viudas e hijos de los muertos, y nadie quería gastar más en los pobres. En consecuencia, el sistema debía hacer esfuerzos solidarios en beneficio de su propio egoísmo.*

Salto de unos cuantos años a Alemania. En 1870, el país entraba en recesión tras dos décadas de crecimiento industrial acelerado. Las horas de trabajo eran excesivas, la pobreza crecía y los laboristas reclamaban la sindicalización para defender a los trabajadores. Otto von Bismarck, el primer canciller de la Alemania moderna, vio el riesgo frente a sus ojos —el socialismo podía desplazar a su movimiento conservador del poder— y dio un giro imprevisto: asumió varias demandas sociales para desinflar a la izquierda. Creó el primer sistema nacional de pensiones financiado con contribuciones patronales y laborales y, tras ellos, siguieron los seguros de accidentes y las pensiones parara la vejez, todas antes de concluir el siglo XIX. Las medidas de von Bismarck fueron la base del moderno estado de bienestar europeo.

Que un utilitario y un conservador fueran capaces de *leer el escenario* y asumir que es preciso escuchar cómo tiembla el piso debiera ser enseñanza suficiente para nuestros demócratas más

modernos. Tanto Southwood Smith como von Bismarck estaban reaccionando a los cambios que introducían en la sociedad las transformaciones tecnológicas, desde la máquina de vapor a la electricidad o la línea de montaje, que afectaron la dinámica y el contrato social y la relación de los ciudadanos con sus Estados. Ellos entendieron algo implícito a todo cambio: si la política tradicional no *devuelve algo* a la sociedad cuando se producen transformaciones que ponen todo patas arriba, la sociedad encontrará a alguien que se lo provea.

¿POPULAR O POPULISTA?

El tiempo ha convertido a FDR en un héroe de las políticas sociales y en México es difícil que alguien hable mal de Lázaro Cárdenas, pero ambos activaron modelos que, a priori, parecen propios de gobiernos populistas latinoamericanos. Por ejemplo, tomaron a los más pobres bajo su ala y les dieron derechos y protección social. (*Cerdos comunistas*.)

Sus gobiernos fueron polémicos. Cárdenas lanzó una reforma agraria que, con modificaciones, perdura hasta entrado el siglo XXI, y aunque era un hombre apocado y serio —le llamaban 'La Esfinge'— sentó las bases del sistema político autoritario, corporativista y presidencialista que el PRI emplearía durante setenta años en México con ductilidad vaticana.[54]

FDR, en tanto, enfrentaba ataques por toda la línea. Los conservadores lo acusaban de inyectarle socialismo en las venas a los Estados Unidos con el New Deal y la izquierda lo consideraba un timorato, un reformista menor incapaz de acabar con el capitalismo. Los demócratas del sur, más conservadores, y los republicanos en el Congreso quisieron arrastrar a FDR a un juicio político por abuso de poder mientras el presidente intentaba resolver su reelección bajo severo riesgo por la presión populista de Huey Long.*

Hablé de estos temas cruzando DMs en Twitter con Patrick Iber, profesor asociado de historia latinoamericana en University of Wisconsin-Madison y autor de *Neither Peace nor Freedom: The Cultural Cold War in Latin America*. Una de las preocupaciones que Iber alimentó con el surgimiento de la 'ola rosa' en América Latina fue cómo distinguir entre reformas institucionales impulsadas por gobiernos populistas y ataques a instituciones cuya consolidación no está aun firme. «¿Hay programas sociales universales o hay redes

clientelistas?», se preguntaba. «Creo que es más difícil de lo que parece».

Iber tenía la misma preocupación que yo alimentaba sobre nuestra mirada —favorable— hacia los proyectos sociales de FDR y Cárdenas y el recelo que exponemos hacia las acciones de AMLO, Bukele o CFK. «Creo que todos tenemos claro que los programas sociales deben diseñarse para beneficiar a la sociedad o a los más necesitados en vez de simplemente hacerlo con sus aliados o la base política», me decía, «pero, entonces, ¿cómo manejas los programas contra la pobreza cuando esa base política *son* los pobres a los que deseas beneficiar?»

Esas reformas sociales deben pensarse de manera estructural, destinadas a permanecer en el largo plazo afincándose como parte del capital público de la sociedad. Pero es inevitable que, a corto plazo, los resultados de los cambios afecten al partido o al propio líder populista. Si son exitosos pueden facilitarle su permanencia en el poder por uno o más periodos de gobierno.

Hay tres ideas que, a priori, asisten a la construcción política de verdaderos *new deals* transformacionales. Por un lado, las reformas institucionales y sociales tendrán más probabilidad de éxito si son elaboradas como un plan de instrumentación a largo plazo, con múltiples etapas que se desenvuelven independientemente del gobierno en el poder. Por otro lado, siempre será más probable trabajar proyectos estables si las fuerzas políticas participan de un consenso general en su diseño e implementación. Y se evitarán muchos problemas si todos los procesos son canalizados institucionalmente a través de burocracias profesionales cuya estabilidad no sea amenazada por los cambios de gobierno.

Hay experiencias así que han funcionado. Entre 1997 y 2002, uniendo las administraciones del priista Ernesto Zedillo y el panista Vicente Fox, México vio la transición del programa social Progresa a su sucesor Oportunidades.[55] Oportunidades planteaba reducir la pobreza y mejorar la salud y los logros educativos de familias en extrema necesidad. Comprendía transferencias de fondos condicionadas al cumplimiento de ciertas tareas —por ejemplo, un niño debía visitar regularmente al odontólogo para que su familia obtenga un nuevo tramo de desembolsos— y un estricto sistema de evaluación del impacto.

Las madres eran las receptoras del dinero y responsables de que sus hijos tuvieran buenas notas en la escuela, a la vez que ellas

participaban de procesos de capacitación para conseguir trabajo. El gobierno seleccionaba con bastante cuidado quiénes podían participar del proyecto y transfería el dinero a una cuenta bancaria de la familia, sin intervención de activistas, líderes o funcionarios. Oportunidades fue largamente reconocido a nivel internacional, al extremo que su experiencia inspiró el programa Bolsa Família del gobierno de Lula da Silva, el Jefes y Jefas de Hogar del kirchnerismo en Argentina, el Bono de Desarrollo Humano ecuatoriano y otros proyectos en Perú, Chile y Zambia, entre otras naciones. El Banco Mundial lo promovió entre cientos de gobiernos para combatir la pobreza.*

Más allá de sus resultados, Oportunidades fue exitoso por su diseño e implementación. Zedillo fue una rara avis en el PRI, quizás el reformista más democrático del partido. En su gobierno hubo interés de que los programas sociales adquiriesen el carácter focalizado y relativamente despolitizado que se mantendría en el futuro. Además, generó una transición ordenada con Fox para el paso de Progresa a Oportunidades, un asunto medular: el PRI se iba del poder por primera vez en 71 años y entregaba las llaves del aparato del Estado a un partido conservador y católico con un candidato neopopulista como Fox, un exgerente de Coca-Cola con apenas un paso por las legislaturas y un periodo de cuatro años gobernando el estado de Guanajuato.

El gobierno de Zedillo también acertó al esquivar el clientelismo a través de la institucionalización burocrática y profesional de Oportunidades. Y consiguió aislar el programa de la coyuntura electoral suspendiendo la incorporación de beneficiarios o la entrega de recursos meses antes de una votación.

Los aprendizajes de Oportunidades acabaron volcándose al aparato de políticas publicas del Estado mexicano y cuando el PRI volvió al poder con Peña Nieto, el programa siguió su marcha, renombrado como Prospera y enfocado en extrema pobreza. AMLO lo canceló.

Cuando se tiene enfrente a Amado Líder, se hace más complicada la posibilidad de acuerdos ‘puente’ entre dos administraciones pues la necesidad de Estado es secundaria al cálculo del caudillo. El gran consenso que permita ver los cambios institucionales como verdaderas transformaciones estructurales para beneficio común es incluso difícil de obtener hasta con populismos más institucionalistas o democráticos. «Es un objetivo digno, por

supuesto», dice Iber, «pero difícil de lograr porque sus oponentes políticos pueden ver la transformación como un proyecto propio del caudillo, y trabajar para negárselo».

Los programas sociales, que están en el corazón de todo proyecto de gobierno en América Latina, siempre enfrentan riesgo de continuidad ante la amenaza del cambio del partido en el poder.*56 Los acuerdos entre gestiones —difíciles aunque no imposibles— reducen la posibilidad de que la oposición interprete un acto de transformación institucional como un asalto a las instituciones por parte del populismo.

En esos mismos consensos se pueden establecer los mecanismos de implementación y control de los programas sociales a lo largo de diversas administraciones, lo cual es otro modo de reducir el riesgo de uso político por parte del gobierno en funciones. Y esos mismos compromisos pueden establecer el blindaje electoral y político de los funcionarios y burócratas a cargo de los planes, creando una tecnocracia con responsabilidades y plazos de gestión y sistemas de incentivos y evaluación estrictos e independientes de los gobiernos. Numerosos Estados tienen esos mecanismos —la misma organización del servicio diplomático y los bancos centrales autárquicos son ejemplos singulares.

En definitiva, el consenso y la independización de las transformaciones del marco temporal de una administración debieran estar en la primera línea de intentos para convertir proyectos de génesis populista en herramientas sostenibles del Estado. Es un asunto de compromisos. Y para empezar con ellos se necesita al menos un *populista institucional* a un lado y un buen negociador del otro, con mucha buena voluntad y comprensión de estadista o, cuanto menos, del sentido de oportunidad. Es posible. El reformista Zedillo y el neopopulista Fox —que no era un estadista sino un pragmático— entendieron los beneficios que proveía al Estado continuar un plan exitoso.

ALGUNOS CAMINOS

Tenemos personalistas hábiles para conversar en la calle y recorrer un país con simpatía y promesas vacías melodiosas y dulzonas. Paracaidistas y oportunistas que gobiernan con la última encuesta en la mano. Productos de mercadotecnia. Significantes vacíos. Tenemos cínicos sin otra ideología que su vanidad. Autócratas de

Twitter irritables como adolescentes hormonales. Narcisistas.

Si los votamos una vez, es un error. Si con las evidencias los reelegimos, no hay excusa: hemos sido incapaces de crear alternativas mejores. La bola recae sobre nosotros. Y la aceptación de la elección del *mal menor* es degradante si mantenemos las condiciones que la produjeron —por ejemplo, nos retrotraemos como sociedad civil a esperar que otros hagan lo que nosotros debemos hacer—, pues permitirá la reproducción de otros *malos menores*. Somos capaces de tolerar que baje otra vez el umbral de calidad.

Bien, esas son las cartas con las que debemos jugar. Nuestros políticos no parecen estar preparados para un mundo de sociedades impacientes, economías desiguales, demandas de transparencia permanentes y ubicuas, y una revolución tecnológica incomprensible que parece haberlo desbaratado todo. Sin embargo, hay evidencia y experiencias en la Historia y las prácticas recientes que facilitan la toma de decisiones informada. Pensar fuera de la zona de confort —o, de otro modo, dejar de reiterar las estrategias que nos llevaron al fracaso— está en los desafíos al *establishment* médico de Southwood Smith, en las exigencias principistas de Burke o la habilidad de FDR o Bismarck para desactivar las crisis atendiendo los reclamos de sus críticos o en la construcción de programas de ayuda social como proyectos de Estado.

El populismo latinoamericano creó sus espacios de discusión y confraternidad tanto como los populistas de extrema derecha de Europa saltaron sus fronteras nacionales para dialogar e intercambiar ideas y estrategias. Es necesario construir espacios de discusión amplios en toda la región para producir *democracias anchas*, sin excluir ni al *hommo populistus* latinoamericano ni sus enseñanzas.

Algo de eso está en un ensayo breve publicado en la revista *Seúl*, de Buenos Aires, por el filósofo y politólogo Julio Montero, quien se pregunta por las opciones para resolver la trampa populista de Argentina, donde el peronismo tiene un *grip* de rottweiler.[57]

Montero analiza el potencial y las limitaciones de varias posibilidades. Una de ellas —la «marginación sistémica»— consiste construir un 'cordón sanitario' de política alrededor del Amado Líder emergente. Fue propuesta por Steven Levitsky y Daniel Ziblatt en *How Democracies Die*, pero sólo parece ser funcional en el momento en que se detecta la aparición de Amado Líder en el

horizonte, no ya cuando ha ganado peso o está en el poder. El Partido Republicano, por ejemplo, tuvo tres oportunidades para practicar exclusión intra-partidaria con Donald Trump: pudo bloquearlo cuando lanzó su candidatura, durante las primarias (con acuerdos entre los demás precandidatos) y antes de su nominación formal, a través de una decisión cupular. Un segundo cerco, esta vez externo, pudo formalizarse ya con Trump en la carrera presidencial cerrando un acuerdo amplio entre republicanos y demócratas. (Ya lo vimos: nada de esto pasó.)

La segunda salida posible es el 'centro amplio': una alianza transversal de partidos y movimientos que apelan a la estabilidad y la discusión democrática frente a la propuesta de fractura y polarización del populismo. Suelen ser, inicialmente, acuerdos electorales coyunturales y deben probar capacidad de gobernar sus tensiones una vez en el poder, pero es una respuesta táctica que permite ganar un periodo presidencial para resolver un acuerdo programático futuro entre los aliados o consolidar nuevas formaciones. En alguna medida, la elección del *verde* Alexander van der Bellen en Austria en 2016 en lugar del trumpiano Norbert Hofer, por entonces el primer político de ultraderecha que alcanzaba casi la mitad del electorado en Europa, fue producto de un cruce de líneas, pues numerosas figuras del *establishment* conservador hicieron campaña por el primero.[58] La resistencia creada por la alianza PRI-PAN-PRD a López Obrador, impensada tres años antes de las elecciones intermedias de 2021 en México, es otra manifestación táctica. Sin embargo no parece ser capaz de traducirse en una coalición con programa común de largo plazo — los tres partidos están unidos por ser anti-AMLO pero ninguno le daría las llaves de su casa al otro.*

El tercer camino es la 'apropiación' sugerida por el alemán Jan-Werner Müller y el austríaco Fabio Wolkenstein: ofrecer un programa que capture las demandas del elector populista para construir un dique capaz de contener la disconformidad y la pulsión *laclauliana* del Nosotros/Ellos. Como antes von Bismarck, FDR lo hizo con el lanzamiento del New-New Deal ante el veloz crecimiento del populista Huey Long en 1935, incorporando un grueso colchón de mecanismos para reducir la desigualdad social profundizada por la Gran Depresión de 1929.

Montero sugiere una opción adicional para el caso argentino, replicable en otras naciones: la construcción de un ideario y

proyecto liberal que converse con los independientes que fluctúan entre los espacios políticos y que, en ocasiones, dan sus votos a propuestas populistas. Un proyecto a largo plazo que reúna a intelectuales que piensen el país más allá de la coyuntura, de «los acuerdos de cúpulas, del armado de listas, la invención de candidatos y las invocaciones a la unidad». Una suerte de roca de amarre y descanso, que siga allí en tiempos de bajamar o *tsunami* político para quien necesite recuperar fuerzas. Es un esfuerzo prolongado y de resultado incierto, pues en alguna medida implica convencer a un número indeterminado de personas de aprender a ser liberales, redefiniendo su ideología, el proceso social con el que articulan sus acciones y sus creencias. «Este tipo de proyectos», me dijo Montero una tarde del invierno austral de 2021 desde Buenos Aires, «debe ser capaz de redefinir los problemas, hallar mitos y construir relatos, símbolos, tal como hace el populismo».

Experiencias del pasado —Southwood Smith, von Bismarck, FDR, Oportunidades—, entonces, y acción política presente —Austria, México 2021, nuevas estrategias— están entonces entre las capacidades que los actores del sistema pueden reconfigurar y diseñar. Y por supuesto, también están las externalidades. La pandemia, por ejemplo, ha sido un recurso inesperado que volteó la vista de los ciudadanos hacia los gobiernos serios y con planes y condenó la gestión de los improvisados populistas.

Una crisis resuelve muchas cosas. La idea de tierra arrasada resetea los ánimos. Fue visible con la pandemia. Lo ha sido con las guerras. En una oportunidad, un funcionario catalán me preguntó con toda intención provocadora cuál creía yo que era la solución a la crisis entre el Procès y el gobierno español. Aun presidía Mariano Rajoy y yo había escrito un par de ensayos críticos sobre ambas veredas del conflicto en *The New York Times* en español. Mi DM de Twitter se inflaba con enojos e insultos tanto como con personas que, con buena voluntad, deseaban explicarme, a cada lado de la grieta, por qué ellos tenían la razón.

Mi respuesta fue que ante la ausencia de un ganador claro, el empate ajedrecístico donde nadie puede mover una pieza sin que el otro corresponda con un movimiento similar igualmente blando llevaba a la parálisis. Yo creo, dije, que una crisis permitiría salvar la cara a todos. Una crisis que les permitiera a cada uno decir: debemos enfocarnos en esto, poner a un lado estas diferencias pues el país requiere nuestra atención indivisible.

Yo pensaba en una crisis exterior que impactase directamente a España. Creo haber mencionado el desastre financiero global de 2007-08. Incluso dije que una serie de fenómenos naturales devastadores en una zona del país distante de Castilla y Cataluña pero emocionalmente cercana a ambos sería el mejor modo para que ambos gobiernos pudieran librarse de la vergüenza y lavarse la cara con algún decoro. Era terrible, pero sólo un desastre mayor podría romper el punto muerto de los desastres menores.

No pensé en la pandemia, pero el tiempo demostró que el conflicto español pudo con la Covid-19. Tal vez para ninguno de sus dirigentes fueron suficientes muertes o tan importantes como para aparcar el reclamo de la independencia o bajar las banderas del nacionalismo de derechas. Quizás una dirigencia más preocupada por la vida real de las personas en el largo plazo y menos por ciertas abstracciones políticas que, sobre todo, alimentan a los dirigentes en el corto, podría haber comprendido que era el momento de desensillar. Quizás hubiera sucedido si España tuviera estadistas macerados en mil batallas en vez de políticos demasiado jóvenes y ambiciosos. No lo sé, pero, en todo caso, una crisis reconfigura. Es el tipo de circunstancia que permite que los excluidos y las élites puedan llegar a algún acuerdo *de mínimos* o para que los políticos demuestren que, más allá y más acá del poder, tienen todavía un compromiso cívico.

Ahora bien, también es realista que el egoísmo puede ser ajeno a los desastres —recuerden: hay billonarios más megamillonarios tras 2007-08 y 2020-21. Traer juntos a quienes están hoy *contra* los ricos y poderosos y a esas élites que podrían encontrar más fácil salirse del sistema y del país —sus millones ya están protegidos— demanda una utopía, un líder o un equipo confiables. Un nuevo contrato social.

Sociedades de consenso, digamos. No de conflicto. Las sociedades donde más vocación colaborativa hay —las de 'alta confianza', diría el castigado Francis Fukuyama— funcionan mejor que las de 'baja confianza', aquellas donde somos incapaces hasta de creerle al vecino. Donde hay confianza hay oportunidad.

Las ONG, los clubes y asociaciones de fomento en los barrios, los centros de estudiantes y las agremiaciones juveniles, los grupos de vecinos que trabajan por cuidar o preservar una calle o los edificios de una zona, los activistas medioambientales, feministas y de los derechos civiles: estas agrupaciones tienen la capacidad de

movilizar voces, propiciar la convivencia entre diferentes, enseñar a tolerar divergencias profundas, administrar disensos. Proveen una socialización y educación cívica necesaria para la convivencia. Están en la base de la articulación de la vida comunitaria, y su recuperación es crucial para la rearticulación de sociedades más democráticas. *Vecinos.*

Margaret Levi, una politóloga de Stanford University que estudia democracias que han sobrevivido crisis, ha puesto especial interés en los gremios, sindicatos y uniones laborales como herramientas importantes para balancear el poder e influencia de las grandes corporaciones, pero también como asociaciones intermedias que ayudan a fortalecer una democracia por su enorme capacidad de movilización de ideas, debates, votos y personas.

Sindicatos capaces de pensar más allá de las necesidades de sus trabajadores —una plataforma mínima necesaria para cualquier movimiento de recuperación de la convivencia— contribuyen a defender el bien común. Sindicatos fuertes tienen un rol democratizador como foro para la discusión de políticas y candidatos, un espacio interno que enseña procesos electorales y participación y que puede traducirse en gobernanza social en otros ámbitos; prepara para cabildear por legislaciones favorables y contra las perjudiciales y, es, sobre todo, un enorme regulador de tensión, una válvula de escape social: las agremiaciones sociales canalizan «el descontento con el proceso político hacia una consideración informada de prácticas, políticas y candidatos». Escribe Levi en «Labor Unions as a Critical Intermediary Association»:

> El declive de los sindicatos también ha facilitado el surgimiento del populismo al eliminar una fuente que permita un marco para comprender la situación de los trabajadores. Los sindicatos solían desempeñar un papel mucho más importante que ahora al influir en las respuestas políticas y corporativas a las transformaciones en el lugar de trabajo, la distribución de los trabajos (y la formación) y la seguridad social.
>
> Curiosamente, el populismo (aunque existe) parece menos determinante políticamente en aquellos países de Europa donde los sindicatos todavía desempeñan algunos de esos roles, por ejemplo, Alemania o Suecia. Difícilmente abogaría por un regreso a los viejos sindicatos, pero tenemos que encontrar nuevas instituciones intermediarias que den a los trabajadores voz y poder efectivos y marcos realistas para organizar sus quejas.[59]

¿Qué opciones tenemos? No hay caminos idénticos entre naciones; las fórmulas son siempre difíciles de reproducir, requieren adaptación teórica y práctica y una apropiación que tendrá desafíos ya en el corto plazo. Hay países con estabilidad institucional, por ejemplo, que han intentado una salida tecnocrática que gestiona el Estado con burocracias profesionales y una política que atiende a la sensibilidad del clima social. Bill Clinton y Tony Blair inauguraron estas opciones, dicen los historiadores Federico Finchelstein y Nadia Urbinati. Tras Blair, Europa siguió la corriente del populismo progresista neoliberal —¡los 'progres neolibs'!—, pero los Estados Unidos parecen —parecen— haber optado por una salida distinta con Joe Biden. «Biden ha elegido escuchar al ala más progresista de su partido que desde hace tiempo proponía políticas de intervención estatal, redistribución y tributación progresiva», escriben Finchelstein y Urbinati:

> Si la de Biden es una respuesta propiamente democrática al populismo, ¿podemos concluir que el regreso a la política de partidos y la discusión programática es también la respuesta ganadora al miedo al fascismo, así como al éxito del populismo? 60

Con el populismo tan extendido y eficiente, confiado en su capacidad ya comprobada para poner en problemas al sistema *en demasiados* países, es difícil dar una respuesta definitiva. Los desafíos surgidos en la pandemia expusieron la necesidad de apostar por un Estado con capacidad de acción y reacción disciplinada y conducida por burócratas especializados. Los paquetes de ayuda en los Estados Unidos y en Europa preanunciarían una mayor intervención pública en la economía. Las facultades del Estado gringo sufrieron desde Reagan, tanto a nivel regulatorio como de supervisión y recaudación. En 2021, Biden solicitó un presupuesto de seis *billones* de dólares, el mayor de la Historia, para alentar transformaciones estructurales y relanzar la economía y las redes de contención social con inversiones en infraestructura, educación y salud.61

Necesitamos dirigentes preparados para hallar soluciones dialogadas en un mundo que experimentará crisis profundas.62 Líderes capaces de *re-unir* a la sociedad, no incendiarios ni bravucones. Las naciones con jefazos la pasan peor durante las crisis que aquellas donde los dirigentes entienden que un gobierno es una administración de recursos, planeación.63 Escribí en «El desastre del

líder intuitivo»:

> ¿Hay solución? Hay ensayos. Es probable que en Occidente estemos en presencia de la peor camada de gobernantes hombres de los últimos cuarenta años a la par que celebramos una reducida pero interesante experiencia de gobernantes mujeres.[64] No sé si es asunto de género o un reflejo de sociedades más equitativas, pero parece evidente que se puede gestionar una crisis [como la pandemia] con inteligencia y sin megalomanía. Líderes que unen son infinitamente mejores que hombres —pobres hombres— que gustan dar golpes de mano sobre la mesa porque así actúa un jefazo.[65] Razón versus intuición. No parece tan difícil.[66]

Estas crisis demandan esfuerzo colectivo, pero exigen, sobre todo, que la decisión individual de las personas sea reforzada a diario por la conducta de los funcionarios electos. Presidentes, alcaldes, gobernadores, diputados deben ser prescriptores de conducta. Su figura orienta comportamientos, fija los límites simbólicos de lo permitido, lo sugerido y deseable y lo obligatorio. Por algo a algunos se les llama primeros mandatarios o primeros ciudadanos: porque han de ser ellos quienes cumplan la ley antes que todos.

Y sin embargo.

PARTE DE OTRO(S)

Vecinos.

Fueron, dicen, vecinos.

Cuando en 2015 Portugal inició la incorporación de refugiados sirios que huían de las masacres de Al-Asad, tomó una decisión que fue un mensaje para toda Europa: que los recién llegados vivieran cerca de familias portuguesas comunes y corrientes. *João, este é o Ahmed, o seu novo vizinho.* La idea de comunidad y vecindad debía facilitar la cercanía, la integración. Es más sencillo reducir las tensiones culturales cuando conozco a El Otro.

Una tarde de 2019, cuando el sol empezaba a caer sobre la línea del Atlántico, nos sentamos con el portugués Rui Marques en una banca a metros del mar en el fuerte de São Francisco do Queijo, una mole de piedra gris en la vecindad de Nevogilde que defendía a Porto de las escaladas navieras británicas desde el siglo VI. Rui fue Alto Comisario para Imigração e Minorias Étnicas y coordinador nacional del Programa Escolhas del gobierno de Portugal entre

2004 y 2008 y desde hace un tiempo dirige la red Ubuntu creada alrededor de la filosofía del obispo sudafricano Desmond Tutu.

Rui conoce el plan portugués de integración de refugiados al detalle. La idea central fue que en poco tiempo —un año y medio—, los refugiados que llegasen a Portugal tuvieran derechos idénticos a los de un nacional. Al arribar, las personas recibían una pequeña ayuda económica mensual y alimentos donados por familias y empresas. Los estudiantes obtenían becas para cursar la escuela o la universidad y los adultos entraban en un programa de relocalización laboral. Todos eran ubicados en barrios de familias portuguesas.

Portugal recibió menos de 2.000 refugiados sirios desde la crisis, una cifra modesta comparada con Alemania u otras naciones, y aunque ha tenido tropiezos su programa ha sido reconocido por la ACNUR por la solidez de sus fundamentos éticos. Rui me dijo que hay un principio solidario básico detrás del programa, muy similar al que promueve la red Ubuntu. Lo dijo con esta frase: «Yo soy lo que soy por lo que tú eres». «En el encuentro con los demás», me dijo aquella tarde en el fuerte, «nos volvemos más humanos, por eso es preciso restaurar y promover la dignidad humana: todos somos parte de otros».

Siguió:

> Hay un tema recurrente en nuestras sociedades: si reforzamos la revancha y confrontación, aumenta la violencia, cuando el camino debe ser la reconciliación, no la idea de 'me las pagarás'. La corriente de la izquierda académica nos tiene mal mirados a los que hacemos cosas como Ubuntu porque no vemos la solución a los problemas en la profundización del conflicto como método sino en el diálogo con el otro.

Recordé a Ubuntu en una entrevista que *El País* hizo a Santiago Kovadloff.[67] El ensayista argentino hablaba de la cultura de sobrevivientes de su país, encerrado en la falsa idolatría de un pasado ideal, una ficción de sí, una supuesta homogeneidad potente de nación próspera unida tras un fin común. Esa nación jamás existió más que como ficción orientadora, pero los argentinos creyeron (creímos) en un país de «una grandeza ficticia». Le preguntaron a Kovadloff si faltaba paciencia:

> Sí. Argentina desde el punto de vista político es un país de eyaculadores

> precoces. No pueden tener relación, se van solos. Y si están solos no entienden. Esa premura, esa locura por exterminar o acabar con el otro muestra hasta qué punto hemos concebido la política de manera maniquea. No hay tolerancia a la diferencia, ni goce de la diferencia.[68]

Argentina, decía Kovadloff, reitera errores por idolatrar el pasado, condenando su capacidad de innovación —la insania, dijo alguien, es reiterar lo mismo que no ha funcionado para ver si la próxima vez resulta.

En migración hay una conducta cultural similar frente al extranjero, reproducida históricamente casi sin pausa: el extraño es malo, debe quedarse fuera; y, si entra, debe ser segregado o excluido. Las mieles de quienes somos, de esta gran nación, no le serán permitidas. El populismo, sobre todo las prácticas de derecha, beben en esa vertiente.

Las palabras de Kovadloff son extrapolables:

> Esta presunción de que es posible cambiar el curso de las cosas mirando hacia atrás nos hunde en una inmovilidad. Me parece que estamos aprendiendo a capitalizar el fracaso. En el orden personal esto es decisivo para convertirse en una persona madura. En el orden social es indispensable para llegar a ser algo más que un conglomerado social.[69]

Una sociedad inmadura y temerosa renunciará a pensar: elegirá la seguridad del mito, del hombre fuerte y de la confirmación de sus (peores) creencias. El presente está repleto de gestos de tal calidad. Juval Noah Harari decía que se sentía conmocionado cuando veía muchos de los relatos actuales planear el futuro buscando soluciones en el pasado, como si fueran intercambiables.*

Sociedades que funcionan tienen ciudadanos antes que consumidores (como los Estados Unidos)* y debaten en los parlamentos sus contradicciones y conflictos (no emplean Twitter como recurso de resolución veloz de sus frustraciones) y suelen tener en la Justicia a pensadores antes que dispensadores de fallos. Esos elementos contribuyen a afianzar una cultura, una cultura tolerante, y una cultura inteligente, abierta. «Reducir la democracia al acto del voto es empobrecerla», me dijo el historiador mexicano Alfredo Ávila. «La democracia asociativa enriquece: las organizaciones civiles son grandes enemigos de los regímenes populistas porque intermedian, construyen ciudadanía».

Ivan Krastev recupera la idea de la vecindad como uno de los

factores que el populismo entiende mejor que el liberalismo. Según Krastev, el sociólogo británico Michael Young, creador del término 'meritocracia' a mediados del siglo XX, estaría meneando la cabeza ante el fracaso de las democracias racionalistas.

> Él fue el primero en explicar que, aunque la 'meritocracia' puede sonar bien para la mayoría de la gente, una sociedad meritocrática sería un desastre. Crearía una sociedad de ganadores egoístas y arrogantes y perdedores enojados y desesperados. No sería una sociedad desigual sino una sociedad en la que la desigualdad se justifica sobre la base de las diferencias en los logros. Young entendió que el triunfo de la meritocracia conduciría a una pérdida de comunidad política.[70]

Cuando un especialista pierde su trabajo en su país por una crisis, sus capacidades le permiten hallarlo en otro mercado. Sus compatriotas menos preparados no tienen esa suerte: no toleran que, mientras ellos se quedan a sufrir una crisis, el otro pueda salirse con la suya sin compartir la carga. La propuesta populista, dice Krastev, es compartir intimidad: «No prometen salvar al pueblo sino estar con él».

> Es la lealtad, es decir, la lealtad incondicional a grupos étnicos, religiosos o sociales, lo que está en el centro del atractivo del nuevo populismo europeo. Los populistas prometen a la gente que no los juzgará únicamente por sus méritos. Prometen solidaridad, si no justicia. Las élites meritocráticas ven a la sociedad como una escuela poblada por estudiantes 'A' que luchan por becas contra los desertores que luchan en las calles. Pero los populistas respaldan una visión de la sociedad como una familia donde los miembros se apoyan entre sí no simplemente porque todos lo merecen, sino porque todos comparten algo en común.[71]

Los consensos y el cambio cultural demandan paciencia. Tiempos largos. Los eyaculadores precoces de la política necesitan resolver todo ya: desideologizar las decisiones, como si las medidas fueran inocuas. Operacionalizar sin debate, obedecer la orden del jefe. Las sociedades que optan por la purga de sus cerebros enfrentan mayores dificultades para desarrollarse. No podrán integrarse porque no entenderán a El Otro. Expulsarán, porque es su único mecanismo de defensa ante la incapacidad de sopesar opciones. De pensar. De tener paciencia.

Pensaba en todo esto, desde Portugal y el Ubuntu de Rui

Marques al argentino Kovadloff, releyendo *On Human Diversity*, el ensayo sobre nacionalismo, racismo y exotismo que Tzvetan Todorov escribió sobre Francia. Un punto me resultó genuinamente crucial, pues ataba tanto a Rui, los sirios en Portugal, Ubuntu, Kovadloff y las malas experiencias con El Otro: la desdeñada vecindad.

Todorov dice que las escuelas de la solidaridad no están en la idea de nación sino en grupos más pequeños, como la familia o el clan, la villa y el vecindario:

> Aquí es donde los niños aprenden a superar su propio egocentrismo innato. La exclusión de otros es completamente relativa. Un niño sabe que existen otras familias y no puede imaginar la vida sin ellas, pero también aprende que una lealtad más abrazadora la une a la suya: esta lealtad implica tanto el derecho a recibir ayuda como el deber de brindarla. Aquí se adquieren las primeras nociones de moralidad, y podemos preguntarnos si este modo de adquisición no es también el único bien sólido que puede perdurar y difundirse.[72]

El amor por la humanidad, insistía el historiador, no vale demasiado si no comienza por el amor a tu vecino. Las naciones son demasiado grandes para desarrollar ese afecto, que es primario e inmediato, pues se dirige a las personas con las que convivo, no a un individuo con el que salgo a festejar el triunfo de la selección de fútbol pero me es desconocido. El mérito del programa portugués radicaba en eso: conocer a tu vecino. Cuando en los Estados Unidos se sucedieron detenciones de inmigrantes indocumentados que trabajaban en comunidades donde las personas se conocían, los mismos vecinos cuestionaron a las autoridades. En mayo de 2021, unos doscientos habitantes de Glasgow rodearon un vehículo de migraciones que se llevaba detenidos a dos hombres árabes hasta que consiguieron que los liberen. «Son nuestros vecinos», gritaban. «¡Déjenlos ir!».[73]

Amin Maalouf retoma la idea de que el mundo en el que vivimos, a la vez que produjo tensiones por los cambios simultáneos y omnipresentes, también nos pone en la vía de hallar las soluciones. Filosóficamente hablando, esa metafísica está más cerca de nuestra nariz que de las preguntas sin respuesta que movilizan la vida. Escribió Maalouf en *In the Name of Identity:*

> Si bien los nuevos medios de comunicación que nos acercan con

> demasiada rapidez pueden aproximarnos reactivamente para subrayar nuestras diferencias, también nos hacen conscientes de nuestro destino común. Esto me hace pensar que el desarrollo actual podría favorecer a largo plazo el surgimiento de un nuevo enfoque de la idea de identidad. Entonces, la identidad sería vista como la suma de todas nuestras lealtades y, dentro de ella, la lealtad a la comunidad humana misma se volvería cada vez más importante, hasta que un día se convertiría en la lealtad principal, aunque sin destruir nuestras muchas afiliaciones individuales.[74]

La coexistencia de la devoción por la familia y la tolerancia por El Otro es parte de la Historia de la humanidad que construyó sociedades. La nación debe reposar en ese universalismo. Antonin Artaud decía que había dos nacionalismos: el cultural, donde se refuerza la calidad específica y distintiva de una nación, y el cívico, «que en su forma egocéntrica acaba en chovinismo y se traduce en restricciones aduaneras y conflictos económicos, si no en una guerra total».[75]

No aprenderemos a convivir con musulmanes ni los gringos con los latinos —con documentos o no— si, en efecto, no vivimos-con: si no compartimos escuelas, el barrio, conversaciones en la iglesia o el club. ¿Suena vetusto? No es: eso hacíamos pocos años atrás, y lo usual y antiguo no siempre es desechable. Ser vecinos, de hecho, no lo es. «Cuando conoces a tu vecino», me decía el portugués Rui Marques, «se hace más difícil expulsarlo de tu vida». Actúa lo que dices: cuando cerró sus fronteras por el coronavirus a inicios de 2020, Portugal decidió nombrar a todos los extranjeros que tuvieran su documentación aun pendiente de aprobación «ciudadanos temporales» para que accedan a cuidados sanitarios durante la crisis de la Covid-19. «Las personas no deben ser privadas de sus derechos a la salud y al servicio público sólo porque su solicitud aún no ha sido procesada», dijo la portavoz del Ministerio del Interior.[76]

Todorov sostiene que los nacionalismos modernos hacen de la nación el legitimador absoluto que en el pasado fue Dios, y que esa noción pone en entredicho los principios universales que los individuos de diversos orígenes podemos compartir. El amor por la nación y la patria se opone al amor por la humanidad, por el vecino.[77]

Cualquier proyecto que intente superar los populismos —que reducen la nación a una eugenesia de El Pueblo— debe recuperar la idea de vecindad, de construcción de comunidad *desde la base*.

Conocer a El Otro hace a la otredad cercana. Desde el día en que dos humanos se reconocieron, el distinto coexiste y nos modifica de manera tal que no puede existir la pureza de ningún tipo, ni cultural ni racial ni ideológica. Como dice Rui Marques en Ubuntu, soy porque somos, soy porque El Otro —y yo a él— nos influimos como animales sociales. No es una relación libre de espinas, pero es eso: una relación. Y toda relación incluye, no excluye.

Esa relación eminentemente contradictoria va sujeta al humor de las épocas. El mismo factor que opera en la xenofobia puede aplicar en el adversario político devenido enemigo: no es de mi tribu, patria, nación; merece el ostracismo. Cuando Amado Líder activa el sectarismo, se acabó el vecino. Sólo queda la nación definida por el *pater familiae*, una familia pequeña y excluyente. «En el momento en que tu adversario político es un enemigo, que pone en peligro todo, probablemente tu vida, tus hijos, tus propiedades, todo queda justificado», dice el politólogo Alberto Vergara hablando del Perú pero con un fondo que resuena transfronterizo.[78]

¿Es posible reconciliar el patriotismo con los valores universales? ¿Qué elegimos entre el amor a la nación y a la humanidad? Voltaire, Jean-Jacques Rousseau y Claude Adrien Helvétius discutieron en sus escritos la dicotomía durante el siglo XVIII. No hay salida sencilla, por supuesto. Nacionalismo y universalismo son sistemas de pensamiento en conflicto. ¿Qué pasión es preferible?, inquiere Todorov. Según Helvétius, el sentimiento humanitario debe ser sacrificado a favor de la virtud cívica, pues aquel es «sólo una ilusión personal». Voltaire se opone:

> Es triste que los hombres a menudo se conviertan en enemigos del resto de la humanidad para ser buenos patriotas [. . .] Esta es, pues, la condición humana: desear la grandeza de la propia patria es desear el mal al prójimo. El hombre que desearía que su país nunca fuera más grande o más pequeño, más rico o más pobre de lo que es, sería el ciudadano del mundo.[79]

Rousseau abre la discusión al ‘ciudadano’ y el ‘hombre’, cuyos caminos son opuestos, incompatibles: la felicidad del grupo versus la felicidad individual. Todorov dice que allí se enfrentan dos sistemas de valores y que no es posible eliminar uno u otro. Negar la humanidad, supondría Rousseau, sería negar nuestro más íntimo sentimiento de que todos pertenecemos a la misma especie, sea quien fuere ese otro ser humano. Si suspendemos la ciudadanía, la

aplicación de la ley sería imposible —porque «el universo no es un Estado».[80]

Esa división es fuente de infelicidad y, como seres complejos que somos, no podemos alcanzar nunca la satisfacción de ambos ideales. Este punto es crítico porque define la grisura de la vida en democracia: no hay plenitud, hay trabajo. Y este es el factor de distinción central con el populismo de Amado Líder, que propone —con una indudable cosmovisión cristiana— que su proyecto presupone un *paraíso* para El Pueblo elegido al final del camino. Al decir de Todorov, al servir a dos amos no somos buenos para nosotros mismos ni para los demás. Reconciliar ese balance en unicidad es una utopía: no tiene punto de destino, nada más debe hacernos caminar.

Rousseau:

> Lo que causa la miseria humana es la contradicción [. . .] entre naturaleza e instituciones sociales, entre hombre y ciudadano [. . .] Entrega [a ese hombre] enteramente al Estado o déjalo enteramente a sí mismo, pero si le divides el corazón lo destruyes [. . .] Haz al hombre completo, lo haces tan feliz como puede ser [. . .] Para ser algo, para ser uno mismo y siempre uno, un hombre debe actuar como habla [. . .] Estoy esperando que me muestren esta maravilla para saber si es hombre o ciudadano, o cómo le va siendo ambos a la vez.

La solidaridad está en el centro de todo proyecto nacionalista y la ideología sólo es efectiva cuando ha logrado alcanzar completa identificación en el grupo, cuando los microcosmos de la familia, el parentesco o las redes de amigos y vecinos han sido absorbidos por el paraguas patriótico. Emile Durkheim solía decir que la solidaridad de la modernidad era orgánica, pero en rigor todo principio solidario es básico, rara vez institucional. La solidaridad genuina, asegura Siniša Malešević, requiere un compromiso emocional prolongado y el contacto cara-a-cara. Amor sentimos por nuestros padres, hijos y personas próximas —los amigos, tu pareja, los/as amantes—, no por entidades abstractas como el Estado o la nación, así los nacionalismos más exitosos sean capaces de transferir esas filiaciones cercanas al conjunto de la población.[81]

El populismo ha sostenido como una verdad incontrastable que su vocación *nac&pop* lo hace proclive a defender a los más pobres apoyando políticas de redistribución y a ser solidario con sus vecinos. Pero ese planteamiento es discutible, al menos en el caso

de los nacionalismos. En la experiencia española, por ejemplo, ese caso parece ser falso: los nacionalistas catalanes y gallegos son proclives a aceptar que haya transferencia entre los más ricos y pobres, pero son más reacios a que les aumenten los impuestos para darle dinero a los pobres de sus propios territorios, aun cuando ambos grupos se creen más a la izquierda que los nacionalistas del resto de España. «Si es factible dar con fuentes de la solidaridad», argumentan Enric Martínez-Herrera e Inés Calzada en un estudio sobre nacionalismo y solidaridad, «los candidatos más plausibles son los valores del universalismo y la dignidad humana».[82]

Visto desde otro lugar, dice Malešević:

> Cuando tiene éxito, la ideologización opera como una red de pesca gigante que captura formas muy diversas y heterogéneas de micro-solidaridad generadas por una variedad de redes sociales de pequeña escala, y en el proceso articula su captura en una «identidad nacional» singular y homogénea. La ideologización aparece como un reemplazo estructural de la solidaridad genuina; es un proceso mediante el cual las organizaciones sociales intentan forjar algo que se asemeje a lazos de parentesco reales.[83]

Solidaridad y vecindad demandan un trabajo constante —«como el amor», dice Malešević— porque sus vínculos son frágiles.[84] Descansan en la micro-solidaridad de las relaciones interpersonales de los vecinos. Por eso la necesidad de fortalecer la vida comunitaria y de las organizaciones de la sociedad civil para plantar cara a Amado Líder: porque es difícil que el discurso mágico de los alucinados penetre en vínculos aceitados, cercanía y complicidades de personas que se conocen y apoyan mutuamente. Aun con siglos de ideologización, seguimos deseando el vínculo emocional con los demás.

«Usa el amor / como un puente», canta Cerati.

HABLA CON ELLA

Pensar a contramano. Asumir el reclamo populista porque expresa una demanda justa, construirla como política de Estado. Asegurar que esos proyectos tengan vida más allá de una coyuntura. Crear cercos, alianzas, conversaciones que permitan detener los procesos autoritarios apenas echan raíces. Reconstruir las redes de vecindad y solidaridad en el día a día, tal como los populismos procuran

construir sus militancias y redes de apoyo. Los desafíos son conocidos y las posibilidades pueden ser crecientes. Hay una más: la movilización masiva por protestas reivindicativas.

Den la bienvenida al feminismo.

Pues bien, además de clases medias anchas, que estabilizan la política hacia el centro, las mujeres, el mayor actor político de inicios del siglo XXI, pueden ser una de las más eficaces formas de deconstrucción del populismo autoritario. El feminismo tiene dos llaves maestras para el candado populista: rompe el cerrojo de las *macho politics* que están en el corazón del liderazgo de Amado Líder y, a la par, amplía el abanico político introduciendo una pluralidad novedosa y masiva que desafía a las élites —tanto masculinas como institucionales.

Es probable que no haya movimiento de masas tan intercomunicado en el mundo ni con un debate más rico que el feminismo. Quizás los activistas medioambientales tengan un peso similar, pero carecen del punto que Todorov y Malešević sostienen como crucial en la construcción de la solidaridad: el vínculo emocional, afectivo, con otro individuo. Amamos a otros, dicen ambos; no es posible amar igual a una abstracción o, por más que lo necesitemos, a un planeta. Que la mitad de la población mundial reclame su espacio puede leerse como un poderoso impulso con potencial para constituir una de las iniciativas de desarticulación del autoritarismo populista.*

El voto femenino suele ser un catalizador del centro político. El paternalismo es su opuesto. No es ningún hallazgo que la inmensa mayoría de los populismos sean liderados por hombres, y que, en sí, el populismo demande la figura del *pater familiae*, el gran jefe de la tribu que provee y salva.** Los líderes populistas siempre han obtenidos más votos —y la diferencia es significativa— entre los hombres que entre las mujeres.

El feminismo contrapone un planteamiento igualitario frente a la visión agonal y dominante de las *macho politics*. En particular la segunda ola feminista concibe la idea de que hombres y mujeres pueden y deben coexistir —no hay otro modo. El campo feminista tiene ahora una oportunidad única: está en la cresta de la ola. Seguro, activo, solidario; extendido y comunicado para hacer política en tiempo real en todo el planeta.

Es la oportunidad de la construcción de modelos democráticos más inclusivos y equitativos: las demandas sociales deben

expandirse, socializarse más allá de los movimientos. Si un planteamiento se vuelve hegemónico —por ejemplo, que mujeres y hombres deben tener derechos efectivamente iguales—, pues serán los partidos los que se avendrán a ese reclamo —la demanda—, no el reclamo que irá a pedir espacio a los partidos —la oferta.

Me dice por email la activista feminista ecuatoriana Silvia Buendía:

> Es muy difícil dialogar con el macho político porque ceder ante las demandas feministas siempre será ceder privilegios. Sin embargo, estamos viendo que hoy ya ningún populismo puede declarase anti feminista. Es más, casi ningún movimiento político, ni siquiera de derecha, puede declararse abiertamente anti feminista sin sufrir consecuencias. Ese es el signo de los nuevos tiempos y se debe a la lucha organizada y constante de las mujeres desde el feminismo.
>
> Los políticos ya no ganan tan fácilmente las elecciones si no se muestra pro-derechos de las mujeres y de las diversidades sexo genéricas porque los electores son cada vez más jóvenes, más progresistas, menos prejuiciosos y más exigentes. Hoy el populismo usa al feminismo en su beneficio y nos abren espacios en sus filas, pero con sus reglas. El diálogo solo no sirve con los machos políticos. Hace falta romperles las estructuras, lanzarlos al vacío, incomodarlos, exigirles, cuestionarlos, estar en las calles.

El feminismo puede proveer transversalidad. No semántica, sino política. Si el feminismo logra establecer los términos de su agenda, como lo procuran hacer también los defensores del medio ambiente, los partidos tendrán que *nutrir su agenda igualitaria allí* en vez de que los movimientos deban mendigar o pelear el espacio en cada organización.*

El escenario parece claro. Correa no es feminista, tampoco Evo. Mucho menos Bolsonaro. Ortega está lejos de serlo. Pedro Castillo se ha dicho «anti» feminista y nombró como su primer ministro a un homófobo y misógino, Guido Bellido.[85] ¿Es feminista CFK? No he visto al movimiento celebrarla como una del grupo. No es feminista Bukele, no lo fue el guatemalteco Portillo ni Álvaro Uribe ni Néstor Kirchner ni lo es Alberto Fernández o, definitivamente, el toro español Santiago Abascal. AMLO asumió con mayoría en las cámaras y sus legisladores podrían haber aprobado una ley que facilite el aborto, pero no lo hicieron. El presidente, además, se enfrentó con las mujeres, acusándolas de servir a sus opositores.**

País por país, las aproximaciones entre feminismo y populismo

varían. El feminismo consiguió que el peronismo —partido de hombres— y legisladores del centroderecha —liberados por su propio líder para elegir según su conciencia— votaran a favor del aborto en Argentina. Pero el populismo es macro: no comprende a las minorías. Hay diálogos feministas dentro del peronismo —un debate intenta acercar la idea de un *pueblo feminista* a la de un *pueblo kirchnerista*— del mismo modo que hay feministas obradoristas. Pero jamás serán posiciones hegemónicas: si el líder es macho, macho queda. El *entrismo* es ficción. En ningún caso —*en ningún caso*— la evidencia prueba que los movimientos populistas latinoamericanos se asuman feministas. Más bien, no sólo están lejos de serlo sino que viven a dos planetas de comprenderlo.

«Los populismos se aprovechan del feminismo cuando tienen necesidades electorales», me dijo desde México la académica y feminista Gisela Kozak:

> Pero también hay un feminismo que ha estado históricamente vinculado a los autoritarismos de izquierda. Las feministas cubanas que son miembros del PC, por ejemplo, han negado que exista prostitución en la isla. La postura oficial en China es que allí no existen ni patriarcado ni machismo: las feministas chinas no dicen nada al respecto. En mi país, Venezuela, las feministas más jóvenes son autoritarias: le cayeron encima a [la filósofa feminista igualitaria] Amelia Valcárcel porque en una conferencia en Zoom cuestionó el lugar desde el cual las mujeres trans asumen el feminismo. A mí me sorprende esa impregnación del autoritarismo en las nuevas generaciones.

He ahí un debate complejo: ¿puede un movimiento que se asume vocero de El Pueblo no incluir la voz de una porción tan significativa como *la mitad de la sociedad*? ¿Debiera el feminismo asumir una relación transaccional: acercarse al populismo, conseguir que movilice leyes por mutuo interés, abandonarlo antes de que fagocite el movimiento con su personalismo? «Son prácticas y estructuras tan enraizadas que resulta casi imposible cambiarlas desde adentro, sin que haya cooptación, sin institucionalización de por medio y los feminismos institucionalizados han perdido peso», me dijo por WhatsApp desde Quito la socióloga ecuatoriana Valeria Betancourt, una activista feminista de derechos digitales. «De manera que la coexistencia del feminismo y el populismo fuera de esas dinámicas transaccionales es una imposibilidad, y si hay

comunión será coyuntural, no de imbricación».

Por eso resulta complejo relacionarse con el populismo, sustancialmente androcéntrico, en América Latina. ¿Qué hace Amado Líder frente a los contrapoderes como el feminismo? Dice Betancourt:

> Quizás resulta exagerado (o utópico) apelar al «adaptarse o morir» pero puede que no sea del todo descabellado abrazar esa idea. Veo en el populismo de derecha mayor capacidad de resiliencia y reacción en este momento específico de América Latina. Apropiación de algunos aspectos centrales de la narrativa y causas de la derecha para desvirtuar, caricaturizar, socavar a actores sociales no afines a sus preceptos e intereses. Las luchas y narrativas feministas, y los movimientos feministas como actores/sujetos de la política y de lo social en el campo popular, entran en ese embate, creo yo.

En general, los feminismos le han opuesto resistencia al populismo. María Galindo, que viene de la izquierda, ha discutido a Evo en Bolivia. Martha Lamas y Marcela Lagarde mantienen distancia con López Obrador; Natalia Brander y Alicia Castillo, en Venezuela, se han mantenido alejadas del chavismo y Maduro.

Es una distancia comprensiva: todos los líderes populistas latinoamericanos tenían más de sesenta años cuando el movimiento #MeToo estalló en 2017. Las únicas excepciones eran Maduro —que nació en 1965— y Bukele, que entonces tenía 36 y era el alcalde de San Salvador adorado por todos. Pero la distancia es más que generacional —por si hiciera falta, Maduro y Bukele tampoco son pro-feministas—: el populismo es un movimiento culturalmente incapaz de comprender el fenómeno feminista.

En 2021, la periodista Gabriela Warkentin produjo el libro *Feminismo a la mexicana*, para el que entrevistó a más de 100 personalidades de México. En más de un año de trabajo, me dijo, no encontró en toda la clase política un mínimo entendimiento de qué es el feminismo. El fenómeno, en rigor, excede al populismo.

Tres años antes, en 2018, Warkentin condujo un debate entre los candidatos presidenciales José Antonio Meade, Ricardo Anaya y Andrés Manuel López Obrador. Su primera pregunta para el priista Meade —un tecnócrata calmo difícilmente confundible con un populista— fue qué haría por las mujeres, en especial las trabajadoras del hogar, sobre las que acababa de sacar un *spot* de campaña. Las primeras palabras de la respuesta de Meade: un

saludo a la selección masculina de fútbol que jugaba la Copa del Mundo. «Yo no creo que Meade sea un macho ni mucho menos», me dijo Warkentin , «pero simple y sencillamente el *chip* de género no está ahí».

Algo similar sucede con el prototipo del nuevo populista, AMLO. Las propias mujeres de Morena lo excusan generacionalmente: difícil que pueda comprender al feminismo; es un hombre de casi setenta años, otra época. Me dijo Warkentin en una conversación informal por WhatsApp:

> AMLO es autoritario pero tampoco es un *macho*. Como otros, no logra entender que hay temas que atañen específicamente a la mujer. Cuando el presidente dice que es humanista porque cree que ni el hombre ni la mujer deben sufrir, no logra llegar a la siguiente frase que es decir «pero a las mujeres les pasan cosas específicas». No lo están viendo y eso hace que un sector importante de las mujeres le de la espalda a la clase política.

¿Qué se hace con el populismo si no es inherentemente feminista: se lo abandona y se construye feminismo liberal y popular por fuera de esos movimientos? A nadie en el feminismo le gusta decirse liberal. «Excluidas a Martha Nussbaum y Seyla Benhabib», dice Kozak, «pero el feminismo liberal, plural, es más un *ethos* que un punto de partida teórico y puede abonar para enfrentar la visión monolítica del populismo, aunque siempre habrá un sector cercano al autoritarismo, y esas son las hijas del viejo marxismo».

El paternalismo está cosido al tejido de una clase política masculinizada cuya homogeneidad choca con la heterogeneidad de la ciudadanía. Las naciones que han tenido mujeres al frente de sus gobiernos durante la pandemia lo han hecho sensiblemente mejor que aquellas con hombres a cargo.

Por supuesto, la correlación es compleja. Del mismo modo que ‘progresista’ en América Latina no es equivalente a ‘pro-decisión’, ser feminista no implica tomar las decisiones que esperan las mayorías. Todos tenemos múltiples identidades y no hay seguridad de que una mujer elija el género por encima de su posición económica u otros valores. Trump no sólo obtuvo suficientes votos entre las mujeres sino que su populismo de macho obtuvo *todavía más* votos femeninos en 2020 que en 2016. Muchas mujeres adoraban su postura de hombre a cargo y muchas de ellas no creen en la agenda feminista. Marine Le Pen, CFK, la republicana

estadounidense Marjorie Taylor Greene —que durante un tiempo igualaba la obligación de usar máscaras a una política nazi— son mujeres duras que no acuerdan con muchos planteamientos (o ninguno, según el caso) del feminismo.

Escribe Jill Langlois en «The Feminine Appeal of Macho Populism»:

> Si bien no existe una única explicación unificadora de por qué las mujeres en diferentes países apoyan a los populistas machistas (políticos que proyectan un ideal de dominación masculina), hay algunos puntos en común. Las mujeres tienden a ser más religiosas que los hombres, un hecho que los populistas machistas suelen aprovechar para su beneficio. Trump ha cortejado agresivamente a los votantes religiosos y tres cuartas partes de los evangélicos blancos votaron por él en 2020. En Brasil y Polonia, una dinámica similar atrae a las mujeres a los hombres que parecen ajustarse a las normas tradicionales de género.[86]

Las mujeres representan la mitad del electorado pero no son ni la mitad de los legisladores, funcionarios o, por caso, presidentes del mundo. Y si bien no se trata de una receta infalible —Margaret Thatcher, Imelda Marcos, Eva Perón, Cristina Fernández no son hombres— sí es observable que los gobiernos dirigidos por mujeres, bis a bis, suelen ser más moderados que los dirigidos por hombres. Jacinta Arden, la primera ministra de Nueva Zelanda, encabezó en 2021 la lista de los 50 líderes más importantes del mundo de la revista *Fortune*[87] y Angela Merkel ha sido uno —¿una?— de los pocos jefes de Estado que vio subir su aprobación por el manejo de la pandemia.[88]

Los políticos de generaciones mayores —por encima de los sesenta años— han sido educados en un mundo profundamente machista. Las nuevas generaciones prometerían una concepción más horizontal de la política, con un juego menos macho-centrado que en la actualidad, pero romper construcciones culturales pétreas demanda de un buen cincel y algo de tiempo. Aun hoy, las leyes deben *obligar* a los partidos a otorgar espacio a las mujeres; en veinte años, la integración debiera estar normalizada, sin necesidad de corrales legales.

Pero, otra vez, que en pleno siglo XXI la mitad de la población deba reclamar por derechos, bueno, eleva más de una ceja. Congresistas y dirigentes pueden hacer un esfuerzo por comprender

a sus electores a título individual pero precisan reaprender vínculos con la mitad del electorado para abandonar el paternalismo. ¿Hay una posibilidad de menos populismos con esteroides con más mujeres en el sistema? Aun no lo hemos experimentado.*

SIR-YES-SIR

Más allá del potencial del feminismo como actor democratizador, la necesidad de poner coto a las *macho politics* es perentoria. El populismo ha demostrado sus pulsiones autoritarias en la mayor parte de los movimientos de la región, sean de izquierda o de derecha.

La remilitarización es uno de esos casos. Los generales ganan espacio en las fotos presidenciales desde inicios del siglo. Son una de las instituciones más confiables para la sociedad y tras mantenerse con la cabeza gacha y en los rincones tras los crímenes y desfalcos de los años ‘70 y ‘, ahora poco a poco buscan un lugar al sol.

Han pasado sólo treinta años del fin de la última dictadura militar y el militarismo es todavía un ánima palpitante. La existencia de populismos militaristas —el trío bananero Cuba-Venezuela-Nicaragua— y de gobiernos con distintos grados de interrelación con las fuerzas armadas —funcionarios militares en Brasil, funciones civiles para militares en México, la omnipresencia en Colombia, soporte de uno u otro Amado Líder en Centroamérica — refuerza la idea de que, dada la necesidad de respaldo de última instancia —*meaning: guns*—, esa presencia se mantendrá.

La historia de gobiernos de facto y dictaduras ha demostrado la incapacidad militar para la gestión civil de un país. Su comprensión de la vida pública no está definida por los intercambios horizontales posibles en la democracia sino por el ejercicio verticalista e indiscutible del poder. Con los militares hay obediencia, nunca debate.

Tenemos un problema de fondo: los líderes deben renunciar a considerar a las fuerzas armadas como un recurso político más. La Historia aconseja en su contra; sólo el instinto de supervivencia personal de Amado Líder —o de un autócrata no populista— vota a favor. La voluntad omnipotente de los jefes populistas conlleva el mismo riesgo de los gobiernos autocráticos: una mayor militarización de consecuencias imprevisibles está siempre sobre la

mesa. Adam Scharpf, especialista en aparatos de seguridad estatales del German Institute for Global and Area Studies, asegura que reducir esa militarización no parece realista en el corto plazo pues las naciones atraviesan severos desafíos políticos y económicos y controlar a los militares en la región siempre incluyó vigilancia internacional.[89]

Por un lado, Amado Líder suele recurrir al soporte militar —en muchos casos porque conceptualizan a las fuerzas armadas como parte de El Pueblo— para fortalecer su posición. Por el otro, la presión diplomática de Europa y los Estados Unidos está dispersa, y eso da espacio a quienes deseen mover la línea de lo aceptable hacia el campo autoritario. Los Estados Unidos han perdido credibilidad política en la región, Europa está ocupada en sus propios problemas y la OEA se ha dividido desde que el chavismo se convirtió en financista de una decena de países.* «Con China y los Estados Unidos compitiendo por la influencia económica global, las oportunidades de Europa para iniciar un replanteamiento entre los líderes gubernamentales latinoamericanos siguen siendo limitadas en el mejor de los casos», escribe Scharpf.[90]

> En conjunto, esto sugiere que una mayor militarización de la política latinoamericana será difícil de frenar desde el exterior. Mientras los problemas estructurales de desigualdad económica, instituciones débiles, corrupción e inseguridad de la región sigan sin resolverse, es probable que prevalezca la motivación de los gobiernos y las fuerzas armadas para incluir más soldados en la política.[91]

Si las *macho politics* se abrazan al discurso de securitización, si Amado Líder cree que el rol de los militares —que son, para él, parte de El Pueblo— es ocupar espacios más significativos, el clima político de la nación se enturbiará. Las experiencias de Cuba, Nicaragua y Venezuela son largamente demostrativas de los peligros de la conjunción 'populismo + poder militar'. Tras Jair Bolsonaro, Brasil enfrentará una vez más la evidencia de que cuando se enriquece la presencia militar en la política no es sencillo devolverla a un lugar menor. Lula, de regreso a la política, lo ha entendido: para recuperar el centro político abrió su mesa de conversaciones a dos factores de poder ya inevitables de Brasil, los militares y los pastores cristianos.

¿SOMOS ASÍ?

El humor suele ser juicioso para captar las particularidades humanas. En la maravillosa 'Life of Brian' de los Monty Python, cuando el falso profeta está en la cruz, un grupo de soldados asoma en una colina y baja presuroso hacia el valle; los romanos huyen despavoridos ante su arribo. Cuando llegan frente a Brian, el jefe del comando los presenta: son el escuadrón suicida. Si uno no conociera el absurdo de los Python supondría que en la siguiente escena el escuadrón se encara contra un batallón de inquisidores a tajo jugándose la vida, pero sucede lo contrario: apenas se presentan, los miembros del escuadrón suicida desenfundan sus espadas y, bueno, se suicidan.

Los fatalismos siempre encierran una dosis venenosa de resignación, del acusatorio *Nada se puede hacer, son así* al derrotista *Es horrible, pero así somos.* Cuando muchos se rascan las cabezas penando por formas de racionalizar los procesos políticos, fortalecer las instituciones y modernizar nuestras democracias, otros tantos se entregan a una suerte de determinismo histórico. Para qué esforzarse, parecen decir, si igual fallarán. Vendrá Amado Líder, las masas votarán por él, entraremos en otro ciclo de polarización y agrietamiento de la solidaridad, vuelta a empezar. Escuadrón suicida.

Creo, y llevo algunas décadas en esa puja, que soy un optimismo lúcido —a veces, también, un pesimista lúdico— y entre vasos llenos y vacíos prefiero apostar a seguir llenando la copa a acabarme lo que había y echarme a dormir la cruda. A nada de cumplir 30 años, la periodista Ana Iris Simón escribió *Feria*, un libro de tristezas. *Feria* es una novela de auto-ficción que confronta imperativos: los padres de Simón se casaron jóvenes, compraron casa con hipoteca y tuvieron hijos siguiendo cierto mandato social; ella y su generación vive en otro imperativo, dice, donde prima la inestabilidad vincular y el desapego en un mundo de trabajos precarios y escasas posibilidades de ser propietario de mucho más que un *scooter*. El libro inicia con esta frase, punta de conversación en toda España: «Me da envidia la vida que tenían mis padres a mi edad».

Feria permitió a Simón avanzar ciertas discusiones como la idea de familia —en particular, el rechazo del concepto por la izquierda y su colonización desde la derecha— y recuperar la filosofía del

ruralismo ibérico. Es un libro contradictorio —y por eso muy natural— de una autora que intenta encontrar un lugar en un mundo que corre sobre una cinta sinfín donde puedes escoger entre la variedad de la oferta que ves pasar pero, parece, jamás capturarla del todo.

En mayo de 2021, Simón fue invitada a dar un discurso en La Moncloa, la sede del gobierno español. El ejecutivo del presidente Pedro Sánchez discutía en esos días el reto demográfico de España con miras a 2050. Dijo Simón entonces:

> Lo que más envidio de mis padres a mi edad es que para ellos tener hijos no supuso el salto al vacío que yo siento ahora. Con 28 años he vivido tres ERE* y mi contrato temporal finaliza dos días después de la fecha programada para mi primer parto. No tengo coche y no tengo hipoteca y si no los tengo es porque no puedo.92

Luego pidió al gobierno que, como solución, apoyen a las familias:

> No habrá agenda 2030 ni plan 2050 si en 2021 no hay techo para las placas solares porque no tenemos casas, ni niños que se conecten al wifi porque no tenemos hijos.

Cualquier plan demográfico, dijo, debe pasar, primero, por fomentar el acceso al trabajo y la vivienda para reducir la migración rural a las ciudades. Pidió priorizar la producción nacional a extranjera, reindustrializar el país y regulación para detener las burbujas inmobiliarias.

> Hay que recuperar la soberanía perdida frente al capitalismo global y europeo, un capitalismo que también prefiere importar de fuera la natalidad en lugar de fomentarla dentro. No sé a ustedes, señorías, pero a mí se me ponen los pelos de punta cada vez que se habla de necesitar inmigrantes que nos paguen las pensiones como si las personas fuesen divisas.

Y también:

> Mientras les pedimos a los inmigrantes que paguen nuestras pensiones no les estamos permitiendo pagar las de sus padres y las de sus abuelos en sus países de origen y eso a mí me suena robarle la mano de obra a los que hace siglos les robamos el oro.

El discurso de Simón produjo las inevitables reacciones futboleras

—a favor y en contra del argumento y a favor y en contra *de ella*—, que operan ante todo sobre los efectos y no las causas. Gusten o no, demandas como la de Simón son reales. Inocultables. Y producen política.*

Hay quien ha sugerido que el planteamiento de Simón es una suerte de *neocasticismo*, un regreso nostálgico a una época más segura, cómoda, menos incierta. De ese caldo beben los populismos, en especial los nativistas y neofascistas. (Simón, que ha hecho profesión de fe por la izquierda, rescató en *Feria* la figura de Ramiro Ledesma, uno de los pensadores liminares del fascismo español.) Pero también hay quienes creen que es un llamado de atención —una alerta inteligente: 'oigan, véannos, no nos dejen a la deriva'— por la frustración de generaciones que no tienen claro qué proyecto de país piensan las élites políticas y económicas para los ciudadanos más jóvenes.93

Cuesta más vivir, sin dudas. A las nuevas generaciones les toma más tiempo adquirir una casa que a sus padres94 y la posibilidad de retirarse es no sólo más distante sino, quizá, riesgosa o improbable, pues los sistemas de pensiones de todo el mundo están colapsados y son insostenibles.95 Una economía que demanda más formación excluye automáticamente a los más pobres, que deben conformarse —como si vivieran en el primer capitalismo— con trabajos clericales de bajos ingresos, precarios e inestables. La incertidumbre es general, pues también quien han pasado por universidad, maestrías y doctorados encuentra difícil sostenerse en un mercado donde la balanza se inclina cada vez más hacia la demanda, dando más poder a quien toma empleo, pues a mayor oferta de personas capacitadas, más posibilidades de conseguir personal a un costo decreciente.96

La tecnología ha facilitado que conozcamos más del mundo y, a la vez, que deseemos más. Tenemos a diario un bombardeo de híper consumo y exhibicionismo de riqueza fácil. Un *youtuber* de veinte años puede hacerse millonario desde su habitación de un modo que su padre con un cuarto de siglo de estudios jamás conseguirá. Es un caso anecdótico en sí mismo, pero se convierte en una posición aspiracional cuando la historia se presenta como otro ejemplo del *si quieres, puedes*, poniendo sólo a la voluntad personal como límite del éxito o el fracaso.

La idea de satisfacción inmediata opera en contra de las necesidades de la mayoría de los sistemas políticos. Hemos pasado

del materialismo al pos-materialismo hedonista. ¿Cómo pedir sacrificio a una sociedad estimulada con riqueza mágica? Mejor prometer milagros.

A esa demanda de individuos en estado de vulnerabilidad existencial simbólica y material —identidades en crisis, un mercado inestable— se sumó la pandemia, que sumió a las personas en dilemas aun más primarios, como la posibilidad de perder la vida de un día para el otro.

La humanidad se creía tan en control de sí y los elementos que cualquier individuo podría planificar una existencia por los próximos cincuenta años con el único temor de una catástrofe climática en el horizonte, y ese riesgo se ve distante y etéreo porque es difícil observar el desastre ambiental a diario. Sin temores frecuentes, de repente, de un día para el otro debimos confinarnos y aceptar la idea de que el más leve roce con otro ser humano podía matarnos. Nos privatizamos. Nos volvimos naciones de individuos privados, en algunos casos gobernados por líderes absorbentes.

[·]

La solidaridad en suspenso, la vida en suspenso. Y antes, las dudas sobre Los Otros. ¿Quiénes somos? ¿Qué somos?

De tanto en tanto, es necesario someter a conversación la idea de nación. ¿Qué valores abrazamos? Es necesario un nacionalismo racional, si tal, pensado sobre un grupo de ideales amplios, lejanos de la subjetividad de la sangre, la tierra, el parentesco, el clan.

Una nación es un grupo de individuos —que cambia con el tiempo— y que dentro de un determinado límite espacial practica ideales universales en conversación con el mundo. Así será siempre. «El nacionalismo no puede desaparecer, como el comunismo, con el surgimiento de la democracia liberal», dice Krastev, «porque la lealtad a la nación es una condición previa necesaria para cualquier democracia liberal estable».[97]

Una nación es un acuerdo fijo, pero en ese marco amplio todos tenemos diferencias respecto de qué hace mexicano a un mexicano o, incluso, estadounidense a un emigrado de El Salvador. Nunca estaremos completamente de acuerdo; unanimidad y uniformidad son complejas. Podemos ser unánimes en asuntos que convoquen nuestra más profunda humanidad, pero tal acuerdo podría no ser mandatorio ni permanente. Quien disienta no será traidor por no

creer lo mismo que los demás.

La uniformidad es más difícil —e innecesaria: pensar *igual* aplana la riqueza de la conversación y convierte la idea en credo y el credo en dogma. Nunca miraremos el mundo con la misma óptica, así que esa idea nos obliga a ser cuidadosos en la manera en que resolvamos los desacuerdos. El cómo importa. La victoria de una idea nunca es permanente —*on ne tue point idees*— y por eso es necesario gestionar el diálogo.

Una nación precisa un gran consenso de base, genérico y amplio para construir. Anne Applebaum recuerda al autor de *The Choice of Comrades*, el novelista italiano Ignazio Silone, quien atravesó varias decepciones políticas: fue comunista y luego anticomunista, y fascista y luego antifascista, vio guerras y extremismo. Sin embargo, no dejó de estar activo políticamente. ¿Por qué siguió apostando? Applebaum sugiere que no fue porque hubiera una sociedad perfecta por construir sino porque la apatía le hubiera destruido el alma. En la Italia de la posguerra, la que vivió Silone, nadie parecía confiar en nadie. Todos eran malos o peores, mentirosos, corruptos. Sectarios. Todos tenían un pasado. Silone escribió que los regímenes políticos vienen y van pero los malos hábitos perviven, el nihilismo entre los peores.

Silone, dice, no ofrece grandes soluciones, milagros ni panaceas en su mirada descompuesta del mundo. Me gusta este párrafo de Applebaum:

> No hay una solución final, ninguna teoría que lo explique todo. No hay una hoja de ruta hacia una sociedad mejor, ni una ideología didáctica, ni un libro de reglas. Todo lo que podemos hacer es elegir a nuestros aliados y nuestros amigos —nuestros camaradas, como él lo dice— con mucho cuidado, porque sólo con ellos, juntos, es posible evitar las tentaciones de las diferentes formas de autoritarismo que una vez más se ofrecen. Como todos los autoritarismos divide, polariza y separa a las personas en campos en guerra, la lucha contra ellos requiere nuevas coaliciones.[98]

MI TUIT ES TU TUIT

He trabajado como periodista por más de tres décadas. Y miro este mundo desenvolverse como si se incendiaran, permítanme, naves de ataque en las postrimerías de Orión. Como a muchos antes, en ocasiones la Historia que se nos exhibe me resulta incomprensible e

inasible, todas las herramientas y categorías inútiles, superadas por el agobio y la confusión.
En 2016, cuando Trump detuvo el planeta, escribí:

> El gran aprendizaje de la elección para el oficio tal vez radique en que sea preciso volver al inicio de los tiempos: abajo, a la calle, en la comunidad. Los medios tradicionales, sobre todo, son, en demasiadas ocasiones, productos súper-estructurales de intelectuales liberales. Tal vez los medios digitales, si operan como el viejo nuevo periodismo —ensuciándose las patas—, tengan un pulso más claro. [. . .] Si algo no se ve bien, decía el viejo Gardner Botsford, es porque no está bien.[99]

Amado Líder nos mostró cómo las redes pueden desestructurar procesos políticos, estructuras partidarias, sistemas de representación con dos siglos de existencia y una retícula de medios de comunicación que cubre a diario cada rincón del planeta.

Las redes enseñaron algo más: no se puede sólo emitir. La comunicación es ida y vuelta, intercambio. La prensa debe dialogar con las audiencias; los partidos, con sus seguidores y el electorado independiente; las instituciones, con la sociedad. Frecuentemente, con método, de manera cercana. Va en su beneficio y más: va en beneficio del sistema cuya defensa parece asumir. Se puede vivir sin prensa libre, pero no se puede tener democracia sin prensa libre. Ni prensa libre sin democracia. ¿Podemos vivir sin partidos? Tal vez, pero no sin mecanismos de intermediación que ordenen el debate y canalicen el furor de las masas. No sobreviviremos, al cabo, sin instituciones.

«La gran paradoja de la hiperconectividad es que las mismas herramientas que facilitan el empoderamiento de los ciudadanos para hacer escuchar su voz en la esfera pública, también pueden ser utilizadas por los tiranos y los populistas para extender la demagogia y la mentira», me responde por correo electrónico José Luis Orihuela, profesor en la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra y autor del libro *Culturas digitales*.

Escribí en «Señor presidente: cállese» en *The New York Times*:

> Todos tenemos claro algo: la democracia representativa precisa reformas. Las demandas sociales del siglo XXI son históricas y los ciudadanos impacientes: nada puede ser desatendido. Requieren hacer mucho más eficiente la gestión de la cosa pública. Eso no será sencillo; tomará quizás una generación y no podemos dejar pasar ese tiempo mientras las democracias son minadas por los líderes populistas y

demagógicos que se sirven de las redes. Quizás sea preciso ser drásticos.

Es imprescindible reglamentar —¿con carácter constitucional?— qué y cómo informar por las redes y quién es el verdadero propietario de una cuenta presidencial, si el individuo o la institución. En mi demanda jacobina, un presidente debe estar sometido a crecientes controles operativos y esto incluye su teléfono móvil y la pantalla del ordenador.

No podemos permitirnos que una majestad virtual de alto riesgo sistémico provoque inestabilidades y mine el sistema democrático. Como a un niño excedido en horas de pantalla, hay que quitarle el teléfono de la mano al presidente.[100]

Es absurdo no leer el mensaje: las redes son, para el sistema de intermediación y representación, una herramienta subversiva. En palabras de Lee McIntyre en *Post-Truth*, las *fake news* están relacionadas íntimamente con la posverdad y ambas tienen una relación simbiótica, agrego, con el sistema de medios y redes sociales: en vez de ser destruidas por una y otra refutación, más crecen cuanto más difundidas son. Eso no significa que, para detener la posverdad y las *fake news*, debamos acabar con las redes. Sigue McIntyre:

> Es como decir que la existencia de armas nucleares supone automáticamente el apocalipsis. El hecho de que exista un arma no significa que debamos ser lo suficientemente tontos como para usarla. Es la forma en que respondemos a los desafíos creados por nuestra tecnología lo que marca la diferencia. Las redes sociales han jugado un papel importante en la posverdad, pero, nuevamente, esta es una herramienta más que un resultado. [. . .] La difusión electrónica de información se puede emplear para difundir mentiras, pero también para difundir la verdad. [. . .] Si nuestras herramientas se están utilizando como armas, recuperémoslas.[101]

Sin duda, las redes no desaparecerán. Y no será rechazándolas o prohibiéndolas que la política recuperará su centralidad sino entendiendo su dinámica y aprendiendo a incorporarlas a la gestión de la representación pública. En palabras de la investigadora mexicana en comunicación Rossana Reguillo:

> No veo a los partidos usando bien las redes. No saben comunicar. [. . .] En el tránsito hacia el futuro prevalece en las redes la dimensión liberadora, la conquista de la voz propia, el cambio del *one to many* al *many to many,* el *broadcast yourself*. La creciente complejidad del

> ecosistema red, aumenta la creatividad y ayuda a eludir el control de las narrativas dominantes. [. . .]
>
> La presencia de múltiples grupos operando, sobre todo en Twitter, dificulta navegar sobre esas aguas plagadas de *fake news* y de odio. [. . .] Los *flamers* que surgieron en los años '90 para incendiar la web vuelven con fuerza en este nuevo contexto social. Es un escenario muy complicado. Los más jóvenes están atrincherados en Instagram por el ambiente hostil de Twitter y Facebook.

Nada hay en el mundo *online* que no arrastremos desde la vida en la calle. Los cínicos en Twitter eran cínicos en casa. Los románticos leían a Juan Salvador Gaviota fuera y lo llevan también a Facebook. Puede que la red permita jugar roles performativos, crear una imagen digital, pero los cimientos de esos roles están ya en nuestra psique. «Los medios sociales son aceleradores», dice Ezra Klein, autor de *Why We're Polarized?* Si estábamos polarizados en el mundo *offline*, estaremos (más) polarizados en las redes *online*. «Tal vez podrían ser dominantes en el futuro próximo», dice Klein, «pero las razones de la polarización les preceden». Agrega:

> Las redes sociales básicamente centran la atención en los contenidos que generan las respuestas emocionales más intensas. Eso definitivamente beneficia a candidatos más ruidosos, más provocativos, más inspiradores y más escandalosos. Pone en desventaja a las voces más tranquilas que pueden ser excelentes para hacer las cosas, pero, exactamente por esa razón, no quieren enraizarse en las políticas orientadas al conflicto que dominan las redes sociales.
>
> Dicho esto, ¡muchos pragmáticos siguen siendo elegidos! Es importante —a la manera de Twitter-no-es-el-mundo-real— no exagerar cuánto se han apoderado las redes sociales de los procesos de nominación [de candidatos en los partidos, por ejemplo]. Así que estoy totalmente de acuerdo con la tesis de que las redes sociales le están quitando el poder a los partidos, pero los partidos, y todo tipo de otras instituciones mediadoras, todavía tienen bastante poder.[102]

Las redes sociales han actuado como aspiradoras al vacío para los partidos: les chupan la sustancia. El poder convocante hoy está en la política personal, no institucional. En los nombres más que en las estructuras. Alexandria Ocasio-Cortez, por ejemplo, quien apenas llevaba un periodo en la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, tiene más tracción personal, por ideas y *appealing*, que algo impersonal como el Partido Demócrata.*

En 2021, Redes Sociales Progresistas —ese minúsculo partido

mexicano de corta duración— ensayó una votación interna para elegir candidatos. No era la primera vez que el voto electrónico atraía la atención. En 2003, Suiza realizó pruebas con referendos pilotos y en 2004 cinco pueblos del norte, centro y sur de Italia efectuaron algunas prácticas de votos locales con resultados alentadores. Canadá se aproximó a la idea de los e-referendos nacionales en 2011 después de que en 2003 la ciudad de Markham eligiera a su alcalde y consejo deliberante por voto electrónico. La evidencia ha dejado de ser anecdótica con algunas experiencias exitosas en la Unión Europea y una decena de naciones, incluidas Australia, Brasil, Francia, India, Holanda y Filipinas.[103]

Pero volvernos íntimamente digitales en política no es un proceso sencillo y quizás tampoco sea la prioridad, pues estamos lejos de tener todo lo necesario. «Mucho antes de entrar en los terrenos de la representatividad y las consultas electrónicas, hay que plantearse en serio la cuestión de la transparencia», me dijo Orihuela. «Los Estados generan volúmenes ingentes de información, con nuestros impuestos, que debería resultar accesible y procesable de modos mucho más eficaces y ágiles».

Y están las nada desdeñables infraestructuras: menos de la mitad de la población de América Latina tiene acceso a internet y, entre las personas que lo poseen, no todas participan por igual de las redes sociales.* ¿Queda ahí? No. Aunque los ciudadanos con móviles crezcan cada año, las condiciones para una democracia digitalizada todavía distan de alcanzar un estado óptimo. Según un trabajo del Banco Interamericano de Desarrollo,

> en América y el Caribe hay 34 millones de personas que carecen de credenciales de identificación básica, un documento imprescindible para incorporar a un ser humano a las bases de datos del registro civil de un país. Pero aunque todos los latinoamericanos los tuvieran, esos documentos deben contar con tecnología que facilite su uso digital —y las personas tienen que aprender a usarlos en los sistemas digitales de la actualidad, algo que tampoco sucede.[104]**

Es cierto, hoy se puede organizar una movilización desde tu cama de adolescente que aun tiende tu madre. Y la experiencia del mexicano RSP muestra que se pueden crear *partidos fast food* para probar suerte —y obtener escaños y vivir del dinero de la política— porque no es complejo empaquetar ideas y venderlas a un sector específico con precisión mercadotécnica. Claro, desde que el poder

pierde el control del centro político, la movilización social se ha hecho activa, variopinta e increíblemente creativa.

De hecho, un grupo de activistas con alguna habilidad para navegar entre la política y las redes puede conmover al mundo. La Primavera Árabe probó que una multitud es capaz de hacer confluir demandas comunes que están en el espacio de la conversación pública y solamente necesitan un catalizador. Krastev, en su libro *Is It Tomorrow Yet?*, cuenta que una centena de estallidos sociales de la última década no fueron organizados ni capitalizados por los partidos políticos: los liderazgos están cambiando.

Sin duda, tanto como ayudan a socializar falsas narrativas y *fake news*, los sistemas de mensajería son útiles para coordinar revueltas. Tiene sentido: si nos comunicamos en tiempo real el desasosiego y la esperanza entre familiares y amigos, WhatsApp, Telegram y la tecnología que los supere o sustituya nos permitirán coordinar el enojo y la alegría colectivas. Por eso se ven símbolos y métodos comunes en las marchas de lugares tan distintos y distantes como Asia y América Latina. En Chile y Perú manifestaban jóvenes disfrazados de personajes de animé que antes caminaron con las marchas en Hong Kong contra el totalitarismo chino. Y en Hong Kong los jóvenes dirigían sus punteros láser contra las cámaras de la policía para neutralizar sus visores como lo hicieron antes los estudiantes chilenos en las calles de Santiago.

Pero cantar la desaparición de los partidos políticos porque hemos descubierto una eficiente tecno-guerrilla es antojadizo. Los partidos políticos llevan buen tiempo con nosotros y posiblemente continúen, aunque su forma y método actuales no tienen por qué prolongarse en el futuro distante —o próximo. Es mucho lo que pueden aprender de estos movimientos políticos emergentes, especialmente sobre nuevas formas de interacción y un mejor uso de las herramientas tecnológicas para permitir la participación ciudadana entre elecciones; nuevas formas de reclutar y movilizar miembros; informar sus ingresos financieros; y la necesidad de reconsiderar la frontera entre los de adentro y los de afuera.

En *Culturas digitales,* Orihuela presenta a internet como una trituradora de intermediaciones ineficientes. Si las redes son capaces de quebrar la intermediación es porque ofrecen un espacio de circulación de las demandas e ideas más veloz y en apariencia más eficiente. Tomar nota, entonces. Me dice Orihuela por email:

> Los partidos políticos, al igual que las empresas y las instituciones, tienen que plantearse –en esta encrucijada– cómo aportan valor a la sociedad y cómo gestionan la relación con sus públicos en un escenario de desintermediación. Los ejemplos, en los que pueden mirarse los partidos son los movimientos sociales globales, como Me Too o Black Lives Matter, el calentamiento global o el consumo de plásticos. Frente a la rigidez y a la jerarquía del aparato de los partidos, emerge la liquidez y la descentralización del ciberactivismo.

Hay un indudable papel para la tecnología digital en la política. Las redes sociales permiten más transparencia. Los partidos podrían informar en línea en qué y cómo gastan y quiénes les proveen el dinero. Las redes son dúctiles para oficiar de anfitrionas de debates y discusiones. Las organizaciones políticas y sociales y las instituciones del Estado ganarían dinámica con sus adeptos, independientes y ciudadanos si educaran a sus equipos de trabajo en una relación digital con las masas, al cabo una buena porción de nuestras interacciones cotidianas suceden a través de plataformas tecnológicas. Los sistemas de votación interna podrían ser más ágiles. Incluso podrían ensayarse votaciones digitales en referendos y elecciones menores, como ya sucedió. y luego escalarlas si su fiabilidad y seguridad son elevadas para realizar elecciones más complejas.

Los casos de recolección de datos de usuarios de redes para manipulación electoral proseguirán y los intentos por interferir en procesos políticos se sofisticarán, pero también los mecanismos formales para controlarlos o acotarlos. Las redes también ofrecen oportunidades para mejorar la gestión de la cosa pública entendiendo la especificidad de esas comunidades para la interacción entre individuos. E individuos es la palabra clave. «En las redes, a la desintermediación se le asocia la personalización», me dijo por WhatsApp Eduardo Arriagada, profesor de comunicaciones de la Universidad de Chile especializado en internet. «Las redes son un espacio natural de personas, no de instituciones». Agrega:

> En los medios se publican y reproducen mensajes —de uno a miles—; en las redes se valoran las conversaciones, que son un proceso protagonizado por personas. El político funciona en la red mejor que la organización partidaria. La estrategia más recomendable es que el partido se convierta en un espacio de *coaching*, potenciación, asesoramiento y apoyo a sus políticos, definiendo formas de trabajar

> conjuntas para manejar las redes, por ejemplo, con manuales de estilo. De esa manera, la organización política sigue siendo relevante, facilitándole la vida a los dirigentes. Pero debe potenciar las relaciones personales. La gente no conversa con edificios.

Arriagada recuerda un caso que permanece señalado como el más veloz y centrado ejercicio de respuesta de un gobierno a las demandas masivas de la sociedad. Fue en Israel, durante las protestas por mejores condiciones de vida que llevaron a las calles de Tel Aviv, Haifa y Jerusalén a casi medio millón de personas contra el gobierno de Benjamin Netanyahu.[105] El jefe del comité de Planeamiento para la Alta Educación, el argentino-israelí Manuel Trajtenberg, tuvo a su cargo liderar un comité para escuchar las quejas de los manifestantes durante meses y elaborar, con ellas, propuestas de cambio que el gobierno debería implementar.

La idea —el resultado es otra conversación— fue simple: escuchar. Bajar de las 'altas esferas', y escuchar. En la calle, escuchar. El mismo modelo debiera estar detrás de la respuesta de los partidos a su distanciamiento de la sociedad y a su desintermediación por las redes: escuchar.

Arriagada observó que, en Chile, tras las primeras protestas de 2020, el presidente Sebastián Piñera intercambió dos tuits con el líder de una asociación médica. De inmediato, la interconexión de personas con la red de Piñera se amplió, incorporando a tuiteros que no lo seguían. Unos días después, ese grupo ya no estaba allí, porque el diálogo entre los prescriptores —Piñera y el médico— se interrumpió, pero Arriagada vio la lección: las redes son como un cerebro. «Sólo si las sinapsis se refuerzan constantemente se podría cambiar la conectividad real a largo plazo», escribió.[106]

Si escuchar sirve para un gobierno, sirve para los partidos —y los medios. Si a Trump y Bukele les ha resultado útil gobernar por Twitter, los gobiernos y líderes no-populistas deben aprender la dinámica de la relación directa con sus audiencias. Sus partidos y oficinas de comunicación deben delinear las reglas, formatos y el tipo de mensaje y hacer seguimiento y análisis de los intercambios de manera de observar qué funciona. Si la política que sigue es la del 'yo' y la personalización de las candidaturas tendrán que entender cómo la institución se amolda a esa dinámica para garantizar que puede mantener el vínculo con el público.

Comunicar con y por las redes no es igual que informar por los medios tradicionales. Las audiencias consumen y se apropian de la

información de distinto modo. La dinámica de las redes *exige* interacción, pues eso es lo que las personas hacen entre ellas, y su uso formatea la experiencia de consumo. La distancia es dañina tanto como la impostación. La ausencia es peor.

¿SIENTES EL OLOR A MOHO?

El punto: debemos incorporar las redes a la gestión política. Los candidatos nacidos en ellas podrán ganar espacios bajo la idea de *tenemos derecho:* si los otros no saben, nosotros —el que se presenta, no el representado— podemos intentarlo. Bien. Pero el 'que se vayan todos pero vótenme a mí' del *qualunquista* es peligroso. Un voto asesino.

Escribí:

> No da igual votar a cualquiera nuevo porque lo viejo está podrido, pero la gente puede hacerlo y lo hará porque no existe el vacío en política. Pero manejar un Estado requiere burocracias entrenadas y capacidad de generar acuerdos. Compromisos. Y el *qualunquista* no ofrece eso; nada más acabar con lo conocido. [. . .]
>
> Cacarear en las redes para obtener votos no es difícil, pero ofrecerse como candidato *uber*-sistema, ganar y luego decepcionar en el poder por incapacidad o conveniencia —siendo cooptado o absorbido por las viejas lacras sistémicas, como sucedió a los *qualunquisti* originales— llevará la desazón social mucho más lejos. Si los candidatos anti políticos implican superar los márgenes del sistema, ¿qué queda? ¿Autócratas francos? ¿Monarquías precolombinas? ¿Militares? ¿O una vuelta a partidos renovados, paso a paso? 107

La demanda ciudadana por *un oído que escuche y una voz que represente* está ahí. Es evidente y reconocible. En una entrevista con Bloomberg News en 2016, Trump pronosticó: «Cinco, diez años a partir de ahora, un partido diferente. Vas a tener un partido de trabajadores. Un partido de gente que no ha tenido un aumento salarial real en dieciocho años, que está enojada».108

En un momento de las primarias demócratas de 2016, Bernie Sanders también llamó a transformar el poder en los Estados Unidos transfiriéndolo de las élites a la ciudadanía. Dijo que era precisa una «revolución política».

La reacción del *establishment* fue, curiosamente, más intensa con Sanders que con Trump, tal vez porque del Agente Naranja se

podría esperar cualquier cosa. El *board* de *The New York Times* desaprobó en un editorial las «superficiales llamadas a la revolución» de Feel The Bern. Ahora bien, Sanders no es Lenin ni Guevara o Fidel, pero se encargó de probar el alcance de su revolución política en las primarias contra Joe Biden en 2019: como en la disputa con Hillary casi 10 millones de ciudadanos —la mitad de los que votaron a Biden— se volcaron en su apoyo. El planteamiento de Sanders era correcto: no se trata de un desangramiento violento sino de obtener una mayor participación activa en política de la ciudadanía. El control de la sociedad civil es más efectivo cuando sus dirigentes sienten que les respiran en el cuello.

Como los liberales que fallamos en entender el fenómeno Trump, los partidos no han sido capaces de reaccionar a tiempo para adaptarse a las nuevas formas de interacción política. El fenómeno de la des-partidización de la protesta, de la atomización y la autoconvocatoria digitalizada dista de ser nuevo. El 11-M y el *pásalo* tras los atentados de Atocha lo fue, y era 2004. La Primavera Árabe le debe favores a internet, y fue en 2010.* 109

«Reclamar lo justo en la calle —y en las redes, los congresos, los clubes y más— es un acto de ciudadanía», escribí en «La perversa fe de las masas»:

> Cuestionar es vital para desactivar la operación masificadora de la creencia. Pero también es necesario que los líderes reflexionen ante la visualización del reclamo. Cuando el líder responde convocando a *su pueblo* a defenderle de la crítica, niega importancia al disenso. No pocos, además, inoculan a las masas el odio por el distinto.
>
> Pues bien, señor votante de Amado Líder: sentirse representado por un mandatario no quita su responsabilidad primaria como ciudadanos de vigilar al poder. Señalar pasos en falso, molestarse con errores, advertir contradicciones. La ciudadanía no se agota en el voto. Si su trabajo es «transformar» México, hacer que Brasil sea grande otra vez, que Argentina salga de su cíclica crisis económica, Venezuela recupere la cordura, Nicaragua la humanidad o El Salvador no sea corrupto, nuestro trabajo es empujarlos a que lo hagan.
>
> Debemos vencer esa maldita fe de las masas. Sacudir al devoto. Mudarnos de 'El Pueblo'—esa palabra hueca que revolean desde López Obrador a Bolsonaro y Fernández de Kirchner— a 'ciudadanos'. Los redentores que ofician de presidentes no son dioses ni figuras marginales: son individuos comunes que han sido elegidos por otros individuos comunes para que cumplan el trabajo que prometieron. Les

dimos el poder, ahora hay que obligarlos a que laburen. Para todos.[110]

Si los políticos creen que van a cambiar a sus naciones, su camino debiera ser el más aburrido de todos: el lento, imperfecto y agridulce escenario de las negociaciones institucionales, la inevitable convivencia con los otros, el farragoso —pero imprescindible— proceso de construcción de consensos. Si en cambio tiran de su libro a cuatro manos, la derrota —de ellos y de todos— es más cercana.

Las organizaciones políticas deben diseccionar a los movimientos abstrusos para aprender por qué son tan efectivos movilizando voluntades. Las redes sociales y los sistemas de comunicación instantánea aceleran los intercambios y los partidos no pueden responder a esa velocidad con su asambleísmo burocrático arrastrado desde el siglo XX —o, peor, el XIX. La virtualidad provee contacto diario, una simulación de cercanía que se siente real. Al cabo, alguien parece escuchar nuestra voz como si fuera un par, y decidimos pertenecer. ¿Qué partido tiene hoy esa oferta?

Las instituciones políticas deben ser capaces de actuar sobre la demanda de satisfacción inmediata. Táctica de corto plazo, estrategia de largo. Adecuar el discurso —más llano—, las formas de participación —más horizontal—, la capacidad de respuesta —el reclamo social debe viajar más rápido a los representantes y la sociedad debe tener seguridad de que es atendida y entendida. La oferta, transparente, realista, participativa. Volver a la calle, los barrios. A las personas. Romper la burbuja superestructural. ¿Acaso Amado Líder no *va adonde* van las masas?

Todo esto suena a reclamo obvio, pero los partidos no parecen capaces de entender el proceso. Si en las últimas elecciones en la región ha crecido el número de votos, fue antes por la polarización que empuja a tomar partido que por una convicción firme en la oferta electoral de cada organización. Esto es, no votamos más porque nos gustan las ideas; votamos más por temor a El Otro. El voto *anti* suele actuar para aglutinar al electorado populista y anti-populista. Es cierto que plantear la oposición a algo permite definir otra idea en la que se cree, pero la elección *anti* anula el diálogo con El Otro, pues lo/nos enemista.

Otra vez: los partidos han de reformarse para que la sociedad vuelva a concederles el favor de intermediar por ella. Si no,

seguirán emergiendo los Vox, los supremacistas blancos de Trump, los Lozano de Frena, los Milei argentinos y el *qualunquismo* medrará junto a aquel que entienda que desplazar o privar de opciones al que piensa distinto —aun equivocado— es una estrategia de acumulación saludable.

¿Qué hacer? Tendrán que encontrar mecanismos legales, políticos y sociales novedosos para resolver crisis políticas en algunos países, culturales en otros, sociales y raciales en una buena proporción más. Tal vez suene cándido, pero no hay otra opción que empujar a los políticos a recuperar la capacidad de construir consensos. En las fracturas ganan los que muerden.

Las organizaciones políticas deben rediscutir los principios de sus disputas: salir de la concepción de El Otro como enemigo para recuperarlo como un adversario con el que existen diferencias sobre la nación y el futuro. El marco de fondo es crítico: una vez que un actor político ocupa un espacio, no retrocede si no ve riesgo de derrota.

El politólogo Navia ve una oportunidad en las reformas electorales:

> El sistema electoral uninominal, con distritos electorales mucho más chicos y con un solo representante, funciona mejor que la proporcionalidad. Si eliges a Alexandria Ocasio-Cortez y no funciona, la identificas pronto y no la votas. Pero cuando tienes que elegir 70 diputados en São Paulo, es más difícil asignar responsabilidad porque no hay posibilidad de individualizar.
>
> La lógica plebiscitaria del 'sí' o 'no' en la democracia representativa se reemplaza con las uninominales. Si no te gusta el alcalde, eliges otro. En los sistemas con listas cerradas, como sucede en Argentina, es difícil castigar.
>
> Mucha gente quiere referendos revocatorios porque haces que el periodo sea mas corto si el alcalde no funciona, pero eso también crea incentivos perversos para que el político sólo piense en el corto plazo. La tecnología presenta desafíos y problemas y los partidos no han sido capaces hasta hoy de dar respuesta porque monopolizan la representación, en especial en países con listas cerradas.

Sería deseable que cada movimiento —populista o neoliberal, progresista o conservador— envíe a la escena a su necesario traidor: alguien capaz de renunciar a posiciones intransigentes para acercar la balanza a un centro razonable. Es lo que, eufemística y necesariamente, se llama *transversalidad*: romper líneas, tender

puentes, ensanchar el centro, que todo lo sostiene.

La crispación y la flexibilidad ética —tolerar golpes contra adversarios; cuestionar revueltas contra gobiernos afines— favorecen a los cínicos. O construimos democracia o Amado Líder —con los militares cada vez más de su lado— construye otra cosa por nosotros.

Articulado o no, el populismo no se desvanecerá. El daño a la democracia causado por los populismos en Europa, Trump en los Estados Unidos y los caciques latinoamericanos es grave. La dirigencia necesita renovación, las estructuras de gestión de la representación necesitan modernización, la discusión pública necesita conversación *con las personas*.

El hombre fuerte no es una entelequia: siete de cada diez personas en 25 países creen que los políticos se salvan a sí mismos y que, como élite, se ubican al otro lado de la grieta con la sociedad. Seis de cada diez personas ha dicho a Ipsos MORI que «los asuntos más importantes debieran ser decididos directamente por el pueblo a través de referendos, no por los representantes electos».[111]

¿Qué tenemos allí? Un futuro en crisis.

16 · FUTUROS

El clavo de Alejandro Magno

¿Qué puede suceder con Amado Líder en América Latina, los Estados Unidos y España?

In the long run we are all dead.
—John Maynard Keynes.

Contaba el magistral Roberto Calasso en *Las bodas de Cadmo y Harmonía* que Alejandro Magno llegó a Gordio y se dio con el famoso carro atado al yugo por un nudo que los dioses impedían desatar. En el carro se leía que quien lograse desatarlo reinaría sobre Asia. Las versiones de lo que sucedió allí difieren, cuenta Calasso, pero hay una en la que Alejandro desata el nudo nada más quitando el clavo de madera que lo sujetaba al timón y, convencido de su victoria, se marcha. La historia dice que, en realidad, habría sido infructuoso: el Magno no consiguió desanudar lo que Zeus y Poseidón no querían desanudado, pero daba igual, él estaba convencido. Calasso:

> Alejandro inventó lo que después sería el gesto dominante: sortear la necesidad quitando el clavo del timón. Mientras Alejandro realizaba ese gesto, después infinitamente repetido, Grecia se disolvía. Partió, y dejó el nudo intacto, «sin final ni principio», pero el carro se había separado de su yugo.[1]

¿Cómo soltamos el nudo gordiano del populismo? ¿Cómo arreglamos lo que no tiene recetas y es diverso, entonces? La lógica democrática y la lógica-ilógica populista.* Cómo se une al hombre y al ciudadano. Al patriota y al cosmopolita-universalista. Al populista y el liberal. Y más aun, qué salidas hay, si una, a experiencias nacionales, particularísimas aun en sus similitudes sistémicas.

Queremos creer —lo necesitamos, por demanda psicológica— que podemos dar con soluciones definitivas. Pasar página. Que es factible dejar atrás el pasado. Olvidamos a Faulkner —*el pasado jamás muere, no es ni siquiera pasado*— y, sobre todo, olvidamos que la Historia no es lineal.

Las discusiones sobre populismo ya existieron, con mayor o menor dedicación, a fines del siglo XIX con el 'populismo de arriba' ruso y el People's Party estadounidense y regresaron en los años '30 del siglo XX con la novela populista, y siguieron en América Latina con el liberalismo de Jorge Eliecer Gaitán en Colombia o Juan Domingo Perón en Argentina. Los fenómenos políticos suelen tener circularidad; como si fueran elipsis de meteoros, algunas veces se acercan, la mayor parte del tiempo permanecen distantes pero siempre siguen por allí.

On ne tue point les idées —una y otra vez y otra vez y otra más.

No hay un molde de soluciones serializado para el populismo militarista *y* sincrético de Venezuela y el militarista *y* alucinado de Nicaragua y el más instalado institucionalmente *y* católico de Cuba. El populismo sistémico, dinámico y culturalmente extendido de Argentina. El etno-populismo de Bolivia. Los populismos evangelistas de Brasil. El cooptado de Guatemala u Honduras. El mesianismo personalista y *millennial* —el, a priori, mejor entrenado para vivir en el mundo de redes— de El Salvador. El rupturista, aislacionista y demodé de México. La fractura de populismos que descreen de la legalidad democrática en Perú.

A corto plazo, ¿qué se puede hacer para contrarrestar los efectos del populismo?, le preguntaron a la politóloga estadounidense Anna Grzymala-Busse:[2]

> ¡Votar!
>
> Voten por los políticos y partidos que hacen promesas creíbles, que no quieren simplemente acallar el criticismo o que ven a sus oponentes como sus enemigos, y que están comprometidos con reglas de juego democráticas. Al mismo tiempo, debemos *comprender, no sólo condenar,* por qué tantos votantes encuentran atractivos a los políticos populistas.*

Votar, claro, no alcanza. La sociedad civil debe participar más en la vida política. (Al cabo, sufre las consecuencias de los malos gobiernos.) En ese marco, es preciso ensayar aproximaciones. Y con la claridad política de que el populismo no se arregla como la

pérdida de un grifo: método político y universo de praxis diversas, no morirá. Mutará, y es en esa mutación donde las prácticas democráticas deben incidir.

El populismo es una correa de transmisión eficiente, es un animal intuitivo y de precioso olfato para entender dinámicas sociales que los partidos superestructuralizados y los Estados esclerosados no perciben.

Ensayos, ideas. Conversaciones. Todas preliminares, porque no hay modo de atrapar definitivamente lo que jamás es estable. Ahí vamos.

MÉXICO: TODO POR VER

No existe el cambio inmediato. Quien espere resultados significativos a corto plazo acabará frustrado: hasta las revoluciones, que ponen el mundo patas arriba, se organizan durante larguísimas noches y, una vez ya estalladas, necesitan esperar a que el tiempo asiente el polvo para mostrar el nuevo mundo. Sin embargo, si alguna transformación ocurriera no debiera ser asumida con una alegría inmediata. Al cabo, es un logro casi por sorpresa: la capacidad de perdurar sólo puede ser medida en el tiempo. Otra vez: cuando el polvo se asiente.

Los regímenes, los sistemas, las estructuras sociales se transforman y se desgastan y sobreviven en multitud de creencias, conductas y normas informales —y formales— que le legan al futuro. Romper con ellas para imponer nuevas no es sencillo. Unas tardan en alzarse y otras demoran en disolverse. La cultura del clientelismo, por ejemplo, no desaparecerá de la noche a la mañana. La corrupción no se extinguirá con una ley. El nudo gordiano no se desata por un truco o fortuna.

Todo eso está detrás del fracaso de AMLO como promesa —falsamente— progresista y, por la capacidad perturbadora que ha evidenciado, estará también detrás de cualquier proyecto que intente superar el populismo de *outsider insider* del dueño de Morena.

Hay algo de justicia poética en que el ¿penúltimo? clavo en el ataúd del PRI venga del martillo de López Obrador. Hijo del mismo sistema político que moldeó al México de los caudillos, priista de formación, populachero por eslogan, AMLO parece querer recuperar los primeros tiempos del viejo partido de la revolución institucional,

cuando construir el Estado moderno mexicano aún equivalía a ensuciarse los pies en la calle y besar a un millón de niños desconocidos y viejos desdentados.[3]

La permanencia de AMLO —mejor, del obradorismo— depende de absorber las estructuras del PRI dentro de Morena. Si alguien pudo aglutinar a ese viejo PRI es AMLO, pues el priismo, que disfraza de discurso revolucionario un pragmatismo irreductible, jamás ha tenido empacho ético para seguir a un nuevo hombre fuerte. Menos en abandonar un partido convertido en un cascarón sin yema ni clara, a un mundo de distancia —*apenas* dos décadas— de la escuela de líderes que fue.

Ante la ausencia de jefazos internos, AMLO calza por tradición y por coyuntura con los hombres y mujeres del PRI, quienes adoran más el calor del poder que cualquier ideología. «Toda transformación necesita incluso de los hombres malos del pasado para crear transiciones a un futuro distinto», escribí antes de la elección de López Obrador. «Y allí, el PRI tiene cuadrillas de generales dispuestos a reinventarse como presuntos demócratas del siglo XXI».[4] De hecho, en las elecciones legislativas y gubernativas de 2021, Morena ganó en estados donde el PRI ha sido dominante —y donde el crimen organizado tiene fortaleza.

Mientras Morena intenta convertirse en un PRI-siglo-veintiúnico —otra vez, el tiempo dirá—, AMLO ha estado aprovechándose del típico descalabro que desatan los líderes populistas cuando se hacen con el poder. Ha ido desarticulando el viejo Estado para asemejarlo a lo que desea, una organización donde todo confluye en la presidencia, no muy distinto a lo que Trump procuró con los Estados Unidos.

México tiene por delante un periodo de incertidumbre sin una oposición que articule una respuesta de conjunto o meramente personalista, años que podrían dar a AMLO la oportunidad de articular poder territorial y consolidar su movimiento como proyecto de largo plazo y no sólo para una sola elección. La 4T ha desestructurado mecanismos de control público ante los ojos de la sociedad, el presidente operó sin cesar para crear enemigos fácilmente estereotipables —la prensa, la oposición— y aun puede jugar cartas hegemónicas: México ha debido elegir entre enroques de malos y peores y la oposición a AMLO quedó inicialmente reducida a un rejunte de esperpentos. El PRI era horrible, el PAN fue mediocrísimo, el PRD está para el terapeuta, el cura o el forense

—como sea, está irremediablemente lisiado—; las fuerzas menores son poco viables. El Partido Verde es una gavilla de cínicos blancos clasistas buenos para nada que sólo quieren hacer dinero en la política; Movimiento Ciudadano, un rejunte de candidaturas personalistas. AMLO y Morena podrían medrar con todo ello.

El gran problema es que la incertidumbre corroe pero la economía lo hace más. Con Echeverría, el gran intento populista del PRI, los empresarios sabían que el mandato culminaría y que el partido tiraría de su almacén de dirigentes para seleccionar un sucesor. El sistema tenía respuesta. Tras Echeverría, el PRI absorbió a los jóvenes tecnócratas que regresaban a México después de formarse en el exterior y se escoró finalmente al neoliberalismo con Carlos Salinas de Gortari.

Salinas fue el último estadista mexicano; jodido, complejo y autoritario, pero su gobierno produjo la mayor articulación económico-política —el TLCAN— capaz de modificar el futuro de varias generaciones. Fue, sí, el ejecutor de un sistema, una escuela de pensamiento. Tuvo método y pragmáticos consecuentes para aplicarlo.

No sucede con AMLO: no hay sistema, sólo Amado Líder y su *rayo obrarizador*. Con apenas un mandato y aun con una epidemia de por medio, el catecismo de AMLO se mantenía vivo, sin haber alcanzado la esclerosis obvia y natural de todo proceso político, cuando las ideas devienen inflexibles para la voluntad colectiva.

AMLO asumió con una economía de bajo crecimiento que se estancó con sus medidas de ampliación del gasto y su enfrentamiento con el sector privado. El crecimiento de México provendría de las inercias de la sincronización con los Estados Unidos más que por medidas de competitividad de la 4T. «Si el dinero socava la pureza del pueblo y si el mercado lo corrompe, se entiende que los populismos combatan la prosperidad más que la escasez, que opongan la santa pobreza a la cultura del crecimiento», dice sobre los populismos en general el historiador Loris Zanatta, y parece referirse a México. «Perpetúan así la miseria que dicen combatir».[5] Sigue:

> Ahora que se enfrenta a la escasez y no al *boom* de las materias primas que años atrás les permitieron liberalidades a los líderes populistas,[6] es previsible que [Amado Líder] ofrezca recompensas morales: retórica maniquea y simbolismo revolucionario a cambio del empobrecimiento, los abusos de poder, los conflictos y las migraciones masivas que

genera.[7]

López Obrador va en el camino de esa ficción empobrecedora. A mitad de su gobierno, aun adeudaba respuestas económicas, políticas y sociales. El desempeño había sido lamentable, en parte afectado por la previsión global de recesión, pero sobre todo porque la 4T ha sido una antología de promesas grandilocuentes. La inversión privada se retrajo, el gasto no fue eficiente ni bien direccionado y el gobierno trabajaba peligrosamente para avanzar en el camino de otros movimientos populistas, que buscan hacerse dueños de la caja controlando la emisión monetaria. A mediados de 2021, AMLO envió a su obediente secretario de Hacienda, Arturo Herrera, a dirigir el Banco de México.

Los hombres importan, por supuesto, y el despacho de Herrera a una misión al servicio de Amado Líder es consecuente con otras decisiones operativas de AMLO: su gobierno derruyó la capacidad de regulación y contralor del Estado para ajustarlo a la necesidad de ejecutividad personalista del híper presidencialismo. Me escribe el economista Macario Schettino:

> AMLO barrió con la gente que estaba en el gobierno, para sustituirlos por leales, y no sólo los dos niveles más altos, como siempre se ha hecho, sino hasta el cuarto o quinto nivel. Con eso, la experiencia de gestión se perdió, y el gobierno es cada vez menos capaz de cumplir funciones elementales, desde emisión de pasaportes hasta decisiones de inversión o abasto. [. . .]
>
> Además, el gobierno mexicano siempre ha sido relativamente pobre. México es uno de los países con menor recaudación en el mundo. A inicios de la década de 2010, los impuestos aportaban 9,5 por ciento del PIB, apenas comparable a Guatemala o Venezuela. La reforma fiscal de 2013 logró elevar esto a 14 por ciento del PIB, donde se encontraba a fines de 2020, pero eso no alcanza para cubrir las obligaciones del gobierno. Por eso destinan menos de 3 por ciento del PIB a salud, frente a 6 por ciento promedio en países sudamericanos. [. . .]
>
> La combinación de la destrucción de la capacidad de gestión y la baja recaudación apuntan a que habrá una implosión del gobierno. Simplemente no podrán operar.

Según AMLO, su proyecto equivalía al fin del neoliberalismo, la violencia y la corrupción. Sus militares pacificarían el país después de haber fracasado con los gobiernos anteriores. Se acabarían los privilegios. La economía de México, al fin, crecería a tasas chinas.

Pero nada de eso ha sucedido. AMLO ha mantenido en pie la militarización de la seguridad pública iniciada por sus antecesores, siguió rodeándose de la élite económica* y asignó a empresarios cercanos tantos —o más— contratos directos que el PRI o el PAN.[8]

Si el populismo es algo, eso debieran ser resultados sociales, pero en ese rubro AMLO tampoco ha arrojado resultados positivos. Los fondos distribuidos a las familias pobres le permitieron fidelizar su voto antes de las elecciones de renovación legislativa de 2021. Pero su administración ha registrado los mayores indicadores de asesinatos del crimen organizado, la pandemia ha creado millones de pobres que su gobierno no asistió, los feminicidios no se detuvieron —aunque el presidente insiste en ser el más feminista de la Historia—, la sociedad está fracturada y el racismo y clasismo han seguido vigentes como siempre. El presidente ha respondido a sus críticos diciendo que El Pueblo está «feliz-feliz-feliz».[9]

La 4T ha demostrado ser un proyecto improvisado y su líder, un mesiánico. No ha habido renovación política sino profundización de los viejos vicios de la política mexicana —verticalidad, caudillismo, corporativismo, autoritarismo— y algunas importaciones nada provechosas de los populismos de moda —la infalibilidad del líder, la vocación hegemónica. Y esto, claro, es un problema. Receloso de las instituciones porque siguen protocolos y no su voluntad, AMLO activó un modelo personalista de gestión del Estado, ineficiente para la toma de decisiones y riesgoso para la construcción democrática, pero eficaz para la propaganda sectaria.

Se pregunta Loris Zanatta:

> ¿Tiene remedio el populismo? Pasar de 'pueblo' a 'ciudadano' es un camino complejo. Mucho depende de la sociedad civil, de su capacidad para oponer la legalidad a la arbitrariedad, de desmontar las jaulas corporativas y las redes clientelares, de liberarse del ogro filantrópico, el Estado paternalista descrito por Octavio Paz. La educación y el trabajo son las claves, pero también una cierta dosis de competencia, meritocracia, desburocratización, apertura al mundo: palabras que el populismo odia. ¡Y ya basta con el culto a la pobreza![10]

AMLO inició el final de su —¿primer?— mandato como lo comenzó: enorme tracción popular, una oposición desgarrada, el control del parlamento y una guerra abierta con los medios. Las reelecciones populistas suelen estar sostenidas por un buen desempeño de la economía o, en reemplazo o soporte adicional, el control de los

gatillos institucionales, incluidas las legislaturas y las cortes, el respaldo militar y, en lo posible, una Constitución actualizada a necesidad. Cuando aun le faltaba medio mandato, AMLO sufría por una economía débil y la ausencia de la reforma constitucional. Pero no había nadie, al otro lado, capaz de enfrentarlo.

Ante la imposibilidad de una reelección, AMLO puede sobrevivir a AMLO y el obradorismo seguir perteneciéndole. Su futuro es kirchnerista o uribista: como CFK o Álvaro Uribe, mantenerse bajo el sol tibio del poder digitando sucesores, condicionando políticas y preparando los años por venir, como jefe de familia. Al cabo, hay una certeza: los votos son siempre de Amado Líder, no de sus hijos políticos. El carisma es de los pocos activos que mueren con uno.

PERÚ: LA GRIETA ES UN FRACTAL

El politólogo peruano Carlos Meléndez Guerrero dice que la estructura de los partidos políticos en Perú no está dada por las identidades políticas positivas sino por las identidades políticas negativas: el anti-fujimorismo hace que las personas voten a cualquier candidato no-fujimorista.* «Lo que sucede en Perú encaja en la calificación de "catástrofe de proporciones bíblicas"», me dice el sociólogo Cristóbal Rovira Kaltwasser, de la Universidad Diego Portales. «El colapso total del sistema de partidos es algo que rara vez sucede en la Historia: pero allí, todo lo que da estructura, desaparece elección tras elección».

Hablo en Barcelona con el escritor Santiago Roncagliolo. ¿Cómo sale Perú de un sistema de partidos pulverizados, donde ya no hay grieta sino una explosión de fractales?

> Lo normal es que tu grupo social tenga expectativas *equis* y los líderes las acomoden dentro de las prioridades del Estado. El populista dice que la democracia no puede resolver estas cosas, que hay que violar algunas normas. El punto es qué tanto tú sientes que este populista te representa. Los populismos funcionaban en Europa mientras no había crisis y había dinero. Pero, ¿Perú? Cerca de la mitad del país no tiene electricidad para guardar alimentos por una semana. El Estado no puede garantizarte el oxigeno. Mi padre podía pagarse un cuarto privado pero la demanda sobrepasaba la oferta.
>
> Con el populismo a la larga te va mal, pero, si te dicen que el sistema funciona pero no lo hace para ti, y el populismo te resuelve hoy los problemas, pues, hombre. . . La manera en que la gente siente que la

> democracia funciona es que cada uno vea que le importa al Estado. Si no, adiós. La democracia debe estar siempre cambiando. Si deja huecos, alguien llena estos vacíos.

La ausencia del centro, como dice Vergara, pone a Perú en una situación en extremo compleja: dos grandes bloques de personalismos populistas por izquierda y derecha en medio de una fragmentación sin paralelo en otras naciones de la región. Ninguna opción moderada. Keiko Fujimori lo había hecho visible desde siempre; Castillo, en su asunción.

Tal vez esquizofrénica no sea la palabra pero la determinación del presidente Castillo fue difícil de comprender. Dividió el mundo en su ala política, marxista, y la económica, liberal. Ni Lula operó de ese modo: cuando nombró al banquero Fernando Meirelles ya se había corrido al centro político. Castillo, en cambio, le dijo al mundo que su mirada es populista, y de pura cepa. Primero, su relato histórico: binario, simplista y radical. La respuesta a cuándo se jodió el Perú, le dio a entender al rey de España y a Mario Vargas Llosa cuando asumió, fue de los ibéricos, que llegaron a destruir la armonía inca. Un reduccionismo y una fantasía —el Inca era feroz y nada permisivo con su pueblo y sus cautivos—, pero útil y precisa para la reconstrucción del pasado idealizado que debe acometer Amado Líder.

Luego, su advocación: el gobierno de Pedro Castillo no es el gobierno de Pedro Castillo sino de El Pueblo, propietario de la voluntad presidencial. De Perón a Trump, populismo 1.0.1: la conciencia del líder es la conciencia de El Pueblo, pues la identificación mesiánico-carismática ha de ser total para funcionar.

Con todo, fuera del teatro simbólico, Castillo enfrente una realidad dura: no tiene poder ni puede producir el efecto hipnótico capaz de convencer a todo su país de que podría obtenerlo. En la Cumbre de Estados Latinoamericanos y Caribeños de septiembre de 2021 en Ciudad de México, Castillo dio un discurso menor, ilógico y atropellado. Estaba allí vestido con su sombrerote cuasi-sandinista, tan inmenso que disminuía aun más su imagen de político condicionado. Si Alberto Fernández e Iván Duque son propiedad de CFK y Uribe, tampoco hay dudas de que el nuevo Amado Líder peruano tiene un verdadero Amado Líder detrás: en Lima no parece haber dudas de que Cerrón, el dueño del partido de Castillo, es el hombre fuerte del gobierno, un Richelieu chavista en las sombras.

Perú, como Colombia y Argentina, tiene un presidente que preside si lo dejan y, como tal, será el dueño de los errores que hacen Historia pero no de las victorias que hacen Historia. La dinámica es perversa: cada aliciente de la oposición ha parecido alinearse desde antes de la asunción de Castillo para escribirle el fracaso anticipado, de un modo similar al que habrían operado las dinámicas con las presidencias precedentes desde inicios de siglo.

Perú se ha convertido en una corte donde veneno y puñal van escondidos en los bolsillos de todos los jacobinos. Vergara dice que opera una modalidad del «juego imposible» postulada por el politólogo argentino Guillermo O'Donnell: todos esperan que otro gane para hacerse cargo de una gobernabilidad inestable, pero apenas está en el poder alinean sus incentivos para profundizar la ingobernabilidad y hacer caer a quien levantó la cabeza. En sus palabras:

> Los peruanos tenemos nuestro 'juego imposible' donde es difícil que prospere la democracia cuando los actores no lo desean. Si los jugadores no se comprometen con las reglas, es complicado. Tienes a una derecha que grita «fraude» sin ninguna prueba y que pide golpes de Estado y una izquierda que no obliga a Castillo a actuar de manera democrática y no le importa servir a un gobierno que pisotea las agendas progresistas. Queremos jugar con la democracia sin que nadie se comprometa con ella. El problema no es coyuntural: es sistémico.

La condición estructural no deja salidas: acaba por entrampar a todos y eso alinea los incentivos para seguir en el mismo juego de siempre. La falta de gobernabilidad es tal que, suba quien suba, la fracción opositora hará lo posible por hacerlo caer, y así sucesivamente. Es probable que todos los jugadores sepan que esa dinámica es insostenible, pero no salen de ella porque, al hacerlo, se quedan fuera del juego. Quien ha sobrevivido demasiado, además, se cree inmune a todo peligro mientras no sea él quien deba pagar las consecuencias, y eso incluye a casi la totalidad de los dirigentes que no deseen ser presidentes del Perú.

Es como si, aun cuando corrupción, justicia, política y camarillas se combinaron para acabar con cinco presidencias, los políticos todavía vieran que poseen margen para una apuesta más. Si han caído, Toledo, Ollanta, PPK, Alan García, Martín Vizcarra y Manuel Merino y la corte de operadores políticos sigue allí, todo les dice que pueden sobrevivir siempre que alguien más asuma, acomode las

cosas por ellos o, si no, acepte el filo de la guillotina. El Congreso sigue lanzando cerillos a un fuego que cree que puede controlar. La sociedad ha llamado la atención al votar a Castillo, un marginal del sistema. No ha tomado las calles reclamando inclusión y justicia social como en Santiago de Chile o para demandar libertad como en Santiago de Cuba.

Pero.

«Pero el corto plazo peruano es largo», me dijo desde Lima el periodista de investigación Gustavo Gorriti, director de IDL. «Hay mucha inquietud, se han cometido errores y hecho estupideces al punto de que miras al gobierno y sospechas de segundas intenciones, de ser taimado».

El problema central de Castillo es elegir, en malas condiciones políticas, si su camino es democrático o autoritario. La inclinación hacia el marxismo cubano de Cerrón empuja al país a una vía muy delicada. Dice Gorriti:

> Ni comprando mazos de tarot se puede predecir de forma adecuada el futuro inmediato de Perú. El grupo de Castillo no tiene capacidad para mantener una gestión eficiente. Siguiendo con la estrategia neo-proto-leninista, no tendrían la intención de administrar con eficiencia sino llegar al gobierno para coparlo y ganar poder: como tienen la idea de ejecutar una revolución total, si hay una crisis económica, eso no importa mucho. Juegan con audacia y temeridad.
>
> Y luego la ultraderecha, que tiene taras que comparte con otras derechas globales y suma el comportamiento colonial que lleva en el ADN de creer aun que son una de las dos metrópolis de las colonias españolas. Muchos factores están presentes, pero el principal es que los valores democráticos y la democracia puede ser estrangulados por estos dos extremos.

Como Perú no tiene futuro, sino una discusión del presente, las arenas movedizas de su coyuntura política impiden suponer escenarios claros. Algunos desean que Castillo tenga un arranque de lucidez y tome el control real del gobierno que juró defender antes de la segunda vuelta, converse con los partidos de centro y aísle a la ultraizquierda convocando a las masas a las calles para defender su legitimidad presidencial —así de enorme su debilidad.

El escenario más prolongado al que apuntaba Perú a mediados de 2021 era fines de 2021. Castillo necesitaba decisiones acertadas y mucha fortuna. ¿Una movilización nacional para prevenir los estragos de la tercera ola del coronavirus, acelerar la vacunación y

llevar alivio económico sostenido a los bolsillos de los más goleados? «Si hace un New Deal en una sucesión de *quickies* llegaría con tremenda popularidad», dice Gorriti, «pero si sigue con el mantra de la nueva Constituyente y nombrando impresentables que debe remover al poco tiempo, entonces su debilidad se acrecentará».

Perú, que había tenido una gestión macroeconómica razonable durante largos años, fue severamente golpeada por la pandemia. Sin ese efecto traumático —Gorriti le llama la «conmoción cognitiva»—, difícilmente Castillo hubiera llegado al gobierno. En elecciones previas, los candidatos concentraban con alguna holgura el 30 por ciento del padrón electoral en primera ronda, pero Keiko y Castillo llegaron al *ballotage* con apenas el 19 por ciento de los votos. «Estamos en un campeonato de básquetbol entre enanos, aunque suene políticamente incorrecto», sigue Gorriti. «Incluso la ultraderecha fascista, que no tenía espacio desde los años '30 del siglo XX, se ha hecho ver, producto del repunte de la derecha internacional, el impulso de Trump en el continente y la pulverización y extremismos locales».

Cualquier presidente que asuma en Lima enfrentará el campo minado de una política deshilachada. Los mecanismos de contralor del poder no han funcionado con calma en los últimos treinta años del Perú. Hay dos normas que han sido ejecutadas con gatillo fácil. Una es la interpretación extrema de la Constitución que permite al presidente disolver al Congreso y llamar a nuevas elecciones parlamentarias si no inviste a su gabinete tras dos votaciones. La otra es la potestad del Congreso de vacar al presidente por «incapacidad moral permanente», una categoría que puede interpretarse de cualquier manera. Ambas son fórmulas seguras contra la gobernabilidad. «La derecha y la extrema derecha por un lado y la izquierda en el poder por el otro saben que tienen armas cargadas con un par de balas que deben utilizar muy bien», dice Gorriti. «Perú vive en ese equilibrio del miedo».

TOMA AL TORO ESPAÑOL POR LOS CUERNOS

¿Dirigir una nación en un siglo populista? Bienvenidos a España, un territorio de naciones, culturas y tribus.

No es fácil, nunca lo ha sido, manejar un país. Menos un país hecho de países y paisitos. España es un caso de desafíos

mayúsculos de difícil gestión: tiene una proporción de votantes derechistas y ultraderechistas significativa y empoderados; otra porción de comunidades que han coqueteado o coquetean con el independentismo y el desmembramiento de esa federación de culturas; su centroizquierda atraviesa una crisis de identidad —sólo mayor en la derecha— y la izquierda aun debe aprender a abandonar el alineamiento ideológico automático con autarquías y autoritarismos. Para más, el centro dejó de existir como fuerza política y permanece como espacio para que alguien se afirme —y con ello provea alguna, somera calma sistémica.

No es poco; es demasiado. Pero cada uno de los gobiernos españoles, si asume su rol con maduración, debe lidiar con esa inestabilidad inherente: eso es el país hoy. España debe atender la multipolaridad como parte de sus contradicciones democráticas, y no ganará nada —más bien, perderá, y *big time*— cuanto más insista en cercar cada uno de los discursos en tensión.

Con los golpistas y violentos no se dialoga —es cierto, y vale para muchas naciones—, pero hay que encontrar un punto para colocar al discurso *gore* en los límites del sistema mientras se trabaja con las porciones del electorado que coquetean con posturas antidemocráticas pero no cultivan el autoritarismo o la vocación por las tensiones no dialoguistas como si lo tuvieran en el ADN. Lo saben los vascos tuertos: si todos tiramos piedras, la probabilidad de que perdamos los ojos es elevada.

Sin embargo, hay mucha gente con voluntad de llevar las manos a la bolsa cargada de cascote y canto rodado. Comencemos por la derecha: Vox y el PP. Vox ha mordido el pantalón del electorado y lo tironea hacia la radicalización. Es el actor principal, pero no único, del regreso al llamado 'guerracivilismo': dos bloques que no dialogan. «La derecha patrimonializó la palabra 'libertad', pero no la práctica», me dice Sindo Lafuente, director asociado de *Eldiario.es*. «Echamos de menos a los demócratas de derecha; no se les escucha».

En parte ese silencio es producto del dilema populista del PP. El surgimiento de Silvia Díaz Ayuso como ganadora de la comunidad de Madrid ha empujado al partido más cerca de Vox, a quien necesita para poder gobernar ante la fragmentación del electorado, que le ha restado capacidad para lograr hegemonías en solitario.

Díaz Ayuso es el líder populista de derecha que marca el signo de los tiempos: analfabetos políticos, tremebundamente intuitivos,

arriesgados y anti-formalistas, deslenguados y desenfrenados. Les va bien: conectan. Ella fue a contramano de toda España y mantuvo a Madrid mayoritariamente abierta durante la pandemia en 2020 y 2021. Como los casos no acabaron en una catástrofe mayor, el electorado de la ciudad —de esencia conservadora, una extrañeza en las capitales europeas— la premió.

El discurso de Díaz Ayuso ha sido virtuoso por transversal, pues cortó el electorado atrayendo votos del centro tras el desahucio de Ciudadanos, de Vox, y de los decepcionados del ala más moderada del PSOE que no han llevado nada bien la crisis económica, social y de convivencia de la pandemia. Nada menor: Díaz Ayuso también se benefició, como otros líderes populistas, de la enorme atención que le dieron la izquierda y los medios, poniéndola en el centro de sus preocupaciones y atrayendo así el foco de la sociedad hacia ella.

Curiosamente, Díaz Ayuso —u otro dirigente del PP— puede ser la baza de contención del crecimiento de Vox, pero a costa de correr a la derecha más lejos del centro político que históricamente le permitió ganar las elecciones al sumar a los independientes e indecisos. A la jefa de Madrid no le cuesta hacerlo: en septiembre de 2021, en un viaje a New York para promocionar a su ciudad, dijo que «el indigenismo es el nuevo comunismo» y que el legado español es uno de «los mayores hitos de la Historia». ¿A quién le hablaba? A AMLO, sin dudas, pero, sobre todo, a la sensación de inseguridad del español medio que Vox ha sabido explotar para sí.

El cambio del escenario —la radicalización, el *guerracivilismo*— ha ido empujando a los partidos tradicionales hacia posiciones menos moderadas con el propósito de detener las fugas por los extremos. «El cordón sanitario contra los partidos de extrema derecha que se aplica en Europa no se aplicará en España», me dijo a mediados de 2021 Virginia Pérez Alonso, directora del periódico de izquierdas *Público*. «El PP no es capaz aun de criticar al franquismo porque pierde votos, y eso es un gran problema de base».

Ángel Villarino, director asociado del periódico *El Confidencial*, cree que a Vox le sucederá la licuación por proximidad que enfrentó la izquierda de Unidas Podemos con el centroizquierda del PSOE: ir juntos a un baile donde el partido tradicional, más grande, puede absorber parcialmente las demandas del partido nuevo hasta arrinconarlo en una posición secundaria. «Hoy Unidas Podemos es la Izquierda Unida de Julio Anguita», me dijo Villarino: un partido

principista y electoralmente reducido. Su posición:

> Díaz Ayuso tiene un discurso populista en las formas pero sus políticas no lo serían en un gobierno con Vox, pues ya le ha trazado líneas rojas al partido, como en migración. Además, el nativismo de Vox tiene un techo en España, donde las comunidades tienen una incidencia precedente a la del Estado español. Y Vox debe enfrentar su propia contradicción de origen: es un partido económicamente neoliberal que se acercó al lepenismo para tener el voto obrero con el discurso de la guerra cultural y el «no nos callamos nada», pero que debería tomar decisiones nada cercanas al voto popular en caso de una crisis económica.
>
> Finalmente, la pataleta de Vox contra los medios es cada día menos rentable y, en paralelo, el PP ya se desangró en votos cuando su votante lo veía como corrupto por los sobres de Bárcenas a sus dirigentes y la trama Gürtel,* pero ahora ha renovado a sus políticos y el tiempo también hace su trabajo en la memoria de los adeptos.

Pero no es todo: el populismo de ultraderecha tendrá aires mientras existan independentismos altisonantes que desafíen su idea de nación. El problema catalán, entonces, es parte del ecosistema de múltiples tensiones de España: no ha sido solucionado, apenas ha estacionado el coche para repostar.

La judicialización de la política que afeó la crisis catalana convirtiendo un asunto político en carne de tribunales en parte responde a que la justicia española tiene una significativa proporción de jueces conservadores, muchos muy cercanos al PP y otros, menos, al espíritu nativista de Vox. Los indultos propuestos por el gobierno del PSOE lograron traer la crisis independentista al terreno de la discusión de Estado, una de las decisiones más arriesgadas de Pedro Sánchez, que resuelve un problema a corto plazo al desinflar los enojos del catalanismo pero crea uno nuevo al inflar los del españolismo.

Una parte de la sociedad catalana ya no quiere oír hablar del Procès: los negocios de la comunidad se están viendo afectados y Madrid se ha convertido en una aspiradora de capitales creciente. Barcelona parece haber atravesado sus mejores días como una estrella europea de la innovación. Cuando el gobierno de Mariano Rajoy intervino Cataluña tras el referendo de 2017, numerosas empresas catalanas cambiaron sus domicilios fiscales a otras comunidades. No regresaron en el mismo número una vez concluidos los juicios a los líderes del Procès.

Cataluña no es un problema para España hoy pero sí lo es *en* España desde hace tiempo y puede serlo en más tiempo. En ese teatro del absurdo, José Luis Rodríguez Zapatero afiló el colmillo catalán cuando durante su gobierno, entre 2006 y 2010, se discutieron los límites del Estatut de la comunidad y la dicotomía entre autonomía e independencia.[11] Rajoy hizo luego mancuerna con Puigdemont para chocar las barcas durante meses sin ningún sentido común y con la estatura política de dos taxistas resentidos. Ahora, Vox y el PP necesitan mantener viva la tensión con los independentistas para avivar el resentimiento nacionalista español.

Por supuesto, tampoco es irreal que en la misma Cataluña la izquierda y la derecha siguen apretando el fuelle parea inflamar amor propio en los catalanes. «Hoy tienen una batalla demográfica ganada», me dice Villarino. «Nadie por debajo de los 25 años es españolista en Cataluña y han instalado bien entre muchos el discurso divisionista de que, si no eres independentista, eres fascista».

Pero el futuro no está escrito en piedra. Esos jóvenes catalanistas no necesariamente serán independentistas —todos— en dos décadas. La vida cambia, las ideas; hay trabajos, mudanzas, deudas que atender. Tendrán hijos. ¿Acaso existirá la UE? ¿Adónde estará España en veinte años? Las piezas en movimiento son tantas que los escenarios se complejizan corriendo de lugar una variable. Y eso no incluye un escenario ni siquiera esbozado pero capaz de crear otra fractura de calado en todo el territorio: la monarquía. Una vez que muera el problemático rey emérito Juan Carlos I —devenido un monarca excesivo de caricatura—, Felipe VI deseará mantener el reino aunque pierda su herencia real, pero ¿aceptará España en 2050 que debe coronar como reina a una princesa de 45 años en pleno siglo XXI porque su padre así lo desea?

«El universo de las ideas políticas es multiforme e indescifrable», me dijo el director de *El País* América, Jan Martínez Ahrens, en una charla en medio de la cena, él en Ciudad de México, yo en Phoenix. «La hora de la política real pasa factura a todos». Diez años son mucho, veinte toda una existencia. En 2010, el partido dominante en Cataluña era Convergència i Unió: ni su creador, Jordi Pujol, ni su líder entonces, Artur Mas, son presentables hoy. ERC ahora disputa la hegemonía del independentismo, pero entonces era una fuerza testimonial.

De hecho, si algo hará el agosto de Vox y el PP eso es el

ahondamiento de las divisiones internas del catalanismo. Carles Puigdemont, el expresidente de la Generalitat exiliado —y correspondientemente, derrotado— en Waterloo, ha asumido la provocación populista como acción política. Su celo es empujar una independencia unilateral calentando el discurso. No puede esperar: su arco vital le demanda confrontar, y eso agita las hormonas del PP y Vox. ERC decidió desensillar y contemporizar con el gobierno de España por unos cuantos años: su apuesta es a que las nuevas generaciones —esos jóvenes nada españolistas— le permitan exhibir que el independentismo es dueño de dos tercios del electorado y entonces, sí, empujar un referendo o una negociación: independencia en 2040. Me dice Pérez Alonso:

> Junqueras y compañía han leído que esa independencia es irrealizable de momento, pero se dan las bases para que en un futuro no demasiado lejano planteen un referendo distinto al del 1-O y, posiblemente, avalado por este gobierno de coalición. Esa posibilidad abre opciones a replantear la forma de Estado en España, incluido el debate del Estado confederal. La pandemia mostró que las autonomías no funcionaron como debieran y la cuestión del Estado español es un melón que nadie quiere abrir, pero habrá que hacerlo.

Y si eso sucede, la España que la derecha cree conocer dejará de existir. La tensa cohabitación de naciones que conforman esa federación de culturas regionales que conocemos como la Madre Patria entraría en una fase agónica. Si triunfa el catalanismo, los vascos golpearán a la puerta, y quizás también los gallegos, donde ha crecido el regionalismo entre los jóvenes. No tomaría tiempo para que cántabros, asturianos, navarros y valencianos pidan hablar con sus vecinos. «Mientras algo de eso pasa, los catalanes jugarán su juego en el que se repartirán el poder entre la izquierda y la derecha y no irán a la mesa de presidentes autonómicos con el gobierno español pero negociarán por fuera los fondos», dice Villarino. *Negoci com sempre.*

La solución de Sánchez —indultos y diálogos— blanquea una situación de hecho: si los catalanes mantienen su tasa de natalidad, la formación cultural de sus niños y el adoctrinamiento nacional de sus jóvenes, es cuestión de tiempo para una salida de España. Si es como los líderes del Procès sostienen, sus barcos están preparados. En una generación, los jerarcas independentistas serán auxiliados o sucedidos por una nueva línea de dirigentes, la UE también puede

revisar su mirada sobre los nacionalismos —o ya no existir o quién sabe— y España misma puede ser un escenario de mayores tensiones, todas proyecciones más probables que una súbita desaparición de la identidad que los catalanes aseguran que jamás olvidarán.

Pero el idealismo es siempre complicado de sostener, sobre todo porque el tiempo —y lo que hacemos con él— tiene su propia opinión. Vean a Unidas Podemos. Hacia 2016, Podemos era la niña bonita de España: reunía a un quinto del electorado nacional. Una pinturita. En 2021 se había diluido a una fracción menor. Aunque su dirigencia era un grupo más o menos colegiado, la figura de Pablo Iglesias absorbía buena parte de la energía. Era un populismo docto, creado en las universidades, alimentado en los medios y lanzado a la arena, decían, para transformar el país. «Era fácil ser Podemos en aquellos años: ni habían gobernado», me dijo Lafuente. «La izquierda española es en extremo dogmática y bastante prepotente».

Desde el inicio de Podemos, Iglesias supo que su norte no era el *testimonialismo* de Izquierda Unida, que jamás fue opción de poder en España. En 2014, comiendo una ventresca en un restaurante frecuentado por parlamentarios, el Cruz Blanca, en las cercanías del Congreso de los Diputados, Iglesias le contó al periodista Francesco Manetto que su plan era competir «directamente» con el PSOE para «cambiarlo o cogobernar». «Hay que barrerles: la casta sobra», le dijo Iglesias a Manetto, que cubrió a Podemos en sus orígenes. «El objetivo no es buscar [ser] la izquierda del PSOE».

Antes de fundar el partido, cuando enseñaban en la universidad, Iglesias y Errejón ensayaban escenarios de acumulación de poder. Competían por el liderazgo y tenían diferencias personales e ideológicas —Iglesias más a la izquierda, Errejón en apariencia enamorado del peronismo argentino— pero no se las tomaban en serio: no eran poder, no había nada por disputar o repartir. Pero no eran nada parecidos. Errejón gustaba más de la arquitectura del poder, disfrutaba las negociaciones y tiene afecto por el parlamentarismo. Iglesias es más seco y directo. Su mente está en la comunicación y la construcción de ideas y allí reside su amor por los golpes de efecto. «Tiende a cansarse con la burocracia y la negociación», me contó Manetto una tarde de agosto de 2021. «Le gusta la épica, pero la política no es nada épica».

En noviembre de 2015, cuando España se enreda en un ciclo de

elecciones donde ni el PP ni el PSOE consiguen formar gobierno, las fricciones entre Iglesias y Errejón ya comenzaban a convertir a Podemos en un Jano ingobernable. Eran dos dragones en un estanque demasiado pequeño donde además nadaban otros líderes con vocación de autoridad. Ya eran conocidos, tenían inserción nacional gracias a acuerdos locales con grupos de izquierda antisistema, habían conseguido las tentadoras alcaldías de Barcelona y Madrid y constituían la tercera fuerza de España. Pero empezaban a mirar el tablero con ojos distintos. Ahora sí había para repartir.

Podemos además enfrentaba un combate agresivo. Apenas nacidos, los políticos y medios cercanos a la derecha llevaron a sus figuras a numerosos juzgados con todo tipo de denuncias —que estaban financiados por Venezuela y/o por Irán, que abusaban de los trabajadores que contrataban o que algunos de sus líderes eran depredadores sexuales— y la fuerza fue incapaz de salirse de los tribunales, las tertulias de la tele y la opinión pública, pero no ya controlando el discurso sino sufriendo los golpes.

Suele suceder con quienes no saben cómo jugar en política pero desafían a todos. Los dirigentes de Podemos se hicieron célebres en la TV. Nunca estuvieron habituados a dirigir grupos, mucho menos a ser funcionarios en la burocracia de un gobierno. Se subieron a un tren de alta velocidad hasta creer que estaban a un centímetro de tomar el poder. Inexperiencia e inmadurez siempre pegan duro.

Más allá de los ataques de sus adversarios —usual en la política —, el factor capital en la dilución del populismo europeo de Podemos fueron las decisiones propias. Ciudadanos, el partido de Albert Rivera, pagó carísimo su veloz travestismo del liberalismo europeísta a la derecha en pocos años. A Podemos le sucedió algo parecido incluso con un menor rango de transformación política. Quemaron etapas. «Ellos ya tenían claro cuando estaban en la universidad que, una vez en política, tienes un desgaste y debes justificar el ejercicio del poder», me dijo Manetto, y siguió:

> Parecían más flexibles que la izquierda clásica, y que por eso les podía ir bien, pero acabaron en un proceso similar de autocombustión, como vivía la IU desde que nació en los años ‘80. En Podemos tenían confrontaciones y pujas internas constantes que repercutieron en la agenda. Eran impacientes y tenían poquísima tolerancia a la frustración. Entonces cuando Podemos se convierten en tercera fuerza chocan con el precipicio: ¿y ahora qué? Pues ahora nada. Imagínate si

hubieran tenido los números para llegar a ser gobierno. . .

Todo partido que llega al poder entiende que vivir en la oposición es más simple: criticar al que hace tiene menos costos. Para ser elegible, Podemos moderó sus posiciones de izquierda hasta rozarse con el centroizquierda del PSOE. El cambio de ropas le sentó fatal: su progresivo movimiento al centro restó caudal electoral, mucho del cual, ante la opción original/copia, decidió regresar al PSOE. «No se puede pasar de un partido que iba a cambiarlo todo —empezando por los liderazgos compartidos y los círculos ciudadanos — a un partido más —con un líder supremo y con todo el poder—, y no ver ahí un problema», me dijo el *spin doctor* Gutiérrez-Rubí. «Un partido no puede contradecirse, y no puede cambiar de modo tan abrupto, o habrá consecuencias en forma de descrédito y falta de confianza de muchos de sus votantes».

Podemos no supo resolver el 'teorema de Baglini': idealistas que llegan al poder diciendo todo lo que iban a hacer pero pronto descubren que no pueden por el equilibrio sistémico. Resultado: defraudación del elector, fugas masivas o progresivas, reducción al absurdo. Como muchos movimientos populistas que se acercan a la toma de decisiones ejecutivas, Podemos pronto descubrió por qué la democracia es tan difícil y a la vez necesaria: se compite porque las mejores ideas lleguen alto, y una vez allí esas grandes virtudes deben ajustarse para convivir con otras de menor calado, o pagar las consecuencias de excluir, incluso, a los feos y malos.

Para 2021, demasiado cerca del PSOE, Podemos se achicaba como una uva pasa. Errejón, ya separado de Iglesias, resbalaba en una mala decisión tras otra. Es posible que se recicle como parlamentario e Iglesias —que adora la teatralidad, y suele salirle bien— vuelva al centro de la escena. «Probablemente como telepredicador», ríe Lafuente.

Mientras, España tendrá que resolver sus cuitas sentimentales. Según Luis Miller, profesor del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España y estudioso del fenómeno, la polarización afectiva —aquella que produce ira contra otros— es elevada en el país. Su permanencia o refuerzo corta toda posibilidad de acuerdo entre grupos a ambos lados del callejón y agiganta el riesgo del bloqueo institucional. «Si los partidos sólo están dispuestos a defender un conjunto estrecho de postulados, inasumibles por los adversarios políticos, la posibilidad de llegar a acuerdos

parlamentarios disminuye considerablemente», dice Miller. «La democracia se paraliza y los problemas sustantivos no se abordan».[12]

VENEZUELA: IMPUNIDAD NEGOCIADA, DEMOCRACIA TUTELADA

Oh, Venezuela.

Un territorio ocupado. Tomado, cooptado, capturado y sistemáticamente asaltado por un movimiento convertido en aparato estatal, empeñado en conseguir identificarse con el Estado en sí. El chavismo, lo sabe el mundo, ha tomado control de sus instituciones ejecutivas, el Poder Judicial, los institutos electorales y las contralorías. Y aunque perdió el Congreso por decisión popular en 2015, aun tienen llaves para operar varias puertas. Una de ellas: hacer uso de las fuerzas armadas mientras los militares crean que tienen algo por ganar como parte del gobierno.

Las salidas del chavismo distan de ser óptimas para Venezuela. Maduro podría intentar la 'opción cubana' con una apertura a muy largo plazo conteniendo el descontento con represión abierta o encubierta o, si la fortuna ayuda, los dólares de un petróleo a precios altos. Una economía de mercado, como sueñan muchos opositores venezolanos, es inviable. Requiere de una elevada inversión internacional que demanda seguridad jurídica —difícil con Maduro en el gobierno.

Esta opción necesita además un consenso político de fondo, invisible hacia 2021, y, nada menos, proveer señales a los generales de las fuerzas armadas bolivarianas sobre su mediano plazo.

Otra alternativa *sensata* sería dejar el muerto económico a la oposición, adelantando elecciones o facilitando un referendo revocatorio. Esa salida demandaría también una amnistía política para Maduro, sus principales funcionarios y los militares, y garantías de representación para el chavismo, que tiene un caudal electoral que fluctúa entre un cuarto y un tercio de la población.

Nuevamente, el rol militar queda en el centro. El perdón y un futuro seguro para las fuerzas armadas tendrán que ser parte del abandono del poder por el chavismo, pues ningún presidente gobernará Venezuela con ejércitos que ya han clavado los dientes en el dinero fácil y el poder directo. La Concertación chilena debió cerrar los ojos a la amnistía de Pinochet al igual que la transición española —y todos los gobiernos que le continuaron hasta hoy—

tuvieron que *olvidar* los crímenes de la dictadura de Francisco Franco y, una vez muerto El Generalísimo, de sus aliados. La salida del sandinismo del poder en los años '90 y la integración de la guerrilla salvadoreña a la vida democrática también demandó acuerdos donde *ciertos asuntos* debieron ser dejadas a un lado. La paz colombiana también está hecha de una fracción de perdón y otra de olvido.

Una significativa tracción electoral otorga a esos movimientos la posibilidad de ser una oposición con incidencia real y retornar al poder en algún momento. Tienen, de hecho, legitimidad y las sociedades políticas deben prepararse para ayudar a canalizar esos populismos hacia formas democráticas. No será menos con el pos-chavismo.

Mientras escribo este libro, un consultor económico venezolano me dice por WhatsApp que es posible que hallemos vida en Marte y nos mudemos allí antes de que regrese la democracia liberal a Venezuela. Bromea —¿bromea?—, pero, de hecho, no parece haber a la vista una salida limpia a la trampa populista del país. Esa trampa no era nueva, pero el chavismo le creó un *finger trap* chino: si se tensa, se pone peor; si se relaja, tal vez podamos tener las manos libres. Pero siempre a un *cierto* costo.

Tensar Venezuela implica la insana aventura de derrocar a Maduro.* En un segundo renglón, creer que en una eventual derrota electoral, entregará el gobierno con calma. O que si lo hiciere, que el post-chavismo —sobre todo el militar— se quedaría de brazos cruzados viendo cómo lo desplazan del poder —y del dinero.

Relajar implica un salto conceptual complejo, pero que se sugiere como el más pragmático y realista: Venezuela sólo saldrá del populismo pos-chavista con una democracia populista tutelada. El margen para una solución China, me dijo un colega, es escaso: sobra autoritarismo político pero el chavismo no tiene un Deng Xiaoping.

Me escribió en un correo el ensayista venezolano Alberto Barrera Tyszka:

> Intuyo que un modelo similar al chino (con el contundente aderezo tropical venezolano: improvisación, negligencia, corrupción generalizada. . .) tal vez sea lo más probable. Claro que la historia está llena de imponderables (Chávez fue uno de ellos) y cualquier cosa puede pasar. Pero no se de dónde puede salir un populismo de derecha y habría que ver por qué le convendría a los militares un tránsito a la

democracia.

Uno de los problemas centrales en todo esto ha sido justamente que ni la oposición ni la comunidad internacional le ofrecen al chavismo una salida real, ventajosa. Todo parece conducir a la consolidación férrea del chavismo en el poder político, con una flexibilización y una coexistencia más pacífica y liberal con el resto de los actores sociales en el ámbito económico. Un capitalismo de Estado donde el control jamás está en riesgo, es inamovible. Para eso trabaja el chavismo desde hace mucho.

Espinas y rodillas rotas: la democracia tutelada demandará concierto internacional para pasar de la necropolítica del chavismo a un país más o menos sostenible sobre piernas raquíticas. Una negociación abierta —un Camp David sin Arafat y con Maduro, sin Ehud Barak y con-quien-sea— donde los jerarcas de las fuerzas armadas puedan discutir inmunidades e impunidades y el blanqueo de sus negocios[13] a cambio de contener a las bases y, dado el caso, reprimir a favor del nuevo gobierno.* Las negociaciones que se celebraban en México en septiembre de 2021 eran una necesidad para escenificar la posibilidad de un diálogo mínimo, pero a Maduro aun le quedaban cuatro años de mandato y la propiedad de todos los resortes del poder antes de conceder, siquiera, agua y caramelos a los contertulios.

La democracia tutelada venezolana necesitaría dinero. Leyes claras para la inversión, recuperar PDVSA, re-oxigenar su renta petrolera. Deberá haber un Estado fuerte, intervencionista para ordenar y con fuerza para sentar a la mesa al crimen organizado y lumpen que controla partes del territorio nacional. No será una conversación amable: quien dirija Venezuela tendrá que negociar con varias mafias en simultáneo. Si la gente empieza a ver que se fueron estos perros y que hay comida en las tiendas, me dijo un empresario, cambia el ambiente. «Este será un país de posguerra», me escribió.

El respaldo a Maduro está destruido y su sostén, los militares que controlan los aparatos de poder, sólo entregarán la revolución si el *trade off* les reditúa. No le deben lealtad. «Chávez fue el único Amado Líder», me dijo la académica Kozak desde su casa en Ciudad de México. «Maduro es apenas un heredero».

Cualquier nueva Venezuela *transicional* no tolerará un presidente débil dada la experiencia de treinta años de chavismo —y la relativa preferencia por las figuras firmes. Un nuevo Amado Líder,

más depurado, capaz de reconstruir la institucionalidad, tendría que ser capaz de imbuir confianza a una sociedad civil débil. Quizás, otro acto de fe, aunque momentáneo, como el que alumbró al Chávez divino. Alrededor de Juan Guaidó opera ese acto de fe provisorio: su organización es verticalista, poca afecta a la crítica, propia de una nación en estado de guerra con un enemigo poderoso enfrente.

¿Es este un camino escrito? Lejos de eso. Dice Barrera Tyszka: «Creo que ya no hay ilusiones de un regreso a la vida democrática, tal y como la conocimos los venezolanos de finales del siglo XX». La oposición, «en casi todas sus variables e intentos», ha sido derrotada. «El chavismo es, como dices, un sistema, cuyo modelo —el cubano— tiene una larga y exitosa experiencia tanto de control interno, con la violencia institucionalizada como en la lidia con las sanciones internacionales».

Mientras el nada menor escenario político se resuelve, Venezuela tiene por delante las preguntas duras de una reconstrucción. ¿Con qué reemplazará su dependencia monumental del petróleo —uno, para más, de costosa producción— cuando el mundo ha acelerado el cambio de matriz hacia las energías renovables? ¿Recuperará la confianza de la inteligencia emigrada? ¿Proveerá condiciones para que los miles de millones que su burguesía y sus millonarios guardan en el extranjero quieran regresar a participar de una reconstrucción de una o dos décadas? ¿Podrá, al cabo, salir de la trampa de sus amados líderes? ¿Volverá a ser viable?

ARGENTINA, CAMPEONA POPULISTA

En *The Sense of an Ending*, el encomiable Julian Barnes hace decir a uno de sus personajes que cuanto acabas recordando no es siempre ni necesariamente lo que has atestiguado. Así es como el presente se vuelve memoria: de manera imperfecta y acomodado a los achaques del tiempo, a la demanda del momento, a las miserias exhibidas y las glorias por exhibir.

Barnes también dice esto:

> De una manera u otra, todos nos dañamos [. . .] Algunos admiten el daño y tratan de mitigarlo; algunos se pasan la vida tratando de ayudar a otros dañados; y están esos cuya mayor preocupación es evitarse

mayores daños a cualquier costo. Esos son los despiadados, y de los que hay que cuidarse.[14]

Argentina se ha roto demasiado. Es tiempo —y se ha dicho muchas veces, claro— de echar el carromato a reparación.

Yo no sé qué será del futuro, pues quien dice anticiparlo o es un nigromante o es un farsante. Lo máximo que puede intentar uno es arrojar anzuelos jugando a ser un pescador más o menos honesto: sabe que hay ciertas áreas de pique, conoce ciertos movimientos de la corriente e identifica los remansos. La probabilidad hace el trabajo en un marco más o menos controlado de posibilidades. Pero uno nunca sabe qué pescado ni cuándo morderá.

Si sé, claro, que el pasado está bien como lo que es: una postal que acomodamos, más o menos, a las necesidades del presente. Con el pasado no hay mucho más que hacer que tenerlo como referencia; vivir encerrado en él es siniestro. El futuro tiene todo y nada, y eso es bastante. Para empezar, a diferencia del pasado, hay que hacerlo.

Argentina, decía. Argentina precisa de gobiernos capaces de gestionar la cosa pública para las mayorías *y* las minorías. Esta es una verdad de escuela primaria, pero debe ser repetida porque la memoria está hecha de humo. El kirchnerismo, que sólo conoce la acción política como gerente del poder, se convenció de que era vocero de los excluidos y, en esa ilusión, excluyó al resto. En la oposición tuvo la chance de mostrar el rulo completo de su ADN, repensar qué quería ser: una oposición democrática, inteligente y moderna o la clásica máquina de impedir que ha sido el peronismo fuera del gobierno. Fue, claro, lo segundo.

El kirchnerismo construyó una política de Nosotros/Ellos, voló todos los puentes de consenso posible y batió el parche del todo o nada. La arrogancia nunca es buena consejera y la creencia de que una vanguardia esclarecida está llamada a liderar a las masas confirma el acto de fe que nos pone en el rumbo del desastre. El culto al personalismo es una renuncia a ser ciudadano: se ha decidido echar el cerebro a la basura para seguir como *zombie* el dedo rector del líder.

Las sociedades no abrazan fidelidades permanentes. Las personas votan con base en su necesidad y conveniencia, cada vez menos alineados a una disciplina militante u orgánica. Pasó con la elección de Mauricio Macri, que no fue un fenómeno de generación

espontánea sino el catalizador de búsquedas precedentes fallidas de numerosos grupos sociales por una alternativa al discurso único kirchnerista. Fue un candidato de centroderecha que reunió votos de casi todo el espectro. Macri resultó el hombre más potable para articular el desplazamiento, más que de un gobierno, de una parroquia familiar en el poder, una iglesia donde El Padre, La Madre y El Hijo eran dueños de La Palabra y, por extensión, de El Pueblo.

El macrismo fue —¿es?— una oportunidad de construir un proyecto de centro derecha equilibrado moderno, único, una rareza en Argentina. Yo suelo ser optimista y creo que las experiencias del kirchnerismo, como antes la del menemismo o la Alianza y la del viejo Raúl Alfonsín permiten ajustar la mira. Todas proveen —o debieran proveer— aprendizajes de lo que sí y lo que no. No quiero creer que sólo reaccionamos con terremotos políticos. No quiero creer que elegimos y elegiremos vivir divididos. No quiero creer que nos perderemos en la estúpida letra muerta de los dogmas sino que discutiremos en función de las necesidades actuales y futuras.

Por lo pronto, desearía que nuestras dirigencias —en toda América Latina— pensaran que no es viable ganar una elección como un mandato divino para refundar la nación. Ni lo es un país sin políticas de Estado —sostenibles y a largo plazo—, sin una asignación racional del gasto y control del uso de los recursos. Ni es viable una república sin independencia de poderes. O un gobierno sin balances institucionales. Y definitivamente no es viable una sociedad en oposición permanente, chiquilina, conspiranoica.

Mi editor me hizo recordar a Montesquieu en *The Spirit of the Laws*:

> Cuando los poderes legislativo y ejecutivo están unidos en la misma persona o en el mismo cuerpo de magistrados, no puede haber libertad; porque pueden surgir aprehensiones, no sea que el mismo monarca o Senado promulgue leyes tiránicas, para ejecutarlas de manera tiránica.
>
> Una vez más, no hay libertad si el poder judicial no se separa del legislativo y el ejecutivo. Si se uniera al legislativo, la vida y la libertad del sujeto quedarían expuestas a un control arbitrario; pues el juez sería entonces el legislador. Si estuviera unido al poder ejecutivo, el juez podría comportarse con violencia y opresión. Se acabaría todo, si un mismo hombre, o un mismo cuerpo, sea de la nobleza o del pueblo, ejerciera esos tres poderes, el de dictar leyes, el de ejecutar las resoluciones públicas, y el de juzgar las causas. de los individuos.[15]

Argentina, decía. La izquierda argentina se debe una relectura de quién es. Podría bromear con que debería aprovechar a los psicólogos en abundancia del país, pero el asunto es más prosaico: debe aprender a discutir contradicciones en el marco de la democracia liberal. He vivido por dentro su verticalidad disfrazada de horizontalidad. No tiene proyecto de crecimiento sino, apenas, de redistribución. No es capaz de notar que el país crece más lento que los demás, se fatiga, envejece.

Me gustaría decir que es un problema exclusivo de la izquierda argentina, pero no es así. Como fui parte de ella alguna vez, me costó admitir que aquel amor fue autoengaño: la izquierda latinoamericana es intelectualmente mediocre y políticamente infantil. Jamás procesó la victoria del neoliberalismo —no como modelo económico sino como construcción cultural que baña las decisiones de las personas— y desde allí falla en todo, del diagnóstico a la planificación y ejecución.

Escribí en *The New York Times*:

> El siglo XX y las dos décadas del actual han dado suficiente evidencia: salvo excepciones, la izquierda latinoamericana no ha sido democrática sino autoritaria. La amplia mayoría de la izquierda jamás se preparó para gobernar, apenas para llegar al poder. No ha generado propuestas de crecimiento, solo de redistribución de la pobreza. No piensa el futuro desde el presente, vive pertrechada en un pasado rancio, encerrada en dogmas desde los que pontifica con superioridad moral.
>
> Este es el elefante en la habitación del que no hablamos: la izquierda latinoamericana es de derecha. Cuando debió demostrar de qué estaba hecha, en los primeros veinte años del siglo XXI, mientras gobernaba buena parte de la región, probó que gusta de los gobiernos fuertes, descree de los acuerdos y no tiene imaginación cuando se queda sin dinero.[16]

A mí me enseñaron, decía, que la izquierda representaba la cúspide de los valores humanistas e intelectuales. Solidaridad, inclusión, equidad. Creatividad e inteligencia. Honestidad. Defensa de la democracia igualitaria. Diálogo. Vocación por el cambio.

Y tal vez esté equivocado sobre esa superioridad moral, pero así fui criado. Y lo doloroso de constatar es que, cuando llegó al poder, en su mayoría, la izquierda latinoamericana ha estado lejos de esas ideas.[17]

> Vive en conflicto con la novedad y le gustan los juegos de suma cero,

> así que mientras incluye a unos, excluye a los demás. Una pena. La izquierda latinoamericana, de tan vieja y machista, acabó apenas algo menos esclerótica y prostática que la derecha. Milita en el atraso: moral de los años cuarenta, cosmovisión de la Guerra Fría de los cincuenta y —siendo bondadoso— manual económico de los sesenta. Jamás ajustó su prisma político más allá de los setenta, está tan perdida como los años ochenta y es depresiva y oscura como los noventa. Finalmente, entró a un siglo de transformaciones veloces asustada, así que se refugió en el dogma. Como no quiere reconocer que debe diseñar el futuro reformando al capitalismo, decidió que mejor toma el poder y vive de las rentas del Estado.
>
> [. . .] en una abrumadora mayoría de los casos, la izquierda latinoamericana piensa y actúa mal. No acuerda, impone. No dialoga, arenga. No da la mano, sube el dedito. Cuando debe negociar, fractura. En vez de proponer, solo se opone.

Uno desea, como dice Barnes, que se repare lo roto. Reescribir el libreto, no abrazar ortodoxias. Que aquello de lo que fuimos testigos pierda peso en el recuerdo, porque el futuro —el presente en el que viviremos— será mejor.

Argentina, decía. El peronismo ha sido y es la más exitosa usina populista. «Es una máquina de conservación del poder», me dijo Martín Caparrós desde Madrid una noche de agosto de 2021. «Tiene en claro cuál es su objetivo, así que no tiene problema de cambiar método, medios y discurso cada vez que sea necesario».

El peronismo es populismo profesional. No hay movimiento que haya perdurado siete décadas —cincuenta sin su líder—; que haya sido proscrito y perseguido por militares; sus militantes desaparecidos o asesinados; travestido de fascista en nacionalista de izquierda, autoritario de derecha, socialdemócrata, neoliberal y personalista de, ¿suponemos?, izquierda nacionalista. Es el único que ha ganado elecciones y ha sido eyectado del poder por mayorías agotadas sólo para regresar, otra vez, con nuevas mayorías detrás. Cada vez que alguien creyó haber aplastado al peronismo, el peronismo lo miró desde el piso con seis dientes menos, el ojo como una berenjena y la sonrisa de Tyler Durden.

Cambió a la Argentina, de una manera tan sintomática que el país se discute en el ojo del huracán peronista o en los coletazos de su viento, peros siempre dentro de su tormenta populista. El periodista español Enric González, que ha cubierto y vivido Argentina, lo postuló con amabilidad, aun cuando le interrumpí sus vacaciones para preguntarle por estos desvelos:

> Juan Domingo Perón modeló la Argentina actual. Me refiero a características muy esenciales que distinguen al país de los países vecinos, como la fortaleza (y relevancia política) de los sindicatos o la existencia de un Estado asistencial, por imperfecto y oneroso que sea. Incluso durante la larga prohibición del peronismo se mantuvieron tanto la fuerza de los sindicatos como ese relativo Estado de bienestar.
>
> Gobernar desde fuera del peronismo se ha demostrado muy difícil y el último ejemplo de ello es Mauricio Macri. El penúltimo, el infortunado Fernando de la Rúa. Sólo los peronistas, con su estructura capilar y su omnipresencia en esa «zona cero» política y electoral que es el conurbano bonaerense, parecen capaces de manejar la Argentina con un mínimo de estabilidad. Sin que se deba confundir estabilidad con eficiencia.

Si hay dudas sobre la trampa populista no debieran existir sobre el laberinto peronista. El politólogo argentino Guillermo O'Donnell formuló esa problemática en 1971 apelando a la teoría de los juegos para explicar la experiencia tras la Revolución Libertadora que en 1955 proscribió a Perón y a su movimiento. Por entonces, para ganar la elección presidencial, cualquier coalición necesitaba sumar los votos peronistas, pero quien se acercase a ellos habría sido vetado por los militares. Pero si ese alguien decidía excluir al peronismo para evitarse problemas con los militares, también perdería, pues nunca llegaría al poder. El «juego imposible», como lo llamó O'Donnell, implicaba que, con o sin el peronismo, pierdes.[18] En alguna medida, la existencia del peronismo y su contracara, antiperonista o no, llevaba a Argentina a una suerte de «empate hegemónico».[19]

Me dice vía Zoom la politóloga María Esperanza Casullo, autora de *Por qué gana el populismo*:

> El peronismo no ha sido superado y es un movimiento especial en un país con una cultura política que siempre ha necesitado de un componente populista. Es un partido que se ha construido como eje de un sistema, una cultura política profunda. Para que el peronismo salga de ciertas prácticas depende del grado de competencia que le ponga el sistema. Es un fenómeno complejo porque Argentina, de algún modo, va a contramano del mundo: el sistema político en el país no se ha deshecho, porque desaparecen partidos pero se aglutinan otros partidos. Y el peronismo ha pervivido a todo eso.

El peronismo, en su variante kirchnerista, consiguió mantener su enraizamiento en la sociedad, una presencia que históricamente le

permitió ser la correa de transmisión más exitosa del humor de las bases. Ha logrado esa capacidad de enlace incluso fuera del gobierno. En 2001, cuando la crisis económica produjo un estallido bajo mandato peronista, cinco dirigentes del partido asumieron y renunciaron como presidentes de Argentina en el periodo de una semana. Por entonces, los analistas consideraban que el fin del movimiento estaba cerca pues nadie conseguía aglutinar a una masa sin control. Sucedió todo lo contrario. El peronismo se fortaleció con el tiempo mientras la oposición se disgregaba y volvía a reagruparse en un sistema de alianzas. Lo consiguió con un líder, Néstor Kirchner, convencido de que en la Historia había un premio para él.

En medio sucedió la llamada 'grieta': una vez en el poder, el kirchnerismo fracturó el país con lógica populista. De este lado, Nosotros, El Pueblo; allá, Ellos, las élites. Casullo dice que la polarización ha tenido cierta funcionalidad, pues la diferenciación ideológica permitió estructurar el sistema de preferencias políticas a un lado y otro del espectro ideológico. «Pero ambos lados de la grieta tienen una porción del centro ideológico», dice Casullo, y eso ha facilitado que el sistema político argentino —aun en medio de una brutal disputa política de casi dos décadas— no vuele en pedazos con la tensión, que acabó siendo dinámica.

El segundo factor es la elevada politización de la sociedad argentina. Al decir de Vergara, el politólogo peruano, Argentina es un país de «alta confianza interpersonal y baja confianza política», con una sociedad políticamente sofisticada envuelta en discusiones diarias en los cafés y los bares, las oficinas y las comidas familiares como si cada ciudadano fuese un parlamentario informal y toda oportunidad, un ágora y una banca. Casullo me contó que no le gusta mucho decir que Argentina «es un país distinto» pero en sus investigaciones sobre sistemas políticos encontró dos elementos distintivos de la nación:

> Es un país de políticas programáticas donde la gente tiene bastante claro por qué votan y en ese repertorio, con una vida política turbulenta y sin consensos, todos los problemas colectivos se explican por una politización de los marcos de referencia. Es una nación donde todas las clases sociales se movilizan sistemáticamente, por ejemplo.
>
> En segundo lugar, sigue siendo muy poderoso el *frame* construido por el movimiento de derechos humanos de los años '80. Aun hoy, quien estructura en Argentina un discurso de derechos humanos con

movilización tiene posibilidades de ganar espacio.

Y eso también sucede en todas las clases sociales, pues se ve incluso a policías a los que yo enseñé en la universidad que estaban en contra de los piquetes y las movilizaciones pero cortaban ellos mismos la calle para protestar en sus barrios por el costo del gas. En los partidos, ese *frame* y esa politización se traduce en un rechazo de la violencia política: quien reprime en Argentina, pierde.

El peronismo es el partido más estructurado de Argentina. Posee una identidad constituida —símbolos, rituales, mitos originarios, liturgias— que le dan cierta consistencia aun cuando en ocasiones ponga esa concepción de sí bajo debate. «Sigue siendo un movimiento eficiente para escuchar demandas y eficiente para disciplinar sus coaliciones», dice Casullo. «Cuando debe ajustar, el peronismo ajusta y sus cuadros obedecen y puede hacer eso pues es creíble, ya que cuando hay que repartir, lo hace».

Repartir. Redistribuir. El peronismo y la economía —el populismo y la economía— es asunto serio. Los gobiernos que más amplían, al menos nominalmente, el gasto, suelen desoír cualquier consejo de hacer más expansiva, competitiva y productiva la economía, una decisión lógica para sostener la redistribución. Pero no: abren el grifo sin mucho control si ven la reserva llena. Eligen a Manolito, el amigo de Mafalda, para que maneje las cuentas de una máquina de gastar.*

Uno de los grandes problemas del peronismo ha sido dotar de sostenibilidad a sus planes de expansión del gasto y redistribución del ingreso: desde el mismo Perón, todos los gobiernos justicialistas acabaron en un ajuste o una crisis. Durante el kirchnerismo, el imperativo de reactivar la caja, exprimida para incrementar el gasto, llevó a nacionalizar las pensiones privadas de más de nueve millones de personas. La ruptura de la seguridad jurídica envió señales inciertas a la inversión privada. Argentina —también Venezuela y Bolivia— redujo la independencia de su banco central para financiar la necesidad política del gobierno kirchnerista. «¿Gastar menos o saquear?», se preguntó el periodista Joaquín Morales Solá tras la estatización del sistema jubilatorio por el gobierno de Cristina Kirchner. «Saquear».[20]

Escribió el economista chileno Sebastián Edwards en «On Latin American Populism, and Its Echoes around the World»:

En América Latina, tener un banco central independiente no ha sido

> garantía contra las políticas populistas. Esta independencia se puede quitar tan fácilmente como se concede. Uno de los primeros pasos dados por la mayoría de los políticos populistas cuando llegan al poder es debilitar (o eliminar) la independencia del banco central como parte del movimiento hacia un régimen de «dominio fiscal».[21]

El kirchnerismo es un ejemplo mayor de ese proceso fallido. Néstor Kirchner llegó al poder en mayo de 2003 tras la crisis monetaria y bancaria de 2001-2002. El país tenía un desempleo superior al 20 por ciento, una moneda devaluada al 90 por ciento y depósitos congelados. (Meses antes del triunfo electoral del kirchnerismo, un gobierno provisional decidió desconocer todo contrato en dólares y reescribirlos en pesos, generando pérdidas significativas a inversores argentinos e internacionales.)

Kirchner pudo gozar de precios de *commodities* elevados y, al no asumir pagos de deuda por un tiempo, dispuso de dinero en abundancia para gasto social e inversión. Pero su gobierno acumuló más deuda y un déficit público creciente. El riego de dinero elevó la inflación y, para cuando el mercado internacional llevó a la baja los precios de las materias primas, Argentina tenía una acumulación de déficits, proteccionismo e inseguridad jurídica condimentada con corrupción. En 2012 y 2014, el país decreció; en 2016, el déficit subió hasta superar el 6 por ciento del PIB y el Banco Central hizo lo que hacen los emisores monetarios controlados por un gobierno: se convirtió en financista de una administración aislada de los mercados internacionales por su *default*. Los salarios reales, que habían subido un 13 por ciento en década y media, acabaron absorbidos por la inflación. Todo el proceso reconoce similitudes con el periodo 1946-1949 del propio Perón. En 2021, la economía argentina, en muchos aspectos, es más débil que a inicios del siglo XXI.

Como muchos de sus compañeros de la ‘ola rosa’, la familia Kirchner tuvo poca tolerancia por los controles. El control de la política monetaria —al dar acceso a flujos de dinero para repartir— permite generar apoyo popular y recompensar a aliados y partidarios. La política fiscal, los contratos públicos y el clientelismo fueron herramientas para financiar a una nueva burguesía afín, a los amigos y a parte de la militancia.

Nuevamente, el patrón dista de ser nuevo. En 1952, Perón envió una carta al general retirado Carlos Ibáñez del Campo, quien había ganado la presidencia de Chile. En ella le cuenta su experiencia a

modo de consejo aprovechando que «muchas veces, alejándose se domina mejor el panorama». Perón dice que tomó medidas «espectaculares» para conseguir que el pueblo abandone a los políticos: toda esa legión se convirtió «en enorme masa». Escribe:

> El resultado no se hizo esperar. En poco tiempo conté con un predicamento popular tal, que toda resistencia quedó anulada, ya proviniese de la oligarquía, de los políticos o del imperialismo que actuaba debido a ellos. [. . .] Con ese éxito y esa base di vuelta al país, tomé el gobierno integral y realicé una reforma total.[22]

Y sugiere a Ibáñez del Campo, con ánimo de viejo zorro promotor de una 'Internacional Populista':

> Dé al pueblo, especialmente a los trabajadores, todo lo que pueda. Cuando a usted le parezca que les da mucho, deles más. Verá el efecto. Todos tratarán de asustarlo con el fantasma de la economía. Es todo mentira. Nada hay más elástico que esa economía que todos temen tanto porque no la conocen.[23]

No hay populista de izquierda o derecha que no pretenda controlar la caja. El kirchnerismo nacionalizó la petrolera YPF, las pensiones privadas y la compañía de aviación Aerolíneas Argentinas. AMLO procuró mantener al margen a los inversores privados para favorecer a Pemex, histórico proveedor de dinero grande al fisco. Bolsonaro colocó a un ex militar aliado al frente de Petrobrás. Todos lo han hecho con un discurso reivindicatorio. Chávez asaltó el control de PDVSA y despidió a casi 20.000 empleados en 2002. Desde entonces, la capacidad competitiva de la empresa ha estado seriamente comprometida —sus estados de resultados son poco fiables—, obligando al gobierno a permanentes esfuerzos por recuperar la confianza.

En una economía interconectada, esas decisiones lanzan señales complicadas: Amado Líder puede tomar medidas *contrario sensu* a voluntad invocando alguna necesidad de reparación, mayoritariamente fantasiosa. Samuel Absher, Kevin y Robin Grier sostienen que los populismos «tienen, en promedio, un efecto promedio negativo, significativo y considerable sobre los ingresos».[24]

En julio de 2021, la calificadora de riesgos MSCI, ex Morgan Stanley, removió a Argentina de su lista de mercados emergentes y la colocó en su sección *standalone* o, de otro modo, «únicos», un

grupo que incluye a países de comportamiento «excéntrico» como Líbano y Palestina, Bosnia, Botswana, Trinidad y Tobago, Panamá, Jamaica, Bulgaria, Ucrania y Malta.

Argentina, escribió Enric González en *El País*, es el único país americano «más pobre que hace un siglo». «La expresidenta Cristina Fernández de Kirchner, actual vicepresidenta, dijo hace unos meses una frase con la que resulta difícil no estar de acuerdo: "Argentina es el lugar donde mueren todas las teorías económicas"», dice González. «En efecto, Argentina funciona (o no funciona) con reglas propias o, según se mire, con reglas que cambian de un día para otro».

¿Cómo la nación que era la décima potencia en 1920 acabó en el número #75 del mundo cien años después? ¿Cómo es posible que un país rico en recursos naturales y relativamente bien educado sea incapaz de desarrollarse y acabe dejando impagas sus deudas internacionales nueve veces en algo más de cien años? ¿Cómo una nación que hasta los años '60 tenía un ingreso per cápita superior a Austria, Japón e Italia cincuenta años después apenas reúne un tercio del primero y la mitad de nipones e italianos y está, incluso, por debajo de Irán?

No hay explicaciones sencillas, sino una pluri-causalidad siniestra. Entre 1930 y 1983, Argentina tuvo seis golpes de Estado y 13 presidentes militares no-electos gobernaron durante 23 de esos 53 años. Mauricio Macri, en 2019, fue el primer presidente no-peronista en concluir su mandato en sesenta años. El país fue progresivamente incapaz de planificar a largo plazo con tantas interrupciones institucionales y las fragilidades inherentes a malas administraciones económicas,* y tuvo, desde 1946, la presencia significativa de un actor de enorme peso gravitacional, el peronismo. Escribe González:

> Unos dicen que el populismo peronista, hegemónico desde 1945 pese a permanecer proscrito entre 1955 y 1973, está en la raíz de todos los males. Otros dicen que la estructura capilar del peronismo y su generosidad con los subsidios han evitado que Argentina sufriera más colapsos como el de 2001. Tal vez resulte razonable suponer que el peronismo es a la vez problema y solución.[25]

¿Qué salida hay al peronismo? Ninguna, excluida, a corto plazo, la transversalidad. La posibilidad de fracturar la línea del partido y crear un movimiento más amplio y democrático —populista, por la

marca cultural argentina, pero moderado. La derrota del gobierno en las elecciones primarias de 2021 confirmó a la oposición que tiene opciones de disgregación del bloque de alianzas del peronismo si consigue reducir el peso que Cristina Fernández —la Amada Lideresa— mantiene sobre el capital electoral del partido. Cómo se desarticula el liderazgo de un jefe peronista, sin embargo, es algo que suele ser propio del canibalismo interno del partido: un macho beta debe detectar que el alfa —la alfa— ha perdido la fuerza que proyectaba, y arriesgar salir a campo abierto a por un desafío.

«En septiembre de 2021 murió el populismo argentino como lo conocíamos desde 2001», me dice el consultor político José María Cravero, que ha trabajado con candidatos en Argentina y Brasil. Sigue:

> Tomará un tiempo para percibir el movimiento de los caciques peronistas que siempre auxilian al nuevo triunfador, pero es difícil ver una reconfiguración dentro del peronismo que produzca algo distinto a 'kirchnerismo a secas' estando allí CFK, y eso acota la representación social de la fuerza.
>
> En las elecciones de septiembre, terminó de romperse la agenda el 'Estado presente' y en su lugar comienza a emerger del 'Estado que no me asfixie'. Se cristalizó algo que ya sucedía, donde incluso los movimientos piqueteros exigían mas trabajo y menos planes asistenciales. Tiendo a pensar en que la agenda social se angostó violentamente en favor de una agenda de mercado-inversión-trabajo, en desmedro del asistencialismo.
>
> Javier Milei, cuya elección para mí representa el techo de la ultraderecha, es la versión más vehemente de esa nueva agenda. La ruina y el hartazgo social de Argentina probablemente faciliten que, con un regreso de Juntos por el Cambio [la coalición que lideró Macri], pueda haber acuerdos de límites con la facción racional del peronismo, asegurando sensatez, previsibilidad e incluso diálogo.

Pero con el peronismo se debe operar como con un animal herido, dada su habilidad histórica para lamerse las heridas. Le pregunté a Hernán Iglesias Illa, excoordinador de políticas públicas en la Jefatura de Gabinete del gobierno de Macri, si veía cerca el fin del kirchnerismo. Me respondió con cautela: *too soon.* «Quizá haya un agotamiento K», me dijo:

> El peronismo seguirá siendo fuerte. Los no peronistas venimos pidiendo hace años un peronismo que logre librarse de las fauces del kirchnerismo-populismo, y nunca llega. Paso a paso. Lo que sí digo es

que la clase media argentina nunca había estado tan bien representada como ahora.

A largo plazo, no hay mal que dure cien años, pero puede haber vida —keynesianismo— más allá del peronismo: un capitalismo centrado, responsable, capaz de integrar a los millones de excluidos y sostener la expansión económica apuntalando competitividad, innovación y desarrollo. Nada de eso está en Argentina hoy —o en sus últimos ¿ni próximos? cincuenta años.

COLOMBIA, EL EUFEMISMO INSTITUCIONALIZADO

El *outsider insider* Álvaro Uribe —no era parte del establishment bogotano pero sí miembro de las élites políticas— definió dos extensas décadas de política en Colombia, con o contra él. Dicen en Bogotá que su vice y luego sucesor Juan Manuel Santos era el dueño de la estancia, porque pertenecía a la crema política histórica del país, y que Uribe era el capataz al que las élites trajeron del interior para controlar a los perros y manejar al personal. Si ese fue el caso, el *capanga* marcó a toda la nación con su látigo mientras el hacendado tomaba el té y leía el periódico. La mano que mece la cuna, dicen por ahí, mueve Bogotá.

La idea de que el establishment colombiano controlaba la escena y cooptaba lo que salía de la norma en un país de tradición conservadora se acabó con Uribe. Uribe carcomió la capacidad de los liberales colombianos para dirimir qué tan ancho era el centro y qué tan derecha la derecha —la izquierda ha sido secundaria, si se excluye a los ultras de las guerrillas— y, sobre todo, ganó el debate: nunca como durante sus dos periodos presidenciales el discurso de la seguridad ocupó tantas peleas familiares.

Pero los ciclos acaban. Como otros, Uribe tuvo precios de materias primas elevados y la economía mantuvo contentos a muchos, pero ya para 2015 los valores de los *commodities* habían regresado a niveles pre-2010, último año de su gobierno.[26] Iván Duque, el comodín de Uribe, no gozó de los mismos recursos ——los precios comenzaron a escalar en 2020—y enfrentó una crisis social. Para más, tras la firma de los acuerdos de paz de Santos, a fines de 2016, las condiciones estructurales en que vivió Colombia por décadas —la violencia tripartita de guerrilla, paramilitares y fuerzas armadas— se desvanecieron.

El futuro, dicen, debiera ser distinto. «Los que rodean a Uribe han procurado rescatar quién fue, pero perdieron la noción de que pasaron veinte años», dice María Teresa Ronderos, autora de *Guerras recicladas*, un libro intenso sobre la violencia paramilitar en el país. «Uribe se quedó pegado a las soluciones de Colombia del año 2000, que no son las soluciones de hoy, así que sigue peleando todavía contra la subversión». Continúa:

> El *establecimiento* tecnocrático-político cumplió su siclo y ya no puede resolver los problemas actuales, que se volvieron gigantes. Colombia venía mejorando en todos sus indicadores, una sensación de confianza de que los hijos vivirán mejor que sus padres, pero después de la pandemia quedaron millones en la pobreza extrema. No es sostenible. Esas dos generaciones nuevas que actúan en el país, la que no había nacido cuando gobernaba Uribe y hoy tiene 20 y los que hoy están en sus 40, no vivió o ya no recuerda la situación de 2001: no sabe por qué debieran agradecerle algo a Uribe.
>
> Los niveles de riesgo de seguridad actuales no son los de entonces, y las demandas son distintas, y no las entienden ni el uribismo ni las élites. El gasto público está desmadrado, pero no donde toca. El Estado como servicio público, esto es, ofreciendo maestros o fiscales, no existe, pero sí tiene contratos multimillonarios para grandes negocios privados.
>
> El país perdió la calificación crediticia de la que se enorgullecía. Así que, en relación con el pasado, hay un riesgo alto de que el gobierno que venga sea populista, pero con la dificultad de que puede prometer oro y moro pero no tendrá plata.

El populismo de Uribe murió y Uribe murió políticamente, como buen Amado Líder, sin crear delfines a su altura. Duque no ha sido capaz de superar su visión tecnocrática —aun cuando su reforma fiscal fuera bien intencionada— y ha vivido del capital político de Uribe, incapaz de articular un plan que le permitiese escapar del hombre que le dibujó la sombra. La derecha populista ha perdido peso tras la experiencia fallida de Duque, un peso liviano para la política de grandes señores de Colombia. Uribe ya no puede ser candidato —y no es por la ley: ha perdido el amor del electorado —,* el centro político estuvo licuado por algún tiempo y los líderes clientelistas de la estructura de poder —alcaldes, gobernadores, senadores— se han mantenido en los últimos años en estado de expectación permanente, como los jefes de un clan aguardan a que el gran líder mueva una ceja para interpretarlo y decidir ellos su siguiente paso con el menor riesgo posible.

Uribe dejó una doble herencia —populista y autoritaria— bajo la que no han crecido retoños con carisma. A diferencia de países como Perú, donde el sistema de partidos está pulverizado, en Colombia los partidos sobreviven y las salvaguardas todavía existen. El liberalismo ha finalmente recuperado aire, el centro parece sostenerse y la izquierda democrática se ha convencido de que puede tener, por primera vez, una oportunidad. Prever la emergencia de un líder mesiánico es difícil, pues aunque Uribe perdió popularidad ha mantenido la rienda corta sobre la base política del Centro Democrático, al extremo de condicionar aun a su partido. Por él aun pasan muchas de las decisiones de la organización. Duque tuvo que hacer equilibrio cuando Uribe se desaforó en Twitter y salió a pedir al ejército que reprima con las armas las protestas contra el gobierno.[27]

¿Hay un escenario de salida de la trampa populista de Uribe? «Hay un escenario de salida de la trampa populista de Uribe», dice la politóloga colombiana Sandra Botero. «Y es la trampa populista de Petro».

Gustavo Petro, el exguerrillero que fue alcalde de Bogotá, senador y fundador de Colombia Humana, se elevó durante los años de Duque como la figura de transformación. Petro es considerado un político valiente con un liderazgo genuino y tradición política, pero también tiende al personalismo. Es el catalizador del desencanto y desilusión con las fórmulas tradicionales. Su feligresía es entusiasta y pide algo nuevo. Consciente de que la posibilidad puede serle esquiva en un país de gobernantes moderados, ha procurado aligerar su discurso para hacerse más presidenciable y convertirse en el primer gobierno *no-de-derecha* en Colombia por décadas. «Colombia no necesita socialismo», le dijo Petro al periódico *El País*. «Necesita democracia y paz».[28]

El calificativo —*no-de-derecha*— tiene su razón de ser porque Colombia es un país de afectos conservadores. Como la derecha no generó grandes referencias tras Uribe, su padrino virtual, por primera vez un populista de izquierda ascendió a niveles de expectación presidencial. Como Uribe, también Petro tiene techo, aunque marcado por las condiciones del electorado, menos afecto a la izquierda, de manera que su margen de maniobra radicará en cuán al centro pueda situarse y qué tan amplia sea su coalición, lo que en la práctica significa si comprenderá algo que cuesta un mundo a la izquierda latinoamericana: que no se puede gobernar

sin acuerdos mínimos que garanticen un ambiente de negocios favorable para el empresariado y una economía sostenible.

El panorama es abierto. La derecha extremista ha buscado crear espacios más allá de Uribe, per se, aun sin separarse demasiado de su discurso y métodos paternalistas y autoritarios, que todavía atrapan a un grupo significativo de votantes, sobre todo los adultos mayores. La senadora María Fernanda Cabal es la alumna trumpiana más visible de Colombia. Provocadora y en ocasiones intelectualmente profana, Cabal ha conseguido llamar la atención más allá del propio expresidente.

Su apoyo electoral ha sido exiguo hasta 2021, pero también Álvaro Uribe carecía de apoyos apenas comenzó a coquetear con la idea de la presidencia. Y Cabal tiene el soporte de una de las iglesias católicas más tradicionalistas de América Latina, y del jugador político más sigiloso de la región —las parroquias evangélicas—, ambas abroqueladas tras el conservadurismo de la dirigente. También cuenta con el apoyo de una parte del aparato que sostuvo el 'No' al proceso de paz de Santos y el ejército digital de la derecha, que la eleva en las redes.

«A las élites colombianas les da miedo la economía y se mueren de quedar *ensanguchadas* entre Maduro y Castillo porque, dicen, se nos van los capitales», me dice Ronderos. «De pronto les cuaja una persona radical pero pro-empresa privada e inversión extranjera que les proponga impuestos a la renta muy reducidos». Y sigue:

> Tenemos a medio país, o más, desesperado porque surja alguien verde que genere empleo, industria, oportunidades, reduzca la inequidad y acepte las diversidades. Ese país salió a la calle en las protestas contra Iván Duque. El otro país, conservador, de clases medio-bajas urbanas, tiene miedo a un chavismo a la colombiana. Los dos populismos pueden tener futuro, pero la suerte es que Colombia se asusta con los extremos.

Esos extremos se encontraron, de repente, con un centro vivo. El episodio ¿penúltimo? ocurrió mientras escribía las líneas finales de este libro. Alejandro Gaviria Uribe, académico, ex ministro de Salud del gobierno de Santos, decidió presentarse a las presidenciales colombianas. Gaviria era el hombre esperado por el centro ancho colombiano. Encarnaba, para muchos, el 'gusto' nacional: el estereotípico hombre mesurado, proveedor de seguridad y certezas sin aspavientos, educado, bien portado.

En el lanzamiento de su candidatura, en septiembre de 2021,

Gaviria grabó un mensaje en video con la idea de transmitir sosiego: camisa blanca, maneras suaves, anteojos, voz pausada y una actuación donde sopesaba cada palabra ensayada como si las estuviera cavilando en ese instante en un diálogo personal con quien mira. Una biblioteca se extendía por detrás de Gaviria cubriendo todo el encuadre de la cámara. Esta era la idea: en medio de la debacle y los temores, un hombre bien plantado no necesita levantar la voz para mostrar autoridad. Su inteligencia habla por él. Y Gaviria, ex rector de la Universidad de los Andes, la empleaba para incluirse en la tradición colombiana de presidentes literatos, un leve guiño a la seguridad del pasado conocido. Sus palabras tuvieron la pizca de sal indispensable para los que buscan calma:

> Aspirar a la presidencia encierra, en mi opinión, una contradicción esencial. Implica un compromiso con el bienestar colectivo, pero revela al mismo tiempo una ambición por fuera de lo común. Exorbitante, incluso. Ser consciente de esa contradicción es importante. Hacerla explícita contribuye a la legitimidad y a la generación de confianza. Decidí ser candidato presidencial después de muchas reflexiones, de una reflexión larga, de muchas conversaciones con mi familia, mis amigos, algunos ciudadanos y mi conciencia. Tomé la decisión porque creo que mi abordaje de los problemas sociales y mi visión de la vida, pueden ser unificadores. Pueden ayudar a buscar caminos de reconciliación, a juntar a quienes piensan distinto, a darle a nuestra sociedad un poco de esperanza. Un poco de inspiración. Liderar pasa necesariamente por cambiar los modos de pensamiento, por crear un sentido de propósito colectivo. Compartido.

Colombia es un caso llamativo en la región porque parece procesar los momentos políticos a su paso. Uribe fue un neopopulista tardío —en el resto de Sudamérica, la corriente se inició en los años ‘90, una década antes de su primer gobierno—, y en tiempos de la ‘ola rosa’, el populismo de izquierda no fue capaz de crear una opción de poder nacional, al menos no más allá de Bogotá. El influjo populista se ha mantenido circunscrito a la filosofía de capataz de hacienda de Álvaro Uribe, pero su poder debiera diluirse con cada año pues ya no produce el temor reverencial del pasado.

Sin una ‘ola rosa’ determinante en el país —Petro ha tropezado para mostrarse más al centroizquierda que Olof Palme— y con un candidato centrista como Gaviria, la ultraderecha se ha encontrado sin mucho margen para la disrupción discursiva contra ningún enemigo altisonante. (Pero, claro, el populismo siempre da

sorpresas.)

Ahora muchos sueñan con que Gaviria, como expresión del centro, acabe por declararle la defunción política al populismo de derecha uribista y acorrale a una expresión menor al pos-uribista. De hecho, Gaviria puede ensanchar su espacio político con mayor transversalidad si mantiene la aproximación a un grupo de dirigentes centristas nucleados en la Coalición de la Esperanza. La distancia real en el futuro colombiano no está dada tanto entre Petro y Gaviria —aunque el primero ha llamado al segundo a denunciar al neoliberalismo para validar su estirpe liberal— como entre ambos y la derecha del Centro Democrático de Uribe, Cabal y el exministro Óscar Iván Zuluaga.

El fondo de la guerra resuena aun en el electorado ultra mientras los moderados demandan un país para el futuro. Petro y Gaviria tienen diferencias de matices, distantes del discurso agresivo de la derecha colombiana heredera del uribismo. Ese segmento del electorado apelará al populismo rancio del Nosotros/Ellos para atacar a Petro y hablará de las élites tradicionales cuando mire hacia Gaviria. Y esa no es sólo una distinción discursiva sino política: nada hace suponer que los candidatos del pos-uribismo abandonen la cultura de confrontación del capataz Álvaro Uribe. Parece que el populismo más riesgoso para Colombia sólo sabe golpear el balón con la derecha.

ECUADOR: NARCISO SE QUEDA AQUÍ

Rafael Correa produjo en su movimiento político la fuerza inercial de los propietarios de las Pyme: aun lejos, sigue siendo el dueño y gravita sobre las decisiones de su antiguo negocio. Como en todo movimiento personalista, Correa no ha generado figuras de reemplazo, pues hacerlo destruiría su poder. La plana del correísmo es mediocre y la experiencia de postular a su propio vicepresidente, Lenin Moreno, que lo traicionó, debe haber convencido a Correa de que el guiso debe cocinarlo y comérselo él.

La próxima ventana para Rafael Correa hacia la presidencia es 2029. Para entonces, habría concluido la inhabilitación de ocho años que le impuso la Justicia para competir por la magistratura. Correa fue acusado de cohecho junto a otras 15 personas y tiene una sentencia de prisión,* pero aun asilado en el extranjero intentó ser candidato a la vicepresidencia de Andrés Arauz, su delfín,

replicando el método de CFK en Argentina.[29]

Correa no abandonará el espacio político. El correísmo mantiene peso legislativo en la Asamblea ecuatoriana, es gravitante para decidir legislaciones y no ha tenido malas performances electorales, ni con Andrés Arauz en la elección presidencial de 2020 ni en las municipales precedentes. Y aunque con Correa fuera del país debe moverse hacia una representación colegiada —muchos quisieran poder vivir sin el jefe para hacer su propia carrera—, la última decisión en las grandes cuestiones ha quedado siempre en manos del expresidente, dueño del poder de veto en el partido. «Tanto su propuesta como su programa siempre fueron contradictorios», me dijo la economista y periodista Martha Roldós. «El movimiento estaba a favor de ciertos derechos hasta que Correa dice que por ahí no se va, y no se va».

Ecuador es un país de baja rotación electoral. Los líderes suelen perpetuarse en sus espacios a la espera de nuevas oportunidades para regresar al poder u obtenerlo por primera vez. Es una nación de caudillos con amplias cotas de poder territorial. El prototipo histórico del populismo ecuatoriano, Velasco Alvarado, estuvo cuarenta años en el centro de la política. El populista de derecha Jaime Nebot fue alcalde de Guayaquil por casi dos décadas. Abdalá Bucaram fue el creador del Partido Roldosista, que respondió a su voluntad durante sus treinta años de existencia y fue heredero del movimiento de masas de Carlos Guevara Moreno, otro populista que construyó su espacio patrimonial.

Ecuador es de las pocas naciones que ha logrado salir del cepo populista después de que Lenin Moreno aceptó reemplazar a Correa, de quien fuera vicepresidente, pero abandonó la obediencia al líder y se movió al centroderecha. El gobierno de Moreno debilitó al correísmo y le dio una oportunidad a la oposición para recuperar el gobierno. El triunfo de Guillermo Lasso arrojó a Ecuador a la disyuntiva clásica latinoamericana entre gobiernos populares o populistas y gobiernos democráticos o autoritarios.

Lasso, un banquero del Opus Dei, obtuvo la presidencia en su tercer intento tras ser derrotado primero por Correa y luego por Lenin Moreno, y finalmente ganar a Arauz. El cambio cultural inducido por el populismo de Correa —muchas familias pobres ahora defienden sus derechos cuando antes obedecían a sus patrones— obligó a Lasso a moderar algunas de sus propuestas conservadoras para ganar la presidencia. Aunque dijo que se

opondrá a cualquier legislación sobre el aborto —también Correa se oponía—, deberá respetar conquistas sociales promulgadas durante el correísmo que la sociedad civil defenderá. En campaña, Lasso llegó incluso a prometer un aumento del salario mínimo a 500 dólares, un 25 por ciento más que en 2020.[30]

Una buena parte de la aceptación de Lasso quedará condicionada por cómo la derecha se rearticule para gestionar el poder; otra, por la presencia de Correa, que se resiste a abandonar la palestra como Narciso a su imagen.[31] *El Mashi Rafael* fue un subproducto de las crisis internas del bloque de la derecha ecuatoriana en los años '90, un enfrentamiento entre líneas que históricamente dividió a la sierra (Quito) con la costa (Guayaquil) y a la burguesía industrial con la financiera, y que en buena medida abonó la crisis de los partidos tradicionales. «Si las derechas siguen divididas y sin proyecto de país, la tienen complicada», me dijo desde Quito el analista político Jacobo García.

Un segundo factor para mantener al correísmo a distancia está en las enseñanzas de la posguerra de la Segunda Guerra Mundial, dice García: con el comunismo a la vista, las élites ecuatorianas y los partidos se movieron al centro tomando demandas sociales para evitar que el corrimiento a la izquierda del electorado les arrebate el poder. «Así logras que la gente no vaya a los radicalismos», dice, «y allí tiene una posibilidad la derecha, con su propia modernización».

Tras concluir su segundo mandato, Correa se mudó a Bélgica en 2017 y cuatro años después tenía una orden internacional de captura, acusado de corrupción, asociación ilícita y secuestro.[32] Pero la victoria del banquero Lasso, marcada por el descrédito creciente de Correa en Ecuador, donde su campaña de relaciones públicas no surte el mismo efecto que entre los progresistas europeos, no ha desmontado las pretensiones de largo plazo del dueño del movimiento Alianza País.

Correa es visto en numerosos países de Europa como un gobernante exitoso y popular, una imagen que ha logrado solapar su personalidad autoritaria.*[33] A diferencia de otros populismos locales, Correa se ha asociado con la 'ola rosa', lo que proveyó a su movimiento de intercambios y aprendizajes de experiencias internacionales. Su partido tiene lazos con el kirchnerismo argentino y algunos analistas ven paralelos entre el populismo republicano del peronismo y el proyecto futuro de Correa. En

muchos aspectos, Rafael Correa es un nacionalista socialmente conservador —como casi toda la 'ola rosa' latinoamericana—, y un heredero del populismo tradicional ecuatoriano, vinculado a la derecha.

Pero Correa es también Amado Líder, y Amado Líder captura el poder incluso cambiando de ideología. Por eso, Santiago Basabe, profesor de Flacso Ecuador, me dijo una tarde de agosto de 2021 desde Quito que Correa es un hombre cada vez más pragmático que ha abandonado la búsqueda de ideas, y que no dudará en mutar si lo necesita para que la política ecuatoriana se mueva a su alrededor:

> Correa es Perón en el exilio de Madrid a punto de regresar a Argentina: todos hablan con él. Todos hacen política en Ecuador, donde tres vertientes se disputan el presente del correísmo, pero Correa es el último en opinar y el primero en decidir. En las presidenciales de 2020, por ejemplo, Arauz fue Cámpora y Correa fue Perón: debía ser elegido para que gobierne Correa.
>
> Yo tengo esta imagen de Correa retornando en unos años al Ecuador pidiendo disculpas por algunas omisiones y diciendo que ya no es el joven que fue, como Alan García cuando ganó su segundo mandato en Perú. ¿Es posible un Correa de derecha? Bueno, será más pragmático en economía y seguirá manteniendo sus valores conservadores. Él es un católico tradicional.

Sin Correa, me dice el politólogo y también profesor de Flacso Simón Pachano, el correísmo se acaba. «No lo sobrevivirá». Aunque el correísmo llegó a la segunda vuelta electoral en 2021 no fue capaz de ganar a un mal candidato como Lasso. ¿Quién aglutinrá entonces la voluntad de esos millones de personas que encontraron en Rafael Correa un canal para sus aspiraciones sociales? «El populismo ecuatoriano, como el argentino, es clientelar: el *puntero* [que actúa en las ciudades del interior] es importante, opera como un *broker* organizando las necesidades de la gente», dice Pachano. «Esos *punteros* tienen una capacidad de negociación poderosa y un olfato desarrollado para aliarse a quien tiene opción de llegar al poder, sea a nivel nacional como en gobiernos locales, y quien aparezca y negocie con ellos tendrá cierta fuerza».

¿Puede haber una respuesta de la sociedad civil, más allá de la derecha conservadora y elitista y el populismo hegemonista del correísmo? No, pues la 'sociedad civil' es una entelequia en el centro del mundo. Las experiencias de organización civil son

menores y están desarticuladas en las manchas urbanas del Ecuador. El mayor grupo organizado —y bien— es el indigenismo: llevó al gobierno tanto a Lucio Gutiérrez como a Correa. Todos intentan cooptarlo, pero tiene su propia agenda, y la defiende. Y las clases medias y altas no dialogan con ellos: si Correa obtuvo apoyos sostenidos durante un tiempo fue porque dio seguridad social y beneficios a las empleadas domésticas, tratadas como siervas por décadas por las familias medias y ricas.

Qué hay delante: un país de inestabilidad, partidos débiles y patrimoniales y caciques y caudillos en rivalidad que no construyen pactos estables de convivencia. «La crisis de los partidos políticos ecuatorianos empieza antes del arribo de Correa, por lo que una recomposición del sistema de partidos es muy difícil», me dice Pachano. El indigenismo empató el segundo lugar en la primera ronda electoral de 2020 y su volumen electoral es crucial para quien desee ganar, pero no tiene capacidad de tomar el poder por sí solo: es el gran elector, como el movimiento indigenista boliviano. ¿Quién dará integración real a los indígenas para dar sostenibilidad al sistema en una sociedad profundamente racista y clasista? No hay respuesta en Ecuador a eso hoy, porque esa respuesta implicaría que fuera un país completamente distinto.

BRASIL ES EL LULA DEL FUTURO

«Hoy, el futuro de Brasil parece ser el mejor recuerdo del pasado de Brasil: Lula», me dice desde São Paulo el consultor político Guillermo Raffo. «Fue durante su gobierno que la mayoría de los brasileños se permitieron creer que el Brasil-país-del-futuro finalmente había llegado».

El sueño se rompió tras el gobierno blando de Dilma Rousseff —que debió lidiar con el carisma avasallador de Lula—, la corrupción y, como en toda la región, el fin de los precios astronómicos del petróleo, la minería, la soja y la carne, de los que Brasil se benefició largamente. «Pero la marca de un pasado mejor, una nostalgia que el brasileño nunca tuvo, quedó», me dice Raffo. «Y cuando el presente es un espanto, más por el fracaso de Bolsonaro que por la pandemia, la estrella de Lula vuelve a brillar».

En general, Lula gobernó en el centro del espectro político con obvia inclinación al centroizquierda, pero no fue un populista. Su gobierno creó diseños institucionales. Durante Lula, Brasil

instrumentó el masivo programa Bolsa Família. que está fuertemente inspirado en Oportunidades, el modelo creado por, vaya, neoliberales mexicanos. La medida de su éxito: Bolsonaro debió mantenerlo —porque funciona y bien para proveer mecanismos asistencialistas poco o nada politizados.

Y he aquí lo curioso: Lula es el sueño populista de los brasileños sin serlo él ni su gobierno. Explica Kurt Weyland, profesor de política latinoamericana en University of Texas, en Austin:

> En Brasil [. . .] tuvimos una experiencia populista con Fernando Collor de Mello en los inicios de la década de 1990, pero cuando se consolidó el sistema de partidos, ya no hubo espacio para populistas. El Partido de los Trabajadores de Lula da Silva no es populista, es un partido organizado e institucionalizado. Lula tiene popularidad personal pero no es un líder populista; nunca trató de conseguir fama para reelegirse continuamente, no tenía una asamblea constituyente a su favor, no habló de refundación. [. . .] el estilo de Lula fue una estrategia política bastante diferente.[34]

El gobierno de Lula es el pasado exitoso al que todos quieren volver, la Arcadia de un país siempre descontento con su presente. Mientras escribía este libro, Raffo me contó que había terminado unos estudios de opinión pública donde percibió que las personas, especialmente los más pobres, comenzaban a inventarse argumentos para, si nada nuevo y mejor aparecía en 2022, votar a Lula:

> Me decían, por ejemplo: «Lula no es burro, él sabe que hizo cagadas, y va a querer limpiar su biografía haciendo un buen gobierno». Pero cuando le preguntas si lo votarían a pesar de que ahora saben que el PT robó, dicen que no. Ok, no lo votan, pero Lula gana. ¿Y cómo sería su vida con Lula Presidente?, les preguntaba después. «Mejor», decían, y era unánime. Es lo que pasa cuando la gente no ve ni algo bueno en el presente ni algo que represente el futuro: mira para atrás y elige lo mejor que le pasó.

¿Se puede competir contra un mito aun siendo, como se supone todo populista, un mago para crear fervores? La pandemia condenó a Bolsonaro de una manera que no lo hicieron su aberrante machismo y misoginia, su autoritarismo dictatorial, su sectarismo y racismo venales. Su gobierno abandonó a los brasileños. Fue célebre su frase cuando la Covid-19 tomaba velocidad en Brasil y él seguía negándole letalidad: «Hay que estudiar al brasilero. Nunca se pesca

nada. Ves al tipo saltando a la alcantarilla, sale, bucea, ¿verdad? Y no le pasa nada».[35]

Ante un hombre inmaduro e insensible incapaz de lidiar con la realidad, los brasileños volvieron a mirar hacia atrás y se encontraron con el presidente humano, el que tiene sabiduría y equilibrio emocional. «Lula tiene todas las características para ocupar ese espacio del cuidador», me dijo Raffo. «Bolsonaro representa una especie de pulsión de libertad absoluta, de rebelión contra lo instituido, pero ahora esa libertad es vista como abandono, y yo creo que Brasil vuelve a Lula como un hijo vuelve a sus padres cuando las cosas salen mal».

Es una gran noticia para la democracia latinoamericana que la mayor nación del subcontinente —ese hermano que habla portugués sin morriña ni fado, juega al fútbol como si los dioses supieran, nos enamora con su música y literatura— sea capaz de quitarse de encima a un populismo criminal como el de Bolsonaro, el mejor alumno de la escuela putinesca de Trump. El despotismo moral, el gobierno de la confusión y las *fake news*, el caos y la negación han sido tan usuales en Bolsonaro como la retórica *trumpiana* nada ritualista, horizontal, directa y bellaca.

«El populismo radical que juega a la polarización del Nosotros/Ellos y el nativismo del hombre blanco, cristiano, del *bom cidadão* que decimos en Brasil, ha estado presente con Bolsonaro todo el tiempo», me dice Esther Solano, profesora de la Universidade Federal de São Paulo y coautora del libro *The Bolsonaro Paradox*. «La híper masculinización política es similar en todos ellos, tanto como el hombre blanco como figura y símbolo, la movilización de los valores de la tradición y la identidad son todos muy relevantes en este Brasil».

Y es una buena noticia porque Lula es un ejemplo de un líder carismático institucionalista, popular. La política fiscal de Lula fue equilibrada y la economía dejó contento a casi todos —el absoluto es una imposibilidad filosófica. Su política monetaria fue acotada y responsable, tanto que Lula la dejó en manos de un tecnócrata como Fernando Meirelles, expresidente mundial del BankBoston. Lula terminó su presidencia dejando el Tesoro con las reservas llenas y una inflación inclusive inferior a la de su predecesor, el moderado Fernando Henrique Cardoso.

Por supuesto, no hay hombre perfecto. Lula se aferra a la emoción juvenil cuando toca a Cuba, a cuyos crápulas defiende, y

puede ser irascible cuando las cosas no funcionan. Pero es pragmático y sabe que la victoria no debe ser personal sino sistémica. Lula terminó su segundo mandato con una aprobación del 85 por ciento: era un héroe nacional. «Está como el último Perón, intentando alguna reconciliación», dice Raffo. «Cuando dejó el gobierno, la mitad de Brasil lo aprobaba por lo que había hecho, como dotar al país de mayor justicia social, y la otra mitad por lo que no había hecho, o sea, dividir y enfrentar a la sociedad para conseguirlo».

¿Por qué el foco en Lula? Porque es el único político brasileño capaz de detener la avanzada fascista de Bolsonaro, porque el proceso de derechización antidemocrática del Brasil excede a su presidente. Bolsonaro desestructuró la centroderecha, sobre todo al PSDB, que en 2018 quedó reducido al cinco por ciento del electorado y ha quedo sumido en la confusión ideológica. Brasil ha tenido un discurso militar activo que no había vuelto a mostrar una articulación política poderosa desde los años '70 hasta Bolsonaro. En paralelo, está claro que las iglesias evangélicas —aun más que en Centroamérica, su otro gran mercado— mantendrán su incidencia política, que cubre todo el espectro ideológico.

¿La articulación de la derecha estará más allá de Bolsonaro en el futuro próximo? Sin duda, dice Solano. El bolsonarismo es un campo sociopolítico para el cual Bolsonaro fue un catalizador de elementos estructurales. Esos elementos son la lógica antisistémica —Brasil tiene elevada apatía política—, el antipartidismo —Bolsonaro aprovechó la tirria contra un PT corrupto— y el *lavajatismo*, un modelo moralista de lucha contra la corrupción basado en un la judicialización de la política, anti-institucional.[36*] «Hay otras dos lógicas en paralelo», me dijo Solano, vía WhatsApp. «La híper militarización de la política y la cristianización del espacio público, y no son nada menores».

La híper militarización no es casual y será perdurable. Brasil tiene una visión punitiva de la seguridad pública, que siempre ha estado en el ojo de su extrema derecha. Los *esquadrão da morte* parapoliciales llevan décadas ejecutando personas, criminales o inocentes, en las principales ciudades del país y resurgieron avalados por Bolsonaro, según reportó el periodista Azan Ahmed en *The New York Times*.[37] Los golpistas de 1964 que derrocaron a João Gulart y gobernaron 21 años jamás fueron juzgados. Las fuerzas armadas parecen invisibles para el latinoamericano promedio —

vamos, Brasil es *bossa*, Caetano, carnaval en Rio y *jogo bonito*—, pero la ultraderecha ha hecho flamear por todo el país su discurso securitizador: la identidad nacional está bajo ataque, y debe ser defendida. «Tiene que ver con una visión de la democracia como un régimen decadente con demasiada libertad y tolerancia en un país que debe volver a principios como autoridad, control y jerarquía para mantener un cierto orden», me dijo Solano. Bolsonaro es una expresión de esa idea, que está en los mitos fundacionales del Brasil: en el centro de la bandera se lee, determinante, 'Ordem e Progresso'.

El segundo factor con el que deberá lidiar el campo democrático es la cristianización del espacio público. Las bancadas evangélicas han crecido de manera singular, con una importante inserción en la derecha pero también bazas en la izquierda. Bolsonaro ha sido un experto en jugar a favor de las guerras culturales moralistas de los evangélicos y los pastores han sido más hábiles aun para empoderar —y mantener dentro de la palabra pentecostal— a los brasileños más pobres.

Lula aprendió esto. Pero, ¿debe un hombre del pasado ser el futuro del país del futuro?

EL SALVADOR TIENE UN MESÍAS

Nayib Bukele actuó rápido ante la pandemia. El Salvador recibió dosis de vacunas a una velocidad y en una proporción que naciones mayores no garantizaron. Bukele ordenó una inmediata campaña de vacunación masiva cuya eficacia se reflejó en su popularidad. Cientos de miles de #nayiblievers de El Salvador ven al presidente como un semidiós.

El siguiente paso fue ofrecer ayuda a otras naciones centroamericanas en problemas, como Honduras y Nicaragua, donde algunos políticos comenzaron a verlo como referencia. Bukele donó más de 30.000 vacunas en Honduras y se ofreció como interlocutor de la oposición con el gobierno de Juan Orlando Hernández, un presidente vinculado al *narco* por jueces federales de los Estados Unidos. Bukele también ofreció trabajo en San Salvador a médicos despedidos por el gobierno de Ortega, a quien se ha enfrentado.[38] La señal es una: ha nacido el bukelismo, todavía sin doctrina, pero ya con gestualidad.

Bukele ha copiado el manual del populista tradicional bastante

pronto. «Más allá del bombo de *tech-bro* con las bitcoin hay un caudillo a la antigua», sentenció *The Economist*.[39] La separación de poderes desapareció de El Salvador, la oposición y la prensa son perseguidos, la corrupción encontró su propio camino y, antes de cumplir la mitad de su mandato, Bukele ya había señalado que quería una reforma constitucional para reelegirse. No debió esperar: en septiembre de 2021, la Sala Constitucional lo autorizó a postularse para un nuevo periodo.[40] José Miguel Vivanco, director de Human Rights Watch para América Latina, pidió «detenerlo» porque llevaba a El Salvador «al borde del abismo autoritario».[41]

Óscar Martínez, editor de uno de los periódicos estigmatizados por Bukele —todos sus periodistas tienen medidas de protección de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos—[42] escribió:

> Bukele no configuró un esquema autoritario para comportarse como un demócrata. Las piezas ya están dispuestas en el tablero y pronto empezará a moverlas.
>
> Todas las señales apuntan a que la etapa de represión velada terminará en breve y dará paso a medidas similares a las que vive Nicaragua en la actualidad: encarcelamiento y persecución de periodistas, activistas y opositores políticos con casos armados a voluntad del presidente Daniel Ortega. [. . .]
>
> Hay que asumir que en una tiranía el reto al poderoso no termina en un comunicado de prensa ni en un tuit, sino tras barrotes o perseguidos, y para ello hay que prepararse.
>
> Pocas veces desde que en El Salvador se firmaron los Acuerdos de Paz en 1992 la ciudadanía y el periodismo habían sido tan necesarios. Ahora, más que necesarios, son el único rincón crítico que sobrevive.[43]

Mientras consolida su camino político, Bukele ha atendido también el frente económico para asegurarse tranquilidad macro. Si otros gobiernos han tomado el control de los bancos centrales, él encontró en su camino a las criptomonedas. A mediados de 2021, anunció que implementaría las *bitcoins* como monedas de uso obligatorio en El Salvador para ampliar su margen de maniobra pues el país cercenó su política monetaria desde que en 1999 comenzó a usar el dólar como moneda oficial, atándose a las disposiciones de la Reserva Federal de los Estados Unidos.

La medida procura proveer fondos adicionales al gobierno. La administración creó una *wallet* de *bitcoins* para convertir las remesas enviadas por los salvadoreños en el extranjero y que representan un 20 por ciento del PIB del país. La medida pretendería capturar y

gravar un volumen significativo de capital que permitiría financiar el gasto público, que Bukele incrementó de forma significativa sin aumentar impuestos o tomar deuda.

Las criptomonedas no fueron recibidas con candor por los salvadoreños —amén de su complejidad operativa y financiera no son una reserva de valor sino un activo altamente volátil— pero los golpes de efecto y su popularidad han mantenido inicialmente blindado a Bukele.

Bukele tiene a favor que la oposición salvadoreña ha perdido credibilidad y tanto ARENA como el FMLN acabaron en una crisis de identidad mayor luego de perder la elección presidencial y ser arrasados por Nuevas Ideas en las legislativas de 2020. Sin posibilidades de un movimiento político organizado, la situación macroeconómica endeble se convirtió en el problema a resolver. El Salvador no tiene petróleo como Venezuela o soja como Brasil y Argentina: su economía necesita de las remesas de los emigrados, la maquila y la provisión de algunos servicios a empresas de los Estados Unidos, de manera que la dependencia con la mayor economía del planeta está en la mente de todos sus presidentes.

El vínculo obliga al país a cumplir con los requisitos del Banco Mundial y el FMI, que se mueven con la agenda de la Casa Blanca. «La llegada de Joe Biden restableció la política exterior basada en principios, al menos en el diseño para recuperar la autoridad moral perdida con Trump», me dijo Carlos Dada, cofundador de *El Faro*. «Combate a la corrupción y democracia son materias en las que Bukele cae muy mal parado».

Listo para la mercadotecnia política, Bukele ha tomado del *playbook* del populismo regional para jugar sus cartas con Biden. Ha exhibido con profusión las imágenes de sus reuniones con funcionarios chinos y a medidos de 2021 provocó en Twitter a los Estados Unidos tras firmar un acuerdo de cooperación con Beijing: «$500 millones en inversión pública no reembolsable y sin condiciones», anunció.[44] «Aprendió rápido que los gringos son como las señoras de la alta sociedad, dice Dada. «Al decirles China es como meterles un ratoncito en el salón, se asustan, se suben a las mesas y rompen toda la cristalería».

Pero China es cuidadosa y no jugará a incomodar a los Estados Unidos haciendo de su patio latinoamericano un *playground* geopolítico por un país pequeño como El Salvador. China ha invertido alrededor de US$ 10.000 millones al año desde 2010 en

toda la región y aunque redujo sus inversiones durante la pandemia volverá a empujar con suavidad la frontera de la incomodidad de Washington.[45]

Si no fuese por la presión estadounidense, el proceso de Bukele se presentaba hacia mediados de 2021 sin una marca que lo afee como el Ferrari que condujo a toda velocidad apenas elegido. Los movimientos sociales se hallaban desmoralizados o sin liderazgos y el poder de Bukele tenía la capacidad, por su novedad, de desalentar toda crítica interna. El gobierno de Biden dijo que procuraría fortalecer a la sociedad civil salvadoreña financiando a las ONG, pero como bien observó el escritor Horacio Castellanos Moya, no toma tiempo que los autócratas centroamericanos las ataquen, como ha hecho Ortega en Nicaragua.[46] Bukele, de hecho, ha repetido el discurso de líderes autoritarios como Orbán y Trump, acusando a sus críticos de estar financiado por el magnate George Soros.

En septiembre de 2021, poco después de firmar un decreto para obligar a renunciar a todo miembro de la Justicia mayor de sesenta años —un tercio del sistema—,[47] Bukele ordenó a la Asamblea que convoque a una modificación de la Constitución. En el proyecto, el presidente pide ampliar el periodo presidencial de cinco a seis años e introduce plebiscitos y revocatorias de mandato.*[48] Fue un movimiento previsible, pero se encontró con una respuesta imprevisible que desalineó al presidente: miles de personas tomaron las calles para protestar por la deriva autocrática del país.[49] Bukele reaccionó restándole peso. «Un grupo de personas», dijo, marcharon en su contra gracias que «han conseguido apoyo de la comunidad internacional» que está financiando a «una oposición perversa». También dijo que en el extranjero hablan de «una dictadura que no existe».[50] La prensa internacional reprodujo fotografías de la multitud con titulares como 'El Salvador marcha contra el autoritarismo'.[51] La gente caminó por las calles con carteles determinantes, dispuesta a hacer notar su descontento. 'La dictadura la botamos en la calle', decía uno.

A Bukele lo apoya el 85 por ciento de los salvadoreños.[52]

«Esto recién empieza», me dijo Dada, «y me temo que tomará más tiempo del que todos quisiéramos».

LOS ESTADOS UNIDOS Y EL FASCISMO

En 1995, a raíz de un nuevo aniversario del final de la Segunda Guerra, Umberto Eco dio una conferencia en Columbia University donde lamentaba y advertía sobre el crecimiento de la ultraderecha en Europa pues presentía la construcción de un nuevo fascismo. Decía:

> Hubo un solo nazismo, y no podemos llamar «nazismo» al falangismo híper católico de la España de Franco, puesto que el nazismo es fundamentalmente pagano, politeísta y anti-cristiano, o no es nazismo. Al contrario, se puede jugar al fascismo de muchas maneras, y el nombre del juego no cambia. Le sucede a la noción de «fascismo» lo que, según Wittgenstein, acontece con la noción de «juego». Un juego puede ser competitivo o no, puede interesar a una o más personas, puede requerir alguna habilidad particular o ninguna, puede poner dinero en el platillo o no. Los juegos son una serie de actividades diferentes que muestran sólo un cierto «parecido de familia».[53]

Eco sostenía que la combinación de factores en el «juego» genera distintas formas de fascismos, y esa flexibilidad permitía pensar al sistema como eterno, recombinándose para «coagular una nebulosa fascista» en otro momento histórico, sociedad o país. ¿Cuáles son esos arquetipos que hacen del fascismo, fascismo? El culto a la tradición; el rechazo al modernismo; el irracionalismo de defender el amor de «la acción por la acción»; el acriticismo; la persistente frustración individual o social que siempre encuentra un culpable (en El Otro); la ruptura de la identidad nacional y la idea perenne del complot antinacional; la sensación de humillación y victimismo que producen Los Otros; una invocación a vivir para luchar y la apología de la batalla permanente; un elitismo autoritario que desprecia la debilidad; el culto al héroe; la ansiedad del macho dominante —jamás demostrar debilidad: la *invidia penis* absoluta—; El Pueblo como categoría moral superadora del individuo; una «neo-habla» lexicográficamente pobre y sintácticamente elemental, como la pedía Hitler.

Trump ha sido el último gran intento fascista. Todas esos arquetipos estuvieron en él y su movimiento.

El historiador Timothy Snyder acertadamente comparó el asalto al Capitolio con el incendio del Reichstag alemán del 27 de febrero de 1933, un mes después del juramento de Adolf Hitler como canciller. Un militante comunista fue acusado del ataque y un grupo de miembros del Partido Comunista serían juzgados en Leipzig

como parte de un complot. Tiempo después la evidencia demostraría que el incendio fue organizado por el Partido Nazi para inducir al terror y forzar la entrega del poder público a Hitler. El incendio del Reichstag —un símbolo— marcó el inicio de la campaña criminal del Tercer Reich.

La renuencia del GOP a juzgar la insurrección como tal y su disposición a adjudicarla a grupos de ciudadanos contrariados salva la responsabilidad de Trump como incitador al golpe de Estado y, a la vez, actúa como escudo defensor de la instauración de un régimen autoritario. Nadie podrá permanecer ajeno a los hechos, menos aun cuando Trump ha insistido en que es el ganador de las elecciones de 2020 y que la presidencia le fue robada. Trump volvió a embarcarse en reuniones masivas para movilizar a su base mientras la Justicia intentaba lentamente crear un caso contra sus empresas.

Esta conjunción de factores no pone a los Estados Unidos sólo frente a un populista televisivo y chabacano sino a un individuo peligroso que consiguió que millones de personas le crean y una estructura partidaria se ponga a su servicio por temor a que esas masas les dejen sin privilegios ahora que ya no tienen ni principios. En 2020, en los Estados Unidos no se resolvió una elección sino la continuidad del sistema democrático o su sustitución por la amenaza autocrática. Tras la derrota, Trump no cesó de introducir inestabilidad y desconfianza directa en el sistema, pues el líder fascista jamás abandona la escena del crimen. Trump alega que hubo fraude electoral en diversos estados, que tuvo una victoria «aplastante» y que le corresponde ocupar la Casa Blanca.*

Las instituciones no salvarán a los Estados Unidos. A menos que esos hombres cubriesen el expediente solicitado por Edmund Burke de una integridad moral resistente, están ocupadas por seres falibles. Trump actúa para minar el proceso democrático desde antes de ser electo presidente y mantendrá la conducta mientras sienta que tiene espacio. Ya tiene un partido que depende de su aspiradora de votos, y el republicanismo ha cedido al dominio de los inescrupulosos y oportunistas. Trump tiene también patrocinadores financieros por decenas de miles. Y fanáticos que han renunciado a observar la realidad, se han inventado un universo simbólico cómodo y le rinden una devoción en apariencia incondicional.

Y, claro, ya tiene sus SS en operaciones, los *aceleracionistas*,

brigadas de ultraderechistas nucleados en organizaciones supremacistas y neonazis, desde Proud Boys a Three Percenters pasando por los conspiranoicos de QAnon.[54] Los orkos de la ultraderecha prometen un apocalipsis racial y una catástrofe desatada en *the storm*, un episodio pregonado por sus apóstoles digitales durante el cual la violencia masiva de El Pueblo derrocará a la élite perversa que gobierna en los Estados Unidos.[*] Ese momento crucial de 'la tormenta', creen, será empujado por los supremacistas y los paramilitares de extrema derecha con apoyo policial y militar y la legitimación política de legisladores y dirigentes republicanos. Sería la instauración del régimen de un nuevo Führer tras la tierra arrasada de las Schutzstaffel de leales hasta la muerte.

Ninguna de estas condiciones es menor. La derecha radical se auto-radicaliza, y seguirá haciéndolo.[55] Los arquetipos fascistas enumerados por Eco se acumulan en el trumpismo social: tradicionalismo, nativismo, el hombre blanco en el centro; misoginia y machismo; el culto a la acción al estilo G.I. Joe; el rechazo de las minorías y del modernismo, al igual que la defensa de valores conservadores en materia social; criminalizar al distinto que llega a corromper la raza y la sangre; la creencia en una conspiración global de pedófilos y sionistas; el victimismo que ve, como decía Trump, que «todos se ríen de America»; el odio a Los Otros —«¡Los judíos no nos reemplazarán!», gritaban en Charlottesville—; la negación de los hechos y la adquisición acrítica de teorías conspirativas; el llamado a la lucha —Trump se los dijo antes de asaltar el Capitolio: no recuperarán la nación siendo débiles—; el odio a los débiles —¿recuerdan al Agente Naranja hablando de *snowflakes*?—; El Pueblo maravilloso y superior alabado por Amado Líder; la reducción del mundo al simplismo y las generalizaciones.

Al decir de Matthew Feldman, un especialista en fascismo que dirige el Centre for Analysis of the Radical Right, enfrentamos una extrema derecha con varios cambios respecto de las camisas negras y pardas de Mussolini y Hitler, pero sigue siendo derecha y sigue siendo fascista.[56] En primer lugar, han cambiado botas por corbatas y retórica racista por el lenguaje de la democracia. Los movimientos populistas han apelado a las elecciones como mecanismo de acceso al poder para, una vez allí, acumular poder, reducir controles sobre su gestión y perseguir a la oposición, la prensa y grupos

minoritarios.

Las *democracias iliberales*, como confusamente se les llama, se construyen siguiendo las enseñanzas de Jörg Haider en Austria, el primer neonazi cuasi victorioso que en los primeros años del siglo ideó la fórmula para el éxito electoral de la derecha extrema: demagogia enmarcada en un lenguaje consumible, con una imagen apetecible por popular o aspiracional, y políticas que atraerían a votantes descontentos necesitados de encontrar culpas en Los Otros —élites, inmigrantes, la globalización, los pobres, los oscuros, Bill Gates y sus vacunas con microchips 5G, George Soros.

La 'integración' de la derecha radical no es casual porque tiempo, desinterés y olvido han hecho su trabajo enviando el recuerdo del fascismo al fondo de los libros de historia. Con cada año que pasa la experiencia del horror se hace menos visceral y más fotográficamente inocua. Hoy, Hitler canta con Iósif Stalin 'Video Killed The Radio Star' gracias a un programa de inteligencia artificial —y es condenadamente divertido. A todo esto ayuda la escasa alfabetización digital y el auge de las redes sociales, que desensibilizan y descentran y en ocasiones convierten en un tema secundario los alaridos de los grupos de ultraderecha. Un discurso irónico y de victimización ha encontrado abono en la distancia con el pasado y permitido romper tabúes, al decir del historiador europeo Aristotle Kallis, e incorporar a la conversación cotidiana las ideas extremistas normalizadas como axiomas de un peso específico similar a una noción democrática. Romper tabúes es siempre un acto protagónico; lo hacen villanos y los intrépidos, dice Kallis:

> Cuando un tabú es objeto de un ataque sostenido por parte de la gente, cuando el que rompe el tabú no es castigado sino recompensado con la aprobación popular, queda claro que el tabú objetivo en sí mismo se ha vuelto inestable. Ha perdido su poder porque un gran porcentaje de la población en general ya no lo considera útil o justificable. [. . .] Quien rompe el tabú crea la licencia que otros pueden usar para hacer lo mismo o ir más allá, si esto es lo que desean, lo que siempre desearon. Después de todo, así es como los movimientos sociales toman impulso, como ocurren las revoluciones, como cambian los paradigmas y como se abren paso nuevas ideas radicales.
>
> Hay una razón simple por la que los populistas que rompen los tabúes representan un desafío tan complejo y difícil de contrarrestar para la corriente liberal dominante: a menudo empujan una puerta que está entreabierta en la mente de su audiencia. Apuntan a un tabú político, social o cultural porque sienten que es, o se ha convertido

recientemente, en algo suave e inestable. Apelan a lo que ven como un deseo popular —aunque reprimido— de cambio.[57]

[·]

Los Estados Unidos deben trabajar para cercar y actuar política y judicialmente la mayor amenaza de desestabilización interna que ha vivido el país en su historia política desde la Guerra de Secesión. *The Man in the High Castle* ha encontrado un portal *fringe* para cruzar del universo ficcional a nuestra vida diaria. Trump no se detendrá: su única escapatoria es profundizar las crisis para presentarse como el salvador. El GOP no se detendrá a menos que Trump sea, en efecto, detenido, y una proporción significativa de sus principales figuras con control territorial abandonen el partido. La Justicia deberá actuar con entidad y solidez, pero el problema es político hoy y cultural desde hace tiempo.

Trump no se ha hecho presente sin signos, más allá del símil de Snyder sobre el Capitolio-Reichstag. Platón alertó que los tiranos llegarían al final del proceso rodeados de facilitadores y obsecuentes. Aristóteles avisó que una democracia puede caer en manos de un plutócrata cuya demagogia encantaría a las masas. Adaptando a Max Weber, los republicanos dirigen su agenda no en nombre de los trabajadores, sino en sus propios intereses; se supone que Trump administraría una república, pero desvió el proceso hacia la mejora de sus propios deseos.*

Hemos visto de qué es capaz Trump con tal de permanecer en el poder. Escribió Snyder:

> La posverdad es prefascismo, y Trump ha sido nuestro presidente de la posverdad. Cuando renunciamos a la verdad, concedemos poder a quienes tienen la riqueza y el carisma para crear espectáculo en su lugar. Sin un acuerdo sobre algunos hechos básicos, los ciudadanos no pueden formar la sociedad civil que les permite defenderse. Si perdemos las instituciones que producen hechos que son pertinentes para nosotros, tendemos a revolcarnos en abstracciones y ficciones atractivas. [. . .] La posverdad desgasta el imperio de la ley e invita a un régimen de mitos.[58]

Trump debe ser cercado con un acuerdo político transversal, con la Justicia y con un gobierno capaz de entregar resultados —como si fueran hamburguesas jugosas— en la boca de los ciudadanos independientes que deciden las elecciones. Eso no desmontará a La

Bestia: nada más permitirá ganar uno o dos términos. Quitar la mancha corrosiva de Trump de la conciencia política estadounidense tomará una generación. Conseguirlo dependerá de una conjunción de factores nada gráciles, sino de una tarea ardua, política, social y jurídica, a diario y por años. No acabas la Gran Mentira con un decreto sino confinándola con trabajo sistemático hasta arrinconarla otra vez a una dimensión minúscula. Y vigilas que su brasa, que nunca se apaga, permanezca apenas imperceptible. Año tras año, década tras década.

Ese es el tamaño de la disputa contra el populismo en los Estados Unidos: histórico, único y ejemplificador para todo el mundo.

¿ES CHILE UN EJEMPLO DE LA MAREA SOCIAL?

En mayo de 2021, más de seis millones de chilenos de un total de 14 millones volvieron a las urnas para elegir a los miembros de la Convención Constituyente. Unos meses antes, en octubre de 2020, otros 7,5 millones habían votado para aprobar la necesidad de reforma a la carta. La Constitución chilena era un anacronismo: modificada durante la dictadura de Augusto Pinochet, seguía vigente desde 1980 después de siete periodos de presidentes democráticos.

El resultado de la elección fue sorpresivo. Los dos grandes bloques vigentes en la política chilena desde el regreso a la democracia en 1990 —el centroizquierda nucleado en los partidos de la Concertación y la derecha pos-pinochetista— vieron cómo la mayoría de las 155 bancas constituyentes se distribuían entre una multitud de postulantes independientes. El varapalo dejó a la derecha, tradicionalmente fuerte, con menos de un tercio de las bancas, fuera del mínimo requerido para ejercer el derecho de veto sobre las determinaciones del plenario. Pero tampoco la izquierda pudo celebrar: un enorme voto propio acabó entre candidatos progresistas que sus formaciones no contienen.

Fue una tormenta perfecta, desconcertante e imprevista. Tanto, que cuando se conocieron los resultados, los funcionarios encargados de organizar la operación de la futura Asamblea Constituyente no sabían cómo proceder. Estaban preparados para coordinar su funcionamiento con parámetros similares a los del Congreso chileno, donde el número de fuerzas es estable y los

políticos de carrera conocen los procedimientos. Pero ahora la Asamblea se llenaba de desconocidos que no sólo desconocían sino que incluso desafiaban las formalidades institucionales. Había dirigentes de base, indígenas, algunos ultras, reformistas, muchísimas mujeres, anarquistas. Según el periodista Patricio Fernández, fundador de la revista *The Clinic* y constituyente independiente electo, fue como armar el primer Congreso tras la dictadura de Pinochet: un parlamento de la nada.

Los nuevos constituyentes eran personas que trabajaban con discursos vecinalistas para mejorar sus barrios y ciudades. Defensores del medio ambiente que se hicieron fuertes con sus grupos y vieron sus chances crecer con la fragmentación del voto. Pequeñas organizaciones de base en territorios y regiones que también se beneficiaron con el reparto de electores. Defensores del agua en ciudades del interior. Dirigentes LGTBIQ+ que sólo habían visto la política desde fuera. Hasta Giovanna Grandón, una mujer conocida en las marchas como Tía Pikachu porque caminaba dentro de un traje inflable del dibujo animado infantil, fue elegida por distrito 12 de la Región Metropolitana que comprende a Santiago.[59] «Para la clase política que se elija a desconocidos es complicado: no saben qué hacer con ellos», dice Fernández.

La Constituyente fue novedosa por el hecho mismo del voto —la primera vez que los chilenos eligieron a quienes reformarán la Carta —, por reservar bancas para las diez naciones indígenas del país, y porque hubo paridad de género en la confección de las listas —al punto de que, por el voto atomizado, la Asamblea concluyó en una mayoría de bancas femeninas. Pero sobre todo lo fue porque catalizó un fenómeno mayor: es el producto de la respuesta del aparato de partidos a una agitada y movilizada sociedad chilena que puso en crisis su creencia en el modelo de desarrollo del país.

Me dijo por Zoom el politólogo Cristóbal Rovira Kaltawasser durante el invierno austral de 2021:

> Chile es un país de oligopolios económicos, una gran brecha social y escándalos de corrupción que afectaron a toda la clase política. ¿Por qué, entonces, no produjimos un Amado Líder cuando teníamos las condiciones? Cuando sucedió el estallido, no hubo un eslogan sino muchísimos. La gente protestaba por decenas de cosas —desde el agua al género, desde su barrio a la representatividad—, y eso complejiza la emergencia del líder populista, porque es difícil de unificar el discurso. Si un tipo se plantaba a reclamar el liderazgo en la Plaza Italia, el

> espacio icónico de las manifestaciones en Santiago, los demás le hubieran dicho '¿y a ti quién te escogió?' Esa diversidad desarma la idea de El Pueblo del líder populista: El Pueblo no existe. El gran riesgo democrático es la idea de que El Pueblo es singular porque, si algo hay dentro de la sociedad, son diferencias. Toda sociedad civil que desmitifique la singularidad de El Pueblo será exitosa.

Durante meses, Santiago y otras ciudades chilenas habían sido escenarios de movilizaciones que complicaban al gobierno del cuasi-neopopulista de derecha Sebastián Piñera. Esas marchas tenían cierta recurrencia y reconocían como disparador a la 'Revolución Pingüina' de 2006, cuando miles de estudiantes ocuparon las calles del país vistiendo sus uniformes blanquinegros —esa vez durante la administración de la socialista Michelle Bachelet— para reclamar un sistema educativo menos costoso.* El gobierno respondió con modificaciones a la ley educativa, pero los cambios no se observaron. Cinco años más tarde, los estudiantes secundarios y universitarios volvieron a salir a las calles durante el invierno chileno, otra vez reclamando atención al sistema educativo y ahora con Piñera en su primer mandato presidencial.[60]

Las marchas estudiantiles fueron el germen del más novedoso movimiento político, el Frente Amplio, que logró llevar a varios antiguos dirigentes juveniles al Congreso. La generación de la 'Revolución Pingüina' nació en 1988, con el plebiscito que negó la continuidad a Pinochet en la presidencia que ocupaba desde el golpe de Estado de 1973. Esa generación es hija de la democracia, de manera que sus demandas reformistas y, en no pocos casos, anarquistas caen en la cuenta de los gobiernos de la derecha pos-pinochetista y de la Concertación.

Cuando Piñera vio crecer la protesta social heredera de los 'pingüinos', tiró del referendo constitucional para encajar la agitación social dentro de la discusión pública y contener la fuga de jóvenes y adultos jóvenes a los márgenes de un sistema de partidos bajo descrédito. «No es una revolución proletaria ni es una protesta de las clases medias europeas, pero sí es un movimiento por fuera de los partidos, que han sido incapaces de liderar el proceso», me dijo Fernández. «En las manifestaciones no había cinco columnas detrás del lienzo de una organización social sino millones de personas con un cartel escrito en casa».

El politólogo Navia dice que el proceso constituyente es, en sí, una respuesta populista:

> Muchos lo vendieron como la píldora milagrosa que va a solucionar todos los problemas de Chile. Pero en América Latina, donde ha habido más constituciones nuevas que en el resto del mundo, las constituciones no resuelven todos los problemas. La mitad de la gente no votó, y los que votaron creen que la nueva Constitución les dará nuevos derechos sociales, pero lo que tendremos es deudas por pagar pues no hay cómo financiarlos. Algo que caracteriza al populismo es exactamente eso: prometer lo que no puede cumplir.

El dinero está en el centro de la discusión, bajo la forma de acceso y desigualdad. La atomización de votos de la Constituyentes acabó por retratar la crisis. A los jóvenes 'pingüinos' nacidos en democracia se le sumó el otro extremo, los adultos mayores, la primera generación de chilenos que se retiran de la vida laboral como aportantes al sistema privado de pensiones creado por la dictadura de Pinochet y refrendado, claro, por los gobiernos de la Concertación y la derecha. Las Administradoras de Fondos de Pensiones (AFP) chilenas fueron un ejemplo para varios gobiernos latinoamericanos que en los años '90 desearon privatizar parcial o totalmente sus sistemas públicos de jubilación. Constituyeron también una muestra de cómo crear un mercado de capitales local canalizando el ahorro previsional. Las AFP eran una de las banderas del llamado 'milagro chileno', el proceso de crecimiento económico iniciado durante Pinochet y prolongado en los gobiernos civiles que mostró a un país capaz de multiplicar por cinco el ingreso per cápita en veinticinco años, enviar a cientos de miles de chicos a la universidad por primera vez en la historia de sus familias y poner un televisor de plasma hasta en los hogares más pobres.

Cuando la primera generación de *aefepistas* comenzó a mirar sus recibos de pensiones —después de asumir seguros de salud costosos y pagos cuantiosos por su propia educación— comprobó que el 'milagro chileno' les había otorgado estabilidad macroeconómica pero fue mucho menos bondadoso con los ingresos familiares. Tampoco lo fue con otro factor: en Chile hubo una importante reducción de la miseria y la pobreza durante décadas, pero la movilidad social no fue equivalente. Navia, de NYU, otra vez:

> ¿Por qué marcha la gente? Chile creció mucho. La situación de todos mejoró y la desigualdad disminuyó marginalmente, pero cayó. Parte del problema de las últimas tres décadas es que la clase política generó expectativas altas. Chile es parte de la OCDE y la gente quiere compararse con Dinamarca. Los partidos no pudieron canalizar el

> descontento porque durante todo este tiempo se centraron en reducir la pobreza, no la desigualdad. Ahora la gente ve que todos están mejor pero su lugar relativo no ha cambiado, es el de siempre. No hubo movilidad social. Su lugar en la fila es el mismo y los ricos son los mismos ricos de siempre.

La sorpresa de los resultados dejó espacio a numerosas preguntas. Una, delicada, era qué decían la movilización y el terremoto en las urnas sobre la relación entre los partidos políticos y la avanzada de un *qualunquismo* que avisaba su descontento desde hacía al menos década y media. La Constituyente fue un plebiscito sobre los políticos tradicionales. La sociedad dijo a los partidos que no confía demasiado en sus dirigentes: como en muchas otras naciones —y como bien lo expresó la encuesta de Ipsos MORI—, en Chile las personas decidieron dejar de ser representadas y se *re-presentaron*.

Patricio Fernández me dice que el movimiento social llegó a la Constituyente para buscar organicidad. No se trataba, sugiere, de terminar con la Constitución de Pinochet sino de producir el orden del fututo. Y eso sucedía con una activa participación de la sociedad civil —plural y no dirigida por ningún Amado Líder— y con objetivos institucionalistas. «Es una propuesta de camino institucional en un momento de desorden e inestabilidad social».

Chile tiene uno de los sectores públicos más pequeños de América Latina, y esa escasa dimensión fue por muchos años parte del mascarón de proa del 'milagro chileno': dejar que las fuerzas del mercado asignen eficientemente recursos fue el mantra del neoliberalismo y los neopopulistas de los años '90, desde Menem en Argentina y Collor de Mello en Brasil a Uribe en Colombia, el peruano Fujimori o el boliviano Gonzalo Sánchez de Lozada. «El modelo chileno murió en 2019», me dice el periodista y analista económico Raúl Ferro:

> La marcha del millón de personas en Santiago fue el parteaguas: no se hicieron reformas antes, se cuestionó el conjunto de la organización económica del país y, para peor, quedó en el aire la sensación de que todo lo que se hizo desde la democracia está mal visto, que básicamente es lo mismo que decir que negociación y consenso ya no son aceptados.

Los partidos entendieron en la elección constituyente que la presión de las manifestaciones no era testimonial; la sociedad chilena tenía demandas específicas sobre la calidad de su representación y quería

cambios. Como los desoyeron, los ciudadanos decidirán cómo se escribe el futuro en la ley fundamental. No escuchar a los indignados chilenos puso a todo el sistema económico y político en el banquillo. El Estado neoliberal chileno será reescrito: ¿estado social de derecho con mejores garantías para salud, educación, vivienda o pensiones? La dinámica productiva será reescrita: ¿de qué manera traducir la demanda por una economía más amigable con el medio ambiente en disposiciones efectivas no simples declaraciones? La burocracia será reescrita: ¿sería posible avanzar a una redistribución del poder territorial concentrado en Santiago hacia las regiones para socializar mejor la toma de decisiones del país? El sistema puede ser reescrito: ¿podría transitar Chile del presidencialismo a formas semi-parlamentarias?

La presencia de candidatos independientes con agendas progresistas podría dar a Chile un aire distinto, pero el país aun tiene alrededor de un cuarto de su ciudadanía abrevando en la derecha. ¿Cómo el consenso progresista incluye a una minoría no-progresista en el futuro nacional?

El riesgo del populismo no parecía visible en los meses posteriores a la Constituyente. El Partido Comunista fue la organización política mejor plantada en la elección de constituyentes, pero inclusive su comportamiento fue inusual. Desde hace un tiempo los comunistas chilenos no hablan demasiado del chavismo, Nicaragua o la Revolución Cubana. Sus dirigentes parecieron entender bien el centro de la molestia social y se subieron a ella, pero el PC aun no ha terminado de mostrar cómo pasará del discurso 'anti' —usual en la izquierda— a producir un abanico de propuestas.

En todo caso, hay un elemento favorable a la estabilidad: la demanda social forzó un espacio institucional de discusión como la Asamblea Constituyente y los movilizados no sólo no lo sabotearon sino que se plegaron a él para llenarlo de sentido. «Puede que haya un coqueteo con el abismo, pero Chile es un sistema que tiende a la negociación tras el caos», me dice el periodista y analista político Carlos Tromben. «Es como recomponer el matrimonio: tras el conflicto, arreglar».

La decisión de canalizar el desencanto bajo las formas democráticas dejará a algunos el deseo insatisfecho de una oportunidad perdida para crear una utopía sustitutiva, pues el reclamo de los chilenos fue reformar el sistema para mejorarlo, no

lanzarlo al Pacífico e inventar uno nuevo. Y esa ausencia del *gran sueño* es a la vez interesante e inquietante, porque deja abierta e incierta la construcción del futuro.

El Frente Amplio, la herramienta política surgida tras las manifestaciones 'pingüinas' de inicios de siglo, acabó encontrándose con el rechazo de sus bases cuando intentó institucionalizar sus posiciones. Esa inquietud no es mayoritaria pero ha mostrado capacidad de movilización, influencia y control del discurso en las redes sociales. «Quizás nos quedemos con algo semi-asambleario, sin liderazgos claros y con una descomposición política preocupante y no me gusta lo que veo en sustitución del modelo: ciertos comportamientos anti-sistémicos», dice Ferro. Y agrega:

> En Chile, se vendió la meritocracia como base del éxito del modelo: prometía título universitario, movilidad social y mejor calidad de vida. Pero eso dejó de ser cierto, y creó frustración. Su paternalismo les está pateando en contra a las élites. Pasó esto: cuando subió la inflación, el gobierno de Piñera respondió que eso significaba que bajaba el precio de las flores, así que los chilenos podían ser más románticos.
>
> Hay una sensación de que las élites siguen mirando por arriba a los chilenos y que son insensibles a lo que pasa abajo. En ciertos bolsones urbanos ha crecido la marginalidad y el encono. Hay grupos radicales menores que tienen la visión nihilista de destruir todo y luego vemos. Y se ha mezclado el espacio marginal y lumpen con las demandas racionales. En un mundo donde las etiquetas y el lenguaje importan mucho, cualquier idea de moderación es lapidada de inmediato.

Son tiempos inciertos, al cabo. Las referencias se movieron. ¿El centro se sostiene? «Tengo la sensación de que debemos aprender a convivir arriba de un barco más que decidir a qué puerto vamos, porque ese puerto no está claro», me dice Fernández. «Atravesamos aguas inciertas».

CUBA, LA ÚLTIMA REVOLUCIÓN

Nada debía suceder porque, si algo sucede en Cuba, es el silencio ordenado de una orquesta comandada por un director supremo.

Pero pasó: el 11 de julio de 2021, en San Antonio de los Baños y Palma Soriano, en las cercanías de La Habana y Santiago de Cuba, cientos de personas comenzaron a confluir por las calles gritando «¡Libertad!» y «¡No tenemos miedo!». La mayoría eran jóvenes:

nietos de la Revolución.

Nietos *cansados* de la Revolución.

La prensa testimonió que las protestas, que se extendieron pronto y fueron filmadas y retransmitidas por internet de manera incesante, respondían a la ausencia de medicamentos y comidas. Había más. El turismo, que representa alrededor del 11 por ciento del PIB cubano, había comenzado a reducir sus ingresos en 2019 hasta que la Covid-19 acabó por frenar el flujo y casi US$ 3.000 millones de dólares dejaron de fluir a la economía cubana cuando el planeta se detuvo en 2020.

La falta de medicamentos y de comida es el resultado, pero la causa de los problemas es la ausencia de dinero. Los dólares —por turismo y por envíos familiares desde Miami— son la grasa de la economía paralela cubana. El gobierno recibe dólares frescos cuando los turistas se alojan en las cadenas hoteleras y las familias lo obtienen cuando ceden sus casas para rentas de Airbnb o cuando les llega con amigos o primos que bajan a la isla desde la Florida. Los cruceros dejan otra lluvia de divisas cuando atracan en los puertos para vivir la doble experiencia exótica de hundirse en una ciudad detenida en el tiempo y erótica de sus mujeres. El dinero trajo a los Rolling Stones en 2016 durante el descongelamiento y a las estrellas de 'Fast and Furious' a filmar su octava película en 2017. «En los supermercados había una marca de cerveza, una de leche y dos de quesos, pero había cerveza, leche y queso», me contó unas semanas después de las manifestaciones el corresponsal de la BBC para la isla, Will Grant, autor de *¡Populista!*, un libro sobre seis líderes latinoamericanos. «El Covid le puso el último cofre al ataúd del dinero en Cuba».

Sin dinero, estalló la olla a presión que es Cuba. Los cubanos han vivido con restricciones a la libertad y escasez, pero desde que el gobierno permitió a las familias sobrevivir con cuentapropismo, muchos empezaron a comprobar que había un mundo distinto. Sobre todo, los jóvenes; ellos no tenían memoria de Fulgencio Batista, el dictador que Fidel y Raúl Castro, Ernesto «Che» Guevara, Camilo Cienfuegos y la gavilla de guerrilleros barbones y románticos derrocó en 1959. Lo único que ellos conocen es la Revolución, y la Revolución ha demostrado ser una miseria.

Para cualquier joven cubano conectarse a internet y las redes sociales es entrar a un mundo negado: una película que ellos sólo pueden ver, jamás protagonizar. Me dice Grant:

> Piensa en esto: eres joven, tienes 28 años y no puedes más. Ves a tus primos en Madrid o Miami que viven en lugares que no son perfectos, claro, pero ganan mucho más que tú. Pagan vacaciones, medicinas, la escuela de sus hijos. En La Habana tú eres un médico, y no puedes permitirte nada. Toda esta gente ha estado esperando por un momento y aunque no consigan nada pronto, lo que henos visto no se irá.

Las manifestaciones llegaron con Miguel Díaz-Canel al frente del gobierno y el Partido Comunista después de la muerte de Fidel en 2016 y del retiro de Raúl en 2021. Las manifestaciones que le tocaron a Díaz-Canel, primer dirigente de la Revolución que no es un Castro en más de sesenta años, fueron las más significativas en décadas. En 1994, durante el llamado 'Maleconazo', miles de personas se agitaron en La Habana para protestar por las nuevas restricciones del Período Especial forzado por el colapso de la Unión Soviética tres años antes, pero bajó Fidel del Olimpo, salió a la calle, habló con varios y las cosas se calmaron. En el fondo, por supuesto, las guardias pretorianas de la Revolución hicieron su trabajo: en las sombras, rompieron unas cuantas cabezas, metieron presas a otras tantas y amenazaron a muchas más. Ahora se repitió casi todo, excluida la presencia de Fidel, el engrudo de la Revolución, y los palos, que fueron en vivo y en directo. Volvió la calma aparente. (¿Volvió?)

La muerte de Fidel y la salida de Raúl dejaron a la Revolución sin sus profetas iniciáticos: la monarquía se acabó. Díaz-Canel es un hombre de aparato pero no tiene carisma y su poder real es de carácter transitivo. Cuando asumió como primer secretario del PCC —ya era presidente de Cuba desde 2018— debió cumplir con el besamanos: consultaría las grandes decisiones, dijo, con Raúl. El escenario no ha cambiado. El día 11 de julio, al inicio de las marchas que se extendieron por casi una semana, el Buró Político del Comité Central del PCC mantuvo una reunión para analizar la crisis que, dijeron, eran «provocaciones orquestadas por elementos contrarrevolucionarios, organizados y financiados desde los Estados Unidos con propósitos desestabilizadores». Díaz-Canel, jefe del Estado, presidió la sesión, pero para *Granma* la noticia no era él. El órgano de propaganda de la Revolución tituló: «Participa Raúl en reunión del Buró Político».[61]

Cualquier cubano sabe que Díaz-Canel no controla ni su mano. El día de las marchas, dijo que habría represión inmediata en un anuncio de TV y golpeó el escritorio con el puño para dar idea de

énfasis y determinación. Pero fue un golpe tibio, liviano: una perfecta ilustración de su rol de comparsa de la familia Castro. «Cuba esta en un punto neurálgico del castrismo, porque, biológicamente, es el fin», me dijo desde La Habana el periodista Abraham Jiménez-Enoa. «No está Fidel, Raúl sólo sale a dar la cara cuando hace falta y Díaz-Canel es su gestor de ocurrencias».

Por ese peso menor, Díaz-Canel ya había visto recalentarse la crisis social unos meses antes de las marchas de julio cuando un colectivo de artistas acabó detenido por protestas civiles de baja intensidad. Y por la misma condición plumífera del presidente, los cubanos cantaron en las marchas de julio el nuevo himno de la resistencia social, un rap callejero que saben todos de memoria. Escribí por esos tiempos en *The New York Times* el ensayo «Patria y muerte, perderemos»:

> Las palabras y los actos siempre dicen. La Revolución cubana globalizó la consigna «¡Patria o muerte! ¡Venceremos!», que ofrecía una opción aparente: o construimos un proyecto propio o se acabó, mejor no vivir. La revolución quedó atrapada en su dicotomía y acabó igualando patria con muerte. Yotuel Romero y un grupo de músicos cubanos respondieron a esa consigna con una canción: «Ya no gritemos patria o muerte sino patria y vida / Y empezar a construir lo que soñamos / Lo que destruyeron con sus manos».
>
> Si patria es la herencia que legamos a las próximas generaciones es comprensible que cualquier político desee modelarla y que los grandes sucesos representen una oportunidad única para dejar su marca. Pero es extremadamente tenebroso cuando la patria se asocia a la muerte.[62]

¿Sucederá algo en Cuba? ¿Será este el final de la Revolución más duradera de América Latina? ¿Puede ser reemplazado eficientemente un populismo que se convirtió en sistema y cultura? Los gobiernos represivos florecen en tiempos de crisis. Cuando Obama llegó a la isla en marzo de 2016 para iniciar una transición a la apertura, me dice Grant, el aparato cubano no sabía cómo comportarse. No está preparado para la paz sino para la conspiración y la amenaza constante.

Cuando los jóvenes salieron a las calles entre el 11 y 17 de julio de 2021, el aparato represivo cubano se arqueó como la espalda de un lobo. Golpearon a la gente en las calles, secuestraron a casi un millar de personas e iniciaron procesos condenatorios exprés que incluyeron detenciones y juicios a menores de edad. En menos de

quince días la protesta estaba desactivada. Alejandro Castro Espín, hijo de Raúl, y siempre un expectable para saltar al poder, operó incansablemente en esos días en Cuba.

El sistema se activó. Los espías salieron a reunir información y a hacer preguntas en la oscuridad de las noches. Como Erdoğan en Turquía, internet comenzó a ser apagada y las redes sociales, WhatsApp y Telegram, bloqueadas. Periodistas internacionales y activistas reconocidos fueron detenidos e interrogados. Y de repente, de la nada y en nueve días desde la última marcha, murieron cinco generales de alto rango. En las semanas previas a las marchas los casos de Covid habían comenzado a aumentar en la isla, pero las muertes de los militares —hombres entre los sesenta y ochenta años que vivían en el mismo barrio de Siboney— nunca fue atribuida a la enfermedad. Marco Rubio, el senador ultra republicano de Florida, tuiteó al morir el último: «9 días. 5 generales muertos en Cuba. Muy extraño».[63]

En agosto de 2021, la crisis entró en el silencio mortuorio de las dictaduras. Los protestantes se marcharon a casa, el aparato de represión cubano se movilizó por todo el país con los dientes apretados. Es difícil que el enojo ceda. Los cubanos toleraban a Fidel y algo menos a Raúl porque eran apóstoles de la Revolución. Mesiánicos y titánicos. Capaces de conmover hasta a empresarios y millonarios que llegaban a Cuba y posaban con sonrisas de niños en las fotos con uno y otro —los he visto. Pero Díaz-Canel no es un carismático: es un *aparatchik*. No produce calenturas ni amores. En dialecto *peronismés*, Díaz-Canel no *garcha.*

Muerto uno e ido el otro, sólo Alejandro Castro Espín podría heredar el liderazgo por sangre y apellido.* Pero tampoco es uno de los viejos hacedores de la Revolución sino un heredero. No lo tolerarán igual. El régimen cubano ha iniciado el lento descenso, pero su salida del poder no sucederá por las marchas de julio o por las protestas de artistas o por el 'Patria y vida' gritado con el cuello hinchado.

Mientras los Estados Unidos y la UE no se sienten con Cuba a discutir la salida de los carcamanes de la Revolución del poder, *niente*. La oposición no existe: son ciudadanos enojados. No hay estructura, liderazgos ni, sobre todo, dinero. Y en Cuba el dinero permite vivir. Lo sabe el régimen —control económico es control político— y lo saben sus adversarios y enemigos. «La llama no está apagada pero el futuro es incierto y vivimos en la gestión de la

incomodidad», dice Jiménez-Enoa. «Esta es una pelea de león contra mono, y el mono va con las manos atadas».

El mundo no oirá, como tampoco lo ha hecho con Nicaragua y apenas si mira a Venezuela. Estamos, todos, en otros asuntos. Y son países cada vez menores, aislados de los grandes ejes geopolíticos. Después de encarcelar y enviar a prisión domiciliaria a decenas de opositores y periodistas, el régimen de Ortega lanzó una convocatoria electoral casi a medida de su presidente. Con las elecciones de medio término en 2022 y Florida otra vez como estado decisivo, Biden necesita dar una señal a la comunidad cubana sin parecerse —como muy probablemente acabe pareciendo — a Donald Trump: dureza de fauces de pitbull con la Revolución.

Pero eso sólo comprará aire a los cubanos enojados. Las negociaciones del chavismo y la oposición venezolanas en México como la caza de opositores en Nicaragua o las demostraciones de fuerza de la dictadura cubana comparten el mismo propósito: demostrar que la salida del poder no será mañana, no será sencilla y no será con justicia. Me dice Jiménez-Enoa, entre la resignación corta y la esperanza larga:

> La vía de la protesta no es feliz porque no derroca a un gobierno que tiene armas y lleva medio siglo perfeccionando sus sistemas de control. Cuando Raúl muera y la élite biológicamente comprometida salga del poder, la élite burocrática tendrá que reformar, y ahí ese edificio apuntalado por madera podrida que es la Revolución se caerá por completo. Cuba tendrá una Perestroika.

En efecto, el PCC desalojará al PCC para que lo que fue el PCC pueda vivir fuera de su cascarón como PCC-2.0. Los malos dejarán de joder a millones sólo si alguien les garantiza que no les tocarán los millones desfalcados y robados, que no deberán pasar por la Justicia y que sus movimientos podrán mantenerse en la disputa por el poder como organizaciones políticas legales. Ofrecerán un chivo expiatorio —siempre pasa. La misma senda está siendo pavimentada en Venezuela y Nicaragua. A cambio, ellos dejarán de los sillones presidenciales y ocuparán poltronas hogareñas digitando por un tiempo sus negocios, tal como Vito Corleone, a la espera de que en el futuro alguien blanquee su pasado, redefina la historia, lustre sus bronces y los presentes, una vez más, como héroes de El Pueblo.

CODA

Futuro imperfecto

Lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer. En medio, ¿los monstruos?

The cause you fought about no longer exists. Give yourselves time to breathe, give up your hate!
—**James T. Kirk**, *Star Trek, Let That Be Your Last Battlefield*

El sistema de representación basado en los partidos políticos tiene una herida que a un caballo ya le hubiera costado la vida, nada más para que no sufra. El Estado es lento para resolver problemas cuando lo comparamos con nuestra vida diaria, dominada por las relaciones privadas con empresas privadas. Todos sabemos que el teatro político es una representación poco creíble —las máscaras ya no producen su magia—, pero es el único que tenemos. Ha colapsado, pero ¿qué lo reemplaza?

Queremos soluciones urgentes y tenemos poca paciencia. Hemos visto sangrar a dirigentes y partidos. Sabemos que una turba ciudadana enardecida —en las calles o las urnas— muerde como un *zombie*: contamina y caes. ¿Alguien cree que la democracia vale? Sí, pero no como es ahora. En ese *como es ahora* no está el presente sino el futuro imperfecto que nos espera. Porque ninguna de las ofertas de Amado Líder mejora el lío que somos. ¿Promesas rimbombantes, mágicas y determinantes? Seguro: los Trump del mundo tienen la boca llena de fuegos de artificio. ¿Deseo de acabar con las élites? Extendido: un enemigo indefinido, abstracto y misterioso nos une a todos en la tirria y el enojo. La ansiedad nos corroe: estamos cansado de lo que sea que vivimos. El *como es ahora* debe acabar.

Pero quien promete hacerlo no lo hará: Amado Líder nos deja peor. Más rotos, incapaces de sostener la convivencia.

Un mérito del populismo: su aparición tajante estructura el discurso de todo el arco político. Las diferencias secundarias que los demás tenían acaban en el basurero del Word. El bisturí de Amado Líder corta de un extremo a otro el espacio político. Todo el sistema asume posiciones claras, sin eufemismos: se hace franco el teatro social, desenmascara las posiciones que en democracia son siempre agrisadas, un delicado ajedrez de dichos y movimientos que buscan llevar a un fin pero sin patear el tablero. Claro, que la política se vuelva *razor sharp* limpia el panorama de mucha inconsecuencia, pero también se carga los matices.

Y los matices importan, como en un drama shakespeareano. Su condición sibilina e indirecta hace de la democracia un sistema imperfecto pero necesario, ya que es la mejor criba que hemos hallado para acomodar a todas las voces en una competencia lenta. Amado Líder descorre el velo: esto es blanco, esto es negro. Fin de la Historia.

El mundo simplificado es más fácil de vivir: lo crees o no. El universo retorcido de la democracia es largamente más pesado de digerir: demanda pensar de manera incesante las variables, las grisuras. Siempre cambiante, jamás satisfactoria, la promesa democrática se encuentre enfrente con una fantasía agradable: un hombre que promete que nos entiende —a nosotros, a El Pueblo—, y que nos llevará a la Tierra Prometida que siempre nos merecimos. ¿Dónde pago?

El objetivo último de todo líder populista es apoderarse del sistema de partidos e instalar su voz y voluntad como única constructora de la realidad. La historia humana es una historia del poder, pero la construcción del poder también puede ser —debe ser — una historia humanista.

En la magnífica y eterna *Memorias de Adriano*, Marguerite Yourcenar nos expone a un hombre ante un ideal. Adriano quería ver la Paz en Roma, Partia y Jerusalén, una suerte de realización de la humanidad: la convivencia dentro de un conflicto manejable entre diversos y diferentes. Soñaba con la idea del paso del oro y las ideas — “tan sutil como el paso del aire vital en las arterias”— y que eso revitalizara el “gran cuerpo del mundo”. Adriano despreciaba el fanatismo sectario y deseaba ver un orden imperial en el que “varias razas y varias creencias puedan vivir en paz”.

Lo que nos mueve es el deseo de lo imposible, la utopía. Conquistar el ideal. En algún momento. Adriano se dice a sí mismo,

congratulado, que quizás le haya dado al mundo la posibilidad —"la única oportunidad que tendrá la humanidad"— de ser gobernada por un filósofo, un hombre de corazón puro.

No necesitamos una geniocracia al pedir de Burke ni la unanimidad que pretende Amado Líder para resolver nuestros problemas; necesitamos tener la capacidad de gestionar la diferencia. Es un ejercicio arduo que demanda paciencia e inteligencia y que, sobre todo, exige que el intercambio de ideas "tan sutil como el paso del aire vital en las arterias" domine la conversación.

Las sociedades en que vivimos no son uniformes. Jamás lo serán. El futuro es un futuro de fragmentación. El identitarismo construye sus multiplicidades de autoafirmación y el populismo agita la mayor de todas, que sólo ser parte de 'El Pueblo bueno' nos hace justos, merecedores de la Tierra Prometida —y, por misticismo asociado, del Cielo de los probos elegidos. Pero antes que ellas, o con ellas, la democracia debe aprender a gestionar la demanda de sus múltiples actores para generar sus condiciones de supervivencia.

Pienso a menudo en los beneficios del parlamentarismo, no ya como sistema de gobierno democrático sino como mecanismo práctico de gestión de las diferencias. "El siglo XXI", me decía Cristóbal Rovira Kaltwasser, "es el fin del *catch-all party*". Los partidos ya no son capaces de agrupar bajo una bandera a una sociedad más compleja. La fragmentación electoral es antes fragmentación ideológica y, tal vez, cultural. La identidad ha hecho su entrada a la política en un carro triunfal bruñido y con *wireless internet*. En el siglo XX, las opciones electorales se limitaban a unos pocos partidos pero ahora las opciones se multiplicaron. De la TV abierta al *narrowcasting* de ESPN, ESPN-1-2-3-4-al-8 y ESPN+: la oferta se acomoda a la demanda.

Ahora tenemos partidos y movimientos ESPN, ESPN+, ESPN-8-lo-quesea-te-abrocho. La democracia debe aceptar esa multiplicidad y trabajar con ella. La fragmentación es largamente más perjudicial para los sistemas presidencialistas que para las sociedades parlamentarias: en ellos, un gobierno débil acaba fagocitado y devastado; en ellas, al final, los partidos y movimientos más o menos cercanos deben sentarse a limar diferencias generales para ser gobierno. Es tomar el centro de la escena con mediocridades incluidas o resignarse a que lo hagan tus adversarios.

Los partidos, "como las élites económicas", me recuerda Rovira

Kaltwasser, aprenden a los golpes. Sólo ante la inminencia de un gran desastre activan mecanismos de supervivencia. Caso contrario, calma chicha y pa' lante.

El momento del *reality check* varía de país en país, pero en todos hay elementos comunes. Los populismos —y no sólo— lo están comprendiendo con el feminismo, una fuerza política más visible que el ambientalismo —ves, en la carne, a las personas. Los partidos han debido incorporar las demandas feministas, de manera oportunista o porque al final entendieron o porque no les quedó otra. El populismo, que es misógino, autoritario y personalista —macho hasta los huevos, carnal—, no puede permitirse proyectos igualitarios, democráticos y de construcción colectiva. Amado Líder debe reinar.

El feminismo demuestra que la sociedad civil puede elevar sus demandas de manera firme para obligar a un reacomodo del sistema.* Una experiencia con vocación similar debiera alumbrar la renovación de los partidos —y otras organizaciones— para defender la democracia de las pulsiones autoritarias. La ruptura populista también amplió el tablero para nuevas experiencias políticas no tradicionales, con pequeños partidos expectables que deben probar su valía, como en su momento Unidas Podemos en España.

Gestionar la diversidad es un ejercicio parlamentario, en sentido lato. "Parlamentar" viene del francés *parlement*, que deriva de *parler*: "hablar". El diálogo acerca. Los sistemas parlamentarios entienden que mantener tendida la mesa para la conversación sostiene las piezas juntas. El diálogo obliga al entendimiento, a reducir diferencias, encontrar mínimos denominadores comunes que incluyan al arco democrático más amplio. El peor error de un participante del parlamento —del espacio político y del acto dialógico— es cerrar la función fática de la lengua y la política: ser tan terminante que no hay posibilidad de conversar nada. Amado Líder es hijo del enemigo del parlamento: la voluntad de confrontar.

La Constituyente chilena fue un ejemplo singular de representación. Las protestas de más de una década pudieron denigrarse y acabar en estallidos mayores. El sistema de partidos buscó institucionalizarlas para acorralarlas, pero el resultado fue la ampliación osmótica de la participación, gentes distintas entrando a la política por muchos lados. Mujeres casi en proporción 1-a-1 con la vida real; vecinos sin partidos pero politizados en las demandas particulares de sus comunidades; ambientalistas, regionalistas,

políticos tradicionales; intelectuales, anarquistas, la Tía Pikachu; los políticos profesionales, los gremios, la sociedad civil organizada; la izquierda, el centro y la derecha. Una representación más o menos realista del Chile real.

¿La positividad de esa representatividad? Obligó a pensar mecanismos de contención de todas las voces. Hasta la Constituyente, el sistema de partidos chileno mantenía su condición elitista: sus miembros parlamentaban, sus miembros dirigían, sus miembros oponían, gobernaban, renovaban, estatuían. Pero una porción significativa de la sociedad civil estaba fuera y, para ser oída, cimbró las calles varias veces, escalando la molestia, *durante 15 años*. Al final, debieron escucharla; al final, eligieron por fuera de los partidos; al final, los partidos debieron —¿o aun deben?— entender.

La Constituyente, claro, no dura para siempre. Tampoco la democracia asambleísta puede: tras decir y oír, hay que gobernar. Concluido ese asambleísmo artificial ¿cómo se contiene a la multiplicidad de voces que pidió oído y practicó calle y banca? Parlamentando = hablando = dialogando. No podemos construir democracias representativas *desrepresentando* a una porción de la población. El otro soy yo, yo soy porque tú eres, dicen los Ubuntu.

Incluso la ultraderecha debe tener voz, si acepta las condiciones básicas de operación, un decálogo de ideas que implica discutir dentro del sistema democrático. Por años, la ultraderecha argentina no tuvo otra representación política que las fuerzas armadas: soy hijo de un país donde los militares votaban con golpes de Estado. La ultraderecha no democrática, como sintetizó la historia alemana reciente dirigida por Angela Merkel, no tiene espacio. No hay demócrata que deba sentarse a discutir con quienes deseen acabar con la democracia. Karl Popper lleva nuestra bandera a la mesa de conversaciones.

Para quien acepte las reglas de juego: bienvenido. Parafraseando libre —y democráticamente— a Perón: dentro del sistema, todo; fuera del sistema, a llorar con Mourinho.

Crucial: dar con el punto de confluencia del consenso básico cuando se reconoce la enorme diversidad de nuestras sociedades. El parlamentarismo europeo tiene sobradas muestras de gobiernos de minorías en balance —inestable, pero democrático— en varias naciones. En todos esos gobiernos hay una aceptación, por principio, de todos los participantes de la conversación: todos

aceptan que *alguien* debe gobernarnos, y quienes nos gobiernan son pocos, nunca una relación 1:1 —un representado, un representante: siempre una élite. La democracia perfecta no existe —el 1:1 sería un desastre operativo.

Eso no anula la necesidad de la conversación. Si la política está fragmentada, si las identidades atomizan, si Amado Líder agrieta, las fuerzas democráticas deben pensar cómo construyen uniendo la fragmentación en el diálogo. La idea de *parlamentar* gana peso y para eso es necesario que líderes, movimientos, organizaciones civiles y partidos tengan la amplitud y generosidad de la conversación con Los Otros.

Una sociedad civil madura puede encontrar sus antídotos a la crisis de representatividad; una inmadura tiene trabajo previo —pero si no lo hace sus peligros crecerán. No hay otra salida. La gente rompe todo porque está frustrada, claro, pero una vez que rompes todo estás peor, tienes que reconstruir lo que tiraste abajo. Te lo dijo tu mamá cuando eras niño, muñeco: las decisiones tienen consecuencias. Todos podemos engañarnos —que no sabíamos, que no sucederá otra vez, que-te-juro-que-cambié—, pero íntimamente hay un momento de claridad, antes, durante o después del estallido, en el que *sabemos*: vaya, la cagamos.

Recuerdo ahora la imagen de un tipo que participó del asalto al Capitolio. Es un gringo grandote, edad mediana, voz gruesa, que relata a su esposa qué hace allí: se siente, honestamente, parte de algo grande y transformador. Y avanza con el grupo, entonado y fervoroso, creyendo que reclama algo cierto. Pero entonces sucede algo: cuando alguien revienta una ventana y otros revientan a unos policías, el tipo tiene un instante de lucidez, y dice algo como 'oh, no, esto no está bien'. Y hasta ahí llega. Se va. Elegir nunca es gratis, y reparar el error cuesta, pero es preferible aceptarlo a hundirse en un camino más oscuro sobre el que llueve sílice.

Los grandes acuerdos nacionales perdurables no se sostienen con imposiciones: un cambio de contexto y los dominados rechazarán a sus dominadores. La sostenibilidad es hija de la negociación y el consenso. La radicalización se interviene ampliando el centro: incorpora al proto-radical pues su existencia es expresión de un *momentum* específico del *ethos* político. Si lo expulsa, facilita las cosas a Amado Líder: las élites y sus esbirros nos dejan fuera, dirá.

Acordar criterios básicos de discusión no es un ejercicio de moralidad o *flower power pacifism*. Establece un marco para la

acción política. Quien rechace los términos del conjunto será un paria, un exudado antisistema. La dirigencia deberá aceptar esos acuerdos —tan amplios como se los quiera escribir— para definir el mínimo común denominador. Las élites tendrán que aceptar el alcance del acuerdo. En ocasiones lo harán a conciencia o por autopreservación, pero en buena parte de los procesos políticos reaccionarán al entender que hay un cambio significativo en el contexto.

En los Estados Unidos, apenas Trump incitó a la rebelión y el asalto al Capitolio, las nuevas élites de Silicon Valley lo excluyeron del ágora digital. A una semana del ataque, en enero de 2021, además de SnapChat, YouTube, Twitch, Reddit y Twitter, empresas como Facebook, Google y Microsoft dejaron de apoyar a políticos que desconocieran al gobierno de Biden. La compañía de pagos por internet Stripe dejó de canalizar pagos de adherentes de Trump y la empresa de *e-commerce* Shopify cerró dos tiendas virtuales vinculadas a Trump Organization. Gigantes como JPMorgan Chase, Goldman Sachs, BlackRock, Bank of America, Wells Fargo, Morgan Stanley, American Express, Visa, Mastercard y Deutsche Bank —que financió los negocios de Trump por décadas— suspendieron o cancelaron contribuciones o servicios al expresidente y a sus partidarios rebeldes.[1]

El discurso para recuperar la relación con el electorado que partió detrás de Amado Líder ha de ser también pluralista. Educación es crucial, pero también la elección de los conceptos —pues el lenguaje crea los términos del intercambio. El discurso moralizador es riesgoso: atacar y estigmatizar al votante de Amado Líder como "brutos" o "una bolsa de deplorables" sólo sirve a los propósitos del caudillo al reforzar la polarización. Quizás nuestras abuelas tuvieran algo de razón con aquello de ser más educados que el otro en el trato con el otro. Y pacientes, a pesar del cansancio.

A lo largo de los cinco años —*in and out*— en que este libro tomó forma, he visto caer y subir gobiernos. He perdido amigos —nos volveremos a ver— y participado de las discusiones que nos afean el día y amargan la semana. He sido culpable de empujar fronteras que no debí —y pagué por eso. He recibido ataques, devuelto mordiscos. He perdido la calma pocas veces, y no me siento bien por ello. Y he estado en decenas de ocasiones agobiado por la frustración y el enojo. Más de una vez me he repetido lo que muchos: ¿es que no entienden?

El ejercicio de la democracia demanda tolerancia. Tendremos que reeducarnos en ella, reaprender las formas del respeto. Deberemos encontrar espacios de calma sin el fuego de las discusiones altisonantes y veloces que mantenemos en línea —dejar de responder en Twitter o Facebook nada más depende de no apretar *send* a la cólera; excluirse de hacer saltar el sistema requiere algo más de calma, pero debe empezar también por aislarse de las cámaras de eco.

La moneda cae siempre del lado correcto: Amado Líder —va otra vez— es causa de numerosos problemas pero, antes, es la consecuencia de democracias que fallan en dar a los ciudadanos respuestas comprensibles.

La lista no es necesariamente extensa, pero es imperativa.

Los partidos políticos *deben* reformarse. Una revisión completa de mecanismos de participación, transmisión de inquietudes, nominación y elección de candidatos y, nada menos, *comunicación* con la sociedad. Su distancia es tal que son la institución *menos confiable* en todos los países.* Si son la única herramienta de representación política deben volver a ser esa herramienta de representación política.2 Sus vasos comunicantes con la sociedad son arterias taponadas: el infarto es cada vez más probable —y como no modifican sus estilos de vida, *the final one* se acerca con cada crisis.**

Demasiadas personas sienten que las dejan fuera del futuro. Que la decisión de las élites políticas y económicas de acoplarse a un mundo más integrado, desenganchó los vagones finales del tren. Si el cosmopolitismo desea un mundo ancho sus practicantes tendrán que hacer el esfuerzo de encadenar a los que quedaron fuera —y eso incluye también un debate interior en las naciones sobre cómo encarar ese cosmopolitismo. Cualquier decisión —desglobalizarse poco/mucho/todo/nada, renacionalizarse poco/mucho/todo/nada y cuantas opciones adicionales se tejan— tendrá costos. Sería preciso tener a las mayorías y minorías anoticiadas del contrato que se quiere firmar. Quien avisa no traiciona, dicen. Pues el aviso tendrá que ser La Gran Conversación.

Las élites económicas deben asumir el esfuerzo, sin dudas. La discusión internacional sobre algún impuesto global a las transacciones de capital va en sentido correcto. Controles más estrictos de evasión y elusión fiscal —y mecanismos de penalización de opacidad financiera, sobre todo en paraísos fiscales— serán

imprescindibles en el futuro ¿próximo? Cargas impositivas progresivas deberán llegar como respuesta a la necesidad de Estados mejor preparados para sostener economías endebles y poblaciones empobrecidas. Las naciones que alcancen acuerdos intra-élites de largo plazo, políticos y económicos, saldrán más favorecidas si en esa discusión participa la sociedad civil.

En una charla final para este libro con Enrique Krauze, volvimos sobre el problema del y los mensaje/s y las maneras efectivas de discutir los riesgos de la demagogia para la estabilidad de sociedades de por sí raquíticas de institucionalidad.* "Creo que hay un espacio para una pedagogía democrática", me dijo:

> Si tuviera la edad y la vocación y la oportunidad, me gustaría dar con una tribuna en la que se pudiera traducir, no sé en qué plataforma ni en qué red ni en qué tipo de texto —texto en sentido amplio— la necesidad de realismo político, que es el realismo de la vida. Entiendo que se adore al líder y que todos quieran la felicidad universal, pero debe haber una forma de lograrlo sin estos riesgos descomunales.
>
> ¿Por qué los populistas son tan buenos para contar la vida heroica del Che Guevara pero no somos capaces de contar la vida de Rómulo Betancourt, el mayor republicano de América? Me resisto a la idea de que es imposible elaborar una pedagogía política, que no se puedan construir mejores formas de representación, que los medios tradicionales no cumplan su función como defensores de la libertad de expresión, pero no tengo la solución.

Twitter, Facebook y otras plataformas cerraron el grifo de gritos pavorosos de Trump. En alguna oportunidad —casi como mi padre cuando ve fútbol— le reclamé a la TV que le cerrara el micrófono y en un debate de la campaña 2016 que lo quitasen de cámara cuando mentía. Son gestos menores, pero significativos: el debate político exige respeto, honorabilidad y apego a discutir la verdad con argumentos.

Quien sea incapaz de cumplir con criterios mínimos tiene su voz en sus espacios de propaganda, pero la discusión sobre los grandes temas ha de ser informativa, con altura y con individuos comprometidos en tomarla seriamente. Las redes debieran ser un espacio donde cierto tipo de control —Trump fue expulsado de Twitter porque la empresa consideró que, como presidente, incitaba a la violencia, un acto ilegal— debiera permitir reducir la miasma en que se convirtió la arena pública y echar manguerazos sobre el cuero de la piara en que nos convertimos.

¿Quieren show? Páguense uno. Iremos a ver sabiendo en qué *variété* nos metemos.

El populismo es un grito desde el ágora pública: Roma no puede seguir así. Las masas están agotadas de la eterna promesa. Los líderes deben entender que las condiciones han cambiado: el futuro de las naciones depende de la deliberación masiva. Millones de personas desoídas y postergadas han descubierto que pueden poner sistemas en crisis eligiendo a un solo individuo con vocación omnipotente. Volverán a hacerlo si nadie les presta atención.

Votar contra algo o alguien, como es la constante en América Latina, según el expresidente uruguayo Pepe Mujica, es inmanentemente destructivo: el fiel de la balanza regresa con la revancha en los puños. Es preciso reconstruir una *utopía manejable* —un proyecto realista de consensos— que permita elaborar identidades políticas positivas.

Dejo para el final mis temores, porque tengo expectativas pero más tengo razones. La personalización de la política seguirá. Las campañas y proyectos políticos basados en la imagen e historia de un candidato seguirán. El *yo* seguirá. Los partidos son lo que son: representan lo que pueden representar: ni siquiera las religiones son capaces de contener a todos —y eso equivale a decir que ni dios, que se pretende absoluto, convence a todos. ¿Menos desigualdad? Difícil tras la crisis producida por la pandemia, que obliga a Estados con escasa flexibilidad a emitir o tomar deuda para gastar en sostener a millones de personas por encima de la línea de pobreza o evitar que caigan en la miseria. Volverá a tomar algún tiempo ampliar las clases medias con ingresos extraordinarios de los *commodities* pues deberemos asumir gastos corrientes como alimentos o medicinas y reforzar el Estado en áreas básicas como la salud y la educación. Las economías rebotarán —es indudable—, pero el nuevo crecimiento será absorbido de manera asimétrica: los ricos tienen más capacidad de absorber el nuevo excedente —*si no hay Estados que intervengan.* ¿Inversión en infraestructuras para hacer más competitivas economías y empresas? Difícil: nuestras futuras crisis de deuda —al menos en América Latina, donde las economías no son tan diversificadas, la innovación es más lenta y las élites se modernizan más a desgano—, serán hijas del gasto corriente.

En corto: más pasivos y déficit públicos nacidos de una pandemia que se montó sobre una retracción de precios. ¿Qué

adivino podría haber supuesto esa catástrofe de película? Ninguno: ese es un escenario para jugar con modelos matemáticos en un laboratorio. Pero sí había previsibilidad en cada variable: las naciones que fueron más cautelosas con el gasto pre-Covid-19 tienen algo más de flexibilidad para la inversión pos-Covid-19; las que confiaron en expertos para manejar la pandemia tuvieron menores problemas; las que mucho pero mucho antes diversificaron producción y mercados son más flexibles. En ninguna de esas opciones hay un Amado Líder —revisen, ya verán.

Aun debo pellizcarme para decir esto: la discusión del poder nacional e internacional debe incorporar otras variables además del comportamiento social: el planeta es otro actor político. El medio ambiente y los virus producen y producirán hambre, muertes, enfermedades de vasto alcance, golpes económicos. Crisis. Necesitamos a los líderes más preclaros con los burócratas mejor entrenados, los técnicos más inteligentes y tecnócratas sociales capaces de dialogar con las masas. Debemos recuperar la condición de vecinos: de ocuparnos de la vida ajena como si fuera la propia, porque se nos va la de ambos en el camino. ¿Suena exagerado? Cuando no suceda, *bite me*.

Amado Líder sólo necesita de la decepción para encontrar su camino. La culpa es siempre ajena.

Notas

1 · GLOSA
Síganme

1 Lewis, Paul; Barr, Caelainn; Clarke, Seán; Voce, Antonio; Levett, Cath y Gutiérrez, Pablo. «The rise and rise of Populist rhetoric». *The Guardian*, 6 de marzo de 2019. https://bit.ly/2WhaaU4

2 Rosanvallon, Pierre. *Le siècle du populisme*. Éditions du Seuil, París, 2020. Pág. 8.

3 Canovan, Margaret. *«People», Politicians and Populism*, *Government and Opposition.* Vol. 19, Nº 3. Cambridge University Press, Cambridge, 1 de julio de 1984. Pág. 312-327.

4 Clemens, John. *Polis, Politics and Populism*. Aldershot, Gower, 1983.

5 Berezin, Mabel. «Fascism and populism: Are they useful categories for comparative sociological analysis?». *Annual Review of Sociology,* Vol. 45, 2019. Pág. 345–361.

6 Egelhofer, Jana Laura y Lecheler, Sophie. «Fake news as a two-dimensional phenomenon: a framework and research agenda». *Annals of the International Communication Association*, 43(2), 2018. Pág. 97-116.

Lewandowsky, Stephan; Ecker, Ulrich KH; Seifert, Colleen M.; Schwarz, Norbert y Cook, John. «Misinformation and Its Correction Continued Influence and Successful Debiasing». *Psychological Science in the Public Interest*, 13(3), 2012. Pág. 106-131.

Marwick, Alice y Lewis, Rebecca. «Media manipulation and disinformation online». Data and Society Research Institute, 2017. Pág. 1–104.

Monot, Jean-Claude. «Between post-truth and epistemocracy: Positioning a democratic politics». Esprit, 2017. Pág. 1-7.

7 Stanley, Jason. *How Fascism Works: The Politics of Us and Them*. Random House, New York, 2018. Pág. 47.

8 Goodwin, Matthew. «National populism is unstoppable–and the left still doesn't understand it». *The Guardian*, 8 de noviembre de 2018.

https://bit.ly/2ZI3TSZ

9 Canovan, Margaret. *Populism.* Harcourt Brace, New York, 1981. Pág. 7 y 301.

10 Mudde, Cas. «The Populist Zeitgeist». *Government & Opposition*, vol. 39, Nº 4. Cambridge University Press, Cambridge, 28 de marzo de 2014. https://bit.ly/3ujRXBT

11 Müller, Jan-Werner. *What is Populism?* University of Pennsylvania Press, 2017. Pág. 29.

12 Caparrós, Martín. *Ñamérica*. Literatura Random House, Barcelona, 2021.

13 Perceval, José María. *El populismo. Cómo las multitudes han sido temidas, manipuladas y seducidas*. Ediciones Cátedra, Madrid, 2020. Pág. 24-25.

14 Banchón, Mirra. «Honduras: "el golpe y el populismo". Deutsche Welle, 1 de julio de 2009. https://www.dw.com/es/honduras-el-golpe-y-el-populista/a-4447125

15 Malamud, Carlos. *Populismos latinoamericanos. Los tópicos de ayer, de hoy y de siempre.* Ediciones Nobel, Oviedo, 2010.

16 Canelo, Paula. «"Son palabras de Perón". Continuidades y rupturas discursivas entre peronismo y menemismo». *Los años de Menem: La construcción del orden neoliberal*. Coordinador: Alfredo Pucciarelli. Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 2011. Pág. 71-108.

Canelo, Paula. «Las identidades políticas en la Argentina de los años noventa: continuidades y rupturas entre peronismo y menemismo». *Amnis*, mayo de 2005. https://bit.ly/3uiOovE

17 Levistky, Steven y Loxton, James. «Populism and Competitive Authoritarianism: The Case of Fujimoris's Peru». *Populism in Europe and the Americas: Threat or Corrective for Democracy?,* de Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser. Cambridge University Press, Cambridge, 2012. Pág. 160-182.

18 Maerz, Seraphine F. «Simulating pluralism: the language of democracy in hegemonic authoritarianism». *Political Research Exchange*, Vol. 1, edición 1, 2019. Pág. 1-23. https://bit.ly/2XWPVM5

19 Castañeda, Jorge G. «México deriva hacia el autoritarismo. Y Biden no debería ignorarlo». *The New York Times*, 30 de abril de 2021. https://nyti.ms/3zIIDsh

20 Zanatta, Loris. «¿Tiene remedio el populismo en América Latina?». *The New York Times*, 11 de mayo de 2021. https://nyti.ms/3ukbPVB

21 Kendall-Taylor, Andre y Frantz, Erica. «How Democracies Fall Apart. Why Populism Is a Pathway to Autocracy». *Foreign Affairs,* 5 de diciembre de 2016. https://fam.ag/3m4hsUa

22 Canetti, Elias. *Masa y poder*. Muchnik Editores, Barcelona, 1981. Pág. 3 y 4.

23 Burt, Jo-Marie. *Violencia y autoritarismo en el Perú: bajo la sombra de*

Sendero y la dictadura de Fujimori. IEP, Asociación SER, Equipo Peruano de Antropología Forense, EPAF. Lima, 2011. Segunda edición, pág. 130-134.

24 Zanatta, Loris. Texto citado. «¿Tiene remedio el populismo en América Latina?»

25 De la Torre, Carlos. «El populismo latinoamericano: entre la democratización y el autoritarismo». *Nueva Sociedad*, Nº 247, septiembre octubre de 2013. https://bit.ly/3CQUrL9

26 CEPAL, Comisión Económica para América Latina y el Caribe. «Foreign Direct Investment in Latin America and the Caribbean, 2020». Santiago, 2020. https://bit.ly/2ZF4yEA

Dollar, David. «China's investment in Latin America». Brookings, Geoeconomics & Global Issues Series. Washington, DC, enero de 2017. https://brook.gs/2ZtXxpU

27 Shah, Ami. «Apple at $2 trillion market cap tops GDP of Italy, Brazil, Canada, Russia and more!». *The Economic Times*, 20 de agosto de 2020. https://bit.ly/3APUMwW

28 Suneson, Grant y Stebbins, Samuel. «These 15 countries have the widest gaps between rich and poor». *USA Today*, 28 de mayo de 2019. https://bit.ly/39IBPAn

29 Baczynska, Gabriela y Deutsch, Anthony. «Netherlands refuses to "Go Dutch" on EU coronavirus debt». Reuters, 9 de abril de 2020. https://reut.rs/3kKzNGn

30 World Bank Group. «Latin America: Middle Class hits Historic High». New York, 13 de noviembre de 2012. https://bit.ly/3ofTV5s

31 World Fund. «Education gap in Latin America». Educando, 2015. https://educando.org/education-latin-america/

CEPAL, Comisión Económica para América Latina y el Caribe. «Pandemic Prompts Rise in Poverty to Levels Unprecedented in Recent Decades and Sharply Affects Inequality and Employment». Santiago, 4 de marzo de 2021. https://bit.ly/3AJlqrn

32 Fraser, Nancy. «From Progressive Neoliberalism to Trump—and Beyond». *American Affairs*, vol. 1, Nº 4, invierno de 2017. https://bit.ly/3obltc4

33 *Ibid.*

34 Harari, Yuval Noah y Sandel, Michael. «Yuval Noah Harari y Michael J. Sandel: estos son los fantasmas que recorren nuestro mundo». *Lengua*, Penguin, 2021. https://bit.ly/3ARs2nz

35 *Ibid.*

2 · CRISIS DE REPRESENTACIÓN

La marea roja

1 Fonseca, Diego. «La marea roja de Trump». *Confidencial* y *Plaza Pública*. Managua y Ciudad de Guatemala, 22 de noviembre de 2016. https://bit.ly/2WgZtkm y https://bit.ly/3F0Fl7O

2 *Ibid*.

3 National Oceanic and Atmospheric Administration. «What is a red tide?». National Ocean Service 26 de febrero de 2021. https://oceanservice.noaa.gov/facts/redtide.html

4 De la Torre, Carlos. Obra citada, «El populismo latinoamericano».

Álvarez Junco, José. «El populismo como problema», de José Álvarez Junco y Ricardo González Leandri (eds.). *El populismo en España y América*. Editorial Catriel, Madrid, 1994. Pág. 25-26.

5 Villaverde Cabral, Samuel y Salgado, Susana. «The crisis of political representation: the Portuguese case (2002-2015)». *Changing Societies: Legacies and Challenges*, vol. 2. Citizenship in Crisis, M. C. Lobo, F. C. da Silva y J. P. Zúquete (editors). Imprensa de Ciências Sociais, Lisboa, 2018. Pág. 27-49.

6 Mudde, Cas. Texto citado. «The Populist Zeitgeist».

7 Medina Uribe, Pablo. «La paradójica historia del voto en blanco en Bello». *La Silla Vacía*, Bogotá, 16 de diciembre de 2011. https://bit.ly/3ERnJem

8 *El Tiempo*. «Susa le hizo el quite al voto en blanco». Bogotá, 20 de enero de 2004. https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1554466

9 McIntyre, Lee. *Post-Truth*. The MIT Press Esential Knowledge Series, Boston, 2018. Pág. 124-128.

10 Rohrschneider, Robert y Whitefield, Stephen. «The representation gap: Why ignoring Euroscepticism has opened the door for extremist parties». *LSE*, 25 de febrero de 2016. https://bit.ly/3m9JVbj

11 Müller, Jan-Werner, obra citada. *What is Populism?* Pág. 102.

12 Eberhardt, María Laura. «La revocatoria presidencial en América Latina. Ventajas y limitaciones. Los casos de Venezuela, Bolivia y Ecuador». *Colombia Internacional*, Nº 92, Bogotá, 2017. Departamento de Ciencia Política y Centro de Estudios Internacionales. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de los Andes. Pág. 105-133. https://bit.ly/3CYmc4F

13 *Ibid*.

14 Schultz, Kathryn. «What Calling Congress Achieves». *The New Yorker*, 26 de febrero de 2017. https://www.newyorker.com/magazine/2017/03/06/what-calling-congress-achieves

15 Packer, George. «The Empty Chamber». *The New Yorker*, 2 de Agosto de 2010. https://bit.ly/2ZxR0dP

16 *Ibid*.

1 Barr, Robert R. «The persistence of Neopopulism in Peru? From Fujimori to Toledo». *Third World Quarterly*, vol. 24, Nº 6, 2003. Pág. 1161-1178. https://bit.ly/3F2htAO
2 Cervantes, María. «U.S. Says Peru's Contested Election Was "Model of Democracy"». Bloomberg, 23 de junio de 2021. https://bloom.bg/3EWguBT
3 Cerrón, Vladimir. «Diferencias entre Perú Libre, Nuevo Perú y Frente Amplio». YouTube, 17 de febrero de 2021. https://www.youtube.com/watch?v=ctFK3iSMyV8
4 RPP Noticias. «Vladimir Cerrón sobre Venezuela: "Es una pobreza envidiable"». YouTube, 2 de julio de 2019. https://www.youtube.com/watch?v=MC-GoqTFeaQ
5 *The Economist*. «Peru's left-wing new president pushes for a new constitution». Lima, 31 de julio de 2021. https://econ.st/3m73roM
6 Aquino, Marco. «Peru mired in uncertainty as hopes of moderate administration dims». Reuters, Lima, 30 de julio de 2021. https://t.co/NcVlsJ8P6o?amp=1
7 Collins, Dan. «Pedro Francke: relief in Peru as moderate is made finance minister». *The Guardian*, 31 de julio de 2021. https://bit.ly/3zPcjE6
8 Aquino, Marco. «Peru's new Marxist PM says "don't worry" as chances of radical policy shift rise». Reuters, Lima, 30 de julio de 2021. https://reut.rs/3CVxKoX
9 Burt, Jo-Marie. Obra citada. *Violencia y autoritarismo en el Perú*. Pág. 130-134.
10 Levistky, S. y Loxton, J. Obra citada. «Populism and Competitive Authoritarianism». Pág. 160-182.
11 Vergara Paniagua, Alberto. *Ni amnésicos ni irracionales: Las elecciones peruanas de 2006 en perspectiva histórica.* Solar Central de Proyectos, Lima, 2007. Pág. 74-75.
12 Castro, Aramís y Cabral, Ernesto. «Audio de virtual congresista Bermejo contradice juramento democrático firmado por Pedro Castillo». *OjoPúblico*, Lima, 18 de mayo de 2021. https://bit.ly/3kN28fl
13 Budasoff, Eliezer. «Alberto Vergara: "En Perú estamos ante los mecanismos de la posverdad preparando un golpe de Estado electoral"». *El País*, Ciudad de México, 20 de junio de 2021. https://bit.ly/2ZHQOJn
14 National Museum of American History. «The Raisplitter: Abraham Lincoln, An Extraordinary Life». NMAH Behring Center. https://americanhistory.si.edu/lincoln/railsplitter
15 Harris, Ethan. «Digital Populism: The Risk of the New Political Outsider». *Democratic Erosion*, Northeastern University, 12 de abril de

2021. https://bit.ly/3zNiJ6S

16 Levistky, S. y Loxton, J. Obra citada. «Populism and Competitive Authoritarianism». Pág. 172.

17 *La Jornada.* «Les guste o no se acabó la corrupción: López Obrador». Ciudad de México, 15 de junio de 2020. https://www.jornada.com.mx/ultimas/politica/2020/06/15/les-guste-o-no-se-acabo-la-corrupcion-lopez-obrador-5030.html

18 *Infobae*. «"Ya se acabó la robadera": AMLO aseguró que el supuesto fin de la corrupción en el Gobierno es un triunfo del pueblo». Ciudad de México, 4 de Agosto de 2021. https://bit.ly/3CMTmE2

19 Barr, Robert R. «Populists, Outsiders and Anti-Establishment Politics». Party Politics, 2009. 15. Pág. 29-48.

20 Fonseca, Diego. «El asalto de los outsiders». *Plaza Pública*, Ciudad de Guatemala, 22 de noviembre de 2016. https://www.plazapublica.com.gt/content/el-asalto-de-los-outsiders

21 Reynolds, Glenn H. «Tea Parties: Real Grassroots». *The New York Post*, 13 de abril de 2009. https://nypost.com/2009/04/13/tea-parties-real-grassroots/

22 Fonseca, Diego. «¿Por qué son populares los chicos malos?» *The New York Times*, 20 de Agosto de 2020. https://nyti.ms/2Y0vMoO

23 Monmouth University Polling Institute. «Voters Prefer Political Outsiders. . .but with Experience». West Long Branch New Jersey, 22 de agosto de 2018. https://bit.ly/39MJBtb

Sparks, Grace. «Do Americans really want outsider politicians?» CNN, 2 de febrero de 2019. https://www.cnn.com/2019/02/14/politics/political-outsiders

24 Dwyer, Collin. «Donald Trump: "I Could Shoot Somebody, And I Wouldn't Lose Any Voters"». National Public Radio, 23 de enero de 2016. https://n.pr/2XOaNF7

25 Fonseca, Diego. Texto citado. «¿Por qué son populares los chicos malos?»

26 Leonnig, Carol y Rucker, Philip. *I Alone Can Fix It. Donald J. Trump's Catastrophic Final Year*. Penguin Press, New York, 2021. Pág. 180.

27 Sáenz L., Ronald. «Centroamérica, ¿adónde vas? Populismo y nuevos actores políticos». *Política Exterior*, Madrid, 25 de febrero de 2020. https://bit.ly/3kL87Rv

28 *Público.* «El candidato evangélico gana la primera ronda de las elecciones en Costa Rica». Agencias. Madrid, 5 de febrero de 2018. https://bit.ly/3uiYZqr

29 Fonseca, Diego. «México y la decadencia de la política». *The New York Times*, 27 de mayo de 2021. https://www.nytimes.com/es/2021/05/27/espanol/opinion/elecciones-mexico-2021.html

30 Méndez, Rafael. «Un insólito incendio subterráneo azota las tablas de Daimiel». *El País*, 11 de octubre de 2009. https://elpais.com/

elpais/2009/10/12/media/1255301081_720215.html

31 Ash, Lucy. «Inside Poland's "LGTB-free zones"». BBC News, 21 de septiembre de 2020. https://bbc.in/3kIzprP

32 Liddiard, Patrick. «Is Populism Really a Problem for Democracy?». Wilson Center, History and Public Policy Program. Ocassional Paper, Washington, DC, agosto de 2019. https://bit.ly/3igfBuq

33 *Infobae*. «Lo que no se achica en la Argentina es el Estado: en la cuarentena se sumaron 23.000 empleados públicos». Buenos Aires, 4 de octubre de 2020. https://bit.ly/3zMPnWf

34 Judis, John B. *The Populist Explosion. How The Great Recession Transformed American and European Politics*. Columbia Global Reports, New York, 2016. Pág. 20-39.

35 Müller, Jan-Werner. Obra citada. *What is Populism?* Pág. 89-91.

36 Donadio, Rachel. «The New Populist Playbook». *The Atlantic*, 4 de septiembre de 2019. https://bit.ly/3oaLto1

37 Judis, John B. Obra citada. *The Populist Explosion*. Pág. 36.

38 Cohn, Nate. «Donald Trump vs. the Party: Why He's Still Such a Long Shot». *The New York Times,* 9 de septiembre de 2015. https://nyti.ms/2ZF1Ej9

4 · LA IDEA DE NACIÓN
Países de plastilina

1 González Fabre, Raúl. «Venezuela: la suerte del populismo». *Deusto Estudios Empresariales*, Nº 152, San Sebastián, 2016/3. Pág. 63-74.

2 Muñoz, Boris. «Un país en las antípodas. En *Crecer a golpes. Crónicas y ensayos de América Latina a cuarenta años de Allende y Pinochet*, Diego Fonseca (editor). CA Press/Penguin Random House, New York, 2013. Pág. 139-140.

3 Grant, Will. *¡Populista! The Rise of Latin America's 21st Century Strongmen*. Head of Zeus, Londres, 2021.

4 De la Torre, Carlos. «Texto citado. El populismo latinoamericano: entre la democratización y el autoritarismo».

5 Neyret, Juan Pablo. «Soy un perro de la calle: Entrevista con Nicolas Shumway». *Espéculo*, *Revista de Estudios Literarios*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2003. https://bit.ly/3ANVL0R

6 Pigna, Felipe. «Entrevista a Nicolás Shumway». *El Historiador*, Buenos Aires. https://bit.ly/3AONzxj

7 Fonseca, Diego. «Frankenstein en la Casa Blanca». *El Faro* y *Revista El Estornudo*, San Salvador y La Habana, 19 y 25 de julio de 2016. https://www.elfaro.net/es/201607/opinion/18988/Frankenstein-en-la-Casa-Blanca.htm?st-full_text=allText=11 y https://bit.ly/3uhBbDv

8 FitzGerald, Frances. «A Disciplined, Charging Army», de Frances FitzGerald. *The New Yorker*, 16 de mayo de 2007. https://

bit.ly/3ukwVmU

9 Packer, George. «We Are Living in a Failed State». *The Atlantic*, junio de 2020. https://bit.ly/2ZDGNwF

10 *Ibid.*

11 Hosenball, Mark. «Ex-Trump aide Bannon promoted "culture war": Cambridge Analytica whistleblower». Reuters, 16 de mayo de 2018. https://www.reuters.com/article/us-usa-trump-russia-cambridge-analytica-idUSKCN1IH36S

12 Fonseca, Diego. Texto citado. «Frankenstein en la Casa Blanca».

13 Kriesi, Hanspeter; Grande, Edgar; Lachat, Romain; Dolezal, Martin; Bornschier, Simon; Frey, Timotheos. «Globalization and the transformation of the national political space: Six European countries compared». *European Journal of Political Research*, vol. 45, 2006. Pág. 921-56. https://ejpr.onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/j.1475-6765.2006.00644.x

14 Kousser, Morgan.*The Shaping of Southern Politics: Suffrage Restriction and the Establishment of the One-Party South, 1880-1910.* Yale University Press, New Haven, 1974.

15 Corte Suprema de los Estados Unidos. «Brnovich, Attorney General of Arizona, et al v. Democratic National Committee et al». Nº 19-1257. Washington, DC, octubre de 2020. https://bit.ly/3ANU3MJ

16 Corte Suprema de los Estados Unidos. «Rucho et al v. Common Cause et al». Nº 18-422. Washington, DC, octubre de 2018. https://www.supremecourt.gov/opinions/18pdf/18-422_9ol1.pdf

17 Boschma, Janie. «Seventeen states have enacted 28 new laws making it harder to vote». CNN Politics, 30 de junio de 2021. https://cnn.it/3CRyHPd

Wines, Michael. «In Statehouses, Stolen-Election Myth Fuels a G.O.P. Drive to Rewrite Rules». *The New York Times*, 27 de febrero de 2021. https://nyti.ms/2XYxQ0B

18 Heinisch, Reinhard; Massetti, Emanuele; Mazzoleni, Oscar. *The People and the Nation: Populism and Ethno-Territorial Politics in Europe*. Routledge, Milton Park, Abingdon-on-Thames, Oxfordshire, 2019.

19 Goodwin, Matthew. Obra citada. «National populism is unstoppable–and the left still doesn't understand it».

20 Kriesi, Hanspeter; et al. Obra citada. «Globalization and the transformation of the national political space».

21 *La Vanguardia*. «La injustificada patada de un policía en un colegio en Barcelona». Barcelona, 1 de octubre de 2017. https://bit.ly/3kLa28F

22 *El País*. «Discurso íntegro en el que Puigdemont declara la independencia de Cataluña y la suspende para apelar al diálogo». Madrid, 11 de octubre de 2017. https://bit.ly/3iena4u

23 *El País*. «Los protagonistas». Madrid, 23 de octubre de 2020. https://bit.ly/3CS4H5N

24 Fonseca, Diego. «Rajoy, un bolso, un puro y Zinedine Zidane». *The New York Times*, 1 de junio de 2018. https://www.nytimes.com/es/2018/06/01/opinion-fonseca-rajoy-zidane-pedro-sanchez/
25 Fonseca, Diego. «El Waterloo de Puigdemont». *The New York Times*, 6 de Agosto de 2018. https://www.nytimes.com/es/2018/08/06/opinion-fonseca-carles-puigdemont-independentismo/
26 Gascón, Daniel. «El discurso xenófobo del nuevo presidente de Cataluña». *The New York Times*, 15 de mayo de 2018. https://nyti.ms/3kKfzMY
27 Fonseca, Diego. «El independentismo catalán a un año del referéndum: ¿Dónde están las urnas?» *The New York Times*, 1 de octubre de 2018. https://nyti.ms/3uj1jOb
28 *El Periódico*. «Puigdemont quiere que la UE medie entre Generalitat y Estado tras el referendum». Barcelona, 30 de septiembre de 2017. https://bit.ly/3kMmGo9
29 Fonseca, Diego. «Un lobo recorre España». *The New York Times*, 18 de febrero de 2021. https://nyti.ms/3ie2HNu
30 Europa Press. «Orban recibe a Abascal en Budapest y el líder de Vox lo señala como su ejemplo para España». *El Confidencial*, 27 de mayo de 2021. https://bit.ly/3ujDAh0

VOX. «Orban es un ejemplo del rumbo que merece España». Twitter de @Vox_es, 26 de mayo de 2021. https://twitter.com/vox_es/status/1397519969211109377?s=20
31 Europa Press. «El Congreso rechaza una propuesta de Vox para instar al Gobierno a prevenir la "infiltración terrorista" en "pateras"». Madrid, 10 de diciembre de 2020. https://bit.ly/3omw4AO
32 Agencia EFE. «Vox propone que los inmigrantes irregulares paguen por la atención médica durante la alarma». *La Vanguardia*, 25 de marzo de 2020. https://bit.ly/3kMSJnL
33 *La Vanguardia*. «Madrid tumba propuesta de Vox que vincula el virus con migrantes sin papeles». Madrid, 29 de septiembre de 2020. https://bit.ly/3kTQ1ND
34 Antena 3 Noticias. «El vídeo de Santiago Abascal a lomos de un caballo para "reconquistar" Andalucía». 13 de noviembre de 2018. https://bit.ly/3iaRD3p

Toro Lillo, Elena. «La invasión árabe. Los árabes y el elemento árabe en español». Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2006. https://bit.ly/3ofBKgc
35 Zarzalejos, Álvaro G. «Los diez meses que estuvimos sin Gobierno (y sobrevivimos para contarlo)». *El Confidencial*, 28 de octubre de 2016. https://bit.ly/3kN0r1p
36 Agencia EFE. «PP, Cs y Vox se lanzan a la calle contra la política de Sánchez en Cataluña». Madrid, 6 de febrero de 2019. https://bit.ly/3odqLng

37 Rodríguez Pina, Gloria y Mateo, Juan José. «Carmena y Errejón se alían y convocan primarias alternativas a las de Podemos». *El País*, 17 de enero de 2019. https://bit.ly/3unpATl

38 Marín, Héctor. «Cayetana Álvarez de Toledo: "El PSOE está fuera del bloque constitucional"». *El Mundo*, 20 de abril de 2019. https://bit.ly/3F1EwM3

39 Catà, Josep. «ERC y Junts per Catalunya se disputan la hegemonía del independentismo». *El País*, 12 de abril de 2019. https://bit.ly/3kPgOdT

40 Serna, Carmen. «Abascal, con su general, se erige como el líder de la derecha frente a "la España de Pedro Sánchez"». *El Español*, 21 de abril de 2019. https://bit.ly/3ANwzat

41 Roces, Pablo. «Manifestación de Vox en coche en Madrid: "No quieren que protestemos, esto sí es una dictadura"». *El Mundo*, 23 de mayo de 2020. https://bit.ly/3uqMdX5

42 La Sexta. «En un descapotable y con chófer: la llamativa protesta de un hombre contra el Gobierno en Santander». Madrid, 18 de mayo de 2020. https://bit.ly/2Y547mw

43 Esteban, Paloma. «Vox presume de su éxito en la calle y llama a seguir manifestándose contra el Gobierno». *El Confidencial*, 25 de mayo de 2020. *https://bit.ly/3uwH009*

44 Fonseca, Diego. Texto citado. «Un lobo recorre España».

45 Censky, Abigail. «Heavily Armed Protesters Gather Again At Michigan Capitol To Decry Stay-At-Home Order». NPR, 14 de mayo de 2020. https://www.npr.org/2020/05/14/855918852/heavily-armed-protesters-gather-again-at-michigans-capitol-denouncing-home-order

46 Fonseca, Diego. «El virus de la derecha». *The New York Times*, 29 de mayo de 2020. https://www.nytimes.com/es/2020/05/29/espanol/opinion/espana-vox-coronavirus.html

47 Fonseca, Diego. «La derecha de Casado y Rivera rumbo a las cavernas». *The New York Times*, 30 de mayo de 2019. https://nyti.ms/3uhW9C8

48 Fonseca, Diego. Texto citado. «El virus de la derecha».

49 Fonseca, Diego. «España: estás en problemas». *The New York Times*, 24 de abril de 2019. https://nyti.ms/3kOKTKt

50 Fonseca, Diego. Texto citado. «La derecha de Casado y Rivera rumbo a las cavernas».

51 Malešević, Siniša. *Nation-States and Nationalisms: Organization, Ideology and Solidarity*. Polity Press, Cambridge, 2013.

Filsinger, Maximilian; Wamsler, Steffen; Erhardt, Julian; Freitag, Marcus. «National identity and populism: The relationship between conceptions of nationhood and populist attitudes». *Nations and Nationalism. Journal of the Association for the Study of Ethnicity and Nationalism*, vol. 27, Nº 3, julio de 2017.

Malešević, Siniša. «The chimera of national identity». *Nations and*

Nationalism. Journal of the Association for the Study of Ethnicity and Nationalism, vol. 27, Nº 3, julio de 2017.

Todorov, Tzvetan. *On Human Diversity: Nationalisms, Racism, and Exoticism in French Thought.* Harvard University Press, Cambridge, 1993.

52 Malešević, Siniša. Obra citada. *Nation-States and Nationalisms.*

5 · PUEBLO Y CAUDILLO
Papá, quiérenos

1 Gerchunoff, Santiago. «Bukowski votó a Trump». *El* Español, 9 de noviembre de 2016. http://www.elespanol.com/cultura/20161109/169613044_13.html

2 Fonseca, Diego. «Niño Donald, siéntese y aprenda». *The New York Times*, 27 de septiembre de 2016. https://nyti.ms/3igsd4u

3 Fonseca, Diego. «Tú». Facebook, página personal, 4 de noviembre de 2016. https://bit.ly/3CVzqPk

4 George W. Bush Presidential Center. «Europe's 21st Century Challenge is Defining "The People"». Entrevista con Ivan Krastev, 21 de julio de 2020. https://bit.ly/3uhWBAk

5 Meléndez, Carlos y Rovira, Cristóbal. *Political identities: The missing link in the study of populism.* Party Politics, Londres, 2017.

6 Pigna, Felipe. Texto citado. Entrevista con Nicolas Shumway.

7 Fernández, Cristina. «Toda la vida dijeron que nosotros estábamos cerrados al mundo». Twitter de @CFKArgentina, 24 de marzo de 2021. https://bit.ly/3m5LiYv

8 Petit, Mairbort. «Se perdió la capacidad de asombro». Twitter de @mairbortpetit, 22 de junio de 2021. https://twitter.com/maibortpetit/status/1407541323649982465?s=20

9 Budiansky, Stephen. *If a Lion Could Talk: Animal Intelligence and the Evolution of Conciousness.* The Free Press, New York, 1998.

10 Lilla, Mark. *The Once and Future Liberal: After Identity Politics*. HarperCollins, New York, 2017. Pág. 116-117.

11 *Ibid.* Pág. 24.

12 BBC News. «Jair Bolsonaro: Brazil's firebrand leader dubbed the Trump of the Tropics». 31 de diciembre de 2018. https://www.bbc.com/news/world-latin-america-45746013

13 Beltrán, Ulises. «Apoyo abrumador a AMLO; los más pobres le dieron el triunfo». *Excelsior*, 2 de julio de 2018. https://www.excelsior.com.mx/nacional/apoyo-abrumador-a-amlo-los-mas-pobres-le-dieron-el-triunfo/1249582

14 Seltzer, Mark. «Did Brazilians Vote for Jair Bolsonaro Because They Share his Most Controversial Views?». *Brazil Political Science Review*, 15 (1), 2021. https://bit.ly/2Y4TyzK

15 Fonseca, Diego. «Bill me: el fracaso del Explicador en Jefe». *Confidencial*, Managua, 27 de julio de 2016. http://confidencial.com.ni/bill-me-fracaso-del-explicador-jefe/

16 Fonseca, Diego. «El mundo compartido de Donald Manuel López Trump». *The New York Times*, 19 de febrero de 2019. https://nyti.ms/3AR76gt

17 Peruzzotti, Enrique. «Populismo y representación democrática». *El retorno del pueblo. El populismo y nuevas democracias en América Latina*, de Carlos de la Torre y E. Peruzzotti (eds.). Flacso, Quito, 2008. Pág. 109.

18 Applebaum, Anne. *Twilight of Democracy: The Seductive Lure of Authoritarianism*. Doubleday / PenguinRandomHouse, New York, 2020. Pág. 6.

19 Kendall-Taylor, A y Frantz, E. Obra citada. *How Democracies Fall Apart?*

20 Viser, Matt. «Donald Trump relies on a simple phrase: "Believe me"». *Boston Globe*, 24 de mayo de 2016. https://bit.ly/3kPFjaw

21 Mur, Robert. «El populismo divino del presidente salvadoreño amenaza con autogolpe». *La Vanguardia*, 11 de febrero de 2020. https://bit.ly/3CMZ3Sq

22 Aristegui Noticias. «AMLO, el presidente más feminista de la historia: Sandoval; "ironía, lo de lavar trastes", asegura». Ciudad de México, 23 de febrero de 2020. https://bit.ly/3EXzSyz

23 Kimmel, Michael S. «Masculinity as Homophobia. Fear, Shame, and Silence in the Construction of Gender Identity». *Theorizing Masculinities*, de Harry Brod and Michael Kaufman. Thousand Oaks California, 1994. Pág. 129.

24 So, Linda. Texto citado. «Trump may soon have to answer rape allegations under oath».

25 Karem, Brian. «Trump Resumes His "Big Lie' Rallies While Biden Focuses on Getting Things Done». *The Bulwark*, 27 de junio de 2021. https://bit.ly/3F1Vf1Q

26 Borchers, Callum. «The long, strange history of the Donald Trump-Megyn Kelly feud». *The Washington Post*, 27 de enero de 2016. https://www.washingtonpost.com/news/the-fix/wp/2016/01/27/the-long-strange-history-of-the-donald-trump-megyn-kelly-feud/

27 Piccato, Pablo y Finchelstein, Federico. «Trump's Macho Populism». *openDemocracy*, 3 de octubre de 2016. https://www.opendemocracy.net/en/trump-s-macho-populism/

28 *La Razón.* «El izquierdista López Obrador elogia que la mujer se quede en casa». Madrid, 26 de junio de 2020. https://bit.ly/3kONfsW

29 Larraz, Irene. «El lenguaje machista de Rafael Correa». *El País*, 23 de mayo de 2017. https://elpais.com/elpais/2017/05/23/planeta_futuro/1495560980_079621.html

30 Aznarez, Juan Jesús. «Hugo Chávez, un casanova venezolano». *El País*, 21 de septiembre de 2012. https://elpais.com/elpais/2012/09/21/gente/1348244754_473379.html

31 Carrión, Vanessa. «Otra vez los candidatos recurren al discurso vulgar y sexista». *Primicias,* 9 de diciembre de 2020. https://bit.ly/3EVuRq9

El Universo. «Correa califica de "gordita horrorosa" a periodista y de "bestias salvajes"». Quito, 1 de julio de 2007. https://bit.ly/2Y6XFeD

32 De la Torre, Carlos. *Un solo toque: Populismo y cultura política en Ecuador*. Centro Andino de Acción Popular, Quito, 1996. Págs. 32-40.

33 Casullo, María Esperanza. «¿Cuál es la relación entre populismo y feminismo en Sudamérica?». *Oraculus*, México, 7 de marzo de 2019. https://bit.ly/3zOYWDZ

34 Fonseca, Diego. «Papi». En *Voyeur*, de Diego Fonseca. Ediciones Carena, Barcelona, 2019. Pág. 63-66.

35 BBC News. «Ecuador: Correa amenaza con renunciar si despenalizan el aborto». 11 de octubre de 2013. https://bbc.in/3igz1PB

36 Agencia EFE. «El rapero Residente revela la postura de Bukele sobre aborto y matrimonio gay». San Salvador, 26 de marzo de 2020. https://bit.ly/3kNOW9Q

37 Stanley, J. Obra citada. *How Fascism Works.* Pág. 7.

38 Finchelstein, Federico. *From Fascism to Populism in History*. University of California Press, 2017. Pág. 240-246.

39 Phillips, Amber. «"They're rapists." President Trump's campaign launch speech two years later, annotated». *The Washington Post*, 16 de junio de 2017. https://wapo.st/3ANzT5L

40 Stanley, J. Obra citada. *How Fascism Works.* Pág. 7, 130-131.

41 Agencia EFE. «El bulo sobre los miembros de la Manada de Manresa: ni menas ni musulmanes». Madrid, 9 de julio de 2019. https://bit.ly/3kOCExO

42 *Revista Istoé*. «"Não estupro porque você não merece", diz Bolsonaro a Maria do Rosário». YouTube, 9 de diciembre de 2014. https://www.youtube.com/watch?v=LD8-b4wvIjc

43 Uchoa, Pablo. «Jair Bolsonaro: Why Brazilian women are saying #NotHim». BBC News, 21 de septiembre de 2018. https://www.bbc.com/news/world-latin-america-45579635

Rachman, Gideon. «Sex, violence and the rise of populism». *Financial Times*, 1 de octubre de 2018. https://www.ft.com/content/dfcfc632-c552-11e8-8670-c5353379f7c2

44 Maurette, Pablo. *Por qué nos creemos los cuentos. Cómo se construye evidencia en la ficción*. Clave Intelectual, Madrid, 2021. Pág. 78-79.

45 Kakutani, Michiko. *The Death of Truth*. Tim Duggan Books, New York, 2018. Pág. 83-84.

46 Applebaum, Anne. Obra citada. *Twilight of Democracy.* Pág. 6.

47 *Ibid.* Pág. 38.

1 Fonseca, Diego. «No maten al mensajero». *The New York Times*, 27 de noviembre de 2020. https://www.nytimes.com/es/2020/11/27/espanol/opinion/ataques-prensa.html
2 Deutsche Welle Brasil. «A Deutsche Welle comunica que deixa de publicar a coluna quinzenal Periscópio». Twitter de @dw_brasil, 18 de junio de 2020. https://bit.ly/2XY2kPB
3 Bolsonaro, Eduardo. «Parabéns @dw_brasil». Twitter de @BolsonaroSP, 19 de junio de 2020. https://twitter.com/BolsonaroSP/status/1274041953567547394?s=20
4 *Folha de São Paulo*. «Jornal da Igreja Universal publica "sete razões para votar em Dilma"». São Paulo, 1 de noviembre de 2010. https://bit.ly/39MsRSF
5 Antunes-Padilla, Rafael. «The "work of God": the growth of Neo-Pentecostalism in Brazil». En *The Language of 'Authoritarian' Regimes*, 29 de octubre de 2019. https://bit.ly/39MNq1k
6 Goyzueta, Verónica. «El encarcelamiento del alcalde de Rio golpea a la Iglesia Universal». *ABC*, São Paulo, 25 de diciembre de 2020. https://bit.ly/3F0kHEQ

Figueiredo, Pedro. «Bolsonaro convida Crivella para ser embaixador do Brasil na África do Sul», *G1*, Rio de Janeiro, 8 de junio de 2021. https://glo.bo/3igoaW6
7 *Clarín*. «Jair Bolsonaro le otorgó pasaporte diplomático a un líder evangelista». 15 de abril de 2019. https://bit.ly/39IR38z
8 Martos, Rafael. «Política y religión en Brasil». *La Vanguardia*, 25 de abril de 2019. https://bit.ly/3ok0ofx
9 Phillips, Don. «Bolsonaro to abolish human rights ministry in favour of family values». *The Guardian*, 10 de diciembre de 2018. https://bit.ly/3idkB2R
10 Latinoamérica 21. «El populismo religioso se inserta en la política de América Latina». *El Observador*, 1 de febrero de 2018. https://bit.ly/3F1CzPq
11 Zúquete, José Pedro. «Populism and Religion». *The Oxford Handbook of Populism*, de Cristóbal Rovira Kaltwasser, Paul Taggart, Paulina Ochoa Espejo y Pierre Ostiguy (eds.). Octubre-noviembre de 2017. Pág. 17.
12 Salinas Maldonado, Carlos. «La represión de Ortega tensa la relación con la Iglesia de Nicaragua». *El País*, 19 de noviembre de 2019. https://bit.ly/3CXofG5
13 Agencia EFE. «Iglesia Católica ha sido atacada 24 veces en 20 meses en Nicaragua, según ONG». *La Vanguardia*, 2 de agosto de 2020. https://bit.ly/3kMpmls
14 Estepa, Héctor. «Ortega: Una revolución cristiana y contra el aborto

terapéutico». *El Mundo*, 5 de noviembre de 2011. https://bit.ly/3ANqvPt

15 Zanatta, Loris. «La pesadilla latinoamericana del "populismo jesuita"». *La Nación*, 12 de marzo de 2020. https://bit.ly/3ig6SbD

16 Salinas Maldonado, Carlos. Obra citada. «La represión de Ortega tensa la relación con la Iglesia de Nicaragua»

17 Coyne, Daniel. «Populism and Religion: A Conclusion». *LSE*, 12 de febrero de 2019. https://bit.ly/3ofyYaP

18 Watterson, Bill. «Calvin and Hobbes», 14 de octubre de 1993.

19 Fonseca, Diego. «Te doy una canción». *Revista El Estornudo*, La Habana, 26 de noviembre de 2016. https://revistaelestornudo.com/te-doy-una-cancion/

20 Sironneau, Jean-Pierre. *Sécularisation et religions politiques*. Mouton Éditeur, París, 1982.

21 Gentile, Emilio. *Politics As Religion.* Princeton University Press, Princeton, 2006.

Godin, Christian. «Qu'est-ce que le populisme?,» *Cités*, 49(1), 2012. Pág. 11–25.

Gregor, A. James. *Totalitarianism and Political Religion: An Intellectual History*. Stanford University Press, Palo Alto, 2012.

Hofstadter, Richard. *The Paranoid Style in American Politics and Other Essays.* Harvard University Press, Cambridge, 1996.

22 Zúquete, José Pedro. Texto citado. «Populism and Religion». Pág. 11.

23 Krauze, Enrique. *El pueblo soy yo*. Debate, Ciudad de México, 2018.

24 Shirer, William L. *The Journal of a Foreign Correspondent.* «Reactions to the Nazi Party Rally at Nuremberg, 1934», págs. 18-23. Knopf, New York, 1941.

25 Wiesner-Hanks, Merry E.; Evans, Andrew D.; Wheeler, William Bruce; Ruff, Julius. *Discovering the Western Past, Volume II: Since 1500*. Cengage Learning, Boston, 2014.

26 Díaz de Brito, Pablo. «Fidel fue un católico integrista que quiso construir el Reino de Dios». *La Capital*, Rosario, 12 de septiembre de 2020. https://bit.ly/2ZE72Dc

27 Gentile, Emilio. «Fascism as Political Religion». *Journal of Contemporary History*. Vol. 25, Nº 2/3, mayo-junio de 1990. Pág. 229-251

28 Porretti, José. «Religión bolivariana: los rituales de Hugo Chávez y Nicolás Maduro inspirados en la brujería, la superstición y la santería cubana». *Infobae*, 4 de agosto de 2019. https://bit.ly/3m484Qh

29 Aron, Raymond. *L'homme contre les tyrans*, Gallimard, París, 1946.

30 Jackson, Paul. «Political religions and fascism». *openDemocracy*, 29 de julio de 2019. https://bit.ly/3ieri4S

31 Gentile, Emilio en «Political religions and fascism», de Paul Jackson. Obra citada.

32 Beauregard, Luis Pablo. «López Obrador abre la puerta de su gobierno a los evangélicos». *El País*, 22 de marzo de 2019. https://bit.ly/3ARd68T

33 Flores Contreras, Ezequiel. «AMLO se declara cristiano y dice: hay quienes son seguidores de Cristo, pero no siguen su ejemplo». *Proceso*, 4 de junio de 2021. https://www.proceso.com.mx/nacional/2021/6/4/amlo-se-declara-cristiano-dice-hay-quienes-son-seguidores-de-cristo-pero-no-siguen-su-ejemplo-265244.html

34 Krauze, Enrique. «El mesías tropical». *Letras Libres*, 30 de junio de 2006. https://bit.ly/3CSSi1t

35 *Ibid.*

36 BBC Mundo. «Visita del Papa a Cuba: ¿por qué Francisco le regaló a Fidel Castro un libro de Armando Llorente?». 21 de septiembre de 2015. https://bbc.in/3ETQqYh

37 Zanatta, Loris. *Fidel Castro, el último rey católico*. Edhasa, Buenos Aires, 2020. Pág. 23.

38 Oppenheimer, Andrés. «Populismo religioso en América Latina». *El Periódico*, 16 de noviembre de 2016. https://bit.ly/3kPJaV2

39 Zampano, Giada. «Giorgia Meloni is rising star on Italy's far-right stage». AP, 17 de octubre de 2019. https://apnews.com/article/fa37b62daab246f2a9ccb0887284aaee

40 Zúquete, José Pedro. Texto citado. «Populism and Religion».

41 Hughes, Ceri. «Appealing to evangelicals, Trump uses religious words and references to God at a higher rate than previous presidents». *The Conversation*, 13 de octubre de 2020. https://bit.ly/2Y8e4iX

42 Nolan, Rachel. «Cash Luna y su nave especial en la colina». *El Faro,* San Salvador, 13 de mayo de 2018. https://bit.ly/39K1k4l

43 Pew Research Center. «Religious Landscape Study». Washington, DC. https://pewrsr.ch/3kLS1Hl

The Economist. «The evangelical divide». 14 de octubre de 2017. https://econ.st/3F2VdXa

44 Zúquete, José Pedro. Texto citado. «Populism and Religion».

45 Ioffe, Julia. «Apocalypse Now: Survivalists Dig in for November 9». *Politico*, 8 de noviembre de 2016.https://politi.co/3kNPOLR

46 Zanatta, Loris. Obra citada. *Fidel Castro, el último rey católico.* Pág. 23 y 24.

47 Anderson, Jon Lee. «The Fall of Evo Morales». *The New Yorker*, 16 de marzo de 2020. Edición en papel del 23 de marzo de 2020. https://www.newyorker.com/magazine/2020/03/23/the-fall-of-evo-morales

48 Taj, Mitra. «Keiko asks God for help». Twitter de @mitrataj, 26 de junio de 2021. https://bit.ly/3kLUzFp

49 Hutter, Manfred. «Manichaeism». *The Brill Dictionary of Religion*, Vol. 2. Brill, Leiden, 2016. Pág. 1142–4.

50 La Baldrich TV. «Discurso de Perón el 17 de octubre de 1945».

YouTube, 6 de agosto de 2014. https://www.youtube.com/watch?time_continue=93&v=t96MqZB2geI&feature=emb_logo

51 Collins, John J. *The Apocalyptic Imagination: An Introduction to Jewish Apocalyptic Literature*. Eerdmans, Grand Rapids, 1998. Pág. 6.

52 Gilbert, David. «This QAnon Militia of Ex-Cops and Soldiers Is Training "Patriots" for Revolution». *Vice*, 18 de junio de 201. https://www.vice.com/en/article/4avnxn/qanon-militia-of-ex-cops-and-soldiers-is-training-patriots-for-revolution

53 Hyde, Marina. «A dangerous cult now runs Britain – the worshippers at the Temple of Johnson». *The Guardian*, 28 de mayo de 2021. https://bit.ly/3iz35GD

54 Viser, Matt. Obra citada. «Donald Trump relies on a simple phrase: "Believe me"».

55 *Politico*. «Full text: Donald Trump 2016 RNC draft speech transcript». 21 de julio de 2016. https://politi.co/3AQ5UtS

56 Appelbaum, Yoni. «I Alone Can Fix It». *The Atlantic*, 21 de julio de 2016. https://bit.ly/3zO87Vk

57 *Ibid.*

58 CNN Politics. «Winfrey tells Iowa crowd: Barack Obama is "the one"». 8 de diciembre de 2007. http://www.cnn.com/2007/POLITICS/12/08/oprah.obama/

59 Harnecker, Marta. «Hugo Chávez Frías: Un hombre, un pueblo». Editorial Tercera Prensa, San Sebastián, 2002.

60 Susi Sarfati, Salomón. *Pensamientos del Presidente Chávez*. Ediciones Correo del Orinoco, Caracas, 2011.

61 *Perfil*. «En La Matanza, Cristina Kirchner comparó a Néstor con una mariposa». Buenos Aires, 13 de diciembre de 2019. https://bit.ly/2Y6oDmM

62 *El Heraldo*. «Chávez se me apareció en forma de pajarito: Maduro». YouTube, 2 de abril de 2013. https://www.youtube.com/watch?v=qv5dAqSS0XU

63 *ABC*. «Otro pajarito "se le aparece" a Maduro y le dice que Chávez "está feliz"». 29 de julio de 2014. https://bit.ly/3m3XLMk

64 Hunston, Susan. «Donald Trump and the language of populism». University of Birmingham. https://bit.ly/3AOKHjL

65 Fonseca, Diego. «La república bananera de Donald Trump». *The New York Times*, 10 de octubre de 2016. http://www.nytimes.com/es/2016/10/10/la-republica-bananera-de-donald-trump/

66 Fonseca, Diego. «El país donde las armas llevan el apellido del presidente». *OjoPúblico*, 7 de junio de 2020. https://bit.ly/2Y6p6p2

67 *Ibid.*

68 Oppenheimer, Andrés. Texto citado. «Populismo religioso en América Latina».

69 Zanatta, Loris. Texto citado. «¿Tiene remedio el populismo en América

Latina?» https://www.nytimes.com/es/2021/05/11/espanol/opinion/populismo-america-latina.html

70 Cardenal, Ernesto. «La revolución silenciada». *América Latina en movimiento*. Caracas, 11 de enero de 2005. https://www.alainet.org/fr/node/111169

71 Susi Sarfati, Salomón. Obra citada. *Pensamientos del Presidente Chávez.*

72 CNN. «2006: Chavez calls Bush "the devil"». YouTube, 5 de marzo de 2013. https://bit.ly/3zMPdhx

73 Chávez, Hugo. «Selección de discursos del presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Tomo VII.» Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 2005. Pág. 721–2.

74 Andreo, Alberto. «El culto a Hugo Chávez crece en Venezuela de forma imparable». *Noticias de Guipuzkoa*, 5 de septiembre de 2014. https://bit.ly/3ui7P7U

75 AP News. «Controversy in Venezuela over Chavez prayer». Caracas, 5 de septiembre de 2014. https://apnews.com/article/b642ec3b5ff24956a3589bc64e5377e4

76 Agencia EFE. «El "Chaveznuestro": Venezuela reza a Hugo Chávez como a un dios». *El Huffington Post*, 2 de septiembre de 2014. https://bit.ly/3CTTt0J

77 Brennan, Jason. *Against Democracy*. Princeton University Press, Princeton, 2016. Pág. 24.

78 Somin, Ilya. *Democracy and Political Ignorance: Why Smaller Government Is Smarter*. Stanford Law Books/Stanford University Press, Palo Alto, 2013. Pág. 17.

79 Romano, Andrew. «How Ignorants Are Americans?». *Newsweek*, 20 de marzo de 2011. https://www.newsweek.com/how-ignorant-are-americans-66053

80 *El Faro*. «El Departamento de Estado de #EEUU hizo pública su Lista de Actores Corruptos y Antidemocráticos». Twitter de @_elfaro_, 1 de julio de 2021. https://twitter.com/_elfaro_/status/1410631158447194114?s=27

81 Sánchez, Rafael. «Los ojos de Chávez: Posverdad y populismo en Venezuela». *Revista Nexos*, 1 de febrero de 2018. https://www.nexos.com.mx/?p=35918#ftnref9

82 Vargas Llosa, Mario. *EI pez en el agua*. Seix Barral, Barcelona, 1993. Pág.173.

83 Zúquete, José Pedro. Texto citado. «Populism and Religion».

84 Wallnau, Lance. Web personal. https://lancewallnau.com/

85 Rabey, Steve. «Charis Bible College graduate entered U.S. Capitol during Jan. 6 attack». *The Gazette*, 23 de febrero de 2021 y 27 de marzo de 2021. https://bit.ly/3CYFua1

86 Sikora, Krysia. «Religion and Populism Are Critical Challenges for Media Worldwide, Scholar John Fea and Journalist Kalpana Jain Say».

Berkley Center for Religion, Peace & World Affairs, Georgetown University, Washington, DC, 10 de marzo de 2021. https://bit.ly/3EXN72f

7 · LENGUAJE Y PROPAGANDA
The Happening, Leonard Cohen y la Rusia de Churchill

1 Snyder, Timothy. «10 Things You Need to Know About the Big Lie That Threatens to Tear Apart Our Democracy». *GEN*, 13 de enero de 2021. https://bit.ly/3ohhZVh
2 Fonseca, Diego. «El miedo —and The Big Lie». *Animal Político*, 26 de enero de 2017. https://bit.ly/39KGOkk
3 Lakoff, George. *The Political Mind*. Penguin, New York, 2009.
4 Dittert, Annette. «The politics of lies: Boris Johnson and the erosion of the rule of law». *NewStateman*, 15 de julio de 2021. (Original en *Blätter*.) https://www.newstatesman.com/politics/uk/2021/07/politics-lies-boris-johnson-and-erosion-rule-law
5 Morrison, Toni. Nobel Lecture. The Nobel Prize, Estocolmo, 1993. https://bit.ly/2Y7FSnJ
6 *The New York Times*. «Transcript: Donald Trump Expounds on His Foreign Policy Views». 26 de marzo de 2016. https://www.nytimes.com/2016/03/27/us/politics/donald-trump-transcript.html
7 Fonseca, Diego. «Viaje al realismo sucio de Trump (parte 1/3)». *Nómada*, 22 de noviembre de 2016. https://nomada.gt/pais/viaje-al-realismo-sucio-de-trump/
8 Arendt, Hannah. «Truth and Politics». *Philosophy Politics and Society,* Third Series, de Peter Lasiert y W. G. Runciman (eds.). Basil Blackwell, Oxford, 1969. Pág. 104–133
9 Arendt, Hannah. *The Origins of Totalitarianism.* Harcourt, Brace, Jovanovich, New York. Primera edición, 1973. Pág. 382.
10 Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal. *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*. Verso, Londres. Segunda edición, 2001.
11 Jursich, Mario. «El poder de la gramática». En *Crecer a golpes. Crónicas y ensayos de América Latina a cuarenta años de Allende y Pinochet*, de Diego Fonseca (ed.). CA Press/Penguin Group, New York, 2013. Pág. 103-105, 113.
12 *Ibid.* Pág. 119.
13 Lombo, Juan Sebastián. «Los eufemismos en el conflicto: una estrategia de larga data». *El Espectador*, 27 de agosto de 2020. https://bit.ly/3odpdKb
14 Presidencia de la República de Colombia. «Presidente Uribe destaca logros de Seguridad Democrática sin sacrificar ampliación de

coberturas sociales». Secretaría de Prensa, 20 de julio de 2009. http://historico.presidencia.gov.co/sp/2009/julio/20/13202009.html

15 BBC News. «Falsos positivos en Colombia: los miles de civiles que fueron asesinados por el ejército durante la guerra». 18 de febrero de 2021. https://bbc.in/2XUhV2X

16 Mudde, Cas. Texto citado. «The Populist Zeitgeist».

17 Fonseca, Diego. Texto citado. «La república bananera de Donald Trump».

18 De la Torre, Carlos. Obra citada. *Un solo toque.* Pág. 38.

19 Sartori, Giovanni. *Parties and Party Systems: A Framework for Analysis*. ECPR Press, Colchester, 2005. Publicación original de ECPR, 1976. Pág. 205-206.

20 McKernan, Bethan. «From reformer to "New Sultan": Erdoğan's populist evolution». *The Guardian*, 11 de marzo de 2019. https://bit.ly/3unqHCK

21 Maerz, Seraphine F. Obra citada. Pág. 1 a 23.

22 Sacks, Harvey. «16 - On doing "being ordinary"». University of California, Irvine. Editado por J. Maxwell Atkinson, 1984.

23 Pels, Dick. «Chapter 3: Aesthetic Representation and Political Style: Re-Balancing Identity and Difference in Media Democracy». En *Media and the Restyling of Politics: Consumerism, Celebrity and Cynicism.* SAGE Publications, 19 de junio de 2012. https://bit.ly/3lZZthC

24 *Ibid.*

25 Higgins, Michael. *Governmentality, populism and empowerment: David Cameron's rhetoric of the big society*. Routledge, Abingdon, 2013. Pág. 58–70.

26 *The Economist.* «Voters should curb Mexico's power-hungry president». 29 de mayo de 2021. https://econ.st/39Kcd6d

27 Villamil, Jenaro. «Alguna vez habrá pedido disculpas a sus lectores y a los mexicanos @TheEconomist». Twitter de @jenarovillamil, 29 de mayo de 2021. https://bit.ly/3zRdBP7

28 Villamil, Jenaro. «The Economist le tunde más a Peña». Twitter de @jenarovillamil, 6 de septiembre de 2016. https://twitter.com/jenarovillamil/status/773251494669803520?s=20

29 *El Financiero.* «AMLO, "falso Mesías de México": La portada de The Economist de la que todo mundo hablará». 27 de mayo de 2021. https://bit.ly/3EZ4qQr

30 *El Soberano.* «Portada. Patria y Dignidad. El Gran Caudillo». Twiiter de @elsoberano_mx, 28 de mayo de 2021. https://twitter.com/elsoberano_mx/status/1398247687653265414

31 Arendt, Hannah. Obra citada. *Totalitarianism: Part Three of The Origins of Totalitarianism*.

32 Skidmore, Max J. Obra citada. «Populism and its perils»

33 *Ibid.*

34 The Graduate School of Political Management. «Public Relations and Propaganda Techniques». The George Washington University, Washington, DC. https://bit.ly/3ujOtzf

SMU. «Institute for Propaganda Analysis». Dedman College of Humanities & Sciences, Department of Physics. Dallas, Texas. https://bit.ly/3oazMxA

35 *Milenio Digital*. «Si ésta es la cuarta ¿cuáles son las otras 3 transformaciones?». Ciudad de México, 23 de noviembre de 2018. https://bit.ly/3kNg6O8

36 Wikipedia. List of nicknames used by Donald Trump. https://bit.ly/3ifVv3k

37 Kazin, Michael. *The Populist Persuasion: An American History*. Cornell University Press, Ithaca, NY. Edición revisada, 2017.

38 Loftin, Kaspar. «From Rivaldo to Ronaldinho: Why Brazil's football legends have endorsed Jair Bolsonaro». *I News*, 24 de octubre de 2018. https://bit.ly/39IdKtp

39 Domínguez, Pedro. «Sólo 10 intelectuales nos apoyan: AMLO; "el resto fue cooptado con becas y contratos"». *Milenio*, 26 de abril de 2021. https://bit.ly/3of9Gtf

40 Embury-Dennis, Tom. «US states consider laws allowing Creationism to be taught by science teachers». *Independent*, 16 de marzo de 2017. https://bit.ly/3uhuvFo

41 Mayer, Jane. *Dark Money. The Hidden History of the Billionaires Behind the Rise of the Radical Right*. Doubleday, New York, 2016. Pág. 159-161.

42 Rudner, Jordan. «Lamar Smith's Climate Views Win Flat Earth Award». *Texas Tribune*, 7 de diciembre de 2015. https://bit.ly/3izeHcH

43 Skidmore, Max J. Obra citada. «Populism and its perils».

44 Nichols, Tom. *The Death of Expertise: The Campaign Against Established Knowledge and Why it Matters*. Oxford University Press, Oxford, 2017; Pág. 4-5.

45 Hameleers, Michael; Bos, Linda, de Vreese, Claes H. «They did it: The effects of emotionalized blame attribution in populist communication». *Communication Research*, vol. 44 (6), 2017. Pág. 870-900. https://journals.sagepub.com/doi/10.1177/0093650216644026

46 Siebert, Fred S; Peterson, Theodore; Schramm, Wilbur. *Four Theories of the Press: The Authoritarian, Libertarian, Social Responsibility, and Soviet Communist Concepts of What the Press Should Be and Do*. University of Illinois Press, Champaign, edición de 1984. Pág. 16.

47 Doob, Leonard W. «Goebbels' Principles of Propaganda». *Public Opinion Quarterly*, 1950. Pág. 419-442

48 McDonnell, Duncan; Ondelli, Stefano. «We compared the language of populist leaders with their mainstream opponents – the results were unexpected». *The Conversation*, 1 de noviembre de 2020. https://bit.ly/2Y0tHcw

49 Haberman, Maggie y Parker, Ashley. «Donald Trump Prepares for White House Move, but His Tower May Still Beckon». *The New York Times*, 11 de noviembre de 2016. https://nyti.ms/3zMY56P
50 Arriaga, Marx. «Aquí el texto completo. . .». Twitter de @MarxArriaga, 30 de julio de 2021. https://bit.ly/3m5FNZM
51 *Ibid.*
52 *Ibid.*
53 Aguilar Sosa, Yanet. «"Leer por goce, acto de consume capitalista", afirma Marx Arriaga». *El Universal,* 29 de julio de 2021. https://bit.ly/3urLhSs
54 Arriaga, Marx. Texto citado. «Aquí el texto completo. . .».
55 Käfer, Armin. «How Authoritarian Regimes Create a Climate of Fear». Robert Bosch Stiftung, febrero de 2018. https://bit.ly/39MLshI
56 Lewis, Michael. «Has Anyone Seen the President?» *Bloomberg*, 9 de febrero de 2018. https://www.bloomberg.com/opinion/articles/2018-02-09/has-anyone-seen-the-president
57 Agencia EFE. «AMLO miente hasta 80 veces en cada conferencia: informe de ONG». *Forbes México*, 15 de abril de 2021. https://www.forbes.com.mx/politica-amlo-miente-80-veces-conferencia-informe/
58 Ortuño, Antonio. «El imperio de la mentira». *El País*, 18 de abril de 2021. https://elpais.com/mexico/opinion/2021-04-19/el-imperio-de-la-mentira.html
59 Hines, Andrew. «How to understand the language of political populism». *The Conversation*, 6 de abril de 2017. https://bit.ly/39JqIai
60 Halperin, Fernando. «Claves para entender el caso Papel Prensa». *Chequeado*, 27 de agosto de 2010. https://chequeado.com/el-explicador/claves-para-entender-el-caso-papelprensa/
61 Becerra, Martín y Mastrini, Guillermo. «Políticas de medios del kirchnerismo. Análisis de las políticas de comunicación 2003-2015 y agenda pendiente». Friedrich Ebert Stiftung, Nº 13, 2016. https://library.fes.de/pdf-files/bueros/argentinien/12821.pdf
62 McLeod, Beverly A. y Genereux, Randy L. «Predicting the acceptability and likelihood of lying: The interaction of personality with type of lie». *Personality and Individual Differences*, vol. 45, Issue 7, 2008. Pág. 591-596. https://doi.org/10.1016/j.paid.2008.06.015.
63 Meyer, Pamela. «How to spot a liar». TEDGlobal 21, julio de 2011. https://www.ted.com/talks/pamela_meyer_how_to_spot_a_liar?language=en
64 Barbaro, Michael. «Is Lying Trump's Strategy?» *The New York Times*, 20 de septiembre de 2016. https://www.nytimes.com/2016/09/20/podcasts/is-lying-trumps-strategy.html
65 *The Recount*. «Trump: "If you say it long enough, hard enough, often enough, people will start to believe it."» Twitter de @therecount, 7 de

julio de 2021. https://twitter.com/therecount/status/1412804087859617794?s=27

66 Orwell, George. «Politics and the English Language». The Orwell Foundation. https://bit.ly/2XZsGBr

67 CNN. «Rumsfeld / Knowns». YouTube, 1 de abril de 2016. https://bit.ly/3ojTlU6

68 Morán Breña, Carmen. «El presidente de México estrena su espacio contra los medios de comunicación llamándolos "corruptos, rastreros e integristas"». *El País*, 30 de junio de 2021. https://bit.ly/3zSWIDE

69 Casa Rosada. «Homenaje a víctimas del bombardeo a Plaza de Mayo». Presidencia de Argentina, Buenos Aires, 17 de junio de 2008. https://bit.ly/2XToWkn

70 Universidad Torcuato di Tella. «Ejecutivos aprenden oratoria con los discursos de Cristina como modelo». Buenos Aires, 24 de diciembre de 2011. https://bit.ly/2XY3zP2

71 Skidmore, Max J. Obra citada. «Populism and its perils».

72 *La Vanguardia.* «Obama carga contra las noticias falsas: "Si no podemos discriminar entre argumentos serios y propaganda, tenemos un problema"». 18 de noviembre de 2016. https://bit.ly/3AS1Xoi

73 Nichols, Tom. Obra citada. *The Death of Expertise.* Pág. 100-124.

74 Zanatta, Loris. Texto citado. «¿Tiene remedio el populismo en América Latina?»

75 Nichols, Tom. Obra citada. *The Death of Expertise.* Pág. 137-138.

76 Agencia EFE. «Justicia respalda prohibir las marchas del 8M en Madrid debido a la pandemia». Deutsche Welle, 7 de marzo de 2021. https://bit.ly/2XZJ4C1

77 Fonseca, Diego. «El desastre del líder intuitivo». *The New York Times*, 11 de junio de 2020. https://nyti.ms/3zMgTTH

78 Henley, John y de Jong, Eleanor. «Are female leaders more successful at managing the coronavirus crisis?». *The Guardian*, 25 de abril de 2020. https://bit.ly/3ii0QHw

79 Matthews, Alex. «Coronavirus: 5 things New Zealand got right». Deutsche Welle, 8 de junio de 2020. https://www.dw.com/en/jacinda-ardern-leadership-in-coronavirus-response/a-53733397

80 BBC News. «Coronavirus en Brasil: renuncia el segundo ministro de Salud en un mes en medio del repunte de covid-19». 16 de mayo de 2020. https://bbc.in/3iinejR

81 RTVE Noticias. «Brasil ya es el segundo país del mundo con más contagiados por Coronavirus». YouTube, 8 de junio de 2020. https://www.youtube.com/watch?v=Eqjn5LEJXi4

82 Reality Check Team. «Coronavirus: Trump's disinfectant and sunlight claims fact-checked». BBC News, 24 de abril de 2020. https://www.bbc.com/news/world-us-canada-52399464

83 Morán Breña, Carmen. «México inicia la vuelta a la normalidad más

confusa». *El País*, 1 de junio de 2020. https://bit.ly/3ARAC5J

84 Hsiang, S., Allen, D., Annan-Phan, S. *et al.* «The effect of large-scale anti-contagion policies on the COVID-19 pandemic». *Nature* #584, 2020. Pág. 262–267. https://doi.org/10.1038/s41586-020-2404-8

85 Duhigg, Charles. «Seattle's leaders let scientists take the lead. New York's did not». *The New Yorker*, 26 de abril de 2020. https://bit.ly/2XTtoQ7

86 Gibney, Elisabeth. «Whose coronavirus strategy worked best? Scientists hunt most effective policies». *Nature*, 27 de abril de 2020. https://www.nature.com/articles/d41586-020-01248-1

87 Ward, Alex. «How Spain's coronavirus outbreak got so bad so fast — and how Spaniards are trying to cope». *Vox*, 20 de marzo de 2020. https://bit.ly/3m0e7Fq

Greer, Scott L. «How Did the E.U. Get the Coronavirus So Wrong?». *The New York Times*, 6 de abril de 2020. https://www.nytimes.com/2020/04/06/opinion/europe-coronavirus.html

Winfield, Nicole. «Many failures combined to unleash death on Italy's Lombardy». AP, 25 de abril de 2020. https://apnews.com/de2794327607a3a67ed551f0b6b71404

88 Fonseca, Diego. «El México de AMLO no puede estar feliz feliz feliz». *The New York Times*, 1 de septiembre de 2019. https://nyti.ms/2Y6ILFm

89 Raziel, Zedryk. «Recorte de 75% compromete pagos de servicios básicos del gobierno y arriesga inversiones en salud y ciencia». *Animal Político*, 1 de junio de 2020. https://www.animalpolitico.com/2020/06/recorte-75-gasto-corriente-pago-servicios-gobierno/

90 Hassan, Jennifer y O'Grady, Siobhán. «Female world leaders hailed as voices of reason amid the coronavirus chaos». *The Washington Post*, 20 de abril de 2020. https://wapo.st/2Y9Qfrd

91 González Díaz, Marcos. «Coronavirus en México: las críticas a AMLO por seguir besando y abrazando a sus seguidores pese a las advertencias sanitarias frente al covid-19». BBC News, 17 de marzo de 2020. https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-51921323

92 Perraudin, Frances. «"It will cost lives": experts decry UK government's mixed Covid-19 messaging». *The Guardian*, 11 de mayo de 2020. https://www.theguardian.com/world/2020/may/11/it-will-cost-lives-experts-decry-uk-governments-mixed-covid-19-messaging

Wetsman, Nicole. «Masks may be good, but the messaging around them has been very bad». *The Verge*, 3 de abril de 2020. https://bit.ly/3zSDgqy

93 González, Mario. «López Obrador: Muy pronto habrá abrazos y besos en todas las plazas de México». CNN En Español, 31 de marzo de 2020. https://cnn.it/3a02YPH

Pilkington, Ed. «How science finally caught up with Trump's playbook—with millions of lives at stake». *The Guardian*, 4 de abril de 2020. https://www.theguardian.com/us-news/2020/apr/04/trump-coronavirus-science-analysis

94 France 24. «Despite praise for Covid-19 response, Taiwan barred from WHO assembly». 18 de mayo de 2020. https://www.france24.com/en/20200518-despite-praise-for-covid-19-response-taiwan-barred-from-who-assembly

Jones, Chuck. «Trump's Deficits Are Racing Past Obama's». *Forbes*, 1 de febrero de 2020. https://www.forbes.com/sites/chuckjones/2020/02/01/trumps-deficits-are-racing-past-obamas/#6f2368a54819

95 Fonseca, Diego. «Los Estados Unidos de Vladimir Trump». Anfibia, 2016. https://bit.ly/3CTE6Fr

8 · LA MITIFICACIÓN
Hubo un tiempo en que fui hermoso

1 Sánchez-Vallejo, María Antonia. «*Peter Brown*: "*Peor que olvidar la historia* es retorcerla para avivar el resentimiento"». *El País*, 7 de mayo de 2021. https://bit.ly/2Y7tMuS

2 Orwell, George. «Notes on Nationalism». The Orwell Foundation. https://bit.ly/3kOmgOb

3 Shumway, Nicolas. *La invención de la Argentina. Historia de una idea*. Emecé, Buenos Aires, 2005. Pág. 14-15.

4 Cardenal, Ernesto. Texto citado. «La revolución silenciada».

5 George W. Bush Presidential Center. Texto citado. Entrevista a Ivan Krastev.

6 Schwarz, Jon. «Ilhan Omar and "moral equivalence," a term of propaganda invented in the 1980s». *The Intercept*, 24 de junio de 2021. https://bit.ly/2XXLkJf

7 Sánchez, Rafael. Texto citado. «Los ojos de Chávez».

8 Sánchez-Vallejo, María Antonia. Texto citado. «*Peter Brown*: "*Peor que olvidar la historia. . .*».

9 Salinas Maldonado, Carlos. «*Bukele provoca indignación en El Salvador tras calificar* de "farsa" los acuerdos de paz». *El País*, 25 de enero de 2021. https://bit.ly/3kMEMWY

10 Grillo, Ioan. «¿Nayib Bukele será el próximo autócrata de América Latina?». *The New York Times*, 6 de mayo de 2021. https://nyti.ms/39K4Qf1

11 Gobierno de México. «El Cardenismo y su influencia en el modelo agropecuario del Gobierno de México». Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural. https://bit.ly/2Y8EPUr

12 Gobierno de México. «Héroes nacionales serán ejemplo para los

servidores públicos de la 4T: Presidente AMLO». https://bit.ly/3ESIdn0

13 INEGI. Esperanza de vida en México. https://bit.ly/2Yc6hka

14 Glaeser, Edward L.; di Tella, Rafael; Llach, Lucas. «Introduction to Argentine exceptionalism». Latin American Economic Review, 27:1, 2018. DOI 10.1007/s40503-017-0055-4

Financial Times. «Argentina: The superpower that never was». 22 de mayo de 2009. https://on.ft.com/3ukdsCx

15 Applebaum, Anne. Obra citada. *Twilight of Democracy*. Pág. 74-75.

16 Cara-Walker, Ana. «Cocoliche: The Art of Assimilation and Dissimulation among Italians and Argentines». *Latin American Research Review*; vol. 22, Nº 3. The Latin American Studies Association, 1987. Pág. 37-67. https://www.jstor.org/stable/2503401

17 Altamirano, Carlos. «La fundación de la literatura argentina». En *Carlos Altamirano – Beatriz Sarlo, Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Ariel, Buenos Aires, 1997. Pág. 201-208.

Díaz, Claudio. *Variaciones sobre el ser nacional. Una aproximación sociodiscursiva al folklore argentino.* Recovecos, Córdoba, 2009.

Ludmer, Josefina. *El género gauchesco*. *Un tratado sobre la patria*. Sudamericana, Buenos Aires, 1988.

18 *Animal Político*. «AMLO pide no estigmatizar a comunidades indígenas por venta de niñas; 'es clasista y racista', dice». 22 de mayo de 2021. https://bit.ly/2XUJ1Hd

19 Theron-Lee Rench, Adam. «White, Rural, and Poor: On the Politics of Non-Identity». The Brooklyn Rail, julio-agosto de 2016. http://www.brooklynrail.org/2016/07/field-notes/white-rural-and-poor

20 De Hoyos Walther, Gustavo. «Muchos empresarios me han preguntado como hablarles a sus colaboradores». Twitter de @gdehoyoswalther, 23 de mayo de 2021. https://bit.ly/3EXaHfr

21 *Ibid.*

22 Hernández M., Citlalli. «Mis primeras reflexiones sobre los resultados del proceso electoral 2021». Twitter de @CitlaHM, 7 de junio de 2021. https://bit.ly/2ZEXlV3

23 Ferriz H., Pedro. «La realidad de la CDMX». Twitter de @pedroferriz3, 7 de junio de 2021. https://bit.ly/3APfNrz

24 Lipka, Michael. «Americans' faith in God may be eroding». Pew Research Center, 4 de noviembre de 2015. https://pewrsr.ch/3kV7Wn7

25 Newport, Frank. «In U.S., 42% Believe Creationist View of Human Origins». Gallup, 2 de junio de 2014. http://www.gallup.com/poll/170822/believe-creationist-view-human-origins.aspx

26 Wieseltier, Leon. «Stay angry. That's the only way to uphold principles in Trump's America». *The Washington Post*, 11 de noviembre de 2016. https://wapo.st/3kPyDcC

27 Griffin, Roger. «Fascism's Myth: The Nation». En *Fascism*; Oxford

University Press, Oxford, 1995. Pág. 43-44.
28 Rieff, David. «The cult of memory: when history does more harm than good». *The Guardian*, 2 de marzo de 2016. https://bit.ly/3m1xVZc
29 *Ibid.*

9 · SUJETOS POLÍTICOS
El movimiento es permanente

1 Acuña, Carlos H. y Chudnovsky, Mariana. *El sistema de salud en Argentina.* UDESA, Buenos Aires, 2002.
2 Ostiguy, Pierre. «Peronism and Antiperonism: Social-Cultural Bases of Political Identity in Argentina». *Paper* en LASA, Guadalajara, 18 de abril de 1997. https://bit.ly/3kQ2K3S
3 Miranda Aburto, Wilfredo / Divergentes. «Un "espía" en cada esquina de Nicaragua». *Revista Gato Encerrado*, 23 de febrero de 2021. https://bit.ly/3onLxR8
4 Casullo, María Esperanza. «Argentina: del bipartidismo a la "democracia peronista"». NUSO, Nº 258, agosto de 2015. https://bit.ly/3CTlQvV
5 Agencia EFE. «Evo Morales llama a pueblos indígenas a combatir el capitalismo y el colonialismo». *El Comercio*, 25 de abril de 2017. https://bit.ly/3mawJ5E

Madrid, Raúl L. «The Rise of Ethnopopulism in Latin America». *World Politics*, 2008. Pág. 475-508. https://www.jstor.org/stable/40060205?seq=1

European Center for Populism Studies. «Ethno-Populism». https://bit.ly/2Y0mPfd
6 Gómez Sarmiento, Isabella. «How Evo Morales Made Bolivia A Better Place. . . Before He Fled The Country». National Public Radio, 26 de noviembre de 2019. https://n.pr/3kOgVWT
7 Collyns, Dan y Watts, Jonathan. «Bolivian referendum goes against Evo Morales as voters reject fourth term». *The Guardian*, 24 de febrero de 2016. https://bit.ly/3ogfoer

Otis, John. «How Bolivia's Evo Morales Could Win A 4th Term As President». National Public Radio, 14 de octubre de 2019. https://n.pr/3ofOiE9
8 Mounk, Yascha. «Evo Morales Finally Went Too Far for Bolivia». *The Atlantic*, 11 de noviembre de 2019. https://bit.ly/2Y9TMFZ
9 BBC News. «Ecuador legislature lifts presidential re-election limit». 4 de diciembre de 2015. https://www.bbc.com/news/world-latin-america-35002846
10 Conniff, Michael L.; Horowitz, Joel; Drake, Paul; Roberts, Keneth. «Populism in Latin America». The University of Alabama Press, Tuscaloosa. Segunda edición, 2012.

De la Torre, Carlos. *Populist Seduction in Latin America: The Ecuadorian Experience*. Ohio University Center for International Studies, 2000.

Demmers, Jolle; Fernández Jilberto, Alex E.; Hogenboom, Barbara; *Miraculous Metamorphoses: The Neoliberalization of Latin American Populism*. Zed Books, Londres, 2001.

Ellner, Steve y Hellinger, Daniel. *Venezuelan Politics in the Chávez Era: Class, Polarization, and Conflict.* Lynne Rienner Publishers, Boulder, 2004.

10 · REALIDAD ALTERNATIVA
Yo tengo otros datos

1 Fonseca Diego. «La era oscura de Donald J. Trump». *The New York Times*, 20 de enero de 2017. https://nyti.ms/3CU9gwC
2 *Politico*. "Full text: 2017 Donald Trump inauguration speec transcript". 20 de enero de 2017. https://politi.co/3AKoQdi
3 *Ibid.*
4 Kessler, Glenn; Kelly, Meg; Rizzo, Salvador; Ye He Lee, Michelle. «In four years, President Trump made 30,573 false or misleading claims». *The Washington Post*, 20 de enero de 2021. https://wapo.st/3CONha4
5 Bergmann, Eirikur. *Conspiracy & populism: The politics of misinformation.* Palgrave Macmillan, Cham, 2019.
6 American Psychological Association. «Speaking of Psychology: Why people believe in conspiracy theories, with Karen Douglas, PhD». Enero de 2021. https://www.apa.org/research/action/speaking-of-psychology/conspiracy-theories
7 Hay, Mark. «Is This the Most Incendiary COVID Conspiracy Freakout of All?». *Daily Beast*, 23 de abril de 2021. https://bit.ly/3kPvVUx
8 Lewis, Paul; Boseley, Sarah; Duncan, Pamela. «Revealed: populists far more likely to believe in conspiracy theories». *The Guardian*, 1 de mayo de 2019. https://www.theguardian.com/world/2019/may/01/revealed-populists-more-likely-believe-conspiracy-theories-vaccines
9 Hameleers, Michael. «We Are Right, They Are Wrong: The Antagonistic Relationship Between Populism and Discourses of (Un)truthfulness». *disClosure*: *A Journal of Social Theory*, vol. 29, art. 12, 2020. Pág. 105. https://uknowledge.uky.edu/disclosure/vol29/iss1/12
10 Fieschi, Catherine. «Why Europe's new populists tell so many lies – and do it so shamelessly». *The Guardian*, 30 de septiembre de 2019. https://bit.ly/3AQIy7q
11 Bergmann, Eirikurn. Obra citada. «Conspiracy & populism».
12 Barkun, Michael. *A culture of conspiracy: Apocalyptic visions in contemporary America*. University of California Press, Berkeley, 2003.

13 Reid, Michael. «AMLO's war against the intelligentsia». *The Economist*, 24 de septiembre de 2020. https://www.economist.com/the-americas/2020/09/24/amlos-war-against-the-intelligentsia
14 *Animal Político*. «"Es un texto majadero y mentiroso": AMLO responde a artículo de The Economist donde lo llaman "falso mesías"». 28 de mayo de 2021. https://bit.ly/3CYLDD9
15 Lantos, Nicolás. «Te atacan cuando no te pueden manejar». *Página*/12, 6 de agosto de 2015. https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-278768-2015-08-06.html
16 Fonseca, Diego. «El inodoro de López-Gatell». *Letras Libres*, 1 de septiembre de 2021. https://www.letraslibres.com/mexico/revista/el-inodoro-lopez-gatell
17 Krastev, Ivan. *Is It Tomorrow Yet? Paradoxes of the Pandemic*. Penguin UK, Londres, 2020.
18 Presidencia de México. «Decálogo para salir del coronavirus y enfrentar la nueva realidad». 12 de junio de 2020. https://bit.ly/3odIDi3
19 *Ibid.*
20 Fonseca, Diego. «Un contradecálogo para López Obrador». *The New York Times*. 25 de junio de 2020. https://www.nytimes.com/es/2020/06/25/espanol/opinion/decalogo-amlo.html
21 Supervielle, Darlene y Seitz, Amanda. «Trump defends disproved COVID-19 treatment». AP, 29 de julio de 2020. https://bit.ly/3zMBp6z
Reality Check Team. Texto citado. «Coronavirus: Trump's disinfectant and sunlight claims».
22 Fieschi, Catherine. Texto citado. «Why Europe's new populists tell so many lies».
23 Coaston, Jane. «Why conspiracy theories matter». *Vox*, 31 de diciembre de 2018. https://www.vox.com/2018/12/31/18144710/conspiracy-theories-trump-2018-qanon-soros-false-flags

11 · REDES Y MEDIOS
Señor presidente, cállese

1 Sloan, Nate y Harding, Charlie. «The Culture Warped Pop, for Good». *The New York Times*, 14 de marzo de 2021. https://nyti.ms/3olyHmN
2 *Ibid.*
3 *Ibid.*
4 Steyeri, Hito. «Technology Has Destroyed Reality». *The New York Times*, 5 de diciembre de 2018. https://www.nytimes.com/2018/12/05/opinion/technology-has-destroyed-reality.html
5 Valencia Caravantes, Daniel; Murcia, Diego; Labrador, Gabriel. «Flores: el diálogo que nunca existió». *El Faro*, 31 de enero de 2016. https://

bit.ly/3AQkIbU

6 Chomsky, Noam, *Turning the Tide. U.S. Intervention in Central America and Struggle for Peace.* South End Press, Boston, 1985.

7 Noticias ONU. «La humanidad sigue sin comprender el potencial del internet, dice el presidente salvadoreño». Discurso de Nayib Bukele ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, 29 de septiembre de 2020. https://news.un.org/es/story/2020/09/1481532

8 Fonseca, Diego. Texto citado. «Señor presidente, cállese».

9 Andreoni, Manuela. «Brazil Angrily Rejects Millions in Amazon Aid Pledged at G7, Then Accepts British Aid». *The New York Times*, 27 de Agosto de 2019. https://www.nytimes.com/2019/08/27/world/americas/brazil-amazon-aid.html

10 Fonseca, Diego. Texto citado. «Señor presidente, cállese».

11 Purdue University. «Scholarly Analysis of the Kennedy-Nixon Debates». History of Presidential Debates. https://bit.ly/3unXQya

12 Viana, Israel. «Nixon contra Kennedy: el debate que sí cambio la historia de la televisión. . . y la política». *ABC*, 24 de abril de 2019. https://bit.ly/3AWLY8Q

13 Aguirre, Alberto. «Los dueños de las Redes Sociales Progresistas». *El Economista*, 20 de octubre de 2019. https://bit.ly/3ARSjSG

14 Nájar, Alberto. «México: liberan a Elba Esther Gordillo, quien fuera considerada la mujer más poderosa del país». BBC News Mundo, 8 de agosto de 2018. https://bbc.in/3zQ5imK

15 *Milenio Digital*. «Por voto electrónico, app e internet, Redes Sociales Progresistas elegirá a candidatos». 25 de enero de 2021. https://bit.ly/3F05Ael

16 Grupo Reforma. «Entrevista Completa de Keith Raniere a Clara Luz Flores». 24 de marzo de 2021. https://www.youtube.com/watch?v=0nj_cw31N78

17 Hong, Nicole y Piccoli, Sean. «Keith Raniere, Leader of Nxivm Sex Cult, Is Sentenced to 120 Years in Prison». *The New York Times*, 27 de octubre de 2020. https://www.nytimes.com/2020/10/27/nyregion/nxivm-cult-keith-raniere-sentenced.html

18 Martínez Chacón, Marcos. «In Mexico, influencer helps win husband state governorship». AP, 9 de junio de 2021. https://bit.ly/3ohF4Hp

19 Beauchamp, Zach. «A new study reveals the real reason Obama voters switched to Trump». *Vox*, 16 de octubre de 2018. https://bit.ly/39N9l8A

20 Barbero, Michele. «Has Italy's Five Star Movement Given Up on Populism?» Foreign Policy, 17 de marzo de 2021. https://foreignpolicy.com/2021/03/17/italy-five-star-movement-populism-europe/

21 Herrscher, Roberto. «Chile despertó, es momento de que despierte el periodismo». *The New York Times*, 12 de diciembre de 2019. https://

nyti.ms/3kR67aJ

22 Casas, Kevin. «El espejismo antipartidario». *The New York Times*, 1 de febrero de 2019. https://www.nytimes.com/es/2019/02/01/crisis-partidos-politicos/

23 Heaven, Douglas. «The West's grandest challenge could be preserving the post-war stability that has existed for more than half a century». BBC Future, 30 de marzo de 2017. https://www.bbc.com/future/article/20170330-the-uncertain-future-of-democracy

24 Gurri, Martin. *The Revolt of The Public and the Crisis of Authority in the New Millennium.* Stripe Press, San Francisco, 2018.

25 Illing, Sean. «The elites have failed». *Vox*, 27 de marzo de 2021. https://bit.ly/3zMut9D

26 Hameleers, Michael. Obra citada. «We Are Right, They Are Wrong».

27 Taleb, Nassim Nicholas. *Antifragile: Things That Gain from Disorder*. Penguin Books, New York, 2012.

28 *Ibid.*

29 Hameleers, Michael. Obra citada. Pág. 105-106.

30 Fawzi, Nayla. «Untrustworthy news and the media as "enemy of the people?" How a populist worldview shapes recipients' attitudes toward the media». *International Journal of Press/Politics*, 21 de noviembre de 2018. doi:10.1177/1940161218811981

31 Cillizza, Chris. «In defense of (lots of) presidential primary debates». *The Washington Post*, 28 de marzo de 2013. https://wapo.st/3CQU17B

32 Jacobs, Jennifer. «Scott Walker's digital consultant has taken swipes at Iowa». *Des Moines Register*, 16 de marzo de 2015. https://bit.ly/3onP3uO

Scherer, Michael. «Chris Christie Was Born to Run». *Time*, 18 de noviembre de 2013. https://bit.ly/2ZzhgVb

33 Taibbi, Matt. «Interview with Martin Gurri, "A Short-Term Pessimist and Long-Term Optimist"». *TK News by Matt Taibbi*, 8 de marzo de 2021. https://bit.ly/3umsE1X

Taibbi, Matt. «The Prophet of The Trump Era». *TK News by Matt Taibbi*, 8 de marzo de 2021. https://taibbi.substack.com/p/the-prophet-of-the-trump-era-255

34 Aeppel, Timothy. «50 Million Users: The Making of an "Angry Birds" Internet Meme». 20 de marzo de 2015. https://www.wsj.com/articles/BL-REB-31381

35 Applebaum, Anne. Obra citada. *Twilight of Democracy*. Pág. 111-113.

36 Lazarsfeld, Paul; Berelson, Bernard; Gaudet, Hazel. *The people's choice: How the voter makes up his mind in a Presidential campaign.* Columbia University Press, New York. Segunda edición, 1948.

37 Conners, Joan L. «Understanding the Third-Person Effect». Center for the Study of Communication and Culture, vol. 24, Nº 2, 2005. http://cscc.scu.edu/trends/v24/v24_2.pdf

38 Klapper, Joseph T. *The effects of mass communication*. Free Press, New York, 1960.

Knobloch-Westerwick, Silvia. *Choice and preference in media use: Advances in selective exposure theory and research*. Routledge, New York, 2015.

Lazarsfeld, Paul et al. Obra citada. *The people's choice.*

39 Applebaum, Anne. Obra citada. *Twilight of Democracy*. Pág. 170-171.

40 Gunter, Barrie. *The Cognitive Impact of Television News*. Springer, New York, 2015. Pág. 15-37.

41 *Ibid.*

42 Kahneman, Daniel. *Thinking, Fast and Slow*. Penguin, Londres, 2012.

Pinker, Steven. *The Stuff of Thought: Language as a Window into Human Nature*. Penguin, Londres, 2008.

43 Booth, Robert. «Facebook reveals news feed experiment to control emotions». *The Guardian*, 30 de junio de 2014. https://bit.ly/3ulZOPe

44 *Ibid.*

45 Kramer, Adam D. I.; Guillory, Jamie E.; Hancock, Jeffrey T. «Experimental evidence of massive-scale emotional contagion through social networks». Proceedings of the National Academy of the Sciences of the United States of America, 2 de junio de 2014. https://bit.ly/3kM8iMD

46 *Ibid.*

47 Sini, Rozina. «"You are being programmed," former Facebook executive warns». BBC News, 12 de diciembre de 2017. https://www.bbc.com/news/blogs-trending-42322746

48 Schrage, Elliot. «Hard Questions: Russian Ads Delivered to Congress». Facebook, 2 de octubre de 2017. https://about.fb.com/news/2017/10/hard-questions-russian-ads-delivered-to-congress/

49 Carriew Wong, Julie. «Former Facebook executive: social media is ripping society apart». *The Guardian*, 12 de diciembre de 2017. https://bit.ly/3ogT4S0

50 Pandey, Erica. «Sean Parker: Facebook was designed to exploit human "vulnerability"». *Axios*, 9 de noviembre de 2017. https://bit.ly/3F267wA

51 Steyeri, Hito. Texto citado. «Technology Has Destroyed Reality».

52 Sini, Rozina. Texto citado. «You are being programmed».

53 Applebaum, Anne. Obra citada. *Twilight of Democracy*. Pág. 114-115.

54 Katerji, Oz. «Betrayed by Their Leaders, Failed by the West, Arabs Still Want Democracy». *Foregin Policy*, 17 de diciembre de 2020. https://bit.ly/3ujOOly

55 Dinham, Tom. «Egypt, the Arab Spring and the Duping of Liberalism». *Global Policy*, 13 de marzo de 2017. https://www.globalpolicyjournal.com/blog/13/03/2017/egypt-arab-spring-and-duping-liberalism

56 Applebaum, Anne. Obra citada. *Twilight of Democracy*. Pág. 117-118.
57 Judis, John B. Obra citada. *The Populist Explosion.* Pág. 133-137.
58 Grosso, Julieta. «Carolina Sanín: "Las relaciones amorosas son siempre ejercicios de poder"». Telam, 30 de mayo de 2021. https://bit.ly/3uo0xQi
59 García Canclini, Néstor. *Ciudadanos reemplazados por algoritmos.* CALAS, Guadalajara, 2020.
60 Hameleers, Michael. Obra citada. «We Are Right, They Are Wrong». Pág. 109.
61 Lefebvre, Henri. *The Urban Revolution*. University of Minnesota Press, Minneapolis, 2003.
62 Adorno, Theodor W. *The Jargon of Authenticity*. Northwestern University Press, Evanston, 1973.

Bell, Aaron. «Adorno and the Difficulties of Tradition Today». *TELOSscope*. 20 de mayo de 2014. https://www.telospress.com/adorno-and-the-difficulties-of-tradition-today/
63 Förtner, Maximilian; Belina, Bernd; Naumann, Matthias. «The revenge of the village? The geography of right-wing populist electoral success, anti-politics, and austerity in Germany». En *Environment and Planning C: Politics and Space: Antipolitics, austerity and spaces of politicization*, septiembre de 2020. https://journals.sagepub.com/doi/abs/10.1177/2399654420951803

12 · HEGEMONÍAS
Algunos hombres sólo quieren ver el mundo arder

1 Hurley, Lawrence. «On guns, abortion and voting rights, Trump leaves lasting mark on U.S. judiciary». Reuters, 15 de enero de 2021. https://reut.rs/39KPp6p
2 Fisher, Max y Taub, Amanda. Texto citado. «*How Does Populism Turn Authoritarian?*
3 Krauze, Enrique. Texto citado. «El mesías tropical».
4 TeleSUR TV. «21 años de la juramentación presidencial del Comandante Chávez». 2 de febrero de 2020. https://bit.ly/3kQH5si
5 Grijalva-Jiménez, Agustín y Castro-Montero, José Luis. «La Reelección Presidencial Indefinida en Venezuela, Nicaragua, Ecuador y Bolivia». *Estudios Constitucionales*, vol. 18, Nº1, Santiago, 2020. http://dx.doi.org/10.4067/S0718-52002020000100009
6 Fisher, Max y Taub, Amanda. «How Does Populism Turn Authoritarian? Venezuela Is a Case in Point». *The New York Times*, 1 de abril de 2017. https://www.nytimes.com/2017/04/01/world/americas/venezuela-populism-authoritarianism.html
7 Human Rights Watch. «Venezuela: Derechos socavados bajo Chávez». Reporte de país, 18 de septiembre de 2008. https://www.hrw.org/

legacy/spanish/docs/2008/09/18/venezu19841.htm
8 *Chicago Tribune*. «Chavez fires 7 execs who led oil protests». 8 de abril de 2002. https://www.chicagotribune.com/news/ct-xpm-2002-04-08-0204080196-story.html
9 Nye, Joseph S. «Limits of American Power». *Political Science Quarterly*, 2016. vol. 131, Nº 2. Pág. 267-283. https://doi.org/10.1002/polq.12478
10 Hoyos Vásquez, Guillermo. «Estado de opinión: ¿información, comunicación y lenguajes públicos?». Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 4 de febrero de 2010.

Guio Español, Armando. «El Estado de Opinión: ¿Qué hay detrás de esto?». Universidad de los Andes, Facultad de Derecho. Tematic Rapporteurs, Bogotá.
11 Jaramillo, Laura. «Uribe: El Estado de Opinión es la fase superior del Estado de derecho». *La Silla Vacía*, 5 de junio de 2009. https://bit.ly/3EY9IM7
12 Oquendo, Catalina; Osorio, Camila; Torrado, Santiago y Palomino, Sally. «Uribe, la sombra política de Colombia». *El País*, 24 de octubre de 2020. https://bit.ly/2ZJIlFz
13 Contreras, Joseph y Garavito, Fernando. *Biografía no autorizada de Álvaro Uribe Vélez*. Oveja Negra, Bogotá, 2002.
14 Gutiérrez Sanín, Francisco. «Ilegalidad y sistema político en Colombia: la agenda de Uribe Vélez». *Nueva Sociedad*, Nº 192, julio-agosto de 2004. https://bit.ly/3FaFZjh
15 Duzán, María Jimena. *Así gobierna Uribe*. Editorial Planeta, Bogotá, 2004.
16 Cárdenas-Támara, Felipe. «Aparato discursivo del expresidente Álvaro Uribe Vélez. Horizontes miméticos del pensamiento hegemónico neoliberal en Colombia (2002-2010)». *Análisis Político*, Núm. 76, septiembre-diciembre de 2012. Pág. 139-157.
17 Rodríguez García, Arturo. «AMLO lamenta que "movimiento feminista sea utilizado por el conservadurismo"». *Revista Proceso*, 2 de marzo de 2021. https://bit.ly/2Y83dWn
18 *El Financiero*. «AMLO propone encuesta telefónica para resolver caso Salgado Macedonio». 15 de abril de 2021. https://bit.ly/3urF9cL
19 Krauze, Enrique. Texto citado. «El mesías tropical».
20 *Página/12*. «Una "clase magistral" para desenmascarar el lawfare». 5 de marzo de 2021. https://bit.ly/3ohZX5s
21 *Perfil*. «Duro ataque de Cristina Kirchner a la Corte: "Lawfare al palo"». 9 de diciembre de 2020. https://bit.ly/39KNleB
22 Associated Press. «Trump tells Proud Boys: "Stand back and stand by"». YouTube, 30 de septiembre de 2020. https://www.youtube.com/watch?v=qIHhB1ZMV_o
23 *AlJazeera*. «Brazil top justice orders Bolsonaro investigated for fraud

claims». 4 de agosto de 2021. https://bit.ly/2ZziXC1

24 *The Economist*. «Jair Bolsonaro fires up his fans by attacking judges». 11 de septiembre de 2021. https://econ.st/2Y7Bcye

25 Cowie, Sam. «"Only God will take me out of Brasilia", defiant Bolsonaro says». *AlJazeera*, 7 de septiembre de 2021. https://www.aljazeera.com/news/2021/9/7/only-god-take-me-out-of-brasilia-defiant-bolsonaro-says

26 Bulik, Mark. «1922: Hitler in Bavaria». *The New York Times*, First Glimpses, 10 de febrero de 2015. http://www.nytimes.com/times-insider/2015/02/10/1922-hitler-in-bavaria/

27 Finchelstein, Federico. «Donald Trump has blurred the line between populism and fascism in a dangerous way». *The Washington Post*, 9 de julio de 2021. https://wapo.st/39MtGuY

28 Fonseca, Diego. «El cartero trajo una postal sepia de Alemania». *Confidencial*, 25 de noviembre de 2016. https://www.confidencial.com.ni/mundo/cartero-trajo-una-postal-sepia-alemania/

29 Masket, Seth. «The toughest death of 2016: The democratic norms that used to guide our political system». *Pacific Standard*, 27 de diciembre de 2016. https://psmag.com/news/the-toughest-death-of-2016-the-democratic-norms-that-used-to-guide-our-political-system

30 Harari, Yuval Noah et al. Texto citado. «Yuval Noah Harari y Michael J. Sandel: estos son los fantasmas que recorren nuestro mundo».

31 Mouffe, Chantal (ed.). *Gramsci and Marxist Theory*. Routledge, Londres, 1979.

32 Schwartz, Brian. «Total 2020 election spending to hit nearly $14 billion, more than double 2016's sum». CNBC, 28 de octubre de 2020. https://cnb.cx/3ESQgAe

33 Katz, Richard S. y Mair, Peter. «The Cartel Party Thesis: A Restatement». *Perspectives on Politics*, vol. 7, Nº 4, diciembre de 2009. Pág. 753-766

Liddiard, Patrick. «Is Populism Really a Problem for Democracy?» Wilson Center, History and Public Policy Program, Ocassional Paper, agosto de 2019. https://bit.ly/2ZzkpEt

34 Schettino, Macario. «A la batalla». *El Financiero*, 20 de marzo de 2021. https://bit.ly/3kOB2o7

35 Diamond, Larry: «When Does Populism Become a Threat to Democracy?». Freeman Spogli Institute for International Studies Conference on Global Populisms, Stanford University. Palo Alto, 3-4 de noviembre de 2017. Pág. 1-6. https://diamond-democracy.stanford.edu/speaking/speeches/when-does-populism-become-threat-democracy

36 Ipsos MORI. «Populist, anti-elite and nativist views linked to globally widespread broken-system sentiment». Encuesta global, 28 de julio de

2021. https://bit.ly/3zVyXuU

13 · ELLOS, NOSOTROS, LOS OTROS
Una anguila resbalosa siempre encuentra un hueco

1 Fonseca, Diego. «Blancos en un velorio liberal». *Animal Político*, 22 de noviembre de 2016. https://www.animalpolitico.com/blog-invitado/victoria-trump-blancos-velorio-liberal/

2 Tyson, Alec y Maniam, Shiva. «Behind Trump's victory: Divisions by race, gender, education». Pew Research Center, 9 de noviembre de 2016. https://pewrsr.ch/2Y5xJ32

Buchanan, Larry; Fessenden, Ford; Parlapiano, Alicia; Yourish, Karen; Pearce, Adam; Wallace, Tim; Keller, Josh y Williams, Williams. «How Trump Reshaped the Election Map». *The New York Times*, 9 de noviembre de 2016. http://www.nytimes.com/interactive/2016/11/08/us/elections/how-trump-pushed-the-election-map-to-the-right.html

Cassidy, John. «Why is Donald Trump in Michigan and Wisconsin? *The New Yorker*, 31 de octubre de 2016. http://www.newyorker.com/news/john-cassidy/why-is-donald-trump-in-michigan-and-wisconsin

Suro, Roberto. «What Happened on Election Day», *The New York Times*, 6 de noviembre de 2016. https://nyti.ms/3APizx9

3 Kurtzleben, Danielle. «How Trump Won, According To The Exit Polls». National Public Radio, 9 de noviembre de 2016. https://n.pr/2XZLD73

Bianco, Marcie. «White women voted for Trump in 2016 because they still believe white men are their saviors». *Quartz*, 14 de noviembre de 2016. http://qz.com/835567/election-2016-white-women-voted-for-donald-trump-in-2016-because-they-still-believe-white-men-are-their-saviors/

4 Williams, Joan C. «What So Many People Don't Get About the U.S. Working Class». *Harvard Business Review*, 10 de noviembre de 2016. https://hbr.org/2016/11/what-so-many-people-dont-get-about-the-u-s-working-class

5 *Ibid.*

6 Kirby, Ken. «Trump wants fewer immigrants from "shithole countries" and more from places like Norway». *Vox*, 11 de enero de 2018. https://bit.ly/2Y6Ssne

7 Reid Ross, Alexander. «Proud Boys Are at War With Their Female Extremist Wing». *Daily Beast*, 31 de diciembre de 2020. https://bit.ly/3kMTqNW

8 Lamont, Michèle. *The Dignity of Working Men: Morality and the Boundaries of Race, Class, and Immigration*. Harvard University Press, Cambridge, 2002.

9 Judis, John B. «Us v Them: the birth of populism». *The Guardian*, 13 de

octubre de 2016. https://bit.ly/3zVzDAs

10 Mason, Liliana. *Uncivil Agreement. How Politics Became Our Identity*. The University of Chicago Press, Chicago, 2018.

11 Iyengar, Shanto; Sood, Gaurav; Lelkes, Yphtach. «Affect, Not Ideology: A Social Identity Perspective on Polarization». *Public Opinion Quarterly*, vol. 76, Nº 3, 2012. Pág. 405-431. https://stanford.io/39M6L2Q

12 Pew Research Center. «Partisanship and Political Animosity in 2016». Political Parties & Polarization, 22 de junio de 2016. https://pewrsr.ch/3APjkpZ

13 Pew Research Center. «Partisan Antipathy: More Intense, More Personal». Sección «2. How partisans view each other», 10 de octubre de 2019. https://pewrsr.ch/3zQ2Ht5

14 Mason, Liliana. Obra citada. *Uncivil Agreement*. Pág. 3.

15 Wolf, Michael R.; Strachan, J. Cherie y Shea, Daniel M. «Forget the Good of the Game: Political Incivility and Lack of Compromise as a Second Layer of Party Polarization». *American Behavioral Scientist*, vol. 56, Nº 12, 2012. Pág. 1677-1695. doi:10.1177/0002764212463355

16 Mason, Liliana. Obra citada. *Uncivil Agreement*. Pág. 15.

17 Masket, Seth. Texto citado. «The toughest death of 2016».

18 Eco, Umberto. *Construir al enemigo*. Lumen, Barcelona, 2012.

19 Gallego-Díaz, Soledad. «"6-7-8", el programa de los Kirchner». *El País*, 28 de julio de 2010. https://elpais.com/diario/2010/07/28/internacional/1280268009_850215.html

20 Wilson, Jason. «OANN: what is the alternative far-right media outlet Trump is pushing?» *The Guardian*, 16 de noviembre de 2020. https://www.theguardian.com/us-news/2020/nov/16/oann-what-is-tv-network-trump-is-pushing

21 Wallace, Arturo. «Bukele vs El Faro: qué hay detrás del enfrentamiento del popular presidente de El Salvador con uno de los medios más prestigiosos del continente». BBC News Mundo, 5 de octubre de 2020. https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-54408910

Bukele, Nayib. «A partir de la otra semana, tendremos nuestro propio noticiero». Twitter de @nayibbukele, 1 de octubre de 2020. https://twitter.com/nayibbukele/status/1311506019093282817?s=20

22 Fonseca, Diego. «López Obrador, Frena y la oposición por hartazgo». *The New York Times*, 15 de octubre de 2020. https://nyti.ms/39HJGyi

23 Lozano, Gilberto. «Someterán a juicio político al PEJE». Frena, 14 de mayo de 2019. https://frena.com.mx/2019/05/14/someteran-a-juicio-politico-al-peje/

24 *Expansión Política*. «Tras obtener amparos, el FRENA ingresa al Zócalo de la CDMX». 23 de septiembre de 2020. https://bit.ly/3zRTd0h

25 Fonseca, Diego. Texto citado. «López Obrador, Frena y la oposición por hartazgo».

26 *Clarín*. «"Somos derechos y humanos": cómo se armó la campaña». 23

de marzo de 2006. https://bit.ly/3um2TPx

27 Samuels, Brett. «Trump ramps up rhetoric on media, calls press “the enemy of the people”». *The Hill*, 5 de abril de 2019. https://thehill.com/homenews/administration/437610-trump-calls-press-the-enemy-of-the-people

28 Fonseca, Diego. «Donald Trump, el enemigo del pueblo estadounidense». *The New York Times*, 10 de julio de 2017. https://nyti.ms/2XZMrZD

29 Kenny, Paul. «“The Enemy of the People”: Populists and Press Freedom». *Political Research Quarterly*, vol. 73, Nº 2, 25 de enero de 2019. Pág. 261.-275. https://bit.ly/3zTlK5A

30 Lantos, Nicolás. «“Son opositores y destituyentes”» *Página/12*, 22 de febrero de 2015. https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-266670-2015-02-22.html

Falduto, Facundo. «El “clima destituyente” es destituyente». *Perfil*, 16 de marzo de 2017. te.https://www.perfil.com/noticias/politica/el-clima-destituyente-es-destituyente.phtml

31 Lewis, Paul et al. Texto citado. «The rise and rise of Populist rhetoric».

32 Wojczewski, Thorsten. «“Enemies of the people”: Populism and the politics of (in)security». *European Journal of International Security*, vol. 5, Nº 1. Cambridge University Press, 29 de octubre de 2019. https://bit.ly/3lwSgp7

33 Archivo Histórico RTA. «AV-4344 [Cadena nacional: primera comunicación de Jorge Rafael Videla tras el golpe de Estado]». YouTube, 28 de octubre de 2015. https://www.youtube.com/watch?v=IAmbhpxPJtg

34 Burkart, María Elisa. «La dictadura militar y sus proyectos de transformación cultural». XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007. https://bit.ly/2XZLf7S

35 Maalouf, Amin. Obra citada. *In the Name of Identity*. Pág. 28.

36 Wojczewski, Thorsten. Texto citado. «“Enemies of the people”».

37 Karem, Brian. «Trump Resumes His “Big Lie” Rallies While Biden Focuses on Getting Things Done». *The Bulwark*, 27 de junio de 2021. https://bit.ly/3zkdhIg

38 Dorfman, Ariel. «A Taxonomy of Tyrants». *The New York Review*, 27 de mayo de 2021. https://bit.ly/3ouNImn

39 Frum, David. «There’s a Word for What Trump is Becoming». *The Atlantic*, julio de 2021. https://bit.ly/39mB2EZ

40 Tapia, Alejandro. «Daniel Ortega coloca a siete de sus hijos en cargos clave en Nicaragua». *La Tercera*, 13 de agosto de 2016. https://bit.ly/3lyZ6dN

41 Salinas Maldonado, Carlos. «Rosario Murillo, la mujer que salvó a

Ortega y hundió el sandinismo». *El País*, 12 de junio de 2021. https://bit.ly/3AksF8R

42 *La Prensa*. «El gran ojo que espía». 3 de noviembre de 2013. https://bit.ly/3AksF8R

43 Chamorro Mendieta, Emiliano. «Empresario defiende alianza con gobierno». 2 de febrero de 2017. http://www.laprensa.com.ni/2017/02/02/politica/2175893-empresario-defiende-alianza-gobierno

44 Barrera Tyszka, Alberto. «Daniel Ortega, el hijo de Somoza». *The New York Times*, 13 de junio de 2021. https://nyti.ms/2XYqKZy

45 Fonseca, Diego. «El Estado orwelliano de Daniel Ortega». *The New York Times*, 19 de febrero de 2019. https://nyti.ms/3ARUwgX

46 Agencia EFE. «Nicaragua inhibirá las candidaturas electorales a los "traidores a la patria"». 21 de diciembre de 2020. https://bit.ly/3hIxZvL

47 Linares, Albinson. «El Consejo Supremo Electoral de Nicaragua destituye a 28 diputados opositores». *The New York Times*, 29 de julio de 2016. https://nyti.ms/3nOjcU9

Chamorro, Carlos Fernando. «Ortega cancella la casilla electoral de la Coalición Nacional». Twitter de @cefeche, 19 de mayo de 2021. https://bit.ly/3zTmAiK

Mendoza, Yubelka y Kurmanaev, Anatoly. «La represión en Nicaragua se agudiza; hay más líderes opositores detenidos». *The New York Times*, 9 de junio de 2021. https://www.nytimes.com/es/2021/06/09/espanol/ortega-nicaragua-sanciones.html

48 Agencia EFE. «Sergio Ramírez es acusado en Nicaragua por "incitar al odio y la violencia"». Managua, 9 de septiembre de 2021. https://bit.ly/3Ak5mvW

49 Human Rights Watch. «Venezuela: Chavez's Authoritarian Legacy». 5 de marzo de 2013. https://bit.ly/3CQZI5t

50 BBC News. «Venezuela: UN investigators accuse authorities of crimes against humanity». 16 de septiembre de 2020. https://www.bbc.com/news/world-latin-america-54176927

51 Human Rights Council. «Detailed findings of the independent international factfinding mission on the Bolivarian Republic of Venezuela». HRC, 45ª sesión, 15 de septiembre de 2020. https://bit.ly/3zl2zRK

52 Human Rights Watch. «Nicaragua. Events of 2020». World Report, 2021. https://www.hrw.org/world-report/2021/country-chapters/nicaragua

53 Fearon, James D. y Laitin, David D. «Explaining Interethnic Cooperation». *American Political Science Review*, vol. 90, Nº 4, 1996. Pág. 715-735. doi:10.2307/2945838

54 One Earth Future. «Why We Kill: Populism as a Path to Violence».

https://bit.ly/39icIEg
55 Hirschmann, Nancy J. «Populism and Protest». *Frontiers in Sociology*. 10 de febrero de 2021. https://doi.org/10.3389/fsoc.2020.619235
56 Mauger, Craig. «Protesters, some armed, enter Michigan Capitol in rally against COVID-19 limits». *The Detroit News*, 30 de abril de 2020. https://bit.ly/3hEwMp2
57 Liptak, Kevin. «Trump tweets support for Michigan protesters, some of whom were armed, as 2020 stress mounts». CNN, 1 de mayo de 2020. https://cnn.it/2VO7ywH
58 Ioffe, Julia. «How much responsibility does Trump bear for the synagogue shooting in Pittsburgh?». *The Washington Post*, 28 de octubre de 2018. https://wapo.st/39dc0bu
59 Jacobo, Julia. «This is what Trump told supporters before many stormed Capitol Hill». CBS News, 7 de enero de 2021. https://abcn.ws/3nI9v9r
60 Yilmaz, Ihsan y Erturk, Omer F. «Populism, violence and authoritarian stability: necropolitics in Turkey». Third World Quarterly, vol. 42, Nº 7. Pág. 1524-1543, 10.1080/0143 6597.2021.1896965
61 Washington Post Staff. «Identifying far-right symbols that appeared at the U.S. Capitol riot». *The Washington Post*, 15 de junio de 2021 (actualización). https://wapo.st/3tQHbTF
62 Hedgecoe, Guy. «Spanish elections: How the far-right Vox party found its footing». BBC news, 11 de noviembre de 2019. https://www.bbc.com/news/world-europe-46422036
63 Gallup. «Party Affiliation». In Depth: Topics A to Z. https://bit.ly/3kLCgAq
64 Stone, Dan. «Your Political Counterparts Are Not Moral Monsters». *ARC*, 2 de noviembre de 2020. https://bit.ly/2Xv18ng
65 Klein, Ezra. *Why We're Polarized?* Avid Reader Press / Simon & Schuster, New York, 2020.
66 Fonseca, Diego. Texto citado. «¿Por qué son populares los chicos malos?»
67 Manetto, Francesco. «La clase media, el último enemigo de López Obrador». *El País*, 20 de junio de 2021. https://bit.ly/2VPTS4l
68 *Animal Político*. «"CDMX avanzó hacia el conservadurismo, creyeron lo del populismo y la reelección", asegura AMLO». 11 de junio de 2021. https://bit.ly/2YYsH8C
69 De Mauleón, Héctor. «Es terrible constatar en manos de quién está el país». Twitter de @hdemauleon, 11 de junio de 2021. https://twitter.com/hdemauleon/status/1403424489778696202?s=20
70 Perceval, José María. Obra citada. *El populismo*. Pág. 24.
71 Riveiro, Aitor y Castro, Irene. «Abascal eleva su discurso xenófobo y señala a las personas migrantes como "los enemigos de España"». *Eldiario.es*, 15 de septiembre de 2021. https://bit.ly/3km5fut

72 Rauschning, Hermann. *Hitler Speaks: A Series Of Political Conversations With Adolf Hitler On His Real Aims*. Kessinger Publishing, Whitefish, 2010. Pág. 230.

73 Fraser, Nancy. Texto citado. «From Progressive Neoliberalism to Trump—and Beyond».

74 The American Presidency Project, «Remarks at the Norris-Penrose Event Center in Colorado Springs, Colorado». Donald J. Trump, 45th President of the United States: 2017-2021. 18 de octubre de 2016. https://bit.ly/2Z8MVNd

75 Todorov, Tzvetan. *The Fear of Barbarians: Beyond The Clash of Civilizations*. The University of Chicago Press, 2010. Pág. 54.

76 Mehring, Reinhard. «Carl Schmitt's Friend-Enemy Distinction Today». *Filosofija I Društvo*, vol. XXVIII, Nº 2, 2017. https://doi.org/10.2298/FID1702304M

77 BBC News Mundo. «AMLO solicita por carta al rey de España y al Papa que pidan perdón por la Conquista de México». 25 de marzo de 2019. https://bbc.in/3umALMk

78 Wojczewski, Thorsten. Obra citada. «Enemies of the people».

79 Blow, Charles. «America Elects a Bigot». *The New York Times*, 10 de noviembre de 2016. https://nyti.ms/3zhEAD1

80 Nelson, Louis. «Giuliani calls campus protesters "spoiled crybabies"». *Politico*, 10 de noviembre de 2016. https://politi.co/3ifapH7

Nickalls, Sammy. «Rudy Giuliani Is Pretty Damn Sure All Those Protesters Are "Professional"». *Esquire*, 13 de noviembre de 2016. https://bit.ly/2XWDf7G

Fang, Marina. «Rudy Giuliani Thinks Anti-Trump Protesters Are "Exaggerating" Their Fears». *HuffPost*, 13 de noviembre de 2016. https://bit.ly/3igbzCb

81 Fonseca, Diego. Texto citado. «Los Estados Unidos de Vladimir Trump».

82 Beckett, Lois y Levin, Sam. «El Paso shooting: 21-year-old suspect "posted anti-immigrant manifesto"». *The Guardian*, 4 de agosto de 2019. https://bit.ly/3nFpDsx

83 Chavez, Nicole; Grinberg, Emanuella y McLaughlin, Eliott C. «Pittsburgh synagogue gunman said he wanted all Jews to die, criminal complaint says». CNN, 28 de octubre de 2018. https://cnn.it/3ChwPiq

84 Rosenberg, Yair. «"Jews will not replace us": Why white supremacists go after Jews». *The Washington Post*, 14 de agosto de 2017. https://wapo.st/3tRqp6x

85 Zanatta, Loris. Texto citado. «¿Tiene remedio el populismo en América Latina?»

86 *Politico*. Texto citado. «Full text: Donald Trump 2016 RNC draft speech transcript».

87 *Ibid.*
88 Stanley, Jason. Obra citada. *How Fascism Works.* Pág. 90.
89 *Ibid.* Pág. 97.
90 Sargent, Greg. «Opinion: Meet the perfect Senate candidate for today's Trumpified GOP». *The Washington Post*, 19 de mayo de 2021. https://wapo.st/3zlCUIX
91 Levi, Primo. *If This Is A Man.* The Folio Society, Londres, 2000.

14 · AUTORITARISMO
El centro no puede sostenerse

1 Pepinsky, Tom. «Democracy is not Government by Democrats, and Authoritarianism is not Government by Authoritarians». Sitio personal, 9 de febrero de 2017. https://bit.ly/39fRNBV
2 *Semana.* «La economía naranja del presidente Duque: así le fue en 2019». 9 de noviembre de 2020. https://bit.ly/3tQIRfV
3 Guzmán, Sergio. «Iván Duque, the ex-president». *Global Americans*, 16 de junio de 2021. https://bit.ly/3zqsasU
4 Quesada, Juan Diego. «Un mes de protestas y más de 50 muertos: ¿A qué responde el malestar de Colombia?» *El País*, 29 de mayo de 2021. https://bit.ly/3AkvbvP
5 Deutsche Welle, «Colombian court releases ex-president Alvaro Uribe from house arrest». 10 de octubre de 2020. https://bit.ly/3hHG1oD
6 Gutiérrez Sanín, Francisco. *El orangután con sacoleva*. Debate, Bogotá, 2013.
7 Rosenthal, David A. «El orangután con sacoleva». *El Nuevo Siglo*, 10 de junio de 2021. https://bit.ly/3zPW6yz
8 Turkewitz, Julie. «Colombia Supreme Court Orders Ex-President Álvaro Uribe Detained». *The New York Times*, 4 de agosto de 2020. https://nyti.ms/3APacli
9 Ignatius, David. «Donald Trump is the American Machiavelli». *The Washington Post*, 10 de noviembre de 2016. https://wapo.st/2ZGr3cj
10 Fonseca, Diego. «Bienvenidos a la Edad Media (parte 3/3)». *Nómada*, 28 de noviembre de 2016. https://nomada.gt/pais/bienvenidos-a-la-edad-media-parte-33/
11 Bogel-Burroughs, Nicholas y Hill, Evan. «Death of QAnon Follower at Capitol Leaves a Wake of Pain». *The New York Times*, 30 de mayo de 2021. https://www.nytimes.com/2021/05/30/us/capitol-riot-boyland-qanon.html

Barry, Ellen; Bogel-Burroughs, Nicholas y Philipps, Dave. «Woman Killed in Capitol Embraced Trump and QAnon». *The New York Times*, 7 de enero de 2021. https://www.nytimes.com/2021/01/07/us/who-was-ashli-babbitt.html
12 Wilson, Jason. «Who are the Proud Boys, "western chauvinists"

involved in political violence?» *The Guardian*, 14 de julio de 2018. https://www.theguardian.com/world/2018/jul/14/proud-boys-far-right-portland-oregon

13 Newkirk II, Vann R. «Trump's White-Nationalist Pipeline». *The Atlantic*, 23 de agosto de 2018. https://www.theatlantic.com/politics/archive/2018/08/trump-white-nationalism/568393/

14 Jacobson, Louis. «Are there white nationalists in the White House?» *Politifact*, 15 de agosto de 2017. https://bit.ly/3F3kvo2

15 Cohen, Eliot A. «After exchange w Trump transition team, changed my recommendation: stay away». Twitter de @EliotACohen, 15 de noviembre de 2016. https://bit.ly/3m4NQpz

16 Grmek, Mirko Dražen et al. *The beginnings of maritime quarantine. Man, health and the sea.* Honoré Champion, París, 1997. Pág. 39–60.

17 Tognotti, Eugenia. «Lessons from the history of quarantine, from plague to influenza A.» *Emerging infectious diseases*, vol. 19, Nº 2, 2013. Pág. 254-9. doi:10.3201/eid1902.120312

18 Yeophantong Pichamon y Shih Chih-yu. «A Relational Reflection on Pandemic Nationalism». *J Chin Polit Sci*, vol. 1, Nº 25, 2021. https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC8167390/

19 Krastev, Ivan. Obra citada. *Is It Tomorrow Yet?*

20 Gessen, Masha. «Autocracy: Rules for Survival». *The New Yort Review*. 10 de noviembre de 2016. https://bit.ly/3nIYpRJ

21 Cohen, Mollie J. y Smith, Amy Erica. «Do authoritarians vote for authoritarians? Evidence from Latin America». *Research & Politics*, vol. 3, Nº 4, 2016. Pág. 01–08.

22 Stenner, Karen. *The Authoritarian Dynamic*. Cambridge Studies in Public Opinion and Political Psychology, Cambridge University Press, Cambridge, 2005.

23 *Ibid.* Pág. 183.

24 Applebaum, Anne. Obra citada. *Twilight of Democracy*. Pág. 109.

25 *Ibid.* Pág. 16.

26 Richie, Hannah y Roser, Max. «Gender Ratio». OurWorldInData, junio de 2019. https://ourworldindata.org/gender-ratio

27 United States Holocaust Memorial Museum. «Children During The Holocaust». https://bit.ly/3zv9rMR

28 Judis, John B. Obra citada. *The Populist Explosion*. Pág. 96-98.

29 Wolf, Michael R. et al. Obra citada. «Forget the Good of the Game».

30 Rotunda, Paige. «History Shows That Bipartisanship Dissolves as Crises Evolve». Wilson Center, 15 de abril de 2020. https://bit.ly/3m9QfPQ

31 Aulicino, Eduardo. «Alberto Fernández se blinda junto al kirchnerismo duro, crece la disputa política con la oposición y las sombras se proyectan a la economía». *Infobae*, 17 de abril de 2021. https://bit.ly/3CpLdFE

32 Usi, Eva. «Marco Enríquez-Ominami: "El Grupo de Puebla atiende algo

de lo que yo mismo he sido víctima, el Lawfare"». Deutsche Welle, 11 de marzo de 2021. https://bit.ly/3kjOEYc

33 Zanatta, Loris. Texto citado. «¿Tiene remedio el populismo en América Latina?

34 Usi, Eva. Texto citado. «Marco Enríquez-Ominami»

35 Applebaum, Anne. Obra citada. *Twilight of Democracy*. Pág. 131.

36 Fonseca, Diego. Texto citado. «Frankenstein en la Casa Blanca».

37 Fonseca, Diego. «Trump y el odio blanco». *Revista 5W*, 24 de marzo de 2020. https://www.revista5w.com/temas/poder/trump-y-el-odio-blanco-8079

38 Biesecker, Michael; Dunklin, Reese y Kunzelman, Michael. «El Paso suspect appears to have posted anti-immigrant screed». AP, 4 de agosto de 2019. https://bit.ly/3zvji5j

39 *Ibid.*

40 Dimock, Michael y Gramlich, John. «How America Changed During Donald Trump's Presidency». Pew Research Center, 29 de enero de 2021. https://pewrsr.ch/3nILsHv

41 *Ibid.*

42 Menasce Horowtiz, Juliana; Parker, Kim; Brown, Anna y Cox, Kiana. «Amid National Reckoning, Americans Divided on Whether Increased Focus on Race Will Lead to Major Policy Change». Pew Research Center, 6 de octubre de 2020. https://pewrsr.ch/3ljpYfT

43 Siddiqui, Sabrina. «Trump blames "glorification of violence" but not guns after mass shootings». *The Guardian*, 5 de agosto de 2019. https://www.theguardian.com/us-news/2019/aug/05/trump-mass-shootings-el-paso-texas-dayton-ohio-guns

44 Müller, Karsten y Schwarz, Carlo. «Fanning the Flames of Hate: Social Media and Hate Crime». The University of Warwick, Centre for Competitive Advantage in the Global Economy, Department of Economics, Nº 373, mayo de 2018. https://bit.ly/2Xs2GxE

45 *Ibid.*

46 *Ibid.*

47 Hölig, Sascha. y Hasebrink, Uwe. «Reuters Institute Digital News Survey 2017: Ergebnisse für Deutschland». Arbeitspapiere des Hans-Bredow-Instituts, Nº 38. Verlag Hans-Bredow-Institut, Hamburg, junio de 2016. https://bit.ly/2Xu1A4v

48 Pew Research Center. «News Use Across Social Media Platforms 2018». Technical report, 2018. https://pewrsr.ch/3AS5naG

IAB Spain. Presentación Estudio Redes Sociales 2020, 17 de junio de 2020. https://bit.ly/3tNbytY

El Mostrador. «Política en tiempos del WhatsApp: estudio de la U. Central revela preponderancia de las redes sociales frente a medios tradicionales en el consumo de información». 14 de mayo de 2021. https://bit.ly/39gQKS8/

49 Fletcher, Richard; Kalogeropoulos, Antonis; Nielsen Rasmus Kleis. «More diverse, more politically varied: How social media, search engines and aggregators shape news repertoires in the United Kingdom». *New Media & Society*, julio de 2021. doi:10.1177/14614448211027393

50 Global Web Index. «The Global Social Media Landscape» y «Social media marketing trends in 2021». Segundo trimestre de 2018 y 2021.

51 Pew Research Center. «Social Media Fact Sheet». 7 de abril de 2021. https://pewrsr.ch/3lBSyeo

Madden, Mary; Lenhart, Amanda y Fontaine, Claire. «How Youth Navigate The News Landscape». Knight Foundation, Data & Society, febrero de 2017. https://bit.ly/3ArUzjC

Roser, Max; Ritchie, Hannah y Ortiz-Espinosa, Esteban. «Internet». OurWorldinData, 2015. https://ourworldindata.org/internet#

Statista. «Daily time spent on social networking by internet users worldwide from 2012 to 2020». 7 de septiembre de 2021. https://bit.ly/39g1yjv

52 Meaker, Morgan. «When social media inspires real life violence». Deutsche Welle, 11 de noviembre de 2018. https://bit.ly/3tT73OK

53 Booth, Robert. Texto citado. «Facebook reveals news feed experiment to control emotions».

54 BBC News. «Germany "arson attack" destroys planned asylum shelter». 25 de agosto de 2015. https://bbc.in/3tMkPm8

55 Hug, Erin C. «The role of isolation in radicalization: how important is it?». The NPS Institutional Archive, Thesis Collection, Monterey, 2013. https://core.ac.uk/download/pdf/36731335.pdf

56 Asprem, Egil. «Knights of Terror: Anders Behring Breivik, Online Radicalism, and the Rise of a New Rightwing Religion». NARCIS, septiembre de 2013-agosto de 2016. https://www.narcis.nl/research/RecordID/OND1354325

57 Buruma, Ian. «One of Us: The Story of Anders Breivik and the Massacre in Norway by Åsne Seierstad – review». *The Guardian*, 26 de febrero de 2015. https://bit.ly/2XtBKOl

58 Miller, Michael E. «Pizzagate's violent legacy». *The Washington Post*, 16 de febrero de 2021. https://wapo.st/3nIQHqT

Robb, Amanda. «Anatomy of a Fake News Scandal». *Rolling Stone*, 16 de noviembre de 2017. https://bit.ly/3zf5k7r

59 Levenson, Eric y Sanchez, Rey. «Mass shooting at Pittsburgh synagogue». CNN, 28 de octubre de 2018. https://cnn.it/39iDwEp

60 Ortutay, Barbara. «QAnon has receded from social media—but it's just hiding». AP, 9 de julio de 2021. https://bit.ly/3nJdzq7

61 CNN. «FBI issues warning about QAnon». YouTube, 15 de junio de 2021. https://www.youtube.com/watch?v=mTqkygZ-Zsg

62 Miller, Michael E. Texto citado. «Pizzagate's violent legacy».

63 Funke, Daniel y Benkelman, Susan. «Misinformation is inciting violence around the world. And tech platforms don't seem to have a plan to stop it». Poynter, 4 de abril de 2019. https://bit.ly/39g21SN

64 Velásquez, Nicolás; Leahy, Rhys; Johnson Restrepo, Nicolás; Lupu, Yonatan; Sear, Rebecca, *et al.* «Online hate network spreads malicious COVID-19 content outside the control of individual social media platforms». *Sci Rep*, vol. 11, art. Nº 11549, 2021. https://doi.org/10.1038/s41598-021-89467-y

65 Call, Charles T. «No, it's not a coup — It's a failed "self-coup" that will undermine US leadership and democracy worldwide». Brookings, 8 de enero de 2021. https://brook.gs/3Eu3bIH

66 Naylor, Brian. «Read Trump's Jan. 6 Speech, A Key Part Of Impeachment Trial». National Public Radio, 10 de febrero de 2021. https://n.pr/3ltbwUo

67 Bergergruen, Vera y Hennigan, W.G. «The Capitol Attack Was the Most Documented Crime in History. Will That Ensure Justice?» *Time*, 9 de abril de 2021. https://bit.ly/3hIAEpa

68 Naylor, Brian. Texto citado. «Read Trump's Jan. 6 Speech».

69 Lynch, Sarah N, y Reuters. «U.S. closes probe of Capitol Police shooting of woman killed in Jan. 6 riot». Reuters, 14 de abril de 2021. https://reut.rs/3AkyFP5

Hill, Evan; Ray, Arielle y Kozlowsky, Dahlia. «Videos Show How Rioter Was Trampled in Stampede at Capitol». *The New York Times*, 15 de enero de 2021. https://nyti.ms/3ErapgH

70 Evelyn, Kenia. «Capitol attack: the five people who died». *The Guardian*, 8 de enero de 2021. https://bit.ly/39iDU5P

71 Sullivan, Helen y agencias. «Capitol police officer who steered mob away from Senate chambers hailed a hero». *The Guardian*, 12 de enero de 2021. https://bit.ly/39iO6v8

72 Fonseca, Diego. «El regreso de los militares». *The New York Times*, 21 de noviembre de 2019. https://nyti.ms/3CjZZxx

73 Mora, Frank y Fonseca, Brian. «It's Not the 1970s Again for Latin America's Militaries. Here's Why.» *Americas Quarterly*, 11 de diciembre de 2019. https://bit.ly/39vvzMx

74 *El Universo*. «Lenín Moreno dispone que militares salgan a las calles a combatir la delincuencia». 29 de agosto de 2019. https://bit.ly/39fBvJ9

Catena, P.; Minay, S.; Caro, I. y Fernández, M. E. «La tensa noche en que Piñera decidió no sacar de nuevo a los militares». *La Tercera*, 13 de noviembre de 2019. https://bit.ly/3zixxu4

75 TVPerú Noticias. «Fuerzas Armadas y Policía Nacional respaldan a presidente Vizcarra». YouTube, 1 de octubre de 2019. https://www.youtube.com/watch?v=jqI7yrVhBA0

76 Manetto, Francesco. «*Alarma en Bolivia por la impunidad para los*

militares que repriman las protestas». *El País*, 18 de noviembre de 2019. https://bit.ly/3u2Lhbr

77 *Semana.* «Militares, una fuerza política clave en Venezuela». 28 de julio de 2017. https://bit.ly/3kh0z8W

78 Monteiro, Tãnia; Ferraz, Adriana; Bridi, Carla; Lara, Matheus y Kruse, Tulio. «Militarização atinge 2º e 3º escalões do governo Bolsonaro». *Estadão*, 3 de marzo de 2019. https://bit.ly/3lAs6Sj

79 Agencia EFE. «Juicio por narcotráfico contra hermano presidente Honduras llega etapa final». EFE USA, 16 de octubre de 2019. https://bit.ly/3nFUFjW

80 *Nómada.* «Las hazañas de la promoción de militares que co-gobierna con Jimmy Morales». 12 de junio de 2017. https://bit.ly/3lzqp7C

81 Fonseca, Diego. «La guardia pretoriana de AMLO». *The New York Times*, 1 de abril de 2021. https://nyti.ms/3nIZ3Ph

82 El Universal. «No olviden que el soldado es pueblo uniformado: AMLO». YouTube, 2 de septiembre de 2020. https://www.youtube.com/watch?v=2vrpUukaP_o y

Gobierno de Venezuela. «Intervención del Comandante Presidente Hugo Chávez durante acto de homenaje de las Fuerzas Armadas por su ascensión a la primera magistratura del país y celebración del VII aniversario de la Rebelión Bolivariana del 4-F y Día de la Dignidad». *Todo Chávez en la web*, 4 de febrero de 1999. https://bit.ly/3zvnWQN

83 Díez, Jorge. «Legislative Oversight of the Armed Forces of Mexico». *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, vol. 24, Nº 1. University of California Press, Oakland, 2008. Pág. 113-145. https://bit.ly/2VNQ2Zs

84 Arteta M., Itxaro. «El Sabueso: ¿Promover reformas constitucionales? ¿Sacar al Ejército de las calles? AMLO se contradice». *Animal Político*, 21 de noviembre de 2018. https://bit.ly/3klV74W

85 Pérez Correa, Catalina. «México necesita una Guardia Nacional realmente civil». *The New York Times*, 8 de agosto de 2019. https://nyti.ms/2XrkCbQ

Notimex. «La Secretaría de la Defensa administrará el Aeropuerto de Santa Lucía». *Obras/Expansión*, 11 de febrero de 2019. https://bit.ly/39g9gtZ

Sheridan, Mary Beth. «Mientras la seguridad en México se deteriora, el poder de las fuerzas militares crece». *The Washington Post*, 17 de diciembre de 2020. https://wapo.st/39fE4Lh

Animal Político. «Ejército recibirá todas las ganancias del Tren Maya, no irán a Hacienda, dice Fonatur». 17 de marzo de 2021. https://bit.ly/3EqolYd

Pérez-Cueto, Constanza. «75% de los excedentes generados por Codelco en los últimos cinco años fueron a las FFAA». *La Tercera*, 24 de junio de 2019. https://bit.ly/3kmnPTf

86 Naciones Unidas. «Expertos de la ONU, preocupados por el uso de los

militares en la represión de las protestas en Colombia». 14 de mayo de 2021. https://news.un.org/es/story/2021/05/1491962

87 Fonseca, Diego. Texto citado. «El regreso de los militares».

88 Pérez Correa, Catalina. «Algunos aceptarían un gobierno militar, pero no son mayoría». *El Universal*, 30 de marzo de 2021. https://bit.ly/3lts12A

89 Castorena, Oscar y Graves, Sarah L. «Support for Electoral Democracy». *Pulse of Democracy*, vol. 8, Nº 25. LAPOP, Nashville, 2019.

Zechmeister, Elizabeth J., y Noam Lupu (eds.). «Pulse of Democracy». LAPOP, 2019. https://bit.ly/3lGlqSS

90 Mora, Frank y Fonseca, Brian. Texto citado. «It's Not the 1970s Again».

91 Scharpf, Adam. «Dangerous Alliances: Populists and the Military». GIGA, Nº 1, febrero de 2020. https://bit.ly/3kkXogy

92 *Ibid.*

93 Savarese, Mauricio y Jeantet, Diane. «Gobierno de Bolsonaro festeja aniversario de golpe militar». AP, 1 de abril de 2021. https://bit.ly/3tOoG21

Waldron, Travis y Rosa, Ana Beatriz. «Brazil's Far-Right Vice Presidential Candidate Sees A Scenario For Military Rule». *HuffPost*, 9 de septiembre de 2018. https://bit.ly/3Cnf2GO

94 Ortiz, Román D. «¿El regreso de los generales?: relaciones civiles-militares en América Latina en tiempos de pandemia». Real Instituto Elcano, Estudios Internacionales y Estratégicos, 1 de diciembre de 2020. https://bit.ly/3Er8RTV

95 Paley, Dawn. «AMLO Has Been a Disappointment to the World—for Mexico, He's Been Far Worse». *The Nation*, 4 de junio de 2021. https://bit.ly/3lDyt7i

96 Mora, Frank y Fonseca, Brian. Texto citado. «It's Not the 1970s Again».

97 *Ibid.*

98 *Ibid.*

99 De Witte, Melissa. «Populism is a political problem that is putting democracy at risk, Stanford scholars say». Stanford News, 11 de marzo de 2020. https://stanford.io/3lyZHfh

Grzymala-Busse, Anna; Kuo, Didi; Fukuyama, Francis y McFaul, Michael. «Global Populisms and Their Challenges». Stanford/Freeman Spogli Institute for International Studies, marzo de 2020. https://stanford.io/3tNnnAu

15 · CIUDADANÍA
Conoce a tu vecino

1 Agencia Télam. «El discurso completo». Discurso de asunción de Alberto Fernández como presidente de Argentina, 10 de diciembre de 2019. https://www.telam.com.ar/notas/201912/415212-el-discurso-completo.html

2 Fernández de Kirchner, Cristina. *Sinceramente*. Editorial Sudamericana, 2019. Página 24.

3 Rivas Molina, Federico. «Alberto Fernández cede a la presión de Cristina Kirchner y cambia seis ministros». *El País*, 18 de septiembre de 2021. https://bit.ly/3zPh80g

4 Enrigue, Álvaro. «La política argentina es más divertida que la tele». Twitter de @EnrigueAlvaro, 17 de septiembre de 2021. https://twitter.com/EnrigueAlvaro/status/1438856361165656067?s=20

5 Agencia Télam. «Carta pública de Cristina Fernández de Kirchner». 16 de septiembre de 2021. https://bit.ly/3Cp0p5Q

6 *Ibid.*

7 Shumway, Nicolas. Obra citada. *La invención de la Argentina.*

8 Neyret, Juan Pablo. «"Soy un perro de la calle". Entrevista con Nicolas Shumway». *Espéculo*, *Revista de Estudios Literarios*, Universidad Complutense de Madrid, 2003. https://webs.ucm.es/info/especulo/numero26/shumway.html

9 BBC News Mundo. «Covid-19 en América Latina: los países donde más aumentó la pobreza extrema durante la pandemia (y los dos donde insólitamente bajó)». 20 de mayo de 2021. https://www.bbc.com/mundo/noticias-57165791.amp

10 CEPAL. «América Latina y el Caribe: Actualización de proyección de crecimiento 2020». Informe especial Covid-19 Nº 5, julio de 2020. https://bit.ly/3AsHc2B

11 Fonseca, Diego. «El sueño bolivariano de Odebrecht». *Perdimos. Quién gana la Copa América de la corrupción*, de Martín Caparrós y Diego Fonseca (coeds.). Editorial Planeta, Buenos Aires, 2018.

12 Edwards, Sebastián. «On Latin American Populism, and Its Echoes around the World». *The Journal of Economic Perspective*, vol. 33, Nº 4. American Economic Association, 2019. Pág. 76-99. https://www.jstor.org/stable/10.2307/26796837

13 Ríos, Viri. «¿Cuál castigo a López Obrador?». *The New York Times*, 7 de junio de 2021. https://nyti.ms/3AuuDno

14 Agencia EFE. «Maduro reconoce que Venezuela perdió el 99% de ingresos en divisas en seis años». 30 de septiembre de 2020. https://bit.ly/3Au0ZyA

15 Cawthorne, Andrew. «Venezuela proposes novel OPEC oil blending deal to fight for market share». Reuters, 20 de abril de 2015. https://reut.rs/2Z5eOpf

Cheatham, Amelia y Cara Labrador, Rocío. «Venezuela: The Rise and Fall of a Petrostate». Council on Foreign Relations, 22 de enero de

2021 (actualización). https://on.cfr.org/3ARLEbl

16 Hawkins, Kirk y Hansen, David. «Dependent Civil Society: The Círculos Bolivarianos in Venezuela». *Latin American Research Review*, vol. 41, Nº 1, 2006. Pág. 102-132. Citado por Carlos de la Torre en «El populismo latinoamericano: entre la democratización y el autoritarismo».

17 Bruce, Ian. *The Real Venezuela: Making Socialism in the Twenty-First Century*. Pluto Press, Londres, 2008. Pág. 163.

18 Miranda Aburto, Wilfredo / Divergentes. Texto citado. «Un "espía" en cada esquina de Nicaragua»

19 Bobbio, Norberto. *The Future of Democracy*. University of Minnesota Press, 2014.

20 Rosanvallon, Pierre. Obra citada. *El siglo del populismo.* Pág. 17.

21 De la Torre, Carlos. Texto citado. «El populismo latinoamericanos: entre la democratización y el autoritarismo».

22 Müller, Jan-Werner. Obra citada. *What is Populism?* Pág. 96-97.

23 Albright, Madeleine. «Madeleine Albright: "Us vs. Them" Thinking Is Tearing America Apart. But Here's Why I'm Still Hopeful About the Future». *Time*, 15 de enero de 2021. https://bit.ly/3ztJ3Ts

24 Popper, Karl. *The Open Society and Its Enemies*. Princeton University Press, Princeton, edición de 2013.

25 Larraquy, Marcelo. «El General Perón les habla a sus soldados». *Infobae*, 19 de febrero de 2018. https://bit.ly/3lwAWk0

Müller, Jan-Werner. Obra citada. *What is Populism?*. Pág. 83-85.

26 Eco, Umberto. «Ur-Fascismo». Ponencia en Columbia University, New York, abril de 1995. Pág. 3.

27 Traughber-Pfahl, Armin. «Un socialista democrático en Estados Unidos». *Nueva Sociedad,* marzo de 2016. https://bit.ly/3tYOCYN

28 Fonseca, Diego. «La victoria de Sanders». *El Faro*, 26 de julio de 2016. https://bit.ly/3zsB0WM

29 Saborido, Félix. «Peronismo y sexualidad (un texto de Pedro Saborido)». Agencia Télam, 21 de marzo de 2020. https://bit.ly/2XwLF6b

30 Lilla, Mark. Obra citada. *The Once and Future Liberal.* Pág. 12.

31 *Ibid.* Pág. 61

32 Kakutani, Michiko. Obra citada. *The Death of Truth.* Pág. 62-63.

33 Rieff, David. «A Global Culture?». *World Policy Journal*, vol. 10, Nº 4. Duke University Press, invierno, 1993-94. Pág. 73-81. https://bit.ly/39K7126

34 Lilla, Mark. Obra citada. *The Once and Future Liberal.* Pág. 67-68.

35 Rieff, David. Texto citado. «A Global Culture?»

36 Lilla, Mark. Obra citada. *The Once and Future Liberal.* Pág. 90-91.

37 *Ibid.* Pág. 95

38 Nozick, Robert. *Anarchy, State, and Utopia*. Basic Books/Blackwell,

New York, 1974. Reedición de 1993.

39 Arendt, Hannah. *The Human Condition*. Cap. 1, «Vita Activa and The Human Condition». The University of Chicago Press, Chicago, 1958. Pág. 9.

40 Burke, Edmund. «Thoughts on the Cause of the Present Discontents». *Select Works of Edmund Burke*, vol. 1. Liberty Fund, Londres, 1999. Pág. 146.

41 Frabetti, Carlo. «Por qué no leer los clásicos (diálogo plutónico con Italo Calvino)». *Jotdown Magazine*, marzo de 2021. https://bit.ly/2XYQyop

42 Krastev, Ivan. Obra citada. *Is It Tomorrow Yet?* Pág. 32.

43 Jaramillo-Mora, Máximo Ernesto. «Los mitos de la política social de la 4T». *Nexos*, 29 de julio de 2021. https://bit.ly/3hRtH5k

44 Krastev, Ivan. Obra citada. *Is It Tomorrow Yet?* Pág. 36-37.

45 Thomas, Leigh. «130 nations back global minimum corporate tax at 15%». Reuters, 2 de julio de 2021 https://reut.rs/2XxUpIS

46 Neate, Rupert. «Billionaires' wealth rises to $10.2 trillion amid Covid crisis». *The Guardian*, 7 de octubre de 2020. https://bit.ly/3lBl1Rn

Schweizer, Kerstin. «The rich get richer during the coronavirus pandemic». Deutsche Welle, 10 de junio de 2021. https://bit.ly/3CvM9s1

Hughes Neghaiwi, Brenna y Jessop, Simon. «In 2020 the ultra-rich got richer. Now they're bracing for the backlash». Reuters, 25 de marzo de 2021. https://www.reuters.com/article/us-wealth-billionaires-outlook-insight-idUSKBN2BH0J7

Fligstein, Neil y Rucks-Ahidiana, Zawadi. «The Rich Got Richer: The Effects of the Financial Crisis on Household Well-Being, 2007-2009». Institute for Research and Labor and Employment, Working Paper, Nº 121-15. University of California, Berkeley, 2015. https://bit.ly/2Z6n9sN

47 Juliana, Enric. «Es la hora de la solidaridad europea. Habrá que compartir la deuda». *La Vanguardia*, 28 de marzo de 2020. https://bit.ly/2VYdSln

48 Fonseca, Diego. «La culpa es nuestra». *The New York Times*, 29 de abril 2020. https://nyti.ms/3koLv9w

49 Fonseca, Diego. «Te juro que cambié». *The New York Times*, 16 de mayo de 2020. https://nyti.ms/3lItnqy

50 Masdeu, Jaume. «España tendrá acceso a 24.000 millones de créditos sin condiciones para el coronavirus». *La Vanguardia*, 8 de mayo de 2020. https://bit.ly/39l86NX

Cinco Días. «El BCE libera a la banca de provisionar los créditos impagados por el virus». 20 de marzo de 2020. https://bit.ly/3CLGbDB

51 Hansan, John E. «Origins of the State and Federal Public Welfare Programs (1932-1935)». *Social Welfare History Project*, 2011. https://

bit.ly/3nQjNof

Obinger, Herbert y Schmitt, Carina. «The legacy of World War II on social spending in the western world». LSE, Blog Team, 17 de mayo de 2018. https://bit.ly/3lJPBs7

52 Colman, Andrew M. y Pulford, Briony D. «Altruism, collective rationality, and extreme self-sacrifice». *Behavioral and Brain Sciences*, vol. 41, Nº 197, 2018. https://bit.ly/2XI19UI

53 *The Economist*. «The state in the time of covid-19». 26 de marzo de 2020. https://econ.st/3zmIivm

54 Vázquez Mantecón, Verónica. «La polémica en torno a la democracia durante el cardenismo». *Política y Cultura*, Nº 11. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco Distrito Federal, México, invierno de 1999. Pág. 61-87. https://bit.ly/3CAinSG

55 Levy, Santiago y Rodríguez, Evelyne. *Sin herencia de pobreza. El programa Progresa-Oportunidades de México*. BID-Editorial Planeta, Ciudad de México, 2005.

56 Gámez Álvarez, D. (coord.). «Candados y contrapesos: la protección de los programas, políticas y derechos sociales en México y América Latina». Presentación de Rebecca Grynspan. ITESO, Guadalajara, 2009.

Palma, Esperanza. «Problemas para la construcción de ciudadanía: un análisis de los beneficiarios del programa Oportunidades». ENAPP, Documento de trabajo, 2, PNUD, México, 2006.

57 Montero, Julio. «Cómo superar el populismo». *Revista Seúl*, 18 de julio de 2021. https://bit.ly/3nUnRDU

58 Smale, Alison. «Austria Rejects Far-Right Presidential Candidate Norbert Hofer». *The New York Times*, 4 de diciembre de 2016. https://nyti.ms/3zmXLeQ

59 Walters, Matthew y Mishel, Lawrence. «How unions help all workers». Economic Policy Institute, Briefing Paper 143, 26 de agosto de 2003. https://bit.ly/2Y7JjuG

Levi, Margaret. «Labor Unions as Critical Intermediary Associations». Septiembre de 2017. https://bit.ly/3CxNte0

60 Latinoamerica21. «Estrategias para salir del populismo, por Nadia Urbinati y Federico Finchelstein». *Tal Cual*, 23 de marzo de 2021. https://bit.ly/3tXaHHe

61 Tankersley, Jim. «Biden to Propose $6 Trillion Budget to Make U.S. More Competitive». *The New York Times*, 17 de mayo de 2021. https://nyti.ms/3hUJ5Oi

62 Larres, Klaus W. «How Germany is managing its coronavirus epidemic, and reacting with disdain to Trump's policies». *The Conversation*, 30 de marzo de 2020. https://bit.ly/3nQ8oVhy

Barría, Cecilia. «Crisis económica por el coronavirus | Robert Shiller, nobel de Economía: "No existe una pandemia, sino dos"». BBC News, 25 de mayo de 2020. https://www.bbc.com/mundo/

noticias-52748371

63 *Financial Times*. «Taiwan's Early Success Against Coronavirus Cushions Economy». 20 de abril de 2020. https://www.ft.com/content/b59c238c-d004-44a2-bd9f-c5b1e7a5bc8a

64 Champoux-Paillé, Louise y Croteau, Anne-Marie. «Why women leaders are excelling during the coronavirus pandemic». *The Conversation*, 13 de mayo de 2020. https://bit.ly/3tYhzUD

65 Jarroud, Marianela. «Everyone Benefits from More Women in Power». Our World, UN University, 7 de marzo de 2015. https://bit.ly/3kQpr84

66 Fonseca, Diego. Texto citado. «El desastre del líder intuitivo».

67 Centenera, Mar. «Santiago Kovadloff: "Argentina idolatra el pasado, tenemos que dejar de repetirlo"». *El País*, 12 de octubre de 2017. https://bit.ly/2XOpqsh

68 *Ibid.*

69 *Ibid.*

70 Krastev, Ivan. «The Rise and Fall of European Meritocracy». *The New York Times*, 17 de enero de 2017. https://nyti.ms/3nMnefr

71 George W. Bush Presidential Center. Texto citado. «Europe's 21st Century Challenge is Defining "The People"».

72 Todorov, Tzvetan. *On Human Diversity: Nationalism, Racism, and Exoticism in French Thought.* Harvard University Press, Cambridge, 1994. Pág. 173-174.

73 Brooks, Libby. «Glasgow protesters rejoice as men freed after immigration van standoff». *The Guardian*, 13 de mayo de 2021. https://bit.ly/3hUuvpT

74 Maalouf, Amin. Obra citada. *In the Name of Identity*. Pág. 100.

75 Artaud, Antonin. «Messages révolutionnaires». Pág. 106.

76 Schengen News. «Portugal Grants Migrants and Asylum Seekers Full Citizenship Rights During COVID-19 Outbreak». 2 de abril de 2020. https://bit.ly/3zkVoZX

77 Todorov, Tzvetan. Obra citada. *On Human Diversity*. Pág. 175-176.

78 Budasoff, Eliezer. Texto citado. «Alberto Vergara».

79 Voltaire (François-Marie Arouet). *Philosophical Dictionary*, XIII. Citado por Todorov en *On Human Diversity*, pág. 413.

80 Todorov, Tzvetan. Obra citada. *On Human Diversity*. Pág. 179-181.
Rousseau, Jean-Jacques. *On the Social Contract*, IV, 8. Pág. 127 y 130.

81 Malešević, Siniša. Obra citada. *Nation-States and Nationalisms*. Pág. 177.

82 Martínez-Herrera, Enric y Calzada, Inés. «Nationalism, ideological identification and solidarity: the attitudinal sphere». CSIC, noviembre de 2009. https://bit.ly/3ECT4kN

83 Malešević, Siniša. Obra citada. *Nation-States and Nationalisms*. Pág.

171.

84 *Ibid.*

85 Collins, Dan. «Peru: new president appoints fellow Marxist as prime minister». *The Guardian*, 30 de julio de 2021. https://bit.ly/2VWhIeM

86 Langlois, Jill. «The Feminine Appeal of Macho Populism». *Foreign Policy*, 1 de diciembre de 2020. https://bit.ly/3ksPRfL

87 Aspan, Maria; Barrett, Eamon et al. «World's 50 Greatest Leaders». *Fortune*, 2021. https://bit.ly/3ExbvHP

88 Morning Consult. Global Leader Approval Rating Tracker. Actualizado al 29 de julio de 2021. https://morningconsult.com/form/global-leader-approval/

89 Scharpf, Adam. Texto citado. «Dangerous Alliances».

90 Reuters. «OAS condemns Nicaragua's jailing of potential presidential rivals». 16 de junio de 2021. https://reut.rs/3lHiBkl

91 Sharpf, Adam. Texto citado. «Dangerous Alliances».

92 La Sexta. «El aplaudido discurso de Ana Iris Simón en defensa de los jóvenes ante Pedro Sánchez: «"Cómo no envidiar la vida de nuestros padres"». 24 de mayo de 2021. https://bit.ly/2XDdI3W

93 Niebla, Rocío. «"Feria", el libro de la discordia: ¿autoficción neofascista o reivindicación de lo comunitario?» *Eldiario.es*, 25 de mayo de 2021. https://bit.ly/3CxMB93

94 Horch, AJ. «Buying a home: Why it's harder for younger generations than their parents». CNBC, 25 de noviembre de 2020. https://cnb.cx/3znZPmJ

95 European Comission. Pensions. Al 30 de julio de 2021. https://bit.ly/3hPike8

96 Fox, Justin. «Educated Men Are Finding More Degrees Don't Always Bring More Jobs». *BloombergBusinessWeek*, 15 de marzo de 2021. https://bloom.bg/2ZhiGDQ

97 George W. Bush Presidential Center. Texto citado. «Europe's 21st Century Challenge is Defining "The People"».

98 Applebaum, Anne. Obra citada. *Twilight of Democracy*. Pág. 187-189.

99 Fonseca, Diego. Texto citado. «Los Estados Unidos de Vladimir Trump».

100 Fonseca, Diego. Texto citado. «Señor presidente: cállese».

101 McIntyre, Lee. Obra citada. *Post-Truth*. Pág. 121-122.

102 Thompson, Nicholas. «Why Are We Polarized? Don't Blame Social Media, Says Ezra Klein». *Wired*, 13 de febrero de 2020. https://bit.ly/3nX3YvV

103 Kempo, Brad. «Making policy by e-referendum». *Inroads*, Nº 32, invierno-primavera de 2013. https://inroadsjournal.ca/making-policy-by-e-referendum/

104 Cabrol, Marcelo y Sánchez Ávalos, Roberto. *¿Quién le tema a la inteligencia? Posibilidades y riesgos de la inteligencia artificial en el Estado*

digital. BID, Washington, DC, 2021. https://bit.ly/3AsY5Kh

105 Sherwood, Harriet. «Israeli protests: 430,000 take to streets to demand social justice». *The Guardian*, 4 de septiembre de 2011. https://bit.ly/3CR5Tqb

106 Arriagada, Eduardo. «Conversar en las mismas redes para bajar la polarización». Telos/Fundación Telefónica, 28 de enero de 2021. https://bit.ly/3hSEMmv

107 Fonseca, Diego. Texto citado. «México y la decadencia de la política».

108 Pappas, Takis S. *Populism and Liberal Democracy: A Comparative and Theoretical Analysis.* OUP Oxford, Oxford, 2019. Pág. 188.

109 Dobberstein, Laura. «Syria and Sudan turn off the internet to suppress . . . cheating by kids sitting exams». *The Register*, 23 de junio de 2021. https://bit.ly/39mfsR8

110 Fonseca, Diego. «La perversa fe de las masas». *The New York Times*, 28 de febrero de 2020. https://nyti.ms/3tZhmAT

111 Ipsos MORI. Estudio citado. «Populist, anti-elite and nativist views».

16 · FUTUROS
El clavo de Alejandro Magno

1 Calasso, Roberto. *Las bodas de Cadmo y Harmonía*. Círculo de Lectores, Madrid, 1991. Pág. 103-104.

2 De Witte, Melissa. Texto citado. «Populism is a political problem».

3 Fonseca, Diego. «El colapso del PRI». *The New York Times*, 20 de mayo de 2018. https://nyti.ms/3lC190t

4 *Ibid.*

5 Zanatta, Loris. Texto citado. «¿Tiene remedio el populismo en América Latina?»

6 Semple, Kirk y Kitroeff, Natalie. «"No puedo parar": la pandemia desafía al vasto continente de la economía informal latinoamericana». *The New York Times*, 30 de marzo de 2020. https://nyti.ms/2XLo55t

Romero, Simon. «Economies in Latin America Race Ahead». *The New York Times*, 30 de junio de 2010. https://nyti.ms/3hTUjSX

7 Zanatta, Loris. Texto citado. «¿Tiene remedio el populismo en América Latina?»

8 *Animal Político.* «Gobierno de AMLO adjudica sin licitar el 74% de los contratos». 28 de marzo de 2019. https://bit.ly/3tYI7oW

9 *El Financiero.* «"Estoy feliz, feliz, feliz" porque se hizo valer la democracia, dice AMLO». 7 de junio de 2021. https://bit.ly/2XCBGwd

10 Zanatta, Loris. Texto citado. «¿Tiene remedio el populismo en América Latina?»

11 Martínez, Guillem. «2010. El año en que empezó todo. O, tal vez, el año en que acabó todo». *Ctxt*, 16 de noviembre de 2016. https://bit.ly/39mb5FB

12 González Férriz, Ramón. «¿Aceptarías que tus hijos se casaran con alguien de ideas políticas diferentes a las tuyas?» *El Confidencial*, 14 de septiembre de 2021. https://bit.ly/3ksmcDx
13 Mizrahi, Darío. «Cómo se construyó el poder militar en 20 años de chavismo: ¿Es posible su ruptura con Maduro?». *Infobae*, 23 de febrero de 2019. https://bit.ly/3nTTBJu
14 Barnes, Julian. *The Sense of an Ending*. Jonathan Cape/Random House, Londres, 2011. Pág. 48.
15 Baron de Montesquieu, Charles. *The Spirit of the Laws*. Cap. 6, «Of the Constitution of England», 1748.
16 Fonseca, Diego. «La izquierda latinoamericana es de derecha». *The New York Times*, 20 de septiembre de 2021. https://nyti.ms/3F8iV4C
17 *Ibid.*
18 O'Donnel, Guillermo. «Un "Juego" Imposible: Competición y coaliciones entre partidos políticos en Argentina, 1955-1966». *Revista Latinoamericana de Sociología, 1971*.
19 Dawyd, Darío. «El "juego imposible" de la Argentina postperonista. El debate en torno de la inestabilidad democrática y sus aportes al desarrollo de la Ciencia Política Argentina». *Studia Politicæ*, Nº 26. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Católica de Córdoba, otoño de 2012. https://bit.ly/3ENjQHB
20 Morales Solá, Joaquín. «¿Gastar menos o saquear? Saquear». *La Nación*, 21 de octubre de 2008. lanacion.com.ar/politica/gastar-menos-o-saquear-saquear-nid1061698/
21 Edwards, Sebastián. Obra citada. «On Latin American Populism».
22 Palermo, Vicente. *La vida breve de Dardo Cabo: Pasión y tragedia del peronismo plebeyo.* Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2021.
23 *Ibid.*
24 Absher, Samuel; Grier, Kevin y Grier, Robin. «The economic consequences of durable left-populist regimes in Latin America». *Journal of Economic Behavior & Organization*, vol. 177, 2020. Pág. 787-817. https://doi.org/10.1016/j.jebo.2020.07.001.
25 González, Enric. «La compleja paradoja económica argentina: el único país americano más pobre que hace un siglo». *El País*, 1 de agosto de 2021. https://bit.ly/3lIJwft
26 Fondo Monetario Internacional. IMF Primary Commodity Prices. Actualizado a septiembre de 2021. https://bit.ly/2XudwmX
27 Torrado, Santiago. «Álvaro Uribe llama al Ejército a que utilice las armas en las protestas en Colombia». *El País*, 1 de mayo de 2021. https://bit.ly/3zs3LmL
28 Martínez Ahrens, Jan y Santaeulalia, Inés. «Gustavo Petro: "Colombia no necesita socialismo, necesita democracia y paz"». El *País*, 20 de septiembre de 2021. https://bit.ly/39jVQNv

29 Agencia EFE. «Rafael Correa no podrá ser candidato en las elecciones de Ecuador tras desestimarse su último recurso legal». *Eldiario.es*, 8 de septiembre de 2020. https://bit.ly/3tVOFER
30 BBC News Mundo. «Quién es Guillermo Lasso, el exbanquero que asumió la presidencia de Ecuador en medio de la peor crisis económica y de salud de la historia del país». 12 de abril de 2021. https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-56713408
31 Pretelín Muñoz de Corte, Fausto. «Rafael Correa, el hermoso Narciso». *El Economista*, 1 de julio de 2021. https://bit.ly/3hPmYJ6
32 BBC News Mundo. «Ecuador solicita la detención de Correa: el caso de secuestro de Fernando Balda por el que el expresidente tiene una orden de arresto internacional». 4 de julio de 2018. https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-44715314
33 Organización de Estados Americanos, OEA. «Relatoría Especial concluye su visita a Ecuador y presenta sus observaciones y recomendaciones preliminares sobre libertad de expresión en el país». 24 de agosto de 2018. https://bit.ly/3hPNlyA
34 Pontón Cevallos, Jenny. «El populismo: ¿una amenaza a la democracia en AméricaLatina? Un diálogo con Kurt Weyland». *Iconos, Revista de Ciencias Sociales*, Nº 54, 2016. https://bit.ly/3nPw3VZ
35 Gomes, Pedro Henrique. «Brasileiro pula em esgoto e não acontece nada, diz Bolsonaro em alusão a infecção pelo coronavirus». TV Globo, 26 de marzo de 2020. https://glo.bo/3Cv6Kwu
36 BBC News Mundo. «El Tribunal Supremo de Brasil considera que el juez Moro no fue imparcial en los juicios al expresidente Lula». 23 de marzo de 2021. https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-56505503
37 Ahmed, Azam. «Where the Police Wear Masks, and the Bodies Pile Up Fast». *The New York Times*, 20 de diciembre de 2019. https://nyti.ms/2XCDnK5
38 Miranda Aburto, Wilfredo. «El sueño expansionista de Bukele: el presidente salvadoreño promueve su marca en Centroamérica». *El País*, 24 de julio de 2021. https://bit.ly/3zxERSp
39 *The Economist*. «Nayib Bukele is wrecking democracy in El Salvador». 11 de septiembre de 2021. https://econ.st/3nM6dCl
40 BBC News Mundo. «El Salvador: la Corte Suprema aprueba la reelección presidencial y le abre las puertas a Bukele a un segundo mandato». 4 de septiembre de 2021. https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-58448705
41 Vivanco, José Miguel. «Bukele ha puesto a El Salvador al borde del abismo autoritario. Hay que detenerlo». *The New York Times*, 8 de septiembre de 2021. https://nyti.ms/2XBvROR
42 Alvarado, Jimmy. «CIDH emite medidas de protección para todo el personal de El Faro». *El Faro*, 4 de febrero de 2021. https://

bit.ly/3lIK7Oh

43 Martínez, Óscar. «Bukele acabó con la democracia y lo peor está por venir». *The New York Times*, 13 de septiembre de 2021. https://nyti.ms/2XEm2ja

44 Bukele, Nayib. «$500 millones de dólares en inversión pública no reembolsable y sin condiciones». Twitter de @nayibbukele, 18 de mayo de 2021. https://twitter.com/nayibbukele/status/1394692405044068357?s=20

45 Chen, Taotao y Pérez Ludueña, Miguel. «Chinese foreign direct investment in Latin America and the Caribbean». CEPAL, Production Development Series Nº 195, enero de 2014. https://bit.ly/3CrIxXK

46 Castellanos Moya, Horacio. «El rompecabezas de Biden en Centroamérica». *El País*, 3 de agosto de 2021. https://bit.ly/2XKNgVV

47 Oliva, Ayelén. «Jubilar a los jueces de más de 60 años: la última medida de Bukele aumenta el temor por la concentración de poder en El Salvador». *Eldiario.es*, 4 de septiembre de 2021. https://bit.ly/3lFsIWH

48 *France24*. «El Salvador: Bukele busca disipar la desconfianza de su reforma constitucional». 18 de agosto de 2021. https://bit.ly/3nQdqRS

Vera, Asier. «Bukele bloquea el aborto, el matrimonio entre personas del mismo sexo y la eutanasia en las reformas constitucionales». *El Mundo*, 18 de septiembre de 2021. https://bit.ly/3zrPjLc

Delcid, Merlin. «Bukele descarta aborto, matrimonio igualitario y muerte digna en reformas a la Constitución en El Salvador». CNN, 17 de septiembre de 2021. https://cnn.it/3tXpVMk

49 Barrera, Carlos. «La marcha grande contra Bukele». *El Faro*, 15 de septiembre de 2021. https://bit.ly/3ztB5te

50 Europa Press. «Bukele acusa a la comunidad internacional de «financiar» una «oposición perversa» en las protestas». 16 de septiembre de 2021. https://bit.ly/3kt9Af

51 Amaya, Alba Miriam. «15 de septiembre: El Salvador marcha contra el autoritarismo». Deutsche Welle, 15 de septiembre de 2021. https://bit.ly/3AAc6WU

52 Segura, Edwin. «LPG Datos. Aprobación de Bukele, casi indemne». *La Prensa Gráfica*, 3 de septiembre de 2021. https://bit.ly/3idkgNN

53 Eco, Umberto. Texto citado. «Ur-Fascismo».

54 Taub, Amanda y Bennhold, Katrin. «Qué es el Día X: del preparacionismo para el fin del mundo al complot para el fin del mundo». *The New York Times*, 10 de junio de 2021. https://nyti.ms/3tZaK5j

55 Feldman, Matthew. «Radical Right Terrorists Are Usually Self-Radicalized». Centre for Analysis of the Radical Right, CARR, 3 de agosto de 2020. https://bit.ly/3nOYHXj

56 CARR. «The Evolution of the Radical Right: An Interview with Matthew Feldman». 6 de marzo de 2019. https://bit.ly/39ldJM2
57 Kallis, Aristotle. «Taboo Breakers: How The Right Is Eroding Norms Of Decency». CARR, 6 de diciembre de 2019. https://bit.ly/3u3U7FO
58 Snyder, Timothy. «The American Abyss». *The New York Times*, 9 de junio de 2021. https://nyti.ms/3tYIG22
59 *Milenio Digital.* «"Tía Pikachu", mujer que marchó disfrazada es electa en histórica votación en Chile». 17 de mayo de 2021. https://bit.ly/2VWJjfR
60 Agencia EFE. «El Congreso de Chile aprueba ley de gratuidad de la educación superior». *Eldiario.es*, 25 de enero de 2018. https://bit.ly/3AyrEdK
61 *Granma.* «Participa Raúl en reunión del Buró Político». 12 de julio de 2021. https://bit.ly/2XJ2lHz
62 Fonseca, Diego. «Patria y muerte, perderemos». *The New York Times*, 4 de mayo de 2021. https://nyti.ms/3ENrtOa
63 Taylor, Adam. «Deaths of 5 Cuban generals in 9 days mark passing of old guard amid new crises». *The Washington Post*, 28 de julio de 2021. https://wapo.st/3AxDLYj

CODA
Futuro imperfecto

1 *The New York Times.* "These Businesses and Institutions Are Cutting Ties With Trump". 11 de enero de 2021. https://nyti.ms/3nPKTvG
2 Bachelet, Pablo. "How does trust impact your quality of life?". Banco Interamericano de Desarrollo y University of Vanderbilt-LAPOP, 2018. https://bit.ly/3m1fqEr

Agradecimientos

De diversos modos, un grupo nutrido y nutritivo de inteligencias me ha ayudado a pensar y llevar adelante este libro en sus múltiples, móviles partes. No podría haberlo hecho sin ellos, sin ustedes. Resumiré el agradecimiento, que jamás es suficiente, mentando el "gracias totales" de ustedes-ya-saben-quién. Cada uno ha contribuido a hacer *Amado Líder* mejor. Suyas son las buenas ideas; los errores, vienen de estas manos.

Gracias totales, entonces, a numerosos amigos y colegas en Argentina, pero sobre todo al tiempo, humor e inteligencia de Martín Caparrós, María Esperanza Casullo, José María Cravero, Enric González, Mark Healey, Hernán Iglesias Illa y Julio Montero.

Por distintos temas y en diversos momentos, en ocasiones producto del azar, alguna gente aportó parte de sí para mover este libro. Gracias, entonces, a Sol Aliverti, Sandra Barba, Yao Botelho, Úrsula Camba, Adela C. Cedillo, Mariana Chudnovsky, Fernando de la Mora S., Juan Horacio de Freitas, Cecilia Fernández, Fon Fernández, Julieta 'Sargeant' García, Thomas 'Tee-Jay' Goodway, Eva Lamarca, Fernanda Márquez, Pablo Maurette, David Miklos, Margarita 'Mags' Monterrey, Izaskun Pérez, Blanche Petrich, Catalina Rey S., Yoani Sánchez, Peio H. Riaño, Paulina Rivadeneira, Lucila 'Lula' Rodríguez Alarcón, Moe Rottenberg, Julio Trujillo, Brenda Valdés, Yanina Welp y Adriana Zehbrauskas.

Para escribir de México conté con los aportes directos e indirectos de Arturo Ángel, Aurelio Asiain, Alfredo Ávila, Carlos Bravo Regidor, Arno Burkholder, Jorge Castañeda, Pablo Ferri, Enrique Krauze, León Krauze, Daniel Moreno Chávez, Daniela Rea, Arturo Sarukhán, Macario Schettino, Wilbert Torre y Gabriela Warkentin. A Veka Duncan le debo el espacio-tiempo dedicado a conversar sobre discursos simbólicos.

Me ayudaron a mirar el populismo como fenómeno global Jo-Marie Burt, Federico Finchelstein, Flavia Freidenberg, Will Grant, Patrick Iber, Claudio Lomnitz, Patricio Navia, David Rieff, Cristóbal Rovira Kaltwasser, Timothy Snyder, Karen Stenner y Alberto Vergara Paniagua.

En distintos momentos de estos años de producción, Jon Lee Anderson, Alberto Barrera Tyszka, Ricardo Haussmann, Gisela Kozak, Boris Muñoz, Michael Penfold y Naky Soto fueron de ayuda para aterrizar Venezuela. Le debo gratitud también al *late* Teodoro Petkoff por varias horas de conversación en los albores del chavismo. Mi mirada sobre Colombia se enriqueció en charlas con Sandra Botero, Mario Jursich, David Martínez Osorio, María Teresa Ronderos, Alberto Salcedo Ramos y Carolina Sanín, entre otros.

Debo a João Paulo Cuenca, Mário Magalhães, Guillermo Raffo y Esther Solano su tiempo y esfuerzo para facilitar mi aproximación actual a Brasil. Y a mis colegas Flávio Costa, Soraia Duarte, Júlio Gama, Max Alberto Gonzales, Verónica Goyzueta, Ian McCluskey y Carlos Vasconcellos, gracias por los años de conversación y textos para conocer una nación aun hoy increíble.

Por su paciencia y dedicación para ayudarme a caminar los procesos políticos en Bolivia, Chile, Ecuador y Perú: Santiago Basabe, Pedro Donoso, Patricio 'Pato' Fernández, Raúl Ferro, Jacobo García, Gustavo Gorriti, Patricio Navia, Pablo Ortíz, Simón Pachano, Edmundo Paz Soldán, Martha Roldós, Santiago Roncagliolo, Carlos Tromben, Pao Ugaz y Alberto Vergara P. A Santi Carneri, por insistir con Paraguay —que nunca está.

No hubiera podido escribir los segmentos de Centroamérica y el Caribe sin el auxilio, coyuntural o permanente, precedente y actual, de Ana Carolina Alpírez, Antonio Barrios, César Castro Fagoaga, Carlos Fernando Chamorro, Carlos Dada, Rafa G. Escalona, Ale Gutiérrez Valdizán, Abraham Jiménez Enoa, Will Grant, Eduardo Halfon, Deepak Lamba-Nieves, Sol Lauría, Óscar Martínez, Quique Naveda, Eswin Quiñónez, Nelly Ramírez, Peniley Ramírez, Sergio Ramírez, Martín Rodríguez, Carlos Salinas Maldonado, José Luis Sanz, Héctor Silva Ávalos, Ana Teresa Toro, Ligia Urroz, Mirja Valdés, Daniel Valencia, Daniel Villatoro y Doménica Velásquez.

Por sus aproximaciones a, de y en Europa, estoy agradecido a Alberto Arce, Alfred Bosch, Toni 'Tío' Cortés, Ignacio Escolar, Gonzalo Fanjul, Antoni Gutiérrez-Rubí, Daniel Innerarity, Gumersindo Lafuente, Javier Lafuente, Marina Lallana, Francesco

Manetto, Jan Martínez Ahrens, Alexander Morea-van Berkum, Karsten Müller, Ramón Perelló i Capdevila, Virginia Pérez Alonso, Antonio Rubio Campana, Oriol Soler y Ángel Villarino.

A Valeria Betancourt, Silvia Buendía, Ángela Cruz, Elizabeth Jay Friedman, Marcela Alejandra Fuentes, Gisela Gozak, Blanche Petrich, Daniela Rea: en distintas oportunidades, sus palabras me ayudaron a pensar la compleja relación entre feminismo y populismo.

Eduardo Arriagada, José Luis Orihuela, Rossana Reguillo y Carlos Scolari aportaron valiosas ideas sobre internet y redes.

A Álvaro Enrigue, Mario Jursich y Julio Villanueva Chang: sus palabras están a menudo conmigo.

A Patricia 'Smith' Nieto y Boris Muñoz, en *The New York Times*, siempre listos para el esgrima argumental.

Al maestro JIS, que ha hecho un ensayo gráfico con su portada —hay tanto allí, *pípol*.

A mi editor Edgar 'Dr. K' Krauss, siempre atento e inteligente. Al dedicadísimo equipo de HarperCollins en México: Adriana Bernal, Susana de la Rosa, Andrea Hernández, Selene Sandoval y Ricardo Gallardo.

A mi padre, Ricardo, porque su enjundia me acercó a la política.

A mis hijos, por su inconsciente generosidad: me han regalado tiempo que jamás podré devolverles.

Índice onomástico

A

Abascal, Santiago, 125-130, 133, 247, 416, 416n, 437, 438, 438n, 565, 670n, 671n, 691n
Abdullah Saleh, Ali, 366
Abrams, Stacey, 407
Absher, Samuel, 619, 702n
Acuña, Carlos H., 682n
Adorno, Theodor W., 226, 372, 558n, 686n
Adriano, personaje, 656
Aguilar Camín, Héctor, 318
Aguilar Sosa, Yanet, 679n
Ahmed, Azan, 556, 634, 702n
Akin, Isaiah, 65
al-Asad, Bashar, 366, 476, 556
al-Assad, Hafez, 35
al-Gaddafi, Muammar, 164, 366
Albright, Madeleine, 519, 697n
Alfano, Angelino, 253
Alfonsín, Raúl, 13, 18, 84, 84n, 297, 299, 382, 384, 612
Allende, Salvador, 234, 669n, 677n
Also Pinker, S., 685n
Altamirano, Carlos, 681n
Álvarez Icaza, Emilio, 186, 187
Álvarez Junco José, 52, 667n
Alves, Damares, 175
Amaru, Túpac, 81
Anaya, Ricardo, 567
Áñez Chávez, Jeanine, 193, 489
Angeli, Jake, 485, 486
Anguita, Julio, 602
Antunes-Padilla, Rafael, 673n

Apodaca, Nathan, 341
Appelbaum, Yoni, 200, 675n
Applebaum, Anne, 156, 170, 284, 355, 359, 360, 366, 367, 404-406, 469, 473, 575, 576, 672n, 673n, 681n, 685n, 686n, 693n, 700n
Arafat, Yasir, 609
Arauz, Andrés, 359, 627-629
Arce, Luis, 304, 472
Arco, Juana de, 293
Arden, Jacinta, 569
Arendt, Hannah, 228, 229, 244, 256, 456, 533, 677n, 678n, 698n
Arias, Arnulfo, 28
Aristóteles, 67, 240, 642
Arnott, Neil, 544
Aron, Raymond, 179
Aronofsky, Darren, 343
Arriagada, Eduardo, 582, 583, 701n
Arrimadas, Inés, 133
Artaud, Antonin, 560, 700n
Arteaga, Rosalía, 163
Asiain, Aurelio, 282
Atkinson, J. Maxwell, 677n
Attolini, Antonio, 163
Average, Joe, 206
Ávila, Alfredo, 558, 705n
Aznar, José María, 133, 349, 473
Aznarez, Juan José, 162, 672n

B

Babbitt, Ashli, 425, 465, 482, 692n
Bachelet, Michelle, 507, 644
Bachelet, Pablo, 704n
Bachman, Michelle, 86
Baglini, Raúl, 320, 607
Balda, Fernando, 702n
Baldetti, Roxana, 157
Bannon, Steve, 55, 116, 256, 373n, 466, 669n
Barak, Ehud, 609
Barco, Virgilio, 386
Bardaji, Rafael, 473
Barkun, Michael, 683n
Barnes, Julian, 611, 614, 701n
Barr, Robert R., 667n, 668n
Barrera, Carlos, 703n

Barrera Tyszka, Alberto, 609, 610, 690n
Basabe, Santiago, 629
Bautista, Juan, 116, 175
Bautista Alberdi, Juan, 503
Beck, Glenn, 86
Belaúnde, Fernando, 77, 190
Belina, Bernd, 686n
Bell, Aaron, 686n
Belt, Rust, 139, 150
Ben Ali, Zine el-Abidine, 366
Benhabib, Seyla, 568
Bennet, Michael, 70
Berelson, Bernard, 685n
Berezin, Mabel, 665n
Bergmann, Eirikurn, 683n
Berlusconi, Silvio, 83, 164, 165, 259, 325
Bermejo, Guillermo, 80, 668n
Bernays, Edward, 245
Betancourt, Rómulo, 662
Betancourt, Valeria, 566, 567
Betancur, Belisario, 234, 386
Betto, Frei, 190
Biden, Joe, 27, 57, 112, 147, 148, 153, 165, 192, 198, 206, 213, 216, 217, 229, 247, 253, 309, 311, 364, 392, 407, 412, 423, 434, 480, 484, 539, 554, 555, 584, 636, 637, 653, 660, 666n, 672n, 690n, 699n, 703n
Blair, Tony, 40, 164, 554
Blanca, abuela, 14
Blitzer, Wolf, 48
Bloch, Marc, 115
Blow, Charles M., 445, 691n
Bobbio, Norberto, 513, 697n
Boldrini, Laura, 168
Bolívar, 106, 207-209, 215, 278, 280, 505
Bolsonaro, Eduardo, 174, 673n
Bolsonaro, Jair, 19n, 20n, 27, 36, 83, 88, 97, 150, 152, 157, 168, 170, 171, 173-175, 190, 195, 201, 209, 210, 243, 247, 264, 271, 272, 302n, 321, 322, 325, 336, 345, 347, 356, 370, 374, 375, 378, 390-392, 413, 419, 424, 448, 451, 472, 489, 492, 507, 508, 509, 517, 565, 571, 585, 619, 631-634, 672n-674n, 678n, 687n, 695n, 696n, 702n
Bonaparte, Napoleón, 62n
Bonner, Jo, 64, 65
Borges, Jorge Luis, 169, 170, 301, 358, 497
Bos, Linda, 678n
Botero, Sandra, 624

Botsford, Gardner, 576
Bouvet, Laurent, 101n
Bowers, Robert G., 430, 430n, 479
Boyland, Rosanne, 465, 482n, 692n
Brace, Harcourt, 665n, 677n
Brander, Natalia, 567
Brezhnev, Leonid Ilich, 160
Brod, Harry, 672n
Brow, Peter, 276, 281, 681n
Bruce Wheeler, William, 674n
Bucaram, Abdalá, 27, 28, 162, 163, 238, 302n, 304, 511, 628
Budiansky, Peter, 148
Buendía, Aureliano, 200
Buendía, Silvia, 565
Bukele, Nayib, 20, 27, 30, 36, 82, 88, 91, 92, 97, 141, 157, 159, 164, 166, 172, 190, 193, 195, 213, 214, 240, 241, 259, 260, 261, 263, 264, 281, 302n, 309, 317, 321, 326, 331, 332, 332n, 333, 334, 334n, 335, 336, 344, 346, 347, 356, 359, 375, 378, 389, 400, 410, 413, 419, 444, 448, 465, 490, 492, 501, 509, 517, 546, 565, 567, 583, 634-637, 673n, 681n, 684n, 689n, 702n, 703n
Bukowski, Charles, 137, 138, 440, 671n
Burke, Edmund, 61, 62, 62n, 63, 64, 67, 397, 494, 534, 535, 550, 639, 656, 698n
Burkholder, Arno, 275, 276
Burt, Jo-Marie, 32, 76, 666n, 668n
Bush, George W. H., 65, 88, 117n, 180, 208, 247, 265, 315, 318, 432n, 466n, 671n, 676n, 681n, 700n
Bush, Jeb, 247, 355
Buzzanca, Lando, 513

C

Cabal, María Fernanda, 624-626
Caballeros, Harold, 191
Cabrol, Marcelo, 580, 701n
Caccia, Eduardo, 290
Cagaptay, Soner, 239
Calamaro, Andrés, 171
Calasso, Roberto, 589, 701n
Calderón, Felipe, 414n, 490
Calvino, Italo, 534, 535, 698n
Calzada, Inés, 563, 700n
Cameron, David, 678n
Cámpora, Héctor José, 499n, 629

Canetti, Elías, 32, 524n, 666n
Canovan, Margaret, 21, 24, 25, 665n
Caparrós, Martín, 20, 25, 215, 319n, 505, 614, 665n, 697n
Cara-Walker, Ana, 287n, 681n
Cardenal, Ernesto, 176, 190, 207, 278, 676n, 681n
Cárdenas, Cuauhtémoc, 296
Cárdenas, Lázaro, 33, 215, 257, 258, 282, 295, 312, 546
Cardoso, Fernando Henrique, 19, 56, 306, 633
Carlson, Tucker, 459
Carroll, E. Jean, 160
Casado, Pablo, 132, 133
Castellanos Moya, Horacio, 637, 703n
Castillo, Alicia, 567
Castillo, Pedro, 27, 36, 59, 73-76, 79-82, 141, 194, 302, 373, 375, 565, 597, 598, 599, 625, 668n
Castro, Alicia, 420n
Castro Espín, Alejandro, 652
Castro, Fidel, 19, 135, 180, 189, 190, 192, 193, 207, 346, 421, 431, 650, 651, 668n, 675n, 691n
Castro, Raúl, 650, 651
Casullo, María Esperanza, 163, 164, 299, 615-617, 673n, 682n
Cavallo, Omar, 13
Cerrón, Vladimir, 75, 597, 598, 667n
Cervantes Saavedra, Miguel de, 67, 670n
Chadwick, Edward, 544
Chamarro, Violeta, 427, 610n
Chamorro, Carlos Fernando, 427, 690n
Chamorro, Cristiana, 427
Chávez, Hugo, 19, 20, 27, 29, 30, 63, 64, 75, 82, 97, 103-107, 109, 111, 135, 141, 156, 159, 162, 164, 172, 183, 184, 190, 201, 203, 204, 207, 208, 209, 214, 215, 240, 261, 266, 278, 280, 297, 302, 309, 336, 346, 360, 369, 373, 375, 379-381, 381n, 382, 382n, 387, 400n, 413, 419n, 421, 428, 431, 435, 463, 489, 490, 508-511, 521, 609, 610, 619, 672n, 674n, 676n, 681n, 683n, 686n, 690n, 692n, 696n
Cheney, Dick, 117n, 432n, 456n
Cheney, Liz, 456n, 466n
Cheney, Mary, 432
Chesterton, G. K., 315
Chopra, Deepak, 531
Christie, Chris, 254, 355, 685n
Chudnovsky, Mariana, 682n
Churchill, Winston, 219, 262, 677n
Cienfuegos, Camilo, 650
Clark, Gregory, 545n

Clinton, Bill, 40, 150, 249, 311n, 441, 519, 554
Clinton, Hillary, 83, 87, 139, 152, 161, 199, 311, 373, 403, 441, 479
Cohen, Eliot, 466, 693n
Cohen, Leonard, 219, 273, 677n
Cohen, Marty, 102n
Cohen, Max, 343, 343n
Collins, Dan, 668n, 700n
Collins, John J., 675n
Collor de Mello, Fernando, 27, 28, 631, 647
Conniff, Michael L., 682n
Contogeorgis, Georges, 52
Cook, John William, 300, 665n
Cooper, Anderson, 356
Corleone, Vito, 654
Correa, Rafael, 27, 75, 97, 141, 150, 157, 162, 164, 166, 190, 302, 302n, 303, 303n, 304, 305, 359, 360, 374, 378, 400, 448, 488n, 501, 507, 508, 509, 511, 513, 517, 520, 565, 627, 627n, 628, 629, 629n, 630, 672n, 673n, 696n, 702n
Cortázar, Julio, 169
Coughlin, Charles E., 546n
Coyne, Daniel, 178, 674n
Cristo, Jesús de Nazareth, 188, 193, 195, 197, 201, 202, 204, 208, 214, 280, 458, 459, 486, 487, 675n
Crivella, Marcelo, 174, 175, 674n
Crusius, Patrick, 430, 430n
Cruz, Ted, 86, 242, 254, 311, 484, 485
Cuadra-Lacayo, Joaquín, 610n
Cuenca, João Paulo, 173, 174, 706n

D

Da Silva Santos, Neymar, 27
Dachau, 277
Dada, Carlos, 636, 637
Dawyd, Darío, 702n
Demmers, Jolle, 683n
Depont, Charles-Jean-François, 62n
Deschannel, Zooey, 219-221, 223
Diamond, Larry, 398, 400, 688n
Díaz Ayuso, Silvia, 601, 602
Díaz-Canel, Miguel, 650, 651, 652
Díaz, Claudio, 681n
Díaz, Porfirio, 275, 414n
Dick, Philip K., 392

Diderot, 173
Donaldson, Jimmy *Mr. Beast,* 341
Donnelly, Ignatius, 99
Doob, Leonard W., 678n
Dorfman, Ariel, 423, 463, 690n
Dorsey, Jack, 354
Dos Santos Leite, Ricardo Izecson *Kaká,* 248
Duarte, José Napoleón, 333
Duhalde, Eduardo, 203
Duncan, Veka, 258
Duque, Iván, 387, 460-463, 491, 597, 622-625, 692n
Durden, Tayler, 615
Duterte, Rodrigo, 20, 356, 370

E

Ebrard, Marcelo, 243
Echeverría Álvarez, Luis, 275, 276, 295, 296, 592
Ecker, Ulrich K. H., 665n
Eco, Umberto, 94, 238, 346, 412, 521, 638
Edwards, Sebastián, 618, 697n, 702n
Egelhofer, Jana Laura, 665n
Eilish, Billie, 328, 329
Eisenhower, Dwight D., 311n
Eliecer Gaitán, Jorge, 590
Ellner, Steve, 683n
Enríquez Omimami, Marco, 473, 693n
Erdoğan, Recep Tayyip, 19, 231, 239, 240, 370, 413, 419n, 494, 652, 677n
Errejón, Íñigo, 133, 605, 607, 671n
Esper, Mark T., 422
Esperanza Casullo, María, 163, 164, 299, 615-617, 673n, 682n
Espinosa de los Monteros, Iván, 129, 130
Etheridge, Tyler, 216
Evans, Andrew D., 674n

F

Falasca-Zamponi, Simonetta, 160
Farage, Nigel, 20, 24, 240, 252, 253
Fawzi, Nayla, 353, 685n
Fea, John, 216, 677n
Febres Cordero, León, 27, 163
Feldman, Matthew, 640, 703n

Felipe VI, 384, 603
Fernández de Kirchner, Cristina, 173, 585, 620, 697n
Fernández Jilberto, Alex E., 683n
Fernández, Alberto, 27, 88, 96, 151, 166, 190, 266, 272, 302n, 373, 374, 419, 420n, 454, 472, 497, 498, 499n, 500, 507, 509, 525n, 565, 571n, 597, 693n, 697n
Fernández, Juan, 381n
Ferro, Raúl, 647
Fieschi, Catherine, 316, 325, 683n, 684n
Finchelstein, Federico, 161, 166, 392, 554, 672n, 673n, 687n, 699n
Fischer, Max, 378
FitzGerald, Frances, 669n
Fitzgerald Kennedy, John, 337
Flores, Francisco, 302n, 333
Focker, Gaylord, 321
Fonseca, Brian, 491, 493, 494, 695n, 696n
Fonseca, Diego, 667n-674n, 676n, 677n, 680n, 681n, 683n, 684n, 687n-693n, 695n-701n, 704n
Förtner, Maximilian, 686n
Fortuyn, Pim, 24
Fox, Vicente, 547, 548, 549
Fraga Iribarne, Manuel, 259
France, Anatole, 217
Francisco, papa, 189, 442
Franco, Francisco, 608
Franklin, Aretha, 327
Frantz, Erica, 30, 666n
Fraser, Nancy, 40, 439, 666n, 691n
Frondizi, Arturo, 53n, 382
Frum, David, 425, 425n, 690n,
Fujimori, Alberto, 27, 28, 59, 73, 76-80, 83-85, 157, 263, 302n, 375, 378, 647, 666n, 667n
Fujimori, Keiko, 73, 74, 78, 81, 194, 302n, 359, 392, 400n, 417, 597
Fujiwara, Thomas, 476
Fukuyama, Francis, 495, 553, 696n
Funes, Mauricio, 27, 92, 302, 332, 333, 333n

G

Gaddafi, Muammar, 164, 366
Gámez Álvarez, D., 699n
García Canclini, Néstor, 369, 686n
García Márquez, Gabriel, 199, 200, 234
García Vilchis, Ana Elizabeth, 266

García, Alan, 27, 73, 76, 77, 81, 302, 598, 630
García, Charly, 13
García, Jacobo, 628
García, Samuel, 339, 341, 346
Gates, Bill, 641
Gaudet, H., 685n
Gaulle, Charles de, 55
Genereux, Randy L., 679n
Gentile, Emilio, 184, 185, 674n, 675n
Gerchunoff, Santiago, 137, 671n
Gerry, Elbridge, 118
Gessen, Masha, 468, 693n
Giammattei, Alejandro, 489
Giannini, Guglielmo, 345, 346
Gingrich, Newt, 199, 200, 269
Giuliani, Rudy, 446, 691n, 692n
Godin, Christian, 674n
Goebbels, Joseph, 145, 166, 252
González Fabre, Raúl, 669n
González, Enric, 615, 620
Goodman, Eugene, 483, 483n
Goodwin, Matthew, 24, 121, 665n, 670n
Gordillo, Elba Esther, 339, 684n
Gorriti, Gustavo, 598, 599, 600
Graham, Lindsay, 169
Gramsci, Antonio, 382, 387n, 395n, 439, 687n
Grandón, Giovanna, 644
Grant, Will, 650
Greeson, Kevin, 482n
Gregor, A. James, 674n
Grier, Kevin, 619, 702n
Grier, Robin, 619, 702n
Griffin, Roger, 682n
Grillo, Beppe, 83, 346n
Grillo, Ioan, 281, 681n
Grynspan, Rebecca, 699n
Grzymala-Busse, Anna, 495, 590, 696n
Guadalupe, Virgen, 203
Guaidó, Juan, 111, 111n, 610
Guedes, Paulo, 507
Guevara Moreno, Carlos, 628
Guevara, Ernesto *Che,* 505, 650, 662
Guillory, Jamie E., 685n
Gulart, João, 634

Gunter, Barrie, 360, 685n
Gurri, Martin, 313, 349, 350, 685n
Gutiérrez Sanín, Francisco, 462, 687n, 692n
Gutiérrez-Rubí, Antoni, 538, 607
Gutiérrez, Lucio, 302n, 304, 630
Guzmán, Abimael, 77, 81
Guzmán, Sergio, 692n

H

Haider, Jörg, 640
Hameleers, Michael, 251, 350, 352, 370, 678n, 683n, 685n, 686n
Hamilton Murão, Antônio, 489, 492
Hancock, Jeffrey T., 685n
Hannity, Sean, 86
Harari, Yuval Noah, 41, 557, 666n, 687n
Harding, Charlie, 327-329, 684n
Harnecker, Marta, 283, 676n
Harry, príncipe, 251
Haya de la Torre, Raúl, 28, 81
Hayim Yerushalmi, Yosef, 293
Healey, Mark, 423, 501, 519
Heath Ledger, 377
Hellinger, Daniel, 683n
Helvétius, Claude Adrien, 561
Henrique Gomes, Pedro, 702n
Hernández M., Citlalli, 290, 682n
Hernández, José Gregorio, 204
Hernández, Miguel, 287
Herrera, Arturo, 593, 700n
Hess, Rudolf, 182
Hidalgo, Miguel, 215, 280, 282
Higgins, Michael, 242, 678n
Hitchcock, Alfred, 208
Hitler, Adolf, 27, 47, 158, 160, 182, 239, 252, 262, 277, 391, 392, 406, 422, 425, 438, 638-641, 687n, 691n
Hofer, Norbert, 551, 699n
Hofstadter, Richard, 180, 674n
Hogenboom, Barbara, 683n
Horch, A. J., 700n
Horkheimer, Mark, 558n
Houellebecq, Michel, 146
Hughes, Robert, 251, 675n
Humala, Ollanta, 27, 59, 74, 79, 80, 302n, 505

Hutter, Manfred, 675n
Hyde, Marina, 199, 675n

I

Ibáñez del Campo, Carlos, 619
Iber, Patrick, 546
Iglesias, Enrique, 329
Iglesias, Julio, 106
Iglesias, Pablo, 131, 342, 605
Ignatius, David, 464, 692n
Illia, Arturo, 382
Irigoyen, Hipólito, 84, 307
Irma, abuela, 14, 196, 198, 352
Ishpekova-Bratanova, Kalina, 231

J

Jackson, Paul, 674n, 675n
Jamiroquai, cantante, 485
Jamms, Jeremy, 153
Jaramillo-Mora, Máximo Ernesto, 698n
Jefferson, Thomas, 118
Jesús (véase Cristo)
Jiménez-Enoa, Abraham, 651, 653
Johnson, Boris, 20, 210, 240, 321, 356, 367, 370, 373, 408, 377, 677n
Johnson, Clay, 361
Johnson, Lyndon, 267, 311
Joker, the, personaje, 377
Jong-un, Kim, 154, 182,
Jordan, Michael, 175, 364
Juan Carlos I, 603
Juan el Bautista, 116, 175, 503
Juan Pablo II, 187, 208, 215
Juárez, Benito, 187, 215, 275, 276, 276n, 280, 282, 283, 285, 311, 312
Judis, John B., 23, 100, 101, 409, 471, 669n, 686n, 688n, 693n
Junqueras, Oriol, 124, 189, 604
Jursich, Mario, 234, 386, 677n

K

Kabs, Maliya, 341
Kaepernick, Colin, 248

Kagan, Elena, 118, 119
Kahneman, Daniel, 360, 685n
Kakutani, Michiko, 526, 527, 673n, 698n
Kaliman, Williams, 487
Kallis, Aristoteles, 641, 703n
Kant, Immanuel, 199
Karol, David, 102
Katz, Richard S., 397, 688n
Kaufman, Michael, 672n
Kay-Shuttleworth, James P., 544
Kazin, Michael, 247, 678n
Kendall-Taylor, Andrea, 30, 666n, 672n
Kennedy, John F., 267, 311, 337, 338, 360, 684n
Kenny, Paul, 418, 689n
Khalid, cantante, 329
Kimmel, Michael S., 160, 672n
King, John, 48
King, Stephen, 220
Kiowa, Amadeu Antônio, 476
Kirchner, familia, 96, 300, 302, 448, 509, 618
Kirchner, matrimonio, 88, 297
Kirchner, Máximo, 499
Kirchner, Néstor, 27, 96, 202, 203, 214, 280, 373, 383n, 419, 497, 509, 565, 616, 618
Klapper, J., 685n
Knobloch-Westerwick, Silvia, 685n
Knope, Leslie, 153
Koch-Kozhuharova, Daniela, 231
Koch, Charles, 86, 114, 249, 249n
Koch, David, 86, 114, 249, 249n
Kovadloff, Santiago, 557, 559, 699n
Kozak, Gisela, 566, 568, 610
Kramer, Adam D. I., 685n
Krastev, Ivan, 140, 279, 322, 467, 536, 538, 558, 575, 580, 671n, 681n, 683n, 693n, 698n, 699n
Krauze, Enrique, 177, 178, 178n, 181, 188, 318, 379, 662, 674n, 675n, 686n, 687n
Krugman, Paul, 45
Kuczynski, Pedro Pablo (PPK), 74

L

Laclau, Ernesto, 229, 230, 395, 677n
Lafuente, Sindo, 601, 605, 607

Lagarde, Marcela, 567
Lagos, Ricardo, 507
Lakoff, George, 224, 225, 677n
Lamas, Martha, 567
Lamont, Michèle, 407, 688n
Langlois, Jill, 568, 700n
LaRosa, Tara, 406n
Larraquy, Marcelo, 698n
Lasch, Christopher, 526
Lasiert, Peter, 677n
Lasso, Guillermo, 305, 359, 628, 629, 630, 702n
Lazarsfeld, Paul Felix, 685
Le Pen, Marine, 20, 27, 101n, 240, 252, 253, 432n, 473n, 568
Lecheler, Sophie 665n
Ledesma, Ramiro, 573
Lefebvre, Henri, 372, 686n
Lenin, Vladimir Ilich, 39, 158, 160, 305, 438, 584
Leonnig, Carol D., 91, 422, 423, 668n
Letizia, Noemi, 165
Levi, Margaret, 553, 554, 699n
Levi, Primo, 210, 256, 456, 692n
Levitsky, Steven, 29, 550, 666n, 668n
Levy, Santiago, 548, 699n
Lewandowsky, Stpehan, 665n
Lewis, Rebecca, 665n
Lilla, Mark, 148, 149, 525, 526, 527, 529, 530, 532, 672n, 698n
Limbaugh, Rush, 86
Lincoln, Abraham, 52, 82, 112, 113, 146, 668n
Lipa, Dua, 329
Lippman, Arthur, 245
Lizárraga, Daniel, 413
Llorente, Armando, 190, 675n
Lomnitz, Claudio, 88, 285, 493
Long, Huey, 99, 100, 546, 546n, 551
López Michelsen, Alfonso, 234, 462
López Obrador, Andrés Manuel, 27, 30, 57, 59, 93, 101, 108, 150, 153, 157, 158, 161, 170, 185, 187-189, 195, 201, 214, 243, 247, 255, 255n, 257, 258, 266, 272, 275, 276, 282, 283, 289, 295, 296, 311, 316, 318, 321, 323-326, 343, 356, 359n, 379, 381n, 387, 388, 413, 414-416, 419, 434, 442, 450, 493, 504n, 520, 551, 567, 585, 591-593, 668n, 672n, 675n, 680n, 683n, 689n, 691n, 697n
Loxton, J., 666n, 668n
Lozano, Gilberto, 415, 416n, 586, 689n
Ludmer, Josefina, 681n

Lugones, Leopoldo, 287
Luis XIV, 453
Lukashenko, Alexander, 231
Lyndon B. Johnson, 267, 311

M

Macedo, Edir, 174, 175
Macri, Mauricio, 96, 163n, 164, 297, 443, 465, 497, 498, 507, 507n, 508, 571, 612, 615, 620, 621
Macron, Emmanuel, 131, 253
Maddison Welch, Edgar, 479, 479n
Madero, Francisco I., 215, 244, 282
Madrid, Miguel de la, 296
Maduro, Nicolás, 19, 27, 75, 88, 109, 110, 135, 143, 152, 157, 163, 164, 176, 184, 190, 195, 203, 204, 209, 231, 241, 307, 325, 336, 345, 347, 348, 356, 359, 369, 382n, 389, 419, 421, 428, 431, 448, 508, 509, 518, 567, 571, 608, 609, 610, 625, 632, 639n, 674n, 676n, 697n, 701n
Magno, Alejandro, 589, 701n
Mahuad, Jamil, 304
Mair, Peter, 397, 688
Malamud, Carlos, 665n
Malešević, Siniša, 134, 135, 562-564, 671n, 700n
Manetto, Francesco, 605, 606, 691n, 695n
Manin, Bernad, 54, 57
Maquiavelo, 177, 464
Mara, Maasai, 358
Marcos, Imelda, 569
Maerz, Seraphine F., 666n, 677n
María, virgen, 209
Markle, Meghan, 251
Marques, Rui, 556, 559, 560, 561
Martín Fierro, 286, 287
Martinelli, Ricardo, 506
Martínez Ahrens, Jan, 603, 702
Martínez Osorio, David, 385, 461, 623n
Martínez-Herrera, Enric, 563, 700n
Martínez, Guillem, 701n
Martínez, María Estela, 155
Marwick, Alice, 665n
Marx, Karl, 60n, 416n
Mas, Artur, 604
Mateo, 192, 217
Maurette, Pablo, 169, 673n

Mayer, Jane, 114, 249, 678n
Maynard Keynes, John, 589
McCain, John, 57, 86, 211
McCloskey, Mark, 456, 456n
McConnell, Mitch, 112
McDonnell, Duncan, 252, 253, 678n
McIntyre, Lee, 54, 55, 577, 667n, 700
McLeod, Beverly A., 679n
Meade, José Antonio, 567
Medina, Danilo, 506, 667n
Meirelles, Fernando597, 633
Mélenchon, Jean-Luc 20
Meléndez Guerrero, Carlos, 141, 596
Melo, Felipe, 240, 248
Meloni, Georgia, 190, 675n
Menem, Carlos, 14-18, 27, 28, 28n, 83n, 84, 85, 93n, 157, 161, 202, 202n, 214, 237, 246, 259, 263, 298, 299, 302n, 375, 384, 390, 400n, 531, 647, 666n
Mensa, Lorenzo, 195, 198
Mercer, Thomas, 534
Merino, Manuel, 598
Merkel, Angela, 476, 569, 659
Mesa, Carlos, 304
Meslier, Jean, 173
Messi, Lionel, 136, 171, 349, 437
Meyer, Pamela, 261, 262, 679n
Miller, Luis, 607
Miller, Stephen, 466
Milley, Mark, 423n
Milošević, Slobodan, 429, 429n
Modi, Narendra, 243
Monot, Jean-Claude, 665
Montero, Irene, 133
Montero, Julio, 550, 551, 699n
Montesinos, Vladimiro, 79, 80
Montoya, Jaime, 281
Moors Cabot, María, 333
Mora, Frank, 491, 695n, 696n
Morales Solá, Joaquín, 618, 702n
Morales, Evo, 19, 27, 75, 193, 295, 302, 336, 472, 487, 489, 511, 675n, 682n
Morales, Jimmy, 82, 97, 191, 195, 489, 492, 695n
Morea-van Berkum, Alexander, 196-198
Morelos, José María, 215, 282

Moreno, Lenin, 304, 488, 501, 508, 627, 628, 695n
Morrison, Toni, 225, 677n
Mouffe, Chantal, 26, 229, 395, 677n, 687n
Mubarak, Hosni, 366
Mudde, Cas, 19, 25, 52, 236, 665n, 666n, 667n, 677n
Muir, Liz, 355
Mujica, José, 507, 663
Müller, Herta, 256
Müller, Jan-Werner, 20, 60, 179n, 517, 518, 520, 551, 665n, 667n, 669n, 697n, 698n
Müller, Karsten, 475, 476, 478, 694n
Murillo, Rosario, 176, 177, 195, 261, 275, 426, 427, 427n, 465, 690n
Mussolini, Benito, 158, 160, 182, 291, 345, 422, 640

N

Narciso, personaje mitológico, 628, 702n
Naumann, Matthias, 686n
Navia Lucero, Patricio Daniel, 38, 515, 528, 586, 645, 646
Nebot, Jaime, 628
Netanyahu, Benjamin, 392, 582
Neyret, Juan Pablo, 669n, 697n
Nichols, Tom, 250, 251, 678n, 679n
Nixon, Richard, 113, 180, 337, 338, 360, 684n
Noboa, Álvaro, 190
Nolan, Chris, 377
Nolan, Rachel, 191, 375
Nozick, Robert, 698n
Nunber, Geoff, 228
Nunes, Maria do Rosário, 168
Nussbaum, Martha, 568

O

O'Connell, Finneas, 329
O'Donnell, Guillermo, 597, 615
Obama, Barack, 18, 57, 69, 82, 83n, 85, 86, 97, 97n, 98, 101, 116, 192, 201, 238, 247, 268, 309, 311, 318, 342, 344, 349, 361, 394, 395, 397, 403, 444, 445, 449, 464, 465, 473, 482n, 524, 535, 536, 540, 652, 676n, 679n, 681n, 684n
Obama, Michelle, 523
Obando y Bravo, Miguel, 176
Obelix, personaje, 531, 532

Oberlander, Henry, 222
Ocasio-Cortez, Alexandria, 97, 101, 397, 579
Ochoa Espejo, Paulina, 674
Odebrecht, Marcelo, 506
Odría, Manuel, 78
Oliveira Salazar, António de, 67
Oliveira, Mario de, 207
Olmedo, Alberto, 236, 237
Ondelli, Stefano, 252, 253, 678n
Orbán, Viktor, 20, 51, 126, 190, 231, 243, 369, 370, 413, 421, 494, 540n, 637, 670n
Orihuela, José Luis, 577, 579, 581, 707
Orlando Hernández, Juan, 635
Ortega, Daniel, 27, 135, 152, 157, 170, 176, 177, 195, 207, 215, 247, 261, 262, 280, 281, 300n, 302n, 317, 325, 333, 369, 370, 377, 400n, 419, 421, 426, 427, 427n, 428, 431, 448, 460, 463, 465, 501, 509, 512, 520, 565, 571n, 610n, 635, 637, 653, 674n, 690n
Orwell, George, 219, 230, 234, 263, 277, 464, 679n, 681n
Ostiguy, Pierre, 298, 674n

P

Pachano, Simón, 630
Packer, George, 69, 70, 71, 115, 116, 667n, 669n
Page, Marianne, 545n
Palermo, Vicente, 702n
Paley, Dawn, 696n
Palihapitiya, Chamath, 363
Palin, Sarah, 86, 86n, 116
Palma, Esperanza, 699n
Parker, Sean, 363, 686n
Pastrana, Andrés, 386
Pelosi, Nancy, 425
Pels, Dick, 242, 677n
Peña Nieto, Enrique, 244, 381, 490, 548
Pence, Mike, 112, 425, 485, 486
Pennyworth, Alfred, 377
People, John, 147, 251
Pepinsky, Thomas, 460, 692n
Perceval, José María, 27, 435, 665n, 691n
Pérez Alonso, Virginia, 602, 604
Pérez Jiménez, Marcos, 104, 105, 106
Pérez Molina, Otto, 157, 191, 489
Pérez, Carlos Andrés, 105

Perón, Eva, 190, 207, 280, 283, 297, 309, 383n, 569
Perón, Juan Domingo, 13, 17, 22, 28, 28n, 29, 33, 53, 53n, 84n, 108, 137, 144, 154, 155, 156, 158, 166, 183, 194, 194n, 201, 202, 202n, 214, 215, 262, 280, 283, 284, 285, 297, 298n, 299, 300, 301, 317n, 381, 382, 383, 383n, 420n, 423, 424, 432n, 463, 499n, 502, 509, 510, 510n, 520n, 590, 597, 615, 617, 618, 619, 629, 633, 659, 666n, 675n, 698n
Pétain, Philippe, 115
Peterson, Theodore, 678n
Petit, Philippe, 558n
Petro, Gustavo, 624, 626, 627, 702n
Picard, Robert G., 53
Pineda Castellano, Luis, 162
Piñera, Sebastián, 81, 488, 583, 644, 645, 648, 695n
Pino, Rocío, 339
Pinochet, Augusto, 487, 489, 608, 643, 645, 646, 647, 669n, 677n
Platón, 67, 145, 457, 642
Poehler, Amy, 153
Popper, Karl, 95, 519, 659, 698n
Portillo, Alfonso, 27, 93n, 302, 509, 565
Poseidón, 589
Potter, Harry, personaje, 501
Pretelín Muñoz de Corte, Fausto, 702
Pronzato, Alessandro, 190
Puigdemont, Carles, 122, 123, 124, 128, 603, 604, 670n
Pujol, Jordi, 259, 604
Putin, Vladimir, 34, 160, 204, 259, 468, 470

Q

Quintanilla, Selena, 341

R

Raffo, Guillermo, 631, 632, 633
Rajoy, Mariano, 122, 123, 133, 552, 603
Raniere, Keith, 341, 684n
Rauschning, Hermann, 691n
Reagan, Ronald, 39, 113, 114, 180, 248, 394, 555
Renzi, Matteo, 253
Research, Pew, 404, 410, 474, 675n, 682n, 688n, 689n, 693n, 694n
Residente, cantante, 166
Reynolds, Glenn H., 86, 668n

Rico, Aldo, 270
Rieff, David, 292, 293, 527, 530, 682n, 698n
Riquelme Croquevielle, Cristián, 532
Rivadavia, Bernardino, 503
Rivera, Albert, 131, 132, 132n, 133, 338, 606, 671n
Robespierre, Maximilien, 26
Rodríguez Calderón, Jaime, 339
Rodríguez Cantú, Mariana, 340, 341
Rodríguez Zapatero, José Luis, 133, 603
Rodrik, Dani, 509
Rohrschneider, Robert, 58, 667n
Roldós, Jaime, 511
Roldós, Martha, 511, 628
Romero, Yotuel, 651
Romney, Mitt, 57, 403
Ronaldo de Assis Moreira *Ronaldinho,* 248, 678n
Ronaldo, Cristiano, 436
Roncagliolo, Santiago, 74, 78, 80-82, 596
Ronderos, María Teresa, 623, 625
Roosevelt, Eleanor, 230
Roosevelt, Franklin Delano, 99, 100, 523
Rosanvallon, Pierre, 20, 236, 513, 665n, 697n
Rousseau, Jean-Jacques, 25, 541, 561, 562, 700n
Rousseff, Dilma, 19, 56, 174, 631
Rovira Kaltwasser, Cristóbal, 43, 57n, 596, 644, 657, 666n, 671n, 674n
Rúa, Fernando de la, 202, 297, 615
Rubio, Marco, 242, 247, 254, 355, 652
Rucker, Philip, 91, 422, 423, 668n
Ruff, Julius, 674n
Rumsfeld, Donald, 117, 264
Runciman, W. G., 677n

S

Saca, Antonio, 27, 91, 302, 332
Sacks, Harvey, 677n
Sáenz L., Ronald, 93, 668n
Sagasti, Francisco, 79
Sai Baba, Sathya, 176, 184
Salgado Macedonio, Félix, 388, 687n
Salinas de Gortari, Carlos, 296, 592, 593
Salinas Pliego, Ricardo, 594
Salvini, Matteo, 20, 35, 100, 101, 168, 190, 252, 253, 356
Samper, Ernesto, 386

Sánchez Ávalos, Roberto, 580n, 701n
Sánchez Cerén, Salvador, 92, 334
Sánchez de Lozada, Gonzalo, 647
Sánchez, Pedro, 123, 125, 247, 271, 437, 454, 572, 603, 670n, 671n, 700n
Sánchez, Rafael, 214, 676, 681n
Sandel, Michael J., 41, 232, 393, 394, 666n, 687n
Sanders, Bernie, 28, 87, 97, 98, 101, 247, 397, 522-524, 584
Sanín, Carolina, 385, 386, 462, 686n
Santa Teresa, 107
Santayana, George, 292
Santos Atahualpa, Juan, 81
Santos, Juan Manuel, 386, 387, 506, 622
Sanz, José Luis, 92, 332
Saramago, José, 45, 53, 66, 67
Sarlo, Beatriz, 681n
Sartori, Giovanni, 677n
Scharpf, Adam, 570, 571, 696n, 700n
Schettino, Macario, 151, 537, 594, 688n
Schlesinger, Arthur Jr., 267
Schmidt, Mária, 540
Schmitt, Carl, 442, 691n
Schramm, Wilbur, 678n
Schulz, Kathryn, 64, 65
Schwarz, Carlo, 476, 694n
Schwarz, Norbert, 665n
Schwarzenegger, Arnold, 404
Sebald, W. G., 395
Seifert, Colleen M., 665n
Sheinbaum, Claudia, 290
Shelley, Mary, 112
Shirer, William L., 182, 184, 674n
Shumway, Nicolas, 110, 141, 502, 503, 669n, 672n, 681n, 697n
Shyamalan, M. Night, 219, 220, 223
Sicknick, Brian, 482
Siebert, Fred, 678n
Silone, Ignazio, 575, 576
Silva, Luiz Inácio *Lula* da, 19, 56, 325, 391, 473, 505, 547, 631
Silver, Nate, 47
Simón, Ana Iris, 572, 700n
Sironneau, Jean-Pierre, 180, 674n
Skidmore, Max J., 245, 250, 678n, 679n
Sloan, Nate, 327-329, 684n
Smith, Lamar, 249, 678n
Snyder, Timothy, 170, 224, 226, 638, 642, 677n, 703n

Solano, Esther, 632, 633, 634
Solano Lima, Vicente, 499n
Soprano, Tony, personaje, 152
Soros, George, 311, 637, 641
Southwood Smith, Thomas, 544, 545, 550, 552
Spicer, Sean, 224
Springsteen, Bruce, 524
Stalin, Josip, 160, 262, 405, 438, 641
Stanley, Jason, 168, 454, 455, 665n, 673n, 692n
Stanley, Morgan, 619, 660
Steiner, George, 246
Stenner, Karen, 468, 469, 693n
Steyeri, Hito, 331, 364, 684n, 686n
Stiller, Ben, 321
Strasser, Gregor, 166
Stroessner, Alfredo, 487
Stuart Mill, John, 62, 545
Summach, Jay, 328

T

Taggart, Paul, 674n
Taibi, Matt, 355, 685n
Tankersley, Jim, 699n
Tareck el-Aissami, 143
Taub, Amanda, 378, 686n, 703n
Taylor Greene, Marjorie, 568
Taylor, Adam, 704n
Temer, Michel, 505
Thatcher, Margaret, 39, 569
Theron-Lee Rensch, Adam, 289, 681n
Thomas, Leigh, 698n
Thoreau, Henry David, 350
Thunberg, Greta, 528
Tinieblas, luchador, 339n, 346
Tocqueville, Alexis de, 464
Todorov, Tzvetan, 136, 441, 559, 560, 561, 562, 564, 671n, 691, 700n
Toledo, Alejandro, 27, 59, 79, 82, 302, 506, 598, 667n
Toledo, Humberto, 74
Topolanek, Mirek, 165
Torra, Quim, 123
Torre, Carlos de la, 52, 109, 163, 238, 511, 517, 517n, 672n, 697n
Trajtenberg, Manuel, 582
Trejos, Alberto, 200

Tromben, Carlos, 648
Trotsky, León, 522
Truman, Harry, 212
Trump, Donald J., 18, 20, 36, 40, 45-48, 57, 73, 82, 83, 83n, 84, 85, 87-91, 96-98, 100, 101, 102n, 111, 112, 115, 116, 116n, 117, 117n, 119n, 120, 120n, 126, 130, 135, 137-141, 144, 146-154, 156, 157, 159-161, 161n, 165, 167, 169-172, 180, 191, 192, 198-200, 204-206, 209, 210, 214-217, 224, 226-229, 231, 232, 236-238, 240-242, 246-248, 252-254, 256, 257, 259, 261-265, 268, 269, 272, 288, 288n, 302n, 307-311, 311n, 316, 317, 320-325, 327, 342, 344-347, 349, 353, 354, 356, 359n, 360, 364, 367, 369, 370, 371, 373-375, 378, 389, 390, 390n, 391-395, 397, 398, 403, 404, 406-408, 408n, 410-413, 418, 419, 421-423, 423n, 424, 425, 425n, 426, 428-432, 435, 438n, 439, 440, 441-453, 453n, 454-456, 456n, 463-466, 468, 472-475, 479-482, 482n, 483, 484, 484n, 485, 487, 518, 521-523, 525, 537n, 550, 568, 569, 569n, 576, 583, 584, 586, 587, 592, 597, 599, 632, 636-639, 639n, 640, 642, 653, 655, 660, 663, 666n-669n, 671n-673n, 675n-695n, 699n, 700n, 704n
Trump, Ivanka, 309
Trump, Melania, 161
Trzynadel, Jacek, 359
Turbay, Julio César, 234
Tutu, Desmond, 556

U

Ugaz, Pao, 80
Urbinati, Nadia, 554, 699n
Uribe Vélez, Álvaro, 27, 157, 164, 219, 234, 235, 236, 238, 302n, 367, 370, 384, 385, 386, 387, 387n, 388, 389, 400n, 448, 460, 461, 462, 463, 463n, 509, 565, 595, 597, 622, 623, 624, 625, 626, 627, 647, 677n, 687n, 692n, 702n

V

Vallejo, Camila, 569n
Van der Bellen, Alexander, 551
Vargas Llosa, Mario, 59, 77, 78, 80, 214, 359, 597, 676n
Vargas, Getúlio, 28, 33
Vázquez, Tabaré, 507
Velasco Alvarado, Juan, 78, 628
Velasco Ibarra, José María, 28
Vergara Paniagua, Alberto, 74, 75, 76, 79, 81, 561, 596, 597, 616, 668n,

700n
Verhaeghe, Paul, 233
Videla, Jorge Rafael, 417, 421, 421n, 690n
Villamil, Jenaro, 244, 678n
Villarino, Ángel, 602, 603, 604
Vítor Borba Ferreira Gomes *Rivaldo*, 248, 678n
Vizcarra, Martín, 488, 598, 695n
Voltaire, François-Marie, 173, 541, 561, 700n
Von Bismarck, Otto, 545, 551, 552
Vreese, Claes H. de, 678n

W

Wahlberg, Mark, 219, 220, 223
Wakefield, Jonathan, 192
Waldo, Ralph, 200
Walker, Scott, 355, 685n
Wall, Wendy, 245
Wallace, George, 100, 101
Wallace, William, 95
Wallnau, Lance, 216, 676n
Warkentin, Gabriela, 567, 568
Warren, Donald, 101
Warren, Emily, 329
Washington, George, 204, 678n
Wayne, Bruce, personaje, 377
Weiner, Anthony, 150
Wessel, Horst, 425
Whitefield, Stephen, 58, 667n
Wieseltier, Leon, 291, 682n
Wiesner-Hanks, Merry E., 674n
Wilders, Geert, 24, 83
Williams, Joan C., 404, 688n
Willson, Woodrow, 245
Winfrey, Oprah, 201
Wittgenstein, Ludwig, 148, 229, 237, 638
Wojczewski, Thorsten, 443, 689n
Wolkenstein, Fabio, 551
Wommack, Andrew, 216
Wyden, Ron, 65n

X

Xiaoping, Deng, 609

Y

Yeats, W. B., 457, 458, 459
Yeltsin, Boris, 160
Yevtushenko, Yevgeny, 229
Young, Michael, 558
Yourcenar, Marguerite, 656

Z

Zaid, Gabriel, 270
Zanatta, Loris, 30, 32, 33, 183, 189, 190, 193, 207, 269, 472, 593, 595, 666n, 674n-676n, 679n, 692n, 693n, 701n
Zapata, Emiliano, 282, 283
Zappadu, Antonello, 165
Zarate, Joseph, 81
Zedillo, Ernesto, 547-549
Zelaya, Manuel, 27, 93, 302n, 400n, 488n, 489
Zemin, Jiang, 106
Zeus, 589, 669n
Ziblatt, Daniel 550
Zuckerberg, Mark, 354
Zúquete, José Pedro, 181, 201, 208, 215, 667n, 674n-676n

* He tomado algunas decisiones editoriales, que expongo a continuación. En *Amado Líder* incluyo a Cuba sólo en los apartados del mesianismo evangelizador y del autoritarismo militarista. La producción intelectual sobre la isla y el castrismo está cubierta de sobra, y para los efectos generales de este libro, hace tiempo que Cuba es una dictadura; tanto así que ya no se dan en la isla algunos rasgos elementales del populismo del siglo XXI, como las elecciones multipartidarias, o la figura aquí propuesta de Amado Líder, agotada con Fidel Castro antes que con su hermano Raúl. En segundo término, el populismo brasileño está representado, sobre todo, por Jair Bolsonaro. Las experiencias de Fernando Henrique Cardoso, Lula da Silva y Dilma Rousseff escapan, a mi juicio, a proyectos populistas. FHC fue un socialdemócrata de partido y tanto Lula como Dilma son líderes de una organización estructurada como el Partido dos Trabalhadores. Más aun, la acción política de ambos en el gobierno fue institucionalista, más allá del eminente perfil carismático de Lula —quien es considerado parcialmente en este libro. Algunas experiencias europeas y asiáticas han sido reducidas para dar mayor espacio a los procesos latinoamericanos.

* Todo autócrata dice enarbolar un ideal superior y demanda obediencia, encuadramiento. No hacia una cosmovisión del mundo: hacia él. Los autócratas rara vez desenvuelven un proyecto, pues el proyecto son las ocurrencias de sus gónadas. El proyecto es Amado Líder.

* La nómina también incluye otros gobernantes como el panameño Arnulfo Arias y líderes que no fueron presidentes como el peruano Raúl Haya de la Torre.

** Tan complejo fue el giro que, durante los actos proselitistas, las figuras del menemismo apenas movían los labios —o callaban— cuando los versos de la Marcha Peronista arribaban a «Perón, el gran argentino/ que supo reconquistar/ a la gran masa del pueblo/ combatiendo al capital». A poco de asumir, Menem intentaría resolver el retorcimiento ideológico con un estrujamiento semántico. En un acto que celebraba los 135 años de la Bolsa de Cereales, que reúne a los más poderosos productores agrícolas de Argentina, dijo: «Porque me considero un justicialista adaptado a los nuevos tiempos [. . .] yo no le tengo absolutamente ningún miedo a la palabra capitalismo. [. . .] El general Perón lo dijo con claridad: "Cuando en la Marcha Justicialista se repite 'combatiendo al capital' se refiere al capital usurario y rentístico, al capital parasitario. De ningún modo pretendemos combatir al capital que está al servicio del Pueblo"».

* Según reportes de CEPAL y Brookings Institution, la IED per cápita en Venezuela es de US$ 2.325/habitante, frente a US$ 1.082/habitante en Ecuador. La IED china en Venezuela alcanzaba a US$ 67.200 millones en 2018 mientras que la deuda de Caracas con Beijing sumaba US$ 19.000 millones. La inversión en Ecuador alcanzó a US$ 18.400 millones en 2018; la deuda, a US$ 6.500 millones. China ha invertido además US$ 29.800 millones en Brasil y US$ 16.900 millones en Argentina desde el año 2000. El comercio bilateral con Brasil supera los US$ 75.000 millones.

* En la región es mucho peor: la distancia entre los más ricos y los más pobres de México o Chile es 10-1.

* Nada como un desastre nutritivo, una especialidad latinomericana. Algunas de nuestras crisis: la brutal violencia del crimen organizado en México, que acumuló en quince años más de 70.000 homicidios; las caravanas migrantes de Centroamérica; la recurrente crisis argentina, que incapacitó todavía más a ese país; el desastre institucional peruano, con su calesita de presidentes; o la crisis de Venezuela, que sigue cayendo en un hoyo humanitaria. La gestión del coronavirus en Brasil, México, Argentina, Ecuador y siguen las firmas. Dos terremotos que postraron aun más a Haití en poco más de una década. La permanencia de la Revolución Cubana, una crisis que se cuenta por décadas. Suma y sigue.

* De acuerdo al estudio Latinobarómetro 2018, efectuado en 17 países, el 44 por ciento de los habitantes de la región cree en las fuerzas armadas, el 36 por ciento en la policía, un 24 por ciento en el poder judicial, y un 21 por ciento en los parlamentos, que han experimentado una caída de la confianza social de 13 puntos desde 2010. Apenas 22 por ciento de los latinoamericanos tiene confianza en los gobiernos, una retracción de *más del doble* desde 2010, cuando 45 por ciento de la población los miraba con buenos ojos. Sólo 13 por ciento de los adultos de la región cree en los partidos políticos, que han perdido 11 puntos porcentuales en sólo cinco años. Los medios, con el 44 por ciento, son la organización privada más confiable.

* Como no puede gobernar una papeleta sino un individuo, el radical Arturo Frondizi, segundo en la contienda, asumió la presidencia. Los militares derrocarían a Frondizi pocos años después mientras Perón se mantenía en el exilio alimentando la leyenda hasta su regreso definitivo en los años ‘70.

* Y no siempre es necesario reemplazar a una élite, al menos al inicio: un líder populista puede crecer si las élites, sobre todo las económicas, ven que les resulta beneficioso. «En ocasiones se pliegan a Amado Líder porque, por ejemplo, les baja los impuestos», dice Rovira Kaltwasser.

* *Note to self:* Karl Marx se rascaría la cabellera con aquello de la clase *en sí y para sí* y las subjetividades políticas.

* La frase es textual del artículo 22 de la Constitución argentina.

* Cuando un aristócrata francés, Charles-Jean-François Depont, le pidió su opinión tras la toma de la Bastilla, Burke le envió una carta con esta frase: «Ustedes habrán subvertido la monarquía, pero no recuperaron la libertad». Y en parte no se equivocó: la Revolución Francesa fue iluminación a nivel de ideas, pero migró de a poco al oscurantismo en la práctica: acabó en una dictadura imperialista, más jacobinismo y un regreso a la monarquía con Napoleón.

** Burke es autor de otra célebre frase, reescrita con el tiempo e igualmente imprescindible en momentos de crisis: «Cuando los hombres malos se combinan, los buenos deben asociarse; de lo contrario, caerán uno a uno, un sacrificio impío en una lucha despreciable».

* Ecuador requiere reunir las firmas del 15 por ciento del padrón en seis meses y Bolivia el 25 por ciento en tres. Los tres países establecen otros candados en distintos niveles que hacen más restrictivo el recuento de votos. Venezuela y Bolivia establecen que los votos para activar una destitución sean más que los que están en contra, pero también que sumen el mismo número o superen, respectivamente, los obtenidos por el candidato en su elección presidencial.

* «También representan el papel subestimado pero crucial que desempeñan los ciudadanos promedio en el proceso legislativo. “He escrito proyectos de ley que se convirtieron en ley porque la gente llamó para quejarse sobre un tema en particular que no conocía”, dijo (Isaiah) Akin, de la oficina del senador (Ron) Wyden. Fueron los electores, por ejemplo, quienes educaron al Congreso sobre la crisis de opioides en Estados Unidos y lograron que los miembros dedicaran fondos y redactaran una legislación de salud para comenzar a lidiar con ella)», escribe Schulz.

* En el siglo XVIII, los *whigs* conservadores —donde militaba Burke— fueron una de las facciones organizadas que algunos expertos consideran el primer partido político registrado o la primera formación proto-partidaria.

* Su emergencia reconoce múltiples razones. Algunos partidos se organizan en los múltiples mosaicos de una sociedad para capitalizar las diferentes opiniones. Otros resultan de organizar concepciones más o menos complementarias sobre distintos temas para hacer más competitivo electoralmente un marco doctrinario.

* Por las razones que fueren. Porque no tuvieron voluntad de cumplirlas o porque lo intentaron, pero fueron superados por las circunstancias (pagarán justos por pecadores) o no tuvieron capacidad de maniobrar para obtener un resultado, al menos, digno.

* Las rondas fueron patrullas rurales durante los años ‘80, en los tiempos duros de Sendero Luminoso.

* La definición de *outsiders* aquí refiere sólo a su pertenencia a la actividad política. Pero, en sentido amplio, la mayoría de los líderes populistas pertenecen a una élite, política o económica. Silvio Berlusconi era multimillonario cuando saltó a la política, como Trump. Bolsonaro era militar —parte de la élite del poder— y llevaba años en las legislaturas antes de candidatearse a presidente. El *neerlandés* Geert Wilders, fundador del Party for Freedom, venía del liberalismo. AMLO, del PRI-PRD. Menem, del peronismo clásico. El populista conservador chileno José Antonio Kast Rist proviene de los negocios inmobiliarios. Una buena proporción de los movimientos populistas en los países desarrollados, de hecho, son hijos de los movimientos anti-impuestos de los años ’70, la mayoría empujados por empresarios de menor o mayor porte.

** El disgusto por la arrogancia de partidos y gobernantes es una bola de nieve global. Cuando Beppe Grillo obtuvo el 25 por ciento de los votos en las elecciones italianas de 2013, no lo hizo con un plan coherente sino con el enojo clavado en la garganta de la sociedad: fue una marea de hombres comunes, *qualunquistas*, hartos del desprecio del *establishment*. También la elección de Obama fue anti-partido: él era el *outsider* entre los demócratas. A Obama también le sirvió la vaguedad de su plataforma y su muy básico pasado como «organizador comunitario», un activismo de base nada mayor. Lo puso en el espacio de alguien que protestaba contra algo.

* El Tercer Movimiento Histórico debía ser heredero del proyecto de Hipólito Irigoyen, en los años ’20, y del peronismo de Perón en los años ’40, y pretendía representar una construcción transversal entre diversos partidos bajo el liderazgo de Alfonsín, un socialdemócrata con maestría para la oratoria y olfato populista.

* Palin no tenía ambiciones políticas mayores o, si existieron, se agotaron pronto por una mezcla de factores. Por un lado, los reacomodamientos veloces dentro del Partido Republicano; por el otro, el repentino descubrimiento de Palin de que le resultaba más redituable tener un *reality show* familiar en la TV, ser columnista de medios de la derecha y publicar algún libro sobre su paso audaz por la política como *America's sweetheart*.

** El término alude a los *hillbillies* blancos que arrastran vidas problemáticas en los pueblos mineros de los Apalaches con trabajos mal pagados y casi sin educación.

* Hombres e ideas son productos, y el triunfo de ambos, además, atrae dinero: quien financia la política, apoya con mayor decisión a quien cree ganador. El beneficio será mutuo.

* El agotamiento es parte de todos los ciclos políticos y la política del siglo XX en efecto tendrá que ser revisada. Mecanismos de discusión, sistemas de transmisión de la información entre los ciudadanos, los partidos y los representantes; bidireccionalidad, diálogo; mecanismos de democracia directa; Estados capaces de comunicar y actuar de manera flexible y veloz.

* El malogrado Alfonso Portillo, exuberante y corrupto, sentenciado en Estados Unidos por recibir coimas y lavar dinero mientras presidía el país de la mano del partido del exdictador Efraín Ríos Montt.

** En una entrevista tras dejar la presidencia argentina, Carlos Menem dijo con la soltura de quien no tiene pruritos ni conciencia y se sabe dueño de la impunidad del poder, que si él hubiera dicho qué pensaba hacer una vez en el gobierno, jamás lo hubieran votado.

* O tal vez siempre fue así: somos tribus, clanes empujados por la modernidad a racionalizar su pertenencia a una sociedad, pero que sacan los colmillos apenas emerge un William Wallace de los cojones en el horizonte.

* Según un informe de un instituto económico liberal, IARAF, el gasto público argentino pasó del 27.7 por ciento al 40 por ciento del PIB entre 1998 y 2019. El mismo estudio sostiene que 31 por ciento de ese gasto se destina a salarios del personal del Estado.

** Obama fue el primero en arruinar la fiesta de consagración de Hillary, pero también Bernie Sanders —quien entró al partido tras una carrera senatorial independiente— incomodó al *establishment* demócrata en 2016 y en 2019. Su bandera parece estar ahora en manos de otra figura inesperada, la fragorosa Alexandria Ocasio-Cortés.

* Quizás debiera incluir también a Occupy Wall Street, cuyo entusiasmo acabó diluido pronto muy probablemente porque, por su propia decisión, jamás quiso mudarse al interior de una fuerza política, una aparente precondición para discutir poder real en Estados Unidos.

* Era un propósito noble, pero también era un reflejo del clima de época: People's Party tenía una agenda que hoy sería consideraba xenófoba o cuasi fascista. Sus miembros de los estados del sur del país eran marcadamente segregacionistas y buena parte de los aliados de las asambleas comerciales quería expulsar a los tenderos chinos del país porque competían con precios bajos.

* Sin obviar el «mccarthismo» que creció a instancias del senador ultraderechista Joseph McCarthy, otro fenómeno de populismo, en este caso de vocación totalitaria.

** El fenómeno se reproduce en otras naciones y momentos históricos. Vox y la Liga de Matteo Salvini también han conseguido apoyos crecientes en las clases medias. El economista libertario Javier Milei también agrupó descontentos de las clases medias urbanas de Argentina en su candidatura legislativa de 2021. Según la politóloga Laurent Bouvet, el Frente Nacional de Le Pen, que ha sido inspiración para Salvini, logró cautivar a las clases medias francesas que están convencidas de que ellas son el financista de los migrantes atendidos por la seguridad social.

* En condiciones normales —que ya no existen—, Trump no tenía posibilidad de ganar la nominación. Venía de fuera, no tenía apoyos institucionales, su campaña era improvisada, no tenía dinero asegurado de antemano más allá de su promesa personal de emplear parte de su fortuna. En el estudio «The Party Decides», Marty Cohen y otros tres autores sostienen que, sin el apoyo de la élite de un partido, un candidato común no puede construir una campaña destacada ni recaudar mucho dinero o llamar la atención de los medios tradicionales. Está perdido desde el inicio. Más aun si hay una significativa oposición interior. La prensa le dará la razón a quienes llevan años como parte del proceso político antes que a un debutante sin *track record* que exhibir. Trump era la excepción: era un insurgente populista, tenía sus propios fondos y era una celebridad que cautivaba a los medios, según David Karol, otro coautor del estudio.

* Esas construcciones simbólicas son poderosas: un presidente siendo ejecutivo en vivo y en directo cada semana, mostrando quién tiene el poder, y Amado Líder haciendo visible que tiene presente a toda su feligresía, no importa cuán pequeña fuese la aldea. La idea se mostraba con toda claridad: Chávez siempre está en todo. Un hombre ocupado de su país y en su gente.

* Andrés Manuel López Obrador efectuó tres referendos en México en poco más de dos años de gobierno: para cancelar la construcción del Nuevo Aeropuerto Internacional de Ciudad de México, para construir una refinería y un tren turístico y para juzgar a expresidentes por corrupción. En todos ganó su posición y todos tuvieron una confusa factura y escasa participación.

* Guaidó, de hecho, es un ejemplo palmario de la exclusión formal y real que produce El Pueblo chavista: gobierna en el simbolismo, pues su poder no será efectivo en tanto no sea factual —esto es, mientras Guaidó no controle territorio, instituciones y finanzas, y guie a las personas.

* Los presidentes de Estados Unidos, por ejemplo, se encomiendan a dios al asumir su cargo; la Reserva Federal emite billetes coronados por la frase *In God We Trust;* y los legisladores, en un comportamiento perverso, envían sus oraciones a las familias de los niños asesinados con armas de guerra, en vez de controlar su venta.

** La Mayoría Moral y el reaganismo en los Estados Unidos tuvieron su correlato en América Latina, no sólo con las reformas económicas neoliberales y el respaldo a veces abierto y otras solapados del reaganismo a las dictaduras militares: en los años ’70 y ’80, las iglesias cristianas y evangélicas movieron cada vez más al sur su radio de acción. Con diferente rango de influencia, hoy son actores políticos activos en todos los países de América Latina.

* *Neo-cons* fue el término usual para referirse a los halcones que rodeaban a George W. Bush. Donald Rumsfeld y Dick Cheney fueron sus símbolos. No deja de ser curioso que, con y tras Trump, esos términos, de por sí de connotaciones duras, hayan sido superados.

* La derrota de Trump en el estado de Georgia en 2020, donde la transformación distrital favorece a los blancos, fue producto de movimientos sociales, no de un cambio catastral.

* Ya en 2011, según el mismo estudio del Brennan Center for Justice en la New York University School of Law, otros 14 estados habían aprobado normas de restricción electoral.

** En julio de 2021, la Corte Suprema, que reforzó su mayoría conservadora durante el mandato de Trump, falló a favor de una serie de decisiones electorales de cortes inferiores de Arizona, que habían sido cuestionadas por el Partido Demócrata bajo el argumento de «perjudicar a minorías». Los asuntos en disputa eran la negativa a contar como válido el voto de una persona que vota en un distrito en el cual no está registrada, y permitir que otros individuos —y no sólo el correo postal público— puedan recoger y transportar a los centros de votación los votos realizados con anticipación. Al validar dichos fallos de tribunales inferiores, la Corte dio a entender que no estaría dispuesta a cambiar ciertas disposiciones estatales. Arizona, que ha estado bajo control republicano durante casi cuatro décadas, ha sancionado normas para presionar a los habitantes latinos del estado, incluida una controvertida ley en 2010 —luego condenada por la Corte— que permitía a la policía detener a una persona, en caso de que sospechase que podría estar sin documentos en el país. La ley fue considerada racista pues ponía subrepticiamente bajo el foco a personas de piel oscura.

* Escribí en «El virus de la derecha», en *The New York Times*: «Volver del ridículo es siempre difícil y hoy en España uno no sabe si la derecha hace política, negocio, telenovela o una mezcla de todo. Y todo por necesidad táctica. Hay algo insostenible en el personalismo desesperado pues siempre opta por el poder y no por los principios: Casado y Rivera pueden besar a un oso maloliente si con eso pueden mantenerse en la cresta de la ola».

* ¿Saben cuál es la canción distintiva de los actos masivos de Trump? «Macho Man», de Village People. Amado Líder no entiende de ironías.

* El baile como acto político trascendente está extendido en toda la región. Maduro baila a menudo salsa en sus actos, CFK se movía con enorme destreza en el centro de un escenario diseñado sólo para ella. Hasta Mauricio Macri intentó mover su cadera de bailarín de titanio porque su apropiación populista del discurso lo demandaba. Antonio Attolini, un justificador menor de AMLO, se grababa bailando con torpeza con una mujer indígena en la campaña intermedia de 2021. ¿Qué quieren transmitir? Que son gente normal como cualquiera: horizontalizan la política.

* CFK sólo cambió de idea, contó en su autobiografía, cuando se preguntó qué hubiera hecho si su hija Florencia, que es madre soltera, hubiera decidido abortar. «Yo antes era una persona que decía “no soy feminista, soy femenina”», escribió. «¡Qué estupidez! No fue sólo Florencia la que me hizo cambiar, fueron también las pibas del secundario y mis nietas».

* Esos mismos temores han estado presentes en la campaña de limpieza racial de la etnia Rohingya en Myanmar. En 2012, varios hombres de la etnia musulmana, minoritaria en el país, violaron a una mujer budista. Rumores de otra violación grupal surgieron en las redes sociales en 2014. Poco tiempo después comenzó la masacre de villeros Rohingya y violaciones masivas de mujeres en aldeas de la etnia, que forzó a más de medio millón de personas a escapar a Bangladesh.

* Según el estudio Latinobarómetro 2018, la confianza en las iglesias se ubicó en el 63 por ciento, una reducción de 10 puntos porcentuales desde 2013 en apariencia producto de los escándalos de pedofilia en la Iglesia Católica. Centroamérica tiene una mayor confianza que Sudamérica, aunque el país más afecto es Paraguay (82 por ciento), seguido de Panamá (78), Honduras (75), Venezuela (74) y Brasil (73 por ciento), donde desde inicios de siglo han tenido un éxito significativo las nuevas denominaciones pentecostales.

* Los fragmentos de Morse son largamente subsidiarios de *El pueblo soy yo*, el proteico libro de Krauze.

* Como sostiene Jan-Werner Müller en *What is Populism?*, nazismo y fascismo fueron movimientos populistas, pero exhibieron manifestaciones extremas que no «no son elementos inevitables» del populismo como, dice, la glorificación de la violencia, el racismo y el principio del «liderazgo radical».

* Tampoco Oriol Junqueras, el líder de la izquierda nacionalista catalana.

* De acuerdo al «Religious Landscape Study», del Pew Center, os cristianos representan el 70 por ciento de las adscripciones religiosas. De ellos, los evangélicos constituyen un cuarto y los católicos algo más de un quinto. En 2017, *The Economist* estimó que alrededor de 100 millones de estadounidenses eran evangélicos.

* Perón llevaba días detenido en una isla en las afueras de Buenos Aires por el contragolpe de Estado que había depuesto al gobierno —también golpista— del que él era vicepresidente, secretario de guerra y trabajo. La movilización fue tan poderosa que Perón fue liberado de inmediato por los militares que lo habían capturado. El Día de la Lealtad es reconocido por un doble símbolo: marca el nacimiento político del peronismo —Perón ganaría las elecciones presidenciales de 1946— y de la resistencia antiperonista más tosca. La imagen de los obreros —los «cabecitas negras»— mojando sus pies en la fuente de la Plaza de Mayo, frente a la casa de gobierno, acompaña la simbología antiperonista desde entonces: los negros habían tomado el centro de Buenos Aires. En un país centralista como Argentina, eso equivalía a ocupar el corazón del país.

* Le cortaron las manos, su símbolo, pues Perón era los brazos en alto y la V de la victoria —y, en el exilio, de Perón Vuelve, el regreso del padre amado.

** De la Rúa capitaneó un gobierno que se declaró en *default* cuando acumulaba de vencimientos de deuda por 8.000 millones de dólares. La economía argentina estaba atrapada por la convertibilidad cambiaria establecida durante la administración de Carlos Menem en los años ’90, el desempleo subía, los sindicatos peronistas paralizaban el país, y miles de personas tomaban las calles. Meses antes de la renuncia de De la Rúa, ahorristas e inversores expatriaron miles de millones de dólares, y el gobierno debió diluir préstamos multimillonarios del FMI para respaldar sus reservas.

* Respuesta: no. Más aun, su imagen mejoró una vez que decidió tomar algo más en serio la crisis del coronavirus.

* Siéntense y preocúpense: el 80 por ciento tampoco sabía qué potestades tiene el Poder Ejecutivo según la Constitución, el 63 por ciento fue incapaz de contar cuántos miembros tenía la Corte Suprema y siete de cada diez no pudo decir que capitalismo o economía de mercado eran el sistema económico de Estados Unidos. Pero esto puede ser incluso peor: cuando no sabemos, adivinamos, y en preguntas de *multiple choice* con sólo dos opciones la probabilidad de que alguien acierte la correcta es elevada. Esa persona aparecerá como «informada» cuando sólo está disparando en la oscuridad. Y más aun: los tests tienen preguntas muy fáciles que un estudiante de quinto grado podría responder. De manera que saber respuestas a preguntas sencillas no hace a alguien un ciudadano informado. «Para estar bien informados», escribe Brennan, «los ciudadanos también necesitan saber las plataformas de propuestas de los candidatos, cómo esos hombres y mujeres votarán en el Congreso, qué políticas apoyarán, si esos votos importarán o no, y cuánta influencia tendrán esos candidatos si ganan».

* El penúltimo ejemplo tuvo lugar en los últimos meses de 2021, cuando la Corte Suprema de Justicia apoyó por 5-4 la decisión de un tribunal de Texas prohibir el aborto terapéutico después de la sexta semana de gestación. En la práctica, el fallo representa la ilegalización de casi la totalidad de los abortos, pues se estima que en Texas nueve de cada diez interrupciones se practican después de esa marca temporal. El gobernador texano, republicano, felicitó la decisión que salvaba la vida de «miles de niños».

* Una ‘mesa’ es tal porque acordamos que cuatro patas y una tabla paralela al suelo sean ‘mesa’ pero no hay nada inherente a la mesa en el sintagma ‘mesa’. El mismo tablero y patas permiten crear una banca o un estante. Por lo mismo, tampoco hay nada de la ‘democracia’ en la palabra ‘democracia’: qué significa la democracia es producto del acuerdo generalizado que ancla el sentido del término.

** *Pop culture*: las grandes mentes discuten ideas, las promedio discuten eventos, las pequeñas mentes discuten personas, dicen que dijo Eleanor Roosevelt. Apócrifa o no, el elemento capital son las ideas en conversación.

* A diario, la ‘mesa’ no le importa a mucha más gente que a los carpinteros, los vendedores de muebles y diseñadores de interiores, y a los padres que deben convencer a sus hijos de que el almuerzo se sirve en el artefacto hecho con un tablón y cuatro patas, no en aquello que la humanidad entera denomina ‘sofá’.

* Sólo entre 1986 y 1993, los hermanos Koch destinaron casi 8.000 millones de dólares a una sola de sus fundaciones.

* Arriaga también cuestionó las políticas de distanciamiento social impulsadas para controlar la expansión de la Covid-19, alineándose con el descrédito que el presidente López Obrador sembró sobre la seriedad del virus durante largo tiempo. De paso, aprovechó para rendir pleitesía al jefe, a quien alabó por un «decálogo» que lanzó para salir de la crisis sanitaria. El decálogo es una colección de levedades y consejos menores que parece escrito por un profesor de yoga y autoayuda y provocó rechazos cuando la Presidencia de México lo dio a conocer mientras los contagios y muertes encaramaban al país como uno de los peores gestores de la pandemia. «Muy pocos jefes de estado, tuvieron un sentido humano capaz de reflexionar sobre los problemas sociales y proponer, por ejemplo, un "Decálogo para salir del coronavirus"», dijo Arriaga a los maestros. «En verdad fue algo extraordinario que México, por medio de su jefe de estado tuviera una reflexión tan empática con su comunidad y planteara cuestiones como: "Actuemos con optimismo. El buen estado de ánimo ayuda a enfrentar mejor las adversidades"».

* Dijo Marx Arriaga a los maestros: «El rostro enmascarado aísla a las personas sin que lo noten y acelera la desaparición del compañerismo, de la camaradería. Pasa lo mismo con la exigencia por la transparencia la cual oculta un sentimiento de desconfianza total, no una justicia ni reivindicación de la información; la transparencia es un síntoma de una sociedad que desconfía de todos. Por ello, hoy más que nunca necesitamos desautomatizar los sentimientos. [. . .] *Las artes pueden auxiliar*, pero sólo lo lograrían *si los elementos artísticos están ligados a un factor estético y a un compromiso social ideológico*». (El subrayado es mío.)

* Su concepción del sistema judicial, por ejemplo, se alinea con esa lectura: la considera una superestructura creada para aplicar la ley burguesa.

* En 2021, llegó incluso a usar fondos del sistema de ciencia y técnica para pagar por una planta petrolera en Texas —esto es, destinó fondos útiles para la ciencia a una actividad que la ciencia considera nociva para el futuro de la vida en el planeta.

** También, como el presidente argentino, Alberto Fernández, participan de la fiesta de su novia, organizada en la residencia presidencial mientras el resto de los ciudadanos lleva meses confinado en sus casas sin ver a padres, hijos o abuelos. (Fernández dijo que pagaría una multa por su desliz para salir rápido del escándalo, convirtiéndose en perpetrador y juez al mismo tiempo, como si fijar la pena sin proceso administrativo o judicial fuera también su potestad.)

* ‘El carruaje’ fue una de las primeras telenovelas de ficción histórica en México y, además, la primera en ser producida en colores. Si esos factores no eran atractivos en sí, la trama aportaba lo suyo: el gobierno de Maximiliano —blanco, francés, ocupacionista: élite— ante la amenaza creciente de Benito Juárez —mestizo, más mexicano que el sotol, revolucionario: El Pueblo.

* Se le llama «error fundamental de atribución» y es un truco que nuestro cerebro juega bien: consideramos las acciones ajenas propia de la personalidad de esos individuos, pero sostenemos que las nuestras —o las de nuestro grupo de pertenencia— resultan producto de externalidades que están fuera de nuestro control.

** Mujeres. La hembra. Ya fue dicho en este libro: he ahí otro objeto del populismo. La jerarquía demanda al hombre en el centro y, cuando incorpora a la mujer, ha de ser una hembra fuerte, noble y entregada: la *madre* capaz de parir las futuras generaciones de indestructibles hijos de la patria. Nuestro origen es sublime porque superiores eran los hombres que lo crearon e íntegras sus mujeres. La nación descansa en los hombros de la probidad y surge en el vientre de una santa o una guerrera.

* Nos enteramos por vía indirecta, a través de Marx Arriaga: la filosofía de la 4T parece copiar de las viejas escuelas de la izquierda estalinista latinoamericana, donde el placer era burgués y el aburrimiento debía constituir el camino para la elevación del espíritu. El nirvana se alcanzaba más rápido leyendo a Harnecker, Ariel Dorffman y los insufribles textos de los estructuralistas franceses.

* Y, por supuesto, de la inmadurez: los chauvinistas jamás salen del útero patriótico. Aislarse del mundo bajo la excusa de ‘yo no me meto con ustedes, no se metan conmigo’ es la asunción tácita de que Amado Líder es incapaz de lidiar con las contradicciones y conflictos que el mundo le presenta a su vetusto y débil marco de referencias. El caudillo siempre busca la falda materna —la patria cerrada sobre sí misma—y el refugio de la voz paterna —el prócer, un macho que habla desde otra época— atemorizado ante un mundo que no comprende.

* La *normalidad* de la época, claro, donde la guerra y el asesinato político eran parte de los eventos esperables en sociedades en formación, donde las leyes aun no estaban internalizadas más allá de las ciudades. Y donde la imposición de las normas a menudo podía entrañar violencia.

** ¿Fue, acaso, la Pax Augusta producto de la internalización de normas o de la victoria de un ejército demoledor que garantizó la tranquilidad de los habitantes del Imperio Romano mientras mantenía milicias oteando el horizonte para contener a cualquier enemigo?

* Originalmente, el Cocoliche era un personaje de teatro criollo creado para burlarse de los italianos. El uso comenzó a transformar su sentido, hasta romantizarlo. «El personaje de Cocoliche también ofreció a los nativos y los 'tanos' (italianos) recién llegados una forma de negociar sus diferencias a través de enfrentamientos rituales y simbólicos en el escenario, en las actividades de carnaval, en los impresos y, en última instancia, en la vida diaria», escribe Ana Cara-Walker en «Cocoliche: The Art of Assimilation and Dissimulation among Italians and Argentines».

* Detalle, tal vez, nada menor: Trump fue incapaz de ganar en ciudades con más de un millón de habitantes tanto en 2016 como en 2020.

* Al menos en los comienzos del movimiento, Perón llegó incluso a contar con una camarilla de generales y oficiales peronistas leales.

** Perón decía que los peronistas eran como gatos, pues cuando todos los demás creen que pelean, en realidad se están reproduciendo.

*** En la jerga no hay eufemismos: *garcas* son los ‘cagadores’.

* Esta inserción en las bases no es exclusiva del peronismo, por supuesto, sino una condición necesaria para la efectividad proselitista de los movimientos populistas. AMLO tiene a los Servidores de la Nación, y en Cuba aun existen los Comités de Defensa de la Revolución —los CDR— que procuran resolver las demandas locales como agentes públicos, a la vez que ofician de espías informales del Estado. Hijos de los CDR son los Consejos del Poder Ciudadano y los Gabinetes del Poder Ciudadano creados por el gobierno de Daniel Ortega en 2007, redes civiles con apoyo parapolicial que tienen el doble trabajo de ayudar a contener la delincuencia en los barrios, así como de vigilar a los opositores en cada calle de Nicaragua.

* Los demás presidentes populistas de la región provienen de las clases medias o, como en el caso de Trump, las élites. Nayib Bukele era publicista; Fujimori, ingeniero; Mauricio Funes fue periodista; Antonio Saca, empresario; Toledo enseñaba en Stanford University; Bolsonaro, Lucio Gutiérrez, Ollanta Humala y Chávez fueron militares; Daniel Ortega, guerrillero; Francisco Flores, académico; Uribe, Menem, AMLO, los Kirchner, Rafael Correa, el salvadoreño Duarte, Alberto Fernández, Alan García y Abdalá Bucaram, el hondureño Zelaya, el guatemalteco Portillo, Keiko Fujimori: todos políticos profesionales.

** El proyecto de Alejandro Toledo en Perú se frustró al poco tiempo de asumir la presidencia, cuando comenzó a alejarse de su base indígena y abrazó parcialmente el neopopulismo. La experiencia del Movimiento Unidad Nacional Pachakutik —que accedió a cargos legislativos en Ecuador en 1996— fue importante para los triunfos de Lucio Gutiérrez en 2002 y de Rafael Correa en 2006, pero no llevó a ningún miembro de las comunidades hasta la presidencia.

* Varias comunidades indígenas acusaron directamente a Evo de favorecer tanto a los importadores brasileños como a los exportadores bolivianos de cacao, pero no a los pobladores del parque Securé. La enemistad de los líderes indígenas ecuatorianos con Correa se hizo manifiesta cuando el presidente quiso pasar por encima de ellos para negociar directamente con sus comunidades.

* Según *The Washington* Post, Dwight D. Eisenhower, Lyndon B. Johnson y Bill Clinton presidieron crecimientos económicos más significativos que Trump «medido por cualquier indicador posible».

* Los antivacunas, por ejemplo, han sido enfáticos en tratar de «ovejas» a quienes aceptaron inmunizarse contra la Covid-19. Un meme que circulaba a inicios de 2021 por canales de Telegram de negacionistas aseguraba que el ADN de las personas vacunadas sufre modificaciones que pasan a los hijos. «Tus hijos pueden casarse con un grupo genético de vacunados contra Covid acortando potencialmente sus vidas y la de otros», decía. El meme mostraba dos ovejas reproduciéndose. «NO TE CRUCES CON OVEJAS», remataba.

* La práctica es herencia de los tiempos de Perón, cuando, sobre el fin de la Segunda Guerra Mundial, su gobierno de facto se vio forzado a garantizar derechos civiles a la ciudadanía y a renunciar a sus vínculos con el Eje nazi-japonés.

* Martín Caparrós les llama, con precisión, «gobierno opositor».

* Para AMLO fue prioritario detener la obra del mega aeropuerto de Ciudad de México aunque costase una fortuna antes que resolver con una política consistente la crisis de violencia, para la que pedía «abrazos y no balazos». AMLO sostenía que el aeropuerto era una obra fastuosa hija de la corrupción precedente, pero jamás presentó una prueba al respecto.

* Los números precisos dicen 42 por ciento en los años ‘60 y el doble, 84 por ciento, a fines de la década de los ‘80.

* El modelo de fidelización de clientes es similar al modelo de fidelización ideológica: tu público ha de ser tuyo, y su resocialización ha de ser tan masiva, omnisciente y profunda que, ante la presencia de otras opciones, ha de elegirte la mayor parte de las veces (¿siempre?) a ti.

** Y no hablo de sus fines, pues conspirar para derrocar gobiernos no está en el espíritu de este libro, pero es defendible que muchos de esos movimientos comparten patrones de actuación con otros movimientos saludables de la política, como las organizaciones de base o la acción comunitaria entre iguales, que descansan en un diálogo frecuente y profundo y en un significativo sentido de pertenencia y solidaridad entre sus miembros.

* Funes no dejó una buena imagen. Había concitado muchas expectativas pues fue el primer presidente de izquierda en la historia de El Salvador, pero las defraudó pronto.

* RSP también tuvo en sus filas a El Tinieblas, un luchador de máscara dorada, quien se constituyó en el último ejemplo del ridículo normalizado; en un debate sobre la alcaldía que pretendía ganar, le preguntaron cómo integraría a su ejercicio de gobierno a la comunidad LGTBIQ+ —que era parte del discurso de su partido— y no supo qué responder. Cerrado en un silencio torpe y vergonzoso, cuando le repitieron la pregunta balbuceó que se preocuparía por «las mujeres» y «las madres solteras» porque, dijo, quieren que él «las proteja».

* Las cifras están bajo discusión, pero la vox populi, vox dei ya dictaminó esto: a la radio le tomó 38 años alcanzar sus primeros 50 millones de oyentes, 13 años a la TV; cuatro a internet y menos de 40 días a Angry Birds.

* La ola de cambios arrastrará con cualquier mueble clavado al piso. Las viejas formas están en crisis, las innovaciones no acaban de tomar el centro del escenario. Mientras muere el nuevo mundo y aun no se ve cuál llega, quien desee participar del proceso político deberá adaptarse o morir. En México, el viejo político-Televisa es cada vez más un político-TikTok. Los cambios no son sólo instrumentales. Han creado también una nueva lógica estético-moral entre los políticos, que cada vez tienen menos miedo al ridículo, porque también el ridículo suma fama. Que se hable bien o mal, mientras se hable.

** Que ‘Pi’ sea ficción y nuestras vidas podría darnos calma. El problema es que Max Cohen sí conoce la cifra que ordena el universo; nosotros, no.

*** Max Cohen *se detuvo* a contemplar la revelación del mundo. Necesitaba calma para procesar y entender.

* El Movimento 5 Stelle, que ganó mucho espacio como un tractor populista desde 2009 tirando del carisma del comediante Beppe Grillo, comenzó a migrar en 2020 hacia posiciones relativamente moderadas con el objetivo de volverse un partido del *mainstream*.

* *Fake news.*

* Antes, con una eficiencia apenas menor (por sus costos), los SMS hicieron lo suyo. Cuando los atentados a la central de Atocha, en Madrid, las personas decidieron manifestarse para protestar contra el gobierno de José María Aznar enviándose SMS que encabezaban o concluían con la convocatoria «Pásalo». La retícula de teléfonos permitió movilizar en poco tiempo.

* Esto representa casi la mitad del promedio de la OCDE, que es del 81 por ciento. Además, hay diferencias significativas entre regiones: mientras en el Cono Sur tiene conectividad el 54 por ciento de las familias, en Centroamérica y los países andinos sólo es el 34 y en el Caribe, uno de cada cinco hogares, según un estudio citado en *¿Quién le tema a la inteligencia? Posibilidades y riesgos de la inteligencia artificial en el Estado digital*, un libro del Banco Interamericano de Desarrollo.

* En *A Theory of Cognitive Dissonance*, un libro de 1957, Leon Festinger afirma que nos esforzamos por lograr coherencia psicológica interna para poder funcionar con los demás. Quien experimente inconsistencia interna se sentirá psicológicamente incómodo y buscará reducir la disonancia cognitiva. Racionalizarán la disonancia incorporando nuevos conocimientos o evitarán la información contradictoria que pudiera ampliar esa disonancia cognitiva, fortaleciendo el sesgo de confirmación.

* Malditos cocodrilos.

* Por ejemplo, un votante podría estar a favor del Estado más activo propuesto por López Obrador, y esa idea pesaría más —en el balance general— que la incomodidad que le provoca la ambigüedad del jefe de Morena sobre su potencial reelección o su hipocresía respecto del movimiento feminista.

** Como quienes pudieron sucumbir al *peer pressure* del voto purista y en 2016 votaron por un tercer candidato en vez de por Hillary, con quien poseían contradicciones secundarias, beneficiando indirectamente a Trump.

*** De hecho, el discurso identitario ha alimentado esa idea de lo personal como político en el fragor de las redes.

* A menos que bloquee a alguien. Mientras, la sola posesión de las *apps* de WhatsApp, Signal, Telegram u otros sistemas de mensajerías es un indicador social de que estamos predispuestos todo el tiempo a comunicarnos. Incluso un desconocido puede escribirnos o llamarnos en cualquier circunstancia, pues la única barrera de entrada es conocer nuestro número de teléfono: apenas cargue nuestros datos en sus contactos, WhatsApp le informará de inmediato que tenemos una cuenta allí. La puerta está abierta por defecto.

* Los ataques a la campaña de vacunación contra la Covid-19 por supuesta inseguridad de las vacunas fueron el último gran ejemplo, con publicaciones que simulaban *papers* de la academia y «doctores» —lo eran, pero no especialistas en virología o epidemia— que contribuían a sembrar incertidumbre.

* La desinformación nunca puede ser singular y momentánea: requiere cobertura amplia y sistematicidad. Para que alguien crea el bulo, la saturación de información deshonesta o no fiable ha de incluir descontextualización y fabricación parcial o completa. ¿Un mecanismo bastante efectivo? Los videos suelen resultar persuasivos pues el contenido audiovisual es percibido como auténtico y creíble.

* Bannon —su tercer jefe de campaña e ideólogo *ad hoc*— fue editor de la vomitiva *Breitbart*, una máquina hecha de conspiranoia, racismo y xenofobia abiertamente filonazi.

* Hay dos palabras prohibidas en el presidencialismo con esteroides variante macho populista: democracia parlamentaria. Obligaría al líder a mendigar acuerdos, cuando su deseo viril es imponer y demostrarles a todos-todes-todas-todites que él, mami, la tiene tan grande como le gusta a El Pueblo. (La verdad, claro.)

* En su fase práctica, la reforma presuponía que dejase de existir la oposición como opción de poder.

* Poco tiempo después de los despidos, conocí a Juan Fernández, uno de los líderes de la protesta. Fernández había sido el gerente de planeamiento y control financiero de la petrolera — *give and take*, el #3— y terminó expulsado junto a los trabajadores y una media docena de ejecutivos de alto nivel. Chávez lo consideraba un opositor de cuello blanco. Por entonces, Fernández decía querer evitar la torpeza de que un gobierno sin conocimiento especializado desmantelara la caja y bandera de Venezuela la compleja PDVSA —su crudo es de difícil procesamiento y demanda tecnología propietaria, distinta a la de otras petroleras. «Pero me temo que destrozarán todo», me dijo mientras ordenábamos unas arepas en un café del barrio de Altamira. «No creo que Venezuela salga bien de esto».

** De los tres procesos, el PRI ha sido el primero en sucumbir al test ácido: una vez que perdió la hegemonía en el año 2000, pasó casi dos décadas sin recuperar tono muscular —el gobierno de Enrique Peña Nieto fue priismo con sacarina—, y su futuro parece estar ensombrecido por la potencia carismática de López Obrador. Bolivarianos y cubanos aun no abandonaron el poder, de manera que su futuro en la contrahegemonía es una incógnita por develar.

* El PRI también lo fue, pero allí la condición institucional del partido-Estado no requería, necesariamente, la figura del caudillo carismático. Por supuesto, siempre es preferible, pero como 'dictadura perfecta' que fue, el PRI tenía una entrenada capacidad para reprimir sin que se note demasiado.

** El sucesor de Chávez, Nicolás Maduro, ha crecido con el severo problema nutricional del retoño del árbol fuerte: cayó demasiado cerca de Chávez y ha sido desnutrido por su sombra. Maduro carece de la inteligencia animal de Chávez pero sí destila brutalidad. Su carisma es un préstamo caro; su doctrina, una impostación; su gobierno, una mala imitación del régimen cubano, incompleta y malamente sostenida por una intelectualidad de eunucos. Esos atributos negativos conspiran contra su permanencia, pues Amado Líder debe ser capaz de seducir a su público. La salida de Maduro del poder reduce significativamente las capacidades de disputa del chavismo, ya menores de por sí con su permanencia.

* Me gustaría plantear estas preguntas desde el 2040: ¿Mantuvieron esos jóvenes el mito de Perón y Evita o lo reemplazaron por Néstor Kirchner y CFK, Él y Ella? ¿O acabó el peronismo disgregado, incapaz de mantener su centro abrazado alrededor de la figura del General y Eva después de cien años? ¿Acabaron esos ex jóvenes peronistas migrando al liberalismo o a la ultraderecha emergente en aquel 2021? ¿O se ha reinventado el peronismo por enésima vez? La respuesta a estas preguntas dirá si la cultura política de la religión peronista aun cruza Argentina de manera medular o se ha disgregado para generar una nación parlamentarista.

* Punto nada menor, que he obviado hasta ahora pero resulta provocador plantearlo, al cabo: ¿es preciso decir que cuestionar al populismo no implica la *automática validación* de gobiernos institucionalistas, liberales y pretendidamente democráticos que *también fracasaron?* Fin de la digresión.

* La idea de ‘efectividad’ era recurrente en Uribe y esperable en un presidente neopopulista ocupado en ofrecer resultados antes que una utopía romántica.

** Gramsci *all over the place*: aunque una hegemonía pierda su poder político, eso no necesariamente significa el fin de ese periodo hegemónico.

* El INE falló en su contra porque Macedonio no presentó ante las autoridades los reportes obligatorios de sus gastos de campaña. El precandidato ya acumulaba, además, un desgaste social significativo, acusado como presunto violador. Al final, su hija lo reemplazaría en la carrera a la gobernación guerrerense. Ganó, y su padre se dijo reivindicado.

* El viceministro de Justicia del gobierno peronista acusó la «manipulación del Poder Judicial para la persecución política». La presidenta de cuestiones constitucionales del Senado argentino tuiteó: «Las clases de derecho debieran empezar con la clase magistral de @CFKArgentina dada ante la Cámara de Casación Penal Sala I. Es una pieza ineludible de la historia de un Poder Judicial al servicio del poder económico y en contra del Pueblo Argentino. Apliquen la Constitución».

* El activismo violento de los seguidores de Trump ha sido significativo. Durante la pandemia, manifestantes azuzados por el presidente entraron —armados— a legislaturas estatales para demandar que los legisladores eliminasen las restricciones a las reuniones sociales y acabasen con las cuarentenas contra la Covid-19. En Charlottesville, una mujer fue asesinada por un militante neonazi que la arrolló con su auto durante la contramanifestación convocada para rechazar la reunión de los supremacistas blancos. Trump no condenó la violencia —la subestimó: «en ambos lados», dijo, había «muy buena gente». Tampoco se hizo responsable por sus palabras, en tanto instigadoras de masacres xenófobas, en Pennsylvania y en Texas. Y cuando grupos neonazis como Proud Boys se prepararon para movilizarse ante su posible derrota, Trump dio a entender que los dejaría hacer. Nunca les obligó a desmovilizarse. *«Stand back and stand by»*, les ordenó. Retrocedan y esperen.

* Ni qué hablar de sus resistencias a que un auto eléctrico se estacione en el garaje de casa en vez del Camaro de 12 cilindros.

* Gramsci, otra vez, a la N potencia: como en otras naciones, la salida del poder del conservadurismo no implica el fin del poder del conservadurismo. El cerrojo hegemónico extiende su influencia más allá de la presencia de sus ejecutores políticos al frente de la nación. Así es como operan las victorias culturales.

* El detalle nada menor: no respondían a las expectativas del sistema. El valor del *outsider* es refrescar el *status quo* o, mejor, transformarlo. En todos los casos, esos candidatos representaban una demanda que evidenciaba la distancia —fractura, en ocasiones— entre el electorado y el sistema político. Mientras los primeros querían un cambio, la homeostasis orgánica de los partidos tendía, otra vez, a la estabilidad sin olas.

* Una revisión somera de los proyectos populistas vigentes en las primeras décadas del siglo demuestra la profundidad de la vocación hegemónica de sus líderes. Reformas constitucionales para asegurarse la continuidad y la compleción o profundización del proyecto transformador: Menem, Fujimori, Chávez, Ortega, Evo, Uribe, Bukele, Correa, el hondureño Zelaya buscaron su reelección reinterpretando leyes. Nuevos bloques hegemónicos para sostenerse en el poder —la 'ola rosa' latinoamericana puso sus ojos en China y, en menor medida, Rusia y se alejó de la influencia de Estados Unidos. Desplazamiento de las oposiciones para reducirlas a expresiones políticas no competitivas —el chavismo, el sandinismo y la Revolución Cubana son el extremo del proceso, pues incluyen la persecución de críticos y disidentes. El cambio está sostenido, mayoritariamente, en 'revoluciones' pacíficas que arriban al poder por la vía electoral. Una vez allí, emplean las instituciones del Estado para conseguir un cambio de paradigma: una nueva hegemonía cultural.

* Cuando una ex *cage fighter*, Tara LaRosa, creó el grupo transfóbico Proud Girls y quiso vincularlo al *macho club* de los Proud Boys, no todos se lo tomaron con buen humor. «¿Quieren apoyarnos?», escribió un miembro en el canal de Telegram ProudBoysUSA. «Cásense, tengan hijos y cuiden a su familia».

* «Cuando la modernidad lleva la marca del Otro», escribe Amin Maalouf en *In the Name of Identity: Violence and the Need to Belong*, «no es de extrañar que algunas personas enarbolen los símbolos del arcaísmo para afirmar su diferencia».

** Las únicas novedades célebres en 2020 fueron Arizona y Georgia, ambas para Biden. Las razones: el estado del suroeste mutaba progresivamente desde 2008, con un crecimiento lento pero firme de los demócratas impulsado por jóvenes y latinos; Georgia fue producto del esfuerzo —también prolongado— de organizadores sociales de base, entre ellos la célebre Stacey Abrams.

* Una de las últimas experiencias de *strait talker winner* se dio en las elecciones primarias de 2021 en Argentina con la aparición de Javier Milei, un economista libertario y exmúsico de heavy metal que se pasea por la vida con una cabellera desordenada *alla* Boris Johnson y unos ojos azules fríos como puñales. El lema provocador de su campaña —«No venimos a arriar corderos sino a despertar leones»— entusiasmó a los votantes de derechas (muchos de ellos, jóvenes) y despertó a los ultras, largamente dormidos desde el fin de la dictadura militar y los intentos de golpe en los años '80. Milei alaba a Trump, es festejado por Vox y habla con un deslenguamiento de barrabrava de fútbol. Está en contra de «todos los impuestos» y considera «un enemigo» al Estado. Habla de la «casta política» que hundió al país, defiende la posesión de armas y cree que las mujeres no deben abortar. Si su populismo de ultraderecha —una inquietante novedad en Argentina— necesitase más, Milei se lo dará: «Detesto a los zurdos de mierda». En su primera gran experiencia electoral, el provocador Milei obtuvo casi 14 por ciento de los votos en la Ciudad de Buenos Aires. Su ignoto partido ultra, Avanza Libertad, se convirtió en la tercera fuerza política de la capital argentina, la ciudad más liberal del país.

* Sí, la Línea Maginot fue superada con una facilidad pasmosa —por la nunca amable *blietzkrieg* nazi, nada menos—, pero por ello elijo el símil: las divisiones pueden y deben ser superadas. No para peor, claro. Y, en la medida de lo posible, tampoco por nazis.

* Prueben divorciarse, *amigos/amigues/amiguis/amicus/amig*·&#s*.

* El documentalista Epigmenio Ibarra, quien trabaja realizando videos para López Obrador, distribuye en las redes sociales sus videocolumnas y las comparte por mensaje directo en Twitter —nos seguimos mutuamente. En la columna del 16 de septiembre de 2021, cuando se celebraba el día de la independencia de México, Ibarra envió una grabación de sí mismo con esta presentación: «Cuando se perdona a un traidor, cuando se olvidan, o peor aún, se justifican sus crímenes o se les trivializa, se crean las condiciones para que otro como él llegue a ocupar su lugar; las traiciones siempre se encadenan y siempre terminan encadenando al país. Aquí me tienes de terco, insistiendo, como todos los miércoles, en la necesidad de romper el ciclo de sangre, humillación y saqueo al que, desde Santa Anna, pasando por Díaz y Huerta y hasta llegar a Calderón y a Peña, nos sometieron. Llamo, de nuevo, a no permitir que queden impunes los traidores».

* Lozano no está solo en *the commies revival*: en septiembre, el líder de VOX, Santiago Abascal, visitó México para lanzar el Foro Madrid, una alianza de partidos de derecha radical que pretende combatir el supuesto resurgimiento del comunismo, en apariencia amparado por el Foro de São Paulo y el Grupo de Puebla. Abascal cree que el punto focal de ataque es lo que llama la «Iberosfera», una reinvención centralista donde las 20 naciones y 600 millones de habitantes de América Latina son parte de un universo que tiene a España como su estrella heliocéntrica. Listísimo: exportar fascismo con su organización y la vieja nación imperial al centro. Los senadores del PAN, dueños de una falta de tino político descomunal, recibieron a Abascal, se tomaron fotos en masa con él y tuitearon su beneplácito por ayudar a acabar con el fantasma de los tataranietos de Karl Marx. Una buena: varios dirigentes del partido —jóvenes, la mayoría— rechazaron su aroma a moho monárquico.

* La dictadura militar argentina pensaba algo parecido de sus críticos internacionales. Cuando en 1979 organismos globales de derechos humanos y algunos gobiernos atacaron las masivas desapariciones de personas, la Junta Militar lanzó una campaña propagandística comprando páginas en periódicos y revistas para 'informar' su verdad. Cuando la Comisión Interamericana de Derechos Humanos realizó una visita de vigilancia a Buenos Aires, la dictadura capitaneada por Jorge Rafael Videla ordenó imprimir cientos de miles de *stickers* con una frase que quedaría registrada en la historia de la ignominia: «Los argentinos somos derechos y humanos». La dictadura también denunció como 'antiargentina' la campaña internacional que llamaba a boicotear la Copa del Mundo de Fútbol de 1978.

* Chávez, por ejemplo, promovió el cierre de seis medios de comunicación en Venezuela. Y unas semanas después del fallido golpe de Estado de julio de 2016, Ercep Tayyip Erdoğan clausuró 29 editoriales, 23 estaciones de radio, 16 canales de televisión, 15 revistas y tres agencias de noticias. La dictadura cubana bloqueó internet y salió a requisar los móviles de cientos de manifestantes, para inspeccionar los videos que tomaron durante las protestas populares de julio de 2021. La censura es tan abierta en China que en el año 2000 el gobierno incluso instrumentó una política cibernética —el Golden Shield Project— para ejercer un control más eficiente de los internautas.

* Tras la derrota del gobierno de Alberto Fernández-CFK, la exembajadora y diputada Alicia Castro atacó a los medios con un ‘análisis’ del traspié en su cuenta de Twitter. En su lógica, los medios de comunicación son adversarios políticos y un gobierno debe organizarse para combatirlos. Escribió: «2- QUÉ PASÓ: La política de medios del gobierno es inexistente. No podemos echarle la culpa a Clarin [*sic*] —pagarle + + pauta— y no hacer nada, evitar reponer la Ley de Medios, organizar medios comunitarios, dar mensajes claros con comunicadores, información y propuestas inteligibles».

* El discurso inaugural de la dictadura pronunciado por el general Jorge Rafael Videla podría salir de los labios de numerosos líderes actuales: «Durante muchos años, han sido tantas las promesas incumplidas, tantos los fracasos de planes y proyectos, tan honda la frustración nacional, que muchos de nuestros compatriotas han dejado de creer en la palabra de sus gobernantes, llegando a pensar, incluso, que a la función pública no se llega para servir sino para servirse de ella, convencidos que la justicia ha desaparecido ya del panorama».

* Esper no era el único preocupado por la deriva autoritaria de Amado Líder, dicen Leonnig y Rucker en *I Alone Can Fix It*. La noche de la elección de 2020, el general Mark Milley, jefe del Estado Mayor Conjunto, recibió una llamada de un camarada retirado igualmente nervioso por los actos de Trump. Tiempo antes, Trump había hecho que Milley caminara con él vestido en uniforme de combate por las adyacencias de la Casa Blanca después de que un grupo de manifestantes fuera desalojado por la fuerza a una orden del presidente. Leonnig y Rucker dicen que desde entonces Milley se prometió a sí mismo que evitaría que Trump avasallara el Estado de derecho. Estás rodeado de incompetentes, le dijo su camarada durante la llamada en la noche del 3 de noviembre. Resiste. «Eres una isla en ti mismo ahora», abundó. «No estás atado. Tu lealtad es a la Constitución. Ustedes [los soldados] representan la estabilidad de esta república».

* Puede que a los *gringos* les cueste verlo, pero para el ojo entrenado en el chiquero político latinoamericano, todas las señales del tren en el que corren los Estados Unidos, al decir de Frum, indican una marcha veloz y sin paradas hacia el fascismo. El extremismo nacionalista de Trump produjo decenas de muertes durante su gobierno, y producirá aun más si su incendio verbal y político continúan.

* La persecución de Ramírez es prototípica de la mentalidad paranoica, que halla enemigos hasta en su sombra. Ramírez fue crítico del régimen durante años después de ser vicepresidente del primero gobierno del FSLN presidido por Ortega tras la caída de Anastasio Somoza y el triunfo de la Revolución Sandinista. «Es un gobierno sinvergüenza», me dijo una vez en Managua. «La conclusión de la presidencia de Ortega no es la solución a todos los problemas porque no se trata de empastar una muela, sino sacarla de raíz. Y eso trae sangre, y yo ya aprendí que la sangre solo trae más sangre y tras la violencia todo reinicia. Debemos conseguir un cambio profundo y cívico».

** Y hasta eso es relativo. Cuando en 2018 el gobierno de Ortega ordenó una represión brutal contra estudiantes, Murillo, la poeta vicepresidenta y esposa en ejercicio, dio el tono de cómo sería el trato de la dictadura con los nicaragüenses: «Vamos con todo».

*** Si en la vida común de una persona la paranoia es una enfermedad, en el populismo es el estado natural del gobierno. Podrán provenir desde la izquierda y desde la derecha, pero los une el método.

* ¿El trasfondo? Milošević temía que los reformistas serbios lo expulsaran del poder. Sólo debió poner fuego a tensiones antiguas para que los crímenes se desaten.

* Tanto Crusius como Bowers justificaban su ataque en una supuesta «invasión» latina. Bowers dijo, además, que tambiéactuaba para detener un presunto plan sionista de control de la nación.

* Epítomes del populismo fascista: todo el poder, literalmente, va al pueblo.

* Un pequeño detalle sobre las jerarquías populistas. El devoto no tiene el derecho que sí asiste a sus jefes: sólo Amado Líder es libre de cambiar de ideas. Marine Le Pen sigue siendo la líder de la derecha extrema francesa y sigue siendo profundamente nacionalista, pero, a diferencia de su padre Jean-Marie, ella acepta el matrimonio igualitario y varios de sus asesores principales han sido o son gays. No es la única que ha mostrado flexibilidad: una vez concluida la presidencia de George W. Bush, el movimiento LGTBIQ+ de Estados Unidos se encontró con el extrañísimo apoyo de un halcón neoconservador, el vicepresidente Dick Cheney —su hija Mary es lesbiana. Ahora, como bien lo sabía Perón, si Amado Líder cambia de ideas con alguna flexibilidad, hará bien en informarlo a los suyos con firmeza y convicción, pues los necesita disciplinados detrás de él, sin importar qué pensó antes ni qué abrace ahora.

* Cuando suceda el primer caso, Abascal gritará a los cuatro vientos que, señores, él ya se los había dicho. Tal como Trump denunciaba los crímenes singulares de delincuentes que a la vez eran migrantes presentándolos como una muestra del carácter *naturalmente* violento de los indocumentados. Y, como Trump también, cuando alguno de los suyos faje en la calle a un magrebí, negará que cuanto haya ocurrido esté vinculado a sus vituperios.

* Ya visité la idea de hegemonía en este libro de manera que no me detendré demasiado en el tópico. Sólo para abundar y decorar con otro pie de página: a través de ese bloque, los que cortan el queso reafirman su visión del mundo, una visión que ya han impuesto como ideas de sentido común, dotándolas de esa extraña condición de *naturalidad* que nos hace creer que ciertas nociones estuvieron toda la vida allí, como el aire o el agua.

* En rigor, el Nosotros operó como agrupador comunitario desde las primeras tribus.

* A veces, supongo, no debiéramos pensar mal, sino peor.

* ¿Qué haría en 2020? Iría a la reelección con otro discurso de odio. Perdería, pero el odio ya había ganado.

* La patria es pasado y el pasado es rígido. ¿No sería bueno que olvidemos el asunto?

* Un tiempo después se conocería que su administración bloqueó la provisión de más de 20.000 millones de dólares de ayuda a la isla. «Lo mejor que le ha pasado a Puerto Rico es el presidente Donald J. Trump», tuiteó por esos días. «Tanta gente maravillosa, pero con un liderazgo insular tan malo y con tanto dinero desperdiciado. ¡No podemos seguir perjudicando a nuestros agricultores y estados con estos pagos masivos y tan poco agradecimiento!»

* Las personas tienden a ser más benevolentes con aquellos que consideran sus iguales.

* Su columna abunda en el asunto. McCloskey anunció su deseo de ser candidato mientras el Partido Republicano llevaba meses defendiendo a Trump, de cuya atracción electoral aun depende. Los legisladores intentaban evitar una comisión que investigue el intento de golpe de Estado de enero de 2021. Días antes, el pleno de legisladores republicanos obligó a Liz Cheney, la hija del halcón Dick Cheney, a renunciar a liderar el bloque después de que acusara a Trump de perpetuar «la Gran Mentira» del fraude electoral.

* La sola experiencia del conflicto armado con la guerrilla debiera bastar como símbolo: desde 1958 y hasta los acuerdos de paz de 2016, murieron más de 260.000 colombianos. Siete millones de personas acabaron desplazadas. Es el mayor desastre humanitario en la región, seguido por los seis millones de personas que dejaron Venezuela durante el chavismo.

* Uribe vive en esa contradicción, pero no condicionado por fuerzas invisibles, sino por su interpretación voluntaria del proceso histórico.

* Tan radicales, en efecto, que Liz Cheney y George W. Bush, se convirtieron en voceros ‘razonables’ del Partido Republicano porque conservan algún tipo de humanidad.

* Vamos, nuestras sociedades ni siquiera se toman en serio que la mitad de sus miembros —las mujeres— haya sido invisibilizada de diversas formas y por tanto tiempo. Y no se trata de una minoría-minoría sino de una cuasi-mayoría. Hacia 2017, las mujeres eran el 49.6 por ciento de la población mundial, un ratio afectado de manera sensible por la política china de favorecer durante décadas el nacimiento de varones. Las mujeres son mayoría en los Estados Unidos, la Unión Europea, Rusia, Oceanía, la mitad de África y casi toda América Latina.

* Más aun, cuanto menos un millón y medio de niños judíos fueron asesinados en cámaras de gas, decenas de miles de niños Roma y no menos de 5.000 pequeños alemanes con discapacidades físicas y mentales. El horror no se impone límites si cree que lo que hace es necesario.

** Era un mundo abierto. Casi 3,5 millones de extranjeros trabajaban en Francia hacia 1970, la mayoría provenientes de las excolonias; un millón había llegado a la cerrada Suiza, y más de cuatro millones de trabajadores no nacidos en Alemania —los turcos representaban una buena proporción — fungían como mano de obra en las fábricas.

* Los neopopulismos, en cambio, han sido igualmente hegemónicos, pero abrazaban el neoliberalismo.

** Y aun así las relaciones no son francas. Vox ha intentado despegarse de la Liga puesto que su abrazo compromete su discurso nacionalista en España: ¿anticatalanes pero tolerantes con el separatismo de la Lombardía, el Veneto y el Piemonte? La contradicción excede a Vox y demuestra cómo los discursos de absolutos morales tienen dificultades cuando abren la puerta a la *realpolitik*. La derecha británica del Brexit comparte algunas ideas con Vox (sobre todo en relación a los inmigrantes) pero Vox ha dicho que es europeísta. Y Marine Le Pen ha debido moderar su discurso para ganar espacio electoral en las grandes ciudades, a la vez que es abierta a los matrimonios del mismo sexo (algunos de sus asesores principales son gays) y ha disputado la visión de su padre, Jean Marie, respecto de la Francia colaboracionista. El mismo dilema enfrentan los populismos de izquierda. El Grupo de Puebla, conformado por políticos e intelectuales latinoamericanos que dicen defender una opción distinta al neoliberalismo, no incluye figuras del gobierno (ni de la oposición, por caso), de Cuba o Venezuela. Dirigentes como el chileno Marco Enríquez Omimami han medido con la misma vara —judicialización de la política— los procesos espurios contra Lula da Silva y las sospechas más sólidas por corrupción contra dirigentes del kirchnerismo argentino. «Queremos un cambio y participamos como Grupo de Puebla respetando el principio de no intervención y de autodeterminación de los pueblos», dijo en 2021 Enríquez Omimami a la agencia Deutsche Welle. «Somos extremadamente cuidadosos con nuestros comunicados de prensa, declaraciones y encuentros. Cada pueblo decidirá su futuro».

* Los efectos fueron limitados en las elecciones para representantes y senadores locales en los estados. Algo similar había sucedido en elecciones pasadas, cuando la red no tenía tantos usuarios.

* La interrelación con la información es sustancialmente distinta según la edad o el acceso a los medios y a las redes. Los adultos que crecieron en el mundo analógico consumen una mezcla de medios tradicionales y de redes; cuando recurren a Facebook y a Twitter tienden a buscar noticias de *legacy media* ya legitimados. No sucede así con los adolescentes y los adultos jóvenes. Según un estudio de 2017 realizado por la Knight Foundation, los jóvenes acceden a las noticias por accidente y en momentos intersticiales, tienen baja confianza en los medios, y suelen verificar en múltiples fuentes la información que reciben. Muchos participantes consideran que el contenido generado por el usuario, especialmente el video en vivo, por ejemplo, es más confiable que las fuentes de medios convencionales, dicen los autores del reporte.

* Íbamos con frecuencia a esa pizzería en Washington con mi hijo Matteo y su mamá. Nos reuníamos con varios padres y madres y sus hijos. El sitio tenía una terraza donde dejábamos los cochecitos de los niños. En el invierno era ideal sentarse en las largas mesas del salón. Atendían unos chicos jóvenes y atentos, la mayoría estudiantes universitarios. Al fondo, justo antes de la puerta que Welch reventó esperando encontrar a un pedófilo, estaban las dos mesas de pingpong donde nos entreteníamos con Euan, Paulo y Adam, los papás de Isla, XXX y Charly, los amigos de mi hijo. Comet era un sitio concurrido por familias, bastante distante del lugar sórdido donde operaría una banda de violadores de infantes.

* Esa tarde de enero murieron otras cuatro personas. Rosanne Boyland fue aplastada por la muchedumbre de la que era parte; Kevin Greeson —un ex votante de Obama convertido en fanático de Trump— fue fulminado por un infarto, al igual que Ben Philips, que viajó desde Philadelphia con alegría porque aquel era «el primer día del resto de nuestras vidas». El policía Brian Sicknick fue asesinado a golpes por los asaltantes.

* Meses después del asalto, un número significativo de representantes republicanos abortaría la propuesta de condecorar al oficial Goodman presentada al Congreso por legisladores demócratas. Los republicanos harían peor, mucho peor: jamás aceptarían crear una comisión para investigar el asalto como un crimen contra la democracia, una insurrección plena.

* A fines de septiembre de 2021, el equipo contratado y financiado por los republicanos culminó el recuento de votos y confirmó lo evidente: no hubo fraude en Arizona. Trump se convirtió en uno de los perdedores que aborrece.

* Manuel Zelaya fue expulsado por los militares de la presidencia con un golpe de Estado cuando insistió en un referendo para reformar la Constitución que podía abrir la posibilidad de su reelección.

** Ha habido otros momentos de complejidad institucional. En 2010, Rafael Correa fue liberado por los policías que lo tenían secuestrado durante un motín en septiembre de 2010 sólo una vez que el Ejército dijo respaldar al presidente. La defensa de la Constitución por parte de los militares —el anuncio de apoyo tomó varias horas, durante las cuales Correa permaneció secuestrado en el Hospital de la Policía Nacional— reafirma el rol evidente que tienen los militares como poder armado.

* El peso militar en Chile ha excedido el ‘acompañamiento’ de la institucionalidad: por décadas, los gobiernos civiles y militares del país garantizaron a las fuerzas armadas recursos fiscales extraordinarios para su rearme y modernización.

* Pueden reírse, pero en ese reclamo ingenuo está la fuerza ejemplificadora de los buenos gobiernos.

* Es institucionalmente complejo que en sistemas presidencialistas como el argentino quien presida no presida, sino que está en manos de un verdadero poder en las sombras sentado a metros de él. Los votantes de Fernández-Fernández no fueron engañados: *votaban* a Alberto pero *elegían* a Cristina. No es la primera vez que el peronismo crea presidencias troyanas, en todo caso. En los años ‘, con Perón en el exilio en Madrid vetado por la dictadura militar, el peronismo ganó las presidenciales argentinas con la fórmula Héctor Cámpora-Vicente Solano Lima. El binomio fue una perfecta síntesis del peronismo de entonces: Cámpora era de izquierda —su nombre ahora ilustra la corriente dirigida por Máximo Kirchner, hijo de los expresidentes Néstor y Cristina Fernández—; Solano Lima, un conservador. La fórmula compitió con el único propósito de facilitar el regreso de Perón. En las calles se recitaba el mantra ‘Cámpora al gobierno, Perón al poder’. Unos meses después de asumir la presidencia, Cámpora renunciaría y convocaría a elecciones para entregar la banda presidencial a su jefe. Cincuenta años después, fue ‘Alberto al gobierno, Cristina al poder’. Todo el kirchnerismo sabía que, tarde o temprano, CFK recortaría el bigote a Fernández; menos, parece, él. El asalto de CFK a la presidencia no es ilegal; sólo expresa la debilidad de cualquier proyecto ante un Amado Líder capaz de apretar las clavijas del poder cuando lo desea. ¿Qué autoridad institucional proyecta Alberto Fernández hacia los argentinos o hacia el mundo? ¿Quién negociará con un presidente que no preside?

** Las tasas de muertos en Argentina son muy elevadas, aun cuando el país mantuvo una cuarentena de más de un año, una de las más extensas del mundo.

* Quizás lo único que parece mantenerse constante es el enfrentamiento deportivo entre Nosotros/Ellos. La dicotomía rara vez pudo ser reemplazada con puntos de acuerdos perdurables desde la independencia de 1816. Ha alimentado un derrotismo tan fatalista que lleva a muchos ciudadanos frustrados a rendirse y suponer que una elección política es en realidad una condena genética.

* Quien mejor entendió eso en la todavía-no-firme Argentina del siglo XIX fue el pensador liberal Juan Bautista Alberdi, un hombre culto e inteligente que supo, a mediados del siglo, que el país sólo podría ser si consideraba la multiplicidad de componentes que lo integraban. Alberdi era un racionalista realista. Su texto *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* es un tratado de realismo político.

* Unos 20 millones de personas se unirían a los pobres, que son más del 33 por ciento de la población regional, el nivel más elevado desde la crisis de 2007-2008, y la pobreza extrema alcanzó el record histórico: 12,5 por ciento de los latinoamericanos cayeron a condiciones de indigencia. México, Honduras y Ecuador sufrieron los mayores impactos. En México, donde el gobierno de López Obrador no lanzó un programa de asistencia monetaria masivo como decenas de naciones, la indigencia alcanzó al 18.3 por ciento de los habitantes.

* Bolivia, cuyo gasto fue elevado, absorbió mejor la crisis pues contaba con el beneficio de un perdón significativo de su deuda externa desde los primeros años de Evo.

** Macri, quien cometió sus propios errores también elevando la deuda a valores insostenibles, recibió el país en estado de precariedad e inestabilidad de manos de CFK, sin reservas, con elevado gasto público y urgido de financiamiento.

*** Sin embargo, el presidente AMLO tomó decisiones extrañamente conflictivas: entregó millones de pesos directamente a miles de familias pobres, pero decidió no proveer ayudas extraordinarias durante la pandemia. La contradicción tiene sentido político, no económico, social o incluso moral: las ayudas en efectivo son una decisión clientelar del presidente; la pandemia es una crisis impuesta que se ha entrometido en su deseo, y la niega. Que no sea lógico no lo hace menos real.

* Esas cifras ni consideran el agravamiento de las condiciones para los trabajadores informales, profundamente castigados por los confinamientos y que representan la mitad de la fuerza laboral latinoamericana. Con menos capacidad de subsistencia y sin acceso a salud, las condiciones de seguridad alimentaria de los niños de esas familias se precarizará a niveles aun desconocidos. El impacto de las nuevas olas de la pandemia no prometía un rebote inmediato.

* El gobierno de Perón sí acertó al abrir el crédito productivo, aunque las tasas resultaran descontroladamente bajas, haciendo difícil para los organismos públicos que lo financiaban ensanchar la oferta en años posteriores y a niveles similares. Cuando el ciclo positivo se cerró, no tenían cómo sostener el ritmo precedente entre los tomadores de crédito ya existentes ni ampliar la cartera significativamente a nuevos demandantes.

* «Los movimientos tienen una cultura política de participación activa y presionan para que los líderes sean responsables ante quienes los pusieron en posiciones de autoridad», dice el experto Carlos de la Torre en un ensayo sobre el futuro —democrático o autoritario— del populismo latinoamericano.

* Entre otras tantas, Juan Domingo Perón es célebre por la frase «dentro de la ley, todo; fuera de la ley, nada». Perón era un pragmático disfrazado de eticista popular. Su concepción del dentro/fuera de la ley quedó bien expresada en una reunión que mantuvo con los diputados rebeldes de la Juventud Peronista en 1974, a poco de volver a Argentina del exilio en Madrid. Dijo entonces Perón: «Nadie está obligado a permanecer en una fracción política. El que no está contento, se va. En este sentido, nosotros no vamos a poner el menor inconveniente. Quien esté en otra tendencia diferente de la peronista lo que debe hacer es irse. [. . .] A la lucha, y yo soy técnico en eso, no hay nada que hacerle, más que imponerle y enfrentarle con la lucha. Y no atarse las manos frente a esa fuerza; y especialmente, no atarse las manos suprimiendo la ley que lo puede sancionar. Porque nosotros, desgraciadamente, tenemos que actuar dentro de la ley, porque si en este momento no tuviéramos que actuar dentro de la ley ya lo habríamos terminado en una semana. Para nosotros es un problema bien claro. Queremos seguir actuando dentro de la ley y para no salir de ella necesitamos que la ley sea tan fuerte como para impedir esos males. Si no contamos con la ley, entonces tendremos también nosotros que salirnos de la ley y sancionar en forma directa como hacen ellos. Ahora bien; si nosotros no tenemos en cuenta a la ley, en una semana se termina todo esto, porque formo una fuerza suficiente, lo voy a buscar a usted y lo mato, que es lo que hacen ellos. Si tenemos ley, el camino será otro; y les aseguro que si tenemos que enfrentar la violencia con la violencia, nosotros tenemos más medios, y lo haremos a cualquier precio porque no estamos aquí de monigotes». Tras esta reunión, los diputados fueron expulsados del peronismo.

* No deja de ser curioso que el populismo enseñase a los partidos una lección que parece desusada: no puedes hacer política de masas sin masas. (¿Será porque el sudor arruina los Brioni?) En cualquier caso, sólo tienes a las masas de tu lado si tu comprensión de sus demandas es precisa y tu capacidad para articularlas —he ahí el valor de las vanguardias— ayuda a gestionar sus necesidades *a la vez* que reformas el sistema de manera progresiva.

* Mi editor se asusta cuando mecho 'gónadas y ovarios' de tanto en tanto en el libro —«¿no es un poco, no sé, sexista, Diego?»—, pero hay un par de razones para eso: a) el populismo siempre se ha pretendido sensual, un roce de pieles orgásmico y b) escribo así, Edgar. Más atrás en este libro anda don Elias Canetti recordando cómo la masa nos libera de nuestro temor a tocarnos, y ensancha la posibilidad del intercambio, y no sólo de fluidos. Y aunque no hace falta ser populista para entender el fervor de las pieles en contacto —vayan a *raves* o a reguetonear—, los populismos han hecho profesión de fe de su aparente sensualidad incontrolable. El humorista argentino Pedro Saborido se ha divertido a lo grande con la idea del peronismo como hacedor de cosas, desde leyes a polvos. «Aprender y tomar conciencia sobre el sexo es una cosa. Practicarlo es otra», escribió una vez, ¿medio en broma? «[. . .] si se fijan en las clases de historia se puede ver lo que pasa con las izquierdas políticas o los progresismos en general: hacen análisis, tratan de crear conciencia de clase, luchan por mejores leyes para los trabajadores. Pero finalmente fue siempre el peronismo el que consiguió que esas leyes se sancionaran y se aplicaran. [. . .] Entonces es lo mismo que yo les explico sobre sexo. El marxismo, el socialismo y los progresismos vienen a ser la educación sexual y el peronismo es la parte en donde se coge. Ahí todos entienden». La provocación de Saborido acabó saltando a la realidad, como los virus que cruzan entre especies. En las elecciones primarias argentinas de 2021, una candidata del peronismo, Victoria Tolosa Paz, ex secretaria de políticas sociales del presidente Alberto Fernández, lo asumió como propio, y dijo en una entrevista: «En el peronismo siempre se *garchó*». (Tolosa Paz perdió la elección en su provincia, pero como iba primera en la lista, igual ganó y fue elegida diputada. En la lógica del sensualismo peronista, se los *garchó* a todos.)

* A Trump no le importó, porque mira el mundo con lógica de dominación: alguien debe morir para que otros sobrevivan.

** De hecho, es el país que menos gasto extra realizó durante la pandemia en toda la región: mientras Brasil y Chile destinaron más del 7 por ciento del PIB en gasto adicional, la Cuarta Transformación destinó el 0,2 por ciento. Ecuador gastó un 0,4 por ciento adicional de su PIB, pero también Honduras, Colombia, Guatemala, Argentina, Bolivia y Perú invirtieron entre un 1 y un 6 por ciento extra de sus productos a gastos no vinculados a salud.

* No se alarmen, pero los súper-ricos se hicieron un cuarto más ricos durante la crisis, según un reporte del banco suizo UBS, que suele tener entre sus clientes a, bueno, unos cuantos billonarios. «Estamos en un punto de inflexión», dijo Joseph Stadler, quien dirige la oficina de UBS para los megamillonarios. «La concentración de la riqueza es tan alta como en 1905, [y] esto es algo que preocupa a los multimillonarios». El asunto crucial es que quien posee capital obtiene dividendos crecientes por acumulación, ampliando lo que ya es grande. «La pregunta es hasta qué punto es eso sostenible», dijo Stadler, «y en qué momento la sociedad intervendrá y contraatacará».

* Mária Schmidt, una historiadora húngara que opera como intelectual integrada de Viktor Orbán, ha celebrado la existencia de la Inteligencia Artificial y la automación de procesos industriales, por ejemplo: más robots reducen la demanda de mano de obra humana y, por ende, aunque Hungría sea tierra de paso y no de destino, de la migración extranjera, ella está feliz: la patria será nuestra, homogénea, pura.

* En aquel entonces los telares eran maquilas conocidas como *sweatshops*, talleres donde la explotación laboral era diaria. Trabajaban niños y el ambiente podía ser irrespirable. El 11 por ciento de los habitantes de Bethnal Green estaba empleado como tejedor de seda en la parroquia; el 82 por ciento de la población lo hacía en los telares.

* «Hasta 1834, Inglaterra operaba un extenso sistema de bienestar social que garantizaba la subsistencia de todos, principalmente mediante transferencias de dinero en efectivo a los ancianos, viudas, familias trabajadoras con un gran número de niños, enfermos, discapacitados, y los desempleados», escriben Gregory Clark y Marianne Page en *Welfare Reform, 1834*. «Probablemente el 9 por ciento de la población recibió ese alivio en cualquier año entre los años 1790 y 1834. Smith, Bentham, Malthus y Ricardo denunciaron que este sistema obstaculizaba los mercados de trabajo. Reducía los incentivos para trabajar y ahorrar para los pobres. Desalentaba la inversión en áreas de alto desempleo al gravar a los empleadores».

* Huey Long y su movimiento ‘Share Our Wealth’ amenazaban el segundo mandato de FDR. Long quería aplicar un impuesto del 100 por ciento —no le gustaba la tibieza— sobre las fortunas superiores a un millón de dólares de 1935, ofrecía pensiones a los viejos y un elevado salario básico a los más pobres. Más a la izquierda, el padre Charles E. Coughlin, que con el tiempo migraría hacia el filonazismo, era un muy popular presentador de radio de Detroit que animó críticas feroces contra FDR por no nacionalizar el sistema financiero después del crack financiero de 1929. Todo en el contexto de una nación que un quinquenio antes doblaba las rodillas por la Gran Depresión.

* Está claro que la redistribución de la riqueza es crucial en el populismo, pero es igualmente claro que el programa más exitoso de transferencia de fondos a las familias pobres fue creado durante un gobierno que cualquier populista consideraría tecnocrático y por intelectuales —como el mexicano Santiago Levy, uno de los promotores de Oportunidades— que no se salvarían del mote de neoliberales. Estos programas no cubren contra riesgos genéricos como desempleo o enfermedad sino que están dirigidas a vulnerabilidades específicas, lo que permite ajustarlos mejor.

* Incluso los electores pueden reconocer la recompensa de participar en el programa y verse motivados a votar al gobierno que lo instrumenta para no enfrentar ese riesgo. Oportunidades atravesó por dudas similares. En las elecciones presidenciales de 2006, el PAN obtuvo el 31 por ciento de los votos de las personas de bajos ingresos, pero el 41 por ciento entre mujeres beneficiadas por el programa. En principio, algunos críticos podrían suponer que estos datos implican que el acceso al programa está siendo objeto de un condicionamiento político, pero según un estudio sobre Oportunidades la diferencia también podría explicarse como expresión de agradecimiento o de temor a que el programa desaparezca en caso del triunfo opositor.

* Pero ante la eventualidad de una crisis extrema, el escenario político puede cambiar en México. Hay quienes creen que, ante la tierra arrasada, los tres partidos pueden encontrar un denominador común en un candidato que unifique al conjunto. Pueden ganar una elección, luego verán cómo gobierna. La misma lógica estuvo detrás del acuerdo PSOE-Unidas Podemos en España: evitar el triunfo de una derecha precámbrica aun a sabiendas de que el gobierno de coalición tendría más problemas de entendimiento que una pareja en pleno divorcio con hijos, casa y perro.

* Un pasado idealizado, descontextualizado. Por supuesto, a medida. Porque si algo tenemos hoy es presente y negación de la Historia. La historia, diría Virilio, entendida como el relato de experiencias de testigos. «La pérdida de la Historia significa que la inmediatez del presente lleva al pasado y al futuro», dice Virilio a Philippe Petit en *El Cibermundo, política de lo peor*. «De este modo surge la posibilidad de una historia "hecha presente"».

* La Escuela de Frankfurt, comenzando con Adorno y hasta Mark Horkheimer, veía en el individualismo atomista un riesgo cierto para la emergencia del fascismo. Personas desprendidas de la comunidad, que se activan con ella ante un mandato superior, en obediencia a alguna demanda moral o normativa.

* Que la mitad de la población reclame espacio en el siglo XXI debiera tenernos en ascuas. Y que se les niegue —y en muchos casos desde supuestos progresismos— permite entender más de un enojo y estatua pintada.

** No hay madre ni mujer activa en el populismo sino como proveedora de su útero para la patria o como acompañante del proceso, pero rara vez como líder. Las heroínas y líderes alcanzan ese espacio por masculinización. Asumen alguna forma del combate masculino, como la guerra o su pasteurización en el combate simbólico de la política.

* En un nivel de menor incidencia, el movimiento de derechos de los migrantes en los Estados Unidos consiguió que buena parte de los medios deje de llamar ‘ilegales’ a los migrantes ‘indocumentados’. Puede parecer una sutileza lingüística, pero es esencial: una persona comete actos ilegales o está indocumentada, no es *un ser* esencialmente *ilegal* por la ausencia de un papel, una falta administrativa.

** Sorpresivamente, en 2021, la Suprema Corte de Justicia de México resolvió el asunto, y decidió despenalizar la interrupción del embarazo. La paradoja es sorprendente: el tribunal superior de la nación —habitualmente, más conservador que un cargo electoral— provee a las mujeres el derecho que un gobierno que se dice progresista rechazó legislar.

* Lo que sí hemos tenido son experiencias significativas con las mujeres al frente de reclamos básicos. Cuando pienso en la primera línea de reacción social a la dictadura argentina de las primeras que vienen a mi mente son las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Han sido imprescindible para los reclamos de libertad las mujeres de blanco de Cuba tanto como es inobjetable que quienes más movilizan la búsqueda de los miles de personas desaparecidas en México son también madres, hermanas y esposas. Nada más asumir, Donald Trump enfrentó su primera manifestación masiva: cientos de miles de mujeres marcharon en Washington y otras ciudades de los Estados Unidos y del mundo. Miles de jovencitas nutrieron la 'Revolución Pingüina' de Chile en 2006, que tuvo en Camila Vallejo, una de sus líderes más notorias. ¿Quién fue el articulador de la mayor protesta que enfadó al gobierno de la Cuarta Transformación? No la derecha: el feminismo.

* Eso ha facilitado que regímenes como el de Ortega actúen con impunidad visible a los ojos del mundo y que en ocasiones Venezuela también se libre de miradas condenatorias. En 2018, Argentina, Canadá y Perú, junto a otras naciones, presentaron un pedido de condena a Venezuela por violaciones a los derechos humanos bajo el régimen de Maduro que en 2020 fue aceptado por la Corte Penal Internacional. Pero en 2021, el presidente Macri había sido ya sucedido por el peronista Alberto Fernández, y Argentina volvió a acercarse a Venezuela. Además, se abstuvo de votar —junto con el México de AMLO— los encarcelamientos ilegales de opositores en Nicaragua.

* Los ERE son los Expedientes de Regulación del Empleo, un eufemismo para designar ajustes laborales. Permite a una empresa suspender o despedir personal de manera legal durante una crisis.

* La izquierda cuestionó su idea de ‘no robemos la mano de obra a los países cagaos’ por ser fronteriza con una noción xenófoba: ‘financiemos el hoyo de los pringaos para que no vengan a ensuciar nuestras calles’.

* AOC lo demostró en la gala del Metropolitan Museum: su delicado y ceñido vestido blanco estaba intervenido con la frase ‘TAX THE RICH’ en letras rojas que le cubrían la espalda y el trasero. AOC logró instalar una conversación que hace tiempo promociona —elevar los impuestos a las grandes fortunas de los Estados Unidos—, pero no sin quedar ella en el centro de la controversia. Pero AOC sabe que su nombre y el símbolo asociado a ella —la metatextualidad de su presentación pública— dice tanto como sus ideas.

* Esto representa casi la mitad del promedio de la OCDE, que es del 81 por ciento. Además, hay diferencias significativas entre regiones: mientras en el Cono Sur tiene conectividad el 54 por ciento de las familias, en Centroamérica y los países andinos sólo es el 34 y en el Caribe, uno de cada cinco hogares, según estudios del Banco Mundial. «La desigualdad significativa entre las naciones —y entre regiones dentro de ellas— hace coexistir grandes y medianas ciudades enlazadas por abundante conectividad con significativas porciones de la población sin acceso a internet ni a servicios digitales», escriben por su parte Marcelo Cabrol y Roberto Sánchez Ávalos, del BID.

** Y esto no sólo no sucede en América Latina. En el mundo hay 1.000 millones de personas sin documentos oficiales de identificación y de los 6.600 millones de individuos restantes que sí los poseen, sólo la mitad puede emplearlos en plataformas digitales confiables, la mayoría de ellos habitantes de las naciones más desarrolladas.

* Ni debo decirlo: para mayor prueba del valor desestabilizador de una red, las reacciones de los chicos malos. Cuando los totalitarismos y autoritarismos quieren cegar al mundo para que no vea sus crímenes, tiran abajo internet. Lo ha hecho Turquía, lo hizo Siria y lo ha hecho el gobierno africano de Sudán. Lo hace China. Corea del Norte, que tiene un solo proveedor. Ha sucedido en Venezuela y, tras las marchas de 2021, con más insistencia en Cuba. Y en las de Nicaragua en 2018. India protagonizó el *shutdown* más prolongado: las regiones de Jammu y Kashmir, ambas de mayoría musulmana, estuvieron 18 meses sin internet entre 2018 y 2019.

* Mi editor, Edgar Krauss, quería reemplazar este juego de palabras por ‘irracionalidad populista’. No estoy seguro, pero la idea es provocadora.

* El énfasis es mío.

* Mantiene relación cercana con el megabillonario como Carlos Slim —con quien tuvo relaciones para gentrificar el Centro Histórico mientras AMLO fue jefe de gobierno de Ciudad de México— y con Ricardo Salinas Pliego, propietario de Grupo Azteca, dueño de la segunda televisora del país y de negocios enfocados en las familias más pobres. Salinas Pliego es el más afinado ejemplo de empresario populista trumpiano: es un miembro de las élites, pero siempre se ha comportado como un *outsider*, y tiene una ambición desmedida y atropelladora.

* De manera emergente, el fenómeno se observa con AMLO en México y es sistémico en países como Argentina o Venezuela, donde la permanencia de dos movimientos populistas durante décadas ha creado culturas identitarias negativas —como el anti peronismo y anti chavismo— alrededor de las cuales se vertebra el sistema de creencias. El fenómeno de la construcción identitaria antitética es crecientemente global, y profundamente subjetivo, pues la identificación no es positiva en primer lugar en términos de adhesión a una plataforma de ideas sino negativa en primer lugar, en rechazo de un fenómeno aunque sus ideas no sean completamente distintas a las que uno defiende.

* El caso Gürtel refiere a una red de corrupción de funcionarios del PP en las comunidades de Madrid y Valencia que recibían sobornos de empresas a cambio de concederles contratos directos. El caso Bárcenas refiere a un contador del PP que llevaba una contabilidad paralela con donativos de empresas para los dirigentes del partido que no eran declarados a la Hacienda española.

* Nadie lo tiene en mente. (¿Verdad, no?)

* Nicaragua ensayó esa experiencia tras el fin de la Revolución Sandinista, cuando Ortega transfirió el poder a Violeta Chamarro. El último general del sandinismo, Joaquín Cuadra-Lacayo, fue el primer general de la democracia restituida. Su poder era enorme, su sombra extendida. Cuadra Lacayo disciplinó a los sandinistas y a los contras. En el camino, me dijo una vez en sus oficinas de Rivas donde dirigía una empresa ya retirado, tuvo que ajusticiar a ochenta de sus camaradas con metralla y helicópteros. «Luego le avisé a la presidenta. Había que protegerla».

* No, esperen, mal ejemplo: Manolito era bueno con las cuentas. Y no gastaba nada.

* El fenómeno es complejo y no intentaré hacer aquí una exposición de la historia económica argentina, que resultaría claramente incompleta. Algunos detalles son importantes, sin embargo. La estructura fiscal argentina es extremadamente regresiva, gravando más el consumo de las personas —por ende, a las clases medias y a los pobres más proporcionalmente— que las ganancias del capital y la riqueza personal. La economía no ha conseguido mantener ciclos prolongados de crecimiento a tasas más elevadas que lis réditos que obtienen los ricos por sus inversiones de capital, de manera que la desigualdad se ha estirado con el tiempo. La nación no se asoció al cambio industrial a mediados del siglo XX y quedó dependiente de sus ingresos por exportaciones primarias, nunca muy significativos en relación al PIB. Las crisis de deuda sucesivas —Argentina es el único país del mundo con nueve impagos de deuda soberana en algo más de cien años de historia— incapacitaron progresivamente al país.

* «Su teflón se acabó y la cacerola está muy raspada», me dijo Martínez Osorio.

* La Justicia probó que entre 2012 y 2016, durante la última gestión de Correa, cientos de miles de dólares llegaron a la residencia presidencial de Carondelent para financiar al partido del presidente. La brasileña Odebrecht y otras empresas habrían colocado los fondos a cambio de obtener contratos públicos. Correa y su exvicepresidente Jorge Glas, preso por otros actos de corrupción, fueron considerados «instigadores» de la trama.

* La Comisión Interamericana de Derechos Humanos halló que el gobierno «encabezado por Rafael Correa» sostuvo durante diez años «una política sistemática para desacreditar, estigmatizar, constreñir y sancionar» con la justicia y el aparato del Estado a periodistas, medios de comunicación, defensores de derechos humanos y opositores políticos.

* El Tribunal Supremo Federal de Brasil concluyó que Sergio Moro, el juez que dirigió la pesquisa del Lava Jato, no fue imparcial para juzgar y enviar a prisión a Lula. El expresidente pasó 580 días en prisión hasta que las cortes anularon todas sus condenas por corrupción tras comprobar que varios procedimientos del juez no eran legales. (Moro llegó a ordenar la grabación de conversaciones de Lula con sus abogados que luego filtró a la prensa.)

* La reforma no alcanzaría a Bukele, pues debe ser ratificada por dos legislaturas consecutivas para tener vigencia, pero no deja tranquilos a sus opositores: si controla la Corte y el Congreso, podría hallar subterfugios para mantenerse en el poder.

* Nicolás Maduro dijo tras las elecciones de diciembre de 2015, cuando el chavismo perdió el control de la Asamblea Nacional venezolana, que la oposición jamás regresaría al poder aunque los votos la avalaran. Trump sostiene la misma premisa: él ganó así haya perdido. A Maduro el mundo le ha puesto en la frente el sello de dictador que la clase política estadounidense aun teme colocar al Agente Naranja.

* Los grupos neonazis de Alemania y Austria también anuncian un golpe de Estado donde asumirán el control durante un llamado ‘Día X’.

* El original, publicado por Weber en *Economy and Society* en 1921, reza: «Los burócratas dirigen el sistema [económico] no en nombre de los trabajadores, sino en sus propios intereses. Se supone que los banqueros administran, pero desviaron el proceso hacia la mejora de sus propios ingresos».

* En 2018, el Congreso aprobó la ley para hacer gratuita la educación universiaria. Hasta entonces, todas las carreras eran de pago en Chile. Al tiempo de las marchas ‘pingüinas’, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, que nuclea a las naciones más avanzadas, había colocado a Chile como el país más caro para estudiar en relación al ingreso per cápita.

* Como en una monarquía. Pero, se supone, son la izquierda, que canta a la igualdad y tralalá. Pero actúan como en una monarquía. Pero se supone que son la izquierda, que. Y así: la izquierda latinoamericana y sus barones y condes y duques y príncipes y reyes y reinitas —y el vasallaje.

* Nada menor: hablamos de la mitad de la humanidad, una masa crítica inigualable.

* En el Capítulo 1 “Síganme”, se detallan los niveles de aprobación. Los partidos tienen el respaldo del 13 por ciento de la sociedad; la glesia, del 63, según el estudio Latinobarómetro 2018.

** En 2017, el Banco Interamericano de Desarrollo pulsó la confianza de la sociedad en la familia, la gente en general y los funcionarios públicos. El rango máximo era 4. La familia midió 3,4 y la confianza general fue de 2,4. Los funcionarios midieron 1,9.

* En páginas precedentes hablé del libro *Feria*, que generó un debate en España sobre los alcances de su demanda de recuperación de valores. Otro libro, *Patria*, que narra la tara del nacionalismo vasco extremista en una familiar, permitió narrar décadas oscuras de España. Primero en libro y, porque tocó una vena, luego en la pantalla. La literatura y el cine argentinos han narrado la dictadura de diversas maneras. Creo, sin dudas, que *Santa Evita* es la mejor novela sobre el peronismo jamás escrita. Pero, ¿hay una novela que centre la conversación sobre el populismo? Si todos los textos —otra vez, en sentido amplio: toda la producción informativa y literaria— forman parte del sentido de una época, ¿por qué aun no hemos contado el populismo en su gran novela latinoamericana? ¿O ha de ser una serie en Netflix, un documental con HBO, un podcast?